EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

TOMO I



En este primer tomo (años 96 a 438) se narran, entre otros hechos, el esplendor de la época de los antoninos, la fundación de Constantinopla, la conversión del emperador Constantino y el establecimiento de la Iglesia católica.



Edward Gibbon

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO I

ePub r1.2
liete 30.04.14

EDICIÓN DIGITAL

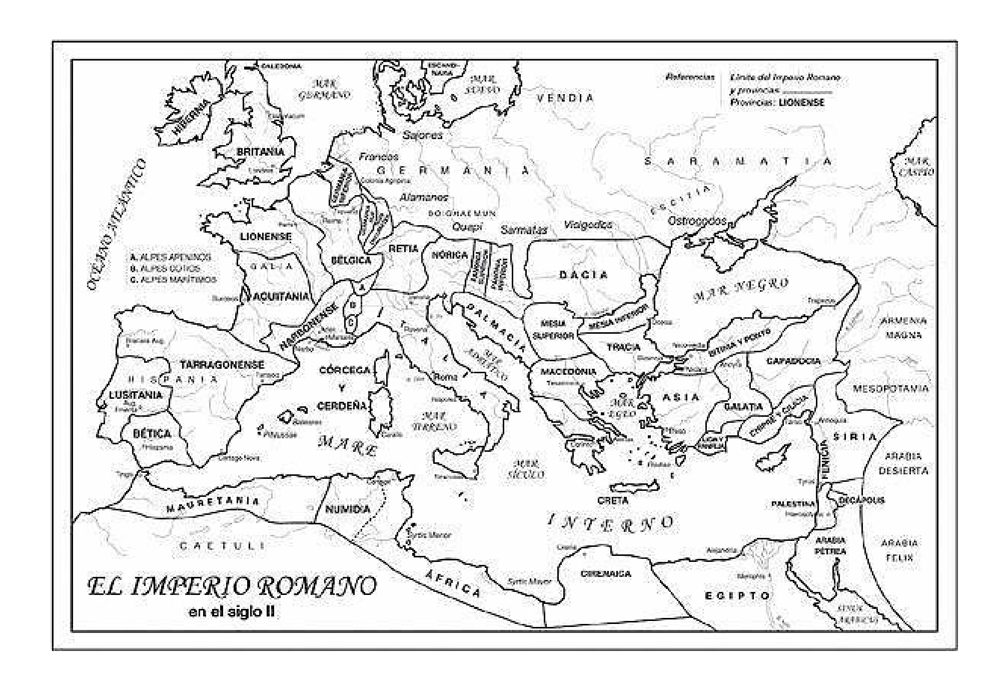
Título original: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*
Edward Gibbon, 1776
Traducción: José Mor Fuentes, 1842
Notas bibliográficas y mapas: Ana Leonor Romero
Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.1
Edición digital: epublibre (EPL), 2014
Conversión (pdf): FS, 2018





NOTA EDITORIAL

Para la presente edición se ha partido de la traducción al español de José Mor Fuentes de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* publicada en Barcelona en 1842. La reelaboración del texto, que fue cotejado con el original inglés, estuvo a cargo de Gonzalo Blanco, Liliana Cosentino, Conrado Ferre y Verónica Zaccari. Además, se ha incorporado una nota bibliográfica al principio de cada período que da cuenta de los avances de la historiografía. Esas notas y los mapas han sido elaborados por Ana Leonor Romero. La edición y la introducción de la obra se deben al profesor Luis Alberto Romero.


EL IMPERIO ROMANO
en el siglo II
BRITANIA
HIBERNIA
MAR GERMANO
MAR SUEVO
VENDIA
SARMATIA
GERMANIA
Sajones
Francos
Alamanos
Quapi
Sarmatas
Visigodos
Ostrogodos
ESCITIA
OCÉANO ATLÁNTICO
LIONENSE
GALIA
AQUITANIA
BÉLGICA
RETIA
NÓRICA
DACIA
MAR NEGRO
A. ALPES APENINOS
B. ALPES COTIOS
C. ALPES MARÍTIMOS
NARBONENSE
TARRAGONENSE
HISPANIA
LUSITANIA
BÉTICA
CÓRCEGA Y CERDEÑA
DALMACIA
MESIA SUPERIOR
MESIA INFERIOR
TRACIA
MACEDONIA
ASIA
BITINIA Y PONTO
CAPADOCIA
GALATIA
ARMENIA MAGNA
MESOPOTAMIA
SIRIA
FENICIA
ARABIA DESIERTA
ARABIA PÉTREA
ARABIA FELIX
PALESTINA
DECÁPOLIS
CRETA
MAR EGEO
MAR TIRRENO
MAR SÍCULO
MARE INTERNO
Roma
MAURETANIA
NUMIDIA
GAETULI
ÁFRICA
CIRENAICA
EGIPTO
MAR CASPIO

PRÓLOGO

En 1764 llegó a Roma un inglés de veintisiete años que realizaba su *grand tour* o viaje iniciático por Europa. No era fácil evocar la antigua capital imperial en la Roma dieciochesca y algo decadente: las ruinas del Foro y el Capitolio, que atraían al viajero, emergían apenas por entre las matas de arbustos donde bueyes y ovejas pastaban. Pero Edward Gibbon pudo ver la vieja Roma en toda su gloria, y recordó en sus *Memorias* este momento crucial de su existencia:

> No puedo olvidar, ni tampoco expresar, las fuertes emociones que agitaron mi mente cuando por primera vez me aproximé y entré en esta *ciudad eterna*. Después de una noche sin dormir, pisé con suavidad las ruinas del Foro. Cada punto memorable, donde Rómulo se paró, Cicerón habló o César cayó muerto, se hizo presente de inmediato ante mis ojos; y disfruté de varios días de intoxicación antes de poder descender a una investigación más calma y minuciosa. […] Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764, cuando me senté pensativo en medio de las ruinas del Capitolio, mientras los frailes descalzos cantaban las Vísperas en el templo de Júpiter, que la idea de escribir la decadencia y caída de la Ciudad se puso en marcha por primera vez en mi mente.

Quizá no fue exactamente así; iluminado por esta revelación

en el Foro romano, Gibbon tardó sin embargo casi cuatro años en decidirse a emprender la obra que lo haría famoso. Pero, finalmente, las ruinas de pasadas glorias imperiales, víctimas de larga decadencia y estrepitosa caída, por su mano y su pluma volverían a la conciencia de Occidente para convertirse en el más importante de sus legados.

I

La vida de Gibbon fue en muchos aspectos la propia de un caballero inglés del siglo XVIII. Su abuelo hizo una fortuna a principios del siglo como comerciante y contratista del Ejército, la perdió y volvió a hacerla. Su hijo disfrutó de la herencia, vivió como un propietario rural y mejoró su patrimonio casándose con la hija de un rico comerciante londinense. Tuvieron varios hijos pero sólo sobrevivió el mayor, Edward, nacido en 1737 en Putney. Fue un niño enfermizo, puesto al cuidado de su tía, y un ávido lector, que pronto disfrutó de la biblioteca de su padre. Pese a que no pudo asistir regularmente a la escuela, a los quince años ingresó sin dificultad al Magadalen College de Oxford, donde pasó un poco más de un año, que no recordó como provechoso. A los dieciséis años, motivado por una controversia religiosa y por la lectura de las *Cartas* del obispo Bossuet, decidió hacerse católico y se bautizó. Era imposible que permaneciera en Oxford, universidad rígidamente anglicana e intolerante con los católicos. Su padre lo envió a Lausana, en Suiza, y lo confió a un tutor, el señor Pavillard, un pastor protestante que con mano firme y segura lo condujo nuevamente a la religión de sus mayores y, a la vez, lo guió en sus estudios con segura autoridad.

El joven Gibbon estuvo cinco años con Pavillard, concentrado en sus libros. Aprendió latín y algo de griego; leyó a los clásicos, y también a Locke, Hume, Montesquieu y

Voltaire, a quien pudo conocer en Suiza, así como la mayoría de la literatura francesa. Gibbon tuvo así una educación más amplia y cosmopolita que la que podría haber adquirido en Oxford. Poco antes de cumplir veinte años se enamoró de Suzanne Curchod; el padre prohibió la boda y el joven Gibbon acató su decisión. Suzanne, también escritora, acabaría casándose con el banquero Jacques Necker, con quien tuvo una hija: la ilustre Madame de Staël, figura destacada entre los escritores del primer Romanticismo.

En 1758 Gibbon volvió a Inglaterra, a la residencia campestre de su padre donde las continuas obligaciones sociales le impedían concentrarse en sus estudios, y también a Londres, donde comenzó a comprar libros y a formar lo que sería su gran biblioteca. En 1760 fue incorporado como capitán a la milicia real. Durante dos años su regimiento recorrió Inglaterra; Gibbon, que alcanzó el grado de coronel, recordaría más tarde que de esa monótona tarea recogió al menos una enseñanza sobre el tema que ya le preocupaba: cómo funcionaban las formaciones militares, las falanges, las legiones. Gibbon alternó la vida de campamento —con sus largas sesiones alcohólicas— con la lectura, que ya era en él una pasión absorbente. Por entonces se dedicó a los grandes autores ingleses de principios del siglo XVIII —Swift, Addison— y recuperó la familiaridad con su lengua materna, relegada en Suiza por el francés.

Liberado del servicio, su padre lo autorizó a realizar el *Grand Tour*, el viaje que todo joven inglés hacía por el continente europeo para completar su formación y prepararse para la vida. En su caso, el viaje completó su formación, definió su vocación por la historia y lo ayudó a elegir el tema al que se dedicaría. En 1763 estuvo varios meses en París, frecuentó los salones, trató a los filósofos, como Diderot o D'Alembert, y también a un

género de escritores muy distinto: los historiadores eruditos. Escribió en francés un *Ensayo sobre el estudio de la literatura* que fue bien recibido. El ensayo sigue la moda intelectual parisina: Gibbon reflexiona sobre el valor relativo de la filosofía y las ciencias por un lado, y los estudios clásicos por otro, y aunque se manifiesta partidario del moderno saber, racional y crítico, señala el valor de los estudios clásicos y del humanismo. Gibbon ganó una cierta consideración en un medio intelectual ante el cual, sin embargo, manifestó algunas reservas, propias de quien se siente menos atraído por el saber especulativo que por la investigación empírica.

De vuelta en Lausana, Gibbon preparó cuidadosamente la segunda parte de su *tour*, cuyo centro serían Italia y Roma. Su itinerario indica que, más que la Roma renacentista, le interesaba la capital imperial. Sin embargo, tardó en elegir su tema, consideró varias alternativas y durante un par de años pensó en dedicarse a una historia de la libertad de los suizos, de la que quedó el borrador de un capítulo. En 1768 había optado por lo que sería su gran proyecto: una historia de la ciudad, que luego se prolongaría en el tiempo y en el espacio, para incluir a Bizancio, la Roma medieval y la historia de todos los pueblos que pasaron por el territorio del antiguo imperio. Sus trabajos se facilitaron enormemente cuando murió su padre, en 1770. Hasta entonces su libertad estuvo condicionada por los caprichos de un padre arbitrario y derrochador, que consumía sin precaución el patrimonio familiar. Desde entonces, Gibbon fue libre e independiente, dueño de una herencia que, después de dos años de trabajosa puesta en orden, terminó resultando algo menguada.

Desde 1772, Gibbon trabajó afanosamente en su obra, leyendo y analizando libros y documentos, pero sin renunciar a

la vida mundana y la sociabilidad. En 1774, bajo el patrocinio de lord Eliot, ingresó en la Cámara de los Comunes. Fueron los años de la revolución americana, y tuvo ocasión de escuchar a grandes oradores y políticos experimentados, como Burke, Fox y Sheridan. Él, en cambio, no tuvo una participación destacada; se alineó con lord North, escribió un panfleto en francés, defendiendo la política británica, y obtuvo una de las sinecuras propias de la *Old Corruption*: un cargo en la Comisión de Comercio y Plantaciones, con unos atractivos honorarios. Tal prosperidad duró poco, pues un cambio en la política hizo desaparecer comisión y plaza. Por entonces, Gibbon había sido admitido en el célebre Club fundado por el doctor Samuel Johnson, donde alternó con el actor David Garrick, el pintor Joshua Reynolds, el escritor Oliver Goldsmith, el historiador Edmund Burke y el economista Adam Smith, todos ellos la flor y nata de la Ilustración británica.

En 1776 publicó el primer volumen de su obra, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. El éxito fue grande: rápidamente se vendieron los mil ejemplares de la edición, a los pocos meses apareció una segunda y al año siguiente una tercera. Destacadas personalidades, a quienes Gibbon admiraba, lo elogiaron: David Hume, William Robertson y Adam Ferguson, quienes en muchos sentidos habían sido sus modelos historiográficos y literarios. Gibbon continuó con su tarea «de romanos»; en 1783 decidió abandonar Inglaterra, vendió sus propiedades y se instaló en la casa de un amigo, en Lausana: su magro patrimonio no le permitía sostener un tren de vida adecuado para Londres, y otras amenidades de la capital —el Parlamento, el Club— habían dejado de tener interés para el historiador, obsesionado por su tarea. En 1787 publicó el último de los seis volúmenes, que tuvo un éxito similar al de los

anteriores. Desde Lausana siguió los avatares de un mundo tormentoso, tuvo noticia de la Revolución Francesa y abominó de ella y de «los nuevos bárbaros». De alguna manera, su vida estaba hecha. En 1793 abandonó su cómodo mirador suizo y volvió a Inglaterra para acompañar a su amigo lord Sheffield durante la enfermedad de su esposa. En Londres hubo de someterse a una intervención quirúrgica a la que no sobrevivió: murió a principios de 1794.

II

En 1768, después de considerar otras varias posibilidades, Gibbon decidió dedicarse al estudio del Imperio Romano. Su primer proyecto, una historia de Roma, se expandió de manera notable, para abarcar la historia de Constantinopla —la segunda Roma— hasta su caída en manos de los turcos en 1453. El punto de referencia de Gibbon no fue Roma sino Constantinopla, luego llamada Bizancio; desde allí contempló los límites siempre decrecientes del Imperio, y las regiones de los alrededores, desde Arabia hasta la tierra de los tártaros, buscando «las naciones, inmediatas o remotas autoras de la caída del Imperio Romano». El resultado fue mucho más que la historia de lo que clásicamente se conoce como el Imperio Romano, e incluyó además todo lo que circundó esa doble historia imperial: el cristianismo, el islamismo, el imperio persa, el mundo de los bárbaros que invadieron el Imperio en el siglo V, el Papado medieval, las Cruzadas, y hasta la irrupción de Gengis Khan, cuyas causas llevan a Gibbon a explorar la mismísima historia china.

Su mirada de la historia fue la de un hombre de la Ilustración, un filósofo, empeñado en construir un relato acerca del progreso del espíritu. Siguiendo a Voltaire o a Montesquieu, buscó la oscuridad y los atisbos de iluminación en el vasto

campo de las «costumbres», e incursionó con espíritu etnográfico en el territorio de los «bárbaros». Como les sucedió a muchos otros hombres de la Ilustración, su fe en el progreso estuvo cuestionada permanentemente por una actitud escéptica ante las cosas de los hombres, fueran «bárbaros» o «civilizados». De la tradición humanista, revitalizada en la Inglaterra del siglo XVIII, recogió la preocupación por descubrir la superstición y el prejuicio, sobre todo en materia religiosa. En general, le interesó encontrar las causas profundas, «la patología humana en acción»: el error, el prejuicio, la ilusión, pues «la historia es apenas un poco más que el registro de crímenes, locuras, desgracias y desventuras de la humanidad».

Pero, además de «filósofo», Gibbon quiso ser un estudioso, un académico capaz de utilizar todo lo que la erudición estaba aportando al conocimiento histórico; en sus notas al pie, verdadero contracanto del texto principal, puntualizó a menudo los errores de erudición de los grandes filósofos, y especialmente las de Voltaire, con quien había tenido algún desencuentro personal. Gibbon tenía pasión por los hechos sólidos y comprobados, lo que lo llevó a hacerse cargo de la tradición de la historia erudita, iniciada por el humanismo renacentista y desarrollada con amplitud en el siglo XVII.

Siguiendo las huellas de Lorenzo Valla, que descubrió la falsificación de la «donación de Constantino», los monjes bolandistas y Mabillon habían desarrollado el método crítico, que permitía detectar las falsificaciones en las fuentes documentales a partir del estudio de la letra o el estilo. En su *Diccionario*, el erudito francés Pierre Bayle (1647-1706) reunió en 1696 todo lo rescatable de las fuentes escritas, examinando en cada caso los argumentos en pro y en contra de su veracidad. Para corregir el sesgo intencional de los documentos, y en un

extremo la voluntad de su autor de mentir, se estudiaron otras fuentes, como las inscripciones, medallas o monedas. Los «anticuarios» —un grupo muy extendido en los siglos XVII y XVIII— coleccionaron objetos y datos verificados, pero sin pretender organizarlos en una historia narrativa o interpretativa, de la que por otra parte desconfiaban.

Gibbon no era un experto en paleografía o en numismática; no dominaba las técnicas de la crítica histórica; no hizo una investigación original, pero conoció en detalle todo lo aportado por la erudición, y lo aplicó a su gran obra. Toda la primera parte de su vasto emprendimiento consistió en reunir estos materiales, analizarlos y ordenarlos, mientras en su mente cobraba forma el argumento que les daría vida y sentido. Sobre el mundo antiguo no existía por entonces bibliografía moderna, y los autores clásicos eran considerados obras de referencia. En ese caso el trabajo de Gibbon consistió en confrontarlos con la información que suministraban la numismática y la medallística. La *Historia augusta*, una célebre serie de biografías de emperadores, compuesta en los siglos III y IV, resistió mal la confrontación. Más seguro resultó a su juicio el historiador griego Dion Casio, que escribió a comienzos del siglo III pero de cuya obra sólo se han conservado algunos fragmentos. Igualmente importante para Gibbon fue Amiano Marcelino, autor que conoció de cerca al emperador Juliano «el Apóstata», quien le aportó importantes referencias sobre el cristianismo primitivo. Los apasionados textos de otros muchos historiadores de la época lo alertaron sobre los riesgos del fanatismo, la retórica vacía o el mero panegírico. Más notable es el uso que Gibbon hace de una fuente escrita no narrativa, el Código de Teodosio, con el que se introduce, de manera muy moderna, en los entresijos de la vida social. Sobre el período medieval el

panorama era distinto, pues existían historias modernas, escritas sobre una base documental que incluía la numismática. Las principales para Gibbon fueron las dos obras de L. Muratori (1672-1751) —*Scriptores* y *Antiquitates Italicae*— y las del jansenista francés Le Nain de Tillemont (1637-1698) *Historia de la Iglesia* e *Historia de los emperadores*, sólidamente eruditas y con escasas pretensiones interpretativas.

Estos autores, junto con Bayle, están permanentemente presentes en sus notas al pie. A diferencia del texto principal, cuidado y solemne, las notas están escritas con humor, son personales y a menudo arbitrarias. En ellas Gibbon reparte críticas contundentes y alabanzas, señala méritos y limitaciones, no se priva de la adjetivación, y establece una suerte de camaradería con los académicos que lo han ayudado en su tarea. Vistas en conjunto, tienen la forma de una fuga musical: las voces de los eruditos que sostienen su trabajo en cada una de las partes van entrando una a una; Gibbon los saluda cuando llegan y se despide de ellos cuando ya no pueden serle útiles.

Su conocimiento de los aportes eruditos muestra que Gibbon, aunque no fue personalmente un anticuario, valoró su trabajo y se apasionó con los hechos, aun los menudos y triviales, pues cada uno podía proporcionarle un fragmento para el gran relato que iba componiendo en su mente. Su primera tarea fue ordenarlos, compaginarlos, hacerlos compatibles. Un instrumento fundamental fue la cronología, pues la fijación de las fechas era una cuestión que en el siglo XVIII estaba lejos de ser resuelta. Había una cronología construida a partir de los relatos escritos, y otra que surgía de la numismática, la medallística o la epigrafía. Se trataba de hacerlas compatibles, y en este trabajo el *Diccionario* de Bayle prestó una ayuda inapreciable. La segunda tarea consistió en describir adecuadamente los escenarios por

donde transcurriría su relato. Algunos los había recorrido personalmente, y para el resto se basó en geografías y en la vasta literatura de viajeros disponible.

Finalmente, Gibbon debía resolver el problema de cómo transformar en un relato esa maraña de materiales y las ideas con las que los articulaba. Los modelos de escritura a los que podía apelar no eran muchos. Tácito entre los escritores antiguos, Voltaire en cierto sentido, pero sobre todo dos grandes historiadores británicos, que escribieron historias para ser leídas por sus contemporáneos. Se trata de David Hume, cuya *Historia de Inglaterra* se terminó de publicar en 1762, y que alentó a Gibbon a escribir en inglés y no en francés, y el escocés William Robertson, autor de una célebre *Historia del reinado del emperador Carlos V*, que fue uno de los primeros lectores de Gibbon, y quizá quien más contribuyó a su rápida fama.

El principal desafío residía en lo desmesurado de la materia: la masa de hechos que debía poner en movimiento, las historias simultáneas y concurrentes que transcurrían en vastos espacios geográficos, y la amplia escala temporal con la que se había propuesto trabajar. La estrategia narrativa elegida lo llevó a sacrificar a menudo el orden cronológico en beneficio de la coherencia temática. En la obra, los saltos temporales no son menores, pero siempre aparecen anunciados, aclarados y organizados por un narrador que, progresivamente, ocupa una posición central en el relato. Como el maestro de ceremonias de un gran espectáculo, Gibbon va anunciando la presencia en el escenario principal de los sucesivos actores, de modo que la complejidad de historias, tiempos y lugares se unifica a la vista del imaginario espectador de la arena circense.

Como narrador, su arte consiste en elaborar un relato racional, complejo y sugerente, a partir de fuentes que

habitualmente son concisas y oscuras, ejerciendo a veces, según admite, una «suave presión sobre los hechos». Para ello recurre a la paráfrasis, la amplificación y a una natural perspicacia que le permite adentrarse en la psicología de sus personajes más allá de lo que el testimonio autoriza. Su arte principal reside en la capacidad para combinar lo grande y lo pequeño. Los retratos de sus personajes son sutiles exploraciones en caracteres siempre complejos y ambiguos, tanto como lo es su propia opinión sobre ellos. Episodios, detalles, anécdotas, aquí y allá tornan vívida y significativa una idea general y abstracta. Sus dotes literarias se manifiestan sobre todo en la construcción de visiones panorámicas de vastos procesos: movimientos de pueblos, escenarios distantes y simultáneos. Son perspectivas amplias, recreadas a partir de un punto de vista, como el de Teodorico, cuando se aprestaba a conquistar Roma, o el de un habitante de Constantinopla que describe cómo es el mundo en el siglo VI.

Todo eso es traducido en una escritura singularmente económica. Su prosa es medida y cuidada, y sugiere que cada palabra ha sido pesada y vuelta a pesar. Es singular su uso de las abstracciones: en lugar del adjetivo *bello* o el adverbio *bellamente*, se habla de *la belleza*. Las abstracciones se acumulan, para reforzar la idea, o se contraponen, para mostrar la complejidad de una situación o un carácter. El recurso más notable, en lo que hace al estilo y a la intención, es una combinación de paradoja, ambigüedad e ironía. En tiempos de Gibbon, Bernard de Mandeville había popularizado, en su descripción de la vida de las abejas, la paradoja sobre la fértil coexistencia de los vicios privados con las virtudes públicas, la misma que subyace en la explicación del mercado de Adam Smith: el egoísmo produce algo que resulta de utilidad general. Gibbon comparte esta perspectiva. Preocupado por construir

una historia moral en la que se explique tanto el progreso como la decadencia, constata que la civilización y la moral marchan por caminos distintos. Desconcertado por la ambigüedad tanto de los motivos como de los resultados de las acciones humanas, recurre a la doble adjetivación y al oxímoron para mostrar la complejidad de los móviles humanos, o quizá para expresar sus dudas acerca del juicio que merecen.

La virtud y el vicio no están todos juntos en el mismo lugar; los motivos de las acciones humanas siempre están mezclados, las consecuencias siempre son dudosas. La mejor forma de expresar esta compleja ambigüedad es la ironía, que se convierte no sólo en un instrumento de expresión sino en una herramienta de análisis del pasado. Tal el caso de la ironía implícita en aquella escena romana que, según recordó posteriormente, lo impulsó a consagrarse a la historia de Roma: unos monjes ignorantes celebrando sus ceremonias supersticiosas en una iglesia en ruinas, construida donde antes había habido un templo pagano. Si el cristianismo condujo a la humanidad hacia la civilización, parece decirnos, los instrumentos del Señor fueron sin duda extraños.

III

Es paradójico que, en la era del progreso, un historiador imbuido de los principios ilustrados dedicara todos sus esfuerzos a describir una larga decadencia, que concluye en irremediable caída. No se explicaría sin la clásica referencia al Renacimiento del siglo XVI, que sigue sin solución de continuidad a la caída final de la Roma oriental o bizantina a manos de los turcos. Como en el célebre poema de Milton, se trata del paraíso perdido y recuperado, la reconstrucción, sobre bases nuevas y firmes, de la civilización, que sin embargo conservará —como Roma con Troya— un lazo con aquella experiencia generadora.

La civilización constituye, en realidad, el concepto articulador del gran relato de Gibbon. Se trata de una palabra novedosa, incorporada por los pensadores franceses a fines del siglo XVIII, que alude a lo que, en otros contextos, comenzaba a llamarse el «progreso de la sociedad civil». La civilización remite a criterios de moral y de costumbres, a un sentido de la tolerancia, tomados no ya de la vida cortesana o caballeresca sino de la convivencia corriente de los hombres en las ciudades: son las formas de vida burguesa, combinadas con ideas provenientes del mundo antiguo —*politesse*, urbanidad— las que resultan elevadas a la categoría de patrón moral.

La civilización existe en oposición con otro estado igualmente ideal y estereotipado: la barbarie. La tensión se expresa en una serie de contraposiciones, que son clave en la organización del pensamiento de Gibbon. Son muchas, y no necesariamente se suman o coinciden, y esto contribuye a la riqueza de su reconstrucción. Cuando habla de los romanos, la libertad se contrapone al servilismo, el vigor a la enervación, la masculinidad al afeminamiento, la simplicidad al lujo; si se trata de la religión, es la moderación contra el fanatismo, la razón contra la superstición, la moralidad contra la teología.

Desde ese punto de vista ideal, la totalidad de su historia puede ser mirada y juzgada, más allá de los límites de los Estados y los imperios, como una marcha hacia la culminación del desarrollo humano. Pueden descubrirse, aquí y allá, los momentos en que esa civilización brilla, se constituye, declina quizá, pero para reaparecer después. Tal el caso de la ruina del Imperio Romano: una zona oscura de la historia, un hiato, que conduce al brillante Renacimiento.

No es raro que hayan sido la decadencia y la ruina las que atrajeron a este creyente de la civilización y el progreso. Peter

Burke ha mostrado la significación enorme que entre los siglos XV a XVIII tuvo en la conciencia colectiva la idea de decadencia, manifiesta en la variedad de palabras, imágenes y tópicos acuñados para caracterizarla. Una cantidad enorme, si se la compara con la escueta lista de los términos que aluden a la renovación o reforma, o más modestamente a un cambio indiferente. La «revolución» era todavía entendida como la recuperación de un antiguo equilibrio, y no como la construcción de un orden nuevo.

La decadencia constituía un patrón mental que podía referirse a escenarios o situaciones diversas y variadas: la decadencia cósmica, el declive de la moral o las costumbres, la decadencia de la cultura, el saber o el talento, el declive de la Iglesia. Más específicamente la decadencia política, referida a dos campos que no se excluían: el de la observable expansión y contracción de los Estados y los imperios, y el de la postulada corrupción de las instituciones políticas.

Una larga experiencia histórica decantó en fórmulas, metáforas y tópicos, cuyas raíces remontan a Hesíodo o al Génesis, para explicar la decadencia. Pero esas maneras de pensar ya acuñadas —señala Burke— se actualizan y se hacen precisas a través de nuevas experiencias, que van introduciendo modificaciones en los viejos esquemas. Así, hay un cambio en la explicación de las causas: las que referían al designio divino, o a fenómenos naturales, como los vaivenes de la rueda de la fortuna, dejaron paso, en la era del humanismo, a explicaciones centradas en la acción de los hombres. La decadencia podía atribuirse a factores personales, como la corrupción de las costumbres, o a acciones colectivas no deliberadas, como los grandes movimientos de los pueblos. La experiencia española de los siglos XVI y XVII agregó una nueva dimensión: la decadencia

económica, la pérdida de riquezas, la destrucción de las industrias, un tema ampliamente desarrollado por los arbitristas españoles que agregaría una nueva dimensión a la mirada sobre el Imperio Romano.

Gibbon es heredero de toda una tradición intelectual y cultural referida a la decadencia. Sus argumentos ya habían sido usados, al punto de sonar en él a lugares comunes. La singularidad no está en cada razonamiento, sino en la elección de algunos de los disponibles, y en su combinación única, en cada circunstancia, para producir un armado sutil, complejo y original. En rigor, a lo largo de los catorce siglos de su narración son varias las decadencias que se articulan en su historia: la de la ciudad de Roma, la de todo el Imperio Romano de Occidente, la de Bizancio, la de las distintas monarquías bárbaras, la del Califato de Bagdad y hasta hay lugar para explicar la decadencia de los hunos. Nada es estable y definitivo, y los vencedores de las vísperas son los derrotados del día.

En cada caso, el eje que elige para explicar la decadencia es diferente. Al tratar el Imperio Romano de Occidente, y de acuerdo con la tradición republicana, subraya la pérdida de la libertad, observable ya desde la constitución del imperio de Augusto. La época de los Antoninos, más de un siglo después, constituye el apogeo de otro proceso de decadencia: el declive cultural. Desde Constantino, en el siglo III, su tema es la decadencia de la disciplina militar, que conduce a las invasiones. Como telón de fondo, la larga y permanente crisis de la agricultura, que tanto contribuyó al declive de la sociedad antigua. Los argumentos son combinados de manera ingeniosa: un avance en un campo puede conducir a un retroceso en el otro, de modo que, en conjunto, unos y otros se empujan recíprocamente, pues los mecanismos perversos predominan

sobre los virtuosos.

Esta complejidad de su razonamiento puede deberse, en parte al menos, a la presencia de tradiciones intelectuales diferentes y en tensión. Siguiendo a Tácito, el lujo es reiteradamente presentado como la causa de la decadencia, sea de los romanos o de los bárbaros. Pero cuando atiende a Adam Smith o a Mandeville aparece un razonamiento opuesto: las virtudes públicas se cimentan habitualmente en vicios privados, y el ansia de lujo puede ser, en ocasiones, un excelente sostén de la prosperidad económica. Así, concluye Burke, la sutileza, unida a una escasa jerarquización de las causas, tiene en Gibbon un precio: la inconsistencia.

IV

El título de la obra puede resultar engañoso para los lectores del siglo XX. El Imperio Romano es el centro de una vasta historia, pero el foco no está en Roma: «El ojo del historiador —advierte— estará siempre fijado en la ciudad de Constantinopla», atalaya desde donde se mira tanto a Oriente como a Occidente. Gibbon desdeña el período de la formación del Imperio Romano en el seno de la antigua República; comienza su historia en el momento de la inicial madurez imperial, en el siglo II d. C., y la prolonga hasta la caída de Constantinopla, la nueva Roma, a manos de los turcos otomanos en el siglo XV, la víspera misma del renacimiento de la nueva Roma. Esta concepción del Imperio se corresponde con la perspectiva de aquella época, que observaba la continuidad de la tradición imperial en el imperio bizantino; se trata de una mirada sin duda diferente de la nuestra, más acostumbrada a considerar de manera principal aquella mitad occidental que, en su temprana ruina, acunó a la joven Europa.

La imagen de una decadencia plurisecular, con su final

anunciado, domina el texto. Pero Gibbon, que no es fatalista, mantiene el interés hasta el final; la compleja estructura del relato combina continuidades y rupturas, momentos de ascenso y de caída que contempla con sentimientos mezclados: admiración, espanto, nostalgia e ironía, sobre todo cuando descubre que una fuerza o un proceso en apariencia positivo, que parece frenar la decadencia, termina reactivándola de manera inesperada. En el primer capítulo presenta al Imperio en su momento de maduro esplendor, el siglo II d. C., cuando imponía al mundo su paz y su grandeza. Pero el relato elegíaco se va quebrando al mostrar las fisuras que provocarán las rupturas y el primer derrumbe. A él le siguieron, a lo largo de diez siglos, muchos otros episodios en los que la civilización fue humillada por algún tipo de barbarie, inclusive la del sectarismo cristiano. Gradualmente, el núcleo de la romanidad se fue haciendo menos resistente y casi etéreo: ¿hasta dónde es posible reconocerlo en la última Bizancio, o en su orgullosa competidora veneciana? Sin embargo, el espíritu de la vieja Roma está presente, hasta 1453, para dar unidad a esta historia, y también para renacer, como el ave Fénix, de las cenizas del incendio final.

Al elegir el siglo II y la brillante época de los Antoninos como culminación inicial, a partir de la cual trazar el camino de la decadencia, Gibbon parece apartarse de toda una rama de la tradición romana: la que desde Cicerón hasta Tácito había denunciado en el Imperio la ruina de la raíz republicana que con su honrada, modesta y sobria conducta lo había hecho posible. A los ojos de Gibbon, el imperio de los Antoninos se parece notablemente al Commonwealth de su tiempo: una potencia mundial, la más virtuosa y progresista, impone la paz en el mundo y asegura la libertad, la tolerancia, la paz y el progreso.

Tal, la imagen del imperio liberal, que prolonga y completa las glorias augustas.

Pero Gibbon, al tiempo que empieza a marcar las fisuras que serán las grietas de esa brillante construcción, no olvida la vieja tradición del patriciado senatorial. Augusto puso fin a las largas luchas facciosas que signaron el parto del Imperio, al costo de establecer una tiranía, mesurada y poco ostentosa, pero no por eso menos firme. Su mérito estuvo, precisamente, en disimular el puño de hierro en el guante de seda de las viejas formas republicanas, que marchaban de manera poco ostentosa a su ruina.

En suma, en el comienzo de su historia Gibbon combina dos relatos. El del magnífico imperio liberal y el de la república aplastada por el tirano benévolo. La tensión entre ambas miradas es propia de buena parte de los pensadores de la Ilustración, que dudaron entre las ventajas del gobierno limitado y constitucional —que requiere de una gran cultura cívica— y las del despotismo ilustrado, más adecuado cuando aquéllas faltaban. Esa tensión estaba presente en la aristocracia inglesa, y particularmente en aquella involucrada en el gobierno del Imperio. Carlos II en 1660, y sobre todo la Revolución de 1688, habían acabado con el tumultuoso ciclo revolucionario del siglo XVII, alimentado por pasiones religiosas y políticas. El siglo XVIII podía ser visto, desde la Cámara de los Comunes en la que Gibbon se sentó, como el momento de la paz augusta, y así fue: la cultura aristocrática del siglo XVIII construyó su tradición mirándose en la Roma imperial.

Pero había otra mirada, del presente y del pasado, grata sobre todo a quienes el nuevo orden había dejado en un lugar marginal. *Old Corruption*, la vieja corrupción, es la fórmula que sintetiza esta etapa de la política inglesa en la que un grupo —

los *whigs*— utilizó el control monopólico del gobierno para construir la fortuna personal de sus miembros, mediante prebendas, regalos y sinecuras generosamente repartidas por el jefe político —el primer ministro— entre aquellos cuyos votos eran decisivos para sustentar el gobierno parlamentario.

Los marginados del acuerdo, la aristocracia *tory*, recuperaron otras fuentes latinas para construir su discurso de oposición. Cicerón, Tito Livio, Salustio o Tácito, y también el Maquiavelo de las *Décadas*, alimentaron un discurso republicano que, según ha estudiado C. Pocock, colocó su foco en la corrupción y sus efectos: el abandono de las antiguas virtudes y el comienzo de un camino que inevitablemente conducía a la pérdida de la fuerza militar —cuerpos debilitados por el lujo, virilidad reducida por el afeminamiento— y finalmente a la esclavitud. Por ese camino, las virtudes de la paz y la opulencia, que habían sido la base de la *laudatio imperii*, se transformaron en la causa de la decadencia. Ciertamente Gibbon no compartió las conclusiones políticas de ese planteamiento: él mismo alcanzó brevemente a gozar de los beneficios del poder de los *whigs*. Pero sus fundamentos están presentes y ocupan una parte importante en su explicación de la decadencia del Imperio y, con seguridad, construyeron una base común de reconocimiento con sus lectores.

Así, el despotismo ilustrado de Augusto construye la civilización, pero a la vez, en este entramado juego de consecuencias y causas, acaba con las virtudes cívicas y abre el camino para sucesivos despotismos, en los que la Ilustración es cada vez más difícil de percibir. No sólo en este aspecto construye Gibbon un relato de Roma que permite a la aristocracia inglesa mirarse en un espejo lejano y, quizá, aprender las lecciones del pasado, que constituye probablemente

la clave de la popularidad de esta obra. El mismo juego de causas y consecuencias aparece en otra cuestión que Pocock ha incluido en el «momento maquiavélico» del siglo XVIII inglés: el deslizamiento del sistema militar de milicias al de los ejércitos permanentes y profesionales.

Tener un ejército profesional exclusivamente a sus órdenes, como los grandes monarcas absolutistas, había sido la aspiración de los reyes Estuardo a principios del siglo XVII. Contra esa aspiración se alzó en 1640 el Parlamento y, con él, el grueso de la aristocracia rural. Advertían que el ejército alteraría el equilibro de poder entre la monarquía y el Parlamento, y sobre todo, que sus costes habrían de ser pagados por los propietarios rurales, los principales contribuyentes. En contra del ejército permanente, defendían las milicias, reclutadas y conducidas, cuando era necesario, por las autoridades locales. Las milicias eran mucho menos onerosas y, sobre todo, no escapaban al control de los notables lugareños. Recuérdese que Gibbon sirvió en ellas durante más de dos años.

Un cierto *ethos* fundamentó esta preferencia: la obligación que tenían los miembros de una comunidad política de armarse para defenderla cuando era atacada. El mundo clásico —Grecia y Roma— suministró abundantes ejemplos justificatorios, tanto en el siglo XVII, cuando la aristocracia rural contuvo y derrotó a la monarquía, como en el siglo XVIII, cuando el debate se hizo más complejo, debido a las nuevas exigencias militares que implicaba el crecimiento del imperio colonial.

La historia romana ofreció otra vez un espejo para este debate. La expansión imperial llevó a las legiones cada vez más lejos de Roma, requirió períodos de servicio más largos, y sobre todo más hombres. Las ventajas prometidas a los veteranos resultaron escasa recompensa para tamaño sacrificio y

gradualmente los ciudadanos romanos, y también los italianos, fueron dejando su lugar a nuevos reclutas, provenientes de las regiones recién conquistadas, mucho menos impregnados de romanidad, una condición que, por otra parte, solía hacerlos más eficientes en el combate.

Al reducirse la influencia de la tradición ciudadana, aumentó entre los soldados su espíritu de cuerpo, la búsqueda de ventajas profesionales para quienes se sentían con derecho, y no sólo por su participación en las guerras exitosas que habían construido el Imperio. En la misma Roma, donde el poder de los herederos de Augusto se construyó a costa de la clase senatorial y en contra de ella, el *Princeps Senatum*, título preferido por Augusto, se fue convirtiendo en el *Imperator*, el general de los ejércitos. De los ejércitos provino su legitimidad y su poder efectivo, aquél que le permitió enfrentar con firmeza la intermitente oposición senatorial. Especialmente, se apoyaba en la guarnición de Roma, mandada por el poderoso prefecto del pretorio. Diez capítulos dedica Gibbon a contar una historia que ya había anticipado Suetonio: la creciente dependencia de los emperadores de unos guardias de corps que terminaron convirtiéndose en sus tutores. La guarnición romana hizo y deshizo emperadores —los «esclavos imperiales»— como en el conocido caso de Claudio, que se encontró ungido por aquellos que, según creía, se disponían a asesinarlo. La guarnición romana fue el poder detrás del trono hasta que, a la muerte de Nerón, las legiones imperiales se sumaron a la competencia y plantaron la semilla de una larga e intermitente guerra civil.

El ejército, dice Gibbon, fue el constructor del Imperio y a la vez el cáncer que lo devoró: otra vez, el extraño encadenamiento de causas y consecuencias. La gran obra de los Antoninos, en el cenit imperial del siglo II d. C., consistió en

haber encontrado un principio de legitimidad y de fuerza con el que subordinar a los ejércitos. El fin de los Antoninos abrió el ciclo de una nueva guerra civil, mucho más extensa y profunda que las anteriores, sólo contenida a fines del siglo III d. C. por Diocleciano.

Durante varias décadas distintos jefes militares, sustentados por los ejércitos regionales, disputaron por la supremacía en el Imperio, combatiendo aquí y allá hasta que, en el último cuarto del siglo III, se definió un centro de poder en torno de Diocleciano, quien instaló su corte, todavía transitoriamente, en su campamento de Spalato. Uno de sus sucesores, Constantino, que finalmente logró afirmar un poder estable, fundó una nueva capital: Constantinopla. A principios del siglo IV el Imperio había sido restaurado, pero a costa de transferir su centro de Occidente a Oriente.

No fue el único cambio. De manera ya indudable, el poder de los emperadores se asentó definitivamente en los ejércitos, nutridos de campesinos de regiones remotas y poco romanizadas, o de guerreros contratados fuera de los límites de los imperios. Ruralización, militarización y barbarización caracterizaron la existencia de este imperio que conservaba mucho del clásico pero a costa de cambiarlo sustancialmente.

El nuevo poder abandonó definitivamente las complejas formas elaboradas por Augusto y adoptó la más sencilla y contundente del despotismo oriental. El *Dominus* remplazó al *Princeps*. Por debajo de él sólo existía una masa de súbditos, siervos de distinto rango, con diferentes funciones y jerarquías pero que, sin excepción, inclinaban la cabeza y doblaban la rodilla frente al señor.

Los ciudadanos romanos, que habían sido la columna vertebral del imperio liberal, perdieron influencia y

personalidad. Al ser concedida a la totalidad de los habitantes del Imperio, la ciudadanía romana se esfumó como rasgo distintivo de una elite dirigente. Las ciudades perdieron sus funciones administrativas y políticas, que tradicionalmente habían sido importantes. Las antiguas instituciones, que eran el patrimonio de la clase senatorial, se convirtieron en curiosos rituales arcaicos, fuera de lugar en una corte que adoptaba cada vez más las costumbres orientales. Las antiguas virtudes que distinguían a los ciudadanos se desvanecieron a medida que se extendía la influencia de las costumbres orientales, el gusto por el lujo, el refinamiento, los perfumes, las joyas y los afeites. Poco quedaba en el nuevo cortesano del antiguo y orgulloso ciudadano romano.

Constantinopla o Bizancio, como se la llamó luego, se convirtió desde este momento en el centro y punto de referencia del relato de Gibbon, quien está lejos de simpatizar con esta segunda Roma. En su caracterización, Gibbon adopta y desarrolla los puntos de vista de Montesquieu en su *Espíritu de las leyes* y también en las *Consideraciones acerca de la grandeza y la decadencia de Roma*. En primer lugar, la influencia del clima sobre las costumbres y las instituciones. Luego, la crítica al despotismo y la valoración del «régimen mixto», como el existente en la antigua Roma y también en la Inglaterra liberal, que al combinar distintas legitimidades asegura la libertad de los individuos. Finalmente, Gibbon hace suyo, y explaya largamente, un argumento de Montesquieu: en el ansia exagerada de grandeza se encuentra la raíz de la decadencia romana. En cambio, para otro punto fundamental de su explicación sigue a Voltaire. Se trata del efecto negativo que el cristianismo tuvo sobre las tradiciones cívicas que habían sido el fundamento del viejo Imperio. Dentro del conjunto de

modificaciones producidas por la orientalización de Roma, las más contundentes fueron para Gibbon las que vinieron de la mano de la difusión del cristianismo.

V

Gibbon, un anglicano que tuvo su veranillo católico y retornó en Suiza a la fe de sus mayores, mira las cuestiones religiosas como un hombre de la Ilustración, que tiene presentes los deletéreos efectos de las guerras religiosas y aprecia los beneficiosos efectos de la tolerancia inglesa. De acuerdo con David Hume, que formuló esta distinción, puede despreciar la superstición de las creencias y cultos vulgares, pero apreciar el orden, la jerarquía y el control que las iglesias ejercen sobre los creyentes: las creencias son útiles para quienes no alcanzan la filosofía. En cambio, el excesivo entusiasmo en una fe acarrea el fanatismo, la intolerancia y la guerra entre hermanos.

Con esos ojos Gibbon contempla el Imperio Romano en su época liberal, cuando reinaba la tolerancia. Todos los cultos tenían acogida en el Panteón; los magistrados —dice— los consideran útiles, y los hombres educados los miran con simpático escepticismo; a través de esta visión de Gibbon, la aristocracia británica pudo identificarse con las clases educadas romanas. Muchos cultos nuevos vinieron de Oriente; pero sólo el cristianismo rompió ese equilibrio entre vulgo creyente y elite escéptica, fanatizando al primero y apartando a la segunda de sus obligaciones, sea para separarla del mundo en busca de la perfección individual, o para enfrascarse en estériles y facciosas controversias teológicas.

El inútil refinamiento de los teólogos cristianos, la futilidad de los problemas que discuten y las encarnizadas luchas sectarias que libran entre ellos en nombre de la verdadera fe son el blanco de los ataque de Gibbon, que en su juventud conoció

detalladamente sus discursos y argumentaciones y puede describirlos con precisa ironía. Pero detrás de la ironía está la convicción: Gibbon habla en nombre de convicciones compartidas por los hombres de la Ilustración. Sus ideas religiosas se resumen en el deísmo, la convicción de que todos los dioses concebidos por los hombres son la expresión parcial de una divinidad que no se agota en ninguno de ellos, y que finalmente se identifica con la razón. En nombre de esas convicciones puede condenar toda manifestación de intolerancia, toda certeza acerca de la exclusividad de una verdad.

Gibbon ataca duramente a los jóvenes cristianos. Se negaron a apreciar en la cultura que llamaban «pagana» todos los valores que la civilización había acumulado en ella. Prolongando el exclusivismo heredado de los judíos, se aislaron de la sociedad romana —al fin, una expresión de la sociedad humana— y la combatieron duramente, con la eficacia que a la larga tienen los fanáticos cuando combaten contra los escépticos. Negaron la importancia de los valores del ciudadano y del servicio del Estado, y recomendaron a los cristianos preocuparse exclusivamente de su propia alma. Cuando pudieron, combatieron a los paganos y se propusieron extirpar de raíz sus creencias. Finalmente, los acusa de haber facilitado el camino a los bárbaros, minando las defensas morales del Imperio.

Gibbon no inventa sus argumentos. Quizás a veces los expresa de manera demasiado contundente, pero eran los de su época. A la mencionada influencia de la Ilustración debe agregarse la de la tradición protestante, que denunció largamente la infiltración de las supersticiones paganas en el cristianismo de la catequesis, un tópico que Gibbon explora con fruición. También recoge la tradición del Renacimiento, con la

que comparte el escaso entusiasmo por los oscuros siglos medievales y el casi nulo aprecio por la nueva cultura fundada en el cristianismo. Al respecto, no se aparta de las ideas de las elites de su época, previas al Romanticismo medievalizante, y asocia la cultura cristiana con la destrucción de la civilización antigua.

Sus ideas sobre el cristianismo se aclaran algo en el contraste con su imagen del islam. Se trataba de una imagen pobre e incompleta, y él lo sabía y sufría por ello: no leía árabe y debió limitarse a las traducciones corrientes o a la amplia literatura de cronistas y viajeros. Quizá por eso no llegó a tener una opinión definida acerca de Mahoma, un personaje que en el ámbito de los sectores ilustrados suscitaba dos opiniones contrapuestas: era el fanático e intolerante, o bien el profeta monoteísta y enemigo de la idolatría, el legislador antiguo, de la estirpe de Hammurabi, Licurgo o Solón, que sacó a su pueblo de la superstición y la barbarie y, a diferencia de los cristianos, mantuvo incontaminadas sus creencias. Ambas imágenes, proyectadas sobre la del cristianismo, están en Gibbon.

En Inglaterra Gibbon fue criticado por sus capítulos sobre el cristianismo, aunque por ello no se redujo el general aprecio que su obra suscitó. Gibbon había participado en estos debates en el radicalizado ambiente parisiense, donde él era un moderado, y probablemente valoró equivocadamente la sensibilidad de los ingleses en cuestiones de religión. Incluso posteriormente reconoció que se había equivocado. Gibbon se sentía mucho más cerca de la escéptica moderación de la Ilustración que de la militancia puritana, y no era su propósito modificar las creencias populares. Precisamente reprochó a los jóvenes cristianos su militancia intolerante, y se complació con la comparación que Edmund Burke hizo entre los modernos jacobinos y *sans culotte*

y los antiguos y fanáticos monjes medievales. Pero lejos de cualquier militancia o apetencia redentora, compartió el criterio de su época de la «doble verdad» —una para el vulgo y otra para la elite— y escribió para ésta. En cuestiones de religión desplegó ampliamente su estilo irónico, lleno de supuestos y sobreentendidos sólo comprensibles para quienes poseían su clave. Quizá Gibbon imaginaba a sus lectores como una versión ampliada del círculo del doctor Johnson, que había frecuentado en sus años de Londres.

VI

Cuando se llega al año 400, la escala del relato de Gibbon cambia completamente. Hasta entonces, el inicial mundo de los Antoninos se había mantenido sustancialmente sin cambios: un conjunto de Estados y de pueblos, organizados en torno del mar Mediterráneo, diversos pero que compartían códigos y costumbres. Desde el siglo V, el panorama es heterogéneo, discontinuo y tremendamente dinámico. El Imperio Romano, limitado a Grecia y el Cercano Oriente, es un Estado cristiano y teocrático, que ha extirpado las antiguas creencias. En el salvaje Oeste, la vieja Roma es conquistada sucesivamente por pueblos bárbaros provenientes del norte y el oeste, que establecen en los despojos del Imperio remedos de reinos, mal definidos y en eterna pugna. Un poco después se produce la expansión árabe, que derriba el antiguo Imperio persa, arrebata buena parte del Imperio Romano y llega hasta las cercanías de Roma. Posteriormente serán los pueblos venidos de las estepas de Asia central: hunos, magiares y mongoles.

¿Cómo dar cuenta de este torbellino de pueblos, lenguas y costumbres? Mantener la coherencia, conservar la unidad de sentido es un desafío enorme para el historiador, que Gibbon afronta magistralmente. Lo caracteriza su sentido de la escena:

ésta debe ser siempre comprensible para el lector, como una obra teatral lo es para el espectador. Gibbon ambienta su historia de manera creíble: buen conocedor de la geografía, puede describir con la misma vívida precisión los lugares que conoce y aquellos cuyas referencias le vienen sólo de los libros. Luego, se trata de poner orden en el caos, para lo cual recurre a la idea matriz de la decadencia, pero adecuada a unos tiempos en los que nada es sólido, todo es provisional, y a la vez, en los que nada desaparece completamente. Lo que una invasión destruye es a la vez el comienzo de algo nuevo, el ensayo de un Estado, un sistema de costumbres casi siempre efímero, pero que reaparece por sorpresa en una ronda posterior. En este cruce permanente de pueblos en movimiento, de conquistadores de un día que son los conquistados del siguiente, algunos pueblos, sorpresivamente, logran conservar su identidad, y otros, como los vándalos del norte de África, deben contemplar cotidianamente la erosión de sus tradiciones culturales, originarias del frío norte europeo, que difícilmente sobreviven en el ardiente Sahara. Estos esbozos iluminan otras muchas situaciones posibles, y en ellos se encuentran algunas de las mejores expresiones de su estilo: Gibbon combina el tono épico y nostálgico con la ironía, para mostrar esa curiosa coexistencia de la decadencia y extinción con el brote de la vida nueva.

Un caso especial es el de aquellos pueblos nómadas que, con cierta regularidad, emigran de Asia, arreando gentes y ganado, arrasando Estados y constituyendo grandes unidades estatales, con frecuencia efímeras, salvo el caso de los mongoles. Aquí, la escritura sugerente y la insinuación de las continuidades tras el torbellino de las rupturas no resulta suficiente, y Gibbon recurre a una explicación más amplia y sistemática, que hoy llamaríamos sociológica o antropológica, acerca de la naturaleza

de los pueblos pastores.

Según observa Gibbon, los pueblos pastores son regularmente nómadas: marchan detrás de sus rebaños, a caballo, y no los atan al suelo ni la agricultura ni la actividad comercial. A la vez, en estado de movimiento continuo, están siempre preparados para la guerra, ya sea porque la busquen deliberadamente o porque suceda de manera no deliberada, al chocar a su paso con pueblos instalados. Pequeñas causas produjeron grandes efectos: los hunos empujaron a los godos, cuya huida aterrorizada se convirtió en invasión del Imperio; los mongoles, en cambio, detuvieron a los turcos y demoraron la caída de Bizancio por dos siglos. Otras veces, también de manera no deliberada, construyeron grandes entidades políticas. En todos los casos, la civilización cedió ante la horda bárbara.

Gibbon utiliza aquí un concepto, el de pueblos pastores, elaborado en el siglo XVIII por Adam Smith y otros pensadores de la escuela escocesa, para explicar las etapas de la civilización humana. Su variedad y diversidad constituía un enigma, en el siglo en que las exploraciones y conquistas habían multiplicado los pueblos conocidos; reducir esa diversidad a la unidad fue un desafío para los pensadores. Montesquieu propuso un modelo que tuvo amplia aceptación: la importancia del clima y el ambiente para explicar las diferentes costumbres de pueblos que en el fondo eran iguales: el frío los hace activos y el calor, blandos e indolentes.

La explicación de Adam Smith es más compleja, pues articula las «costumbres» y el «espíritu» de los ilustrados, con las formas de la organización social, y construye una explicación acerca de los caminos del progreso. La humanidad pasó del estado salvaje —los cazadores— al nómada —los pastores—, y de éste al feudal —los agricultores— y finalmente al comercial,

urbano y civilizado. Gibbon conoció bien este esquema pero lo usó de manera esporádica y poco sistemática, salvo en el caso de los pastores. Encontró en ese concepto la clave para entender el comportamiento recurrente de pueblos diversos: godos, vándalos, hunos, árabes, mongoles y turcos. Todos ellos arrasaron Estados y civilizaciones que otros habían creado.

Gibbon pudo cerrar así su explicación general de la decadencia, que articulaba historias parciales de auge y decadencia. Al incorporarse a la historia, cada pueblo bárbaro aportó una fuerza renovada, que, luego de destruir, se incorpora a la civilización. Al igual que en el caso de los romanos, la expansión trajo finalmente la lujuria del poder y, con él, la corrupción de las costumbres que los habían hecho fuertes. La historia no fue diferente para los godos, los árabes o los tártaros. Siguiendo el ejemplo de los vencidos, adoptaron la combinación de despotismo y esclavitud e introdujeron los lujos y comodidades —la seda, los baños, el teatro— que debilitaron su fuerza viril y los dejaron inermes frente a nuevos pueblos bárbaros. El círculo de la decadencia se repite eternamente.

VII

El 27 de junio de 1787, entre las once y las doce de la noche, Edward Gibbon escribió las últimas líneas de su libro. Según anotó luego en sus *Memorias*, en ese momento sintió que lo embargaba una sobria melancolía por la despedida de un buen compañero; agregó que, cualquiera que fuera el futuro de su *Historia*, la vida del historiador sería corta y precaria; una observación filosófica que los latinos sintetizaron admirablemente: *ars longa, vita brevis*.

Como historiador, Gibbon era consciente de su papel de juez y admistrador de la fama de sus personajes: de su *Historia* surgirían reconocimientos, desprecios y olvidos. Procuró ser

justo y medir a los hombres con la vara de su tiempo, pero sin duda tenía sus propios criterios. Los éxitos públicos lo impresionaban menos que las virtudes interiores, y juzgaba los méritos intelectuales los más valiosos, sobre todo si iban unidos a un sentido de la moderación y la tolerancia.

La fama, que el historiador concede, acarrea la posibilidad de no ser olvidado, de trascender en el mundo terreno, de permanecer en el recuerdo de las generaciones posteriores. Pero la fama —advierte Gibbon— no es la inmortalidad; es también parte de ese proceso histórico que permanentemente erosiona las tradiciones. «El arte del hombre le permite construir monumentos más perdurables que el estrecho lapso de su existencia. Sin embargo, esos monumentos, como él mismo, son perecederos y frágiles.»

Es posible que estuviera pensando en su propia obra. El tiempo fue generoso con ella. La generación que lo siguió —habitualmente iconoclasta— lo respetó y apreció; Byron visitó su casa en Lausana, cortó unas ramas de su jardín y le dedicó unos versos en *Childe Harold*. Luego, Gibbon se convirtió en un clásico. Ha sido la base de la educación latina de muchas generaciones de ingleses y fue quien introdujo a muchos otros en el placer de la lectura de la historia. Su *Historia* se sigue editando hasta hoy. Entre los cultos, su reconstrucción de la larga decadencia imperial forma parte esencial de la comprensión de la cultura occidental y del papel que en ella ha tenido el legado romano. A la vez sus juicios, y también sus prejuicios, se han incorporado al sentido común, a las ideas corrientes acerca del Imperio Romano, aquellas que, por decirlo de alguna manera, estuvieron en la mente de los productores de Hollywood.

Cabe preguntarse por qué se lo lee hoy. La misma pregunta

podría hacerse acerca de Herodoto, Tucídides, Tito Livio, Tácito, Raul Glaber, Guicciardini, Michelet o Ranke; pronto nos la haremos sobre Marc Bloch o Braudel. ¿Qué es lo que hace de un historiador un clásico?

No se trata de la erudición, aunque en este caso es impresionante. Ya en 1912 J. P. Bury realizó una exhaustiva anotación de su obra, señalando todas las cuestiones de hecho que debían ser corregidas. Luego, la historia siguió rumbos y tendencias diferentes; hoy esa erudición sólo interesa a los especialistas y parece conveniente prescindir de ella, como se ha hecho en esta edición, e indicar someramente los caminos que posteriormente han seguido los historiadores. Así, este Gibbon puede leerse desnudamente, apreciando en primer lugar sus magnificas cualidades de escritor, visibles también en las notas. Pero no es todo.

Lo importante en Gibbon, y en cualquiera de los historiadores clásicos, es su visión del pasado histórico, de la vida histórica, que es la expresión a la vez de los problemas de su época y de su perspectiva personal. Desentrañar esta imagen de la vida histórica requiere hacer una lectura histórico cultural, lo que suele ser para los lectores una tarea placentera. Se trata de encontrar en la obra la interacción de tres procesos: la materia narrada, la *forma mentis* del historiador y el conjunto de los procesos culturales que han contribuido a configurarla. Todo clásico es, en algún sentido, hombre de su tiempo, y Gibbon dialoga a la vez con el mundo romano y con el siglo XVIII. De éste extrae las preguntas y problemas, y para éste quiere construir una explicación de la historia del Imperio, combinando las ideas filosóficas y la sólida erudición disponible.

Gibbon fue el «historiador filosófico» de la Antigüedad, pero la fórmula está lejos de agotar la explicación de su *forma mentis*.

Entre la materia estudiada y el medio cultural en que se formó es necesario atender a otra dimensión: la trayectoria personal del autor, y aquellas experiencias que contribuyeron a moldearla. Gibbon fue un afrancesado dentro del círculo ilustrado inglés: a menudo Voltaire o Montesquieu hablan a través de él, pero en unos términos que aquéllos no reconocerían como propios. También fue un deísta, que conoció breve pero íntimamente el catolicismo, y aprendió a desconfiar de la intolerancia y el fanatismo; un impenitente lector de César y Tácito, que pudo confrontar sus lecturas sobre la guerra con su experiencia en las milicias de Su Majestad; también, un caballero que miraba el mundo con los ojos de la aristocracia inglesa de su siglo.

Una vez descifrada la mente, es posible llegar al fondo de la cuestión: la escritura de la historia. Toda explicación del pasado presupone una forma con la que será transmitida. ¿Cómo cuenta la historia Gibbon? La fórmula de «gran relato» le es perfectamente aplicable, no sólo por esos supuestos filosóficos que guían su interpretación sino, más llanamente, por la forma expositiva. El relato es la forma literaria del proceso que resume el título: una historia compleja, en la que Gibbon combina los grandes procesos políticos y culturales, la coyuntura donde éstos emergen a la superficie y exhiben sus articulaciones, y los personajes, criaturas de procesos y coyunturas pero a la vez agentes activos, capaces de definir su sentido, impedir o facilitar su expansión. En este punto no es fácil discernir lo que proviene de una mirada profunda y minuciosa del pasado y lo que es debido a su notable arte literario, capaz de combinar la síntesis audaz con vívidas e iluminadoras escenas y retratos profundos y significativos.

En suma, Gibbon es un clásico por la profundidad de su mirada de historiador y por la capacidad de plasmarla en un

relato que dé cuenta de manera clara de la complejidad de su materia. Su maestría literaria, hecha de sobriedad e ironía, es decisiva. Pero, sobre todo, se trata de una mirada de época. *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* es una obra que nos habla tanto del Imperio Romano como del siglo XVIII inglés.

LUIS ALBERTO ROMERO

PERÍODO DE LOS ANTONINOS

Nota bibliográfica

Los tres primeros capítulos de la Historia *de Gibbon están dedicados al siglo II d. C., cuando el Imperio Romano estuvo regido por la dinastía Antonina; fue a principios de ese siglo, bajo el gobierno de Trajano, cuando el Imperio Romano alcanzó su máxima extensión. Gibbon se refiere particularmente a este período, también conocido como el momento de la* Pax Romana *o, cuando se hace referencia a la forma de gobierno, como el período de los emperadores adoptivos, pues los emperadores adoptaron el criterio de designar un sucesor en vida y adoptarlo como hijo. Hoy este período es identificado como el Alto Imperio*.

Gibbon centró su atención en los aspectos morales, éticos y políticos característicos del Imperio. En el siglo XX la historiografía se ha ocupado principalmente de la relación entre el tipo de explotación económica, la dinámica de su expansión y la relación con el poder político y social. La mayoría de los estudios modernos utiliza una periodización diferente de la de Gibbon, que permite relacionar las formas de la expansión económica con las transformaciones sociopolíticas, y tender un puente entre la etapa clásica del Imperio y la crisis y transformaciones del siglo III d. C.

En los últimos treinta años la historiografía ha renovado su interés por los estudios culturales y políticos, incluyendo estudios sobre la vida cotidiana, la mujer y la lectura, entre otros temas; en el caso de los estudios políticos, revirtiendo los enfoques

reduccionistas de principios del siglo XX*, se le ha vuelto a asignar a la esfera política una lógica explicativa autónoma. En este campo es donde más claramente se puede establecer una relación entre el análisis que hizo Gibbon en el siglo* XVIII *y los nuevos aportes*.

Visión general del período: *R. H. Barrow*, Los romanos, *México, Fondo de Cultura Económica, 1949. André Piganiol*, Historia de Roma, *Buenos Aires, Eudeba, 1954. D. Duddley*, The Romans, *Londres, 1970. E. Albartini*, L'Empire Romain, *París, 1970. G. Alföldy*, Historia social de Roma, *Madrid, Alianza, 1987. J. M. André, y A. Hus*, La historia en Roma, *Buenos Aires, Siglo XXI*, *1975. M. I. Finley*, Estudios sobre historia antigua, *Madrid, Akal, 1981. F. Altheim*, Historia de Roma, *3 vols., México, 1961. M. Cary*, A History of Rome down to the Time of Constantine, *Londres, 1935*.

Visión general del Alto Imperio: *M. Rostovtzeff*, Historia social y económica del Imperio Romano, *Madrid, Espasa-Calpe, 1962. P. Garnsey y R. Saller*, El Imperio Romano. Economía, sociedad y cultura, *Barcelona, Ed. Crítica, 1991. C. Wells*, El Imperio Romano, *Madrid, Taurus, 1986. J. M. Blázquez y A. Castillo*, El Imperio Romano (siglos I-III), *Madrid, Cátedra, 1989. F. Millar*, El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, *tomo* IV, Historia Universal, *Siglo XXI*, *Madrid, 1975. J. M. Roldan y Ch. G. Starr*, The Roman Empire 27 B.C. - A.D. 476. A Study in Survival, *Oxford, 1982. F. Millar*, The Emperor in the Roman World (31 B.C. - A.D. 337), *Londres, 1977. A. Garzetti*, From Tiberius to the Antonines. A History of the Roman Empire A.D. 14-192, *Londres, 1974. L. Harmand*, L'Occident Romain (31 av. J.C. à 325 ap. J.C.), *París, 1970. S. Mazzarino*, L'Imperio Romano *(3 vols.), Bari, 1976. A.A.V.V.*, The Late Empire, *Cambridge, 1956. L. Homo*, L'Empire Romain, le Gouvernement du

Monde, la Défense du Monde, l'Exploitation du Monde, *París, 1925*.

Análisis social: *J. Gagé*, Les Classes Sociales dans l'Empire Romain, *París, Payot, 1971. M. Mann*, Las fuentes del poder social, *Madrid, Alianza, 1991. K. Hopkins, «Movilidad de la elite en el Imperio Romano» en M. I. Finley (ed.)*, Estudios de historia antigua, *ob. cit. R. Macmullen*, Roman Social Relations 50 B.C. to A.D. 284, *Yale, 1974. P. Garnsey*, Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire, *Oxford, 1970*.

Análisis político: *R. Talabert*, The Senate of Imperial Rome, *Princeton, 1984. V. A. Sirago*, Involuzione politica e spirituale nell'Imperio del *II* secolo, *Nápoles 1974. J. B. Campbell*, The Emperor and the Roman Army, *Oxford, 1984*.

Análisis institucional: S. *Montero, G. Bravo, y J. Martínez-Pinna*, El Imperio Romano. Evolución institucional e ideológica, *Madrid, Visor, 1991. F. F. Abbott y A. C. Johnson*, Municipal Administration in the Roman Empire, *Princeton, Nueva Jersey, 1926*.

Análisis económico: *R. Duncan-Jones*, The Economy of the Roman Empire. Quantitative Studies, *Cambridge, 1974. M. I. Finley*, La economía de la antigüedad, *México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (especialmente «El Estado y la economía»). A.A. V.V.*, Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la Antigüedad clásica, *Madrid, Akal, 1979 (especialmente J. Kolendo, «La formación del colonato en África»). A.A.V.V.*, Terre et Paysans Dépendants, *París, CNRS*, *1979 (especialmente M. Mazza, «Terra e forme di dipendenza nell'Imperio Romano», y J. Kolendo, «Le Problème du Développement du Colonat en Afrique Romaine sous le Haut-Empire»). E. Staerman, y M. Trofimova*, La esclavitud en la Italia imperial, *Madrid, Akal, 1979. M. I. Finley (ed.)*, Studies in Roman Property, *Cambridge, 1976. A. E. R.*

Boak, Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire in the West, *Michigan Ann, Arbor, 1955. T. Frank*, Economic Survey of Ancient Rome, *Baltimore, 1940. A.A. V.V.*, Cambridge Ancient History, *Cambridge, 1934, vol. X (especialmente F. Oertel, «The Economic Unification of the Mediterranean Region»)*.

Las conquistas: *G. Downey*, A History of Antioch in Syria from Selectus to the Arab Conquest, *Princeton, 1961. D. Magie*, Roman Rule in Asis Minor, *Princeton, 1950*.

La vida cotidiana y la cultura: *L. Friedlaender*, La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma desde Augusto hasta los Antoninos, *México, Fondo de Cultura Económica, 1947. Ugo Enrico Paoli*, Urbs. La vida en la Roma antigua, *Barcelona, Iberia, 1956. Jérome Carcopino*, La vida cotidiana en Roma en tiempos del Imperio *(1939). Madrid, Temas de Hoy, 1989. Georges Duby y Michelle Perrot (dir.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad, *Madrid, Taurus, 1991, tomo I. Philippe Ariès y Georges Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, París, Taurus, 1988*.

I

EXTENSIÓN Y PODER MILITAR DEL IMPERIO EN TIEMPOS DE LOS ANTONINOS

En el siglo II de la era cristiana, el Imperio Romano abarcaba la parte más próspera de la tierra y la porción más civilizada de la humanidad. Los confines de tan extensa monarquía estaban resguardados por la fama antigua y el valor disciplinado, y la apacible pero eficaz autoridad de leyes y costumbres había hermanado gradualmente a las provincias. Sus pacíficos moradores disfrutaban y abusaban de las ventajas de la riqueza y el lujo, y la imagen de una constitución libre se preservaba con decoroso acatamiento: el Senado romano se mostraba con autoridad soberana, y trasladaba a los emperadores la potestad ejecutiva del gobierno. El virtuoso desempeño de Nerva, Trajano, Adriano y los dos Antoninos condujo la administración pública por un venturoso lapso de más de ochenta años (desde el 98 hasta el 180 d. C.); tanto en este capítulo como en los dos próximos vamos a describir la prosperidad del Imperio, y luego a puntualizar, desde la muerte de Marco Antonino, las más importantes circunstancias de su decadencia y caída: un acontecimiento que se recordará siempre, y que aún lo perciben las naciones de la tierra.

Las principales conquistas de los romanos fueron obra de la República, y los emperadores solían darse por satisfechos con afianzar los dominios obtenidos por la política del Senado, la emulación de los cónsules y el entusiasmo bélico del pueblo. Los

primeros siete siglos rebosaron de incesantes triunfos, pero fue tarea de Augusto abandonar el ambicioso intento de ir sometiendo el mundo entero, e introducir moderación en los negocios públicos. Propenso a la paz tanto por su temperamento como por sus circunstancias, pronto advirtió que a Roma, en su tan encumbrada posición, le aguardaban muchas menos esperanzas que temores en el trance de las armas, y que en el empeño de lejanas guerras el avance era cada vez más difícil, el éxito, más azaroso, y la posesión resultaba en extremo contingente, a la vez que poco provechosa. La experiencia de Augusto fue dando mayor firmeza a estas benéficas reflexiones, y lo convenció de que, con el atinado brío de sus consejos, afianzaría cuantas concesiones requiriesen el señorío y la salvación de Roma de parte de los más desaforados bárbaros: en lugar de exponer su persona y sus legiones a los flechazos de los partos, consiguió, por medio de un honroso tratado, la restitución de los pendones y los prisioneros apresados en la derrota de Craso.[1]

A principios de su reinado, sus generales intentaron sojuzgar a Etiopía y la Arabia Felix, y avanzaron más de mil millas (1600 km) al sur del trópico, pero luego el ardor del clima rechazó la invasión y protegió a los pacíficos moradores de esas aisladas regiones.[2] El norte de Europa no merecía los gastos y fatigas de la conquista, pues las selvas y los pantanos de Germania hervían con una brava casta de bárbaros que despreciaban la vida sin libertad, y aunque en el primer encuentro aparentaron ceder al empuje del poderío romano, luego, en un acto de desesperación, recobraron su independencia, y recordaron a Augusto las vicisitudes de la suerte.[3] Al fallecimiento de este emperador, en el Senado se leyó públicamente su testamento, que dejaba a sus sucesores, como valiosa herencia, el encargo de ceñir el Imperio

a los confines que, al parecer, la naturaleza había colocado como linderos o baluartes permanentes: al poniente, el piélago Atlántico; al norte, el Rin y el Danubio, y en el mediodía, los arenosos desiertos de Arabia y África.[4]

Felizmente para el sosiego humano, sus sucesores inmediatos, acosados por vicios y temores, se avinieron al pacífico sistema recomendado por la cordura de Augusto. Dedicados a la búsqueda del placer o el ejercicio de la tiranía, los primeros Césares apenas asomaron por sus ejércitos y sus provincias, y no estaban dispuestos a tolerar que sus entendidos y esforzados lugartenientes se enorgulleciesen de unos triunfos que su propia indolencia desatendía. El prestigio militar de un súbdito era considerado una insolente invasión de la prerrogativa imperial, y todo general romano, a impulsos de su obligación y de su interés, tenía que resguardar los confines que le competían, sin aspirar a conquistas que podían ser no menos aciagas para él mismo que para los bárbaros avasallados.[5]

En el siglo I de la era cristiana, la única anexión que recibió el Imperio fue la provincia de Bretaña. Sólo en este caso, los sucesores de César y de Augusto se dejaron llevar por las huellas del primero antes que por el mandato del segundo. Su cercanía a la costa de la Galia parecía invitar a las armas, y la posibilidad halagüeña, aunque dudosa, de que existiera una pesquería de perlas cebaba su codicia;[6] por otra parte, la Bretaña era vista como un mundo aislado y diverso, y su conquista apenas se consideraba una excepción del sistema general del arreglo continental. Tras una guerra de alrededor de cuarenta años, entablada por el más necio, sostenida por el más disoluto y terminada por el más medroso de todos los emperadores,[7] la mayor parte de la isla quedó sujeta al yugo romano. Las diferentes tribus de bretones poseían arrojo sin tino y ansia de

libertad sin concordia. Tomaron las armas con bravío desenfreno; luego las abandonaron o, con inconstancia salvaje, las volvieron unos contra otros, y al pelear separadamente todos fueron sometidos. Ni la fortaleza de Caráctaco, ni la desesperación de Boadicea ni el fanatismo de los druidas lograron evitar la servidumbre de su patria ni resistir el avance de los caudillos imperiales que seguían afianzando la gloria nacional, mientras el trono era deshonrado por los hombres más débiles o los más viciosos. Mientras Domiciano, encerrado en su palacio, sentía el pavor que él mismo inspiraba, sus legiones, a las órdenes del virtuoso Agrícola, arrollaron las fuerzas conjuntas de los caledonios, al pie de la serranía Grampia, y sus escuadrillas, arrojándose a ignotas y peligrosas travesías, ocuparon toda la isla con armas romanas. Ya se consideraba concluida la conquista de Bretaña,[8] y era el propósito de Agrícola completar y afianzar su logro con la fácil ocupación de Irlanda, para lo cual bastaba una única legión con algunos auxiliares.[9] Aquella isla occidental podía convertirse en una posesión apreciable, y los bretones se avendrían con menos repugnancia a cargar sus cadenas si la visión y el ejemplo de la libertad eran eliminados ante sus ojos.

Pero las virtudes de Agrícola pronto motivaron su remoción del gobierno de Bretaña, lo que malogró definitivamente aquel grandioso y atinado plan de conquista. Antes de su alejamiento, el prudente general se ocupó de la seguridad y el afianzamiento de ese dominio. Había observado que los golfos enfrentados, llamados actualmente los estuarios de Escocia, dividían casi por completo a la isla en dos partes desiguales. En el angosto trecho de alrededor de cuarenta millas (65 km) que los separaba, Agrícola estableció una línea de puestos militares que más tarde, durante el reinado de Antonino Pío, fue fortificada con un

terraplén alzado sobre un cimiento de piedra.[10] Esta muralla de Antonino, a poca distancia de las modernas ciudades de Edimburgo y Glasgow, constituyó el límite de la provincia romana. Los caledonios siguieron conservando, en el extremo septentrional de la isla, su salvaje independencia, que estribaba no menos en su pobreza que en su valor. Sus correrías fueron rechazadas con repetidos escarmientos, mas el país nunca fue sojuzgado.[11] Los dueños de los climas más amenos y saludables del globo daban la espalda con desprecio a lóbregas serranías azotadas por aguaceros tempestuosos; a lagos encapotados por cerrazón pardusca, y a páramos helados y solitarios en los cuales los ciervos del bosque huían acosados por una cuadrilla de bárbaros desnudos.[12]

Tal era la situación de los confines romanos, y tales las normas del sistema imperial desde la muerte de Augusto hasta el advenimiento de Trajano. Ese príncipe activo y virtuoso, que había recibido la educación de un soldado y poseía el talento de un general,[13] trocó el ocio pacífico de sus antecesores por trances de guerra y conquista, y por fin las legiones, tras larguísimo plazo, disfrutaron de la conducción de un emperador militar. Trajano estrenó sus hazañas contra los dacios, nación belicosísima que moraba tras el Danubio y que, durante el reinado de Domiciano, insultaba impunemente la majestad de Roma.[14] A la fiereza y la pujanza propias de bárbaros agregaban el desprecio por la vida, que provenía de su entrañable concepto de la inmortalidad y la trasmigración del alma.[15] Decébalo, el rey dacio, mostró ser un digno competidor de Trajano, ya que, según reconocían sus enemigos, no desconfiaba de su propia fortuna ni de la suerte común hasta apurar el último recurso de su entereza y su desempeño.[16] Esta guerra memorable, con una breve interrupción de las hostilidades, duró cinco años, y dado

que el emperador pudo concentrar toda la fuerza del Estado, tuvo como consecuencia la absoluta sumisión de los bárbaros.[17] La nueva provincia de Dacia, que constituía la segunda excepción al precepto de Augusto, tenía un perímetro de alrededor de mil trescientas millas (2000 km), y sus límites naturales eran el Teis o Tibisco, el Dniéster, el bajo Danubio y el mar Euxino. Aún pueden rastrearse los vestigios del camino militar desde la orilla del Danubio hasta las cercanías de Bender, un famoso paraje en la historia moderna, actual confín entre los imperios de Rusia y Turquía.[18]

Trajano estaba ávido de prestigio, y mientras los hombres sigan vitoreando con mayor vehemencia a sus verdugos que a sus bienhechores, el afán de gloria militar será siempre el vicio de los ánimos más encumbrados. Las alabanzas de Alejandro, entonadas por historiadores y poetas, encendieron en el pecho de Trajano un peligroso deseo de emulación. Con ese ejemplo, el emperador romano emprendió una expedición contra las naciones de Oriente, pero se lamentaba, suspirando, de que su avanzada edad cortaba las alas a su esperanza de igualar la fama del hijo de Filipo.[19] Sin embargo, la gloria de Trajano, aunque pasajera, fue rápida y ostentosa. Los partos, degradados y exhaustos a causa de sus discordias intestinas, huyeron ante su presencia, y el emperador bajó triunfalmente por el Tigris desde las cumbres de Armenia hasta el golfo Pérsico. Disfrutó del honor de ser el primero y último general romano que llegó a navegar por aquellos lejanos mares. Sus escuadras arrasaron las costas de Arabia, y se jactó equivocadamente de haberse asomado hasta los confines de la India.[20] Atónito, el Senado escuchaba día tras día nuevos nombres de naciones rendidas a su prepotencia; le participaron que los reyes del Bósforo, Cóleos, Iberia, Albania, Ofroene e incluso el monarca de los partos

habían recibido sus diademas de la diestra del emperador; que las tribus independientes de las sierras Carducas y Medas habían implorado su protección y que los opulentos países de Armenia, Mesopotamia y Asiria fueron convertidos en provincias.[21] La muerte de Trajano enlutó tan esplendorosa perspectiva, y era sensato temer que tantas y tan remotas naciones sacudirían el recién uncido yugo, al no estar sujetas por la prepotente mano que se lo había impuesto.

Una antigua tradición refería que, cuando uno de los reyes romanos fundó el Capitolio, el dios Término (que presidía las fronteras, y por entonces se representaba con una gran piedra) fue, de todas las deidades inferiores, la única que se negó a ceder su sitio al mismo Júpiter. Su rebeldía se interpretó favorablemente, pues los agoreros dilucidaron que era un positivo presagio de que los confines del poderío romano jamás retrocederían.[22] Durante muchos siglos la predicción, como suele suceder, cooperó para su logro, pero el propio Término, que desafió la majestad de Júpiter, se doblegó al mandato del emperador Adriano,[23] pues la primera medida de su reinado fue el descarte de todas las conquistas orientales de Trajano. Adriano devolvió a los partos la elección de su soberano independiente, retiró las guarniciones romanas de las provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria, y observando el encargo de Augusto restableció en el Éufrates el límite del Imperio.[24] Suelen criticarse los actos públicos y los motivos recónditos de los príncipes, y se tildó pues de envidiosa la disposición de Adriano, que tal vez fue consecuencia de su moderación y su cordura. El cambiante temperamento de ese emperador, capaz tanto de bastardías como de sentimientos generosos, suministra algún margen a la sospecha, pero no cabía enaltecer más a su antecesor que confesándose poco apto para el intento de

resguardar aquellas conquistas.

La ambiciosa gallardía de Trajano se contraponía a la moderación de su sucesor, pero la actividad incesante de este último descollaba en cotejo con el apacible sosiego de Antonino Pío. La vida de Adriano se redujo a un viaje perpetuo, y, atesorando el desempeño de guerrero a la vez que el de estadista, satisfacía su curiosidad al tiempo de cumplir con sus obligaciones. Sin preocuparse por las diferencias climáticas, andaba a pie y descubierto por las nieves de Caledonia y los abrasadores arenales del Alto Egipto, y no quedó provincia en todo el Imperio que, en el transcurso de su reinado, no se honrase con la presencia del monarca.[25] Pero la tranquila vida de Antonino Pío transcurrió en el regazo de Italia, y, durante los veintitrés años que empuñó el timón del Estado, sus más dilatadas peregrinaciones fueron tan sólo desde el palacio de Roma hasta el retiro de su quinta en Lanuvio.[26]

A pesar de las diferencias personales, Adriano y ambos Antoninos se atuvieron igualmente al sistema general de Augusto. Empeñados en sostener la grandiosidad del Imperio sin dilatar sus límites, se valieron de arbitrios decorosos para ofrecer su amistad a los bárbaros y se esmeraron en demostrar al mundo que el poderío romano, en realidad encumbrado sobre el apetito de más conquistas, se debía sólo al amor por el orden y la justicia. Fuera de alguna hostilidad pasajera que ejercitó provechosamente a las legiones fronterizas, durante un venturoso período de cuarenta y tres años su ahínco fue coronado por el éxito, y los reinados de Adriano y de Antonino Pío ofrecieron la halagüeña perspectiva de una paz sostenida.[27] Reverenciado el nombre romano en todos los ámbitos de la tierra, el emperador solía arbitrar en las desavenencias que sobrevenían entre los bárbaros más bravíos, y un historiador

contemporáneo refiere haber visto desairados a algunos embajadores que venían a solicitar el honor de alistarse entre los vasallos de Roma.[28]

El terror a las armas romanas robustecía y encumbraba el señorío y el comedimiento de los emperadores, que conservaban la paz por medio de incesantes preparativos para la guerra; y puesto que la justicia era la norma de sus pasos, pregonaban a las naciones que no estaban dispuestos ni a cometer ni a tolerar tropelías. La fuerza militar, cuya mera presencia fue suficiente para Adriano y el mayor de los Antoninos, debió ser empleada contra los partos por el emperador Marco. Los bárbaros provocaron hostilmente las iras del monarca filósofo, y, en busca de un justo desagravio, Marco y sus generales lograron destacadas y repetidas victorias, tanto en el Éufrates como en el Danubio.[29] La fuerza militar que en tal grado afianzó el sosiego y el poderío del Imperio se nos ofrece desde luego como objeto grandioso y digno de nuestra atención.

En la época más pura de la República, el uso de las armas era propio de aquella jerarquía de ciudadanos que tenían una patria que amar y una propiedad que defender, y participaban en la formación y el puntual cumplimiento de las leyes. Mas, a medida que tantas conquistas fueron menoscabando la libertad general, la guerra se encumbró en arte y se degradó en comercio.[30] Las legiones mismas, aun cuando se reclutaran en provincias lejanas, se consideraban compuestas por ciudadanos romanos; esa distinción solía brindarse ya como atributo legal, ya como recompensa para el soldado, pero se prestaba más atención a la edad, la fuerza y la estatura militar.[31] En todo alistamiento, se prefería a los individuos del norte antes que a los del mediodía; para el manejo de las armas, los campesinos se anteponían a los moradores de ciudades, y entre estos últimos se suponía

atinadamente que el violento ejercicio de herreros, carpinteros y cazadores debía proporcionar más brío y denuedo que los oficios sedentarios que tenían por objeto el mero lujo.[32] Aunque se había abandonado el requisito de propiedad, acaudillaban los ejércitos romanos oficiales de nacimiento y educación hidalga, pero los meros soldados, al igual que los de las tropas mercenarias de la Europa moderna, se alistaban entre lo más bajo —y, con frecuencia, entre los mayores forajidos— del linaje humano.

La virtud pública que los antiguos llamaron patriotismo nace del convencimiento de que nuestro mayor interés reside en la preservación y la prosperidad del gobierno libre del que somos miembros. Ese sentimiento, que casi había vuelto invencibles a las legiones de la República, poco podía impresionar a los mercenarios que sirvieran a un príncipe despótico, y fue necesario reemplazarlo con otros, de una naturaleza diferente pero no menos eficaz: el honor y la religión. El labriego y el artesano tenían un provechoso interés en progresar en la prestigiosa profesión militar, donde sus ascensos y su nombradía serían producto de su propio valor, y, aunque las proezas de un ínfimo soldado suelen ser desconocidas, su peculiar desempeño puede tal vez acarrear gloria o desgracia a la compañía, a la legión y aun al ejército de cuyos blasones es partícipe. Al alistarse, juraban con ostentosa solemnidad nunca desamparar sus banderas, rendir su albedrío al mandato de los superiores y sacrificar su vida a la salvación del emperador y del Imperio.[33] El honor y la religión se daban la mano para vincular más y más a la tropa con sus pendones, y el águila dorada, que encabezaba esplendorosamente la legión, era objeto de una devoción entrañable, puesto que se consideraba impío y afrentoso abandonar la sacrosanta insignia en el trance.[34] El estímulo

surgía de la imaginación y era fortalecido por el miedo y la esperanza. Paga puntual, donativos ocasionales y premios establecidos tras el plazo indicado aliviaban las penurias de la carrera militar,[35] mientras que la desobediencia o la cobardía no eludían severísimos castigos. Competía a los centuriones el apalear y a los generales el imponer pena capital, y era una máxima inflexible de la disciplina romana que un buen soldado debía temer mucho más a sus oficiales que al enemigo. A impulsos de estas disposiciones creció el valor de las tropas imperiales, con un tesón y una docilidad inasequibles para el ímpetu de los bárbaros.

Por otra parte, los romanos estaban tan persuadidos de la inutilidad del valor sin maestría práctica que, en su idioma, la palabra que designa a la hueste deriva de «ejercicio»,[36] y los ejercicios militares eran el principal e incesante objeto de su disciplina. Los noveles recibían entrenamiento de mañana y de tarde, y ni la edad ni la destreza dispensaban a los veteranos de la repetición diaria de cuanto ya tenían cabalmente aprendido. En los cuarteles de invierno de las tropas se construían anchos tinglados para que en medio de temporales y aguaceros su importante tarea continuase sin menoscabo ni interrupción, y nunca se descuidaba que en ese remedo de guerra las armas pesaran el doble que las que se usaban en los enfrentamientos reales.[37] No cabe en el propósito de esta obra explayarse en el pormenor de los ejercicios, pero debe notarse que abarcaban cuanto podía robustecer el cuerpo, agilizar los miembros y agraciar los movimientos. El soldado se capacitaba colmadamente en marchar, correr, brincar, nadar, portar enormes cargas, manejar todo género de armas apropiadas para el ataque y la defensa, ya en refriegas distantes, ya en las inmediatas; en realizar diversas formaciones y moverse al eco de

la flauta en la danza pírrica o marcial.[38] En tiempos de paz, la tropa romana se familiarizaba con los afanes de la guerra; un historiador antiguo que ha peleado contra ellos expresa atinadamente que el derramamiento de sangre era lo único que diferenciaba un campo de batalla de un paraje de entrenamiento.[39] Los generales y aun los emperadores se esmeraban en realzar estos ejercicios militares con su presencia y ejemplo, y nos consta que Adriano, al igual que Trajano, solía dignarse a instruir a los soldados inexpertos, galardonar a los sobresalientes y a veces competir con ellos en agilidad y brío.[40] Durante aquellos reinados la táctica militar fue cultivada como una ciencia, y mientras el Imperio conservó alguna fuerza, la enseñanza marcial fue el ejemplo más perfecto de la disciplina romana.

Nueve siglos de guerra gradualmente introdujeron muchas novedades y mejoras en la milicia. Las legiones que describe Polibio[41] en tiempos de las guerras púnicas se diferenciaban sustancialmente de las que consiguieron las victorias de César o defendieron la monarquía de Adriano y de los Antoninos. La legión imperial puede describirse en pocas palabras.[42] La infantería pesada, que constituía su principal fortaleza,[43] constaba de diez cohortes y cincuenta y cinco compañías, a las órdenes de sus correspondientes tribunos y centuriones. La primera cohorte, que poseía el sitio de honor y custodiaba el águila, constaba de mil ciento cinco soldados, descollantes en lealtad y valentía; las otras nueve cohortes se componían de quinientos cincuenta y cinco hombres cada una, y el cuerpo total de la infantería legionaria ascendía a seis mil cien. Sus armas eran iguales, y asombrosamente adaptadas a la naturaleza de su servicio: casco abierto con erguido crestón, peto, cota de malla, grebas en las piernas, y en el brazo izquierdo un escudo

oblongo y cóncavo, de cuatro pies (1,20 m) de largo y dos y medio (76 cm) de ancho, labrado en madera liviana y resguardado con cuero de buey y chapas de cobre. Además de una lanza ligera, el infante empuñaba su temible *pilum*, una pesada lanza que llegaba a medir seis pies (1,80 m) y terminaba en una punta triangular de acero, de dieciocho pulgadas (45 cm).[44] Este instrumento era en verdad inferior a nuestras armas de fuego, pues sólo llegaba a una distancia de diez o doce pasos, pero disparado por una diestra pujante y atinada no se daba caballería que se arriesgase a su alcance, ni escudo o coraza que contrastase su poderoso empuje. Una vez lanzado el *pilum*, el romano desenvainaba su espada y se abalanzaba contra el enemigo. La espada era de fina hoja española de doble filo y hacía las veces de alfanje y de estoque, pero el soldado estaba obligado a usar más bien el arma de punta que de corte, pues así resguardaba su cuerpo y causaba una herida mayor y más certera a su adversario.[45] La legión solía formarse de a ocho en fondo, y entre dos individuos, tanto entre las hileras como entre las filas, quedaba un espacio de tres pies (90 cm).[46] Un cuerpo de tropas acostumbrado a conservar este orden desahogado, en un ancho frente y en un rápido avance, siempre se hallaba dispuesto a realizar el movimiento que requería la situación y disponía el caudillo. El soldado contaba con el trecho necesario para manejarse con sus armas; además se franqueaban intermedios adecuados a fin de que acudieran refuerzos para relevar a los que se iban imposibilitando.[47] La táctica griega o macedonia tenía diferentes características, pues la pujanza de la falange estribaba en dieciséis líneas de lanzones apuntados en rastrillo;[48] pero luego pudo notarse, gracias a la reflexión y la práctica, que el poderío de la falange no alcanzaba para contrarrestar la actividad de las legiones.[49]

La caballería, sin la cual quedaba trunca la potencia de la legión, se dividía en diez partes o escuadrones: el primero, como acompañante de la primera cohorte, constaba de ciento treinta y dos hombres, mientras que los otros nueve se limitaban a sesenta y seis individuos, y todo el cuerpo formaba, para emplear términos modernos, un regimiento de setecientos veintiséis caballos, normalmente conectados con su legión, pero en ocasiones separados para actuar en línea y constituir parte de las alas del ejército.[50] La caballería de los emperadores ya no estaba formada, como en tiempos de la República, por la juventud noble de Roma e Italia, que mientras llevaba a cabo su servicio a caballo se iba capacitando para los cargos de senador y cónsul, y se granjeaba los futuros votos de sus compatricios.[51] Con los estragos sufridos por las costumbres y el gobierno, los más acaudalados del orden ecuestre se dedicaban a la administración de justicia,[52] y si se alistaban para las armas, se les confería inmediatamente el mando de un escuadrón a caballo o de una cohorte de infantería.[53] Trajano y Adriano formaban su caballería de idéntica clase de individuos, y provenientes de las mismas provincias que los que reclutaban para las filas de la legión. Las remontas por lo general salían de España y de Capadocia. Los jinetes romanos menospreciaban la armadura cerrada en la que se encajonaba la caballería oriental. Sus armas preferidas eran el casco, el escudo oblongo, la cota de malla y, para atacar, el chuzo y la espada larga y ancha. Al parecer tomaron de los bárbaros el uso de lanzas y mazas.[54]

Era en las legiones donde principalmente se cifraban la salvación y la gloria del Imperio, pero la estrategia de Roma no escatimaba ningún instrumento útil para la guerra. Por lo general, los reclutamientos se efectuaban en las provincias que aún no habían sido honradas con la ciudadanía romana. Varios

príncipes dependientes o pueblos fronterizos gozaban de su libertad y seguridad a cambio de su servicio militar;[55] e incluso las tropas de bárbaros hostiles frecuentemente eran obligadas o persuadidas a consumir su valor en climas remotos, en beneficio del Estado.[56] Todos ellos eran denominados auxiliares, y aunque su número variaba en diferentes momentos y circunstancias, por lo general eran muchos menos que las legiones mismas.[57] Los más valientes y confiables cuerpos de auxiliares iban a las órdenes de prefectos y centuriones, quienes los adiestraban esmeradamente en el pormenor riguroso de la disciplina romana, pero la mayor parte de aquéllos seguía guerreando con las armas a las que, a causa de la naturaleza de su país o sus costumbres, estaban acostumbrados. Bajo este sistema, cada legión, con sus competentes auxiliares, contenía todo género de tropas ligeras y armas arrojadizas, y se hallaba capacitada para pelear con cualquier nación sin menoscabo de armas y de disciplina.[58] Tampoco carecía la legión de lo que en el idioma moderno se llama artillería, la cual constaba de diez máquinas grandes y cincuenta y cinco de menor tamaño, y unas y otras disparaban piedras y flechas a raudales, oblicua u horizontalmente, con ímpetu irresistible.[59]

El campamento de una legión romana parecía una ciudad fortificada.[60] Delineado el sitio, acudían los cavadores a despejarlo cuidadosamente y allanarlo en regular y debida forma. Constituía un cuadrilátero perfecto, y se computa que en un espacio de unas setecientas yardas (seiscientos cuarenta metros) cabían veinte mil romanos, mientras que un número similar de nuestras propias tropas ofrecerían al enemigo un frente de más del triple de esa extensión. El pretorio, o residencia del general, descollaba en el centro, y la caballería, la infantería y los auxiliares ocupaban sus lugares respectivos. Las

calles o andenes eran desahogados y rectos, y había un espacio de cien pies (30,5 m) entre las tiendas y el muro. Este último solía tener doce pies (3,65 m) de altura, con su recia y entretejida estacada y un foso de doce pies tanto de hondo como de ancho. Este trabajo estaba a cargo de los legionarios mismos, tan duchos en el manejo del azadón y el pico como en el de la espada o el *pilum*. El denuedo puede ser innato, pero tan sufrido esmero sólo es fruto del intenso ejercicio y la disciplina consumada.[61]

Apenas el clarín daba la señal de partida, el campamento se desmontaba instantáneamente, y la tropa formaba filas sin revueltas ni demora. Además de las armas, que para los legionarios no eran un estorbo, iban cargados con el ajuar de cocina, las herramientas de fortificación y las provisiones para varios días.[62] Con ese peso, que abrumaría a cualquier soldado moderno, estaban adiestrados para andar ordenadamente unas veinte millas (30 km) en seis horas.[63] Al asomar el enemigo deponían su carga, y con movimientos prontos y desahogados pasaban de la columna de marcha al orden de batalla.[64] Los honderos y flecheros escaramuceaban al frente, los auxiliares formaban la primera línea al arrimo de lo más potente de las legiones, la caballería ceñía los costados y las máquinas quedaban a retaguardia.

Tales eran las artes guerreras con que los emperadores romanos resguardaban sus dilatadas conquistas, y seguían atesorando aquel brío militar cuando ya todas las demás virtudes yacían bajo el cieno del lujo y del despotismo. Si al considerar sus ejércitos queremos pasar de su disciplina a su número, carecemos de datos para conseguirlo. Se puede calcular, sin embargo, que la legión constaba de seis mil ochocientos treinta y un romanos, y con sus competentes auxiliares ascendía a 12

500 hombres. El cuerpo de paz de Adriano y sus sucesores comprendía hasta treinta de esas formidables legiones, y probablemente constituía una fuerza constante de trescientos setenta y cinco mil individuos. En lugar de encerrarse en ciudades amuralladas, que los romanos consideraban asilos de flaqueza y pusilanimidad, las legiones acampaban en las riberas de los ríos mayores o en las fronteras con los bárbaros, y como estos apostaderos solían ser invariables, es posible delinear la distribución de la tropa. Bastaba una legión para Bretaña, pero la fuerza principal cubría el Rin y el Danubio, y consistía en dieciséis legiones con la siguiente distribución: dos en la Germania Baja y tres en la Alta, una en Recia, otra en la Nórica, cuatro en Panonia, tres en Mesia y dos en Dacia. Defendían el Éufrates ocho legiones: seis de ellas, acuarteladas en Siria, y las otras dos, en Capadocia. En cuanto a Egipto, África y España, puesto que estaban alejados del teatro principal de la guerra, una sola legión se encargaba de conservar el sosiego de cada una de estas provincias. Tampoco Italia carecía de su resguardo militar. Más de veinte mil soldados selectos, incluidos en lo que se denominaba cohortes ciudadanas y guardias pretorianas, celaban día y noche, y custodiaban al monarca y la capital. Promotores de cuantas revoluciones vinieron a desencajar el Imperio, muy pronto, y de manera ruidosa, los pretorianos han de llamar nuestra atención, mas no encontramos ni en su organización ni en su armamento circunstancia alguna que los diferencie de las legiones, además de su apariencia más lujosa y su disciplina menos estricta.[65]

La marina de los emperadores parece no guardar proporción con su poderío, mas era suficiente para acudir a las urgencias del Estado. La ambición romana era continental, y ese pueblo guerrero jamás descolló con la gallardía de Tiro, Cartago y aun

Marsella, que ansiaban dilatar los linderos del orbe, y cuyos navegantes llegaron a descubrir las costas más recónditas del océano. Para los romanos, el mar siempre fue objeto de temor más que de curiosidad;[66] una vez destruida Cartago y exterminada la piratería, el Mediterráneo entero quedó cercado por sus provincias. La política imperial se limitó, pues, a ejercer el señorío en este mar, apadrinando el comercio de sus industriosos súbditos. Con esta visión tan moderada, Augusto situó dos escuadras fijas en los más convenientes puertos de Italia: una en Ravena, sobre el Adriático, y la otra en Miseno, en la bahía de Nápoles. Por fin los antiguos aprendieron, gracias a la experiencia, que las galeras debían tener sólo dos o, como máximo, tres órdenes de remos, pues de lo contrario eran más apropiadas para la ostentación que para el servicio; y el mismo Augusto había presenciado en la victoria de Accio la superioridad de sus veloces fragatas —llamadas liburnias— contra los empinados y torpes castillos de su competidor.[67] Con estas liburnias formó las armadillas de Ravena y Miseno, apropiadas para dominar, una la división oriental del Mediterráneo, la otra, la división occidental, y aplicó a ambas una competente marinería. Además de los dos puertos, que eran los principales apostaderos de la armada romana, se situaron fuerzas considerables en Frejus, sobre la costa de Provenza, y el Euxino quedó con el resguardo de cuarenta bajeles y tres mil soldados. Hay que añadir la escuadrilla que comunicaba las Galias y Bretaña, y un crecido número de barcos apropiados al Rin y al Danubio para infestar el territorio y atajar el tránsito de los bárbaros.[68] Redondeando la reseña general de las fuerzas imperiales en caballería e infantería, legiones, auxiliares, guardias y armada, el mayor cómputo nos franquea en los Estados de mar y tierra poco más de cuatrocientos cincuenta mil hombres,

poderío militar en verdad formidable, pero que fue igualado por un monarca del último siglo [XVII], cuyo reino se reducía a una sola provincia del Imperio Romano.[69]

Hemos ido describiendo tanto la fuerza como la organización del poderío de Adriano y de los Antoninos. A continuación delinearemos con algún método y esclarecimiento las provincias que se hallaban enlazadas bajo un mismo señorío, y que actualmente están deslindadas en Estados independientes y aun enemigos.

España, en el extremo occidental del Imperio, de Europa y del mundo antiguo, ha conservado invariablemente en todas las épocas los mismos límites naturales, a saber: los Pirineos, el Mediterráneo y el océano Atlántico. Esta península grandiosa, dividida en la actualidad tan desigualmente entre dos soberanos, quedó repartida por Augusto en tres provincias: Lusitania, Bética y Tarragona. Actualmente, el reino de Portugal ocupa el lugar del belicoso país de los lusitanos, y el cercenamiento que tuvo por el levante queda compensado por su aumento de territorio hacia el norte. Granada, con todas las Andalucías, corresponde a la antigua Bética. Lo restante de España —Galicia, Asturias, Vizcaya y Navarra, León y ambas Castillas, Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón— constituía el tercero y mayor de los gobiernos romanos, el cual, por el nombre de su capital, se llamaba provincia de Tarragona.[70] Los celtíberos eran los más poderosos de todos los bárbaros de esa zona, así como los cántabros y asturianos, los más indómitos. Al abrigo de sus riscos, fueron los últimos que se rindieron al yugo romano, y los primeros en sacudir el de los árabes.

La antigua Galia, que se extendía entre los Pirineos, los Alpes, el Rin y el océano, era más dilatada que el actual reino de Francia. A los dominios de esta poderosa monarquía hay que

añadir, además de sus nuevas adquisiciones de Alsacia y Lorena, los cantones suizos, los cuatro electorados del Rin y los territorios de Lieja, Luxemburgo, Henao, Flandes y el Brabante. Cuando Augusto fue imponiendo leyes a las conquistas de su padre, planteó una división de la Galia, no menos adecuada al avance de las legiones que a las corrientes de los ríos y a las principales distinciones nacionales, que comprendían hasta cien Estados diversos.[71] La costa del Mediterráneo, el Languedoc, la Provenza y el Delfinado recibieron su nombre como provincia a partir de la colonia de Narbona; el gobierno de Aquitania se extendía desde el Pirineo al Loire; todo el país situado entre ese río y el Sena se denominaba Galia Céltica, y luego tomó su nombre de la célebre colonia de Lugdunum, o Lyon. Allende el Sena estaba Bélgica, y en épocas anteriores la había limitado solamente el Rin; pero los germanos, poco antes de los tiempos de César, a impulsos de su valor desmandado se apropiaron de una porción considerable del territorio belga. Los conquistadores romanos se abalanzaron sobre tan halagüeña proporción, y aplicaron a la Galia fronteriza del Rin, desde Basilea hasta Leyden, los grandiosos nombres de Germania Alta y Baja.[72] De este modo, en tiempos de los Antoninos, las seis provincias de la Galia fueron la narbonesa, la aquitana, la céltica o lionesa, la belga y ambas Germanias.

Tuvimos ya motivo para mencionar la conquista de Bretaña y deslindar su provincia romana, que comprendía toda Inglaterra, Gales y los territorios bajos de Escocia hasta los estuarios de Dumbarton y Edimburgo. Antes del avasallamiento de la isla, ésta se hallaba desigualmente dividida en treinta tribus bárbaras, de las cuales las más notables eran los belgas al poniente, los brigantes al norte, los silures al mediodía en Gales, y los icenos en Norfolk y Suffolk.[73] En cuanto cabe rastrear por

la semejanza de habla y costumbres, España, Galia y Bretaña fueron pobladas por la misma casta de valerosos salvajes, pues, antes de rendirse a las armas romanas, batallaron por el campo y renovaron la lid repetidamente, y después de avasallados formaron la división occidental de las provincias europeas, desde las columnas de Hércules hasta la muralla de Antonino, y desde la desembocadura del Tajo hasta los manantiales del Rin y del Danubio.

Antes de la conquista romana, el país llamado ahora Lombardía no se conceptuaba como parte de Italia, pues se hallaba ocupado por una poderosa colonia de galos, quienes poblaron las orillas del Po desde el Piamonte hasta Romania y extendieron sus armas y su nombre de los Alpes a los Apeninos. Los ligures habitaban la costa peñascosa que actualmente forma la república de Génova. No asomaba todavía Venecia, pero el territorio suyo que cae al este del Adigio pertenecía ya a los vénetos.[74] El centro de la península, que ahora compone el ducado de Toscana y el Estado pontificio, en la Antigüedad tuvo por moradores a los umbros y los etruscos, y a estos últimos debe Italia su primer asomo de civilización.[75] El Tíber besaba las faldas de los siete cerros de Roma, y el país de los sabinos, latinos y volscos, desde aquel río hasta los confines de Nápoles, fue el primer teatro de sus victorias. Los primeros cónsules merecieron sus triunfos en ese sitio destacado, donde luego los sucesores engalanaron sus quintas y su posteridad ha fundado conventos.[76] El territorio inmediato de Nápoles correspondía a Capua y la Campania; el resto del reino era habitado por varias naciones guerreras, marsos, samnitas, apulios y lucanios, y en la costa florecían las colonias griegas. Es de notar que, al dividir Augusto la Italia en once regiones, la pequeña provincia de Istria fue anexada a la soberanía romana.[77]

Las provincias europeas de Roma estaban resguardadas por el Rin y el Danubio; el segundo de estos grandiosos ríos, que brota a una distancia de sólo treinta millas (48 km) del Rin, corre por un espacio de mil trescientas millas (2000 km), generalmente hacia el Sudeste, y aumenta más y más su caudal con el fruto de sesenta corrientes navegables, hasta que por fin confluye por seis bocas en el Euxino, que apenas puede abarcar ese aumento de aguas.[78] Las provincias del Danubio luego fueron llamadas ilirias, o frontera iliria,[79] y se consideraban las más belicosas del Imperio, pero merecen diferenciarse individualmente con los nombres de Recia, Nórica, Panonia, Dalmacia, Mesia, Dacia, Tracia, Macedonia y Grecia.

La provincia de Recia, que pronto extinguió el nombre de los vindelicios, se extendía desde la cima de los Alpes hasta las orillas del Danubio, desde el nacimiento de éste hasta su confluencia con el Inn. La mayor parte de las llanuras pertenecen al elector de Baviera; la ciudad de Augsburgo está protegida por la constitución germánica; los grisones se guarecen en sus montañas, y el país del Tirol se cuenta entre las numerosas provincias de la casa de Austria.

El dilatadísimo territorio rodeado por el Inn, el Danubio y el Saya —Austria, Estyria, Carniola, Carintia, la Baja Hungría y Eslavonia— era conocido por los antiguos como Noricum y Panonia, y sus adustos naturales vivían estrechamente hermanados en su primitivo estado de independencia. Bajo el Imperio con frecuencia se unían, y aún permanecen como patrimonio de una sola familia. Ahora son residencia de un príncipe alemán que se autodenomina emperador de los romanos, y constituyen el centro y la pujanza del poderío austríaco. No está de más señalar que, a excepción de Bohemia, Moravia, los márgenes septentrionales de Austria y la región de

Hungría entre el Tisza y el Danubio, todos los dominios de la Casa de Austria estaban comprendidos en el Imperio.

La Dalmacia, a la cual correspondía más adecuadamente el nombre de Iliria, era un largo aunque estrecho territorio entre el Sava y el Adriático, y su mejor porción en la costa, que conserva todavía su antiguo nombre, es una provincia de Venecia y el solar de la pequeña república de Ragusa. Su interior ha tomado los nombres eslavos de Croacia y Bosnia; el primero, a las órdenes de un gobernador austríaco, y el otro, a las de un bajá turco; pero todo el país está acosado por tribus de bárbaros, cuya salvaje independencia señala irregularmente el dudoso límite entre las potencias cristiana y mahometana.[80]

Una vez que el Danubio aumentaba su caudal con las aguas del Tisza y el Sava, tomaba el nombre, al menos entre los griegos, de Ister,[81] y dividía la Mesia y la Dacia, esta última, como ya hemos visto, conquistada por Trajano y única provincia allende aquel río. Si nos detenemos a examinar el estado actual de esos países, hallaremos que a la izquierda del Danubio, el Temeswar y la Transilvania, tras varias revoluciones, se han anexado a la corona de Hungría, mientras que los principados de Moldavia y Valaquia reconocen el señorío otomano. A la derecha del Danubio, la Mesia, que en la Edad Media se dividió en los reinos bárbaros de Serbia y Bulgaria, se halla nuevamente unida, bajo dominio turco.

La denominación de Romelia, que aplican todavía los turcos a los extensos países de Tracia, Macedonia y Grecia, conserva la memoria de su antiguo estado bajo el Imperio. En tiempos de los Antoninos, las regiones belicosas de Tracia, desde las montañas de Hemo y Ródope hasta el Bósforo y el Helesponto, quedaron constituidas en provincias, pero a pesar del cambio de dueños y de religión, la nueva ciudad de Roma, fundada por

Constantino sobre la margen del Bósforo, ha seguido siendo la capital de una gran monarquía. El reino de Macedonia, que en manos de Alejandro avasalló a Asia, se granjeó mayores ventajas con la política de ambos Filipos, y con sus dependencias de Epiro y Tesalia se fue extendiendo desde el mar Egeo hasta el Jónico. Al pensar en el prestigio de Tebas y Argos, de Esparta y Atenas, resulta difícil entender que tantas repúblicas inmortales de la antigua Grecia se perdieran más tarde en una única provincia del Imperio, llamada Achaia a causa de la preponderante influencia de la Liga Aquea.

Tal era el estado de Europa bajo los emperadores romanos. Las provincias de Asia, sin exceptuar las conquistas pasajeras de Trajano, están sometidas al poderío turco, pero en vez de ir siguiendo las arbitrarias divisiones del despotismo y la ignorancia, será más acertado y agradable atenernos a las perennes características de la naturaleza. Se denomina con fundamento Asia Menor la península que, limitada por el Euxino y el Mediterráneo, se adelanta desde el Éufrates hacia Europa. La porción más extensa y floreciente, al oeste del monte Tauro y del río Halis, fue dignificada por los romanos con el nombre exclusivo de Asia, y su jurisdicción abarcaba las antiguas monarquías de Troya, Lidia y Frigia, los países marítimos de los panfilios, licios y carios, y las colonias griegas de Jonia, que igualaban en artes, aunque no en armas, la gloria de la metrópoli. La parte septentrional de la península, desde Constantinopla hasta Trebisonda, pertenecía a los reinos de Bitinia y Ponto; en el sur, la provincia de Cilicia terminaba en las cumbres de Siria, y el interior —deslindado del Asia romana por el río Halis, y de Armenia por el Éufrates— formó allá en su tiempo el reino independiente de Capadocia. Debemos reparar aquí que las playas septentrionales del Euxino allende

Trebisonda en Asia, y el Danubio en Europa, reconocían la soberanía de los emperadores, y recibían de ellos ya príncipes tributarios, ya guarnición romana. Budzak, Tartaria Crimea, Circasia y Mingrelia son las denominaciones modernas de aquellos países bravíos.[82]

Bajo los sucesores de Alejandro, Siria era el asiento de los seléucidas, quienes reinaron en la Alta Asia hasta que la rebelión triunfante de los partos restringió su dominio a la zona comprendida por el Euxino y el Mediterráneo. Avasallada Siria por los romanos, sirvió de confín oriental a su Imperio: no le cupieron a esta provincia en su mayor ensanche más lindes que la Capadocia al norte, y por el sur los confines de Egipto y del Mar Rojo. Por temporadas, Fenicia y Palestina se agregaban a la jurisdicción de Siria. La primera de ellas era una costa estrecha y peñascosa, y la segunda, un territorio que aventajaba muy poco a Gales en extensión y fertilidad, pero ambas descollarán para siempre en la memoria humana, puesto que América, al igual que Europa, recibió las letras de la una y la religión de la otra.[83] Un arenoso desierto, igualmente falto de bosques y de agua, ciñe sesgadamente el dudoso confín de Siria, desde el Éufrates hasta el mar Rojo. La vida nómada de los árabes se correspondía con su independencia, y si en algún sitio menos estéril que los demás intentaban establecer su morada, eran también sometidos por el Imperio.[84]

Los geógrafos antiguos solían mostrarse dubitativos acerca de la parte del globo en que debían colocar a Egipto.[85] Ese renombrado reino se halla en la inmensa península de África, pero sólo es accesible por Asia, cuyas revoluciones en todas las épocas Egipto ha seguido humildemente. Un prefecto romano ocupaba el esplendoroso trono de los Ptolomeos, y un bajá turco ahora empuña el férreo cetro de los mamelucos. El Nilo

atraviesa el país por un espacio de cerca de quinientas millas (800 km) desde el trópico de Cáncer hasta el Mediterráneo, y señala en ambas márgenes el ámbito de la fertilidad por la extensión de su riego. Cyrene, situada al poniente a lo largo de la costa, fue primero una colonia griega, luego una provincia de Egipto, y finalmente desapareció en el desierto de Barca.

La costa de África se extiende a lo largo de mil quinientas millas (2400 km) desde Cirene hasta el océano, pero la ciñen tan estrechamente el Mediterráneo y el Sahara, o arenoso desierto, que se reduce a ochenta o cien millas (130 o 160 km) de ancho, y la parte oriental era la que los romanos consideraban la provincia propia y peculiar de África. Hasta la llegada de las colonias fenicias, habitaron el país fértil los libios, sumamente salvajes. Bajo la jurisdicción inmediata de Cartago fue emporio y centro del comercio, pero la república de Cartago hoy se ha convertido en los débiles e incultos Estados de Túnez y Trípoli. El despotismo militar de Argel está tiranizando la dilatada Numidia, unida durante algún tiempo bajo Masinisa y Yugurta, pero en la época de Augusto sus linderos se estrecharon, y una región que constituía más de dos tercios del país recibió el nombre de Mauritania y el apelativo de Cesariense. La legítima Mauritania o país de los moros, que por la antigua ciudad de Tingi o Tánger se distinguía con el nombre de Tingitania, es ahora el reino de Fez, y Salé, a orillas del océano, actualmente tan difamado por su sentina de piratas, era para los romanos el punto extremo de su poderío y casi de su geografía. Aún puede encontrarse una fundación romana junto a Mequinez, que es la residencia de un bárbaro que aceptamos llamar emperador de Marruecos, pero no consta que sus dominios más meridionales y el mismo Marruecos y Segelmesa alguna vez hayan sido comprendidos por la provincia romana.

En la parte occidental de África se internan los ramales del monte Atlas, un nombre que fomentó la fantasía de los poetas[86] pero que ha sido amortiguado por el dilatado piélago que separa el antiguo y el nuevo continente.[87]

Terminado ya el circuito del Imperio, notaremos que España está separada de África por un estrecho de alrededor de doce millas (20 km), a través del cual el Atlántico se introduce en el Mediterráneo. Las columnas de Hércules, tan renombradas en la Antigüedad, eran dos montañas que al parecer fueron formadas por alguna convulsión de los elementos, y en la falda del peñasco europeo actualmente está situada la fortaleza de Gibraltar. El señorío romano abarcaba toda la extensión del Mediterráneo, con sus islas y sus costas.

Entre las islas más extensas, las dos Baleares, Mallorca y Menorca —que toman sus nombres de sus respectivos tamaños —, pertenecen, la primera a España, la segunda a Gran Bretaña. Respecto de Córcega, es más fácil lamentar su destino que describir su situación actual. Dos soberanos de Italia han recibido un título real de Cerdeña y Sicilia. Creta o Candia, al igual que Chipre y la mayoría de las islillas de Grecia y Asia, fueron sometidas por las armas turcas, mientras que el pequeño promontorio de Malta ha desafiado su poderío, y bajo el gobierno de su propia orden militar alcanzó prestigio y opulencia.

Esta larguísima lista de provincias, cuyos fragmentos han ido formando tantos reinos poderosos, en parte debe inclinarnos a disimular el engreimiento y la ignorancia de los antiguos. Deslumbrados por el extenso señorío, la incontrastable pujanza y la moderación real o aparente de los emperadores, se permitieron a sí mismos menospreciar, o incluso olvidar, las remotas regiones que se avenían a dejar en el goce de una

independencia bárbara, y gradualmente adoptaron la licencia de confundir la monarquía romana con el globo terráqueo.[88] Pero el conocimiento y la ecuanimidad de un historiador moderno requieren un lenguaje más sobrio y preciso, de modo de ser capaz de transmitir un concepto más atinado de la grandiosidad de Roma, señalando que el Imperio tenía más de dos mil millas (3000 km) de ancho, desde la valla de Antonino y los linderos septentrionales de Dacia hasta las cumbres del Atlas y el trópico de Cáncer, y un largo de más de tres mil millas (5000 km), desde el océano occidental hasta el Éufrates; que estaba situado en la parte más preciosa de la zona templada, entre los 24 y 56 grados de latitud boreal, y que comprendía más de un millón seiscientas mil millas cuadradas (2 600 000 km^2) de, en su mayor parte, terreno fértil y bien cultivado.[89]

II

ACERCA DE LA UNIÓN Y LA PROSPERIDAD INTERIOR DEL IMPERIO ROMANO EN TIEMPOS DE LOS ANTONINOS

No debemos atenernos a la rapidez y extensión de las conquistas para estimar el poderío de Roma, pues el soberano de los desiertos rusos domina una mayor porción del globo, y Alejandro, siete años después de su tránsito por el Helesponto, encumbró sus trofeos macedonios en las márgenes del Hífasis.[90] En menos de un siglo, el incontrolable Zengis y los príncipes mogoles de su casta llevaron su imperio y su cruel devastación desde los mares de China hasta los confines de Egipto y Germania,[91] pero el sólido edificio de la potestad romana continuó fortaleciéndose, impulsado por la atinada experiencia. Las provincias que obedecían a Trajano y los Antoninos se hallaban unidas por las leyes y engalanadas por las artes, y, si bien sufrieron abusos por parte de alguna autoridad subalterna, el rumbo general del gobierno era prudente, sencillo y benéfico. Sus habitantes profesaban la religión de sus antepasados y adquirían honores civiles y demás ventajas del Estado a la par que los conquistadores.

I) Respecto de la religión, tanto la arraigada superstición de los súbditos como la reflexión de los ilustrados apoyaban la política de los emperadores y el Senado. Los diversos cultos abarcados por un poder tan extenso eran considerados igualmente ciertos por el pueblo, falsos por el filósofo y útiles por el magistrado, y la tolerancia no sólo causaba mutua

indulgencia, sino también concordia religiosa.

Ningún achaque teológico perseguía a las supersticiones populares, ni la subyugaban sistemas especulativos. El politeísta devoto, por prendado que estuviera de los ritos nacionales, se avenía cumplidamente a las varias religiones del orbe.[92] Temor, agradecimiento, sueño o agüero, dolencia extraña o largo viaje: todo lo disponía a multiplicar los objetos de creencia y aumentar el número de sus patronos. La sutil tela de la mitología pagana se entretejía con materiales variados, aunque no discordantes. Aceptaban que los sabios y los héroes que habían vivido o bien muerto en beneficio de su patria se encumbraran a la inmortalidad y el poderío, y los consideraban merecedores de la adoración, o al menos de la reverencia, de toda la humanidad. Las deidades de miles de selvas y miles de ríos ejercían pacífica influencia local, y el romano que imploraba el apaciguamiento del Tíber no se mofaba del egipcio que tributaba su ofrenda al numen benéfico del Nilo. Los poderes visibles de la naturaleza, los planetas y los elementos eran idénticos en todos los sitios, y los invisibles gobernadores del mundo moral inevitablemente eran producidos por un similar molde de ficción y alegoría. Cada virtud, e incluso cada vicio, se presentaba con atributos de divinidad, así como los patronos de artes y profesiones, cuyo prestigio, en todo tiempo y lugar, merecía el culto de sus respectivos seguidores. Una república de dioses, intereses y temperamentos tan encontrados requería, en cualquier sistema, la diestra de un magistrado supremo, que por obra del conocimiento y el halago fuera investido de la excelsa perfección de un Padre Sempiterno y de un Monarca Todopoderoso.[93] El apacible ánimo de la Antigüedad era de tal temple, que prestaba menos atención a las diferencias que a las semejanzas de su culto. El griego, el romano y el bárbaro, al

encontrarse ante sus respectivas aras, se hacían cargo sin duda de que, bajo diversos nombres y diferentes ceremonias, adoraban a divinidades idénticas. La elegante mitología de Homero proporcionó un bello y casi armónico sistema al antiguo politeísmo.[94]

Los filósofos griegos solían derivar la moralidad de la naturaleza humana, más bien que de la divinidad, aunque consideraban a esta última un importante y curioso objeto de investigación, y en sus profundas reflexiones pusieron de manifiesto la fuerza y la flaqueza del entendimiento humano.[95] De las cuatro escuelas más esclarecidas, los estoicos y los platónicos se esforzaron por hermanar los contradictorios dictámenes de la razón y la religiosidad. Nos dejaron las más sublimes pruebas de la existencia y los atributos de una causa primera, pero como les fue imposible concebir la creación de la materia, la filosofía estoica no distinguía lo suficiente el artífice y el artefacto, mientras que el dios todo espíritu de los platónicos tenía más visos de idea que de sustancia. Las opiniones de los académicos y los epicúreos eran de menor religiosidad, pero mientras la modesta ciencia de los primeros los conducía a la duda, la positiva ignorancia de los segundos los impulsaba a negar la providencia de un gobernador supremo. El afán investigador, estimulado por la competencia y sostenido por la libertad, dividió a los maestros públicos de filosofía en varias sectas opuestas, pero los jóvenes sagaces, que desde todas partes acudían tanto a Atenas como a los demás lugares de instrucción del Imperio, aprendían indistintamente en todas las escuelas a desechar y menospreciar la religión de la muchedumbre. ¿Cómo cabía, en efecto, que un filósofo aceptara como verdades divinas los fútiles relatos de los poetas y las incoherentes tradiciones de la Antigüedad, o que adorase como deidades a entes imperfectos

a los que, de ser hombres, hubiera despreciado? Contra tan indignos contrincantes Cicerón se valió de la razón y de la elocuencia, pero la sátira de Luciano fue un arma mucho más adecuada y eficaz para ello. Podemos asegurar que un escritor versado en el mundo jamás se arriesgaría a escarnecer públicamente a los dioses del país si éstos ya no estuvieran menospreciados interiormente por la parte culta e ilustrada de la sociedad.[96]

En medio de la irreligiosa frivolidad que predominaba en tiempos de los Antoninos, eran igualmente respetados el interés del sacerdocio y la credulidad del vulgo. En sus textos y sus conversaciones, los filósofos de la Antigüedad sostenían la dignidad independiente de la razón, pero con sus actos obedecían a la ley y la costumbre. Con piadosa sonrisa observaban los múltiples errores del vulgo, se esmeraban en practicar las ceremonias de sus antepasados, frecuentaban devotamente los templos de los dioses y —desempeñando su papel en el teatro de la superstición— encubrían sentimientos ateos con ropajes sacerdotales. Tales pensadores mal podían avenirse a contiendas entre sus respectivas creencias o cultos. Les era indiferente la forma que asumieran los desvaríos del vulgo y, con íntimo menosprecio y exterior acatamiento, se postraban tanto ante los altares libios, como ante los del Olimpo o el Júpiter Capitolino.[97]

No es fácil concebir los motivos de que se estableciera un régimen de persecución entre los romanos. Los magistrados no podían actuar con un fanatismo ciego, aunque decoroso, puesto que ellos mismos eran filósofos y que las escuelas de Atenas habían dado leyes al Senado. No podían incitarlos la ambición o la avaricia, dado que las potestades temporal y eclesiástica residían en las mismas manos. Los senadores más esclarecidos

eran nombrados pontífices, y los mismos emperadores poseían dignidad de Supremo Sacerdote. Comprendían y apreciaban las ventajas de que la religión estuviera vinculada al gobierno civil. Fomentaban los festivales públicos como instrumentos para desbastar las costumbres plebeyas, practicaban el arte de la adivinación y aceptaban como eficaz vínculo de la sociedad el provechoso concepto de que quedaba a cargo de los dioses vengadores castigar, en esta vida o en la venidera, el horrendo delito de perjurio.[98] Pero al reconocer las sumas ventajas de la religión, vivían persuadidos de que todos los cultos eran igualmente útiles para tan benéfico intento, y de que en todo país la traza de superstición arraigada con el tiempo y la experiencia era la más propia del clima y de sus moradores. En las provincias, la avaricia o la afición solían despojar a las naciones vencidas de las primorosas estatuas de sus dioses y de los exquisitos realces de sus templos,[99] pero en cuanto al ejercicio de la religión heredado de los mayores, aquéllas podían contar con la anuencia y aun la protección de los conquistadores romanos. Sólo la provincia de la Galia estaba excluida, aunque quizás únicamente en apariencia, de ese espíritu de tolerancia, puesto que, con el propósito de abolir los sacrificios humanos, los emperadores Tiberio y Claudio destruyeron el poderío de los druidas,[100] pero los mismos sacerdotes, dioses y aras subsistieron en apacible recogimiento hasta la destrucción final del paganismo.[101]

Roma, la capital de tan gran monarquía, hervía de súbditos y extranjeros provenientes de todos los ámbitos del orbe,[102] que disfrutaban de sus supersticiones predilectas, recién traídas de sus respectivos países.[103] Cada ciudad del Imperio conservaba el régimen de sus antiguas ceremonias, y el Senado romano, valiéndose de su privilegio, en ocasiones trató de refrenar aquella

inundación de ritos extranjeros. La superstición egipcia, la más rastrera y despreciable de todas, estuvo vedada repetidamente: los templos de Serapis y de Isis fueron arrasados, y se desterró de Roma e Italia a sus adoradores.[104] Pero el vigor del fanatismo atropelló los tibios y endebles conatos de la política: los desterrados regresaban, los secuaces volvían a reunirse, los templos se restablecían con encumbrado esplendor, y finalmente Isis y Serapis fueron entronizados a la par de las deidades romanas.[105] Y tanta avenencia no contradecía las arraigadas máximas del gobierno, puesto que anteriormente, en los más acendrados tiempos de la República, se habían brindado solemnes embajadas a Cibeles y Esculapio,[106] y era costumbre tentar a los protectores de pueblos sitiados con honores más preeminentes que los que disfrutaban en su país nativo;[107] de este modo, Roma se encumbró hasta ser el templo común de sus súbditos, favoreciendo también con su ciudadanía a todos los dioses del linaje humano.[108]

II) La estrecha política de conservar pura la sangre de los antepasados limitó el engrandecimiento, y apuró la ruina, de Atenas y de Esparta. El carácter dominante de Roma, que sacrificaba la vanidad a la ambición, consideró más atinado y aun honorífico apropiarse de la virtud y el mérito dondequiera que asomasen, ya fuera entre esclavos, extranjeros, enemigos o bárbaros.[109] En la temporada más floreciente de la República de Atenas, el número de los ciudadanos disminuyó[110] de treinta mil a veintiún mil,[111] y si en cambio consideramos el auge de la República romana, podremos observar que, aun con incesantes bajas a causa de las guerras y la fundación de colonias, los ciudadanos, que en el primer empadronamiento de Servio Tulio sólo llegaban a ochenta y tres mil, aumentaron hasta llegar, antes de la guerra social, a cuatrocientos sesenta y tres mil

individuos, dispuestos a tomar las armas al servicio de su patria.[112] Cuando los aliados de Roma reclamaron un equitativo goce de honores y prerrogativas, el Senado antepuso por cierto el trance de las armas a una ignominiosa concesión, imponiendo gravísimas penas a los samnitas y los lucanios por su temeridad, pero admitiendo en el regazo de la República[113] a los demás Estados italianos que fueron volviendo a sus deberes, lo que más tarde redundó en la destrucción de la libertad pública. Durante un gobierno democrático, los ciudadanos ejercen la potestad soberana, y primero se abusará de ese poder, y luego se lo perderá, si es confiado a una desmandada muchedumbre. Pero, abolidas las asambleas populares con el régimen de los emperadores, los conquistadores se diferenciaban de los vencidos únicamente por ser súbditos de la primera y más encumbrada jerarquía, y su crecimiento, aunque rápido, no acarreaba ya los mismos peligros. Sin embargo, los príncipes más atinados que profesaban las máximas de Augusto escatimaron cautelosamente la dignidad de la ciudadanía romana, y repartieron con cuerdo miramiento las franquicias de la capital.[114]

Mientras los privilegios de los romanos se extendían a todos los individuos del Imperio, Italia se distinguía de las demás provincias, pues se la conceptuaba como centro de la unidad pública y base de la constitución. En Italia se ubicaba el nacimiento, o al menos la residencia, de los emperadores y de los miembros del Senado.[115] Exentos de todo tributo, los italianos se desentendían de las arbitrariedades de los gobernantes. A imitación de la capital, los cuerpos municipales, con la inspección inmediata de la potestad suprema, eran los encargados de la ejecución de las leyes. Desde la falda de los Alpes hasta el extremo de Calabria, todos los naturales de Italia

eran ciudadanos natos de Roma, y sus límites particulares fueron allanados al entroncarse en una grandiosa nación reunida por el idioma, las costumbres y las instituciones civiles, equivalente a un poderoso imperio. La República se ufanaba de su política generosa, y con frecuencia lograba la recompensa del mérito y los servicios de sus hijos adoptivos. Si hubiera limitado el distintivo de romanos a las familias antiguas de su recinto primitivo, habría privado a su nombre inmortal de sus más preciosas galas. Virgilio era de Mantua, y Horacio titubeaba entre llamarse pullés o lucanio. En Padua descolló un historiador dignísimo para referir la majestuosa serie de victorias romanas. En Túsculo floreció la patriótica familia de los Catones, y el pueblecillo de Arpino pudo jactarse de la duplicada gloria de dar a luz a Cicerón y a Mario, este último merecedor del título de tercer fundador de Roma, tras Rómulo y Camilo; y Cicerón, después de salvar a su patria de los intentos de Catilina, posibilitó que compitiera con Atenas por la palma de la elocuencia.[116]

Las provincias del Imperio, que se han ido describiendo en el capítulo precedente, carecían de poderío público y libertad constitucional. En Etruria, Grecia[117] y Galia,[118] el Senado se esmeró en disolver confederaciones tan aciagas que pregonaban que si las armas romanas triunfaban con la desavenencia de sus enemigos, podrían ser contrarrestadas con su unión. Aquellos príncipes a quienes, aparentando agradecimiento, permitían empuñar un transitorio cetro, quedaban expulsados de sus tronos una vez finalizada la tarea de amoldarlos al yugo de las naciones vencidas. Los Estados o ciudades libres que habían abrazado la causa de Roma fueron recompensados con una alianza nominal, y terminaban sufriendo una verdadera servidumbre, pues la autoridad pública, ejercida por los

ministros del Senado o los emperadores, era absoluta e ilimitada. Pero los mismos principios de gobierno que afianzaron la paz y la obediencia de Italia luego se extendieron a las más remotas provincias, y así en aquéllas se fue labrando incesantemente una nación de romanos, impulsada ya por la anexión de colonias, ya por la admisión de los más leales y honorables súbditos a la libertad de Roma.

Una muy atinada sentencia de Séneca afirma que «el romano se establece en todo lugar donde triunfa»,[119] y ha sido confirmada por la historia y la experiencia. Los naturales de Italia, halagados por el deleite y por el interés, se afanaban tras las ventajas de la victoria, y podemos afirmar que 40 años después de la conquista de Asia fenecieron ochenta mil romanos en un solo día por disposición del inhumano Mitrídates.[120] Estos desterrados voluntarios solían ser traficantes, labradores o asentistas de rentas, pero establecidas ya las legiones por los emperadores, las provincias se poblaron con una generación de soldados, y la mayoría de los veteranos, a quienes se pagaba en tierras o en metálico, se instalaban con sus familias en el país donde honrosamente habían consumido su juventud. Por todo el Imperio, aunque especialmente en Occidente, se reservaban los más provechosos territorios y los más aventajados entornos para establecer colonias, ya de especie civil, ya militar. Todas ellas constituían un cabal remedo de la metrópoli en cuanto a costumbres e instituciones, y, al establecer con los naturales vínculos de intimidad y parentesco, en realidad iban extendiendo cierta veneración por la autoridad romana, e infundiendo el anhelo, que no solía malograrse, de participar, tras el correspondiente plazo, de sus glorias y ventajas.[121] En señorío y grandeza, las ciudades municipales imperceptiblemente se fueron igualando a las colonias, y

durante el reinado de Adriano se polemizó acerca de cuáles llevaban ventaja: los vecindarios nacidos en el regazo de Roma o aquellos incorporados a él.[122] El derecho latino, pues tal era su nombre, llevaba mayor privanza a las ciudades donde se establecía, y aunque sólo los magistrados eran acreedores a la ciudadanía al expirar sus cargos, como todos los años éstos se renovaban, en poco tiempo rotaban todas las familias principales.[123] Los provinciales que alternaban con las legiones,[124] los que ejercían algún empleo civil y, en fin, cuantos desempeñaban algún servicio público o manifestaban alcances sobresalientes, solían quedar favorecidos con un obsequio, que iba menguando con la incesante liberalidad de los emperadores. Pero aun en la época de los Antoninos, cuando la ciudadanía ya se había repartido a la mayoría de los súbditos, estaba acompañada por importantes ventajas. Con ese título la generalidad se granjeaba los beneficios de la legislación romana, especialmente en los importantes puntos referidos a los casamientos, testamentos y herencias, y el camino de la fortuna se franqueaba para aquellos cuyas pretensiones iban acompañadas por el favor o el mérito. Los galos, nietos de los que habían sitiado a Julio César en Alesia, mandaron legiones, gobernaron provincias y llegaron a sentarse en el Senado de Roma.[125] Su ambición, lejos de perturbar al Estado, estaba íntimamente enlazada con su defensa y su grandiosidad.

Los romanos estaban tan persuadidos de la influencia del idioma en las costumbres nacionales, que se esforzaron por extender, al igual que sus armas, la lengua latina.[126] Los antiguos dialectos de Italia —sabino, etrusco y véneto— se hundieron en el olvido, pero, entre las provincias, las de Oriente no fueron tan influenciables por la voz de sus victoriosos maestros como las de Occidente. Esta visible diferencia

deslindaba las dos mitades del Imperio con subidos matices, los cuales, si bien fueron amortiguados por la situación de prosperidad, se hicieron más notorios cuando ésta fue apagándose en el mundo romano. Los países occidentales fueron civilizados por las mismas manos avasalladoras, y no bien los bárbaros se amoldaron a la obediencia, sus mentes se explayaron con las luces y la cultura, y así el idioma de Cicerón y de Virgilio, aunque algo adulterado, se difundió por África, España, Galia, Bretaña y Panonia,[127] al punto que los escasos rastros de las lenguas púnica y céltica sólo se conservaban en las serranías y entre los campesinos.[128] Incentivados por la educación y el estudio, los moradores congeniaban más y más con los romanos, e Italia fue transmitiendo leyes y costumbres a los provinciales latinos. Solicitaban con más ahínco la libertad y los honores del Estado, y los conseguían con mayor amplitud; asimismo, sustentaron la dignidad nacional con sus letras[129] y sus armas y, luego, en la persona de Trajano, produjeron un emperador a quien los Escipiones no desconocieron como compatriota.

La situación de los griegos era muy diferente de la de los bárbaros, puesto que habían sido civilizados y corrompidos muy anteriormente. En su depurado gusto, no cabía desdeñar su propio idioma, ni en su altivez, avenirse a instituciones extranjeras. Conservando los cuidados de sus antepasados y despojados de sus prendas, aparentaban menospreciar la tosquedad romana, a la vez que, indispensablemente, tenían que reverenciar su sabiduría y su poderío.[130] El predominio del idioma y los afectos griegos no se redujo a la estrechez de ese elogiado territorio, pues su imperio, con los progresos de colonias y conquistas, se había ido extendiendo desde el Adriático hasta el Éufrates y el Nilo. Asia se colmó de ciudades

griegas, y el duradero reinado de los reyes macedonios introdujo silenciosamente una revolución en Siria y en Egipto. En sus lujosas cortes, esos príncipes hermanaban el boato oriental con la maestría ateniense, y manteniendo la debida distancia los imitaban las primeras jerarquías de sus vasallos. Respecto de la división general del Imperio en idiomas griego y latino, cabe deslindar en tercera clase los naturales de Siria, y especialmente de Egipto, puesto que el empleo de sus antiguos dialectos, atajándoles el roce de las demás naciones, contrarrestaba los adelantos de estos bárbaros,[131] y el amaneramiento de los primeros les acarreaba el menosprecio, así como la bravía adustez de los otros estimulaba la inquina de los conquistadores.[132] Estas naciones se habían rendido al poderío romano, pero sólo por excepción deseaban o adquirían la ciudadanía, y es de señalar que, después de la caída de los Ptolomeos, pasaron más de doscientos treinta años antes de que un egipcio ingresara en el Senado de Roma.[133]

Reparo fundado, aunque obvio, es que Roma victoriosa quedó avasallada por la culta Grecia, y los mismos escritores inmortales que aún maravillan a la Europa moderna fueron objeto de estudio e imitación en Italia y las provincias occidentales. Mas los distinguidos recreos de los romanos no alteraban su sistema político. Se embelesaban con el griego, pero se atenían al señorío de su idioma latino, cuyo uso inalterable seguía primando en los cargos civiles y militares.[134] Ambas lenguas predominaban selectivamente de extremo a extremo del Imperio: la griega como científica, y la otra como gubernativa en todas las gestiones públicas. Las dominaban todos aquellos que hermanaban el estudio con los negocios, y casi no cabía hallar en provincia alguna un súbdito romano que fuera lego en ambos idiomas.

En virtud de tales instituciones, las naciones del Imperio se fundieron imperceptiblemente en el nombre y el pueblo romanos, pero aún había en cada provincia y en cada familia una porción de individuos que cargaban el peso de la sociedad y no recibían sus beneficios. En medio de los Estados libres de la Antigüedad, los esclavos domésticos sobrellevaban los arbitrarios rigores del despotismo, y los romanos, antes de consumar su establecimiento, ejercitaron el robo y la violencia durante siglos. Los esclavos solían ser bárbaros cautivos, apresados por millares en los trances de la guerra, comprados a precio ínfimo,[135] acostumbrados a su nativa independencia y ansiosos por romper sus grillos con escarmiento. En contraposición con tan internos enemigos, cuyos desesperados alzamientos en ocasiones arrollaron la República hasta el borde de su exterminio,[136] la tirantez más extremada[137] y las sumas tropelías se justificaban con la suprema ley de la autopreservación. Pero una vez ligadas las principales naciones de Europa, Asia y África por las leyes de idéntico soberano, escaseaban las fuentes de nuevos refuerzos, y los romanos quedaron reducidos al más apacible, aunque pausado, método de propagación casera. En sus amplias familias, y especialmente en sus extensas provincias, trataron de fomentar los casamientos de sus esclavos, y los impulsos naturales, el esmero de la educación y la posesión de esa especie de propiedad dependiente fueron suavizando los quebrantos de la servidumbre.[138] Un esclavo comenzó a ser una prenda de valor, y aunque su bienestar obedecía al temperamento y las circunstancias del dueño, la humanidad de este último, en vez de menoscabarse a causa del miedo, era fomentada por el convencimiento del propio interés. Fue progresando la cultura por la virtud o la política de los emperadores y, merced a los edictos de Adriano y de los Antoninos, las leyes protegieron

hasta lo más ínfimo del linaje humano. Se quitó a los particulares, aunque no a los magistrados, el derecho de vida y muerte sobre los esclavos. Se prohibieron las mazmorras, y si el esclavo efectuaba una querella por tratamientos indebidos, se lo desagraviaba con su rescate o con un dueño más apacible.[139]

La esperanza, que es el mejor consuelo para nuestra condición imperfecta, también amparaba al esclavo romano, y, si tenía ocasión de hacerse grato y provechoso, podía esperar que con algunos años de esfuerzo y lealtad obtendría la incomparable recompensa de la libertad. Se lograban los favores del dueño a impulsos de la vanagloria y la codicia, al punto que la legislación tuvo que refrenar, antes que estimular, una liberalidad indiscriminada, que podía degenerar en peligroso abuso.[140] La antigua jurisprudencia establecía que el esclavo carecía de patria, de modo que su rescate le franqueaba la puerta para alternar en la sociedad a la cual pertenecía su amo y, por consiguiente, la prerrogativa de ciudadano comenzó a denigrarse con el turbión de una torpe y desconocida ralea. Se plantearon, pues, algunas oportunas excepciones: ese realce honorífico se reservó para los esclavos que fundadamente y con la anuencia del magistrado recibieron solemne y legalmente su manumisión, y estos libertos recibían sólo el derecho de ciudadanía, y quedaban excluidos de todo timbre civil y militar. Sus hijos, aunque tuvieran ilustres méritos y cuantiosos bienes, se consideraban inhábiles para ascender al Senado, y el rastro de alcurnia servil no se borraba por completo hasta la tercera o cuarta generación.[141] Sin mezclar las jerarquías, podían vislumbrar libertad y honores los mismos a quienes la altanería y el interés casi excluían de la casta humana.

Llegaron a tratar de diferenciar a los esclavos con un traje peculiar, pero se temió fundadamente que tal vez sería

arriesgado comunicarles su propio número.[142] Sin ceñirnos a las grandiosas denominaciones de legiones y miles,[143] podemos aventurarnos a afirmar que el conjunto de los esclavos regulados como propiedad era mucho mayor que el de los sirvientes, que se consideraban muy costosos.[144] Se intentaba aficionar al estudio a todos los jóvenes que manifestaran cierto ingenio, y su precio se computaba sobre la base de su talento y habilidad;[145] de este modo, la casa de un senador opulento abarcaba todas las profesiones, tanto mecánicas como liberales,[146] y los instrumentos de boato y la sensualidad crecieron en términos inconcebibles hasta para la lujosa liviandad de los modernos.[147] Era más ventajoso para el artesano o el fabricante comprar sus operarios que alquilarlos, y en las campiñas los esclavos eran más baratos y aventajados para las faenas de la labranza. En confirmación de esta doctrina general, y para evidenciar el sinnúmero de esclavos, podemos citar varios ejemplos terminantes. Con cierto motivo doloroso se contaron hasta cuatrocientos esclavos mantenidos en una sola morada de Roma,[148] e igual número pertenecía a la hacienda que una viuda africana de mediana categoría cedía a su hijo, reservándose para sí mucha mayor porción de patrimonio.[149] En el reinado de Augusto, un liberto cuyos haberes habían padecido numerosos quebrantos en las guerras civiles legó tres mil seiscientas yuntas de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado menor y, lo que casi se incluía en los rebaños, cuatro mil ciento dieciséis esclavos.[150]

El número de súbditos, ciudadanos, provinciales y esclavos que reconocían las leyes de Roma actualmente no puede calcularse con el esmero que merece tan importante materia, pero consta que, cuando el emperador Claudio ejercía el cargo de censor, empadronó a seis millones novecientos cuarenta y

cinco mil ciudadanos romanos, y éstos, sumados a un número proporcional de mujeres y niños, ascendían a 20 000 000 de almas. La muchedumbre de súbditos variaba en la clase inferior, pero teniendo en cuenta la cantidad de circunstancias que pueden influir en la balanza del justiprecio, resulta probable que en tiempos de Claudio el número de provinciales duplicara al de ciudadanos de uno y otro sexo y de todas las edades, y que la cantidad de esclavos igualara a la de los hombres libres; de este modo, la suma de este cómputo no cabal asciende a ciento veinte millones de individuos, población que tal vez es mayor que la de nuestra Europa[151] moderna y constituye la sociedad más numerosa que jamás se haya hermanado bajo un mismo sistema de gobierno.

La concordia y el plácido sosiego fueron las consecuencias naturales de la grandiosa y prudente política que llevaron a cabo los romanos. Si observamos las monarquías de Asia, tropezamos con el despotismo en el centro y el letargo en los extremos; la recaudación de impuestos y la administración de justicia a cargo de una hueste; gavillas enemigas asentadas en el interior; sátrapas hereditarios, usurpadores del señorío de las provincias, y vasallos propensos a la rebeldía e inhábiles para la libertad; mientras que en el mundo romano la obediencia era uniforme, voluntaria y permanente. Las naciones sometidas, incorporadas ya a un pueblo grandioso, abandonaban la esperanza y aun el deseo de recobrar su independencia, y apenas atinaban a considerar su propia existencia como distinta de la de Roma. Sin embargo, la arraigada autoridad de los emperadores se explayaba de uno a otro extremo de su señorío, y prevalecía tanto en las orillas del Támesis y el Nilo como en las del mismo Tíber. Las legiones acometían contra el enemigo público, y excepcionalmente el magistrado civil llegaba a necesitar su

auxilio.[152] En esta situación desahogada, el ocio y la opulencia del príncipe y del pueblo se reunían en las mejoras y los realces del Imperio.

Entre un sinnúmero de monumentos de arquitectura erigidos por los romanos, ¡cuántos yacieron sin asomar en los trabajos de los historiadores, y cuán pocos sobrevivieron a la devastación del tiempo y de la barbarie! Pero los escombros esparcidos por Italia y las provincias proclaman que, en alguna época, todos estos países fueron el solar de un imperio culto y poderoso. Merecen suma atención su grandiosidad y su belleza, y las realzan aún más las circunstancias que enlazan la amena historia de las artes con la más provechosa de las costumbres humanas. Varios de estos monumentos fueron construidos a expensas de particulares, que los dedicaron al beneficio público.

Podemos suponer que la mayoría de los edificios, sobre todo los descollantes, eran obra de los emperadores, quienes disponían arbitrariamente de caudales e individuos, y Augusto solía vanagloriarse de que halló la capital de ladrillo y la dejó de mármol.[153] La extremada economía de Vespasiano condujo a su magnificencia, y las obras de Trajano llevan estampado su numen. Los monumentos públicos que en tiempos de Adriano fueron realzando a las provincias se construían no sólo por su mandato sino también bajo su propia inspección, pues, siendo de suyo artista, profesaba cariño a las artes como enaltecedoras del monarca. Los Antoninos las fomentaban por considerarlas conducentes al bienestar del pueblo, pero, aunque los emperadores encabezaban el gremio, no eran los únicos arquitectos de sus dominios: por lo general, los imitaban sus principales súbditos, que sin reparo pregonaban su gallardía en idear y su opulencia en llevar a cabo descollantes empresas. Cuando el encumbrado Coliseo fue construido en Roma, se

levantaron edificios de idénticos diseño y materiales, aunque en menor escala, en las poblaciones de Capua y Verona.[154] La inscripción del asombroso puente de Alcántara afirma que abarcó el Tajo a expensas de determinado concejo de Lusitania. Cuando Plinio asumió el gobierno de Bitinia y Ponto, provincias que, dentro el Imperio, no eran acaudaladas ni de consideración, halló que las ciudades bajo su mando competían entusiastamente construyendo obras útiles y grandiosas, merecedoras de la curiosidad de los forasteros y del agradecimiento de los conciudadanos. El procónsul debió acudir con auxilios a paliar sus deficiencias, afinar el gusto y a veces a refrenar tan ardorosa emulación.[155] Los acaudalados senadores de Roma y las provincias se envanecían, pues consideraban que realzar la brillantez de su época y de su patria era decoroso y necesario, y el influjo de la moda solía también sustituir el buen gusto y la generosidad. Del sinnúmero de bienhechores particulares cabe destacar a Herodes Ático, ciudadano de Atenas contemporáneo de los Antoninos; prescindiendo de los motivos, su magnificencia era verdaderamente regia.

La familia de Herodes, al menos después de ser favorecida por la fortuna, entroncaba con Cimón y Milcíades, Teseo y Cécrops, Eaco y Júpiter, mas la posteridad de tan esclarecidos héroes yacía en el desamparo. Habían ajusticiado a su abuelo, y su padre Julio Ático iba a fenecer en la escasez y el menosprecio, cuando descubrió un riquísimo tesoro en una casilla ruinosa, postrer reliquia de su patrimonio. Pertenecía, según el tenor de la ley, al emperador, y el cuerdo Ático, por medio de una franca confesión, precavió los siniestros oficios de los delatores. Imperaba el justiciero Nerva, quien se desentendió de su porción y le encargó que disfrutase a sus anchas del don de la suerte. El advertido ateniense insistió en que el tesoro era

demasiado cuantioso, y no acertaría a usarlo. «Abusadlo pues —replicó el monarca con un enfado bondadoso—, puesto que es vuestro.»[156] Opinarán muchos que Ático se atuvo literalmente al postrer encargo del emperador, puesto que gastó la mayor parte de sus haberes, acrecentados en gran manera con un enlace ventajosísimo, en beneficio público. Proporcionó a su hijo Herodes la prefectura de las ciudades libres del Asia, y el joven magistrado, al advertir que en la ciudad de Troas escaseaba el agua, obtuvo de la munificencia de Adriano tres millones de dracmas (alrededor de cien mil libras) para la construcción de un nuevo acueducto, pero el costo ascendió a más del doble del presupuesto, y los dependientes de la tesorería comenzaban a esgrimir sus críticas cuando los hizo enmudecer solicitando que le dejasen hacerse cargo del costo de la empresa.[157]

Los más afamados maestros de Grecia y Asia recibieron peregrinos galardones para encargarse de la educación del joven Herodes, y el alumno correspondió convirtiéndose en un eminente orador, avezado en la vana retórica de aquel siglo que, confinada en las escuelas, se desentendía del Foro y del Senado. Logró el honor del consulado en Roma, pero pasó la mayor parte de su vida en su retiro filosófico de Atenas y sus quintas cercanas, encabezando una caterva de sofistas que desde luego reverenciaban la superioridad de tan rico y generoso competidor.[158] Los frutos de su numen ya han desaparecido, pero algunos escombros aún manifiestan su buen gusto y su generosidad, pues ciertos viajeros han medido los restos del estadio que erigió en Atenas, de seiscientos pies (183 m) de largo, totalmente construido de mármol blanco, capaz de contener a todo el vecindario, que fue concluido en cuatro años, mientras Herodes era el presidente de los juegos atenienses. Dedicó a la memoria de su esposa Regilla un teatro que se

destacaba entre todos los del Imperio porque no había en él otra madera que la de cedro exquisitamente labrado. El Odeón, destinado por Pericles a sinfonías y ensayos de tragedias nuevas, prevalecía como trofeo de la victoria de las artes contra el poderío bárbaro, puesto que las vigas de su construcción eran los velámenes de la escuadra persa, pero a pesar de las reparaciones dispuestas por un rey de Capadocia, nuevamente se hallaba en ruinas. Herodes le devolvió su primitiva brillantez y magnificencia. Su largueza no se limitó al recinto de Atenas, pues realizó suntuosos arreglos del templo de Neptuno en el Istmo, un teatro en Corinto, un estadio en Delfos, un baño en las Termópilas y el acueducto de Canosio en Italia, todos los cuales no alcanzaron a desmoronar su opulencia. Los pueblos de Epiro, Tesalia, Eubea, Beocia y el Peloponeso participaron de sus finezas, y en las ciudades de Grecia y Asia varias inscripciones conceptuosas expresan su gratitud, llamando a Herodes Ático su padrino y bienhechor.[159]

En las repúblicas de Atenas y de Roma, la sencillez de las viviendas particulares pregonaba su condición igual de independencia, a la vez que la soberanía del pueblo centelleaba en los majestuosos edificios públicos.[160] Este temple republicano no feneció con la introducción del boato monárquico, pues los más virtuosos emperadores exponían su magnificencia en moles honoríficamente nacionales. El palacio dorado de Nerón movió a justísima ira, pero el dilatado solar usurpado por su delirante lujo luego quedó más airosamente empleado con el Coliseo, los baños de Tito, el pórtico de Claudio y los templos consagrados a la diosa de la Paz y al numen de Roma.[161] Estos monumentos de arquitectura, propiedad del pueblo romano, se ostentaban engalanados con los primores de la pintura y la estatuaria griegas, y en el Templo

de la Paz se abrió una biblioteca muy valiosa para la curiosidad de los estudiosos. A corto trecho se hallaba el Foro de Trajano, cercado por un grandioso pórtico cuadrangular, y en su centro se alzaba una columna de mármol cuya elevación de ciento veinte pies (36,5 m) mostraba la altura de la montaña de donde había sido cortada. Esta mole, que permanece todavía en todo su esplendor, representa al vivo las victorias de su fundador en la Dacia. El veterano solía recordar sus propias campañas, y por un embeleso muy obvio de vanagloria nacional, el pacífico ciudadano se hermanaba en la gloria del triunfo. Los demás barrios de la capital, y aun todas las provincias del Imperio, eran embellecidos por el mismo espíritu liberal de pública magnificencia, y se destacaban teatros, anfiteatros, templos, pórticos, arcos de triunfo, baños y acueductos conducentes a la sanidad, la devoción o el recreo del más ínfimo ciudadano. Las últimas edificaciones mencionadas merecen especialmente nuestra atención, por el arrojo de la empresa, la sólida construcción y su provecho, lo que en verdad las convierte en los más esclarecidos monumentos del numen y el poderío romanos. Se destacan los acueductos de la capital, pero el viajante discreto que, sin conocer la historia, se detenga a contemplar los de Spoleto, Metz y Segovia, inferirá desde luego que en la Antigüedad estos pueblos subalternos fueron residencia de potentados. Los yermos de Asia y África florecieron con ciudades populosas, merced a las artificiales y perennes afluencias de agua saludable.[162]

Ya hemos realizado un cómputo de los habitantes, con una reseña de las obras públicas en el Imperio. Notar a continuación el número y la grandeza de sus ciudades conducirá a completar lo primero y adicionar lo segundo. Amenizaremos la materia mostrando ciertos ejemplos descarriados, pero propios del

intento, sin olvidar, sin embargo, que ya por vanagloria nacional, ya por pobreza del idioma, se llamó vagamente ciudad desde Roma hasta Laurento. Se refiere que en la Italia antigua había mil ciento noventa y siete ciudades, y cualquiera sea la época de la Antigüedad a la que se aplique la denominación,[163] no cabe suponer que el país estaba menos poblado en tiempos de los Antoninos que durante el reinado de Rómulo.

I) Los pequeños Estados del Lacio se hallaban incluidos en la metrópoli, cuyo predominio los había incorporado. Aquellas mismas partes de Italia que durante largo plazo han estado sujetas a la cobarde tiranía de sacerdotes y virreyes, sólo habían sufrido el más llevadero azote de la guerra. Los primeros síntomas de decadencia que padecieron quedaron luego grandiosamente compensados con las rápidas mejoras de la Galia Cisalpina. La magnificencia de Verona puede percibirse en sus escombros; pero se destacaban más Aquileia, Padua, Milán y Ravena.

II) El afán de mejoras traspasó los Alpes y llegó hasta las malezas de Bretaña, que fueron eliminadas para dar cabida a viviendas cómodas y agradables. York era el solar del gobierno; Londres ya descollaba por su comercio y gozaban de renombre las aguas medicinales de Bath. La Galia se jactaba de tener seis mil doscientas ciudades,[164] y aunque muchas provincias del Norte y la misma París se reducían a atrasadas y toscas poblaciones de un país recién civilizado, la zona del Mediodía era un remedo de Italia.[165] Varias eran las ciudades de la Galia —Marsella, Arlès, Nimes, Narbona, Tolosa, Burdeos, Autun, Viena, Lyon, Lángres y Tréveris— cuyo antiguo esplendor quizás aventajaba a su estado actual. En cuanto a España, floreció como provincia y decayó como reino, pues, desangrada por el abuso de su poderío en América y por la superstición, tal

vez quedaría ajado su engreimiento si se le pidiese el padrón de las trescientas sesenta ciudades que Plinio señala que existían bajo el reinado de Vespasiano.[166]

III) En un tiempo, reconocieron la autoridad de Cartago hasta trescientas ciudades,[167] y no es de suponer que con los emperadores haya disminuido su número, pues la misma Cartago descolló más esplendorosa sobre sus cenizas, así como también Capua y Corinto recobraron muy presto cuantas ventajas caben fuera de la independencia y la soberanía.

IV) En las regiones de Oriente, la magnificencia romana se contrapone a la barbarie turca, y los escombros esparcidos en tantísimos yermos, y atribuidos por la idiotez al poder mágico, apenas ofrecen ya resguardo al acosado viandante o al árabe nómada. Bajo el reinado de los primeros césares, el Asia propia contenía quinientas populosas ciudades,[168] favorecidas por atributos naturales y artefactos exquisitos. Once ciudades de Asia compitieron por el honor de alzar un templo a Tiberio, y el Senado comparó sus respectivos méritos.[169] Cuatro fueron de inmediato descartadas como inhábiles para el intento; entre ellas se contaba Laodicea, cuya suntuosidad aún se destaca en sus escombros,[170] puesto que disfrutaba pingües rentas con su ganadería, se destacaba por sus finísimas lanas y acababa de recibir un legado de más de cuatrocientas mil libras por el testamento de un ciudadano generoso.[171] Puesto que tal era la pobreza de Laodicea, ¿cuál sería la opulencia de las ciudades cuya solicitud se consideró con mayor fundamento, especialmente Pérgamo, Esmirna y Éfeso, que tanto batallaron entre sí por la primacía de Asia?[172] Las capitales de Siria y de Egipto tenían en el Imperio aún más jerarquía, pues Antioquía y Alejandría miraban con ceño un sinnúmero de ciudades subordinadas[173] y aceptaban con dificultades la majestad de la

misma Roma.

Todas estas ciudades se enlazaban por medio de carreteras, que desde su comienzo en el Foro atravesaban Italia y penetraban por las provincias hasta llegar a los confines del Imperio. Al delinear esmeradamente la distancia desde el malecón de Antonino hasta Roma y de allí a Jerusalén, se podrá observar que el grandioso sistema de comunicación entre los extremos del noroeste y el sudeste del Imperio tenía una extensión de cuatro mil ochenta millas romanas (6013 km).[174] De trecho en trecho, sus postes o milleras señalaban la distancia entre las poblaciones, sin tener en cuenta los tropiezos, ya naturales, ya de oposición privada. Se barrenaban las montañas, y gran cantidad de puentes cruzaban rápidos y anchurosos ríos.[175] El lomo del camino sobresalía en forma de terrado que oteaba la campiña inmediata, fundado todo sobre capas argamasadas de ripio y arena, pavimentadas con sillares, y, en las cercanías de la capital, de granito.[176] La solidez de las carreteras romanas ha resistido el embate de quince siglos. Además de hermanar a los súbditos, su principal objeto era franquear la marcha de las legiones, puesto que no se conceptuaba de todo punto avasallado un país hasta que por todas partes se manifestase abierto para las armas y el dominio del conquistador. La ventaja de recibir información rápidamente y comunicar órdenes con celeridad indujo a los emperadores a establecer postas a intervalos regulares de extremo a extremo de sus dominios.[177] Las paradas de cada cinco o seis millas estaban surtidas de cuarenta caballos, por cuyo medio con facilidad se recorrían por la carretera cien millas por día.[178]

Las postas eran franqueadas a quienes traían patente imperial, pero, aunque su instituto era para el público, se solían conceder para los negocios y la comodidad de los particulares.

[179] En todo el Imperio, la comunicación por mar no era menos expedita que por tierra, pues el Mediterráneo abarcaba las provincias, e Italia se adelantaba como un enorme promontorio sobre las olas del anchuroso lago. Italia carece, por lo general, de bahías seguras, pero el esfuerzo humano sustituyó esta desatención de la naturaleza, y especialmente el puerto de Ostia, completamente artificial, situado en la boca del Tíber, labrado por el emperador Claudio, era un muy útil monumento del poderío romano.[180] Desde este puerto, ubicado a sólo dieciséis millas (25,74 km) de la capital, un viento favorable solía conducir los bajeles en siete días hasta las columnas de Hércules, y en nueve o diez, hasta Alejandría en Egipto.[181]

Por más quebrantos que, por convencimiento o empeño, se achaquen a todo dominio dilatado, fuerza es confesar que el poderío de Roma tuvo efectos provechosos para la humanidad, y el mismo ensanche que generalizó los vicios fue también derramando mejoras en la vida social. En la Antigüedad, el orbe estaba dividido en porciones irregulares: el Oriente, desde tiempo inmemorial, poseía artes lujosas; el Occidente estaba poblado por belicosos y tosquísimos bárbaros que menospreciaban o desconocían por completo la labranza. Al arrimo de un gobierno poderoso, los frutos de climas apacibles y el afán de las naciones cultas paulatinamente se fueron internando en el oeste de Europa, y gracias a tan poderoso impulso sus naturales lograron mejoras en el cultivo y el comercio de productos y artefactos. No cabe especificar todas las especies del reino animal o vegetal que se fueron trayendo de Asia y Egipto,[182] pero no mellará la seriedad y mucho menos el provecho de una obra histórica el apuntar de paso algunos de sus ramos principales.

I) Cuantas flores, hierbas y frutas se crían en nuestros

jardines europeos son forasteras, como suelen acreditarlo sus propios nombres. La manzana es italiana, pero apenas los romanos llegaron a paladear los deliciosos zumos del albaricoque, el melocotón, la granada, el limón y la naranja, no hicieron más que ir denominando estos nuevos frutos con el nombre genérico de manzana, y los diferenciaban con el gentilicio de su respectivo país.

II) En tiempos de Homero crecía en la isla de Sicilia el agracejo o vid silvestre, como probablemente por el continente inmediato, mas ni fue perfeccionada por la maña de los moradores ni resultaba atractiva a sus cerriles paladares,[183] pero mil años después Italia podía jactarse de que más de dos tercios de sus ochenta destacados vinos generosos eran regionales.[184] Este logro trascendió a la provincia Narbonesa de la Galia, pero al norte de las Cevenas el frío era tan intenso que en vida de Estrabón era imposible que allí las uvas llegasen a sazón;[185] sin embargo, paulatinamente se fue allanando este contraste, y hay fundamento para opinar que los viñedos de Borgoña son contemporáneos a los Antoninos.[186] En Occidente, la aceituna siguió los pasos de la paz simbolizada por el olivo. Hasta dos siglos después de la fundación de Roma, en Italia y África no la conocían, pero luego se fue connaturalizando y cundió hasta el interior de España y la Galia. La medrosa aprensión de los antiguos respecto de su requisito de cierto temple suave que le impedía alejarse de la orilla del mar poco a poco se fue dejando a un lado, gracias al afán y la experiencia.[187] Se trajo de Egipto a la Galia el cultivo del lino, y, a pesar de lo mucho que estraga el terreno, enriqueció al país.[188]

III) La práctica de los prados artificiales se extendió en Italia y las provincias, especialmente la alfalfa, que debió a Media su nombre y su origen.[189] El abasto de pienso para el ganado en la

invernada lo acrecentó sobremanera, y de este modo también se abonaron y fertilizaron las campiñas. En realce de tantas mejoras se acudió a las minas y a las pesquerías, que empleando un sinnúmero de manos laboriosas, afianzan los recreos del pudiente y la manutención del menesteroso. El elegante tratado de Columela retrata la gallarda labranza española durante el reinado de Tiberio, y se puede observar que sólo excepcionalmente asomaron en el dilatado Imperio aquellas hambres que en tan gran manera fueron paliadas por los principios de la República, pues la eventual escasez de alguna provincia quedaba inmediatamente remediada con la abundancia de sus más favorecidos vecinos.

La agricultura es el cimiento de las artes, ya que éstas se reducen a labrar los productos naturales, y en el Imperio, el afán de un pueblo solícito e ingenioso se esmeraba a toda hora y por varios rumbos en halagar a los acaudalados. Trajes, mesas, viviendas y alhajas, todo se agolpaba en manos del poderoso para su regalo selecto y su primorosa esplendidez, exaltando su engreimiento y halagando su sensualidad. En todas las épocas, los moralistas han tildado de lujosos a tales afeites, y tal vez sería más conducente para la virtud y la bienandanza del linaje humano que cada uno disfrutase lo necesario, y nadie lo superfluo, para la vida. Pero en la estragada dislocación de la sociedad, por más que el lujo sea una consecuencia del vicio y el devaneo, parece el único correctivo para la desigualdad de fortunas. El afanado menestral y el artista eminente, ajenos de toda finca, logran un pago voluntario de los hacendados, quienes, a impulsos del interés, van perfeccionando aquellas posesiones cuyos réditos les proporcionan de continuo nuevos deleites. Este vaivén, cuyo resultado se observa en toda sociedad, era mucho más eficaz en el dilatado ámbito del Imperio. Pronto

las provincias habrían quedado exhaustas, si las artes lujosas y su respectivo comercio no hubiesen ido reponiendo a los industriosos súbditos las sumas que les arrebataban las armas y los impuestos de Roma. Mientras este trueque se mantuvo ceñido a los confines del Imperio, activó el giro de la máquina gubernativa, y sus resultas, a veces ventajosas, nunca redundaban en el menor quebranto.

Mas no cabe confinar el lujo en los ámbitos de un Imperio, y los países más lejanos se desangraban para abastecer el boato y la afeminación de Roma. Desembocaba la Escitia preciosas pieles; el ámbar se trajinaba por tierra de las costas del Báltico al Danubio, y los bárbaros quedaban pasmados al recibir precios tan subidos por géneros fútiles.[190] Se hacían pedidos de alfombras a Babilonia y otros artefactos a Oriente, pero el tráfico más costoso y perjudicial era el que se tenía con Arabia y la India, pues todos los veranos una flota de ciento veinte velas zarpaba de Myos-hormos, puerto de Egipto en el mar Rojo, y con los periódicos soplos de los monzones atravesaba el mar en alrededor de cuarenta días. La isla de Ceilán o la costa de Malabar, a cuyas ferias acudían los traficantes desde lo más remoto de Asia, solían ser el paradero de la navegación.[191] El regreso a Egipto se efectuaba en diciembre o enero, y una vez que el precioso cargamento era acarreado a lomo de camello desde el mar Rojo hasta el Nilo y bajado por la corriente de éste hasta Alejandría, desembocaba sin demora en la capital del Imperio.[192] El comercio oriental se reducía a fruslerías esplendorosas: seda comprada al peso del oro;[193] piedras preciosas, entre las que las perlas seguían en valor a los diamantes,[194] y una variedad de aromas para el culto religioso y el boato de los funerales. Era increíble el producto del trabajoso y arriesgado viaje, pero todo el desembolso recaía sobre los

súbditos romanos y unos cuantos particulares se enriquecían a costa del público, por cuanto, estando los árabes e indios satisfechos con sus propios frutos y artefactos, el comercio por parte de los romanos quedaba casi meramente reducido a su plata. El Senado se lamentaba, fundada y solemnemente, de que el caudal del Estado se empleaba siempre en dijes y galas mujeriles entre naciones extrañas, y aun enemigas.[195] Según el cómputo de un ingenio apurador, aunque severo, el quebranto anual se regulaba en más de ochocientas mil libras,[196] pues así se lamentaba un ánimo aprensivo de la indigencia. Sin embargo, si se cotejan la proporción del oro y de la plata en tiempos de Plinio con la que se fijó en el reinado de Constantino, resulta en este intermedio un aumento cuantioso.[197] No cabe suponer que escasease más el oro; antes bien, se deja inferir que había aumentado la plata, y que por mucho que abultase la exportación de Arabia y la India, estaba muy ajena de apurar la opulencia romana, acudiendo en exceso el producto de las minas a henchir los pedidos del comercio.

En medio del hábito inveterado de ensalzar lo pasado y menoscabar lo presente, se apreciaba entrañablemente y se manifestaba sin rebozo la bonanza del Imperio, tanto en Roma como en las provincias. «Reconocían que los verdaderos principios de la vida social, la legislación, la labranza y los estudios, fruto de la sabiduría de Atenas, habían logrado ahora arraigarse con el poderío de Roma, bajo cuyos eficaces auspicios los bárbaros más bravíos se habían hermanado en un mismo idioma y un idéntico gobierno. A impulsos de las artes, añadían, se va multiplicando la especie humana; celebran la brillantez de las ciudades, la amena gala de las campiñas, realzadas a manera de un inmenso jardín, y el regocijo perpetuo de la paz era disfrutado por innumerables naciones, ajenas ya de enconos y

temores para lo venidero».[198] Por más desconfianza que se tenga al viso de declamación y retórica que sobresale en este pasaje, sustancialmente concuerda con la veracidad histórica.

En el esplendor de tanta ventura, se encubrieron para los contemporáneos las causas latentes del quebranto y el menoscabo. Aquella paz dilatada y el plácido régimen de los romanos fueron introduciendo una lenta y oculta ponzoña en las entrañas del Imperio, y apocándose todos los ánimos hasta el mismo nivel, se apagó la hoguera del numen y se aventó el denuedo militar. Los europeos eran de suyo esforzados, y España, Galia, Bretaña y e Iliria proporcionaban excelentes soldados a las legiones, donde realmente estribaba el poderío de la monarquía. Descollaba su valentía personal, mas carecía del tesón que nace del amor a la independencia, de los impulsos del honor nacional, de la presencia del peligro y del ejercicio del mando. El gobierno les repartía a su albedrío leyes y caudillos, y cifraba su defensa en ánimos asalariados, pues la posteridad de tantos afamados adalides se daba por satisfecha con el predicamento de ciudadana y vasalla. Los pechos más gallardos se avenían a la corte y sus banderas, y las desamparadas provincias, sin fuerza ni concordia, gradualmente se hundieron en la postración y la indiferencia de la vida privada.

La afición al estudio, de suyo compañera de la paz y la cultura, primaba entre los súbditos de Adriano y de los Antoninos, que descollaban en finura y en letras. Ese ahínco prevaleció en todos los ámbitos del Imperio: las más aisladas tribus de Bretaña se apasionaron por la retórica; en las márgenes del Rin y el Danubio se copiaba con estudioso empeño a Homero y Virgilio, y cuantiosos galardones salían al encuentro de los menguados asomos de mérito literario.[199] Los griegos cultivaban aventajadamente tanto la medicina como la

astronomía, y aún están estudiando los escritos de Galeno los mismos que, mejorando sus descubrimientos, han venido a enmendar sus yerros; pero exceptuando al inimitable Luciano, aquel largo período de desgana se transitó sin dar a luz un solo escritor de numen, o que sobresaliese en el artificio y la elegancia de la composición. Campeaba todavía en las escuelas la autoridad de Platón y Aristóteles, de Zenón y Epicuro, y sus sistemas, trasladados a ciegas y de rodillas de alumno en alumno, atajaban todo gallardo intento de explayar las facultades y ensanchar los ámbitos del ingenio humano, pues las destrezas poéticas y oratorias, en vez de infundir iguales impulsos, acarreaban remedos exánimes, y si alguien se desentendía del recinto de aquellos dechados, su paradero era la impropiedad y la ridiculez. Al renacimiento de las letras, despertaron el numen de Europa el vigor de la imaginación, rejuvenecido tras largo adormecimiento, la competencia nacional, una nueva religión, idiomas nuevos y hasta un nuevo mundo; pero los provinciales de Roma, formados con una educación encajonada y foránea, se veían comprometidos en lid desigual con aquellos osados antiguos que, al prorrumpir en los sentimientos genuinos de su idioma nativo, se habían ya entronizado en sus respectivos solios. El título de poeta quedó olvidado y los sofistas usurparon el de orador: un enjambre de compiladores, críticos y comentadores nublaba el ámbito de la literatura, y así la mengua del numen trajo luego consigo la corrupción del gusto.

El sublime Longino, que algún tiempo después en la corte de una reina siríaca abrigaba los alientos de la antigua Atenas, advierte y deplora la bastardía de sus contemporáneos, que denigraba las virtudes, quebrantaba el brío y ahogaba los ingenios. «Al modo —decía— en que se convierte en pigmeos a

algunos niños fajándoles sus miembros ternezuelos, así nuestros tiernos entendimientos, encadenados con las vulgaridades y los hábitos de una estrecha servidumbre, se hallan imposibilitados de explayarse y alcanzar aquella estatura proporcionada que apreciamos en los antiguos, quienes, disfrutando de un gobierno popular, escribían con la misma libertad con que obraban.»[200] Esta menguada estampa del linaje humano —ateniéndonos a la misma alegoría— iba achicándose día tras día y desdiciendo el antiguo marco, y, en efecto, el mundo romano se fue poblando de pigmeos, cuando furiosos gigantes del Norte se lanzaron y acudieron a mejorar la enana casta. Ellos restablecieron el denuedo varonil de la libertad, la cual, tras el intermedio de diez siglos, vino a ser la madre del buen gusto y de la sabiduría.

III

CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO ROMANO EN LA ÉPOCA DE LOS ANTONINOS

La más simple definición de la monarquía la concibe como un Estado en el que un solo individuo, cualquiera que sea su título, tiene a su cargo la ejecución de las leyes, el manejo de los caudales y el mando de las armas, y a menos que, para bien de todos, no tenga lugar la intervención de esforzados celadores, ese señorío se corrompe y se transforma en despotismo. En épocas de superstición, la influencia de los sacerdotes tal vez puede contribuir al afianzamiento de los derechos naturales, pero siempre se hermanan el trono y el altar, de modo que el estandarte eclesiástico pocas veces fue visto del lado del pueblo. Una nobleza guerrera y gente común perseverante, que posean armas, defiendan sus posesiones y se reúnan en asambleas constitucionales, constituyen el único modo de equilibrar el Estado y conservar intacta su forma contra los intentos de un príncipe insolente.

Las vallas que protegían la constitución romana fueron derribadas por la descomedida ambición del dictador; cada cerco fue eliminado por la exterminadora mano del triunviro. Tras la victoria de Accio, el destino de Roma dependía del albedrío de Octaviano —por sobrenombre César, a causa de la adopción del tío, y luego Augusto, por la adulación del Senado —. El vencedor encabezaba cuarenta y cuatro legiones veteranas,[201] conscientes de su propio poder y de la debilidad

de la constitución, habituadas, durante veinte años de guerra civil, a todo acto de sangre y violencia, e idólatras de la familia del César, única fuente y expectativa de cuantiosas recompensas. Las provincias, oprimidas por los empleados de la República, ansiaban un gobierno monárquico cuyo señorío avasallase a aquellos tiranos, en vez de ser cómplice de ellos. La plebe de Roma, complacida interiormente con la humillación de la aristocracia, clamaba tan sólo por pan y espectáculos, y quedaba colmadamente satisfecha respecto de uno y otros con las larguezas de Augusto. Los acaudalados y cultos italianos, prendados casi universalmente de la filosofía epicúrea, disfrutaban del agasajo de sosiego y comodidad, y no sufrían al recordar su antigua y alborotada independencia. Con su poder, el Senado había perdido su dignidad; muchas de las familias ilustres habían desaparecido, y los republicanos más gallardos y consumados habían fenecido en las refriegas o en la proscripción. El supremo recinto deliberadamente se abrió de par en par a una muchedumbre bastarda de más de mil individuos que afrentaban la jerarquía en vez de honrarla.[202]

La reforma del Senado fue una de las primeras medidas en que Augusto orilló la tiranía y se autotituló padre de la patria. Fue nombrado censor y, asociado con su íntimo Agripa, examinó el padrón del Senado, expulsó a algunos cuya liviandad y pertinacia requerían escarmiento, y solicitó a alrededor de doscientos que evitasen la ignominia de la expulsión por medio de un retiro voluntario; subió la calificación de senador a cerca de diez mil libras de haber; creó un número suficiente de familias patricias, y se apropió del relevante cargo de príncipe del Senado, que siempre había sido concedido por los censores al ciudadano más sobresaliente por sus honores y servicios.[203] Pero al restablecer la dignidad del Senado, eliminó su

independencia; se perdieron irrecuperablemente los principios de una constitución libre, dado que la potestad legislativa fue nominada por la ejecutiva.

Ante una asamblea formada y dispuesta de este modo, Augusto pronunció un estudiado discurso que aparentaba patriotismo y disfrazaba su ambición. Se lamentó y disculpó de su conducta anterior, atribuyéndola a la necesidad de vengar, a impulsos de su cariño, la muerte de un padre. Su temple apacible tal vez había cedido al adusto imperio de la necesidad, y se vio forzado a relacionarse con dos malvados compañeros: mientras vivió Antonio, la misma República le prohibía que la dejara en manos de un romano bastardo y de una reina bárbara. A la sazón era dueño de cumplir su deber y disfrutar su propensión, y así reponía solemnemente al Senado y al pueblo en el goce de todos sus antiguos derechos, pues todo su anhelo se concentraba en alternar con sus conciudadanos y en gozar de la dicha que había logrado para su patria.[204]

Hubiera sido necesaria la pluma de Tácito —si él hubiera podido asistir a esa asamblea— para efectuar un vívido retrato de las encontradas sensaciones del Senado, tanto las que se encubrían como las que se aparentaban. Confiar en la sinceridad de Augusto era peligroso, pero lo era más aún manifestar desconfianza. Las respectivas ventajas de la monarquía y la república han dado ancho campo a la polémica, pero la actual grandeza del Estado romano, la corrupción de las costumbres y el desenfreno de la soldadesca suministraban un cúmulo de argumentos a cuantos abogaban por el sistema monárquico, a la vez que influían en estas visiones de los sistemas de gobierno las esperanzas y los temores de cada individuo en particular. A esta confusión de impulsos se sobrepuso unánime y terminantemente la respuesta del Senado. Rechazó la renuncia

de Augusto, rogándole que no desamparase a la República que había logrado salvar. Tras cierta resistencia decorosa, el taimado tirano se avino a las disposiciones del Senado, cargando desde luego con el gobierno de las provincias y el mando de los ejércitos, con los prestigiosos títulos de procónsul y emperador, [205] pero sólo durante un plazo de diez años, esperando que antes de ese término habría desaparecido todo rastro de discordia civil, y que entonces, recuperado el Estado y descollando con su primitiva fuerza, de ningún modo necesitaría la arriesgada intervención de tan extraordinario magistrado. El recuerdo de esta farsa, repetida varias veces durante la vida de Augusto, fue conservado hasta los postreros tiempos del Imperio por la peculiar pompa con que los perpetuos monarcas de Roma siempre celebraban la década de su reinado.[206]

Sin violar los principios de la constitución, un general romano podía recibir y ejercer una autoridad casi despótica entre los soldados, los enemigos y los vasallos de la República. En cuanto a los soldados, su pasión por la libertad, aun desde los tiempos primitivos de Roma, daba paso a la esperanza de la conquista y un atinado concepto de disciplina militar. El dictador o cónsul tenía derecho a comandar el servicio de la juventud romana, castigando la terca o cobarde desobediencia con penas en extremo violentas o afrentosas, ya que expulsaban al culpado del padrón de los ciudadanos, confiscaban sus bienes o lo vendían como esclavo.[207]

Con el compromiso militar se suspendían los más sagrados derechos de libertad corroborados por las leyes Porcia y Sempronia. El general ejercía en su campamento un absoluto señorío de vida y muerte, sin que limitasen su jurisdicción formalidades ni probanzas judiciales, y la sentencia se ejecutaba de forma inmediata y sin apelación.[208] La autoridad legislativa

señalaba a los enemigos de Roma, y en el Senado se debatían seriamente las más importantes decisiones de paz y de guerra, para pasar luego a la solemne ratificación del pueblo. Pero cuando las legiones se alejaban de Italia, los generales tenían la libertad de encaminarlas contra cualquier pueblo y en los términos que consideraran más ventajosos para la República, pues los honores del triunfo dependían del éxito, y no de la justicia, de sus empresas. En cuanto al uso de su victoria, especialmente cuando ya no eran controlados por los representantes del Senado, ejercían el más desenfrenado despotismo. Durante su mando en Oriente, Pompeyo recompensaba a su tropa y sus aliados, destronaba soberanos, dividía reinos, fundaba colonias y distribuía a su albedrío los tesoros de Mitrídates, y cuando volvió a Roma, con una sola acta del Senado y el Pueblo quedaron ratificadas todas sus disposiciones.[209] Tal era el poder sobre soldados y naciones que solían alcanzar los caudillos de la República. Eran, al mismo tiempo, gobernadores o más bien monarcas de los pueblos vencidos, y, hermanando la autoridad civil con la militar, ejercían la justicia y administraban la hacienda como si estuviesen investidos de potestad legislativa y ejecutiva en el Estado.

Por lo que ya llevamos dicho en el primer capítulo de esta obra, cabe idear un concepto casi cabal de las tropas y provincias confiadas a la diestra avasalladora de Augusto, mas, como no le era posible comandar personalmente las legiones en tantos y tan remotos confines, el Senado le otorgó, como ya lo había hecho con Pompeyo, la facultad de encomendar el desempeño de tan grandioso encargo a un número adecuado de lugartenientes. La jerarquía y la autoridad de estos jefes no era menor que la de los antiguos procónsules, pero su colocación era subalterna y

precaria, pues recibían el encargo del albedrío de un superior, a cuya auspiciosa influencia se atribuían los méritos de sus acciones.[210] Eran los representantes del emperador, y solo éste era el general de la República, cuya jurisdicción, tanto civil como militar, abarcaba todas las conquistas de Roma. Sin embargo, complacía al Senado que esta delegación de su señorío siempre recayese en sus individuos. Los lugartenientes imperiales poseían dignidad imperial o pretoriana; las legiones eran conducidas por senadores, y la prefectura de Egipto fue el único cargo importante confiado a un caballero romano.

Seis días después de que Augusto se viera forzado a aceptar tan amplia concesión, resolvió halagar el orgullo del Senado con un cómodo sacrificio. Le manifestó que el cuerpo había ampliado sus facultades, aun traspasando los límites de cuanto requería la lastimosa situación de la época. No le permitieron que renunciara al laborioso mando de los ejércitos y las fronteras, pero él insistió en que lo autorizara a restablecer, en las provincias más pacíficas y afianzadas, la apacible administración de los magistrados civiles. De modo que, en la partición de los países, Augusto dispuso lo necesario para su propio poderío y para el decoro de la República. Los procónsules del Senado, especialmente los de Asia, Grecia y África, disfrutaban de un carácter más honorable que los lugartenientes del emperador, que mandaban en la Galia o en Siria. Los lictores acompañaban a los primeros, y los soldados escoltaban a los segundos, pero se promulgó una ley para que, cuando se presentara el emperador, ante ese comisionado extraordinario cesase la autoridad ordinaria del gobernador, y se estableció la práctica de que las nuevas conquistas perteneciesen a la porción imperial. Pronto pudo observarse que la autoridad del *Príncipe*, denominación predilecta de Augusto, era idéntica

en todas las partes del Imperio.

A cambio de esta concesión imaginaria, Augusto obtuvo un importante privilegio, que lo convirtió en amo de Roma e Italia. Sin hacer caso a antiguos principios, se lo autorizó a mantener su mando militar con el apoyo de una numerosa guardia, aun en tiempos de paz y en el centro de la capital. Su poder se limitaba a los ciudadanos que habían prestado el juramento militar, pero era tal la propensión de los romanos a la servidumbre, que magistrados, senadores y caballeros se juramentaban voluntariamente, hasta que el culto de la lisonja se convirtió en una solemne declaración anual de fidelidad.

Si bien Augusto consideraba que la milicia era la base de su poderío, sabiamente la desechó, por ser un instrumento odioso de gobierno. Era más acorde tanto a su temperamento como a su política reinar bajo los venerables dictados de las antiguas magistraturas e ir acumulando en sí mismo las diversas ramas de la jurisdicción civil. Con este propósito aceptó que el Senado reuniera en él de por vida las potestades consular[211] y tribunicia,[212] que más tarde se otorgaron a sus sucesores en los mismos términos. Los cónsules sustituyeron a los reyes de Roma y representaron la grandeza del Estado: administraban las ceremonias religiosas, alistaban y dirigían a las legiones, recibían a los embajadores y presidían tanto las asambleas del Senado como las del pueblo. También corría por su cuenta el arreglo de la hacienda, y aunque casi nunca les era posible administrar justicia personalmente, eran considerados supremos guardianes de las leyes, la equidad y la paz pública. Ésta era su jurisdicción ordinaria, pero dado que el Senado había facultado al sumo magistrado para resguardar la salvación de la República, este último quedaba por encima de las leyes, y en resguardo de la libertad ejercía un transitorio despotismo.[213]

El cargo de los tribunos se diferenciaba fundamentalmente del de los cónsules. Tenían aquéllos una apariencia recatada y sencilla, mas eran sagrados e inviolables, y su poderío se encaminaba más bien a la oposición que a la acción. Su tarea consistía en el amparo de los oprimidos, perdonar los agravios, acusar a los enemigos del pueblo y, cuando lo consideraran preciso, detener con una sola palabra toda la maquinaria del gobierno. Mientras prevaleció la República, la peligrosa influencia que tanto el cónsul como el tribuno podían ejercer se solía refrenar con oportunas y eficaces restricciones. Su autoridad duraba un año; había dos cónsules y llegaban a diez los tribunos, y, como sus intereses privados y públicos siempre eran opuestos, sus contiendas fortalecieron, más que quebrantaron, el equilibrio institucional. Mas apenas la potestad consular y la tribunicia se reunieron y se hizo cargo de ambas, de por vida, un solo individuo —luego que el jefe del ejército fue al mismo tiempo ministro del Senado y representante del pueblo romano—, fue imposible oponer resistencia al ejercicio de la prerrogativa imperial, así como definir sus límites. La política de Augusto pronto agregó a estos honores los cargos, tan importantes como espléndidos, de censor y de pontífice supremo. Con este último afianzaba el desempeño de la religión, y con el primero lograba fiscalizar las costumbres y las riquezas del pueblo romano, y si alguna vez tan variadas e inconexas incumbencias no se hermanaban adecuadamente, acudía oficioso el Senado a superar todo tropiezo con las más amplias y extraordinarias concesiones. Los emperadores, por ser primeros ministros de la República, estaban exceptuados de las obligaciones y las penas de ciertas leyes incómodas. Les competía convocar al Senado, la franquicia de hacer varias propuestas en un mismo día, la recomendación de candidatos

para las condecoraciones del Estado, la ampliación de la capital, la aplicación de las rentas a su albedrío, la declaración de la paz o la guerra y la ratificación de todos los tratados, y, por una cláusula más abarcadora, podían emprender y ejecutar cuanto considerasen ventajoso para el Imperio y conveniente para la dignidad de cosas privadas o públicas, divinas o humanas.[214]

Cuando todas las facultades del gobierno ejecutivo estuvieron en manos del *magistrado imperial*, los subalternos quedaron arrinconados, sin fuerza y aun sin ocupación. Augusto se esmeraba por conservar los nombres y las formalidades de la antigua administración, y anualmente otorgaba sus insignias a la acostumbrada cantidad de cónsules, pretores y tribunos,[215] y les encargaba el fútil desempeño de ciertas funciones vulgares. Esos honores todavía halagaban la vana ambición de los romanos, y aun los mismos emperadores, aunque investidos de por vida con la potestad consular, solían aspirar a ellos y se dignaban a compartirlos con sus conciudadanos más ilustres.[216] Durante el reinado de Augusto, en la elección de estos magistrados, se le permitía al pueblo exponer todos los inconvenientes de una democracia desmandada. Ese artero príncipe, sin asomo de impaciencia, agenciaba votos para sí y para sus amigos, y esmeradamente efectuaba todos los deberes de un candidato común,[217] pero no podemos menos que atribuir a sus consejos la primera medida del inminente reinado, por la cual las elecciones se transfirieron al Senado.[218] Las asambleas del pueblo fueron abolidas para siempre, y así los emperadores despejaron la peligrosa muchedumbre, con la que, sin restablecer la libertad, podía perturbarse y quizá peligrar el gobierno establecido.

Mario y César, declarándose protectores del pueblo, habían desestabilizado la constitución de su patria, mas cuando el

Senado —compuesto por quinientos o seiscientos individuos— quedó inerme y abatido, mostró ser un instrumento de dominación mucho más manejable y provechoso. Augusto y sus sucesores cifraron en la dignidad del Senado su nuevo Imperio, y en toda ocasión aparentaban adoptar el habla y los principios de los patricios. Solían, en el desempeño de su potestad, acudir al gran congreso nacional, y aparentaban encomendarle la decisión en los asuntos más trascendentes de la paz o la guerra. Roma, Italia y las provincias internas estaban subordinadas a la jurisdicción directa del Senado; en los asuntos civiles, era éste la suprema corte de apelación, y para las cuestiones criminales, un tribunal donde se juzgaban todas las ofensas cometidas por hombres de cualquiera posición pública, o que afectaran la paz o la majestad del pueblo romano. El desempeño de la potestad judicial se convirtió en la ocupación más frecuente e importante del Senado, y las causas interesantes que se pleiteaban en sus estrados fueron el refugio donde se acogió la vehemencia de la oratoria antigua. El Senado, como consejo supremo y sala de justicia, poseía considerables prerrogativas, pero en relación con la potestad legislativa en que se lo suponía representante efectivo del pueblo, se lo reconocía poseedor de los derechos de soberanía. Todo poder procedía de su autoridad, toda ley requería su sanción, y sus reuniones se celebraban tres días fijos al mes: calendas, nonas e idus. Los debates se desarrollaban con decoroso desahogo, y los emperadores mismos, jactándose de su título de senadores, asistían, votaban y se contraponían a sus iguales.

En suma, el sistema del gobierno imperial, del modo como lo estableció Augusto y lo sostuvieron cuantos príncipes comprendían su propio interés y el del pueblo, puede acertadamente definirse como monarquía absoluta disfrazada

con ciertos rasgos de república. Los dueños del mundo romano rodeaban su trono con oscuridad y encubrían su irresistible poderío, mientras humildemente se declaraban responsables ministros del Senado, cuyos supremos decretos dictaban y obedecían.[219]

El aspecto de la corte se correspondía con la forma de administración. Los emperadores, a excepción de aquellos tiranos cuyo caprichoso desvarío transgredía toda ley de la naturaleza y la decencia, desdeñaban las pompas y ceremonias que podían ofender a sus conciudadanos sin añadir nada a su verdadero poder, y en el trato civil aparentaban confundirse con sus propios súbditos, alternando por igual con ellos en visitas y entretenimientos. Su vestimenta, su palacio y su mesa se correspondían con los de un senador acaudalado, y su servidumbre, aunque crecida y esplendorosa, se componía enteramente de sus propios esclavos y libertos.[220] Augusto o Trajano se hubieran avergonzado de emplear al más humilde de los romanos para las ínfimas tareas que en el gabinete o la cámara de un monarca limitado solicita anhelantemente la más orgullosa nobleza de Gran Bretaña.

La divinización de los emperadores constituía el único aspecto[221] en el que se apartaban de su cordura y su sensatez. Los griegos asiáticos la crearon, y los sucesores de Alejandro fueron los primeros objetos de tan servil e impía adoración. Fácilmente se trasladó de los reyes a los gobernadores de Asia, y los magistrados romanos con frecuencia fueron adorados como deidades provinciales, con la pompa de templos y aras, de celebraciones y sacrificios.[222] Era natural que los emperadores no rechazaran lo que ya habían aceptado los procónsules, y los honores divinos que unos y otros recibían en las provincias atestiguaban el despotismo más bien que la servidumbre de

Roma. Pero pronto los vencedores imitaron, en las artes del halago, a los vencidos, y el espíritu arrogante del primer César provocó que no tuviera reparos en ser colocado entre las divinidades tutelares de Roma. El carácter apacible de su sucesor se desentendió de tan arriesgada ambición, que más tarde revivió en el frenesí de Calígula y Domiciano. Augusto toleró, es verdad, que algunas ciudades provinciales erigiesen templos en su honor, con la condición de que mancomunasen la adoración de Roma con la de su soberano; consintió la superstición privada, de la cual él debía ser objeto,[223] pero se conformaba con que el Senado y el Pueblo lo reverenciaran como ser humano, y sensatamente dejó a su sucesor el cuidado de su endiosamiento público. Quedó arraigada la costumbre de que, cuando falleciera un emperador que no hubiese vivido ni muerto tiránicamente, el Senado, mediante un decreto formal, lo colocase entre los dioses, y el ceremonial de sus exequias se aunaba con el de su apoteosis. Esta profanación torpe, aunque legal, y que con justicia nos horroriza, era recibida con un muy débil murmullo,[224] a causa de la naturaleza sencilla del politeísmo, y quedó arraigada como una institución más política que religiosa. Deshonraríamos las virtudes de los Antoninos si las alineásemos con las torpezas de un Hércules o un Júpiter, y aun los caracteres de César o de Augusto superaban en gran medida los de las deidades vulgares; mas, para desgracia de ambos, vivieron en una época ilustrada, y sus gestiones fueron registradas con demasiada exactitud como para poder acompañarlas con patrañas y misterios, como lo requiere la devoción del vulgo. Cuando su divinidad fue legalizada, de inmediato cayó en el olvido, sin contribuir ni a su propio prestigio ni a la dignidad de los príncipes sucesores.

Al considerar el gobierno imperial, repetidamente hemos

hablado de su diestro fundador bajo el renombrado título de Augusto, con el cual no se lo condecoró hasta que su obra estuvo casi concluida. El oscuro nombre de Octaviano provenía de una familia desconocida de la pequeña ciudad de Aricia. Esta familia fue manchada con la sangre de la proscripción, y Octaviano vivió ansioso por borrar, si fuese posible, toda memoria de su vida anterior. Tomó el ilustre nombre de César, puesto que era su hijo adoptivo, mas tuvo el suficiente tino como para no abrigar ni la esperanza de ser confundido con él, ni el anhelo de entrar en parangón con tan extraordinario personaje. En el Senado se propuso honrar a su ministro con un nuevo nombre, y, tras una discusión formal, se eligió, entre otros muchos, el de Augusto, como más representativo de un temperamento pacífico y cabal.[225] *Augusto* fue, pues, su distintivo personal, y *César*, el hereditario. El primero debía naturalmente fenecer juntamente con el príncipe a quien se había concedido, y como el segundo se había comunicado por adopción y parentesco femenino, fue Nerón el último príncipe que pudo alegar derechos hereditarios de la línea Juliana. Pero cuando este último falleció, la práctica había enlazado durante un siglo esas denominaciones con la dignidad imperial, y las conservó una extensa sucesión de emperadores romanos, griegos, francos y alemanes, desde la caída de la República hasta la actualidad. No obstante, muy pronto ambos títulos se separaron: el sacrosanto de Augusto quedó reservado para el monarca, y el nombre de César fue transmitido a sus herederos. Al menos desde el reinado de Adriano se destinó este último título a la segunda persona del Estado, por ser presunta heredera de la corona.

Aquel miramiento de Augusto para con una constitución que había destruido puede sólo descifrarse con un atento estudio

de la personalidad de ese habilidoso tirano. De mente serena, corazón insensible y disposición cobarde, ya a los diecinueve años tuvo que asumir la máscara de la hipocresía, para nunca más librarse de ella. Con la misma diestra, y probablemente con idéntico temple, firmó la proscripción de Cicerón y el perdón a Cinna. Sus virtudes, e incluso sus vicios, eran simulados, y según los variables dictados de su interés fue primero el enemigo y luego el padre del mundo romano.[226] Cuando estructuró el complejo sistema de la autoridad imperial, su moderación estaba inspirada por sus temores. Deseaba engañar al pueblo con la imagen de su libertad civil, y al ejército con un remedo del gobierno legal.

I) La muerte de César se mantuvo ante sus ojos por siempre. Aquél había brindado generosamente fortuna y honores a sus partidarios, pero sus más íntimos amigos se alistaron entre los conspiradores. La lealtad de las legiones podía contrastar cualquier rebelión manifiesta, pero ni el sumo desvelo ponía a su persona a salvo del afilado puñal de un decidido republicano, y los romanos que reverenciaban la memoria de Bruto[227] vitorearían a quien imitara su virtud. César provocó su propia catástrofe, no menos por la ostentación de su poder que por el poder mismo, pues siendo cónsul o tribuno podría haber reinado a salvo, y el título de rey desenvainó contra él los aceros romanos. Augusto, persuadido de que los hombres van tras el eco de meras palabras, no se equivocó al suponer que el Senado y el Pueblo se le someterían si los convencía respetuosamente de que aún disfrutaban de su antigua libertad. Un Senado exánime y un pueblo indolente dieron cabida a tan halagüeño embeleso, mientras se fomentó con las prendas, o al menos con la cordura, de los sucesores de Augusto; y sólo a impulsos de su propio resguardo, y no por principios de liberalidad, los conspiradores

se abalanzaron contra Calígula, Nerón y Domiciano, pues se arrojaban contra la persona del tirano, sin asestar sus golpes a la autoridad del emperador.

Es de destacar un trance memorable, donde el Senado, tras setenta años de padecimientos, prorrumpió en un malogrado intento de recobrar sus olvidados derechos. A causa de la muerte de Calígula, el trono estaba vacante, y los cónsules convocaron a sesión en el Capitolio, condenaron la memoria de los Césares, dieron por lema la palabra *libertad* a las pocas cohortes que tibiamente se adhirieron a la novedad y obraron por espacio de cuarenta y ocho horas como líderes independientes de una república libre. Mas en el acto de la deliberación resolvió la guardia pretoriana. Ya se encontraba en su campo el obtuso Claudio, hermano de Germánico, vestido con la púrpura imperial y dispuesto a sostener su elección con las armas. El sueño de libertad llegó a su fin, y el Senado se despertó para volver a presenciar la inevitable servidumbre. Abandonada por el pueblo y amenazada por la milicia, la débil asamblea tuvo que ratificar la elección de los pretorianos y acogerse al indulto que Claudio tuvo la cordura de ofrecer y la generosidad de cumplir. [228]

II) La insolencia de las tropas infundió a Augusto temores más fundados, pues la desesperación de los ciudadanos sólo podía intentar lo que la soldadesca en todo momento era capaz de llevar a cabo. ¡Cuán precario era su mando sobre los mismos a quienes él había enseñado a violar todo deber social! Puesto que había oído sus clamores sediciosos, debía estar temeroso de sus cavilaciones. Se había comprado una revolución a altísimo precio, y la segunda podía duplicar ese costo. La tropa profesaba intenso cariño por la casa del César, pero los afectos de la muchedumbre son inestables y antojadizos por naturaleza. Augusto apeló a cuanto quedaba de prejuicio romano en

aquellos ánimos adustos; robusteció la disciplina con la sanción de la ley, e interponiendo la majestad del Senado entre el emperador y la milicia, requirió denodadamente lealtad a su persona, como primer magistrado de la República.[229]

En el extenso lapso de doscientos veinte años que transcurrió desde el establecimiento de este cauteloso sistema hasta la muerte de Cómodo, los peligros inherentes a todo gobierno militar se suspendieron en gran medida, pues los soldados no se lanzaron hasta el extremo de tantear su propio poderío y la flaqueza de la autoridad civil, que antes y después provocó tan terribles calamidades. Calígula y Domiciano fueron asesinados por sus propios sirvientes en el interior de su palacio, y quedaron reducidos a este recinto los vaivenes que con la muerte del primero trastornaron a Roma, pero Nerón involucró en su ruina a todo el Imperio. En el espacio de un año y medio, cuatro príncipes fenecieron a los filos de la espada, y el orbe romano fue conmovido por el encarnizamiento de los ejércitos contrapuestos. A excepción, pues, de esta breve pero violenta erupción del desenfreno militar, los dos siglos que mediaron entre Augusto y Cómodo estuvieron libres del derramamiento de sangre civil y de los disturbios de una revolución. El emperador se elegía con *la autoridad del Senado y la avenencia de la milicia*;[230] las legiones respetaban su juramento de lealtad, y es necesario efectuar un atento examen de los anales romanos para descubrir tres rebeliones de poca entidad, que fueron sometidas en pocos meses y aun sin mediar los peligros de una batalla.[231]

En las monarquías electivas, el trono vacante produce peligros y anarquía. Los emperadores romanos, ansiosos por evitar a las legiones ese intervalo de suspenso, así como la tentación de una elección irregular, solían investir de una gran

porción de poder al sucesor indicado, de modo que, cuando el emperador falleciera, pudiera apoderarse de lo restante sin dar cabida a que el Imperio percibiese aquel cambio. Por lo tanto Augusto, después de que tantas muertes, todas tempranas, le enlutaron sus halagüeñas perspectivas, cifró sus esperanzas en Tiberio; logró para su hijo adoptivo la potestad censoria y tribunicia, y promulgó un decreto que investía al príncipe venidero de igual autoridad que la que él poseía, en las provincias y los ejércitos.[232] Del mismo modo, Vespasiano cautivó el alma generosa de su primogénito. Las legiones de Oriente idolatraban a Tito, a cuyas órdenes acababan de conquistar Judea. Se temía su poderío, y puesto que su juvenil intemperancia empañaba sus virtudes, se recelaba de sus intentos. El cuerdo monarca, en vez de admitir tan indecorosas sospechas, asoció a Tito a la plenitud de su potestad imperial, y el agradecido hijo siempre se comportó como un ministro sumiso y leal a tan amoroso padre.[233]

La sensatez de Vespasiano en verdad lo indujo a tomar toda medida que pudiera afianzar su reciente y aventurado encumbramiento. La milicia prestaba juramento, según la práctica de un siglo, por el nombre y la familia de los Césares, y aunque esa familia se continuaba sólo gracias al ficticio ritual de la adopción, los romanos aún reverenciaban en la persona de Nerón al nieto de Germánico y el sucesor lineal de Augusto. No fue sin rechazo y remordimiento que los pretorianos abandonaron la causa del tirano.[234] Los atropellados derrocamientos de Galba, Otón y Vitelio enseñaron a los ejércitos a considerar a los emperadores como producto de su albedrío e instrumentos de su desenfreno.

El origen de Vespasiano era sumamente humilde. Su abuelo había sido soldado raso, y su padre, un pequeño empleado de

Hacienda;[235] ya a edad avanzada, su propio mérito lo hizo ascender al Imperio, pero sus méritos eran más provechosos que descollantes, y estaban empañados por una estricta y aun sórdida frugalidad. Aquel príncipe atendió a sus propios intereses asociándose con un hijo de carácter más afable y espléndido, que podía desviar a la atención pública del origen oscuro, y dirigirla hacia la futura gloria de la casa Flaviana. Bajo la apacible gobernación de Tito, el orbe romano disfrutó de una transitoria felicidad, y su idolatrada memoria escudó durante más de quince años las liviandades de su hermano Domiciano.

No bien los asesinos de Domiciano habían vestido de púrpura al anciano Nerva, cuando este último se reconoció inhábil para gobernar la desarticulada maquinaria del gobierno, cuyos desórdenes se habían multiplicado bajo la larga tiranía de su antecesor. Los hombres bondadosos reverenciaban su temple apacible, mas la bastardía general requería una entereza justiciera que aterrase a los malvados. Aunque tenía muchos parientes, su elección recayó en un extraño: adoptó a Trajano, por entonces de cuarenta años, que comandaba un poderoso ejército en la Germania inferior, y de inmediato, mediante un decreto del Senado, lo declaró su compañero y sucesor en el Imperio.[236] Es lastimoso que mientras nos desazonan los horrorosos relatos de las atrocidades y los desvaríos de Nerón, debamos limitarnos a las vislumbres de un compendio o los equívocos detalles de un panegírico para coordinar los hechos de un Trajano. Queda sin embargo un testimonio desprovisto de toda lisonja, pues, más de dos siglos y medio después de la muerte de Trajano, el Senado, al prorrumpir en aclamaciones a causa del ascenso de un nuevo emperador, le anhelaba que sobrepujase a Augusto en cordura, y en virtud a Trajano.[237]

Es verosímil, desde luego, que el padre de la patria haya

titubeado respecto de si debía confiar el poder supremo al variable y dubitativo temperamento de Adriano. En sus postreros momentos, las artimañas de la emperatriz Plotina o bien resolvieron las dudas de Trajano o audazmente supusieron una adopción ficticia[238] cuya realidad no cabía disputar, y pacíficamente Adriano fue reconocido como legítimo sucesor. Bajo su reinado, el Imperio floreció, como ya se ha mencionado, en paz y prosperidad. Adriano fomentó las artes, mejoró las leyes, fortaleció la disciplina militar y visitó personalmente todas las provincias, pues su numen grandioso y eficaz era tan adecuado para el conjunto como para los detalles de la gobernación. Pero sus impulsos dominantes eran la curiosidad y la vanagloria, y a la vez que estos impulsos lo embargaban; Adriano era alternativamente príncipe excelente, ridículo, reflexivo, o receloso tirano. Por lo general, su moderado y equitativo desempeño mereció alabanza, pero al principio de su reinado dio muerte a cuatro senadores consulares, todos ellos conceptuados por sus méritos para con el Imperio, y al final, el destemple de una dolencia trabajosa lo hizo adusto e inhumano. El Senado titubeó entre declararlo dios o tirano, y los honores tributados a su memoria se debieron a las instancias del piadoso Antonino.[239]

El capricho de Adriano influyó en la elección del sucesor. Después de cavilar sobre los merecimientos de varios sujetos ilustres, a quienes apreciaba o aborrecía, adoptó a Elio Vero, noble afeminado y amante de los placeres, pero —para un enamorado de Antínoo— enaltecido por su peregrina hermosura.[240] Mientras Adriano disfrutaba de sus propios aplausos y los vítores de la soldadesca, cuyo beneplácito quedaba afianzado con cuantiosos agasajos, el nuevo César fue arrebatado de sus brazos[241] para bajar al sepulcro, dejando a su temprana

edad un solo hijo. Recomendado el niño por Adriano a la gratitud de los Antoninos, quedó adoptado por Pío, y, al advenimiento de Marco, alternó con éste en la suprema soberanía. En medio de su liviandad, el joven Vero había atesorado una virtud: su entrañable reverencia a su más sabio colega, en cuyas manos puso los afanes trabajosos del mando. El emperador filósofo encubrió sus devaneos, y, deplorando su anticipada muerte, tendió un decoroso velo sobre su memoria.

Adriano, satisfecha o frustrada su pasión, mereció el agradecimiento de la posteridad, puesto que entronizó el más esclarecido mérito en el solio romano. Su aguda perspicacia fácilmente descubrió a un senador de cincuenta años, intachable en todos los pormenores de su vida, y a un joven de unos diecisiete, cuya madurez ya ofrecía en perspectiva un peregrino compendio de virtudes. El mayor fue declarado hijo y sucesor de Adriano, con la condición de adoptar inmediatamente al menor. Ambos Antoninos —pues de ellos estamos hablando— gobernaron el orbe romano por espacio de cuarenta y dos años, en el idéntico e invariable rumbo de la sabiduría y la virtud. Aunque Pío tenía dos hijos,[242] antepuso el bienestar de Roma a sus intereses domésticos, casó a su hija Faustina con el joven Marco, a quien le proporcionó por medio del Senado la potestad tribunicia y proconsular, y descartando —o más bien desconociendo— cualquier impulso de celos, lo asoció a todos los afanes del mando. Por su parte, Marco reverenció la categoría de su bienhechor, lo amó como padre, lo obedeció como soberano[243] y, después del fallecimiento de aquél, amoldó su desempeño al ejemplo y las máximas de su antecesor, al punto de que el reinado de ambos es acaso la única etapa de la historia en que sólo la dicha de un gran pueblo era el objetivo del gobierno.

Con fundamento se ha llamado segundo Numa a Tito Antonino Pío, a causa del idéntico afán de justicia, paz y religión en que descollaron ambos príncipes, pero su situación abrió un campo mucho más amplio para el ejercicio de tales virtudes. A Numa le cupo resguardar algunas aldeas inmediatas de la recíproca tala de sus mieses; Antonino extendió concierto y sosiego sobre la mayor parte de la tierra, y su reinado sobresale por la peregrina excelencia de suministrar escasos materiales a la historia, que en verdad suele ser en gran medida el repertorio de las maldades, locuras y desdichas del género humano. En su vida privada era tan cordial como bondadoso, pues la natural sencillez de sus méritos fue muy ajena al boato y la vanagloria; disfrutaba moderadamente del aumento de su caudal y de los inocentes placeres de la vida social,[244] y llevaba estampada su benevolencia en la festiva serenidad de su semblante.

La virtud de Marco Aurelio Antonino seguía un rumbo más arduo y trabajoso,[245] pues era fruto afanado de sabias conferencias, detenida lectura e investigaciones nocturnas. A los doce años quedó prendado del rígido sistema de los estoicos, y se enseñó a sí mismo a someter su cuerpo al entendimiento y sus pasiones a la razón; a aceptar la virtud como el único bien, el vicio como el solo mal, y todo lo externo como desprovisto de importancia.[246] Sus meditaciones, compuestas en el bullicio de un campamento, aún perduran, y daba lecciones de filosofía quizá con más publicidad que la que requerían el decoro de un sabio y el encumbramiento de un emperador.[247] Mas su vida era la más lúcida puesta en práctica de los preceptos de Zenón, ya que se mostraba severísimo consigo mismo; indulgente con las imperfecciones ajenas, y justo y benéfico para todos. Le pesaba que Avidio Casio, que había provocado una rebelión en Siria, por medio del suicidio lo hubiera privado de la dicha de

tener amistad con un enemigo, y creyó en la sinceridad de su quebranto, por lo que moderó el ahínco del Senado en el escarmiento de sus secuaces.[248] Lo horrorizaba la guerra como ofensa y azote de la naturaleza humana, pero, cuando la necesidad de una justa defensa lo llamó a las armas, expuso gallardamente su persona en ocho campañas invernales por las heladas márgenes del Danubio, cuya crudeza dañó su delicada complexión. Agradecida, la posteridad reverenció su memoria, y un siglo después muchos conservaban la imagen de Marco Antonino entre las de sus dioses hogareños.[249]

Si intentáramos señalar el período histórico en que la humanidad floreció y tuvo mayor prosperidad, nombraríamos sin titubear el que transcurrió desde la muerte de Domiciano hasta el advenimiento de Cómodo. El extenso Imperio estuvo gobernado por la potestad absoluta, con el norte de la virtud y la sabiduría. Los ejércitos fueron dirigidos por la diestra poderosa, aunque suave, de cuatro emperadores sucesivos cuya entereza y virtud imponían rendido respeto. Nerva, Trajano, Adriano y los Antoninos conservaron esmeradamente la forma de la administración civil, se deleitaron con la imagen de la libertad y estuvieron gozosos de considerarse a sí mismos ministros responsables por las leyes. Estos príncipes eran merecedores del honor de restablecer la República, si cupiera en los romanos de aquellos tiempos disfrutar de una libertad racional.

Tantos afanes fueron colmadamente premiados por sus logros, por el decoroso orgullo de la virtud y el entrañable embeleso de estar contemplando la dicha general que habían acarreado; sin embargo, una reflexión amarga apesadumbraba la más noble complacencia que cabe en lo humano, pues no podían menos que reparar en lo inestable de una felicidad que dependía del carácter de un solo individuo. Tal vez ya se

acercaba el aciago trance en que un mancebo desenfrenado o un caviloso tirano abusaría hasta el exterminio de aquel poderío absoluto que habían dedicado al bienestar de su pueblo. El supuesto freno del Senado y las leyes servía para realzar las virtudes, mas no para neutralizar los vicios del emperador. La milicia ofrecía con su poder un ciego y desaforado instrumento de tropelías, y las estragadas costumbres romanas suministraban siempre aduladores que vitoreasen, y ministros que promoviesen, las zozobras, la codicia, los antojos y las crueldades de sus dueños.

La experiencia de los romanos harto justificaba la amenaza de tan lóbregas visiones, pues los anales del Imperio ofrecen una pintura viva y variada de idiosincrasias que no se observan en la apocada estampa de los personajes modernos. En la conducta de aquellos monarcas podemos trazar las líneas extremas del vicio y la virtud: se hallaban encumbrados hasta la más cabal perfección o encenagados en la más torpe bastardía del linaje humano.

A la edad de oro de Trajano y los Antoninos antecedió una edad de hierro, y excusado es nombrar a los deshonrosos sucesores de Augusto. Su desenfreno sin par y el grandioso teatro en que obraban los rescató del olvido. El lóbrego y empedernido Tiberio, el arrebatado Calígula, el débil Claudio, el forajido y sangriento Nerón, el irracional Vitelio,[250] el trémulo y cruel Domiciano han quedado condenados a una afrenta perpetua. Por espacio de 80 años (a excepción solamente del breve e inseguro reinado de Vespasiano),[251] Roma estuvo agonizando bajo una incesante tiranía, que exterminó a las antiguas familias de la República y atropelló a la par cuantas virtudes y talentos asomaron en aquella época desventurada.

Durante el reinado de estos monstruos, la servidumbre de los romanos estuvo acompañada por dos circunstancias

peculiares: una de ellas procedía de su anterior libertad, y la otra, de sus extensas conquistas, que extremaban su desdichada suerte más que la de cuantas víctimas de tiranía hubo en otros tiempos y países. Resultaban de estas causas: 1) la extremada sensibilidad de los sufrientes, y 2) la imposibilidad de escapar de las manos del perseguidor.

I) Cuando gobernaban Persia los descendientes de Sefi, casta de príncipes cuya arbitraria crueldad solía mancillar consejo, mesa y lecho con la sangre de sus privados, se recuerda la afirmación de un joven noble: nunca se alejaba de la presencia del sultán sin cerciorarse de que su cabeza aún permaneciera sobre sus hombros. La experiencia diaria podía justificar la desconfianza de Rustán,[252] pero el agudo acero que pendía de un hilo sobre su cerviz no parece haber desvelado ni desasosegado al resignado persa. Era consciente de que el ceño del monarca podía reducirlo a polvo, pero un centelleo o bien un accidente podían igualmente anonadarlo, y era una muestra de cordura olvidar las calamidades de la vida en el goce de sus pasajeros recreos. Se condecoraba a sí mismo con el título de esclavo de su rey, y quizás había sido comprado a padres humildes en un país desconocido para él, y criado desde la niñez en la severa disciplina del serrallo.[253] Su nombre, su fortuna, sus honores, pertenecían a su dueño, quien justificadamente podía recuperar lo concedido. El conocimiento de Rustán, si lo tuviese, sólo podía servir para corroborar sus hábitos, pues ni aun le suministraba su idioma una expresión que denotase forma alguna de gobierno, excepto el monárquico y absoluto, y la historia oriental le enseñaba que tal había sido siempre la suerte de la humanidad.[254] El *Corán* y los intérpretes de ese libro divino le decían una y otra vez que el sultán, como descendiente del profeta, era el sustituto o lugarteniente de los

cielos; que la paciencia era la prenda prominente de un musulmán, y la obediencia ilimitada, el requisito indispensable de todo vasallo.

Respecto de la servidumbre, los impulsos de un romano eran muy distintos. Doblegados por el peso de su propia corrupción y de la violencia militar, preservaron durante mucho tiempo los sentimientos, o al menos las ideas, de sus antepasados libres. La educación de Helvidio y Trasea, la de Tácito y Plinio, era idéntica a la de Cicerón y Catón: habían aprendido con la filosofía griega el concepto más adecuado e ilustre de la dignidad de la naturaleza humana y del origen de la sociedad civil, pues la historia de su patria les había enseñado a reverenciar a una república libre, virtuosa y triunfadora; a horrorizarse con los logrados intentos de César y Augusto, y a menospreciar entrañablemente a los tiranos que estaban idolatrando tan rendidamente. Como magistrados y senadores, asistían al consejo general que alguna vez había dictado leyes al mundo y cuya autoridad continuamente era prostituida por los más viles intentos de la tiranía. Tiberio y los que siguieron sus máximas trataron de encubrir sus asesinatos con disfraces judiciales, y tal vez se complacían interiormente en convertir al Senado a la vez en su cómplice y su víctima; en el recinto sus miembros eran condenados por delitos imaginarios y virtudes reales. Sus infames fiscales entonaban el lenguaje del patriota independiente que acusaba a un ciudadano peligroso ante el tribunal de la patria, y ese servicio público era recompensado con riqueza y honores.[255] Los serviles jueces declaraban la majestad de la República, a la cual atropellaba la persona de su primer magistrado,[256] cuya clemencia suplicaban en el momento en que más temían su crueldad inexorable.[257] El tirano miraba con menosprecio semejante sometimiento, y

contrarrestaba los recónditos impulsos de aborrecimiento con sinceras y explícitas demostraciones de odio para con el Senado entero.

II) La división de Europa en un gran número de Estados independientes, aunque enlazados por religión, idioma y costumbres, produce sumo beneficio para la libertad de sus moradores. Un tirano moderno que prescindiese de sus propios reparos o de los de su pueblo tropezaría luego con el freno del ejemplo de sus iguales, el temor a la censuras, las advertencias de sus aliados y la aprensión de sus enemigos. El objeto de su desagrado, traspasando las cercanas fronteras de sus dominios, hallaría fácilmente un refugio seguro en suelo más venturoso; una nueva fortuna adecuada a su mérito, libertad para sus alegatos y quizá medios de venganza. Mas el Imperio Romano abarcaba todo el mundo, y, cuando caía en las manos de una sola persona, se convertía en una estrecha y horrorosa cárcel para sus enemigos. El siervo del despotismo imperial, ya estuviese sentenciado a arrastrar su cadena en Roma y en el Senado, ya agonizase en el destierro del árido peñasco de Serifo o en las heladas márgenes del Danubio, afrontaba muda y desesperadamente su situación.[258] La resistencia era aciaga, y la huida, imposible, pues atajado por los páramos o el piélago, igualmente intransitables, quedaba descubierto, preso y arrojado a las plantas de su airado dueño. Si cruzaba los remotos confines, tan sólo alcanzaba a ver mares, desiertos y tribus bárbaras y enemigas, de costumbres bravías e idiomas desconocidos, o de reyes sometidos que acudirían ufanos a implorar el agrado del emperador con el sacrificio de un indefenso fugitivo.[259] «Dondequiera que te halles —decía Cicerón al desterrado Marcelo—, recuerda que siempre terminas en las manos del vencedor.»[260]

LA CRISIS DEL SIGLO III

Nota bibliográfica

A partir de una perspectiva principalmente política, Gibbon encuentra en la crisis militar y la anarquía del siglo III *d. C. un cambio importante en la historia imperial. El carácter fuertemente conflictivo de este período ya había sido señalado por los autores latinos contemporáneos, a partir de los cuales Gibbon elabora su explicación histórica. El conflictivo proceso de transición entre el período del principado (siglos* I *y* II d. C.) y el dominado (desde fines del siglo III d. C.), que es contrastado con los años dorados de los Antoninos, está enfocado principalmente desde la problemática política, pero incluye una dimensión religiosa. Gibbon estudia con atención el desarrollo de la Iglesia y la expansión del cristianismo; lo considera un proceso con una importante dimensión política, y encuentra en él abundantes temas de reflexión respecto de su propio tiempo.

Gibbon inicia el planteo de un importante problema historiográfico: ¿Qué relación existe entre la compleja crisis imperial y la expansión del cristianismo? En el siglo XX *los historiadores han retomado la discusión de esta cuestión, aunque enmarcándola en otro gran problema: el agotamiento del modo de producción esclavista. En este período confluyen una serie de cuestiones problemáticas: la crisis económica, la crisis política y las invasiones germanas, de modo que los diferentes trabajos históricos han resaltado alguna de estas variables en la explicación.*

Visión global del Alto Imperio: *Véase «Período de los Antoninos», p. 37.*

Marco histórico de la crisis del Imperio: *R. Remondon*, La crisis del Imperio Romano. De Marco Aurelio a Anastasio, *Barcelona, Labor, 1967. R. Talabert*, The Senate of Imperial Rome, *Princeton, 1984. St. Williams*, Diocletian and Roman Recovery, *Londres, 1985.*

La crisis del siglo III como problema historiográfico: *J. Fernández Ubiña*, La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo, *Madrid, Akal, 1981.*

Análisis económico de la transformación de los siglos III y IV: *F. W. Wall-bank*, La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente, *Madrid, Alianza, 1978. P. Petit*, La paz romana, *Barcelona, 1969. M. Bloch y otros*, La transición del esclavismo al feudalismo, *Madrid, 1975 (especialmente Staerman «La caída del régimen esclavista»). C. M. Cipolla y otros*, La decadencia económica de los imperios, *Madrid, Alianza, 1973 (especialmente: C. M. Cipolla, «Por una teoría general de la decadencia económica» y M. I. Finley, «La mano de obra y la caída de Roma»). E. Staerman y M. Trofimova*, La esclavitud en la Italia imperial, *Madrid, Akal, 1979. M. I. Finley*, Aspectos de la Antigüedad, *Madrid, 1975 (especialmente «La población y el ocaso de Roma»). C. Wickham, «The Other Transition: from the Ancient World to Feudalism», en* Past and Present, *N° 103, 1984. C. Wickham, «Marx, Sherlock Holmes and Late Roman Commerce», en* Journal of Roman Studies, *N° 78, 1988.*

Un estudio importante sobre la transformación del lugar político del Senado: *M. Arnheim*, The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire, *Oxford, 1972. Véase también K. Hopkins, «Elite Mobility in the Roman Empire», en* Past and

Present, *N° 32, 1965. C. W. Keyes*, The Rise of the Equites in the Third Century of the Roman Empire, *Princeton, Nueva Jersey, 1915*.

Desde una perspectiva sociopolítica: *G. Bravo*, Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano. Génesis de la sociedad bajoimperial, *Salamanca, 1980. P. Garnsey*, Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire, *Oxford, 1970*.

Una visión centrada en lo político y en la religión: *F. Lot*, El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, *México, 1956. G. Alfoldy, «The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries», en* Greek, Roman and Byzantine Studies, *N° 15, 1974*.

Enfoques centrados en la cultura y la sociedad: *F. Altheim*, Visión de la tarde y de la mañana, de la Antigüedad a la Edad Media, *Buenos Aires, 1965. Georges Duby y Michelle Perrot (dir.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad, *Madrid, Taurus, 1991. Tomo I. Philippe Ariès y Georges Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, Madrid, Taurus, 1988*.

Sobre el papel de las invasiones bárbaras: *M. Christol y D. Nony*, De los orígenes de Roma a las invasiones bárbaras, *Madrid, Akal, 1988. E. Demougeot*, La Formation de l'Europe et les Invasions Barbares, *2 vols., París, 1979*.

IV

CRUELDAD, DESVARÍOS Y MUERTE DE CÓMODO - NOMBRAMIENTO DE PÉRTINAX: SU INTENTO DE REFORMAR EL ESTADO Y SU ASESINATO POR PARTE DE LA GUARDIA PRETORIANA

La mansedumbre de Marco, a la que no pudo desvanecer la rígida disciplina de la doctrina estoica, era a la vez la cualidad más halagüeña y el único defecto de su carácter. La bondadosa confianza de su corazón engañaba a su esclarecido entendimiento, y los taimados palaciegos, que siempre estudian las inclinaciones de los príncipes y encubren las propias, lo acompañaban embozados con una santidad filosófica, y conseguían riqueza y honores aparentando menospreciarlos.[261] Su excesiva condescendencia para con su hermano, su esposa y su hijo excedía los límites de una virtud doméstica, y ocasionaba un daño general por el ejemplo y las consecuencias de sus vicios.

Faustina, hija de Pío y esposa de Marco, logró tanta fama por sus liviandades como por su hermosura. Apenas podía la circunspecta sencillez del filósofo cautivar su desvergonzada frivolidad, y contrarrestar la pasión por la variedad que solía hacerle buscar méritos entre los más bajos sectores de la humanidad. El Cupido de los antiguos era, por lo general, una deidad sensualísima, y los amoríos de una emperatriz, como requieren por su parte actos desembozados, por lo general dejan poca cabida a puntillosos miramientos. Marco era el único hombre de todo el Imperio que resultaba ajeno o desconocedor

de los excesos de Faustina, y quedaba empañado por la deshonra que, según la aprensión de todos los tiempos, siempre recae sobre el marido agraviado. Colocó a varios de los amantes de su esposa en puestos eminentes y provechosos,[262] y durante los treinta años de su matrimonio le dio a Faustina pruebas de su confianza, y aun de delicado respeto, que sólo llegaron a su fin cuando terminó su vida. En sus *Meditaciones a los dioses*, Marco agradece que lo hayan favorecido con una esposa tan fiel, tan cariñosa y de costumbres tan peregrinamente sencillas. A instancias de Marco, el sometido Senado la endiosó, representándola en los templos con los atributos de Juno, Venus y Ceres, y se decretó que en los casamientos los jóvenes de uno y otro sexo intercambiasen sus votos ante las aras de tan recatada patrona.[263]

Los monstruosos vicios del hijo empañaron un tanto la ilustre pureza del padre. Se ha criticado a Marco que sacrificó la dicha de millones de personas por su cariño por un joven indigno, nombrando un sucesor en su familia más bien que en la República. Sin embargo, el padre no desatendía este requisito, y recurría a sujetos honorables y sabios para compensar los escasos alcances de Cómodo, atajar sus nacientes vicios y habilitarlo para el desempeño de la corona que le competía. Mas por lo general todo esfuerzo resulta inútil si de antemano no existe una disposición. La desabrida enseñanza de un sumo filósofo desaparecía instantáneamente a causa del murmullo de un disoluto privado, y el mismo Marco agostó los frutos de la esmerada educación, admitiendo a su hijo, a la edad de catorce o quince años, en el absoluto poderío imperial. Él vivió cuatro años más, que fueron suficientes para arrepentirse de disposición tan temeraria, la cual levantó al desenfrenado mozo sobre todos los miramientos de la razón y de la autoridad.

La mayoría de los crímenes que perturban la paz interna de la sociedad son producidos por las limitaciones que las necesarias pero desiguales leyes de la propiedad impusieron a los apetitos de la humanidad, destinando a unos pocos los objetos que más codicia la muchedumbre. El afán de poderío sobresale entre nuestros anhelos y pasiones, puesto que la prepotencia de un individuo requiere el sometimiento de innúmeros hombres. En los alborotos civiles se desvirtúan las leyes sociales, y pocas veces se da lugar a los dictámenes de la humanidad. El denuedo de la contienda, el engreimiento de la victoria, la desesperación por el éxito, la memoria de agravios anteriores y el temor de peligros venideros; todo enardece el ánimo y acalla la voz de la compasión. Esos motivos mancillaron con sangre las páginas de la historia en las diversas épocas, pero ninguno de ellos pudo mediar en las voluntarias crueldades de Cómodo, pues nada le cabía apetecer y todo lo podía disfrutar. El tan amado hijo de Marco lo sucedió, vitoreado por el Senado y la tropa,[264] y, al encumbrarse en el trono, el joven venturoso no tuvo competidor que derribar ni enemigos que destruir. Parecía natural que, en su apacible elevación, antepusiese el cariño al aborrecimiento de los súbditos, y la gloria halagüeña de sus cinco antecesores al afrentoso paradero de Nerón y Domiciano.

Sin embargo, Cómodo no era, como se lo ha retratado, un tigre con insaciable sed de sangre humana y propenso desde la niñez a la crueldad,[265] pues tenía un carácter más bien medroso que malvado. Su sencillez y apocamiento lo hicieron esclavo de sus allegados, que poco a poco corrompieron su mente. Su inhumanidad, que al comienzo se debió por completo a un impulso ajeno, degeneró en costumbre, hasta llegar a ser la pasión dominante de su espíritu.[266]

Cuando murió su padre, Cómodo se encontró, angustiado,

con el mando de un ejército grandioso y el desempeño de una ardua guerra contra los cuados y los marcomanos.[267] Los jóvenes rastreros y desbocados que Marco había desterrado, rápidamente recuperaron su posición y su influencia con el nuevo emperador. Exagerando las penurias y las contingencias de una campaña en los páramos allende el Danubio, aseguraron al afeminado príncipe que el terror de su nombre y las armas de sus lugartenientes alcanzarían para reducir a los asustados bárbaros, o que se les impondrían condiciones tan ventajosas como la misma conquista. Apelando luego astutamente a su sensualidad, compararon el sosiego, la esplendidez y los cultos recreos de Roma con el tráfago de un campamento en Panonia, completamente incapaz de proporcionar lujosos pasatiempos.[268] Cómodo prestaba oídos a tan gratas sugerencias, pero, mientras titubeaba entre su propia inclinación y los miramientos que le imponían los consejeros de su padre, fue terminando el estío, y se postergó hasta el otoño su entrada triunfal en la capital. Su figura agraciada,[269] su llano agasajo y sus supuestas virtudes le granjearon la aceptación popular; la paz honrosa que acababa de conceder a los bárbaros derramó por todas partes el regocijo;[270] su impaciencia por regresar a Roma se atribuyó apasionadamente al cariño por su patria, y su licenciosa búsqueda de placer fue apenas censurada, puesto que era un joven de diecinueve años.

Durante los primeros tres años de su reinado, se conservaron la forma e incluso el espíritu del régimen anterior a causa de los leales consejeros a quienes Marco había recomendado a Cómodo, y a cuya sabiduría y justificación este último aún tributaba un poco entusiasta aprecio. El gallardo príncipe, con sus disolutos allegados, lozaneaba con todo el desenfreno del poder, pero sus manos aún no se habían salpicado con sangre, y

hasta había manifestado impulsos generosos a los que tal vez el ejercicio habría llevado a la cumbre de la virtud.[271] Pero un revés inesperado definió su fluctuante carácter.

Una tarde, al retirarse el emperador a su casa por un pórtico oscuro y angosto del anfiteatro,[272] un asesino que estaba acechando su tránsito se le abalanzó con un estoque desenvainado, clamando: «El Senado te envía esto». La amenaza evitó la acción, pues el asesino fue aprehendido por la guardia y desde luego delató a los autores de la conspiración. Ésta no había sido fraguada por el pueblo sino en el palacio, pues Lucila, hermana del emperador y viuda de Lucio Vero, mal hallada con su segunda jerarquía y celosa de la emperatriz reinante, había armado al matador contra la vida de su hermano. No tuvo ánimo para revelar tan desesperado intento a su segundo marido, Claudio Pompeyano, senador ilustre y de reconocida lealtad, pero en el grupo de sus amantes (pues respecto a las costumbres era un remedo de Faustina) halló hombres en situación desesperada y de ambición temeraria, siempre dispuestos a arrojarse tras sus ímpetus amorosos o desaforados. Los conspiradores sufrieron todo el rigor de la justicia; se castigó a la princesa primero con el destierro, y luego con la pena capital.[273]

Entre tanto, las palabras del asesino penetraron en el ánimo de Cómodo y dejaron una indeleble impresión de temor y odio contra los miembros del Senado, y los mismos que antes lo asombraban como adustos consejeros, ahora le parecían enemigos encubiertos. Los delatores, ralea de malvados ya exánime y casi desaparecida en los reinados anteriores, resurgieron fieramente al descubrir en el emperador deseos de hallar alguna muestra de traicionero desafecto en el Senado. Aquella asamblea, a la que Marco siempre había visto como el

supremo consejo de la nación, se componía de los romanos más distinguidos; toda distinción, pues, pronto se convirtió en criminal. El poseedor de caudal enardecía el ímpetu de los acusadores; la entereza de virtud se conceptuaba como tácita censura de los vicios del emperador; los servicios importantes se consideraban una peligrosa existencia de virtudes, y la intimidad con el padre acarreaba siempre el encono del hijo. La sospecha equivalía a prueba y la acusación a condena; la visible ejecución de un senador traía consigo la muerte de cuantos pudieran lamentar o vengar su desventura, pues, apenas llegó Cómodo a empaparse en sangre humana, se mostró insensible a todo asomo de lástima o arrepentimiento.

Entre tantas víctimas inocentes de su tiranía, nadie fue más llorado que los dos hermanos de la familia Quintiliana, Máximo y Condiano, cuyo amor fraternal ha rescatado sus nombres del olvido y realzado su memoria en la posteridad. Idénticos eran sus estudios y tareas, afanes y recreos, y en el goce de sus grandiosas posesiones jamás pensaron tener intereses separados; aún perduran fragmentos de algún tratado que compusieron juntos, y en todos sus pasos y gestiones siempre se veían dos cuerpos y una sola alma. Los Antoninos, que apreciaban sus virtudes y su hermandad, durante el mismo año los encumbraron al consulado; y Marco confió a sus desvelos conjuntos la administración civil de Grecia y un importante mando militar, en el que alcanzaron una renombrada victoria contra los germanos. La estudiada crueldad de Cómodo los unió en la muerte.[274]

La saña del tirano, tras derramar la más ilustre sangre del Senado, se concentró luego en el instrumento de sus crueldades. Mientras se encenagaba en sangre y liviandades, Cómodo delegaba su desempeño en Perenne, ministro servil y ambicioso

que había logrado su puesto con la muerte del antecesor, pero sin carecer de alcances y tino para el cargo. Mediante extorsiones y secuestros de los nobles sacrificados a su avaricia, atesoró cuantiosas riquezas. La guardia pretoriana estaba a sus órdenes inmediatas, y su hijo, dotado ya de prendas militares, capitaneaba las legiones ilirias. Perenne aspiraba al Imperio o, lo que era lo mismo para Cómodo, era capaz de apetecerlo, a menos que este último se le anticipara, sorprendiéndolo y dándole muerte. Poco supone el derribo de un ministro en la historia del Imperio, mas se tropezó con una particularidad nueva, que demuestra hasta qué punto estaba relajada la disciplina. Las legiones de Bretaña, disconformes con el régimen de Perenne, nombraron una delegación de mil quinientos hombres, con instrucciones de pasar a Roma y exponer sus quejas al emperador. Estos militares demandantes, con su denodado intento, incrementaron las divisiones internas en la guardia, exageraron el poderío del ejército de Bretaña y aumentaron los temores de Cómodo, y, como único desagravio, requirieron y lograron el exterminio del ministro.[275] Este arrojo de un ejército lejano, y su descubrimiento de la flaqueza del gobierno, anunciaron las más horrorosas convulsiones.

La negligencia de la administración pública volvió a manifestarse, esta vez mediante un trastorno que procedía de levísimos principios. Entre la tropa cundió el flujo de la deserción, y los culpados, en vez de huir o encubrirse, se convertían en salteadores. Materno, mero soldado pero osadísimo sobre su ínfima clase, convirtió su gavilla de forajidos en un ejército, abrió las cárceles, ofreció a los esclavos recobrar su libertad y saqueó las ciudades ricas e indefensas de España y Galia. Los gobernadores de las provincias que durante un largo término habían estado mirando, y tal vez compartiendo el

producto de sus robos, debieron reaccionar ante los amenazadores mandatos del emperador. Materno se vio acorralado, y previó que, sin un acto desesperado, sobrevendría su derrota. Dispersó a sus secuaces, los envió en cuadrillas con disfraces diversos y les encargó que se reuniesen en Roma durante el alborotado desenfreno de las fiestas de Cibeles.[276] La intención de este salteador nada vulgar era matar a Cómodo y sentarse en el trono vacante. Tan atinadas fueron sus disposiciones, que sus tropas ya estaban en las calles de Roma, cuando la envidia de uno de los cómplices descubrió y malogró tan peregrina empresa en el mismo trance de su ejecución.[277]

Los príncipes recelosos tienden a engrandecer a los ínfimos, puesto que suponen que quien sólo está pendiente de su favor nunca tendrá otra intención que corresponder a su bienhechor. Cleandro, sucesor de Perenne, era frigio de nacimiento, y sobre ese pueblo de temperamento empedernido y servil causaba mella el azote.[278] Llegó a Roma como esclavo y entró como tal en el palacio; se mostró adecuado para el temple de su amo y prontamente pudo encumbrarse hasta el mayor grado que cabe en un súbdito. Su predominio sobre Cómodo fue más poderoso que el de su antecesor, por cuanto carecía de todo atributo que pudiera provocar celos o temor en su dueño. Era esencialmente avaro, y allí residía el móvil de su régimen. Los títulos de cónsul, patricio o senador se subastaban, y era malquisto quien no acudiera a la compra de esos honores ignominiosos y vacíos con la mayor parte de sus riquezas.[279] En cuanto a los empleos lucrativos de las provincias, el ministro participaba de los despojos del pueblo. La aplicación de las leyes también era venal y arbitraria. El reo acaudalado no sólo conseguía la revocación de una sentencia justa, sino que podía a su albedrío imponer castigos al acusador, a los testigos y aun a los jueces.

Por tales medios, Cleandro, en el término de tres años, atesoró más riquezas que las que jamás poseyera un liberto.[280] El emperador, colmadamente satisfecho con los grandiosos regalos que el palaciego oportunamente rendía a sus plantas, gustaba de que, para embotar los filos de la envidia, en su nombre construyese baños, pórticos y anfiteatros para el recreo del pueblo.[281] Se persuadía de que los romanos, gozosos con esta aparente liberalidad, no prestarían atención a las sangrientas ejecuciones que constantemente estaban presenciando; olvidarían la muerte de Birro, senador cuyo ilustre mérito había hecho que el anterior emperador le concediese en matrimonio a una de sus hijas, y perdonarían la muerte de Arrio Antonino, último representante del nombre y las virtudes de los Antoninos. Birro, con más entereza que cordura, intentó desengañar a su cuñado acerca del verdadero carácter de Cleandro, y una ecuánime sentencia pronunciada por Arrio Antonino cuando era procónsul en Asia, contra un indigno ahijado del favorito, le acarreó la muerte.[282] Tras la caída de Perenne, durante un corto período los sobresaltos de Cómodo parecieron volverlo a la virtud. Revocó sus disposiciones más odiosas y descargó muchas críticas sobre su memoria, atribuyendo a los perniciosos consejos de aquel malvado todos los descarríos de su inexperta juventud. Pero su arrepentimiento duró un mes, y bajo la tiranía de Cleandro aún se solía suspirar por el gobierno de Perenne.

El hambre y la peste colmaron la medida de las calamidades de Roma.[283] La peste podía atribuirse a un merecido enojo de los dioses, pero se consideró que el hambre fue causada por el monopolio de los granos, efectuado con el apoyo de los recursos y el poder del ministro. El descontento popular, que al principio se limitaba a algunos murmullos, estalló más tarde en el

concurrido circo. El pueblo cambió su recreo predilecto por el más halagüeño deleite de la venganza; se lanzó a raudales sobre el palacio de un suburbio, y desaforada y rabiosamente pidió la cabeza del enemigo público. Cleandro mandaba la guardia pretoriana,[284] y dispuso que un cuerpo de caballería embistiese y dispersase a la sediciosa muchedumbre, que huyó atropelladamente a la ciudad. La multitud fue mortalmente arrollada, y quedaron muchos cadáveres; pero cuando la caballería entró en las calles fue interceptada por una incesante descarga de piedras y flechas que provenían de los techos y las ventanas de las casas. La guardia de infantería,[285] envidiosa de antemano de los privilegios y el engreimiento de los pretorianos de a caballo, apadrinó al pueblo, y entonces el alboroto se convirtió en una formal refriega, que amenazó con efectuar enormes estragos. Los pretorianos, abrumados por el gentío, finalmente cejaron, y la oleada popular se disparó rabiosamente contra las puertas del palacio, donde Cómodo yacía sumergido en deleites y ajeno a la guerra civil, pues todo aviso infausto era mortal para el portador. Habría fenecido en el abandono de su confianza, si dos mujeres, Fadila, su hermana mayor, y Marcia, la predilecta de sus mancebas, no se hubieran precipitado hasta su presencia. Llorosas y desgreñadas se postraron a sus plantas y, con la entrañable elocuencia de sus temores, comunicaron al emperador los atentados de su ministro, la saña popular y el exterminio inmediato asestado contra su palacio y su persona. En medio de su regalado sueño, Cómodo se sobresaltó, y ordenó que se arrojase al pueblo la cabeza de Cleandro. El anhelado espectáculo aplacó de inmediato el alboroto, y el hijo de Marco aún pudo recobrar el afecto y la confianza de los súbditos.[286]

Mas en el ánimo de Cómodo ya se había extinguido todo

impulso honorable, pues, mientras entregaba las riendas del Imperio a favoritos tan indignos, lo único que lo complacía de su poder era el desenfreno que le permitía, para entregarse a su incesante sensualidad. Empleaba indolentemente sus horas en un harén de trescientas beldades y otros tantos muchachos de todas clases y provincias, y cuando se malograban los caminos de la seducción, el irracional amante recurría a la violencia. Los historiadores antiguos[287] se explayan por este campo de rematada vileza, que pisoteaba todo natural recato, pero se haría trabajoso traducir a un lenguaje moderno y decoroso sus descripciones individuales. Los intermedios de lujuria se empleaban en los pasatiempos más soeces, pues ni la influencia de una época culta ni el afán de su esmerada educación habían alcanzado para infundir en su pecho inflexible y bravío un mínimo asomo de instrucción, puesto que fue el primer emperador romano absolutamente desprovisto de afición por los recreos del entendimiento. El mismo Nerón descollaba, o aparentaba sobresalir, en las bellas artes de la música y la poesía, y no menospreciaríamos esta inclinación si no hubiera convertido los placenteros momentos de recreo en el ambicioso empeño de toda su vida. Pero Cómodo manifestó desde su niñez suma aversión por la discreta racionalidad y un extremado apego a los entretenimientos del vulgo, como los juegos del circo y el anfiteatro, y los combates de fieras y de gladiadores: oía con indiferencia a los maestros que le proporcionaba Marco, mientras que se apresuraba tras los árabes y los partos que le enseñaban a tomar el venablo y asestar la flecha, y pronto igualó a sus más hábiles instructores en la firmeza de su vista y la destreza de su mano.

La gavilla palaciega, cuya fortuna dependía de las liviandades de su dueño, vitoreaba esos rastreros ejercicios, y la

pérfida lisonja le recordaba que por hazañas de esta índole, por el vencimiento del león nemeo y por la muerte del jabalí de Erimanto, el Hércules griego se había granjeado asiento entre los dioses y memoria inmortal entre los hombres. Olvidaban reparar en que, en los primitivos tiempos de la sociedad, cuando las fieras batallan con el hombre por la posesión de un terreno baldío, la guerra venturosa contra los animales es la heroicidad más inocente y benéfica de los campeones. En la civilización del Imperio Romano, en cambio, las fieras se habían alejado de la vista del hombre y de las cercanías de las ciudades populosas, y el ir a buscarlas para llevarlas a Roma y matarlas pomposamente por mano de un emperador era empresa tan ridícula para el matador como gravosa para el pueblo.[288] Ajeno a tanto discernimiento, Cómodo se enamoró de la ilustre semejanza, y se titulaba a sí mismo, como todavía podemos leerlo en sus monedas,[289] el *Hércules romano*. La maza y la piel del león fueron colocadas junto al trono, entre las insignias del poder, y se erigieron estatuas que representaban a Cómodo con la estampa y los atributos de aquel dios, al cual a toda hora se empeñaba en imitar, en valor y destreza, durante sus feroces entretenimientos.[290]

Ensoberbecido a causa de estos elogios, que fueron borrando todo rastro de su originaria timidez, Cómodo decidió ostentar su desempeño ante el pueblo romano, pues hasta entonces lo había restringido al recinto de su palacio y la presencia de algunos allegados. Cuando llegó el día, una incalculable muchedumbre —impulsada por el interés de halago, por sus zozobras o su curiosidad— acudió al anfiteatro, y se tributaron merecidos aplausos a la extraordinaria destreza del cazador imperial. Su tiro volaba certero, dirigido a traspasar la cabeza o el pecho del animal, y con saetas con punta de media luna

cortaba circularmente el largo y huesudo cuello del avestruz.[291] Soltaron una pantera, y el tirador esperó, acechando el trance de abalanzarse a un trémulo malhechor; voló el dardo, murió la fiera y el hombre quedó intacto. Cerca de cien leones vaciaron a un tiempo las cuevas del anfiteatro; cien flechazos de la diestra siempre certera de Cómodo los fueron tumbando, enfurecidos, en el ámbito de la plaza. No resguardaba al elefante su mole, ni su escamosa piel al rinoceronte; Etiopía y la India habían tributado sus fieras más bravías, y en el anfiteatro fenecieron animales que hasta entonces sólo se habían visto en representaciones del arte, o quizá de la fantasía.[292] En estas fiestas se tomaban esmeradamente las mayores precauciones para proteger a la persona del Hércules romano ante el desesperado arrojo de toda fiera que tal vez osara asaltar la majestad imperial y los atributos de la deidad.[293]

Sin embargo, hasta la ínfima plebe se sonrojaba con indignación al ver que su soberano alternaba con los gladiadores y se jactaba de una profesión que las leyes y las costumbres de los romanos con justicia habían calificado de infame.[294] Cómodo escogió el traje y las armas del *Secutor*, cuya lid con el *Retiarius* era uno de los pasos más sobresalientes del anfiteatro. El *Secutor* estaba armado con yelmo, espada y escudo, mientras que su antagonista, desnudo, sólo tenía una red y un tridente; con aquélla se esmeraba en asir y en enredar, y con éste, en atravesar a su enemigo. Si erraba el primer lance, tenía que huir del alcance del *Secutor*, hasta preparar su red para el nuevo arrojo.[295] El emperador peleó de esta forma setecientas treinta y cinco veces: tan ilustres proezas se anotaban puntualmente en las actas públicas del Imperio, y para que no faltase ningún requisito infamante, recibía del fondo general de los gladiadores un estipendio tan exorbitante que acarreó un nuevo e

ignominioso impuesto sobre el pueblo romano.[296] Es de suponer que el dueño del mundo siempre salía airoso de estos empeños, y aunque en el anfiteatro sus victorias no solían ser sangrientas, cuando Cómodo se ejercitaba en su palacio o en la escuela de los gladiadores, sus desafortunados antagonistas con frecuencia merecían el agasajo de una herida mortal, y debían sellar esta lisonja con su sangre.[297] Más tarde desechó el apelativo de Hércules, pues ya el nombre de Paulo, un *Secutor* de nombradía, era el único que le halagaba el oído. Fue inscripto en sus colosales estatuas y repetido en las redobladas aclamaciones[298] del adulador y afligido Senado.[299] Claudio Pompeyano, el virtuoso marido de Lucila, fue el único senador que afirmó el honor de su jerarquía. Se avino, como padre, a que sus hijos atendiesen a su resguardo, asistiendo al anfiteatro, pero como romano declaró que su vida estaba en manos del emperador, mas que nunca vería al hijo de Marco prostituyendo a su persona y su dignidad. Sin embargo, Pompeyano se liberó del encono del tirano, y tuvo la buena fortuna de conservar, junto con la vida, intacto su honor.[300]

Cómodo alcanzó entonces el punto máximo de la afrenta y del desenfreno, y a pesar de las aclamaciones de su aduladora corte, no podía ocultarse a sí mismo el odio y menosprecio en que yacía para con todos los sujetos sensatos y virtuosos del Imperio. Su ánimo se enconó aún más con la conciencia de aquel aborrecimiento, la roedora envidia de toda clase de mérito, sus fundados temores y el hábito de la matanza, que ponía en práctica en sus entretenimientos cotidianos. La historia conserva una extensa lista de senadores consulares sacrificados a sus arbitrarios recelos, que escudriñaban afanosamente a los desventurados deudos, aunque fueran remotos, de la familia de los Antoninos, sin exceptuar a los mismos ministros de sus

maldades y deleites,[301] y esta crueldad finalmente se desplomó sobre su propia cabeza. Había derramado impunemente la sangre más esclarecida de Roma, y pereció apenas se hizo temible para sus íntimos. Marcia, su concubina predilecta, Eclecto, su camarero, y Leto, prefecto pretoriano, asustados por el final de los demás, acordaron eludir el exterminio que pendía sobre sus cabezas ya a causa del frenesí del tirano, ya de la ira repentina del pueblo. Marcia logró la situación de brindar una copa de vino a su amante, cuando éste volvía, cansado, de la caza de varias fieras. Cómodo se adormeció en sus aposentos, y mientras lidiaba con los efectos del veneno y de la embriaguez, un joven robusto, luchador de profesión, entró y lo ahogó sin encontrar resistencia. Sacaron en secreto el cadáver del palacio, antes que en la ciudad, ni aun en la corte, asomase la más leve sospecha de la muerte del emperador. Éste fue el destino del hijo de Marco, y tan fácil resultó acabar con un aborrecido tirano que con la maquinaria de su poder había acosado, durante trece años, a tantos millones de súbditos, cada uno de los cuales se igualaba con su señor en fuerza y desempeño.[302]

Los conspiradores atendieron a sus disposiciones con toda la rapidez y la eficacia que la situación requería, y acordaron colocar en el solio vacante a un emperador cuyas virtudes sincerasen y disculpasen la osadía. Se fijaron en Pértinax, prefecto de la ciudad, senador consular cuyos ilustres méritos lo habían liberado de la estrechez de su nacimiento. Pértinax gobernó sucesivamente varias provincias del Imperio, y en todos sus altos empleos, militares y civiles, invariablemente había sobresalido por la entereza, la cordura y la rectitud de su conducta.[303] Quedaba él solo de los allegados y ministros de Marco, y cuando lo despertaron a deshora con la novedad de que el camarero y el prefecto se encontraban en su umbral, se

adelantó a recibirlos con valerosa resignación y les encomendó que ejecutasen las órdenes de su dueño. En vez de la muerte le brindaron el trono del mundo romano, y aunque al principio desconfió de sus intenciones y pretextos, convencido por fin de la muerte de Cómodo, aceptó la púrpura con sinceros reparos, que eran natural efecto de su pleno conocimiento de las obligaciones y las contingencias de la suprema jerarquía.[304]

De inmediato, Leto condujo al nuevo emperador al campamento de los pretorianos, al tiempo que por toda la ciudad hacía correr la noticia de que Cómodo había muerto repentinamente de una apoplejía y el virtuoso Pértinax había asumido el poder. La guardia quedó más asombrada que satisfecha con la muerte de un príncipe cuya indulgencia y generosidad era la única que había disfrutado, pero la dificultad de la situación, la autoridad del prefecto, el prestigio de Pértinax y los clamores del pueblo la obligaron a encubrir su disgusto, a aceptar el donativo prometido por el nuevo emperador, a prestarle juramento y a acompañarlo, con laureles y alborozadas aclamaciones, hasta el consistorio del Senado, para que la autoridad civil ratificara el beneplácito de la milicia.

Ya terminaba tan memorable noche, y al amanecer, con el comienzo de un nuevo año, los senadores esperaban el aviso para asistir a una ceremonia afrentosa, pues desatendiendo todas las reconvenciones, aun las de quienes todavía abrigaban asomos de cordura y decoro, Cómodo había dispuesto pasar la noche en la escuela de gladiadores y desde allí tomar posesión del consulado, con el traje y con la comitiva de tan infame multitud. Al amanecer, repentinamente se convocó al Senado en el templo de la concordia para que se encontrara con la guardia y revalidara el nombramiento del nuevo emperador. Los senadores, suspensos y mudos por un rato, desconfiaron de su

inesperada deliberación, considerándola un cruel artificio de Cómodo, pero, finalmente desengañados, se explayaron en ímpetus de ira y regocijo. Pértinax primero dejó en claro su origen humilde y señaló a varios senadores aventajados, mucho más merecedores del Imperio, pero tuvo que ceder a la violencia reverente ascendiendo al trono y recibió los títulos del poder imperial, corroborados con sinceros votos de lealtad. La memoria de Cómodo se manchó con infamia eterna, y en todos los ámbitos del consistorio resonaron los apelativos de tirano, gladiador y enemigo público. Alborotadamente decretaron que se tumbasen sus honores, se borrasen sus títulos en todos los monumentos, se derribasen sus estatuas y se arrastrase con garfios su cadáver hasta el vestuario de los gladiadores para saciar la furia general, y aun hubo muestras de enojo contra la oficiosidad de algunos sirvientes que se arrojaron a ocultar sus reliquias a la justicia del Senado. Mas no cupo en Pértinax el denegar las exequias, por la memoria de Marco y las lágrimas de su primer favorecedor, Claudio Pompeyano, que se condolía de la cruel suerte de su cuñado y sentía mucho más el que la hubiera merecido.[305]

Estos arrebatos de descomedida saña contra un emperador ya difunto a quien el Senado había endiosado tan vendidamente acreditaban impulsos de justa pero indecorosa venganza; sin embargo, la legalidad de estos decretos se apoyaba en los principios de la constitución imperial. El amonestar, deponer y castigar con la muerte al primer magistrado de la República, si abusaba de la confianza pública, fue antigua e innegable prerrogativa del Senado romano,[306] pero ese cuerpo apocado tenía que contentarse con imponer al tirano ya derribado aquella justicia ejemplar, contra la cual durante su reinado se había escudado con el despotismo militar.

Para desacreditar a su antecesor, Pértinax tuvo una conducta más hidalga. El día de su ascenso al trono, cedió a su esposa y a su hijo la totalidad de sus haberes privados, a fin de imposibilitarles pretextos para valerse de los fondos del Estado. Se negó a lisonjear la vanidad de su consorte con el título de Augusta, y de corromper al bisoño muchacho con la jerarquía de César. Deslindando esmeradamente el desempeño de padre y el de soberano, educó al hijo con austera sencillez, lo cual, aunque no le aseguraba la sucesión del padre, podía habilitarlo para merecerla. Afable y formal en público, Pértinax alternaba con los senadores beneméritos, puesto que, siendo compañero de ellos, se había enterado de las propiedades de cada uno, sin celos ni engreimientos; los trataba como amigos y camaradas, con quienes había atravesado las angustias de la tiranía y anhelaba disfrutar del presente desahogo. Solía convidarlos familiarmente a su mesa, cuya frugalidad era el blanco de los escarnecedores, que recordaban y echaban de menos la lujosa abundancia de Cómodo.[307]

Pértinax se esforzaba, de forma tenaz aunque desconsolada, por sanar en todo lo posible las llagas causadas por el desenfreno de la tiranía. Las víctimas inocentes que conservaban la vida dejaron el destierro o la mazmorra para disfrutar holgadamente de todas las riquezas y honores de los que las habían despojado. Los cadáveres insepultos de senadores sacrificados (pues la crueldad de Cómodo se extremaba hasta más allá de la muerte) se colocaron en los sepulcros de sus antepasados; se redimió su memoria y se consoló eficazmente a las angustiadas y empobrecidas familias. Entre tantos alivios, el más halagüeño fue el castigo de los delatores, enemigos jurados de su dueño, de la virtud y de la patria. Pero, aun en las pesquisas contra aquellos asesinos legales, Pértinax procedía con miramiento y

entereza, atenido siempre a la equidad y desentendiéndose de vulgaridades y enconos populares.

La hacienda del Estado requería de todo el ahínco del emperador. Aunque se tomaran medidas para atropellar y desangrar a los súbditos a fin de colmar el erario, todas las rapiñas de Cómodo habían sido tan desproporcionadas a sus extravagancias, que a su muerte su tesoro consistía en sólo ocho mil libras[308] para acudir a los desembolsos diarios y completar el considerable y urgente donativo que el emperador tuvo que ofrecer a la guardia pretoriana. Pero aun en la estrechez de estos apuros, Pértinax mostró la gallarda entereza de revocar todos los impuestos opresores ideados por Cómodo y anular las demandas indebidas al erario; por medio de un decreto del Senado declaró que «prefería regir una república menesterosa con honradez que atesorar caudales por medio de deshonrosos abusos».

Consideraba que la verdadera y más valiosa fuente de riquezas era una economía industriosa, con la cual muy pronto logró costear las urgencias públicas. De inmediato redujo los gastos palaciegos a la mitad y subastó todos los artículos de lujo,[309] como plata labrada, oro, carruajes, superfluidades de seda bordada y un gran número de bellos niños de ambos sexos, exceptuando con solícita humanidad a los nacidos libres, que fueron devueltos a sus llorosos padres. A medida que obligaba a los antiguos favoritos del tirano a reintegrar parte de sus viles usurpaciones, iba pagando a los legítimos acreedores del Estado, y satisfizo inesperadamente los atrasos de dignos y casi olvidados servicios. Eliminó las violentas trabas que sufría el comercio y franqueó todas las tierras no cultivadas de Italia y las provincias a cuantos quisiesen mejorarlas, liberándolos de tributos por el término de diez años.[310]

Este inalterable sistema le otorgó a Pértinax el más

grandioso premio que puede caber a un soberano: el aprecio entrañable de su pueblo. Quienes recordaban las excelencias de Marco quedaban embelesados por el halagüeño remedo de aquel sobrehumano original, paladeando ya las duraderas venturas de tan admirable gobernación, mas el atropellado afán de reformar un Estado estragadísimo, con menos cordura que la que correspondía a la edad y la experiencia de Pértinax, perjudicó a su persona y sus medidas, pues su ilimitado ahínco aglutinó al vulgo servil que se holgaba y enriquecía con la desorganización pública y que anteponía los obsequios de un tirano a la uniformidad justiciera de las leyes.[311]

En medio del júbilo general, el íntimo desagrado de la guardia pretoriana asomaba en sus airados y ceñudos semblantes. Molestos por tener que someterse a Pértinax y temerosos de la severidad de la antigua disciplina que se preparaba a restablecer, echaban de menos el desenfreno del reinado anterior. Fomentaba su disgusto el prefecto Leto, quien ya tarde advirtió que el nuevo emperador podía premiar a un sirviente, mas no se sometería a un valido. Al tercer día, los soldados aprehendieron a un noble senador, con ánimo de trasladarlo a su campamento y vestirlo con la púrpura imperial, pero, en vez de enamorarse del peligroso honor, la temerosa víctima, puesta a salvo de la tropelía, se postró a las plantas de Pértinax. Más tarde Sosío Falcon, uno de los cónsules, joven temerario[312] pero de alcurnia ilustre y opulenta, prestó oídos a los susurros de la ambición, y durante una breve ausencia de Pértinax se fraguó una conspiración que, con su pronto regreso a Roma y su decidida conducta, resultó frustrada. Falcon estaba por ser ajusticiado como enemigo público, cuando lo salvó una sincera y encarecida petición del agraviado emperador, que requería al Senado que ni aun la sangre de un senador culpable

mancillase la pureza de su púrpura.

Estos fracasos inflamaban más y más la saña de los pretorianos. El 28 de marzo, sólo ochenta y seis días después de la muerte de Cómodo, en el campamento estalló una sedición que los oficiales no lograron o no desearon refrenar. Hacia el mediodía, entre doscientos y trescientos soldados frenéticos marcharon con armas en las manos y desesperación en sus rostros hacia el palacio imperial. Los compañeros que se hallaban de guardia les abrieron de par en par las puertas, aliados con los sirvientes de la antigua corte, conjurados ya de antemano contra la vida del virtuoso emperador. A su asomo, Pértinax, lejos de huir o esconderse, enfrentó a los asesinos y les recordó su propia inocencia y la santidad de su reciente juramento. Al principio quedaron absortos, mudos y avergonzados de su atroz intento, y acataron la presencia venerable y la majestuosa entereza de su soberano, pero luego, desesperando del indulto, revivió su furia: un bárbaro del país de Tongres[313] asestó el primer golpe contra Pértinax y lo acabaron inmediatamente con un sinnúmero de heridas. Le cortaron la cabeza, la clavaron en una lanza y la llevaron triunfalmente al campamento, a la vista del pueblo airado y congojoso, que lamentaba el catastrófico final de un príncipe tan íntegro y la pasajera dicha de un reinado cuya memoria sólo conduciría a agravar las inminentes desventuras.[314]

V

VENTA PÚBLICA DEL IMPERIO A DIDIO JULIANO POR PARTE DE LA GUARDIA PRETORIANA - CLODIO ALBINO EN BRITANIA Y SEPTIMIO SEVERO EN PANONIA SE DECLARAN CONTRA LOS ASESINOS DE PÉRTINAX - GUERRAS CIVILES Y VICTORIA DE SEVERO SOBRE SUS TRES COMPETIDORES - RELAJACIÓN DE LA DISCIPLINA - NUEVAS MÁXIMAS DE GOBIERNO

El poderío de la espada es más arrollador en los ámbitos de una gran monarquía que en las estrecheces de un Estado reducido. Los más consumados estadistas consideran que en ninguna potencia se puede mantener en el ocio de las armas, sin quebranto, a más de la centésima parte de la población. Por más reducida que sea esta proporción, la influencia del ejército sobre la sociedad entera siempre ha de variar según el grado de su fuerza efectiva. No descollarán la ciencia y la disciplina militar sin una adecuada porción de tropa reunida en un cuerpo y vivificada por una sola alma. Una escuadra escasa es ineficaz; un ejército exagerado no es viable, y el alcance de la maquinaria se frustra igualmente ya sea por la suma pequeñez o por la excesiva mole de sus piezas. Para confirmar esta verdad, bastará advertir que no es posible una superioridad natural de bríos, armas o destreza que habilite a un individuo a avasallar a un centenar de hombres; el tirano de un solo pueblo o de un distrito reducido puede advertir que cien secuaces armados no lo escudarán contra diez mil campesinos o ciudadanos, pero cien mil veteranos enseñorearán despóticamente a diez millones de

súbditos, y un cuerpo de diez mil o quince mil guardias llenará de pavor a la más numerosa muchedumbre que se haya agolpado jamás en las calles de una capital inmensa.

La guardia pretoriana, cuya desenfrenada insolencia fue el primer síntoma de la decadencia del Imperio Romano —y que ascendía apenas a la última cifra citada—[315] fue creada por el sagaz Augusto. Este astuto tirano, que sabía que las leyes podían disimular, mas sólo cabía a las armas afianzar su predominio, fue habilitando a aquel poderoso cuerpo para resguardarse a toda hora, avasallar al Senado y evitar o abatir el primer asomo de rebeldía. A esta predilecta tropa la distinguió con paga doble y notables privilegios, pero, como su formidable presencia podía intimidar y enconar al pueblo romano, sólo tres cohortes permanecían en la capital, mientras que las demás estaban repartidas en pueblos cercanos de Italia.[316] Pero, después de medio siglo de paz y servidumbre, Tiberio aventuró una resolución terminante que aseguró para siempre los grillos de su patria. Con el pretexto de aliviar a Italia del pesado gravamen de los cuarteles militares, reunió a las cohortes en campamento[317] permanente en Roma, las sometió a una disciplina cada vez más severa y les dio una posición dominante y fortificada con esmero.[318], [319]

Esos formidables sirvientes se hacen necesarios, pero también suelen ser fatales para el trono del despotismo. Con la introducción de la guardia pretoriana casi hasta el mismo palacio y el Senado, los emperadores le enseñaron a conocer su propia fuerza y la flaqueza del gobierno civil, y le proporcionaron la ocasión de observar con familiaridad y menosprecio los vicios de sus dueños y de desdeñar el respeto que sólo la distancia y el encubrimiento pueden conservar respecto de un poderío imaginario. En la ociosa amenidad de

una ciudad opulenta, su engreimiento era alimentado por su irresistible influencia, y no era posible ocultarle que la persona del soberano, la autoridad del Senado, el erario y el solio del Imperio estaban en sus manos. Para apartar a los pretorianos de tan peligrosas reflexiones, hasta los príncipes más briosos y arraigados tenían que salpicar sus mandatos con halagos y los castigos con galardones; halagar su soberbia, permitirles distracciones, pasar por alto sus abusos y comprar su mudable afecto con cuantiosos donativos, que desde el advenimiento de Claudio quedaron como un derecho legal en la asunción de todo nuevo emperador.[320]

Los partidarios de la guardia se esmeraban en justificar con razones su poderío fundado en las armas, afirmando que, según los más puros principios de la constitución, su beneplácito era un requisito indispensable para el nombramiento de un emperador. Aun la elección de cónsules, generales y magistrados, por más que estuviese recién usurpada por el Senado, era un antiguo e indudable derecho del pueblo romano.[321] ¿Pero dónde se hallaba el pueblo romano? No estaba, en verdad, entre la confusa muchedumbre de esclavos y forasteros que abundaba en las calles de Roma, chusma servil, tan cobarde como menesterosa. Los defensores del Estado, extraídos de la flor de la juventud italiana,[322] labrada con el ejercicio de las armas y de la virtud, eran los verdaderos representantes del pueblo y los más merecedores de encumbrar al jefe de la República. Estas afirmaciones, aunque de deficiente razonamiento, se hicieron incontrastables cuando los altaneros pretorianos las corroboraron cargando, como aquel bárbaro conquistador de Roma, la balanza con sus espadas.[323]

Los pretorianos habían mancillado la santidad del trono con el atroz asesinato de Pértinax, y con su conducta inmediata

afrentaron toda su majestad. El campamento carecía de caudillo, pues aun el prefecto Leto, instigador de la tormenta, cuerdamente había soslayado la ira general. En medio de ese desorden, Sulpiciano, suegro del emperador y gobernador de la ciudad, que había sido enviado al campamento al comenzar el alboroto, forcejeaba por refrenar los arrebatos de la multitud, pero enmudeció cuando regresó la vocinglera turba de los asesinos, enarbolando en su lanza la cabeza de Pértinax.

Por más que la historia nos tenga ya acostumbrados a que se ceda todo principio y todo afecto a los impulsos de la ambición, cuesta creer que Sulpiciano aspirase a sentarse en un solio todavía empapado en la sangre de un pariente tan cercano y príncipe tan cabal. Había ya apelado a la única razón eficaz, y estaba negociando por la jerarquía imperial, mas los prohombres de los pretorianos, temerosos de que en el particular convenio no se otorgase la suma adecuada a tan grandiosa alhaja, se asomaron atropelladamente al vallado, y con gritos anunciaron que el mundo romano estaba en venta, y se entregaría en pública subasta al mejor postor.[324]

Esta deshonrosa oferta, este insolente desenfreno militar, causó general vergüenza, ira y quebranto en toda la ciudad. Llega finalmente a oídos de Didio Juliano, senador acaudalado que, desatendiendo las catástrofes nacionales, se estaba regalando en la abundancia de su mesa.[325] Esposa e hijos, libertos y parásitos le aseguran que es merecedor de la corona y le predican repetidamente que asegure tan envidiable oportunidad. El vanidoso anciano corre al campamento (28 de marzo de 193), donde Sulpiciano aún estaba pactando con la guardia, y desde el pie de la valla se constituye en su contrincante. Iban y venían afanosamente emisarios con las ofertas recíprocas, y Sulpiciano ya había pujado hasta cinco mil

dracmas para cada soldado, cuando Juliano, anhelante tras la presa, subió de una vez la suma hasta seis mil doscientos cincuenta dracmas. Las puertas del campamento se le abren de par en par al comprador, lo proclaman soberano, los soldados prestan juramento, y Juliano demuestra humanidad suficiente para estipular el perdón y el olvido de la competencia de Sulpiciano.

Los pretorianos ya se esmeran por cumplir las condiciones del contrato; colocan al nuevo emperador, a quien obedecen y menosprecian, en el centro de sus filas, lo rodean con sus escudos y lo acompañan en rigurosa formación de batalla por las desamparadas calles de la ciudad. Se ordenó al Senado que acudiese, y tanto los más íntimos de Pértinax como los enemigos personales de Juliano tuvieron que aparentar extremado júbilo por tan venturosa revolución.[326] Después de llenar la casa senatorial con soldados armados, se explayó acerca de la libertad de su elección, de sus eminentes virtudes y de su convencimiento del afecto del Senado. Éste prorrumpió en manifestaciones de alegría, tanto por su propio logro como por el de la República, comprometió su fidelidad y le confirió todos las ramas de la potestad imperial.[327] Con idéntica pompa, Juliano se aposentó en el palacio, donde se encontró, ante todo, con el cadáver abandonado de Pértinax y los sobrios manjares dispuestos para su comida, y mirando lo primero con indiferencia y lo segundo con menosprecio, mandó aderezar un espléndido banquete, y luego se entretuvo hasta muy tarde con los dados y con las gracias de Pílades, un bailarín de renombre. Se advirtió, sin embargo, que una vez retirado el tropel de aduladores, cuando quedó en la soledad con sus amargas reflexiones, sin duda estuvo recapacitando acerca de su temerario arrebato, así como sobre el final de su virtuoso

antecesor y la incierta y arriesgada posesión de todo un Imperio, que no había ganado por sus méritos sino por medio de su riqueza.[328]

Tenía motivos para estremecerse: en el trono del orbe carecía de amigos e, incluso, de allegados, y hasta la misma guardia tomaba distancia de un príncipe que su propia codicia le había obligado a aceptar, y no existía un solo ciudadano que no se horrorizase de su elevación, considerándola el último baldón del nombre romano. La nobleza, cuya visible jerarquía y grandiosas posesiones requerían suma cautela, encubría sus impulsos, y correspondía al risueño emperador con muestras de agrado y declaraciones de lealtad, mas el pueblo, resguardado por su gran número y su opacidad, hacía manifiesto su apasionamiento. Por las calles y las plazas de Roma resonaban los clamores y las imprecaciones, y la plebe, rencorosa, insultaba a Juliano, rechazaba sus agasajos y, persuadida del desvalimiento de su enojo, llamaba a las legiones fronterizas para que desagraviasen semejante mancha de la majestad del Imperio Romano.

El disgusto general se extendió desde el centro hacia los confines del Imperio. Los ejércitos de Britania, Siria e Iliria se lamentaban de la muerte de Pértinax, con quien y a cuyas órdenes tan repetidamente habían peleado y vencido. Recibieron con asombro, ira y tal vez envidia la noticia inaudita de que los pretorianos habían vendido el Imperio en subasta pública, y adustamente se negaron a revalidar tan afrentoso contrato. Su inmediata y unánime rebeldía fue peligrosa para Juliano, pero no lo fue menos para la tranquilidad pública, puesto que los jefes de sus huestes, Clodio Albino, Pescenio Níger y Septimio Severo, anhelaban aún más ansiosamente suceder al asesinado Pértinax que vengarlo. Sus fuerzas eran

similares, pues cada uno capitaneaba tres legiones[329] con un numeroso acompañamiento de auxiliares, y, aunque sus cualidades eran diferentes, todos ellos eran militares de experiencia y notable desempeño.

Clodio Albino, gobernador de Britania, aventajaba a sus competidores por el esplendor de su cuna, que entroncaba con los más esclarecidos nombres de la antigua República,[330] pero la rama de sus ascendientes había perdido mucho mérito al trasladarse a una provincia remota. Es difícil llegar a conocer cabalmente su carácter, pues lo acusaban de que, bajo la capa de su austeridad filosófica, abrigaba las más bastardas torpezas humanas,[331] pero sus acusadores eran unos escritores venales que se hallaban rendidos ante el encumbramiento de Severo y aplastaban las cenizas de un competidor desventurado. La virtud, o por lo menos su apariencia, hizo a Albino merecedor de la intimidad y de un favorable concepto de Marco, y el haber conservado con el hijo el idéntico aprecio que se había granjeado con el padre demuestra por lo menos un temperamento sumamente conciliatorio. La confianza con un tirano no siempre supone carencia de mérito, pues cabe que aquél favorezca a ciegas a un sujeto virtuoso o que lo considere adecuado a sus intenciones. No parece que Albino se constituyese en ministro de crueldades, ni que estuviera relacionado con los deleites del hijo de Marco. Cuando se encontraba empleado en un honorífico y remoto mando, recibió una carta confidencial del emperador que le comunicaba las desleales intenciones de algunos generales descontentos, y lo autorizaba a declararse guardián y sucesor del trono, con el título y los atributos de César.[332] El gobernador de Britania, juiciosamente, se desentendió del arriesgado ensalzamiento que lo habría mostrado como blanco de celos, o lo habría arrastrado

en la ya iniciada caída de Cómodo. Aspiraba al poder por un camino más noble, o al menos más plausible. Apenas recibió la noticia de la muerte del emperador, juntó sus tropas y, con un elocuente razonamiento, deploró las desgracias inherentes al despotismo, destacó los venturosos triunfos debidos a los antepasados durante el gobierno consular y manifestó su firme determinación de devolver al Senado y el Pueblo el goce de su autoridad legal. Las legiones de Britania respondieron al popular discurso con ardorosas aclamaciones, que aun en Roma resonaron con un secreto murmullo de aplausos. Protegido por la posesión de su pequeño mundo y en el comando de un ejército que se destacaba menos por su disciplina que por su número y su valor,[333] Albino soportó las amenazas de Cómodo, conservó con Pértinax su ambigua reserva y luego se declaró rápidamente contra la usurpación de Juliano. Los trastornos de la capital reforzaron el patriotismo de sus sentimientos, o más bien de sus declaraciones, pero cierta decorosa prudencia lo inclinó a privarse de los altisonantes títulos de augusto y emperador, quizás a imitación de Galba, que en una situación similar se había titulado lugarteniente del Senado y el Pueblo.[334]

Sólo el mérito personal había elevado a Pescenio Níger desde su humilde cuna hasta el gobierno de Siria, un mando importante y lucrativo que en temporadas de guerras civiles lo acercaba al trono. Sus virtudes, sin embargo, al parecer lo habilitaban más para las gradas que para el pináculo de la soberanía. Fue un rival desproporcionado, aunque tal vez un teniente consumado, para Severo, quien luego sacó a la luz la generosidad de su pecho, adoptando varias instituciones provechosas, ideadas por un enemigo vencido.[335] Durante su gobierno, Níger se granjeó el aprecio de los soldados y el cariño de los particulares, pues su estricta disciplina fortaleció el tesón y

corroboró la obediencia de los primeros, al paso que los voluptuosos sirios se complacían menos con la graciable entereza de su desempeño que con las muestras de afabilidad de sus modales y la complacencia con que asistía a sus frecuentes y pomposos festivales.[336] Al enterarse Antioquía del atroz asesinato de Pértinax, toda Asia propuso a Níger que vistiese la púrpura imperial y vengase su muerte. Las legiones del confín oriental le prestaron juramento; las provincias, opulentas pero desarmadas, que se extendían desde las fronteras de Etiopía[337] hasta el Adriático se sometieron gustosas a su poderío, y recibió la aprobación de los reyes allende el Tigris y el Éufrates, junto con su homenaje y sus servicios. Tan repentina felicidad no cabía en el pecho de Níger; se complacía de que iba a lograr su encumbramiento sin competencias ni derramamiento de sangre civil, y al saborear el insustancial boato del triunfo descuidaba su afianzamiento en la carrera de la victoria. En lugar de entablar negociaciones eficaces con los poderosos ejércitos de Occidente, cuyo impulso decidiría, o al menos podría equilibrar, la grandiosa competencia, y de dirigirse sin demora hacia Roma o Italia, donde se ansiaba su presencia,[338] Níger malogró en los lujos de Antioquía esos momentos irrecuperables que fueron diligentemente aprovechados por la denodada actividad de Severo.[339]

La tierra de Panonia y Dalmacia, que se extendía entre el Danubio y el Adriático, constituyó una de las últimas y más arduas conquistas de los romanos. Para defender su independencia nacional, una vez se presentaron en el campo de batalla doscientos mil de aquellos bárbaros; sobresaltaron a Augusto ya en sus últimos años, y ejercitaron la desvelada prudencia de Tiberio al frente de las fuerzas conjuntas del Imperio,[340] pero finalmente los panonios tuvieron que rendirse

ante las armas y la maestría de los romanos. Ya hemos relatado su reciente avasallamiento, su vecindad e, incluso, su mezcla con las tribus independientes. Quizá también el clima, adecuado para engrandecer los cuerpos y menguar los intelectos,[341] contribuía a hacerles conservar su ferocidad primitiva, y aun cuando ya se habían rendido y estaban sometidos a la uniformidad de las provincias romanas, se manifestaba su temple nativo. Su belicosa juventud suministraba un incesante raudal de reclutas a las legiones establecidas en las márgenes del Danubio, las cuales, por su siempre encarnizada guerra con germanos y sármatas, fundadamente se consideraban las más valerosas.

A la sazón, el ejército de Panonia estaba comandado por Septimio Severo, natural de África, que en la gradual carrera de sus honrosos ascensos encubría su descomedida ambición, sin que deleitosos halagos, temores ni impulsos de humanidad lo desviasen un punto de su denodado rumbo.[342] Al enterarse de la muerte de Pértinax, reunió a su tropa, le efectuó un vivo retrato de la atrocidad, la insolencia y la flaqueza de la guardia pretoriana, y enardeció a las legiones tras la marcha, la refriega y la venganza. Concluyó con un eficaz epílogo, ofreciendo hasta cuatrocientas libras a cada soldado, donativo honorífico que duplicaba el del afrentoso cohecho con que Juliano había comprado el Imperio.[343] El ejército lo vitoreó con vehemencia, llamándolo Augusto, Pértinax y emperador, y de esta manera Severo (13 de abril de 193) trepó a la cumbre que le habían prometido sus anhelos y una larguísima serie de sueños y agüeros, fecundo producto de la superstición o del ardid.[344]

El nuevo candidato al poder advirtió y aprovechó su aventajada situación. Su provincia se extendía hasta los Alpes Julianos, que le daban un fácil acceso a Italia, y recordó el dicho

de Augusto acerca de que en diez días un ejército de Panonia podía muy bien llegar a Roma.[345] Con la velocidad adecuada a tan grandiosa empresa, podía razonablemente esperar la venganza de Pértinax, el castigo de Juliano y el acatamiento del Senado y el Pueblo como legítimo emperador, antes que sus competidores, separados de Italia por un inmenso trayecto por mar y por tierra, se enteraran de sus progresos y de su elección. En su precipitada expedición, apenas se avenía a dar una corta pausa para el sueño o la comida, marchando a pie y completamente armado al frente de las columnas, internándose en el ánimo de la tropa y cautivando su afecto, avivando su diligencia, entonando su denuedo, infundiendo esperanza a sus anhelos, mostrándose colmadamente satisfecho de atravesar las mismas penurias que el soldado, mientras se estaba ya gozando en la superioridad de su recompensa.

El afligido Juliano creía lidiar con el gobernador de Siria por el Imperio, y se consideraba dispuesto a intentarlo, pero cuando se presentaron las invencibles legiones panónicas, vio que su ruina era inevitable. Los mensajeros que atropelladamente le iban llegando redoblaban más y más sus zozobras: le comunicaron de inmediato que Severo había cruzado los Alpes y que las ciudades de Italia, desinteresadas o incapaces de detenerlo, lo recibían con grandes muestras de sumisión y regocijo; que la importantísima plaza de Ravena se le había entregado sin resistencia, y que la escuadra del Adriático se hallaba en manos del vencedor. El enemigo ya estaba a doscientas cincuenta millas [402 km] de Roma, y en cada instante reducía precipitadamente el ya escaso tiempo de vida y poder de Juliano.

Sin embargo, intentó evitar, o al menos postergar, su exterminio. Acudió a la venal tenacidad de los pretorianos, llenó

la ciudad de inútiles preparativos para la guerra, atrincheró los alrededores y aun reforzó las fortificaciones de su palacio, como si esas postreras defensas se pudieran sostener, desesperanzado de recibir auxilios para luchar contra un invasor victorioso. El miedo y la vergüenza impidieron que la guardia desamparase sus banderas, pero se estremecía al nombre de las legiones panónicas, comandadas por un general veterano habituado a vencer a los bárbaros del helado Danubio.[346] Se apartaban, pesarosos, del regalo de baños y teatros, para revestirse de armas que no estaban acostumbrados a manejar y cuyo peso los abrumaba. Los bravíos elefantes, cuyo aspecto monstruoso se esperaba que aterrase al ejército del Norte, tumbaron a sus torpes jinetes, y las desatinadas maniobras de los marineros sacados de la escuadra de Miseno servían de mofa para la plebe, mientras el Senado se complacía interiormente con la angustia y la debilidad de Juliano.[347]

Todos los pasos del emperador hacían manifiesta su trémula incertidumbre: insistía en que el Senado declarase enemigo público a Severo, y a la vez le rogaba a este último que se asociase al Imperio; le enviaba negociadores consulares, y asesinos ocultos para quitarle la vida. Proponía que las vestales y todo el sacerdocio colegiado, llevando en hábitos de ceremonia las sagradas prendas de la religión romana, salieran solemnemente en procesión al encuentro de las legiones, y al mismo tiempo, en su desvarío, consultaba y aplacaba a los hados con mágicas ceremonias y sacrificios indebidos.[348]

Ajeno a toda aprensión hacia las armas o los hechizos de Juliano, Severo sólo se cuidaba de conspiraciones encubiertas, con la leal escolta de seiscientos hombres selectos, que ni de día ni de noche, durante toda la marcha, se apartaban de su lado ni se desprendían de sus corazas. Con marcha veloz y denodada

atravesó sin tropiezos los desfiladeros de los Apeninos, fue incorporando a su ejército la tropa y los embajadores que debían entorpecer sus avances e hizo un breve alto en Interamnia, a poco más de setenta millas [112,65 km] de Roma. Quedaba ya afianzada su victoria, mas la desesperación de los pretorianos podía hacerla sangrienta, y Severo abrigaba el digno anhelo de acceder al trono sin desenvainar la espada.[349] Sus emisarios, dispersos en la capital, aseguraban a la guardia que, si entregaban a su indigno caudillo y a los asesinos de Pértinax a la justicia del conquistador, el triste evento no se consideraría una obra de todo el cuerpo. Los desleales pretorianos, cuya resistencia sólo estribaba en una tenacidad bravía, se rindieron satisfechos a tan obvias condiciones, prendieron a la mayoría de los asesinos y manifestaron al Senado que se desentendían de la causa de Juliano. Convocado por el cónsul, el Senado reconoció unánimemente a Severo como legítimo emperador, decretó los honores divinos a Pértinax y pronunció sentencia de muerte contra su desventurado sucesor. Conducido éste a una estancia particular en los baños del palacio, fue degollado como un reo vulgar (el 2 de junio de 193), tras haber comprado con un tesoro inmenso un pasajero y angustioso reinado, que sólo duró sesenta y seis días.[350] La casi increíble expedición de Severo, que en tan corto plazo acaudilló a un grandioso ejército desde las orillas del Danubio hasta las del Tíber, demuestra tanto la abundancia de provisiones proporcionadas por la labranza y el comercio como la proporción de carreteras, la disciplina de las legiones y el temple débil y sumiso de las provincias.[351]

Dos intentos embargaron de inmediato los desvelos de Severo, hijo el uno de su política, y el otro del decoro: la venganza y los honores debidos a la memoria de Pértinax. Antes de su entrada en Roma, expidió un mandato a los pretorianos

para que esperasen su llegada en una extensa llanura, junto a la ciudad, sin armas pero en traje de ceremonia, según solían acompañar al soberano. Obedeció la altanera tropa, cuyo pesar se originaba en su justificado temor. Acorralados por una porción del ejército ilirio que les apuntaba con sus venablos, imposibilitados tanto de huir como de pelear, muda y desconsoladamente esperaban su sentencia. Sube Severo al tribunal, les critica adustamente su cobarde traición, los arroja con deshonra de la profesión que habían mancillado, los despoja de sus lujosas ropas y los destierra, con la amenaza de la pena de muerte, a una distancia de cien millas [161 km] de la capital. Entre tanto, se había elegido otro cuerpo para apoderarse de sus armas, ocupar su campamento y precaver las atropelladas consecuencias de algún acto desesperado.[352]

Luego se efectuaron solemnemente y con enlutada magnificencia las exequias y la consagración de Pértinax,[353] y el Senado, melancólico y afectuoso, tributó sus postreras demostraciones a ese príncipe tan íntegro a quien había amado y aún lloraba. No era sin duda tan entrañable el duelo del sucesor, pues si bien apreciaba las excelencias de Pértinax, estas mismas lo hubieran arrinconado en su privada jerarquía. Severo pronunció su oración fúnebre con estudiada elocuencia, complacencia interior y tristeza bien aparentada, y con este esmerado aprecio de su memoria dejó convencida a la incauta muchedumbre de que sólo él era digno de reemplazarlo. Consciente, no obstante, de que las armas, y no las manifestaciones exteriores, podían afianzarlo en su demanda, salió de Roma a los treinta días, y sin ufanarse de tan llana victoria, se preparó para enfrentar a sus más formidables rivales.

El sobresaliente desempeño y el éxito de Severo inclinaron a un elegante historiador a parangonarlo con el primero y el

mayor de los Césares.[354] Este paralelismo es al menos imperfecto, pues no se manifiestan entre las cualidades de Severo el alma arrolladora, la clemencia rebosante y el grandioso numen que hermanaba el amor al placer con el afán de conocimiento y con la ambición.[355] Cabe, sin embargo, cierto asomo de semejanza: la velocidad de los movimientos y la victoria civil. En menos de cuatro años (193-197),[356] Severo sometió las riquezas de Oriente y el valor de Occidente, derrotó a dos competidores de habilidad y prestigio, y venció a fuertes ejércitos, armados y disciplinados al igual que el suyo. En aquel tiempo, todos los generales romanos poseían el arte de la fortificación y la ciencia táctica, y la superioridad de Severo se cifraba en la maestría con que descollaba en el manejo de idénticos instrumentos. No me detendré a detallar sus operaciones militares, pero como ambas guerras civiles contra Níger y contra Albino fueron casi idénticas en su disposición, sus acontecimientos y sus consecuencias, voy a concretar como en un mapa las más notorias y características particularidades para retratar la índole del vencedor y el estado del Imperio.

La hipocresía y la falsedad, por más impropias que aparezcan en una jerarquía encumbrada, nos lastiman con menos visos de ruindad que cuando se las encuentra en los intercambios de la vida privada. En esta última acreditan cobardía, pero en la otra tan sólo manifiestan carencia de poder, y como no es posible, aun para el estadista más consumado, avasallar a millones de seguidores y enemigos con sus fuerzas personales, el mundo al parecer le ha franqueado, con el nombre de política, suma tolerancia de maña y disimulo. Pero las artimañas de Severo no se justifican, ni siquiera con las mayores libertades permitidas por la razón de Estado. Prometía para engañar, lisonjeaba para destruir, y, por más que se comprometiera con juramentos y

tratados, su conciencia sometida al interés siempre se avenía a liberarlo de sus responsabilidades.[357]

Si ambos competidores, hermanados por su propio riesgo, lo hubieran atacado unificada y rápidamente, quizá Severo se habría rendido ante su superioridad. Si al mismo tiempo lo hubiesen embestido con miras y ejércitos separados, la contienda habría sido larga y dudosa, pero sucesivamente fueron presa de las armas y los ardides de su sutil enemigo, que supo aturdirlos con su alevosa moderación, y estrellarlos con la velocidad de sus avances. Embistió primero a Níger, de quien temía el poder y la reputación, pero se desentendió de toda demostración hostil, calló el nombre de su antagonista y sólo manifestó al Senado y al Pueblo su ánimo de regular a las provincias orientales. En privado hablaba de Níger como de un antiguo amigo y un sucesor ideal,[358] con aprecio y cariño, y aclamaba su afán de vengar la muerte de Pértinax, pues correspondía a todo general romano el castigar a un villano usurpador del trono, y añadía que resistir con las armas al legítimo emperador reconocido por el Senado podía convertirlo en criminal.[359] Tenía en su poder a los hijos de Níger y los de varios gobernadores de provincias, custodiados en Roma como rehenes por la lealtad de sus padres,[360] y, mientras la potestad de Níger causaba temor y aun respeto, se los iba educando con esmero juntamente con los hijos de Severo; pero luego los alcanzó el desastre paterno, y, primero con el destierro y después con la muerte, se los quitó de en medio sin compasión.[361]

Cuando Severo se vio comprometido en la guerra de Oriente, temía fundadamente que el gobernador de Britania atravesara el mar y los Alpes, se abalanzara al trono vacío del Imperio y se opusiera a su regreso con la autoridad del Senado y las fuerzas de Occidente. La inexplicable conducta de Albino al

no asumir el título imperial daba lugar a la negociación. Olvidando a un tiempo sus declaraciones de patriotismo y el afán de la soberanía, aceptó el precario título de César como galardón por su aciaga neutralidad. Hasta que se decidió la primera contienda, Severo dio mil demostraciones de aprecio a quien ya había sentenciado a muerte, y, aun en la carta en la que le comunica su victoria sobre Níger, trata a Albino de «hermano en el alma y en el Imperio», lo saluda expresivamente de parte de su consorte Julia y de su tierna prole, y lo insta a conservar los ejércitos y la República siempre fieles a su interés común. Encargó a los portadores que se acercasen cortésmente al César, le pidiesen audiencia privada y le clavasen sus dagas en el pecho.[362] Se descubrió la conspiración, y finalmente el crédulo Albino cruzó al continente y se dispuso para una contienda, ya desigual, con su competidor, que se le arrojaba con un ejército veterano y victorioso.

Los conatos militares de Severo no se corresponden, al parecer, con la importancia de sus conquistas. Dos refriegas, una junto al Helesponto y la otra en los estrechos desfiladeros de Cilicia, derribaron al competidor sirio, y las tropas europeas, como siempre, descollaron sobre los afeminados asiáticos.[363] Igual fracaso padeció Albino en la batalla de Lyon, donde pelearon alrededor de ciento cincuenta mil romanos.[364] Por cierto, el ejército de Britania se enfrentó con la aguerrida disciplina de las legiones ilíricas en reñida y dudosa contienda, y durante un lapso peligraron incluso la persona y el prestigio de Severo, hasta que su veterana maestría rehizo las tropas quebrantadas y finalmente las condujo a su victoria decisiva,[365] y en ese memorable día terminó la guerra.

Las guerras civiles de la Europa moderna se han caracterizado no sólo por el encarnizado encono de los

contendientes, sino también por su tenacísima perseverancia, y solían justificarse con algún móvil, o al menos disfrazarse con algún pretexto, de religión, independencia o lealtad. Los caudillos eran señores independientes y predominantes, sus tropas peleaban como hombres interesados en los resultados del trance, y, como el espíritu marcial y el entusiasmo partidario embargaban a toda la comunidad, el dirigente vencido luego reclutaba nuevos allegados, ansiosos todos de derramar su sangre en la misma causa. Pero los romanos, una vez derribada la República, batallaban únicamente por la elección de un caudillo, y bajo las banderas de un candidato popular para el Imperio unos pocos se alistaban por afecto, algunos por temor, muchos por interés y ninguno por principios. Las legiones, ajenas a todo partido, se cebaban con los cuantiosos donativos y con las aún más cuantiosas promesas, de modo que una derrota, al ocasionar que el caudillo no pudiera cumplir sus compromisos, ahuyentaba a sus asalariados y los dejaba dueños de salvarse, desamparando a tiempo la malograda causa. Las provincias prescindían del nombre que las regía o desangraba, al dominarlas el poderío actual y, cuando este último se estrellaba contra otro más pujante, acudían rápidamente a implorar la clemencia del vencedor, quien, para cubrir su inmensa deuda, tenía que sacrificar a la codicia de sus soldados los territorios más inculpados. En la extensa área del Imperio Romano, había pocas ciudades fortificadas capaces de amparar a una hueste derrotada, y no había individuo, familia o clase cuyo natural interés, sin el apoyo del gobierno, alcanzase a restablecer al partido perdedor.[366]

Sin embargo, en la contienda entre Níger y Severo se destaca, como una honrosa excepción, Bizancio. Al ser el principal lugar de tránsito entre Europa y Asia, encerraba una

guarnición poderosa, con 500 naves de resguardo ancladas en su puerto.[367] El ímpetu de Severo burló esa defensa ya que, después de encargar el sitio a sus generales, dominó el indefenso tránsito del Helesponto y, despreciando a enemigos menores, marchó precipitadamente en busca de su competidor. Bizancio fue embestida por una hueste numerosa y creciente, y luego por toda la fuerza naval del Imperio; sostuvo un sitio de tres años, y se mantuvo leal al nombre y la memoria de Níger. A soldados y ciudadanos (ignoramos por qué causa) los animaba igual denuedo, y varios de los principales capitanes de Níger, que no esperaban un indulto o no tenían interés por él, se arrojaron a este postrer refugio; la fortificación se consideraba inexpugnable y, en su defensa, un sobresaliente ingeniero desplegó todo el poder mecánico que conocían los antiguos.[368] Finalmente, Bizancio se rindió a causa del hambre; los magistrados y la tropa fueron degollados, se arrasaron los muros, se derogaron los privilegios y la ciudad cuyo destino era ser capital de Oriente se convirtió en una aldea abierta y acosada por la incómoda jurisdicción de Perinto. El historiador Dion Casio, que celebró a la Bizancio floreciente y lamentó su asolación, criticaba al vengativo Severo el haber privado al pueblo romano del más poderoso freno contra los bárbaros de Ponto y de Asia.[369] Los sucesos inmediatos corroboraron esta afirmación, cuando las escuadras godas cubrieron el Euxino, atravesaron el indefenso Bósforo y se internaron en el Mediterráneo.

Níger y Albino fueron alcanzados y muertos al huir del campo de batalla, y no se extrañó ni se condolió su paradero. Habían apostado sus vidas en el trance del Imperio y padecieron lo mismo que hubieran decretado; y Severo no aspiró a la grandiosa arrogancia de tolerar a sus competidores en la llaneza privada, pero su insensible pecho, estimulado por la codicia,

soltó la rienda de sus venganzas allá donde no había asomo de recelo. Los provinciales más considerables, que, sin abominar del afortunado aspirante, habían obedecido a los gobernadores que la suerte les deparara, fueron castigados con el destierro, la muerte y muchos de ellos con la confiscación de sus bienes. Despojadas de sus antiguas prerrogativas, varias ciudades de Oriente tuvieron que pagar al erario de Severo cuatro veces más que lo que le habían abonado a Níger.[370]

En el transcurso de la guerra, la incertidumbre del éxito refrenó hasta cierto punto la crueldad de Severo y su aparente respeto al Senado, pero la cabeza de Albino, acompañada por una amenazadora carta, comunicó a los romanos que estaba resuelto a dar fin a todos los allegados de su infausto competidor. Lo ensañaba el fundado recelo de no merecer el afecto del Senado, y encubrió su rencor con el descubrimiento de una correspondencia sediciosa; sin embargo, indultó a treinta y cinco senadores, acusados de haber favorecido a la parcialidad de Albino, y por su conducta posterior se esmeró en convencerlos de que había olvidado no menos que absuelto sus mencionados agravios. Pero al mismo tiempo condenó a otros cuarenta y un senadores, cuyos nombres recuerda la historia,[371] con sus mujeres, hijos y clientes, y padecieron igual exterminio los más renombrados particulares de España y Galia. Sólo tan extremada justicia —pues así la llamaba— era, en el concepto de Severo, lo que podía afianzar la paz del pueblo y la permanencia del príncipe, y lamentaba que, para ser sereno, antes debía ser cruel.[372]

El verdadero interés de un monarca absoluto suele hermanarse con el de su pueblo. El número, la riqueza, el arreglo y la seguridad de este último son los principales y únicos cimientos de la mayor grandeza de aquél, y cuando el soberano

carece de toda virtud, la cordura hace sus veces y le va delineando el mismo rumbo. Severo consideraba al Imperio Romano como propiedad suya, y, no bien tuvo afianzada su posesión, trató de mejorar y beneficiar tan envidiable triunfo. Leyes acertadas y cumplidas con entereza pronto reprimieron los muchos abusos que desde la muerte de Marco corrompían todas las áreas del gobierno. Respecto de la administración de justicia, los fallos del emperador eran en extremo estudiados, discretos e imparciales, y, si tal vez se desviaba un tanto de la equidad, era por lo general a favor de los menesterosos y oprimidos, seguramente no tanto por rasgo de humanidad como por la propensión de un déspota a deteriorar la grandeza y hundir a todos los súbditos en una absoluta dependencia. Su considerable dispendio en edificios, espectáculos y, ante todo, en el reparto incesante de trigo y provisiones, era el imán más eficaz que le cautivaba el afecto del pueblo romano.[373] Se extinguieron los quebrantos y lamentos de la discordia civil; una paz estable y una risueña prosperidad renacieron en las provincias, y varias ciudades, restablecidas gracias a la generosidad de Severo, se titularon sus colonias y le tributaron monumentos públicos de gratitud y felicidad.[374] El prestigio de las armas romanas resurgió con este belicoso y afortunado emperador,[375] que fundadamente se ufanaba de que, habiendo recibido un Imperio acosado por guerras ajenas y propias, lo había dejado disfrutando una paz honorable, profunda y universal.[376]

Aunque las llagas de la guerra civil habían cicatrizado por completo, su mortal veneno aún roía ocultamente las entrañas de la constitución. Severo abundaba en poderío y aptitud, pero ni aun el alma denodada del primer César y la política recóndita de Augusto hubieran alcanzado a doblegar la altanería de sus legiones victoriosas. Por agradecimiento, por equivocada

maniobra o por aparente necesidad, Severo se inclinó a disminuir la rigurosidad de la disciplina.[377] Los soldados presumían de llevar anillos de oro y él les otorgó el permiso de vivir casados en el ocio de sus cuarteles. Aumentó sus pagas, y los fue acostumbrando primero a esperar y luego a requerir donativos extraordinarios con motivo de peligros o de festividades. Ensoberbecidos por sus triunfos, quebrantados por la frivolidad y encumbrados sobre los demás súbditos con sus arbitrarios privilegios,[378] pronto fueron incapaces para el desempeño militar, oprimieron el país y se insubordinaron. Los oficiales se destacaban tanto por su jerarquía como por su lujosa y desmedida elegancia. Aún se conserva una carta de Severo en la cual se lamenta del desenfreno del ejército, y encarga a uno de sus generales la necesaria reforma, empezando por los tributos, pues, como atinadamente lo advierte, el oficial que ha desmerecido el aprecio nunca logrará la obediencia de sus soldados.[379] Internándose más y más en estas reflexiones, el emperador advirtió que la causa fundamental de tanto desorden provenía, no en verdad del ejemplo, sino de la perniciosa condescendencia del comandante en jefe.

Los pretorianos que habían asesinado al emperador y vendido al Imperio fueron merecidamente castigados por su bastardía, pero la necesaria, aunque peligrosa, institución de los guardias quedó luego restablecida según un nuevo esquema por Severo, que aumentó hasta cuatro veces su antigua fuerza.[380] Primitivamente los soldados se reclutaban de Italia, mas, como las provincias contiguas se fueron civilizando a la par que Roma, los refuerzos se alistaron en Macedonia, Nórica y España. En lugar de aquellas tropas vistosas, más propias del boato de la corte que del ejercicio de campaña, Severo dispuso que de todas las legiones fronterizas progresivamente se fuesen escogiendo los

hombres más destacados en fuerza, denuedo y lealtad, para promoverlos, como honor y recompensa, al aventajado servicio de la guardia.[381] Con esta nueva creación, la juventud italiana se distanció del uso de las armas, y la capital quedó aterrorizada por el ademán bravío y las extrañas costumbres de una muchedumbre selvática. Sin embargo, Severo se complacía en pensar que las legiones considerarían a estos selectos pretorianos como representantes de toda la clase militar, y que el auxilio de 50 000 hombres, superiores en armas y en paga a cuanta fuerza asomase en campaña contra él, desesperanzaría a todo rebelde, afianzando el Imperio para él y para su posteridad.

El mando de esta condecorada y formidable tropa comenzó a ser el oficio más admirado del Imperio. A medida que el gobierno fue degenerando en despotismo militar, el prefecto pretoriano, que originariamente había sido un mero capitán de guardias, encabezó no sólo el ejército sino la hacienda y aun la legislación, pues en todos los ramos representaba a la persona del emperador y ejercía su autoridad. Plauciano fue el primer prefecto que gozó y abusó de tan inmenso poder, como íntimo en la confianza de Severo. Su predominio duró más de diez años, hasta que el enlace de su hija con el primogénito del emperador perjudicó su encumbramiento en lugar de afianzarlo.[382] Las animosidades palaciegas, que irritaron la ambición y fomentaron los temores de Plauciano, amenazaron con una revolución, y el emperador, que aún lo amaba, hubo de aceptar a disgusto su muerte.[383] Derribado Plauciano, se nombró para el desempeño de tan alto cargo a un ilustre letrado, el célebre Papiniano.

Hasta el reinado de Severo resplandecían la virtud y aun la sensatez de los emperadores en su estudiado respeto hacia el cuerpo de senadores y el sistema político instituido por Augusto.

Mas desde su juventud Severo se crió en la sometida obediencia de los campamentos, y empleó la edad madura en el despótico mando militar. Su altanería no alcanzaba a percibir o no reconocía las ventajas de conservar una potestad intermedia, aunque imaginaria, entre el emperador y el ejército. Desdeñando profesarse servidor de una asamblea que lo odiaba y le temía, expedía mandatos cuando sus requerimientos fueran probadamente eficaces; ostentaba la conducta y el estilo de soberano y triunfador, y ejercía sin disimulo la potestad legislativa a la par que la ejecutiva.

Su victoria sobre el Senado fue fácil y poco gloriosa, pues la vista y los anhelos se clavaban en el supremo magistrado que disponía de las armas y del erario, al tiempo que el Senado, que no había sido elegido por el pueblo y no estaba resguardado por la milicia ni animado por el interés público, no tenía más protección que la frágil y fragmentada base de la antigua opinión. La hermosa teoría de la república se iba desvaneciendo, y dejaba lugar a los principios más naturales y sustantivos de la monarquía. A medida que la libertad y las condecoraciones de Roma iban trascendiendo a las provincias, en las cuales, o no se había conocido al antiguo gobierno, o se lo recordaba con abominación, el alcance de las máximas republicanas vino a borrarse por entero. Los historiadores griegos de la época de los Antoninos[384] advierten con maligna complacencia que, si bien los soberanos de Roma, ateniéndose a una preocupación ya anticuada, se abstuvieron del título de reyes, estaban posesionados de la plenitud del poderío regio. Durante el reinado de Severo, el Senado se llenó de esclavos cultos y persuasivos provenientes de las provincias orientales, que justificaban su adulación con los especulativos principios de la servidumbre. Cuando abogaron por las regalías, la corte los

escuchó halagüeña, y el pueblo, en cambio, sufridamente, cuando elogiaban la obediencia absoluta y se explayaban acerca de las fatalidades de la libertad. Letrados e historiadores se aunaban para repetir que la autoridad imperial estribaba no en un encargo temporal, sino en la cesión irrevocable del Senado; que los vínculos de las leyes civiles no alcanzaban al emperador, quien podía disponer a su albedrío de las vidas y los bienes de los súbditos, como también del Imperio y de un patrimonio privado.[385] Los más distinguidos letrados, especialmente Papiniano, Paulo y Ulpiano, florecieron con la casa de Severo, cuando la jurisprudencia romana se había hermanado estrechamente con el sistema monárquico.

Los contemporáneos de Severo, en medio de la gloriosa bonanza de su reinado, se desentendían de las crueldades que lo habían establecido, mas la posteridad, que pudo ver los aciagos efectos de sus máximas y su ejemplo, fundadamente lo consideró el principal autor de la decadencia del Imperio Romano.

VI

MUERTE DE SEVERO - TIRANÍA DE CARACALLA - USURPACIÓN DE MACRINO - LOCURA DE HELIOGÁBALO - VIRTUDES DE ALEJANDRO SEVERO - DESENFRENO DEL EJÉRCITO - ESTADO GENERAL DE LA HACIENDA ROMANA

El ascenso a la grandeza, por más arduo y arriesgado que sea, puede entretener a un espíritu activo con la conciencia y el ejercicio de su poder, mas la posesión de un trono jamás proporciona complacencia duradera a un pecho ambicioso. Severo sufría y manifestaba un amargo desengaño, pues sus aptitudes y su estrella lo habían enaltecido a la suma jerarquía. «Todo lo había sido —solía decir—, y todo era de poquísima monta.»[386] En medio de sus afanes, no para obtener, sino para conservar un imperio, acosado por su edad y sus dolencias, carente de fama[387] y ahíto de poder, se enlutó para él la perspectiva vital. El anhelo de perpetuar ese engrandecimiento en su familia era el único impulso que abrigaban su ambición y su cariño paternal.

Como suelen hacerlo los africanos, Severo se afanaba por los desvariados estudios de la magia y la adivinación; versadísimo en la interpretación de sueños y agüeros, se internó también en la ciencia de la astrología judiciaria, que en todas las épocas, excepto la actual, ha dominado los ánimos de las gentes. Siendo gobernador de la Galia Lyonesa perdió a su primera esposa,[388] y en la elección de la segunda intentó enlazarse sólo con una persona acaudalada, de modo que, apenas llegó a su noticia que

una dama de Emesa, en Siria, era de *cuna real*, solicitó y obtuvo su mano.[389] Julia Domna —pues así se llamaba— era merecedora de cuanto le prometía su signo. Poseía, aun en edad muy madura, el embeleso de su hermosura,[390] y hermanaba la viveza de su imaginación con la entereza y el tino que raramente realzan a su sexo. Sus amables cualidades no hicieron ninguna mella en su celoso marido, pero durante el reinado de su hijo manejó los negocios de mayor monta con tal cordura que sostuvo su autoridad, y con tanta moderación que solía refrenar sus ímpetus más bravíos.[391] Julia también se dedicó al estudio de la filosofía con beneficio y prestigio, pues patrocinaba todas las artes y agasajaba a los talentos.[392] Los sabios, agradecidos, han aclamado elogiosamente sus virtudes, pero, si damos crédito a las habladurías de la historia antigua, la castidad no fue por cierto la virtud más eminente de la emperatriz Julia.[393]

Dos hijos, Caracalla y Geta,[394] fueron el fruto de este enlace y los supuestos herederos del Imperio. Las ansiosas expectativas del padre y del mundo romano fueron malogradas con ambos, que se adormecieron en la viciosa confianza de príncipes hereditarios, presumiendo que su jerarquía era suficiente para compensar el vacío de mérito y de aplicación. Sin competencia de virtud o ingenio, manifestaron casi desde la niñez su mutua e *implacable antipatía*. Su distanciamiento, afianzado con los años y fomentado con las artimañas de los interesados favoritos, estalló en reyertas, primero pueriles y luego más formales, y por último dividió el teatro, el circo y la corte en dos bandos, pendientes de las esperanzas y los temores de sus respectivos caudillos. Mediante mil arbitrios, el juicioso emperador se afanaba con su eficaz autoridad para disminuir su encarnizada enemistad, pero aquella infausta desavenencia nubló toda su perspectiva, amenazando con hacerle perder el trono ganado con

tanto esfuerzo, construido sobre sangre y fortalecido con el resguardo de sus armas y su tesoro. Su diestra imparcial mantenía el equilibrio entre ambos aspirantes, y les franqueó a ambos el rango de augusto, con el reverenciado nombre de los Antoninos; así, el orbe romano vio simultáneamente por primera vez a *tres emperadores*.[395] Pero esta equidad sólo sirvió para enardecer más y más la contienda, ya que el desaforado Caracalla persistía en su derecho de primogenitura y el apacible Geta agasajaba al pueblo y a los soldados. Llevado por su desconsuelo, Severo presagió que el hijo más desvalido fenecería sacrificado por el más fuerte, quien luego sería abatido por sus propios vicios.[396]

Mientras tanto sobrevino la noticia —grata para Severo— de que en Britania había comenzado la guerra y la invasión de la provincia (año 208) por parte de los bárbaros del Norte. Aunque los desvelos de sus lugartenientes bastaban para rechazar al remoto enemigo, decidió valerse de tan honroso pretexto para rescatar a sus hijos del embeleso y las liviandades de Roma, que perjudicaban su espíritu y enconaban sus ánimos, y para imponer a su mocedad en los afanes de la guerra y del gobierno. A pesar de su edad avanzada —pues pasaba de los sesenta años — y de la gota, que lo obligaba a viajar en litera, Severo se trasladó personalmente a tan lejana isla, acompañado por sus dos hijos, toda la corte y una hueste formidable. Atravesó de inmediato las calzadas de Adriano y Antonino, y se internó en el país enemigo con la intención de llevar a cabo la tantas veces intentada conquista de Britania. Penetró hasta el extremo septentrional de la isla sin encontrar enemigos; pero las emboscadas de los isleños sobre los costados y la retaguardia del ejército, lo helado del clima y la crudeza del invierno al atravesar las serranías y los pantanos de Escocia mataron, según se cuenta,

más de cincuenta mil romanos. Ante tan poderoso y porfiado avance, finalmente los caledonios cejaron; imploraron la paz, y entregaron parte de las armas y un largo trecho de su territorio, pero su alevosa rendición desapareció junto con el terror, pues, apenas se retiraron las legiones romanas, volvieron a su independencia y sus hostilidades. Su incansable fortaleza provocó a Severo a enviar a Caledonia una nueva hueste, con el sangriento encargo no de sojuzgar sino de exterminar a los naturales, pero los salvó la muerte de su altanero enemigo.[397]

No nos detendríamos en esta guerra de Caledonia, que careció de acontecimientos notables y resultados de gran alcance, de no mediar el concepto, con un considerable grado de probabilidad, de que la invasión de Severo se da la mano con la época más esplendorosa de la historia o la leyenda de Britania. Se cuenta que Fingal, cuya nombradía y la de sus héroes y bardos descuella ahora en nuestro idioma en una obra reciente, acaudilló a los caledonios en aquel trance memorable, en el cual burló el poderío de Severo y alcanzó una notable victoria en las márgenes del Carun, donde Caracul, el hijo del *Rey del Mundo*, huyó de sus armas por los campos de su orgullo.[398] Aún permanecen a oscuras esas veladas tradiciones montañesas, y el discreto ahínco de la crítica moderna[399] no ha logrado despejarlas, mas si pudiéramos pensar con seguridad que Fingal vivió y que Ossian poetizó, la extremada *contraposición* de la situación y las costumbres de las dos naciones batalladoras podría embelesar a una mente filosófica. El parangón provocaría poquísimo realce al pueblo civilizado, si se cotejan la implacable venganza de Severo con la gallarda clemencia de Fingal; la crueldad medrosa e irracional de Caracalla con el denuedo afectuoso y el numen peregrino de Ossian, y los caudillos venales que por interés o por temor peleaban bajo la bandera

imperial con los guerreros voluntarios que se abalanzaban a las armas a la voz del rey de Morven; si, en una palabra, nos detenemos a contemplar a los incultos caledonios, en medio de sus grandiosas y naturales virtudes, junto a la bastardía de los romanos, corruptos por los infames vicios de la opulencia y la servidumbre.

La salud menoscabada y la dolencia postrera de Severo enardecieron la rabiosa ambición y las lóbregas pasiones de Caracalla. Reñido con toda demora o partición del Imperio, intentó repetidamente abreviar el plazo, ya cortísimo, del padre, y se empeñó infructuosamente en provocar un alboroto entre las tropas.[400] Varias veces, el anciano emperador había censurado la equivocada blandura de Marco, quien con un solo acto justiciero podría haber liberado a los romanos de la tiranía de su indigno hijo, pero, puesto ahora en idéntica situación, advirtió cuán fácilmente el rigor de un juez puede ser perturbado por el cariño de un padre. Deliberó, amenazó, mas nunca llegó a castigar, y este único y tardío ejemplo de compasión acarreó más fatalidades al Imperio que una larga serie de crueldades.[401] El trastorno de su entendimiento aumentó los dolores de su cuerpo; anhelaba el momento de su muerte, y su impaciencia le acortó ese plazo. Expiró en York a los sesenta y cinco años de edad y luego de 18 años de venturoso e ilustre reinado (4 de febrero de 211), y en su último trance recomendó la concordia a sus hijos y éstos al ejército. El precioso encargo jamás llegó a ponerse en práctica, ni siquiera a asomar en el ánimo de los desaforados jóvenes, pero la tropa, más subordinada, cuidadosa de su juramento de obediencia y de la autoridad del difunto amo, resistió las solicitudes de Caracalla y proclamó a ambos hermanos emperadores de Roma. Dejaron luego en paz a los caledonios, volvieron a la capital, celebraron las exequias y los

honores divinos de su padre, y quedaron gozosamente reconocidos como legítimos soberanos por el Senado, el Pueblo y las provincias. Quizá le cupo alguna precedencia al primogénito, pero gobernaron ambos el Imperio con potestad igual e independiente.[402]

Aun entre hermanos afectuosos sobrevendrían discordias con esa división del mando, y la duración de éste, entre dos enemigos implacables que ni apetecían ni tendrían su reconciliación por valedera, se hacía inconcebible. Se veía que sólo uno habría de prevalecer y el otro sucumbiría, y cada cual, suponiendo los intentos del otro a partir de los propios, se resguardaba desveladamente contra los redoblados conatos del hierro o el veneno. Su viaje veloz por Galia e Italia, en cuyo tránsito jamás comieron juntos ni durmieron bajo el mismo techo, hizo manifiesta a las provincias una odiosísima muestra de desavenencia fraternal. A su llegada a Roma, de inmediato dividieron el dilatado ámbito del palacio imperial.[403] No existió comunicación entre sus viviendas, se fortificaron esmeradamente puertas y tránsitos, se colocaron y relevaron guardias con la misma puntualidad que en una plaza sitiada. Los emperadores sólo se juntaban en público y ante la presencia de su desconsolada madre; cada uno de ellos tenía una escolta armada, y, aun en medio del ceremonial de la corte, el disimulo palaciego apenas lograba encubrir su encono implacable.[404]

Esta casi declarada guerra civil desquiciaba al gobierno, y se ideó un plan que, al parecer, debía redundar en ventaja para ambos enemigos. Se propuso que, dado que su concordia era inalcanzable, tratasen de separar sus intereses y repartirse el Imperio. El pacto estaba cuidadosamente diseñado: se convino que Caracalla, dado que era el mayor, permaneciese en posesión de Europa y África occidental, y cediera la soberanía de Asia y

Egipto a Geta, quien establecería su trono en Alejandría o Antioquía, ciudades poco inferiores a la misma Roma en extensión y riquezas; que sus fuertes huestes respectivas se estableciesen en ambas orillas del Bósforo en Tracia, para resguardar los confines de las monarquías, y que los senadores europeos acatasen al soberano de Roma, y los asiáticos, al emperador de Oriente. Las lágrimas de Julia desbarataron la negociación, cuyo primer asomo embargó de ira y asombro a todos los pechos romanos. A impulsos del tiempo y la política, la inmensa mole se había estrechado tanto que se requería suma violencia para desgarrarla en dos mitades. Los romanos temían fundadamente que sus desarticulados miembros se reunieran, por medio de una guerra civil, bajo el señorío de un solo dueño, y que si prevalecía la separación, con ella las provincias provocarían la disolución de un Imperio cuya unión hasta entonces había permanecido inviolable.[405]

Establecido el convenio, el soberano de Europa pronto habría sometido a Asia, pero Caracalla logró una victoria más fácil y criminal. Dio alevosos oídos a los ruegos de la madre y aceptó encontrarse con su hermano en la estancia materna (27 de febrero de 212), en un gesto de ajuste y reconciliación. En medio del coloquio, algunos centuriones que acechaban se abalanzaron con sus estoques desenvainados contra Geta. La desesperada madre forcejeó para protegerlo con sus brazos, pero en medio de su infructuoso ahínco quedó herida en una mano y salpicada con la sangre de su hijo menor, mientras veía al mayor exacerbando y auxiliando la saña de los asesinos.[406] Cometida la atrocidad, Caracalla corrió, con expresión horrorizada, al campamento de los pretorianos como único refugio, y se postró ante las estatuas de los dioses tutelares.[407] Acudieron a levantarlo y auxiliarlo, y entonces, con voz alterada y

balbuciente, les refirió su inminente peligro y su venturosa salvación, insinuando haberse anticipado a los intentos de su enemigo, y declaró su propósito de vivir y morir con sus leales tropas. Geta había sido el predilecto de la soldadesca, pero la queja era ya inútil y la venganza, peligrosa, y siempre seguirían reverenciando a un hijo de Severo. El descontento se desvaneció con un vano murmullo y Caracalla logró convencerlos de la justicia de su causa repartiéndoles en cuantioso donativo el caudal atesorado con los afanes de su padre.[408] Su seguridad y poderío estribaban tan sólo en el apoyo efectivo de los soldados, y, declarados éstos a su favor, el Senado tuvo que prorrumpir en manifestaciones de sumisión, pues, siempre obsequioso, efectuaba gestos de corroborar las disposiciones de la suerte, mas como Caracalla estaba ansioso por amainar el primer ímpetu de ira, se nombró decorosamente a Geta y le cupieron las suntuosas exequias de un emperador romano.[409] La posteridad, con piedad por su fracaso, tendió un velo sobre sus vicios, pues lo consideramos una víctima inocente de la ambición del hermano, sin recapacitar en que le faltó poder, más que anhelo, para consumar idénticos intentos de venganza y muerte.

El delito quedó castigado, pues nada —negocios, deleites ni lisonjas— pudo liberar de los flechazos de sus mortales remordimientos a Caracalla, quien, a impulsos de su martirizada conciencia, llegó a confesar que en su desencajada imaginación solía ver las coléricas figuras del padre y el hermano que revivían para amenazarlo e incriminarlo.[410] La conciencia de su crimen debía inclinarlo a convencer a la estirpe humana, mediante las virtudes de su reinado, de que la sangrienta demasía era un involuntario producto de la infausta necesidad. Pero su arrepentimiento tan sólo lo movió a quitar de en medio todo lo que pudiera recordarle su delito y refrescar la memoria de su

hermano sacrificado. Cuando volvió del Senado al palacio, halló a su madre acompañada por ilustres matronas, llorosas por la temprana pérdida del hijo menor. El celoso emperador las amenazó de muerte y ejecutó la sentencia con Fadila, la última hija viva del emperador Marco; hasta la inconsolable Julia tuvo que enmudecer, acallar sus gemidos y halagar al asesino con sonrisa de gozosa aprobación. Se dispuso que, bajo la arbitraria acusación de ser amigo de Geta, perdieran la vida más de veinte mil personas de uno u otro sexo. Su guardia, sus libertos, sus allegados para el desempeño de importantes negocios o para sus joviales desahogos, todos los que por su interés habían ascendido a algún mando en el ejército o las provincias, con la dilatada serie de sus subordinados, fueron incluidos en la proscripción, y Caracalla se esmeró en extenderla a cuantos habían entablado la más escasa correspondencia con Geta, llorado su muerte y aun pronunciado su nombre.[411] Perdió la vida Helvio Pértinax, hijo del príncipe del mismo nombre, por una agudeza intempestiva,[412] y sirvió de suficiente delito a Trásea Prisco pertenecer a una familia en la cual el amor a la libertad era prenda hereditaria.[413] Finalmente se acabaron los motivos particulares de calumnia y de sospecha, y cuando un senador era acusado de ser enemigo secreto del gobierno, el emperador se daba por satisfecho con la prueba de que fuera hacendado y virtuoso, en cuyo antojadizo principio fundaba sus sangrientas ejecuciones.

El exterminio de tanta inocencia era llorado reservadamente por amigos y deudos, mas la muerte de Papiniano, el prefecto pretoriano, se lamentó como catástrofe nacional. En los últimos siete años del reinado de Severo, había desempeñado ese cargo preeminente del Estado, guiando con su benéfica influencia los pasos del emperador por la senda de la equidad y la moderación. Persuadido de su virtud y suficiencia, en su agonía Severo le

encomendó que celase la prosperidad y la concordia de la familia imperial.[414] El honorable afán de Papiniano sólo sirvió para enconar más y más el odio que Caracalla profesaba al privado de su padre. Cuando murió Geta, ordenó al prefecto que dedicase su ingenio y elocuencia en una esmerada apología de tamaña atrocidad. El filósofo Séneca había compuesto para el Senado un escrito similar, en nombre del hijo y asesino de Agripina,[415] pero la gloriosa contestación de Papiniano, que no titubeó entre perder la vida o el honor, fue: «Es más fácil cometer que justificar un fratricidio».[416] Tan denodada virtud, que siempre descolló intacta entre las intrigas palaciegas, las tareas y la habilidad en su profesión, deslumbra con más esplendor en la memoria de Papiniano que todos sus empleos eminentes, sus varios escritos y el ilustre prestigio de letrado que siempre ha merecido entre todos los jurisconsultos romanos.[417]

Fue felicidad de los romanos y un consuelo en sus peores tiempos la particularidad de que las virtudes de los emperadores fueran activas y sus vicios, apoltronados. Augusto, Trajano, Adriano y Marco visitaban personalmente sus extensísimos dominios, y siempre brotaban de sus pasos sabiduría y beneficencia. Las tiranías de Tiberio, Nerón y Domiciano —que residieron casi invariablemente en Roma o en villas inmediatas— estuvieron confinadas a los órdenes ecuestre y senatorial,[418] mas Caracalla se constituyó en enemigo de todo el linaje humano. Alrededor de un año después de la muerte de Geta, dejó la capital (año 213) para nunca volver, y durante el resto de su reinado recorrió varias provincias del Imperio, especialmente las de Oriente, y todas fueron campo de sus rapiñas y crueldades. Los senadores, obligados por el temor a seguir sus caprichosos movimientos, debían abastecer, con exorbitante costo, sus entretenimientos diarios, que él luego

entregaba con desprecio a su guardia, y también tenían que construir palacios y teatros, que Caracalla o bien no se dignaba visitar o bien mandaba que se destruyesen de inmediato. Las familias acaudaladas quedaron exhaustas a causa de particulares multas y confiscaciones, y la generalidad del pueblo quedó agobiada con estudiados y repetidos impuestos.[419] En una época de paz, y a causa de un leve agravio, envió sus fuerzas a Alejandría, en Egipto, para realizar una matanza de la población, y desde un paraje seguro en el templo de Serapis dirigió y contempló el asesinato de un sinnúmero de ciudadanos y forasteros, sin distinción de su jerarquía o su delito, pues, según informó tibiamente al Senado, *todos* los alejandrinos, tanto los difuntos como los vivos, eran igualmente criminales.[420]

Las esmeradas instrucciones de Severo jamás hicieron impresión alguna en el pecho de su hijo, quien, aunque dotado de similares fantasía y elocuencia, carecía de sensatez y de humanidad.[421] Era frecuente en su boca y escandalizaba en la práctica esta máxima peligrosa, digna de un tirano: «Afianzar el afecto del ejército y menospreciar a todos los demás súbditos».[422] Así le había enseñado Severo, quien no obstante solía refrenar prudentemente su liberalidad, y compensaba sus condescendencias a la tropa con rasgos de autoridad y firmeza. Las ciegas larguezas del hijo fueron la política de todo un reinado y la ruina inevitable del ejército y el Imperio. El vigor de los soldados, en vez de robustecerse con la estricta disciplina de los campamentos, decaía con el lujo de las ciudades. El descomunal aumento de la paga y los donativos[423] desangró al Estado para enriquecer a la clase militar, cuyos comedimiento en la paz y servicio en la guerra se afianzan acertadamente con una honrosa pobreza. El porte de Caracalla era engreído y altanero, mas con la tropa se desentendía del decoro de su

jerarquía, fomentaba su desvergonzada familiaridad y, desatendiendo las tareas de un general, se esmeraba por imitar el traje y los modales de los ínfimos soldados.

No cabían aprecio ni cariño para con el temperamento y la conducta de un Caracalla, pero mientras su liviandad fue provechosa para la milicia, vivió a salvo de peligros o rebeliones; sin embargo, una conspiración secreta que le acarrearon sus propios celos fue aciaga para el tirano. La prefectura pretoriana se hallaba compartida por dos individuos: la dependencia militar estaba a cargo de Advento, un soldado con experiencia pero de escaso desempeño, y la parte civil correspondía a Opilio Macrino, quien, por su maestría en los negocios, fue ascendiendo bien conceptuado hasta aquel preeminente empleo. Con el caprichoso tirano sobrevinieron alternativas en su privanza, y su vida estaba pendiente de una leve sospecha o de cualquier circunstancia casual. Maldad o fanatismo sugirieron a un africano, muy enfrascado en el conocimiento de lo venidero, una predicción arriesgadísima: que Macrino y su hijo estaban destinados a reinar en el Imperio. Fue corriendo la voz por la provincia, y cuando el sujeto llegó encadenado a Roma, ratificó su profecía en presencia del prefecto de la ciudad. Este magistrado, con el urgentísimo encargo de investigar a los *sucesores* de Caracalla, comunicó inmediatamente el resultado de sus diligencias a la corte imperial, que en ese momento residía en Siria, pero, a pesar de la velocidad de los mensajeros, un íntimo de Macrino logró advertirle su inminente peligro. El emperador recibió la correspondencia de Roma, pero —ocupado entonces en la organización de una carrera de carruajes— la entregó al prefecto pretoriano, encargándole que despachase los negocios corrientes y le diese cuenta de los principales. Macrino leyó su destino y decidió evitarlo. Estimuló

las quejas de algunos subalternos y se valió de la mano de Marcial, un hombre desesperado a quien le habían negado el rango de centurión. Caracalla, llevado por su devoción, quiso hacer una peregrinación desde Edesa hasta el elogiado Templo de la Luna en Carra. Lo acompañaba un cuerpo de caballería, pero cuando se detuvo en el camino a causa de una urgencia indispensable y la guardia se mantenía a una respetuosa distancia, Marcial se acercó, en ademán de acudir a su obligación, y lo atravesó con una daga (8 de marzo de 217). El arriesgado asesino feneció inmediatamente a manos de un ballestero escita de la guardia imperial. Tal fue el final de ese monstruo, cuya vida es un baldón para la naturaleza humana y cuyo reinado señala el sufrimiento de los romanos.[424] Los agradecidos soldados dejaron a un lado sus vicios, recordaron únicamente su parcial generosidad, y obligaron al Senado a mancillar su propio decoro y el de la religión endiosándolo solemnemente.

Mientras había morado en la tierra, el único héroe que este nuevo dios había considerado merecedor de su admiración fue Alejandro Magno, pues se engalanó con el nombre y las insignias de aquél, formó una falange macedónica de guardias, persiguió a los discípulos de Aristóteles y ostentó, con pueril entusiasmo, el único sentimiento mediante el cual manifestó algún aprecio a la virtud y la gloria. Tenemos en cuenta que, tras la batalla de Narva y la conquista de Polonia, Carlos XII —aunque desprovisto siempre de las elegantes prendas del hijo de Filipo— podía ufanarse de parangonarse con él en denuedo y magnanimidad, mas en ninguna gestión de Caracalla asomó el más remoto viso de semejanza con el héroe macedonio, excepto en la matanza de un crecido número de amigos propios y de su padre.[425]

Tras la extinción de la casa de Severo, el orbe romano permaneció tres días sin dueño. La elección del ejército (pues ya nadie tenía en cuenta la autoridad de un Senado endeble y distante) estuvo demorada con ansioso suspenso, por que no asomaba ningún candidato de ilustre mérito o nacimiento que pudiera cautivar su afecto y hermanar sus votos. El peso predominante de la guardia pretoriana dio esperanzas a sus prefectos, y estos poderosos funcionarios comenzaron, desde luego, a entablar su demanda legal para ocupar el trono vacante. Sin embargo, Advento, el mayor de ellos, consciente de su edad y sus achaques, de su menguada capacidad y sus escasas habilidades, traspasó su azarosa preeminencia a su astutamente ambicioso compañero Macrino, cuyo pesar, aparentado con propiedad, eliminaba toda sospecha de complicidad en la muerte de su señor.[426] No merecía cariño ni estima de las tropas, y por lo tanto éstas dirigieron la vista en busca de un competidor, y por último se avinieron con disgusto a sus promesas de exorbitante largueza y condescendencia. Poco después de su advenimiento (11 de marzo de 217) confirió a su hijo Diadumeniano, niño de diez años, el título imperial con el apelativo popular de Antonino. Se esperaba que la bella figura del mancebo, con el realce del donativo que fue parte del ceremonial, pudiera afianzar el favor del ejército y el trono vacilante de Macrino.

Se ratificó la autoridad del nuevo soberano con la gozosa sumisión del Senado y las provincias. Estaban satisfechos con su inesperada liberación de un aborrecido tirano, y no parecía necesario detenerse a examinar los méritos de Macrino, pero cuando el júbilo y el asombro de la novedad amainaron, comenzaron a escudriñar las prendas del sucesor de Caracalla con esmerado ahínco, y criticaron el atropellado nombramiento

de la soldadesca. Con anterioridad se había considerado, como máxima fundamental de la constitución, que el emperador debía elegirse en el Senado, y que la potestad soberana, no ejercida ya por el cuerpo todo, siempre se delegara en uno de sus individuos. Macrino no era senador,[427] y el repentino ascenso de los prefectos pretorianos denotaba su ruin alcurnia; residía en el orden ecuestre el poder que hollaba a los senadores, disponiendo de sus vidas y sus haberes. Se oyeron murmullos de indignación cuando un individuo de humilde esfera que jamás había sobresalido por ningún rumbo[428] ostentó el atrevimiento de otorgarse él mismo la púrpura, en vez de traspasarla a algún senador ilustre, igual en nacimiento y jerarquía a la esplendidez del solio. Descubierta ya la inferioridad de Macrino por el ojo perspicaz de los descontentos, asomaron luego en su nombramiento algunos vicios y nulidades, en muchos casos se censuró fundadamente la elección de sus ministros, y el pueblo, descontento, reprobó a un tiempo su apoltronada mansedumbre y su excesiva severidad.[429]

Su temeraria ambición había trepado a una cumbre en la cual se hacía muy arduo erguirse con entereza, y era imposible caer sin una absoluta destrucción. Absorbido por las intrigas palaciegas y las formalidades de los negocios civiles, se estremecía al contemplar la desmandada y bravía muchedumbre que intentaba avasallar. Se menospreciaba su desempeño militar y se desconfiaba de su valor personal. Circuló por el campamento el fatal secreto de la conspiración contra el difunto emperador, y, agravado el crimen del homicidio por la ruindad de la hipocresía, crecían el desprecio y el mortal aborrecimiento. Para enemistarse con la tropa y acarrear su exterminio inevitable, sólo faltaba el intento de una reforma, y tal era la apuradísima situación de Macrino que no pudo menos que

acudir a ese arbitrio. El pródigo Caracalla había dejado tras sí ruina y desorden total, y si cupiera en el malvado el computar las inevitables consecuencias de su conducta, quizá se embelesaría con la lóbrega perspectiva de las calamidades que por herencia dejaba a los sucesores.

Macrino procedió de forma cuerda y cautelosa al entablar esa reforma indispensable, que infundiría fuerza y poderío al ejército romano de un modo sencillo y casi imperceptible. Tuvo que conservar las prerrogativas y la exorbitante paga a los soldados de Caracalla, mas los reclutas se alistaban en los más moderados términos de la época de Severo, y se habituaban incesantemente al comedimiento y la obediencia.[430] Pero un error fatal destruyó el benéfico resultado de su atinado plan. En vez de repartir inmediatamente por varias provincias el grandioso ejército reunido en Oriente por su antecesor, en la temporada inmediata a su elección Macrino lo dejó invernar en la misma Siria, donde, sumidos en ociosa lujuria, los soldados pudieron apreciar su número y su fuerza, se comunicaron sus quejas y recapacitaron acerca de las ventajas de otra revolución. Los veteranos, lejos de engreírse con su lisonjera distinción, se alarmaron a causa de los primeros pasos del emperador, conceptuándolos como anuncios de su ánimo venidero. Se alistaban con desgana los reclutas, cuyos afanes aumentaban y los galardones disminuían con aquel codicioso y poco aguerrido soberano. Tras los rumores, la soldadesca se alborotó impunemente y prorrumpió en raptos de descontento y hostilidad, que sólo esperaban la mínima oportunidad para provocar una rebelión en todos los sitios.

La emperatriz Julia conoció todas las vicisitudes de la fortuna. Fue encumbrada desde la humildad hasta la suma grandeza, sólo para probar el amargo sabor de su elevado rango.

Estuvo destinada a llorar por la muerte de un hijo y por la vida del otro; el cruel destino de Caracalla, aunque su buen sentido le habrá enseñado a esperarlo, despertó en ella sentimientos de madre y de emperatriz. A pesar de la comedida atención que expresó el usurpador hacia la viuda de Severo, ésta descendió de manera dolorosa a la condición de súbdita y con el suicidio se liberó de tan congojosa humillación.[431] Julia Mesa, su hermana, fue expulsada de la corte de Antioquía, y se retiró a Emesa con inmensos caudales, fruto de una privanza de 20 años, en compañía de sus dos hijas, Soemias y Mamea, viudas ambas y con un hijo cada una. Basiano, el hijo de Soemias, estaba consagrado al ministerio honorífico de sumo pontífice del Sol, y esta vocación sacrosanta le fue conveniente para ascender al Imperio de Roma. En Emesa había una numerosa guarnición, y, como la disciplina rigurosa de Macrino determinaba que invernase acampada, se mostraba ansiosa por vengarse de tan crueles y desacostumbradas penurias. Los soldados, que se agolpaban en el Templo del Sol, se hallaban absortos de veneración y complacencia, mirando la figura y las vestimentas del joven sacerdote, y vislumbraron o supusieron en él la traza de Caracalla, cuya memoria idolatraban. La astuta Mesa advirtió y fomentó ese comienzo de partidismo, y sacrificando la reputación de su hija al engrandecimiento de su nieto, insinuó que Basiano era hijo natural del asesinado soberano. El oro distribuido a raudales acalló toda objeción y comprobó el parentesco, o, a lo menos, la semejanza del mozo con el eminente original. El joven Antonino —pues Basiano tomó y mancilló tan augusto nombre— fue declarado emperador (16 de mayo de 218) por las tropas de Emesa, proclamó su derecho hereditario e invocó altamente a los ejércitos para que siguiesen las banderas de un príncipe mancebo y dadivoso, que empuñaba

las armas para vengar la muerte del padre y el abatimiento de la clase militar.[432]

Mientras se tramaba con prudencia y se conducía con enérgico vigor una conspiración de mujeres y eunucos, Macrino —que con un decisivo movimiento hubiera podido exterminar a su bisoño enemigo—, impulsado ya por el temor, ya por la confianza, se mantuvo inactivo en Antioquía. El espíritu de la rebelión fue cundiendo por todos los campamentos y las guarniciones de Siria, varios destacamentos mataron a sus oficiales[433] para juntarse con los rebeldes, y el tardío reintegro de la paga y las prerrogativas se imputó a la flaqueza de Macrino. Finalmente, éste partió de Antioquía al encuentro del reforzado y animoso ejército del joven pretendiente, y aunque sus tropas salieron a la campaña con flojedad y repugnancia (7 de junio de 218), en el calor de la batalla[434] y por impulso involuntario, sobresalió la guardia pretoriana con la superioridad de su denuedo y disciplina. Arrolladas las filas rebeldes, acudieron la madre y la abuela del príncipe sirio, que al estilo oriental acompañaban al ejército, y arrojándose de sus carruajes cubiertos, movieron a compasión a la tropa y lucharon para devolverle su coraje. El mismo Antonino, que en todo lo restante de su vida nunca actuó como un hombre, sobresalió como héroe en este trance: montó a caballo y acaudilló a su gente, ya escuadronada, y blandiendo la espada arremetió contra lo más recio de la formación enemiga, al paso que el eunuco Ganis, cuyo cargo siempre había consistido en celar a las mujeres en medio de la poltronería asiática, acreditó el desempeño de un general veterano y consumado. La refriega se trabó más y más encarnizadamente, y Macrino habría alcanzado la victoria de no zozobrar la causa por su veloz y vergonzosa huida. Su cobardía le permitió dilatar su vida por algunos días y

esculpir un merecido baldón en sus desventuras. Está de más añadir que su hijo Diadumeniano tuvo igual destino. Cuando los indómitos pretorianos advirtieron que estaban peleando por un príncipe que los había abandonado ruinmente, se entregaron al vencedor. Las adversas huestes romanas, juntando sus lágrimas de gozo y de quebranto, se reunieron bajo los pendones del supuesto hijo de Caracalla, y todo el Oriente reconoció gozoso al primer emperador de origen asiático.

Las cartas de Macrino condescendieron a informar al Senado acerca de un leve disturbio provocado por un impostor en Siria, y en seguida se dio a conocer un decreto que declaraba al rebelde y a su familia enemigos públicos, y ofrecía el indulto a cuantos partidarios suyos se arrepintieran y volviesen a su anterior obediencia. Durante los veinte días que mediaron entre la declaración y la victoria de Antonino (pues en tan breve plazo quedó decidida la suerte del Imperio), la capital y las provincias, especialmente las de Oriente, padecieron las alternativas de temores y esperanzas, de alborotos y derramamientos de sangre civil, pues cualquiera de los competidores que prevaleciese en Siria habría de ser el que reinara. Las cartas en que el joven conquistador participaba de su victoria rebosaban de expresiones de virtud y moderación, pues prometía seguir los ejemplos de Augusto y Marco, y se esmeraba en destacar su semejanza con Augusto, que desde su temprana mocedad logró vengar con una guerra venturosa la muerte de su padre. Al adoptar el estilo de Marco Aurelio Antonino, hijo de Antonino y nieto de Severo, proclamaba tácitamente su derecho hereditario al Imperio, pero, al ostentar su potestad tribunicia y proconsular antes de que se la concediera un decreto del Senado, ofendió las susceptibilidades romanas. Esta nueva y poco juiciosa contravención a la constitución fue tal vez hija de la ignorancia

de los cortesanos sirios, o del altanero menosprecio de sus secuaces militares.[435]

Distraído el nuevo emperador con sus fútiles entretenimientos, empleó varios meses en su pomposa marcha de Siria a Italia (año 219), pasó en Nicomedia el primer invierno tras su victoria y postergó hasta el estío siguiente su entrada triunfal en Roma. Sin embargo, un retrato fiel que mandó colocar sobre el ara de la victoria en el consistorio del Senado precedió su llegada, y transmitió a los romanos la imagen, exacta y poco honorable, de su persona y sus gestos. Engalanado con ropaje sacerdotal de seda y oro, a la usanza de los medos y los fenicios, cubría su cabeza una alta tiara, y cuajaban su cuello y sus brazos cadenas con perlas engarzadas de incalculable precio; tenía las cejas teñidas de negro y las mejillas bañadas de arrebol y albayalde.[436] Los circunspectos senadores tuvieron que confesar con amargos suspiros que, tras haber padecido la adusta tiranía de sus compatriotas, finalmente Roma se arrodillaba ante el afeminado afeite del despotismo oriental.

En Emesa adoraban al sol bajo el nombre de Heliogábalo[437] y con la figura de una piedra cónica, que, según la creencia universal, se había descolgado del cielo sobre aquel sacrosanto solar. Antonino atribuía, no sin fundamento, su elevación al trono a la deidad protectora, y así, el ostentar su supersticiosa gratitud fue la única actividad seria de su reinado. Sobresalía el triunfo del numen de Emesa sobre las demás religiones del orbe, como el objeto grandioso de su afán y de su vanagloria, y el nombre de Heliogábalo (pues osó, como pontífice y favorito, apropiarse de tan sagrada denominación) se le hacía más apreciable que todos los demás títulos de la grandeza imperial. En una procesión solemne por las calles de Roma, el camino fue cubierto con polvo de oro; la piedra negra salpicada de pedrería

iba entronizada en una carroza que tiraban seis caballos blancos como la leche lujosamente enjaezados. Llevaba las riendas el devoto emperador, sostenido por sus ministros, y se movía lentamente y de espaldas para poder gozar incesantemente de la felicidad de la presencia divina. Se celebraron los sacrificios al dios Heliogábalo con todos los pormenores de la solemnidad más costosa, en un magnífico templo elevado sobre el monte Palatino. Vinos exquisitos, las más extraordinarias víctimas y exóticas esencias aromáticas se tributaron profusamente ante sus aras. Un coro de ninfas sirias realizaba sus lascivas danzas en torno del ara, al son de una música bárbara, mientras los personajes más graves del Estado y el ejército, vistiendo largas túnicas fenicias, oficiaban en las ínfimas funciones con aparente celo y disimulada ira.[438]

El fanático imperial intentó trasladar los Ancilios, el Paladio[439] y todas las sagradas prendas de la creencia de Numa a este templo, como centro universal de la adoración religiosa. Un tropel de deidades subalternas acompañaba en diversas jerarquías la majestad del dios de Emesa, mas su corte quedaba incompleta mientras no acogiese en su lecho a alguna hembra de distinguido rango. Primero fue favorecida Palas, pero, con la zozobra de que el terror guerrero asustase al delicado numen de Siria, la Luna, adorada por los africanos bajo el nombre de Astarte, pareció compañera más adecuada para el Sol. Con solemne pompa trajeron de Cartago a Roma su imagen y la dote nupcial, que consistía en riquísimas ofrendas de su templo, y el día de este místico desposorio fue una festividad en la capital y en todo el Imperio.[440]

Un sensualista racional se atiene invariablemente a los moderados dictámenes de la naturaleza y realza sus placeres con el trato social, con relaciones halagüeñas y un delicado baño de

buen gusto e imaginación, pero Heliogábalo —me refiero al emperador—, corrompido por su juventud, su país y su encumbramiento, se encenagó en los más torpes deleites con frenesí incontrolable, y pronto halló hastío y saciedad en medio de sus fruiciones. Acudieron en su auxilio con los incitantes estímulos del arte, una arremolinada muchedumbre de mujeres, vinos y manjares, y una estudiada variedad de actitudes y aderezos, servidos para revivir su lánguido apetito. Novedosos términos e invenciones en estas ciencias, las únicas cultivadas y protegidas por el monarca,[441] particularizaron su reinado, y transmitieron su infamia a los tiempos posteriores. Una caprichosa prodigalidad suplía al buen gusto y la elegancia, y mientras Heliogábalo dilapidaba los tesoros de su pueblo en extrañezas disparatadas, su propia voz y las de los aduladores vitoreaban la extraordinaria magnificencia, desconocida por sus apocados antecesores. Confundir el orden de climas y estaciones,[442] burlarse de las pasiones y los prejuicios de sus súbditos y transgredir toda ley de la naturaleza y la decencia eran sus pasatiempos más halagüeños. Un tropel de concubinas y una atropellada serie de consortes, entre ellas una virgen vestal, arrebatada a viva fuerza de su asilo sacrosanto,[443] no alcanzaban a saciar su desenfreno. El amo del orbe romano se esmeraba en imitar las vestimentas y los modales femeninos, anteponía la rueca al cetro y vilipendiaba los cargos preeminentes del Imperio, repartiéndolos a un sinnúmero de amantes, a uno de los cuales invistió públicamente con el título y la autoridad de emperador, o, como él mismo lo titulaba con mayor propiedad, de marido de la emperatriz.[444]

Es de presumir que la fantasía adornó los desvaríos y los vicios de Heliogábalo,[445] y que los oscureció el prejuicio: sin embargo, ciñéndonos a los lances ocurridos en presencia del

pueblo romano y atestiguados por serios historiadores contemporáneos, su indecible afrenta aventaja a cuanto asomó jamás en otros tiempos y naciones. Los vicios de un monarca oriental quedan enclaustrados en el serrallo y absolutamente invisibles, y en las cortes modernas, el honor y el galanteo han introducido afeites en el goce, miramientos decorosos y respeto a la opinión pública; mas los corruptos y opulentos nobles de Roma daban rienda suelta a cuantos vicios acudían con el agolpamiento de costumbres y naciones. Al resguardo de su impunidad, menospreciaban toda censura; vivían desenfrenadamente en medio de la sociedad sufrida y postrada de sus esclavos y allegados. El emperador, por su parte, mirando con idéntico desapego a todas las clases de súbditos, afirmaba sin control su privilegio soberano de lujuria y boato.

Los individuos más indignos suelen señalar en los demás los vicios en que ellos mismos están incurriendo, y procuran deslindar sutilmente diferencias de edad, índole o jerarquía para justificar su propia excepción. La desmandada soldadesca que había encumbrado en el trono al disoluto hijo de Caracalla se avergonzaba de su afrentoso nombramiento, y desenfadadamente apartaba la vista de ese monstruo para volverla hacia las virtudes que se vislumbraban en su primo Alejandro, hijo de Mamea. La perspicaz Mesa, sabedora de que su nieto Heliogábalo inevitablemente iba a estrellarse a causa de su liviandad, previó una protección más segura para su familia. Aprovechando un momento de afecto y devoción, logró que el emperador bisoño adoptase a Alejandro, revistiéndolo con el título de César (año 221), para que sus tareas divinas no fuesen interrumpidas por desvelos terrestres. En la segunda jerarquía, el amable príncipe pronto cautivó a la gente y estimuló los celos del tirano, quien trató de zanjar su desairada competencia

alejando o matando al inocente. Su intento se malogró, gracias a sus dichos desvariados y al leal y virtuoso cuidado de los sirvientes que la prudencia de Mamea había colocado junto a su hijo idolatrado. En uno de sus arrebatos frenéticos, Heliogábalo quiso ejecutar a viva fuerza lo que no pudo alcanzar con ardides, y, con una sentencia despótica, quitó a Alejandro la clase y los honores de César. En el campamento, el mensaje dado al Senado fue recibido muda pero rabiosamente. La guardia pretoriana juró apadrinar a Alejandro y desagraviar la mancillada majestad del trono. Las lágrimas y ofertas del trémulo Heliogábalo, que sólo pedía por su vida y por la posesión de su amado Hiérocles, calmaron las justísimas iras, que se conformaron con facultar a los prefectos para vigilar la seguridad de Alejandro y la conducta del emperador.[446]

No era posible una reconciliación duradera, ni que el alma ruin de Heliogábalo se aviniese a continuar con el Imperio en tan humillante dependencia. Pronto intentó, mediante un arrojo peligroso, palpar el temple de la soldadesca. La noticia de la muerte de Alejandro y la sospecha de que había sido asesinado enfurecieron a la milicia, al punto de que sólo pudo aplacarse su saña con la presencia y la autoridad del popular muchacho. Airado por este nuevo rasgo de afecto hacia el primo y de menosprecio por su persona, el emperador se lanzó a castigar a algunos de los alborotadores, pero su intempestivo rigor fue fatal para sus favoritos, para su madre y aun para él mismo. Heliogábalo fue masacrado por los indignados pretorianos, y después de arrastrar por las calles su cadáver mutilado, lo arrojaron al Tíber (10 de marzo de 222). El Senado marcó su memoria con eterna infamia, y el justiciero decreto fue ratificado por la posteridad.[447]

La guardia encumbró en el trono, en su lugar, al primo

Alejandro, cuyo entronque con la familia de Severo —pues usó este nombre— era el mismo que el de su antecesor. Prendados los romanos de su virtud y su peligro, el Senado le concedió todos los honores y las facultades de la dignidad imperial.[448] Pero como Alejandro era un joven comedido y sumiso, tomaban las riendas del gobierno dos mujeres: su madre, Mamea, y su abuela Mesa, con cuya muerte inmediata vino a quedar Mamea regenta del hijo y del Imperio.

En todos los tiempos y países, el sexo más sabio, o al menos más fuerte, se apropió del poder del Estado y confinó al otro en los quehaceres y recreos de la vida casera. Sin embargo, en las monarquías hereditarias, y especialmente en las de la Europa moderna, el galanteo caballeresco y las leyes de sucesión nos han ido habituando a tan extraña excepción, y suele reconocerse a una mujer por soberana absoluta de un grandioso reino, en el cual se la consideraría inhábil para el desempeño de un empleo muy subalterno, civil o militar; mas puesto que los emperadores romanos siempre eran considerados generales o magistrados de la República, sus esposas o madres, aunque distinguidas con el nombre de Augustas, jamás se asociaban a sus honores personales, y un reinado femenino hubiera sido considerado un prodigio inexpiable por los primitivos romanos, que se casaban sin amor, y amaban sin delicadeza ni respeto.[449] La altanera Agripina aspiró, por cierto, a los blasones del Imperio que había proporcionado a su hijo, pero su demente ambición, abominada por cuantos ciudadanos apreciaban la dignidad romana, quedó desairada por la hábil firmeza de Séneca y Burro.[450]

La sensatez, o bien la indiferencia, de los príncipes posteriores los retrajo de ofender los prejuicios de sus súbditos, y sólo quedó reservado al forajido Heliogábalo el manchar las actas del Senado con el nombre de su madre Soemias, que se

colocaba junto a los cónsules, y firmaba, como miembro legal, los decretos de la potestad legislativa. Su hermana Mamea, más respetada, se desentendió de aquella odiosa e inservible prerrogativa, y se promulgó solemnemente una ley que excluía para siempre a las mujeres del Senado, y ordenaba que se entregara a los dioses infernales la cabeza del malvado que contraviniese ese mandato.[451] La ambición varonil de Mamea aspiraba a la realidad y no al boato del poderío, y le hacía conservar su predominio absoluto sobre el ánimo de su hijo, en cuyo afecto no admitía competencia. Con su anuencia, Alejandro se desposó con la hija de un patricio, pero su respeto por su suegro y su cariño por la emperatriz indisponían el amor y el interés de Mamea. El patricio pereció por el cargo obvio de traición, y la esposa de Alejandro, expulsada afrentosamente del palacio, fue desterrada a África.[452]

A pesar de esta crueldad celosa y de algunas gestiones de codicia que se atribuyeron a Mamea, el rumbo general de su régimen se encaminaba al bienestar de su hijo y del Imperio. Con dictamen del Senado, eligió a dieciséis senadores eminentes en virtud y sabiduría, como consejeros permanentes del Estado, ante los cuales se ventilaban y decidían los negocios públicos de mayor monta. El célebre Ulpiano, tan ilustre por su conocimiento como por su respeto a la legislación romana, era el presidente, y la atinada entereza de esa aristocracia reintegró su orden y su fuerza al gobierno. Despejada la ciudad de la superstición y el lujo extranjero, reliquias de la tiranía caprichosa de Heliogábalo, se dedicaron a remover sus indignas criaturas de todos los ramos de la administración, sustituyéndolos con hombres de cabal desempeño. Para los empleos civiles, la única recomendación era poseer una instrucción justiciera; el valor y el cariño por la disciplina eran las únicas prendas para los ascensos

militares.[453]

Mas el desvelo principal de Mamea y de sus prudentes consejeros apuntaba a labrar la índole del joven emperador, en cuyas prendas se había de fijar la dicha o la desventura del orbe romano, y el aventajado suelo favorecía los esmeros del cultivo, y aun se adelantaba a ellos. Su peregrino entendimiento evidenció luego a Alejandro las excelencias de la virtud, la fruición de la ciencia y la precisión del trabajo. Su comedida y natural mansedumbre lo preservó de los embates de la pasión y de los halagos del vicio, y su miramiento invariable para con su madre y su aprecio por el sabio Ulpiano liberaron a su juventud del veneno de la lisonja.

El mero diario de sus tareas retrata al vivo a tan consumado emperador,[454] y con algún retoque, por la diferencia de costumbres, podría servirles de norma a los príncipes modernos. Alejandro madrugaba, y los primeros momentos del día eran para sus devociones privadas; poseía su capilla particular, realzada con las insignias de aquellos héroes que, instruyendo o mejorando al género humano, se habían hecho merecedores de la reverente gratitud de la posteridad. Mas, considerando el beneficio a la humanidad como el culto más grato a los dioses, solía emplear la mañana en el consejo, donde examinaba los negocios públicos, y sentenciaba causas particulares con un sosiego y una discreción superiores a los propios de su edad. Amenizaba tan áridos ejercicios con el embeleso de la literatura, dedicando algunos ratos a sus estudios predilectos de poesía, historia y filosofía. Las obras de Virgilio y Horacio y las *Repúblicas* de Platón y Cicerón labraron su gusto, explayaron su entendimiento y realzaron sus conceptos acerca del hombre y de su gobierno. Los ejercicios corporales alternaban con los del ánimo, y Alejandro, gallardo, robusto y activo, sobrepasaba en

las artes gimnásticas a la mayoría de sus pares. Tras el refresco del baño y un refrigerio frugal, se dedicaba con nuevo vigor a los negocios urgentes, y hasta la cena, que era la principal comida de los romanos, leía, acompañado por sus secretarios, y contestaba a un sinnúmero de cartas, memoriales y demandas que se dirigían al dueño de la mayor parte del orbe. Su mesa se servía con parca sencillez, y los comensales eran todos amigos selectos, instruidos y virtuosos, entre los cuales Ulpiano era perenne convidado.[455] Alejandro vestía con sencillez y modestia; sus modales eran corteses y afables; su palacio estaba abierto a todos sus súbditos a horas fijas, pero a sus puertas se oía la voz de un heraldo que, así como en los misterios eleusinos, pronunciaba esta saludable amonestación: «No entre en este sagrado recinto quien no tenga el alma pura e inocente».[456]

Esta conducta invariable, que no daba un punto de cabida a la liviandad y el devaneo, es un testimonio más elocuente de la sabiduría y la equidad de Alejandro que cuantos fútiles pormenores reúne la compilación de Lampridio. Desde el advenimiento de Cómodo, el orbe romano había estado experimentando, por espacio de cuarenta años, los vicios sucesivos y diversos de cuatro tiranos, pero desde la muerte de Heliogábalo, llegó a disfrutar durante trece años de una bonanza preciosísima (años 222-235). Aliviadas las provincias de los opresivos impuestos inventados por Caracalla y su supuesto hijo, iban floreciendo en paz y prosperidad, a impulsos de los magistrados que habían visto por experiencia que el merecer el amor de los súbditos era el único medio para obtener el favor del soberano. Mientras se imponían algunas suaves restricciones al descomedido lujo del pueblo romano, el precio de las provisiones y el interés del dinero fueron reducidos por el paternal desvelo de Alejandro, cuya atinada largueza, sin

molestar a los industriosos, sufragaba para las necesidades y los recreos de la plebe. El Senado recobró su señorío, su independencia y su autoridad, y todo senador virtuoso podía acercarse al emperador sin temor y sin empacho.

El nombre de Antonino, realzado con las virtudes de Pío y de Marco, que había trascendido por adopción al disoluto Vero y por herencia al inhumano Cómodo, luego fue el título honorífico de los hijos de Severo; se concedió al niño Diadumeniano, y fue mancillado después por el sumo pontífice de Emesa. Alejandro, aunque presionado con ahínco, y tal vez con sinceridad, por el Senado, noblemente rechazó el prestado realce, mientras que toda su conducta se afanaba por restablecer los blasones y la felicidad del tiempo de los legítimos Antoninos. [457]

En la administración civil de Alejandro, la sabiduría se vio reforzada con el poder, y el pueblo, consciente de su dicha, correspondió al bienhechor con su cariño y su agradecimiento. Quedaba todavía otra empresa mayor, más necesaria y sobre todo más ardua, a saber, la reforma de la clase militar, cuya índole y cuyo interés, corroborados por su dilatada impunidad, los hacían sentirse incómodos con los grillos de la disciplina y desinteresados de las bendiciones del sosiego público. En la ejecución de este proyecto, el emperador demostró sumo cariño y ningún temor hacia el ejército. Su extremada economía en todas las demás ramas de la gobernación rendía caudal suficiente para la paga corriente, y aun para los premios extraordinarios de la tropa. Restringió en las marchas la obligación penosísima de cargar con las provisiones para diecisiete días: se construyeron numerosos almacenes en las carreteras, y al internarse en un país enemigo, recuas de acémilas y camellos proporcionaban descanso a la altanera ociosidad. Resignado a no poder disminuir el lujo de sus soldados, Alejandro intentó al menos

encaminarlo hacia objetos de gala y pompa marcial: caballos rozagantes, armaduras vistosas y escudos realzados con plata y oro. Alternaba en cuantas fatigas le era posible, visitaba personalmente a heridos y enfermos, conservaba un exacto registro de sus servicios y de su propia gratitud, y en todas las ocasiones provocaba el más entrañable aprecio de un cuerpo cuyo esplendor, según su propia expresión, estaba tan íntimamente unido a los intereses del Estado.[458] Se valía de los más suaves arbitrios para infundir en la muchedumbre desbandada sentimientos honestos y restablecer al menos cierto remedo de la disciplina autora del Imperio de los romanos sobre tantas naciones, tan guerreras y aún más poderosas que ellos mismos. Su ahínco fue infructuoso; su espíritu, infausto, y el intento de reforma redundó sólo en el incremento de los achaques cuya curación ideaba.

La guardia pretoriana amaba al joven Alejandro, como a un tierno huerfanillo redimido de las garras de un tirano y colocado por ella en el trono imperial. Aquel precioso príncipe se reconocía obligado, mas, como su agradecimiento se ceñía a los términos de la razón y de la justicia, muy pronto desagradó más la virtud de Alejandro que todos los vicios de Heliogábalo. Ulpiano, el sabio prefecto, era amante de las leyes y del pueblo, y por lo tanto considerado enemigo de la tropa, y se atribuían a sus consejos todos los nuevos planes de reforma. Un lance insignificante enardeció su enojo en un furioso motín, y durante tres días en Roma se encarnizó la guerra civil, en la cual el pueblo resguardaba la vida de aquel ministro incomparable. Finalmente, despavorido por las llamas de algunas casas y el amago de un incendio general, el pueblo se aplacó desconsoladamente, y desamparó en el trance al virtuoso y desventurado Ulpiano. Éste fue perseguido hasta el palacio

imperial y asesinado a los pies de su señor, quien forcejeó en vano por escudarlo con su púrpura y obtener el perdón de los inexorables soldados. Tal era el deplorable desvalimiento del gobierno, que el emperador no era dueño de vengar la muerte de su amigo y el descaro cometido a su dignidad, sin valerse de rendidos artificios y sumo disimulo. Epagato, el principal amotinador, fue sacado de Roma con el honorífico empleo de prefecto de Egipto; luego lo descendieron al gobierno de Creta, y cuando ya el tiempo y la ausencia habían desvanecido su popularidad en la guardia, Alejandro se arriesgó a imponerle el castigo muy merecido, aunque tardío, por sus maldades.[459] En el reinado de un príncipe justo y virtuoso, la tiranía de la soldadesca amenazaba con una muerte inmediata a sus ministros más leales, sospechosos de intentar corregir sus demasías. El historiador Dion Casio había dirigido las legiones panónicas con el espíritu de la antigua disciplina, y sus compañeros de Roma, abrazando la causa común del desenfreno militar, pidieron la cabeza del reformador. Mas Alejandro, en vez de ceder a los clamores sediciosos, le manifestó el aprecio que le merecía su eficaz desempeño, nombrándolo compañero en su consulado y costeándole con su propio haber los gastos de esa dignidad insustancial. Pero temeroso con razón de que, al verlo con las insignias de su cargo, los soldados intentarían desagraviarse con su sangre, el primer magistrado nominal del Estado, por dictamen del emperador, se alejó de la ciudad, y transcurrió la mayor parte de su consulado en sus quintas de la Campania.[460]

La tropa se insolentó más y más con la blandura del superior, y las legiones, tras el ejemplo de la guardia, defendieron su privilegiado desenfreno con la misma saña y terquedad. Alejandro forcejeaba infructuosamente contra el raudal estragador de su época, pues fueron estallando nuevos

motines en Iliria, Mauritania, Armenia, Mesopotamia y Germania. Sus oficiales eran asesinados, se insultaba su autoridad, y su vida, por último, fue sacrificada a los furiosos descontentos del ejército.[461]

Merece referirse un hecho que expone las costumbres de la tropa y realza la particularidad de su regreso al orden y la subordinación. Cuando el emperador se hallaba en Antioquía para su expedición a Persia, cuyos pormenores se relatarán luego, el castigo de ciertos soldados descubiertos en el baño de las mujeres ocasionó una asonada en su legión. Alejandro subió a su tribunal, y con sencilla entereza manifestó a la multitud armada la absoluta necesidad, así como su resolución inflexible, de enmendar los vicios introducidos por las torpezas de su antecesor, y de sostener la disciplina cuya ruptura acarrearía el exterminio del Imperio y del nombre romano. Los clamores interrumpieron su apacible reconvención. «Guardad esos alaridos —exclamó el brioso emperador— para cuando estéis al frente de los persas, los germanos y los sármatas. Enmudeced ante vuestro soberano y bienhechor, que os franquea el trigo, la ropa y el dinero de las provincias; callad, y si no, os llamo, no ya soldados, sino *ciudadanos*,[462] si es que cuantos se desentienden de las leyes de Roma merecen contarse entre la ínfima plebe.» Sus amenazas inflamaron la furia de la legión, que blandía ya las armas con amagos contra su persona. «Ese denuedo —insistió el inmutable Alejandro— descollaría más gallardamente en el campo de batalla, pues, en cuanto *a mí*, bien podéis exterminarme, pero acobardarme nunca, y la República justiciera castigaría vuestro atentado y me desagraviaría.» La legión se aferró a su alboroto sedicioso, cuando el emperador, reforzando extremadamente la voz, pronunció su sentencia decisiva: «*Ciudadanos*, dejad esas armas y marchaos a vuestras

casas». La tormenta se aplacó instantáneamente; la soldadesca, sonrojada y pesarosa, confesó la justicia de su castigo y la pujanza de la disciplina, entregaron mudamente sus armas e insignias militares y se retiraron confusamente, no al campamento, sino a las hosterías de la ciudad. Alejandro se complació durante todo un mes con el provechoso ejemplo de su amargo arrepentimiento, y no los repuso en su lugar hasta después de castigar con la muerte a los tribunos cuya flojedad había ocasionado el motín. La legión, agradecida, sirvió al emperador mientras estuvo vivo, y vengó su muerte.[463]

Las resoluciones de la multitud generalmente dependen de un momento, y el capricho puede igualmente determinar a la legión sediciosa a dejar las armas ante las plantas del emperador o a clavarlas en su pecho. Si este lance hubiese sido investigado por un filósofo, quizá descubriríamos los móviles de la audacia del príncipe y de la obediencia de las tropas, y tal vez, si esto hubiese sido referido por algún juicioso historiador, encumbraríamos esta acción como digna de un César o la igualaríamos sencillamente con las demás propias de la índole de Alejandro Severo. El desempeño de este amigable príncipe parece haber sido inadecuado a los apuros de su situación; y la entereza de su conducta, inferior a la pureza de sus intenciones. Sus virtudes, al igual que los vicios de Heliogábalo, habían contraído un viso de la blandura y el afeminamiento propios del apacible clima de Siria, por más que se avergonzase de su alcurnia extranjera y escuchase regaladamente a los lisonjeros genealogistas que lo entroncaban con la cepa primitiva de la nobleza romana.[464] El engreimiento y la codicia de su madre empañaron las glorias de su reinado, y al requerir en la madurez el idéntico rendimiento que le correspondía en la mocedad, Mamea ridiculizó a su hijo y a sí misma.[465] Las penurias de la

guerra pérsica irritaron el descontento militar y el resultado desfavorable afectó la reputación del emperador como general, e incluso como soldado. Cada causa preparaba, y cada circunstancia aceleraba, una revolución que desarticuló el Imperio Romano con una larga serie de calamidades internas.

La tiranía disoluta de Cómodo, las guerras civiles ocasionadas por su muerte y el nuevo sistema político introducido por la casa de Severo, todo fue contribuyendo a aumentar el peligroso poder del ejército y borrar la débil imagen de leyes y de libertad que aún se hallaba estampada en el ánimo de los romanos. Este cambio interno que socavó los cimientos del Imperio es lo que nos hemos esmerado en explicar con alguna claridad, pues la índole personal de cada emperador, sus victorias, leyes, devaneos y vaivenes sólo nos interesan en la medida en que se vinculan con la historia general de la decadencia y la ruina de la monarquía. Nuestro estudio sobre este punto grandioso no nos deja pasar por alto un edicto muy trascendente de Antonino Caracalla, que dio a todos los habitantes libres del Imperio el nombre y los privilegios de la ciudadanía romana. Tan extremada largueza no procedía de impulsos generosos sino de torpe avaricia, y saldrá más a la luz con ciertas observaciones acerca de las finanzas de aquel Estado, desde los tiempos victoriosos de la República hasta el reinado de Alejandro Severo.

El sitio de Veya en Toscana, la primera empresa notable de los romanos, se fue dilatando hasta un plazo de diez años, no tanto por la fortaleza del pueblo como por el atraso de los sitiadores. Los padecimientos de tantas invernadas a una distancia de cerca de veinte millas de casa[466] requerían estímulos poderosos, y el Senado tuvo la sabiduría de acallar el clamor del pueblo con el establecimiento de una paga constante

para el soldado, que se solventaba con un impuesto general repartido proporcionalmente a los haberes de cada ciudadano.[467] Por espacio de más de doscientos años después de la conquista de Veya, las victorias de la República fueron aumentando no tanto la riqueza como el poderío de Roma. Los Estados de Italia le tributaban meramente su servicio militar, y el grandioso armamento utilizado por mar y por tierra en las guerras púnicas fue costeado por los romanos mismos. Este magnánimo pueblo (tal suele ser el generoso entusiasmo de la libertad) se avino gozoso a los más crudos pero voluntarios gravámenes, confiando en que luego recibiría colmadamente la cosecha de sus afanes. No quedó malograda su expectativa, pues en el transcurso de pocos años, los caudales de Siracusa, Cartago, Macedonia y Asia fueron llevados triunfalmente a Roma. Sólo el tesoro de Perseo ascendía a cerca de dos millones de libras, y el pueblo romano, soberano de tantas naciones, quedó liberado para siempre de la carga de los impuestos.[468] Las crecientes rentas de las provincias fueron costeando cumplidamente los gastos gubernativos y militares, y el sobrante de oro y plata se depositaba en el templo de Saturno, donde se reservaba para alguna imprevista urgencia del Estado.[469]

Quizá nunca la historia padeció mayor ni más irreparable pérdida que la del curioso registro, entregado por Augusto al Senado, en el que tan práctico soberano medía esmeradamente los desembolsos y las entradas del Imperio Romano.[470] Privados de ese balance claro y abarcador, estamos ahora obligados a ir escogiendo escasas especies de aquellos antiguos que accidentalmente se soslayaron de la parte esplendorosa y atendieron a la más útil de la historia. Refieren que, con las conquistas de Pompeyo, se incrementaron los impuestos de Asia, de cincuenta millones hasta ciento treinta y cinco millones

de dracmas, alrededor de cuatro millones quinientas mil libras esterlinas.[471] Se dice que, bajo el postrero y más indolente de los Ptolomeos, las rentas de Egipto ascendían a doce mil quinientos talentos, una suma equivalente a más de dos millones quinientas mil libras esterlinas, pero que luego fue creciendo notablemente por una más exacta economía de los romanos y el aumento del comercio de Etiopía e India.[472] La rapiña enriquecía a Galia como el comercio a Egipto, y los rendimientos de ambas provincias llegaron a igualarse.[473] Los diez mil talentos euboicos o fenicios[474] que Cartago estaba condenada a pagar en un plazo de cincuenta años luego de su derrota, fueron un leve reconocimiento de la superioridad de Roma,[475] y no guardan proporción con los impuestos que después se cobraron sobre las tierras y los individuos, cuando la fertilísima costa de África quedó reducida a la condición de provincia.[476]

España, por una singular fatalidad, era el Perú y México del Viejo Mundo. El descubrimiento de la rica zona occidental del continente por parte de los fenicios y la opresión de sus sencillos nativos, quienes estaban obligados a trabajar en sus propias minas en beneficio de unos extranjeros, retratan vivamente los hechos recientes de la América española.[477] Los fenicios no se internaron en España, pero la codicia y la ambición condujeron las armas de Roma y Cartago hasta el corazón de la península, y casi todo el suelo se encontró cuajado de cobre, plata y oro. Se menciona una mina inmediata a Cartagena que rendía hasta veinticinco mil dracmas de plata diarias.[478] De las provincias de Asturias, Galicia y Lusitania se recibían anualmente veinte mil libras en oro.[479]

Carecemos de datos y espacio para puntualizar esta averiguación en todos los Estados poderosos que formaron parte del Imperio Romano. Cabe, sin embargo, conceptuar las rentas

de las provincias donde brotaban riquezas de entidad, ya por producción de la naturaleza o por trabajo del hombre, reparando el ahínco con que utilizaban tierras abandonadas y eriales. En una ocasión, Augusto recibió la solicitud de los habitantes de Giaros de que se los liberase de un tercio de sus exorbitantes impuestos. Su cuota se reducía a ciento cincuenta dracmas, pero Giaros era una islita, o más bien un peñasco, del mar Egeo, sin agua ni comestibles, y poblada únicamente por algunos desventurados pescadores.[480]

Por tan endebles y dispersos apuntes, nos inclinamos a opinar lo siguiente: primero, la renta general de las provincias romanas —teniendo en cuenta las diferencias del tiempo y las circunstancias— no podía menos que ascender a quince o veinte millones de nuestra moneda;[481] y segundo, que una entrada tan cuantiosa alcanzaba holgadamente para cubrir todos los gastos del moderado régimen establecido por Augusto, cuya corte se reducía a la familia regular de un mero senador y cuya institución militar estaba calculada para el resguardo de la frontera, sin impulsos ambiciosos de conquista ni temores serios a una invasión extranjera.

A pesar de la aparente probabilidad de estas dos conclusiones, la segunda de ellas fue desmentida por el lenguaje y la conducta de Augusto. No hay forma de deslindar si en este punto procedía como uno de los padres del mundo romano o como destructor de la libertad, y si anhelaba aliviar a las provincias o empobrecer al Senado y al orden ecuestre. Mas, apenas tomó las riendas del gobierno, comenzó a expresar terminantemente que los impuestos eran insuficientes, y que era preciso cargar proporcionalmente las obligaciones públicas sobre Roma e Italia. Al insistir en este proyecto impopular, fue procediendo, sin embargo, con sumo tiento y cautela; a

continuación de una alcabala estableció las sisas, y el plan del reparto se completó en virtud de un padrón de la propiedad inmueble y personal de los ciudadanos romanos que se hubiese eximido de todo género de impuestos durante más de un siglo y medio.

I) En tan extenso imperio como era el de Roma, debió de ir estableciéndose, por sí mismo, un equilibrio natural en la moneda. Ya se ha advertido que si el caudal de las provincias acudía a Roma por el impulso de la conquista y el poder, también retrocedía en gran parte a los parajes industriosos en el comercio y en las artes. En el reinado de Augusto y sus sucesores se impusieron derechos sobre todo género de mercancía que por mil canales fluía al gran centro del lujo y la opulencia, y cualquiera que fuese el modo como se expresase la ley, el pagador del impuesto era siempre el comprador romano, y no el vendedor de las provincias.[482] El arancel del impuesto fluctuaba entre la octava y la cuarta parte del valor del género, y nos cabe suponer que sus alternativas dependían de máximas políticas inalterables; que la cuota era mayor para los artículos de lujo y menguaba para los de necesidad, y que los productos habidos o labrados por el trabajo de súbditos del Imperio eran tratados con más indulgencia que la que se mostraba al pernicioso, o al menos impopular, comercio de Arabia e India.[483] Queda un largo pero imperfecto catálogo de mercancías orientales que adeudaban derechos en tiempo de Alejandro Severo, tales como canela, mirra, pimienta, jengibre, con un sinnúmero de aromas, y gran variedad de piedras preciosas, entre las que sobresalían el diamante, por su precio, y la esmeralda, por su hermosura;[484] cobres de Partia y Babilonia, algodón, seda en rama y manufacturada, ébano, marfil y eunucos;[485] y es de notar que el uso y la valuación de estos afeminados esclavos aumentó

gradualmente con la decadencia del Imperio.

II) Las sisas introducidas por Augusto tras la guerra civil eran, aunque generales, moderadas en extremo. No solían pasar del uno por ciento, pero abarcaban cuanto se vendía en los mercados y en las almonedas, desde las compras de mayor cuantía, como casas y haciendas, hasta los objetos más menguados y que sólo pueden producir un notable rendimiento por su cantidad y su consumo incesante; este impuesto, al recaer fundamentalmente sobre la ínfima plebe, siempre dio margen a quejas y descontento. Un emperador, muy enterado de las carencias y los recursos del gobierno, tuvo que manifestar por un edicto público que el mantenimiento del ejército estribaba en gran parte sobre el producto de las sisas.[486]

III) Deseoso Augusto de establecer una milicia permanente para contrarrestar a los enemigos externos o internos, creó un erario especial para el pago de la tropa, suministrar premios para veteranos y solventar gastos extraordinarios de guerra. El cuantioso rédito de las sisas, aplicado al intento, no alcanzó para cubrir sus desembolsos. Para acudir a este desfalco, el emperador ideó un impuesto nuevo del cinco por ciento sobre legados y herencias, pero la nobleza de Roma mostró más apego a los haberes que a la independencia, y Augusto —enterado sin destemple, como solía, de sus murmullos— pasó todo el expediente al Senado, encargándole que se valiese de algún otro arbitrio menos odioso para cumplir con la urgencia. Viéndolo discorde y perplejo, le apuntó que su obstinación lo obligaría a *proponer* un impuesto territorial y personal sin excepción, y entonces, enmudeciendo, se avinieron todos.[487] La carga sobre legados y herencias fue mitigada por ciertas modificaciones, pues no se verificaba sino con fincas de algún valor, probablemente de cincuenta o cien piezas de oro,[488] y no tenía

lugar con el pariente más inmediato por la línea paterna.[489] Afianzados así los derechos de la naturaleza y de la propiedad, parecía fundado que si un extraño o un pariente remoto adquiría un aumento inesperado de haberes, cediese gustoso un veinteno en beneficio del Estado.[490]

Este impuesto, cuantioso en todo país rico, era muy adecuado para la situación de los romanos, árbitros de disponer sus testamentos fundadamente o a su antojo, sin las trabas modernas de recargos o feudos. En los ánimos adustos del republicano y en la nobleza estragada del Imperio, el afecto paternal se quebrantaba por varios motivos, y con dejar el padre al hijo la cuarta parte de su herencia, zanjaba ya toda demanda contenciosa,[491] pero un padre rico e inmaduro era un tirano casero, y su poder aumentaba con los años y los achaques. Una multitud rendida, y en ella hasta pretores y cónsules, galanteaba su sonrisa, mimaba su avaricia, vitoreaba sus devaneos, cebaba sus anhelos y ardía en impaciencia por su muerte. Las artimañas del obsequio y la lisonja vinieron a componer una ciencia, cuyos profesores merecieron un título propio, y toda la ciudad, según la descripción efectuada por la sátira, se dividía en dos mitades, los cazadores y la presa.[492] Pero mientras el ardid producía testamentos injustos y extravagantes, firmados por el desvarío, hubo algunos que fueron producto de aprecio entrañable y agradecimiento virtuoso. Cicerón, que tan repetidamente abogó por las vidas y los haberes de sus conciudadanos, heredó legados de hasta un importe de ciento setenta mil libras,[493] y no fueron menos generosos los amigos de Plinio el Joven con tan agraciado orador.[494] Cualquiera que fuese el móvil del testador, el erario reclamaba el veinteno sin distinción, y en el plazo de dos o tres generaciones, todo el haber del súbdito debía haber pasado por las arcas imperiales.

En los primeros y dorados años del reinado de Nerón, a impulsos de su popularidad, o tal vez por ciega benevolencia, mostró el anhelo de abolir la carga de la alcabala y la sisa. Los principales senadores celebraron su generosidad, pero lo disuadieron de la ejecución de un plan que podía eliminar la fuerza y los recursos de la república.[495] Si este soñado proyecto hubiera sido asequible, príncipes como Trajano y los Antoninos sin duda se habrían arrojado gozosos a la agraciada posibilidad de favorecer en tan gran manera al linaje humano; sin embargo, pagados con aliviar el gravamen público, no intentaron desarraigarlo. La suavidad y la precisión de sus leyes determinaron las reglas y la cuota del impuesto, y escudaron a todos los súbditos, sin variación de clases, contra las interpretaciones arbitrarias, demandas de atrasos y tropelías insolentes de los asentistas públicos,[496] y fue notable que los gobernadores romanos más virtuosos y atinados insistiesen más y más en recaudar al menos las ramas principales de la sisa y la alcabala.[497]

Caracalla era muy diferente —en cuanto a sentimientos y aun, en verdad, a situación— de los Antoninos. Desatendiendo o detestando el bienestar del pueblo, se vio precisado a halagar la codicia insaciable que él mismo fomentaba en la tropa, y aunque, entre todos los arbitrios impuestos por Augusto, el veinteno de legados y herencias era el más productivo y extenso, como su fuente no se limitaba a Roma o Italia, su rédito iba siempre en aumento con el ensanche de la *ciudadanía romana*. Los nuevos ciudadanos, aunque gravados en los mismos términos,[498] con el pago de los nuevos impuestos que no les alcanzaban cuando eran súbditos, quedaban compensados con la jerarquía que se granjeaban, los privilegios que adquirían y la vistosa perspectiva de los honores y la fortuna que se prometían

a su ambición. Mas esta fineza, que tanto condecoraba, se perdió con la prodigalidad de Caracalla, y los provinciales se vieron obligados a asumir el título huero y las obligaciones reales de la ciudadanía romana. Y el voraz joven hijo de Severo no se conformó con el arancel de impuestos que conceptuaron suficiente sus comedidos antecesores, pues, en vez del veinteavo, exigió el décimo de legados y herencias, y durante su reinado (pues después de su muerte se restableció la cuota antigua) desangró de extremo a extremo al Imperio con su cetro asolador.[499]

Sujetos ya los provinciales a los impuestos apropiados a los ciudadanos, pareció que quedaron legalmente exentos de cuantos tributos habían pagado en la clase anterior de súbditos, mas no se avenían a tales principios gubernativos ni Caracalla ni su supuesto hijo, y así se cobraban en las provincias a la vez los impuestos nuevos y los antiguos. Se reservó al honor de Alejandro aliviarlos de tan insufrible gravamen, reduciendo los tributos al tercio de lo que pagaban a su advenimiento.[500] Resulta imposible comprender las razones que lo movieron a conservar una porción tan escasa del daño público, mas la cizaña, que no se había desarraigado por entero, retoñó luego con mayor pujanza, y en el siglo inmediato emponzoñó el orbe romano con su dañina maleza. En la presente historia, a menudo nos veremos obligados a hablar del impuesto territorial, el personal y las pesadas contribuciones de trigo, vino, aceite y comestibles que se exigían a las provincias para el uso de la corte, el ejército y la capital.

Mientras Roma e Italia se respetaron como el centro del gobierno, los antiguos y los nuevos ciudadanos conservaron un espíritu nacional. Los mandos superiores de la milicia eran desempeñados por sujetos liberalmente educados, conocedores de las leyes y la literatura, y que por sus legítimos grados habían

ido ascendiendo a la cumbre de la carrera civil y militar,[501] y a su influjo y ejemplo podemos en parte atribuir la comedida obediencia de las legiones en los dos primeros siglos de la historia imperial. Mas desde el momento en que Caracalla volcó la postrera valla de la constitución, la separación de profesiones gradualmente sucedió a la distinción de jerarquías. Los ciudadanos cultos de las provincias interiores eran hábiles para desempeñarse como letrados y jueces, pues el bronco ejercicio de las armas correspondía a los campesinos y los bárbaros fronterizos, que no conocían más país que su campamento ni más ciencia que la guerra; ninguna ley civil y sólo las de la disciplina militar. Con sus manos ensangrentadas y sus costumbres bravías sostenían a veces, pero más bien solían volcar, el trono de los emperadores.

VII

ASCENSO Y TIRANÍA DE MAXIMINO - REBELIÓN EN ÁFRICA Y EN ITALIA, BAJO LA AUTORIDAD DEL SENADO - GUERRAS CIVILES Y SEDICIONES - MUERTES VIOLENTAS DE MAXIMINO Y SU HIJO, DE MÁXIMO Y BALBINO, Y DE LOS TRES GORDIANOS - USURPACIÓN Y JUEGOS SECULARES DE FILIPO

De cuantas formas de gobierno han asomado en el mundo, la monarquía hereditaria es al parecer la que ofrece más anchuroso campo al escarnio. ¿Cabe por ventura referir, sin airada sonrisa, que, al fallecimiento de un padre, la finca de toda una nación, como un rebaño vacuno, ha de recaer en su pequeño hijo, aún desconocido para el mundo y para sí mismo, y que los guerreros descollantes y los más sabios estadistas, sin hacer valer su obvio derecho al Imperio, se acerquen a la cuna regia hincando la rodilla y declarando su lealtad inviolable? La sátira y la declamación pueden describir estos vulgares tópicos con vivos colores, pero nuestros pensamientos más serios respetarán el provechoso prejuicio que establece una línea de sucesión independiente de las pasiones de la humanidad, y aceptamos gozosos un sistema que imposibilita a la muchedumbre su poder peligroso, y por cierto ideal, de elegir su propio dirigente.

Aislados sosegadamente en nuestra estancia, nos resulta fácil idear imaginarias formas de gobierno en que el cetro se confíe invariablemente al más merecedor, con los votos libres e incorruptibles de la sociedad entera. Pero la experiencia vuelca de un soplo estos castillos en el aire, y nos demuestra que, en

una sociedad extensa, la elección del monarca jamás puede estar en manos de la parte más sabia o más numerosa del pueblo. Sólo el ejército es un cuerpo hermanado para opinar unidamente, y harto poderoso para descollar sobre todos los demás ciudadanos, pero la índole de toda milicia, enviciada a un tiempo por la violencia y la servidumbre, la inhabilita para resguardar una constitución legal o meramente civil, pues la equidad, la humanidad y la ciencia gubernativa son prendas que desconocen en el interior de su fuerza y, por consiguiente, menosprecian en los demás. El valor logrará su estima y la generosidad adquirirá su sufragio, pero el primero de esos méritos muchas veces está encerrado en el pecho más salvaje, y el segundo sólo podrá ponerse en práctica a expensas de los fondos públicos; y uno y otra pueden aunarse en manos de un competidor denodado contra el poseedor del trono.

La preeminencia del nacimiento, corroborada por el tiempo y el concepto popular, es la gala más vistosa y menos envidiada entre la gente. Aquel derecho ya reconocido ataja los intentos facciosos, y la seguridad retrae de toda crueldad al monarca, de modo que al arraigo tenaz de esta aprensión somos deudores de la sucesión pacífica y del régimen apacible de las monarquías europeas, y a su carencia tenemos que atribuir la frecuencia de guerras civiles por cuyos estragos un déspota asiático ha de subir al solio de sus padres. Pero, aun en Oriente, la esfera de la contención suele limitarse a los príncipes de la casa reinante, y tan pronto como el más venturoso competidor le ha quitado el aliento con la espada o la soga, ya no tiene celos de sus ínfimos súbditos. Pero en el Imperio Romano, anegada la autoridad del Senado en el cieno del menosprecio, todo era vaivén y desconcierto. Las familias reales o ilustres de las provincias hacía tiempo realzaban la carroza triunfal de los altaneros

republicanos; las familias ilustres de Roma yacían sepultadas bajo la tiranía de los Césares, y, al verse éstos maniatados con las formalidades republicanas o frustrados repetidamente por su ansiada posteridad,[502] no cabía en los ánimos la menor esperanza de sucesión permanente, pues el derecho al trono, que nadie podía alegar por su nacimiento, se lo apropiaban todos por sus méritos. Tomó vuelo la ambición, liberada de los lazos de la ley y de las preocupaciones, y lo ínfimo del linaje humano podía sin devaneo esperar ascensos en el ejército debidos a su valor o su fortuna, pues con un solo atentado podía arrancar el cetro del mundo a su endeble y malquisto dueño. Muerto Alejandro Severo y encumbrado Maximino, ya ningún emperador podía considerarse afianzado en el solio, y todo bárbaro fronterizo tenía en su mano la posibilidad de aspirar a un asiento tan augusto como peligroso.

Alrededor de treinta y dos años antes de este acontecimiento, cuando el emperador Severo regresaba de una expedición en Oriente, se detuvo en Tracia para celebrar con juegos militares el cumpleaños de Geta, su hijo menor. El gentío se agolpó a raudales para contemplar a su soberano, y un bárbaro, joven de estatura gigantesca, solicitó con ahínco, en su tosco lenguaje, que se le permitiese competir en la lucha. Puesto que podía herirse el orgullo de la milicia si un campesino tracio vencía a un soldado romano, lo enfrentaron a los más robustos, que, uno por uno, hasta la cantidad de dieciséis, quedaron tendidos en el suelo. Se premió el triunfo del campesino con varios regalos y el permiso de alistarse en la tropa. Sabedor de que había llamado la atención del emperador descollando entre un sinnúmero de reclutas al danzar al estilo de su país, corrió hasta el caballo imperial y lo fue siguiendo a pie sin el menor asomo de cansancio en su larga y velocísima carrera. «Tracio —

le dijo Severo—, ¿estás en disposición de luchar después de tu corrida?»; «Sí, señor», replicó el incansable mozo, y en seguida derrotó a siete de los soldados más robustos del ejército. Premiaron su fornida habilidad con un collar de oro, y luego entró a servir en la guardia de caballería que a toda hora acompañaba al soberano.[503] Maximino —éste era su nombre—, aunque nacido en territorio del Imperio, era de una casta mixta de bárbaros, pues su padre era godo, y su madre, de la nación alana. Su denuedo corría siempre parejo a su pujanza, y su natural bravura se fue amansando, o bien disfrazando, mediante el trato con el mundo. En los reinados de Severo y de su hijo ascendió a centurión, gracias al favor y el aprecio de ambos príncipes, el primero de los cuales percibía muy atinadamente el mérito verdadero. La gratitud disuadió a Maximino de servir bajo el asesino de Caracalla, y el honor lo desvió de la afeminación insultante de Heliogábalo. Con el advenimiento de Alejandro, volvió a la corte, y mereció un destino correspondiente a su desempeño y su carrera. Siendo tribuno de la cuarta legión, la disciplinó sobre todas las del ejército; al eco de los soldados que lo llamaban Áyax y Hércules, fue ascendiendo hasta el sumo mando,[504] y si sus modales no hubieran sido toscos, quizás el emperador habría dado a su propia hermana en matrimonio al hijo de Maximino.[505]

Tantas finezas, en vez de afianzar su lealtad, inflamaron más y más la ambición del campesino tracio, que consideraba que su fortuna no era adecuada a sus méritos mientras estuviera obligado a reconocer a un superior. Aunque ajeno a la verdadera sabiduría, su instinto natural le hacía ver que el emperador había desmerecido el afecto de la tropa, y que él podía aumentar esa aversión en su propio provecho. Es sencillo, para la facción y la calumnia, derramar su veneno sobre la administración del mejor

de los príncipes, y acusar incluso a sus virtudes, confundiéndolas arteramente con sus vicios rayanos. La soldadesca acogió halagüeñamente a los emisarios de Maximino, avergonzada de su ignominiosa tolerancia, que por espacio de 13 años había sobrellevado la disciplina impuesta por un sirio afeminado, medroso esclavo de su madre y del Senado. Ya era tiempo, clamaban, de abandonar aquel vestigio inservible de la potestad civil, y encumbrar para príncipe y general a un guerrero de cuenta, criado en los campamentos y práctico en la guerra, que afirmara la gloria y repartiese entre sus compañeros los tesoros del Imperio. Por entonces había un enorme ejército a orillas del Rin, bajo el mando del emperador en persona, que al regresar de la guerra pérsica había tenido que marchar contra los bárbaros de Germania. Encargaron a Maximino el importante trabajo de entrenar y evaluar a los reclutas, y un día (19 de marzo de 235), al entrar en el recinto de los ejercicios, la tropa, sea por impulso propio o por efecto de alguna conspiración, lo aclamó emperador, acalló con los vítores su reñida resistencia y marchó atropelladamente a consumar su rebelión con la muerte de Alejandro Severo.

Hay diversos relatos de las circunstancias de su ejecución, pues los escritores, que suponen que cuando murió no se había enterado de la ingratitud ambiciosa de Maximino, afirman que, después de tomar un refrigerio en presencia del ejército, se recogió a su siesta alrededor de las dos de la tarde, y que una parte de su propia guardia arrolló la tienda imperial y con múltiples heridas asesinó a príncipe tan virtuoso y confiado.[506] Si damos crédito a un relato más verosímil, Maximino, vestido con la púrpura por un crecido destacamento a una distancia de algunas millas del cuartel general, contó para su logro más bien con los reservados intentos que con las demostraciones públicas

del ejército reunido. Alejandro tuvo harta tregua para reinfundir en su tropa sentimientos, aunque involuntarios, de lealtad, que luego arrolló Maximino con su presencia, apadrinando declaradamente a la clase militar, y de forma unánime quedó reconocido como emperador de los romanos por las legiones bulliciosas. El hijo de Mamea se retiró, vencido y desamparado, a su tienda, ansioso por resguardarse al menos de los desacatos de la muchedumbre, pero lo siguieron de cerca un tribuno y algunos centuriones portadores de la muerte, y, en vez de recibir con tesón varonil el golpe inevitable, sus rendidas súplicas e infructuosos alaridos afearon los postreros momentos de su vida y trocaron en menosprecio parte de la justa piedad que debía infundir su desventurada inocencia. Con el hijo feneció la madre, Mamea, a cuya altanería y avaricia acusó él mismo de su exterminio. Sus amigos más fieles fueron sacrificados por la primera furia de la feroz soldadesca; otros fueron reservados para la más deliberada crueldad del usurpador, y los que experimentaron el trato más suave fueron arrancados de sus empleos y arrojados afrentosamente de la corte y del ejército.[507]

Los tiranos antiguos, Calígula, Nerón, Cómodo y Caracalla, eran todos jovenzuelos bisoños y disolutos,[508] criados en la púrpura y corrompidos por el orgullo del Imperio, el boato de Roma y la traidora voz de los halagos. Otra era la fuente de las crueldades de Maximino, a saber, el temor al menosprecio, pues aunque se afianzaba en el amor de sus soldados que se le prendaban por la semejanza de su carácter, le constaba que sus orígenes bárbaros y soeces, su aspecto bravío y su absoluta ignorancia de las artes e instituciones de la vida civil[509] se contraponían desfavorablemente a los modales halagüeños del desventurado Alejandro. Recordaba que, en sus días más humildes, solía pararse ante los umbrales de los altaneros nobles

de Roma, rechazado por la insolencia de sus esclavos; recapacitaba también en las finezas de los pocos que lo habían amparado y esperanzado en su ínfima situación, pero tanto los esquivos como los favorecedores del tracio eran responsables del mismo delito, esto es, el conocimiento de su origen oscuro. Fenecieron muchos por esta culpa, y, con la ejecución de sus bienhechores, Maximino publicó, con caracteres de sangre la imborrable historia de su ruindad y su ingratitud.[510]

Ante la más leve sospecha, el alma lóbrega y exterminadora del tirano siempre se manifestaba contra los súbditos más ilustres por sus virtudes o su nacimiento, y a la mínima señal de traición se sobresaltaba con ilimitada y empedernida crueldad. En una conspiración imaginada o verdadera contra su vida, Magno, senador consular, le pareció el principal responsable, y sin testigos, ni pruebas ni asomo de defensa, fue muerto con cuatro mil de sus supuestos cómplices. Una nube de espías y delatores emponzoñaba Italia y el Imperio todo, y, con la más leve acusación, la primera nobleza romana, que había gobernado provincias, mandado ejércitos y se había realzado con blasones consulares o triunfales, salía prisionera en carruajes públicos y arrastrada hasta la presencia del emperador. La confiscación, el destierro o sencillamente la muerte se consideraban peregrinos rasgos de suavidad, pues a veces mandaba coser a las víctimas en pieles de animales muertos recientemente, echar otras a las fieras, o bien acabarlas a mazazos. No se dignó a visitar Roma ni Italia en los tres años de su reinado, pues en su campamento, alternativamente a las orillas del Rin o del Danubio, se erguía el solio de su despotismo, que pisoteaba toda ley o justicia y estaba sostenido por el poderío entronizado de la espada.[511] En el gobierno civil no lo acompañaba sujeto alguno de ilustre nacimiento, de prendas o de ciencia, y la corte de un emperador

romano ofrecía el remedo de aquellos antiguos capataces de esclavos o gladiadores, cuyo montaraz poderío todavía dejaba en los ánimos huellas de pavor y de aborrecimiento.[512]

Mientras Maximino ciñó sus crueldades a la jerarquía de los senadores o de denodados aventureros, que en la corte o bien en las huestes enfrentan los antojadizos vaivenes de la suerte, el pueblo en su conjunto observaba sus padecimientos con desapego, cuando no con placer, mas la codicia del tirano, espoleada por los insaciables anhelos de la soldadesca, asaltó por fin la propiedad pública. Cada ciudad del Imperio poseía sus rentas propias, destinadas a abastecerse de trigo y costear los juegos y recreos generales, y todo ese caudal quedó, mediante un solo acto de absolutismo, incorporado al tesoro imperial. Los templos perdieron todas sus ofrendas de plata y oro, y las estatuas de dioses, héroes o emperadores se fundieron y se usaron para acuñar moneda. Mas estas desaforadas disposiciones no podían llevarse a cabo sin alborotos y matanzas, y en varios parajes el pueblo prefirió morir en defensa de sus aras que, en medio de la paz, ver sus ciudades expuestas a la rapiña y la crueldad de la guerra. Los mismos soldados que participaban de tan sacrílego saqueo se avergonzaban, y, por más encallecidos que estuviesen por sus violentas demasías, temían las fundadas reconvenciones de amigos y deudos. El furioso alarido estalló de extremo a extremo, implorando venganza contra el común enemigo del linaje humano, y finalmente, por una mera tropelía privada, una provincia apacible y destruida se arrojó a tremolar contra él su estandarte de rebelión.[513]

El procurador de África era un sirviente apropiado para tal dueño, que graduaba las multas y las confiscaciones de los ricos como el ramo más productivo de la renta imperial. Bajo este concepto se pronunció una inicua sentencia contra algunos

jóvenes opulentos del país (abril de 237), que iba a despojarlos de gran parte de su patrimonio; en esta situación límite, la desesperación les hizo tomar una decisión que iba a evitar o bien a consumar su exterminio. Durante la tregua de tres días concedida a duras penas por el insaciable tesorero, aprontaron de sus mismas haciendas un sinnúmero de esclavos y labradores rendidos al albedrío de sus dueños en forma ciega, y armados rústicamente con hoces y mazas. Los caudillos de la empresa, recibidos en audiencia por el procurador, lo atravesaron con sus dagas que habían encubierto con sus ropajes, y, con la protección de sus allegados en tropel, se apoderaron del pueblecillo de Tisdro[514] y enarbolaron el pendón de su rebeldía contra el soberano de todo el Imperio. Esperanzados en el odio general contra Maximino, y acordes en contraponer al aborrecido tirano un emperador cuyas prendas apacibles le habían ya granjeado el cariñoso aprecio de los romanos y cuya trascendencia en la provincia proporcionaba sumo peso a la empresa, se sorprendieron de que Gordiano, su procónsul y el objeto de su elección, rehusase con sincero tesón aquel peligroso ensalzamiento, y les pidiese muy lloroso que le permitieran acabar en paz su larga e inocente carrera, sin mancillar su quebrantada ancianidad con la sangre civil. Las amenazas lo obligaron a aceptar la púrpura imperial, que ya era su único resguardo contra la celosa crueldad de Maximino, puesto que, según las deducciones de todo tirano, quienes se consideran acreedores al trono son reos de muerte, y cuantos se ponen a deliberar son ya rebeldes.[515]

La familia de Gordiano era una de las más esclarecidas del Senado, pues por la línea paterna descendía no menos que de los Gracos, y por la materna, del emperador Trajano. Sus extensas posesiones le proporcionaban el esplendor correspondiente a la

dignidad de su nacimiento, y, al disfrutarlo, demostraba buen gusto y rasgos benéficos. El palacio de Roma, antigua morada del gran Pompeyo, había sido durante varias generaciones propiedad de la familia de Gordiano,[516] y descollaba con grandiosos trofeos de victorias navales y con el realce de pinturas exquisitas. Su quinta sobre la carretera de Preneste era muy elogiada por los hermosos y anchísimos baños, por tres magníficos salones de 100 pies de longitud y por un suntuoso pórtico, afianzado sobre doscientas columnas de cuatro tipos del mármol más caro y original.[517] Los espectáculos costeados por él, que agasajaban al pueblo con centenares de fieras y gladiadores,[518] excedían al parecer los alcances de un súbdito, y mientras la esplendidez de otros magistrados se limitaba a pocas funciones en el recinto de Roma, el garboso Gordiano las extendía a todos los meses del año, y luego, durante su consulado, a las principales ciudades de Italia. Obtuvo ese cargo dos veces, por parte de Caracalla y de Alejandro, pues tenía la habilidad de granjearse el aprecio de los príncipes honorables sin despertar los celos de los tiranos. Dedicó su larga vida al estudio y el desempeño pacífico de los empleos de Roma, y, hasta ser nombrado procónsul de África por aclamación del Senado y aprobación de Alejandro,[519] al parecer se desentendió juiciosamente del mando de los ejércitos y del gobierno de las provincias. Mientras vivió aquel emperador, África fue venturosa con su régimen, y después de que el trono fuera usurpado por el bárbaro Maximino, Gordiano alivió los padecimientos que no podía evitar. Pasaba de los ochenta años cuando aceptó dolorosamente la púrpura, postrera e inestimable reliquia de la época de los Antoninos, cuyas virtudes retrató con su conducta y celebró en un poema de 30 cantos. Quedó igualmente declarado emperador su hijo, que lo acompañó

como teniente a África. Sus costumbres no eran tan acendradas, pero su carácter era tan amigable como el de su padre. Veintidós amantes declaradas y 62 000 volúmenes acreditan la variedad de sus propensiones, y se puede observar por sus escritos que unas y otros eran más para su ejercicio que para mera ostentación.[520] El pueblo de Roma rastreaba en las facciones del joven Gordiano las de Escipión el Africano, se complacía en recordar que su madre era nieta de Antonino Pío y tenía esperanzas en aquellas virtudes que hasta entonces —suponía afectuosamente — habían estado encubiertas por el ocio y el boato de su vida privada.

Una vez que se pacificó el tumulto de la elección popular, los Gordianos se trasladaron a Cartago. Fueron aclamados por los africanos que honraban tanta virtud y que, desde la visita de Adriano, jamás habían contemplado la majestad de un emperador, pero este bullicio insustancial no fortalecía ni ratificaba el nombramiento, y así, por sistema y por interés, acordaron solicitar la aprobación del Senado y enviar sin demora a Roma una delegación de los más nobles provinciales para describir y justificar la conducta de sus compatriotas, que, después de sufrir pacientemente durante mucho tiempo, estaban por fin resueltos a actuar con vigor. Las cartas de los nuevos príncipes eran modestas y respetuosas; ocultaban la presión que los había obligado a aceptar el título imperial, y sometían su elección y su suerte al supremo juicio del Senado.[521]

El acuerdo del Senado fue unánime y terminante, pues el origen de los Gordianos y sus alianzas con la nobleza los vinculaban a las más ilustres casas de Roma. Su fortuna les había proporcionado muchos adeptos en aquel cuerpo, y sus méritos, un gran número de amigos. Su apacible administración abrió la halagüeña perspectiva del restablecimiento, no sólo del gobierno

civil, sino también del republicano. El terror a la prepotencia militar, que primero obligó al Senado a olvidar el asesinato de Alejandro, y después, a ratificar la elección de un labriego bárbaro,[522] ahora producía el efecto contrario, y lo animaba a desagraviar los lastimados derechos de libertad y humanidad. El odio de Maximino al Senado era tan manifiesto como implacable: ni la mayor sumisión habría logrado apaciguarlo, ni la más cautelosa inocencia hubiera podido desvanecer sus recelos. Incluso la preocupación por su propia seguridad los obligaba a compartir una empresa de cuyo daño serían las primeras víctimas. Estas particularidades, juntamente con otras más reservadas, se debatieron en una reunión preliminar entre el cónsul y los magistrados. Una vez que se han puesto de acuerdo, convocan a todo el Senado en el templo de Cástor, con el sigilo del sistema antiguo,[523] calculado para despertar su atención y encubrir sus decretos. «Padres conscriptos —dice el cónsul Silano—, los dos Gordianos, ambos consulares, el uno vuestro procónsul y el otro vuestro teniente, se han declarado emperadores con avenencia general de África. Demos gracias —continuó denodadamente— a la juventud de Tisdro, démoselas al leal pueblo de Cartago, que nos ha liberado de un monstruo tan horroroso. ¿Por qué causa me estáis oyendo tan tibia, tan medrosamente? ¿A qué vienen esas recíprocas miradas, tan ansiosas? ¿Por qué titubear? Maximino es enemigo público, ¡y así fenezca luego su enemistad con él, y así gocemos por largo plazo de la cordura y la felicidad de Gordiano el padre, y del arrojo y tesón de Gordiano el hijo!»[524] El ímpetu bizarro del cónsul se lleva tras de sí el Senado entero, y, por un decreto unánime, queda ratificada la elección de los Gordianos; Maximino, su hijo y sus allegados son declarados enemigos de la patria, y se ofrecen cuantiosas recompensas a quienes tengan el

arrojo y la dicha de acabar con ellos.

En ausencia del emperador, permanecía en Roma un destacamento de la guardia pretoriana para defender, o más bien sojuzgar, a la capital. El prefecto Viteliano se había destacado por su fidelidad a Maximino, al cumplir y aun anticipar los mandatos más crueles del tirano, y sólo con su muerte cabía salvar la autoridad del Senado y las vidas de sus integrantes en trance tan congojoso. Encargaron a un cuestor y a varios tribunos quitarlos de en medio, antes que se conociese el arrojado acuerdo. Ejecutaron la orden con idénticos arrojo y logro, y enarbolando las dagas ensangrentadas, corrieron por las calles proclamando al pueblo y a la tropa la venturosa revolución. El entusiasmo de la libertad fue secundado por promesas de cuantiosos donativos en tierras y dinero; las estatuas de Maximino fueron derribadas; la capital del Imperio, gozosa, aclamó la autoridad del Senado y de ambos Gordianos, [525] y la Italia entera siguió el ejemplo de Roma.

Ahora descollaba el valor en aquella Asamblea cuya prolongada tolerancia había estado padeciendo las ofensas de un despotismo antojadizo y del desenfreno militar. El Senado tomó con decoroso brío las riendas del gobierno y se preparó para desagraviar con las armas la causa de la libertad. No fue difícil escoger, entre los senadores de ilustre mérito e íntimos de Alejandro, hasta 20 de acreditado desempeño en la paz y en la guerra. Se les confió la defensa de Italia, haciendo que cada uno se apropiara de su distrito, autorizándolos a alistar y disciplinar a la juventud italiana, y recomendándoles ante todo la fortificación de los puertos y las carreteras contra la inminente invasión de Maximino. Al mismo tiempo, se envió un gran número de senadores y caballeros descollantes, en calidad de delegados, a los gobernadores de las provincias, a fin de que los

amonestaran con ahínco para que acudieran al amparo de la patria, y recordaran a las naciones los antiguos vínculos de hermandad con el Senado y el pueblo romanos. El respeto con que, por lo general, se recibió a estos diputados, y el afán de Italia y las provincias a favor del Senado, prueban sobradamente que los súbditos de Maximino se hallaban en el apuro de un pueblo que tiene más que temer a la opresión que a la resistencia, y el convencimiento de tan amarga verdad infundió un furor tenaz, que apenas asoma en las guerras civiles fomentadas astutamente en beneficio de un bando o de sus caudillos.[526]

Sin embargo, mientras este ahínco por la causa de los Gordianos se iba explayando, ellos ya no existían (3 de julio de 237). La endeble corte de Cartago se sobresaltó a causa de la rápida llegada de Capeliano, gobernador de Mauritania, quien, con un destacamento de veteranos y una desaforada hueste de bárbaros, embistió a una provincia leal pero poco aguerrida. El joven Gordiano se arrojó sobre el enemigo, capitaneando su escasa guardia y una muchedumbre indisciplinada, educada en el lujo y la afeminación de Cartago, y así su infructuoso denuedo tan sólo le proporcionó una muerte ilustre en el campo de batalla. Su anciano padre, cuyo reinado no pasó de treinta y seis días, puso fin a su vida a la llegada de esa noticia. Cartago, indefensa, abrió sus puertas al vencedor, y así vino a quedar África a merced de un esclavo, obligado a saciar la inhumanidad de su dueño con una larguísima serie de tesoros y de sangre.[527]

Despavorida quedó fundadamente Roma a causa del final que sufrieron los Gordianos. El Senado, reunido en el Templo de la Concordia, aparentó despachar los negocios corrientes, soslayándose al parecer con trémula congoja de arrostrar el peligro general y el suyo propio. Prevaleció en la Asamblea una

consternación silenciosa, hasta que un senador, del nombre y la familia de Trajano, arengó a sus exánimes compañeros. Les dijo que ya no les cabía el tomar medidas pausada y cautelosamente; que Maximino, de suyo implacable y ahora exacerbado con tan sumos agravios, se encaminaba a Italia, acaudillando la milicia entera del Imperio; que se hallaban reducidos a la alternativa de salirle al encuentro valientemente en el campo de batalla o aguardar con sumisión los martirios y la muerte afrentosa correspondientes a una rebeldía desventurada. «Se han malogrado —continuó— dos príncipes preciosos, pero, a menos que nos desahuciemos a nosotros mismos, con los Gordianos no fenecieron las esperanzas de la República. Varios son los senadores capaces de sostener con su virtud y desempeño la dignidad imperial; nombremos, pues, dos emperadores, uno para acaudillar la guerra contra el enemigo público, y el otro para desempeñar en Roma los negocios civiles; desde luego, cargo sobre mí todo el peligro del caso, proponiendo a Máximo y a Balbino. Ratificad en fin mi propuesta, padres conscriptos, o nombrad en su lugar otros más dignos del Imperio.» La zozobra de la situación acalló los celos; se reconoció sin oposición el mérito de los candidatos, y resonó el consistorio con aclamaciones entrañables: «¡Vivan y triunfen los emperadores Máximo y Balbino! ¡Sed tan dichosos en vuestro desempeño como lo sois ya en el concepto que merecéis del Senado!».[528]

Las virtudes y la fama de los nuevos emperadores correspondían a las más optimistas esperanzas de los romanos. La variada naturaleza de sus habilidades los destinaba a las diversas responsabilidades de la paz y la guerra, sin dar cabida a celosas competencias. Balbino descollaba en la oratoria y en la poesía, y se acreditó igualmente como magistrado, ejercitando con desprendimiento y aceptación el gobierno civil en casi todas

las provincias interiores del Imperio. Su origen era hidalgo;[529] sus riquezas, grandiosas, y sus modales, finos y expresivos, con decorosa afición a los recreos, sin menoscabo de sus alcances en todo género de negocios. Más denodada era la índole de Máximo, pues, ascendido por su denuedo e inteligencia desde su humilde cuna a lo sumo de la milicia y del Estado, sus victorias sobre los sármatas y los germanos, la austeridad de su vida y la estricta imparcialidad de su forma de administrar justicia cuando era prefecto de la ciudad lo encumbraron al aprecio entrañable del pueblo, a pesar de que éste estimaba al amable Balbino. Ambos ya habían sido cónsules (y Balbino, hasta tres veces); eran de los veinte nuevos tenientes del Senado, y puesto que uno tenía sesenta años y el otro, setenta y cuatro,[530] se hallaban ya igualmente en la madurez de la edad y de la experiencia.

Después de que el Senado puso en manos de Balbino y de Máximo igual porción de las potestades consular y tribunicia, con el título de Padres de la Patria y la unida dignidad de sumos pontífices, subieron al Capitolio para dar gracias a los dioses protectores de Roma.[531] Una sedición popular perturbó los solemnes ritos del sacrificio, pues la muchedumbre desmandada no apetecía la entereza de Máximo ni respetaba la mansedumbre de Balbino. El gentío se agolpó junto el templo de Júpiter, clamando por su derecho de intervención para el nombramiento del soberano, y pedía, con moderación aparente, que, además de los dos emperadores elegidos por el Senado, se nombrase otro de la familia de los Gordianos, como remuneración a los príncipes que habían sacrificado sus vidas por la República. Máximo y Balbino intentaron someter a los alborotados al frente de las guardias urbanas y de la juventud del orden ecuestre, pero la muchedumbre los rechazó con palos y piedras hasta el

Capitolio. Es sensato condescender cuando la contienda, prescindiendo de su éxito, ha de redundar en daño de ambas partes; un niño de trece años, nieto del Gordiano mayor y sobrino del menor, fue presentado al pueblo con las insignias y el título de César. Con esta fácil concesión se aplacó el alboroto, y ambos emperadores, ya reconocidos pacíficamente en Roma, comenzaron a prepararse para neutralizar en Italia al enemigo común.

Mientras en Roma y en África las revoluciones se sucedían con asombrosa rapidez, el pecho de Maximino se agitaba a causa de las más furiosas pasiones. Cuentan que recibió la noticia de la rebelión de los Gordianos y el decreto del Senado contra él, no con la destemplanza de un hombre, sino con la saña de una fiera, y, como no podía cebarla en el remoto Senado, amenazaba de muerte a su hijo, a sus amigos y a cuantos se atrevían a acercársele. A la grata noticia de la muerte de los Gordianos siguió de inmediato el conocimiento de que el Senado, dejando a un lado toda esperanza de indulto o convenio, los había reemplazado con dos emperadores de cuyos méritos Maximino estaba enterado. El único alivio para su desesperación era la venganza, y la venganza sólo se podía alcanzar por medio de las armas. Alejandro había reunido la fuerza de las legiones de todos los puntos del Imperio, y tres aventajadas campañas contra los germanos y los sármatas habían encumbrado la fama de aquéllas, robustecido su disciplina e incluso aumentado su número, pues se le agregó la flor de la juventud bárbara. La vida de Maximino había sido únicamente guerrera, y una historia veraz no puede menos que retratarlo como soldado valeroso y caudillo experto y entendido.[532] Era de suponer que un príncipe de tal índole, en vez de dar tregua a la rebelión para que ésta pudiera acrecentarse, se apurase desde las márgenes del

Danubio hasta las del Tíber, y que su hueste victoriosa, estimulada por su desprecio al Senado y ansiosa por apoderarse de la rica presa de Italia, ansiara en el alma llevar a cabo tan fácil y lucrativa conquista. Mas, en cuanto cabe atenerse a la oscura cronología de aquella época,[533] parece que las operaciones de alguna guerra externa postergaron la expedición a Italia hasta la primavera siguiente. Por la conducta atinada de Maximino se puede inferir que las facciones bravías de su estampa fueron recargadas por una mano apasionada; que sus impulsos, aunque arrebatados, se avenían a los dictámenes de la razón, y que al bárbaro le cupieron en parte algunas prendas de Sila, quien sojuzgó a los enemigos de Roma antes de acudir a su propio desagravio.[534]

Cuando el ejército de Maximino llegó, en excelente orden, a la falda de los Alpes Julianos, todos quedaron despavoridos por el silencio y el desamparo que reinaban en las fronteras de Italia, pues aldeas y pueblos yacían desiertos; los rebaños habían sido desviados; las provisiones, trasportadas o consumidas; los puentes estaban destrozados, y no había asomo de abrigo ni subsistencia para el invasor. Tal fue la atinada disposición de los generales del Senado, cuyo intento era postergar la guerra, destruir el ejército de Maximino mediante el hambre y frustrar su poderío con los sitios de las principales ciudades de Italia, que surtieron de gente y provisiones del país desamparado. Aquileya recibió y resistió el primer embate, y las dos corrientes que descienden de las cumbres del golfo Adriático, incrementadas a causa del derretimiento de las nieves de invierno,[535] atajaron inesperadamente a Maximino. Por fin, sobre un extraño puente construido sobre enormes toneles, trasladó su ejército a la margen opuesta, arrancó los vistosos viñedos de las cercanías de Aquileya, arrasó sus suburbios y empleó la madera de sus

edificios en las máquinas y los torreones con los cuales embistió a la ciudad en todos sus sitios. Los muros, abatidos durante la seguridad de una paz dilatada, fueron reparados rápidamente para el repentino trance, pero la poderosa defensa se cifraba en el tesón de los habitantes, que unánimemente, en vez de apocarse, se enardecieron con lo sumo del peligro y el conocimiento del empedernido carácter del tirano. Sostenían y amaestraban su denuedo Crispino y Menófilo, dos de los veinte tenientes del Senado que, con un destacamento de veteranos, habían entrado en la plaza sitiada. La hueste de Maximino fue rechazada en repetidos avances, y sus máquinas, destruidas por cascadas de artificiales fuegos; el bizarro entusiasmo de los aquileyos se exaltó confiadamente con el convencimiento de que Beleno, su deidad tutelar, estaba peleando en persona en defensa de sus malparados devotos.[536]

El emperador Máximo se adelantó hasta Ravena, para afianzar aquella importante plaza y avivar los preparativos militares, y contempló el desarrollo de la guerra en el más confiable espejo de la razón y la política. Era harto manifiesto que un pueblo aislado mal podía neutralizar el embate de un ejército grandioso, y Máximo temía que el enemigo, prescindiendo de Aquileya por su aferrado tesón, levantase de improviso aquel infructuoso sitio y se encaminase precipitadamente a Roma. El destino del Imperio y la causa de la libertad dependían entonces del trance de una refriega, y ¿con qué armas podía enfrentar a las veteranas legiones del Rin y el Danubio? Con alguna tropa recién formada por la juventud generosa, pero desvalida, de Italia, y un cuerpo de germanos auxiliares, de cuya entereza era peligroso depender en un momento crítico. En medio de estos sobresaltos, una conspiración interna castigó las maldades de Maximino y liberó

a Roma y al Senado de los desastres que forzosamente iba a acarrear la victoria de un furioso bárbaro.

Aquileya no había experimentado los quebrantos de todo sitio, y en el ámbito de su recinto aún poseía provisiones almacenadas y fuentes que le proporcionaban agua fresca a raudales, mientras que los soldados de Maximino adolecían de intemperies, epidemias y hambre, pues el país estaba asolado, y los ríos, teñidos de sangre y emponzoñados con cadáveres. Un espíritu de desesperación y hostilidad embargó a las tropas, y como se hallaba por completo atajada, supuso que todo el Imperio había abrazado la causa del Senado y que ellas habían sido dejadas en holocausto ante las murallas de Aquileya. La índole bravía del tirano estaba más y más airada con sus malogros, que atribuía a la cobardía de los suyos, y sus arbitrarias e intempestivas crueldades, en vez de amedrentar, infundían odio y deseo de venganza. Una porción de la guardia pretoriana, que estaba en zozobra por sus esposas y sus hijos en el campamento de Alba, cerca de Roma, ejecutó la sentencia del Senado. Maximino, desamparado por su guardia, fue muerto en su tienda con su hijo Anulino —a quien había asociado en la púrpura—, el prefecto y demás ministros de su tiranía.[537] La vista de sus cabezas enarboladas sobre picas hizo manifiesto para los aquileyos el final del sitio. Abrieron de par en par sus puertas y abastecieron con su abundantísimo mercado a las hambrientas tropas de Maximino, hermanándose con sus vehementes declaraciones de lealtad al Senado y el pueblo de Roma, y a sus legítimos emperadores Máximo y Balbino.

Éste fue el merecido paradero de un ser irracional, ajeno a cuanto ensalza a un ser civilizado, e incluso a una criatura humana. Su cuerpo era acorde con su alma. La estatura de Maximino excedía los ocho pies, y se refieren particularidades

casi increíbles de su fuerza y su apetito,[538] al punto que, si hubiera vivido en un siglo menos ilustrado, la tradición y la poesía lo habrían descrito como uno de esos monstruosos gigantes cuyo poderío sobrenatural se encarnizaba en el exterminio de la raza humana.

Aventaja a toda descripción el regocijo del orbe romano con la muerte de aquel monstruo; la noticia, según dicen, llegó de Aquileya a Roma en cuatro días. Al llegar Máximo en triunfal procesión, le salieron al encuentro su compañero y el joven Gordiano, y los tres príncipes hicieron su entrada en la capital con la comitiva de enviados de todas las ciudades de Italia. Fueron agasajados con esplendorosas ofrendas de agradecimiento y de superstición, y recibidos con entrañables aclamaciones del Senado y el pueblo, que pensaron que había llegado la edad de oro, tras la ya acabada edad de hierro.[539] La conducta de ambos emperadores correspondió a esta expectativa, pues administraban justicia personalmente y la entereza del uno se doblegaba a la clemencia del otro. Los violentos impuestos de Maximino sobre herencias y sucesiones fueron anulados o reducidos; se restableció la disciplina, y los ministros imperiales, ansiosos por reponer una constitución civil sobre las ruinas de la tiranía militar, con dictamen del Senado promulgaron varias leyes atinadas. «¿Qué recompensa podemos esperar por liberar a Roma de un monstruo?», fue la pregunta de Máximo en un momento de libertad y confianza, y Balbino le contestó sin titubear: «El cariño del Senado, del pueblo y de todo el linaje humano». «¡Ay! —le replicó su compañero, más perspicaz— ¡Ay de mí! Estoy temiendo el odio de la soldadesca y las infaustas consecuencias de su encono.»[540] Sus aprensiones estuvieron sobradamente justificadas por los acontecimientos.

Mientras Máximo se preparaba para resguardar a Italia

contra el enemigo común, Balbino, en Roma, se empeñaba en escenas sangrientas y de discordias internas. El Senado adolecía de celos y desconfianza, y hasta en los templos donde se juntaban los senadores solían llevar sus armas, patentes o encubiertas. En medio de sus deliberaciones, dos veteranos de la guardia, a impulsos de su curiosidad o de algún motivo siniestro, tuvieron la osadía de internarse en el consistorio, más allá del ara de la victoria. Galícano, senador consular, y Mecenas, senador pretoriano, miraron con ira a los intrusos, sacaron sus dagas y dejaron muertos a los espías —pues por tales los conceptuaron— al pie del altar. Luego avanzaron hasta el umbral del Senado y exhortaron desatinadamente a la muchedumbre para que acabase con los pretorianos, como allegados secretos del tirano. Los que se salvaron de aquella desbaratada furia se refugiaron en su campamento, que defendieron aventajadamente contra los redoblados embates del pueblo, que estaban apoyados por varias cuadrillas de gladiadores que pertenecían a los nobles más opulentos. La guerra civil duró algunos días, con sumo quebranto y trastorno por ambas partes. Las cañerías que daban agua al campamento fueron cortadas, lo que dejó apuradísimos a los pretorianos, mas luego eran ellos los que salían arrojadamente sobre la ciudad, incendiaban casas y regaban las calles con sangre ciudadana. El emperador Balbino se esmeró, mediante edictos y treguas infructuosas, en hermanar los partidos de Roma, pero la ojeriza, aunque primero amainó un tanto, luego se desenfrenó con mayor violencia. La soldadesca, aborreciendo al Senado y al pueblo, menospreciaba la debilidad de un príncipe que carecía de aliento o de potestad para imponer obediencia a los súbditos. [541]

Tras la muerte del tirano, aquella formidable hueste reconoció, más por necesidad que por elección, la autoridad de

Máximo, que de inmediato se trasladó al campamento ubicado junto a Aquileya. Después de que los soldados prestaran juramento, les habló con sobriedad y mansedumbre; se lamentó, sin acusar, de los desaforados extravíos de la época, y les aseguró que, de toda su conducta anterior, el Senado tan sólo recordaría su separación generosa del tirano y su voluntario regreso al cumplimiento de sus obligaciones. Máximo corroboró su exhorto con un cuantioso donativo, purificó solemnemente el campamento con un sacrificio expiatorio y los fue despidiendo para varias provincias, embargados, tal como él esperaba, de sentimientos de gratitud y de obediencia.[542] Mas no cabía doblegar la altanería de los pretorianos, pues si bien escoltaron a los emperadores en el día memorable de su entrada grandiosa en Roma, en medio de tanta aclamación, el semblante abatido y adusto de la guardia manifestaba a las claras que se consideraban ellos mismos el objeto, y no los partícipes del triunfo. Reunido el cuerpo todo en el campamento, tanto los que habían estado a las órdenes de Maximino como los que habían permanecido en Roma, gradualmente se fueron comunicando sus cuitas y querellas. Los emperadores nombrados por la tropa fenecieron con afrenta y seguían imperando los elegidos por el Senado,[543] y la dilatada desavenencia entre la potestad militar y la civil se había zanjado con una guerra que fue victoriosa para la segunda. Ahora los soldados debían aprender una nueva doctrina de sumisión al Senado, y, por más clemencia que aparentase este cuerpo político, temían una lenta venganza con el grandioso nombre de disciplina, y encubierta con el pretexto vistoso del bien público. Mas su destino todavía se hallaba en sus propias manos, y, si tenían coraje para menospreciar el pavor de una república desvalida, era muy fácil convencer al orbe entero de que aquellos que eran dueños de las armas también lo eran del

mando del Estado.

Al nombrar el Senado sus dos príncipes, es verosímil que, además de la razón manifiesta de acudir a las diversas urgencias de la paz y de la guerra, haya influido en él un reservado anhelo de quebrantar, mediante esa división, el despotismo del magistrado supremo. La política fue eficaz, mas redundó en daño de los emperadores y también del Senado. Celosos a causa de la competencia del poderío, aquéllos se enemistaron más y más por la contraposición de sus temperamentos, pues Máximo menospreciaba a Balbino como a noble lujoso, y éste le correspondía en su desdén por considerarlo un soldado del populacho. Esta discordia era más comprendida que vista,[544] pero esa mutua percepción les imposibilitaba aunarse para tomar efectivas disposiciones contra el enemigo común, el campamento pretoriano. Cuando toda la ciudad estuvo ocupada en los juegos capitolinos, los emperadores quedaron solos en su palacio, y de improviso los asaltó un tropel de malvados asesinos. Ajenos uno y otro a sus pasos y sus intentos, por habitar viviendas muy separadas, malograron el trance con sus contiendas insustanciales y sus acusaciones infructuosas. Los pretorianos zanjaron la fútil reyerta; apresaron a los emperadores del Senado, pues así los apodaban con malvado menosprecio, los despojaron de sus ropajes y los fueron arrastrando por las calles, con el fin de darles una muerte lenta e inhumana. El temor a que los fieles germanos de la guardia imperial los rescatasen acortó su martirio, y sus cadáveres, lisiados con miles de heridas, quedaron expuestos al escarnio o la compasión de la plebe.[545]

Acuchillados seis príncipes en el espacio de pocos meses, Gordiano, titulado ya César, fue el único individuo que se ofreció ante la soldadesca como adecuado para ocupar el solio vacante.[546] Lo arrebataron al campamento, y unánimemente lo

aclamaron emperador y Augusto. Su nombre era grato al Senado y al pueblo; su tierna edad prometía impunidad al desenfreno militar, y la avenencia de Roma y las provincias al nombramiento de la guardia pretoriana salvó a la República, a costa en verdad de su independencia y señorío, de las atrocidades de otra guerra civil en el corazón de la misma capital.[547]

Como el tercer Gordiano sólo tenía diecinueve años al momento de su muerte, la historia de su vida, aun cuando nos constase con la precisión que nos falta, sólo se extendería a los pormenores de su educación y a la conducta de los ministros que alternativamente guiaron su candorosa juventud o abusaron de ella. Después de nombrado, quedó en manos de los eunucos de su madre, aquella ponzoñosa carcoma de Oriente que desde los días de Heliogábalo plagaba el palacio de Roma. A causa de la recóndita conspiración de estos miserables, se tendió un velo densísimo entre el inocente príncipe y sus acosados súbditos; la propensión honorable de Gordiano quedó frustrada, y los honores del Imperio fueron vendidos sin su noticia, aunque públicamente, a la rematada bastardía. Ignoramos por qué venturoso azar el emperador pudo liberarse de tan afrentosa servidumbre y depositar su confianza en un ministro cuyos atinados consejos se orientaban a la gloria del soberano y la dicha del pueblo. Parecería que el afán por el estudio proporcionó a Misiteo la privanza de Gordiano. El joven príncipe se desposó con la hija de su maestro de retórica y encumbró al suegro a los primeros empleos del Imperio. Nos quedan todavía dos cartas asombrosas, en las que el ministro, con el señorío de la virtud, se congratula con Gordiano por su redención de la tiranía de los eunucos,[548] y mucho más por conceptuar él mismo el valor de tanto logro, y el emperador

reconoce con agraciado rubor los yerros de su desgobierno y llora con sumo tino el desconsuelo de un monarca a quien una cuadrilla venal de palaciegos se afana por encubrir la verdad.[549]

Misiteo se había dedicado a las letras, y nunca a las armas, mas, tan flexible era el ingenio de aquel sabio, que al ser nombrado prefecto pretoriano desempeñó la parte militar de su cargo con acertada entereza. Los persas habían invadido la Mesopotamia y estaban amenazando a Antioquía; persuadido por su suegro, el joven emperador dejó la comodidad de Roma, abrió, por la última vez mencionada en la historia, el templo de Jano y se dirigió a Oriente. A su llegada con la poderosa hueste, los persas retiraron cuantas guarniciones habían ido dejando en los puntos conquistados, y transpusieron el Éufrates en dirección al Tigris. Gordiano logró la complacencia de participar al Senado la primera ventaja de sus armas, atribuyéndola con decorosa modestia y gratitud a la sabiduría de su padre y prefecto. En la expedición, Misiteo celaba el resguardo y la disciplina del ejército, evitando sus peligrosas murmuraciones con el abasto cumplido del campamento y acopiando colmadamente vinagre, jamones, paja, cebada y trigo en todos los pueblos rayanos.[550] Mas la prosperidad de Gordiano llegó a su fin juntamente con Misiteo, quien murió de un flujo, y no sin vehementes sospechas de veneno. Filipo, sucesor suyo en la prefectura, era árabe de nacimiento, y por lo tanto salteador de profesión en sus primeros años, y su ensalzamiento de aquella estrechez hasta los primeros cargos del Imperio parece demostrar que era un conductor intrépido y capaz, pero su denuedo le dio alas para aspirar hasta al trono, y su habilidad se dedicó a derribar y no a servir a su bondadoso dueño. La soldadesca se encolerizó a causa de una escasez artificial en el campamento, fraguada por su maldad, y la

necesidad de la tropa se atribuyó a la juventud e insuficiencia del príncipe. No cabe rastrear ahora los estudiados pasos de la conspiración oculta y de la asonada manifiesta que finalmente derrocaron a Gordiano. Se alzó un monumento sepulcral a su memoria, en el sitio[551] donde fue muerto, cerca de la confluencia del Éufrates con el riachuelo Aboras.[552] El venturoso Filipo, encumbrado por los votos de los soldados al Imperio, halló pronta obediencia en el Senado y en las provincias.[553]

No podemos menos que citar la descripción ingeniosa, aunque un tanto imaginativa, de un célebre escritor de estos tiempos sobre el gobierno militar del Imperio Romano. «Lo que entonces se denominaba Imperio Romano era tan sólo una república desmandada, parecida a la aristocracia[554] de Argel,[555] donde la milicia, árbitra de la soberanía, nombra o depone un magistrado al que llaman rey. Quizás en verdad se puede dar por sentado que un gobierno militar es a ciertas luces más republicano que monárquico. Y no cabe el decir que los soldados sólo participaban del gobierno por su desobediencia y rebeldía, pues ¿los razonamientos que les dedicaban los emperadores no eran, en suma, del mismo temple que los pronunciados primitivamente al pueblo por los cónsules y tribunos? Aunque los ejércitos no tuviesen su sitio y forma de reunirse; aunque sus debates fuesen breves; su acción, repentina, y sus acuerdos casi nunca fueran el resultado de una reflexión sosegada, ¿no disponían con control absoluto de la fortuna pública? Y finalmente, ¿qué era el emperador sino el ministro de un gobierno violento y elegido para el provecho peculiar del ejército?

»Cuando el ejército nombró a Filipo prefecto del pretorio del tercer Gordiano, este último pidió que lo dejasen único

emperador, y no lo pudo conseguir; instó a que la potestad se repartiese entre ambos, y la tropa no quiso darle oídos. Consintió en ser degradado hasta el rango de César; tampoco hubo lugar. Solicitó que al menos se lo nombrase prefecto pretoriano; le negaron igualmente su demanda. Abogó, en fin, por su vida… El ejército, en todos estos fallos, se constituyó en magistrado supremo.» Según el historiador, de cuya dudosa narración se apropió el presidente De Montesquieu, Filipo, que en todo el trance estuvo adustamente silencioso, propendía a conservar la vida de su bienhechor, mas, recapacitando acerca de que el orbe romano podría condolerse de tanta inocencia, no atendió a sus angustiosos alaridos y dispuso que lo maniatasen, lo desnudasen y lo condujesen ejecutivamente a la muerte, y, tras una breve suspensión, se ejecutó bárbaramente la sentencia. [556]

A su regreso a Roma desde Oriente, ansioso por borrar la memoria de sus atentados y cautivar los ánimos del pueblo, Filipo celebró los juegos seculares con sumo boato y magnificencia. Desde su establecimiento o renovación por Augusto,[557] los habían celebrado Claudio, Domiciano y Severo, y se repetían ahora por quinta vez, al cumplirse los mil años de la fundación de Roma. Todas las circunstancias de aquellos juegos cuadraban cumplidamente con el afán de infundir vehementes impulsos de superstición en los corazones y una profunda y solemne reverencia. Sus dilatados intermedios excedían[558] el plazo de la vida humana, y, como ninguno de los presentes los había visto, a nadie tampoco cabía el jactarse de estar por presenciarlos nuevamente. Los sacrificios místicos se oficiaban por espacio de tres noches sobre las márgenes del Tíber, y el campo de Marte, iluminado con innumerables lámparas y antorchas, retumbaba con el estruendo de las músicas y danzas, de las que estaban excluidos los esclavos y los

extranjeros. Un coro de veintisiete muchachos y otras tantas doncellas, de familias ilustres y cuyos progenitores estaban vivos, rogaban a los dioses que se propiciasen con la generación presente y esperanzasen la venidera, suplicándoles con himnos religiosos que, según la fe de sus oráculos antiguos, se dignasen a mantener la virtud, la prosperidad y el Imperio del pueblo romano.[559] La magnificencia de los espectáculos y los recreos de Filipo embelesó a la muchedumbre, pues los devotos se afanaban por el desempeño de sus ritos supersticiosos, mientras unos pocos, más reflexivos, recapacitaban ansiosamente acerca de la historia anterior y la suerte venidera del Imperio.

Ya habían pasado diez siglos desde que Rómulo, con un grupo de pastores y bandoleros, se fortificó en los cerros inmediatos al Tíber;[560] y en los cuatro primeros, los romanos, en la laboriosa escuela de la pobreza, aprendieron las virtudes de la guerra y del gobierno. A impulsos de estas prendas, favorecidos por la suerte, alcanzaron, en el transcurso de los tres siglos siguientes, imperio absoluto sobre un sinnúmero de países en Europa, Asia y África, mas ya se habían consumido tres nuevas centurias en prosperidad aparente y menoscabo interior. Aquella nación de guerreros, magistrados y legisladores que componía las treinta y cinco tribus del pueblo romano se disolvió en la masa común de la humanidad y se confundió con millones de provinciales serviles que se aunaron en el nombre, más no en el brío, de los romanos. Una hueste mercenaria, conformada por los súbditos o los bárbaros fronterizos, era la única clase de individuos que gozaban y abusaban de su independencia. Llevaban alborotadamente a un siríaco, un godo o un árabe al trono de Roma, invistiéndolo de despótico poderío sobre las conquistas y la patria de los Escipiones.

Los confines del Imperio Romano aún se extendían desde el

océano occidental hasta el Tigris, y del monte Atlas al Rin y el Danubio. Para el negado vulgo, Filipo se manifestaba como un monarca no menos poderoso que Adriano o Augusto. Así aparecía en el exterior, mas su sanidad y su fuerza habían fenecido. Desalentada y exhausta la industria del pueblo a causa de la dilatada opresión, aquellas legiones, en cuya disciplina, perdidas las demás prendas, aún estribaba la grandiosidad del Estado yacían estragadas por la ambición o desfallecidas por la flaqueza de los emperadores, y finalmente el resguardo de las fronteras, que se cifró siempre en las armas y no en las fortificaciones, se fue menoscabando, y así las provincias más aventajadas estaban expuestas a la rapacidad o a la ambición de los bárbaros, que pronto descubrieron la decadencia del Imperio Romano.

VIII

ACERCA DEL ESTADO DE PERSIA DESPUÉS DE LA RESTAURACIÓN DE LA MONARQUÍA POR PARTE DE ARTAJERJES

Cuando Tácito se explaya en aquellas digresiones para retratar vívidamente las costumbres de los germanos o de los partos, su principal objetivo es distraer la atención de los angustiados lectores de tanta confusión de vicios y desventuras. Desde el reinado de Augusto hasta el de Alejandro Severo, los enemigos de Roma —los tiranos y la soldadesca— se habían cobijado en su seno, y poco le importaban a su prosperidad las revoluciones que pudieran ocurrir más allá del Rin y del Éufrates. Pero cuando la clase militar anárquicamente derribó el poderío del príncipe, las leyes del Senado y aun la disciplina de los campamentos, los bárbaros del Norte y el Este, que desde hacía mucho tiempo atravesaban las fronteras, se arrojaron denodadamente sobre las provincias de la debilitada monarquía. Sus aventuras pasajeras se convirtieron en recios ataques, y tras una larga alternativa de padecimientos para unos y otros, varias tribus de victoriosos invasores se establecieron en las provincias del Imperio Romano. Para obtener una imagen más clara de tan grandes acontecimientos, vamos a intentar formarnos de antemano una idea de la índole, las intenciones y el poderío de las naciones que lograron desagraviar a Aníbal y a Mitrídates.

En las épocas más tempranas de la humanidad, cuando la maleza que cubría a Europa albergaba a meros salvajes nómadas,

los habitantes de Asia ya se habían establecido en populosas ciudades y agrupado en grandiosos imperios, fomentando las artes, el lujo y el despotismo. Los asirios reinaron en Oriente,[561] hasta que el cetro de Nino y de Semíramis cayó de las manos de sus indolentes sucesores. Los medos y los babilonios dividieron su poderío hasta desaparecer unos y otros bajo la monarquía de los persas, cuyas armas no pudieron quedar confinadas a los estrechos límites de Asia. Seguido, por lo que se dice, de dos millones de hombres, Jerjes, descendiente de Ciro, invadió Grecia. Los treinta mil soldados que comandaba Alejandro, hijo de Filipo, encargado por los griegos de volver por la gloria y el desagravio nacional, bastaron para sojuzgar a Persia. La casa de Seleuco usurpó y perdió el poder macedonio sobre Oriente; en la misma época en que, por un deshonroso tratado, cedían a los romanos todo el país de este lado del monte Tauro, eran expulsados por los partos —una oscura horda de origen escita— de todas las provincias del Asia superior. Aquel formidable poderío de los partos, que se extendió desde India hasta el confín de Siria, zozobró luego a manos de Ardaxir o Artajerjes, fundador de una nueva dinastía, que, con el nombre de Sasánidas, gobernó Persia hasta la invasión de los árabes. Esta gran revolución, cuya infausta trascendencia fue pronto conocida por los romanos, sobrevino en el cuarto año de Alejandro Severo y en el 226 de la era cristiana.[562]

Artajerjes había cobrado prestigio en las huestes de Artabán, el último rey de los partos, y fue lanzado a la rebelión y el exilio debido, al parecer, a la ingratitud real, frecuente recompensa del mérito ilustre. Su nacimiento era desconocido, y esta incertidumbre dio lugar tanto a las críticas de sus enemigos como a las alabanzas de sus allegados. Según el rumor que propagaron los primeros, Artajerjes nació de las relaciones

ilícitas de la esposa de un curtidor con un soldado raso,[563] pero los segundos lo emparentaban con los antiguos reyes de Persia, suponiendo que el tiempo y los fracasos gradualmente habían reducido a sus antepasados a la humilde condición de meros ciudadanos.[564] Como heredero directo de la monarquía, proclamó su derecho al trono y se lanzó a la gallarda empresa de liberar a los persas de la opresión que los acosara por espacio de cinco siglos desde la muerte de Darío. Derrotados los partos en tres batallas campales, muerto el rey Artabán en la última de ellas y destruida la fuerza nacional,[565] la autoridad de Artajerjes quedó solemnemente reconocida en la asamblea general de Balkh [antigua Bactra] en Khorasán. Dos ramas menores de la casa real de Arsaces fueron vencidas, a la par que los demás sátrapas. Una tercera, ateniéndose más a su antigua grandeza que a la presente necesidad, con su numerosa comitiva de vasallos intentó recibir protección de su pariente, el rey de Armenia, pero este pequeño ejército de desertores fue interceptado y vencido por la vigilancia del vencedor,[566] quien osadamente se ciñó la doble diadema y se tituló rey de reyes, al igual que sus antecesores. Pero este pomposo título, en vez de halagar la vanidad del persa, sólo condujo a encomendarle sus obligaciones y enardecer su pecho con el afán de restablecer su antiguo esplendor a la religión y al imperio de Ciro.

I) Durante la dilatada subordinación de Persia bajo el yugo macedonio y parto, las naciones de Europa y Asia intercambiaron y corrompieron sus respectivas supersticiones. En efecto, los arsácidas practicaban el culto de los magos, pero lo deslucían y mancillaban con diversos rasgos de idolatría extranjera. La memoria de Zoroastro, el antiguo profeta y filósofo de los persas,[567] aún era reverenciada en Oriente, pero el obsoleto y misterioso lenguaje del *Zend-Avesta* [568] daba lugar

a las contiendas de setenta sectas que explicaban de distinto modo las doctrinas fundamentales de su religión, y a la vez todas ellas eran blanco de mil escarnios de los infieles, que rechazaban el apostolado y los milagros del profeta. Para desalentar a los idólatras, hermanar a los cismáticos y escarmentar a los incrédulos, mediante la decisión infalible de un concilio general, el piadoso Artajerjes convocó a los magos de todas las regiones de sus dominios. Los sacerdotes, que durante tanto tiempo habían permanecido en la oscuridad y habían soportado el menosprecio, aceptaron la grata invitación, y en el plazo señalado se reunieron en un número de ochenta mil. Entre tantos concurrentes, era imposible que los coloquios y los altercados fueran dirigidos por la autoridad de la razón o por el arte de la política; por ese motivo, mediante repetidas operaciones el sínodo persa se fue reduciendo a cuarenta mil, a cuatro mil, luego a cien y por fin a siete magos, los más respetados por su saber y su piedad. Uno de ellos, Ardaviraf, un prelado joven pero muy devoto, recibió de manos de sus compañeros tres copas de vino soporífero. Las bebió rápidamente y de inmediato le sobrevino un sueño largo y profundo. Al despertar refirió, tanto al rey como a la crédula muchedumbre, su viaje al cielo y su íntimo coloquio con la deidad. Todos enmudecieron ante un testimonio tan sobrenatural, y los artículos de fe de Zoroastro quedaron establecidos con autoridad y precisión.[569] Resultará provechoso realizar un breve bosquejo de este renombrado sistema, no sólo para mostrar la índole de los persas, sino también para esclarecer los vínculos más importantes, tanto en la paz como en la guerra, entre ellos y el Imperio Romano.[570]

El mayor y fundamental elemento de ese sistema era la conocida doctrina de los dos principios, un audaz y poco

juicioso intento de la filosofía oriental de concordar la existencia de los males físicos y morales con atributos benéficos de un Creador y Gobernador del mundo. El Ser primero y original en el cual —o por el cual— existe la naturaleza se denomina, en los escritos de Zoroastro, Tiempo Infinito, pero se debe comprender que esta sustancia infinita parece más una abstracción metafísica de la mente que un objeto positivo, dotado de conciencia o poseedor de perfección moral. De la operación a ciegas o a sabiendas del Tiempo Infinito, que guarda gran afinidad con el Caos de los griegos, salieron a luz, desde la eternidad, los dos principios, secundarios pero activos, del universo, Ormuz y Ahriman. Ambos están dotados de facultad creadora, pero la invariable naturaleza de cada uno de ellos le hace desempeñarla de un modo particular: el principio bondadoso resplandece en la luz, y el malvado yace en la lobreguez. La atinada benevolencia de Ormuz labró al hombre capaz de virtud, y surtió a manos llenas su morada de elementos de bienaventuranza. Su desvelado ahínco preserva el movimiento de los planetas, el orden de las estaciones y la equilibrada combinación de los elementos. Pero la malicia de Ahriman hace mucho tiempo perforó el *huevo de Ormuz*, o, dicho en otras palabras, trastornó la armonía de sus obras. Desde aquel infausto desconcierto, los mínimos elementos del bien y del mal están íntimamente mezclados y revueltos; el veneno más atroz brota en medio de las plantas más saludables; diluvios, terremotos e incendios manifiestan los vaivenes de la naturaleza; el breve mundo del hombre adolece perpetua y violentamente de vicios y desventuras. Mientras el resto de la humanidad se halla cautivo de las cadenas de su enemigo infernal, el fiel persa reserva su adoración fervorosa para su íntimo protector Ormuz, y bajo su estandarte de luz pelea con la

confianza de que en sus postreros días ha de participar en tan esclarecido triunfo. En aquel sumo trance, la centellante sabiduría de la bondad ha de hacer predominar la potestad de Ormuz sobre la rabiosa maldad de su competidor. Ahriman y sus secuaces, desarmados y rendidos, se hundirán en su natural lobreguez, y la virtud conservará paz y eterna armonía en el universo.[571]

Los extranjeros lograban una oscura comprensión de la teología de Zoroastro, así como gran parte de sus propios discípulos, pero aun los observadores menos cuidadosos se asombraban por la sencillez del culto pérsico. «Este pueblo se desentiende de templos, altares y estatuas —dice Herodoto—, [572] y se sonríe ante el devaneo de aquellas naciones que imaginan dioses que surgen de la naturaleza humana o guardan alguna afinidad con ella. Eligen las cimas de las más altas montañas para realizar sus sacrificios, y sus ceremonias consisten principalmente en himnos y plegarias que se dirigen al Dios Supremo que llena todo el ámbito del cielo.» Pero al mismo tiempo, inducido por su politeísmo, los acusa de adorar a la tierra, el agua, el fuego, los vientos, el sol y la luna.

Pero los persas de todos los tiempos han negado este cargo, explicando la conducta equívoca que ha podido dar lugar a este error: los elementos, y especialmente el fuego, la luz y el sol, al que llamaban Mitra, eran sus objetos de reverencia religiosa, porque los consideraban los más puros símbolos, las más nobles producciones y los más poderosos agentes de la potestad divina y la naturaleza.[573]

Todo sistema religioso, para efectuar una impresión profunda y duradera en la mente humana, debe, por una parte, ejercitar nuestra obediencia, imponiendo prácticas de devoción a las que no podamos atribuirles razón alguna, y, por otra,

cautivar nuestro aprecio, inculcando preceptos morales acordes con los impulsos de nuestro corazón. La religión de Zoroastro abundaba en las primeras, y no carecía de los segundos. En su pubertad, el fiel persa era investido con un misterioso cinturón, prenda de protección divina, y desde ese momento todas las acciones de su vida, aun las más insignificantes o las más necesarias, debían santificarse con plegarias especiales, arrebatos y genuflexiones, cuya omisión era un gravísimo pecado, con no menor culpa que la violación de los deberes morales. Sin embargo, las cualidades morales como equidad, generosidad, conmiseración, etc., eran indispensables para el alumno de Zoroastro que aspirase a eludir la persecución de Ahriman, para vivir con Ormuz en eterna bienaventuranza, donde el grado de felicidad es exactamente proporcional a los de virtud y religiosidad.[574]

Pero existen algunas situaciones especiales en las cuales el profeta Zoroastro abandona sus oráculos, se trueca en legislador y desentraña tal afectuosidad por la dicha pública y privada, que sólo excepcionalmente asoma en los desvaríos soñados y rastreros de la superstición. El ayuno y el celibato, medios vulgares para alcanzar el favor divino, están prohibidos por considerarse criminales muestras de menosprecio hacia los preciosos dones de la Providencia. En la religión maga, el santo debe engendrar hijos, plantar árboles útiles, destruir animales nocivos, llevar agua a las secas tierras de Persia y alcanzar su salvación ejercitando todas las faenas de la labranza. Citemos del *Zend-Avesta* una máxima atinada y benéfica que compensa sus muchos desatinos: «El que siembra su barbecho con esmero y acierto se granjea mayor porción de mérito que la que le correspondería por la repetición de diez mil plegarias».[575] Todas las primaveras se celebraba una festividad para representar la

igualdad primitiva y el presente vínculo del género humano. Los encumbrados reyes de Persia, cambiando su insustancial esplendor por una grandeza más positiva, se mezclaban libremente con los súbditos más humildes pero más provechosos, y aquel día el labriego se sentaba a la misma mesa del monarca o el sátrapa. El rey admitía sus demandas, se informaba de sus padecimientos y tenía con él un franco coloquio. «De vuestros afanes —solía decir (y ciertamente con verdad, si no con sencillez)— pende nuestra subsistencia, y vosotros lográis el sosiego por nuestros desvelos; y así, puesto que mutuamente nos necesitamos, vivamos como hermanos en concordia y cariño.»[576] En un imperio opulento y despótico, esta festividad debió de ir degenerando en boato teatral, pero era siempre una farsa digna del auditorio regio, y que alguna vez lograría estampar una lección provechosa en el pecho de un joven príncipe.

Si Zoroastro tuviera tan grandiosos rasgos, merecería un lugar junto a Numa o Confucio, y su sistema valdría la destacada aceptación que logra de algunos de nuestros teólogos y de nuestros filósofos. Pero en esta contrastante composición, que es fruto de la razón y el apasionamiento, del entusiasmo y de motivos egoístas, ciertas verdades provechosas y sublimes se hallan dañadas por el lodo de la más abyecta y peligrosa superstición. Los magos —la orden sacerdotal— eran extremadamente numerosos, puesto que, como se ha dicho, acudieron al concilio general cerca de ochenta mil, y su fuerza era multiplicada por la disciplina. Se repartían jerárquicamente por todas las provincias de Persia, y acataban al Archimago, que residía en Balkh, como cabeza visible de la iglesia y sucesor legítimo de Zoroastro.[577] Sus propiedades eran considerables, pues, además de la envidiable posesión de las tierras más fértiles

de Media,[578] cobraban un impuesto general sobre los haberes y la producción de los persas.[579] «Por más que vuestras buenas obras aventajen en número a las hojas de los árboles —decía el interesado profeta—, a las gotas de un aguacero, a las estrellas del cielo o a las arenas de las playas, inservibles os quedarán si no son aceptadas por el *destur* o sacerdote. Para lograrlo y encaminaros a la salvación, tenéis que pagar el diezmo de cuanto poseáis en alhajas, tierras o dinero. Satisfecho el *destur*, se librará vuestra alma de los tormentos infernales, y afianzaréis vuestras alabanzas en este mundo y la bienaventuranza en el próximo, pues los *desturs* son los maestros de la religión, lo saben todo y salvan a todos.»[580]

Estas convenientes máximas de acatamiento y fe a ciegas sin duda eran grabadas esmeradamente en la tierna niñez, puesto que los magos eran los ayos de toda Persia, y todos los jóvenes, aun los de la familia real, eran confiados a sus manos.[581] Los sacerdotes persas, de inquisitivas mentes, se aplicaban en lo más oculto de la filosofía oriental, y —gracias a sus luces aventajadas o a su extremado artificio— se granjearon la reputación de versados en ciencias ocultas, cuyo dictado se deriva de los magos.[582] Los más activos se entremezclaban con la gente en palacios y ciudades, y se ha observado que el régimen de Artajerjes estaba en gran medida dirigido por los consejos del orden sacerdotal, cuya dignidad, por devoción o por política, aquel príncipe restableció a su esplendor primitivo.[583]

El consejo supremo de los magos se correspondía con el carácter insociable de su fe,[584] con la práctica de los reyes antiguos[585] y aun con el ejemplo de su legislador, que murió víctima de una guerra de religión, suscitada por su propia intolerancia.[586] Un edicto de Artajerjes prohibió rigurosamente el culto de toda religión, excepto la de Zoroastro, y

derrumbaron ignominiosamente los templos de los partos y las estatuas de sus monarcas divinizados.[587] La espada de Aristóteles (así denominaban los Orientales al politeísmo y la filosofía de los griegos) se quebró sin contraste;[588] luego, las teas de la persecución alcanzaron a los obstinados judíos y cristianos,[589] y ni siquiera fueron perdonados los herejes de su propia nación y creencia. La majestad de un Ormuz, celoso de competidores, descollaba con la protección del déspota Artajerjes, perseguidor de sus rebeldes, y los cismáticos de su dilatado imperio quedaron reducidos al escaso número de ochenta mil.[590] Este sistema perseguidor deshonraba a la religión de Zoroastro, mas al no producir conmociones civiles fortalecía a la nueva monarquía, aunando a los moradores de Persia con los lazos del fervor religioso.

II) Artajerjes arrebató, con su valor y conducta, el cetro de Oriente a la antigua familia real de Partia, pero le faltaba la empresa más ardua de establecer, en la totalidad del extenso territorio de Persia, una administración fuerte y uniforme. La débil indulgencia de los arsácidas había entregado a sus hijos y hermanos las principales provincias y responsabilidades del reino, a título de propiedades hereditarias. Se les permitió asumir un título real a los *vitaxas* —los 18 sátrapas más poderosos—, y la necia altanería del monarca se complacía con un señorío nominal sobre tantos reyes vasallos. Aun tribus bárbaras en sus serranías, y ciudades griegas del Asia superior,[591] en su interior apenas reconocían y casi nunca obedecían a algún jefe, y el imperio de los partos mostraba, con otros nombres, una viva imagen del sistema feudal[592] que luego predominó en Europa. Pero el activo vencedor, acaudillando su numeroso y disciplinado ejército, visitó personalmente a todas las provincias de Persia. Con la derrota de todos los rebeldes y la rendición de

los más poderosos baluartes,[593] propagó el terror a su ejército y preparó el camino para una pacífica admisión de su autoridad. Los jefes que persistieron en su rebeldía fueron castigados, pero se recibió con indulgencia a los seguidores.[594] Una sumisión voluntaria lograba honores y riquezas, pero el prudente Artajerjes, sin consentir que nadie se titulase rey, destruyó todo poder intermedio entre su persona y el pueblo. Su reino, casi idéntico en extensión al de la actualidad, estaba rodeado por el mar o por caudalosos ríos: el Éufrates, el Tigris, el Araxes, el Oxo y el Indo, por el mar Caspio y el golfo Pérsico.[595] En el último siglo se computaban en ese país quinientas cincuenta y cuatro ciudades, sesenta mil aldeas y alrededor de cuarenta millones de habitantes.[596] Si comparamos el régimen de los sasánidas con el de la casa de Sefi, y la influencia política de la religión maga con la de la mahometana, fundadamente podemos inferir que el reino de Artajerjes comprendía por lo menos igual número de ciudades, pueblos y habitantes. Sin embargo, hay que manifestar que en todas las épocas la carencia de puertos en las playas y la escasez de manantiales en el interior han obstaculizado en gran manera el comercio y la labranza de los persas, quienes, en sus cálculos, parecen haber abandonado uno de los más comunes artificios de la vanidad nacional.

Después de vencer toda resistencia en su patria, el ambicioso Artajerjes comenzó a amenazar a las naciones limítrofes, que durante el dilatado adormecimiento de sus antecesores habían insultado impunemente a Persia. Logró fáciles victorias sobre los bravos escitas y los afeminados indios, mas los romanos eran enemigos tales que, por sus anteriores ofensas y su poderío actual, merecían la suma energía de sus armas. Luego de las victorias de Trajano se sucedieron cuarenta años de sosiego, fruto de su valor y su moderación. Durante el período

intermedio, entre el advenimiento de Marco y el reinado de Alejandro, el Imperio Romano y el Imperio Parto se enfrentaron en dos guerras, y, aunque toda la fuerza de los arsácidas lidió con una sola porción del poderío de Roma, el éxito se inclinó a favor de los romanos. Es verdad que Macrino, impulsado por su situación precaria y su temperamento pusilánime, compró la paz a un precio de cerca de dos millones de nuestra moneda;[597] pero los generales de Marco, del emperador Severo y de su hijo erigieron muchos trofeos en Armenia, la Mesopotamia y Asiria. Entre sus hazañas, cuyo relato incompleto habría interrumpido intempestivamente la importante serie de revoluciones internas, sólo mencionaremos las repetidas calamidades de las grandiosas ciudades de Seleucia y Ctesifonte.

Seleucia, ubicada en la orilla occidental del Tigris y a cuarenta y cinco millas [72,4 km] al norte de la antigua Babilonia, era la capital de las conquistas macedónicas en el Asia superior.[598] Mucho tiempo después de la caída de su imperio, Seleucia conservaba genuinas características de una colonia griega, tanto por sus artes como por su valentía y su afán de independencia. Un Senado y trescientos nobles la gobernaban como república libre, y su población ascendía a seiscientos mil ciudadanos. Sus muros eran fuertes, y mientras prevaleció la armonía entre los diversos órdenes del Estado, miraban con menosprecio el poderío de los partos, pero el devaneo de la discordia los movió a pedir el peligroso auxilio del enemigo común que acechaba casi a las puertas de la colonia.[599] Los monarcas partos, al igual que los soberanos mongoles del Indostán, se embelesaban con la vida pastoril de sus antepasados escitas, y el campamento imperial solía establecerse en las llanuras de Ctesifonte, en la margen oriental del Tigris, a una distancia de sólo tres millas [4,8 km] de Seleucia.[600] Una

innumerable comitiva ávida de lujo y despotismo acudía a la corte, y la pequeña aldea de Ctesifonte se convirtió en una ciudad populosa.[601] Los generales romanos de Marco se internaron hasta Seleucia y Ctesifonte (año 165). Fueron recibidos amistosamente por la colonia griega y atacaron los asientos reales de los partos, tratando siempre en iguales términos a ambos pueblos. El saqueo e incendio de Seleucia, con la matanza de trescientos mil habitantes, oscureció el esplendor del triunfo romano. Seleucia,[602] ya exhausta por la vecindad de un rival tan poderoso, naufragó a causa de ese golpe fatal, pero Ctesifonte, que se fue reconstruyendo durante unos treinta y tres años, fue capaz de sostener un sitio reñidísimo al emperador Severo (año 198). La ciudad, sin embargo, fue tomada por asalto; el rey, que la estaba defendiendo personalmente, huyó con rapidez, y cien mil cautivos y un rico botín recompensaron las fatigas de los soldados romanos.[603] A pesar de tales fracasos, Ctesifonte fue la sucesora de Babilonia y Seleucia, como una de las capitales sobresalientes de Oriente. En verano, el monarca de Persia disfrutaba de las frescas brisas de las montañas de Media, y la templanza del clima le hacía elegir Ctesifonte como residencia de invierno.

De estas victoriosas correrías, los romanos no obtenían beneficios reales o duraderos, y tampoco intentaban conservar conquistas tan distantes, separadas de las provincias del Imperio por un extenso desierto. La caída del reino de Osroene fue una adquisición por cierto menos esplendorosa, pero de consecuencias más sólidas. Este pequeño Estado se hallaba en la zona septentrional, más fértil, de la Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates. Más allá de este río descollaba la capital, Edesa, cuyos moradores, desde los tiempos de Alejandro, eran un conjunto de castas griegas, árabes, siríacas y armenias.[604] Los

débiles soberanos de Osroene, colocados en el peligroso límite de dos imperios enemigos, eran afectos a Persia, mas la superioridad de Roma les imponía vasallaje, como aún lo atestiguan sus medallas. Cuando, en tiempos de Marco, concluyó la guerra contra los partos, consideraron acertado afianzar, con prendas de entidad, su fidelidad vacilante. En varios sitios se construyeron fuertes, y se colocó una guarnición romana en Nisibis, población bien resguardada. Al abrigo de las turbulencias que sobrevinieron tras la muerte de Cómodo, los príncipes de Osroene intentaron sacudir el yugo, mas la adusta política de Severo afianzó su dependencia[605] y la perfidia de Caracalla completó la fácil conquista. Abgaro, el último rey de Edesa (año 216), fue enviado prisionero a Roma, su señorío se redujo a una provincia y su capital fue dignificada con la jerarquía de colonia, y así los romanos, alrededor de diez años antes de la caída de la monarquía de Partia, obtuvieron un establecimiento poderoso y permanente más allá del Éufrates.[606]

Tanto la prudencia como la gloria habrían justificado una guerra por parte de Artajerjes (año 230), si su visión se hubiera limitado a la defensa o la obtención de una frontera útil. Pero el ambicioso persa abiertamente declaró una intención de conquista mucho más abarcadora, y se consideró capaz de sostener sus encumbradas pretensiones a la vez con las armas de la razón y del poderío. Alegaba que Ciro sojuzgó, y sus sucesores poseyeron durante largo tiempo, todo el ámbito de Asia hasta el Propóntide [actual mar de Mármara] y el mar Egeo; que las provincias de Caria y Jonia, parte de su Imperio, habían sido gobernadas por sátrapas persas, y que todo Egipto, hasta los confines de Etiopía, había reconocido su soberanía;[607] que sus derechos estaban suspendidos, mas no anulados, por una dilatada usurpación, y que no bien se ciñó la corona persa,

puesta en sus sienes por su nacimiento y su triunfante valor, su primer desvelo le reclamaba que, por el honor de su trono, restableciese los antiguos límites y el esplendor de la monarquía. Por lo tanto, el Gran Rey —tal era el orgulloso estilo de sus embajadas al emperador Alejandro— ordenaba a los romanos que inmediatamente evacuasen todas las provincias de sus antepasados y, cediendo a los persas el imperio del Asia, se diesen por satisfechos con el goce pacífico de Europa. Los portadores del altanero mandato fueron cuatrocientos persas, de entre los más esbeltos y bellos, quienes mediante sus rozagantes alazanes, sus ostentosos aparejos y sus esplendorosas armas pregonaban el orgullo y la grandiosidad de su señor.[608] Tal embajada fue mucho menos un ofrecimiento de negociación que una declaración de guerra; tanto Alejandro Severo como Artajerjes, reuniendo las huestes de Roma y de Persia, decidieron dirigir personalmente sus ejércitos.

Si damos crédito al documento al parecer más auténtico de cuantos se conservan, un discurso que fue pronunciado por el mismo emperador ante el Senado, concederemos que la victoria de Alejandro Severo no desmereció a las más esclarecidas que el hijo de Filipo había alcanzado contra los persas. El ejército del Gran Rey consistía en ciento veinte mil caballos, con armaduras de acero, setecientos elefantes con torres de ballesteros sobre sus lomos y mil ochocientos carros armados de guadañas. Este ejército descomunal, que nunca había sido visto en la historia de Oriente, ni siquiera soñado en sus novelas,[609] fue arrollado en la batalla campal (año 233), donde el romano Alejandro mostró ser un soldado valeroso y un general intachable. El Gran Rey huyó ante su denuedo, y los inmediatos frutos de tan destacada victoria fueron un inmenso botín y la conquista de la Mesopotamia. Tales son las circunstancias de aquella relación

ostentosa e inverosímil, resultado al parecer de la vanidad del monarca, engalanada por el desvergonzado servilismo de sus aduladores y recibida sin oposiciones por un Senado lejano y obsequioso.[610] Lejos de creer que las armas de Alejandro vencieron incontrastablemente a los persas, nos inclinamos a recelar que todo este resplandor de gloria imaginaria se inventó para ocultar un fracaso real.

Confirma nuestra sospecha la autoridad de un historiador contemporáneo, que se refiere con respeto a las virtudes de Alejandro y con sinceridad a sus yerros. Describe el atinado plan trazado para el desempeño de la guerra, en virtud del cual tres ejércitos romanos debían invadir al mismo tiempo Persia por diversos caminos. Pero las operaciones de la campaña, si bien fueron inteligentemente concertadas, no se llevaron a cabo ni con habilidad ni con éxito. Apenas el primer ejército llegó a las pantanosas llanuras de Babilonia, cerca de la confluencia artificial del Tigris con el Éufrates,[611] quedó acorralado por fuerzas superiores y fue destruido por las flechas de sus enemigos. Con la alianza de Cosroes, rey de Armenia,[612] y al amparo de una zona montañosa que imposibilitaba el avance de la caballería persa, el segundo de los ejércitos romanos pudo internarse en Media. Su esforzada tropa atravesó las provincias inmediatas y, con varias acciones exitosas contra Artajerjes, proporcionó cierto brillo a la vanagloria del emperador. Pero la retirada de este ejército victorioso fue imprudente, o por lo menos desafortunada, porque, al regresar por las sierras, muchos soldados fenecieron a causa de lo intransitable de los caminos y la crudeza del invierno. Se había acordado que, mientras estas dos huestes se internaban por los extremos opuestos de Persia, el cuerpo principal, al mando del mismo Alejandro, sostendría aquel avance, invadiendo el centro del reino, pero el inexperto

joven, influido por los consejos de su madre o tal vez por sus propios temores, descuidó sus selectas tropas así como la halagüeña perspectiva de la victoria y, después de pasar en la Mesopotamia un verano inactivo y desprovisto de gloria, volvió sobre Antioquía con un ejército debilitado por las enfermedades y airado por la decepción. El desempeño de Artajerjes fue muy distinto; apresurándose desde las sierras de Media hasta los pantanos del Éufrates, por dondequiera se enfrentó personalmente a los invasores, y en todos los vaivenes de la guerra, unió la capacidad a la más valerosa determinación. Pero en varios reñidos encuentros con las veteranas legiones de Roma, el monarca persa perdió la flor de sus tropas. Incluso sus victorias debilitaron su poder. Las oportunidades que brindó la ausencia de Alejandro y los trastornos que sucedieron a la muerte de ese emperador se presentaron en vano a su ambición, pues en vez de expulsar a los romanos de Asia, como pretendía, se vio imposibilitado de arrebatarles la pequeña provincia de Mesopotamia.[613]

El reinado de Artajerjes, que duró sólo catorce años desde la derrota de los partos (año 240), constituyó una etapa memorable de la historia de Oriente, e incluso de la de Roma. Su carácter descuella con aquellos rasgos intrépidos y poderosos que por lo general distinguen a un príncipe conquistador de los que se limitan a heredar un imperio. Hasta el último período de la monarquía persa su código legal fue respetado, como base de su política civil y religiosa.[614] Aún se conservan algunas de sus sentencias, y una en particular demuestra su agudísima perspicacia sobre la constitución del gobierno: «La autoridad del príncipe —decía Artajerjes— debe ser defendida por una fuerza militar; ésta sólo puede costearse con impuestos, que en última instancia siempre recaen sobre la agricultura, la cual nunca

puede florecer sino bajo los auspicios de la justicia y de la moderación».[615] Artajerjes dejó a Sapor —hijo dignísimo de tan gran padre—, juntamente con el Imperio, sus intentos contra los romanos, mas esos planes eran excesivos para el poderío de Persia, y sólo condujeron a sumir a ambas naciones en guerras interminables y calamitosas.

Los persas, civilizados y estragados desde hacía mucho tiempo, y desprovistos de la independencia batalladora y del arrojado brío de cuerpo y alma que entronizó a los bárbaros del Norte sobre el orbe entero, mal podían progresar, como todos los orientales, en la ciencia bélica, que constituía —al igual que actualmente en Europa— la potestad incontrastable de Grecia y Roma. Los persas ignoraban las evoluciones artísticas que entonan y provocan a la revuelta y desmandada muchedumbre, e igualmente desconocían el sistema de construir, sitiar y defender fortificaciones regulares, fiados más bien en su número que en su denuedo, y en éste más que en la disciplina. Su infantería se reducía a un tropel de campesinos sin brío y casi desarmados, alistados precipitadamente con el cebo de la rapiña, y tan pronto dispersados por una victoria como por una derrota. Los reyes y los nobles trasladaban al campamento el boato y los devaneos de un serrallo, y entorpecían los movimientos militares con un sinnúmero de mujeres, eunucos, caballos y camellos, y en medio de una campaña aventajada las huestes persas solían huir o perecer a causa de un hambre repentina.[616]

Mas en el regazo de su lujo y despotismo, la nobleza conservaba sus gallardos impulsos de coraje personal y de honor nacional. A la edad de siete años se aprendía a decir siempre la verdad, a cabalgar y disparar el arco, y, según el concepto general, descollaron en estos dos ejercicios.[617] Los niños más ilustres eran educados a la vista del soberano, practicaban sus

ejercicios a la puerta del palacio, y en sus largas y trabajosas cacerías se los habituaba rigurosamente a la obediencia y la templanza. En las provincias, los sátrapas remedaban esta enseñanza militar, y los nobles (tan natural es la idea de las posesiones feudales) recibían de las manos del rey haciendas y casas, pagadas con el servicio militar. Se hallaban prontos a montar al primer aviso, con su marcial y esplendorosa comitiva de secuaces, y a incorporar a la cuantiosa guardia, elegida con esmero entre los esclavos más robustos y los aventureros más valerosos de Asia. Estas huestes de caballería ligera y pesada, tan formidables por el ímpetu de su avance como por la velocidad de sus movimientos, amenazaban como lóbregas nubes las provincias orientales del menoscabado Imperio Romano.[618]

IX

SITUACIÓN DE GERMANIA HASTA LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS EN TIEMPOS DEL EMPERADOR DECIO

Fue necesario detenernos en el gobierno y la religión de Persia por su relación con la decadencia y la ruina del Imperio Romano; luego irán sucesivamente saliendo a luz las tribus escitas y sármatas, que con sus armas y sus caballos, con sus rebaños lanares y vacunos, se expandirán en los inmensos páramos que abarcan los confines del mar Caspio y del Vístula, de Persia y Germania. Pero aquellos belicosos germanos, que enfrentaron, invadieron y finalmente derribaron la monarquía occidental de Roma, ocuparán un lugar más importante en la presente historia, y vendrán, por decirlo así, a establecerse con nosotros y embargar en gran manera nuestra atención y nuestra tarea. Las naciones más civilizadas de la Europa moderna surgieron de los bosques de Germania, y en sus cerriles instituciones aún podemos buscar los principios de nuestras leyes y costumbres. En aquel estado primitivo de sencillez e independencia los contempló Tácito, cuyas pinceladas sublimes los retrataron al vivo con la maestría de aquel primer historiador que aplicó la filosofía al estudio de los hechos. El brioso laconismo de su descripción ha merecido ejercitar las tareas de un sinnúmero de estudiosos de la Antigüedad, y estimular el ingenio y la trascendencia de los historiadores y filósofos de nuestro tiempo. Sin embargo, el asunto, con toda su variedad y extensión, ha sido analizado tan repetida, hábil y acertadamente

que se ha vuelto trivial para los lectores, y se tornó más difícil para el escritor. Por lo tanto, nos ceñiremos a puntualizar algunas de las más notables particularidades del clima, las costumbres y las instituciones que convirtieron a los bravíos campeones de Germania en tan formidables enemigos del poderío romano.

Excluyendo de sus límites independientes la provincia al poniente del Rin, ya sojuzgada por los romanos, la antigua Germania abarcaba un tercio de Europa. Casi toda la actual Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Livonia, Prusia y la mayor parte de Polonia albergaban varias tribus de una grandiosa nación, cuya tez, costumbres e idioma mostraban un origen idéntico y conservaban patente semejanza. Al Oeste, el Rin era el límite que dividía Germania de Galia; y al Sur, era el Danubio el que separaba a esta última de las provincias ilíricas del Imperio. Una serranía comenzada en el Danubio resguardaba a Germania en la parte de Dacia y Hungría. La frontera oriental era muy débil, a causa de los mutuos recelos germanos y sármatas, y solía atropellarla el vaivén de guerras y confederaciones entre las varias tribus de ambos pueblos. En la remota lobreguez septentrional, los antiguos apenas divisaban más allá del Báltico el océano helado y la península o las islas de Escandinavia.[619]

Algunos ingeniosos escritores[620] han opinado que, en la Antigüedad, Europa era mucho más fría que ahora, y que las más antiguas descripciones del clima de Germania corroboran en gran manera este concepto. Las frecuentes quejas respecto del hielo intenso y el perpetuo invierno no merecen quizás el menor aprecio, puesto que carecemos de una pauta para reducir a la ajustada puntualidad del termómetro la sensación y las expresiones de un orador nacido en las regiones apacibles de

Grecia y Asia; sin embargo, destacaremos las dos particularidades más certeras: I) Los caudalosos ríos que limitaban las provincias romanas, el Rin y el Danubio, solían helarse y soportar pesos enormes, y los bárbaros, que por lo general se valían de esta crudeza para sus correrías, trasladaban sin aprensión sus grandiosas huestes, su caballería y sus pesados carros sobre un vasto y solidísimo puente de hielo,[621] fenómeno nunca visto en la época moderna. II) El reno, ese útil animal que brinda al septentrional montaraz los mayores alivios de su horrorosa vida, posee una complexión que aguanta y aun requiere intenso frío. Se halla en los peñascos de Spitsbergen, a diez grados del polo; abunda en las nieves de Laponia y Siberia, y actualmente no vive, ni mucho menos se multiplica, en país alguno al sur del Báltico.[622] En tiempos de César, el reno y el alce eran naturales de la selva Hercinia, que encerraba gran parte de Germania y Polonia.[623] Los avances modernos explican llanamente las causas de esta disminución del frío, pues aquella inmensidad de bosques ha sido despejada y los rayos solares pueden llegar hasta la faz de la tierra.[624] Desecados los pantanos, el suelo se ha ido cultivando y el clima se volvió más templado. Remedo de la antigua Germania es actualmente Canadá, pues, aunque está situado en el mismo paralelo que las más benignas provincias de Francia e Inglaterra, padece un riguroso frío. El reno retoza por el hondamente nevado suelo, y el gran río San Lorenzo suele estar helado cuando las corrientes del Támesis y del Sena se mantienen líquidas.[625]

Se hace trabajoso puntualizar y fácil exagerar el influjo del clima en la antigua Germania sobre el cuerpo y el alma de los naturales. Muchos escritores suponen, y los más aseguran aunque al parecer sin prueba terminante, que el frío intenso del Norte contribuía a alargar la vida y realzar la fuerza

engendradora, por lo que las mujeres eran más fecundas y la especie humana, más productiva que en los climas cálidos o templados.[626] Podemos afirmar con mayor confianza que el sutil ambiente de Germania hacía que los cuerpos de los naturales fueran más corpulentos y varoniles —de modo que, en su mayoría, aventajaban en estatura a los pueblos del Sur—,[627] y les infundía un género de brío más adecuado para sus esfuerzos extremados que para el trabajo sufrido, así como aquella valentía que resulta de la fuerza de los nervios. La crudeza de una campaña de invierno, que entumecía el cuerpo y el espíritu de los romanos, apenas arañaba el cutis de aquellos arrogantes hijos del Norte,[628] quienes, en cambio, sufrían los bochornos del estío y parecían derretirse, exánimes e inmóviles, con los rayos solares de Italia.[629]

No existe en el mundo territorio que carezca absolutamente de habitantes y cuyos primeros pobladores se puedan puntualizar con algún asomo de certidumbre histórica. Sin embargo, dado que las mentes más filosóficas excepcionalmente se retraen de rastrear la cuna de toda grandiosa nación, nuestra curiosidad investiga infructuosamente este asunto. Al contemplar la pureza de la sangre germana y el horroroso aspecto de aquel país, Tácito se inclinó a tratar a estos bárbaros de indígenas o hijos de la tierra. Nada aventuramos en afirmar que la antigua Germania no fue primitivamente poblada por colonias extranjeras, constituidas ya en sociedad cabal,[630] sino que nombre y nación obtuvieron la existencia con la incorporación sucesiva de bárbaros errantes por la selva Hercinia. El dar por sentado que estos montaraces brotaron naturalmente de la misma tierra que habitaban sería una ilusión temeraria, abominada por la religión y ajena de toda racionalidad. Esta duda sensata no se aviene con los

sentimientos de la vanagloria popular, pues entre cuantas naciones adoptaron la historia mosaica del mundo, el arca de Noé ha sido de igual utilidad, como fue también la guerra de Troya el antecedente fundamental para los griegos y romanos. Sobre la estrecha base de cierta verdad innegable se encumbró un adicional inmenso y fabuloso, y el salvaje irlandés[631] así como el tártaro rebelde[632] podrían señalar individualmente al hijo de Jafet, de quien sus antepasados descendían directamente. El último siglo estuvo colmado de estudiosos de la Antigüedad, quienes, a la escasa luz de leyendas y tradiciones, de conjeturas y etimologías, fueron guiando a los tataranietos de Noé desde la torre de Babel hasta los extremos del orbe. Entre ellos se distingue Olaus Rudbek, catedrático de la universidad de Uppsala.[633] Este celosísimo patriota atribuye encarecidamente a su país cuanto resplandece en la historia o en la fábula. Desde Suecia, que constituía una parte considerable de la antigua Germania, los mismos griegos recibieron su cartilla alfabética, su astronomía y su religión. La Atlántida de Platón, el país de los Hiperbóreos, los jardines de las Hespérides, las Islas Afortunadas y aun los Campos Elíseos, todo era un remedo escaso de aquella región venturosa, pues así aparecía ante los ojos de su iluso hijo.

No cabía que un suelo naturalmente tan agradable permaneciese mucho tiempo despoblado. El sabio Rudbek le da a la familia de Noé pocos años para multiplicarse desde ocho individuos hasta 20 000. Luego los reparte en colonias pobladoras del mundo entero y propagadoras de la estirpe humana. El destacamento germánico o sueco (acaudillado, según consideramos, por Askenaz, hijo de Gomer y nieto de Jafet) rápidamente se distinguió en el desempeño de tal empresa. Enjambró la colmena septentrional por la mayor parte de Europa, Asia y África, y —usando la metáfora del autor—

circuló la sangre de las extremidades al corazón.

Sin embargo, todo este elaborado sistema de la antigüedad alemana se estrella y se derrumba con un hecho sencillo e innegable: en tiempos de Tácito, los germanos no conocían la escritura,[634] distintivo terminante que diferencia a un pueblo civilizado de una horda de salvajes incapaces de conocimiento y reflexión. Sin esta ayuda artificial, se inhabilita la memoria y se desarticulan las ideas que se le encomiendan, y las facultades más esclarecidas del entendimiento, desprovistas de norma y de materiales, se van debilitando; el juicio se torna débil y letárgico, y la imaginación, lánguida o irregular. Para enterarse cabalmente de esta verdad, no hay más que percibir, en medio de una sociedad culta, la inmensa distancia que media entre el literato y el campesino lego. El primero de ellos multiplica su experiencia con la lectura y la reflexión, y está viviendo en siglos y países remotos, mientras que el segundo, clavado allá en un único punto y ceñido a poquísimos años de existencia, apenas supera a su compañero de trabajo, el buey, en cuanto al ejercicio de sus facultades mentales. La misma diferencia que existe entre individuos, y aun mayor, se advertirá entre naciones, siendo innegable que, sin un género u otro de escritura, ningún pueblo jamás conservó anales fidedignos de sus hechos, descolló en las ciencias o perfeccionó siquiera en ínfimo grado las artes amenas y provechosas de la sociedad.

A todas ellas, los germanos las desconocían, y pasaban la vida en un estado de ignorancia y desamparo que algunos habladores se han complacido en denominar virtuosa sencillez. Se asegura que la actual Alemania contiene unas dos mil trescientas poblaciones amuralladas.[635] En un país mucho más extenso, el geógrafo Ptolomeo no acertó a destacar más que noventa poblaciones que realza con la denominación de

ciudades,[636] aunque, según el concepto actual, no eran merecedoras de tan grandioso título. Debemos, pues, reducirlas a fortificaciones toscas y emboscadas para el resguardo de mujeres, niños y ganados, mientras los guerreros de la tribu marchaban a rechazar alguna invasión repentina.[637] Pero Tácito afirma, como un dato conocido, que los germanos de su tiempo *carecían* de ciudades[638] y que simulaban menospreciar las obras de industria romana, considerándolas como sitios de encierro más que de seguridad.[639] Sus moradas no se agrupaban para formar aldeas,[640] sino que el guerrero se arraigaba donde la llanura, el bosque o el fresco arroyuelo le brindaban alguna ventaja, sin hacer uso de piedra, ladrillo o teja para construir sus viviendas,[641] las que se reducían a casillas o chozas redondas de maderos sin desbastar, techadas con pajones y descubiertas en la cima, para desahumarlas. En el rigor de un invierno crudo, el curtido germano se daba por satisfecho con el escaso vestuario de alguna piel de animal. Las naciones más septentrionales se arropaban con pellizas, y las mujeres tejían para su propio uso un género de tela rústica.[642] En las selvas de Germania sobreabundaba la caza, que facilitaba a sus habitantes alimento y ejercicio,[643] y en sus grandiosos rebaños, menos reparables por su hermosura que por su utilidad, se cifraba toda su riqueza.[644] El producto de sus tierras era una escasa cantidad de trigo, pues ignoraban el uso de huertos y prados artificiales, y no caben adelantos de labranza en un pueblo cuyas haciendas experimentaban anualmente un cambio general por nuevas divisiones de las tierras cultivables, y que en tan extraño trueque evitaba toda contienda, dejando yerma e inservible la porción más cuantiosa de su terreno.[645]

En Germania eran sumamente escasos el oro, la plata y el hierro, pues sus montaraces habitantes carecían tanto de

habilidad como de paciencia para buscar aquellas preciosas vetas de plata que luego han remunerado tan colmadamente el afán de los príncipes de Brunswick y de Sajonia. Suecia, que actualmente suministra hierro a Europa, estaba igualmente ajena de sus riquezas, y a la sola vista de las armas del germano podía apreciarse qué pequeña porción les cabía de ese metal cuyo empleo debían conceptuar como preferente para ellos. Las diversas transacciones de guerra y paz introdujeron alguna moneda romana, especialmente de plata, entre los ribereños del Rin y del Danubio, pero las tribus remotas desconocían absolutamente todo cuño, efectuaban trueque de bienes y regulaban al mismo precio su tosca alfarería y las vasijas de plata que Roma acostumbraba regalar a sus príncipes y embajadores.[646] Estos hechos determinantes dan un concepto más cabal a todo entendimiento reflexivo que cualquier fastidioso pormenor de circunstancias subordinadas. El consentimiento general gradúa la moneda como el equivalente de nuestras necesidades y haberes, así como se inventaron las letras para expresar nuestros pensamientos, y ambos inventos, robusteciendo los alcances y afectos de la naturaleza humana, han ido multiplicando los mismos objetos representados. El uso del oro y la plata es, en gran medida, ficticio, pero sería imposible demostrar las infinitas ventajas que el hierro, labrado y amoldado por la fragua y la hábil mano del hombre, proporciona a la agricultura y a todas las artes. La moneda, en una palabra, es el incentivo universal, y el hierro, el instrumento más poderoso de la industria humana, y resulta difícil comprender con qué medios un pueblo, sin aquel móvil ni este auxilio podría desprenderse de la más tosca barbarie.[647]

Al contemplar cualquiera nación salvaje de la tierra, se podrá ver la apoltronada indiferencia y el olvido de lo venidero que

constituyen su general carácter. En una sociedad civilizada, todas las facultades del hombre se explayan y se ejercitan, y la dependencia recíproca eslabona y estrecha a los diversos miembros que la componen. La mayor parte de ellos se afana en tareas provechosas, y los pocos descollantes que han sido ubicados por la fortuna por encima de esas necesidades emplean colmadamente su tiempo en la búsqueda de interés o de gloria, mejorando su haber o sus alcances con las obligaciones, los deleites e incluso los devaneos de la vida social. Los germanos vivían ajenos a tales arbitrios y transferían todo desvelo del hogar o la familia, así como el cuidado de las tierras y los rebaños, a los ancianos, las mujeres o los esclavos. El guerrero holgazán, privado de las artes que pudieran emplear su ocio, se holgaba noche y día en la irracionalidad del sueño o de la glotonería; sin embargo, por la extremada contraposición de su naturaleza —según lo señala un escritor que ha penetrado sus interioridades—, los mismos bárbaros eran alternativamente los más perezosos y los más arrojados de la estirpe humana. Disfrutaban de la desidia y aborrecían el sosiego;[648] su alma desfallecida, abrumada con su propia carga, ansiaba desenfrenadamente alguna sensación nueva, y así la guerra y el peligro eran los entretenimientos propios de su desaforado temperamento. El eco de la llamada guerrera halagaba el oído del germano, pues lo sacaba del letargo y le brindaba un trabajoso afán con el ejercicio violento del cuerpo y la extremada conmoción del ánimo. En los desabridos intermedios de paz, se engolfaban desatinadamente en sus juegos y su embriaguez, y por diversos rumbos, unos y otra —aquéllos, enardeciendo sus ímpetus, y ésta, adormeciendo sus sentidos— los liberaban igualmente de la penalidad de pensar. Se jactaban de pasar días enteros a la mesa, y la sangre de amigos y parientes solía

manchar sus concurridísimos banquetes.[649] Cumplían con sus deudas de honor —pues lo eran, para ellos, las deudas del juego — con puntualísima y romántica lealtad. El desaforado jugador que había apostado su persona y su libertad al último lance de los dados se resignaba sufridamente al decreto de la suerte, y se dejaba atar, castigar y vender para lejana servidumbre por su más endeble pero afortunado contrincante.[650]

La cerveza fuerte, ese licor extraído toscamente del centeno o la cebada y —según la enérgica expresión de Tácito— corrompido en algo levemente parecido al vino, satisfacía sobradamente los intentos de la beodez germánica, aunque los que habían probado los vinos exquisitos de Italia, y luego de Galia, suspiraban por aquel género más deleitoso de embriaguez. No obstante, no intentaron, como se ha practicado después con éxito, aclimatar la vid en las márgenes del Rin y del Danubio, ni aspiraron a procurarse, con su industria, los materiales de un comercio ventajoso. Nada, en suma, de industriosa actividad, pues el agenciarse con trabajo lo que podían conseguir con las armas se consideraba impropio de la gallardía germana.[651] Sedientos más y más de licores fuertes, los bárbaros se arrojaban sobre las provincias en las cuales, por naturaleza o por arte, abundaban estos ansiados regalos. El toscano que vendió su patria a las naciones celtas las atrajo a Italia con la perspectiva de sus frutas exquisitas y sus deliciosos vinos, productos del apacible clima.[652] De igual modo, los auxiliares alemanes, invitados a Francia durante las guerras civiles del siglo XVI, fueron atraídos por la promesa de establecimientos en las provincias de Champaña y Borgoña.[653] La embriaguez —el más rudo, aunque no el más peligroso, de nuestros vicios— en ocasiones era capaz, en un estado menos civilizado de la humanidad, de acarrear una batalla, una guerra y una

revolución.

El clima de Alemania se ha suavizado, y se ha abonado su suelo con las faenas de diez siglos desde la época de Carlomagno. El mismo ámbito que alimenta ahora con holgura y regalo a un millón de labradores y menestrales no podía abastecer a cien mil guerreros haraganes con lo imprescindible para su mantenimiento.[654] Los germanos usaban sus inmensos bosques para la práctica de la caza; dedicaban gran parte de sus tierras al pastoreo; laboraban el resto de una manera tosca y desmañada, y luego acusaban a la esterilidad y escasez del terreno por no proporcionar los alimentos para mantener a sus habitantes. Cuando el retorno del hambre les advertía severamente sobre la importancia de las artes, la miseria de la nación se aliviaba con la emigración de un tercio o, quizás, una cuarta parte de sus jóvenes.[655] El goce de la propiedad es la prenda característica de un pueblo civilizado, pero los germanos, trashumando con armas, ganados y mujeres, que eran todas sus alhajas, abandonaban gozosos sus bosques solitarios en pos de su esperanzada victoria y rapiña. Aquellos enjambres que arrojaba, o parecía arrojar, el gran depósito de las naciones se acrecentaron sobremanera con el miedo de los vencidos y la credulidad de los siglos siguientes, y por estos encarecimientos se fue arraigando la opinión, que fue defendida por escritores de nombradía, de que en tiempos de César y de Tácito el Norte estaba mucho más poblado que en nuestros días.[656] No obstante, parece que una investigación detenida ha desengañado a los filósofos modernos acerca de la falsedad, y aun de la imposibilidad, de aquel supuesto, pues a los nombres de Mariana y Maquiavelo[657] podemos contraponer los equivalentes de Robertson y Hume.[658]

Una nación guerrera como la germana, sin ciudades, letras,

artes ni moneda, hallaba cierta compensación de su vida arisca en el goce de la libertad. Su pobreza le afianzaba la independencia, puesto que nuestros anhelos y haberes son los más recios grillos del despotismo. «Entre los suecos —dice Tácito— se honran las riquezas, y *por lo tanto* yacen bajo un monarca absoluto, que, en vez de franquear a su pueblo el uso de las armas, como sucede en lo restante de Germania, lo somete bajo el cargo, no de un ciudadano ni de un liberto, sino de un esclavo. Los sitones, sus vecinos, se hundieron más abajo de la misma servidumbre, puesto que obedecen a una mujer.»[659] Cuando el gran historiador menciona tales excepciones, reconoce la teoría fundamental del gobierno. Sólo nos resulta difícil concebir por qué medios las riquezas y el despotismo pudieron llegar a un remoto rincón del Norte, apagando la llama generosa que resplandecía con tanta fuerza en el límite de las provincias romanas, y no se comprende cómo los antepasados de aquellos daneses y noruegos, tan esclarecidos en siglos posteriores con su gallardía, pudieron resignar tan mansamente el grandioso carácter de la libertad germánica.[660] Si bien algunas tribus de las orillas del Báltico reconocían reyes, pero sin abandonar los derechos de los hombres,[661] en casi toda Germania la forma de gobierno era una democracia, comedida, es verdad, y refrenada no tanto por leyes generales y positivas como por el predominio accidental del nacimiento o del valor, de la elocuencia o la superstición.[662]

Todo gobierno civil, en sus primeras instituciones, se reduce a una asociación voluntaria para la defensa mutua y, para este objeto, es necesario que cada individuo se sienta obligado a someter sus opiniones privadas y sus pasos al albedrío del mayor número de sus socios. Las tribus germanas se conformaron con este tosco pero liberal bosquejo de sociedad política. Cuando un

joven, hijo de padres libres, llegaba a la edad varonil, lo incorporaban al Consejo y le daban la solemne investidura de escudo y pica, mancomunándolo como digno miembro de una república militar. El Consejo se reunía periódicamente o bien a causa de algún trance repentino. Los juicios de agravios públicos, el nombramiento de magistrados y la suma decisión de la paz o la guerra se zanjaban con su determinación independiente, aunque a veces estos puntos se examinaban de antemano en un consejo especialmente selecto de caudillos.[663] Los magistrados debían deliberar y persuadir, mas competían al pueblo el acuerdo y la ejecución, y estas disposiciones solían ser atropelladas y violentas. Bárbaros enseñados a cifrar su libertad en los sentimientos actuales y no prestar atención a las consecuencias venideras daban la espalda, con airado menosprecio, a todo miramiento de justicia y política, y solían mostrar su desagrado por consideraciones medrosas con un murmullo ronco y desentonado. Pero cuando un orador más popular proponía el desagravio del menor ciudadano por una ofensa perpetrada por extraños o vecinos, o instigaba a sus conciudadanos, por el realce de la conciencia nacional, a arrojarse a una empresa arriesgada y honorífica, retumbaban escudos y lanzas vitoreando esa propuesta. Los germanos se reunían siempre armados, y a toda hora era de temer que una muchedumbre desmandada, inflamada por la facción y los fuertes licores, emplease aquellas armas en sostener y pregonar sus arrojados intentos. Podemos recordar cuán a menudo las asambleas polacas se han manchado con sangre, y la mayoría ha quedado avasallada por un corto número de violentos amotinados.[664]

Nombraban a sus caudillos cuando asomaba un peligro, y si éste era considerable y urgente, se aunaban varias tribus para

elegir un jefe. El más valiente capitaneaba en las peripecias a sus paisanos más con el ejemplo que con los mandatos, pero aun esa escasa potestad se hacía envidiable y fenecía con la guerra, pues en tiempos de paz los germanos no reconocían ningún caudillo supremo.[665] Sin embargo, en la Asamblea General se designaban príncipes para administrar justicia, o más bien para zanjar diferencias[666] en sus respectivos distritos, y en esa elección se atendía no menos al nacimiento que al desempeño.[667] El público nombraba una guardia para cada uno, así como un consejo de cien personas, y el primero de los príncipes poseía tales preeminencias de jerarquía y honor que los romanos a veces los agasajaban con el título de rey.[668]

Un parangón entre dos casos notables de potestad del magistrado basta para poner de manifiesto todo el sistema de costumbres germánicas. En manos de aquél se hallaba el reparto de las tierras, que renovaban por años,[669] pero no tenían el poder de castigar con la muerte, encarcelar o apalear a un mero ciudadano.[670] Pueblo tan cuidadoso de la personalidad y tan despegado de las propiedades debió de carecer de artes industriosas y descollar en honor e independencia.

Toda obligación era producto del propio albedrío, y el ínfimo soldado escarnecía la autoridad de un magistrado civil. «Los jóvenes más insignes se jactaban de ser fieles acompañantes de algún caudillo ilustre, con quien se comprometían para todo género de trances. Los compañeros competían para granjearse la preferencia del comandante, y éstos, en adquirir el mayor número de camaradas esforzados. El caudillo que capitaneaba una cuadrilla de jóvenes sobresalientes, que eran su realce en la paz y su resguardo en la guerra, se jactaba gallardamente, y su fama llegaba a todas las tribus. Regalos y embajadas se agolpaban en demanda de su amistad, y el concepto de su

prepotencia solía acarrear la victoria al bando que favorecía. En el momento de peligro, era vergonzoso para el caudillo ser aventajado en valor por sus acompañantes, y para estos últimos, no igualar a su jefe en valentía; sobrevivirlo en la batalla se constituía en indeleble infamia, puesto que la sacrosanta obligación de todos era escudar su persona y realzar sus honores con nuevos trofeos: los jefes siempre peleaban por la victoria, y sus acompañantes, por él. Los guerreros más nobles, cuando su tribu se apoltronaba en la comodidad de la paz, acaudillaban a sus adeptos a alguna guerra lejana, para ejercitar su ánimo desasosegado y adquirir nombradía por medio de peligros voluntarios. Los galardones que los acompañantes esperaban de la generosidad del caudillo eran dones propios de guerreros: el alazán belicoso, la lanza siempre vencedora. El único pago que podían suministrar, o que ellos querían admitir, era el desaseado rebosamiento de su agasajadora mesa. La guerra, la rapiña o los presentes de amigos eran los materiales que abastecían a su munificencia.»[671] Esta institución, aunque tal vez podía debilitar accidentalmente a diferentes repúblicas, robustecía la índole general de los germanos y cultivaba en ellos las virtudes apreciadas por los bárbaros: la fe y el valor, la hospitalidad y la cortesía, tan importantes mucho después, en los siglos caballerescos. Las dádivas honoríficas del caudillo a sus acompañantes eran —según refiere un agudo escritor— los rudimentos de aquellos bienes que, tras la conquista de las provincias romanas, los capitanes bárbaros repartían entre sus vasallos, con el similar compromiso de homenaje y servicio militar,[672] condiciones por cierto repugnantes para los antiguos germanos, que se deleitaban con sus mutuos regalos, pero sin imponer ni aceptar el peso de las obligaciones.[673]

«En los tiempos caballerescos, o más bien novelescos, todo

hombre era valiente, y casta toda mujer», y aunque esta postrera virtud se alcanza y se conserva con mucha más dificultad que la primera, se atribuye sin embargo, casi sin excepción, a las mujeres de los antiguos germanos. No había poligamia más que entre los príncipes, y, entre ellos, sólo para multiplicar sus alianzas, y el divorcio estaba vedado más por las costumbres que por las leyes. El adulterio se castigaba como delito desusado e inexpiable, y la seducción no se justificaba por el ejemplo o la moda.[674] Se deja ver a las claras que Tácito se complace honorablemente en contraponer las virtudes bárbaras a la relajación de las costumbres de las damas romanas, mas hay significativas características que dan visos de verdad, o al menos de verosimilitud, a la fe conyugal y a la castidad de los germanos.

Aunque, merced a la fina civilización, los ímpetus bravíos de la naturaleza humana han ido amainando, parece que no fue con beneficio para la virtud de la castidad, cuyo enemigo más peligroso se cifra en la gentileza del carácter, pues los refinamientos de la vida corrompen, al mismo tiempo que desbastan, la relación entre los sexos. El apetito amoroso se va emponzoñando al realzarse, o más bien encubrirse, con afectos tiernos, y la elegancia de los trajes, los movimientos y los modales encarece la hermosura e inflama los sentidos por medio de la fantasía. Banquetes lujosos, danzas nocturnas y espectáculos lujuriosos proporcionan de inmediato la tentación y la oportunidad para la impudicia.[675] Las toscas mujeres de los bárbaros vivían resguardadas de tales deslices, a causa de la pobreza, la soledad y los afanes caseros. Abiertos los poblados germánicos por dondequiera a la mirada de la indiscreción o los celos, afianzaban la fidelidad conyugal a mejor recaudo que los paredones, cerrojos y eunucos de un serrallo. Añádase otra razón

más honorífica, pues los germanos trataban a sus esposas con aprecio y confianza, y creían amorosamente que ellas abrigaban en sus pechos una sabiduría recóndita y sobrehumana, por lo que las consultaban para todos los trances de importancia. Alguna de las intérpretes del destino, como Veleda en la guerra bátava, gobernó, en el nombre de la deidad, las naciones más desaforadas de Germania.[676] No endiosaban a las demás mujeres, pero las respetaban como compañeras libres e iguales de los soldados, y asociadas, mediante el ceremonial del matrimonio, a su vida afanosa, expuesta y esclarecida.[677] En sus grandes invasiones, en los campamentos de los bárbaros había multitudes de mujeres, que se mantenían firmes y valientes en medio del estruendo de las armas, las diversas formas de destrucción y las honrosas heridas de sus hijos y esposos.[678] Huestes germanas arrolladas solían rehacerse y volver contra el enemigo gracias al desesperado ahínco de las mujeres, menos temerosas de la muerte que de la servidumbre, y, si la derrota era irremediable, conocían muy bien la forma de, con sus propias manos, liberarse juntamente con sus hijos de los descomedimientos del vencedor.[679] Heroínas de esa índole nos asombran, por cierto, pero no nos resultan ni amables ni susceptibles de ser amadas, pues, al masculinizarse hasta tal extremo, no podían menos que abandonar la agradable delicadeza donde esencialmente se cifran el encanto y la debilidad de la mujer. Su orgullo llevaba a las germanas a suprimir toda emoción tierna que se opusiese a su honor, y el primordial honor de su sexo siempre ha sido la castidad. Los sentimientos y la conducta de estas altaneras matronas deben considerarse como causa, efecto y prueba del carácter general de la nación, pues el coraje femenino, aunque lo haya incrementado el fanatismo y lo corrobore el hábito, sólo alcanza

a ser una débil imitación del varonil arrojo que distingue a la época o al país donde se encuentra.

El sistema religioso de los germanos —si las disparatadas aprensiones de unos salvajes merecen esa denominación— era un producto de sus necesidades, de sus temores y de su ignorancia.[680] Adoraban los objetos visibles, los grandiosos agentes de la naturaleza, el sol, la luna, el fuego y la tierra, así como a las deidades ideales que, según suponían, presidían las tareas importantes de la vida humana. Estaban persuadidos de que, mediante ridículas artes adivinatorias, descifrarían la voluntad de los seres superiores, y de que la ofrenda más halagüeña y relevante para sus aras eran los sacrificios humanos. Se ha enaltecido atropelladamente el concepto sublime que abrigaba este pueblo de la divinidad, puesto que no la encerraba en templos ni la imaginaba con figura humana, pero, si tenemos en cuenta que los germanos carecían de arquitectura y de estatuaria, hallamos la causa de ese reparo no precisamente en la perspicacia de su discurso, sino en la total carencia de ingenio. Los únicos templos de Germania eran bosques antiguos y lóbregos, consagrados por la veneración de sucesivas generaciones. Su recóndita tiniebla, imaginaria residencia de un poder invisible, al no distinguir los objetos de temor y de culto, horrorizaba el ánimo con un profundo sentimiento de temor religioso,[681] y los sacerdotes habían ido aprendiendo con la experiencia —puesto que eran toscos e iletrados— todos los artificios que podían preservar y fortalecer esas impresiones, que resultaban tan adecuadas para su propio interés.

La misma ignorancia que imposibilita a los bárbaros conocer y aceptar las restricciones de la ley los expone, inermes y desnudos, a los ciegos sobresaltos de la superstición. Los sacerdotes germanos, mejorando el carácter favorable de sus

compatriotas, habían asumido, aun en los asuntos temporales, una autoridad que el magistrado no podía arriesgarse a ejercer, y el engreído guerrero aceptaba sufridamente el azote del castigo cuando no era impuesto por un poder humano, sino por un inmediato decreto del dios de la guerra.[682] El vacío de la autoridad civil solía suplirse con la oportuna interposición de la eclesiástica, y ésta era la que acudía a imponer silencio y decoro en las asambleas populares, y a veces abarcaba una mayor extensión a favor de los intereses nacionales. En los actuales países de Mecklemburgo y Pomerania en ocasiones se celebraba una solemne procesión. El desconocido símbolo de la Tierra, cubierto con un denso velo, se colocaba en un carruaje tirado por vacas, y así la diosa, que solía residir en la isla de Rügen, iba visitando varias de las tribus inmediatas de sus devotos. Durante su marcha, callaba el sonido de la guerra; se suspendían las contiendas; se dejaban a un lado las armas, y los incansables germanos tenían una oportunidad de gustar las bendiciones de la paz y la armonía.[683] La *tregua de Dios*, proclamada tan a menudo y tan infructuosamente por el clero del siglo XI, era una obvia imitación de esta remota costumbre.[684]

Pero el influjo de la religión era, desde luego, más eficaz para foguear que para contener los indómitos ímpetus de los germanos. El interés y el fanatismo incitaban a los ministros a santificar las empresas más osadas e injustas con la aprobación del cielo y la seguridad del éxito. Los estandartes consagrados, y desde la antigüedad reverenciados en los bosques de la superstición, se colocaban al frente de la hueste,[685] y la tropa enemiga era excomulgada con horrorosas imprecaciones que la ofrecían al dios de la guerra y de las tempestades.[686] Según la creencia de los soldados —y tales eran los germanos—, el pecado más imperdonable era la cobardía. El hombre valiente

era el digno favorito de las deidades guerreras; el desgraciado que había perdido su escudo quedaba expulsado de toda reunión, tanto religiosa como civil, de sus paisanos. Al parecer, algunas tribus del Norte admitieron la doctrina de la trasmigración de las almas,[687] y otras idearon un tosco paraíso de embriaguez eterna,[688] pero todas concordaban en que una vida guerrera y una muerte gloriosa en la batalla eran los preliminares de la felicidad venidera, tanto en este mundo como en el otro.

La inmortalidad, prometida tan vanamente por los sacerdotes, era proporcionada hasta cierto punto por los bardos. Esta clase particular de hombres ha embargado muy dignamente los desvelos de cuantos han estudiado la antigüedad de los celtas, escandinavos y germanos. Han sido suficientemente ilustrados su genio y su carácter, así como la reverencia que recibía esa profesión tan trascendente, mas no es tan fácil expresar, ni aun percibir, el entusiasmo por las armas y la gloria que encendían en su auditorio. En todo pueblo culto, el ejercicio poético es más bien un floreo de la fantasía que un empeño del alma; sin embargo, si revisamos detalladamente los trances referidos por Homero o Tasso, imperceptiblemente nos dejamos embargar por la ilusión, y nos enardecemos momentáneamente con asomos de ímpetu marcial. ¡Pero cuán apocada, cuán yerta es la sensación que nos cabe en la soledad del estudio! En el vaivén de la batalla o en el júbilo de la victoria era donde los bardos entonaban la gloria de aquellos héroes antiguos, antepasados de unos caudillos belicosos que estaban pendientes del canto, desaliñado pero impetuoso, que les dedicaban. La presencia de las armas y del peligro realzaba el efecto de la canción militar, y los impulsos que intentaba infundir, el afán de nombradía y el menosprecio de la muerte

embargaban más y más a los germanos.[689]

Tal era la situación y tales las costumbres de los antiguos germanos. Su clima, su carencia de letras, de artes y de leyes; sus aprensiones acerca de la virtud, la hidalguía y la religión; su concepto de la libertad, su encono con la paz, su arrojo tras las empresas, todo contribuía a labrar un pueblo de guerreros. Sin embargo, podemos observar que, durante el lapso de más de doscientos cincuenta años que mediaron desde la derrota de Varo hasta el reinado de Decio, aquellos bárbaros tan formidables mostraron débiles tentativas y causaron poquísima mella en las opulentas y sometidas provincias del Imperio. Los atajaban su escasez de armas y su carencia de disciplina, y las desavenencias internas desahogaban su desenfreno.

I) Se ha reparado aguda y no infundadamente en que el dominio del hierro en breve le da a una nación el dominio del oro, pero las tribus montaraces de Germania, igualmente desprovistas de ambas preciosidades, tuvieron que ir adquiriendo pausadamente, por sus propias fuerzas, la posesión de una y otra. Era manifiesta en una hueste germana su escasez de hierro, pues pocas veces podían usar espadas o largas lanzas. Sus *frameae*, como las llamaban en su idioma, eran unas picas largas con una punta de hierro afilada y angosta, y, según las distancias, solían dispararlas o esgrimirlas. El escudo y la lanza componían todo el ajuar de su caballería, al paso que la infantería desembrazaba sus armas arrojadizas.[690] Su traje militar, si es que lo usaban, se reducía a una holgada manta, y una variedad de colores constituía el único ornamento de su escudo de madera o de mimbre. Sobresalía algún caudillo con su coraza; casi ninguno con yelmo. Aunque los caballos de Germania no eran hermosos, ágiles ni amaestrados en los despliegues romanos, algunas de sus naciones descollaron en la

caballería, aunque por lo general su pujanza se cifraba en la infantería,[691] que formaba varias columnas, según la separación de tribus y familias. Sin concesiones al cansancio o la demora, aquellos guerreros mal armados se lanzaban a la refriega en desorden y con descompasados alaridos, y, gracias al embate de su denuedo, en ocasiones arrollaban la más artificial y controlada valentía de los mercenarios romanos, pero, como los bárbaros desahogaban todo su ahínco en el primer avance, no acertaban a rehacerse ni a retirarse, y así el mero rechazo era ya derrota, y esta última, por lo general, exterminio. Al considerar el armamento cabal del soldado romano, su disciplina, sus desarrollos, sus campamentos fortificados y sus máquinas militares, asombra que la pujanza desnuda y sin protección afrontase a todo trance y tan reñidamente el poderío de las legiones, con los numerosos auxiliares que cooperaban en sus movimientos. La contienda era en extremo desigual, hasta que el lujo fue destronando al brío, y raptos de indisciplina y rebeldía quebrantaron o indispusieron a los ejércitos romanos. La introducción de auxiliares bárbaros en sus huestes fue una novedad arriesgada, pues no podía menos que entrenar gradualmente a los germanos en el arte de la guerra y del gobierno. Aunque admitidos en corto número y con cautelosos miramientos, harto convincente era el ejemplo de Civilis para desengañar a los romanos acerca de la realidad del peligro y la insuficiencia de sus precauciones.[692] En la guerra civil que sucedió a la muerte de Nerón, el mañoso y arrojado bátavo, a quien sus enemigos se avinieron a parangonar con Aníbal y Sertorio,[693] ideó un proyecto grandioso para su ambición e independencia. Acudieron a sus pendones ocho cohortes bátavas, afamadas en las campañas de Italia y de Britania. Internó una hueste germana en Galia, atrajo a su partido las

ciudades de Tréveris y Langres, derrotó a las legiones, arrasó sus campos fortificados y dirigió contra los romanos la ciencia militar aprendida en sus propias banderas. Cuando por fin, tras su obstinada contienda, tuvo que postrarse ante la prepotencia imperial, Civilis aseguró su país, y a sí mismo, con un honorable tratado por el cual los bátavos continuaban ocupando las islas del Rin[694] como aliados y no como siervos de la monarquía romana.

II) El poderío de la antigua Germania se muestra formidable cuando consideramos los efectos que podría haber tenido la unión de sus fuerzas. El dilatado ámbito del país podía, desde luego, aprontar un millón de guerreros, puesto que todos los hombres de edad adulta ansiaban manejar las armas. Pero aquella muchedumbre bravía, inhábil para idear o ejecutar un plan de grandeza nacional, se agitaba con diversas y a menudo hostiles intenciones. Germania estaba dividida en más de cuarenta Estados independientes, y en cada uno de ellos la unión de las diversas tribus aún era desarticulada y precaria. Los bárbaros no eran cavilosos; nunca olvidaban un agravio y menos un desacato, y sus enconos se hacían sangrientos e implacables. Las trifulcas impensadas que solían producir en sus alborotadas cacerías y borracheras eran suficiente motivo para encolerizar a naciones enteras, y los rencores privados de algunos caudillos principales trascendían a todos sus secuaces y allegados. El castigo de un descarriado o el saqueo de un indefenso eran móviles de guerra, y los Estados más extensos de Germania se esmeraban en cercar sus territorios devastados y solitarios. La inmensa distancia, observada por los vecinos, pregonaba el pavor de sus amagos y los resguardaba hasta cierto punto de toda correría inesperada.[695]

«Los bructeros —Tácito es quien habla— quedaron

exterminados enteramente por las tribus vecinas,[696] provocadas por su insolencia, cebadas con la expectativa de la presa y quizá movidas por los númenes tutelares del Imperio. Fenecieron más de sesenta mil bárbaros, no por medio de armas romanas, sino a nuestra vista y para nuestro solaz. De este modo, que se vayan enconando entre sí las naciones enemigas de Roma, pues, encumbrada ya a lo sumo de la prosperidad,[697] nada más queda que pedir a la Fortuna la discordia entre los bárbaros.»[698] Estos sentimientos ajenos a la humanidad de Tácito y propios de su patriotismo, manifiestan las constantes máximas de la política romana. Consideraban que era un método más eficaz enemistar a los bárbaros entre sí que lidiar con ellos, puesto que su derrota no les proporcionaba blasón ni provecho. El dinero y las negociaciones de Roma se fueron internando en el corazón de Germania, y se empleó dignamente toda arte de seducción para tener amistad con aquellas naciones cuya vecindad con el Rin o el Danubio podía convertirlas en los más útiles amigos o los más problemáticos enemigos. Los jefes de más nombradía y poder eran halagados con fútiles regalos, que recibían como muestras de aprecio o artículos de lujo. En las desavenencias civiles, el bando más débil entablaba secretas relaciones con los gobernadores de las provincias limítrofes; las intrigas de Roma fomentaban las riñas entre los germanos, y todo intento de hermandad y bien público se malograba a causa del empuje más recio de celos privados e intereses mezquinos.[699]

La conspiración general que aterró a los romanos durante el reinado de Marco Antonino abarcaba a casi todas las naciones de Germania, y aun a Sarmacia, de la boca del Rin a la del Danubio.[700] No es posible puntualizar ahora si aquella confederación repentina fue producto de la necesidad, la razón o la pasión, pero podemos afirmar sin reparo que los bárbaros no

fueron atraídos por la indolencia del monarca romano ni provocados por su ambición. Esta peligrosa invasión embargó el desvelado tesón de Marco, quien, tras colocar generales de gran desempeño en los diversos lugares de ataque, tomó a su cargo el mando de más entidad hacia el Danubio superior. Tras larga y reñida contienda, la altanería de los bárbaros fue doblegada, y los cuados y los marcomanos,[701] que fueron los adalides en la guerra, también quedaron muy lastimados en el escarmiento. Tuvieron que alejarse cinco millas [8 km] de sus propias riberas del Danubio[702] y entregar la flor de su juventud, que se envió inmediatamente a Britania, isla remota donde se afianzaban como rehenes y se utilizaban como guerreros.[703] Pero luego, con motivo de las repetidas rebeliones de los cuados y marcomanos, el airado emperador dispuso la reducción de su territorio a provincia. La muerte frustró su intento; sin embargo, esta liga —la más formidable de cuantas asoman en los dos primeros siglos de la historia imperial— quedó absolutamente disuelta, sin dejar el menor rastro en toda Germania.

En el transcurso de este capítulo accesorio hemos efectuado un diseño general de las costumbres de Germania, sin particularizar ni deslindar las varias tribus que poblaban aquel dilatado país en los tiempos de César, Tácito o Ptolomeo, pero, por cuanto suelen ir saliendo a luz tribus antiguas y nuevas en el hilo de la presente historia, apuntaremos lacónicamente su origen, situación y principales características. Las naciones modernas son sociedades sujetadas por enlaces mutuos de agricultura y artes, pero las tribus germanas, asociadas en perpetuo y voluntario vaivén, se reducían a unos soldados montaraces, y el mismo territorio solía cambiar de moradores tras las oleadas de la conquista o de la emigración. Luego las mismas comunidades, estrechándose para algún plan de

invasión o defensa, denominaban a la nueva confederación a su modo, y, al desaparecer ésta, resurgía la anterior con su denominación primitiva y durante tanto tiempo olvidada. Un Estado vencedor a menudo le comunicaba su nombre al pueblo vencido, y a veces acudían a raudales los voluntarios de todas partes al eco de algún caudillo sobresaliente; entonces el campamento era ya su país, y alguna particularidad de la empresa solía dar nueva denominación a la revuelta muchedumbre. Así acaecía que las distinciones de los invasores variaban a cada paso, sin que los atónitos romanos acertasen a deslindarlas.[704]

Los principales temas de la historia son las guerras y la administración de los asuntos públicos, pero el número de individuos empleados en unas y otros son muy diferentes, según las diversas condiciones de la estirpe humana. En las grandes monarquías, millones de súbditos obedientes se hallan dedicados a sus afanes. La atención del escritor, y luego del lector, se ciñe a una corte, a una capital, a un ejército organizado y a los distritos que resultan ser el ocasional teatro de sus operaciones, pero un estado de independencia y de barbarie, el trance de conmociones civiles o la situación de las repúblicas pequeñas[705] lleva a cada individuo a la acción, y por consiguiente a la nombradía. Las inexplicables desavenencias y los movimientos incesantes del pueblo de Germania deslumbran la fantasía e incrementan considerablemente su número, y la interminable enumeración de reyezuelos y guerreros, de huestes y naciones, nos preocupa hasta hacernos olvidar que bajo diversas denominaciones asoman repetidamente idénticos objetos, y que, muchas veces, cosas insignificantes han sido condecoradas con esplendorosos títulos.

X

LOS EMPERADORES DECIO, GALO, EMILIANO, VALERIANO Y GALIENO - IRRUPCIÓN DE LOS BÁRBAROS - LOS TREINTA TIRANOS

Mediaron veinte años de afrenta y desventura desde los grandiosos juegos seculares celebrados por Filipo hasta la muerte del emperador Galieno. Durante ese plazo tan calamitoso, cada momento fue señalado por los invasores bárbaros y los militares tiranos, y cada provincia fue víctima de ellos; y el arruinado Imperio parecía acercarse al último y fatal momento de su disolución. Los trastornos de esa época y la escasez de documentos auténticos imposibilitan al historiador su anhelado desempeño, y lo fuerzan a quebrar a cada paso la ilación ya harto confusa del relato. Atenido a fragmentos siempre sucintos, a menudo confusos y a veces aun contradictorios, se ve obligado a investigar, comparar y conjeturar, y aunque jamás debe realzar sus conjeturas a la categoría de hechos, el conocimiento de la naturaleza humana y del invariable rumbo de sus ímpetus ciegos y desenfrenados puede, en ciertos casos, hacer las veces de material histórico.

Es obvio, por ejemplo, el concepto de que tanta matanza de emperadores había resquebrajado todos los vínculos entre el príncipe y el pueblo; que todos los generales de Filipo estaban dispuestos a seguir el ejemplo de su soberano, y que por el antojo de la soldadesca, curtida ya en revoluciones violentas, cada mañana muy bien podía comenzar con uno de los ínfimos

camaradas encumbrado en el trono. La historia sólo puede agregar que la rebelión contra el emperador Filipo estalló en el verano del año 249 en las legiones de Mesia, y que se eligió sediciosamente a un subalterno[706] llamado Marino. Filipo se sobresaltó, temeroso de que la traición del ejército de Mesia fuese la tea que diera comienzo al incendio general. Fuera de sí a causa del remordimiento de su maldad y su peligro, participó de la novedad al Senado. Debido al temor, y quizá al encono, todos enmudecieron, hasta que al fin Decio, uno de los vocales, ensoberbeciéndose tal como correspondía a su alcurnia, se revistió de más arrojo que el que manifestaba el emperador. Trató el asunto con sumo menosprecio, como un alboroto repentino y desvariado, y al competidor de Filipo, como un monarca fantasmagórico, que en breve se desvanecería con la misma inconsistencia que lo había engendrado. El cumplimiento inmediato de la profecía infundió a Filipo sumo aprecio hacia un consejero tan atinado, y consideró a Decio el único capaz de restablecer el sosiego y refrenar a los soldados con la debida disciplina, puesto que ni aun después del escarmiento de Alarino aquellos ánimos rebeldes podían ser aplacados. Decio, que se resistió empeñosamente a su nombramiento,[707] parece haber sugerido el peligro que acarreaba presentar un líder de mérito a las coléricas y recelosas mentes de los soldados, y esta predicción también fue corroborada por los acontecimientos. Las legiones de Alesia obligaron a su juez a constituirse en su cómplice, puesto que le dieron la posibilidad de elegir entre la púrpura y la muerte. Su conducta posterior a ese trance se hizo ya inevitable: capitaneó o siguió a su hueste hasta el confín de Italia, donde Filipo, después de reunir todas sus fuerzas para contrarrestar al enemigo que él se había labrado incautamente, le salió al encuentro. El ejército

imperial era superior en número, pero los rebeldes componían una hueste de veteranos acaudillada por un guerrero hábil y experimentado. Filipo murió en la batalla o fue ejecutado pocos días después en Verona, y los pretorianos mataron en Roma a su hijo y asociado. Decio, victorioso, con más condiciones favorables que las que podía generalmente alegar la ambición de aquellos tiempos, quedó universalmente reconocido por el Senado y las provincias. Refieren que, habiendo aceptado a su pesar el título de Augusto, siguió afirmando privadamente su lealtad a Filipo y le aseguró que al llegar a Italia se despojaría del ropaje imperial para volver a la jerarquía de obediente súbdito. Sus declaraciones podían ser sinceras, pero, en la situación en que la fortuna lo había puesto, no podía perdonar ni ser perdonado.[708]

El emperador Decio había dedicado algunos meses a mantener la paz y administrar la justicia hasta que fue convocado a las riberas del Danubio por la invasión de los godos (año 250). Ésta es la primera situación relevante en que la historia menciona a aquel gran pueblo, que luego derrumbó el poderío de Roma, saqueó el Capitolio y reinó en la Galia, España e Italia. Fue tan memorable la participación que tuvieron en la ruina del Imperio occidental, que el nombre de los godos con frecuencia es impropiamente empleado como la denominación general de bárbaros cerriles y belicosos.

Al principio del siglo VI y tras la conquista de Italia, los godos, en la posesión de su grandeza, se explayaron plácidamente gracias a la perspectiva de sus glorias pasadas y venideras, y anhelaron conservar la memoria de sus antepasados y trasladar a la posteridad sus propias hazañas. El sabio Casiodoro, principal ministro de la corte de Ravena, halagó la propensión de los vencedores en su historia goda, que consta de

doce libros, reducidos ahora en el imperfecto compendio de Jornandes.[709] Estos escritos pasaron por alto, con hábil laconismo, los fracasos de la nación, exaltaron su venturoso coraje y engalanaron el triunfo con trofeos asiáticos, pertenecientes en realidad al pueblo escita. Por el testimonio de cantares antiguos —documentos dudosos, pero únicos, entre los bárbaros—, rastreaban el origen primitivo de los godos de la vasta isla, o península, de Escandinavia.[710] Los conquistadores de Italia no desconocían ese extremo septentrional, pues recientes tratos de amistad habían fortalecido los vínculos del antiguo parentesco, y el rey escandinavo gustosamente había abandonado su encumbramiento para disfrutar lo restante de su vida en la sosegada y culta corte de Ravena.[711] Muchos vestigios, que no se pueden atribuir a la vanidad popular, acreditan la remota residencia de los godos en los países cercanos al Rin. Desde los tiempos del geógrafo Ptolomeo, la parte meridional de Suecia continuó, al parecer, en manos de la porción menos emprendedora de la nación, y aún hoy un amplio territorio se divide en Gotia oriental y occidental. En la Edad Media (desde el siglo IX hasta el XII), mientras el cristianismo progresaba pausadamente hacia el Norte, los godos y los suecos componían dos cuerpos diversos y a veces enemigos de la misma monarquía,[712] y el segundo nombre ha prevalecido sin borrar el primero. Los suecos, que podrían estar muy satisfechos con su propia nombradía en las armas, siempre se han jactado de su gloriosa parentela con los godos, y Carlos XII, en un rapto de enojo con la corte de Roma, sugirió que sus tropas victoriosas no eran inferiores a las de sus valientes antecesores, que ya habían sojuzgado a la dueña del orbe.[713]

Hasta fines del siglo XI, un ilustre templo subsistió en Uppsala, la preeminente ciudad de suecos y godos; estaba

realzado por el oro obtenido por los escandinavos en sus piraterías y santificado con las toscas representaciones de tres deidades principales: el dios de la guerra, la diosa de la fecundación y el dios del trueno. En la festividad general, celebrada cada nueve años, se sacrificaban nueve seres vivos de cada especie, sin exceptuar la humana, y sus cadáveres ensangrentados se llevaban, enarbolados, por el bosque sacrosanto inmediato al edificio.[714] Los únicos vestigios que subsisten en nuestros tiempos de esta superstición bárbara se conservan en los *Eddas*, que contienen un sistema de mitología recopilado en Islandia hacia el siglo XIII y estudiado por los eruditos de Dinamarca y Suecia como las más apreciables reliquias de sus tradiciones antiguas.

A pesar de la misteriosa lobreguez de los *Eddas*, podemos distinguir dos personajes que se confunden con el nombre de Odín: el dios de la guerra y el sumo legislador de Escandinavia. El último de ellos, un Mahoma septentrional, instituyó una religión adaptada al clima y las gentes. En ambas costas del Báltico, innumerables tribus se postraron ante Odín por su invencible valor, su persuasión y su maestría en la magia. Con su muerte voluntaria confirmó la creencia que había ido propagando por el espacio de su larga y próspera vida, puesto que, temeroso de los ignominiosos asomos de achaques y dolencias, decidió morir como correspondía a un guerrero: en una solemne reunión de suecos y godos, se hirió mortalmente en nueve sitios, preparando —como lo afirmaba con desmayada voz— el banquete de los héroes en el palacio del dios de la guerra.[715]

La mansión nativa de Odín se distinguía con la denominación de Asgard, y la semejanza de este nombre con Asburgo y Azov,[716] voces de significación parecida, ha dado

margen para idear un sistema histórico tan halagüeño que infunde el deseo de creer que es verdadero. Se supone que Odín acaudilló una tribu de bárbaros que habitó las orillas del lago Meotis [actual mar de Azov], hasta que la caída de Mitrídates y las armas de Pompeyo amenazaron al Norte con la servidumbre. Asimismo, refieren que Odín, cediendo a una potestad irresistible, capitaneó su tribu, desde el confín de la Sarmacia asiática hasta Suecia, con el grandioso propósito de establecer en aquel retiro inaccesible una religión y un pueblo que allá, en tiempos lejanos, le suministrase inmortal desagravio, cuando los godos invencibles, a impulsos de su marcial fanatismo, se lanzasen a porfía en numerosas hordas desde las cercanías del polo para castigar a los opresores de la humanidad.[717]

Aun cuando renovadas generaciones de godos alcanzasen a conservar una escasa tradición de su origen escandinavo, no deberíamos esperar de bárbaros tan iletrados un relato preciso del tiempo y las circunstancias de su emigración. Era obvia la travesía del Báltico, y los moradores de Suecia eran dueños de suficiente número de grandes bajeles con remos,[718] pues la distancia de Carlscrona a los próximos puertos de Pomerania y Prusia se reduce a poco más de cien millas [160,9 km]. Aquí, por fin, llegamos a un terreno histórico y firme. Al menos desde el principio de la era cristiana[719] hasta la época de los Antoninos,[720] los godos estuvieron establecidos hacia la boca del Vístula, en aquella fértil provincia donde mucho después se fundaron las ciudades comerciales de Thorn, Kaliningrado, Elbing y Danzig.[721] Al oeste de los godos, los vándalos se explayaban en extensas tribus por las orillas del Odra y las costas de Pomerania y de Mecklemburgo, pero una manifiesta semejanza de tez, costumbres, religión e idioma daba a entender el entronque original de vándalos y godos.[722] Estos últimos se

subdividían en ostrogodos, visigodos y gépidos.[723] La distinción entre los vándalos era más marcada, con los nombres de héralos, borgoñones, lombardos y además un sinnúmero de pequeñas naciones, que luego, en siglos venideros, se convirtieron en poderosas monarquías.

En los tiempos de los Antoninos, los godos aún se encontraban establecidos en Prusia, y en el reinado de Alejandro Severo la provincia romana de Dacia ya había sido víctima de su proximidad, por sus frecuentes y perniciosas correrías.[724] Por lo tanto, debemos colocar en este intermedio de unos setenta años la segunda emigración goda del Báltico al Euxino, pero su causa se halla oculta entre los diversos motivos que provocan la conducta de los bárbaros trashumantes: epidemias, hambre, victorias, derrotas, oráculo de sus dioses o elocuencia de algún líder audaz eran motivos suficientes para que repentinamente las huestes godas se lanzaran hacia los apacibles climas del Sur. Además de la influencia de una religión belicosa, el número y la gallardía de los godos los habilitaban para los trances más grandiosos y arriesgados. El uso de escudos circulares y espadas cortas los volvía formidables para toda refriega de hombre a hombre; la viril obediencia que tributaban a sus reyes hereditarios aseguraba la estrecha unión entre ellos y la firmeza de sus decisiones,[725] y el afamado Ámalo —héroe de su tiempo y décimo antepasado de Teodorico, rey de Italia— reforzaba, con su mérito personal, las prerrogativas de su nacimiento, que lo entroncaba con los *Anses* o semidioses de la nación goda.[726]

La fama de una gran empresa excitó a los más valientes soldados de los Estados vandálicos de Germania, muchos de los cuales son vistos muchos años después en las peleas bajo el estandarte general de los godos.[727] El primer avance los trajo a las orillas del Pripyat, río del que los antiguos solían suponer

que era el brazo meridional del Borístenes [actual Dniéper].[728] Los recodos de esa corriente por las llanuras de Polonia y Rusia daban un rumbo de su marcha, y proporcionaban agua fresca y pasto para sus crecidos rebaños. Seguían el desconocido curso del río, confiados en su valentía y sin preocuparse de cualquiera fuerza que pudiera obstaculizar su tránsito. Los primeros en presentarse fueron los bastarnos y los venedos, y la flor de su juventud acrecentó la hueste goda, voluntaria o forzadamente. Los bastarnos habitaban la vertiente septentrional de los montes Cárpatos; el inmenso trecho que los separaba de los salvajes de Finlandia fue tomado, o más bien devastado, por los venedos, [729] y hay motivos para pensar que la primera de estas naciones —que, tras descollar en la guerra de Macedonia,[730] se dividió en las formidables tribus de los peucinos, los beranos, los carpos, etc.— descendía de los germanos. Con más fundamento podemos atribuir un origen sármata a los venedos, que fueron tan famosos en la Edad Media.[731] Pero la confusión de costumbres y lazos de sangre en esa dudosa frontera a menudo dejaba perplejos a los más esmerados observadores.[732] A medida que los godos se iban acercando al mar Euxino, tropezaban con las tribus originarias de los sármatas, los yacijes, los alanos y los roxolanos, y quizá fueron los primeros germanos que vieron las bocas del Borístenes y del Tanais [actual Don]. Si nos empeñamos en distinguir el pueblo de Germania del de Sarmacia, podremos observar que se diferenciaban por poseer chozas fijas o carpas móviles, por usar trajes ajustados o vestimentas holgadas, por contraer enlace con una o con muchas mujeres, por una fuerza militar en la que predominaba la caballería o bien la infantería, y, ante todo, por el uso del idioma teutónico o eslavo, difundido este último por las conquistas que tuvieron lugar desde el confín de Italia hasta las cercanías de

Japón.

Ya los godos poseían Ucrania, país extenso y de fertilidad poco común, surcado de ríos navegables que, por ambos lados, desaguan en el Borístenes y salpicado con extensos y frondosos bosques de robles. La abundancia de caza y pesca; los innumerables colmenares situados en troncos huecos y en cuevas de los peñascos, que producían, aun en aquellos siglos atrasadísimos, un valioso ramo de comercio; el tamaño del ganado; la temperatura del aire; lo adecuado del suelo para todo género de granos; y la lozanía de las plantas: en todo descollaba la profusión de la naturaleza y brindaba al hombre un campo favorable para su trabajo.[733] Pero los godos resistieron todas esas tentaciones y siguieron llevando una vida de holgazanería, pobreza y rapiña.

Los grupos escitas que confinaban por Levante con los nuevos establecimientos de los godos nada presentaban a sus armas, a excepción de la dudosa posibilidad de una infructuosa victoria. Pero la perspectiva de los territorios romanos era mucho más atractiva, y los campos de Dacia estaban cubiertos por riquísimas mieses, sembradas por la mano de un pueblo industrioso y expuestas al asalto de otro que solamente era guerrero. Es probable que las conquistas de Trajano, conservadas por sus sucesores, no tanto en consideración a alguna ventaja efectiva como a una ideal dignidad, habían contribuido a debilitar el Imperio por aquella parte. La nueva e insegura provincia de Dacia no era lo suficientemente fuerte para resistir la rapacidad de los bárbaros ni bastante rica para saciarla. Mientras las remotas orillas del Dniéster se consideraban los límites del poderío romano, se resguardaban con menos esmero las fortificaciones del bajo Danubio, y los habitantes de Mesia se apoltronaban indolentemente,

considerándose, gozosos, a una inaccesible lejanía de los embates de salteadores bárbaros. El avance de los godos que tuvo lugar durante el reinado de Filipo los desesperanzó lastimosamente, pues el caudillo de esa nación bravía atravesó con menosprecio la provincia de Dacia y traspuso sin tropiezos de importancia el Dniéster y el Danubio. La quebrantada disciplina de los romanos desamparó los puestos dominantes donde se habían detenido, y el temor a un merecido castigo movió a muchos a alistarse tras los estandartes godos. Al fin, la revuelta muchedumbre de bárbaros apareció ante los muros de Marcianópolis, ciudad edificada por Trajano en obsequio de su hermana y por entonces capital de la segunda Mesia.[734] Los moradores se avinieron a rescatar sus vidas y haciendas con el pago de una cuantiosa suma, y los salteadores regresaron a sus páramos, más estimulados que satisfechos con el logro de su primer lance contra un país opulento y débil a un tiempo. Luego comunicaron al emperador Decio que Cniva, rey de los godos, había cruzado el Danubio con mayores fuerzas; que sus innumerables disturbios iban devastando la provincia de Mesia, mientras que el resto de la hueste —setenta mil germanos y sármatas, una fuerza competente para la más arrojada empresa — clamaba por la presencia del monarca romano y la acción de su poderío militar.

Decio encontró a los godos empeñados en cercar Nicópolis, uno de los monumentos a las victorias de Trajano (año 250).[735] A su llegada levantaron el sitio, pero con el propósito de encaminarse a un objetivo más importante, el de sitiar Filipópolis, una ciudad de Tracia fundada por el padre de Alejandro cerca del monte Haemus.[736] Decio los siguió trabajosamente por un territorio difícil, a marcha forzada, pero, al considerarse todavía a larga distancia de la retaguardia

enemiga, Cniva volvió sobre sus perseguidores con repentina furia. El campamento romano fue sorprendido y saqueado, y por primera vez el emperador huyó desordenadamente ante una chusma de bárbaros mal armados. Tras porfiada resistencia, Filipópolis, desprovista de todo socorro, fue tomada por asalto. Se refiere que en el saqueo fenecieron más de cien mil personas,[737] y muchos prisioneros de consideración aumentaron el valor de la presa; Prisco, hermano del emperador Filipo, no se sonrojó al vestir la púrpura, apadrinado por los salteadores enemigos de Roma.[738] Sin embargo, el sitio dio tiempo suficiente al emperador Decio para reanimar a la tropa, reforzarla y restablecer su disciplina. Interceptó numerosas partidas de carpos y otros germanos que acudían frenéticamente al cebo de la victoria de sus compatriotas;[739] confió los desfiladeros de las sierras a oficiales de comprobado valor y fidelidad;[740] repuso y robusteció las fortificaciones del Danubio; y se esforzó para evitar tanto atajar los progresos como la retirada de los godos. Alentado con el retorno de su fortuna, ansiaba la oportunidad de recobrar, en un lance grandioso y decisivo, su propia nombradía y la del ejército romano.[741]

Al mismo tiempo en que Decio forcejeaba contra los ímpetus de la tormenta, su entendimiento, sosegado y solícito en medio de los vaivenes de la guerra, se dedicaba a investigar los móviles generales que tan eficazmente impulsaban, desde la era de los Antoninos, la decadencia de la grandeza romana. Se enteró de inmediato de la imposibilidad absoluta de reponerla en su debido asiento sin restaurar las virtudes públicas, las costumbres y los principios antiguos, y la hollada majestad de las leyes. Para el desempeño de tan arduo e ilustre intento, ante todo acordó restablecer el cargo antiguo de censor, magistrado que, mientras subsistió en su primitiva entereza, contribuyó en

gran manera a la permanencia del Estado,[742] hasta que fue usurpado y gradualmente desatendido por los Césares.[743] Conocedor de que los favores del soberano acarrean privilegios y de que sólo el aprecio público infunde autoridad, entregó la elección del censor al absoluto albedrío del Senado, y resultó nombrado por unanimidad, o más bien por aclamación (año 251), aquel Valeriano que después fue emperador, y que a la sazón estaba sirviendo excelentemente en el ejército de Decio. Cuando el emperador conoció el decreto del Senado, reunió un gran consejo en el campamento y antes de la investidura le manifestó lo arduo y trascendental de aquel sumo cargo. «Venturoso Valeriano —dijo el príncipe a su eminente súbdito —, venturoso por la aprobación general del Senado y de la República romana: aceptad la censura del género humano y sentenciad sobre nuestras costumbres. Escogeréis a los que merecen continuar siendo miembros del Senado, devolveréis su antiguo esplendor al orden ecuestre, mejoraréis las rentas, aliviando empero los gravámenes públicos. Distinguiréis en clases a la inmensa y variada muchedumbre de ciudadanos, y haréis una esmerada reseña de la fuerza militar, de los caudales, la pujanza y los recursos de Roma, pues el ejército, los ministros de justicia, los oficiales superiores del Imperio: todos estarán subordinados a vuestro tribunal, sin más excepción que la de los cónsules ordinarios,[744] el prefecto de la ciudad, el rey de los sacrificios y —mientras conserve su castidad— la mayor de las vírgenes vestales, y aun estos pocos que no han de temer las providencias del censor romano ansiarán su aprecio.»[745]

Un magistrado investido de tan amplia potestad no podía parecer ministro sino compañero del emperador,[746] y Valeriano se mostró fundadamente temeroso de un ascenso tan envidiable y arriesgado. Argumentó con modestia la alarmante grandeza de

la confianza, su propia insuficiencia y la incurable corrupción de los tiempos, insinuando hábilmente que la jurisdicción del censor era inseparable de la soberanía imperial, y que las débiles manos de un súbdito eran incapaces de sostener ese enorme peso de afanes y de poderío.[747] La inminencia de la guerra pronto puso fin a la prosecución de un proyecto tan grandioso como impracticable, y preservó a la vez a Valeriano del peligro y a Decio de la decepción que probablemente iba a experimentar. Un censor puede ser eficaz para conservar la moralidad en un Estado, mas no para restablecerla, pues no le cabe ejercer su autoridad con provecho, ni aun con resultado, sin un sentido del honor y de la virtud en las mentes de las personas, un honesto respeto a la opinión pública y una serie de útiles prejuicios que combatan del lado de las costumbres nacionales. Borrados estos principios, la jurisdicción censoria concluiría en mero boato, o bien se habría de convertir en un servil instrumento de violentas tropelías.[748] Más factible era vencer a los godos que desarraigar los vicios inveterados, y aun Decio perdió su ejército y su vida en aquella empresa.

Las armas romanas acorralaban y perseguían ya en todas partes a los godos, cuya milicia más florida había fenecido en el dilatado sitio de Filipópolis, y el país exhausto no podía hacerse cargo de la subsistencia de la restante muchedumbre de bárbaros desmandados. En esta situación extrema, los godos habrían estado conformes de cambiar todo su botín y sus prisioneros por una retirada sin problemas. Pero, confiado en su victoria y, para castigo de estos invasores, resuelto a infundir un saludable terror a las naciones del Norte, el emperador se negó a efectuar un convenio, y los altaneros bárbaros antepusieron la muerte a la servidumbre. La refriega tuvo lugar junto a un pueblecillo llamado Foro de Trebonio, en Mesia.[749] Los godos estaban

escuadronados en tres líneas; la tercera de ellas, deliberada o accidentalmente, se hallaba resguardada en el frente por un pantano. En el primer avance murió de un flechazo, en presencia de su desconsolado padre, el hijo de Decio, mozo sobre el que recaían grandísimas esperanzas y que ya estaba asociado a los honores de la púrpura. El joven empleó sus últimas fuerzas para amonestar a la desalentada tropa, diciéndole que la pérdida de un solo guerrero era de poca importancia para la República.[750] Pelearon encarnizadamente, pues la desesperación lidiaba contra el pesar y la saña; finalmente, la primera línea goda se desbarató y cedió, y la segunda, acudiendo a su auxilio, padeció igual suerte. La tercera línea, que quedó sola e intacta, se dispuso a evitar el cruce del pantano, intentado ciegamente por el engreimiento de sus enemigos. Aquí se invirtió el trance, que se volvió contra los romanos: la hondísima ciénaga sumergía a los que ya se habían detenido y hacía resbalar a los que avanzaban. La armadura era agobiante; las aguas, profundas; y en tan difícil situación los romanos no podían usar sus pesadas jabalinas, mientras que los bárbaros, que habían aprendido a pelear en lodazales y eran hombres de gran altura, blandían sus larguísimas lanzas y herían a gran distancia.[751] Todo redundó en el exterminio de los romanos, que fenecieron empantanados, y jamás apareció el cadáver del emperador.[752] Tal fue el paradero de Decio, a los cincuenta años, príncipe cabal, activo en la guerra y afable en la paz,[753] quien juntamente con su hijo ha merecido en la vida y en la muerte parangonarse con los más eminentes ejemplos de la virtud antigua.[754]

Con tan extremado desmán amainó por poco tiempo el desenfreno de las legiones, pues parece que, muda y sumisamente, esperaron y obedecieron el decreto del Senado

que regulaba la sucesión al trono (diciembre de 254). En justo homenaje a la memoria de Decio, se confirió el título imperial a Hostiliano, su único hijo sobreviviente, pero se concedió igual jerarquía, con potestad más efectiva, a Galo, cuya experiencia y desempeño eran más adecuados para el sumo cargo de tutor del joven príncipe y organizador del acongojado imperio.[755] El nuevo emperador dedicó su primer esfuerzo a liberar a las provincias ilíricas del intolerable azote de los godos vencedores. Aceptó dejar en manos de aquéllos los riquísimos frutos de su invasión, un despojo inmenso y —lo que era más afrentoso— un considerable número de prisioneros de altas prendas y jerarquía (año 252). Su campamento abasteció de cuanto regalo podía calmar su arrogancia y facilitar su anhelada despedida, y aun se comprometió a un tributo anual de gran cantidad de oro, a cambio de que jamás asomasen por el territorio romano con sus aciagas correrías.[756]

En tiempos de los Escipiones, la República triunfadora solía agasajar a los reyes más opulentos de la tierra, que galanteaban su patrocinio, con regalos cuyo valor residía por entero en la mano que los concedía, ya que se reducían a una silla de marfil, una tosca vestimenta púrpura, una pequeña pieza de plata o algunas monedillas de cobre.[757] Después de que el caudal de las naciones se centró en Roma, los emperadores manifestaban su grandeza, y aun su política, con el ejercicio incesante de su generosidad con los aliados del gobierno: aliviaban la pobreza de los bárbaros, honraban sus méritos y premiaban su lealtad. Estas voluntarias demostraciones no estaban causadas por la zozobra sino por la generosidad o el agradecimiento de los romanos, y mientras distribuían rebosadamente regalos y subsidios a los amigos y suplicantes, los negaban con adustez a cuantos los reclamaban como el pago de una deuda.[758] Pero este pacto de

pensión anual a un enemigo victorioso se manifestó desembozadamente como un afrentoso tributo, y dado que los romanos aún no estaban habituados a recibir leyes tan violentas de una tribu de bárbaros, el príncipe, que con una concesión necesaria probablemente había salvado a la patria, se convirtió en objeto del desprecio y la aversión general. La muerte de Hostiliano, aunque sobrevino en medio de una peste asoladora, fue considerada un delito personal de Galo,[759] y hasta la derrota del antecesor se achacó suspicazmente a desleales consejos del aborrecido sucesor.[760] El sosiego que disfrutó el Imperio durante el primer año de su gobierno[761] sólo sirvió para enconar, en vez de atraer, los insatisfechos ánimos, pues, libres ya de las zozobras de la guerra, el desdoro de la paz se hizo más perceptible y doloroso.

Sin embargo, los romanos se irritaron infinitamente cuando advirtieron que, ni aun con el sacrificio de su honor, habían logrado afianzar su sosiego. El peligroso secreto de la riqueza y la debilidad del Imperio quedó revelado, y nuevas hordas de bárbaros, envalentonados con el éxito y sin hacerse cargo de cualquier obligación de sus hermanos, asolaron frenéticamente las provincias ilíricas, estremeciendo hasta los mismos umbrales de Roma. Emiliano, gobernador de Panonia y Mesia, fue quien tomó a su cargo la defensa de la monarquía, que parecía abandonada por el pusilánime emperador. Reunió y reanimó las tropas dispersas, y repentinamente embistió, derrotó, arrojó y persiguió a los bárbaros más allá del Danubio. El caudillo triunfador repartió, a modo de donativo, el dinero capturado por vía del tributo, y en el campo de batalla los soldados lo vitorearon y proclamaron emperador.[762] Galo, sin preocuparse por el bienestar público, se encontraba regalándose con las delicias de Italia, y se enteró, casi al mismo tiempo, del éxito, de

la insurrección y de la veloz llegada de su ambicioso teniente. Se adelantó a su encuentro por las llanuras de Spoleto, y, al avistarse las huestes, la soldadesca de Galo comparó la indecorosa conducta de su soberano con los blasones de su competidor; celebró el coraje de Emiliano y quedó prendada de su largueza, pues éste había ofrecido considerables aumentos de la paga a todos los desertores.[763] El asesinato de Galo y de su hijo Volusiano puso fin a la guerra civil, y el Senado dio sanción legal a los derechos de conquista.

En las cartas de Emiliano a aquel cuerpo alternaban la modestia y la vanagloria, ya que le aseguraba que iba a transferir a sus expertas manos la administración civil, dándose por pagado con la graduación de su general, y que así en breve volvería a encumbrar a Roma, despejando al Imperio de la gavilla de bárbaros, tanto del Norte como del Oriente.[764] Los vítores del Senado halagaron su orgullo, y aún existen medallas que lo representan con los títulos y atributos de Hércules Vencedor y de Marte Vengador.[765]

Aunque el nuevo monarca atesorase tan ilustres prendas, le faltó el tiempo necesario para cumplir sus grandiosas promesas, pues mediaron escasamente cuatro meses entre su victoria y su caída.[766] Triunfó ante Galo, pero se postró ante un competidor de mayor envergadura. El desventurado príncipe había enviado a Valeriano, honrado ya con el distintivo de censor, para que le trajera las legiones de Galia y de Germania.[767] Valeriano desempeñó fiel y eficazmente su misión, pero como llegó demasiado tarde para rescatar a su soberano, resolvió vengarlo. Las tropas de Emiliano, que aún acampaban en las llanuras de Spoleto, reverenciaban la santidad de su carácter, pero mucho más la fuerza preponderante de su ejército, e, incapaces de cualquier apego personal, ensangrentaron sin reparo sus manos

con la muerte de un príncipe que acababan de enaltecer e idolatrar. Fue de ellos la culpa, pero la ventaja la recibió Valeriano, quien en verdad fue a ocupar el trono por los medios usuales en una guerra civil, pero con una inocencia poco común en esos tiempos convulsionados, pues no debía agradecimiento ni subordinación a su predecesor, al que había destronado.

Valeriano tenía cerca de sesenta años[768] cuando vistió la púrpura, no por antojo de la plebe ni por un alboroto del ejército, sino por la voz unánime del orbe romano. En sus sucesivos ascensos por la escala establecida, había merecido el favoritismo de todo príncipe virtuoso, declarándose siempre enemigo de los tiranos.[769] Su nacimiento ilustre, sus moderadas e irreprochables costumbres, su juicio, su instrucción y su experiencia lograban el aprecio del Senado y del pueblo, y —según el comentario de un escritor antiguo— si el linaje humano tuviera la libertad de elegir a su gobernante, su preferencia recaería sobre Valeriano.[770] Quizás el mérito del emperador no correspondía a su reputación, y quizá su desempeño, o al menos su temperamento, adolecía de la decadencia y la tibieza propias de la edad avanzada. Conocedor de esto, trató de compartir el solio con un socio más joven y más activo,[771] pues el apuro de la situación requería un general no menos que un príncipe, y la experiencia del censor romano podía indicarle cuál era el individuo merecedor de la púrpura imperial, como recompensa a su mérito militar. No obstante, en vez de atinar con una elección que consolidase su reinado y realzase su memoria, atendiendo más bien a los impulsos del cariño y de la vanagloria, Valeriano revistió con los honores supremos a su hijo Galieno, mozo afeminado, cuyos vicios, en el aislamiento de su vida privada, hasta entonces habían estado encubiertos. Gobernaron juntos siete años, y además Galieno

reinó, solo, otros ocho, pero todo ese plazo fue una serie ininterrumpida de trastornos y calamidades. Dado que simultáneamente asaltaban al Imperio Romano, por fuera, invasores ciegos y furibundos, y por dentro, frenéticos e insaciables usurpadores, para dar organización y claridad seguiremos no tanto el estricto orden cronológico sino una distribución más natural de los temas.

Los más infaustos enemigos de Roma, durante los reinados de Valeriano y Galieno, fueron: I) los francos, II) los alemanes, III) los godos y IV) los persas. Bajo estas denominaciones generales incluimos las aventuras de tribus menos considerables, cuyos nombres desconocidos y enrevesados abrumarían la memoria y distraerían la atención del lector.

I) Por cuanto la posteridad de los francos constituye una de las naciones mayores y más ilustradas de Europa, se ha empleado erudición e ingenio para descubrir a sus iletrados ancestros. Tras los relatos asomaron sistemas fantásticos, y se han ido desmenuzando las citas y presenciando los parajes por donde cupiese rastrear su recóndito origen. Panonia,[772] Galia y Germania[773] han sido alternativamente su cuna, hasta que por fin los críticos más sensatos, dejando a un lado esas ficticias emigraciones de conquistadores imaginarios, se han puesto de acuerdo en un dictamen cuya sencillez nos persuade de su veracidad.[774] Dan por supuesto que, hacia el año 240,[775] los antiguos habitantes del bajo Rin y del Weser fraguaron una confederación con el nombre de francos. El actual círculo de Westfalia, el landgraviato de Hesse y los ducados de Brunswick y de Luxemburgo fueron el antiguo solar de los caucos, que en sus inaccesibles pantanos desafiaban a las armas romanas;[776] de los queruscos, orgullosos de la nombradía de Arminio; de los catos, formidables por su denodada e invencible infantería; y de

otras tribus inferiores en nombre y poderío.[777] Para estos germanos, la pasión por la libertad era preponderante; su goce, el mayor tesoro; y la voz que expresaba ese logro, la más halagüeña a sus oídos. Merecieron, se apropiaron y conservaron el título honorífico de francos u hombres libres, que encubría, pero no borraba, los nombres particulares de los diversos Estados de la confederación.[778] Las leyes de aquella unión, que se fue fortaleciendo mediante el hábito y la experiencia, establecieron consentimiento tácito y ventajas mutuas. La liga de los francos era un remedo del cuerpo helvético, en el cual cada cantón mantiene su soberanía, al mismo tiempo que tercia con sus hermanos en la causa común, sin reconocer la autoridad de ningún caudillo supremo o asamblea representante.[779] Pero los principios de ambas confederaciones eran muy diferentes, pues 200 años de paz han premiado la política juiciosa y honrada de los suizos, y un espíritu inconstante, la sed de rapiña y el menosprecio de los más solemnes tratados deshonró el carácter de los francos.

Los romanos habían experimentado considerablemente el denuedo de aquel pueblo de la Germania inferior, cuya unión amenazaba a la Galia con una invasión tan formidable como nunca había existido hasta entonces, y requería la presencia de Galieno, sucesor y compañero en la potestad imperial.[780] Mientras el príncipe y su pequeño hijo Salonio ostentaban en la corte de Tréveris la majestad del Imperio, acaudillaba magistralmente los ejércitos el general Póstumo, quien, aunque luego traicionaría a la familia de Valeriano, permaneció siempre fiel a los intereses de la monarquía. El alevoso lenguaje de panegíricos y medallas confusamente pregona una extensa serie de victorias, y los trofeos acreditan (si tales monumentos pueden ser confiables) la nombradía de Póstumo, condecorado

repetidamente con los títulos de vencedor de los germanos y salvador de las Galias.[781]

Pero un hecho particular, el único que nos consta, desvanece en gran manera toda esta vanagloria aduladora. El Rin, aunque realzado con el título de salvaguardia de las provincias, era una valla insuficiente para atajar el denuedo emprendedor que arrebataba a los francos. Repentinamente devastaron el territorio comprendido por aquel río y los Pirineos, cuyas cumbres tampoco los detuvieron. España, que nunca había temido las incursiones de los germanos, no pudo oponerles resistencia. Durante doce años —casi todo el reinado de Galieno— ese opulento país fue el escenario de hostilidades desiguales y destructivas. Tarragona, floreciente capital de una provincia pacífica, fue saqueada y casi destruida,[782] y aun muy posteriormente —en tiempos de Orosio, que escribió en el siglo V— algunas pobres chozas, dispersas entre los escombros de suntuosas ciudades, todavía recordaban la saña de los bárbaros.[783] Apurada ya la presa en el país exánime, los francos se apoderaron de algunos bajeles en los puertos de España[784] y arribaron a las playas de Mauritania. Aquella remota provincia quedó atónita a causa del desenfreno de tales fieras, que parecían caer de algún nuevo mundo, puesto que sus nombres, sus costumbres y su complexión física eran igualmente desconocidos en la costa de África.[785]

II) En la parte de la alta Sajonia —más allá del Elba— que en la actualidad constituye el marquesado de Lusacia, antiguamente hubo un bosque sagrado, lóbrego asiento de la superstición de los suevos. A nadie le era lícito hollar ese sacrosanto lugar sin admitir, con postura suplicante, la inmediata presencia de la deidad suprema.[786] El patriotismo, así como la devoción, contribuyeron a consagrar el Sonnenwald, o

bosque de los semnones,[787] pues universalmente se creía que la nación había salido a luz en aquel sitio santificado. Periódicamente acudían delegados de numerosas tribus que blasonaban de sangre sueva, y la memoria de su origen común se honraba con rituales bárbaros y sacrificios humanos. El extendido nombre de los suevos abarcaba el interior de Germania desde las orillas del Odra hasta las del Danubio. Se diferenciaban de los demás germanos por el particular peinado de su larga cabellera, que recogían con un moño sobre la coronilla, y se enorgullecían de aquel realce que embravecía y agigantaba sus filas a los ojos del enemigo.[788] Todos los germanos, aunque ansiaban nombradía militar, confesaban que los suevos eran más valientes, y las tribus de los usipetos y tencteros, que con su numerosa hueste habían resistido al dictador César, manifestaron que no consideraban una afrenta haber huido de un pueblo cuyas armas no podían contrarrestar los mismos dioses inmortales.[789]

Durante el reinado del emperador Caracalla, apareció por las orillas del Mein un innumerable enjambre de suevos, que amenazaban a las provincias inmediatas en pos de provisiones, saqueos o nombradía. Esa hueste[790] de voluntarios paulatinamente creció hasta formar una nación grandiosa y permanente, que, puesto que se componía de diferentes tribus, finalmente se llamó alemanes (*alemanni*), o *todos los hombres*, para denotar a un tiempo su diverso linaje y su común valentía.[791] Esto último fue comprobado por los romanos en las múltiples y asoladoras correrías, pues los alemanes, que principalmente peleaban montados, mezclaban y fortalecían su caballería con infantes escogidos de la juventud más valiente y activa, adiestrados con el incesante ejercicio de acompañar a los jinetes en las más largas marchas, los ataques más intrépidos y

las más eficaces retiradas.[792]

Estos germanos tan guerreros, atónitos por los inmensos preparativos de Alejandro Severo, pronto quedaron aterrados por las armas de su sucesor, un bárbaro tan feroz y valiente como ellos mismos. Amenazando las fronteras del Imperio, acrecentaron el trastorno general que sobrevino a la muerte de Decio. Infligieron numerosas heridas a las ricas provincias de Galia, y fueron los primeros en quitar el velo que encubría la débil majestad de Italia. Un crecido cuerpo de alemanes cruzó el Danubio, atravesó luego los Alpes réticos y las llanuras de Lombardía, avanzó hacia Ravena e hizo flamear las victoriosas banderas de los bárbaros casi a la vista de Roma.[793]

El insulto y el peligro reencendieron en el Senado algunas chispas de la antigua virtud, pues ambos emperadores se hallaban embargados en guerras lejanas —Valeriano, en Oriente, y Galieno, sobre el Rin—, por lo que estaban en sus manos todas las esperanzas y los recursos de los romanos. En esa emergencia, los senadores se encargaron de la defensa de la República, pusieron en campaña la guardia pretoriana que guarnecía la capital y completaron su fuerza alistando a los plebeyos más deseosos de acudir al servicio público. Asombrados los alemanes con la repentina aparición de un ejército más crecido que el suyo, se retiraron a Germania, cargados de despojos, y su salida fue considerada una victoria por los desaguerridos romanos.[794]

Cuando Galieno se enteró de que la capital ya se había liberado de los bárbaros, le produjo menos complacencia que alarma el coraje del Senado, puesto que algún día podría incitarlo a rescatar al pueblo no menos de la tiranía interior que de la extranjera. Su medrosa ingratitud hacia los súbditos se hizo manifiesta en un edicto que vedaba a los senadores ejercer

empleo militar alguno, y aun acercarse a los campamentos de las legiones. Sus temores eran infundados, pues los nobles, opulentos y apoltronados, congeniaban de suyo con aquella afrentosa exención del servicio militar, y la aceptaron como una cortesía, puesto que, mientras se les franquease el goce de sus baños, teatros y quintas, se despreocupaban gozosos de los arriesgados afanes del gobierno, puestos ya en las toscas manos de campesinos y soldados.[795]

Un escritor del Bajo Imperio menciona otra invasión de los alemanes que fue, al parecer, más formidable, aunque de consecuencias más gloriosas para Roma, pues afirma que en una batalla junto a Milán cerca de trescientos mil guerreros fueron derrotados por el mismo Galieno, que estaba al frente de sólo diez mil romanos.[796] Sin embargo, podemos atribuir esta increíble victoria a la credulidad del historiador o a algún exagerado desempeño de algún teniente del emperador. Galieno se esmeraba, con armas muy diversas, en resguardar a Italia de todo embate de los germanos, pues se enlazó con Pipa, hija del rey de los marcomanos, una de las tribus suevas que a menudo se confundía con los alemanes en sus guerras y conquistas.[797] Como prenda de su enlace, concedió al padre un grandioso establecimiento en Panonia, y parece que los nativos encantos de una tosca beldad afianzaron el cariño del inconstante emperador, y así el amor vino a estrechar los vínculos ideados por la política. Pero, por los arrogantes prejuicios de Roma, nunca se aceptó que la unión profana de un ciudadano con una mujer bárbara tuviera el nombre de matrimonio, y se denigró a la princesa germana con el afrentoso título de manceba de Galieno.[798]

III) Ya hemos delineado la migración de los godos desde Escandinavia, o al menos desde Prusia, hasta la boca del

Borístenes, y seguimos a sus victoriosas armas desde allí hasta el Danubio, cuya frontera, durante los reinados de Valeriano y de Galieno, estuvo acosada por germanos y sármatas, pero fue defendida por los romanos con firmeza y éxito desusados. Las provincias que solían estar en guerra surtían a las huestes romanas de ilimitados refuerzos de fuertes soldados, y algunos de estos campesinos ilíricos se encumbraron a la jerarquía y merecieron el desempeño de generales. Aunque los tumultos que a toda hora se asomaban a las márgenes del Danubio solían penetrar hasta los confines de Italia y Macedonia, generalmente su avance era restringido —o su regreso, interceptado— por lugartenientes imperiales,[799] pero el raudal arrollador de la hueste goda se arrojó por un cauce diverso. Desde su nuevo establecimiento en Ucrania, los godos señorearon la costa septentrional del Euxino; al sur de ese mar estaban situadas las apacibles y opulentas provincias del Asia Menor, que atesoraban cuanto podían atraer a un conquistador bárbaro, y carecían de fuerzas para oponerle resistencia.

Las orillas del Borístenes distan sólo sesenta millas [96,5 km] de la angosta entrada[800] de la península de la Crimea tártara, conocida por los antiguos con el nombre de Chersonesus Taurica.[801] En esta costa montaraz, Eurípides, embelleciendo primorosamente las leyendas de la Antigüedad, colocó la escena de una de sus tragedias más patéticas.[802] Los sacrificios sangrientos a Diana, la llegada de Pílades y Orestes, y el triunfo de la virtud y la religión sobre la cerril adustez, simbolizan la verdad histórica de que los tauros, indígenas de la península, se fueron desprendiendo de su irracionalidad gracias a un uniforme intercambio con las colonias griegas que se habían establecido en la costa marítima. El reino del Bósforo, cuya capital estaba sobre los estrechos que comunican el Meotis

con el mar Euxino, se componía de griegos degradados y de bárbaros apenas civilizados. Subsistía como un Estado independiente desde la guerra del Peloponeso,[803] fue absorbido por la ambición de Mitrídates[804] y se sometió, con todos sus dominios, al poderío de los romanos.[805] Desde el reinado de Augusto, los reyezuelos del Bósforo fueron los humildes, pero no inservibles, aliados del Imperio, pues con sus regalos, sus armas y una pequeña fortificación a través del istmo, atajaban a los salteadores de Sarmacia, y, por su situación particular y sus adecuados puertos, señoreaban el mar Euxino y el Asia Menor.[806] Mientras el cetro se mantuvo en manos de una sucesión lineal de reyes, desempeñaron esa importante tarea con denuedo y eficacia, pero desavenencias internas, temores o bien el interés privado de oscuros usurpadores, que se apoderaron del trono vacante, admitieron a los godos en el corazón del Bósforo. Con la adquisición de una superflua extensión de suelo fértil, los conquistadores obtuvieron el mando de una fuerza naval suficiente para trasportar sus huestes a la costa de Asia.[807] Los bajeles empleados para navegar en el Euxino tenían una construcción extraña, pues se reducían a unos barcos chatos, fabricados únicamente de madera sin clavazón de hierro, y que cuando asomaba la tempestad podían cubrirse con una especie de techo inclinado.[808] En el vaivén de estas casas fluctuantes, los godos se lanzaron a la merced de un mar desconocido, bajo el albedrío de unos navegantes obligados a su servicio, con inteligencia y lealtad igualmente sospechosas. Mas la esperanza de la presa arrolló toda aprensión, y su natural audacia hacía para ellos las veces de confianza racional, dichoso producto del saber y de la experiencia. Tan denodados aventureros a menudo murmuraban contra sus cobardes conductores, que requerían señales indudables de bonanza para embarcar, y raramente

perdían de vista la tierra. Tal es, al menos, la práctica de los turcos actuales,[809] que no desmerecen en gran manera la de los antiguos navegantes del Bósforo.

La escuadra goda, dejando a su izquierda la costa de Circasia, apareció delante de Pitio,[810] el final de las provincias romanas, ciudad con puerto apreciable y fortificada con una recia valla. Allí se encontraron con una resistencia más firme que la que hubieran esperado de la escasa guarnición de una fortaleza remota. Fueron rechazados, y este revés alivió el pavor del nombre godo. Todos sus conatos se estrellaron contra la defensa de Sucesiano, oficial de graduación y mérito, pero, después que Valeriano lo sacó de la frontera para ascenderlo a un destino de más realce pero menos entidad, retomaron su ataque a Pitio, y al devastar la ciudad borraron la memoria de su primer desastre.[811]

Rodeando el extremo oriental del mar Euxino, la navegación desde Pitio hasta Trebisonda es de alrededor de trescientas millas [482,8 km].[812] El derrotero de los godos los llevó a avistar la Cólquida, tan alabada en la expedición de los argonautas, e incluso intentaron, aunque sin éxito, saquear un riquísimo templo en la boca del río Fasis. Trebisonda, celebrada en la retirada de los *diez mil* como una antigua colonia griega,[813] debía su riqueza a la munificencia del emperador Adriano, quien construyó un puerto artificial en una costa que carecía de fondeaderos naturales.[814] La ciudad era extensa y populosa; su doble muralla, al parecer, desafiaba la furia de los godos, y su guarnición estable había sido reforzada con diez mil hombres. Pero no hay ventajas que puedan sustituir la ausencia de vigilancia y disciplina. La grandiosa guarnición se dedicaba a las demostraciones y el lujo, despreocupándose de cuidar las inexpugnables fortificaciones. Los godos, conocedores del

abandono y el letargo de los sitiados, escalaron los muros en el silencio de la noche y se dispersaron, espada en mano, por la ciudad indefensa. Efectuaron una matanza indiscriminada, y los despavoridos soldados huyeron por las puertas opuestas de la ciudad. Templos sacrosantos, edificios suntuosos: todo yació desplomado en el común exterminio. El botín que cayó en poder de los godos fue inmenso, pues las riquezas del país se habían depositado en Trebisonda, como sitio de salvación, y, como los bárbaros sometieron a toda la provincia de Ponto sin oposición, fue indecible el número de los cautivos.[815] Cargaron la riquísima presa en la gran escuadra que hallaron en el puerto de Trebisonda; encadenaron al remo a los jóvenes más fuertes de toda la costa y, satisfechos con el logro de su primera expedición naval, regresaron triunfalmente a sus nuevos establecimientos en el reino del Bósforo.[816]

La segunda expedición goda tuvo mayor número de naves y personas, pero tomó diverso rumbo, pues, desdeñando las ya desangradas provincias de Ponto, tomó la costa occidental del mar Euxino; siguió por delante de las anchas bocas del Borístenes, el Dniéster y el Danubio, y —tras reforzar su escuadra con el apresamiento de crecido número de barcos pescadores— se dirigió al estrecho pasaje que conecta al Euxino con el Mediterráneo, y que separa los continentes de Europa y Asia. La guarnición de Calcedonia acampaba junto al templo de Júpiter, sobre la colina que domina esa entrada, y tan poco considerables eran las temidas invasiones de los bárbaros que aquella tropa superaba en número a la hueste goda. Pero sólo la superaba en número. Dejó precipitadamente su ventajosa posición y Calcedonia quedó abandonada, aunque muy surtida de armas y caudales, a merced del vencedor. Ante la alternativa de los godos de anteponer Asia o Europa, al principio de sus

hostilidades, un pérfido fugitivo les indicó que Nicomedia, capital del reino de Bitinia, sería una fácil y riquísima conquista. Les sirvió de guía en su marcha de sesenta millas desde su campamento en Calcedonia,[817] dirigió el ataque, que no tuvo resistencia, y compartió el botín, pues los godos ya habían aprendido bastante política como para premiar al traidor que aborrecían. Niza, Prusa, Apamea y Cío, ciudades que rivalizaban con el esplendor de Nicomedia o bien lo imitaban, adolecieron de idéntica plaga, que en pocas semanas asoló sin control toda la provincia de Bitinia, pues los trescientos años de paz de los que habían disfrutado los delicados asiáticos borraron el ejercicio de las armas y eliminaron toda percepción de peligro. Los antiguos muros yacían derrumbados, y todos los productos de la opulencia se dedicaban a la construcción de baños, templos y teatros.[818]

Cuando la ciudad de Cyzicus [actual Kapidaggi] resistió el impetuoso embate de Mitrídates,[819] descollaba por sus sabias leyes, su poderío naval de 200 galeras, y por tres arsenales, sus armas, sus máquinas militares y sus granos.[820] Era todavía un asiento del lujo y la riqueza, mas sólo quedaba de su antiguo poder su ubicación en una pequeña isla del Propóntide [actual mar de Mármara], unida al continente de Asia por dos puentes. Inmediatamente después de saquear Prusa, los godos llegaron hasta unas dieciocho millas [28,9 km] de la ciudad,[821] a la que habían sentenciado a la destrucción, pero la ruina de Cyzicus fue postergada gracias a un afortunado accidente. Era la estación lluviosa, y el lago de Apolonia, desaguadero de todas las vertientes del monte Olimpo, había crecido extraordinariamente, pues el riachuelo Ríndaco, convertido entonces en caudaloso río, atajó el progreso de los godos. Su retroceso hasta la ciudad marítima de Heraclea, donde la

escuadra probablemente se había detenido, fue acompañado por la extensa fila de carruajes cargados de los despojos de Bitinia, y fue marcado por las llamas en Nicea y Nicomedia, a las que incendiaron por mero antojo.[822] Sólo aparecen oscuras noticias de algún indeciso reencuentro que aseguró su retirada.[823] Una victoria completa sería infructuosa, pues los asomos del equinoccio los apuraban a regresar, ya que para los turcos navegar por el Euxino antes de mayo o después de septiembre era, y aún sigue siendo, una prueba de temeridad y desvarío.[824]

Al decirnos que la tercera escuadra dispuesta por los godos en los puertos del Bósforo se componía de quinientas velas,[825] nuestra imaginación de inmediato incrementa el formidable armamento, pero el juicioso Estrabón[826] nos asegura que en los bajeles usados para sus piraterías por los bárbaros de Ponto y Escitia Menor sólo cabían de veinticinco a treinta hombres, de modo que a lo sumo unos quince mil guerreros eran los embarcados en tan elogiada expedición. Perdidos en la vastedad del Euxino, encaminan su rumbo asolador por el Bósforo desde Cimeria hasta Tracia; cuando ya habían llegado casi a la mitad del estrecho, repentinamente se vieron arrollados de nuevo hasta su entrada. Al día siguiente, un viento favorable los llevó en pocas horas al mar apacible, o más bien al lago, del Propóntide. Desembarcaron en la pequeña isla de Cyzicus, y aquella antigua y hermosa ciudad quedó exterminada. Luego se arrojaron de nuevo por el estrecho del Helesponto [actual estrecho de los Dardanelos], y fueron sesgando su navegación entre el sinnúmero de islas del archipiélago o mar Egeo. Se necesitaban cautivos y desertores para tripular y marcar sus barcos, y también para ir encaminando sus correrías, ya por Grecia, ya por Asia. Finalmente, la escuadra goda ancló en el puerto del Pireo, a cinco millas [8 km] de Atenas,[827] que intentó disponer

una defensa obstinada. Cleodamo, uno de los ingenieros empleados por el emperador para fortificar los pueblos marítimos contra los godos, había ido ya reponiendo los muros antiguos y desmoronados desde el tiempo de Sila, mas sus conatos fueron infructuosos, y los bárbaros se adueñaron del nativo solar de las musas y las artes. Mientras los conquistadores se dedicaban desenfrenadamente a sus robos y su destemplanza, su escuadra, mal resguardada en el fondeadero del Pireo, fue embestida por el valiente Déxipo, quien había huido con Cleodamo del saqueo de Atenas y pudo reunir atropelladamente una partida de paisanos y soldados, con la que desagravió, hasta cierto punto, a su desventurado país.[828]

No obstante, esta hazaña, aunque sobresalga en la decadencia de Atenas, sólo sirvió para ensañar, en lugar de someter, a los septentrionales, pues toda Grecia ardió al mismo tiempo. Tebas y Argos, Corinto y Esparta, en lo antiguo tan memorablemente guerreras entre sí, fueron incapaces de aprontar un ejército, y aun de resguardar sus maltratadas fortificaciones. La saña se embraveció más y más, por mar y por tierra, y siguió destrozando desde el extremo oriental de Sunio hasta la costa occidental de Epiro. Los godos ya se asomaban a Italia, cuando el apoltronado Galieno empezó a salir de su letargo. El emperador abandonó sus deleites y apareció armado; su presencia al parecer amortiguó la fogosidad y dividió la fuerza del enemigo. Naulobato, caudillo de los hérulos, aceptó una capitulación honrosa y, con un crecido cuerpo de sus paisanos, se alistó al servicio de Roma; fue entonces investido con la dignidad consular, la cual hasta entonces jamás se había profanado en las manos de un bárbaro.[829] Numerosas cuadrillas de godos, aburridos por cansancio y los afanes de tan penoso viaje, se arrojaron a Mesia, con ánimo de franquearse el paso por

el Danubio hasta sus establecimientos en Ucrania, y este desaforado intento habría concluido con su exterminio si la discordia entre los generales romanos no les hubiera proporcionado un camino para su salvamento.[830] El corto número de los restantes asoladores acudió a sus bajeles, y, ateniéndose al derrotero de su venida, regresaron por el Helesponto y el Bósforo, asolaron en su tránsito las playas de Troya, cuya nombradía, inmortalizada por Homero, probablemente ha de sobrevivir a la memoria de las conquistas godas. Tan pronto como se vieron a salvo por el cerco del Euxino, desembarcaron en Anquíalo, en Tracia, al pie del monte Haemus, y, tras tantos afanes, disfrutaron de sus baños de agua tibia, saludables y placenteros. Lo que les faltaba del viaje era una corta y fácil navegación,[831] y éste fue el diverso destino de su tercera y mayor empresa naval. No se alcanza a comprender cómo aquel primitivo cuerpo de quince mil guerreros pudo costear los quebrantos y las divisiones de tan extremado arrojo, mas cuantos iban perdiendo a causa del hierro, los naufragios y el influjo del clima se reponían con cuadrillas de forajidos y salteadores que acudían en bandadas en pos del robo, y con un sinnúmero de esclavos fugitivos, en su mayoría germanos y sármatas, que se abalanzaban a porfía tras la tan apreciada posibilidad de libertad y venganza. En estas expediciones la nación goda reclamaba mayor porción de honores y riesgos, mas las tribus que peleaban allí bajo sus banderas unas veces se deslindan y otras se confunden en las escasas historias de aquel tiempo, y, puesto que las escuadras bárbaras solían aparecerse por la boca del Tanais, se daba a la revuelta muchedumbre el nombre general de escitas.[832]

En todo gran conflicto del género humano se suelen pasar por alto la muerte de un personaje, aunque sea encumbrado, y el

derribo de un edificio, aunque sea grandioso. Pero no debemos olvidar que el templo de Diana en Éfeso, después de levantarse siete veces con mayor esplendor después de repetidos fracasos,[833] finalmente fue asolado por los godos en su tercera invasión. La opulencia de Asia y las artes de Grecia compitieron para completar una construcción tan sagrada y suntuosa, pues la sostenían ciento veintisiete columnas jónicas de mármol —todas ellas, dones de monarcas devotos—, que medían sesenta pies [18,2 m] de altura. Adornaban el ara esmeradas esculturas, producto de la maestría de Praxíteles, quien quizás escogió de entre las leyendas favoritas del lugar el nacimiento del divino hijo de Latona, el retraimiento de Apolo tras la muerte de los Cíclopes y la clemencia de Baco para con las vencidas Amazonas.[834] Sin embargo, la longitud de ese templo se reducía a cuatrocientos veinticinco pies [129,5 m], sólo dos tercios del de San Pedro en Roma,[835] y en las demás dimensiones era aun inferior a esa obra sublime de la arquitectura moderna, pues los brazos abiertos de una cruz cristiana requieren mayor anchura que los oblongos templos paganos, y el más arrojado artífice de la Antigüedad se hubiera estremecido ante la propuesta de encumbrar por los aires una cúpula de la magnitud y las proporciones del Panteón. Sin embargo, el templo de Diana era celebrado como una de las maravillas del mundo. Los imperios de Persia, de Macedonia y de Roma sucesivamente habían reverenciado su santidad y realzado su esplendor,[836] pero los incultos montañeses del Báltico carecían de afición por las bellas artes, y despreciaban los imaginarios terrores de una superstición extranjera.[837]

Respecto de estas invasiones, se refiere otra particularidad que merecería nuestra atención, si no mediase la sospecha de que sea producto de la imaginación de algún sofista moderno,

pues aseguran que los godos recogieron todas las bibliotecas, y, al estar ya prontos a incendiarlas, uno de sus caudillos, más ladino que todos los demás, los disuadió del intento con la observación de que, mientras los griegos siguiesen en sus estudios, continuarían alejados del ejercicio de las armas.[838] El disoluto consejero —en caso de que el dato sea cierto— razonaba como un ignorante bárbaro, pues en las naciones más cultas y poderosas siempre se destacaron diferentes talentos en un mismo período, y la era de la ciencia fue también la de la virtud y el éxito militar.

IV) Artajerjes, el nuevo soberano de Persia, con su hijo Sapor había triunfado, como se ha visto, sobre la casa de Arsaces. De los muchos príncipes de esta antigua raza, sólo Cosroes, rey de Armenia, conservó la vida y la independencia. Se defendió con la natural fuerza de su país, con un incesante raudal de fugitivos y descontentos, y ante todo con la alianza de los romanos y aun con su propio valor, pero quien había sido invencible en las armas por espacio de treinta años finalmente fue asesinado por los emisarios de Sapor, rey de Persia. Los más patrióticos sátrapas de Armenia, que se desvivían por la libertad y el decoro de la corona, imploraron el patrocinio de Roma a favor de Tirídates, el heredero legítimo. Pero el niño era hijo de Cosroes, los aliados estaban muy lejos y el monarca persa se iba acercando a la frontera, obedecido por fuerzas incontrastables. El tierno Tirídates, única esperanza de su país, se salvó gracias a la lealtad de un sirviente, y durante más de veintisiete años Armenia fue forzada a ser una provincia de Persia.[839] Ensoberbecido con tan fácil conquista y confiando en la bastardía de los romanos, Sapor obligó a las crecidas guarniciones de Carra y Nisibis a rendirse, y siguió asolando y aterrando ambas orillas del Éufrates.

Con la pérdida de una frontera importantísima, la ruina de un aliado tan fiel y los incesantes logros de la ambición de Sapor, Roma tuvo conciencia no sólo de la afrenta sino también del peligro. Valeriano se jactó de que la vigilancia de sus tenientes afianzaría desde luego el resguardo del Rin y del Danubio, pero resolvió, a pesar de su edad avanzada, acudir en persona a la defensa del Éufrates. Durante su travesía por Asia Menor, se suspendieron las empresas navales de los godos, y las afligidas provincias disfrutaron de una falsa y pasajera bonanza. Atravesó el Éufrates, se encontró con el monarca persa junto a los muros de Edesa, y fue vencido y tomado prisionero por Sapor. Las particularidades de tan grandioso acontecimiento se han registrado de forma oscura e imperfecta, pero podemos vislumbrar una larga serie de imprudencias, desaciertos y merecidas desventuras por parte del emperador romano (año 260). Entregado todo en manos de su prefecto Macriano,[840] este desalmado ministro hacía a su dueño formidable sólo para sus humillados súbditos, y despreciable para los enemigos de Roma.[841] Su cobarde o malvado dictamen situó al ejército imperial tan desventajosamente, que ni el valor ni la pericia militar tenían la menor cabida.[842] El vigoroso intento de los romanos para abrirse camino arrollando a la hueste persa fue rechazado con gran matanza,[843] y Sapor, que había cercado el campamento con fuerzas muy superiores, se mantuvo imperturbable, aguardando que, al extremarse el hambre y la peste, le pusiesen la victoria en las manos. Los licenciosos rumores de las legiones acusaban a Valeriano de ser causante de su desdicha, y pronto su alboroto clamó por una capitulación inmediata. Se ofreció un inmenso cúmulo de oro para comprar una retirada afrentosa, mas el persa, conociendo su superioridad, rechazó el dinero con desprecio y, reteniendo a los mensajeros,

se adelantó escuadronado hasta el pie de la valla romana e insistió en tener una conversación con el emperador. Valeriano se vio obligado a confiar su persona y su soberanía al albedrío de su enemigo, y la reunión tuvo el final que se podía suponer: el emperador quedó prisionero, y su hueste, atónita, rindió las armas.[844] En el trance de su triunfo, la arrogancia y la política de Sapor lo impulsaron a encumbrar al solio vacante a un sucesor completamente dependiente de su voluntad, Ciríades, ruin fugitivo de Antioquía, manchado con cuanta vileza cabe en un individuo, para afrentar la púrpura romana, y el ejército cautivo no pudo menos que, a disgusto, ratificar con aclamaciones el nombramiento del vencedor.[845]

El esclavo imperial, ansioso por granjearse la preferencia de su dueño, traicionó a su misma patria encaminando a Sapor tras el Éufrates por Calcis a la capital de Oriente. Tan veloces fueron los movimientos de la caballería persa, que, si damos crédito a un historiador muy sensato,[846] la ciudad de Antioquía fue sorprendida mientras su perezosa muchedumbre estaba pendiente de los recreos teatrales. Edificios públicos y privados fueron saqueados o demolidos, y todo el gentío, degollado o cautivo.[847] La valentía del gran pontífice de Emesa [actual Homs] atajó momentáneamente la oleada destructora, pues, ataviado con su ropaje sacerdotal, acaudilló a una turba de campesinos fanáticos sin más armas que sus hondas, y defendió a su dios y sus haberes contra las sacrílegas manos de los secuaces de Zoroastro,[848] pero la destrucción de Tarso y de otras varias ciudades nos demuestra que, fuera de aquel hecho único, la conquista de Siria y Cilicia apenas detuvo la carrera de las armas persas. Se desampararon las gargantas del monte Tauro, donde el invasor, cuyo poder se cifraba principalmente en la caballería, hubiera debido trabar una lid muy desventajosa,

y Sapor logró sitiar a Cesarea, capital de Capadocia, que, si bien era una ciudad de segunda clase, se le suponían hasta cuatrocientos mil habitantes. Demóstenes mandaba en la plaza, no tanto por encargo del emperador como por la voluntaria defensa de su patria; durante largo tiempo pudo postergar la catástrofe, hasta que finalmente, rendida Cesarea por la traición de un médico, huyó por medio de los persas, quienes habían recibido órdenes de dedicar toda su diligencia para alcanzarlo vivo. Este heroico caudillo se salvó de manos de un enemigo que podía elogiar o bien castigar su porfiado tesón, pero muchos miles de sus conciudadanos fenecieron en la matanza general, y se acusa a Sapor de tratar a sus prisioneros con arbitraria y empedernida crueldad.[849] Sin duda, el encono nacional, el hollado orgullo y el impotente deseo de venganza exageraron los hechos, mas en suma es cierto que el mismo príncipe que había sido un apacible legislador en Armenia se convirtió en un adusto conquistador para los romanos. Puesto que no contaba con poder arraigar establecimientos permanentes en el Imperio, trató de ir dejando un pavoroso desierto tras sus pasos y de trasladar a Persia los tesoros y la población de las provincias.[850]

Todo el Oriente temblaba al solo nombre de Sapor, por lo que éste recibió un regalo digno del más excelso monarca, que fue una larguísima recua de camellos cargados de preciosas mercancías. Acompañaba a la ofrenda una misiva respetuosa, pero no servil, de parte de Odenato, uno de los más ricos e ilustres senadores de Palmira. «¿Quién es ese Odenato —exclama el arrogante vencedor, que ordenó que el presente fuera arrojado al Éufrates—, que tiene la osadía de escribirle una carta a su amo? Si espera aliviar su castigo, que venga y se postre ante mi trono, con las manos atadas a la espalda. Si titubea, el exterminio caerá de inmediato sobre su cerviz, sobre toda su

alcurnia y sobre su patria.»[851] El palmireño, en trance tan desesperado, saca a la luz todo el ahínco de su esforzado pecho. Infundiendo su propio brío al pequeño ejército convocado en las aldeas de Siria[852] y las tiendas del desierto,[853] salió al encuentro, aunque con armas, de Sapor. Rodea su hueste, hostígalo en su retirada, le apresa parte del tesoro y —lo que era más valioso que todos los tesoros— varias de las mujeres del Gran Rey, quien finalmente tiene que cruzar el Éufrates, atropelladamente y con muestras de vergüenza.[854] Sobre esta hazaña Odenato fundó su enaltecimiento y su nombradía venidera, y la majestad de Roma, hollada por un persa, fue desagraviada por un siríaco o árabe de Palmira.

La historia, que a menudo no es mucho más que la voz del odio o la lisonja, acusa a Sapor de ser un orgulloso abusador de los derechos de conquista, y nos refiere que Valeriano, apresado pero revestido de la púrpura imperial, exhibía ante la multitud un constante espectáculo de derribada grandeza, y que cuando el monarca persa montaba a caballo, apoyaba el pie sobre la nuca de un emperador romano. A pesar de las advertencias de sus aliados, que repetidamente le recomendaban que recordase los vaivenes de la suerte, que temiese el previsible poderío de Roma y que se valiese de tan valioso cautivo como prenda de paz y no como objeto de escarnio, Sapor se mantenía más y más inconmovible. Cuando finalmente Valeriano se hundió bajo el peso de la vergüenza y el dolor, su piel, rellena de heno y configurada al natural, se conservó durante siglos en el más preeminente templo de Persia, y constituyó un monumento triunfal más efectivo que las estatuas de bronce o mármol que solía alzar la vanagloria romana.[855] El relato tiene una moraleja patética, pero no consta su veracidad, pues las cartas existentes de los príncipes de Oriente a Sapor son conocidamente

apócrifas,[856] y no es de suponer que un monarca tan arrogante deshonrase, aun en la persona de un rival, la majestad real. No obstante, sea cual fuere el tratamiento que le cupo en Persia al desventurado Valeriano, es innegable que el único emperador romano caído en manos enemigas acabó su vida en desesperanzado cautiverio.

El emperador Galieno, siempre mal avenido con la severidad de su padre y compañero, recibió el aviso de su fracaso con satisfacción interior y manifiesta indiferencia. «Sabía muy bien —dijo— que era mortal mi padre, y puesto que se ha portado cual correspondía a su honor, me doy por satisfecho.» Mientras Roma lamentaba la suerte de su soberano, los serviles cortesanos ensalzaban la salvaje frialdad de su hijo como la cabal entereza de un héroe o de un estoico.[857]

Es difícil describir el carácter inestable, frívolo y voluble de Galieno, al que hizo manifiesto sin recato, tan pronto como quedó único poseedor del Imperio. Descollaba en cuantas artes emprendía su numen y, puesto que carecía de cordura, las iba emprendiendo todas, menos las que le concernían: la guerra y el gobierno. Con su maestría en tantos ramos infructuosos —fue orador competente, elegante poeta,[858] hábil jardinero y cocinero excelente—, se desempeñó siempre como un príncipe despreciable. Cuando los trances más críticos del Estado requerían su presencia y su ahínco, se explayaba en conversaciones con el filósofo Plotino,[859] desperdiciaba el tiempo en deleites frívolos o desenfrenados, se habilitaba para iniciarse en los misterios griegos o solicitaba asiento en el areópago de Atenas. Su disparatada magnificencia insultaba a la pobreza general, y la solemne ridiculez de sus triunfos imprimía un más profundo sentido de la desgracia pública.[860] Los incesantes avisos de invasiones, derrotas y rebeldías le hacían

brotar una mera e insensata sonrisa, y escogiendo con aparente desprecio algún fruto especial de la provincia malograda, preguntaba distraídamente si se acabaría Roma porque le faltasen lienzos de Egipto o paño de Arrás proveniente de la Galia. Sin embargo, a Galieno en ocasiones le sobrevinieron ímpetus de denuedo militar y aun de feroz tirano, cuando lo exasperaba algún agravio reciente, hasta que, saciado con sangre o fatigado por la resistencia, imperceptiblemente se hundía en la natural pusilanimidad y dejadez de su carácter.[861]

Mientras las riendas del gobierno estaban sostenidas por manos tan exánimes, no es de extrañar que asomaran por todas las provincias del Imperio más y más usurpadores contra el hijo de Valeriano. Extraña aprensión fue la de parangonar a los treinta tiranos de Roma con los de Atenas, que ocurrió a los escritores de la *Historia augusta*; luego esa denominación fue recibida popularmente,[862] pero el paralelo es a todas luces defectuoso e inútil, pues ¿qué semejanza cabe entre un consejo de treinta individuos, mancomunados para tiranizar a un solo pueblo, y una lista incierta de rivales independientes, que fueron descollando y cayendo por los ámbitos de un dilatado imperio? Y no se llega al número de treinta, a menos que se incluya en él a mujeres y niños realzados con el título imperial. Estando tan desarticulado el reinado de Galieno, sacó a la luz a tan sólo diecinueve pretendientes: Ciríades, Macriano, Balista, Odenato y Zenobia, en Oriente; en Galia y las provincias occidentales, Póstumo, Loliano, Victorino, con su madre Victoria, Mario y Tétrico; en Iliria y las cercanías del Danubio, Ingenuo, Regiliano y Auréolo; en Ponto,[863] Saturnino; en Isauria, Trebeliano; en Tesalia, Pisón; en Acaya, Valente; en Egipto, Emiliano; y en África, Celso. Para ilustrar los oscuros monumentos de la vida y la muerte de cada individuo se

necesitaría un trabajo que redundaría en poquísima instrucción y ningún recreo, y debemos limitarnos a investigar lo más descollante en personajes, hechos y costumbres, y luego a especificar los intentos, motivos y paradero de cada uno, con las perniciosas consecuencias de su usurpación.[864]

Es harto notorio que los antiguos solían aplicar el odioso título de tirano a todo usurpador del poder supremo, sin tener en cuenta el abuso de éste. Varios de los aspirantes que tremolaron el estandarte de la rebelión contra Galieno eran dechados de virtud, y casi todos poseían considerables vigor y capacidad. Sus méritos les habían granjeado el favor de Valeriano, y los promovieron gradualmente a los más importantes cargos del Imperio. Los generales que asumieron el título de Augusto eran respetados por su tropa, por su atinada conducta y rigurosa disciplina, admirados por el valor y el éxito en la guerra, o amados por su franqueza y generosidad. El campo de la victoria solía ser una escena de su elección, y aun el armero Mario, el menos estimable de todos los candidatos a la púrpura, descollaba por su valentía, su brío y su llana honradez.[865] Su humilde profesión anterior en verdad ridiculizaba tanta elevación, pero su nacimiento no podía ser más oscuro que el del mayor número de los competidores, que eran labriegos alistados en el ejército como meros soldados. En época de revueltas, todo sujeto de índole astuta logra la colocación que le señaló la naturaleza, y en medio de la guerra la milicia constituye el camino para alcanzar la grandeza y la gloria. De los diecinueve tiranos, Tétrico era el único senador, y tan sólo Pisón era noble: tras veintiocho generaciones consecutivas, la sangre de Numa corría por las venas de Calpurnio Pisón,[866] quien por la línea materna presumía de acreditar sus entronques con Craso y el gran Pompeyo.[867] Habían realzado a sus antepasados cuantos

honores cabían en la República, y, de todas las alcurnias de Roma, sólo la Calpurnia había sobrevivido a la tiranía de los Césares; tan esclarecida ascendencia coronaba las prendas de Pisón. El usurpador Valente, por cuya orden fue muerto, confesó con entrañable remordimiento que aun el mayor enemigo debía reverenciar la santidad de Pisón, y aunque feneció armado contra Galieno, el Senado, con la anuencia generosa del emperador, decretó las insignias triunfales a la memoria de un rebelde tan virtuoso.[868]

Los tenientes de Valeriano, siempre afectos al padre de éste, despreciaban la lujosa haraganería de su indigno hijo. No acudía móvil alguno de lealtad a sostener el solio romano, y la traición contra tal príncipe tenía visos de patriotismo. Mas si nos concentramos en descifrar candorosamente los pasos de aquellos usurpadores, podremos ver que su rebelión era más bien producto de sus temores que de una descomedida ambición. Temían tanto los implacables recelos de Galieno como la caprichosa violencia de la tropa; si la peligrosa privanza con la soldadesca les ofrecía torpemente la púrpura, quedaba fallada su sentencia de muerte, y aun la prudencia les aconsejaba disfrutar brevemente del poder, y preferir arrojarse a la contingencia de la guerra antes que aguardar la mano de un asesino. Cuando el clamor de los soldados investía a la forzada víctima con las insignias de la autoridad soberana, a veces lamentaban en secreto el destino de ésta. «Habéis perdido un caudillo provechoso —exclamó Saturnino en el día de su encumbramiento—, y habéis hecho un ruin emperador.»[869]

Las inquietudes de Saturnino hacían manifiesta la incesante experiencia de las revoluciones, puesto que, de los diecinueve tiranos que comenzaron bajo el reinado de Galieno, ninguno tuvo una vida apacible ni una muerte natural, pues, no bien se

habían cubierto con la sangrienta púrpura, inspiraban a sus allegados los mismos miedos y la misma ambición que había producido su propia rebeldía. Acosados por conspiraciones internas, sedición militar y guerra civil, se asomaban trémulos al despeñadero por donde, tras mil ansiosos vaivenes, antes o después se perderían inevitablemente. Estos precarios monarcas recibían, sin embargo, los honores y los halagos que sus respectivas huestes o provincias podían tributarles, mas nunca sus pretensiones fundadas en la rebelión fueron sancionadas por las leyes o por la historia. Italia, Roma y el Senado siguieron la causa de Galieno, y sólo él fue considerado soberano del Imperio. Este príncipe, en verdad, aceptó reconocer las victoriosas armas de Odenato, acreedor a tan honrosa distinción por la conducta respetuosa que observó siempre con el hijo de Valeriano, y el Senado, con el aplauso general de los romanos y el beneplácito de Galieno, condecoró con el dictado de Augusto al valeroso palmireño, a quien le confiaba el gobierno del Oriente, que ya poseía ampliamente y que, por medio de una sucesión privada, lo dejó a su ilustre viuda Zenobia.[870]

Los veloces e incesantes tránsitos de la choza al solio, y de éste a la sepultura, podrían entretener a un filósofo indiferente, si fuese posible que un filósofo permaneciera de ese modo en medio de las calamidades del linaje humano. La elección, el poder y la muerte de estos precarios monarcas eran igualmente destructivos para sus súbditos y allegados. El precio de ese infausto ascenso se pagaba rápidamente a la tropa, con un inmenso donativo arrancado de las entrañas del exhausto pueblo. Por más virtuosa que fuese su índole, y puras sus intenciones, se hallaban atados por su obligación ineludible de consolidar la usurpación con frecuentes actos de rapiña y crueldad, y luego, con su caída, se derrumbaban a la vez

ejércitos y provincias. Aún se conserva el más salvaje mandato de Galieno a uno de sus ministros, después de la caída de Ingenuo, que se había investido con la púrpura en Ilírico. «No basta —dice el suave pero inhumano príncipe— el exterminio de cuantos hayan tomado las armas, pues el trance de una batalla pudo favorecerme igualmente. Guadáñese el sexo varonil por entero, con tal que, al acabar con niños y ancianos, acertéis a dejar intacta nuestra reputación. Mueran al punto cuantos hayan pronunciado una expresión, abrigado un pensamiento contra mí; *contra mí*, hijo de Valeriano, padre y hermano de tantos príncipes.[871] Recordad que Ingenuo fue nombrado emperador; matad, sajad, desmenuzad. Os escribo de propio puño, y quisiera que os encarnaran mis propios impulsos.»[872] Mientras las fuerzas del Estado se consumían en contiendas privadas, las indefensas provincias quedaban a merced del primer invasor. Los más valientes usurpadores, en situación tan confusa, tenían que aceptar afrentosos tratados con el enemigo común, adquirir con gravosos tributos la neutralidad o los servicios de los bárbaros, e internar en el corazón de la monarquía romana naciones independientes y hostiles.[873]

Tales eran los bárbaros y tales los tiranos que durante los reinados de Valeriano y Galieno desmembraron las provincias y redujeron el Imperio a su ínfimo grado de afrenta y desamparo, del cual parecía imposible que llegase jamás a rehacerse. Atendida la escasez de materiales, iremos delineando, en cuanto quepa, con algún método y claridad, los mayores acontecimientos de aquella temporada tan calamitosa, pues quedan todavía algunos hechos particulares: I) los trastornos de Sicilia; II) los alborotos de Alejandría; III) la rebelión de los isaurios, que arrojará algún destello sobre el pormenor del horroroso cuadro.

I) Siempre que gavillas de salteadores, fomentadas por sus victorias desenfrenadas, en vez de encubrirse retan la justicia pública, debemos inferir terminantemente que la ínfima clase de la sociedad se entera de la unánime debilidad del gobierno y abusa de ella. Sicilia estaba resguardada de los bárbaros por su situación geográfica, y no podía, pues se hallaba desarmada, sostener a un usurpador; en aquella isla, siempre fértil y algún día floreciente, los padecimientos procedieron de más ruines autores. Durante un tiempo, dominaron el país saqueado cuadrillas de esclavos y campesinos, que renovaban la memoria de las guerras serviles de tiempos remotos.[874] La destrucción, de la que el labrador era cómplice o víctima, debió de exterminar la agricultura del país, y, como los riquísimos senadores de Roma eran los principales hacendados que solían abarcar en una hacienda el territorio de una República antigua, es probable que este daño privado afectara más los recursos que todas las conquistas de godos y persas.

II) La fundación de Alejandría fue un proyecto grandioso, que ideó y ejecutó rápidamente el hijo de Filipo. La forma proporcionada y bella de esa ciudad, que sólo era aventajada por Roma misma, abarcaba una circunferencia de quince millas [24,15 km].[875] Allí habitaban trescientos mil ciudadanos y, al menos, igual número de esclavos.[876] El lucrativo comercio de Arabia e India con la capital y las provincias del Imperio se hacía por el puerto de Alejandría. Allí no se conocía el ocio, puesto que algunos se dedicaban a fabricar cristales; otros, a tejer telas, y muchos, a la manufactura del papiro. Personas de uno y otro sexo y de todas las edades se dedicaban al ejercicio de la industria, sin que holgasen ciegos ni lisiados: cada cual trabajaba según sus alcances.[877] Pero el pueblo de Alejandría, una variada mezcla de naciones, unía la vanidad e inconstancia de los griegos

con la superstición y la terquedad de los egipcios. El motivo más fútil —la momentánea escasez de carnes o lentejas, la omisión del saludo acostumbrado, un error de precedencia en los baños públicos o una disputilla sobre religión—[878] solía bastar en cualquier momento para iniciar una insurrección en la vasta multitud, cuyo resentimiento era furioso e implacable.[879] Después de que Valeriano fue apresado y se quebrantó la autoridad de las leyes a causa del desenfreno de su hijo, los alejandrinos se abandonaron a la furia de sus pasiones, y su desventurada patria se convirtió en teatro de una guerra civil, que continuó —con algunas breves y sospechosas treguas— durante más de doce años.[880] Fue interrumpida la comunicación entre los diversos barrios de la despavorida ciudad; todas las calles quedaron ensangrentadas; las casas se convirtieron en castillos más o menos fortificados, y el trastorno continuó hasta arruinar para siempre a gran parte de Alejandría. El anchuroso y magnífico distrito de Bruchion, con sus palacios y su museo, residencia de los reyes y filósofos de Egipto, yacía, según una descripción realizada un siglo después, tan reducido a escombros solitarios como lo está en la actualidad.[881]

III) La oscura rebelión de Trebeliano, que se revistió de la púrpura en Isauria, pequeña provincia de Asia Menor, acarreó extrañas y memorables consecuencias. El corifeo de la farsa quedó luego derribado por un general de Galieno, pero sus secuaces, sin esperanzas de recibir un indulto, acordaron liberarse de toda sujeción, no sólo al emperador, sino al Imperio, y repentinamente volvieron a sus costumbres salvajes, de las cuales jamás se habían desprendido. Sus enriscados peñascos, que son brazos del dilatadísimo Tauro, protegían su inaccesible retirada. Se abastecían de lo indispensable con el cultivo de algunos valles pingües[882] y acudían a la rapiña para

sus holganzas, y así los isaurios siguieron viviendo bárbaramente en el corazón de la monarquía romana. Los príncipes posteriores, incapaces de avasallarlos con armas ni ardides, tuvieron que reconocer su flaqueza, cercando el terreno independiente y hostil con un cordón poderoso de fortificaciones,[883] que solían ser insuficientes para atajar las correrías de aquellos salteadores, los cuales se extendieron más y más hacia la costa y sojuzgaron la parte occidental y montañosa de Cilicia, que había sido madriguera de aquellos arrojados piratas contra los cuales la República había tenido que dirigir todo su poderío, a las órdenes del gran Pompeyo.[884]

Nuestra forma de pensar es tan afecta a conectar el orden del universo con la suerte del hombre, que este lúgubre período de la historia ha sido decorado con inundaciones, terremotos, anormales meteoros, tinieblas horrorosas y un sinfín de portentos ficticios o exagerados.[885] Sin embargo, la hambruna general fue la calamidad más manifiesta y trascendente, como forzoso resultado del robo y las tropelías que acababan con los productos existentes y desesperanzaban de las cosechas venideras, y el hambre de inmediato provoca epidemias, como consecuencia del alimento escaso e insalubre. Sin embargo, debieron de coincidir otras causas para la furiosa plaga que, desde el año 250 hasta el 265, se enfureció ininterrumpidamente en cada provincia, cada ciudad y casi cada familia del Imperio Romano. Durante un tiempo murieron diariamente en Roma cinco mil personas, y muchas ciudades que se habían salvado de los bárbaros quedaron despobladas.[886]

Tenemos conocimiento de una curiosa circunstancia, que puede ser útil para el melancólico cálculo de las calamidades humanas. En Alejandría se empadronaban los ciudadanos acreedores al reparto del trigo, y resultó que todos los que

anteriormente habían estado comprendidos entre las edades de cuarenta y setenta años igualaban a la suma total de los demandantes entre catorce y ochenta que seguían vivos después del reinado de Galieno.[887] Aplicando este dato auténtico a los más cuidadosos gráficos de mortandad, resulta manifiesto que había fallecido más de la mitad de la población de Alejandría, y, si nos arrojamos a extender la analogía a las demás provincias, podemos inferir que, en pocos años, la guerra, la peste y el hambre habían sepultado a la mitad de la humanidad.[888]

XI

REINADO DE CLAUDIO - DERROTA DE LOS GODOS - VICTORIA, TRIUNFO Y MUERTE DE AURELIANO

Durante el deplorable reinado de Valeriano y Galieno, el Imperio estuvo oprimido y casi destruido por los soldados, los tiranos y los bárbaros: lo salvó una sucesión de príncipes magnánimos que debían su oscuro origen a las belicosas provincias de Iliria. En un período de alrededor de treinta años, Claudio, Aureliano, Probo, Diocleciano y sus colegas triunfaron sobre los enemigos externos e internos del Estado; restablecieron, mediante la disciplina militar, el resguardo de las fronteras, y merecieron el glorioso título de restauradores del mundo romano.

La expulsión de un tirano afeminado del palacio dio lugar a una serie de héroes, pues el pueblo, airado, culpó a Galieno de todas sus desdichas, y efectivamente la mayoría de ellas eran consecuencia de sus costumbres disolutas y su descuidada administración. Incluso, carecía del sentido del honor que suele compensar la ausencia de una virtud pública, y, mientras disfrutaba de su posesión de Italia, una victoria de los bárbaros, la pérdida de una provincia o la rebeldía de un general pocas veces perturbaban el tranquilo transcurso de sus placeres. Por fin, un nutrido ejército, apostado en el alto Danubio vistió con la púrpura imperial a su caudillo Aureolo, quien, puesto que desdeñaba un reino pequeño y árido sobre las montañas de Retia, atravesó los Alpes, ocupó Milán, amenazó a Roma y

desafió a Galieno a disputar en el campo de batalla la soberanía de Italia. El emperador, provocado por el insulto y alarmado por el peligro, súbitamente puso en práctica ese vigor latente que a veces irrumpía en su indolente carácter. Se forzó a sí mismo a apartarse de la voluptuosidad del palacio; se presentó, armado, a la cabeza de sus legiones, y avanzó más allá del Po al encuentro de su adversario. El adulterado nombre de Pontirolo[889] aún preserva la memoria de un puente sobre el Adda, que durante la acción debió de ser un objeto de la mayor importancia para ambos ejércitos. El usurpador de Retia, tras una absoluta derrota y con una herida gravísima, se retiró a Milán. El sitio a esta gran ciudad se organizó de inmediato; las murallas fueron golpeadas con cuantas maquinarias conocían los antiguos, y Aureolo, desconfiando de sus propias fuerzas y sin esperanzas de recibir auxilio exterior, pudo prever las fatales consecuencias de su rebelión frustrada.

Intentó, como único recurso, sobornar a los sitiadores, y en todo el campamento repartió libelos en los que amonestaba a las tropas para que abandonaran a un dueño indigno, que sacrificaba la prosperidad pública a su liviandad y la vida de sus más apreciables súbditos a la más ligera sospecha. Ese ardid difundió miedos y descontento entre los principales oficiales de su rival. Heracliano, prefecto pretoriano; Marciano, general de nombradía; y Cecrops, comandante de un numeroso cuerpo de guardias de Dalmacia, fraguaron una conspiración. Acordaron la muerte de Galieno, y, a pesar de su anhelo por terminar antes el sitio de Milán, el sumo peligro que acarreaba cada instante de demora los obligó a anticipar la ejecución de su osado plan. A una hora muy tardía, pero cuando el emperador aún disfrutaba de sus deleites de sobremesa, sobrevino una voz de alarma que comunicó que Aureolo, capitaneando a sus fuerzas, había

efectuado una desesperada salida de la ciudad, y Galieno, que jamás flaqueaba en los enfrentamientos, se arrojó de su alfombrado y mullido lecho y, sin darse tiempo ni aun para ponerse su armadura y reunir a sus guardias, montó a caballo y se lanzó a la carrera hacia el supuesto paraje del ataque. Cercado por sus enemigos, manifiestos u ocultos, en medio del alboroto nocturno pronto recibió una flecha mortal de mano desconocida. Antes de morir, un sentimiento patriótico le hizo nombrar un sucesor honorable, y fue su postrera voluntad que las insignias imperiales se entregasen a Claudio, quien a la sazón comandaba un gran destacamento junto a Pavia. La noticia fue, al menos, diligentemente propagada, y los conjurados obedecieron alegremente la orden, pues ya se habían puesto de acuerdo en encumbrar a Claudio al trono. Al primer aviso de la muerte del emperador, las tropas expresaron sospechas y resentimiento, hasta que se tranquilizaron en virtud de un donativo de veinte piezas de oro a cada soldado; entonces ratificaron la elección y vitorearon al nuevo soberano.[890]

La oscuridad del origen de Claudio, aunque luego fue engalanado con lisonjeras ficciones,[891] manifiesta la bajeza de su cuna. Sólo consta que era natural de una provincia de la ribera del Danubio; que se dedicó desde su juventud a las armas, y que su modesto valor atrajo el favor y la confianza de Decio. El Senado y el pueblo lo consideraban un oficial sobresaliente y de sumo desempeño, apto para los más importantes propósitos, y criticaban la desatención de Valeriano, que lo obligaba a permanecer en el subalterno puesto de tribuno. No mucho antes, el emperador había distinguido el mérito de Claudio nombrándolo jefe supremo de la frontera ilírica con el mando de todas las tropas en Tracia, Mesia, Dacia, Panonia y Dalmacia; también obtuvo la distinción de prefecto de Egipto,

la colocación de procónsul de África y la certeza de un futuro consulado. Por su victoria sobre los godos, el Senado lo consideró merecedor del honor de una estatua, lo que despertó los celos de Galieno. Era imposible que un soldado respetara a un soberano tan disoluto y que pudiera ocultar su fundado menosprecio; algunas expresiones descomedidas de Claudio llegaron a oídos del emperador, y la contestación que provocaron retrata al vivo el carácter de éste y el de su siglo: «Me ha impresionado en gran manera el contenido de vuestro aviso, [892] que refiere que alguna insinuación malvada ha indispuesto contra nosotros el ánimo de nuestro amigo y pariente Claudio. Como os esmeráis en vuestro respeto, echad mano de cuantos medios quepan a fin de aplacarlo, pero proceded con suma reserva; que no trascienda el secreto a las tropas de Dacia, pues ya están enojadas y podría inflamarse su encono. Yo le envío unos pequeños regalos, pero es vuestra tarea que los acepte placenteramente, y ante todo haced que por ningún camino llegue a suponer que me consta su indiscreción, pues el temor a mi ira podría precipitarlo». El regalo mencionado en esta humilde carta, en la que el monarca solicitaba una reconciliación con su enfadado súbdito, consistía en una cuantiosa suma de dinero, un espléndido guardarropa y un servicio invaluable de oro y plata labrada.[893] Por estos medios Galieno amansó y sosegó al general de Iliria y, en lo restante de su reinado, Claudio blandió incesantemente su espada en defensa de un superior al que despreciaba. Al fin, es verdad, recibió de los conspiradores la púrpura ensangrentada de Galieno, pero se encontraba lejos del campamento y de sus consejos, y, aunque el hecho lo complaciese, debemos sencillamente suponer que fue inocente de la trama.[894] Cuando ocupó el trono, Claudio tenía cincuenta y cuatro años.

Continuaba aún el sitio de Milán cuando Aureolo advirtió que todos sus ardides habían suscitado un antagonista más resuelto. Intentó negociar con Claudio un tratado de alianza y partición. «Decidle —replicó el intrépido emperador— que semejante propuesta hubiera debido dirigirse a Galieno, quien quizá la habría escuchado pacientemente, aceptando un compañero tan despreciable como él mismo.»[895] Tan adusto rechazo y el malogro de su postrera tentativa finalmente obligaron a Aureolo a entregar la ciudad y a sí mismo al vencedor. El ejército lo sentenció a muerte, y Claudio, tras alguna resistencia, se conformó con el fallo. El Senado no se rezagaba en demostraciones por el nuevo soberano, pues ratificó, tal vez con afán entrañable, la elección de Claudio, y, por cuanto el antecesor se había mostrado enemigo personal de aquel cuerpo, fueron vengándose, en nombre de la justicia, con su familia y sus allegados. La ingrata tarea del castigo se dejó a cargo del Senado, y el emperador se reservó el mérito y la complacencia de mediar para que finalmente se indultase a los reos.[896]

Esta ostentosa clemencia no manifiesta tanto el verdadero carácter de Claudio como una circunstancia fútil, en la que parece haber consultado sólo los sentimientos de su corazón. Las repetidas rebeliones de las provincias comprometían a casi todas las personas en el delito de traición y a casi todas las fincas en la consiguiente confiscación, y Galieno solía jactarse de dadivoso regalando a sus oficiales las haciendas de los súbditos. Apenas ascendió al trono, una anciana se postró a los pies de Claudio, quejándose de que un general de su antecesor se había apropiado de su patrimonio; ese general era el mismo Claudio, que se había contagiado del achaque reinante. El emperador se avergonzó y, mostrándose digno de la llaneza con que la mujer

se entregaba a su equidad, confesó su yerro y devolvió inmediata y ampliamente las haciendas.[897]

Para realizar la difícil tarea que Claudio se había propuesto, consistente en restablecer el antiguo esplendor del Imperio, había que volver a infundir en la tropa la propensión al orden y la obediencia. Con la autoridad de un general veterano, les manifestó a los soldados que lo que producía tanto trastorno era la insubordinación, cuyas consecuencias finalmente recaían sobre los soldados mismos; que un pueblo en ruinas por la opresión e indolente a causa de la desesperación no podía hacerse cargo de las holganzas de la milicia, ni aun de su manutención; que el despotismo de la clase militar acarreaba temores a todo individuo, pues un príncipe trémulo en el solio compraba su salvación con el sacrificio del súbdito indefenso. El emperador se explayó sobre los escollos de un desenfreno que la milicia sólo podía ejercer a costa de su propia sangre, pues su sedición solía acarrear guerras civiles que segaban la flor de las legiones, ya en el campo de batalla, ya en el cruel abuso de la victoria. Describió lo exhausto del erario, la asolación de las provincias, el baldón del nombre romano, el insolente triunfo de los rapaces bárbaros, y exclamó que iba a dirigir contra ellos todo el ahínco de las armas. Tétrico puede reinar durante un tiempo en Occidente, y aun Zenobia puede preservar el dominio de Oriente;[898] esos usurpadores eran sus adversarios personales y él no debía pensar en ocuparse de sus resentimientos privados hasta haber dejado a salvo un imperio cuya inminente caída, a menos que fuera evitada a tiempo, alcanzaría tanto al ejército como al pueblo.

Las diversas naciones de Germania y Sarmacia, que antes habían luchado bajo el estandarte godo, reunieron un armamento más formidable que cuantos habían salido del

Euxino. En las orillas del Dniéster, uno de los grandes ríos que desembocan en aquel mar, construyeron una escuadra de dos mil —o quizá de seis mil— naves,[899] número que, por abultado que parezca, era todavía insuficiente para el transporte del ejército, que se supone constituido por trescientos veinte mil bárbaros. Cualquiera que haya sido la verdadera fuerza de los godos, el vigor y el éxito de la expedición no fueron consistentes con tan grandiosos preparativos. En su tránsito por el Bósforo, la violencia de la corriente sometió a los inhábiles pilotos, y cuando los numerosos barcos se agolparon en un angosto canal, se estrellaron entre sí o contra la ribera. Los bárbaros desembarcaron en diversos puntos de las costas de Europa y de Asia, pero las campiñas ya habían sido saqueadas, y fueron rechazados, vergonzosa y vencidamente, de cuantas ciudades fortificadas intentaban asaltar. Surgió en la flota un ánimo de división y desaliento, y algunos de sus jefes se desviaron hacia las islas de Creta y Chipre, pero el cuerpo principal, siguiendo un rumbo más certero, finalmente fondeó cerca del monte Athos y asaltó la ciudad de Tesalónica, riquísima capital de todas las provincias macedónicas. Sus valientes pero torpes embates fueron interrumpidos por la veloz llegada de Claudio, que rápidamente acudía al sitio que requería la presencia de un príncipe belicoso, acaudillando el restante poderío del Imperio. Ansiosos de batalla, los godos levantaron de inmediato el sitio de Tesalónica, dejaron la escuadra cerca del monte Athos, atravesaron las serranías de Macedonia y avanzaron apresuradamente contra el último resguardo de Italia.

Aún se conserva la carta original de Claudio al Senado y al pueblo en este memorable trance. «Padres conscriptos —dice el emperador— sabed que trescientos veinte mil godos han invadido el territorio romano, y si los venzo, mi galardón se

cifra en vuestro agradecimiento, pero si fallezco, recordad que soy sucesor de Galieno. Acosada y exhausta yace la república entera. Tenemos que pelear tras Valeriano, Ingenuo, Regiliano, Loliano, Póstumo, Celso y otros mil a quienes el fundado menosprecio hacia Galieno incitó a la rebeldía. Escaseamos de flechas, lanzas y escudos. Tétrico usurpó Galia y España, que son el alma del Imperio, y me avergüenzo de confesar que los flecheros de Oriente están sirviendo a Zenobia, de modo que cualquier cosa que podamos lograr será por sí misma harto grande.»[900] La melancólica entereza de esta carta retrata a un héroe que, desinteresado de su propia suerte y consciente del peligro, aún posee fundadas esperanzas en los recursos de su propia mente.

El éxito superó a sus propias expectativas y a las del orbe entero, pues con una ilustre victoria liberó al Imperio de tan bárbara hueste, y fue conocido para la posteridad con el glorioso apelativo de Claudio el Gótico. Los incompletos relatos sobre una guerra irregular[901] nos impiden describir ordenadamente las circunstancias de aquellas hazañas, pero, aludiendo al drama, dividiremos esta memorable tragedia en los siguientes tres actos.

I) En la batalla decisiva, trabada junto a Naissus, una ciudad de Dardania, cedieron de inmediato las legiones, abrumadas por un superior número y desalentadas por los fracasos, y, cuando su exterminio parecía inevitable, el advertido emperador acudió oportunamente con el refuerzo destinado a ese intento, pues un numeroso destacamento, desemboscándose de los recónditos y trabajosos tránsitos de la serranía, ocupada por una disposición anterior, se abalanzó repentinamente a la retaguardia de los godos ya vencedores. La actividad de Claudio prolongó ese instante favorable, ya que reanimó a la tropa, la rehizo y cercó a los bárbaros por todas partes. Según se cuenta, fenecieron hasta

cincuenta mil hombres en la batalla de Naissus, y varios cuerpos enemigos, cubriendo su retirada con un móvil vallado de carruajes, lograron desviarse o más bien huir de aquel campo de matanza.

II) Podemos considerar que, a causa de algún tropiezo insuperable —como el cansancio o, quizá, la desobediencia de los vencedores—, Claudio no completó en un solo día el exterminio de los godos. La guerra se extendió a las provincias de Mesia, Tracia y Macedonia, y se dilató con marchas, sorpresas y arremolinadas refriegas por mar y por tierra. Si los romanos padecían algún quebranto, solía deberse a la cobardía o a la temeridad, pero la superioridad de alcances del emperador, su cabal conocimiento del país y su atinada elección de disposiciones y oficiales, en la mayoría de las ocasiones, afianzaron el acierto de sus movimientos. El inmenso botín, fruto de tan repetidas victorias, estaba constituido en su mayor parte por ganado y esclavos, y así un selecto cuerpo de la juventud goda se alistó en las tropas imperiales, mientras que los demás se rindieron como cautivos, y fue tal el número de las esclavas que dos o tres mujeres correspondieron a cada soldado. Inferimos por esta particularidad que el intento de los extranjeros no era únicamente el robo, sino también establecerse, puesto que venían acompañados por sus familias.

III) La pérdida de la escuadra, que fue apresada o sumergida, impidió la retirada a los godos, y, acorralados por oportunos apostaderos que eran sostenidos con tesón y se estrechaban más y más sobre un punto céntrico, tuvieron que trepar a lo más inaccesible del monte Haemus, donde hallaron seguro resguardo con escasa subsistencia. En el transcurso de un crudo invierno, sitiada incesantemente por las tropas imperiales, la muchedumbre menguó sin cesar al rigor del hambre, la peste,

la deserción y el filo de la espada, y cuando comenzó la primavera quedaba allá únicamente una gavilla curtida y desesperada, resto de la hueste inmensa que se había embarcado en la boca del Dniéster.

La peste que sepultó tan crecido número de bárbaros alcanzó por fin a su vencedor. Tras su corto y esplendoroso reinado de dos años, Claudio expiró en Sirmio, y fue llorado y vitoreado por sus súbditos. En su postrer dolencia reunió a los caudillos civiles y militares, y les recomendó a Aureliano,[902] uno de sus generales, como el más merecedor del trono y el que mejor se desempeñará en el propósito que sólo él había intentado llevar a cabo. Las virtudes de Claudio, su valor, afabilidad, justicia y templanza, su amor al honor y a su patria, lo incluyen en la breve lista de los emperadores que incrementaron los blasones del pueblo romano. Sin embargo, los escritores cortesanos del tiempo de Constantino, quien era bisnieto de Crispo y hermano mayor de Claudio, celebraron con esmero y deleite aquellas virtudes. Las voces de la lisonja entonaron estudiadamente que los dioses que arrebataron a Claudio de la faz de la tierra premiaron sus méritos y su religiosidad mediante el perpetuo establecimiento del poder en su familia.[903]

A pesar de estos oráculos, el encumbramiento de los Flavios —un nombre del que les complació apropiarse— se dilató por más de veinte años, y el entronizamiento de Claudio acarreó la inmediata ruina de su hermano Quintilio, quien carecía de suficiente moderación o coraje para descender a la vida privada, a la que el patriotismo del difunto emperador lo había condenado. Sin demora ni reflexión, asumió la púrpura en Aquileia, donde comandaba considerables fuerzas, y aunque su reinado se redujo a diecisiete días, tuvo tiempo para obtener la

sanción del Senado y experimentar un motín en su tropa. Cuando se enteró de que el gran ejército del Danubio había ofrecido la púrpura al notorio valor de Aureliano, se postró ante la nombradía y los méritos de su competidor, y abriéndose las venas evitó cuerdamente tan desproporcionada contienda.[904]

El plan general de esta obra no nos permite relatar todos los pasos de cada emperador después de que ha ascendido al trono ni, mucho menos, las vicisitudes de su vida privada. Expresaremos tan sólo que el padre de Aureliano era un labrador del territorio de Sirmio y ocupaba una pequeña granja que era propiedad de Aurelio, un opulento senador. El belicoso hijo se alistó como ínfimo soldado, y luego fue ascendiendo a centurión, tribuno, prefecto de una legión, inspector de campamento y general, o —como se llamaba entonces— duque de una frontera, y finalmente en la guerra contra los godos desempeñó el alto cargo de general de la caballería. Su valor descolló en todos los grados,[905] así como su estricta disciplina y su acertado desempeño. El emperador Valeriano le confirió el Consulado y lo denominó, con el altisonante lenguaje de aquella época, libertador de Ilírica, restaurador de las Galias y rival de los Escipiones. Por recomendación de Valeriano, Ulpio Crinito, un senador de mérito y nobleza que se jactaba de estar entroncado con Trajano, adoptó al granjero panonio, le entregó a su hija en matrimonio y alivió con su gran fortuna la honrada escasez que Aureliano había conservado inviolable.[906]

El reinado de Aureliano sólo duró cuatro años y nueve meses, pero todos los momentos de tan corto plazo resplandecieron con hechos memorables: terminó la guerra contra los godos, escarmentó a los germanos que invadían a Italia, rescató a Galia, Hispania y Britania de las manos de Tétrico y derrocó la altanera monarquía fundada por Zenobia

en Oriente sobre las ruinas del acosado imperio.

La estricta atención que prestaba Aureliano, aun a los mínimos puntos de la disciplina, fue lo que confirió tan incesante acierto a sus empresas. Su reglamento militar se halla compendiado en la sucinta carta que envió a uno de sus oficiales subalternos, a quien le ordena que lo ponga en práctica si aspira a ser tribuno, y aun si trata de salvar su vida. Aureliano vedaba el juego, la embriaguez y el estudio de la adivinación, pues contaba con que sus soldados fuesen modestos, frugales y laboriosos; que su armadura estuviese siempre bruñida; sus armas, afiladas, y sus vestimentas y caballos, a toda hora dispuestos para un servicio inmediato; que viviesen sobria y castamente en sus cuarteles sin dañar campos cultivados, sin robar ni una oveja, un ave o un racimo, ni exigir del patrón sal, aceite o leña. «El suministro público —continúa el emperador— basta para su mantenimiento; sus riquezas se han de recoger de los despojos del enemigo, y no de las lágrimas de los provinciales.»[907] Un solo ejemplo demostrará la rigidez, y aun la crueldad, de Aureliano: un soldado sedujo a la esposa de quien lo alojaba, y el miserable fue puesto entre dos árboles doblegados a viva fuerza, los cuales, al ser soltados, se llevaron consigo los desgarrados miembros. Algunos castigos ejemplares semejantes aterraron provechosamente a la tropa. Las sanciones de Aureliano eran terribles, aunque rara vez tenía que repetirlas por el mismo delito. Corroboraba las leyes con su conducta, y las legiones resabiadas temían a un superior que había aprendido a obedecer y era digno de mandar.

La muerte de Claudio revivió el decaído ánimo de los godos. Las tropas que cuidaban los pasos del monte Haemus y las orillas del Danubio se habían retirado a causa del temor de una guerra civil, y parece verosímil que el cuerpo restante de las

tribus de godos y vándalos se aprovecharan de una coyuntura tan favorable: desamparando sus puestos en Ucrania, atravesaron los ríos y acrecentaron con nueva muchedumbre la asoladora hueste de los suyos. Después de incorporados fueron embestidos por Aureliano, y la encarnizada e indecisa batalla duró hasta el anochecer.[908] Postrados con tantos desastres como mutuamente se habían causado y habían padecido en una guerra de veinte años, godos y romanos convinieron una tregua duradera y provechosa. Los bárbaros la solicitaron ansiosamente y las legiones, a cuyo voto quiso la cordura de Aureliano encargar la decisión de aquel importante punto, la ratificaron gustosas. La nación goda se comprometió a entregar a los ejércitos romanos un cuerpo de dos mil auxiliares, todos de caballería, y pactaron en cambio una retirada segura y un mercado siempre abastecido —a cargo del emperador, pero a sus propias expensas— hasta la orilla del Danubio. El tratado se cumplió tan escrupulosamente, que cuando un grupo de quinientos hombres salió en busca de rapiña, el rey o general de los bárbaros dispuso que se prendiera al comandante culpable y se lo asaetease mortalmente, como víctima sacrificada a la santidad de los contratos.

Es muy probable, sin embargo, que la precaución de Aureliano de exigir que quedaran como rehenes los hijos e hijas de los caudillos godos contribuyese también a tan pacífico procedimiento. Educó a los varones, y a él mismo, en el ejercicio de las armas, y a las niñas les dio la fina enseñanza de las damas romanas, proporcionándoles luego el enlace con sus principales dependientes, para ir así, mediante decorosos pasos, amistando y encareciendo la flor de ambas naciones.[909]

Pero la más importante condición de la paz quedó más bien sobrentendida que expresada en el tratado: Aureliano retiró las

fuerzas romanas de Dacia y tácitamente cedió esa gran provincia a los godos y los vándalos.[910] Su tino varonil le evidenció las ventajas fundamentales y le hizo menospreciar el desdoro aparente de ir estrechando las fronteras de la monarquía. Los súbditos dacios, trasladados ahora de aquellas haciendas que no alcanzaban a cultivar ni defender, robustecían y poblaban la parte meridional del Danubio. Franqueose a su industria el gran territorio, al que las correrías de los bárbaros habían dejado desierto, y una nueva provincia de Dacia siguió conservando la memoria de las conquistas de Trajano. No obstante, el antiguo territorio retuvo a muchos habitantes que temían más al exilio que al dominio godo.[911] Estos romanos bastardos favorecieron al Imperio que desestimaban, pues introdujeron entre sus conquistadores las primeras nociones de agricultura, las artes útiles y las ventajas de la vida civilizada. Gradualmente se estableció un intercambio de idioma y lenguaje entre las orillas opuestas del Danubio, y, cuando Dacia se convirtió en un Estado independiente, fue la más firme barrera del Imperio contra las invasiones de los salvajes del Norte. El propio interés unió a estos bárbaros con los romanos, y esa ventaja mutua y perpetua redundó en provechosa intimidad. Aquella colonia mixta, que fue cubriendo la provincia antigua y componiendo con sus enlaces un pueblo crecido, blasonaba siempre de la nombradía y superioridad goda, y ante todo de su ascendencia escandinava. Al mismo tiempo, la afortunada aunque accidental semejanza del nombre de Geta infundió a los crédulos godos la aprensión de que en lo antiguo sus propios antepasados, establecidos ya en las provincias dacias, habían recibido la enseñanza de Zamolxis y contrastado las armas victoriosas de Sesostris y Darío.[912]

Mientras la vigorosa y moderada conducta de Aureliano iba

restableciendo la frontera iliria, la nación de los alamanes[913] violó las condiciones de paz, las que Galieno había comprado o Claudio había impuesto, y, enardecida por su impaciente juventud, repentinamente tomó las armas. Se presentaron cuarenta mil caballos en campaña,[914] con duplicado número de infantería.[915] Los primeros objetivos de su codicia fueron algunas poblaciones de los límites de Retia, y, esperanzándose más y más con sus triunfos, el rápido avance de los alamanes trazó una línea de devastación desde el Danubio hasta el Po.[916]

Informaron al emperador casi al mismo tiempo de la irrupción y la retirada de los bárbaros. Sin embargo, reunió un ágil cuerpo de tropas, faldeó callada y aceleradamente la selva Hercinia, y los alamanes, cargados con el botín de Italia, arribaron al Danubio sin sospechar que en la orilla opuesta y en sitio ventajoso un ejército romano estaba oculto, preparado para cortarles la retirada. Aureliano cebó más y más la tan aciaga confianza de los bárbaros, y aun franqueó a la mitad de su hueste el paso sin estorbo ni cautela. Su apuro y asombro facilitaron una victoria que utilizó el triunfador, pues situando sus legiones en media luna, avanzó los extremos y cruzó el río, y, volviendo rápidamente sobre el centro, acorraló a la retaguardia germana. Los exánimes bárbaros, cualquiera que fuese el sitio adonde dirigieran la mirada, veían con desesperación ya una campiña asolada, ya una corriente rápida y profunda, ya un enemigo victorioso e implacable.

Los alamanes, en una situación tan extrema, no desdeñaron implorar la paz, y Aureliano, al frente de su campamento, recibió a sus embajadores con todo el realce de pompa marcial que pudiera ostentar la grandeza y la disciplina de Roma. Las legiones estaban escuadronadas y en terrible silencio, y los principales caudillos, engalanados con las insignias de su clase,

aparecieron a caballo por ambos costados del solio imperial. Atrás del trono se hallaban las imágenes sagradas del emperador y sus antecesores;[917] las águilas doradas y los diversos títulos de las legiones, esculpidos en letras de oro, estaban enarbolados sobre larguísimas picas cuajadas de plata. Al elevarse Aureliano a su asiento, su varonil gracia y su estampa majestuosa[918] obligaron a los bárbaros a reverenciar no menos a la persona que a la púrpura de su vencedor. Los embajadores enmudecieron y se postraron, hasta que se les mandó alzarse y se les franqueó el habla. Por medio de los intérpretes fueron disimulando su alevosía, engrandeciendo sus hazañas y explayándose sobre los vaivenes de la suerte y las ventajas de la paz, y con intempestiva satisfacción pidieron una suma cuantiosa por pago de la alianza que ofrecían a los romanos. La respuesta del emperador fue severa y dominante: despreció su oferta, respondió a su demanda con indignación y les reprochó a los bárbaros que eran tan ignorantes de las artes de la guerra como de las leyes de la paz. Finalmente, los despidió con la única alternativa de someterse a su incondicional misericordia o esperar la mayor severidad de su enojo.[919] Aureliano había cedido una provincia remota a los godos, pero era peligroso confiarse o indultar a unos bárbaros traidores, cuyo formidable poderío a toda hora tenía sobresaltada a la misma Italia.

Tras esta conferencia, parece que sobrevino en Panonia algún apuro que requería la presencia del emperador, pues encargó a sus tenientes el exterminio final de los alamanes, a los filos de la espada o por el medio más seguro del hambre, pero una desesperación activa suele triunfar sobre la soñolienta confianza en la victoria. Los bárbaros, imposibilitados de arrollar el Danubio y el campamento romano, rompieron por los apostaderos de retaguardia, más endebles o menos resguardados,

y volvieron muy velozmente, por diversos rumbos, a las serranías de Italia.[920] Aureliano ya consideraba terminada la guerra, cuando recibió la dolorosa noticia del salvamento de los alamanes y de los estragos que ya estaban cometiendo por el territorio de Milán. Mandó a las legiones que sigan, con cuanta presteza cabe en cuerpos tan recargados, la huida precipitada del enemigo, cuya infantería y caballería se movían con agilidad, y pocos días después, el emperador mismo acudió al socorro de Italia, acaudillando un cuerpo selecto de auxiliares —entre los cuales había rehenes y caballería de los vándalos— y de toda la guardia pretoriana que había servido en las guerras sobre el Danubio.[921]

Cuando las ligeras tropas de los bárbaros ya se habían esparcido desde los Alpes hasta los Apeninos, el desvelo incesante de Aureliano y sus oficiales se cifró en descubrir, atacar y perseguir a sus numerosos destacamentos. A pesar de esta guerra informal, se mencionan tres batallas mayores en las que las principales fuerzas de ambas partes se empeñaron obstinadamente[922] y con éxito alternado. En la primera batalla, junto a Placencia, fue tal el desmán sufrido por los romanos que, según la expresión de un escritor partidario de Aureliano, se llegó a temer la inmediata disolución del Imperio.[923] Los astutos bárbaros, que se habían escondido en los bosques, repentinamente atacaron a las legiones al anochecer, en medio, como es probable, del cansancio y el desconcierto de una dilatada marcha. La furia del ataque fue irresistible, pero al fin, tras una horrorosa matanza, la entereza del emperador restauró su tropa y recobró hasta cierto punto el honor de sus armas. La segunda batalla tuvo lugar junto a Fano, en Umbría —en el sitio que quinientos años antes había sido tan fatal para el hermano de Aníbal—,[924] pues muy lejos habían llegado los

germanos por las carreteras Emilia y Flaminia con ánimo de saquear a la indefensa dueña del orbe. Sin embargo, Aureliano, desvelado siempre tras la salvación de Roma, iba hostigando su retaguardia y en aquel paraje logró darles una derrota total y exterminadora.[925] Los fugitivos restos de la hueste fenecieron en la tercera y última batalla, junto a Pavia, y así Italia quedó a salvo de las correrías de los alamanes.

El miedo siempre fue padre de la superstición y, cuando asoman nuevas calamidades, el hombre se arroja, trémulo, a propiciar a sus enemigos invisibles. Aunque las esperanzas de la República estribaban principalmente en el denuedo y el desempeño de Aureliano, fue tal la consternación general cuando era inminente la llegada de los bárbaros a los umbrales de Roma, que por un decreto del Senado se consultó a los Libros Sibilinos. El emperador mismo, por religión o por política, recomendó este paso como importante, reconvino al Senado por su demora[926] y ofreció costear cuanto pudieran requerir los dioses en animales o en cautivos de cualquiera nación, pero, en medio de este ofrecimiento tan cuantioso, no aparece que se echase mano de víctimas humanas para borrar con su sangre las culpas del pueblo romano. Los Libros Sibilinos disponían ceremonias más inocentes, como procesiones de sacerdotes con ropajes blancos, acompañados por un coro de jóvenes y muchachas; purificaciones por la ciudad y sus cercanías, y sacrificios que habrían de impedir a los bárbaros entrar en el recinto en que se celebraban. A pesar de ser pueriles, estos artificios supersticiosos fueron útiles para el éxito de la guerra, y, si en la batalla decisiva de Fano los alamanes se figuraron que estaban viendo un ejército de espectros peleando por parte de Aureliano, éste recibió un auxilio real y eficaz de este refuerzo imaginario.[927]

Sin embargo, más allá de su confianza en ideales murallas, la experiencia del pasado y el temor al futuro movieron a los romanos a construir fortificaciones más gruesas y macizas. Los sucesores de Rómulo cercaron las siete colinas de Roma con un antiguo muro de más de trece millas [20,9 km].[928] Parecerá excesiva la extensión del recinto para el poder y vecindario de un Estado nuevo, pero se hacía forzoso el resguardar una gran extensión de pasturas y tierras cultivables contra las frecuentes y repentinas correrías de las tribus del Lacio, perpetuas enemigas de la República. La ciudad y el número de habitantes crecieron con el engrandecimiento romano; se llenaron los espacios vacantes, se derribaron las vallas inservibles, se edificó en el campo de Marte y por dondequiera se fueron acompañando las carreteras con hermosos y extensos suburbios.[929] La extensión de la nueva muralla alzada por Aureliano y concluida en el reinado de Probo fue incrementada, según la opinión popular, hasta cincuenta millas [80,4 km],[930] mas una medición esmerada la reduce a veintiuna millas [33,8 km].[931] Era un trabajo grandioso pero melancólico, puesto que la defensa de la capital pregonaba la decadencia de la monarquía. En el auge de su prosperidad, al confiar a las armas de las legiones la salvación de sus campamentos,[932] los romanos habían vivido sin temer que alguna vez se hiciese preciso fortificar el solio del Imperio contra los embates de unos bárbaros.[933]

La victoria de Claudio sobre los godos y el descalabro de los vándalos por parte de Aureliano habían devuelto a las armas romanas su antigua superioridad respecto de las naciones bárbaras del Norte, y cupo a Aureliano la grandiosa tarea de castigar a los tiranos internos y reincorporar las porciones desmembradas del Imperio. Aunque él estaba reconocido por el Senado y el pueblo, las fronteras de Italia, África, Ilírica y Tracia

limitaban su reino. Hispania, Galia, Britania, Egipto, Siria y Asia Menor estaban sujetas todavía a dos rebeldes, los únicos que, de tan larga lista, se habían salvado de los trances de su empeño, y, para completa ignominia de Roma, estos tronos rivales habían sido usurpados por mujeres.

Una rápida sucesión de monarcas había surgido y fenecido en las provincias de Galia, y las austeras virtudes de Póstumo sólo habían conducido a anticipar su exterminio. Después de eliminar a un competidor que había vestido la púrpura en Mentz, se negó a que la tropa se cebase con el saqueo de la ciudad rebelde, y en el séptimo año de su reinado pereció víctima de su frustrada codicia.[934] Menos decorosa fue la causa de la muerte de Victorino, su amigo y socio. Mancillaba sus virtudes[935] una pasión amorosa, a la que le permitía actos de violencia, con poco respeto por las leyes de la sociedad e, incluso, por las del amor.[936] En Colonia lo mataron mancomunadamente maridos celosos, y su desagravio habría sido más comprensible si hubieran respetado la inocencia de su hijo. Tras el asesinato de tantos príncipes valerosos, es de reparar que una mujer refrenase a las indómitas naciones de Galia, y todavía más extraño que fuese la madre del desventurado Victorino. La habilidad y los tesoros de Victoria le permitieron colocar sucesivamente a Mario y a Tétrico en el trono, y reinar con vigor varonil bajo el nombre de estos emperadores, que dependían de ella. Se acuñaron monedas de cobre, plata y oro con su nombre, y asumió los títulos de Augusta y Madre de los Campamentos. Su potestad sólo cesó con su vida, pero ésta quizá se abrevió a causa de la ingratitud de Tétrico.[937]

Cuando Tétrico, incitado por su ambiciosa protectora, asumió las insignias de la realeza, era gobernador de la provincia de Aquitania, destino correspondiente a sus virtudes y a su

educación. Reinó sobre Hispania, Galia y Britania durante cuatro o cinco años, y fue a la vez esclavo y caudillo de un ejército licencioso al que temía y por el cual era despreciado. Vislumbró por fin una esperanza de rescate en el valor y la prosperidad de Aureliano. Se aventuró a revelarle su desconsolada situación y lo amonestó a que acudiese pronta y eficazmente al auxilio de un competidor desventurado. Si esta correspondencia privada hubiera sido conocida por los soldados, probablemente le habría costado la vida a Tétrico y no hubiese podido desprenderse del cetro de Occidente sin traicionarse a sí mismo. Aparentó una guerra civil, condujo sus fuerzas contra Aureliano, las colocó en contra de su propio interés y con un corto número de selectos amigos desertó al principio de la batalla. Las legiones rebeldes, aunque desorganizadas y desalentadas por la inesperada traición de su jefe, se defendieron desesperadamente, hasta que fueron completamente despedazadas en la memorable y sangrienta batalla de Châlons, en Champaña.[938] La retirada de los indisciplinados auxiliares francos y bátavos,[939] a quienes el conquistador pronto persuadió u obligó a cruzar el Rin, restableció el sosiego general, y el poder de Aureliano fue reconocido desde el muro de Antonino hasta las columnas de Hércules.

Ya a partir del reinado de Claudio, la ciudad de Autun, sola y sin ayuda, se arrojó a declararse contra las legiones de Galia, las cuales, tras un sitio de siete meses, asaltaron y saquearon a aquella desventurada población, ya vencida por el hambre.[940] Lyon, en cambio, había resistido obstinadamente las armas de Aureliano. Hemos leído acerca del castigo a Lyon,[941] pero no sobre las recompensas a Autun. Tal es, por cierto, el sistema de las guerras civiles: acordarse cruelmente de los agravios, y olvidar los más importantes servicios. La venganza es lucrativa, la

gratitud es costosa.

Tan pronto como Aureliano afianzó a la persona y las provincias de Tétrico, dirigió sus armas contra Zenobia, la celebrada reina de Palmira y Oriente. La Europa moderna produjo varias mujeres ilustres que desempeñaron gloriosamente el cargo de un Imperio, y nuestra época no está desprovista de tan distinguidos caracteres, mas, exceptuando las dudosas hazañas de Semíramis, quizá sea Zenobia la única mujer cuyo numen sobresaliente se encumbró sobre la servil indolencia que provocan en ese sexo el clima y las costumbres de Asia.[942] Se jactaba de descender de los reyes macedonios de Egipto, igualaba en hermosura a su ascendiente Cleopatra y la aventajaba notablemente en castidad y valor,[943] pues se consideraba a Zenobia la más amable así como la más heroica de su sexo. Era morena —tratándose de una dama, tales fruslerías son importantes—, tenía perlada y blanquísima dentadura, y sus grandes y negros ojos emitían un ardor poco común, templado por la más atractiva dulzura. Su voz era clara y armoniosa, y su varonil entendimiento había sido engalanado y fortalecido por el estudio. Versada en la lengua latina, conocía igualmente y con cabal perfección el griego, el siríaco y el egipcio. Había compuesto para su propio uso un compendio de historia oriental, y familiarmente parangonaba las bellezas de Homero y de Platón, guiada por la tutoría del sublime Longino.

Esta talentosa mujer concedió su mano a Odenato, quien de llana esfera se encumbró por sí mismo al dominio de Oriente, y pronto se constituyó en amiga y compañera de un héroe. En los momentos intermedios de la guerra Odenato se dedicaba apasionadamente al ejercicio de la caza; perseguía con ansia a los salvajes animales del desierto, leones, panteras y osos, y el ímpetu de Zenobia en tan arriesgada diversión no iba en zaga al

de su esposo. Se hizo inmune a la fatiga, menospreciaba los carruajes cubiertos, por lo general aparecía a caballo en traje militar, y solía andar varias millas a pie, capitaneando a sus tropas. Los aciertos de Odenato en gran parte se debieron a tanta cordura y fortaleza, y las brillantes victorias contra el gran Rey, a quien dos veces acosaron hasta las mismas puertas de Ctesifonte, encumbraron el afamado poderío de ambos; tanto sus ejércitos como las provincias rescatadas no reconocían a otro soberano que a tan insignes caudillos. El Senado y el pueblo romano reverenciaban al extranjero que desagravió a su cautivo emperador, y aun el insensible hijo de Valeriano aceptó a Odenato como legítimo colega.

Tras una victoriosa expedición contra los saqueadores godos de Asia, el príncipe palmireño regresó a la ciudad de Emesa, en Siria, donde, habiendo sido invencible en la guerra, feneció por una traición familiar, y su predilecto pasatiempo de la caza fue el motivo, o al menos la situación, de su muerte.[944] Su sobrino Meonio disparó su jabalina antes que él, y, aunque fue regañado, repitió luego su insolencia. Odenato, airado como cazador y monarca, le quitó el caballo, suma afrenta entre bárbaros, y castigó su temeridad con un breve arresto. El agravio pronto fue olvidado, pero no el castigo, pues Meonio, con algunos compañeros osados, asesinó a su tío en un concurrido banquete, como también a Herodes, hijo de Odenato pero no de Zenobia, un joven de temperamento suave y afeminado.[945] Pero Meonio obtuvo sólo el placer de la venganza por su sangrienta tarea, pues apenas asumió el título de Augusto fue sacrificado por Zenobia a la memoria de su esposo.[946]

Con la asistencia de sus más leales amigos, Zenobia ascendió al trono vacante y gobernó varonilmente Palmira, Siria y el Oriente durante más de cinco años. Con la muerte de Odenato,

cesó la autoridad que personalmente le había concedido el Senado, pero la marcial viuda, menospreciando al Senado y a Galieno, obligó a uno de sus generales, que había sido enviado contra ella, a retirarse a Europa con la pérdida de su ejército y de su reputación.[947] En lugar de las pequeñas pasiones que tan frecuentemente confunden a un reinado femenino, la estable administración de Zenobia era guiada por los más juiciosos principios políticos; cuando era oportuno el perdón, ella embotaba su resentimiento, y al ser forzoso el castigo, hacía enmudecer a la voz de la compasión. Su estricta economía fue tachada de avaricia; sin embargo, cuando era apropiado se mostraba magnífica y dadivosa. Los vecinos Estados de Arabia, Armenia y Persia, temerosos de su enemistad, solicitaron su alianza, y a los dominios de Odenato, que se extendían desde el Éufrates hasta las fronteras de Bitinia, su viuda añadió la herencia de sus antepasados, el fértil y populoso reino de Egipto. El emperador Claudio reconoció su mérito, y aceptó que, mientras él proseguía la guerra contra los godos, ella afirmase la dignidad del Imperio en el Este.[948]

Sin embargo, la conducta de Zenobia mostraba cierta ambigüedad, y no se hace inverosímil que proyectara levantar una monarquía independiente y hostil. Unía a los modales llanos de los príncipes de Roma la grandiosa fastuosidad de las cortes asiáticas, y demandaba de sus súbditos la misma adoración que recibían los sucesores de Ciro. Dio educación latina a sus tres hijos,[949] y a menudo los mostraba a la tropa vistiendo la púrpura imperial. Se reservaba la diadema para sí misma, con el espléndido pero dudoso título de reina de Oriente.

Cuando Aureliano se dirigía a Asia contra un adversario cuyo sexo sólo podía convertirlo en objeto de menosprecio,

avasalló la provincia de Bitinia, ya sacudida por las armas y las intrigas de Zenobia.[950] Avanzando a la cabeza de sus legiones, aceptó la sumisión de Ancira y, tras un obstinado sitio, se apoderó de Tiana gracias a la ayuda de un traidor. Por su temperamento generoso, aunque violento, Aureliano dejó al traidor en manos de la soldadesca, pero una veneración supersticiosa lo indujo a tratar más suavemente a la patria del filósofo Apolonio.[951] Antioquía se despobló a su llegada, hasta que el emperador, con edictos benévolos, desengañó al vecindario y garantizó el perdón para todos los que, más por necesidad que por elección, se habían comprometido en el servicio de la reina palmireña. Con conducta tan generosa se granjeó los ánimos de los sirios, y el afán del pueblo allanó el rumbo a sus aterradoras armas hacia las mismas puertas de Emesa.[952]

Difícilmente Zenobia habría merecido su reputación si con indolencia hubiese permitido que el emperador de Occidente se acercara a menos de cien millas [160,9 km] de su capital. La suerte de Oriente se decidió en dos batallas, tan parecidas entre sí en todos su pormenores que apenas acertamos a deslindarlas, y sólo advertimos la diferencia de que una fue junto a Antioquía[953] y la otra, cerca de Emesa.[954] En ambas, la reina de Palmira animó a las tropas con su presencia y encargó la ejecución de sus órdenes a Zabdas, que ya había sobresalido con su inteligencia militar en la conquista de Egipto. Las numerosas fuerzas de Zenobia consistían principalmente en arqueros expeditos y en caballería pesada, completamente resguardada en acero, y arrolló a los caballos moriscos e ilíricos de Aureliano, quienes, huyendo en desconcierto real o aparente, obligaron a los palmireños a una trabajosa persecución, los acosaron con indiscriminado combate y por fin desbarataron aquel cuerpo

impenetrable, pero torpe, de caballería. Entretanto, la infantería ligera había terminado el repuesto de sus aljabas y se hallaba indefensa para la lid personal, por lo que ofrecía sus costados descubiertos a las legiones escogidas por Aureliano entre los veteranos apostados sobre el alto Danubio, cuya valentía había sobresalido en la guerra contra los alamanes.[955]

Tras la derrota de Emesa, Zenobia quedó imposibilitada de formar otro ejército, pues hasta la frontera de Egipto las naciones sometidas a su dominio acababan de seguir el estandarte del vencedor, quien eligió a Probo, el más valiente de sus generales, para posesionarse de las provincias egipcias. A la viuda de Odenato le quedaba Palmira como único recurso y, ceñida a los muros de su capital, se aprestó para una resistencia poderosa. Con la intrepidez de una heroína declaró que el último momento de su reinado también sería el postrero de su vida.

En los desolados desiertos de Arabia asoman, como pequeñas islas en medio de un piélago arenoso, algunos solares cultivados. Incluso los nombres de Tadmor o Palmira, por su significado siríaco y latino, denotaban el sinfín de palmeras que daban sombra y verdor a aquella región apacible. El aire era puro y el suelo, regado por invaluables manantiales, podía producir frutas y granos. Paraje dotado de tantas ventajas, y situado a distancia oportuna entre el golfo Pérsico y el Mediterráneo,[956] pronto fue frecuentado por las caravanas que llevaban a las naciones de Europa una gran parte de las preciosidades de la India. Palmira gradualmente se convirtió en una ciudad opulenta e independiente, y, enlazando las monarquías pártica y romana por los mutuos beneficios del comercio, observó una humilde neutralidad, hasta que finalmente, con las victorias de Trajano, pasó a depender de

Roma y durante más de un siglo y medio floreció con el rango subordinado, aunque honorable, de colonia. Durante este pacífico período, según se puede rastrear en algunas inscripciones todavía existentes, los ricos palmireños construyeron templos, palacios y pórticos de arquitectura griega, cuyas ruinas, dispersas en una extensión de varias millas, han merecido la curiosidad de nuestros viajeros. El encumbramiento de Odenato y Zenobia dio un nuevo esplendor a su país, y durante algún tiempo Palmira fue rival de Roma; pero esa competencia fue fatal para ella, y siglos de prosperidad fueron sacrificados a un momento de esplendor.[957]

En su marcha por el arenoso desierto entre Emesa y Palmira, los árabes acosaban incesantemente al emperador Aureliano, quien no siempre podía resguardar su ejército y, especialmente, su equipaje de esas gavillas de porfiados y atrevidos salteadores que acechaban el trance de la sorpresa y lograban eludir la lenta persecución de las legiones. El sitio de Palmira fue un objetivo mucho más arduo e importante, y el emperador, que con tesón incesante empujaba personalmente los avances, fue herido de un flechazo. «El pueblo romano —dice Aureliano en una carta auténtica— habla con menosprecio de la guerra que entablo contra una mujer, ignorando el temperamento y el poderío de Zenobia. Indescriptibles son sus municiones de piedras, flechas y todo género de armas arrojadizas. En todos los puntos de las murallas hay dos o tres *balistas*, y sus máquinas disparan fuegos artificiales. El miedo al castigo ha armado a Zenobia con desesperado coraje. Sin embargo, confío en los dioses protectores de Roma, que hasta ahora siempre han favorecido mis empresas.»[958] Receloso, empero, de la protección de los dioses y del destino del sitio, Aureliano consideró más cuerdo ofrecer una ventajosa capitulación: a la reina, una espléndida

retirada, y a los ciudadanos, sus antiguos privilegios. Rechazaron tenazmente su propuesta, y ese rechazo fue acompañado por insultos.

La firmeza de Zenobia se basaba en la esperanza de que el hambre pronto obligaría al ejército a volver a cruzar el desierto y en la razonable expectativa de que los reyes de Oriente, y en particular el monarca persa, se armarían en defensa de su más natural aliada. Pero la fortuna y la perseverancia de Aureliano vencieron todos los obstáculos. La muerte de Sapor, sobrevenida a la sazón, distrajo los concilios de Persia,[959] y los poco considerables socorros que intentaron aliviar a Palmira fueron fácilmente interceptados por las armas o por la generosidad del emperador. Desde todos los puntos de Siria iba llegando a salvo al campamento una sucesión regular de convoyes, que fue incrementada con el regreso de Probo y sus tropas victoriosas tras la conquista de Egipto. Zenobia entonces trató de huir, montó el más veloz de sus dromedarios[960] y logró llegar a la orilla del Éufrates, como a sesenta millas [96,5 km] de Palmira, pero la caballería ligera de Aureliano la alcanzó, la apresó y la obligó a postrarse a los pies del emperador. Su capital pronto se rindió, y fue tratada con inesperada benignidad. Armas, caballos y camellos, con un inmenso tesoro de oro, plata, seda y piedras preciosas, fueron entregados al vencedor, quien dejó sólo una guarnición de 600 arqueros, regresó a Emesa y dedicó algún tiempo al reparto de recompensas y castigos en el final de una guerra tan memorable que devolvió a Roma las provincias que habían abandonado su alianza desde el cautiverio de Valeriano.

Cuando la reina siríaca fue llevada ante él, Aureliano le preguntó hoscamente cómo había tenido el atrevimiento de enfrentar en armas a un emperador de Roma. La respuesta de Zenobia fue una prudente mezcla de respeto y firmeza: «Porque

desdeñé considerar emperadores romanos a un Aureolo y a un Galieno. Sólo a vos os reconozco como mi vencedor y soberano».[961] Sin embargo, la valentía femenina es siempre artificial y pocas veces firme o constante: el coraje la abandonó en el momento crítico, y Zenobia tembló al oír los airados gritos de los soldados que clamaban por que se la ajusticiase de inmediato. Entonces olvidó la generosa desesperación de Cleopatra, a quien tenía como modelo, y compró ignominiosamente su vida con el sacrificio de su reputación y de sus amigos. Les imputó a sus consejos, que habían abusado de la flaqueza de su sexo, la culpa de su obstinada resistencia, y dirigió a sus cabezas la venganza del cruel Aureliano. La fama de Longino, comprendido entre las muchas víctimas, acaso inocentes, del miedo de Zenobia, ha de sobrevivir al nombre de la reina que lo vendió y del tirano que derramó su sangre. Ni el numen ni la instrucción eran capaces de conmover a un guerrero iletrado y bravío, pero habían servido para elevar y armonizar el alma de Longino, quien, sin emitir una queja, fue sosegadamente tras el verdugo, con piedad por su desventurada soberana y consolando a sus afligidos compañeros.[962]

A su regreso de Oriente, Aureliano ya había cruzado los estrechos que separan a Europa de Asia cuando se encolerizó con la noticia de que los palmireños, muertos el gobernador y la guarnición que había dejado en la ciudad, estaban tremolando el pendón de su rebeldía. Sin pararse a recapacitar ni un punto, volvió el rostro hacia Siria. Antioquía se sobresaltó con tan repentina aproximación, mas la indefensa Palmira fue la ajusticiada por su incontrastable saña. Tenemos una carta del mismo Aureliano donde reconoce[963] que ancianos, mujeres, niños y labriegos fueron víctimas del pavoroso exterminio que debía limitarse a los rebeldes armados, y, aunque su mayor

empeño se refiere al restablecimiento de un templo del Sol, descubre cierta compasión para con los palmireños restantes, a quienes dio permiso para volver a poblar la ciudad. Pero es más fácil arruinar que restablecer, y el solar del comercio, de las artes y de Zenobia fue sucesivamente descendiendo al nivel de pueblecillo desconocido, fortaleza insignificante y aldea desdichada. La población actual de Palmira, reducida a treinta o cuarenta familias, ha ido levantando sus chozas de barro en el anchuroso patio de un magnífico templo.

Al infatigable Aureliano le aguardaba otra tarea: derrocar a un rebelde temible, aunque desconocido, que durante la rebelión de Palmira apareció en las orillas del Nilo. Firmo, amigo y aliado —como altamente se llamaba a sí mismo— de Odenato y Zenobia, era tan sólo un mercader adinerado de Egipto. En sus asuntos de comercio en la India se había enlazado estrechamente con los sarracenos y los blemios, cuya ubicación, en ambas costas del mar Rojo, les franqueaba la entrada por el alto Egipto. Acaloró a los egipcios con la esperanza de la libertad y, acaudillando a su desaforada muchedumbre, se arrojó a la ciudad de Alejandría, donde tomó la púrpura imperial, acuñó moneda, pregonó edictos y levantó una hueste que, según presumía, era capaz de mantener sólo con el producto de su comercio de especias. Aquella tropa constituía una endeble valla contra la llegada de Aureliano, y parece innecesario añadir que Firmo fue derrotado, preso, martirizado y muerto.[964] Aureliano pudo entonces congratularse con el Senado y el pueblo de que en poco más de tres años había restablecido la paz universal y el buen orden en todo el orbe romano.

Desde la fundación de Roma ningún general había merecido el triunfo más esclarecidamente que Aureliano, y

jamás hubo otro que se celebrase con mayor esplendor y magnificencia.[965] Abrían la solemnidad veinte elefantes, cuatro tigres reales y más de doscientos de los más raros animales del Norte, el Este y el Sur. Los seguían mil seiscientos gladiadores, sentenciados al bárbaro recreo del anfiteatro. Las preseas de Asia, las armas e insignias de tantas naciones vencidas y la magnificencia de la plata labrada y el equipaje de la reina siríaca iban colocados en esmerada simetría o en vistoso desconcierto. Los embajadores de puntos remotos y opuestos de la Tierra, de Etiopía, Arabia, Persia, Bactria, India y China, identificables por sus trajes extraños u opulentos, ostentaban la fama y el poder del emperador romano, que exponía a la mirada general los regalos recibidos, especialmente un sinnúmero de coronas de oro, ofrendas de ciudades agradecidas. Pregonaba las victorias de Aureliano aquel eslabonamiento de tantos cautivos que, a su pesar, acompañaban el triunfo: godos, vándalos, sármatas, alamanes, francos, galos, siríacos y egipcios. Cada pueblo se distinguía por una particular inscripción, y se concedió el título de amazonas a diez heroínas marciales de la nación goda que habían sido apresadas con las armas en la mano.[966] No obstante, desatendiendo al tropel de los cautivos, la vista de todos se clavó en el emperador Tétrico y en la reina de Oriente. El primero, a la par que su hijo, condecorado como Augusto, vistiendo gregüescos galos,[967] llevaba una túnica azafranada y un manto púrpura. La hermosa figura de Zenobia iba aprisionada con grillos de oro; un esclavo sostenía la cadena, también de oro, que le ceñía la garganta, y casi se desmayaba con el enorme peso de la joyería. Antecedía a pie a la espléndida carroza en la cual durante algún tiempo había tenido esperanzas de entrar por las puertas de Roma. La seguían otros dos carruajes, aún más lujosos, de Odenato y del monarca persa. En

aquella función tan memorable tiraban la carroza de Aureliano —que antes había sido usada por un rey godo— cuatro ciervos, o más bien elefantes,[968] y los prohombres del Senado, el pueblo y el ejército cerraban el solemne séquito. La gozosa muchedumbre vitoreaba con entrañable júbilo, asombro y agradecimiento, pero el regocijo del Senado se nubló con la aparición de Tétrico, y no pudieron evitar un murmullo creciente contra el altivo emperador, que exponía a la ignominia pública a un romano y un magistrado.[969]

Pero, aunque Aureliano gozase engreídamente el vilipendio de sus competidores, luego los trató con una generosa clemencia, poco frecuente entre los triunfadores antiguos. Una vez que el grandioso boato era encaramado al Capitolio, solían fenecer en la cárcel los príncipes que habían defendido sin éxito su trono o su libertad; y ahora unos usurpadores cuya alevosía quedaba evidenciada con su derrota lograron disfrutar vida holgada y sosiego decoroso. El emperador brindó a Zenobia una primorosa quinta en Tibur o Tívoli, a veinte millas [32,1 km] de la capital, y la reina siríaca insensiblemente se fue apeando a la clase de matrona romana, enlazó a sus hijas con familias ilustres y en el siglo V todavía asomaba su descendencia.[970] Tétrico y su hijo fueron restablecidos a sus anteriores jerarquía y fortuna; edificaron en el monte Celio un palacio suntuoso y, para estrenarlo, convidaron a Aureliano con una cena. Se asombró placenteramente al ver en la entrada un cuadro que retrataba su peregrina historia, tributando al emperador una corona cívica y el cetro de la Galia, y luego recibiendo de su diestra las insignias de senador. El padre después obtuvo el gobierno de Lucania,[971] y Aureliano, que pronto admitió al abdicado monarca en su llana intimidad, le preguntó amistosamente si no era más apetecible regir una provincia en

Italia que reinar más allá de los Alpes. Durante largo tiempo, el hijo siguió siendo un apreciable senador y no hubo en toda la nobleza individuo más estimado tanto por Aureliano como por sus sucesores.[972]

Fue tan larga y extraña la función triunfal de Aureliano, que, habiendo empezado al amanecer, la pausada majestad de su procesión no llegó al Capitolio hasta las tres de la tarde, y ya había anochecido cuando el emperador se recogió a su palacio. Los festejos continuaron con representaciones teatrales, juegos de circo, caza de fieras, luchas de gladiadores y combates navales. Se repartieron cuantiosos donativos al ejército y al pueblo, y varias instituciones, ya provechosas, contribuyeron para perpetuar la gloria de Aureliano. Una porción considerable del botín de Oriente fue consagrada a los númenes de Roma; tanto el Capitolio como los demás templos centelleaban con las ofrendas de su ostentosa religiosidad, y fueron destinadas más de quince mil libras de oro sólo al santuario del Sol.[973] Éste era una mole grandiosa ubicada en la falda del monte Quirinal y dedicada por Aureliano, tras su triunfo, a la deidad que adoraba como el padre de su vida y su prosperidad. Su madre había sido sacerdotisa inferior en un pequeño templo del Sol, y él tuvo, desde su niñez, una devoción entrañable al dios de la luz; así es que a cada paso de su elevación y a cada victoria de su reinado la superstición se fortalecía con el agradecimiento.[974]

Las armas de Aureliano habían vencido a los enemigos internos y externos de la República, y consta que, en virtud de su afán justiciero, los delitos y las facciones, perniciosos efectos de un gobierno endeble y opresivo, desaparecieron del orbe romano.[975] Pero si tenemos en cuenta que es mucho más ejecutivo el progreso de la corrupción que su cura, y si recordamos que el número de años de desenfreno excedió al de

los meses del brioso reinado de Aureliano, tendremos que confesar que las cortas temporadas intermedias de paz fueron insuficientes para la tan ardua empresa de la reforma. Hasta su intento de restablecer la integridad de la moneda provocó una formidable insurrección. La pesadumbre del emperador está de manifiesto en una de sus cartas particulares: «Guerra perpetua —dice— decretaron positivamente los dioses contra mi cuidada vida. Una asonada aquí, en el recinto, se ha convertido en guerra civil. Los operarios de la moneda, incitados por Felicissimus, esclavo a quien confié un empleo en la hacienda, encabezan la rebelión. Queda todo aplacado, mas han fenecido en la demanda siete mil de mis soldados, de aquella tropa que suele guarnecer la Dacia y apostarse en el Danubio».[976] Otros autores que corroboraron el hecho añaden que sobrevino poco después del triunfo de Aureliano, y que la batalla decisiva tuvo lugar en el monte Celio; que los operarios habían adulterado la moneda, y que el emperador logró restablecer el crédito público expendiendo piezas cabales a cambio de las viciadas, a las cuales el pueblo, por orden de aquél, tuvo que llevar al erario.[977]

Nos limitamos a referir este caso extraño, pero no podemos menos que manifestar cuán impropio e increíble se nos hace su conjunto. El menoscabo de la moneda es de suponer en el régimen de un Galieno, y no es inverosímil que los defraudadores se mostrasen mal hallados con la inflexible justicia de Aureliano. Pero la culpa, así como la ganancia, se había de limitar a unos pocos, y no se alcanza a comprender con qué ardides podían armar a un pueblo agraviado contra un monarca a quien estaban estafando. Era natural que a tales malvados les cupiese el odio público, a la par que a los delatores y a los demás interventores de las tropelías, y que la reforma de la moneda fuese un acto tan popular como la destrucción de

aquellas cuentas obsoletas que por orden del emperador fueron quemadas en el foro de Trajano.[978] En siglos que desconocían los principios del comercio, tal vez había que lograr los fines más apreciables por medios torpes y violentos, pero un quebranto temporal de aquella índole mal podía comenzar y sostener una guerra civil de alguna monta. La repetición de impuestos intolerables, ya sobre la tierra o sobre elementos necesarios para la vida, puede al fin provocar a quien no gusta, o no puede, abandonar su país, mas varía mucho el caso en cada operación que, cualquiera que sea el método, restablece la moneda, pues el daño transitorio queda luego borrado con el provecho permanente, repartiéndose el quebranto entre la muchedumbre, y si pocos individuos adinerados padecen algún quebranto en su haber, también disminuye su importancia, que derivaba de sus posesiones. Aunque Aureliano procurase disfrazar la verdadera causa del alboroto, su reforma de la moneda tan sólo podía suministrar un débil pretexto a un partido ya poderoso y exasperado. Roma, aunque privada de libertad, ardía en facciones. El pueblo, a quien el emperador, como plebeyo, profesaba sumo apego, vivía en constante desacuerdo con el Senado, el orden ecuestre y la guardia pretoriana.[979] Nada menos que una conspiración pujante, aunque reservada, de aquellos cuerpos, con la autoridad del primero, los caudales del segundo y las armas del tercero, podía presentar una fuerza capaz de batallar con las legiones veteranas del Danubio, que, acaudilladas por un guerrero, habían logrado la conquista de Occidente y Oriente.

Prescindiendo de las causas de aquella rebeldía, atribuida con tan poca probabilidad a los operarios de la moneda, Aureliano abusó violentamente de su victoria.[980] Además de ser tosco de suyo, como labriego y soldado, sus entrañas se

condolían poquísimo de la tortura y la muerte. Ejercitado desde su temprana juventud en las armas, tenía poco aprecio por la vida de un ciudadano, castigaba un mero desliz con rigor ejecutivo y trasladaba la estricta disciplina de los campamentos a la aplicación civil de las leyes. Su amor por la justicia a menudo se tornaba una pasión ciega y furiosa, y, si veía algún riesgo para su persona o para la república, no contemplaba las reglas de la evidencia ni la proporción de los castigos. La rebelión no provocada con que los romanos recompensaron sus servicios exasperó su espíritu altanero, y la culpa o la sospecha de aquella conspiración recayó sobre las familias más nobles de la capital. Una cruel sed de venganza apuró la sangrienta persecución, y fue fatal para uno de los sobrinos del emperador. Los verdugos se cansaron —usando la expresión de un poeta contemporáneo —, las cárceles fueron pobladas y el infeliz Senado tuvo que llorar la ausencia o la muerte de sus miembros más ilustres.[981] El orgullo de Aureliano no era para ellos menos ofensivo que su crueldad, pues, desconociendo u hollando las restricciones de toda institución civil, blandía su espada, gobernando por derecho de conquista un imperio al que había salvado y sojuzgado.[982]

Uno de los más perspicaces príncipes romanos advirtió que el desempeño de su antecesor Aureliano, propio para el mando de un ejército, no era apropiado para el régimen de un imperio.[983] Consciente del personaje que la naturaleza y la experiencia habían capacitado para sobresalir, salió a campaña pocos meses después de su triunfo. Era muy útil el ejercitar el incansable temperamento de las legiones en alguna guerra lejana, y el monarca persa, engreído con el oprobio de Valeriano, aún desafiaba impunemente a la agraviada majestad de Roma. Capitaneando un ejército menos terrible por su número que por

su denuedo y su disciplina, el emperador avanzó hasta los estrechos que separan a Europa de Asia. Allí pronto experimentó que la potestad más encumbrada es una débil defensa de la desesperación. Había amenazado a uno de sus secretarios que había sido acusado de extorsión, y era sabido que muy pocas veces amenazaba en vano. El único recurso que quedaba para el criminal era involucrar a algunos de los principales oficiales del ejército en su peligro, o al menos en su temor. Remedando mañosamente la letra del soberano, les fue mostrando en dilatada y sangrienta lista sus nombres, señalados para la muerte. Ajenos de maliciar el engaño, acordaron resguardar sus vidas sacrificando al emperador y marchando de Bizancio a Heraclea. Aureliano, asaltado de improviso por los conjurados cuyos destinos requerían su presencia junto al emperador, tras alguna resistencia terminó en manos de Mucapor, un general de su privanza. Murió llorado por la tropa, detestado por el Senado, pero universalmente reconocido como príncipe guerrero y venturoso, eficaz aunque severo reformador de un Estado degradado.[984]

XII

CONDUCTA DEL EJÉRCITO Y DEL SENADO TRAS LA MUERTE DE AURELIANO - REINADOS DE TÁCITO, PROBO, CARO Y SUS HIJOS

Tal era la desventura de los emperadores que, cualesquiera que fuesen sus procedimientos, su destino fue, por lo común, el mismo. Una vida de liviandad o de virtud, de severidad o de ligereza, de indolencia o de gloria, llevaban igualmente a una prematura tumba, y casi todos los reinados se cierran con la repetición desabrida de traición y asesinato. La muerte de Aureliano, sin embargo, es singular por sus extraordinarias consecuencias, pues las legiones vitorearon, encarecieron y vengaron a su caudillo victorioso. El ardid del alevoso secretario fue descubierto y castigado. Los conspiradores, ya desengañados, lloraron en los funerales de su malhadado soberano con sincera o bien fingida pesadumbre, y acataron la disposición unánime de la clase militar, que se expresó en la carta siguiente: «Los valerosos y prósperos ejércitos al Senado y Pueblo Romanos: El delito de uno y el yerro de muchos nos han privado del difunto emperador Aureliano. Servíos, respetables señores y padres, endiosarlo, y nombrar un sucesor que vuestro tino contemple acreedor a la púrpura imperial. Ninguno de cuantos por su culpa o desventura han intervenido en nuestro quebranto reinará jamás sobre nosotros».[985] Los senadores oyeron, sin sorprenderse, que otro emperador yacía asesinado en su campamento; secretamente se regocijaban con la caída de

Aureliano, pero cuando la atenta y modesta misiva de las legiones fue leída en junta plena por el cónsul, difundió el más placentero asombro. Derramaron entonces sobre el difunto emperador cuantos honores puede arrancar el temor o quizás el aprecio. Devolvieron cuantos agasajos pueden caber en el agradecimiento a los leales ejércitos de la República que abrigaban un concepto tan atinado de la autoridad legal del Senado para el nombramiento del emperador. Pero en medio de esta lisonjera atención, los más sensatos se desentendieron de exponer sus personas y su decoro a los antojos de una muchedumbre armada. La pujanza de las legiones era, por cierto, garantía de su sinceridad, pues quienes comandan no suelen tener que disimular; pero ¿podía esperarse fundadamente que un arrepentimiento apresurado corrigiera los consolidados resabios de ochenta años? Si la soldadesca se arrojase de nuevo con sus habituales sediciones, sus desacatos deshonrarían la majestad del Senado y serían fatales para el recién elegido. Estas razones motivaron un decreto por el cual el nombramiento del nuevo emperador se ponía en manos de la clase militar.

La contienda que sobrevino es uno de los acontecimientos más comprobados y menos creíbles de toda la historia.[986] Las tropas, como saciadas con el ejercicio del poder, instaron de nuevo al Senado para que revistiese a alguno de su cuerpo con la púrpura imperial. El Senado persistió en su resistencia y el ejército en su requerimiento. La oferta recíproca fue exigida y rechazada al menos tres veces, y mientras la porfiada modestia de ambas partes se mostraba resuelta a recibir un amo de la otra, transcurrieron ocho meses: un asombroso período de tranquila anarquía, durante el cual el mundo romano permaneció sin soberano, sin usurpador y sin sedición. Los generales y magistrados elegidos por Aureliano continuaban con sus

funciones ordinarias, y sólo se señala un procónsul en Asia que fue el único personaje removido de su empleo en todo el espacio del interregno.

Se cuenta un acontecimiento igual, pero mucho menos auténtico, tras la muerte de Rómulo, que en su vida y su carácter mostraba alguna semejanza con Aureliano. El trono quedó vacante por un año, hasta el nombramiento de un filósofo sabino, y se conservó también la paz en el Estado por la concordia de las varias clases que lo componían. Pero en tiempo de Rómulo y Numa, la autoridad de los patricios controlaba las armas del pueblo, y en un vecindario pequeño y virtuoso el equilibrio de la libertad podía mantenerse fácilmente.[987] La decadencia del Estado romano, tan diferente de su cuna, adolecía de cuantos achaques podían imposibilitar en un interregno la armonía y la obediencia: su capital inmensa y desmandada, la gran extensión del Imperio, el destemple feroz del despotismo, un ejército de cuatrocientos mil mercenarios y la experiencia de frecuentes revoluciones. Aun así, en medio de todas estas tentaciones, la disciplina y la memoria de Aureliano seguían refrenando tanto el carácter sedicioso de la tropa como la funesta ambición de sus caudillos. Lo más selecto de las legiones se mantuvo en su apostadero del Bósforo, y el estandarte imperial imponía respeto aun en los campamentos menos poderosos de Roma y las provincias. Un entusiasmo generoso, aunque pasajero, animaba a la clase militar, y se puede suponer que algunos patriotas verdaderos alentaban la renovada amistad entre el ejército y el Senado como el único modo de restaurar la antigua fuerza y señorío de la República.

El 25 de septiembre, como a los ocho meses de la muerte de Aureliano, el cónsul convocó al Senado y le informó de la situación inestable y peligrosa del Imperio. Insinuó que la

lealtad voluble de la soldadesca dependía de circunstancias fortuitas, y expuso con elocuencia los diversos peligros que exigían no demorarse en el nombramiento de un emperador. Consta, dijo, que los germanos han traspuesto el Rin, y tomado una de las ciudades más ricas y populosas de la Galia. La ambición del rey de Persia mantenía a Oriente en una alarma constante; Egipto, África e Iliria estaban expuestos a las armas propias y extrañas, y la liviandad siríaca iba a anteponer un cetro femenino a las sacrosantas leyes de Roma. Entonces, dirigiéndose a Tácito,[988] el primer senador, requirió su opinión en el importante tema de proponer un candidato para el trono vacante.

Anteponiendo los merecimientos a toda preeminencia casual, el nacimiento de Tácito puede estimarse como más verdaderamente noble que el de los monarcas mismos, pues descendía del historiador y filósofo cuyos escritos seguirán instruyendo hasta las últimas generaciones de la humanidad.[989] El senador Tácito tenía setenta y cinco años,[990] y realzó el largo plazo de su inocente vida con honores y opulencia. Fue investido en dos ocasiones con las insignias consulares,[991] y disfrutó con elegancia y sobriedad su rico patrimonio de dos o tres millones de libras.[992] La experiencia de tantos príncipes como había apreciado o soportado, desde los rematados devaneos de Heliogábalo hasta la entereza provechosa de Aureliano, le había enseñado a justipreciar los deberes, peligros y tentaciones de aquel encumbrado puesto; y, con el estudio asiduo de su inmortal ancestro, estaba ya en conocimiento de la constitución de Roma y de la naturaleza humana.[993] Ya la voz del pueblo había vitoreado a Tácito como el más digno al Imperio; pero cuando este eco desapacible llegó a sus oídos, buscó el retiro de una de sus quintas en Campania. Después de

dos meses en la agradable privacidad de Baya, tuvo que obedecer a su pesar la intimación del cónsul para acudir a su asiento en el Senado y auxiliar a la República con sus consejos en un trance tan arduo.

Cuando se levantó para hablar, fue aclamado desde todos los puntos del salón con los títulos de Augusto y emperador: «Tácito Augusto, guárdente los dioses, pues te elegimos por nuestro soberano, y ponemos en tu diestra la República y el mundo entero. Acepta el Imperio de manos del Senado; acéptalo como debido a tu jerarquía, a tus costumbres y a tu comportamiento». Una vez acalladas las voces, Tácito intentó evadirse de tan arriesgado honor expresando su asombro porque acudiesen a tanta y tan achacosa edad en busca de un sucesor para la guerrera pujanza de Aureliano. «¿Acompaña acaso a estos miembros, padres conscritos, gallardía para manejarse con el peso de las armas y ejecutar los ejercicios de un campamento? La variedad de climas, con las penalidades de la vida militar, pronto quebrantarían una complexión endeble que tan sólo se sostiene con la asistencia más esmerada. Mi menguado brío apenas me permite desempeñar el cargo de senador; ¿cómo ha de afrontar las arduas tareas de la guerra y del gobierno? ¿Os cabe esperanza de que las legiones acatarán a un quebrantado anciano, cuya vida se ha consumido en la paz y el retiro? ¿Deseáis que algún día tenga yo motivos para echar de menos aquel concepto favorable que os merecí de compañero?»[994]

La renuencia de Tácito, tal vez sincera, quedó desatendida por la afectuosa obstinación del Senado. Quinientas voces repitieron a coro, en confusa elocuencia, que los príncipes descollantes en Roma, Numa, Trajano, Adriano y los Antoninos, habían ascendido al trono en la temporada postrera de sus vidas; que el entendimiento y no el cuerpo, un soberano y

no un soldado, era el escogido, y nada esperaban de su desempeño más que servir de norte con su sabiduría a la valentía de las legiones. El razonamiento entonado de Mecio Falconio, el inmediato al mismo Tácito en el escaño consular, secundó estos insistentes aunque desordenados argumentos. Recordó a la junta los estragos de tanto joven vicioso, antojadizo y desenfrenado como había padecido Roma; aclamó la elección de un senador virtuoso y maduro, y, con varonil y quizá vanaglorioso desahogo, amonestó a Tácito para que recapacitase sobre los motivos de su ascenso, y que buscase un sucesor, no en su propia familia, sino en la República. Todos vitorearon y corroboraron el discurso de Falconio, y el emperador nombrado se sometió al requerimiento de su patria, y recibió en seguida el voluntario homenaje de sus iguales. El acuerdo del Senado se confirmó con el pleno consentimiento del pueblo romano y de la guardia pretoriana.[995]

El régimen de Tácito correspondió a su vida y principios. Como servidor agradecido del Senado, miraba a aquel supremo consejo nacional como el autor y a sí mismo como el objeto de las leyes.[996] Se esmeró en ir curando las llagas que la altanería imperial, la discordia civil y el desenfreno militar habían causado en la constitución, y en restablecer al menos una imagen de la antigua República, como había sido preservada por la política de Augusto y las virtudes de Trajano y los Antoninos. No será fuera del caso apuntar una reseña de las principales prerrogativas que parece haber recobrado el Senado con el nombramiento de Tácito:[997] 1.º Investir a uno de su cuerpo bajo el título de emperador, con el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias fronterizas. 2.º Determinar la lista, o como se decía entonces, el Colegio de los Cónsules. Eran doce, que de a pares y cada dos meses completaban el año,

representando la dignidad de aquel antiguo cargo. La autoridad del Senado en el nombramiento de cónsules se ejerció con tal independencia que se desentendió de la recomendación indebida del emperador a favor de su hermano Floriano: «El Senado», exclamó Tácito con el auténtico arrebato de un patriota, «conoce la índole del príncipe que ha nombrado». 3.º Señalar a los procónsules y presidentes de las provincias, y autorizar a todos los magistrados para su jurisdicción civil. 4.º Admitir apelaciones, por intermedio del prefecto de la ciudad, de todos los tribunales del Imperio. 5.º Revalidar y cumplimentar con sus decretos cuantos edictos del emperador mereciesen su aprobación. 6.º A todos estos ramos hay que añadir cierta inspección de las finanzas, puesto que, aun en el severo reinado de Aureliano, estaba facultado para desviar parte de los caudales del servicio público.[998]

Se enviaron sin demora avisos a todas las ciudades principales del Imperio —Tréveris, Milán, Aquileia, Tesalónica, Corinto, Atenas, Antioquía, Alejandría y Cartago— para requerirles obediencia, y participarles la revolución venturosa que había devuelto al Senado romano su antiguo señorío. Nos quedan todavía dos de aquellas misivas, como también dos fragmentos curiosos de la correspondencia privada de los senadores por aquel motivo. Todo se vuelve en ellos júbilo y esperanzas. «Fuera desidia», así se expresa un senador con su amigo, «emerge del retiro de ese Baya y de ese Puteoli. Devolveos a la ciudad y al Senado. Roma florece, la República entera florece. Gracias al ejército romano, a un ejército verdaderamente romano, hemos recobrado al fin nuestra autoridad debida, el blanco de todos nuestros anhelos. Acuden a nosotros con apelaciones, nombramos procónsules, creamos emperadores, y quizá lograremos refrenarlos… para el

entendido, media palabra basta».[999] Sin embargo, esta grandiosa expectativa se frustró; y tampoco era posible que los ejércitos y las provincias siguieran largo tiempo obedeciendo a los afeminados nobles de Roma. El alcázar endeble de su engreimiento y poderío se derrumbó de un soplo. El Senado moribundo ostentó un esplendor repentino, mas la engañosa llamarada se apagó luego para siempre.

Cuanto pasaba en Roma era una farsa mientras no lo ratificase el sólido poder de las legiones (año 276). Dejando que los senadores gozasen en su ambiciosa y soñada libertad, Tácito se encaminó al campamento de Tracia, donde el prefecto del pretorio lo presentó a las tropas reunidas como el príncipe que ellas mismas habían pedido, y que les concedía el Senado. Cuando el prefecto hizo silencio, el emperador se dirigió a los soldados con apropiada elocuencia. Cebó su codicia con un reparto cuantioso de tesoro, nombrándolo paga y donativo. Se ganó su aprecio manifestándoles que si bien su edad le imposibilitaba las proezas militares, sus consejos nunca serían indignos de un general romano, sucesor del valeroso Aureliano.[1000]

Cuando el emperador difunto se estaba preparando para su segunda expedición al Oriente, había negociado con los alanos, un pueblo escita que tenía sus aduares en las cercanías del lago Meotis. Seducidos con presentes y subsidios, prometieron invadir Persia con un cuerpo crecido de caballería ligera. Cumplieron lo pactado, pero cuando llegaron a la frontera romana Aureliano había muerto, el proyecto de la guerra de Persia fue por lo menos suspendido, y los generales, que en el interregno estuvieron ejerciendo una ambigua autoridad, se hallaban desprevenidos para recibirlos o rechazarlos. Airados con aquella novedad, que juzgaron infundada y alevosa, los bárbaros acudieron a su propio valor para tomar pago y venganza; y

moviéndose con la velocidad habitual de los tártaros, se desplegaron rápidamente por las provincias del Ponto, Capadocia, Cilicia y Galacia. Las legiones, que desde la orilla opuesta del Bósforo casi podían ver la llamarada general, urgieron ansiosamente a su caudillo para que las condujese a contrarrestarlos. Tácito se manejó como correspondía a su edad y jerarquía, pues, demostrando a los alanos la buena fe y el poderío del Imperio, los apaciguó con la puntual observancia de los compromisos contraídos por Aureliano, y muchos dejaron su botín y sus cautivos y se retiraron sosegadamente a sus desiertos más allá del Fasis. El emperador guerreó en persona y exitosamente contra los que rechazaron la paz. Secundado por un ejército de valerosos y experimentados veteranos, en pocas semanas liberó a las provincias de Asia del terror de la invasión escita.[1001]

Pero la gloria y la vida de Tácito fueron breves, pues, trasladado en el rigor del invierno de su tranquilo albergue en Campania a las faldas del Cáucaso, se doblegó a la desacostumbrada crudeza de la vida militar. Los pesares de su ánimo agravaron el quebranto corporal, pues la fiereza y el egoísmo de la soldadesca, que habían amainado algún tiempo por el entusiasmo de las virtudes públicas, recrudecieron pronto con mayor violencia y estallaron en el campamento y aun en la tienda del anciano emperador. Su índole apacible y amable sólo sirvió para inspirar desprecio, y era constantemente atormentado por facciones que no podía aplacar y por demandas que no estaba en sus manos satisfacer. Por más que Tácito tuviera esperanzas de contener los desórdenes públicos, pronto quedó convencido de que la voluntariedad de la tropa desdeñaba las endebles restricciones de las leyes, y el malogro y la congoja anticiparon su última hora. Es dudoso que los

soldados manchasen sus manos con la sangre de este príncipe inocente,[1002] pero es innegable que su desenfreno le causó la muerte. Expiró en Tiana de Capadocia (año 276, abril 12) tras un breve reinado de seis meses y cerca de veinte días.[1003]

No bien Tácito cerró los ojos, su hermano Floriano se mostró indigno para reinar con su atropellada usurpación de la púrpura, sin esperar la aprobación del Senado. El miramiento a la constitución de Roma, que siempre tenía cabida en el campamento y en las provincias, era lo bastante eficaz como para censurar, pero no como para oponerse a las ambiciones precipitadas de Floriano. El descontento se hubiera evaporado en un vano susurro si el general del Oriente, el heroico Probo, no se hubiera declarado vengador del Senado. La contienda, sin embargo, era desigual, pues, acaudillando a las tropas afeminadas de Egipto y Siria, ni el mejor guerrero podía enfrentar confiadamente a las legiones de Europa, cuya fuerza irresistible parecía respaldar la causa del hermano de Tácito. Pero la suerte y la diligencia de Probo triunfaron sobre todos los obstáculos. Los curtidos veteranos de su competidor, habituados a los climas fríos, se enfermaban y se consumían en el sofocante calor de Cilicia, donde el verano solía ser muy pernicioso; y, menguadas las fuerzas con la deserción continua, los pasos de las montañas quedaban indefensos. Tarso abrió sus puertas, y los soldados de Floriano, después de permitirle disfrutar del título imperial durante tres meses, liberaron al Imperio de la guerra civil con el simple sacrificio de un príncipe al que despreciaban.[1004]

Las constantes revoluciones del trono habían borrado a tal punto toda aprensión sobre el derecho hereditario, que la familia de un príncipe desventurado jamás excitaba los celos de los sucesores. Los hijos de Tácito y Floriano descendieron a su esfera privada y se mezclaron con la muchedumbre, escudados

además tras su pobreza inocente. Cuando Tácito fue elegido por el Senado, cedió su amplio patrimonio al Estado,[1005] rasgo que aparenta una gran generosidad, pero que está a las claras manifestando su ánimo de arraigar el Imperio en sus descendientes. El único consuelo de éstos para la pérdida de su rango era el recuerdo de su encumbramiento pasajero y la remota esperanza, parto de una profecía lisonjera, de que en el plazo de 1000 años, descollaría un monarca de la alcurnia de Tácito, protector del Senado, restaurador de Roma y conquistador del orbe entero.[1006]

Los labriegos ilirios, que ya le habían dado al decaído Imperio a Claudio y a Aureliano, pudieron igualmente blasonar del ascenso de Probo.[1007] El emperador Valeriano, más de veinte años antes, ya había descubierto con su acostumbrada perspicacia el mérito bisoño del soldado muy joven, que ascendió a tribuno mucho antes de la edad prescrita por el reglamento militar. El tribuno justificó la elección con su victoria frente a un cuerpo crecido de sármatas, en la que salvó la vida a un deudo de Valeriano, y mereció de su mano el agasajo de collares, brazaletes, picas, banderolas, coronas cívicas y murales, con todos los galardones honoríficos tributados por la antigua Roma a sus valientes vencedores. Se le confió el mando de la tercera y después de la décima legión, y en cada etapa de su promoción se mostraba superior al lugar que ocupaba. África y el Ponto, el Rin, el Danubio, el Éufrates y el Nilo fueron ofreciendo sucesivamente las mejores oportunidades para mostrar su destreza personal y su conducta en la guerra. Aureliano le debió la conquista de Egipto, y todavía le era más deudor por la entereza decorosa con que solía refrenar las crueldades de su amo. Tácito, deseoso de suplir con el desempeño de sus generales su propia insuficiencia militar, lo

nombró comandante en jefe de todas las provincias orientales, con el quíntuplo del salario habitual, la promesa del consulado y la esperanza del triunfo. Probo tenía cuarenta y cuatro años cuando ascendió al trono imperial,[1008] poseyendo el cariño del ejército, la fuerza del cuerpo y la madurez del entendimiento.

Su mérito esclarecido y el éxito de sus armas contra Floriano lo dejaron sin enemigo ni competidor, pero si nos atenemos a sus propias protestas, muy lejos de apetecer el Imperio, lo aceptó con repugnancia. «No está ya en mi mano», dice en una carta amistosa, «rechazar un título tan arriesgado y apetecido, y tengo que seguir desempeñando el papel que me ha encargado la tropa».[1009] Su atenta carta al Senado rebosaba de sentimientos, o al menos de expresiones de un patricio romano. «Cuando entresacasteis uno de vuestra clase, padres conscritos, para suceder al emperador Aureliano, procedisteis sabia y justicieramente, pues sois legalmente los soberanos del orbe, y la potestad heredada de vuestros mayores ha de llegar a vuestra posteridad. ¡Cuán venturoso no fuera que Floriano, en vez de usurpar la púrpura de su hermano como herencia privada, esperara lo que dispusiera vuestra majestad, ora a favor suyo, ora de otro individuo! Los soldados han venido a castigar justicieramente su temeridad. Me han ofrecido el título de Augusto, pero rindo mis merecimientos y pretensiones a vuestra clemencia»[1010] (año 276, agosto 5). Cuando el cónsul leyó esta respetuosa carta, los senadores no pudieron hacer menos que manifestar su satisfacción al ver que Probo condescendía tan humildemente a pretender o solicitar lo que ya poseía, y encarecieron con agradecimiento sus virtudes, sus hazañas y, ante todo, su moderación. Inmediata y unánimemente se ratificó el nombramiento de las huestes orientales, se lo realzó con todos los ramos del señorío imperial, los nombres de César

y Augusto, el título de Padre de la Patria, el derecho a hacer en un mismo día tres propuestas al Senado,[1011] la dignidad de Pontífice Máximo, la potestad tribunicia y el mando proconsular, una clase de investidura que, aunque parecía multiplicar la autoridad del emperador, expresaba la antigua constitución de la República. El reinado de Probo correspondió a tan esplendoroso principio, pues era el Senado quien tenía a su cargo la administración civil del Imperio, y su fiel general volvió por el honor de las armas romanas, y fue poniendo a sus plantas coronas de oro y tropas de bárbaros, fruto de sus numerosas victorias.[1012] Pero, mientras los halagaba en su vanagloria, no podía menos que despreciar interiormente su indolencia y flaqueza, pues, aunque tenían en su mano a toda hora la revocación del afrentoso edicto de Galieno, los engreídos sucesores de los Escipiones aceptaron con paciencia su exclusión de todo empleo militar. Pronto comprobaron que quienes rechazan la espada tienen también que renunciar al cetro.

Las fuerzas de Aureliano habían ido aniquilando a los enemigos de Roma, pero tras su fallecimiento crecieron en número y en saña. Quedaron vencidos nuevamente por la pujanza de Probo, quien, en el breve reinado de seis años,[1013] igualó en nombradía a los héroes antiguos, y restableció la paz y el orden en todas las provincias del orbe romano. Afianzó tan firmemente la peligrosa frontera de Recia, que la dejó sin el menor asomo de enemigos. Debilitó el poderío de los aduares sármatas, quienes huyeron despavoridos de su antiguo suelo. La nación goda buscó aliarse con un emperador tan belicoso.[1014] Atacó a los isaurios en sus serranías, tomó varias de sus fortalezas[1015] y se vanagloriaba de haber exterminado para siempre a un enemigo doméstico cuya independencia estaba lastimando la majestad del Imperio. Los conflictos provocados

por el usurpador Firmo en Egipto nunca se aplacaron completamente, y las ciudades de Ptolemais y Coptos, al resguardo de su alianza con los blemios, seguían fomentando aquella rebelión arrinconada. El castigo de ambos pueblos y de sus auxiliares, los salvajes del mediodía, parece haber sobresaltado a la corte de Persia,[1016] cuyo gran rey aspiró en vano a la amistad de Probo. El valor personal y el desempeño del emperador lograron las hazañas que distinguen a su reinado, a tal punto que el escritor de su vida manifiesta su asombro de que en tan breve plazo un solo individuo pudiera acudir a tantas y tan remotas guerras. Las acciones menores las entregaba a sus tenientes, cuya atinada elección es una parte considerable de su gloria. Caro, Diocleciano, Maximiano, Constancio, Galerio, Asclepiodato, Anibaliano, y un sinnúmero de otros caudillos que luego ascendieron al trono o lo auxiliaron, se educaron en la austera escuela militar de Aureliano y Probo.[1017]

Pero el servicio más señalado que Probo tributó a la República fue la liberación de la Galia y el rescate de sesenta ciudades florecientes tiranizadas por los bárbaros de Germania, quienes, desde la muerte de Aureliano, habían estado acosando impunemente aquella gran provincia.[1018] Entre la muchedumbre de aquellos fieros invasores logramos distinguir, con alguna claridad, tres grandísimas huestes, o más bien naciones, vencidas sucesivamente por el valor de Probo. Ahuyentó a los francos a sus pantanos, una reveladora circunstancia, de la que podemos inferir que la confederación conocida bajo el nombre varonil de «libres» estaba ya aposentada en las bajas costas marítimas, atravesadas y a menudo invadidas por las estancadas aguas del Rin, y que varias tribus de frisios y bátavos se habían incorporado a su alianza. Venció a los borgoñones, un pueblo considerable de casta

vandálica que andaba errante, en busca de botines, desde las orillas del Oder hasta las del Sena. Se dieron por afortunados al comprar una retirada tranquila con la restitución de todos los despojos; y cuando intentaron desentenderse de ese pacto, su escarmiento fue inmediato y ejemplar.[1019] Pero los invasores más formidables de la Galia eran los ligios, un pueblo remoto que reinaba en un extenso dominio entre Polonia y Silesia.[1020] En la nación ligia, los arios eran los primeros en número y ferocidad. «Los arios», así los describe el brío de Tácito, «se empeñan en mejorar con artificios el pavor de su nativa fiereza. Negros sus escudos, tiznados sus cuerpos, eligen para el combate la hora más oscura de la noche. Su hueste avanza como una sombra fúnebre,[1021] y no suelen tropezar con un enemigo capaz de contrarrestar aquel extraño e infernal aspecto, pues de todos nuestros sentidos, el de la vista es el primero que se postra en las batallas».[1022] Pero las armas y la disciplina de los romanos pronto ahuyentaron aquel fantástico aparato, pues los ligios quedaron derrotados en una batalla general, y Semnon, el más afamado de sus caudillos, cayó vivo en manos de Probo. La prudencia del emperador, ajena a precipitar en la desesperación a todo un pueblo valeroso, les concedió un ajuste honroso y les franqueó el paso para volverse a su patria. Pero fueron tantos sus padecimientos en marchas, batallas y retiradas, que la nación resultó destruida para siempre, y el nombre ligio ya no se repitió en la historia de Germania ni del Imperio. La pérdida de los bárbaros se calcula en cuatrocientos mil hombres, obra de los romanos en cuanto a su ejecución, y de gran desembolso para el emperador, que daba un doblón por cabeza de los enemigos;[1023] pero, como la nombradía guerrera estribaba en el exterminio del linaje humano, cabe suponer que el cálculo sangriento se abultaba por la codicia de la soldadesca, y se iba abonando sin

mucha averiguación por la vanagloria dadivosa de Probo.

Desde la expedición de Maximino, los generales romanos limitaban su ambición a una guerra defensiva contra las naciones de Germania, que estaban siempre presionando las fronteras del Imperio. Pero Probo fue más osado y buscó victorias en la Galia, traspuso el Rin, y enarboló sus águilas invictas en las márgenes del Elba y del Neckar. Estaba convencido de que no se conseguiría una paz duradera con los bárbaros, mientras no vivieran en su propio país las desdichas de la guerra. Germania, desangrada con el malogro de su última emigración, quedó atónita con su presencia, hasta el punto de que nueve de sus principales caudillos acudieron a su campamento y se postraron a sus plantas. Los germanos recibieron humildemente cada tratado que al conquistador le pareció dictar. Se les impuso la restitución puntual de las prendas y cautivos que habían arrebatado a las provincias, y obligó a los jefes a que ellos mismos castigasen a los salteadores más reacios que intentasen retener alguna parte de los despojos. Se reservó un tributo cuantioso de trigo, ganado y caballos, únicos haberes de los bárbaros, para el consumo de las guarniciones que Probo había ido estableciendo en las fronteras de su territorio. Llegó aun a abrigar la idea de apremiar a los germanos vedándoles el uso de las armas, y de confiar sus diferencias a la justicia, y su seguridad al poder, de Roma. Para el logro cabal de tan saludables intentos se requería de manera imprescindible la residencia fija de un gobernador imperial sostenido por una hueste crecida. Por lo tanto, Probo creyó más acertado postergar la ejecución de tamaña empresa, más esplendorosa, en realidad, que sólidamente asequible.[1024] Reducida Germania a mera provincia, los romanos se ganarían, con inmenso trabajo y costo, únicamente una frontera mucho

más extensa que resguardar de los bárbaros más feroces de Escitia.

En vez de avasallar a los germanos belicosos, Probo se contentó con el humilde recurso de atajarles las correrías por medio de baluartes. El país que ahora compone el círculo de Suabia estaba desierto desde el tiempo de Augusto, por la emigración de sus antiguos habitantes.[1025] La fertilidad del suelo atrajo una nueva colonia de las provincias adyacentes de la Galia, y llegaron miles de aventureros desamparados y errantes que fueron ocupando dudosas posesiones y reconociendo con el pago de sus tributos la majestad del Imperio.[1026] Para el resguardo de los nuevos súbditos se fue tendiendo una línea de guarniciones fronterizas desde el Rin hasta el Danubio, y durante el reinado de Adriano, cuando cundía aquel sistema, estas guarniciones se eslabonaron al abrigo de recios atrincheramientos de árboles y estacadas. En vez de tan tosco baluarte, el emperador Probo construyó una calzada de cierta altura, reforzada con torres a distancias convenientes. Desde las cercanías de Neustadt y Ratisbona sobre el Danubio, trepaba por cerros, cruzaba por valles, ríos y pantanos, y por fin paraba en las márgenes del Rin, después de un sinuoso curso de cerca de doscientas millas (321 km).[1027] Esta importante valla que unía los dos ríos caudalosos que protegían las provincias de Europa, parecía cubrir el espacio por donde los bárbaros, y en particular los alemanes, podían muy fácilmente internarse en el Imperio. Pero la experiencia del mundo, desde China hasta Bretaña, ha demostrado que es infructuoso el intento de fortificar un país por un extenso trecho.[1028] Un enemigo eficaz que puede ir escogiendo y variando los puntos de asalto dará finalmente con algún paraje endeble, o con un momento de inadvertencia. Las fuerzas y la atención del defensor se dividen,

y son tales los efectos del terror, aun en tropas aguerridas, que toda línea quebrada en un solo punto queda desamparada instantáneamente. La suerte del murallón de Probo confirma la observación general, pues a pocos años de su muerte fue derribado por los alemanes, y sus escombros dispersos, conceptuados generalmente como obra del mismo diablo, ahora sólo sirven para excitar el asombro de los campesinos de Suabia.

Entre las condiciones provechosas de paz impuestas por Probo a las naciones avasalladas de Germania, una fue suministrar al ejército romano 16 000 reclutas de su juventud más robusta y esforzada. El emperador los dispersó por las provincias, repartiendo tan peligrosos refuerzos en compañías de cincuenta o setenta hombres entre las tropas nacionales, observando atinadamente que cuantos auxilios recibiese la República de parte de los bárbaros debían percibirse, mas no mirarse.[1029] Esa ayuda se hacía ya imprescindible, pues ni la débil elegancia de Italia ni las demás provincias alcanzaban a tolerar el peso de las armas. Los recios fronterizos del Rin y del Danubio acudían varonilmente a los trabajos de un campamento, pero su número iba menguando con las guerras incesantes. Los cimientos de la población se quebrantaban con la escasez de matrimonios y el menoscabo de la agricultura, y no sólo destruía la pujanza del presente, sino la esperanza de las futuras generaciones. La sabiduría de Probo apeló al plan grandioso y benéfico de repoblar los confines yermos por medio de colonias de bárbaros huidos o cautivos, franqueándoles territorios, ganados y aperos de labranza, y cuantos estímulos cabían para que criaran una descendencia de soldados para el servicio de la República. Trasladó un cuerpo crecido de vándalos a Bretaña, y principalmente al condado de Cambridge,[1030] donde su aislada situación los redujo a conformarse, y en los

disturbios inmediatos de la isla acreditaron su lealtad al Estado.[1031] Francos y lépidos se fueron estableciendo en gran número por el Rin y el Danubio, y hasta cien mil bastarnos, arrojados de sus solares, aceptaron gozosos un establecimiento en Tracia y se amoldaron en poco tiempo a las costumbres e inclinaciones romanas.[1032] Pero las expectativas de Probo eran frecuentemente defraudadas, pues el desasosiego y la holgazanería de los bárbaros los inhabilitaban para los trabajos pausados de la agricultura, y su enamoramiento de la libertad, levantándose contra el despotismo, los llevaba rápidamente a la rebeldía, tan perjudicial para ellos mismos como para las provincias.[1033] Tampoco alcanzaban estos estudiados reemplazos, repetidos por los demás emperadores, a restablecer la primitiva fuerza de las fronteras de la Galia y de Iliria.

De los bárbaros que abandonaron sus nuevos establecimientos y alteraron la tranquilidad pública, fue escaso el número que regresó a su país nativo, pues si lograban ir vagando armados por el Imperio una temporada, terminaban siempre destruidos por el poder del belicoso emperador. No cabe omitir, sin embargo, el éxito y las importantes consecuencias que acompañaron el ímpetu de un grupo de francos. Probo los había establecido en las playas del Ponto con el objetivo de resguardar aquella línea contra los embates de los alanos. Se apoderaron de una flota fondeada en la ensenada del Euxino y se abrieron rumbo por mares desconocidos, desde la desembocadura del Fasis hasta la del Rin. Atravesaron sin tropiezo por el Bósforo y el Helesponto y, surcando el Mediterráneo, fueron cebando su venganza y su codicia en varios desembarcos por las playas desprevenidas de Asia, Grecia y África. La opulenta ciudad de Siracusa, en cuyo puerto habían zozobrado las armadas de Atenas y de Cartago, quedó saqueada por una cuadrilla de

bárbaros, que degollaron gran parte de aquel trémulo vecindario. Corrieron desde Sicilia hasta las columnas de Hércules, se confiaron al océano, fueron costeando España y la Galia, y, siguiendo su carrera triunfadora por el canal de Bretaña, coronaron al fin su expedición asombrosa desembarcando a salvo en las playas bátavas y frisias.[1034] El ejemplo de su éxito enseñó a sus paisanos a concebir las ventajas y a despreciar las amenazas del mar, y señaló a su arrojo un nuevo camino de gloria y riquezas.

No obstante la vigilancia de Probo, no cabía tener siempre a raya todo el ámbito de sus extensos dominios, y, para romper sus cadenas, los bárbaros se valieron de la coyuntura favorable de una guerra interior. Cuando el emperador acudió al socorro de la Galia, entregó el mando de Oriente a Saturnino. Este general, un hombre de mérito y experto, se precipitó a la rebelión por la ausencia del soberano, la liviandad del pueblo alejandrino, la acalorada insistencia de sus amigos y sus propios temores, pero desde el momento de su ascenso se mostró desesperanzado del Imperio y de su vida. «¡Ay de mí!», dijo, «perdió la República un servidor provechoso, y la temeridad de un instante borró las obras de largos años. No estáis enterados», continuó, «de las desventuras de la soberanía: una espada está a toda hora sobre nuestras cabezas. Tememos a nuestra misma guardia y desconfiamos de nuestros compañeros. Carecemos de albedrío para obrar u holgar, y no cabe evitar la envidia ni con la edad, ni con la índole o la conducta. Al encumbrarme así al trono me sentenciáis a una vida de cuidados y a una muerte anticipada, sin más consuelo que el de no perecer a solas».[1035] Pero así como se realizó la primera parte de la profecía con la victoria, se frustró la segunda con la clemencia de Probo, que se empeñó en salvar a Saturnino del enfurecimiento de los

soldados (año 279). Había encargado repetidamente al usurpador mismo que no se diese por perdido con un soberano que tenía en alta estima su carácter, puesto que había castigado al primero que le había participado su deslealtad inverosímil.[1036] Tal vez Saturnino se atuviera a la generosa oferta sin la desconfianza de sus allegados, pues su delito era más arraigado y sus esperanzas más vehementes que los de su experimentado caudillo.

Una vez sofocada la revuelta de Saturnino en Oriente, sobrevinieron nuevas turbulencias en Occidente con la rebeldía de Bonoso y Próculo en la Galia. Los méritos más distinguidos de estos dos oficiales eran sus respectivas habilidades en los combates de Baco para uno y en los de Venus para el otro,[1037] mas no carecían de valor y capacidad, y ambos llevaron adelante con honor el empeño que el temor al castigo los obligó a asumir, hasta que a la larga se hundieron contra el numen superior de Probo. Usó la victoria con su acostumbrada moderación, y conservó vidas y haberes a las inocentes familias.[1038]

Las armas de Probo suprimieron a los enemigos extraños y domésticos del Estado, y su apacible pero firme administración restableció la tranquilidad pública; no quedaba en las provincias un bárbaro hostil, un tirano, o siquiera un ladrón, que reavivara la memoria de los pasados desórdenes. Ya era pues tiempo de que el emperador volviese a Roma y celebrara su propia gloria y la dicha general. La grandiosidad del triunfo de Probo correspondió a su fortuna, y el pueblo, que presenció absorto los trofeos de Aureliano, contempló con igual embeleso los de su heroico sucesor.[1039] Pero no se debe olvidar por esto el desesperado coraje de 80 gladiadores, reservados con otros 600 para el recreo inhumano del anfiteatro. Desentendiéndose de ir a derramar su sangre para la diversión del populacho, mataron a

los guardias, salieron de su encierro, y conmovieron y ensangrentaron las calles de Roma. Tras una obstinada resistencia, fueron dominados y cortados en pedazos por la tropa; pero les cupo al menos una muerte honorífica y la satisfacción de una justa venganza.[1040]

La disciplina militar de Probo era menos cruel que la de Aureliano, pero era igualmente rígida y exacta. El último castigaba las irregularidades de los soldados con implacable severidad; el primero las prevenía empleando a las legiones en trabajos incesantes y provechosos. Cuando estuvo mandando en Egipto, ejecutó varias obras grandiosas en beneficio y esplendor de aquel precioso país. Mejoró la navegación del Nilo, ventajosa para la misma Roma, y construyó templos, puentes, pórticos y alcázares por mano de los soldados, que sabían ser tanto ingenieros como arquitectos o labradores.[1041] Se cuenta de Aníbal que, para preservar a sus tropas de todas las tentaciones del ocio, les había ordenado ejecutar extensos plantíos de olivos por la costa de África.[1042] Ateniéndose al mismo sistema, Probo utilizó su tropa para enramar de viñedos lozanos las serranías de la Galia y Panonia, y se puntualizan dos parajes hoyados y plantados a manos de la milicia.[1043] Uno de ellos, conocido bajo el nombre de Monte Almo, estaba situado junto a Sirmio, país nativo de Probo, al que siempre miró con afecto, y cuyo agradecimiento se esmeraba en afianzar desyermando un largo trecho pantanoso y enfermizo. Un ejército así empleado componía no sólo la parte más valiente, sino tal vez la más provechosa de los súbditos romanos.

Pero en la realización del mejor plan, los sujetos más cabales y pagados de la rectitud de su ánimo están expuestos a exceder los límites de la moderación. Probo no consideró el sufrimiento ni la voluntad de sus propios legionarios.[1044] Se da por sentado

que los peligros de la vida militar tienen que compensarse con el ocio y la holganza; pero si las obligaciones del soldado se recargan con el trabajo de un labriego, se hunde bajo esta carga, o bien se la sacude con airada violencia. Se dice que el descuido de Probo animó el descontento en la tropa, pues, más atento al interés general que al regalo del ejército, expresó el anhelo fantástico de plantear una paz universal, y despedir como inservible aquella perpetua y asalariada hueste.[1045] Aquella expresión descuidada redundó en su exterminio, pues en un día ardiente de verano, mientras estaba apremiando severamente a los soldados para el desagüe de los pantanos de Sirmio, quebrantados de fatiga, arrojaron de repente las herramientas, empuñaron las armas y se levantaron en un furioso motín. El emperador, consciente del peligro, se guareció en una torre elevada que servía para inspeccionar las obras.[1046] La allanaron inmediatamente, y miles de espadas traspasaron el pecho del desventurado Probo. La saña de las tropas amainó una vez satisfecha. Lamentaron todos su infausta temeridad, olvidaron los rigores del emperador que acababan de sacrificar, y se empeñaron en perpetuar con un monumento la memoria de sus virtudes y victorias.[1047]

Después de satisfacer su pesadumbre y arrepentimiento por la muerte de Probo, las legiones proclamaron a Caro, su prefecto del pretorio, como el que más merecía el trono imperial. Todos los pormenores que se relatan de este príncipe son de naturaleza variada y dudosa. Blasonaba del título de ciudadano romano y se esmeraba en comparar la pureza de *su* sangre con el origen extranjero y aun bárbaro de los emperadores que lo precedieron; pero sus contemporáneos más inquisitivos, muy lejos de avenirse a sus pretensiones, lo suponen, con suma variedad, natural de Iliria, la Galia y África.

[1048] Aunque militar, tuvo una educación formal, y, si bien era senador, estaba ejerciendo la primera dignidad del ejército. En una época en que las carreras civil y guerrera se habían separado tan terminantemente, se hermanaban en la persona de Caro. Después de ajusticiar prestamente a los matadores de Probo, de cuyo favor y estima era tan deudor, no pudo escapar a la sospecha de complicidad en un hecho que le significó tan importante ventaja. Al menos antes de su ascenso, disfrutaba del reconocimiento general de su virtud y capacidad;[1049] mas su índole adusta fue degenerando imperceptiblemente en desabrida e inhumana, y los imperfectos escritores de su vida titubean entre colocarlo o no en la clase de los tiranos de Roma.[1050] Caro tenía sesenta años cuando vistió la púrpura, y sus dos hijos, Carino y Numeriano, ya estaban en edad adulta.[1051]

Con Probo murió también la autoridad del Senado, pues el arrepentimiento de la soldadesca no acató esta vez la potestad civil en los mismos términos que había aceptado tras la muerte del infortunado Aureliano. La elección de Caro se decidió sin esperar la aprobación del Senado, y el nuevo emperador se contentó con participarle, en una carta tibia y entonada, su ascenso al trono vacante.[1052] Un procedimiento tan opuesto al de su afable antecesor no era un presagio favorable para el nuevo reinado, y los romanos, privados de poderío y libertad, se explayaron en su acostumbrado desquite de hablillas y murmuraciones.[1053] Pero las felicitaciones y la adulación no enmudecieron, y todavía podemos hojear con agrado y menosprecio una égloga compuesta para el advenimiento de aquel emperador al trono. Dos pastores, para guarecerse del ardor del mediodía, se retiran a la cueva de Fauno, y sobre una sombría encina descubren ciertos letreros. La deidad campesina había descrito en versos proféticos la bienaventuranza prometida

al Imperio bajo el reinado de tan gran monarca; y Fauno vitorea al sumo héroe que, arrimando sus hombros al peso abrumador del orbe romano, ha de exterminar la guerra y los bandos, y resucitar la inocencia y el sosiego de la edad de oro.[1054]

Es de suponer que estas elegantes fruslerías jamás llegaron a los oídos de un general veterano, que con la anuencia de sus legiones se estaba preparando para ejecutar el plan largamente postergado de la guerra pérsica. Caro, a su partida para aquella expedición remota, otorgó a sus dos hijos, Carino y Numeriano, el título de Césares; y compartiendo con el primero su potestad imperial, lo envió a zanjar algunos disturbios sobrevenidos en la Galia y luego a establecerse en Roma y desempeñar el gobierno de las provincias occidentales.[1055] La seguridad en Iliria se afianzó con una derrota memorable de los sármatas; cerca de dieciséis mil quedaron en el campo de batalla, y los cautivos ascendieron a veinte mil. El anciano emperador, animado por la fama y la victoria venidera, apresuró su marcha en el rigor del invierno por Tracia y Asia Menor; y llegó por fin con su hijo Numeriano a los confines de la monarquía pérsica. Habiendo acampado en la cumbre de una altísima montaña, mostró detenidamente a sus tropas la opulencia y el lujo del enemigo que estaban a punto de invadir.

El sucesor de Artajerjes, Varanes o Bahram, si bien acababa de sojuzgar a los sejestanos, una de las naciones más belicosas del Asia Superior,[1056] se alarmó a la vista de los romanos, y se esmeró en contener sus pasos por medio de negociaciones pacíficas. Los embajadores llegaron al campamento hacia el anochecer, cuando las tropas estaban aplacando el hambre con una ración escasa. Manifestaron su deseo de acercarse a la presencia del emperador romano, y fueron conducidos al fin ante un soldado descansando sobre el césped, dedicado a comer

por cena un pedazo de tocino rancio y algunos guisantes duros. Un ropaje tosco de púrpura era lo único que anunciaba su dignidad. La conferencia fue igualmente ajena a toda elegancia cortesana, y Caro, quitándose un gorro que llevaba para tapar su calva, aseguró a los embajadores que, si su señor no reconocía la superioridad romana, en breve dejaría a Persia tan desnuda de árboles como lo estaba su propia cabeza de cabellos.[1057] En medio de ciertos rasgos de estudiado artificio, estamos viendo en esta escena las costumbres de Caro y la extremada sencillez que los príncipes guerreros, sucesores de Galieno, habían ya restablecido en los campamentos romanos. Los ministros del gran rey temblaron y se fueron.

Las amenazas de Caro no quedaron sin efecto, pues asoló la Mesopotamia, fue arrollando cuanto le salía al encuentro, se hizo amo de las grandes ciudades de Seleucia y Ctesifonte (que al parecer se rindieron sin resistencia), y llevó sus armas victoriosas más allá del Tigris.[1058] La coyuntura era favorable, pues Persia estaba desavenida y malparada, y tenía sus principales fuerzas empleadas en la frontera con la India. Roma y todo el Oriente aclamaron tan importantes noticias, y la adulación y la esperanza ya presagiaban la caída de Persia, la conquista de Arabia, el avasallamiento de Egipto y la liberación de las correrías de las naciones escitas.[1059] Pero el reinado de Caro estaba destinado a poner de manifiesto la vanidad de las predicciones, pues quedaron inmediatamente desmentidas con su muerte, un acontecimiento acompañado de circunstancias tan ambiguas que será más oportuno referirlo con la carta de su mismo secretario al prefecto de la ciudad. «Caro», dice, «nuestro amadísimo emperador, se hallaba doliente en su lecho cuando estalló una tormenta sobre el campamento. Tal era la oscuridad que ni siquiera nos divisábamos unos a otros, y apenas por la luz

de los relámpagos podíamos ver lo que sucedía en la confusión general. Tras el agudo estallido de un rayo, sonó repentinamente un alarido por la muerte del emperador, y luego se supo que sus camareros, en la desesperación de su quebranto, habían incendiado el pabellón real, circunstancia que dio margen a la voz de que Caro había muerto por un rayo; mas, en cuanto hemos podido rastrear, su muerte fue efecto natural de su dolencia.»[1060]

La vacante no trajo trastornos, pues los temores de los generales jaquearon su ambición; y el joven Numeriano, con su hermano ausente Carino, quedaron unánimemente reconocidos como emperadores romanos. Se esperaba que el sucesor de Caro, siguiendo las huellas de su padre, no diera tregua a la despavorida Persia y se adelantara blandiendo el acero hasta los alcázares de Susa y de Ecbatana.[1061] Mas las legiones, fuertes en número y disciplina, estaban consternadas por su rastrera superstición. Por más ardides que se idearon para encubrir la manera en que murió el emperador, fue imposible cambiar la opinión de la muchedumbre, y su opinión es siempre incontrastable. Los antiguos se horrorizaban religiosamente ante todo individuo o paraje incendiado por un rayo, como manifestación de la ira del cielo,[1062] y se recordó un oráculo que apuntaba al Tigris como límite infausto de las armas romanas. Las tropas, aterradas por el destino de Caro y por su propio riesgo, le rogaron al joven Numeriano que obedeciese a la voluntad de Dios y las guiara lejos de aquel suelo desfavorable para la guerra. El joven emperador no pudo con tan obstinada preocupación, y los persas quedaron atónitos con la retirada imprevista de una hueste victoriosa.[1063]

La noticia del misterioso fracaso del difunto emperador voló desde las fronteras de Persia hasta Roma, y el Senado y las

provincias saludaron a los hijos de Caro (año 284). Estos jóvenes encumbrados carecían sin embargo de la superioridad consciente, por la cuna o por los méritos, que facilitan la posesión del trono como si fuera algo natural. Nacidos y criados en la esfera privada, la jerarquía de príncipes que les había dado el padre los ensalzó, y su muerte, sobrevenida a los dieciséis meses, les dejó la inesperada herencia de un dilatadísimo imperio. Para asumir sin destemple un encumbramiento tan repentino se requería mucha cordura y virtud, y Carino, el mayor de los hermanos, carecía de estas cualidades más de lo común. Había acreditado algún valor personal en la guerra de la Galia,[1064] pero desde el momento en que llegó a Roma se abandonó al lujo de la capital y al abuso de su fortuna. Era agradable, pero cruel; sensual, pero privado de buen gusto, y, aunque vanidoso en extremo, era indiferente al aprecio del público. En pocos meses se desposó y se divorció de nueve mujeres, dejando a la mayoría embarazada, y, sobre esta inconstancia legal, encontraba tiempo para satisfacer una variedad de apetitos irregulares que le llevaron deshonra a sí mismo y a las primeras casas de Roma. Odiaba de muerte a cuantos podían recordar su antigua llaneza y censurar su conducta presente. Fue desterrando o dando muerte a los consejeros que el padre le puso al lado para orientar su inexperiencia juvenil, y persiguió con mezquina venganza a los condiscípulos y compañeros que no habían respetado debidamente la majestad latente de todo un emperador. Con los senadores, Carino aparentaba un comportamiento regio y distinguido, expresando a menudo que sus haberes irían a parar al populacho de Roma. De entre las heces de ese populacho seleccionaba sus privados y ministros. El palacio y aun la mesa imperial eran un hervidero de cantores, bailarines, prostitutas, y

todo el bullicioso séquito del vicio y la locura. Encargó a uno de sus porteros el gobierno de la ciudad.[1065] En reemplazo del prefecto del pretorio, a quien mandó matar, Carino colocó a uno de los ministros de sus torpezas. Otro, que era acreedor a un título igual o más infame, fue investido con el consulado. Un secretario interno, hábil para falsificar firmas, liberó al indolente emperador, con su anuencia, de la obligación enojosa de firmar su nombre.

Cuando Caro emprendió la guerra pérsica se preocupó, por razones tanto afectivas como estratégicas, por afianzar la suerte de su familia, poniendo en manos de su primogénito los ejércitos y provincias de Occidente. Apesadumbrado y corrido por los informes que pronto le llegaron de la conducta de Carino, manifestó su ánimo de desagraviar a la República con actos de severa justicia, adoptando, en lugar de aquel hijo indigno, al valiente y virtuoso Constancio, que en ese tiempo era gobernador de Dalmacia. Pero el plazo para el ascenso de Constancio se dilató por un tiempo, y tan pronto como la muerte de su padre liberó a Carino de todo miramiento pusilánime o decoroso, desplegó ante los romanos las extravagancias de Heliogábalo, agravadas con las crueldades de Domiciano.[1066]

El único rasgo de Carino que puede mencionar la historia o celebrar la poesía es el inusual esplendor que desplegó, en su nombre y el de su hermano, en los juegos romanos del teatro, del circo y del anfiteatro. Más de veinte años después, cuando los palaciegos de Diocleciano manifestaron a su soberano la nombradía y popularidad de su antecesor, reconoció que el reinado de Carino había sido todo de deleites.[1067] Aquella vana prodigalidad, que tanto repugnaba a la sensatez de Diocleciano, era el asombro y el regalo del pueblo romano, y los más viejos

ciudadanos, comparando los espectáculos anteriores, las pompas triunfadoras de Probo y de Aureliano, y los juegos seculares del emperador Filipo, confesaban que la magnificencia de Carino descollaba sobre la de todos sus antecesores.[1068]

Los espectáculos de Carino pueden por lo tanto ilustrarse mejor observando algunos puntos que la historia nos relata acerca de sus predecesores. Ciñéndonos a la caza de fieras, por más que vituperemos el devaneo del intento y la inhumanidad de su ejecución, tenemos que confesar que ningún pueblo igualó al romano en cuanto al gasto y al artificio para el recreo del vulgo.[1069] Por disposición de Probo, se desarraigó una gran cantidad de árboles altos para trasplantarlos al medio del circo. La selva, frondosa y extensa, se pobló con mil avestruces, mil ciervos, y otros tantos corzos y jabalíes, y toda esta cacería se franqueó a la muchedumbre ansiosa y alborotada. La matanza del día siguiente alcanzó a cien leones, otras cien leonas, doscientos leopardos y trescientos osos.[1070] La colección que el joven Gordiano preparó para su triunfo, y que luego ostentó el sucesor en sus juegos seculares, sobresalía menos por el número que por la extrañeza de los animales. Veinte cebras exhibieron sus elegantes formas y variados matices a la vista del pueblo romano.[1071] Diez alces y otras tantas jirafas, los animales más crecidos e inocentes que vagan por los páramos de Sarmacia y Etiopía, contrastaban con treinta hienas africanas y cien tigres indios, las bestias más implacables de la zona tórrida. En el rinoceronte, en el hipopótamo del Nilo[1072] y en el majestuoso escuadrón de treinta y dos elefantes,[1073] se admiró la fuerza inofensiva con que la naturaleza dotó a los mayores cuadrúpedos. Mientras la muchedumbre se pasmaba con el grandioso espectáculo, el naturalista iba notando la estampa, contextura y propiedades de tan diversas especies traídas de los

extremos del antiguo mundo al anfiteatro de Roma. Mas este beneficio casual que le llegaba a la ciencia a través de este devaneo no alcanzaba seguramente a justificar el abuso disparatado de los caudales públicos. Existe sin embargo un caso, en la primera guerra púnica, en que el Senado acertó a hermanar atinadamente el recreo del gentío con los intereses del Estado, pues hizo que algunos esclavos, sin más armas que unas lanzas embotadas, condujeran un crecido número de elefantes cogidos en la derrota del ejército cartaginés.[1074] Este provechoso espectáculo sirvió para infundir en los soldados romanos sumo menosprecio para con unos animales meramente corpulentos, y de esta manera no les temieron ya en la formación militar.

La cacería o muestra de fieras se preparó con una magnificencia digna de un pueblo que se llamaba a sí mismo amo del orbe, y el edificio destinado a aquel entretenimiento tampoco desdecía de la grandeza romana. La posteridad está todavía admirando los restos asombrosos del anfiteatro de Tito, tan debidamente llamado colosal.[1075] Era una edificación elíptica de quinientos sesenta y cuatro pies (172 m) de largo, y cuatrocientos sesenta y siete (142 m) de ancho, fundada sobre ochenta arcos y elevada sobre cuatro órdenes diversos de arquitectura, hasta la altura de ciento cuarenta pies (42,6 m).[1076] El exterior estaba todo revestido en mármol y adornado con estatuas. El amplio tendido que formaba el interior estaba rodeado de sesenta a ochenta filas de asientos, también de mármol, cubiertos por cojines y capaces de contener desahogadamente a más de ochenta mil personas.[1077] Sesenta y cuatro *vomitorios* (pues tal era el nombre tan apropiado de las entradas) iban arrojando el inmenso gentío, y entradas, tránsitos y escaleras estaban tan bien dispuestos que cada cual, senador, caballero o plebeyo, se encaminaba y llegaba a su respectivo

asiento sin tropiezo ni equivocación.[1078] No se omitía nada que pudiera servir en cualquier sentido a la comodidad y el deleite de los espectadores. Una cubierta amplia y corrediza, para poder tenderla o quitarla oportunamente, los guarecía del sol y de la lluvia. El ambiente se refrescaba constantemente con fuentes y agradables esencias aromáticas. El centro o palestra, todo cubierto de finísima arena, se iba trasformando alternativamente en diversas formas, pues ya parecía brotar de la tierra el jardín de las Hespérides, ya se desencajaba en peñascales y cuevas de Tracia. Las cañerías transportaban manantiales o ríos, y lo que acababa de ser una llanura espaciosa se convertía de improviso en un grandioso lago, surcado por bajeles de guerra y lleno de monstruos marinos.[1079] Los emperadores ostentaban en aquellas decoraciones su opulencia y liberalidad, y leemos a veces que todo el decorado del anfiteatro consistía en plata, oro o ámbar.[1080] El poeta que describe los juegos de Carino bajo el papel de un pastor atraído a la capital por el eco de su magnificencia afirma que las redes para el resguardo contra las fieras se componían de hilo de oro, que los pórticos eran dorados, y que la faja o círculo que separaba las varias clases de los concurrentes estaba tachonada por un mosaico precioso de exquisita pedrería.[1081]

En medio de este pomposo brillo, el emperador Carino (año 284, septiembre 12), descuidado de su situación, disfrutaba de las aclamaciones del pueblo, de la lisonja de sus palaciegos y de los cantares de los poetas, quienes, a falta de méritos más esenciales, se limitaban a celebrar la gracia sobrehumana de su persona.[1082] A la misma hora, pero a novecientas millas (1448 km) de Roma, expiraba su hermano, y una revolución repentina trasladó a manos de un extraño el cetro de la casa de Caro.[1083]

Los hijos de Caro no volvieron a verse desde la muerte de su padre, y el ajuste que requería su nueva situación se dilató

probablemente hasta el regreso del menor a Roma, donde a ambos se les decretó el triunfo por el éxito de la guerra de Persia.[1084] No consta que fuera su ánimo dividir la administración, o bien las provincias del Imperio, pero no era probable que su concordia fuese duradera, porque, además de la competencia por el poderío, sus caracteres encontrados debían desavenirse. Carino era indigno de vivir aun en los siglos más corruptos. Numeriano merecía reinar en tiempos más venturosos. Sus modales afables y sus virtudes cariñosas le aseguraban, tan pronto como lo conocían, el respeto y afecto del público. Lo realzaban los méritos del orador y del poeta, que dignifican y engalanan tanto a la esfera más humilde como a la más encumbrada. Su elocuencia, si bien era aplaudida en el Senado, estaba formada no tanto en el modelo de Cicerón como en el de los declamadores modernos; pero, en un siglo que estaba muy lejos de ser ajeno a las habilidades poéticas, compitió con sus contemporáneos más aventajados y quedó siempre amigo de sus contrincantes; una particularidad que evidencia la bondad de su corazón o la superioridad de su genio.[1085] Pero los talentos de Numeriano se cifraban en los estudios contemplativos más que en la carrera activa. Cuando el ascenso de su padre lo sacó de su retiro, ni su temperamento ni sus intereses lo habilitaban para el mando de los ejércitos. Su complexión se quebrantó con los padecimientos de la guerra pérsica, y el ardor del clima le había debilitado tanto la vista,[1086] que lo obligó a encerrarse en la soledad y oscuridad de una tienda o de una litera por todo su largo retiro. La administración de todos los asuntos civiles y militares recayó en manos de Arrio Aper, prefecto del pretorio, quien al poderío de su importante cargo añadía el honor de ser suegro de Numeriano. Sus allegados más íntimos cuidaban desveladamente el pabellón imperial, y durante muchos días

Aper transmitió al ejército los supuestos mandatos del soberano invisible.[1087]

Ocho meses después de la muerte de Caro, la hueste romana, que regresaba en una pausada marcha de las orillas del Tigris, asomó a las del Bósforo tracio. Las legiones hicieron alto en Calcedonia de Asia, mientras la corte pasaba a Heraclea, sobre la margen europea del Propóntida.[1088] Pero pronto comenzaron a circular rumores, primero en secreto y luego a voz en cuello, acerca de la muerte del emperador y de la arrogancia del ministro ambicioso que seguía ejerciendo el poderío soberano en nombre de un príncipe que ya no existía. Los soldados no soportaron por mucho tiempo ese estado de incertidumbre, y con desenfadada curiosidad irrumpieron en la tienda imperial, donde sólo hallaron el cadáver de Numeriano.[1089] La paulatina decadencia de su salud podría haberlos inclinado a creer que su muerte era natural, pero el ocultamiento se interpretó como una evidencia culpable, y las disposiciones de Aper para afianzar su elección le acarrearon inmediatamente su ruina. Pero, aun en su ira y su dolor, las tropas observaron un procedimiento regular, demostrando cuán arraigadamente habían restablecido su disciplina los sucesores de Galieno. Todo el ejército se juntó en Calcedonia, a donde llevaron a Aper, encadenado como un prisionero y un criminal. Se levantó un tablado raso en medio del campamento, y los generales y tribunos formaron un gran consejo militar. Pronto anunciaron a la muchedumbre que su nombramiento había recaído en Diocleciano, comandante de los domésticos o guardias personales (año 284, septiembre 17), por ser el más capaz de vengar y suceder a su amado emperador. La suerte venidera del candidato dependía de su conducta en aquel mismo trance. Consciente de que la posición que debía ocupar lo

exponía a ciertas sospechas, Diocleciano subió al tribunal y, alzando la vista al sol, declaró solemnemente su inocencia ante aquella deidad que todo lo ve.[1090] Luego, asumiendo su posición de soberano y de juez, ordenó que Aper debía ser llevado encadenado al pie del tribunal. «Este hombre», dijo, «es el matador de Numeriano». Y sin darle tiempo para un descargo aventurado, sacó su espada y la hincó en el pecho del infortunado prefecto. El cargo, acompañado de una prueba tan decisiva, se recibió sin oposición, y las legiones vitorearon repetidamente la justicia y autoridad del emperador Diocleciano.[1091]

Pero, antes de hablar de su memorable reinado, tenemos que castigar y despedir al hermano ruin de Numeriano. Carino tenía armas y caudales como para sostener su título legítimo al Imperio; pero sus vicios personales desequilibraban todas las ventajas de su posición y nacimiento. Los sirvientes más leales del padre menospreciaban la incapacidad y temían la arrogancia sanguinaria del hijo. El pueblo se inclinaba por su competidor, y hasta el mismo Senado prefería un usurpador a un tirano. Los ardides de Diocleciano fomentaban el descontento general, y el invierno se empleó en intrigas secretas y preparativos manifiestos para la guerra civil. En la primavera, las fuerzas de Oriente y las de Occidente se encontraron en las llanuras de Margo, un pueblito de Mesia en las cercanías del Danubio.[1092] Las tropas, que acababan de llegar de la guerra pérsica, habían adquirido su gloria a expensas de su número y salud, y no podían contrarrestar la fuerza de las descansadas legiones europeas. Sus filas fueron quebradas, y Diocleciano ya desesperaba de la púrpura y de su vida, cuando toda la ventaja que había conseguido Carino con el valor de sus soldados quedó rápidamente perdida por la alevosía de sus oficiales. Un tribuno,

a cuya esposa había seducido, aprovechó la oportunidad para vengarse, y de una estocada apagó la guerra civil en la sangre del adúltero.[1093]

XIII

REINADO DE DIOCLECIANO Y DE SUS TRES ASOCIADOS MAXIMIANO, GALERIO Y CONSTANCIO - RESTABLECIMIENTO GENERAL DEL ORDEN Y LA PAZ - GUERRA PÉRSICA VICTORIA Y TRIUNFO - RENUNCIA Y RETIRO DE DIOCLECIANO Y MAXIMIANO

Cuanto más esclarecido fue el reinado de Diocleciano con respecto a los de sus antecesores, tanto más ruin y rastrero había sido su nacimiento. Grandes donativos o la violencia arrolladora solían contener las prerrogativas más o menos soñadas de la nobleza; sin embargo, una frontera infranqueable separaba siempre a los libres de los esclavos en todo el género humano. Los padres de Diocleciano habían sido esclavos en la casa de Anulino, senador romano, y su mismo apellido provenía del pequeño pueblo de Dalmacia de donde era originaria su madre.[1094] No obstante, es probable que el padre haya logrado la libertad de su familia, y que luego obtuviera para sí el cargo de notario, que generalmente era ejercido por sujetos de su clase.[1095] Oráculos propicios, o más bien la íntima convicción de su superioridad, incitaron al hijo a seguir la carrera de las armas, tras sus sueños de fortuna; y sería muy interesante observar el desarrollo de las destrezas y peripecias que finalmente le permitieron cumplir aquellos oráculos y demostrar ese mérito al mundo. Diocleciano fue sucesivamente promovido al gobierno de Mesia, a los honores del consulado y a la importante jefatura de la guardia del palacio. Sobresalió con su desempeño en la

guerra pérsica, y, luego de la muerte de Numeriano, el esclavo, a juicio y testimonio de sus competidores, fue declarado el más digno al trono imperial. La maldad del celo religioso, al censurar la salvaje ferocidad de su compañero Maximiano, se ha esmerado en provocar la sospecha sobre el valor personal de Diocleciano.[1096] No debería ser fácil persuadirnos sobre la cobardía de un soldado ansioso, que jamás desmereció el aprecio que se había granjeado con las legiones, ni el favor que se había ganado entre tantos príncipes guerreros; pero la calumnia sabe descubrir sagazmente los puntos débiles y atacarlos. El valor de Diocleciano siempre se correspondió con los trances que enfrentó, aunque no tuviera la osadía y el espíritu generoso del héroe que enfrenta los riesgos y la fama, que se desentiende de artificios y que reta la competencia de sus iguales. Sus habilidades eran más útiles que centelleantes: un entendimiento cabal realzado por la experiencia y el estudio de la idiosincrasia humana; destreza y aplicación en los negocios; una atinada mezcla de liberalidad y economía, de agrado y de entereza; una profunda discreción bajo el disfraz del desembozo militar; tesón en pos de sus objetivos; flexibilidad para variar sus métodos y, ante todo, una habilidad sin par para someter su propio entusiasmo —y el ajeno— en función del logro de sus metas, así como para pintar su ambición con vistosas galas de justicia y de utilidad pública. Como Augusto, puede considerarse a Diocleciano el fundador de un nuevo Imperio. Al igual que el hijo adoptivo de César, descolló también más como estadista que como guerrero, y ni uno ni el otro debieron recurrir a la violencia para alcanzar sus fines políticos.

La victoria de Diocleciano sobresalió por su extremada benignidad. Aquel pueblo, habituado a aplaudir la clemencia del vencedor cuando las usuales penas de muerte, destierro y

confiscación se iban imponiendo con cierto grado de recato y equidad, miró con placentero asombro cómo era apagado el fuego de la guerra civil en el campo de batalla. Diocleciano admitió en su círculo de confianza a Aristóbulo, ministro principal de la casa de Caro, respetó vidas, haberes y dignidades de sus contrarios, y mantuvo en sus respectivas funciones a la mayor parte de los sirvientes de Carino.[1097] Es muy probable que los motivos de la prudencia ayudaran a la humanidad del astuto dálmata, pues varios de los sirvientes habían comprado su favor con secretas traiciones, mientras que en otros apreció la lealtad al amo desventurado. La perspicacia de Aureliano, Probo y Caro había ido dotando los distintos departamentos del Estado y el ejército con oficiales consumados, cuya separación dañaba al servicio público sin favorecer al sucesor. Así, su conducta ofreció al orbe romano una vistosa perspectiva para el nuevo reinado, y el mismo emperador se esmeraba en corroborar aquel concepto favorable, expresando que, entre todas las virtudes de sus antecesores, deseaba ante todo imitar la humana filosofía de Marco Antonino.[1098]

Su primer acto de importancia puso en evidencia su sinceridad y su moderación. Siguiendo el ejemplo de Marco, buscó un colega en Maximiano, a quien primero le dio el título de César y después el de Augusto (1.º de abril de 286).[1099] Pero el motivo de su disposición y el objeto de su preferencia fueron muy distintos de los que movieron a su admirado antecesor. Al investir con la púrpura a un joven licencioso, Marco cumplió con los deberes de agradecimiento privado a costa, efectivamente, del interés del Estado; en cambio, al asociar a un amigo y camarada a las tareas del gobierno en una época de peligro público, Diocleciano reforzó la defensa de Oriente y de Occidente. Maximiano había nacido en el territorio de Sirmio

y, como Aureliano, era hijo de campesinos. Desconocedor de las bellas artes,[1100] ajeno a toda ley, sus modales rústicos, aun en medio de su encumbramiento, manifestaban la bajeza de su alcurnia, y que la única profesión que podía ejercer era la de la guerra. Había descollado en su larga carrera por todas las fronteras del Imperio, y, aunque su desempeño cuadraba mejor para súbdito que para caudillo —si bien quizá nunca llegó a consumarse en el mando—, su valor, tesón y experiencia lo habilitaban para la ejecución de las más arduas empresas. Incluso sus defectos vinieron a redundar en ventaja de su bienhechor. Insensible a la compasión y sin temor por las consecuencias, era el instrumento ejecutivo de todos los actos de crueldad que pudiera sugerirle la política del astuto príncipe. Así como un sacrificio de sangre era ofrecido a la prudencia o a la venganza, Diocleciano intercedía oportunamente, salvaba los escasos restos que nunca había querido castigar, tachaba la severidad de su adusto compañero y disfrutaba de la comparación entre la edad de oro y la de hierro que solía aplicarse a sus máximas de gobierno resistidas. A pesar de las diferencias de carácter, ambos emperadores conservaron en el trono la misma intimidad que tenían en su vida privada. La altanería belicosa de Maximiano, tan perniciosa luego para él mismo y para el sosiego público, se doblegó siempre ante el talento de Diocleciano, y reconoció el predominio de la razón sobre la violencia irracional.[1101] Ya sea por altivez o por superstición, los dos emperadores tomaron nuevos nombres, uno el de Jovio, y el otro el de Herculio, y, mientras la omnisciente sabiduría de Júpiter dirigía el movimiento del mundo (tales eran las alabanzas de sus oradores venales), el brazo invencible de Hércules iba despejando la tierra de monstruos y de tiranos.[1102]

Mas no alcanzó la omnipotencia misma de Jovio y de Herculio para sobrellevar el peso de la administración pública. La sensatez de Diocleciano lo llevó a considerar que el Imperio, asediado por los bárbaros en todas las fronteras, requería en cada frente la presencia de un emperador con su poderosa hueste. Con este objetivo, decidió subdividir tan descomunal poderío y conferir el título inferior de César a dos generales de notorio desempeño, a quienes dio igual cabida en la autoridad soberana (1.º de marzo de 292).[1103] Galerio, apellidado Armentario por su profesión primitiva de vaquero, y Constancio, llamado Cloro[1104] a causa de su palidez, fueron los dos personajes revestidos en segundo lugar con la púrpura imperial. Al retratar a Herculio, quedan ya estampadas la patria, la alcurnia y los modales de Galerio, a quien solían llamar, no impropiamente, Maximiano el menor, aunque en varias oportunidades aventajó al mayor por sus virtudes y su habilidad. El nacimiento de Constancio fue menos oscuro que el de sus compañeros: su padre era Entropio, uno de los principales nobles de Dardania, y su madre era sobrina del emperador Claudio.[1105] Aunque dedicó su juventud a las armas, tenía un carácter manso y cariñoso, y ya mucho antes la voz popular lo estuvo aclamando acreedor al solio. Para fortalecer más y más sus vínculos políticos, cada emperador se constituyó padre de su respectivo César: Diocleciano de Galerio y Maximiano de Constancio; al mismo tiempo, los obligaron a repudiar a sus esposas, y cada emperador casó a su hija con su hijo adoptivo.[1106] Los cuatro príncipes se repartieron los ámbitos del Imperio Romano. Se confió a Constancio la custodia de Galia, Hispania[1107] y Britania; Galerio se ubicó a orillas del Danubio, como defensa contra Iliria; Italia y África le correspondieron a Maximiano, mientras que Diocleciano se reservó Tracia, Egipto y los ricos

países de Asia. Cada cual era soberano en su región, pero su autoridad unida se dilataba por toda la extensión del Imperio, y todos estaban siempre alertas para apoyar a los compañeros con su presencia y sus consejos. Los Césares, pese a su encumbrado rango, seguían reverenciando la majestad de los emperadores, y los tres príncipes jóvenes reconocían inalterablemente, con su gratitud y obediencia, al padre común de sus fortunas. Los celos no alteraban la armonía, y la dicha singular de su concordia se comparaba a un coro de música, cuya melodía estribaba en la maestría del sumo concertante.[1108]

Este arreglo tan trascendental sólo ocurrió unos seis años después de la incorporación de Maximiano, y ese período no careció de novedades memorables; sin embargo, hemos querido aclarar el asunto al comienzo de la descripción del sistema certero de Diocleciano, para luego referirnos a las gestiones de su reinado por su orden natural más que por las fechas de una cronología muy poco segura.

La primera proeza de Maximiano, aunque es mencionada en unas pocas palabras por nuestros escasos escritores, merece ser recordada por su extrañeza en la historia de las costumbres humanas. Exterminó a los campesinos galos, quienes, con el nombre de bagaudos,[1109] se habían sublevado por entero, en una insurrección general como las que asolaron a Francia e Inglaterra en el siglo XIV.[1110] Parece que muchas de estas instituciones, que fueron incorporadas rápidamente por el sistema feudal, procedían de los bárbaros celtas. Cuando César dominó Galia, aquella grandiosa nación se dividió en las tres clases: clero, nobleza y plebe. La primera gobernaba por medio de la superstición; la segunda, con las armas, mientras que la tercera no tenía el mínimo peso en las decisiones generales. Era muy natural para los plebeyos, acosados por deudas o temerosos

de tropelías, implorar la protección de algún caudillo poderoso que adquiría derechos absolutos sobre sus personas y propiedades, como los amos sobre sus esclavos entre los griegos y romanos.[1111] De este modo, la mayoría de la nación quedó reducida a mera servidumbre, y debía trabajar noche y día en las tierras de los nobles galos, clavados al terruño, ya materialmente con grilletes, ya con los lazos no menos crueles y violentos de las leyes. En el dilatado vaivén de turbulencias que atravesaron la Galia desde el reinado de Galieno hasta el de Diocleciano, la suerte de aquellos siervos era en extremo lastimosa, y se veían acosados de un lado y del otro por la tiranía de sus señores, de los bárbaros, de los soldados y de los recaudadores de impuestos.[1112]

Tanto padecimiento llevó a la desesperación. Por todas partes surgían multitudes, equipadas con armas rústicas y con una furia desenfrenada. El labriego se transformó en soldado de infantería, el pastor se hizo de caballería, incendiaron pueblos y aldeas, y los estragos de los campesinos igualaron a los de los bárbaros más violentos.[1113] Reafirmaron los derechos naturales de los hombres con la crueldad mas bravía, y la nobleza gala se guareció en sus ciudades fortificadas o huyó rápidamente de aquel teatro de atroz anarquía. Los sublevados reinaban sin control, y dos de sus caudillos más osados tuvieron la extravagancia y la osadía de asumir las insignias imperiales.[1114] Su poder se disipó frente a las legiones, pues la potencia de la armonía y la disciplina venció fácilmente a una muchedumbre dividida y desmandada.[1115]

El escarmiento ejemplar aplicado a los sublevados armados bastó para que los demás huyeran a sus hogares, y su fracasado esfuerzo por obtener libertad redundó en mayor recargo de servidumbre. Tan fuerte y uniforme es el caudal de los ímpetus populares, que podríamos aventurar, aun con escasísimos

materiales, el relato pormenorizado de esta guerra, pero no estamos dispuestos a creer que dos de sus principales líderes, Eliano y Amando, fuesen cristianos,[1116] ni a insinuar que la sublevación, como sucedió en tiempos de Lutero, procediese del abuso de los principios benévolos del cristianismo, que proclama la libertad natural del linaje humano.

Tan pronto como recuperó Galia de manos de los campesinos, Maximiano perdió Britania (año 287) por usurpación de Carausio. Tras la empresa temeraria y acertada de los francos bajo el reinado de Probo, sus osados compatriotas construyeron escuadrillas de bergantines, con los que asolaban incesantemente las provincias adyacentes al océano.[1117] Fue necesario crear una potencia naval para contrarrestar aquellas piraterías, y esta atinada medida se dispuso con prudencia y vigor. El emperador escogió Gessoriacum (actual Boulogne), sobre el Canal de la Mancha, para el apostadero de la escuadra romana, encargando su comandancia a Carausio, menapio de baja alcurnia;[1118] pero de descollante valor como soldado y de gran destreza como piloto. Sin embargo, la integridad del nuevo almirante no correspondió con sus habilidades, pues al salir los piratas germanos de sus ensenadas los dejó pasar, pero estuvo alerta para apresarlos a su regreso y apropiarse —para sí mismo— de gran parte del botín que llevaban consigo. En esta ocasión, la riqueza de Carausio se consideró como testimonio de su culpabilidad, y ya Maximiano había decretado su muerte. Sin embargo, el astuto menapio previó y evitó el castigo del emperador: gracias a sus dádivas comprometió a la flota que comandaba y se aseguró el apoyo de los bárbaros. Parte hacia Britania, soborna a la legión y a los auxiliares que guarnecían la isla y atrevidamente toma el nombre de Augusto, asume la púrpura imperial y reta a la justicia y las armas de su ofendido

soberano.[1119]

Cuando Britania se separó del Imperio, se percibió sobremanera su importancia y se lamentó su pérdida. Los romanos ponderaron y quizá magnificaron la extensión de esta noble isla, favorecida con ventajosos fondeaderos, clima benigno y suelo fértil, tan adecuado para sembrar cereales como viñedos; con cuantiosos metales, praderías cubiertas de innumerables rebaños y bosques exentos de fieras y serpientes. Sobre todo, los atormentaba el crecido rédito de Britania, puesto que consideraban que llegaría a transformarse en el asiento de una monarquía independiente.[1120]

Carausio la tuvo por espacio de siete años, y la suerte seguía abrigando una rebeldía defendida con brío y astucia. El emperador bretón defendió las fronteras contra los caledonios del Norte, invitó a varios artífices del continente y exhibió en las diversas monedas, que aún existen, su gusto y su opulencia. Nacido en los confines del territorio franco, galanteó a ese pueblo tan formidable imitando su vestimenta y sus costumbres. Alistaba sus jóvenes más valientes en las fuerzas de mar y tierra, y, en pago de su alianza provechosa, fue instruyendo a los bárbaros en las peligrosas artes militares y navales. Carausio seguía en posesión de Boulogne y su comarca. Sus escuadras surcaban el canal, dominaban las desembocaduras del Sena y del Rin, asolaban las costas del océano, y el terror de su nombre sobrepasó las columnas de Hércules. Bajo su mando, Britania, destinada a imperar sobre los mares en el futuro, alcanzó ya la jerarquía natural de potencia marítima.[1121]

Luego de apoderarse de la escuadra de Boulogne (año 289), Carausio privó a su jefe de los medios para perseguirlo y castigarlo, y cuando, tras una gran pérdida de tiempo y gasto, lograba botar al agua un nuevo armamento,[1122] las tropas

imperiales, bisoñas en aquel elemento, resultaban burladas y vencidas por los marineros veteranos del usurpador. El fin de este fallido esfuerzo fue un tratado de paz, pues Diocleciano y su compañero, justamente temerosos de la osadía de Carausio, le resignaron la soberanía de Britania y lo admitieron como partícipe, muy a su pesar, en los honores imperiales.[1123] Sin embargo, la adopción de los Césares dio nuevo vigor a las armas romanas, y mientras Maximiano resguardaba el Rin con su presencia, Constancio, su valeroso socio, se encargó de la guerra con Britania. Su primera acción fue el sitio de la importante plaza de Boulogne. Con un malecón descomunal obstruyó la entrada de su bahía y cortó toda esperanza de auxilio. El pueblo se rindió tras una porfiada defensa (año 292), y parte considerable de la fuerza naval de Carausio cayó en manos de los sitiadores. Durante los tres años que empleó en disponer una flota adecuada para la conquista de Britania, Constancio aseguró la costa de Galia, invadió el país de los francos y privó al usurpador de aquel aliado poderoso.

Antes de ultimar sus preparativos, Constancio se enteró de la muerte del tirano (año 294), lo cual consideró como presagio positivo de la cercana victoria. Los sirvientes de Carausio imitaron el ejemplo de traición que les había dado: lo asesinó su primer ministro Alecto, quien lo sucedió en el poder y en el peligro, mas carecía de similares habilidades para ejercitar el poder y rechazar las contingencias. Alecto observó con angustioso pavor cómo se cubrían las playas opuestas del continente de armas, tropa y bajeles, pues Constancio había dividido atinadamente sus fuerzas para dividir igualmente la atención y la resistencia del enemigo.

Finalmente, el ataque estuvo a cargo del escuadrón principal (año 296), bajo el mando del prefecto Asclepiodoto, oficial de

distinguido mérito que se había congregado en la desembocadura del Sena. En aquellos tiempos era tan imperfecta el arte de la navegación que los oradores celebraron el audaz denuedo de los romanos en lanzarse al mar con un viento de través y en día tormentoso. El temporal favoreció la empresa, pues en medio de una densa niebla se escaparon de la escuadra de Alecto, que estaba apostada fuera de la isla de Wight para atajarlos; atracaron a salvo en alguna parte de la costa oeste, y demostraron a los bretones que no siempre la superioridad naval alcanzará para proteger su patria de toda invasión extranjera. En cuanto desembarcó, Asclepiodoto quemó sus naves, y, como prosperaba su expedición, su heroísmo era celebrado por todos. El usurpador esperaba cerca de Londres el avance formidable de Constancio, que estaba personalmente al mando de la escuadra de Boulogne; pero el descenso de un nuevo enemigo requirió su presencia en el Occidente. La larga marcha fue tan precipitada que se topó con las fuerzas enteras del prefecto con unas tropas cansadas y desmoralizadas. La breve refriega terminó en derrota y con la muerte de Alecto. Una sola batalla, como se ha repetido ya varias veces, decide la suerte de tan grande isla, y al arribar Constancio a las playas de Kent, corre el gentío desaladamente, lo aclama en coro, y las virtudes del conquistador nos inclinan a creer que todos se regocijaron sinceramente con una revolución que, tras una separación de diez años, reincorporó Britania al Imperio Romano.[1124]

Britania sólo tenía que temer a enemigos internos, pues, con gobernadores leales y tropas disciplinadas, las correrías de los salvajes desnudos de Escocia e Irlanda no podían nunca afectar la seguridad de la provincia. La paz del continente y la defensa de los ríos principales que servían de límites al Imperio eran objeto de mayor dificultad e importancia. La política de

Diocleciano, aconsejado por sus socios, favorecía el afianzamiento del sosiego público, ya desaviniendo a los bárbaros entre sí, ya robusteciendo las fortificaciones de la línea romana.

En Oriente conformó un cordón de campamentos desde Egipto hasta los dominios persas, y en cada uno instituyó un cuerpo permanente, bajo el mando de sus jefes respectivos, pertrechado con todo tipo de armas traídas de los nuevos arsenales de Antioquía, Emesa y Damasco.[1125] No tomó menos recaudos contra la bien conocida bravura de los bárbaros europeos: se fueron restableciendo eficazmente las antiguas ciudades, fortalezas y campamentos desde la desembocadura del Rin hasta la del Danubio, y en los puntos más expuestos se levantaron nuevas y estudiadas fortificaciones; se estableció una estricta vigilancia entre todas las guarniciones de la frontera, echando mano de cuanto fuera necesario para reforzar la cadena de fortificaciones y hacerla impenetrable.[1126] La barrera fue violada raramente, y los bárbaros tuvieron que desfogar mutuamente su frustrada ira.

Godos, vándalos, gépidos, borgoñones y alamanes estuvieron luchando entre sí, y quienquiera que venciera, vencía también a los enemigos de Roma. Los súbditos de Diocleciano contemplaban gozosos el espectáculo sangriento, congratulándose todos de que la plaga de la guerra civil se extendiese únicamente entre los bárbaros.[1127]

A pesar de las políticas de Diocleciano, era imposible sostener esa tranquilidad apacible por un reinado de 20 años y una frontera de centenares de millas, pues a veces los bárbaros se hermanaban y la vigilancia relajada de las guarniciones dejaba paso a su destreza o a su fuerza. Cada vez que las provincias eran invadidas, alzaba Diocleciano su faz serena; reservaba su

presencia para las ocasiones dignas de su interposición, sin aventurar su persona ni su reputación en peligros innecesarios, afianzaba su éxito por cuantos medios aconseja la prudencia, y luego ostentaba las consecuencias grandiosas de la victoria. En guerras más arduas e intrincadas empleaba el denuedo bronco de Maximiano, y el soldado leal se avenía a rendir sus triunfos a las plantas de su consejero, maestro y benefactor.

Luego de nombrar a los Césares, los mismos emperadores se retiraron de la palestra y pusieron en manos de sus hijos adoptivos la defensa del Rin y del Danubio. Jamás el desvelado Galerio tuvo que vencer ejército alguno de bárbaros en el territorio romano.[1128] El activo y valeroso Constancio libertó Galia de una embestida furiosa de los alamanes, y sus victorias de Langres y Vindonisa aparecen como refriegas peligrosas y de trascendencia. Atravesando un terreno abierto con poca guardia, se vio repentinamente rodeado por un sinnúmero de enemigos. Se retrajo trabajosamente hacia Langres, pero, en medio de la consternación general, los ciudadanos se negaron a abrir las puertas, y subieron al príncipe herido desde la muralla colgado de una cuerda. Cuando las tropas romanas se enteraron de su aflicción; desde todas partes fueron en su auxilio y, antes del anochecer, quedó de sobras desagraviado con la muerte de 6000 alamanes.[1129] Entre los monumentos de aquella época pueden rastrearse algunas otras victorias contra los sármatas y los germanos, mas esta pesquisa tediosa redundaría en poco recreo y menos instrucción.

Diocleciano y sus socios imitaron la conducta del emperador Probo en relación con los vencidos. Los bárbaros capturados, que compraron sus vidas con la servidumbre, se repartieron por las provincias y distritos (en Galia, particularmente, fueron asignados los territorios de Amiens, Beauvais, Cambrai,

Tréveris, Langres y Troyes)[1130] que habían quedado casi despoblados por las calamidades de la guerra. Los emplearon como pastores y labradores provechosamente, excluyéndolos del ejercicio de las armas, excepto en los trances de alistarlos para el servicio militar. Los emperadores tampoco les rehusaron la propiedad de las tierras, con un arrendamiento menos servil, en tanto los bárbaros solicitaran la protección de Roma. Se recibieron carpos, bastarnos y sármatas como pobladores de varias colonias y, con peligrosa condescendencia, se les consintieron sus costumbres y su independencia nacional.[1131] Se celebró con júbilo esta noticia en las provincias, pues los aterradores bárbaros se transformaban en labriegos o en mayorales conductores de los rebaños a las ferias, y contribuían con sus faenas a la abundancia pública. Se agradecía aquel refuerzo de súbditos y soldados, pero tanto ciudadanos como emperadores olvidaban que estaban dejando entrar en las entrañas del Imperio a millares de enemigos secretos, indignos de los favores o peligrosos sediciosos contra la opresión.[1132]

Mientras los Césares ejercitaban su coraje en las márgenes del Rin y del Danubio, la presencia de los emperadores fue requerida en los confines meridionales del orbe romano. Desde el Nilo hasta los montes Atlas, África estaba levantada en armas. Una confederación de cinco naciones moriscas provenientes del desierto había invadido las pacíficas provincias.[1133] Juliano había asumido la púrpura en Cartago[1134] y Aquileo en Alejandría, mientras los blemios renuevan o, más bien, continúan sus incursiones por el Alto Egipto. Apenas ha quedado algún relato de las hazañas de Maximiano por la parte occidental del África, pero parece, por el éxito, que guerreó veloz y decisivamente, que venció a los bárbaros más fieros de Mauritania y que los expulsó de los riscos, cuya inaccesibilidad

les daba ínfulas para ejercer una vida de rapiña y violencia.[1135]

Por su parte, Diocleciano comenzó la campaña con el sitio de Alejandría, cortó los acueductos que transportaban el agua del Nilo a todos los barrios de aquella ciudad inmensa,[1136] y, haciendo su campamento inexpugnable para las excursiones de la sitiada muchedumbre, ejecutaba sus ataques con cautelosa energía. Alejandría, acosada a hierro y fuego, a los ochos meses imploró la clemencia del vencedor, quien la trató con la mayor severidad. Millares de ciudadanos fenecieron en una matanza general, y apenas hubo algún sospechoso en Egipto que se eximiese de la muerte o por lo menos del destierro.[1137] El destino de Busiris y Coptos fue aún más aciago: estas orgullosas ciudades, la primera distinguida por su antigüedad y la segunda enriquecida por el tránsito del comercio de la India, fueron arrasadas enteramente por las armas y las órdenes terminantes de Diocleciano.[1138] Sólo el carácter de la nación egipcia, tan ingrata como medrosa, justificaría el excesivo rigor. Las sediciones de Alejandría solían comprometer el sosiego e, incluso, la subsistencia de Roma, y, desde la usurpación de Firmo, el Alto Egipto, continuamente en estado de rebelión, se había aliado con los salvajes de Etiopía. Aunque eran pocos los blemios desparramados entre la isla de Meroe y el mar Rojo, poco dispuestos a la guerra y toscamente armados,[1139] en los desórdenes públicos aquellos bárbaros que la Antigüedad, horrorizada con su monstruosidad, casi excluía de la especie humana, se envalentonaron y se levantaron como enemigos de Roma.[1140] Habían sido los ruines aliados de los egipcios y, como el gobierno estaba ocupado en guerras más trascendentales, seguían siempre atropellando a la provincia. Con el objetivo de contrarrestar dignamente a los blemios, Diocleciano persuadió a los nubios de que emigrasen de sus

desiertos de Libia, cediéndoles un territorio dilatado, pero inservible, entre Siene [actual Asuán] y las cataratas del Nilo, con la condición de que siempre respetarían y defenderían la frontera del Imperio. El tratado fue muy duradero, y hasta el establecimiento del cristianismo, que introdujo creencias más estrictas en el culto religioso, se ratificaba anualmente con un sacrificio en la isla Elefantina, donde romanos y bárbaros adoraban las mismas potestades visibles e invisibles del universo. [1141]

Al mismo tiempo que castigaba sus antiguos delitos, Diocleciano proveyó a los egipcios, para su resguardo y felicidad venidera, de varios reglamentos que se fueron revalidando y robusteciendo en los reinados sucesivos.[1142] Uno de los principales edictos, que en vez de condenarse como hijo de una celosa tiranía merece, al contrario, celebrarse como un acto de cordura y de humanidad.

Dispuso que se hiciesen las más eficaces pesquisas «de todos los libros antiguos que tratasen sobre el arte de fabricar plata y oro, y los arrojó sin conmiseración a las llamas, temeroso, dicen, de que la opulencia de los egipcios los inspirara a rebelarse de nuevo contra el Imperio».[1143] Sin embargo, si Diocleciano hubiera estado convencido de la realidad de aquel arte imponderable, en lugar de decretar su exterminio, habría aplicado sus cuantiosos productos al aumento del erario público. Resulta mucho más verosímil que su buen tino le puso de manifiesto la insensatez de tan grandiosas pretensiones, y que estaba deseoso de disuadir a sus súbditos de esa práctica irracional y dañina.

Es conveniente recordar que aquellos libros antiguos, atribuidos sin reparo a Pitágoras, a Salomón o a Hermes, eran fraudes místicos de creyentes más modernos, pues los griegos

desatendieron siempre el uso y el abuso de la química. En aquel repertorio inmenso donde Plinio depositó los descubrimientos, artes y errores del género humano, no se hace mención alguna de trasmutación de metales, y la persecución de Diocleciano es el primer suceso auténtico en la historia de la alquimia. La conquista de Egipto por los árabes difundió aquella vana ciencia por el mundo. Coincidente con la avaricia del corazón humano, su estudio cundió por la China y por Europa, con idéntico afán e igual éxito. La lobreguez de la Edad Media, que favoreció la atención sobre todo tipo de maravillas, y luego el renacimiento del aprendizaje dieron nuevo vigor a las esperanzas y ofrecieron nuevas artes para el engaño. La filosofía y la experiencia han desterrado por fin la alquimia, y la edad actual, enamorada de las riquezas, se aviene a galantearlas por el camino llano y seguro del comercio y la industria.[1144]

Luego de vencer a Egipto, se emprendió la guerra pérsica. El triunfo se alcanzó durante el reinado de Diocleciano, y la poderosa nación fue obligada a confesar, desde los sucesores de Artajerjes, la majestad predominante del Imperio Romano.

Ya habíamos visto que bajo el reinado de Valeriano Armenia fue sojuzgada por la traición y las armas de los persas, y que luego del asesinato de Cosroes la lealtad de sus más fieles amigos puso a salvo al niño Tirídates, su hijo y heredero, educado luego bajo la tutela de los emperadores. Con su destierro, Tirídates logró el brillo que jamás hubiera alcanzado en el trono de Armenia, por su temprano conocimiento de la adversidad, del género humano y de la disciplina romana. Se destacó en su juventud por actos de valentía, y ostentó su incomparable destreza y fortaleza en todos los ejercicios marciales, e incluso en las contiendas menos honoríficas de los Juegos Olímpicos.[1145] Lució más noblemente sus atributos luchando por su benefactor

Licinio,[1146] quien, en la sedición que terminó en la muerte de Probo (año 282), se expuso a gran peligro, y cuando la irascible soldadesca ya se dirigía hacia su tienda, el brazo único del armenio atajó a la multitud. Aquel agradecimiento de Tirídates contribuyó luego para su restablecimiento. En todos sus ascensos, Licinio fue siempre camarada de Galerio, cuyo mérito conocía bien Diocleciano, incluso mucho antes de alcanzar la jerarquía de César. Finalmente, en el tercer año del gobierno de este emperador, Tirídates fue investido con el reino de Armenia: la justicia de esta medida evidenciaba su propiedad, pues era ya hora de rescatar de la usurpación del monarca persa un territorio de suma importancia, que, desde el reinado de Nerón, el Imperio concedía a la rama menor de la casa de Arsaces.[1147]

Cuando Tirídates llegó a la frontera de Armenia (año 286), fue recibido con expresiones de júbilo y lealtad, pues en aquellos 26 años el país había estado soportando todas las penurias reales o imaginarias de un yugo extranjero. Los monarcas persas engalanaban su nueva conquista con edificios ostentosos, pero el pueblo los aborrecía pues habían sido levantados a expensas de su esclavitud.

El temor a la rebelión provocaba cautelas extremadas: la opresión se agravaba con el insulto, y la conciencia del odio popular había ido abortando medidas que lo podrían haber hecho más implacable. Ya conocemos la intolerancia de la religión maga: las estatuas de los reyes divinizados de Armenia y las sagradas imágenes del sol y de la luna fueron quebradas por los conquistadores, y se encendió y conservó el fuego perpetuo de Ormuz en el altar erigido en la cima del monte Bagaván.[1148]

Es natural que un pueblo exasperado con tantas injurias se arme fervorosamente en defensa de su religión, su independencia y su soberano hereditario. El torrente volteó

todos los obstáculos y las guarniciones persas emprendieron la retirada ante esa furia incontrastable. La nobleza armenia hizo flamear el estandarte de Tirídates, alegando méritos anteriores, ofreciendo sus futuros servicios y solicitando al nuevo rey aquellos honores y recompensas de los que habían sido usurpados por el gobierno invasor.[1149] Le otorgaron el mando del ejército a Artavasdes, cuyo padre había sido el salvador de la niñez de Tirídates, y cuya familia había sido asesinada por acción tan generosa. Por su parte, el hermano de Artavasdes recibió el gobierno de una provincia. El sátrapa Otas, sujeto comedido y valeroso, recibió el principal cargo militar; le presentó su hermana al rey junto con una cuantiosa fortuna, que Otas había conservado intactas en una fortaleza lejana.[1150]

Entre la nobleza armenia surgió un aliado cuyas acciones no deben ser olvidadas. Su nombre era Mamgo; de origen escita, estaba al mando de una horda que unos años antes había acampado en los confines del Imperio Chino,[1151] que por entonces se extendía hasta las inmediaciones de la Sogdiana.[1152] Mamgo, enemistado con su señor, se retiró con sus secuaces a las orillas del río Oxo [actual Amu Darya], donde imploró el amparo de Sapor. El emperador de China reclamó al fugitivo en virtud de su derecho de soberanía. El monarca persa abogó por las leyes de la hospitalidad, y trabajosamente pudo evitar la guerra, prometiendo desterrar a Mamgo al extremo occidental, castigo, según su descripción, no menos horroroso que la muerte. Se eligió Armenia para su destierro, y allí se le asignó una gran región a la horda escita, donde pudiera pastorear sus ganados lanares y vacunos, e ir trashumando según el cambio de las estaciones. Los escitas fueron usados para rechazar la invasión de Tirídates, pero el caudillo, luego de pesar obligaciones y agravios de parte del monarca persa, decidió abandonar su

posición. Cuando el príncipe armenio se enteró del mérito y la potestad de Mamgo, lo agasajó sobremanera y, al admitirlo dentro de su círculo de confianza, se ganó un servidor valeroso y leal, que contribuyó eficazmente a su restablecimiento.[1153]

La suerte le sonrió por algún tiempo a la esforzada valentía de Tirídates. No sólo expulsó a los enemigos de su familia y su patria de todo el ámbito de Armenia, sino que, en el afán de su desagravio, se internó hasta el corazón de Asiria. El historiador que rescató del olvido la memoria de Tirídates va describiendo con entusiasmo nacional sus proezas personales y, a la manera de una novela oriental, cuenta los gigantes y elefantes que caen bajo la fuerza de su brazo invencible. Por otra fuente descubrimos la confusa situación de la monarquía persa, que favoreció bastante al rey de Armenia. Dos hermanos disputaban ambiciosamente el trono, y Hormuz, tras aplicar sin éxito la fuerza de su propio partido, buscó la peligrosa ayuda de los bárbaros instalados en las orillas del mar Caspio.[1154] Sin embargo, la guerra civil terminó rápidamente, ya mediante una victoria o un convenio. Narsés, que había sido reconocido por todos como rey de Persia, dirigió todas sus fuerzas contra el enemigo extranjero. Se desniveló así la contienda, y la valentía del héroe armenio no fue suficiente para contrarrestar el poderío del monarca. Tirídates, expulsado del trono de Armenia por segunda vez, se refugió de nuevo en la corte imperial. Luego Narsés restableció su autoridad sobre la sublevada provincia, y, clamando contra el amparo concedido por los romanos a los rebeldes y fugitivos, aspiraba a la conquista de Oriente.[1155]

Ni la prudencia ni el honor podían permitir que los emperadores abandonaran la causa del rey de Armenia, y así se dispuso utilizar toda la fuerza del Imperio en la guerra pérsica (año 296). Diocleciano, con la sosegada dignidad que de

continuo lo acompañaba, se estableció en la ciudad de Antioquía, desde donde organizó y dispuso las operaciones militares.[1156] Se encargó el mando de las legiones a la intrepidez de Galerio, quien se trasladó para ello desde las orillas del Danubio a las del Éufrates. Los ejércitos se enfrentaron en las llanuras de Mesopotamia; las dos primeras escaramuzas tuvieron un resultado dudoso, pero el tercer choque fue más formal y aun decisivo, y el ejército romano fue completamente derrotado a causa de la imprudencia de Galerio, que embistió a las numerosas tropas de los persas con un reducido regimiento.[1157] Sin embargo, la delineación del terreno suministra una causa más obvia para la derrota. El sitio del encuentro ya era famoso por el fallecimiento de Craso y la matanza de diez legiones. Era una llanura de más de sesenta millas [unos 100 km] entre las colinas de Caria y el río Éufrates, un desierto de arena, todo aridez lisa y estéril, sin una loma, sin un árbol ni un manantial de agua fresca.[1158] La maciza infantería romana, exánime por el calor y la sed, ni podía aspirar a la victoria conservándose cerrada, ni abrir sus filas sin exponerse a un exterminio. En esa situación, el número superior del enemigo la fue acorralando, hostigándola más y más con sus rápidos giros y con las flechas de su caballería. El rey de Armenia descolló en la batalla, y alcanzó la gloria personal pese a la desdicha pública. Perseguido hasta el Éufrates y herido su caballo, parecía imposible que se librase del enemigo victorioso. En aquel trance, Tirídates aprovechó el único refugio que tenía a la vista: se apeó y se arrojó a la corriente; la coraza era pesada, el río era caudaloso y muy ancho por aquella parte;[1159] mas tal era su brío y su destreza, que logró ponerse a salvo en la margen opuesta.[1160] En cuanto al general romano, ignoramos las particularidades de su escapada; pero, al regresar a Antioquía, Diocleciano lo recibió,

ya no con el cariño de un amigo y un compañero, sino con la ira de un soberano agraviado. Aquel personaje tan altanero, revestido con la púrpura, pero agobiado con la ruina de su error y su fracaso, tuvo que seguir la carroza del emperador más de una milla [1,6 km] a pie, y estar allí mostrando ante la corte y el ejército el espectáculo de su desventura.[1161]

Luego de desahogar su íntimo resentimiento y afirmar la majestad del poder supremo, Diocleciano accedió a las humildes peticiones de Galerio, y le permitió volver por su honor y el de las armas romanas (año 297). En lugar de las tropas endebles del Asia que componían probablemente su primera expedición, se organizó un segundo ejército con los veteranos y reclutas de la frontera iliria y un cuerpo considerable de auxiliares godos a sueldo del Imperio.[1162] Galerio, a la cabeza de una hueste selecta de veinticinco mil hombres, volvió a cruzar el Éufrates; pero en vez de llevar sus legiones indefensas por las llanuras de Mesopotamia, avanzó por las montañas de Armenia, donde halló moradores afectos a su causa y un país tan favorable para los movimientos de la infantería como adverso para las operaciones de la caballería.[1163] La adversidad confirmó la disciplina romana, mientras que los bárbaros, engreídos con sus triunfos, se relajaron y adormecieron en tanto grado, que, cuando menos lo esperaban, fueron sorprendidos por Galerio, quien, sin más escolta que la de dos mil caballos, había ido reconociendo todo su campamento. Cualquier sorpresa, y más nocturna, solía ser fatal para las huestes persas. «Los persas tenían los caballos atados e, incluso, trabados para evitar que se escaparan, y si ocurría una alarma, tenían que ajustarse los cascos, embridar los caballos y ponerse las corazas antes de poder montar.»[1164]

En esta ocasión, la embestida repentina de Galerio desbarató

y desalentó el campamento entero de los bárbaros. Tras una leve resistencia, la matanza recrudeció y, en el desconcierto general, el monarca herido (pues Narsés comandaba sus ejércitos en persona) huyó hacia los desiertos de Media. Sus tiendas lujosas y las de sus sátrapas fueron el gran botín del vencedor, y aún se recuerda cierta particularidad que demuestra la ignorancia rústica pero marcial de las legiones en las elegantes superficialidades de la vida. Cayó en manos de un soldado un saquillo de tafilete lleno de perlas; guardó esmeradamente el saco y arrojó su contenido, pues consideraba que no tenía ningún valor lo que no era de provecho.[1165] Pero la pérdida principal de Narsés era más sensible, pues quedaron cautivas en la derrota varias mujeres suyas, hermanas y niñas que iban en la comitiva; pero aunque la índole de Galerio guardaba poca semejanza con la de Alejandro, imitó, tras su victoria, la amable conducta del macedonio con la familia de Darío. Resguardadas de todo saqueo y tropelía, escoltadas a buen recaudo las mujeres y niñas de Narsés, se las trató con todo el respeto y agasajo debidos por un enemigo generoso a su edad, su sexo y su regia jerarquía.[1166]

Mientras Oriente esperaba ansioso el resultado de esta gran contienda, el emperador Diocleciano reunía en Siria un poderoso ejército de observación y ostentaba el poderío romano, reservándose a sí mismo para el esfuerzo final de toda la guerra. Enterado de la victoria, decidió avanzar hasta la frontera para detener con su presencia y consejos la jactancia de Galerio. El encuentro de los príncipes romanos en Nisibis fue acompañado de respeto por una parte y de aprecio por la otra; y luego dieron allí mismo audiencia a los ministros del Gran Rey.[1167] Quebrantado el poderío, o al menos su ánimo con la última derrota, Narsés consideró imprescindible una paz inmediata.

Comisionó a su privado Afarban para negociar un tratado, o más bien avenirse a cualesquiera condiciones que impusiera el vencedor. Afarban comenzó su conferencia expresando el agradecimiento de su amo por el generoso agasajo que merecía su familia, y solicitó la libertad de tan ilustres cautivos. Celebró la valentía de Galerio sin minar la reputación de Narsés, y no sintió vergüenza al reconocer la superioridad del César victorioso sobre un monarca que sobrepasaba en gloria a todos los príncipes de su raza. Pese a la justicia de la causa persa, traía credenciales para poner todas sus diferencias en manos de los mismos emperadores, convencido de que no olvidarían, aun en medio de su prosperidad, las vicisitudes de la suerte. Afarban terminó a la manera de las alegorías orientales, expresando que las monarquías romana y persa eran los dos ojos del mundo, el cual quedaría mutilado e imperfecto si alguno de los dos desaparecía.

«Por cierto que les corresponde a los persas —contestó Galerio con un rapto de saña que le estremeció todo su cuerpo — explayarse sobre las idas y vueltas de la suerte y venir tranquilamente a darnos lecciones sobre las virtudes de la *moderación*. Recuerden su propia *moderación* con el desventurado Valeriano, a quien vencieron con traiciones y lo trataron de manera indignante. Lo tuvieron detenido hasta el fin de su vida en una prisión deshonrosa, y luego expusieron su cadáver al perpetuo oprobio.» Luego de calmarse, Galerio le dijo al embajador que nunca los romanos golpeaban al enemigo caído, y que en este caso procederían con su acostumbrado decoro y no como lo merecían los persas. Le prometió a Afarban que luego le haría saber a Narsés las condiciones que podría obtener de la clemencia de los emperadores para firmar una paz duradera, con la restitución de sus mujeres y niños. En esta

conferencia se puede ver el arrebatamiento de Galerio, así como su acatamiento a la sabiduría y autoridad de Diocleciano. El primero ya se lanzaba a la conquista de Oriente y proponía incorporar Persia a las demás provincias, pero la cordura del otro, afecto a la política moderada de Augusto y de los Antoninos, aprovechó la coyuntura propicia para coronar una guerra venturosa con una paz honorífica y aventajada.[1168]

Los emperadores, en cumplimiento de su oferta, nombraron después a Sicorio Probo, uno de sus secretarios, para informar a la corte de Persia su resolución final. Como embajador de paz, fue recibido con cortesía y amabilidad; mas, como pretexto de proporcionarle el descanso necesario tras su dilatado viaje, la audiencia de Probo se fue posponiendo día tras día, y siguiendo los pausados movimientos del rey, hasta que por fin fue recibido junto al río Asprudo, en Media. El secreto motivo de Narsés para la demora había sido ir juntando fuerzas para negociar en mejores condiciones, aunque sinceramente estaba ansioso por alcanzar la paz. Sólo tres individuos participaron de tan importante conferencia: el ministro Afarban, el prefecto de la guardia y un oficial que había estado como comandante en la frontera armenia.[1169] La primera condición propuesta por el embajador no era muy clara: pidió que se nombrase la ciudad de Nisibis como punto de intercambio mutuo; en otras palabras, como centro del comercio entre ambos imperios. Esto iba de acuerdo con la intención de los príncipes romanos de mejorar sus rentas con algunas restricciones sobre el comercio, pero, como Nisibis estaba en sus dominios y eran dueños de entradas y salidas, tales trabas corresponderían más bien a una ley nacional que a un tratado extranjero; y para realizarlas se requerían probablemente ciertos pactos con el rey de Persia. Sin embargo, parece que esto correspondía con su interés o su

dignidad, y no pudieron persuadirlo de que firmara. Y como éste fue el único punto al que negó su beneplácito, no se insistió más en él, y los emperadores abrieron el comercio a sus conductos naturales, o se contentaron con ir restringiéndolo como cabía a su propia autoridad.

Superada esta dificultad, se firmó solemnemente la paz y quedó ratificada entre ambas naciones. Las condiciones de un tratado tan glorioso para el Imperio Romano y tan preciso para Persia merecen particular atención, pues la historia de Roma no suele ofrecer transacciones de similares proporciones, en tanto la mayoría de las guerras habían terminado en conquistas absolutas o se habían emprendido contra bárbaros analfabetos.

I) El Abora o, como le llama Jenofonte, Araxes [actual Araks] delimitaba ambas monarquías.[1170] Este río, que nace junto al Tigris, recibía poco más abajo de Nisibis al riachuelo Migdonio, bañaba los muros de Síngara y desaguaba en el Éufrates en Circesio, pueblo fronterizo fortificado con esmero por Diocleciano.[1171] La Mesopotamia, que había sido objeto de tantas guerras, quedó incorporada al Imperio, y los persas, en este tratado, renunciaron a toda pretensión sobre aquella gran provincia.

II) Los persas cedieron a los romanos cinco provincias más allá del Tigris,[1172] cuya situación formaba una frontera provechosa, y más con las mejoras que el arte y la práctica militar añadieron a sus ventajas naturales. Cuatro de ellas, al norte del río, eran unos distritos pequeños y olvidados: Intilino, Zabdiceno, Arzaneno y Moxoeno; pero al este del Tigris, el Imperio adquirió el gran territorio montañoso de Cardueno, el antiguo territorio de los carducios, quienes preservaron por largos siglos su libertad en el mismo corazón de las monarquías despóticas del Asia. Los diez mil griegos atravesaron su país en

una marcha trabajosa, o más bien en una confrontación de siete días; su caudillo confesó, en su incomparable relato de la retirada, que padecieron más por los flechazos de los carducios que por todo el poderío del Gran Rey.[1173] Sus descendientes, los kurdos, con una pequeña alteración del nombre y las costumbres, están reconociendo nominalmente la soberanía del sultán turco.

III) Casi es innecesario añadir que Tirídates, el aliado leal de Roma, fue restablecido en el trono de sus padres, y que los derechos de la supremacía imperial quedaron protegidos y asegurados. Los límites de Armenia se extendieron hasta la fortaleza de Sinta, en Media, y este aumento de dominio fue más bien obra de justicia que de liberalidad, puesto que de las provincias ya citadas más allá del Tigris, las cuatro primeras se habían separado de la corona de Armenia gracias a los partos.[1174] Cuando los romanos tomaron posesión de ellas, estipularon, a costa de los usurpadores, una amplia compensación que incrementaba los territorios de su aliado con la fértil y dilatada comarca de Atropatene [también llamada Atropates]. Su ciudad principal, quizás en el mismo lugar de la moderna Tauris [actual Tabriz], solía ser la residencia de Tirídates, y, como a veces se llamaba también Ecbátana, imitaba, en edificios y fortificaciones, la esplendorosa capital de los medos.[1175]

IV) El país de Iberia era estéril y sus habitantes eran rudos y salvajes. También eran aguerridos y separaban el Imperio de otros bárbaros aún más feroces y formidables. Las gargantas del Cáucaso estaban en sus manos, y eran quienes admitían o rechazaban las tribus errantes de Sarmacia, cuando su afán rapaz las incitaba a internarse por los ricos climas del Sur.[1176] El nombramiento de los reyes de Iberia, cedido por el monarca

persa a los emperadores, redundó en fortaleza y seguridad del poderío romano en Asia.[1177] Oriente disfrutó de un profundo sosiego por espacio de 40 años, y el tratado entre las monarquías rivales fue observado hasta la muerte de Tirídates, cuando una nueva generación, impulsada por distintos puntos de vista y diferentes anhelos, lo sucedió en el gobierno del mundo, y el nieto de Narsés emprendió una guerra larga y memorable contra los príncipes de la casa de Constantino.

De esta manera se logró rescatar al acongojado Imperio de las manos tiránicas y bárbaras de una serie de campesinos ilirios. En el vigésimo aniversario de su reinado (20 de noviembre de 303), Diocleciano solemnizó aquella época memorable, como también el éxito de sus armas, con la pompa de un triunfo romano.[1178] Maximiano, quien compartía con él su poder, fue su compañero único en aquel día esplendoroso. Los dos Césares habían peleado y vencido, mas el mérito de sus hazañas, según las máximas rigurosas y antiguas, se cifraba completamente en los auspicios benéficos de sus padres y emperadores.[1179] Quizás el triunfo de Diocleciano y Maximiano no haya sido tan magnífico como los de Aureliano y Probo, pero por diversas circunstancias fue recordado con mayor fama y mejor fortuna. África y Britania, el Rin, el Danubio y el Nilo suministraron sus respectivos trofeos, pero su gala descollante era de naturaleza más singular: una victoria pérsica acompañada de grandiosa conquista. Las representaciones de ríos, montes y provincias eran arrastradas tras la carroza imperial, y las imágenes de las mujeres, hermanas y niños del Gran Rey, cautivos todos, cebaban placenteramente la vanidad del pueblo.[1180] La posteridad ha recordado este triunfo por una distinción menos honorable: fue el último que vio Roma, pues, tras esta temporada, dejaron ya de vencer los emperadores y Roma dejó

de ser la capital del Imperio.

El solar fundacional de Roma fue consagrado por ceremonias antiguas y milagros imaginados. La presencia de un dios o la memoria de algún héroe vivificaba cada punto de la ciudad, y el imperio del mundo era prometido al Capitolio.[1181] Los romanos percibían y exhalaban el halagüeño embeleso, heredado ya de sus abuelos, fomentado por sus más viejas costumbres y hasta cierto punto protegido por la confianza de su trascendencia política. La forma y el asiento del gobierno iban de la mano, y era inconcebible trasladar uno sin destruir a la otra.[1182] Mas aquella soberanía de la capital se fue desplomando con la extensión de las conquistas; las provincias se fueron nivelando con ella, y las naciones vencidas adquirieron el nombre y las prerrogativas, sin absorber las preocupaciones peculiares de los romanos. Sin embargo, durante largo tiempo, los restos de la constitución y la fuerza de la costumbre preservó la dignidad de Roma, y hasta los emperadores, aunque fueran africanos o ilirios, respetaban a su patria adoptiva como el sitial de su poderío y el centro de sus grandiosos dominios. Los trances de la guerra solían requerir su presencia en las fronteras, pero fueron Diocleciano y Maximiano los primeros príncipes romanos que se establecieron en las provincias, y su conducta, aunque movida de razones personales, se ajustaba a los dictámenes de la política. La corte del emperador de Occidente solía residir en Milán, cuya situación al pie de los Alpes parecía más adecuada que la de Roma para vigilar los movimientos de los bárbaros de Germania. Así, Milán fue asumiendo los esplendores de una ciudad imperial: sus palacios eran grandes y bien construidos; los modales de la gente eran finos y esplendorosos. Circo, teatro, casa de moneda, alcázar y baños llevaban el nombre de su fundador Maximiano; pórticos

adornados de estatuas y un recinto doble de murallas embellecían la nueva capital, sin que al parecer la desairase la misma Roma con su cercanía.[1183] Era tanto el afán de Diocleciano de competir con la majestad de Roma, que dedicó sus ocios y las riquezas de Oriente al realce de Nicomedia [actual Ízmit], ciudad ubicada en el confín de Asia y Europa, casi a igual distancia entre el Danubio y el Éufrates. Con la afición del monarca y a expensas del pueblo, Nicomedia descolló en pocos años con tan brillante magnificencia, que vino a ser una segunda Roma, Antioquía o Alejandría en extensión y población.[1184] La vida de Diocleciano y de Maximiano fue una vida de acción, y una gran parte se desarrollaba en campamentos o en largas y frecuentes marchas; pero cuando las ocupaciones públicas les daban respiro, parece que reposaban placenteramente en sus residencias predilectas de Milán o de Nicomedia. No consta que Diocleciano, hasta el año vigésimo de su reinado, cuando celebró su triunfo romano, hubiese jamás asomado por la antigua capital del Imperio, y aun con tan plausible motivo no pasó allí ni dos meses. Disgustado con la familiaridad insolente de la plebe, dejó Roma precipitadamente, trece días antes que, según se esperaba, se apareciese en el Senado investido con las insignias de la dignidad consular.[1185]

El desagrado que manifestó Diocleciano con Roma y con su libertad no provenía de un capricho momentáneo, sino de su estudiada política. El astuto príncipe había formado un nuevo sistema de gobierno imperial, que luego sería completado por la familia de Constantino; y, así como se conservaba en el Senado la estampa casi sagrada de la constitución antigua, acordó privar a aquel cuerpo de los escasos restos de su realce y poder. Podemos aquí recordar, ocho años antes de la asunción de Diocleciano, la grandeza pasajera y las esperanzas

descompasadas del Senado romano. Mientras prevaleció aquel entusiasmo, varios nobles ostentaron su interés en la causa de la libertad; pero, luego que los sucesores de Probo se retiraron del partido republicano, los senadores no pudieron disimular su impotente pesadumbre. Maximiano, como soberano de Italia, se encargó de refrenar estos anhelos, más incómodos que temibles, y su cruel temperamento era harto adecuado para el intento. Acusó de complotar a los prohombres del Senado que Diocleciano trataba con esmerado aprecio, y la posesión de una villa elegante o de una campiña bien cultivada eran interpretadas como evidencia de algún delito.[1186] El campamento de los pretorianos, que por largo tiempo había estado oprimiendo la majestad de Roma, trató de protegerla; y, por cuanto aquella tropa altanera era consciente de la decadencia de su poder, se manifestaba desde luego propensa a aliarse con el Senado. Diocleciano, con prudente mesura, fue reduciendo imperceptiblemente el número de los pretorianos y aboliendo sus privilegios,[1187] para luego reemplazarlos con dos legiones leales de lliria que, bajo los nuevos títulos de jovianos y herculianos, se destinaron a desempeñar el servicio de los guardias imperiales.[1188] Pero la herida mortal, aunque encubierta, que recibió el Senado de mano de aquellos emperadores consistió en el resultado inevitable de su ausencia, pues, mientras los soberanos moraban en Roma, aquella gran junta podía ser atropellada, pero no desatendida. Los sucesores de Augusto ampliaron su poderío, dictando cuantas leyes les aconsejaba su sabiduría o su antojo, mas las ratificaba siempre la sanción del Senado. El modelo de la antigua libertad era preservado en las deliberaciones y decretos, y aquellos príncipes cabales que se avenían a las preocupaciones del pueblo romano tenían que conformarse hasta cierto punto con el lenguaje y el

comportamiento del general y primer magistrado de la república. Ostentaban en el ejército y en las provincias la dignidad de monarcas, y, al fijar su residencia lejos de la capital, prescindieron siempre de la diplomacia que había recomendado Augusto a sus sucesores. En el ejercicio de su potestad legislativa, como en el de la ejecutiva, el soberano recibía el consejo de sus ministros, en vez de consultar con la gran junta de la nación. El nombre del Senado era aludido honoríficamente hasta los postreros tiempos del Imperio, y la vanidad de sus miembros se pagaba con distinciones honorarias; [1189] pero la asamblea, que por tanto tiempo fue el manantial y luego el instrumento del poder, se hundió en el olvido. Así, el Senado, totalmente separado ya de la corte imperial y de la constitución reinante, quedó como un monumento venerable, pero inservible, de antigüedad en el monte Capitolino.

Cuando los príncipes romanos dejaron de lado al Senado y la vieja capital, les resultó fácil olvidar el origen y el jaez de su potestad legal. Los cargos civiles de cónsul, procónsul, censor y tribuno, por cuyo medio se había labrado, manifestaban al pueblo su principio republicano. Estos modestos dictados fueron dejados de lado,[1190] y si acaso señalaban su encumbramiento denominándose aún emperadores, o *imperator*, se le daba otro sentido más digno a la palabra, y no expresaba ya al general de los ejércitos romanos, sino al soberano del conjunto, o sea del orbe romano. El nombre de emperador, que pronto fue meramente militar, se asoció con otro más servil: el epíteto de *dominus* o señor, que primitivamente no significaba la autoridad de un príncipe sobre los súbditos o de un caudillo sobre sus guerreros, sino la autoridad despótica de un amo sobre sus esclavos domésticos.[1191] Queda claro por qué fue airadamente desechado por los primeros Césares; sin embargo,

luego fueron reduciendo su repugnancia, al tiempo que se excusaba su odiosidad; finalmente, el encabezamiento de *nuestro amo y emperador* no sólo fue tributado por la lisonja, sino que se tornó corriente en las leyes y los monumentos públicos. Adjetivos tan altisonantes debían encumbrar y saciar la mayor vanidad, y si los sucesores de Diocleciano no usaron nunca el título de rey, más parece que fue por delicadeza que por moderación. Por dondequiera que se estilaba la lengua latina (y aquél era el idioma del gobierno por todo el Imperio), el título imperial llevaba consigo un concepto más grandioso que el de rey, compartido con un sinnúmero de caudillos bárbaros y que a lo sumo podía derivar de Rómulo o de Tarquino. Pero los sentimientos orientales eran muy diferentes de los occidentales. Desde tiempos primitivos, los soberanos del Asia se habían nombrado en el idioma griego con el título de *basileus* o rey, y en tanto era considerado la mayor dignidad entre los hombres, lo usaron aquellos rendidos súbditos de Oriente en sus rastreros recursos al trono romano.[1192] Diocleciano y Maximiano también usurparon los atributos, o al menos los títulos, de la *Divinidad*, traspasándolos a una serie de emperadores cristianos.[1193] No obstante, estos extravagantes cumplidos perdieron su impiedad al ir perdiendo su significado, y, cuando el oído se habituó a su sonido, sonaban indiferentemente como muestras vagas, aunque excesivas, de respeto.

Desde Augusto hasta Diocleciano, los príncipes romanos conversaban familiarmente con sus conciudadanos y recibían el mismo saludo que los senadores y magistrados. Su distintivo principal era un manto imperial o militar de púrpura; el traje senatorio llevaba una tira, o más bien una cenefa ancha, y el de los caballeros una muy angosta del mismo color. La fanfarronería, o sea la política, de Diocleciano lo llevó a

introducir estudiadamente la suntuosidad ostentosa de la corte de Persia.[1194] Se animó a ceñir su sien con la corona, adorno abominado por los romanos como insignia regia, y cuyo uso se había conceptuado como el rapto más frenético de Calígula. La corona era simplemente una redecilla blanca y ancha con perlas engarzadas, que abarcaba la frente de los emperadores. Los ropajes lujosos de Diocleciano y sus sucesores eran de seda y oro, y se remarcó con indignación que incluso llevaba el calzado adornado de pedrería. Cada día era más difícil acercarse a su sagrada persona, pues se iban instaurando nuevas formalidades ceremoniosas, y las cercanías del palacio eran custodiadas desveladamente por varias *escuelas*, como dieron en llamarlas, de oficiales palaciegos. El resguardo de las estancias interiores se confió a la esmerada vigilancia de los eunucos, cuyo aumento en número y en privanza era la muestra más terminante de la preponderancia del despotismo. Cuando un súbdito llegaba por fin a la presencia imperial, tenía que postrarse, sin excepción de jerarquías, para adorar a la moda oriental la divinidad de su amo y señor.[1195] Diocleciano era un hombre sensato en el discurso de su vida pública y privada, y no pudo menos de justipreciarse a sí mismo y a todo el linaje humano; por ello no es fácil entender que haya sustituido con las costumbres persas las maneras de Roma sólo por su vanidad. Se decía a sí mismo que la suntuosidad de aquel lujo esplendoroso embargaría la fantasía de la muchedumbre; que el monarca viviría a salvo del iracundo desenfreno del populacho y la soldadesca, por cuanto se ocultaba a la vista del público, y que el ejercicio de sumisión debía al fin producir cierto impulso de veneración. Tanto el comedimiento aparente de Augusto como el esplendor introducido por Diocleciano eran una representación teatral; pero en suma, de ambas farsas, la primera tenía un temple más

ameno y varonil que la segunda; era aquélla todo disfraz, mientras que la otra buscaba ostentar el poderío ilimitado que los emperadores estaban ejerciendo sobre todo el orbe romano.

La ostentación era el primer principio del sistema planteado por Diocleciano, así como la división el segundo. Dividió el Imperio, las provincias, y luego todos los ramos del régimen civil y militar. Añadió ruedas a la máquina del Estado, por lo que se desempeñó de manera más lenta, pero más segura. Así, tanto las ventajas como los defectos de aquellas innovaciones deben achacarse en gran parte a su autor; mas, como el sistema se fue extendiendo y completando gradualmente en manos de los sucesores, será más acertado considerarlo cuando llegue a la cumbre de su madurez.[1196] Reservaremos, entonces, para el reinado de Constantino el cuadro más esmerado del nuevo Imperio, y nos ceñiremos a deslindar el diseño que delineó Diocleciano con su propia mano. Él se asoció con tres compañeros para el desempeño de la potestad suprema, y, convencido de que la suficiencia de un solo individuo no alcanzaba al afianzamiento del Imperio, estableció el conjunto de cuatro príncipes, no como un resguardo temporal, sino como ley fundamental de la constitución.

Instituyó que los dos príncipes mayores se ciñesen esclarecidamente la corona con el título de *Augustos*; éstos, según su afecto o su aprecio, debían invariablemente buscar la asistencia de dos compañeros a sus órdenes; y los *Césares*, encumbrados luego a la suma jerarquía, irían suministrando una sucesión incesante de emperadores. El Imperio fue dividido en cuatro partes: Oriente e Italia eran las más honoríficas, y las del Danubio y del Rin, las más trabajosas. Las primeras requerían la presencia de los Augustos y las segundas se encargaban al régimen de los Césares. La fuerza de las legiones estaba en

manos de los cuatro partícipes de la soberanía. En cuanto al gobierno civil, los emperadores supuestamente desempeñaban la potestad indivisible del monarca, y sus edictos, encabezados con los nombres de todos, se recibían en todas las provincias como promulgados por su mutuo dictamen y predominio. Entre tantas precauciones, se fue relajando la unión política del mundo romano, y se entrometió un principio de división que pocos años después acarreó la separación terminante de los Imperios oriental y occidental.

El sistema de Diocleciano conllevaba otro problema que no debe desatenderse: fue un gobierno más costoso, y por consiguiente recargó de impuestos y oprimió al pueblo. En vez de una familia decorosa de esclavos y libertos, que satisfacían la simple grandeza de Augusto y Trajano, se establecieron tres o cuatro cortes lujosas en varios puntos del Imperio, y otros tantos reyes romanos competían entre sí y con el monarca persa por la insensata superioridad en fastuosidad y magnificencia. El número de ministros, magistrados, oficiales y sirvientes que fueron incorporados a los varios ramos del Estado creció inconmensurablemente, y —si podemos usar la frase expresiva de un contemporáneo— «cuando la porción agraciada sobrepujó a la contribuyente, se desplomaron las provincias con el peso de los tributos».[1197] Desde aquel momento hasta el fin del Imperio, sonaron incesantemente quejas y clamores. Cada escritor, según su creencia o su situación, toma a Diocleciano o a Constantino, a Valente o a Teodosio, por blanco de sus vituperios, pero todos coinciden en calificar los impuestos, especialmente el territorial e individual, de gravamen redoblado e intolerable. De esta concurrencia, un historiador imparcial, obligado a extraer la verdad de la sátira y del panegírico, se verá inclinado a repartir la culpa entre los príncipes que son acusados

y a atribuir sus demandas menos a sus vicios personales que al uniforme sistema de su administración. Aunque fue Diocleciano el autor de aquel sistema, durante su reinado se mantuvo el daño en los límites de la modestia y la discreción, y merece el reproche de haber sido quien estableció los perniciosos precedentes más que un opresor efectivo.[1198] Se debe añadir que sus rentas se manejaban con discreta economía, y que, después de cubiertas las atenciones corrientes, todavía quedaba en el erario una reserva cuantiosa para ayudar a generosas liberalidades y a cualquier emergencia inesperada.

A los veinte años de su reinado, Diocleciano tomó su resolución memorable de renunciar al Imperio, rasgo más propio del mayor o del menor de los Antoninos que de un príncipe ajeno de toda filosofía, así en la carrera como en el desempeño de su autoridad suprema. Diocleciano se ganó la gloria de haber dado al mundo el primer ejemplo de una renuncia,[1199] pero sus imitadores han escaseado sobremanera. Sin embargo, inmediatamente viene a nuestra memoria la comparación con Carlos V, no sólo desde que la elocuencia de un historiador moderno ha familiarizado a todo lector inglés con aquel nombre, sino también por una semejanza idéntica en el temperamento de ambos emperadores, cuyas habilidades políticas descollaban sobre las militares, y cuyas especiales virtudes eran más bien hijas del estudio que de la naturaleza. Parece que reveses de fortuna anticiparon la dimisión de Carlos, y que el fracaso de sus planes predilectos lo movió a abandonar un poderío, que consideraba inadecuado a su ambición. Sin embargo, el reinado de Diocleciano fue una próspera cadena de éxitos, y hasta que no dejó vencidos sus enemigos y completados sus objetivos, no parece que haya formalizado su intención de renunciar al Imperio. Ni Carlos ni Diocleciano se hallaban en

edad avanzada, pues uno tenía cincuenta y cinco años y el otro no pasaba de cincuenta y nueve; pero la vida atareada de ambos, sus guerras, viajes, desvelos del trono y ahínco en los negocios les habían quebrantado ya sus naturalezas y provocado los achaques de una vejez anticipada.[1200]

En el rigor de un invierno lluvioso y crudo (año 304), Diocleciano dejó Italia a poco de su triunfo, y se dirigió a Oriente por las provincias ilirias. La intemperie y el cansancio le acarrearon una dolencia crónica, que, aunque a marchas pausadas y encerrado en su litera, se fue agravando sobremanera al asomo del otoño y antes de llegar a Nicomedia. Estuvo confinado en su palacio durante todo el invierno; su enfermedad inspiraba una natural y general preocupación y la gente juzgaba las alternativas de su indisposición por el gozo o el desconsuelo que se retrataban en los semblantes de su servidumbre. Se propagó el rumor general de su muerte y que los palaciegos la estaban ocultando para precaver los disturbios que pudieran sobrevenir con la ausencia del César Galerio. Finalmente, Diocleciano apareció en público el 1.º de marzo, pero tan delgado y macilento, que apenas podían conocerlo sus familiares. Ya había logrado vencer en la lid con que batallaba hacia más de un año entre el desvelo por su salud y por su dignidad. Requería la primera desahogo y distracción, pero el afán del mando lo obligaba a manejar desde el lecho de su dolencia las riendas del Estado. Acordó terminar holgadamente sus días, retraer ya su esclarecida gloria de los alcances de la suerte, y traspasar el teatro del mundo a sus lozanos y activos asociados.[1201]

Se celebró la ceremonia de su renuncia (1.º de mayo de 305) en una ancha llanura, como a tres millas [4,83 km] de Nicomedia. Subió el emperador a su encumbrado trono y, en

un discurso despejado y grandioso, manifestó su ánimo al pueblo y a los soldados que se habían agolpado con motivo tan extraordinario. Se despojó de la púrpura, pasó entre la muchedumbre absorta, atravesó la ciudad en un carruaje cubierto y se dirigió sin demora hacia el retiro predilecto que había escogido en Dalmacia, su patria. El mismo día, Maximiano,[1202] como ya estaba convenido de antemano, resignó la dignidad imperial en Milán. Diocleciano ideó su renuncia en medio del esplendor de su triunfo, y, con el afán de afianzar la obediencia de Maximiano, le requirió una garantía general de sujetar todas sus gestiones a la autoridad de su benefactor, o bien el compromiso individual de abandonar el trono, hasta el punto de participarle el encargo y el ejemplo. Aunque juramentado solemnemente ante el altar de Júpiter Capitolino,[1203] este compromiso era un frágil obstáculo para el desenfado de Maximiano, cuyo afán era el poder, sin apetecer ni sosiego actual ni gloria futura. Sin embargo, aunque muy a su pesar, aceptó la preeminencia de su sensato compañero, y tras su renuncia se retiró a una villa de Lucania [actual región de Basilicata], donde era imposible que su ánimo tan fogoso hallase sosiego duradero.

Diocleciano, que llegó al trono desde su origen servil, pasó los nueve años últimos de su vida en la esfera privada. Dirigido por su tino y acompañado por el recreo, estuvo largo tiempo disfrutando el respeto de aquellos príncipes a quienes cedió la posesión del orbe.[1204] Rara vez los hombres ejercitados en negocios están habituados a conversar consigo mismo, y, al verse despojados del poder, su mayor tormento se cifra en el ocio. Las distracciones del estudio o de la devoción, que tanto socorren en la soledad, no atraían a Diocleciano; mas conservaba —o tal vez recobró muy pronto— su afición a los placeres más inocentes y

más naturales; y empleaba de sobra su ocio en la construcción y la jardinería. Su contestación a Maximiano es merecidamente recordada: éste lo hostigaba para que dejara el sosiego de la vejez y retomara las riendas del gobierno; Diocleciano rechazó la tentación con una sonrisa de lástima y añadió plácidamente que, si pudiera enseñarle la hermosura de los repollos que había plantado con sus propias manos en Salona [actual Solin], ya nadie lo urgiría a abandonar los regalos de la felicidad por los afanes del poder.[1205] Solía confesar en las conversaciones con sus amigos que, de todas las artes, la más ardua era la de gobernar, y prorrumpía sobre este su punto predilecto en raptos que no podían menos que ser hijos de la experiencia. «¡Cuántas veces sucede —repetía— que tres o cuatro ministros se conjuren por su interés en engañar al soberano! Aislado de los hombres por su superioridad, la verdad no llega hasta él, pues sólo mira con ojos ajenos, y todo lo desoye menos sus mentiras. Suele conceder la mayor importancia a los sucesos más insignificantes y maltratar a los súbditos más cabales y beneméritos por sus consejos. Por tan infames ardides, los príncipes más sanos y atinados quedan vendidos a la corrupción de sus palaciegos.»[1206] Un aprecio justo de la verdadera grandeza y la seguridad de la fama inmortal nos condimenta los placeres del retiro; pero aquel emperador romano había desempeñado en el mundo un papel demasiado importante, y no le cabía disfrutar las comodidades y la seguridad de una vida privada; no podía desentenderse de las turbulencias que afectaban al Imperio después de su renuncia, ni ser indiferente a sus consecuencias. Zozobras, desconsuelos y enfados lo acosaban en la soledad de Salona. Su sensibilidad, o por lo menos su arrogancia, era profundamente herida por las desventuras de su esposa y su hija; y las afrentas amargaron los postreros instantes de Diocleciano,

desacatos que Licinio y Constantino podrían haber evitado al padre de tantos emperadores y al fundador de su engrandecimiento. Ha llegado a nuestros tiempos la noticia, poco confiable, de que se liberó cuerdamente de ellos con una muerte voluntaria (año 313).[1207]

Antes de despedirnos de Diocleciano, hagamos algún alto en el solar de su retiro. Salona, ciudad principal de Dalmacia, su provincia nativa, estaba a unas doscientas millas romanas (según la medición de las carreteras) [295,7 km] de Aquileia y el confín de Italia y a unas doscientos setenta [399,2 km] de Sirmio, residencia habitual de los emperadores, cuando visitaban la frontera iliria.[1208] Una miserable aldehuela todavía se llama Salona, pero aun hasta el siglo XVI los escombros de un teatro y un hacinamiento revuelto de trozos de arcos y columnas de mármol seguían testimoniando su esplendor antiguo.[1209] A seis o siete millas [9 a 11 km] de la ciudad construyó Diocleciano un suntuoso palacio, y por su grandiosidad se puede inferir cuán despacio había estado ideando su renuncia del Imperio. En cuanto al solar, aun prescindiendo del afecto nativo, hermanaba la sanidad y la lozanía. «Árido y fértil el suelo, puro y provechoso el ambiente, aunque muy caluroso en el estío, no suele adolecer el país de aquellos vientos arrasadores y nocivos que atraviesan la costa de Istria y algunos parajes de Italia. La perspectiva desde el palacio corresponde a la hermosura del suelo y la templanza del clima. Hacia el Oeste se extiende la playa fértil que baña el Adriático, tan salpicado de islillas que el mar parece un gran lago. Al Norte se encuentra la ensenada perteneciente a la antigua Salona; y el país que se encuentra más allá contrasta con el golfo anchuroso que ofrece el Adriático al Sur y al Este. Al Norte, la vista se topa con altas e irregulares montañas, situadas a diversas distancias y cubiertas de pueblitos,

bosques y viñedos.»[1210]

Constantino, con obvio prejuicio, aparenta menosprecio por el palacio de Diocleciano;[1211] sin embargo, un sucesor suyo que sólo pudo verlo desatendido y desmoronado encarece con asombro su magnificencia.[1212] Sería su solar como de nueve o diez acres ingleses [3,9 ha], de forma cuadrada y flanqueado con dieciséis torres. Dos de sus costados medían, cada uno, seiscientos pies [182,88 m], y setecientos pies [213,36 m] los otros dos. La construcción era de piedra tersa y hermosa, cortada en las canteras inmediatas de Trau o Tragurium [actual Trogir], de calidad apenas inferior al mármol mismo. Las diversas partes de aquel gran edificio estaban separadas por cuatro calles, que se cortaban mutuamente en ángulos rectos, y la galería ante la vivienda principal era un atrio grandioso llamado todavía la Puerta Áurea. Cerraba el atrio un peristilo de columnas de granito, a cuyo lado se ve, por una parte, el santuario cuadrado de Esculapio y, por la otra, el templo octagonal de Júpiter, cuyas deidades reverenciaba Diocleciano, la primera por conservarle su salud, la segunda por enaltecer su existencia. Si se aplican a los restos actuales las reglas de Vitruvio, se pueden describir con bastante precisión las diferentes partes del edificio, como baños, dormitorio, atrio, basílica y salas cizicena, corintia y egipcia. Sus formas eran variadas y arregladas sus proporciones, mas con dos imperfecciones harto desagradables para nuestro concepto moderno de gusto y de comodidad: aquellos grandiosos salones carecían de ventanas y de chimeneas. La luz entraba por la techumbre (pues al parecer no había más que un piso) y se calentaba por medio de tubos o cañerías que atravesaban las paredes. Las estancias principales estaban resguardadas al sudoeste por un pórtico de quinientos diecisiete pies [157,6 m]

de largo que proporcionaba un paseo noble y delicioso, embellecido con pinturas y esculturas para completar la perspectiva.

Si este magnífico edificio hubiese estado situado en algún yermo, habría quedado expuesto a los embates del tiempo, pero tal vez se hubiera salvado de la rapiña solícita del hombre. Sobre sus ruinas surgieron, primero, la aldea de Aspalato,[1213] y mucho después Spalato, ciudad de provincia [actual Split]. Ahora, la Puerta Áurea se abre sobre el mercado; San Juan Bautista ha desbancado a Esculapio, y Júpiter ha tenido que ceder su templo a la catedral, bajo la protección de la Virgen. Debemos tantos pormenores acerca del palacio de Diocleciano principalmente a un artista contemporáneo y compatriota nuestro, llevado por su fina curiosidad hasta el corazón de Dalmacia.[1214] Sin embargo, podemos presumir que el primor de sus dibujos y grabados ha realzado algún tanto los objetos representados, pues otro viajero más moderno y muy juicioso nos ha informado que las tristes ruinas de Spalato retratan vivamente el deterioro de las artes, así como el tiempo de Diocleciano representaba la grandeza del Imperio Romano.[1215] Si tal era el estado de la arquitectura, naturalmente debemos suponer que la pintura y la escultura habían padecido aún mayor decadencia, pues la práctica de la arquitectura estriba en algunas reglas generales y casi mecánicas, al paso que la escultura, y ante todo la pintura, proceden no sólo de la imitación idéntica de la naturaleza, sino de los caracteres y las pasiones del alma humana. En estas artes sublimes, la destreza de la mano no es muy importante, mientras la anime la fantasía, y la guíen el gusto fino y el discernimiento.

Resulta innecesario remarcar que las guerras civiles del Imperio, el desenfreno de la soldadesca, las incursiones de los bárbaros y el extremado despotismo redundaron en menoscabo

del genio y la instrucción. La sucesión de los príncipes ilirios salvó al Imperio sin rescatar las ciencias, pues su educación militar no apuntaba a enamorarlos del estudio, incluso el entendimiento de Diocleciano, tan activo y capaz en los negocios, carecía de toda lectura y amenidad. Son tan provechosas las profesiones de letrado y de médico y tan obvias en todo tiempo, que siempre tendrán aspirantes dotados con ciertos quilates de habilidad y conocimiento; mas no parece que los estudiantes en estas facultades recuerden maestros eminentes que hayan florecido en aquel tiempo. Enmudeció la poesía; se redujo la historia a meros compendios despegados e inconexos, tan faltos de entretenimiento como de instrucción. Los emperadores tenían a su servicio una lánguida y afectada elocuencia, y sólo fomentaban aquellas artes que contribuían a gratificar su vanidad o a defender su poder.[1216]

La decadencia de las letras y los hombres es determinada por el ascenso y progreso repentino de los neoplatónicos. La escuela de Atenas se opacó ante la de Alejandría, y las sectas antiguas se enrolaron bajo las banderas de los maestros a la moda, quienes enaltecían su sistema con la novedad de su método y la austeridad de sus costumbres. Varios de sus catedráticos —Amonio, Plotino, Amelio y Porfirio—[1217] fueron hombres de trascendencia y ahínco; pero, al confundir el verdadero objeto de la filosofía, sus tareas fueron más bien estragadoras que provechosas para el entendimiento humano. Los neoplatónicos desatendieron los conocimientos adecuados a nuestra situación y alcances, que es todo el ámbito de las ciencias morales, naturales y matemáticas; concentraron sus fuerzas en contiendas metafísicas, intentaron desentrañar lo más recóndito del mundo invisible, y se empeñaron en reconciliar a Aristóteles con Platón sobre asuntos que ignoraban uno y otro tan absolutamente

como todo el linaje humano. Consumieron su razonamiento en estas profundas pero insustanciales meditaciones, y su mente quedaba expuesta a fantásticas ilusiones. Se vanagloriaban de tener el secreto de separar el alma de su prisión corporal, reivindicaban una comunicación familiar con espíritus y demonios, y, con un giro singular, trocaron el estudio de la filosofía en el de la magia. Los antiguos sabios habían ridiculizado las supersticiones populares, y los discípulos de Plotino y Porfirio, disfrazando sus desatinos con el fútil velo de la alegoría, se declararon sus más acalorados defensores. De acuerdo con los cristianos en ciertos puntos misteriosos de fe, atacaban lo demás de su sistema teológico con todo el ardor de una guerra civil. Los neoplatónicos no ocupan lugar en la historia de la ciencia, mas tropezaremos con ellos a menudo en la historia de la Iglesia.

CONSTANTINO Y LA IGLESIA

Nota bibliográfica

A partir de este capítulo Gibbon analiza la historia del Imperio Romano en torno de dos ejes: la vida política y el cristianismo. Esta forma de estructurar la explicación del período le permite confrontar la imagen de un pueblo en evolución y decadencia, el romano, con la de un pueblo joven y vital, el cristiano. En esta construcción, Constantino representa un período de estabilidad política y transformación hacia un régimen imperial cerrado. El relato de Gibbon se centra en los valores éticos y morales de los distintos dirigentes, en estrecha relación con sus venturas y desventuras personales; son éstas las que a menudo determinan una serie de medidas, como las impositivas. Por último, hace especial hincapié en las transformaciones administrativas introducidas por Constantino, en paralelo con su propia decadencia moral, que cree advertir se continúa en sus hijos.

La historiografía moderna ha considerado este momento señalando la transformación política que condujo a la conformación del «dominado»: una nueva forma en la organización política, que culmina las transformaciones comenzadas por Diocleciano. El «dominado» (que deriva de dominus, señor) conllevó también un desplazamiento del centro de gravedad política hacia Oriente, correlativo del auge de la ciudad de Constantinopla, y expresa un cambio en la balanza política y a la vez un cambio en la elite gobernante, el patriciado, que se modificó y amplió.

Usualmente este período es tratado en asociación con otros temas, que Gibbon desarrolla separadamente: la crisis del siglo III (véase «La crisis del siglo III», p. 95) y la influencia del cristianismo (véase más adelante «Cristianismo primitivo», p. 333); sin embargo, la serie de reformas políticas permiten considerar al período de Constantino como un momento particular y significativo.

Visión general del Alto Imperio: *Véase «Período de los Antoninos», p. 37 y A. H. M. Jones*, The Later Empire. An Administrative, Economic and Social Survey, *2 vols., Oxford, 1973.*

Visión específica del período: *T. D. Barnes*, The New Empires of Diocletian and Constantine, *Harvard, 1982. R. Macmullen*, Constantine, *Londres, 1970. R. Macmullen*, Roman Government's Response to Crisis, A. D. 235-337, *New Haven, 1976. R. Macmullen*, Corruption and Decline of Rome, *New Haven, 1988. S. Mazzarino*, Antico, tardoantico ed era costantiniana, 2 vols., *Bari, 1974. A. Chastagnol*, L'Evolution Politique, Social et Économique du Monde Romain A. D. 284-363, *París, 1982.*

Estudios clásicos: *A. Piganiol*, L'Empereur Constantin, *París, 1932. F. GrossiGondi*, La grande vittoria di Costantino, *Letture Costantiniane, Roma, 1914.*

Sobre el Senado: *M. T. W. Arnheim*, The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire, *Oxford, 1972. R. Talabert*, The Senate of Imperial Rome, *Princeton, 1984.*

Enfoque social: *H. Boulvert*, Domestique et Fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain, *París, 1974. P. Garnsey*, Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire, *Oxford, 1970.*

La transformación religiosa: *L. de Giovanni*, Costantino e il mondo pagano. Studi di politica e legislazione, *Nápoles, 1977. U. Francassini*, L'imperio e il cristianesimo da Nerone a Costantino, *Perugia, 1913*.

Cultura y sociedad: *F. Altheim*, Visión de la tarde y de la mañana de la Antigüedad a la Edad Media, *Buenos Aires, 1965. Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad. *Madrid, Taurus, 1991, tomo I. Philippe Ariès y Georges Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, Madrid, Taurus, 1988*.

XIV

CONFLICTOS TRAS LA RENUNCIA DE DIOCLECIANO - MUERTE DE CONSTANCIO - ASCENSO DE CONSTANTINO Y MAJENCIO - SEIS EMPERADORES EN UN MISMO MOMENTO - MUERTE DE MAXIMIANO Y DE GALERIO - VICTORIAS DE CONSTANTINO CONTRA MAJENCIO Y LICINIO - REUNIFICACIÓN DEL IMPERIO BAJO LA AUTORIDAD DE CONSTANTINO

El equilibrio político establecido por Diocleciano subsistió sólo mientras lo sostuvo la firme y ágil mano de su fundador. Se necesitaba un afortunado enlace de temperamentos y de habilidades diferentes que apenas podía ser encontrado por segunda vez: dos emperadores sin celos, dos Césares sin ambición y el mismo interés general seguido invariablemente por los cuatro príncipes independientes. Luego de la abdicación de Diocleciano y Maximiano, sobrevinieron 18 años de discordias y trastornos. El Imperio fue desolado por cinco guerras civiles y los momentos intermedios no fueron de sosiego, sino treguas entre varios monarcas enemistados, que, mirándose mutuamente con zozobra y aborrecimiento, luchaban por acrecentar sus respectivas fuerzas a costa de sus súbditos.

Tan pronto como Diocleciano y Maximiano abdicaron, el trono fue ocupado, según las reglas de la nueva constitución, por los dos Césares, Constancio y Galerio, que asumieron inmediatamente el título de *Augusto*.[1218] El primero de ellos, a quien se le concedieron los honores de mayoría y precedencia,

continuó gobernando —bajo otro título— su antiguo territorio, conformado por Galia, Hispania y Britania. El gobierno de estas amplias provincias era suficiente para ejercitar sus talentos y saciar su ambición. La clemencia, la templanza y la moderación distinguieron el carácter de Constancio, y sus afortunados súbditos pudieron parangonar las virtudes de su soberano con las arbitrariedades de Maximiano e, incluso, con las simulaciones de Diocleciano.[1219] En vez de imitar el orgullo y la magnificencia orientales, Constancio mantuvo la modestia de un príncipe romano. Declaró con entrañable sencillez que su tesoro más valorado se cifraba en los corazones de su pueblo y que, cada vez que la dignidad del trono o el peligro del Estado requirieran algún auxilio extraordinario, desde luego él confiaría en el agradecimiento y la generosidad del pueblo.[1220] Al percibir tanto valor y por su propia dicha, los pobladores de Galia, Hispania y Britania se apesadumbraron al presenciar el deterioro de la salud del emperador y la edad tierna de su crecida familia, resultado de su segundo matrimonio con la hija de Maximiano.

El temperamento de Galerio lindaba en el extremo opuesto: exigía el aprecio de los súbditos, aunque rara vez se dignó a solicitar su afecto. Su nombradía militar y, ante todo, su éxito en la guerra pérsica habían acentuado su altanero carácter, llevándolo a evitar el trato con un superior e, incluso, con un igual. Si apreciáramos el testimonio parcial de un precipitado escritor, quizás atribuiríamos la renuncia de Diocleciano a las amenazas de Galerio, relacionando los detalles de una conversación privada entre los dos príncipes tras la cual subyace tanto el apocamiento del primero como la ingratitud y la arrogancia del último.[1221] Sin embargo, estas oscuras anécdotas son refutadas por una mirada imparcial sobre el carácter y la conducta de Diocleciano. Cualquiera que haya sido la intención

de Diocleciano, en el caso de observar algún peligro por las amenazas de Galerio, su sensatez le habría aconsejado evitar una contienda tan vergonzosa y, así como habría empuñado esclarecidamente el cetro, habría renunciado a él sin oprobio.

Ya encumbrados Constancio y Galerio al grado de *Augusto*, se requerían dos nuevos *Césares* para ocupar sus lugares y completar el sistema de gobierno imperial. Diocleciano ansiaba entrañablemente retirarse; consideró a Galerio, que se había casado con su hija, como el apoyo más firme de su familia y del Imperio, y consintió sin reparos en que el sucesor era quien debía asumir tanto el mérito como los celos de un nombramiento tan encumbrado. El nombramiento se realizó sin consultar el interés y la preferencia de los príncipes de Occidente. Cada uno de ellos tenía un hijo de edad varonil, por lo cual éstos parecían ser los candidatos más obvios para la grandiosa vacante. Sin embargo, el enojo del desvalido Maximiano ya no era temible y el comedido Constancio, aunque menospreciase los peligros, era humanamente temeroso de las calamidades de la guerra civil. Las dos personas a las que Galerio promovió al grado de César cuadraban de manera más precisa con sus miras ambiciosas, y la recomendación principal parece haber sido la falta de mérito o la personalidad vulgar. El primero era Daya, llamado luego Maximino, cuya madre era la hermana de Galerio. Mostrando sus modales de joven inexperto y usando rústicas expresiones, para su asombro y el de todos, se vio revestido por Diocleciano con la púrpura, ensalzado a la jerarquía de César y encargado del mando soberano en Egipto y Siria.[1222] El segundo era Severo, un leal sirviente que, aunque se entregaba con demasía a los placeres, era hábil para los negocios. Severo fue mandado a Milán para recibir de las manos reacias de Maximiano los adornos cesáreos con la posesión de Italia y

África.[1223] Reconoció, según lo disponía la nueva constitución, la supremacía del emperador de Occidente, aunque se dedicó absolutamente a cumplir las órdenes de Galerio, su benefactor, quien, reservándose las tierras que se encontraban desde los límites de Italia hasta los de Siria, afianzó su poderío sobre las tres cuartas partes de la monarquía. Se afirma que Galerio, confiando en que la muerte cercana de Constancio le dejaría el mando del mundo romano, había ido ideando en su ánimo una larga sucesión de príncipes venideros, y pensaba retirarse de la vida pública luego de haber alcanzado un glorioso reinado de unos veinte años.[1224]

Sin embargo, en menos de dieciocho meses, dos revoluciones inesperadas frustraron los planes ambiciosos de Galerio: I) por el ascenso de Constantino se malograron las esperanzas de incorporar las provincias occidentales al Imperio, y II) por la triunfante rebelión de Majencio se perdieron los territorios de Italia y África.

I) Debido a la nombradía de Constantino, la posteridad ha estado atenta a los pormenores de su vida y sus acciones. Tanto el lugar donde nació como la condición de su madre, Helena, han sido motivos de disputas literarias e, incluso, nacionales. A pesar de la tradición moderna, la cual supone que su padre era un rey bretón,[1225] tenemos que confesar que Helena era hija de un posadero, lo cual no nos impide abogar en defensa de la legalidad de sus nupcias contra quienes la han representado como la manceba de Constancio.[1226] El gran Constantino probablemente nació en Naissus [Nish], ciudad de Dacia,[1227] y no es de extrañar que, en una familia —y también en una provincia— distinguida únicamente por la profesión de las armas, el joven mostrase poca afición a las letras.[1228] Aproximadamente a la edad de dieciocho años su padre fue

promovido a la jerarquía de César, pero el divorcio de su madre frustró este venturoso acontecimiento, y el esplendor de una alianza imperial redujo al hijo de Helena a un estado de vergüenza y humillación. En vez de seguir a Constancio por Occidente, permaneció al servicio de Diocleciano. Se distinguió por su valor en las guerras de Egipto y Persia y fue ascendiendo gradualmente a la clase honorífica de tribuno de primer orden. La estampa de Constantino era gallarda y majestuosa. Era hábil en todos los ejercicios, intrépido en la guerra y afable en la paz; procedía con suma cordura y, aunque ambicioso, mostró distancia hacia los atractivos del deleite. Su predilección por el pueblo y los soldados —que lo consideraban como un candidato digno para ser nombrado César— sólo le acarreó nuevas iras por parte de Galerio: un monarca absoluto siempre logra ensanches para sus venganzas recónditas e irresistibles, aunque la prudencia quizá lo contenga de ejercitar la violencia abiertamente.[1229] El peligro de Constantino, entonces, crecía por horas, así como el sobresalto del padre, que con incesantes cartas expresaba el anhelo de abrazar a su hijo. Durante un tiempo, Galerio se las ingenió para ir dando disculpas y demoras, pero ya no cabía desentenderse de los requerimientos de un compañero sin guerrear con él. De modo reacio, Galerio le otorgó el permiso para el viaje. La suma rapidez de Constantino frustró cualquier precaución que el emperador podría haber tomado para estorbar un regreso tan temido:[1230] salió del palacio de Nicomedia a la noche, corrió la posta por Bitinia, Tracia, Dacia, Panonia, Italia y Galia, y, entre las aclamaciones populares, llegó al puerto de Boulogne cuando su padre se preparaba para embarcarse hacia Britania.[1231]

Las últimas hazañas del reinado de Constancio fueron la expedición a Britania y una victoria sin tropiezos contra los

bárbaros de Caledonia. Falleció en su palacio imperial de York quince meses después de haber recibido el título de Augusto y a los catorce meses y medio de haber sido promovido a la jerarquía de César (25 de julio de 306). Lo remplazó inmediatamente Constantino, pues los conceptos de herencia y sucesión eran tan obvios que la mayoría los pensaban fundados tanto en la razón como en la misma naturaleza. Nuestra imaginación traslada los principios de la propiedad privada al dominio público: cuando un padre virtuoso se va, siempre hay algún hijo cuyos méritos parecen justificar el aprecio e, incluso, las esperanzas del pueblo. La influencia conjunta del prejuicio y del afecto opera con un peso irresistible. La flor del ejército acompañó a Constantino a Britania, quien reforzó las tropas occidentales con un cuerpo crecido de alemanes a las órdenes de Croco, uno de sus caudillos hereditarios.[1232] Su propio engreimiento y la seguridad de que Britania, Galia e Hispania consentirían en su nombramiento fueron inculcados rápidamente a las legiones por los allegados de Constantino. ¿Se preguntó a los soldados si por un momento vacilarían entre el blasón de acaudillarse con el digno hijo de su amado emperador y el oprobio de estar esperando la llegada de algún extranjero desconocido que satisficiese al soberano de Asia para regalar a los ejércitos y las provincias occidentales? Sin duda, se les insinuó que la gratitud y la generosidad eran las virtudes más descollantes de Constantino, quien se apartó intencionalmente de la vista de las tropas hasta que estuvieran ya preparadas para vitorearlo con los nombres de Augusto y emperador. Constantino ansiaba el trono, donde sólo podía guarnecerse prescindiendo de su ambición. Conocía el carácter y las opiniones de Galerio y, por lo tanto, le constaba que para vivir tenía que reinar. Quiso aparentar una resistencia decorosa e,

incluso, obstinada[1233] para encubrir su usurpación, y no se rindió a las aclamaciones del ejército hasta que la carta al emperador de Oriente fuese enviada. En ella, Constantino le informó del infausto evento de la muerte de su padre, afirmó con moderación su derecho natural a la sucesión y lamentó respetuosamente que, por el atropellamiento afectuoso de su tropa, no haya podido solicitar la púrpura imperial por el camino constitucional ya establecido. Las primeras emociones de Galerio al leer la carta fueron de asombro, desilusión y enfurecimiento; y, como rara vez podía frenar sus ímpetus, amenazó con dar a las llamas la carta e, incluso, el mensajero. Pero luego su ira fue disminuyendo y, recapacitando sobre los trances de la guerra y haciéndose cargo del carácter y la fuerza de su contrario, acordó con el convenio decoroso que la cordura de Constantino le ofrecía. Sin ratificar o desechar la elección del ejército de Britania, Galerio aceptó al hijo de su difunto compañero como el soberano de las provincias de más allá de los Alpes; pero sólo le dio el título de César y el cuarto grado en la jerarquía de los príncipes romanos, colocando en el lugar vacante de Augusto a su predilecto, Severo. La aparente armonía del Imperio se preservó, y Constantino, que ya poseía lo sustancial, esperó sosegadamente la oportunidad de obtener los honores del poder supremo.[1234]

De su segundo matrimonio, Constancio tenía seis hijos, tres de cada sexo, quienes, por cuya alcurnia imperial, podían alegar preferencias sobre la cuna ruin del hijo de Helena. Pero mientras que el primogénito de sus hermanos sólo tendría alrededor de trece años de edad, Constantino poseía treinta y dos años, es decir que se encontraba en la florida lozanía del alma y el cuerpo. El reclamo respecto de su mérito superior había sido reconocido y ratificado por el difunto emperador,[1235]

que en sus últimos momentos legó a Constantino el esmerado resguardo y engrandecimiento de su familia, instándolo para revestirse de la autoridad y los afectos de un padre con respecto a los hijos de Teodora. La delicada educación, los prósperos enlaces, el señorío afianzado de sus pertenencias y los honores de Estado con los que fueron investidos, todo ello demuestra la entrañable fraternidad de Constantino y cómo aquellos príncipes, agradecidos y apacibles, se sometieron sin reparo a la superioridad de su genio y fortuna.[1236]

II) Apenas había logrado superarse de la desilusión, a causa de las perspectivas que ofrecían las provincias de las Galias, cuando el orgullo y el poderío de Galerio sufrieron graves heridas con la pérdida inesperada de Italia. La dilatada ausencia de los emperadores promovía el descontento y la indignación en Roma, y el pueblo fue descubriendo que la preferencia dada a Milán y Nicomedia no se explicaba por el cariño especial de Diocleciano, sino por el sistema permanente de gobierno que él había impuesto. En vano los sucesores, a pocos meses de su renuncia, dedicaron a su nombre aquellos suntuosísimos baños, cuyas ruinas han suministrado, y aún lo siguen haciendo en nuestros tiempos, solar y materiales para tantas iglesias y conventos.[1237] El sosiego de aquellos elegantes y cómodos albergues de lujo fue perturbado por los acalorados murmullos de los romanos, y fue dispersándose el rumor de que el cuantioso costo de la construcción sería pagado por el pueblo romano. Por entonces, la codicia de Galerio o, quizá, los apuros del Estado lo habían inducido a realizar una pesquisa estricta y rigurosa de los haberes de los súbditos con el fin de añadir un impuesto general sobre fincas y personas. Se inspeccionaron las haciendas y, ante la menor sospecha de encubrimiento, sencillamente se apeló al tormento para lograr una declaración

verídica de las riquezas.[1238] No se tuvo en cuenta el privilegio que Italia gozaba sobre las demás provincias, y los cobradores del nuevo impuesto comenzaron a empadronar a los romanos para ajustar sus respectivas cuotas. Aun cuando no exista el más mínimo impulso de independencia, hasta los vasallos más sumisos suelen resistir una invasión inaudita de su propiedad; pero, en este caso, la herida fue agravada por el insulto, y la irrupción en el interés privado representó una ofensa al honor nacional. La conquista de Macedonia, como ya se dijo, había exceptuado al pueblo romano del gravamen de todo impuesto personal, y, por más vaivenes despóticos que padecieron, los romanos disfrutaron aquella exención por casi cinco siglos: no podían sobrellevar la insolencia de un campesino ilirio que, desde su residencia lejana en Asia, presumía alistar a Roma entre las ciudades tributarias de su Imperio. La creciente indignación del pueblo fue enardecida por la autoridad o, por lo menos, contó con la complicidad del Senado. Además, los escasos residuos de la guardia pretoriana —que temía, con razón, su propia destrucción— abrazaron aquel honorable pretexto y se ofrecieron a esgrimir sus aceros al servicio de la patria atropellada. Los ciudadanos, deseosos —y luego esperanzados— de expulsar de Italia a los tiranos extranjeros, lograron elegir a un príncipe que, por su residencia y sus máximas de gobierno, siguiese mereciendo el dictado de emperador romano: el nombre y la situación llevaron el raudal del entusiasmo hacia Majencio.

Majencio era hijo del emperador Maximiano y yerno de Galerio. Su cuna y su matrimonio parecían asegurarle de manera justa el Imperio (28 de octubre de 306), pero su liviandad e incapacidad lo excluyeron del título de César, que fue otorgado a Constantino por la superioridad de sus méritos.

La política de Galerio se basaba en la preferencia de asociados que nunca deshonraran su elección ni desautorizaran sus órdenes. Por lo tanto, un extranjero desconocido ascendió al trono de Italia, y el hijo del emperador de Occidente fue arrinconado, en el regazo de una vida holgada y lujosa, en una quinta a corta distancia de la capital. Si bien la envidia fogueó sus lóbregas pasiones con la desazón, el disgusto y la saña por los logros de Constantino, las esperanzas de Majencio renacieron con el descontento popular, y fácilmente amalgamó su herida y sus pretensiones personales con la causa del pueblo romano. Dos tribunos pretorianos y un abastecedor se hicieron cargo de los pormenores de la conspiración, y como estos hombres seguían el mismo rumbo, el próximo acontecimiento se mostraba sencillo y tangible. Los guardias mataron al prefecto de la ciudad y a los pocos magistrados que se mantuvieron leales a Severo. Majencio, revestido imperialmente, fue reconocido como protector de la libertad y la dignidad romanas por el Senado y por el pueblo. No consta que Maximiano estuviese al tanto de la conspiración de antemano, pero, tan pronto como el estandarte rebelde se erigió en Roma, el viejo emperador escapó del retiro al que la autoridad de Diocleciano lo había condenado y, abandonando aquella vida de soledad melancólica, ocultó su retoñada ambición bajo el disfraz del cariño paternal. Requerido por su hijo y por el Senado, de nuevo Maximiano revistió la púrpura. Su antigua dignidad, su experiencia y su nombradía militar realzaron y robustecieron el partido de Majencio.[1239]

El emperador Severo acudió inmediatamente a Roma según el dictamen —o más bien el mandato— de su compañero, confiado en que su inesperada prontitud dominaría el alboroto de un pueblo sosegado, acaudillado por un mozo corrompido. Sin embargo, al llegar, se encontró con las puertas de la ciudad

cerradas para él, las murallas atestadas de hombres armados, un general aguerrido capitaneando a los rebeldes y sus propias tropas desmayadas y desafectas. Un crecido cuerpo de moros desertó al enemigo atraído por la promesa de un cuantioso donativo o, si es verdad que los había alistado Maximiano en su guerra africana, por el cariño y la gratitud que le tenían. Anulino, prefecto pretoriano, se declaró a favor de Majencio y se llevó consigo la mayor parte de las tropas, que estaban acostumbradas a obedecer sus órdenes. Roma, según la expresión de un orador, fue convocando a sus huestes, y el desventurado Severo, desvalido y sin acuerdo, se retiró —o más bien huyó— precipitadamente a Ravena. Allí podía permanecer a salvo por algún tiempo, pues las fortificaciones de la ciudad eran adecuadas para contrarrestar los asaltos y los pantanos que la cercaban podrían detener la marcha del ejército italiano. El mar le aseguraría el suministro inagotable de provisiones; para ello Severo destinó una poderosa escuadra. También permitió la entrada a las legiones que, al comienzo de la primavera, vendrían de Iliria y de Oriente en su auxilio. Maximiano, que organizaba personalmente el sitio, se fue convenciendo de que, quizá, estaba perdiendo el tiempo y a su ejército en esta empresa inútil, en la cual no tenía otra opción para el éxito que no fuera la del asalto o la del hambre. No obstante, con un arte propio del carácter de Diocleciano más que del suyo, dirigió su ataque no tanto contra los muros de Ravena como contra el ánimo de Severo, quien, por la traición recién padecida, tendía a desconfiar de sus más íntimos privados. Los emisarios de Maximiano lo persuadieron fácilmente de una posible conspiración para vender la ciudad y, temiendo exponerse a la discreción de un vencedor airado, se aventuró a aceptar una capitulación honrosa. Al principio, fue recibido con humanidad

y tratado con respeto. Maximiano lo llevó a Roma y le aseguró que había salvado su vida al resignarse de la púrpura. Sin embargo, Severo sólo pudo obtener una muerte suave con exequias imperiales. Cuando le notificaron la sentencia, se le dejó elegir el modo de su ejecución; él se atuvo al método predilecto de los antiguos: abrirse las venas. Apenas falleció, llevaron su cadáver al sepulcro construido para la familia de Galieno.[1240]

Aunque los temperamentos de Constantino y de Majencio eran muy diferentes, el interés de ambos y la situación eran similares, y la cordura los indujo a que juntasen sus fuerzas contra el enemigo común. El infatigable Maximiano, a pesar de su avanzada edad y alta jerarquía, atravesó los Alpes y, ansiando entrevistarse con el soberano de las Galias, llevó consigo a su hija Fausta como garantía de una nueva alianza. El casamiento se celebró en Arles con gran magnificencia, y el compañero de Diocleciano, que aspiraba de nuevo con tanto afán al Imperio de Occidente, le concedió a su yerno y aliado el título de Augusto (31 de marzo de 307). Al dejarse honrar de esta manera por Maximiano, Constantino pareció comprometerse con la causa de Roma y del Senado, pero sus protestas eran ambiguas y su ayuda, lenta e ineficaz. Consideró atentamente la próxima contienda entre los dueños de Italia y el emperador de Oriente, y se preparó para acudir a su propia seguridad y ambición según el rumbo que fuese tomando la guerra.[1241]

La importancia de la ocasión requería la presencia y el desempeño de Galerio, quien acaudilló una hueste poderosa formada en Iliria y Oriente, y entró en Italia pregonando venganza por la muerte de Severo y castigo a los romanos rebeldes. Usando las furiosas expresiones de un bárbaro, sentenció al Senado al exterminio y al pueblo, a los filos de su

espada. Pero hábilmente Maximiano había dispuesto un atinado sistema de defensa, y su enemigo se encontró con plazas fortificadas e inaccesibles. Aunque Galerio pudo adelantarse a viva fuerza hasta Narnia [actual Narni], a sesenta millas de Roma [96,56 km], su autoridad en Italia se reducía a la estrechez de su campamento. Conociendo las crecientes dificultades de su empresa, el altivo Galerio hizo los primeros avances hacia una conciliación, y envió a dos de sus caudillos principales para tentar a los príncipes romanos con la oferta de una conferencia y de una declaración que proclamaba como hijo a Majencio, quien saldría mucho más aventajado con sus generosidades que con cuanto pudiera esperar de la guerra.[1242] Las ofertas de Galerio se rechazaron con firmeza y se despreció su alevosa amistad. Entonces, él consideró que, si no acudía a su salvación por medio de una retirada oportuna, le depararía el mismo destino de Severo. Los romanos se esforzaron por contribuir con sus riquezas para acabar con aquella tiranía intolerable. El nombre de Maximiano, las mañas populares de su hijo, los cohechos reservados y cuantiosos y la promesa de galardones más considerables fueron entibiando y reduciendo a las legiones ilíricas, y cuando por fin Galerio enarboló su señal de retirada, se le hizo trabajoso conseguir que sus veteranos no desamparasen las banderas que tantas veces los habían encaminado a la victoria. Un escritor contemporáneo señala otras dos causas para el malogro de la expedición; pero ambas no merecen la consideración de un historiador cauteloso. Según este escritor, Galerio, que en cotejo de sus ciudades de Oriente se había formado una noción muy imperfecta de la grandeza de Roma, comprobó que sus fuerzas no eran suficientes para abarcar tanta inmensidad. Sin embargo, la amplia extensión de una ciudad proporciona más facilidad y ensanche a los asaltos

del enemigo. Roma estaba acostumbrada a postrarse a los primeros asomos de un vencedor, y el acaloramiento pasajero del pueblo, a la larga, no contrarrestaría la disciplina de las legiones.[1243] También, este escritor nos cuenta que las tropas, horrorizadas y arrepentidas como hijas amorosas de la República, se negaron a atropellar la santidad de su venerada madre. Pero, si se recuerda que durante las antiguas guerras civiles el ímpetu de los bandos y la práctica de la obediencia militar fácilmente convertían a los ciudadanos de Roma en los más implacables enemigos, se desconfiará de esta supuesta delicadeza por parte de extranjeros y bárbaros que no habían visto a Italia hasta que entraron hostilmente en ella. Por lo tanto, al no tener motivos más poderosos e interesados, es de suponer que contestasen a Galerio en los términos de los veteranos del César: «Si el general apetece acaudillarnos hasta las orillas del Tíber, estamos listos para delinear su campamento; y contra cualquier muralla que intente arrasar, aquí tiene estos brazos para concretar sus ingenios; no vacilaremos, aunque la desventurada ciudad sea la misma Roma». Éstas son auténticas expresiones de un poeta, pero de un poeta que ha sido distinguido, y también censurado, por su estricta adhesión a la verdad histórica.[1244]

Las legiones de Galerio mostraron su animadversión con los horrorosos estragos que cometieron en la retirada: matanza, saqueo, violencia, robo de cabañas enteras, incendio de aldeas, afanándose en devastar la tierra que no alcanzaban a someter. Durante la marcha, Majencio ocupó la retaguardia, evitando toda obligada refriega con sus valerosos y desesperados veteranos. Su padre había emprendido un segundo viaje a Galia con la esperanza de persuadir a Constantino, que acaudillaba un ejército en la frontera, de que uniese sus fuerzas para completar

la victoria. Las acciones de Constantino no fueron realizadas por resentimiento, sino por la razón: persistió en su atinado acuerdo de mantener el equilibrio político del Imperio ya resquebrajado y olvidó su rencor hacia Galerio apenas éste dejó de ser objeto de amenazas.[1245]

Por su carácter, Galerio era susceptible de violentos arrebatos, pero, por otro lado, era capaz de sentimientos sencillos y amistosos: Licinio, cuyo temperamento y costumbres se asemejaban a los suyos, mereció su cariño y estima. La relación se entabló en el venturoso período de juventud y retiro, y se robusteció en la arriesgada carrera de la milicia, donde fueron ascendiendo por grados sucesivos casi a la par. Según parece, apenas asumió el trono imperial, Galerio ideó colocarlo a su lado. Durante el breve plazo de su prosperidad, consideró indigna la jerarquía de César para la edad y merecimientos de Licinio, y se empeñó en reservarle la vacante de Constancio y el Imperio de Occidente. Ocupado por la guerra de Italia, encargó a su íntimo amigo la defensa del Danubio. Al regreso de su desgraciada expedición, revistió a Licinio (11 de noviembre de 307) con la púrpura que fue de Severo, traspasándole, para su mando directo, las provincias de Iliria.[1246] Cuando Maximino, que estaba gobernando —o más bien afligiendo— Egipto y Siria, se enteró de esta nueva promoción, mostró celos y disgusto, desestimó la jerarquía inferior de César y, a pesar de los cargos e instancias de Galerio, se apropió, casi por violencia, del título de Augusto.[1247] Por primera y última vez, el mundo romano fue gobernado por seis emperadores (año 308). En Occidente, Constantino y Majencio aparentaban acatar a Maximiano. En Oriente, Licinio y Maximino reverenciaban con atenciones más auténticas a su bienhechor Galerio. La oposición de intereses y el rastro de la reciente guerra dividían el Imperio

en dos grandiosas y encontradas potestades. Sus mutuos temores sostenían un sosiego aparente e, incluso, ciertos atisbos de cordura, hasta que la muerte de los príncipes mayores, particularmente la de Galerio, más que la de Maximiano, dio una nueva dirección a las miras y pasiones de los demás asociados.

Cuando Maximiano abdicó, los oradores venales de aquel tiempo celebraron su moderación; cuando su ambición suscitó —o al menos fomentó— una guerra civil, elogiaron su esclarecido patriotismo, y cuando el afán de sosiego y retiro lo desviaron del servicio público, censuraron suavemente su conducta;[1248] pero no cabía que temperamentos como el de Maximiano y el de su hijo armonizasen para manejar juntamente una misma potestad. Se consideraba a Majencio como el soberano legal de Italia, elegido por el Senado y el pueblo romanos: no podía perdurar el control de su padre, quien pregonaba con arrogancia que gracias a su nombre y desempeño el mancebo temerario había logrado entronizarse. La causa fue solemnemente declarada ante la guardia pretoriana, y las tropas, por temor al rigor de Maximiano, se inclinaron hacia Majencio.[1249] Sin embargo, la vida y la libertad de Maximiano fueron respetadas, y éste se retiró de Italia a Iliria aparentando arrepentimientos e ideando calladamente nuevos trastornos. Galerio, conociendo su carácter, pronto lo obligó a salir de sus dominios, y el último refugio del acongojado Maximiano fue la corte de su yerno Constantino.[1250] Allí fue recibido con el respeto que se le tiene a un astuto príncipe, y su hija Fausta le manifestó un cariño entrañable. A fin de eliminar toda sospecha, Maximiano se despojó por segunda vez de la púrpura,[1251] fingiendo gran decepción respecto de la vanidad de toda grandeza ambiciosa. Si hubiese perseverado en esta resolución,

quizás hubiera terminado su vida con menos dignidad que en su primer retiro, pero con más consuelo y nombradía. Sin embargo, como el solio que miraba le recordaba sin cesar el encumbramiento de donde había descendido, resolvió desesperadamente reinar o fenecer. Una correría de francos había convocado a Constantino y a una parte de su ejército a las orillas del Rin; el resto de la tropa quedó acantonada en las provincias meridionales de Galia —amenazadas por el emperador de Italia—, y un cuantioso tesoro se depositó en Arles. Maximiano inventó solapadamente, o creyó a la ligera, una noticia sobre la muerte de Constantino, y subió arrebatadamente al solio, afianzó el tesoro y lo repartió, con su acostumbrada profusión, entre los soldados, a quienes les recordó su antigua nombradía y sus hazañas. Antes que plantease su autoridad y terminase la negociación que parecía haber entablado con su hijo Majencio, la celeridad de Constantino desvaneció sus esperanzas. Con las primeras noticias sobre esta ingratitud y alevosía, Constantino prontamente viajó por el Rin hasta llegar al Saona, donde se embarcó hacia Châlons, luego llegó a Lyon, se aventuró por el Ródano y se presentó en la puerta de Arles con una fuerza militar incontrastable. Maximiano apenas pudo refugiarse en la vecina ciudad de Marsella. La estrecha porción de tierra que une el pueblo con el continente se fortificó contra los sitiadores, mientras que el mar quedó descubierto para la fuga de Maximiano o para los auxilios de Majencio, si es que éste trataba de disfrazar su invasión de Galia con el pretexto decoroso de escudar a un padre acosado o, en su concepto, ofendido. Preocupado por las fatales consecuencias de la demora, Constantino dispuso inmediatamente el asalto; pero las escaleras eran cortas para la altura de la muralla, y Marsella

podría haber dilatado el cerco —como ya lo había hecho anteriormente contra las armas del César— si la guarnición, consciente de su yerro o de su peligro, no hubiera comprado su indulto con la entrega de la ciudad y de la persona de Maximiano. La sentencia de muerte contra el usurpador (febrero de 310) se pronunció secreta pero irrevocablemente. Maximiano recibió la misma gracia que le había dado a Severo, y se publicó al orbe que, acosado por los remordimientos de tantos delitos, se había ahorcado con sus propias manos. Sin la ayuda de Diocleciano y desdeñando sus comedidos consejos, el último período de su activa vida fue una serie de calamidades públicas y de pesadumbres personales que finalizaron a los tres años con una muerte deshonrosa. Merecía tal destino, incluso si la humanidad de Constantino hubiese sido más digna de nuestras alabanzas al conservar a un anciano, su propio suegro y bienhechor de su padre. Durante todo este trance, parece que Fausta, su hija, antepuso los vínculos de consorte a los afectos naturales.[1252]

Los últimos años de Galerio fueron menos bochornosos y desventurados, y, aunque desempeñó más esclarecidamente el cargo subalterno de César que el preeminente de Augusto, conservó hasta su muerte el primer lugar entre los príncipes del mundo romano. Sobrevivió cerca de cuatro años a su retirada de Italia y, abandonando sabiamente sus pretensiones de un imperio universal, dedicó lo restante de su vida al regalo y a la ejecución de obras públicas, entre las cuales sobresalen el desagüe al Danubio de las aguas superfluas del lago Pelso y el desmonte de los bosques que lo ceñían; empresa digna de un monarca, pues permitió el uso de un amplio territorio a los labradores de Panonia.[1253] Lo afectó una dolencia larga y angustiosa: su enorme cuerpo, producto de su descompasada

glotonería, se ulceró y engendró un enjambre de aquellos gusanos devoradores que han dado nombre a una repulsiva enfermedad,[1254] pero como Galerio había ofendido a un grupo crecido y poderoso de súbditos, en vez de condolerse de sus padecimientos, los celebraron y consideraron como los efectos visibles de un numen justiciero.[1255] No bien falleció en su palacio de Nicomedia (mayo de 311), ambos emperadores que merecían la púrpura reunieron sus fuerzas con el objetivo de disputarse los dominios vacantes o de repartírselos. Fueron persuadidos para desistir de lo primero y concordar en lo último: las provincias de Asia cayeron en manos de Maximino; y las de Europa, en las de Licinio. El Helesponto y el Bósforo de Tracia eran los límites de sus respectivos dominios; estas fronteras estaban cubiertas de soldados, armas y fortificaciones. Con la muerte de Maximiano y de Galerio, el número de emperadores se redujo a cuatro. Constantino y Licinio se aliaron por sus intereses compartidos; Maximino y Majencio efectuaron una alianza secreta, y sus desventurados súbditos esperaron despavoridos las consecuencias sangrientas de sus inevitables desacuerdos, que ya no podían ser contenidos por el temor y el respeto que les infundía Galerio.[1256] Entre tantos delitos y desgracias como los ocasionados por la pasión de aquellos príncipes, complace divisar, al menos, alguna acción con visos de virtuosa. En el sexto año de su reinado, Constantino visitó la ciudad de Autun; generosamente la descargó de todos sus atrasos tributarios y, al mismo tiempo, redujo el padrón de contribución personal de veinticinco mil a dieciocho mil cabezas.[1257] Sin embargo, esta indulgencia comprueba y evidencia la miseria general, pues el impuesto y el sistema de recaudación eran tan opresivos que, si bien las rentas se incrementaban por medio de la extorsión, también menguaban

con la desesperación: gran parte del territorio de Autun no pudo ser cultivado, por lo que un crecido número de súbditos preferían vivir exiliados o fuera de la ley antes que soportar el peso de la sociedad civil. Se infiere, entonces, que el bondadoso emperador alivió, por un acto parcial de desprendimiento, uno entre los muchos estragos que había causado por el conjunto de sus máximas administrativas. Pero este sistema no dependía tanto del albedrío como de la necesidad; y, exceptuando la muerte de Maximiano, el reinado en las Galias parece haber sido el período más inocente y virtuoso de la vida de Constantino. Su presencia protegió a las provincias de los ataques de los bárbaros, quienes temían o experimentaban su enérgico arrojo. Tras una victoria decisiva contra los francos y alamanes, varios de sus príncipes fueron arrojados a las fieras en el anfiteatro de Tréveris por orden de Constantino, y parece que la concurrencia disfrutó del espectáculo sin prorrumpir en el menor asomo de repugnancia ni de humanidad por el tratamiento a estos cautivos reales.[1258]

Las virtudes de Constantino sobresalían aún más al ser contrapuestas a las torpezas de Majencio, pues mientras las Galias disfrutaban cuanta felicidad cabía en la contrariedad de los tiempos, Italia y África se hallaban (años 306-312) deterioradas por las violencias de un tirano tan odioso como despreciable. La adulación presurosa y parcial sacrifica con frecuencia la reputación del vencido para ensalzar a sus venturosos rivales; pero aun los justos escritores que revelaron los errores de Constantino confiesan unánimemente que Majencio era sanguinario, codicioso y derrochador.[1259] Durante su gobernación, logró suprimir una leve rebelión en África, siendo el responsable, junto con un corto número de los suyos que fueron culpados, de los padecimientos de la provincia

entera. Las ciudades florecientes de Cirta [Constantina] y Cartago, y todo el ámbito de sus amplias posesiones, quedaron asoladas a hierro y fuego. Al abuso de la victoria le siguió el abuso de la ley y la justicia. Una hueste infernal de aduladores denunciaron en África que todo noble y rico adhería a la causa rebelde; algunos de ellos lograron la clemencia del emperador, quien sólo los castigó con la confiscación de sus bienes.[1260] Una vez obtenido el triunfo, se celebró la victoria de manera distinguida y suntuosa, y Majencio ostentó a la vista del pueblo el botín y expuso a los cautivos de una provincia romana. El estado de la capital era tan lamentable como el de África, ya que, por un lado, los inagotables fondos que suministró Roma eran utilizados en sus vanos y abundantes gastos, y, por el otro, los cobradores eran diestros en el arte de la rapiña. Por primera vez se impuso en aquel reinado la exigencia a los senadores de contribuir con un donativo; y con el tiempo, como la cuota aumentó insensiblemente, se redoblaron los pretextos para recaudarlo: victoria, nacimiento, desposorio, consulado imperial, todo iba aumentando las arcas.[1261] Majencio sintió la misma extrema aversión al Senado que la de los primeros tiranos de Roma; ni siquiera podía imaginar la clemencia por la lealtad generosa que lo entronizó y sostuvo contra el ataque de sus émulos. Las vidas de los senadores estaban siempre expuestas a sus sospechas celosas, y la deshonra de sus esposas e hijas era un realce para su sensualidad. Se puede inferir que un amante imperial rara vez exhala suspiros platónicos; pero, siempre que la persuasión le fue ineficaz, hizo uso de la violencia; y aún se conserva el ejemplo memorable de matrona virtuosa que evitó su mancilla con la muerte voluntaria.[1262] Sólo a los soldados pareció respetar o, incluso, complacer: atestó a Roma e Italia de tropas armadas, se desentendió de sus alborotos, les toleró robos

y matanzas contra el pueblo indefenso,[1263] y los consintió permitiéndoles el mismo desenfreno que su emperador estaba disfrutando. A menudo, Majencio ofreció a sus privados militares una ostentosa casa de campo o la hermosa consorte de un senador. Príncipe de tal índole, incapaz de gobernar en paz o en guerra, quizá logre comprar el apoyo del ejército, pero nunca podrá merecer su aprecio. No obstante, su orgullo era similar a sus demás vicios, pues, mientras yacía apoltronado en lo más recóndito de su palacio o en los jardines cercanos de Salustio, solía decir que sólo él era emperador y que los demás príncipes eran sus lugartenientes, a quienes había traspasado el resguardo de sus provincias fronterizas para poder disfrutar día y noche del lujo refinado de la capital. Roma lloró amargamente la ausencia de su soberano, pero luego, durante los seis años de su reinado, estuvo lamentando su presencia.[1264]

Aunque a Constantino le desagradaban los extravíos de Majencio y se condolía de los padecimientos de Roma, no podemos presumir que tomaría las armas para guerrear contra el primero y socorrer a las segundas. El tirano de Italia se atrevió a provocar a un enemigo formidable, cuya ambición se había limitado más por consideraciones de prudencia que por principios de justicia.[1265] Después de la muerte de Maximiano, se eliminaron sus títulos, siguiendo la costumbre, y se derribaron afrentosamente sus estatuas. El hijo, que lo había perseguido y desamparado en vida, aparentó sumo acatamiento a su memoria, y dispuso que inmediatamente las estatuas erigidas por Italia y por África en honra de Constantino recibieran el mismo tratamiento. Sin embargo, Constantino anhelaba evitar una guerra cuyos costos conocía muy bien. Por ello, al principio ignoró el desacato y buscó la reparación por el rumbo apacible de las negociaciones, hasta que los intentos

ambiciosos y hostiles del emperador de Italia lo obligaron a tomar las armas para su resguardo. Majencio, que reconoció abiertamente sus pretensiones a la monarquía entera de Occidente, tenía un ejército ya preparado para invadir las Galias del lado de Retia, y, aunque no podía esperar la ayuda de Licinio, vivía esperanzado de que las legiones de Iliria, atraídas con sus regalos y promesas, desertarían de sus banderas, declarándose a su favor.[1266] Constantino ya no titubeó; habiendo deliberado pausadamente, obró con valor: concertó una audiencia privada con los embajadores que, en nombre del Senado y del Pueblo, lo instaban encarecidamente a que libertase a Roma de tan horrorosa tiranía y, sin respetar las tímidas protestas de sus consejeros, acordó anticiparse al enemigo y guerrear, desde luego, en el mismo corazón de Italia.[1267]

La empresa era peligrosa y esclarecida, pues el fracaso de dos invasiones anteriores era suficiente para infundir grandes temores. Los veteranos, que siempre reverenciaron el nombre de Maximiano, se habían inclinado en ambas guerras hacia su hijo, y ahora, por honor o interés, no parecían contemplar la idea de otra deserción. Majencio, que consideró a la guardia pretoriana como la columna más firme de su solio, había aumentado el número de sus soldados hasta llegar al de su antigua fuerza: componían, con los demás italianos recién alistados, un formidable ejército de ochenta mil hombres. Desde la zona dominada de África, se habían alistado cuarenta mil moros y cartagineses, y Sicilia también colaboró con sus tropas. El ejército de Majencio ascendía a ciento setenta mil infantes y dieciocho mil caballos. Italia suministró sus caudales para costear los gastos de la guerra, y las provincias cercanas quedaron asoladas por el almacenamiento de sus provisiones de trigo y demás comestibles. El total de las fuerzas de Constantino

era de noventa mil infantes y ocho mil caballos;[1268] y como el resguardo del Rin requería sumo esmero durante la ausencia del emperador, no podía llevarse a la expedición italiana más de la mitad de su tropa, a menos que pospusiese la seguridad pública a su contienda particular.[1269] Si bien acaudilló a unos cuarenta mil hombres para enfrentar a un enemigo cuatro veces más poderoso, los ejércitos de Roma, colocados a una distancia segura del peligro, fueron debilitados por el lujo y la relajación. Acostumbrados a los baños y los teatros de Roma, salían desganados a la campaña; además, las tropas estaban compuestas principalmente por veteranos que casi habían olvidado las armas y las prácticas de guerra y por inexpertos que aún no las conocían. Por el contrario, las legiones de las Galias, habituadas a la defensa del Imperio contra los bárbaros del Norte, encumbraban su valentía y robustecían su disciplina con su trabajoso desempeño. La misma diferencia que existía entre los caudillos también era visible entre los ejércitos. La ambición o la lisonja habían tentado a Majencio con la esperanza de conquista; pero estos anhelos vehementes cedieron el lugar a los resabios de la liviandad y a la conciencia de su propia inexperiencia. En cambio, el pecho denodado de Constantino se ejercitó desde la niñez en la guerra, en los afanes y en el mando militar.

Cuando Aníbal marchó de Galia a Italia, se vio obligado a descubrir y luego abrir un camino entre montañas y a través de naciones bravías que jamás habían franqueado paso a ningún ejército.[1270] En ese tiempo, los Alpes estaban protegidos por la naturaleza; actualmente lo están por el arte. Ciudadelas fortificadas capaces de controlar hasta las llanuras hacen a ese lado de Italia inaccesible para los enemigos del rey de Cerdeña.[1271] En el período intermedio, los generales que intentaron ese

pasaje rara vez enfrentaron dificultades o resistencias. En tiempo de Constantino, los campesinos de las montañas ya eran súbditos civilizados y obedientes; el país estaba bien abastecido, y las asombrosas carreteras con las que los romanos traspasaron los Alpes abrían nuevas comunicaciones entre Galia e Italia.[1272] Constantino prefirió el paso de los Alpes Cottiae o, como se llama en nuestros tiempos, el monte Cenis. Dirigió a sus tropas con tal diligencia que descendió por las llanuras del Piamonte antes que la corte de Majencio tuviese noticia positiva de su partida de las orillas del Rin. Aunque la ciudad de Susa, al pie del monte Cenis, se encontraba tan bien guarnecida como para atajar al extranjero, no pudo enfrenar el afán de las tropas de Constantino, que desdeñaron las formalidades dilatadas de un sitio. Apenas llegaron, incendiaron las puertas y arrimaron las escalas a las paredes para trepar al asalto contra un diluvio de piedras y dardos. Se apoderaron, espada en mano, de la plaza y degollaron a la mayor parte de la guarnición. Constantino se preocupó por apagar las llamas y rescató a Susa de su total exterminio. Lo esperaba una batalla más reñida cuarenta millas [64,37 km] más adelante. En las llanuras de Turín, los tenientes de Majencio juntaron una crecida tropa de italianos, cuya fuerza principal radicaba en un tipo de caballería pesada que los romanos, desde la decadencia de su disciplina, habían tomado de las naciones orientales. Jinete y caballo estaban encajonados en una armadura completa, cuyos engarces se adaptaban mañosamente a los movimientos del cuerpo. El aspecto de aquella caballería era formidable; su empuje, casi incontrastable, y como entonces los generales la organizaban en una columna cerrada, o más bien como una cuña aguzada con anchos costados, se lisonjeaban de que fácilmente iban a desgarrar y hollar al ejército de Constantino. Quizás hubieran logrado su

intento si el experto caudillo no hubiese acudido al método de defensa que usó Aureliano en una ocasión similar. Las acciones acertadas de Constantino conmovieron y burlaron a aquella columna maciza; las tropas de Majencio huyeron atropelladamente a Turín y, como encontraron las puertas cerradas, pocos fueron los que se salvaron de los filos de sus perseguidores. Por este grandioso servicio, Turín mereció la clemencia e, incluso, el favor del vencedor, quien luego hizo su entrada en el palacio imperial de Milán, y casi todos los pueblos de Italia entre los Alpes y el Po reconocieron su potestad y se arrimaron con ahínco al bando de Constantino.[1273]

De Milán a Roma, las carreteras Emilia y Flaminia le ofrecieron una marcha fácil por más de cuatrocientas millas [643,74 km]; pero aunque Constantino ansiaba enfrentar al tirano, prudentemente encaminó su avance contra otra hueste italiana, cuya fuerza y situación podía contrarrestar o, en caso de malogro, podía interceptar su retirada. Ruricio Pompeyano, general distinguido por su valentía y pericia, estaba al mando de la ciudad de Verona y de todas las tropas acantonadas en la provincia de Venecia. Al enterarse de que Constantino se encaminaba contra él, separó un gran cuerpo de caballería para enfrentarlo, que fue derrotado en una batalla junto a Brescia y perseguido por las legiones galas hasta las puertas de Verona. La precisión, la importancia y el empeño del sitio de Verona se hicieron presentes inmediatamente en el sagaz pensamiento de Constantino,[1274] pues la ciudad sólo era accesible por una península estrecha hacia el poniente, quedando lo demás ceñido por el Adigio, un río muy rápido que abarcaba la provincia de Venecia, donde los sitiados se surtían de gente y de provisiones. Tras varias tentativas infructuosas, por fin, a duras penas, Constantino logró atravesar el río a cierta distancia más arriba

de la ciudad, por un paraje donde el torrente era menos violento. Entonces, encerró a Verona con trincheras poderosas, avanzó apresuradamente con ataques vigorosos, y rechazó una salida desesperada de Pompeyano. Este intrépido general, ansioso no por salvar su persona, sino por defender la seguridad pública, logró escapar secretamente de Verona cuando los recursos para la defensa estaban agotados. Con esmero, logró juntar una hueste capaz de enfrentar a Constantino en campo raso, o de embestirlo si insistía en permanecer dentro de sus líneas. El emperador, atento a los movimientos y enterado de la cercanía de tan formidable enemigo, dejó parte de las legiones para continuar las operaciones del sitio y, capitaneando una valerosa y selecta tropa, avanzó personalmente contra el general de Majencio. El ejército galo se formó en dos líneas, según su práctica usual de guerra; pero el perspicaz caudillo, percibiendo el gran número de soldados italianos, varió repentinamente su disposición: estrechó la segunda línea y alargó la primera para el cabal contrarresto del enemigo. Sólo con tropas veteranas es posible ejecutar despejadamente tales cambios en momentos de peligro, y su resultado suele ser terminante, pero como la contienda se entabló al anochecer y se siguió batallando toda la noche, tuvieron menos cabida las ocurrencias de los generales que el valor de los soldados. La luz del alba demostró la victoria de Constantino y un campo de batalla cubierto de miles de italianos vencidos. Como entre los muertos se encontraba el general Ruricio Pompeyano, Verona se rindió y su guarnición fue hecha prisionera.[1275] Cuando felicitaba a su emperador por tan esclarecido triunfo, la oficialidad vencedora se animó a emitir algunas quejas respetuosas, como aquéllas que los más celosos monarcas suelen oír sin molestarse. Manifestaron a Constantino que, traspasando las funciones de un comandante,

había estado exponiendo su persona con tan excesivo coraje que terminaba degenerando en temeridad, y le rogaron encarecidamente que, en lo sucesivo, atendiera más a la conservación de una vida de la que dependía la salvación de Roma y del Imperio.[1276]

Mientras Constantino se distinguía por valiente y entendido en la lid, el soberano de Italia fue insensible a las desventuras y el peligro que estaban desgarrando las entrañas de sus dominios. Majencio seguía embargado en sus deleites y ocultaba al pueblo, o por lo menos se esmeraba en ocultar, los infortunios de sus ejércitos;[1277] se adormecía en el regazo de sus vanas confianzas y se alejaba del remedio de sus dolencias.[1278] La rapidez de Constantino[1279] apenas alcanzaba para que reaccionara contra la seguridad fatal que sentía: se lisonjeaba de que su notoria grandeza y la majestad del nombre romano, que ya lo habían libertado de dos invasiones, desvanecería del mismo modo al ejército rebelde de Galia. Finalmente, los oficiales expertos y consumados que habían militado con las banderas de Maximiano se vieron obligados a desengañar al hijo mimado sobre el peligro inminente que ya lo estaba cercando, y lo instaron, con un desenfado que lo asombró y convenció al mismo tiempo, a que precaviese su ruina por medio del vigoroso esfuerzo de su poder restante. Los recursos de Majencio, tanto de hombres como de dinero, eran todavía considerables, pues la guardia pretoriana estaba convencida de la conveniencia de enlazar su causa con la de él, y luego se les unió un tercer ejército más numeroso que los vencidos en las batallas de Turín y de Verona. El emperador no tenía intención de acaudillar personalmente las tropas, ya que, como extraño a las acciones de la guerra, se estremecía con el peligro de una contienda tan arriesgada; y, como el temor es comúnmente supersticioso,

escuchó con desconsolada atención los agüeros y los presagios que parecieron amenazar su vida y su Imperio. Finalmente, la vergüenza cedió su lugar a la valentía, y se vio forzado a tomar el campo de batalla al no poder sobrellevar el menosprecio del pueblo romano. El circo resonó con el clamor de los airados ciudadanos, quienes luego se aglomeraron atropelladamente en las puertas del palacio reprochando la cobardía de su soberano indolente y ponderando la bizarría triunfadora de Constantino.[1280] Majencio, antes de salir de Roma, consultó con los Libros Sibilinos, y como los guardias de aquellos antiguos oráculos eran más duchos en las artes del mundo que en los recónditos secretos de la suerte, le contestaron estudiadamente en términos que cuadrasen con el éxito y afianzasen su reputación, prescindiendo del rumbo que tomasen las armas.[1281]

La celeridad de la marcha de Constantino ha sido parangonada con la rápida conquista de Italia realizada por el primer César; esta comparación no desdice la verdad histórica, pues tan sólo mediaron cincuenta y ocho días entre la rendición de Verona y la culminación de la guerra (28 de octubre de 312). Constantino imaginó que el tirano cedería a los impulsos de la zozobra o la prudencia y que, en vez de aventurar su última esperanza en una batalla terminante, se encerraría en los muros de Roma. Sus grandiosos almacenes lo guarnecieron contra la contingencia del hambre, y como la situación de Constantino no admitía demora, quizá se vería obligado a la triste necesidad de asolar a hierro y fuego la ciudad imperial, que era el galardón más esclarecido de la victoria, y cuyo rescate era el motivo, o más bien el pretexto, de la guerra civil.[1282] Pero al llegar a un paraje llamado Saxa Rubra, como a nueve millas [14,5 km] de Roma,[1283] con asombro gozoso descubrió que el ejército de Majencio estaba preparado para darle batalla.[1284] Su amplio

frente ocupaba una llanura dilatada y su retaguardia llegaba a las orillas del Tíber, prohibiendo la retirada. Nos refieren, y debemos creerlo, que Constantino dispuso sus tropas con suma habilidad, reservándose el punto de más honor y peligro. Distinguiéndose por el esplendor de su armamento, capitaneó la caballería y se abalanzó hacia su rival: su ataque irresistible determinó la suerte de la batalla. La caballería de Majencio estaba conformada fundamentalmente por coraceros torpes y por moros y numidas indisciplinados, que se rindieron al vigor de los jinetes galos, más decididos que los primeros y más seguros que los otros. Al ser derrotadas ambas alas, la infantería quedó desvalida, y los indisciplinados italianos huyeron sin pesadumbre de las banderas de un tirano al que siempre habían odiado y a quien ya no respetaban. Venganza y desesperación fueron los estímulos de los pretorianos, que sabían que no alcanzaría el indulto a sus atentados; y aunque todo el esfuerzo de tan valerosos veteranos fue infructuoso para recobrar la victoria, sin embargo, ellos lograron una muerte honorable: sus cadáveres seguían cubriendo el mismo sitio que ocuparon con sus filas.[1285] Pero luego sobrevino un desconcierto general; el exánime ejército de Majencio estaba siendo acosado por un enemigo implacable; sus soldados, entonces, se arrojaron de a miles en la honda y rápida corriente del Tíber. El emperador intentó escapar de la ciudad por el puente Milvio, pero el gentío agolpado en aquella estrechez lo volcó al río, donde se ahogó inmediatamente por el peso de su armadura.[1286] Al día siguiente, costó trabajo hallar su cadáver hundido en el barrizal; su cabeza, colgada a la vista de todos, convenció al pueblo de su liberación, pero impidió que vitorease leal y agradecidamente al venturoso Constantino, cuyo valor y pericia acababan de coronar la empresa más esplendorosa de su vida.[1287]

Al triunfar, Constantino no mostró rasgos grandiosos de clemencia ni extremos de excesiva crudeza,[1288] pues impuso el mismo tratamiento que hubieran recibido él y su familia por una derrota semejante: ajustició a los dos hijos y a toda la parentela del tirano. Los seguidores más distinguidos de Majencio debieron haber esperado compartir su destino, como lo habían hecho con su prosperidad y sus delitos; pero cuando el pueblo romano pidió un mayor número de víctimas, el vencedor se resistió, con entereza y humanidad, a esos clamores serviles dictados por el resentimiento y la adulación. Castigó con escarmiento a los delatores, y todos los inocentes que habían sido desterrados por la anterior tiranía recobraron su patria y sus haciendas. Pregonó el olvido general para calmar los ánimos y afianzar la propiedad en Italia y África.[1289] La primera vez que Constantino honró al Senado con su presencia, modestamente reseñó sus servicios y hazañas, manifestó aprecio sincero a todo el cuerpo y ofreció restablecer su antiguo decoro y privilegios. El Senado, agradecido, intentó sustituir la superflua tarea de otorgar títulos honoríficos insustanciales que aún tenía en su poder, y, sin aspirar a ratificar la autoridad de Constantino, acordó por decreto asignarle el primer lugar entre los tres Augustos que estaban gobernando el mundo romano.[1290] Los juegos y las festividades se instituyeron para perpetuar la nombradía de la victoria y varios edificios, levantados a costa de Majencio, fueron dedicados al honor del venturoso rival. El arco triunfal de Constantino todavía es una prueba melancólica de la decadencia de las artes y un testimonio singular de la mediocre vanidad. Como no era posible encontrar en la capital del Imperio un escultor capaz de engalanar dignamente aquel grandioso monumento, se acudió, sin respeto a la memoria y contra las reglas del decoro, a despojar al arco de Trajano de sus

figuras más primorosas. No se tuvo en cuenta las diferencias en las personalidades, las acciones, los caracteres y las épocas. Se representa a los cautivos partos postrados a las plantas de un príncipe que jamás asomó con sus armas por el Éufrates; los expertos más perspicaces aún pueden descubrir la cabeza de Trajano entre los trofeos de Constantino; y además los nuevos ornamentos, que eran necesarios para tapar los vacíos de la antigua escultura, fueron realizados de manera tosca e insertados torpemente.[1291]

El total exterminio de la guardia pretoriana fue tanto una medida prudente como vengativa: estas tropas, cuyo número y privilegios habían sido restaurados e incluso aumentados por Majencio, fueron deshechas para siempre por Constantino. Se destruyeron sus fortines, y los pocos pretorianos que evitaron los filos de las espadas fueron repartidos por las legiones o arrinconados en las fronteras del Imperio, donde podían ser útiles sin representar un peligro.[1292] Constantino, suprimiendo las tropas estacionadas en Roma, descargó un violento golpe al decoro del Senado y del pueblo. La desarmada capital quedó sin socorro y expuesta a los embates o al menosprecio de sus lejanos dueños. Se advierte que, en el último intento por recobrar su libertad moribunda, los romanos habían entronizado a Majencio por temor a un tributo exigido al Senado como donativo; luego imploraron el auxilio de Constantino, y éste venció al tirano y convirtió el donativo en un impuesto perpetuo. Se dividió a los senadores en distintas clases, según la declaración que se requirió de sus propiedades: los más acaudalados debían pagar anualmente ocho libras de oro; la siguiente clase, cuatro libras; la otra, dos; y los más pobres, que podrían haber solicitado una exención, sin embargo debían contribuir con siete piezas de oro. Los miembros regulares del

Senado, sus hijos, sus descendientes, su parentela y hasta sus relaciones disfrutaban las regalías y aguantaban el pesado gravamen; así que no es de extrañar que Constantino haya aumentado cuidadosamente el número de individuos comprendidos en una jerarquía tan provechosa.[1293] Después de la derrota de Majencio, el emperador victorioso estuvo dos o tres meses en Roma, y sólo la visitó en dos ocasiones para solemnizar las grandiosas fiestas del primero y segundo decenio de su reinado. En constante movimiento para ejercitar las legiones o para inspeccionar el estado de las provincias, Constantino fue residiendo en Tréveris, Milán, Aquileia, Sirmio, Naissus y Tesalónica, hasta que fundó Nueva Roma en el límite de Asia y Europa.[1294]

Antes de marcharse de Italia, Constantino se aseguró la amistad o, al menos, la neutralidad del emperador ilirio Licinio, ofreciéndole como esposa a su hermana Constancia; pero la celebración de las nupcias se postergó para cuando finalizara la guerra. La entrevista de ambos emperadores en Milán, realizada con tal fin, pareció fortalecer la unión de sus familias e intereses;[1295] pero en medio de los festejos tuvieron que despedirse repentinamente: un ataque de los francos convocaba a Constantino al Rin y el ademán belicoso del soberano de Asia requería la presencia de Licinio.

Maximino había sido el aliado secreto de Majencio y, sin ser desalentado por su destino, se arriesgó a tentar la suerte de una guerra civil. Durante el invierno, marchó de Siria a la frontera de Bitinia (año 313). La estación era cruda y tormentosa; perecieron un gran número de hombres y caballos por la nieve; y, como los caminos estaban intransitables por los aguaceros, tuvo que dejar gran parte de su bagaje, cuya pesadez impedía la velocidad de la marcha. Por este esfuerzo extraordinario de

diligencia, llegó con un ejército acosado pero formidable a las márgenes del Bósforo en Tracia, antes que los tenientes de Licinio fueran informados de sus hostiles intenciones. Bizancio se rindió al poder de Maximino tras un sitio de once días; pero él fue detenido algunos días entre los muros de Heraclea, cuando sitiaba la ciudad, y lo sobresaltó la noticia de que Licinio se hallaba acampado a la breve distancia de dieciocho millas [28,97 km]. Tras una negociación infructuosa, en la que ambos príncipes trataron de seducir a los partidarios del bando contrario, acudieron a las armas. El emperador de Oriente acaudillaba un ejército disciplinado y veterano de más de setenta mil hombres, y Licinio, que había juntado unos treinta mil ilíricos, al principio quedó arrollado por la superioridad del número, pero gracias a su habilidad militar y a la entereza de su tropa se revirtió el trance con una victoria decisiva. La increíble diligencia de Maximino en su escape se ponderó más que sus proezas en la batalla, y, después de veinticuatro horas, se mostró en Nicomedia, a más de ciento sesenta millas [257,5 km] del sitio de su derrota, pálido, trémulo y sin distintivo imperial. En Asia, Maximino poseía caudales sobrantes y, aunque había sucumbido la flor de sus veteranos en el último choque, aún tenía facultades, si podía obtener tiempo, para sacar los crecidos refuerzos de Siria y Egipto; pero sólo sobrevivió tres o cuatro meses. Algunos atribuyeron su muerte, acaecida en Tarso, a la desesperación; otros, al veneno; y otros, a la justicia divina. Como Maximino carecía de habilidades y de virtud, ni el pueblo ni los soldados lo lamentaron, y las provincias orientales, aliviadas del peso de la guerra civil, reconocieron gozosas la autoridad de Licinio.[1296]

El emperador vencido dejó dos hijos, un muchacho de ocho años y una niña de alrededor de siete. La inocencia podría haber

emocionado su compasión, pero este afecto no tenía cabida en Licinio, quien intentó *extinguir* el nombre y la memoria de su contrario. La muerte de Severiano no admite excusas, porque no fue dictada por venganza ni por miramientos de política. El vencedor jamás recibió algún agravio por parte del padre de aquel joven, y el remoto y oscuro reino que le correspondía a Severo se hallaba en una parte lejana del Imperio y era realmente olvidable. La ejecución de Candidiano fue un acto de crueldad e ingratitud más horroroso, pues era hijo natural de Galerio, amigo y bienhechor de Licinio. Su prudente padre lo consideró demasiado joven para sobrellevar el peso de la diadema; pero imaginó que, al resguardo de príncipes deudores de su favor para la púrpura imperial, Candidiano viviría segura y honoríficamente. Al llegar a los veinte años de edad, aunque no tuviese el mérito o la ambición de la púrpura, la realeza de su nacimiento bastó para encrudecer el ánimo celoso de Licinio. [1297] A estas inocentes e ilustres víctimas de su tiranía, hay que añadir a la esposa y la hija del emperador Diocleciano. Cuando este príncipe le dio el título de César a Galerio, lo desposó con su hija Valeria, cuya amarga suerte daría motivo a una tragedia. Ella desempeñó e, incluso, superó las obligaciones de una esposa, y, al no tener sucesión, adoptó al hijo natural de su marido, acreditando inalterablemente el cariño y el afán de una madre legítima para el desventurado Candidiano. Luego de la muerte de Galerio, el caudal y el atractivo de la viuda cautivaron los anhelos del sucesor, Maximino,[1298] y aunque casado, como era común el divorcio en la legislación romana, los impulsos del tirano demandaron inmediato goce. La respuesta de Valeria era la que correspondía a una viuda e hija de emperadores, pero supo templarla con la prudencia que le imponía su indefensa situación. Manifestó a los encargados de aquel mensaje que,

«aun cuando el honor permitiese que una mujer de su estado y señorío acordara un segundo desposorio, por lo menos el decoro le prohibiría aceptar la propuesta cuando las cenizas de su esposo y bienhechor se hallaban aún tibias y mientras que el desconsuelo interior sea expresado por su enlutada vestimenta. Ella se aventuró a declarar que se fiaría poco de las protestas de un hombre cuya inconstancia cruel era capaz de repudiar a una consorte tan leal y apasionada».[1299] Con este desengaño, el cariño de Maximino se transformó en furia, y, como siempre tenía a su disposición testigos y jueces, le fue fácil encubrir sus ímpetus con la apariencia de cargos legales que ataquen la reputación y la dicha de Valeria. Sus haciendas fueron confiscadas; sus eunucos y sirvientes, sometidos a miles de tormentos; y varias matronas inocentes y respetables perdieron la vida al ser procesadas falsamente por adúlteras. La misma emperatriz y su madre, Prisca, fueron condenadas al destierro y, antes de encerrarlas en una aldea arrinconada por los desiertos de Siria, fueron expulsadas atropellada y afrentosamente de pueblo en pueblo. Se vieron obligadas a mostrar su vergüenza y desamparo por las provincias de Oriente, las que durante treinta años habían estado respetando su augusto señorío. Diocleciano extremó sus infructuosos ruegos para aliviar las desventuras de su hija, y en último pago por la púrpura imperial que le había proporcionado a Maximino, le pedía encarecidamente que le permitiese compartir su retiro en Salona con Valeria, para que ella pudiera cerrarle al fin los ojos a su desconsolado padre.[1300] Como ya no tenía el poder de amenazar, todo aquel cúmulo de súplicas sólo hallaba frialdad y menosprecio. Maximino sintió su orgullo colmado al tratar a Diocleciano como suplicante y a su hija como culpable. La muerte de Maximino parecía asegurar a las emperatrices un cambio favorable en su fortuna, pues con los

trastornos públicos disminuía la vigilancia de los guardias, y ellas encontraron los medios para escapar del lugar de su exilio y presentarse cautelosamente en la corte de Licinio. Su conducta, en el comienzo de su reinado, y la honorable recepción que les ofreció el joven Candidiano inspiraron en Valeria una complacencia entrañable respecto de sí misma y de su hijo adoptivo. Pero estas halagüeñas perspectivas pronto fueron ensombrecidas por el horror y el asombro que le producían las sangrientas ejecuciones que sin cesar mancillaban el palacio de Nicomedia, y pudo darse cuenta de que otro tirano, aún más atroz que Maximiano, ultrajaba el solio. Valeria intentó salvarse arrebatadamente, y, acompañada siempre de su madre Prisca, fue vagando por las provincias, encubierta con trajes humildes, durante quince meses.[1301] Las descubrieron en Tesalónica; como ya estaban sentenciadas de antemano, fueron inmediatamente degolladas, y arrojaron sus cadáveres al mar. El pueblo, atónito ante el doloroso espectáculo, tenía que controlar su airado quebranto por temor a la guardia militar. Tal fue el indigno destino de la esposa y la hija de Diocleciano. Lamentamos sus desgracias y no alcanzamos a descubrir sus delitos, y por más cruel que nos parezca Licinio, realmente nos extraña que él no acudiese a cualquiera otro género de venganza más reservado y decoroso.[1302]

El mundo romano quedó dividido entonces entre Constantino y Licinio: el primero estaba al mando de Occidente; el segundo, de Oriente (año 314). Tal vez, era de esperar que los vencedores, fatigados por la guerra civil y enlazados con vínculos privados y públicos, renunciaran o, por lo menos, suspendieran, sus nuevos intentos ambiciosos. Sin embargo, apenas había pasado un año de la muerte de Maximino, cuando los emperadores victoriosos apuntaron

mutuamente sus armas. La índole, la ambición y el desempeño preeminente de Constantino parecen señalarlo como el agresor; pero la alevosía de Licinio justifica las sospechas más vehementes y, por los escasos visos que ofrece la historia de este trance,[1303] se trasluce una conspiración fraguada por sus artes contra la autoridad de su compañero. Constantino acababa de desposar a su hermana Anastasia con Basiano, un hombre de una familia y fortuna considerables, que fue elevado a la jerarquía de César. Según el sistema instituido por Diocleciano, Italia y, quizás, África le correspondían en la partición del Imperio; pero el cumplimiento de la oferta se fue dilatando o acompañando de tantas diferentes condiciones que la lealtad de Basiano quedó más quebrantada que robustecida con la distinción que había obtenido. Licinio había ratificado su nombramiento y, por medio de sus emisarios, entabló una correspondencia reservada y siniestra con el nuevo César para exacerbar su descontento e instarlo a alcanzar por la fuerza lo que en vano estaba pretendiendo de la justicia de Constantino. Sin embargo, el atento emperador descubrió la conspiración antes de su ejecución, y después de rescindir solemnemente su alianza con Basiano, lo despojó de la púrpura y le impuso el castigo merecido por su ingratitud y traición. Licinio se negó a entregar a los criminales refugiados en sus dominios, corroborando así las sospechas que ya se tenían de su hipocresía; luego, los desacatos cometidos en Emona —en las fronteras de Italia— contra las estatuas de Constantino enarbolaron la señal de la discordia entre ambos soberanos.[1304]

La primera batalla se libró en Cibalis, ciudad de Panonia situada sobre el río Sava como a cincuenta millas [80,5 km] más arriba de Sirmio.[1305] De las escasas fuerzas que los dos monarcas poderosos sacaron a campaña en aquella reñida contienda (8 de

octubre de 315), se infiere que uno se vio repentinamente retado, y el otro, inesperadamente sorprendido, pues el emperador de Occidente tenía sólo veinte mil hombres y el de Oriente, no más de treinta y cinco mil. La inferioridad de número era compensada, no obstante, por la ventaja del terreno, pues Constantino se había situado en un desfiladero o cañada entre un risco empinado y un pantano, y en ese lugar esperó y contrarrestó el primer avance del enemigo. Buscando la victoria, se adelantó a la llanura, pero las veteranas legiones de Iliria se recuperaron bajo el estandarte de un caudillo entrenado en guerrear en la escuela de Probo y Diocleciano. Las armas arrojadizas pronto se agotaron en ambos bandos, y los dos ejércitos se abalanzaron cuerpo a cuerpo con espadas, lanzas e igual valor. La contienda fue indecisa desde el amanecer hasta muy entrada la noche, cuando el ala derecha capitaneada personalmente por Constantino se lanzó a la carga incontrastablemente. La juiciosa retirada de Licinio salvó a sus restantes fuerzas de una derrota definitiva; pero al sumar su pérdida, que ascendía a más de veinte mil hombres, consideró peligroso pasar la noche en presencia de un enemigo activo y victorioso. Abandonó el campamento y los almacenes; se marchó sigilosa y aceleradamente acaudillando la mayor parte de su caballería, y rápidamente se quedó fuera de todo alcance y peligro. Con su diligencia, resguardó a su esposa, a su hijo y los tesoros depositados en Sirmio. Licinio atravesó esta ciudad, cortó el puente sobre el Sava y se apresuró a juntar un nuevo ejército en Dacia y Tracia, concediendo en su fuga el título provisorio de César a Valente, general de la frontera iliria.[1306]

La llanura de Mardia en Tracia fue el teatro de una segunda batalla no menos reñida y sangrienta que la primera. Las tropas de ambos bandos demostraron el mismo valor y disciplina; y la

victoria fue una vez más decidida por el desempeño superior de Constantino, quien dispuso la colocación de un cuerpo de cinco mil hombres sobre un cerro, desde donde, en lo más encarnizado de la batalla, descendió sobre la retaguardia enemiga, causándole muchos muertos. Sin embargo, las tropas de Licinio presentaron dos frentes y se mantuvieron inmóviles hasta que sobrevino la noche y terminó el combate; entonces aseguraron su retirada hacia las sierras de Macedonia.[1307]

La pérdida de dos batallas y de sus veteranos más valientes doblegó la altanería de Licinio hasta el punto de implorar la paz. Constantino concedió una entrevista a su embajador, Mistriano, quien se explayó por el trillado carril de la moderación y la humanidad que distinguen la oratoria de todo vencido. Mistriano insinuó en un lenguaje patético que los acontecimientos de la guerra solían ser inciertos, mientras que sus fracasos inevitables eran funestos para ambos bandos. Expresó que traía credenciales para proponer una paz honrosa y duradera en nombre de sus dos *amos*, los emperadores. Frente a la mención de Valente, Constantino demostró su ira y menosprecio. «No fue por tal propósito —replicó ceñudo— que hemos avanzado de las costas del océano occidental en alas de la victoria; y después de rechazar a un pariente desagradecido, debemos aceptar por compañero a un esclavo despreciable. La renuncia de Valente será el primer artículo del tratado.»[1308] Fue necesario aceptar esta condición humillante, y el desventurado Valente, tras un reinado de pocos días, fue privado de la púrpura y de su vida. Tan pronto como este obstáculo se quitó, la tranquilidad del mundo romano se restauró sin demora. Las derrotas sucesivas de Licinio quebraron su poderío, pero mostraron su valor y su desempeño: su situación era casi desesperada, pero a veces los esfuerzos de la desesperación son

formidables, y la sensatez de Constantino antepuso una ventaja grandiosa y positiva a un tercer ensayo en los trances de la guerra. El emperador consintió en dejar en manos de su rival —o, como seguía llamando a Licinio, amigo y hermano— Tracia, Asia Menor, Siria y Egipto; pero las provincias de Panonia, Dalmacia, Dacia, Macedonia y Grecia se incorporaron al Imperio de Occidente, y así los dominios de Constantino abarcaban desde los límites de Caledonia hasta el extremo del Peloponeso. Fue estipulado por el mismo tratado que tres jóvenes reales, hijos de los emperadores, deberían ser llamados al goce de la sucesión. Luego, en Occidente, Crispo y el joven Constantino fueron declarados Césares, y en Oriente, el joven Licinio asumió la misma dignidad. Así, en esta desproporción de honores, el vencedor corroboraba su gran superioridad en armas y poderío.[1309]

A pesar de los celos y el resentimiento por los recuerdos de los últimos agravios y el temor de futuras contingencias, la conciliación de Constantino y Licinio proporcionó bonanza durante ocho años en el ámbito del Imperio (315-323). Durante ese período, comenzó a dictarse una serie eslabonada de leyes imperiales, y no fue difícil transcribir las disposiciones civiles, tarea que Constantino atendió en su tiempo de ocio. Sin embargo, las leyes de mayor importancia se enlazaron estrechamente con el nuevo sistema político y religioso, y éste fue establecido completamente en los últimos y pacíficos años de su reinado. Muchas de sus leyes relativas al derecho de propiedad individual y a la práctica forense pertenecen más bien a la jurisprudencia privada que a la pública. Incluso, Constantino promulgó varios edictos de carácter tan local y temporario que no corresponden a una historia general. No obstante, dos leyes se pueden destacar: una por su trascendencia

y notable benevolencia y la otra por su extrañeza y excesiva crudeza. I) La horrorosa y, sin embargo, usual práctica de abandonar o matar a los recién nacidos era cada vez más frecuente en las provincias del Imperio, especialmente en Italia. La costumbre era producto de la pobreza, y ésta resultaba del recargo intolerable de impuestos y, ante todo, de las insistencias y abusos de los cobradores con los rezagados en el pago. Los menos pudientes, o menos trabajadores, en vez de celebrar el aumento de su prole, consideraron como un rasgo de cariño paternal liberar a sus niños de las desdichas inminentes que se les hacían intolerables a ellos mismos. La sensibilidad de Constantino, estimulada quizá por algún caso reciente de extraordinaria desesperación, lo instó a dirigir una proclama a todas las ciudades de Italia y, luego, de África, disponiendo socorros inmediatos y suficientes a los padres que acudiesen ante los magistrados con los niños que no podían ser alimentados a causa de la pobreza. Aunque la promesa era grandiosa, su desempeño no fue precisado lo suficiente como para producir efectos generales y permanentes.[1310] Así, por más laudable que fuese, la ley sirvió más para patentizar que para disminuir el quebranto irremediable; constituye un verdadero hito el hecho de confundir a aquellos autores venales, tan satisfechos de su situación que no podían descubrir ningún vicio o miseria bajo el gobierno del generoso soberano.[1311] II) Las leyes de Constantino contra el rapto penalizaban con sobrada crudeza y muy poca indulgencia las debilidades más halagüeñas de la naturaleza humana, puesto que, bajo el concepto de aquel delito, se abarcaba no sólo la tropelía irracional y forzadora, sino el galanteo entrañable que podía persuadir a una mujer soltera, menor de veinticinco años, para fugarse de su casa paterna. «Al rapto consumado se le impuso la pena de muerte, y como si no

bastase aquel castigo para tan atroz atentado, se lo quemaba vivo o se lo arrojaba a las fieras en el anfiteatro. La declaración de la virgen confesando su consentimiento, en vez de salvar al amante, la igualaba en su ejecución. El desempeño de la imputación fue confiado a los parientes de la culpada o a la infeliz muchacha, y si por sus sentimientos naturales se intentaba disimular la herida o repararla con el matrimonio, ellos mismos padecían el destierro y la confiscación de bienes. Los esclavos de ambos sexos que hubieran intervenido en el rapto o el ardid se quemaban vivos o morían con el martirio extremo de hacerles ingerir una porción de plomo derretido. Cuando el crimen era público, la acusación podían realizarla incluso los extraños, sin que ésta se ciñese a plazo alguno, trascendiendo la sentencia hasta el fruto inocente de la unión ilegítima.»[1312] Pero, siempre que la culpa horroriza menos que el castigo, el rigor de la ley tiene que ceder ante los impulsos naturales del corazón; así, las cláusulas más violentas quedaron suavizadas o revocadas en los siguientes reinados,[1313] e incluso el mismo Constantino aliviaba con actos parciales de clemencia el destemple severo de sus disposiciones generales. Tal era verdaderamente el carácter singular de este emperador que, mientras se mostró misericordioso y aun negligente en la ejecución de sus leyes, al expedirlas fue cruel y severo; y apenas es posible señalar otra muestra más terminante de flaqueza, tanto en su carácter como en la constitución de su gobierno.[1314]

La administración civil solía ser interrumpida por la defensa militar del Imperio. Crispo, joven cabal, revestido con el título de César (año 322) y al mando de los territorios del Rin, descolló en valor e inteligencia por varias victorias contra francos y alemanes, y doblegó a los bárbaros que ocupaban las fronteras con el temor que les infundía un hijo de Constantino y nieto de

Constancio.[1315] El mismo emperador se encargó de la importante y trabajosa provincia del Danubio. Los godos, que en tiempo de Claudio y de Aureliano habían experimentado el embate y poderío romanos, lo respetaron incluso en medio de sus discordias intestinas; pero la fuerza de esa nación belicosa se había robustecido con la paz que reinó durante casi medio siglo, y la nueva generación olvidó los quebrantos antiguos. Los sármatas del lago Meotis [actual mar de Azov] siguieron el estandarte godo como súbditos o como aliados, y sus fuerzas hermanadas anegaron los territorios de Iliria. Campona, Margo y Bononia parecen haber sido el escenario de varios sitios y batallas memorables;[1316] y aunque Constantino encontró una porfiada resistencia, venció por fin a los godos, quienes fueron obligados a una vergonzosa retirada al tener que devolver cuanto habían apresado. Pero este hecho no fue suficiente para satisfacer la ira del emperador: decidió no sólo rechazar, sino castigar a los rebeldes bárbaros profanadores del territorio romano. Acaudillando a sus legiones, atravesó el Danubio, restableció el puente construido por Trajano, se internó en lo más recóndito de Dacia,[1317] y, tras un ejemplar escarmiento, agració con la paz a los suplicantes godos, bajo el pacto de que al primer requerimiento debían reclutarse en sus ejércitos con un cuerpo de cuarenta mil guerreros.[1318] Tales hazañas ciertamente eran honoríficas para Constantino y ventajosas para el Estado, pero no alcanzan para justificar la exagerada afirmación de Eusebio, quien sostiene que toda la Escitia —incluso el extremo norte, dividido en tantos nombres y naciones de costumbres varias e irracionales— se había incorporado, gracias a sus victorias, al Imperio Romano.[1319]

En tan glorioso encumbramiento, era imposible que Constantino compartiera con un asociado el gobierno del

Imperio. Fiándose en la superioridad de su desempeño y su poderío militares, se empeñó en ejercitarlos, sin agravio, contra Licinio, cuya ancianidad y torpes vicios le ofrecían una fácil victoria (año 323).[1320] Sin embargo, el viejo emperador, frente a la sospecha de peligro, engañó las esperanzas de amigos y enemigos: renovándose con el brío y la pericia que habían embelesado a Galerio y que le habían permitido obtener la púrpura imperial, se preparó para la lid. Juntó las fuerzas de Oriente, colmó de tropas las llanuras de Adrianópolis [actual Edirne] y de bajeles los estrechos del Helesponto. Su ejército constaba de ciento cincuenta mil infantes y quince mil caballos, y como estos últimos habían llegado principalmente de Frigia y Capadocia, seguramente serían hermosísimos y más guerreros que sus jinetes. La flota se compuso de trescientas cincuenta galeras de tres órdenes de remos. De éstas, ciento treinta fueron proporcionadas por Egipto y las inmediaciones de África; ciento diez, por los puertos de Fenicia y la isla de Chipre; los países marítimos de Bitinia, Jonia y Caria tuvieron que proporcionar las otras ciento diez galeras. Las tropas de Constantino se reunieron en Tesalónica y ascendían a más de ciento veinte mil hombres de infantería y caballería.[1321] El emperador se contentó con su apariencia marcial, pues su ejército mostraba más soldados, aunque menos hombres, que el de su rival oriental. Las legiones de Constantino fueron conformadas por soldados de las belicosas provincias de Europa; los afanes habían robustecido su disciplina; la victoria había elevado sus esperanzas, y entre ellos existía un crecido número de veteranos que, tras diecisiete campañas con un mismo caudillo, se estaban preparando para ganar honorablemente la última batalla con el esfuerzo de su valor.[1322] Sin embargo, los recursos navales de Constantino eran inferiores a los de sus rivales, pues aunque las

ciudades marítimas de Grecia acudieron con hombres y barcos al célebre puerto de Pireo, todas sus fuerzas consistieron en no más de doscientos bajeles menores; mísero armamento si se compara con las formidables escuadras de Atenas durante la guerra del Peloponeso.[1323] Desde que Italia ya no era el solio del gobierno, los establecimientos navales de Miseno y Ravena se fueron descuidando. Además, como el comercio —más que la guerra— necesitaba de los astilleros y de la tripulación del Imperio, evidentemente ellos debían abundar en las provincias de Egipto y de Asia; y, por tanto, es de extrañar que el emperador del Oriente, con tanta superioridad en el mar, no aprovechase aquella oportunidad para entablar una guerra ofensiva en el corazón de los dominios enemigos.

En vez de tomar una resolución rápida que podría haber variado todo el aspecto de la guerra, el prudente Licinio estuvo aguardando a su rival en un campamento junto a Adrianópolis, fortificándolo con tanto ahínco que terminó demostrando su zozobra por el resultado (3 de julio de 323). Constantino dirigió su marcha desde Tesalónica hacia aquella parte de Tracia, hasta que tuvo que detenerse por el hondo y violento raudal del Hebrus y descubrió al grandioso ejército de Licinio, que ocupaba toda la escarpada pendiente de la colina desde el río hasta la ciudad de Adrianópolis. Durante muchos días se libraron combates, pero al fin las intrépidas disposiciones de Constantino saltearon los obstáculos del camino y del ataque. Esta proeza admirable de Constantino es referida, tal vez con rasgos poéticos o novelados, no por un orador venal sino por un historiador enemigo de su nombradía, quien asegura que el valeroso emperador se arrojó al Hebrus acompañado sólo por doce jinetes y que, con el ímpetu y terror de su incontrastable brazo, quebró, mató y ahuyentó a un ejército de ciento

cincuenta mil hombres. La credulidad de Zósimo prevaleció sobre su encono a tal punto que, entre los acontecimientos de la memorable batalla de Adrianópolis, él no parece haber elegido y embellecido los más importantes, sino los más milagrosos. El valor y el peligro de Constantino se pueden comprobar porque recibió una herida leve en un muslo. Sin embargo, en una imperfecta narración y quizás en un texto adulterado, también se rastrea que la victoria se alcanzó tanto por el desempeño del general como por el valor del héroe; que un cuerpo de cinco mil arqueros, rodeándole la espalda, logró emboscar al enemigo, cuya atención estaba embargada en la construcción de un puente, y que Licinio, desconcertado por el desarrollo del combate, tuvo que dejar su aventajado lugar y se vio obligado a pelear en el terreno de la llanura. La contienda entonces dejó de ser pareja, pues la arremolinada muchedumbre de novatos quedó fácilmente derrotada por los aguerridos veteranos del Occidente. Se informó que murieron treinta y cuatro mil hombres. El campamento fortificado de Licinio fue tomado por asalto durante la misma tarde de la batalla; la mayoría de los fugitivos que se habían guarecido por las sierras se fueron entregando a la discreción del vencedor, y su rival, no pudiendo ya mantenerse en campaña, se encerró en los muros de Bizancio. [1324]

Constantino inmediatamente inició el sitio de Bizancio, que fue arduo e incierto. La plaza, que era la llave de Asia y Europa, había sido fortificada en las últimas guerras civiles y, siendo Licinio el dueño del mar, la guarnición estaba menos expuesta al azote del hambre que la hueste sitiadora. Constantino convocó a los jefes navales a su campamento y les ordenó terminantemente forzar el paso del Helesponto. Mientras tanto, la escuadra de Licinio, en vez de buscar la forma de destruir a tan endeble enemigo, siguió en su inacción dentro de los estrechos, donde la

superioridad del número era inservible. Crispo, el primogénito del emperador, era quien debía ejecutar la arriesgada empresa, y la desempeñó con tanto éxito y valor que mereció el aprecio y, tal vez, los celos de su padre. La contienda duró dos días. En la tarde del primero, las escuadras combatientes, después de una pérdida considerable y mutua, se refugiaron en sus respectivos puertos de Asia y Europa. En el segundo día, cerca del mediodía, se levantó un fuerte viento[1325] que arrojó contra el enemigo los buques de Crispo, quien, aprovechándose de la ventaja accidental con intrépida habilidad, rápidamente logró una victoria completa. Quedaron destrozados ciento treinta bajeles y murieron cinco mil hombres; Amando, almirante de la escuadra asiática, logró escapar con gran esfuerzo por las playas de Calcedonia. Tan pronto como el Helesponto estuvo libre, llegaron provisiones al campamento de Constantino, quien ya había comenzado con las operaciones del sitio. Niveló sus malecones con las murallas de Bizancio; sobre ellos encumbró torreones desde donde se arrojaban, por medio de máquinas militares, peñascos y dardos hacia los sitiados, logrando con ello cuartear los muros de Bizancio. Licinio, al insistir en la defensa, se exponía a fenecer entre los escombros de la plaza. Así que, antes de verse acorralado, se trasladó cuerdamente con sus tesoros a Calcedonia, en Asia, y, ansioso por obtener compañeros en las vicisitudes de su fortuna, le concedió el dictado de César a Martiniano, que estaba desempeñando uno de los cargos principales del Imperio.[1326]

Tantos eran todavía los recursos y las habilidades de Licinio que, tras sus derrotas consecutivas, logró juntar en Bitinia un nuevo ejército de cincuenta o sesenta mil hombres, mientras Constantino estaba embargado en el sitio de Bizancio, sin desatender por esto la desesperada agonía de su antagonista.

Gran parte del ejército victorioso llegó al Bósforo en naves pequeñas y, al desembarcar, se trabó la batalla decisiva sobre las lomas de Crisópolis o, como se la llama en la actualidad, Escutari. Las tropas de Licinio, aunque mal armadas y peor disciplinadas, se destacaron por su valor infructuoso y también desesperado, hasta que una total derrota y la muerte de cinco mil hombres determinaron irremediablemente el exterminio de su caudillo.[1327] Licinio se retiró a Nicomedia con el objetivo de ganar tiempo para negociar más que con las esperanzas de entablar una nueva defensa. Constancia, su esposa y hermana de Constantino, intercedió ante el hermano a favor del marido, y de su política, más que de su lástima, logró la promesa, solemnemente jurada, de que tras el sacrificio de Martiniano y la renuncia de Licinio a la púrpura, éste podría vivir en paz y holganza. La conducta de Constancia y su relación con los adversarios nos recuerda a aquella matrona virtuosa, hermana de Augusto y mujer de Antonio; pero las épocas cambiaron y ya no era vergonzoso para un romano sobrevivir al título y al señorío. Licinio, entonces, solicitó y aceptó su indulto; ofreció la púrpura; se postró a las plantas de su *señor* y *dueño*, y fue alzado del suelo con insultante lástima. Aquel mismo día asistió al banquete imperial y, luego, se le ordenó marchar hacia Tesalónica, que era el paraje escogido para su confinamiento.[1328] Sin embargo, rápidamente la muerte puso fin a su encierro. Es dudoso si un alboroto de los soldados o un decreto del Senado fue el motivo de su ejecución. Según las leyes de la tiranía, se lo acusó de fraguar una conspiración y de mantener una alevosa correspondencia con los bárbaros; pero como él nunca fue condenado por su propia conducta o por algún testimonio legal, nos cabe suponer de su debilidad su inocencia.[1329] De este modo, la memoria de Licinio fue marcada con la

infamia; se derribaron sus estatuas y, por medio de un apresurado edicto tan tendencioso que casi inmediatamente hubo que corregirlo, todas sus leyes y las sentencias judiciales de su reinado quedaron abolidas de un golpe.[1330] Con esta victoria de Constantino, luego de treinta y siete años de que Diocleciano hubiera dividido su poderío y sus provincias con Maximiano, todo el mundo romano quedó al mando de un solo emperador (año 324).

Hemos ido refiriendo con minuciosidad y precisión los pasos consecutivos del encumbramiento de Constantino, desde su ascenso al trono en York hasta la renuncia de Licinio en Nicomedia, no sólo porque los acontecimientos fueran significativos e interesantes, sino porque, al desperdiciarse la sangre y los tesoros y al incrementarse el valor de los impuestos y de los gastos militares, contribuyeron a la decadencia del Imperio. La fundación de Constantinopla y el establecimiento de la religión cristiana fueron las consecuencias inmediatas y memorables de estos cambios.

CRISTIANISMO PRIMITIVO

Nota bibliográfica

En esta parte de su obra, Gibbon analiza la historia del cristianismo primitivo y propone un enfoque claramente diferenciado del que era corriente en su tiempo. Estudia la evolución del cristianismo como historiador y no como teólogo. Desde esta perspectiva, el cristianismo es una fuerza vital, nueva y en expansión, a la vez que forma parte de las tropas que debilitan el Imperio. Éste es quizás uno de los capítulos más polémicos escritos por Gibbon, sobre todo porque señala el carácter fanático e intolerante de los cristianos.

Sobre este período, especialistas en la Antigüedad y en la Edad Media convergen en una caracterización común y divergente a la vez: la Antigüedad tardía, para unos, la Temprana Edad Media, para otros, constituye hoy un campo de debate y colaboración entre ambas familias de especialistas.

Un acercamiento historiográfico: *A.A. V.V.*, Omaggio ad Arnaldo Momigliano. Storia e storiografia sul mondo antico, *Como, Biblioteca di Athenaeum, 1989.*

Para una visión general del Alto Imperio: *Véase «Período de los Antoninos», p. 35 y A. H. M. Jones*, The Later Empire. An Administrative, Economic and Social Survey, *2 vols., Oxford 1973. A. Chastagnol*, La Fin du Monde Antique, *París, 1976. A. Cameron*, The Later Roman Empire, *Londres, 1993.*

Sobre el cristianismo: *Peter Brown*, El primer milenio de la

cristiandad, *Barcelona, Crítica, 1997. Peter Brown*, El mundo antiguo tardío, *Madrid, Taurus, 1989. Peter Brown*, Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire, *Madison, 1992. N. Santos*, El cristianismo en el marco de la crisis del siglo III en el Imperio Romano, *Oviedo, 1996. N. Santos*, Cristianismo e Imperio Romano durante el siglo III de los Severos al reconocimiento de la Iglesia, *Madrid, Clásicos, 1996. G. Puente Ojea*, Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico, *Madrid, Siglo XXI, 1974. R. Teja*, Emperadores, obispos, monjes y mujeres. Protagonistas del cristianismo antiguo, *Madrid, Trotta, 1999. A. Cameron*, Christianity and Rhetoric of Empire. The Development of Christian Discourse, *Berkeley, 1991. R. Markus*, The End of Ancient Christianity, *Cambridge, 1990. R. Macmullen*, Christianizing the Roman Empire. A. D. 100-400, *New Haven y Londres. 1982. V. A. Sirago*, Involuzione politica e spirituale nell'Imperio del II secolo, *Nápoles, 1974. W. H. C. Frand*, The Rise of Christianity, *Londres, 1986. E. R. Goodenough*, The Theology of Justin Martyr, *Jena, 1923. P. Athanassiadi y Michael Frede (eds.)*, Pagan Monotheism in Late Antiquity, *Oxford, Clarendon Press, 1999. W. Bauer*, Orthodoxy and Heresy in Earliest Christianity, *Philadelphia, Fortress Press, 1971. J. Behr*, The way to Nicea. The Formation of Christian Theology, *Nueva York, St. Vladimir's Seminary Press, 2001. H. Chadwick*, History of the Early Church, *Londres, Variorum Reprints, 1982. J. Daniélou*, A History of Early Christian Doctrine before the Council of Nicaea, *3 vols., Londres, Darton, Logman and Todd, 1964-1977. P. F. Esler*, The Early Christian World, *Londres y Nueva York, Routledge, 2000. Ian Hazlett (ed.)*, Early Christianity, Origins and Evolution to A. D. 600, *Londres, SPCK, 1991*.

Sobre la Iglesia: *N. B. McLynn*, Ambrose of Milan. Church and Court in Cristian Capital. *Berkeley, 1994. S. Mitchell*, Anatolia. Land, Men and Gods, *vol.* II *«The Rise of the Church» Oxford, 1993. L. I. Scipioni*, Vescovo e popolo. L'esercizio dell'autoritá nella chiesa primitiva (III secolo), *Milán, 1977. A. Jakab*, Ecclesia Alexandrina. Evolution Sociale et Institutionalle du Christianisme Alexandrin (II et III siècles), *Peter Lange, 2001. A.A.V.V.*, The Early Christian Literature, *Cambridge, 2004*.

El cristianismo y el conflicto de creencias: *E. Dodds*, Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa de Marco Aurelio a Constantino, *Madrid, 1975. S. Elm, «Virgins of God»*, The Making of Asceticism in Late Antiquity, *Oxford, 1994. R. Macmullen*, Paganism in the Roman Empire, *New Haven, 1981. L. de Giovanni*, Costantino e il mondo pagano. Studi di politica e legislaziones, *Nápoles, 1977. F. J. Lomas y F. Devis*, De Constantino a Carlomagno. Disidentes, heterodoxos, marginados. *Universidad de Cádiz Publicaciones, 1992. E. de Faye*, Gnostiques et Gnosticisme. Étude Critique des Documents du Gnosticisme Chrétien aux II et III siècles, *París, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1925. En M. I. Finley*, Estudios de historia antigua, *Madrid, Akal, 1981, el debate en torno de la persecución de los cristianos: G. E. M. de Ste Croix, «¿Por qué fueron perseguidos los primeros cristianos?». A. N. Sherwin-White «¿Por qué fueron perseguidos los primeros cristianos? Una corrección.» y G. E. M. de Ste Croix, «¿Por qué fueron perseguidos los primeros cristianos? Una réplica». Y el aporte de W. H. C. Frend, «El fracaso de las persecuciones en el Imperio Romano». R. Lance Fox*, Pagans and Christians, *Nueva York, 1987. A. Momigliano* et al., El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV, *Madrid, Alianza, 1989. A. Cameron y*

otros, Barbarians and Politics at the Court of Arcadio. *University of California, 1993. M. L. Colish*, The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Age, *Leiden, Brill, 1985. M. J. Edwards (ed.)*, Apologetics in the Roman Empire: Pagans, Jews and Christians, *Oxford, Clarendon Press, 1999. B. McGinn*, The Foundations of Mysticism. Origins to the Fifth Century, *Nueva York, Crossroad, 1991. H. Jonas*, The Gnostic Religion, *Londres, Routledge, 1992. A. Logan*, Gnostic Truth and Christian Heresy: A Study en the History of Gnosticism, *Edimburgo, T. & T. Clark, 1996. A. McGowan*, Ascetic Eucharists. Food and Drink in Early Christian Ritual Meals, *Oxford, Clarendon Press, 1999*.

El cristianismo y el Imperio: *M. Sordi*, Los cristianos y el Imperio Romano, *Madrid, Encuentro, 1988. F. J. Lomas y F. Devis*, De Constantino a Carlomagno. Disidentes, heterodoxos, marginados. *Universidad de Cádiz Publicaciones, 1992 (especialmente D. Plácido, «La* civitas *cristiana: nuevo marco de integración y marginalidad»). G. Costa*, Religione e politica nell' Imperio Romano, *Turín, 1923. A. Piganiol*, L'Empereur Constantin, *París, 1932. A. Alföldy*, The Helmet of Constantine with Christian Monogram, *J.R.S., XXII*, *1932*.

XV

PROGRESOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, Y OPINIONES, COSTUMBRES, NÚMERO Y ESTADO DE LOS CRISTIANOS PRIMITIVOS

Una reseña franca pero racional del establecimiento y progresos del cristianismo puede considerarse como una parte esencial de la historia del Imperio Romano. Mientras aquel gran cuerpo era invadido por una violencia abierta o socavado por una lenta decadencia, una religión pura y humilde se fue internando mansamente en los ánimos, creció en silencio y en la oscuridad, se robusteció con la oposición, y finalmente enarboló la insignia triunfadora de la Cruz sobre los escombros del Capitolio. La influencia del cristianismo no se ciñó siquiera a la época ni a las fronteras del Imperio Romano. Después de una revolución de trece o catorce siglos, esa religión todavía se profesa en las naciones de Europa, la parte más destacada de la humanidad tanto en artes y ciencias como en armas. Por la diligencia y el esmero de los europeos se ha difundido extensamente por las playas más remotas de Asia y África; y a través de sus colonias se ha arraigado desde Canadá hasta Chile, en un mundo desconocido para los antiguos.

Pero esta tarea, aunque amena y provechosa, va acompañada de dos dificultades peculiares. Los escasos y sospechosos materiales de la historia eclesiástica raramente nos permiten disipar la oscura nube que cubre los primeros tiempos de la Iglesia. La ley fundamental de la imparcialidad muy a menudo

nos obliga a poner de manifiesto las imperfecciones de los maestros y discípulos del Evangelio; y a un lector inadvertido puede parecerle que *sus* yerros oscurecen la fe que profesaban. Pero el escándalo del beato cristiano, y el falaz triunfo del infiel, deben cesar tan pronto como observen no sólo *por quién*, sino igualmente *a quiénes* fue dada la Revelación Divina. El teólogo puede permitirse la agradable tarea de retratar la religión tal como bajó del Cielo, realzada con su nativa pureza. Una tarea más triste se le impone al historiador. Tiene que descubrir la inevitable mezcla de errores y corrupción que la fueron adulterando durante su larga existencia en la tierra, entre una endeble y degenerada raza de seres.

Nuestra curiosidad, naturalmente, desea averiguar los medios que proporcionaron a la fe cristiana una victoria tan señalada sobre las religiones ya arraigadas sobre la tierra. Esta pregunta puede responderse de una manera obvia pero insatisfactoria: que fue debido a la convincente evidencia de la doctrina misma y a la Providencia dominante del Sumo Hacedor. Mas como la verdad y la razón rara vez encuentran una recepción favorable en el mundo, y como la sabiduría de la Providencia condesciende con frecuencia a usar las pasiones del corazón humano y las circunstancias generales de la humanidad como instrumentos para ejecutar su propósito, se nos permitirá preguntar, con la adecuada obediencia, no ciertamente cuál fue la primera, sino cuáles fueron las causas secundarias del rápido crecimiento de la Iglesia cristiana. Se verá, tal vez, que fue favorecida y asistida de una manera muy eficaz por las cinco causas siguientes: I) el inflexible y, si se nos permite la expresión, intolerante celo de los cristianos, heredado, es verdad, de la religión judía, pero purificado del espíritu estrecho e insociable que, en lugar de atraer, disuadía a los paganos de abrazar la ley

de Moisés; II) la doctrina de la vida venidera, mejorada con cuantas circunstancias pudieran dar peso y eficacia a tan importante verdad; III) el poder milagroso atribuido a la Iglesia primitiva; IV) la moralidad austera y pura de los cristianos; V) la unión y disciplina de la república cristiana, que gradualmente formó un Estado próspero e independiente en el corazón del Imperio Romano.

I) Ya hemos descrito la armonía religiosa del mundo antiguo, y la facilidad con que las naciones más diversas y aun hostiles admitían, o al menos respetaban, sus mutuas supersticiones. Un solo pueblo rehusó unirse a este trato común de la humanidad. Los judíos, quienes bajo las monarquías asiria y persa habían languidecido por muchos años como la parte más despreciada de sus esclavos,[1331] salieron a la luz con los sucesores de Alejandro, y se multiplicaron en tal admirable grado en Oriente y luego en Occidente, que excitaron la curiosidad y el asombro de otras naciones.[1332] La huraña obstinación con que mantuvieron sus ritos peculiares y costumbres antisociales parecía señalarlos como una especie particular de gente que profesaba denodadamente, o encubría apenas, su aborrecimiento implacable hacia los demás hombres.[1333] Ni la violencia de Antíoco, ni las artes de Herodes, ni el ejemplo de las naciones circundantes, llegaron jamás a persuadir a los judíos de asociar las instituciones de Moisés con la elegante mitología de los griegos;[1334] mas los romanos, atendiendo a la máximas de tolerancia universal, protegieron una superstición que despreciaban.[1335] La cortesía de Augusto condescendió a mandar que se ofreciesen sacrificios por su prosperidad en el templo de Jerusalén,[1336] mientras el último de los descendientes de Abraham, que debería haber tributado el mismo homenaje al Júpiter del Capitolio, hubiera sido, en tal caso, objeto de

aborrecimiento para sí mismo y para sus hermanos. Pero la moderación de los conquistadores fue insuficiente para aplacar los celosos prejuicios de sus súbditos, que se alarmaban y escandalizaban ante las insignias del paganismo que aquellos introducían necesariamente en una provincia romana.[1337] La descabellada tentativa de Calígula de colocar su propia estatua en el templo de Jerusalén quedó contrarrestada por la resolución unánime de un pueblo que temía mucho menos a la muerte que a semejante idolatría y profanación.[1338] Su apego a la ley de Moisés era igual a su aversión a las religiones ajenas. La corriente de celo y devoción, cuanto más se estrechaba su canal, corría con la fuerza, y a veces con la furia, de un torrente.

Esta perseverancia inflexible, tan odiosa o ridícula para el mundo antiguo, asume un carácter más atroz desde que la Providencia se dignó revelarnos la historia misteriosa de su pueblo escogido. Pero esa adhesión devota e incluso escrupulosa a la religión mosaica, tan descollante entre los judíos que vivieron bajo el segundo templo, se hace más asombrosa cuando se compara con la terca incredulidad de sus antepasados. Cuando la ley tronó sobre el monte Sinaí, cuando las aguas del océano y el curso de los planetas se detenían en beneficio de los israelitas, cuando las recompensas o castigos temporales eran consecuencia inmediata de su piedad o desobediencia, ellos volvían a rebelarse contra la majestad visible de su Divino Rey, colocando los ídolos de las naciones en el santuario de Jehová, e imitando todas las ceremonias fantásticas que se practicaban en las tiendas de los árabes o en las ciudades fenicias.[1339] A medida que el Cielo desapadrinaba merecidamente a esa casta desagradecida, su fe adquirió altos grados de vigor y pureza. Los contemporáneos de Moisés y de Josué vieron con indiferencia los milagros más portentosos. Bajo la presión de varias

calamidades, la creencia en esos milagros preservó a los judíos posteriores de contagiarse con la idolatría universal; y, contraponiéndose a todo principio humano, aquel pueblo extraño parece haber dado un asentimiento más fuerte e inmediato a las tradiciones de sus remotos antepasados que a la demostración palpable de sus propios sentidos.[1340]

La religión judía estaba admirablemente preparada para la defensa, pero jamás planeó una conquista, y es probable que el número de prosélitos nunca haya sido mucho mayor al de los apóstatas. Originalmente, las promesas divinas eran hechas, y el ritual distintivo de la circuncisión era disfrutado, por una sola familia. Cuando la posteridad de Abraham se multiplicó como las arenas del mar, la deidad, de cuya boca recibieron un sistema de leyes y ceremonias, se declaró a sí misma el Dios propio y nacional de Israel, y con el cuidado más celoso separó a su pueblo predilecto de todos los demás hombres. Las circunstancias tan asombrosas y sangrientas que acompañaron la conquista de la tierra de Canaán pusieron a los judíos victoriosos en un estado de hostilidad irreconciliable con todos sus vecinos. Se les mandó extirpar algunas de las tribus más idólatras, y la ejecución de la voluntad divina rara vez se entorpeció con las flaquezas de la humanidad. Todo enlace e intimidad con las demás naciones les estaba vedado, y esta prohibición de admitirlas en su regazo, que en algunos casos era perpetua, siempre se extendía al menos hasta la tercera, séptima y aun décima generación. La obligación de predicar la fe de Moisés a los paganos jamás se expresó como precepto de la ley, ni se inclinaban los judíos a imponérsela voluntariamente. En cuanto a la incorporación de nuevos ciudadanos, aquel pueblo insociable actuaba con la engreída vanagloria de los griegos más que con la generosa política de Roma. Los descendientes de

Abraham estaban halagados con la opinión de que ellos solos eran los herederos de la alianza, y eran reacios a disminuir el valor de su herencia distribuyéndola muy fácilmente con cualquier extranjero. Un amplio contacto con la humanidad extendió sus relaciones sin reformar sus prejuicios, y siempre que el Dios de Israel se granjeaba nuevos devotos, se debía mucho más al humor inconstante del politeísmo que al celo eficaz de sus propios misioneros.[1341] La religión de Moisés parecía haber sido instituida para una sola nación y para un país determinado; y si la disposición de que todo varón debía presentarse tres veces al año ante el Sumo Jehová se hubiera cumplido estrictamente, habría sido imposible que los judíos se extendieran más allá de los reducidos límites de la tierra prometida.[1342] La destrucción del templo de Jerusalén removió, por cierto, ese obstáculo, pero la mayor parte de la religión judía quedó envuelta en esa destrucción; y los paganos, atónitos con la noticia inaudita de un santuario vacío,[1343] tenían curiosidad por descubrir el objeto y los instrumentos de un culto destituido de templos, aras, sacerdotes y sacrificios. Mas los judíos, en medio de su postración, todavía afirmando sus altos y exclusivos privilegios, rechazaban a las sociedades extranjeras en vez de buscar su aceptación. Aún insistían, con un rigor inflexible, en aquella parte de la ley que les cabía practicar. Sus distinciones particulares de días y manjares, con un sinfín de observancias tan fútiles como gravosas, eran objeto de repugnancia y aversión para las demás naciones, cuyos hábitos y prejuicios eran diametralmente opuestos. Solamente el doloroso e incluso peligroso rito de la circuncisión era suficiente para retraer a todo prosélito voluntario del umbral de la sinagoga.[1344]

Bajo estas circunstancias, el cristianismo se ofreció al mundo pertrechado con la fuerza de la ley mosaica y despojado de sus

grilletes. El celo exclusivo por la verdad de su religión y la unidad de Dios quedó cuidadosamente inculcado tanto en el nuevo sistema como en el antiguo, y cuanto se reveló entonces al mundo acerca de la naturaleza y los designios del Ser Supremo incrementaba la reverencia hacia su misteriosa doctrina. La autoridad divina de Moisés y los profetas fue admitida, e incluso establecida, como la base más firme del cristianismo. Desde los comienzos del mundo, una serie continua de predicciones había anunciado y preparado el arribo tan esperado del Mesías, quien, acorde a las toscas aprensiones de los judíos, había sido representado más frecuentemente como Rey o Conquistador que como Profeta, Mártir o Hijo de Dios. Con su sacrificio expiatorio, los sacrificios imperfectos del templo quedaron a un tiempo consumados y abolidos. La ley ceremoniosa, que consistía sólo en tipos y figuras, fue sucedida por un culto puro y espiritual, igualmente avenible con todo clima y condición de la humanidad; y la iniciación por la sangre se reemplazó con una más inocente iniciación por el agua. La promesa de los favores divinos, en vez de limitarse a la posteridad de Abraham, se proclamó universalmente para el ciudadano y el esclavo, el griego y el bárbaro, el judío y el pagano. Cuantos privilegios podían encumbrar al prosélito de la tierra al Cielo, enardecer su devoción, asegurar su felicidad y aun halagar su engreimiento secreto que, con la apariencia de la devoción, se entromete en el pecho humano, quedaban todavía reservados para los miembros de la Iglesia cristiana; pero, al mismo tiempo, todo el linaje humano tenía permitido, y aun se le solicitaba, aceptar esa gloriosa distinción, que ya no sólo se repartía como favor, sino que se imponía como obligación. La obligación más sagrada de un iniciado era difundir entre sus amigos y relaciones la inestimable bendición que había recibido

y advertirlos contra el rechazo, que se castigaría severamente como una desobediencia criminal a la voluntad de una deidad benevolente pero todopoderosa.

La liberación de la iglesia de los vínculos que la unían a la sinagoga fue, sin embargo, una tarea algo más dilatada y trabajosa. Los judíos conversos, que reconocían en Jesús los atributos del Mesías predicho en los oráculos antiguos, lo acataban como a un profético maestro en virtud y religiosidad, pero adherían con obstinación a las ceremonias de sus antepasados, y ansiaban imponerlas a los paganos que continuamente aumentaban el número de creyentes. Estos cristianos judaizantes parecen haber argüido, con algún acierto, el origen divino de la ley mosaica y la perfección inalterable de su Autor. Afirmaban que si el Ser, siempre idéntico por toda la eternidad, hubiera dispuesto abolir los sagrados ritos que distinguían al pueblo elegido, su revocación debía haber sido no menos clara y solemne que su primera promulgación; que, en vez de tan repetidas manifestaciones que suponían o corroboraban la perpetuidad de la religión mosaica, se hubiera ofrecido como un sistema interino ideado para regir hasta la llegada del Mesías, que instruiría a la humanidad en un modo más perfecto de creencia y de culto;[1345] que el Mesías mismo y los discípulos que conversaron con él sobre la tierra, en vez de recomendar con su ejemplo las más mínimas observancias a la ley mosaica,[1346] hubieran pregonado por el mundo la abolición de esas ceremonias obsoletas e inservibles, sin consentir que el cristianismo estuviese por tan largo plazo confundido entre las sectas de la iglesia hebrea. Tales son los argumentos que parecen haber sido usados para defender la causa moribunda de la ley mosaica; pero la agudeza de nuestros sabios teólogos explicó abundantemente el ambiguo lenguaje del Antiguo Testamento,

y la ambigua conducta de los maestros apostólicos. Era pues el caso desplegar punto por punto la doctrina del Evangelio, y pronunciar con absoluta cautela y miramiento una sentencia condenatoria que repugnaba tanto a la inclinación y los prejuicios de los creyentes judíos.

La historia de la iglesia de Jerusalén nos da una prueba palpable de la necesidad de estos reparos, y de la profunda impresión que la religión judía había causado en el ánimo de sus adherentes. Los quince primeros obispos de Jerusalén fueron todos judíos circuncisos, y la congregación que presidían hermanaba la ley de Moisés con la doctrina de Cristo.[1347] Era natural que la tradición de una iglesia fundada tan sólo cuarenta días después de la muerte de Cristo, y administrada casi otros tantos años bajo la inspección inmediata de sus apóstoles, fuera recibida con el estatuto de la ortodoxia.[1348] Las iglesias lejanas solían apelar a la autoridad de su venerada Madre, y aun aliviar sus apuros con cuantiosas remesas de limosnas. Pero cuando numerosas y opulentas hermandades se establecieron en las ciudades populosas del Imperio —Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto y Roma—, fue menguando imperceptiblemente el respeto que Jerusalén había inspirado en todas las colonias cristianas. Los judíos convertidos, o, como se llamaron después, nazarenos, que habían fundado la iglesia, se vieron luego arrollados por la creciente multitud, de todas las ramas del politeísmo, que se iba alistando bajo las banderas de Cristo; y los paganos, que, con el beneplácito de su apóstol particular se habían descargado del peso intolerable del ceremonial mosaico, denegaron finalmente a sus hermanos la misma tolerancia que antes habían pedido rendidamente para su propia práctica. Los nazarenos se conmovieron con la ruina del templo, de la ciudad y de la religión pública de los judíos, por cuanto en sus

costumbres, aunque no en su creencia, aún mantenían una estrecha intimidad con sus impíos coterráneos, cuyas desdichas achacaban los paganos al menosprecio, y los cristianos, más atinadamente, a la ira de su Deidad Suprema. Los nazarenos se retiraron de los escombros de Jerusalén al pequeño pueblo de Pela, más allá del Jordán, donde aquella antigua iglesia subsistió más de sesenta años exánime y desconocida.[1349] Disfrutaban todavía del consuelo de visitar con frecuencia la *Ciudad Santa*, y también de la esperanza de verse algún día restablecidos en el solar que su naturaleza y su culto les habían enseñado a querer y reverenciar. Mas al fin, en el reinado de Adriano, el fanatismo desesperado de los judíos colmó la medida de sus calamidades; y los romanos, airados con sus repetidas rebeldías, ejecutaron los derechos de la victoria con un rigor inusual. El emperador fundó, bajo el nombre de Elia Capitolina, una nueva ciudad sobre el monte Sion,[1350] con los privilegios de una colonia; y amenazando con penas ejemplares a cuantos judíos osaran asomar por su recinto, fijó como vigilante guarnición una cohorte romana para que se ejecutaran sus órdenes. Un solo camino quedaba a los nazarenos para eximirse de la proscripción general, y, en esta ocasión, la influencia de ventajas temporales colaboró con la fuerza de la verdad. Eligieron para obispo a Marco, prelado de estirpe pagana, y probablemente nacido en Italia o en alguna provincia latina. Por su persuasión, la mayor parte de la congregación renunció a la ley mosaica, en cuya práctica habían perseverado por más de un siglo, y, con este sacrificio de hábitos y prejuicios, se franquearon la libre admisión en la colonia de Adriano y estrecharon su hermandad con la Iglesia católica.[1351]

Cuando el nombre y los honores de la iglesia de Jerusalén se restablecieron en el monte Sion, se aplicaron los delitos de cisma

y herejía a los restos arrinconados de los nazarenos que se negaron a seguir al obispo latino. Preservaron su antiguo establecimiento en Pela, se diseminaron por las aldeas cercanas a Damasco y formaron una pequeña iglesia en la ciudad de Bercea o, como se llama ahora, Alepo, en Siria.[1352] El nombre de nazarenos se juzgó demasiado honorable para aquellos cristianos judíos, y pronto recibieron, por la supuesta pobreza de su entendimiento y de su condición, el epíteto despectivo de ebionitas.[1353] A los pocos años del regreso de la iglesia de Jerusalén, se suscitó la duda y la contienda sobre si quien reconocía sinceramente a Jesús como el Mesías, y seguía sin embargo observando la ley de Moisés, podía tener esperanza de salvación. La índole bondadosa de Justino Mártir lo inclinó a responder a esta pregunta afirmativamente, y, aunque se expresó con recato, se aventuró a resolverla en favor del imperfecto cristiano que, al practicar las ceremonias mosaicas, no pretendía abogar por su uso o necesidad general. Pero cuando Justino fue presionado para manifestar el dictamen de la Iglesia, confesó que había muchos cristianos ortodoxos que no sólo desesperanzaban a sus hermanos judaizantes de toda salvación, sino que huían del roce con ellos en las relaciones de amistad, hospedaje y vida social.[1354] La opinión más rigurosa prevaleció, como era natural esperar, sobre la benigna, y se alzó una valla eterna entre los discípulos de Moisés y los de Cristo. Los desdichados ebionitas, arrojados de una religión como apóstatas, y de otra como herejes, tuvieron que tomar una decisión, y aunque se pueden descubrir algunos rasgos de esa obsoleta secta hasta el cuarto siglo, luego se fue fundiendo imperceptiblemente en la iglesia o en la sinagoga.[1355]

Mientras la iglesia ortodoxa preservaba un justo medio entre la veneración extremada y el menosprecio violento de la ley

mosaica, varios herejes se extraviaban por los iguales pero opuestos extremos de error y extravagancia. A partir de la verdad reconocida del judaísmo, los ebionitas argüían que nunca podía abolirse; a partir de sus supuestas imperfecciones, los gnósticos afirmaban que jamás podía haber sido planteada por una Sabiduría Divina. Hay objeciones contra la autoridad de Moisés y los profetas que se presentan fácilmente a todo entendimiento escéptico, aunque sólo pueden derivarse de nuestra ignorancia de la antigüedad remota y de nuestra incapacidad para juzgar adecuadamente las disposiciones divinas, pero en estos reparos se fundaba la vanidosa ciencia de los gnósticos.[1356] Como estos herejes eran, en su mayor parte, enemigos de toda sensualidad, zaherían la poligamia de los patriarcas, los galanteos de David y el serrallo de Salomón. No podían reconciliar la conquista de la tierra de Canaán y el exterminio de sus desprevenidos nativos con las nociones corrientes de humanidad y justicia; pero cuando recapacitaron sobre la sangrienta lista de asesinatos, ejecuciones y masacres que tiñen todas las páginas de los anales judíos, reconocieron que los bárbaros de Palestina habían manifestado tanta compasión con sus enemigos idólatras como con sus amigos y paisanos.[1357] Pasando de los seguidores de la ley a ella misma, daban por imposible que una religión que consistía sólo en sacrificios sangrientos y fútiles ceremonias, y cuyos premios y castigos eran todos de naturaleza carnal y temporal, pudiera inspirar el amor a la virtud y contener la impetuosidad de la pasión. Trataban con profano escarnio el relato mosaico de la creación y caída del hombre, pues no escuchaban con paciencia el descanso de la deidad tras los seis días de trabajo, la costilla de Adán, el jardín de Edén, los árboles de la vida y de la ciencia, la serpiente parlante, el fruto vedado y la condena pronunciada contra el linaje humano por la venial

ofensa de sus progenitores.[1358] Retrataban impíamente al Dios de Israel como un ser propenso a la pasión y al error, caprichoso en sus favores, implacable en sus enconos, ruinmente celoso de su adoración supersticiosa, y confinando su parcial providencia a un solo pueblo y a esta vida pasajera. En tal carácter no podían descubrir ningún rasgo del sabio y omnipotente Hacedor del Universo.[1359] Concedían que la religión judía fuese algo menos criminal que la idolatría pagana, mas su dogma fundamental era que Cristo, a quien adoraban como el primero y más esclarecido destello de la Divinidad, apareció en la tierra para rescatar al hombre de sus muchos errores y revelar un nuevo sistema de verdad y perfección. Los padres más instruidos, con una condescendencia muy extraña, han seguido de manera imprudente los sofismas de los gnósticos. Consideran que todo sentido literal repugna a cualquier principio tanto de fe como de racionalidad, y se juzgan a resguardo e invulnerables tras el amplio velo de la alegoría, que tienden cuidadosamente sobre las partes más delicadas de la revelación mosaica.[1360]

Se ha afirmado, con más agudeza que realidad, que antes de los reinados de Trajano y Adriano la virginal pureza de la Iglesia nunca había sido mancillada por cismas ni herejías, esto es, durante un siglo después de la muerte de Cristo.[1361] Pero podemos observar con mayor propiedad que durante ese período los discípulos del Mesías disfrutaron de una indulgencia, tanto en su creencia como en la práctica, como jamás se ha concedido en los siglos posteriores. Como los vínculos de la comunidad se fueron estrechando y la autoridad espiritual del partido dominante aumentaba su severidad, muchos de los individuos más respetables, en vez de renunciar, fueron impulsados a persistir en sus opiniones privadas, a perseguir las consecuencias de sus equivocados principios, y a

alzar abiertamente el estandarte de la rebelión contra la unidad de la Iglesia. Los gnósticos se distinguían como los más cultos, instruidos y adinerados de los cristianos, y esa opinión general, que expresaba cierta superioridad de conocimiento, o bien fue asumida por su propio engreimiento, o irónicamente otorgada por la envidia de sus adversarios. Eran, casi sin excepción, de alcurnia pagana, y sus fundadores principales parecen haber sido nativos de Siria o Egipto, donde el calor del clima dispone al cuerpo y al alma a la devoción indolente y contemplativa. Los gnósticos mezclaban la fe de Cristo con varios fundamentos sublimes pero oscuros, que derivaban de la filosofía oriental, e incluso de la religión de Zoroastro, concernientes a la eternidad de la materia, la existencia de dos principios y la jerarquía misteriosa del mundo invisible.[1362] Tan pronto como se lanzaron a ese vasto abismo, se entregaron a los consejos de una imaginación desordenada, y, como los caminos del error son variados e infinitos, los gnósticos se fueron subdividiendo en más de cincuenta sectas diversas,[1363] de las cuales las más nombradas parecen haber sido las de los basilidianos, los valentinianos, los marcionitas y, en un período posterior, los maniqueos. Cada una de estas sectas podía presumir de sus obispos y congregaciones, de sus doctores y mártires;[1364] y en vez de los cuatro Evangelios admitidos por la Iglesia, los herejes produjeron un sinnúmero de historias donde las acciones y discursos de Cristo y los apóstoles eran adaptados a sus respectivos fundamentos.[1365] El éxito de los gnósticos fue rápido y extenso.[1366] Cubrieron Asia y Egipto, se establecieron en Roma, y a veces se internaron en las provincias de Occidente. La mayor parte surgió en el siglo segundo, florecieron en el tercero, y fueron suprimidos en el cuarto y quinto por el predominio de otras controversias más vigentes y por la

superioridad del poder reinante. Aunque alteraban continuamente la paz y deshonraban a menudo el nombre de la religión, contribuyeron a fomentar más que a detener los progresos del cristianismo. Los paganos convertidos, cuyos mayores reparos iban dirigidos contra la ley de Moisés, lograban cabida en muchas hermandades cristianas que no requerían de su mente inculta la creencia en revelaciones anteriores. Su fe se fue robusteciendo y expandiendo, y la Iglesia finalmente se benefició con las conquistas de sus enemigos más inveterados.[1367]

Pero cualesquiera fueran las diferencias de opinión que pudieran subsistir entre los ortodoxos, los ebionitas y los gnósticos sobre la divinidad y la obligación de la ley mosaica, a todos los animaba el mismo celo exclusivo y el mismo aborrecimiento a la idolatría que han distinguido a los judíos de las otras naciones en el mundo antiguo. El filósofo que consideraba el sistema politeísta como un hacinamiento de embustes y patrañas podía disfrazar una sonrisa de menosprecio bajo una máscara de devoción, sin recelar que la mofa o la avenencia lo expusiera a la ira de alguna potestad invisible o, en su opinión, imaginaria. Pero los primitivos cristianos veían las religiones establecidas del paganismo bajo una luz más odiosa y formidable. El sentimiento general, tanto de la Iglesia como de los herejes, consideraba a los demonios como autores, padrinos y objetos de la idolatría.[1368] Aquellos espíritus rebeldes que habían sido degradados del rango de ángeles y arrojados al pozo infernal, todavía tenían permitido vagar por la tierra, martirizar los cuerpos y seducir las almas de los pecadores. Los demonios pronto se enteraron de la propensión natural del corazón humano a la devoción, robaron arteramente la adoración del hombre a su Creador, y usurparon el lugar y los honores de la Deidad Suprema. Con el éxito de sus malvados ardides, además

de satisfacer su vanagloria y su venganza, conseguían el único consuelo que les cabía, la esperanza de implicar a la especie humana en su culpa y su miseria. Se confesaba, o al menos se suponía, que se habían repartido entre sí los papeles principales del politeísmo; un demonio asumía el nombre y los atributos de Júpiter, otro, los de Esculapio; un tercero, los de Venus; y un cuarto, tal vez, los de Apolo;[1369] y que, con la ventaja de su larga experiencia y su aérea naturaleza, estaban facultados para ejecutar, con suficiente destreza y dignidad, las partes que desempeñaban. Se escondían en los templos, instituían festividades y sacrificios, pronunciaban oráculos, y aun se les permitía a menudo ejecutar milagros. Los cristianos, que con la mediación de los espíritus malignos descifraban tan prontamente toda aparición sobrenatural, estaban dispuestos y aun deseosos de admitir las ficciones más disparatadas de la mitología pagana. Pero la creencia cristiana estaba acompañada del horror. La más leve muestra de respeto al culto nacional se consideraba un homenaje directo rendido al demonio y un acto de rebeldía contra la majestad de Dios.

Como consecuencia de esta opinión, el primer deber, aunque el más arduo, de todo cristiano era mantenerse puro e incontaminado de toda práctica de idolatría. La religión de las naciones no era meramente una doctrina especulativa profesada en las escuelas o predicada en los templos. Las numerosas deidades y ritos del politeísmo estaban estrechamente entrelazados con cualquier circunstancia de trabajo o de placer de la vida pública o privada, y parecía imposible desentenderse de su observancia sin renunciar, al mismo tiempo, al trato con la humanidad y a todos los oficios y entretenimientos de la sociedad.[1370] Las importantes transacciones en la paz y en la guerra se preparaban y concluían con solemnes sacrificios que el

magistrado, el senador o el soldado estaban obligados a presidir o en los que tenían que participar.[1371] Los espectáculos públicos eran parte esencial de la placentera devoción pagana, y se suponía que los dioses aceptaban, como la ofrenda más agradecida, los juegos que el príncipe y el pueblo celebraban en honor de su festividad particular.[1372] Los cristianos, que con piadoso horror evitaban las abominaciones del circo y del teatro, se veían cercados con lazos infernales en cada cordial diversión, toda vez que sus amigos, invocando a los dioses tutelares, derramaban libaciones por su mutua felicidad.[1373] Cuando la novia, forcejeando con bien remedada resistencia, era forzada a trasponer el umbral de su nueva morada,[1374] o cuando la procesión melancólica de un difunto marchaba pausadamente hacia la hoguera fúnebre,[1375] todo cristiano, en estas interesantes ocasiones, tenía que alejarse de sus personas más queridas, antes que cargar con la culpa inherente a tan impías ceremonias. Cualquier arte o negocio relacionado remotamente con la fabricación o adoración de ídolos quedaba tiznado con la mancha de la idolatría;[1376] un severo fallo, puesto que sentenciaba a eterna desdicha a la mayor parte de la comunidad, dedicada a las profesiones mecánicas o liberales. Si echamos una mirada a los numerosos restos de la antigüedad percibiremos que, frente a las representaciones inmediatas de los dioses y los instrumentos sagrados del culto, las elegantes formas y agradables ficciones consagradas por la fantasía griega se habían introducido como los ornamentos más ricos de las casas, los trajes y el mobiliario de los paganos.[1377] Incluso las artes de la música y la pintura, de la elocuencia y la poesía, fluían del mismo e impuro origen. En el modelo de los padres, Apolo y las Musas eran órganos del espíritu infernal; Homero y Virgilio, sus sirvientes mayores, y la bella mitología que penetraba y animaba

el genio de sus composiciones estaban destinados a celebrar la gloria de los demonios. Incluso el idioma corriente en Grecia y en Roma abundaba en expresiones familiares, pero impías, que el cristiano imprudente podía proferir descuidadamente u oír con sobrado sufrimiento.[1378]

Las peligrosas tentaciones que se emboscaban por todos lados para sorprender al incauto creyente lo asaltaban con mayor violencia en los días de fiestas solemnes. Estaban tan ingeniosamente ideadas y dispuestas a lo largo del año, que la superstición siempre llevaba la apariencia de recreo y aun de virtud.[1379] Algunas de las funciones sacrosantas del ritual romano se dedicaban a saludar las nuevas calendas de enero con plegarias de felicidad pública y privada, a satisfacer el piadoso recuerdo de vivos y muertos, a afianzar los límites inviolables de la propiedad, a aclamar, en el retorno de la primavera, los afables poderes de la fecundidad; a perpetuar las dos épocas memorables de Roma, la fundación de la ciudad y la de su República; y a restablecer, durante la humana licencia de las Saturnales, la primitiva igualdad del linaje humano. Podemos concebir alguna idea del aborrecimiento de los cristianos hacia tan impías ceremonias por la escrupulosa delicadeza que exhibían en ocasiones mucho menos alarmantes. En los días de festividad general, los antiguos tenían la costumbre de engalanar sus puertas con lámparas y ramas de laurel, y ceñir sus sienes con guirnaldas de flores. Estas inocentes y elegantes prácticas podían tal vez tolerarse como meras instituciones civiles, pero por desgracia los dioses penates apadrinaban las puertas, el laurel estaba consagrado al amante de Dafne, y las guirnaldas, aunque simbolizaban a menudo tanto el duelo como el regocijo, habían estado en su origen al servicio de la superstición. Los trémulos cristianos, que en esa instancia habían sido persuadidos de

cumplir con la costumbre del país y el mandato de los magistrados, se abrumaban bajo los temores más lóbregos por los remordimientos de su propia conciencia, la censura de la Iglesia y las señales de venganza divina.[1380]

Tales eran las afanosas atenciones que se requerían para resguardar la pureza del Evangelio del aliento infecto de la idolatría. Los seguidores de la religión establecida observaban sin cuidado, por costumbre o por educación, las supersticiones de los ritos públicos y privados; pero cada vez que se repetían estaban ofreciendo a los cristianos una oportunidad para manifestar y confirmar su celosa oposición. Su adhesión a la fe se fortalecía con estas frecuentes protestas, y cuanto más se incrementaba su celo, batallaban con mayor ardor y éxito en la sagrada guerra que habían emprendido contra el Imperio de Satanás.

II) Los escritos de Cicerón retratan en los más vivos colores la ignorancia, los errores y la incertidumbre de los filósofos antiguos en cuanto a la inmortalidad del alma.[1381] Cuando desean armar a sus discípulos contra el terror a la muerte inculcan, como una obvia pero melancólica posición, que el golpe mortal nos rescata de las calamidades de la vida, y que no puede ya padecer quien no existe. Pero hubo algunos sabios en Grecia y Roma que concibieron una idea más elevada y, en algún sentido, más justa de la naturaleza humana, aunque es necesario confesar que, en esta sublime investigación, su razón solía guiarse por su imaginación, y su imaginación solía moverse por su vanidad. Cuando miraban con complacencia la amplitud de sus alcances intelectuales, cuando ejercitaban las variadas facultades de la memoria, de la imaginación y del juicio, en las especulaciones más profundas o en los trabajos más importantes, y cuando reflexionaban sobre el anhelo de nombradía, que los

transportaba a las edades futuras, mucho más allá de la muerte y la sepultura, no estaban dispuestos a confundirse con las bestias del campo, o a suponer que un ser por cuya dignidad tenían la más sincera admiración pudiera estar limitado a un solo lugar de la tierra y a unos pocos años. Con estas premisas favorables, llamaban en su ayuda a la ciencia, o más bien al lenguaje, de la metafísica. Pronto descubrieron que, como ninguna de las propiedades de la materia puede aplicarse a las operaciones del entendimiento, el alma humana ha de ser por consiguiente una sustancia distinta del cuerpo, pura, sencilla, espiritual, indisoluble y susceptible de un grado mucho mayor de virtud y felicidad después de su rescate de la cárcel corporal. De estos engañosos y nobles principios, los filósofos que caminaban por las huellas de Platón dedujeron una conclusión injustificable, en tanto afirmaron no sólo la inmortalidad venidera, sino la eternidad anterior del alma humana, que se inclinaban a considerar como un efluvio del espíritu infinito y preexistente por sí mismo, que penetra y sostiene el universo.[1382] Una doctrina tan ajena al alcance de los sentidos y de la experiencia del hombre puede servir para entretener el ocio del pensamiento filosófico, o, en la soledad silenciosa, puede a veces llevar un rayo de consuelo a la desanimada virtud; pero la escasa impresión que causaba en las escuelas quedaba pronto desvanecida por el comercio y las tareas de la vida. Estamos suficientemente enterados de los sujetos eminentes que florecieron en tiempo de Cicerón y de los primeros Césares, con sus gestiones, sus índoles y sus motivos, como para asegurarnos de que su conducta en esta vida nunca dependió de una seria convicción respecto de premios o castigos en un estado venidero. En el Foro o en el Senado de Roma, los oradores más hábiles no sintieron aprensión por ofender a sus oyentes

exponiendo esta doctrina como una opinión ociosa y extravagante, rechazada con menosprecio por cualquier hombre de educación y entendimiento liberales.[1383]

Por tanto, puesto que los esfuerzos más sublimes de la filosofía no alcanzan más que a apuntar escasamente el deseo, la esperanza o, cuando más, la probabilidad de un estado venidero, absolutamente nada, fuera de la revelación divina, puede cerciorarnos de la existencia y describirnos la condición de aquel país invisible destinado a recibir el alma tras su separación del cuerpo. Pero podemos ver varios defectos inherentes a las religiones populares de Grecia y Roma que las hacían poco aptas para tan ardua tarea: 1.º el sistema general de su mitología carecía de pruebas terminantes, y los paganos más cuerdos se habían ya desentendido de su autoridad usurpada; 2.º la descripción de las regiones infernales había sido abandonada a la fantasía de pintores y poetas, que las poblaron de tantos fantasmas y monstruos, tan injustos en el reparto de sus premios y castigos, que una verdad solemne, la de mayor afinidad con el corazón humano, estaba abatida y deshonrada con esa absurda mezcla de ficciones inconexas;[1384] 3.º los devotos politeístas de Grecia y de Roma no solían considerar a la doctrina de un estado venidero como artículo fundamental de fe. La providencia de los dioses, referida a los Estados más que a los individuos en particular, se desplegaba principalmente en el teatro visible del mundo presente. Las demandas presentadas en las aras de Júpiter o de Apolo manifestaban el afán de sus plegarias por logros temporales, y su ignorancia o indiferencia por la vida venidera.[1385] La verdad trascendental de la inmortalidad del alma se inculcó con mayor esmero y éxito en la India, Asiria, Egipto y Galia, y, puesto que no cabe achacar aquella diferencia a un conocimiento superior de los bárbaros,

debemos atribuirla al predominio de un sacerdocio arraigado que empleaba los motivos de la virtud como instrumentos de su ambición.[1386]

Podemos naturalmente presumir que un principio tan esencial para la religión estaría claramente revelado al pueblo selecto de Palestina y que debía confiarse al sacerdocio hereditario de Aarón. Adorar las disposiciones de la Providencia es nuestra incumbencia forzosa, y más al ver que la doctrina de la inmortalidad del alma se pasó por alto en la ley de Moisés; [1387] los profetas la insinúan oscuramente, y, en el largo período que medió entre la servidumbre egipcia y la babilónica, tanto las esperanzas como los temores de los judíos parecen ceñirse al estrecho alcance de la vida presente.[1388] Después de que Ciro permitió a la nación desterrada el regreso a la tierra prometida, y cuando Ezra hubo restablecido los recuerdos antiguos de su religión, dos afamadas sectas, los saduceos y los fariseos, fueron de a poco asomando en Jerusalén.[1389] Los primeros, sacados de la clase más pudiente y distinguida de la sociedad, se ceñían al estricto sentido literal de la ley mosaica y rechazaban religiosamente la inmortalidad del alma, como una opinión que carecía de toda aprobación en el libro divino, al que reverenciaban como la norma única de su creencia. Los fariseos añadían a la autoridad de las Escrituras la de la tradición, y admitían bajo este nombre varios conceptos especulativos sacados de la filosofía o la religión de las naciones orientales. Las doctrinas del destino o la predestinación, de los ángeles y espíritus, y de un estado venidero de premios y castigos, eran parte de los nuevos artículos de creencia; y como los fariseos, por sus costumbres austeras, tenían a su favor a la mayoría del pueblo judío, fue prevaleciendo la opinión de la inmortalidad del alma en el reinado de los príncipes y pontífices asmoneos. El

temperamento de los judíos era incapaz de contentarse con un tibio y lánguido asentimiento, como el que podía satisfacer el ánimo de un politeísta; y tan pronto como admitieron la idea de un estado futuro, la profesaron con el celo que fue siempre el distintivo de la nación. Su celo, sin embargo, no implicaba una evidencia o siquiera una probabilidad, y todavía era necesario que la doctrina de la vida y la inmortalidad que había sido dictada por la naturaleza, aprobada por la razón y admitida por la credulidad, obtuviera la sanción de verdad divina por la autoridad y el ejemplo de Cristo.

No es extraño que, cuando se les propuso a los hombres la promesa de una felicidad eterna bajo el pacto de admitir la fe y cumplir con los preceptos del Evangelio, tan ventajosa oferta haya sido aceptada por numerosa gente de toda religión, clase y provincia del Imperio Romano. Los antiguos cristianos estaban animados por el menosprecio de su existencia presente y por una fundada confianza en la inmortalidad, de la que la fe dudosa e imperfecta de los tiempos modernos no puede darnos una noción adecuada. En la Iglesia primitiva, se robustecía poderosamente el influjo de la verdad con una opinión que, si bien merece algún respeto por su provecho y antigüedad, no se ha corroborado con la experiencia. Se creía universalmente que el fin del mundo y el reino de los cielos estaban ya cercanos. Los apóstoles habían predicho la proximidad inmediata de ese pavoroso acontecimiento; sus primeros discípulos preservaron aquella tradición, y cuantos entendían literalmente los discursos del propio Cristo estaban obligados a esperar la segunda y gloriosa llegada del Hijo del Hombre en las nubes, antes de que se extinguiese la generación que estuvo viendo su condición humilde sobre la tierra y que podía aún presenciar las desventuras de los judíos en los reinados de Vespasiano o

Adriano. El plazo de diecisiete siglos nos ha enseñado a no pegarnos tanto al misterioso lenguaje de las profecías y la revelación; pero mientras, por sabios propósitos, se le permitió a este error subsistir en la Iglesia, produjo los más saludables efectos en la fe y la práctica de los cristianos, que vivían en la ansiosa expectativa del momento en que el mismo globo, y todas las diversas especies de la humanidad, temblaran ante la aparición del Juez divino.[1390]

La doctrina antigua y popular del Milenio estaba íntimamente vinculada con la segunda venida de Cristo. Como las obras de la creación se habían acabado en seis días, su duración en el estado presente, según una tradición atribuida al profeta Elías, se fijaba en seis mil años.[1391] En virtud de la misma analogía, se infería que al largo período de afanes y contiendas que estaba ya por terminar[1392] lo seguiría inmediatamente un sábado placentero de mil años; y que Cristo, acaudillando el coro triunfador de los santos y elegidos preservados de la muerte o milagrosamente resucitados, vendría a reinar sobre la tierra hasta el punto señalado para la resurrección postrera y general. Tan placentera era esta esperanza para el ánimo de los creyentes que la nueva Jerusalén, el solar de ese reino venturoso, se adornó rápidamente con todos los alegres colores de la imaginación. Una felicidad que consistiera solamente en placeres puros y espirituales hubiera parecido demasiado refinada para sus habitantes, que todavía estaban en posesión de su naturaleza y sensaciones humanas. Un paraíso del Edén, con los recreos de una vida pastoril, no era muy apropiado para el avanzado estado de la sociedad que prevaleció bajo el Imperio Romano. Por lo tanto, se erigió una ciudad de oro y piedras preciosas, y una sobrenatural abundancia de cosechas y vinos en los territorios adyacentes; y el

feliz y benévolo pueblo jamás sería restringido en el libre aprovechamiento de sus producciones espontáneas por ninguna ley exclusiva de propiedad.[1393] Una serie de padres, desde Justino Mártir[1394] e Ireneo, que conversaron con los discípulos directos de los apóstoles, hasta Lactancio, que fue ayo del hijo de Constantino,[1395] inculcaron cuidadosamente el Milenio. Aunque no era universalmente admitido, parece haber sido el sentimiento reinante entre los creyentes ortodoxos; y está tan bien adaptado a los deseos y temores del hombre que debe haber contribuido en un grado muy considerable al progreso de la fe cristiana. Pero cuando el edificio de la Iglesia estuvo casi completo, el apoyo temporal quedó a un lado. La doctrina del reinado de Cristo sobre la tierra fue tratada primero como una alegoría profunda, luego se consideró como una dudosa e inservible opinión, y finalmente fue rechazada como una absurda invención de la herejía y el fanatismo.[1396] Una profecía misteriosa, que aún forma parte de los sagrados cánones, pero que se creyó favorable al dictamen ya rechazado, ha escapado por poco a la proscripción de la Iglesia.[1397]

Mientras se ofrecía la dicha y la gloria de un reinado temporal a los discípulos de Cristo, se amenazaba con las más horrendas calamidades al mundo no creyente. El edificio de la nueva Jerusalén debía ir prosperando por los mismos pasos que la destrucción de la mística Babilonia, y en tanto que los emperadores que precedieron a Constantino persistieron en su idolatría, se aplicó el nombre de Babilonia a la ciudad y al Imperio de Roma. Se preparó una serie periódica de cuantos estragos físicos y morales pueden aquejar a toda nación floreciente: discordias intestinas y la invasión de los bárbaros más bravíos de las desconocidas regiones del norte, peste y hambre, cometas y eclipses, terremotos e inundaciones.[1398]

Todos éstos no eran más que anuncios de alarma y preparatorios de la gran catástrofe de Roma, cuando la patria de los Escipiones y de los Césares fuera abrasada con el fuego del Cielo, y la ciudad de los siete cerros, con sus palacios, sus templos y sus arcos triunfales, quedase sepultada en un gran lago de llamas y azufre. Sin embargo, la vanagloria romana podía encontrar algún consuelo en que el plazo de su Imperio fuese el mismo que el del mundo entero, el cual, tras haber fenecido ya una vez bajo el elemento del agua, estaba destinado a padecer un exterminio más rápido con el elemento del fuego. En la opinión de una quema universal, la fe de los cristianos coincidía muy adecuadamente con las tradiciones del Oriente, la filosofía estoica y la analogía de la Naturaleza; e incluso el país que, por motivos religiosos, había sido elegido como el origen y teatro principal del incendio era, por causas físicas y naturales, el que más se adaptaba a este propósito, por sus hondas cavernas, capas de azufre y numerosos volcanes, entre los cuales el Etna, el Vesubio y el Lípari eran una representación muy imperfecta. El escéptico más calmo e intrépido no podía dejar de reconocer que la destrucción del actual sistema del mundo por el fuego era en sí extremadamente probable. El cristiano, que fundaba su creencia mucho menos en los argumentos engañosos de la razón que en la autoridad de las tradiciones y en la interpretación de las Escrituras, lo estaba aguardando con pavor y confianza, como un acontecimiento cierto y cercano; y, como su mente estaba de continuo ocupada con ese gran pensamiento, consideraba cada desastre que sucedía en el Imperio como síntoma infalible de un orbe ya moribundo.[1399]

La condena de los paganos más sabios y virtuosos a causa de su ignorancia o incredulidad sobre la verdad divina repugna a la razón y a la humanidad del siglo presente;[1400] pero la Iglesia

primitiva, cuya fe era mucho más firme, enviaba sin dudarlo a la eterna tortura a la mayor parte de la humanidad. Podía tal vez mediar alguna esperanza caritativa en favor de Sócrates y de algún otro sabio de la antigüedad, que habían consultado la luz de la razón antes que apareciera la del Evangelio.[1401] Pero se afirmaba unánimemente que cuantos habían persistido tercamente en su culto diabólico después del nacimiento o la muerte de Cristo, ni merecían ni podían esperar conmiseración de un Dios justiciero y enojado. Estos rígidos sentimientos, desconocidos en el mundo antiguo, parecen haber infundido rencor en un sistema de amor y armonía. Las diferencias en cuanto a la fe religiosa solían rasgar los lazos de sangre o de amistad; y los cristianos, que en este mundo se hallaban oprimidos bajo el poder de los paganos, eran seducidos a veces por el resentimiento y el orgullo espiritual, como para deleitarse con la perspectiva de su futuro triunfo. «Sois aficionados a los espectáculos», exclama el adusto Tertuliano, «esperad el espectáculo supremo, el juicio final y sempiterno del universo. Cómo me gozaré, me reiré, complaceré, ufanaré, al mirar a tantos engreídos monarcas y dioses de fantasía sollozando en el abismo más profundo de la oscuridad; tantos magistrados, que persiguieron el nombre del Señor, derritiéndose en fuegos más intensos que cuantos encendieron contra los cristianos; tantos sabios filósofos enrojeciendo entre las llamas con sus engañados alumnos; tantos celebrados poetas trémulos ante el tribunal, no de Minos, sino de Jesucristo; tantos dramaturgos, más melodiosos en la expresión de sus propios padecimientos; tantos bailarines». Pero la humanidad de los lectores me permitirá tender un velo sobre lo restante de esta descripción infernal, que el celoso africano compone con una gran variedad de afectadas e insensibles agudezas.[1402]

Sin duda, sobrarían cristianos primitivos de índole más adecuada a la mansedumbre y caridad de su creencia. Había quienes sentían una sincera compasión por el peligro que corrían sus amigos y paisanos, y quienes se preocupaban con bondad para rescatarlos de su inminente destrucción; pero el desprevenido politeísta, asaltado por nuevos e inesperados terrores contra los cuales ni sus sacerdotes ni sus filósofos lo escudaban, quedaba frecuentemente amenazado y sometido por la amenaza de torturas eternas. Sus temores podían ayudar al progreso de su fe y de su razón, y una vez que se avenía a sospechar que la religión cristiana pudiera ser cierta, se hacía muy fácil convencerlo de que el partido más seguro y prudente se cifraba en abrazarla.

III) Los dones sobrenaturales que aun en vida se atribuían a los cristianos sobre todos los demás hombres serían muy conducentes para su provecho, y a veces para el convencimiento de los infieles. Fuera de los ocasionales prodigios que solía acarrear la mediación de la Divinidad, cuando suspendía las leyes naturales en beneficio de la religión, la Iglesia cristiana, desde el tiempo de los apóstoles y de sus primeros discípulos, [1403] ha afirmado una serie incesante de poderes milagrosos: el don de lenguas, de previsión y de profecía, la facultad de expulsar a los demonios, de sanar a los enfermos y de resucitar a los difuntos. El conocimiento de idiomas extranjeros se comunicó a menudo a los contemporáneos de Ireneo, aunque él mismo tuvo que batallar con las dificultades de un dialecto bárbaro mientras estuvo predicando el Evangelio a los naturales de la Galia.[1404] La inspiración divina, ya fuera transmitida su visión en el sueño o en la vigilia, se describía como un favor muy liberal, otorgado a toda clase de fieles, tanto mujeres como ancianos, tanto niños como obispos. Cuando sus devotos

ánimos estaban suficientemente preparados con una serie de plegarias, de ayunos y de desvelos para recibir el extraordinario estímulo, se los privaba de sus sentidos y articulaban en éxtasis la inspiración, siendo meros portadores del Espíritu Santo, tal como la zampoña o la flauta respecto de quien la sopla.[1405] Debemos añadir que el propósito de estas visiones era, en su mayor parte, o revelar la historia venidera, o disponer el régimen actual de la Iglesia. Expulsar a los espíritus del cuerpo de las personas a quienes se les había permitido atormentar se consideraba como un signo, aunque usual, del triunfo de la religión, y los antiguos apologistas lo esgrimen repetidamente como la evidencia más convincente de la verdad del cristianismo. La horrible ceremonia se solía ejecutar en público y en presencia de un gran número de espectadores; el paciente era liberado por el poder o la habilidad del exorcista, y se escuchaba confesar al vencido demonio que era uno de los dioses fabulosos de la antigüedad que había usurpado impíamente la adoración de los hombres.[1406] Pero la curación milagrosa de las dolencias más inveteradas y de especies nunca vistas no debe asombrarnos si recordamos que en tiempo de Ireneo, hacia el final del siglo segundo, la resurrección de los muertos estaba lejos de considerarse un evento poco común; que el milagro se ejecutaba frecuentemente en las ocasiones necesarias, por medio de ayunos rigurosos y plegarias mancomunadas de la iglesia del paraje, y que las personas revividas con estas súplicas habían vivido después entre ellos por largos años.[1407] En aquella época, cuando la fe podía presumir de tantas maravillosas victorias sobre la muerte, parece difícil dar cuenta de aquellos filósofos que todavía rechazaban y se burlaban de la doctrina de la resurrección. Un griego noble redujo toda la contienda a un solo terreno, y ofreció a Teófilo, obispo de Antioquía, que si lo

complacían con la vista de un solo individuo realmente resucitado, abrazaría inmediatamente la religión cristiana. Hay que remarcar que el prelado de la primera iglesia del Oriente, aunque ansioso por la conversión de su amigo, pensó que era conveniente rechazar aquel justo y razonable reto.[1408]

Los milagros de la Iglesia primitiva, tras tantos siglos de ratificación, han sido atacados últimamente en una muy libre e ingeniosa investigación[1409] que, si bien ha merecido el favor del público, parece haber provocado un escándalo general entre los teólogos de las iglesias protestantes, tanto en este país como en los demás de Europa.[1410] Nuestros diversos dictámenes sobre este punto son menos hijos de argumentos particulares que de nuestros hábitos, estudios y reflexiones, y, ante todo, del grado de evidencia que solemos requerir en todo acontecimiento milagroso. El deber del historiador no es interponer sus juicios privados en esta sutil e importante controversia, pero tampoco puede evadir la dificultad de formular una teoría que reconcilie el interés de la religión con el de la razón, de aplicar apropiadamente esa teoría, y de definir con precisión los límites de aquel feliz período, exento de engaño y de error, al cual tenemos que ceñir el don sobrenatural de los portentos. Desde el primer padre hasta el último papa, la sucesión de obispos, santos, mártires y milagros es continua; y los progresos de la superstición fueron tan graduales y casi imperceptibles, que no alcanzamos a particularizar el eslabón donde se rompe la cadena de la tradición. Cada siglo pregona los acontecimientos maravillosos que lo distinguieron, y su testimonio parece no menos terminante y respetable que el de la generación anterior, hasta que imperceptiblemente llegamos a ver nuestra propia inconsistencia si, en el siglo octavo o duodécimo, negamos al venerable Beda y a San Bernardo el mismo grado de confianza

que en el siglo segundo tributábamos tan liberalmente a Justino e Ireneo.[1411] Si la veracidad de cualquiera de esos milagros se juzga por su aparente utilidad y conveniencia, todo siglo tiene incrédulos que convencer, herejes que refutar y naciones idólatras que convertir; y siempre hay suficientes motivos para justificar la mediación del Cielo. Puesto que todo amante de la revelación da por sentada la potestad milagrosa y que todo sujeto racional está convencido de su cesación, es evidente que hubo algún período en que, repentina o gradualmente, se despojó de ella a la Iglesia cristiana. Cualquier época que se escoja para tal propósito, la muerte de los apóstoles, la conversión del Imperio Romano o la extinción de la herejía arriana,[1412] la insensibilidad de los cristianos contemporáneos es siempre materia del mayor asombro, pues seguían sosteniendo sus pretensiones cuando habían perdido su poder. La credulidad hacía las veces de fe, al fanatismo se le permitía asumir el lenguaje de la inspiración y los efectos de accidentes o artimañas se atribuían a causas sobrenaturales. La experiencia todavía reciente de los milagros genuinos debía encaminar el mundo cristiano por el sendero de la Providencia, y habituar sus ojos (si podemos usar una expresión muy inadecuada) al estilo del Artífice sobrehumano. Si el pintor más diestro de la Italia moderna condecorara pretenciosamente sus endebles imitaciones con los nombres de Rafael o de Correggio, el insolente fraude pronto sería descubierto y rechazado con indignación.

Sea cual fuere la opinión en que se tengan los milagros de la Iglesia primitiva desde el tiempo de los apóstoles, aquella irresistible suavidad de carácter, tan visible entre los creyentes del segundo y el tercer siglos, redundó accidentalmente en beneficio de la causa de la verdad y la religión. En los tiempos

modernos, los temperamentos más piadosos guardan un escepticismo latente e incluso involuntario. Su admisión de las verdades sobrenaturales es mucho menos una afirmación activa que un tibio y desentendido consentimiento. Nuestra razón, o al menos nuestra imaginación, acostumbrada desde hace largo tiempo a observar y respetar el orden invariable de la Naturaleza, no está suficientemente preparada para admitir la acción palpable de la Divinidad. Pero en los primeros siglos del cristianismo, la situación del hombre era muy diferente. Los paganos más curiosos, o los más crédulos, se convencían de incorporarse a una sociedad que afirmaba su derecho real a las facultades milagrosas. Los cristianos primitivos vagaban incesantemente por místicas regiones, y sus mentes estaban ejercitadas en el hábito de creer los acontecimientos más extraordinarios. Sentían o imaginaban que por cualquier lado los asaltaban los demonios; se consolaban con visiones, se instruían con profecías y se liberaban asombrosamente de peligros, dolencias, y aun de la misma muerte, con las súplicas de la Iglesia. Los prodigios reales o imaginarios, de los que se solían considerar objeto, instrumento o espectadores, los disponían a adoptar con soltura, pero con mayor fundamento, las auténticas maravillas de la historia evangélica; y así, milagros que no excedían la medida de su propia experiencia les infundían la más viva seguridad frente a los misterios que sobrepasaban los límites de su entendimiento. Este profundo convencimiento de las verdades sobrenaturales es lo que ha sido tan celebrado en nombre de la fe; un estado de ánimo que es la garantía más segura del favor divino y de la felicidad futura, y recomendado como el primero y tal vez el único mérito de un cristiano. Según los doctores más escrupulosos, las virtudes morales, que pueden igualmente practicar los infieles, carecen de

valor o eficacia en el intento de justificarnos.

IV) Pero el cristiano primitivo demostraba su fe por sus virtudes, y se daba fundadamente por supuesto que la persuasión divina, que despejaba o rendía el entendimiento, debía al mismo tiempo purificar el corazón y dirigir las acciones del creyente. Los primeros apologistas del cristianismo que acreditan la inocencia de sus hermanos, y los escritores más modernos que encarecen la santidad de sus antepasados, retratan con vivos matices la reforma de costumbres que se planteó en el orbe con la prédica del Evangelio. Pero como mi intención es remarcar sólo aquellas causas humanas que secundaron la influencia de la revelación, apuntaré muy de paso dos motivos que hicieron que la vida de los cristianos primitivos fuera mucho más pura y más austera que la de sus contemporáneos paganos o la de sus degenerados descendientes: el arrepentimiento de sus yerros y el loable deseo de respaldar la reputación de la sociedad en la que se habían alistado.

Es muy antiguo el reproche, sugerido por la ignorancia o malicia de los infieles, de que los cristianos atraían hacia su partido a los criminales más atroces, quienes, a los primeros asomos de remordimiento, se avenían fácilmente a lavar en las aguas bautismales la culpa de su conducta pasada, para la cual no hallaban expiación en los templos de sus dioses. Pero este reproche, cuando se libera de tergiversaciones, contribuye tanto al honor como contribuyó al crecimiento de la Iglesia.[1413] Los amantes del cristianismo pueden reconocer sin rubor que muchos de sus santos más eminentes habían sido, antes del bautismo, los más inmorales pecadores. Aquellas personas que en el mundo habían seguido, aunque imperfectamente, los dictados del decoro y la benevolencia, lograban una calma tan satisfactoria del convencimiento de la propia rectitud, que se

volvían mucho menos susceptibles a las súbitas emociones de vergüenza, de dolor y de terror, sentimientos que habían dado origen a tantas maravillosas conversiones. Después del ejemplo de su Divino Maestro, los misioneros evangélicos no desdeñaban la sociedad con hombres, y especialmente con mujeres, acosados por la conciencia, y muchas veces por los efectos, de sus vicios. Al emerger del pecado y la superstición a la gloriosa esperanza de la inmortalidad, resolvían consagrarse a una vida no sólo virtuosa, sino penitente. El deseo de perfección se volvía la pasión dominante de sus almas; y es bien sabido que, mientras que la razón se inclina por una tibia mediocridad, nuestras pasiones nos impulsan con rápida violencia por el espacio que media entre opuestos extremos.

Cuando los nuevos convertidos habían sido alistados en el número de los fieles y habían admitido los sacramentos de la Iglesia, los inhibía de toda reincidencia un miramiento, si no espiritual, al menos inocente y respetable. Cualquier sociedad particular que se ha desprendido del cuerpo de la nación, o de la religión, inmediatamente se vuelve el objeto de una observación tan universal como envidiosa. El carácter de la sociedad, en proporción con lo reducido de su número, puede ser afectado por las virtudes o vicios de las personas que la componen; y cada miembro está obligado a vigilar con la mayor atención su propia conducta y la de sus hermanos, ya que debe sufrir parte de la vergüenza común tanto como disfrutar una cuota de la reputación conjunta.

Cuando los cristianos de Bitinia fueron llevados ante el tribunal de Plinio el Joven, aseguraron al procónsul que, lejos de estar ocupados en alguna conspiración ilícita, estaban solemnemente obligados a abstenerse de cometer crímenes que perturbaran la paz pública o privada de la sociedad, como robos,

adulterios, perjurios y fraudes.[1414] Cerca de un siglo después, Tertuliano pudo jactarse, con honesto orgullo, de que eran muy pocos los cristianos ajusticiados, excepto a causa de su religión.[1415] Su vida seria y retirada, ajena a la liviandad placentera de su siglo, los habituaba a la castidad, la templanza, la economía y otras virtudes sobrias y domésticas. Como la mayoría eran artesanos o tratantes, les incumbía, mediante la más estricta integridad y los tratos más justos, alejar las suspicacias que los profanos estaban tan dispuestos a concebir contra la apariencia de santidad. El menosprecio del mundo los ejercitaba en el hábito de la humildad, la mansedumbre y la paciencia. Cuanto más se los perseguía, más se acercaban unos a otros. Su mutua caridad y abierta confianza les merecieron el aprecio de los infieles, y muy a menudo eran víctimas de amigos desleales.[1416]

Es una circunstancia muy honorable para la moral de los cristianos primitivos que incluso sus faltas, o más bien sus errores, derivaran de su exceso de virtud. Los obispos y doctores de la Iglesia, cuyo testimonio acreditaba, y cuya autoridad podía recomendar las profesiones, principios e incluso las prácticas en sus contemporáneos, habían estudiado las Escrituras con menos inteligencia que devoción, y solían recibir literalmente aquellos rígidos preceptos de Cristo y los apóstoles que la cordura de comentaristas posteriores interpretó de una manera más suelta y figurada. Con el afán de exaltar la perfección del Evangelio sobre la sabiduría de los filósofos, los celosos padres llevaron los preceptos de la automortificación, de la pureza y de la paciencia hasta un punto casi inasequible, y ante todo insubsistente en nuestro estado actual de flaqueza y corrupción. Una doctrina tan extraordinaria y sublime debía inevitablemente imponer veneración al pueblo, pero estaba mal calculada para obtener la adhesión de aquellos filósofos mundanos que, en su conducta

por esta vida pasajera, sólo atendían a los impulsos naturales y a los intereses de la sociedad.[1417]

En las índoles más liberales y virtuosas se distinguen dos inclinaciones naturales: el amor al placer y el amor a la acción. Si la primera se refina con arte e instrucción, si se mejora con el encanto del trato social y se corrige con un justo cuidado en la economía, la salud y la reputación, produce la mayor parte de la felicidad en la vida privada. El amor a la acción es un principio de una naturaleza mucho más fuerte y equívoca. Suele encaminar a la ira, la ambición y la venganza; pero cuando lo guían el decoro y la benevolencia, es el padre de todas las virtudes, y cuando esas virtudes van acompañadas de igual capacidad, una familia, un Estado o un imperio pueden deber al firme coraje de un solo hombre su seguridad y prosperidad. Podemos adscribir al amor al placer la mayoría de las cualidades agradables, y al amor a la acción, la mayoría de las provechosas y respetables. Un carácter en el cual ambos se unieran y armonizaran parecería constituir la idea más perfecta de la naturaleza humana. Una disposición insensible e inactiva, que se supondría destituida de ambos, quedaría desechada, por consentimiento general de la humanidad, como totalmente incapaz de proporcionar felicidad al individuo o beneficio público al mundo. Pero los cristianos primitivos no estaban en este mundo para intentar ser agradables o provechosos.

Adquirir instrucción, ejercitar el entendimiento o la fantasía y conversar placentera y desahogadamente pueden ocupar el ocio de un ánimo liberal. Tales recreos, sin embargo, eran rechazados con aborrecimiento o admitidos con la más extrema cautela por los padres, que despreciaban todo estudio que no fuera útil a la salvación y que consideraban cualquier liviandad en las palabras como un abuso criminal contra el don del habla.

En el estado presente de nuestra existencia, el alma es tan inseparable del cuerpo que parece lícito disfrutar, con inocencia y moderación, de los placeres a los que este fiel compañero es susceptible. Nuestros devotos antepasados razonaban de manera muy distinta; en tanto aspiraban a imitar la perfección de los ángeles, despreciaban, o aparentaban despreciar, todo placer corpóreo y terreno.[1418] Algunos de nuestros sentidos, por cierto, son necesarios para nuestra conservación; otros, para la subsistencia; y otros, para la instrucción; y así, era imposible rechazar su uso. Pero la primera sensación de placer estaba marcada como el primer momento de su abuso. El insensible candidato al Cielo estaba preparado no sólo para resistirse al más tosco atractivo del gusto y del olfato, sino incluso para tapar sus oídos frente a la armonía profana de los sonidos y para mirar con indiferencia las producciones más acabadas del arte humano. Se suponía que una vistosa indumentaria, una casa suntuosa y un elegante mobiliario encerraban la doble culpa de soberbia y de sensualidad: una apariencia sencilla y mortificada se adecuaba más al cristiano, que siempre tenía la certeza de sus pecados y la duda de su salvación. Los padres eran extremadamente minuciosos y detallistas en sus censuras contra el lujo;[1419] y entre los varios artículos que excitan su piadosa indignación podemos enumerar el cabello postizo, ropas de cualquier color excepto el blanco, instrumentos musicales, vasijas de oro y plata, almohadones mullidos (puesto que Jacob reposó su cabeza sobre una piedra), pan blanco, vinos extranjeros, saludos en público, baños templados y el hábito de afeitarse la barba, que, según expresiones de Tertuliano, es un embuste contra nuestros propios rostros y un intento impío contra las obras ya perfectas del Creador.[1420] Cuando el cristianismo se introdujo entre las personas ricas y educadas, la

observancia de tan extrañas leyes se dejó, como sucedería ahora, para los pocos que aspiraban a una santidad superior. Pero para las clases inferiores de los hombres siempre es tan fácil como agradable reclamar un mérito para el menosprecio de aquella pompa y placer que la suerte alejó de sus alcances. La virtud de los cristianos primitivos, como la de los primeros romanos, se basaba con frecuencia en su ignorancia y pobreza.

La severa castidad de los padres en lo relacionado con la comunicación entre ambos sexos procedía del mismo principio: el aborrecimiento de todo placer que pudiera gratificar la sensualidad y degradar la naturaleza espiritual del hombre. Su opinión predilecta era que si Adán hubiese conservado su obediencia al Creador, habría vivido para siempre en un estado de pureza virginal, y que algún método candoroso de vegetación podría haber poblado el paraíso con una casta de seres inocentes e inmortales.[1421] El enlace matrimonial se concedió únicamente a su posteridad ya caída, como un arbitrio necesario para continuar la especie humana, y como una restricción, aunque imperfecta, a la naturaleza licenciosa del deseo. La indecisión de los casuistas ortodoxos sobre un punto tan importante muestra la incertidumbre de quienes se resisten a aprobar una institución que estaban obligados a tolerar.[1422] El recuento de las caprichosas leyes que impusieron con el mayor detalle sobre el lecho nupcial provocaría una sonrisa en los jóvenes y rubor en las bellas. La opinión unánime era que un solo enlace era suficiente para los propósitos de la naturaleza y de la sociedad. El vínculo sensual se fue refinando hasta remedar la unión mística de Cristo con la Iglesia, y se declaró indisoluble aun por el divorcio o la muerte. Las segundas nupcias se marcaron con el nombre de adulterio legal, y las personas que eran culpables de tan escandalosa ofensa contra la pureza cristiana eran

inmediatamente excluidos de los honores e incluso de los brazos de la Iglesia.[1423] Puesto que el deseo se imputaba como un crimen y que el matrimonio se toleraba como una imperfección, el estado de celibato se consideraba, en acuerdo con el mismo principio, como la aproximación más cercana a la perfección divina. La antigua Roma sostuvo con la mayor dificultad la institución de las seis vestales,[1424] pero la Iglesia primitiva contaba con muchísimos individuos de ambos sexos que se consagraban a la profesión de una castidad perpetua.[1425] Algunos de ellos, entre los cuales se cuenta el sabio Orígenes, juzgaron más prudente desarmar al tentador.[1426] Unos eran insensibles y otros invencibles con los asaltos carnales. Menospreciando una huida ignominiosa, las vírgenes del clima ardiente de África encontraban al enemigo en la cerrada batalla, permitían a sacerdotes y diáconos compartir sus lechos y blasonaban de su tersa pureza en medio de las llamas. Pero la ofendida naturaleza volvía a veces a reivindicar sus derechos, y este nuevo género de martirio sólo servía para mancillar a la Iglesia con otro escándalo.[1427] Sin embargo, entre los cristianos ascéticos (nombre que les cupo a causa de su penoso ejercicio) muchos eran menos presuntuosos y probablemente más certeros. La mengua de los placeres sensuales se suplía y compensaba con el orgullo espiritual. Incluso el vulgo de los paganos tendía a estimar el mérito del sacrificio por su aparente dificultad; y en alabanza de estas castas esposas de Jesucristo los padres derramaron el turbio raudal de su elocuencia.[1428] Tales son los rasgos tempranos de los principios y las instituciones monásticos, que en tiempos posteriores han contrapesado todas las ventajas temporales del cristianismo.[1429]

Los cristianos no eran menos opuestos a los quehaceres que a los deleites del mundo. No sabían cómo reconciliar la defensa

de nuestras personas y propiedades con la paciente doctrina que imponía el perdón ilimitado de los agravios pasados y requería la repetición de nuevos insultos. El uso de los juramentos, la pompa de las magistraturas y la atención incesante de la vida pública ofendían su sencillez, y no podía convencerse su humana ignorancia de que fuera lícito en algunas ocasiones derramar la sangre de nuestros hermanos con la espada de la justicia o de la guerra, aunque sus atentados u hostilidades comprometiesen la paz y la seguridad de toda la comunidad.[1430] Consideraban que, bajo una ley menos perfecta, la potestad judía había sido ejercida, con aprobación del Cielo, por profetas inspirados y reyes ungidos. Los cristianos sentían y confesaban que tales instituciones podían ser necesarias en el sistema actual del mundo, y se avenían gustosos a la autoridad de los gobernadores paganos. Pero mientras inculcaban las máximas de rendida obediencia, rehusaban tomar parte activa en la administración civil y en la defensa militar del Imperio. Tal vez podían tener alguna indulgencia con aquellas personas que, antes de su conversión, ya estaban comprometidas en tan violentas y sanguinarias ocupaciones;[1431] mas era imposible que los cristianos, sin quebrantar otra obligación más sagrada, asumieran el carácter de militares, magistrados o príncipes.[1432] Esta indolencia, o incluso criminal indiferencia hacia la seguridad pública, los exponía al menosprecio y vituperio de los paganos, que les solían preguntar cuál sería el destino del Imperio, acosado más y más por los bárbaros, si todos se atuvieran a las pusilánimes opiniones de la nueva secta.[1433] A esta pregunta insultante los apologistas cristianos daban oscuras y ambiguas respuestas, como si fueran reacios a revelar la causa secreta de su seguridad: la expectativa de que, antes de completarse la conversión del linaje humano, se aniquilarían la

guerra, el gobierno, el Imperio Romano y el mundo mismo. Puede observarse que, también en este punto, la situación de los primeros cristianos coincidía dichosamente con sus escrúpulos religiosos, y que su aversión a la vida activa conducía más a eximirlos del servicio que a excluirlos de los honores del Estado y el ejército.

V) Pero la índole humana, aunque pueda exaltarse o deprimirse por un entusiasmo temporal, volverá gradualmente a su nivel natural, y retomará esas pasiones que parecen más adecuadas a su condición presente. Los cristianos primitivos yacían muertos para los negocios y deleites mundanos, pero su amor a la acción, que nunca se extinguió completamente, pronto revivió y encontró una nueva ocupación en la administración de su Iglesia. Una sociedad aislada, que atacaba a la religión establecida del Imperio, tenía que formar su policía interna y nombrar a sus empleados, no sólo para el desempeño de sus funciones espirituales, sino también para el gobierno temporal de la república cristiana. Su resguardo, su decoro y su crecimiento produjeron, aun en los ánimos más piadosos, ciertos sentimientos patrióticos, como los que manifestaron los primeros romanos por su república, y a veces la misma indiferencia en cuanto a los medios conducentes a sus intentos. La ambición de encumbrar a sus amigos o a sí mismos a los honores y cargos de la Iglesia se disimulaba con la loable intención de consagrar al servicio público el poder y la consideración que, sólo para tal propósito, se volvía su deber solicitar. A menudo tenían que esmerarse en el desempeño de sus cargos para detectar los errores de la herejía, o los ardides de algún bando, oponerse a los planes de hermanos alevosos, estigmatizar su carácter con merecida afrenta, o expulsarlos del gremio de una sociedad cuya paz y felicidad intentaban

trastornar. Los caudillos eclesiásticos de los cristianos se esmeraban por unir la prudencia de la serpiente con la mansedumbre de la paloma, pero mientras aquélla se perfeccionaba, ésta se iba corrompiendo imperceptiblemente con el ejercicio de sus mandatos. En la Iglesia, como en el mundo, los sujetos colocados en algún puesto público sobresalían por su tesón y elocuencia, por su trato con la gente y por su habilidad en los negocios; y mientras escondían a los demás, y quizás a sí mismos, los móviles reservados de su conducta, solían muy a menudo reincidir en las turbulentas pasiones de la vida activa, teñidas por el rencor y la obstinación que les infundía el celo espiritual.

El gobierno de la Iglesia ha sido el asunto, tanto como el premio, de contiendas religiosas. Los batalladores opuestos de Roma, París, Oxford y Ginebra han luchado igualmente por reducir el modelo primitivo y apostólico[1434] a las normas respectivas de sus sistemas. Los pocos que se han internado en esta investigación, más sencilla e imparcialmente,[1435] opinan que los apóstoles se desentendieron de legislar, o más bien se avinieron a la tolerancia de escándalos y desavenencias parciales, antes que imposibilitar a los cristianos venideros la facultad de ir variando la constitución del gobierno eclesiástico según los tiempos y las circunstancias. El esquema político que, con su aprobación, se adoptó en el primer siglo, se comprueba en la práctica de Jerusalén, de Éfeso y de Corinto. Las asociaciones instituidas en las ciudades del Imperio Romano se enlazaban únicamente con los vínculos de la fe y la caridad, pues la independencia y la igualdad eran las bases de su régimen interno. El atraso en disciplina e instrucción se suplía con la asistencia oportuna de los profetas,[1436] que se habilitaban para estas funciones sin distinción de sexo, edad o desempeño, y que,

en cuanto sentían sus divinos raptos, derramaban las ráfagas del Espíritu en la reunión de los fieles. Pero estos maestros proféticos solían abusar de sus extraordinarios dones. Los ostentaban de manera intempestiva, trastornaban presuntuosamente los ejercicios de la junta, y con su soberbia o su celo equivocado introdujeron, particularmente en la Iglesia apostólica de Corinto, una larga y triste serie de desórdenes.[1437] Cuando la institución de los profetas se volvió inservible, y aun perniciosa, se les retiraron sus poderes y se abolió su cargo. Las funciones generales de la religión se confiaron solamente a los ministros de la Iglesia, *obispos* y *presbíteros*, dos títulos que, en su origen, parecen haber designado el mismo cargo y la misma clase de sujetos. El nombre de presbítero expresaba su edad, o más bien su circunspección y sabiduría. El título de obispo denotaba su examen respecto de la fe y costumbres de los cristianos puestos a su cuidado. Según la cantidad de fieles, un número mayor o menor de estos *presbíteros episcopales* guiaba a cada nueva congregación con autoridad igual y mancomunada.[1438]

Pero siempre, aun en medio de la igualdad más equilibrada, se requiere la dirección de un magistrado superior, y el orden de las deliberaciones públicas pronto introdujo el cargo de un presidente, investido con la autoridad de recoger los votos y ejecutar las resoluciones de la junta. El afán de su sosiego público, que no podía menos que alterarse con las elecciones anuales o intermedias, movió a los cristianos primitivos a plantear una magistratura honorífica y perpetua, y nombrar a uno de los más sabios y santificados presbíteros para desempeñar, durante su vida, el cargo de gobernador eclesiástico. En esta coyuntura, el título altisonante de obispo comenzó a elevarse por sobre el humilde apelativo de presbítero; y así como éste quedó como distintivo natural para los

individuos de cada Senado o cabildo cristiano, el otro resultó apropiado para la dignidad del nuevo presidente.[1439] Las ventajas de esta forma episcopal de gobierno, planteada al parecer hacia el fin del primer siglo,[1440] fueron tan obvias y trascendentales para la futura grandeza del cristianismo y para su sosiego en ese momento, que se generalizó sin demora entre las sociedades diseminadas por todo el Imperio, mereció en un período muy temprano la sanción de la antigüedad,[1441] y está todavía reverenciada por las iglesias más poderosas de Oriente y Occidente como un establecimiento primitivo y aun divino.[1442] No es necesario observar que los piadosos y humildes presbíteros que primero fueron honrados con el título episcopal no podían poseer, y probablemente hubieran rechazado, el poder y el boato que ahora rodea la tiara del pontífice romano o la mitra de un prelado alemán. Pero vamos a definir en pocas palabras los estrechos límites de su primera jurisdicción, que era sobre todo de una naturaleza espiritual, aunque en algunos casos también temporal.[1443] Consistía en la administración de los sacramentos y en la disciplina de la Iglesia, la superintendencia de las ceremonias, que gradualmente crecieron en número y variedad, la consagración de los ministros eclesiásticos, a quienes el obispo señalaba sus respectivas funciones, el manejo de los fondos públicos y el arreglo de aquellos altercados que los fieles no gustaban de patentizar en los estrados de un juez idólatra. Estas facultades se ejercitaron, durante un corto período, con el dictamen del colegio presbiteral y con la anuencia y aprobación de la junta de los cristianos. El obispo primitivo se consideraba como el primero entre sus iguales y como el honrado sirviente de un pueblo libre. Siempre que la silla episcopal quedaba vacante por muerte, el presidente se elegía entre los presbíteros por el voto de la congregación entera, cuyos miembros se

suponían revestidos de carácter sagrado y sacerdotal.[1444]

Tal era el sistema llano y apacible con que se gobernaron los cristianos más de cien años después de la muerte de los apóstoles. Cada gremio formaba una república separada e independiente, y aunque los más distantes de estos pequeños Estados mantenían una mutua y amistosa correspondencia de cartas y mensajes, el orbe cristiano todavía no se vinculaba bajo una autoridad suprema o cuerpo legislativo. Como los fieles se multiplicaban de día en día, descubrieron las ventajas que resultarían de la íntima unión de miras e intereses. Hacia el fin del segundo siglo, las iglesias de Grecia y Asia adoptaron la provechosa institución de los sínodos provinciales, y se puede suponer fundadamente que tomaron el modelo del consejo representativo de los celebrados ejemplos de sus propios países, como los Anfictiones, la Liga Aquea y las juntas de las ciudades jónicas. Pronto se estableció, como una costumbre y como una ley, que los obispos de las iglesias independientes se juntaran en la capital de la provincia en los períodos indicados de la primavera y el otoño. Los consejos de algunos presbíteros señalados colaboraban en las deliberaciones, que eran moderadas por la presencia de un auditorio crecido.[1445] Sus decretos, llamados cánones, regulaban las importantes controversias de la fe y la disciplina, y era natural creer que una ráfaga abundante del Espíritu Santo se derramaba sobre la reunión general de los delegados de la cristiandad. El establecimiento de sínodos era tan apropiado a la ambición personal y al interés público, que en pocos años quedaron instituidos en todo el Imperio. Se entabló una correspondencia periódica entre los concilios provinciales para comunicarse y aprobarse mutuamente sus respectivas actas, y pronto la Iglesia católica asumió la forma y adquirió la fuerza de una gran república federativa.[1446]

Como la autoridad legislativa de las iglesias particulares iba reemplazándose gradualmente por el uso de los concilios, los obispos obtuvieron con su alianza una porción mucho mayor de potestad ejecutiva y arbitraria, y, tan pronto como se vincularon por el sentido de su interés común, se permitieron atacar los derechos primitivos del clero y de sus feligreses. Los prelados del tercer siglo fueron variando su lenguaje de la exhortación al mando, esparcieron la semilla de las usurpaciones venideras, y suplieron sus deficiencias en razón y fuerza con alegorías bíblicas y retórica hinchada. Exaltaban el poder y la unidad de la Iglesia, en tanto estaba representado en el cargo episcopal, del que cada obispo gozaba de una porción igual e indivisa.[1447] Los príncipes y magistrados, se repite a menudo, pueden jactarse de sus dominios terrestres y de su señorío transitorio; sólo la autoridad episcopal fue derivada de la Divinidad, y se extiende sobre este mundo y el otro. Los obispos eran lugartenientes de Cristo, sucesores de los apóstoles y sustitutos místicos del sumo sacerdote de la ley mosaica. Su privilegio exclusivo de conferir carácter sacerdotal invadió la libertad de las elecciones clerical y popular; y si, en la administración de la Iglesia, consultaban el dictamen de los presbíteros o la inclinación del pueblo, se esmeraban en remarcar el mérito de tan voluntaria condescendencia. Los obispos reconocían la autoridad suprema de la junta de los hermanos, mas cada cual, en el gobierno de su propia diócesis, requería de su rebaño la misma y rendida obediencia, como si esta metáfora predilecta fuese literalmente adecuada, y como si el pastor fuese de una naturaleza más exaltada que la de sus ovejas.[1448] Sin embargo, esta obediencia no fue impuesta sin esfuerzo por una parte y resistencia por la otra. La parte democrática de la constitución era, en muchas partes, sostenida fervientemente por la oposición celosa o

interesada del clero inferior. Pero por su patriotismo recibían el ignominioso epíteto de facciosos o cismáticos, y la causa episcopal le debió su rápido progreso al trabajo de varios prelados eficaces, quienes, como Cipriano de Cartago, podían reconciliar las artes del más ambicioso estadista con las virtudes cristianas que parecen adaptarse al carácter de un santo o de un mártir.[1449]

Las mismas causas que al principio destruyeron la igualdad de los presbíteros introdujeron entre los obispos sus preeminencias de rango. Apenas entablaban sus sínodos provinciales en la primavera o el otoño, sobresalía la diferencia de mérito o nombradía entre los miembros de la asamblea, y la sabiduría o elocuencia de unos cuantos daba la ley a la muchedumbre. Pero el orden de las sesiones públicas requería una distinción más regular y menos individual; se confirió el cargo de presidentes perpetuos en los concilios de cada provincia a los obispos de la ciudad principal, cuyos prelados aspirantes, que pronto adquirieron los dictados altisonantes de metropolitanos y primados, se preparaban secretamente para usurpar a sus hermanos episcopales la misma autoridad que los obispos acababan de asumir sobre el colegio de los presbíteros.[1450] No mucho tiempo después, los mismos metropolitanos se disputaron aquella preeminencia y poderío, esmerándose por ostentar, con los más pomposos términos, los honores temporales y ventajas de las ciudades que presidían, el número y haberes de los cristianos que estaban a su cargo, los santos y mártires que habían tenido, y el esmero con que conservaban la tradición de la fe, tal como había sido transmitida a través de una serie de obispos ortodoxos, desde los apóstoles o discípulos apostólicos fundadores de sus respectivas iglesias.[1451] Por motivos civiles y eclesiásticos, era fácil prever que Roma debía

merecer el respeto, y pronto había de requerir la obediencia, de las provincias. El gremio de los fieles guardaba proporción con la capital del Imperio, y la Iglesia romana era la mayor, la más numerosa y la más antigua del cristianismo en Occidente, donde muchas recibieron la religión por el trabajo piadoso de sus misioneros.

En vez de *un* fundador apostólico, que era la mayor jactancia de Antioquía, Éfeso y Corinto, se suponía que las orillas del Tíber habían sido honradas con la prédica y el martirio de *dos* de los más eminentes apóstoles;[1452] y los obispos de Roma reclamaban atinadamente la herencia de cuantas regalías se tributaban a la persona y al cargo de san Pedro.[1453] Los obispos de Italia y de las provincias estaban dispuestos a reconocerles la primacía de orden y asociación (tal era su expresión exacta) en la aristocracia cristiana.[1454] Pero su poderío monárquico se rechazaba con aborrecimiento; y el ansia trepadora de Roma padeció, por parte de Asia y África, una resistencia más tenaz hacia su dominio espiritual que la que habían mostrado antes hacia el temporal. El patriota Cipriano, que regenteó despóticamente la iglesia de Cartago y los sínodos provinciales, contrarrestó con resolución y éxito la ambición del pontífice romano, vinculó arteramente su propia causa con la de los obispos orientales y, como Aníbal, buscó nuevos aliados en el centro de Asia.[1455] Si esta guerra púnica se realizó sin derramamiento de sangre fue gracias a la flaqueza, más que a la moderación, de los prelados beligerantes. Sus armas se reducían a invectivas y excomuniones, pero mientras duró toda la contienda, las utilizaban unos contra otros con igual furia y devoción. La dura necesidad de censurar a un papa, a un santo o a un mártir desconsuela a todo católico moderno, siempre que tienen que relatar las particularidades de una controversia en la

que los adalides de la religión se permitieron pasiones propias de un Senado o de un campamento.[1456]

Los progresos de la autoridad eclesiástica dieron nacimiento a la distinción memorable entre seglares y clero, desconocida antes entre griegos y romanos.[1457] El primero de estos nombres comprendía al cuerpo del pueblo cristiano; y el último, según la significación de la voz, correspondía a la parte selecta, destinada al servicio de la religión, una celebrada clase de individuos que han suministrado asuntos de suma importancia, aunque no siempre edificantes, para la historia moderna. Sus mutuas hostilidades perturbaban la paz de la Iglesia naciente; pero su celo y afán se unían en la causa común, y el ansia de mando que (bajo disfraces muy estudiados) se insinuaba en los pechos de obispos y de mártires los estimulaba a incrementar el número de feligreses y a ensanchar los límites del imperio cristiano. Carecían de fuerza temporal, y durante largo tiempo fueron oprimidos y desalentados, más que ayudados, por los magistrados civiles; pero habían adquirido y ejercían en su propia sociedad los dos móviles más pujantes de todo gobierno: premios y castigos; los primeros derivados de una piadosa liberalidad, y los últimos, de los temores devotos de los fieles.

I) La comunidad de bienes, que entretuvo agradablemente la fantasía de Platón,[1458] y que hasta cierto punto reinaba en la secta austera de los esenios,[1459] se adoptó por un corto tiempo en la Iglesia primitiva. El fervor de los novicios los movía a vender bienes mundanos que menospreciaban para rendir su importe a los pies de los apóstoles, y se contentaban con recibir una parte igual en el reparto general.[1460] Los progresos de la religión cristiana relajaron, y gradualmente abolieron, esta generosa costumbre, que, en manos menos puras que las de los apóstoles, se había corrompido por el egoísmo de la naturaleza

humana; y así, a los recién convertidos se les permitía retener su patrimonio, recibir legados y herencias, y acrecentar sus propiedades particulares por los medios legítimos del comercio y la industria. En vez de aquel sacrificio absoluto, los ministros evangélicos admitían una porción moderada, y en sus juntas semanales o mensuales, cada feligrés, según la urgencia de la ocasión y la medida de su riqueza y su piedad, hacía su ofrenda para el caudal común.[1461] Nada se rechazaba, aun lo inconsiderable, pero se inculcaba diligentemente que, en el artículo del diezmo, la ley mosaica era todavía una obligación divina, y puesto que los judíos, bajo una disciplina menos perfecta, tenían que pagar la décima parte de sus haberes, correspondía a los discípulos de Cristo distinguirse con un grado superior de liberalidad,[1462] y adquirir algún mérito resignando un tesoro superfluo que pronto sería aniquilado con el orbe entero.[1463] No es necesario observar que la renta de cada iglesia particular, de un carácter tan incierto y fluctuante, debía variar con la pobreza u opulencia de los fieles, extendidos por aldeas arrinconadas o reunidos en las ciudades populosas del Imperio. En tiempo del emperador Decio, los magistrados opinaban que los cristianos de Roma poseían cuantiosas riquezas, que usaban para su culto religioso vasos de plata y oro, y que muchos de sus prosélitos habían vendido sus tierras y sus casas para acrecentar los haberes públicos de la secta, a costa, es verdad, de sus desventurados hijos, que eran mendigos porque sus padres habían sido santos.[1464] Debemos desconfiar de lo que sospechan los extranjeros y los enemigos; pero en este caso la acusación tiene una probabilidad más poderosa por las dos circunstancias siguientes, las únicas que han llegado a nuestra noticia, y que especifican las sumas y proporcionan una clara idea: casi en la misma época, el obispo de Cartago, de una hermandad menos

acaudalada que la de Roma, recogió cien mil sestercios (más de ochocientas cincuenta libras esterlinas) en un repentino llamado a la caridad para rescatar a los hermanos de Numidia, cautivados por los bárbaros del desierto.[1465] Como cien años antes del reinado de Decio, la Iglesia romana había recibido, en una sola entrega, la suma de doscientos mil sestercios de un extranjero de Ponto que trataba de establecer su residencia en la capital.[1466] La mayoría de estas ofrendas se hacían en metálico, pues la hermandad cristiana no deseaba ni era capaz de cargar, en un grado considerable, con haciendas. Estaba estipulado por severas leyes, promulgadas bajo el mismo concepto que nuestros estatutos sobre manos muertas, que ninguna finca se concediese o pasase a gremio alguno sin privilegio especial o exención particular del emperador o del Senado,[1467] quienes rara vez se mostraban propensos a otorgarlos a favor de una secta, que primero era objeto de su menosprecio y luego, de sus temores y su envidia. Sin embargo, durante el reinado de Alejandro Severo aparece un contrato que demuestra cómo se burlaba o se suspendía a veces la restricción, y que se les permitía a los cristianos solicitar y poseer tierras en el mismo recinto de Roma.[1468] El crecimiento del cristianismo y las revueltas civiles del Imperio contribuyeron a relajar la severidad de las leyes, y a fines del tercer siglo se otorgaron grandiosos Estados a las opulentas iglesias de Roma, Milán, Cartago, Antioquía, Alejandría y demás ciudades populosas de Italia y de las provincias.

El obispo siempre administraba la iglesia, se le confiaba el caudal sin cuenta ni control; se confinaba a los presbíteros a sus funciones espirituales, y la clase más dependiente de los diáconos se empleaba únicamente en el manejo y reparto de las rentas eclesiásticas.[1469] Si damos crédito a las vehementes

declamaciones de Cipriano, había demasiados hermanos en África que en el ejercicio de su cargo violaban todo precepto, no sólo de perfección evangélica, sino incluso de virtud moral. Algunos de estos infieles administradores dedicaban las riquezas de la Iglesia al regalo de su sensualidad, otros las invertían en especulaciones privadas, en compras dolosas y en usura insaciable.[1470] Pero mientras la contribución del pueblo cristiano fue libre y voluntaria, no se abusaría en gran manera de su confianza, y el uso general de su liberalidad era honroso. Una porción decorosa se reservaba para el mantenimiento de obispo y clero; se utilizaba una cantidad suficiente para los gastos del culto público, del cual los festejos de amor, o *agapae*, como se los llamaba, constituían parte considerable, y todo lo restante era patrimonio sagrado de los menesterosos. Según el criterio del obispo, se distribuía para el mantenimiento de viudas y huérfanos, cojos, enfermos y ancianos de la hermandad, se ayudaba a los forasteros y peregrinos, se aliviaban los quebrantos de presos y cautivos, especialmente cuando sus padecimientos procedían de su tesón en materias religiosas.[1471] Una generosa correspondencia de caridad unía a las más remotas provincias, y las hermandades menores recibían auxilios de hermanos pudientes.[1472] Tal práctica, que atendía menos a los méritos que al conflicto del paciente, era muy beneficiosa para los progresos del cristianismo. Los paganos que abrigaban impulsos de humanidad, mientras que escarnecían la doctrina, reconocían la benevolencia de la nueva secta.[1473] La perspectiva de auxilio inmediato y de amparo venidero atraía hacia su generoso regazo a muchos de aquellos infelices que la negligencia del mundo desamparaba en las desdichas de la escasez, la enfermedad y la ancianidad. Otra razón igualmente creíble era que un sinnúmero de niños abandonados por sus padres, según la

práctica inhumana de aquel tiempo, eran rescatados de la muerte, bautizados, educados y mantenidos por la conmiseración de los cristianos a expensas del tesoro público. [1474]

II) Es indudable el derecho de toda sociedad a excluir de su cuerpo y beneficios a cuantos individuos se desentienden de sus estatutos, planteados antes por consentimiento general. Las censuras de la Iglesia cristiana en el ejercicio de esta potestad iban dirigidas en su mayoría contra los pecadores escandalosos, en especial los homicidas, los estafadores y lujuriosos, contra los autores o secuaces de alguna opinión herética que ya había sido condenada por el orden episcopal y contra aquellos desventurados que voluntaria o forzadamente, después de su bautismo, se habían mancillado con algún acto de idolatría. Las consecuencias de la excomunión eran tanto de naturaleza espiritual como temporal. El cristiano contra quien se pronunciaba quedaba privado de toda ofrenda. Se disolvían los vínculos de intimidad privada y religiosa; se volvía un objeto desechado y aborrecido por los sujetos que lo habían apreciado y a quienes apreciaba, y en tanto esa expulsión de una sociedad respetada le imprimía una marca de desgracia, era rechazado o sospechado por toda la gente. La situación de aquellos infelices desterrados era en sí misma penosa y amarga, pero, como suele suceder, sus temores excedían a sus sufrimientos. Los beneficios de la hermandad cristiana eran los de una vida eterna, y nadie podía borrarles la idea de que la Divinidad había entregado las llaves del infierno y del paraíso a los mismos superiores eclesiásticos que los habían condenado. En realidad, los herejes que se escudaban tras su conciencia serena y tras la esperanza lisonjera de que sólo ellos habían descubierto el sendero seguro para la salvación, se esmeraban en recobrar en sus juntas separadas el consuelo, tanto temporal como espiritual, que un

tiempo antes recibían de la hermandad general de los cristianos. Pero cuantos a su pesar se habían rendido al poder del vicio y de la idolatría sentían su condición perdida y deseaban ansiosamente verse reintegrados a los beneficios de la comunidad cristiana.

Dos opiniones opuestas, una justiciera y otra misericordiosa, dividían a la Iglesia primitiva en cuanto al trato debido a dichos penitentes. Los casuistas más adustos e inflexibles rehusaban, para siempre y sin excepción, darles el menor lugar en la hermandad santa que habían deshonrado y abandonado, los dejaban entregados a sus propios remordimientos y sólo les concedían una remota esperanza de que tal vez el Ser Supremo se dignaría aceptar su contrición en la vida y en la muerte.[1475] Las iglesias cristianas más candorosas y respetables abrazaron, tanto en la práctica como en la teoría, un sentimiento más afable.[1476] Rara vez se cerraban las puertas de la reconciliación y del Cielo al ansioso penitente; pero también se instituyó una planta solemne y severa de disciplina que a la vez que servía para expiar sus crímenes, disuadía a los espectadores de imitar su ejemplo. El penitente, abatido por su confesión pública, demacrado por el ayuno y vestido de arpillera, yacía postrado a la puerta de la asamblea, implorando lloroso el perdón de sus ofensas y solicitando las plegarias de los fieles.[1477] Si el pecado era atroz, aun años enteros de penitencia no se consideraban suficientes para el desagravio de la justicia divina, y sólo lenta y penosamente podían el pecador, el hereje o el apóstata reincorporarse al seno de la Iglesia. Sin embargo, siempre quedaba reservada una sentencia de excomunión perpetua contra ciertos delitos descomunales, y particularmente contra aquellos reincidentes ya indisculpables que habían alcanzado y abusado de la clemencia de los superiores eclesiásticos. La

disciplina cristiana variaba con el criterio de los obispos, según las circunstancias y el número de los delincuentes. Por entonces se celebraron los concilios de Ancira y de Ilíberis, uno en Galacia, y otro en España, pero sus respectivos cánones, que todavía existen, parecen tener espíritus muy distintos. El galaciano que después del bautismo había hecho repetidamente sacrificios a los ídolos obtenía su perdón con una penitencia de siete años, y si había inducido a otros a imitar su ejemplo, se agregaban sólo tres años a su exilio. Pero el desafortunado español que había incurrido en la misma ofensa quedaba privado de toda reconciliación aun en el trance de la muerte, y su idolatría encabezaba la lista de otros diecisiete delitos, contra los cuales una sentencia igualmente aterradora estaba ya pronunciada. Entre ellos podemos distinguir la culpa inexpiable de calumniar a un obispo, a un presbítero o incluso a un diácono.[1478]

En la bien templada mezcla de liberalidad y rigor, en el atinado reparto de premios y castigos, de acuerdo con las máximas de administración y justicia, se cifraba la fuerza humana de la Iglesia. Los obispos, cuyo desvelo paternal abarcaba el gobierno de ambos mundos, eran sensibles a la importancia de estas prerrogativas, y, cubriendo su ambición con el justo pretexto de su amor al orden, sentían celos de cualquier rival que intentara competir en el desempeño de una disciplina tan necesaria para evitar deserciones en las tropas alistadas bajo las banderas de la Cruz, y cuyo número iba creciendo día a día. De las imperiosas declaraciones de Cipriano se infiere claramente que las doctrinas de excomunión y penitencia constituían la parte fundamental de la religión, y que era menos riesgoso para los discípulos de Cristo ser negligentes con sus deberes morales que despreciar las censuras y la

autoridad de sus obispos. A veces podemos imaginarnos que estamos oyendo la voz de Moisés cuando mandaba a la tierra que se abriese y se tragase con llamas abrasadoras la ralea rebelde que desobedecía al sacerdocio de Aarón, y otras veces supondríamos que estamos oyendo a un cónsul romano clamando por la majestad de la República y declarando su resolución inflexible de extremar el rigor de la ley. «Si tales errores se consienten» —así es como reconviene el obispo de Cartago a sus compañeros por tanta blandura—, «si tales errores se consienten, hay un fin para la *fuerza episcopal*;[1479] un fin para la sublime y sobrehumana potestad de gobernar la Iglesia, un fin para el propio cristianismo». Cipriano había renunciado a los honores temporales que probablemente nunca obtuviera; pero la adquisición de un mando tan absoluto sobre la conciencia y el entendimiento de una congregación, aunque arrinconada y menospreciada por todo el mundo, halaga más el corazón y el orgullo humanos que el poder más despótico impuesto por las armas sobre un pueblo enemigo.

En el decurso de esta investigación tal vez tediosa, pero importante, mi intención ha sido exponer las causas segundas que tan eficazmente ayudaron a la verdad de la religión cristiana. Si aparecen entre ellas algunos ornamentos artificiales, circunstancias accidentales o cualquier mezcla de error y pasión, no parecerá sorprendente que el hombre se impresione por motivos que agradan a su naturaleza imperfecta. Fue con la ayuda de estas causas —el ahínco exclusivo, la expectativa cercana de otro mundo, el alegato de milagros, la práctica de una rígida virtud y la constitución de la Iglesia primitiva—, que el cristianismo se extendió con tanto éxito por el Imperio Romano. Los cristianos debieron a la primera su valor invencible, que desdeñó toda capitulación con el enemigo que

estaban resueltos a vencer. Las tres causas siguientes le suministraron a su valor armas formidables. La última unió su valentía, dirigió sus armas y dio a su esfuerzo el peso irresistible que incluso un pequeño bando de intrépidos y bien entrenados voluntarios ha alcanzado a veces contra una muchedumbre indisciplinada, ignorante del motivo y descuidada del paradero de la guerra. En las diversas religiones del politeísmo, algunos fanáticos errantes de Siria y Egipto, que se dedicaban a la crédula superstición del populacho, fueron quizá los únicos sacerdotes[1480] que fundaron todo su respaldo y crédito en su profesión, y que se interesaban profundamente en la seguridad y prosperidad de sus deidades tutelares. Los ministros del politeísmo, tanto en Roma como en las provincias, solían ser hombres bien nacidos y acaudalados que merecían, por distinción honorífica, el cuidado de un templo famoso o de un sacrificio público, celebrando, frecuentemente a sus expensas, los juegos sagrados,[1481] y con una fría indiferencia realizaban los ritos antiguos, según las leyes y la moda de su patria. Dedicados a las ocupaciones ordinarias de la vida, su celo y devoción rara vez era animado por el sentido del interés o por hábitos de carácter eclesiástico. Confinados en sus respectivos templos y ciudades, quedaron sin enlace de gobierno o disciplina, y mientras que reconocían la jurisdicción suprema del Senado, del colegio pontificio y del emperador, estos magistrados civiles se contentaban con la fácil tarea de mantener en paz y decoro el culto general de la humanidad. Ya hemos visto lo variados, relajados e inciertos que eran los sentimientos religiosos del politeísmo. Estaban abandonados, casi sin control, al funcionamiento natural de una fantasía supersticiosa. Las circunstancias accidentales de su vida y su situación determinaban el objeto y el grado de su devoción, y mientras su

adoración se prostituía sucesivamente ante mil deidades, era poco probable que su corazón pudiera sentir una pasión viva y sincera por ninguna de ellas.

Cuando el cristianismo llegó al mundo, aun aquellas leves e imperfectas impresiones habían perdido mucho de su poder original. La razón humana, incapaz de percibir los arcanos de la fe, ya había obtenido un fácil triunfo sobre los devaneos del paganismo, y cuando Tertuliano y Lactancio se afanan por exponer su falsedad y extravagancia, tienen que acudir a la elocuencia de Cicerón y a la agudeza de Luciano. El contagio de estos escritos escépticos se había difundido mucho más allá del número de lectores. La moda de la incredulidad se comunicó de los filósofos a los hombres de placer o de negocios, del señor al plebeyo, y del amo al esclavo que lo servía en la mesa y escuchaba con entusiasmo la libertad de la conversación. En las ocasiones públicas, las personas afilosofadas aparentaban tratar con respeto y decencia a las instituciones religiosas de su país, pero su secreto menosprecio asomaba sobre el delgado y torpe disfraz, e incluso la plebe, cuando descubría que aquellos cuyo entendimiento y jerarquía estaba acostumbrada a reverenciar rechazaban y se mofaban de sus deidades, se llenaba de dudas y temores en cuanto a la verdad de aquellas doctrinas que habían creído a ciegas. La decadencia de las antiguas preocupaciones expuso a una parte numerosa de la humanidad a los peligros de una situación dolorosa y desconsolada. Un estado de escepticismo e incertidumbre puede entretener a algunas mentes curiosas. Pero la práctica de la superstición congenia con la multitud que, si se la fuerza a despertar, todavía lamenta la pérdida de su agradable visión. Su amor por lo maravilloso y lo sobrenatural, su curiosidad con respecto a los acontecimientos futuros, su fuerte propensión a extender sus esperanzas y

temores más allá del límite del mundo visible, fueron las principales causas que favorecieron el establecimiento del politeísmo. La necesidad de creencia entre el vulgo es tan urgente, que la caída de cualquier sistema mitológico será muy probablemente sucedida por la introducción de algún otro modo de superstición. Alguna otra deidad de una casta más reciente y elegante hubiera ocupado pronto los templos desiertos de Júpiter y Apolo si, en el momento decisivo, la sabiduría de la Providencia no hubiera interpuesto una revelación genuina, capaz de inspirar la estima y la convicción más racional, mientras, al mismo tiempo, era adornada con todo lo que podía cautivar la curiosidad, el asombro y la veneración del pueblo. En aquella coyuntura, cuando muchos estaban casi desprendidos de sus prejuicios artificiales, pero igualmente propensos y deseosos de una adhesión devota, objetos más despreciables hubieran sido suficiente para llenar el vacío de sus pechos y satisfacer el afán incierto de su pasión. Quienes estén inclinados a seguir esta reflexión, en vez de ver con asombro los rápidos progresos del cristianismo, se sorprenderán tal vez de que su éxito no haya sido aún más rápido y general.

Se ha señalado correctamente que las conquistas de Roma prepararon y facilitaron las del cristianismo. En el segundo capítulo de este trabajo intentamos explicar de qué modo las provincias más civilizadas de Europa, Asia y África fueron unidas bajo el dominio de un solo soberano, y gradualmente vinculadas por los lazos más íntimos de leyes, costumbres e idioma. Los judíos de Palestina, que ansiaban un libertador temporal, se mostraron tan indiferentes con los milagros del divino profeta, que se consideró innecesario publicar, o al menos preservar, cualquier evangelio hebreo.[1482] La historia auténtica de los actos de Cristo se compuso en griego, a una

considerable distancia de Jerusalén y cuando los convertidos paganos eran ya numerosos.[1483] Una vez que aquella historia fue traducida a la lengua latina, fue perfectamente inteligible para todos los súbditos de Roma, excepto los campesinos de Egipto y Siria, para quienes luego se hicieron versiones particulares. Las carreteras construidas para el uso de las legiones franqueaban tránsito a los misioneros cristianos desde Damasco hasta Corinto y desde Italia hasta los extremos de España y Bretaña; y tampoco encontraban aquellos conquistadores espirituales los obstáculos que usualmente atrasan o imposibilitan la introducción de una religión extraña en países remotos. Hay fuertes razones para creer que antes de los reinados de Diocleciano y Constantino ya se había predicado la fe de Cristo en todas las provincias y ciudades populosas del Imperio; pero la fundación de cada hermandad, el número de fieles que las componían y su proporción respecto de la multitud no creyente son absolutamente desconocidos o desfigurados con declamaciones o ficciones. Sin embargo, procederemos ahora a relatar las imperfectas circunstancias que han llegado a nuestra noticia acerca del crecimiento del nombre cristiano en Asia y en Grecia, en Egipto, en Italia y en el Occidente, sin desatender los aumentos reales o imaginarios ocurridos más allá del confín del Imperio.

Las ricas provincias que se extienden desde el Éufrates hasta el mar Jónico fueron el teatro principal donde el apóstol de los gentiles exhibió su afán y su religiosidad. Sus discípulos cultivaron esmeradamente las semillas del Evangelio que derramó sobre ese terreno fértil, y parecería que, en los dos primeros siglos, el cuerpo más considerable de cristianos estaba comprendido entre aquellos límites. Entre las hermandades de Siria ninguna era más antigua e ilustre que las de Damasco,

Berea o Alepo, y Antioquía. La introducción profética del Apocalipsis describió e inmortalizó a las siete iglesias de Asia —Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiátira,[1484] Sardes, Laodicea y Filadelfia—, y pronto sus colonias se difundieron por aquel populoso país. En un período muy temprano, las islas de Chipre y Creta, y las provincias de Tracia y Macedonia, recibieron favorablemente la nueva religión, y pronto se fundaron repúblicas cristianas en las ciudades de Corinto, Esparta y Atenas.[1485] La antigüedad de las iglesias griegas y asiáticas contó con suficiente tiempo para su incremento y multiplicación, y aun aquel enjambre de gnósticos y herejes diferentes sirven para mostrar la condición floreciente de la iglesia ortodoxa, puesto que el nombre de herejes recayó siempre sobre el grupo menos numeroso. Podemos añadir a estos testimonios domésticos la confesión, quejas y temores de los mismos profanos. Sabemos por los escritos de Luciano, filósofo que estudió al hombre y describió vivamente sus costumbres, que en el reinado de Cómodo, el Ponto, su país nativo, estaba lleno de epicúreos y cristianos.[1486] Ochenta años después de la muerte de Cristo,[1487] el humano Plinio lamenta los alcances del mal que vanamente intentó erradicar. En su curiosísima carta al emperador Trajano, afirma que los templos estaban casi desiertos, que rara vez se presentaban compradores para las víctimas sagradas, y que la superstición no sólo había infectado las ciudades, sino que se había diseminado por las aldeas y campos del Ponto y de Bitinia.[1488]

Sin pararse a definir las expresiones y motivos de aquellos escritores que celebran o lamentan los progresos del cristianismo en Oriente, puede observarse en general que ninguno de ellos nos ha dejado datos para estimar con fundamento el número de fieles en aquellas provincias. Sin embargo, se conserva

afortunadamente una circunstancia que parece arrojar alguna luz sobre un asunto tan interesante como oscuro. Bajo el reinado de Teodosio, cuando ya la Cristiandad había disfrutado durante más de sesenta años del favor imperial, la antigua e ilustre iglesia de Antioquía constaba de cien mil individuos, tres mil de ellos mantenidos con las ofrendas públicas.[1489] El esplendor y dignidad de la reina del Oriente, el reconocido vecindario de Cesárea, Seleucia y Alejandría y la destrucción de doscientas cincuenta mil almas en el terremoto que desplomó a Antioquía en tiempo de Justino el Mayor[1490] comprueban que el total de sus habitantes no bajaba de medio millón, y que los cristianos, aunque multiplicados por el fervor y el poderío, no pasaban de la quinta parte de aquella gran ciudad. ¡Cuán diferente la proporción que debemos adoptar si comparamos la iglesia perseguida con la triunfadora, el Occidente con el Oriente, aldeas arrinconadas con ciudades populosas, y países recién convertidos a la fe con el sitio donde los creyentes se llamaron por primera vez cristianos! No hay que ocultar, sin embargo, que en otro pasaje Crisóstomo, a quien debemos esta útil información, calcula la muchedumbre de los fieles aun superior a la de judíos y paganos.[1491] Pero la solución de esta aparente dificultad es fácil y obvia. El orador elocuente traza un paralelo entre la constitución civil y eclesiástica de Antioquía, entre la lista de los cristianos que se habían ganado el Cielo con el bautismo, y la de los ciudadanos con derecho a participar de los repartos públicos. La primera abarcaba a los esclavos, extranjeros y niños, que quedaban excluidos de la segunda.

El amplio comercio de Alejandría y su proximidad con Palestina facilitaban el ingreso a la nueva religión. En principio fue abrazada por los terapeutos o esenios, del lago Mareotis, secta judía que había perdido mucho de su reverencia a las

ceremonias mosaicas. La vida austera de los esenios, sus ayunos y excomuniones, la comunidad de bienes, el celibato, su afán por el martirio, y el fervor, no la pureza, de su fe, ya ofrecían una viva imagen de su primitiva disciplina.[1492] La forma científica de la teología cristiana parece haberse pautado en la escuela de Alejandría; y cuando Adriano visitó Egipto halló una iglesia compuesta de judíos y griegos suficientemente importante como para merecer la atención de aquel príncipe curioso.[1493] Pero los progresos del cristianismo estuvieron por largo tiempo confinados a los límites de una sola ciudad, que venía a ser una colonia extranjera, y hasta fines del segundo siglo los antecesores de Demetrio eran los únicos prelados de la iglesia egipcia. Él consagró con sus manos a tres obispos, cuyo número ascendió hasta veinte con su sucesor Heraclas.[1494] Todos los nativos, un pueblo que se distinguía por la hosca inflexibilidad de su temperamento,[1495] recibían la nueva doctrina con frialdad y renuencia, y, aun en tiempo de Orígenes, rara vez se hallaba un egipcio que se sobrepusiera a su preocupación primitiva a favor de los animales sagrados de su país.[1496] Pero, tan pronto como el cristianismo ascendió al trono, el celo de aquellos bárbaros siguió el impulso dominante, y las ciudades del Egipto se llenaron de obispos, y los desiertos de la Tebaida hirvieron de ermitaños.

Una oleada incesante de extranjeros y provincianos se agolpó en el amplio seno de Roma. Todo lo extraño y aborrecible, todo criminal o sospechoso, tenía esperanza de evitar la ley en la inmensidad de la capital. En tan variada sima de naciones, todo maestro, real o fingido, todo fundador de hermandades malvadas o virtuosas, podía fácilmente multiplicar sus discípulos o cómplices. Ya Tácito representa a los cristianos de Roma, en tiempos de la fortuita persecución de Nerón, como

una gran muchedumbre,[1497] y el lenguaje de aquel gran historiador es muy parecido al de Tito Livio cuando refiere la introducción y el exterminio de los ritos de Baco. Después de que las bacanales despertaran la severidad del Senado, se temía igualmente que una gran multitud, como si fuera *otro pueblo*, hubiera sido ya iniciada en tan aborrecidos misterios. La cuidadosa pesquisa demostró que los delincuentes no pasaban de siete mil, un número en verdad alarmante si se lo considera como objeto de la justicia pública.[1498] Tenemos que interpretar las vagas expresiones de Tácito con esta inocente concesión, y en un caso anterior las de Plinio, cuando exageran la cantidad de fanáticos engañados que abandonaron el culto establecido. Indudablemente, la iglesia de Roma era la primera y la más populosa del Imperio; y poseemos un padrón auténtico que manifiesta el estado de la religión en aquella ciudad a mediados del tercer siglo y tras una paz de treinta y ocho años. En ese tiempo, el clero se componía de un obispo, cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, otros tantos subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta lectores, exorcistas y porteros. El número de viudas, enfermos y pordioseros alimentados por las ofrendas de los fieles ascendía a mil quinientos.[1499] Por un cómputo prudencial y correlativo al de Antioquía, podemos estimar los cristianos de Roma en unos cincuenta mil. Tal vez no puede afirmarse exactamente la población de aquella gran capital, pero el cálculo más moderado no podrá reducirla a menos de un millón de habitantes, de los cuales los cristianos constituían como máximo la veinteava parte.[1500]

Las provincias de Occidente parecen haber recibido el conocimiento del cristianismo de la misma fuente que les había suministrado el idioma, el pensamiento y las costumbres de Roma. En este importante punto, tanto África como la Galia

imitaron gradualmente a la capital. Y aunque los misioneros romanos tuvieron varias ocasiones favorables para visitar las provincias latinas, tardaron mucho en traspasar el mar o los Alpes;[1501] tampoco podemos descubrir en aquellos grandes países ningún rastro de fe o persecución que se remonte más allá del reinado de los Antoninos.[1502] El lento progreso de los Evangelios en el frío clima de la Galia fue muy diferente del afán con que parecen haber sido recibidos en las arenas ardientes de África. Los cristianos africanos se transformaron pronto en uno de los principales miembros de la Iglesia primitiva. La práctica, corriente en aquella provincia, de nombrar obispos para pueblos insignificantes y aun para aldeas arrinconadas, contribuyó a multiplicar el esplendor y la importancia de sus sociedades religiosas, que durante el tercer siglo florecieron con el afán de Tertuliano, bajo la dirección de Cipriano y con la elocuencia de Lactancio. Pero si, por el contrario, volvemos la vista a la Galia, tenemos que contentarnos, en tiempo de Marco Antonino, con las congregaciones endebles y hermanadas de Lyon y Viena; y mucho más tarde, en el reinado de Decio, estamos seguros de que sólo en unas cuantas ciudades —Arles, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París—, algunas iglesias dispersas se solventaban con la devoción de un pequeño número de cristianos.[1503] El silencio se vincula, en efecto, con la devoción; pero, como pocas veces es compatible con el fervor, podemos percibir y lamentar el lánguido estado del cristianismo en aquellas provincias que habían cambiado el idioma céltico por el latín, pues en los tres primeros siglos no dieron a luz ni un solo escritor eclesiástico. La Galia, que fundadamente aspiraba a la preeminencia en instrucción y autoridad entre todos los países a este lado de los Alpes, vislumbró débilmente la luz del Evangelio por las provincias lejanas de España y Bretaña; y si damos

crédito a las terminantes afirmaciones de Tertuliano, habían ya recibido el primer destello de la fe cuando dedicó su *Apología* a los magistrados del emperador Severo.[1504] Pero el origen oscuro y equívoco de las iglesias occidentales de Europa ha sido anotado con tanta negligencia que, si quisiéramos relatar las fechas y los pormenores de su fundación, deberíamos suplir el silencio de la antigüedad con las leyendas que la codicia y la superstición fueron dictando a los monjes en el ocio tenebroso de sus conventos.[1505] De tantas novelas sagradas, tan sólo la del apóstol Santiago, por su singular extravagancia, merece mencionarse. De ser un pacífico pescador del lago de Jenezareth, se vio trasformado en un valeroso caballero que capitaneaba la caballería española en sus batallas contra los moros. Los historiadores más circunspectos celebraron sus hazañas; el sagrario milagroso de Compostela ostentó su poderío y la espada de una orden militar; junto a los terrores de la Inquisición, fue suficiente para eliminar cualquier objeción de crítica profana.[1506]

El cristianismo traspuso los ámbitos del Imperio Romano, y según los padres primitivos, que suelen explicar los hechos con profecías, la nueva religión, un siglo después de la muerte de su divino fundador, ya había peregrinado por todas las partes del globo. «No hay pueblo», dice Justino Mártir, «griego, bárbaro o de otra ralea, del nombre o las costumbres que fuere, por más idiota en artes o labranza que sea, que habite bajo tiendas o vague en carruajes cubiertos, en el cual no se ofrezcan plegarias, en nombre de Jesús Crucificado, al Padre y Creador de todo».[1507] Pero esta espléndida exageración, que aun ahora mismo se haría difícil reconciliar con el estado actual de los hombres, debe considerarse sólo como efecto del entusiasmo de un escritor devoto y temerario, que medía su creencia por sus deseos. Pero ni la creencia ni los deseos de los padres pueden alterar la verdad

de la historia. Y siempre quedará como un hecho indudable que los bárbaros de Escitia y Germania, que luego derribaron la monarquía romana, estaban sumidos en la lobreguez del paganismo, y que incluso la conversión de Iberia, de Armenia y de Etiopía no se intentó con éxito hasta que el cetro estuvo en manos de un emperador ortodoxo.[1508] Antes, las vicisitudes de la guerra y del comercio pueden, en efecto, haber difundido un conocimiento imperfecto del Evangelio entre las tribus de Caledonia[1509] y entre los ribereños del Rin, del Danubio y del Éufrates.[1510] Más allá de este último río, Edesa se distinguió por su temprano y decidido apego a la fe.[1511] Desde Edesa, los principios del cristianismo se introdujeron fácilmente en las ciudades griegas y sirias que obedecían a los sucesores de Artajerjes; pero no impresionó hondamente a los persas, cuyo sistema religioso, con el afán de su organizada categoría sacerdotal, se había fundado más sólida y artificiosamente que la incierta mitología de Grecia y Roma.[1512]

Por esta imparcial aunque escasa reseña de los progresos del cristianismo, puede tal vez parecer que el número de prosélitos se ha magnificado excesivamente por temor de un lado y por devoción del otro. Según el testimonio irrecusable de Orígenes,[1513] la cantidad de fieles era insignificante comparada con la muchedumbre de un mundo incrédulo; pero, como carecemos de datos terminantes, es imposible determinar, y difícil incluso conjeturar, el número efectivo de los cristianos primitivos. El cómputo favorable, sin embargo, que puede inferirse de los ejemplos de Antioquía y de Roma nos obliga a considerar que sólo una vigésima parte de los súbditos del Imperio se habría alistado bajo las banderas de la Cruz antes de la conversión de Constantino. Mas sus hábitos de fe, de ahínco y de unión parecían multiplicar su número, y las mismas causas que

colaboraron en su incremento futuro sirvieron para mostrar su actual poderío como más grandioso y formidable.

La constitución de la sociedad civil es tal que, mientras que unos pocos se distinguen por su riqueza, honor y sabiduría, el gran cuerpo del pueblo es condenado a la oscuridad, ignorancia y pobreza. La religión cristiana, que se dirigía a toda la humanidad, debía necesariamente recolectar a la mayoría de sus prosélitos de la clase más baja. Esta inocente y obvia circunstancia acarreó una odiosa acusación, que parece haber sido negada con menos vehemencia por los apologistas de la fe que lo que fue impulsada por sus adversarios, a saber, que la nueva secta de los cristianos se llenaba de la hez del populacho, de labriegos, menestrales, niños y mujeres, pordioseros y aun esclavos, que solían ser los introductores de los misioneros en las familias ricas y nobles a las que servían. Estos maestros confusos (pues así los calificaba la malicia y la infidelidad) son tan mudos en público como locuaces y dogmáticos en privado. Mientras huyen cautelosamente del peligroso encuentro con los filósofos, se mezclan con la chusma grosera e iletrada, y atraen a aquellas mentes cuya edad, sexo o educación las dispone mejor para impresionarse por terrores supersticiosos.[1514]

Esta desfavorable pintura, aunque no carente de alguna débil semejanza, revela, por su negro colorido y su distorsionado aspecto, el lápiz del enemigo. Cuando la humilde fe de Cristo se fue difundiendo por el mundo, la profesaron individuos que tenían algunas ventajas de cuna y haberes. Arístides, que presentó su elocuente apología al emperador Adriano, era un filósofo ateniense.[1515] Justino Mártir buscó la divina sabiduría en las escuelas de Zenón, de Aristóteles, de Pitágoras y de Platón, hasta que dichosamente fue abordado por el anciano, o más bien el ángel, que inclinó su atención hacia el estudio de los

profetas judíos.[1516] Clemente de Alejandría fue muy versado en escritos griegos y Tertuliano, en los latinos. Julio Africano y Orígenes poseían una parte muy considerable de la erudición de su tiempo, y aunque el estilo de Cipriano es muy diferente del de Lactancio, casi puede descubrirse que ambos fueron catedráticos de retórica. Incluso el estudio de la filosofía se introdujo a la larga entre los cristianos, mas no siempre redundó en efectos saludables, pues el conocimiento solía ser padre tanto de la herejía como de la devoción; y la descripción que retrata a los secuaces de Artemón puede con igual propiedad aplicarse a las variadas sectas que se oponían a los sucesores de los apóstoles. «Presumen de alterar las Sagradas Escrituras, de abandonar las antiguas reglas de la fe y de ajustar sus opiniones a las sutilezas de la lógica. Abandonan la ciencia de la Iglesia por el estudio de la geometría, y se desentienden del Cielo para dedicarse a medir la tierra. Manosean sin cesar a Euclides. Aristóteles y Teofrasto son los objetos de su admiración, y manifiestan sumo respeto por las obras de Galeno. Sus errores proceden del abuso de las artes y ciencias de los infieles, y corrompen la sencillez del Evangelio con los refinamientos de la razón humana.»[1517]

Tampoco se puede afirmar que las ventajas de cuna y haberes se hallasen siempre separadas del cristianismo. Llevaron a varios ciudadanos de Roma ante el tribunal de Plinio, y pronto descubrió que un gran número de sujetos de *todas clases* en Bitinia había abandonado la religión de sus mayores.[1518] Su desconocido testimonio debe, en este caso, merecer más crédito que el arrojado reto de Tertuliano, cuando apela tanto a los temores como a la humanidad del procónsul de África, asegurándole que si insiste en sus crueles intenciones tiene que diezmar a Cartago, y hallará entre los culpables a muchos de su

propia categoría, senadores y matronas de encumbrada esfera, y amigos o deudos de sus mayores íntimos.[1519] Parece, sin embargo, que cuarenta años después el emperador Valeriano estaba persuadido de la verdad de aquella proposición, pues en uno de sus escritos se hace evidente que suponía a senadores, damas de posición y caballeros romanos comprometidos con la creencia cristiana.[1520] La Iglesia continuó creciendo en esplendor y perdiendo su pureza interior; en el reinado de Diocleciano, el palacio, los tribunales y el ejército mismo encubrían una multitud de cristianos, afanados en hermanar los intereses de la vida presente con los de la venidera.

Sin embargo, estas excepciones son muy pocas y recientes en la época como para deshacer absolutamente el cargo de ignorancia y arrinconamiento que con arrogancia se hace a los primeros prosélitos del cristianismo. En vez de acudir para nuestra defensa a las ficciones de tiempos muy posteriores, será más acertado convertir ese motivo de escándalo en fundamento de aprecio. Nuestro serio pensamiento nos indicará que la Providencia eligió a los mismos apóstoles entre los pescadores de Galilea, y que cuanto más rebajemos la condición temporal de los primeros cristianos, encontraremos más razones para admirar sus merecimientos y sus triunfos. Nos incumbe recordar cuidadosamente que el Reino de los Cielos fue prometido a los pobres de espíritu, y que los ánimos acosados por la calamidad y el menosprecio de los hombres escuchan placenteramente la oferta divina de una bienaventuranza venidera; mientras que, por el contrario, los dichosos se dan por satisfechos con la posesión de este mundo, y los sabios devanean sin término con sus dudas y disputan su vana superioridad de razón y conocimiento.

Tenemos que acudir a estas reflexiones para rehacernos de la

pérdida de algunos personajes ilustres que, en nuestro concepto, eran los más dignos a los dones celestiales. Los nombres de Séneca, de ambos Plinios, de Tácito, Plutarco, Galeno, del esclavo Epícteto y del emperador Marco Antonino adornaron la época en que florecieron y exaltaron la dignidad de la naturaleza humana. Llenaron de gloria sus respectivos cargos, tanto en la vida activa como contemplativa; el estudio perfeccionó sus excelentes entendimientos; la filosofía purificó sus almas de los prejuicios de la superstición popular, y dedicaron sus días a buscar la verdad y practicar la virtud. Pero todos estos sabios (no es menos doloroso que extraño) pasaron por alto o rechazaron la perfección de la religión cristiana. Su palabra o su silencio descubren igualmente su menosprecio hacia aquella secta creciente, que en su tiempo se había difundido por todo el Imperio Romano. Los que condescienden a nombrar a los cristianos los consideran como entusiastas obstinados y perversos que se empeñan en requerir una exacta e implícita sumisión a sus doctrinas misteriosas, sin ser capaces de alegar una sola razón que pueda llamar la atención de los hombres sensatos e instruidos.[1521]

Es dudoso que alguno de estos filósofos hubiese leído las apologías que los cristianos primitivos publicaban repetidamente en defensa de sí mismos o de su religión, pero es mucho más lastimoso que semejante causa no fuera defendida por abogados más capaces. Exponen con una agudeza y elocuencia superfluas las extravagancias del politeísmo. Invocan nuestra compasión exponiendo la inocencia y los padecimientos de sus hermanos injuriados. Pero cuando quieren demostrar el origen divino del cristianismo, insisten mucho más sobre las predicciones que anunciaron la aparición del Mesías que sobre los milagros que la comprobaron. Su argumento predilecto podía servir para

corroborar a un cristiano o convertir a un judío, puesto que ambos reconocen la autoridad de aquellas profecías, y tienen que reconocer con veneración su sentido y su cumplimiento. Pero este género de persuasión pierde mucho de su fuerza e influencia cuando se dirige a aquellos que no entienden ni respetan la revelación de Moisés ni el estilo profético.[1522] En las torpes manos de Justino y los apologistas subsiguientes, el concepto sublime de los oráculos hebreos se evapora en remotos símbolos, pretendida vanidad y frías alegorías; e incluso su autenticidad se volvía sospechosa para un profano lego por la mezcla de piadosas falsificaciones que, bajo los nombres de Hermes, Orfeo y las Sibilas,[1523] se intercalaban con el mismo valor que las genuinas inspiraciones del Cielo. La adopción de fraudes y sofismas en defensa de la revelación nos recuerda el poco juicioso desempeño de aquellos poetas que abruman a sus héroes *invulnerables* con el peso inservible de frágiles e incómodas armaduras.

¿Pero cómo disculparíamos la total falta de atención del mundo pagano y afilosofado hacia los testimonios que les estaba mostrando la diestra del Todopoderoso no a su razón, sino a sus sentidos? Innumerables prodigios confirmaban en el siglo de Cristo, de los apóstoles y de sus primeros discípulos la doctrina que predicaban. El tullido caminaba, el ciego veía, el enfermo sanaba, el difunto resucitaba, se expulsaba a los demonios y las leyes de la naturaleza se suspendían en beneficio de la Iglesia. Pero los sabios de Grecia y Roma daban la espalda a tan augusto espectáculo y, siguiendo las ocupaciones ordinarias de su vida y sus estudios, se mostraban ajenos a toda alteración en el régimen físico o moral del universo. En el reinado de Tiberio, toda la tierra,[1524] o al menos una provincia famosa del Imperio Romano,[1525] estuvo envuelta durante tres horas en una

oscuridad sobrenatural. Incluso este milagroso evento, que debería haber provocado el asombro, la curiosidad y la devoción de los hombres, pasó inadvertido en un siglo de ciencias y de historia.[1526] Esto ocurrió en vida de Séneca y de Plinio el Viejo, que debieron experimentar los efectos inmediatos o recibir prontas noticias del milagro. Ambos filósofos, en trabajosas obras, han ido anotando todos los grandes fenómenos de la naturaleza —terremotos, meteoros, cometas y eclipses— que su infatigable curiosidad logró recoger.[1527] Ambos omitieron mencionar el fenómeno más grandioso que presenció el hombre desde la creación del globo. Plinio dedica un capítulo aparte[1528] a los eclipses de naturaleza extraordinaria y duración inusual, pero se contenta con describir el singular defecto de luz que siguió al asesinato de César, cuando el disco del sol apareció, casi durante un año, macilento y pálido. Esta temporada de oscuridad, que seguramente no puede compararse con la lobreguez sobrenatural de la pasión, ya había sido celebrada por la mayoría de los poetas[1529] e historiadores de aquel siglo memorable.[1530]

XVI

ACTITUD DEL GOBIERNO ROMANO FRENTE A LOS CRISTIANOS, DESDE EL REINADO DE NERÓN HASTA EL DE CONSTANTINO

Si consideramos seriamente la pureza de la religión cristiana, la santidad de sus mandamientos y la vida inocente y austera de la mayoría de los que en los primeros siglos abrazaron la fe del Evangelio, era de suponer que doctrina tan benéfica debía merecer respeto, aun entre los incrédulos; que los literatos y cultos, por más que se burlasen de los milagros, apreciarían las virtudes de la nueva secta, y que los magistrados, en vez de perseguir, ampararían a una clase de gente que rendía obediencia a las leyes, aunque se desentendiera de las actividades de la guerra y del gobierno. Si consideramos, por otra parte, la tolerancia universal del politeísmo, que se mantuvo inalterable, con la fe del pueblo, la incredulidad de los filósofos y la política del Senado romano y los emperadores, no acertamos a descubrir la nueva ofensa de los cristianos y la nueva provocación que pudiera exasperar la indiferencia apacible de la Antigüedad, y cuáles pudieron ser los motivos que mediaron para que los príncipes romanos —quienes presenciaban distraídamente millares de religiones hermanadas pacíficamente bajo su manso dominio— descargasen un severo castigo sobre una parte de sus súbditos que habían elegido un sistema de culto y creencia singular pero inofensivo.

La política religiosa de la Antigüedad mostró gran severidad

para detener los progresos del cristianismo. A los 80 años de la muerte de Cristo, sus discípulos inocentes padecieron pena de muerte por sentencia de un procónsul de carácter afectuoso y filosófico, que acordaba con las disposiciones de un emperador descollante en justicia y sabiduría. Las apologías dedicadas repetidamente a los sucesores de Trajano rebosan de sentidos lamentos por los cristianos, que seguían los dictados y solicitaban el goce de la libertad de conciencia, quienes eran los únicos súbditos del Imperio Romano excluidos de los beneficios generales de su propio gobierno. La muerte de varios mártires eminentes es recordada con cuidado, pero desde que el cristianismo empuñó el poder supremo, los gobernantes de la iglesia han puesto igual ahínco en ostentar las crueldades que en imitar la conducta de sus antagonistas paganos. Así que el intento de este capítulo se reduce a entresacar (si es posible) algunos hechos no menos interesantes que auténticos de una masa indigesta de falsedades y desatinos, y referir despejada y lógicamente las causas, los alcances, la duración y demás circunstancias de las persecuciones que padecieron los primeros cristianos.

Los seguidores de una religión perseguida, deprimidos por el miedo, enardecidos por el rencor y quizás arrebatados por el entusiasmo, raramente tienen el temple adecuado para apreciar sosegada y candorosamente los móviles de sus contrarios, que suelen escaparse de la vista perspicaz e imparcial de quien se halla a salvo de las llamas de la persecución. Se ha apuntado una razón sobre la actitud de los emperadores con los cristianos primitivos, que parece capciosa y probable, por cuanto corresponde a la índole propia del politeísmo. Hemos dicho antes que la concordia religiosa del orbe procedía principalmente de la plácida anuencia y miramiento que

profesaban las naciones de la Antigüedad para con sus tradiciones y ceremonias. Era, pues, esperable que se uniesen airadamente contra todo pueblo o secta que intentase separarse de todo el género humano y reclamar la posesión exclusiva de la ciencia divina, acusando así a todo culto, excepto el propio, como idólatra e impío. Los derechos de la tolerancia se conservaban con la mutua condescendencia y sólo caducaban si no se contribuía con el tributo acostumbrado. Como los judíos persistían en negarse a este pago, y eran los únicos que lo hacían, la consideración del tratamiento que les imponían los magistrados romanos servirá para explicar hasta qué punto los hechos corroboran estas especulaciones, y nos guiará hasta las verdaderas causas de la persecución del cristianismo.

Sin repetir lo que ya se ha dicho acerca del respeto de los príncipes romanos y sus gobernadores para con el templo de Jerusalén, sólo nos detendremos en que su destrucción y el derribo de la ciudad fueron acompañados y seguidos por cuantas circunstancias debían enconar el ánimo de los vencedores y autorizar las persecuciones religiosas con los motivos más plausibles de equidad política y público escarmiento. Desde el reinado de Nerón hasta el de Antonino Pío, los judíos estuvieron muy impacientes con el dominio de Roma, y estallaron a menudo con furiosas insurrecciones y matanzas. La humanidad se ha horrorizado con el relato de las crueldades pavorosas que cometieron en las ciudades de Egipto, Chipre y Cirene [actual Shahhat, Libia], donde moraban en traicionera intimidad con los insospechables naturales;[1531] y casi estamos dispuestos a aplaudir el violento desquite ejecutado por las armas de las legiones contra una ralea de fanáticos, cuya superstición crédula y sañuda los constituía al parecer en enemigos implacables, no sólo del gobierno romano, sino de la

humanidad entera.[1532] El entusiasmo de los judíos se sostenía en la opinión de que el pago de impuestos a un amo idólatra era ilegal para ellos; y más todavía en la promesa lisonjera, derivada de sus antiguos oráculos, de que surgiría un Mesías vencedor que iba a romper sus grilletes y a investir a sus predilectos del cielo con el imperio de la tierra. Pregonándose como el ansiado libertador y convocando a todos los descendientes de Abraham para aclamar las esperanzas de Israel, el famoso Barcoquebas juntó una hueste formidable, con la cual resistió durante dos años el poderío del emperador Adriano.[1533]

A pesar de tantas provocaciones, el resentimiento de los príncipes romanos acabó tras la victoria; y sus miedos no iban más allá de la guerra y el peligro. Con la indulgencia general del politeísmo y la mansedumbre de Antonino Pío, los judíos recobraron sus antiguos privilegios, incluso el permiso de circuncidar a sus hijos, con la simple restricción de no conferir aquel distintivo hebreo a ningún forastero.[1534] A los numerosos restos de aquel pueblo, aunque siempre excluidos del recinto de Jerusalén, se les permitió formar y mantener establecimientos —tanto en Italia como en las provincias—, adquirir la ciudadanía de Roma, disfrutar honores municipales y, al mismo tiempo, se los eximió de las onerosas cargas sociales. La moderación o el menosprecio de los romanos legalizó la política eclesiástica instituida por la secta vencida. El patriarca, que fijó su residencia en Tiberias, tenía la facultad de nombrar a sus ministros y apóstoles subordinados, de ejercer una jurisdicción doméstica y de recibir una contribución anual de sus cofrades dispersos.[1535] Frecuentemente se erigían nuevas sinagogas en las ciudades principales del Imperio y los sábados se celebraban pública y solemnemente los ayunos y funciones prescritas por la ley mosaica o por la tradición rabínica.[1536] Esta gentileza

gubernativa fue imperceptiblemente ablandando la hostilidad de los judíos, quienes, prescindiendo de profecías y conquistas soñadas, se dedicaron a actividades pacíficas e industriosas. El odio irreconciliable contra la humanidad, en vez de explayarse en fuego y sangre, se iba evaporando en complacencias más halagüeñas. Aprovechaban cualquier oportunidad para engañar a los idólatras en el comercio y prorrumpían cauta y reservadamente en imprecaciones contra el ensoberbecido reino de Edom.[1537]

Puesto que los judíos, que rechazaban con horror las deidades adoradas por el soberano y sus conciudadanos, disfrutaban el libre ejercicio de su religión asocial, forzosamente hubo de mediar alguna otra causa que expuso a los discípulos de Cristo a aquellas severidades que no recayeron sobre la posteridad de Abraham. La diferencia es obvia y sencilla, pero, de acuerdo con los sentimientos de la Antigüedad, era de suma trascendencia. Los judíos eran una *nación* y los cristianos, una secta: si era natural que toda comunidad respetase las instituciones sagradas de sus vecinos, a ellos les tocaba perseverar en las de sus antepasados. Oráculos, filósofos y leyes los amonestaban con esta obligación nacional. Con su altivo empeño de santidad superior, los judíos incitaban a los politeístas para que los consideraran una raza odiosa e impura. Al desdeñar el intercambio con otras naciones podían merecer su menosprecio. Las leyes de Moisés podían resultar absurdas y frívolas, pero habían sido recibidas ya durante siglos por una sociedad crecida; sus seguidores eran justificados con el ejemplo general, y se daba por sentado que les cabía el derecho de practicar cuanto les era criminal desatender. Este principio resguardaba a la sinagoga judía, mas no alcanzaba a escudar a la Iglesia primitiva, pues los cristianos, al abrazar la fe del

Evangelio, incurrían en la supuesta culpa de una ofensa impropia e imperdonable. Disolvían los vínculos sagrados de la educación y la costumbre, quebrantaban la institución religiosa de su patria y menospreciaban con arrogancia cuanto sus padres habían creído como cierto y respetado como sagrado. Tal apostasía (si cabe usar esta expresión) no era ya meramente parcial y local, sino que el devoto desertor de los templos de Egipto o de Siria igualmente despreciaría el asilo de los de Atenas o Cartago. Todo cristiano abominaba altamente de las supersticiones de su familia, su ciudad o su provincia, y el cuerpo entero de los cristianos se desentendía unánimemente de alternar con los dioses de Roma, del Imperio o del género humano. El creyente perseguido apelaba en vano a los derechos inalienables de la conciencia y de su juicio privado. Es cierto que su situación provocaba piedad, pero sus argumentos no hacían mella en el entendimiento de los filósofos ni de los creyentes del mundo pagano. Extrañaban sobremanera unos individuos enfrentados con el culto corriente, como si de improviso les sobreviniese un asco mortal a las costumbres, el idioma y el traje de su patria.[1538]

La extrañeza se transformó en encono, y con toda su religiosidad se acarreaban injusta y arriesgadamente el cargo de impíos. La malicia y el prejuicio concurrían en la representación de los cristianos como una sociedad de ateos que buscaban atacar la constitución religiosa del Imperio y merecían un riguroso castigo por disposición de los magistrados. Se habían desviado (y presumían de confesarlo) de cuantos géneros de superstición habían asomado en el globo según los varios rumbos del politeísmo, pero no resultaba evidente qué divinidad o cuál tipo de culto habían sustituido a los dioses y templos de la Antigüedad. El acendrado y sublime concepto que tenían del

Ser Supremo superaba las toscas concepciones de la muchedumbre pagana, que no acertaba a divisar un Dios solitario y espiritual, que no era representado con una figura corporal o un símbolo visible, ni se lo idolatraba con el lujo acostumbrado de libaciones y festejos, de altares y sacrificios.[1539] Los sabios de Grecia y Roma que encumbraron su espíritu a la contemplación de la existencia y los atributos de la Causa Primera reservaban también, por cálculo y por vanagloria, para sí y sus amigos las prerrogativas de su devoción filosófica.[1540] Estaban lejos de admitir los prejuicios de la mayoría como modelo de verdad, pero los consideraban como ramificaciones de la propensión general de la naturaleza humana, y daban por supuesto que todo linaje de culto y fe popular que prescindía del auxilio de los sentidos debía, en la proporción en que se apartaba de la superstición, quedar imposibilitado de cortar los vuelos a la fantasía y a las visiones del fanatismo. La mirada despreciadora que se dignaban a tender los perspicaces y los sabios sobre la revelación cristiana corroboraba su concepto atropellado y los persuadía de que el gran principio que quizá reverenciaran de la unidad divina quedaba mal parado con el entusiasmo salvaje y era aniquilado con los raptos airados de los nuevos sectarios. El autor de un diálogo famoso, que se atribuyó a Luciano, al mismo tiempo que aparenta tratar el asunto misterioso de la Trinidad en lenguaje de mofa y menosprecio, declara su propia ignorancia sobre la flaqueza de la razón humana y la naturaleza inescrutable de la perfección divina.[1541]

Podrá parecer menos extraño que el fundador del cristianismo fuese no sólo reverenciado como sabio y profeta, sino también adorado como Dios. Los politeístas se mostraban propensos a adoptar cuantos artículos de fe tuvieran cierta semejanza, aunque escasa y remota, con la mitología popular; y

las leyendas de Baco, Hércules y Esculapio habían ido hasta cierto punto labrando su imaginación para la aparición del Hijo de Dios en forma humana.[1542] Sin embargo, se asombraban de que los cristianos abandonaran los templos y héroes antiguos que en el nacimiento del mundo inventaron las artes, promulgaron leyes y vencieron a los tiranos y los monstruos que emponzoñaban la tierra, todo por acudir al objeto exclusivo de su culto religioso un maestro desconocido que, en época reciente y en un pueblo bárbaro, había sido sacrificado por la maldad de los suyos o por los celos del gobierno romano. La muchedumbre pagana, que reservaba su agradecimiento sólo para los beneficios temporales, rechazaba el incomparable presente de vida e inmortalidad ofrecida a los hombres por Jesús de Nazaret. Su apacible tesón en medio de tantos padecimientos amargos y voluntarios, su benevolencia universal y la sencillez sublime de su carácter y sus actos eran insuficientes, en opinión de aquellos hombres carnales, para equilibrar la carencia de nombradía, de mando y de felicidad; y, desestimando su asombroso triunfo sobre los poderes de la oscuridad y la tumba, ridiculizaban y escarnecían la simple cuna, la vida vagabunda y la muerte ignominiosa del divino Autor del cristianismo.[1543]

La culpa personal de todo cristiano al anteponer así su preferencia particular a la religión nacional se agravaba más con el número y hermandad de los delincuentes. Es bien conocido, y así ha sido repetido, que la política romana era recelosa de las asociaciones, y que los privilegios de hermandades privadas, aunque ideadas con miras inocentes y benéficas, se solían conceder a duras penas.[1544] Las asambleas religiosas de los cristianos, que ya se habían separado del culto público, parecían tener una naturaleza mucho menos inocente: ilegales en sus principios, podían resultar peligrosas en sus consecuencias;

tampoco los emperadores consideraban que violaban las leyes al vedar aquellas reuniones secretas, y a veces nocturnas, por amor al sosiego general.[1545] La desobediencia piadosa de los cristianos dio a su conducta, y quizás a sus intentos, un sesgo mucho más criminal, y los príncipes romanos, que quizá se apaciguaran con su pronta sumisión, creían su honor comprometido en el cumplimiento de sus mandatos e intentaron doblegar con castigos ejemplares aquella entereza que reconocía sin tapujos una autoridad superior a la del magistrado. La extensión y permanencia de aquella conspiración espiritual parecía que por instantes clamaba ya por escarmiento. Ya hemos visto que el celo activo y triunfador de los cristianos los había ido difundiendo por todas las provincias y ciudades del Imperio. Los recién convertidos parecían renunciar a su familia y patria para unirse con un vínculo indisoluble de hermandad a una asociación particular que por dondequiera se distinguía de los demás hombres. Su aspecto adusto y austero, su aversión a los placeres y actividades corrientes de la vida y sus anuncios repetidos de plagas inminentes[1546] infundieron a los paganos el miedo de algún peligro por parte de la nueva secta, y más pavoroso cuanto menos conocido. «Sea cual fuere —dice Plinio — el móvil de sus procedimientos, su inflexible terquedad aparece digna de castigo.»[1547]

La cautela con que los discípulos de Cristo acudían a los oficios religiosos procedía al principio del miedo y la necesidad, mas luego la continuaron a su albedrío. Imitando el sigilo terrible de los misterios eleusinos, los cristianos presumían de realzar sus instituciones ante el orbe pagano;[1548] pero el resultado, como suele acontecer con las sutilezas de la política, no correspondió a sus anhelos, pues se infirió que estaban encubriendo lo que se no se animaban a manifestar. Su

prudencia equivocada provocó a la malicia para inventar, y a la credulidad para creer, las patrañas horrorosas que retrataban a los cristianos como el extremo de la maldad humana, que estaban practicando en la oscuridad de sus retraimientos todas las abominaciones que pudiera soñar la fantasía más depravada, aspirando a la gracia de su Dios desconocido con el sacrificio de toda moralidad. Hubo muchos que intentaron confesar o referir las ceremonias de la sociedad abominada. Se afirmaba que «una criatura recién nacida, rebozada toda de harina, era presentada, como símbolo místico de iniciación, al cuchillo del novicio, quien lo clavaba repetidamente y a ciegas hasta matar a la inocente víctima de su error; ejecutada la atrocidad, los hermanos se bebían la sangre, descuartizaban hambrientamente los miembros palpitantes y se comprometían en sigilo sempiterno con su mutua participación en el atentado. Se afirmaba también confidencialmente que tras el sacrificio inhumano se organizaba un entretenimiento apropiado, en el cual aguijoneaba la destemplanza a la lujuria irracional, hasta que a una hora aplazada se apagaban las luces, desaparecía el rubor, se escarnecía la naturaleza y, según los acontecimientos de la casualidad, se mancillaba la oscuridad de la noche con la incestuosa cohabitación de hermanos con hermanas, de hijos con madres, etcétera».[1549]

Pero al leer las apologías antiguas, se desvanecen las más leves sospechas del ánimo de los contrarios candorosos. Con el intrépido tesón de la inocencia, los cristianos apelan a la opinión pública ante la equidad de los magistrados. Reconocen, desde luego, que si se comprobaran los delitos que les imputa la calumnia, serían dignos del castigo más ejemplar. Claman por el escarmiento y retan a los incriminadores. Al mismo tiempo reclaman que el cargo carece de probabilidad, como del

correspondiente testimonio, y preguntan si puede haber quien crea realmente que los acendrados y sagrados preceptos del Evangelio, que suelen coartar hasta los placeres más legítimos, puedan recomendar la práctica de los atentados más abominables, que una hermandad cada vez mayor se desplomaba envilecida a los ojos de sus mismos individuos y que no cabía que tantas personas de ambos sexos, de toda edad y categoría, desentendiéndose de todo temor de muerte o afrenta, se aviniesen a atropellar los principios que la naturaleza y la educación habían estampado hondamente en sus ánimos.[1550] Al parecer, nada alcanzaba a quebrantar la fuerza y a frustrar el resultado de tan terminantes descargos, sino la conducta indiscreta de los apologistas mismos, que traicionaban la causa común de la religión por saciar su devoto aborrecimiento de los enemigos domésticos de la Iglesia. Tal vez se insinuaba levemente, y tal vez se afirmaba con audacia, que los mismos sacrificios sangrientos y los festivales incestuosos, tan falsamente achacados a los creyentes ortodoxos, los realizaban los marcionitas, los carpocratianos y otras varias sectas de gnósticos, los cuales, por más que se extraviasen por las sendas de la herejía, abrigaban aún los afectos de hombres y se atenían a los mandamientos del cristianismo.[1551] Iguales argumentos agitaban contra la Iglesia los cismáticos extraviados;[1552] así, quedaba confesado por todas partes que reinaba un sumo desenfreno de costumbres entre los que ostentaban el nombre de cristianos. Un magistrado pagano, que carecía de tiempo y de inteligencia para ir precisando la línea casi imperceptible que separa la fe ortodoxa de la herética, podía desde luego conceptuar que el mutuo encono les impedía el descubrimiento de su culpabilidad común. Fue afortunado para el sosiego, o al menos para la reputación de los primeros cristianos, que los

magistrados soliesen proceder con más comedimiento y llaneza de la que es compatible con el celo religioso, e informasen que los descarriados del culto establecido les parecían ingenuos en sus protestas e irreprimibles en sus costumbres, aunque les alcanzaba, por su extremada y absurda superstición, el escarmiento de las leyes.[1553]

La historia, que emprende el registro del pasado para la instrucción del futuro, mancillaría tan honrosa tarea si condescendiera a abogar por los tiranos o a justificar las máximas de toda persecución. Con todo, es necesario confesar que el régimen de los emperadores menos propensos al parecer a la Iglesia primitiva resulta menos criminal que el de ciertos soberanos modernos, que han empleado la violencia y el terror contra las opiniones religiosas de algunos súbditos. Un Carlos V o un Luis XIV, por su propia reflexión o al menos por sus sentimientos, deberían hacerse cargo de los derechos de la conciencia, de las obligaciones de la fe y de la inocencia del error. Mas los príncipes y magistrados de la antigua Roma vivían ajenos de aquellos principios que infundían y disculpaban la inflexible obstinación de los cristianos en defensa de la verdad; ni les cabía descubrir en ellos mismos motivo alguno que los moviese a ceder ante las instituciones sagradas de su patria. Pero la misma razón que atenúa el delito debía aliviar la crudeza de sus persecuciones. En tanto no actuaban movidos por el celo de los crédulos, sino sosteniendo la política apacible de los legisladores, el mismo menosprecio, así como una política templada, no podía menos que aliviar o suspender aquellas leyes que solían promulgar contra los abatidos y arrinconados seguidores de Cristo. De la reseña general de su índole y sus móviles podemos inferir llanamente: I) que pasó largo tiempo hasta que consideraron a los nuevos seguidores como objetos

merecedores de la atención del gobierno; II) que procedieron con repugnancia y cautela para probar los delitos de los que se los acusaba; III) que castigaron con moderación; IV) que la atribulada Iglesia disfrutó varios intervalos de paz y de sosiego. A pesar de la indiferencia que los más minuciosos escritores paganos han mostrado en sus escritos acerca de los cristianos,[1554] podremos comprobar todas estas suposiciones probables con hechos auténticos y terminantes.

I) Un prudente designio divino tendió un velo misterioso sobre la infancia de la Iglesia, el cual, hasta que la fe de los cristianos fue madurando y su número creciendo, sirvió para resguardarlos, no sólo de la malicia, sino también del conocimiento del mundo pagano. La pausada y gradual abolición de las ceremonias mosaicas proporcionó un disfraz más certero e inocente a los primeros alumnos del Evangelio. Como generalmente eran de la estirpe de Abraham, se distinguían con el distintivo peculiar de la circuncisión, ofrecieron sus devociones en el templo de Jerusalén hasta su destrucción total, y admitían la ley y los profetas como inspiraciones de la Divinidad. Los convertidos gentiles, hermanados espiritualmente con las esperanzas de Israel, se confundían en la traza y vestimenta con los judíos,[1555] y como los politeístas se fijaban menos en los artículos de fe que en el culto exterior, la nueva secta, que encubría esmeradamente o apenas anunciaba su grandeza venidera y su ambición, se escudó tras la tolerancia general concedida a un antiguo y decantado pueblo en el Imperio Romano. Poco tiempo después, quizá, los judíos mismos, animados de fe más celosa, percibieron la gradual separación de sus hermanos nazarenos de la doctrina de la sinagoga, y quisieron ahogar tan arriesgada herejía en la sangre de sus adherentes. Mas ya las disposiciones del Altísimo

habían desarmado su saña, y, por más que a veces se alzasen contra ellos, ya no empuñaban la vara de la justicia ni podían pasar al pecho inalterable de un magistrado romano sus preocupaciones fanáticas y rencorosas. Los gobernadores proclamaron por las provincias que estaban preparados para oír acusaciones relativas al interés público; sin embargo, enterados luego de que no mediaban hechos, sino meros rumores, contiendas relativas al sentido de las leyes y profecías judaicas, consideraron indecoroso para la majestad romana el formalizarse para deslindar diferencias que pudieran sobrevenir en un pueblo bárbaro y supersticioso. La ignorancia y el menosprecio cubrían la inocencia de los primeros cristianos, y el tribunal de un magistrado pagano solía ser el resguardo más inviolable contra las iras de la sinagoga.[1556] Si propendiésemos a adoptar las tradiciones de la crédula Antigüedad, podríamos referir las romerías dilatadas, las maravillosas proezas y las varias muertes de los apóstoles; pero una reseña más esmerada nos inclinaría a dudar de que alguna persona de las que presenciaron los milagros de Cristo traspasó siquiera las fronteras de Palestina para sellar con su sangre la verdad de su testimonio.[1557] Según la duración general de la vida humana, debe naturalmente suponerse que la mayoría había fenecido antes que el alboroto de los judíos concluyese en aquella guerra sañuda que terminó con la ruina total de Jerusalén. Por largo plazo, desde la muerte de Cristo hasta aquella rebelión memorable, no hay rastros de la intolerancia romana, a menos que se conceptúe de tal la repentina y pasajera, pero violentísima persecución que lanzó Nerón contra los cristianos de la capital, treinta y cinco años después del primero de aquellos grandes acontecimientos y sólo dos años antes del segundo. Desde luego, la índole del historiador filósofo, de quien principalmente somos deudores

del cabal conocimiento de aquel hecho, bastaría para recomendarlo a nuestra atenta consideración.

En el décimo año del reinado de Nerón un incendio furioso y sin precedentes en todos los siglos anteriores asoló la capital del Imperio.[1558] Los monumentos de las artes griegas y de las virtudes romanas, los trofeos de las guerras púnicas y gálicas, los templos más sacrosantos y los palacios más suntuosos quedaron enterrados bajo los mismos escombros. De las catorce regiones o barrios en que se dividía Roma, sólo cuatro se salvaron ilesos, tres fueron abrasados y los otros siete incendiados estaban humeando y ofreciendo una perspectiva pavorosa de ruinas y desastres. El gobierno acudió rápidamente con cuantos arbitrios podían aliviar el estrago. Los jardines imperiales se abrieron a la muchedumbre desamparada, se construyeron tinglados para su albergue y se repartió a precio ínfimo gran cantidad de trigo y raciones.[1559] Una política generosa fue luego disponiendo el rumbo de las calles y la construcción de las casas particulares, y, como suele acontecer en siglos de prosperidad, el incendio de Roma, en pocos años, vino a proporcionar una nueva ciudad más arreglada y vistosa que la primera. Sin embargo, toda la cordura y la humanidad que aparentó Nerón en el trance fueron insuficientes para protegerlo de la sospecha general: todo atentado cabía en el asesino de esposa y madre, y un príncipe que prostituía su persona y su gobierno en el teatro podía ser capaz de la más rematada locura. Todos los rumores señalaban al emperador como el responsable del incendio de su propia capital, y como las patrañas más increíbles cuadran cabalmente con la perturbación de un pueblo enfurecido, se refirió con formalidad y se creyó firmemente que Nerón, mientras disfrutaba la calamidad que acababa de causar, se deleitaba entonando con la lira el incendio de Troya.[1560] Para evitar una

sospecha que toda la fuerza del despotismo no acertaba a controlar, el emperador acordó entregar en lugar suyo algunos delincuentes supuestos. «Con este objetivo —continúa Tácito— descargó los castigos más extremados sobre aquellos hombres que, bajo la denominación general de cristianos, estaban ya manchados con merecida infamia. Su nombre y su origen derivan de Cristo, muerto durante el reinado de Tiberio por sentencia del procurador Poncio Pilato.[1561] Se reprimió por un tiempo esta superstición horrenda, pero luego se disparó, y no sólo cundió por Judea, asiento de esta secta malvada, sino que se internó en la misma Roma, asilo común que protege toda atrocidad. Las confesiones de los presos descubrieron un sinnúmero de cómplices, y todos resultaron condenados, no tanto de incendiarios de la ciudad, como de enemigos del linaje humano.[1562] Morían en el tormento, más amargo por los insultos y escarnios. Algunos fueron clavados en cruces, otros cosidos en pieles de fieras y arrojados a la rabia de los perros; y otros, bañados con sustancias combustibles, servían de luminarias en la oscuridad de la noche. Se destinaron los jardines de Nerón para el infausto espectáculo, acompañado de carreras de caballos, y realzado con la presencia del emperador, que se mezclaba con el populacho en traje y ademán de carretero. Por cierto, el delito de los cristianos merecía ejemplar castigo; mas el odio público redundó en lástima, por el concepto de que se sacrificaban aquellos desventurados, no tanto por el bien general, como por la crueldad de un tirano celoso.»[1563] Cuantos estudian las revoluciones humanas advertirán que los jardines y el circo de Nerón en el Vaticano, mancillados con la sangre de los primeros cristianos, han alcanzado mucha mayor fama con los triunfos y los abusos de la misma religión perseguida. En el propio solar,[1564] un templo que aventaja con

mucho las antiguas glorias del Capitolio fue encumbrado por los pontífices cristianos, quienes —derivando su derecho de señorío universal de un humilde pescador de Galilea— han sucedido en el trono a los Césares, imponen leyes a los bárbaros conquistadores de Roma y extienden su imperio espiritual desde la costa del Báltico hasta las playas del océano Pacífico.

Mas no pasemos de largo esta persecución neroniana sin manifestar ciertos reparos conducentes a aclararla y reflejar alguna luz sobre la historia inmediata de la Iglesia. 1) Los críticos más escépticos están obligados a aceptar la veracidad de este hecho extraordinario y la integridad de este decantado pasaje de Tácito. Lo corrobora el esmerado y puntual Suetonio, que expresa el castigo descargado por Nerón sobre los cristianos, secta que acababa de abrazar una superstición criminal.[1565] La cita se comprueba con la concordancia de los manuscritos más antiguos; con el estilo inimitable de Tácito; con su reputación, que resguardaba al texto de toda interpolación y fraude religioso; y con el contexto de su relato, que acusa a los primeros cristianos de horrendos atentados, sin insinuar que poseyesen alguna potestad mágica o milagrosa sobre los demás hombres.[1566] 2) Aunque es probable que Tácito naciese algunos años antes del incendio de Roma,[1567] sólo por lecturas y conversaciones pudo enterarse de un acontecimiento sucedido en su niñez. Estuvo esperando sosegadamente que su entendimiento madurase antes de darse al público, y tenía ya más de cuarenta años cuando su grato respeto a la memoria del virtuoso Agrícola le arrebató la primera de aquellas composiciones históricas que han de recrear e instruir a la posteridad más remota. Puesta a prueba su habilidad en la vida de Agrícola y la descripción de la Germania, ideó y por fin se dedicó a una ardua obra, la historia de Roma, en treinta libros,

desde la caída de Nerón hasta el advenimiento de Nerva, cuya administración planteó un reinado de justicia y de prosperidad que reservó Tácito para tarea de su edad anciana;[1568] pero concentrado más y más en su asunto, al considerar acaso más relevante o menos arriesgado el historiar los vicios de tiranos anteriores que ponderar las virtudes del monarca reinante, decidió exponer en forma de anales los actos de los cuatro sucesores inmediatos de Augusto. Reunir, disponer y arreglar una serie de ochenta años, en aquella obra inmortal, cuyos renglones rebosan de observaciones profundas y pinceladas sublimes, era una empresa cabal para embargar el numen de Tácito por la mayor parte de su vida. En los postreros años de Trajano, mientras el monarca victorioso extendía el poder de Roma más allá de las antiguas fronteras, el historiador estaba retratando, en el segundo y el cuarto libros de sus anales, la tiranía de Tiberio;[1569] y debía haber ascendido al trono el emperador Adriano antes que Tácito, según la continuación natural de su obra, pudiese referir el incendio de la capital y la crueldad de Nerón para con los desventurados cristianos. Unos sesenta años después, al cronista le correspondía conformarse con la relación de los contemporáneos, pero era obvio para el filósofo el explayarse en el origen, el progreso y el carácter de la nueva secta, no tanto según las noticias o preocupaciones del siglo de Nerón, sino más bien con arreglo a las del tiempo de Adriano. 3) Tácito apela a veces a la curiosidad o las reflexiones de sus lectores para suplir las ideas o circunstancias intermedias que, por su extremada concisión, juzgó conveniente omitir. Podemos, pues, aventurarnos a discurrir alguna causa probable que dirigiese la crueldad de Nerón contra los cristianos de Roma, cuya inocencia y recogimiento debían escudarlos de sus iras, e incluso de sus noticias. Los judíos, que eran numerosos en

la capital y estaban siendo acosados en su patria, eran mucho más notorios para suscitar sospechas en el emperador y en el pueblo; ni parece inverosímil que una nación vencida y que no ocultaba su aversión al yugo romano acudiese a medios infernales para saciar su venganza implacable. Sin embargo, los judíos tenían preferencia en palacio, y aun en el pecho del tirano; su esposa y manceba, la bella Popea, y un farsante íntimo suyo eran de la raza de Abraham y habían intercedido por el pueblo avasallado.[1570] Era forzoso aprontar en lugar suyo algunas otras víctimas, y estaba en sus manos señalar que, si bien los seguidores de Moisés eran inocentes del incendio de Roma, de su entorno había brotado una secta nueva y perniciosa de *galileos*, capaces de todo atentado. Bajo la denominación de *galileos* se confundían dos clases de sujetos absolutamente opuestos en costumbres y principios: los discípulos de Jesús de Nazaret[1571] y los extravagantes seguidores de Judas el Gaulonita,[1572] amigos los primeros y enemigos los segundos del linaje humano, y sólo se parecían en el mismo tesón que en defensa de su causa los hacía prescindir de muertes y tormentos. Los partidarios de Judas, incitadores de sus compatriotas a la rebelión, fenecieron luego bajo los escombros de Jerusalén, al tiempo que los de Jesús, conocidos bajo el nombre más sonado de cristianos, se desparramaron por todo el Imperio Romano. Era pues natural para Tácito, en tiempo de Adriano, atribuir a los cristianos el delito y los padecimientos que con mucha más verdad y justicia podía achacar a una secta cuya odiosa memoria yacía ya borrada. 4) No importa cómo se opine sobre esta conjetura (pues no pasa de tal), es evidente que tanto el efecto como la causa se ciñeron al recinto de Roma en esta persecución;[1573] que las máximas religiosas de los galileos o cristianos no se conceptuaron jamás causa de delito ni asunto de

pesquisas, y, por cuanto la idea de sus padecimientos se conectó por mucho tiempo con la de la crueldad o la injusticia, la moderación de los demás príncipes los fue inclinando a no lastimar una secta acosada por un tirano, cuya saña se solía asestar contra la virtud y la inocencia.

Es necesario remarcar que las llamas de la guerra abrasaron casi al mismo tiempo el templo de Jerusalén y el Capitolio de Roma,[1574] y parece no menos extraño que el tributo destinado por la devoción al primero fuera utilizado, por la prepotencia de un vencedor engreído, para restablecer y realzar el esplendor del segundo.[1575] Los emperadores cobraban un impuesto personal a cada judío, y, por pequeña que fuese la respectiva cuota, el destino que se le daba y el sumo rigor de la exacción se conceptuaban de gravamen intolerable.[1576] Como los recaudadores abarcaban injustamente a muchos ajenos de la sangre y religión de los judíos, los cristianos, ocultos tantas veces a la sombra de la sinagoga, no podían librarse de la rapaz persecución. Ansiosos todos de evitar el menor asomo de idolatría, su conciencia les impedía contribuir al arreglo del demonio que usaba el disfraz de Júpiter Capitolino. Por cuanto muchos cristianos, aunque menguando siempre en número, eran todavía afectos a la ley de Moisés, sus esfuerzos por encubrir el origen judaico quedaban burlados con la probanza decisiva de la circuncisión;[1577] además, a los magistrados romanos no les preocupaba andar deslindando diferencias religiosas. Entre los cristianos acusados ante el tribunal imperial o, más probablemente, ante el procurador de Judea, se cuenta que comparecieron sujetos de noble cuna, y ciertamente más distinguida que la de todos los monarcas. Eran éstos los nietos de san Judas apóstol, hermano de Jesucristo.[1578] Sus pretensiones naturales al trono de David quizá les granjeaban el

respeto del pueblo y causaban celos al gobernador; mas la llaneza de su vestimenta y la sencillez de sus contestaciones lo dejaron luego convencido de que ni estaban deseosos ni eran capaces de alterar el sosiego del Imperio. Confesaron sin tapujos su alcurnia regia y su parentesco inmediato con el Mesías, pero negaron toda mira temporal, y protestaron que aquel reino que fervorosamente estaban esperando era meramente espiritual y angélico. Interrogados acerca de sus bienes y ejercicio, mostraron sus manos encallecidas con el trabajo diario y manifestaron que subsistían gracias al cultivo de un pequeño terreno cercano a la aldea de Cocaba, de veinticuatro acres [9,7 ha] de extensión,[1579] de nueve mil dracmas (trescientas libras esterlinas) de valor. Los nietos de san Judas fueron despedidos con lástima y menosprecio.[1580]

Pero por más que el ocultamiento de la casa de David pudiera resguardarlos de los recelos de un tirano, el engrandecimiento de su propia familia alarmó el temple apocado de Domiciano, que sólo podía explayarse con la sangre de aquellos romanos a quienes temía u odiaba, o estimaba. De los dos hijos de su tío Flavio Sabino,[1581] el mayor fue procesado por traición, y el menor, llamado Flavio Clemente, debió su salvación a su torpeza.[1582] Apadrinó el emperador con gran predilección y por largo tiempo a tan inocente deudo, le concedió la mano de su propia sobrina Domitila, habilitó para la sucesión a los niños de aquel enlace, y dio al padre la investidura del consulado. Pero no bien hubo cesado en su magistratura anual, por un pretexto frívolo fue perseguido y ejecutado. Domitila fue desterrada a una isla yerma en la costa de Campania,[1583] y se formularon sentencias de muerte o de confiscación contra gran número de personas procesadas en la misma acta. Los delitos que se les imputaban eran el de *ateísmo*

y el de *costumbres judaicas*;[1584] singular asociación de ideas que no acertarían a aplicarse sino a los cristianos, por cuanto magistrados y escritores contemporáneos los veían oscura e imperfectamente. En virtud de interpretación tan probable, y al admitir demasiado rápidamente las aprehensiones de un tirano como la evidencia de su honorable crimen, la iglesia ha colocado entre los primeros mártires a Clemente y Domitila y ha estigmatizado la crueldad de Domiciano con el nombre de segunda persecución; la cual, si es que merece este nombre, fue de duración muy breve. A pocos meses de la muerte de Clemente y del destierro de Domitila, Esteban, un liberto de esta última, que mereció el favor sin profesar positivamente la fe de su señora, asesinó al emperador en su palacio.[1585] El Senado condenó la memoria de Domiciano, anulando sus actos y levantando los destierros; y bajo el régimen apacible de Nerva, durante el cual se restablecieron los bienes y jerarquías a los inocentes, aun los más culpables lograron el indulto o evitaron el castigo.[1586]

II) Unos diez años después, en el reinado de Trajano, Plinio el Joven fue agraciado por su amigo y señor con el gobierno de Bitinia y Ponto. Rápidamente se vio él mismo empantanado para determinar la pauta equitativa y legal que debía conducirlo en el desempeño de un cargo tan repugnante a su ilustrada humanidad. Plinio nunca había presenciado actos judiciales contra los cristianos, cuyo nombre sólo había llegado a sus oídos, y se hallaba absolutamente a ciegas sobre la índole de su delito, el método para probarlo y el grado de su castigo. En tal perplejidad acudió, como solía, a la sabiduría de Trajano, con un informe imparcial —y con visos de favorable— acerca de la nueva superstición, rogando al emperador que tuviera a bien despejar sus dudas y guiar su ignorancia.[1587] Plinio había

dedicado su vida a adquirir instrucción y a desempeñar los negocios. Desde los diecinueve años sobresalía en los tribunales de Roma,[1588] ocupaba su asiento en el Senado, había ascendido a cónsul y tenía contraídas un sinnúmero de relaciones, tanto en Italia como en las provincias. De *su* ignorancia, entonces, podemos derivar alguna información útil. Estamos seguros de que al aceptar el gobierno de Bitinia no mediaban leyes generales ni decretos del Senado vigentes contra los cristianos; que ni Trajano, ni ningún otro de sus antecesores virtuosos, cuyos edictos estaban incorporados en la jurisprudencia civil y criminal, habían manifestado sus intenciones acerca de la nueva secta, y que cualesquiera que fuesen los procedimientos actuados contra los cristianos, ninguno había de tanto peso y conclusión que formase antecedente y norma para el régimen de un magistrado romano.

La contestación de Trajano, a la que generalmente apelaron los cristianos posteriores, descubre cuanta justicia y humanidad cabe conciliar con las nociones equivocadas de la política religiosa.[1589] En vez de ostentar el afán implacable de un inquisidor, ansioso por descubrir hasta las partículas más tenues de la herejía y engreído con el número de sus víctimas, el emperador se muestra más preocupado por cuidar al inocente que por apresar al culpable. Se hace cargo de lo arduo del propósito, pero asienta dos reglas ventajosas para el alivio de los angustiados cristianos. Aunque encarga a los magistrados que castiguen a los legalmente condenados, les prohíbe con humana inconsecuencia toda pesquisa contra los supuestos criminales. Ningún magistrado puede proceder a partir de ningún tipo de delación, pues el emperador desecha las acusaciones secretas como ajenas a la equidad de su gobierno; y requiere indispensablemente, para el convencimiento del cargo de

cristianismo, el testimonio positivo de un acusador honrado y patente. Es igualmente probable que los encargados de oficio tan aborrecible tenían que exponer los fundamentos de sus sospechas, y especificar (tanto con respecto al tiempo como al lugar) las reuniones secretas que el cristiano acusado frecuentaba, y evidenciar una parte de circunstancias que se ocultaban afanadamente a la vista de los profanos. Si lograban su intento, quedaban expuestos al encono de un partido grandioso y eficaz, a la crítica de la clase más culta de la gente y al oprobio que en todo tiempo y lugar lleva consigo el ejercicio de delator. Si, por el contrario, resultaban burlados en la empresa, les cabía una pena severa y tal vez capital, que, según una ley del emperador Adriano, se descargaba sobre cuantos imputaban falsamente a sus conciudadanos el delito de cristianismo. A veces, el afán de venganzas personales o supersticiosas sobrepasaría al miedo más natural de la afrenta o el peligro; pero seguramente tan imaginarias acusaciones no se entablaban inconsiderada y repetidamente entre los súbditos paganos del Imperio Romano.[1590]

El arbitrio que después se empleó para eludir la prudencia de las leyes suministra harta prueba de la eficacia con que enfrentaban las malas intenciones de la iniquidad solapada o de la saña supersticiosa. En una asamblea amplia y tumultuosa, los reparos del temor y del empacho, tan pujantes en cada individuo, enmudecen. El cristiano piadoso, según se mostraba deseoso o no de alcanzar la gloria del martirio, esperaba con ansia o con terror el retorno de las funciones y los festejos. Los vecinos de las ciudades populosas se agolpaban en los circos o teatros, donde las particularidades del sitio y de las ceremonias enardecían su devoción y extinguían su humanidad. Mientras el innumerable gentío, coronado de guirnaldas, embelesado con

aromas, purificado con la sangre de las víctimas, cercado de aras y estatuas de sus deidades tutelares, se entregaba a los deleites que conceptuaba parte esencial de su culto, recapacitaba seguramente que los cristianos sólo eran los enemigos de los dioses del linaje humano y, con su ausencia y desconsuelo en aquellas grandiosas festividades, parecía que estaban insultando y compadeciendo el ocio general. Si el Imperio había sido acosado por alguna plaga reciente, como peste, hambre o guerra desventurada; si el Tíber o el Nilo se desbordaron con escasez o demasía; si se sacudió la tierra; si se alteró el orden de las estaciones, los supersticiosos paganos se convencían de que los delitos y la impiedad de los cristianos, contemplados por la benignidad excesiva del gobierno, habían por fin exasperado la ira divina. No cabían las formalidades judiciales para un populacho desenfrenado y enfurecido, y menos todavía podía asomar la compasión en un anfiteatro empapado en la sangre de las fieras y de los gladiadores. Alaridos desaforados de ciega muchedumbre pregonaban a los cristianos como enemigos de los dioses y los hombres, los sentenciaban a los tormentos más fieros y luego, al animarse a nombrar a algunos de los más conocidos en la nueva secta, exigían con vehemencia irresistible que los prendiesen sobre la marcha y los lanzasen a las fieras.[1591] Los gobernadores que presidían las funciones por las provincias solían halagar la inclinación del pueblo, cebando su saña con el sacrificio de algunas víctimas odiosas. Pero la sabiduría de los emperadores protegía a la Iglesia contra este clamor tumultuoso y estas acusaciones irregulares, que fundadamente denunciaban como opuestas a la entereza y a la equidad de su gobierno. Los edictos de Adriano y de Antonino Pío declaraban expresamente que nunca los clamores de la muchedumbre debían admitirse por testimonio legal para convencer o castigar a aquellos

desventurados individuos que se arrebataban con el entusiasmo de los cristianos.[1592]

III) El castigo no era consecuencia forzosa del fallo condenatorio, y el cristiano cuyo delito quedaba más claramente comprobado por la declaración de testigos, y aun por confesión voluntaria, era todavía árbitro de su vida o muerte, pues no era tanto la culpa anterior como la resistencia actual la que indignaba al magistrado. A su parecer, el indulto era fácil, puesto que con sólo arrojar unos granos de incienso en el altar, se lo despedía del tribunal a salvo y con cumplidos. Se consideraba una obligación de un ser humano superior el esmerarse en desengañar antes de perseguir a tales ilusos. Según la edad, el sexo y la situación de los presos, se intentaba cuanto podía hacerles la vida más apetecible o la muerte más horrorosa; incluso se solía amonestarlos para que mostraran alguna compasión de sí mismos, de sus familias y de sus amigos.[1593] Al frustrarse amenazas y cargos, se solía acudir a la violencia; se enarbolaban azotes, se preparaba el tormento a falta de persuasiones, y se aplicaba el resto para doblegar tan inflexible y —en dictamen de los paganos— tan criminal tenacidad. Los antiguos apologistas del cristianismo, con tanta verdad como vehemencia, han censurado la conducta irregular de los perseguidores, quienes, contraviniendo todo principio de régimen judicial, acudían al tormento para recabar, no la confesión, sino la desmentida del cargo que se estaba haciendo.[1594] Los monjes de siglos posteriores, que en sus pacíficas soledades se dedicaron a variar las muertes y los padecimientos de los mártires primitivos, han ideado tormentos más agudos y acicalados. Han tenido a bien suponer particularmente que los magistrados romanos, prescindiendo de todo miramiento de moralidad y decoro, se esmeraban en sobornar a cuantos no

lograban vencer, y que mandaban violentar irracionalmente a los que rechazaban la seducción. Se cuenta que mujeres piadosas, dispuestas a asumir la muerte, solían ser sentenciadas a una severa prueba, intimándolas a decidir cuál era su más alto valor, si su religión o su castidad. Los mancebos a cuyos licenciosos abrazos eran abandonadas se enardecían más y más a impulsos del juez, que los exhortaba a esforzarse por el honor de Venus contra la impía doncella que se negaba a quemar incienso en sus altares. Sin embargo, el violador resultaba frustrado, pues luego mediaba alguna potestad milagrosa que rescataba a la casta esposa de Cristo, aun del deshonor del vencimiento involuntario. En honor a la verdad, advertimos que los documentos más antiguos y auténticos de la Iglesia no suelen aparecer tiznados con tan indecorosas y extravagantes ficciones. [1595]

Este desvío absoluto de la verdad y de la verosimilitud en la representación de aquellos martirios primitivos procedía de una equivocación naturalísima. Los escritores eclesiásticos de los siglos IV y V achacaban a los magistrados de Roma el mismo grado de fervor implacable que rebosaba en sus propios pechos contra los herejes o idólatras de su tiempo. No es, pues, inverosímil que algunos sujetos encumbrados en los puestos preeminentes del Imperio siguiesen luego atendiendo a las preocupaciones de la ínfima plebe ni que la índole inhumana de otros pudiera adolecer de codicia o de resentimientos.[1596] Sin embargo, es cierto, y nos cabe citar las confesiones afectuosas de los primeros cristianos, que la mayor parte de los magistrados que ejercían por las provincias la autoridad del emperador o del Senado, quienes disponían del derecho de vida o muerte, se manejaban como sujetos de educación fina y estudiosa, que respetaban las reglas de la justicia y conocían los preceptos de la filosofía. Solían desentenderse del afán odioso de la persecución

y de la denuncia, o apuntaban al acusado algún arbitrio legal para eludir los rigores de la ley.[1597] Siempre que les cabía la potestad arbitraria,[1598] la usaban mucho menos para atropellar que para favorecer y aliviar a la Iglesia acosada. Jamás condenaron a todos los cristianos que traían ante sus tribunales, y jamás sentenciaron a muerte a alguno de ellos, en general convencidos de su apego inflexible a la nueva superstición. En general se contentaban con los castigos moderados de cárcel, destierro o esclavitud en las minas;[1599] dejaban a sus desventuradas víctimas alguna razón para suponer que la prosperidad de algún acontecimiento —el ascenso al trono, el casamiento o el triunfo del emperador— otorgara algún perdón general. Parece que los mártires ajusticiados prestamente por los magistrados romanos fueron entresacados de los extremos más opuestos. Eran obispos o presbíteros, es decir, los sujetos más visibles entre los cristianos por su jerarquía y su influjo, cuyo ejemplo podía atemorizar a toda la secta;[1600] o bien eran la ínfima hez, especialmente esclavos, cuyas vidas eran de ningún valor en el dictamen general, y cuyos padecimientos no hacían mella en el ánimo de los antiguos.[1601] El docto Orígenes, quien por su experiencia y estudios se hallaba muy enterado de la historia de los cristianos, expresa terminantemente que era muy reducido el número de los mártires.[1602] Basta su autoridad para aniquilar aquella formidable hueste de mártires, cuyas reliquias, extraídas por lo más de las catacumbas de Roma, han surtido a tantas iglesias,[1603] y cuyos peregrinos prodigios forman el asunto de grandiosos volúmenes en las novelas sagradas.[1604] No obstante, puede explicarse y corroborarse el general aserto de Orígenes con el testimonio especial de su amigo Dionisio, quien, en la inmensa ciudad de Alejandría y bajo la persecución violenta de Decio, sólo cuenta diez hombres y siete mujeres

ejecutados por estar profesando el nombre cristiano.[1605]

En aquella época de persecución, el apasionado, elocuente y ambicioso Cipriano estuvo gobernando la Iglesia, no sólo de Cartago, sino de toda África. Dotado de cuantos atributos le podían granjear el respeto de los fieles y engendrar las sospechas y el encono de los magistrados paganos, descollaba por su índole y su dignidad como blanco para la envidia y el peligro.[1606] La experiencia de vida de Cipriano demuestra que la fantasía ha exagerado la arriesgada situación de un obispo cristiano y que los peligros a los que estaba expuesto eran menos amenazadores que la temporal ambición en la carrera de los honores. Cuatro emperadores romanos —con sus familias, sus favoritos y sus allegados— murieron por la espada en sólo diez años; durante ese tiempo manejó la iglesia de África el elocuente obispo de Cartago. Sólo en el tercer año de su gobierno, por espacio de algunos meses, padeció fundados temores por los severos edictos de Decio, por la vigilancia del magistrado y por los alaridos de la muchedumbre que estaba clamando porque Cipriano, el caudillo de los cristianos, fuese arrojado a los leones. Aconsejaba la cordura el retraimiento temporal, y así se hizo. Se retiró a una vida clandestina, desde donde seguía comunicándose con el clero y su grey de Cartago; oculto hasta que pasó la tormenta, salvó la vida sin perder la autoridad ni la reputación. Sin embargo, su extremada cautela no escapó a la censura de los cristianos más enteros, quienes reprochaban una conducta que consideraban pusilánime y como una deserción criminal de sus sagradas funciones.[1607] La conveniencia de reservarse a las exigencias venideras de la Iglesia, el ejemplo de varios santos obispos[1608] y los divinos avisos que, según manifestó, solía recibir en extáticas visiones fueron las razones que alegó para separarse.[1609] Mas su mejor apología se cifra en la resolución

gozosa con que asumió la muerte por la causa de su religión unos ocho años después. Se ha historiado su martirio con desusada sencillez e imparcialidad; por tanto, un extracto de sus circunstancias principales despejará el punto, mostrando el espíritu y las formalidades de las persecuciones romanas.[1610]

Cuando Valeriano era cónsul por tercera vez y Galieno por cuarta vez, Paterno, procónsul de África, intimó a Cipriano a comparecer ante su juzgado particular. Le informó allí del decreto imperial que acababa de recibir,[1611] para que cuantos habían dejado la religión romana volviesen inmediatamente a la práctica de las ceremonias de sus antepasados. Respondió Cipriano sin titubear que era cristiano y obispo, devoto en el culto de la verdadera y única Divinidad, a la cual tributaba diariamente sus plegarias por la salud y prosperidad de ambos emperadores, sus legítimos soberanos. Alegó modesta y confiadamente su privilegio de ciudadano para desentenderse de ciertas preguntas insidiosas, y en realidad ilegales, que le hacía el procónsul. Se pronunció sentencia de destierro contra Cipriano en castigo por su desobediencia, y fue inmediatamente enviado a Curubis, ciudad marítima y libre de Zeugitania, en situación amena y territorio fértil, a cuarenta millas [64, 37 km] de Cartago.[1612] El desterrado disfrutaba de una vida holgada y de la satisfacción de la virtud. Su reputación se extendía por África e Italia; se publicó una noticia de su conducta para edificación del mundo cristiano,[1613] y su soledad solía ser amenizada con cartas, visitas y congratulaciones de los fieles. Al llegar un nuevo procónsul a la provincia, pareció mejorar por algún tiempo la suerte de Cipriano. Se le levantó el destierro y, aunque no se le permitió volver a Cartago, le señalaron como lugar de residencia sus propios vergeles en la cercanía de la capital.[1614]

Finalmente, justo un año después[1615] del arresto de

Cipriano, Galerio Máximo, procónsul de África, recibió la orden imperial de ejecutar a los doctores cristianos. El obispo, consciente de que sería uno de los seleccionados para primeras víctimas y acosado por la flaqueza humana, estuvo tentado de fugarse reservadamente y evitar así el peligro y el honor del martirio; pero luego recuperó toda la fortaleza que requería su posición, volvió a sus jardines y permaneció esperando resignadamente a los ministros de la muerte. Dos oficiales superiores, encargados de la ejecución, llevaron a Cipriano en un carruaje y, como el procónsul estaba ocupado, condujeron al preso, no a la cárcel, sino a una casa particular, que era la de uno de ellos. Se dispuso una cena opípara, como para agasajar al obispo, y se le permitió despedirse de los amigos, mientras se reunía en la calle una multitud de fieles, acongojados y asustados con el trance de su padre espiritual.[1616] Compareció por la madrugada ante el tribunal del procónsul, quien, después de haberse informado de la situación y del nombre de Cipriano, dispuso ofrecerlo en sacrificio, y lo conminó para que recapacitase sobre las consecuencias de su desobediencia. El tesón de Cipriano en su resistencia fue incontrastable y terminante; y el magistrado, luego de oír el dictamen de su consejo, falló con repugnancia su sentencia de muerte, expresada en el tenor siguiente: «Que Tascio Cipriano fuese inmediatamente degollado como enemigo de los dioses de Roma y como caudillo y promotor de una hermandad criminal, a la que había corrompido para resistir impíamente a las leyes de los sacratísimos emperadores, Valeriano y Galieno».[1617] El método de ejecutarlo fue el más suave y menos angustioso de cuantos se pueden imponer a un reo convencido de culpa capital: no medió el tormento para recabar del obispo de Cartago la retractación de sus principios o la delación de sus

cómplices.

Proclamada la sentencia, surgió del inmenso auditorio de cristianos el grito general de «¡queremos morir con él!» en el mismo umbral del palacio. Ni ayudaron a Cipriano ni dañaron a ellos mismos aquellos ímpetus generosos de afán y cariño. Tribunos y centuriones se lo llevaron, sin resistencia ni desacato, al sitio de la ejecución, que era llano y anchuroso, en las cercanías de la ciudad, y repleto ya de gentío. Se permitió a los fieles presbíteros y diáconos acompañar a su santo obispo; lo ayudaron a quitarse el ropaje superior, tendieron lienzos por el suelo para contener la preciosa reliquia de su sangre, y recibieron su orden para entregar veinticinco piezas de oro al verdugo. El mártir se cubrió entonces el rostro con sus manos, y de un golpe cayó su cabeza separada del cuerpo. El cadáver quedó expuesto por algunas horas a la curiosidad de los paganos, mas por la noche fue recogido y trasladado, en procesión triunfal y con iluminación esplendorosa, al cementerio de los cristianos. Se celebraron públicamente las exequias de Cipriano sin la menor interrupción de parte de los magistrados romanos, y cuantos fieles manifestaron demostraciones a su persona y memoria quedaron libres de toda pesquisa y castigo. Hay que remarcar que, entre los muchos obispos que había en la provincia de África, Cipriano fue el primero que se consideró acreedor a la corona del martirio.[1618]

Era elección de Cipriano morir mártir o vivir apóstata; mas en la opción estribaba la alternativa del honor o la infamia. Aun cuando cupiese suponer que el obispo de Cartago se esmeró en profesar la fe cristiana como instrumento de avaricia o de ambición, estaba obligado a representar su papel,[1619] y, por escasa que fuese su fortaleza viril, debía exponerse a los tormentos más fieros, antes que, con un solo desliz, malograse el

concepto de su vida entera para cargar con el aborrecimiento de sus hermanos íntimos y con el menosprecio del mundo pagano. Pero si campeaba el fervor de Cipriano con el convencimiento absoluto de la verdad de aquellas doctrinas que predicaba, la corona del martirio debió resultarle, más que aterradora, apetecible. No es fácil extraer alguna idea clara de las declamaciones vagas y elocuentes de los Padres de la Iglesia, ni deslindar el grado de gloria inmortal y de bienaventuranza que gallardamente estaban ofreciendo a cuantos dichosos llegaban a derramar su sangre por la causa de la religión.[1620] El fuego del martirio, según su concepción, llenaba todo vacío y purgaba todo pecado, pues, al paso que las almas de los cristianos vulgares tenían que purificarse trabajosamente, los sufrientes triunfadores ingresaban en el goce inmediato de la felicidad eterna, donde, en compañía de los patriarcas, apóstoles y profetas, reinaban con Jesucristo y obraban como asesores suyos en el juicio universal del género humano. La seguridad de duradero renombre sobre la tierra, móvil tan poderoso para nuestra vanagloria, solía estimular el valor de los mártires. Los honores que Roma y Atenas tributaban a todo ciudadano fenecido en la causa de su patria eran muestras muy exánimes de respeto en comparación del agradecimiento fervoroso y devoto que manifestaban los cristianos primitivos a los campeones de la fe. La conmemoración anual de sus virtudes y padecimientos era una sagrada ceremonia que devino luego en culto religioso. Entre los cristianos que confesaban declaradamente su creencia, aquellos que habían salido indemnes de los tribunales o cárceles de los magistrados paganos, como solía suceder, lograban el distintivo que correspondía a su martirio imperfecto y denuedo generoso. Las mujeres más timoratas acudían presurosamente a besar los grilletes que habían llevado y las llagas que les habían

causado. A fuer de personas sagradas, sus decisiones eran oráculos, y solían abusar, por su engreimiento espiritual y desordenadas costumbres, del nombre que por su fervor e intrepidez se habían granjeado.[1621] Distinciones como éstas, a la vez que demuestran su esclarecido mérito, descubren el número escaso de quienes sufrieron y murieron por la profesión del cristianismo.

La moderación de la presente época ha de censurar más que celebrar, y ha de admirar antes que imitar aquel fervor de los primeros cristianos, que, según la expresión aguda de Sulpicio Severo, apetecían con mayor afán el martirio que sus contemporáneos un obispado.[1622] Las cartas que Ignacio fue escribiendo mientras lo llevaban aherrojado por las ciudades de Asia exhalan sentimientos muy ajenos al temple genial de la naturaleza humana. Amonesta seriamente a los romanos para que, cuando lo arrojen al anfiteatro, no acudan a mediar intempestivamente, escamoteándole así su corona de gloria, y pregona su ánimo de enfrentar y enfurecer las fieras que le lancen.[1623] Se cuentan historias del arrojo de los mártires que positivamente ejecutaron cuanto intentaba Ignacio, exacerbando la saña de los leones, aguijando al sayón para que adelantase su faena, brincando ufanamente a la hoguera encendida para él, y prorrumpiendo en raptos de regocijo y deleite en medio de las más horrorosas torturas. Se han conservado varios ejemplos de un afán impaciente con aquellas restricciones que providenciaban los emperadores para la seguridad de la Iglesia. Los cristianos solían suplir con su declaración voluntaria la falta de un acusador, prorrumpían desaforadamente en los actos públicos de los paganos,[1624] se arrojaban en tropel sobre el tribunal de los magistrados y los intimaban a voces para que pronunciasen e impusiesen la sentencia de la ley. Esta extraña

conducta era muy notoria como para que no la advirtieran los filósofos antiguos, pero más bien les causaba asombro que aprecio. Inhábiles para enterarse de las causas que solían arrebatar a los creyentes fuera de los límites de la cordura y la racionalidad, consideraban aquel ahínco por morir como aborto de una desesperación tenaz, de insensibilidad irracional o de supersticioso frenesí.[1625] «¡Hombres desventurados!», exclamaba el procónsul Antonino a los cristianos de Asia. «¡Hombres desventurados! Si tan cansados estáis de vuestras vidas, ¿os faltan por ventura cuerdas y despeñaderos?»[1626] Antonino (como lo advierte un historiador piadoso e instruido) era muy cauteloso para castigar a hombres sin más acusador que ellos mismos; las leyes no prevenían casos tan impensados, y, si condenó a un corto número para escarmiento de los demás, despidió a la muchedumbre con enfado y menosprecio.[1627] En medio de este desvío real o aparente, el tesón de los fieles surtía efectos más saludables en aquellos pechos que naturaleza y gracia habían labrado para una fácil recepción de la verdadera religión. En estos trances dolorosos, había paganos que se condolían, celebraban y se convertían. Trascendía el sobrehumano entusiasmo del paciente al auditorio, y la sangre de los mártires, según una observación muy notoria, devino en la semilla de la Iglesia.

Sin embargo, aunque la devoción había encendido y la elocuencia seguía atizando esta llamarada en los ánimos, fue luego disminuyendo y el corazón humano abrigó esperanzas y miedos más naturales, como el amor a la vida, el temor a las incomodidades y el horror a la disolución. Los superiores más cuerdos de la Iglesia tuvieron que ir frenando los ímpetus desaforados de sus seguidores, al tiempo que desconfiaban de una constancia que a lo mejor se quebrantaba en la prueba.[1628]

Cuanto menos austeras y trabajosas eran las vidas de los fieles, menos ansiaban los blasones del martirio, y los soldados de Cristo, en vez de sobresalir con heroicidades voluntarias, solían desertar de sus puestos, huyendo despavoridamente del enemigo que debían enfrentar. No obstante, había tres modos para librarse de los rigores de la persecución, que no adolecían del mismo grado de culpa: el primero concedía la inocencia; el segundo resultaba dudoso, o al menos de calidad venial; mas el tercero implicaba una apostasía directa y criminal de la fe cristiana. 1) Extrañaría sobremanera a un inquisidor moderno que, al denunciar ante un magistrado romano a un individuo de su jurisdicción recién convertido a la secta de los cristianos, se informaba de la acusación al interesado, y se le concedía plazo competente para arreglar sus negocios y disponer su contestación al cargo que se le hacía.[1629] Si desconfiaba de su propia tenacidad, tenía tiempo suficiente para poner a salvo su vida y honor con la fuga, de esconderse en algún paraje de su propia provincia o de otra lejana, donde podía quedarse sosegadamente esperando el regreso de la paz y la seguridad. Una disposición tan ajustada a la racionalidad mereció la aprobación expresa de los prelados más santos y al parecer disgustó a pocos, excepto a los montanistas, que se dispararon hasta la herejía por su estrecho arrimo a la antigua disciplina.[1630] 2) Los gobernadores de provincia, que tenían más de codiciosos que de paganos, autorizaron la práctica de vender certificaciones (llamadas libelos) para acreditar que los interesados habían cumplido con la ley, ofreciendo sacrificios a las divinidades romanas. Presentando estos falsos testimonios, el cristiano acaudalado y medroso callaba al maligno delator y conciliaba a su modo su seguridad con la religión. Una leve penitencia lavaba el pecado de aquel profano disimulo.[1631] 3)

En toda persecución abundaban los cristianos indignos que renegaban de la fe que profesaban y corroboraban la ingenuidad de su desvío con actos legales de quemar incienso u ofrecer sacrificios. Algunos de estos apóstatas se habían rendido a la primera intimidación o exhorto del magistrado, al paso que otros se habían doblegado a los rigores del tormento. El despavorido semblante de algunos retrataba su remordimiento interior, mientras otros iban airosa y despejadamente a los altares de los dioses.[1632] Mas el disfraz que había impuesto el sobresalto volaba tras el peligro, pues cuando se relajaba la persecución, miles de penitentes llorosos llegaban a los umbrales de las iglesias, abominaban de su medrosa capitulación y solicitaban con igual ardor, aunque con diverso éxito, su readmisión en la sociedad cristiana.[1633]

IV) A pesar de las reglas generales establecidas para la condena y el castigo de los cristianos, la suerte de esta secta en tan grandioso y arbitrario gobierno dependía en gran parte de su propia conducta, de las circunstancias y de la índole del jefe supremo o de los subalternos. A veces el apasionamiento podía enfurecer y la cordura calmar la saña supersticiosa de los paganos. Varias eran las causas que templaban o exacerbaban la ejecución de las leyes, pero, la más poderosa era su miramiento, no sólo a los edictos públicos, sino al ánimo reservado del emperador, cuya mirada bastaba para encender o apagar las hogueras de la persecución. Cuando aumentaba la severidad en varias partes del Imperio, los cristianos primitivos lloraban y tal vez magnificaban sus propios padecimientos; mas el número decantado de las *diez* persecuciones lo determinaron los escritores eclesiásticos del siglo V, que tuvieron una mirada más clara de las prosperidades o fracasos de la Iglesia desde el siglo de Nerón hasta el de Diocleciano. Los ingeniosos paralelos de las

diez plagas de Egipto y de las diez astas del Apocalipsis les suministraron desde luego este cómputo, y en su aplicación de la fe en la profecía a la verdad de la historia se esmeraron en ir entresacando los reinados más hostiles para la causa cristiana.[1634] Pero estas persecuciones pasajeras resultaban provechosas para reinflamar el fervor y restablecer la disciplina de los feligreses; y las temporadas de gran rigor quedaban más que compensadas con los intervalos dilatados de paz y desahogo. La indiferencia de algunos príncipes y la condescendencia de otros franqueaban a los cristianos, la tolerancia, tal vez no legal, pero sí pública y efectiva, de su religión.

La *Apología* de Tertuliano ofrece dos ejemplos muy antiguos, singulares pero sospechosos, de clemencia: los edictos publicados por Tiberio y por Marco Antonino, dirigidos no sólo a escudar la inocencia de los cristianos, sino a pregonar aquellos milagros asombrosos que testimoniaban la verdad de su doctrina. El primero de los dos casos adolece de problemas harto incómodos para un ánimo escéptico.[1635] Nos instan a creer que Poncio Pilato dio parte al emperador de la injusta sentencia de muerte que había pronunciado contra una persona inocente, y, según parecía, divina; *que* se exponía al peligro del martirio sin granjearse aquel merecimiento; *que* Tiberio, menospreciador de toda religión, ideó enseguida colocar al Mesías judío entre los dioses de Roma; *que* el rendido Senado se animó a desobedecerlo; *que* Tiberio, en vez de llevar a mal aquella resistencia, se contentó con resguardar a los cristianos contra el rigor de las leyes, muchos años antes de que éstas se expidiesen, o antes de que la Iglesia se distinguiera como tal o existiese; y, por último, *que* la memoria de aquella particularidad tan extraordinaria se conservaba en los archivos más públicos y auténticos, que se ocultó a las pesquisas de historiadores griegos

y romanos y se abrió a un cristiano africano que compuso su apología ciento sesenta años después de la muerte de Tiberio. Se supone que el edicto de Marco Antonino había sido parte de su devoción y gratitud por su rescate milagroso en la guerra contra los marcomanos. El conflicto de las legiones, la tormenta de lluvia y granizo, de truenos y relámpagos, y el asombro y derrota de los bárbaros han sido celebrados por la elocuencia de varios escritores paganos. Si había cristianos en el ejército, es muy natural que se atribuyese algún mérito a las fervorosas plegarias que en el trance habían pronunciado por su propia salvación y la del Estado. Sin embargo, no consta por los monumentos de bronce y mármol, por las medallas imperiales y por la columna Antonina, que ni el príncipe ni el pueblo se hiciesen cargo de favor tan notorio, puesto que unánimemente agradecían su redención a la providencia de Júpiter con la mediación de Mercurio. Marco, durante todo su reinado, menospreció a los cristianos como filósofo y los castigó como soberano.[1636]

Por una extraña fatalidad, la opresión que padecieron con un príncipe virtuoso cesó con la llegada de un tirano, y, como sólo a ellos cupo la injusticia de Marco, sólo ellos fueron protegidos por la blandura de Cómodo. La famosa Marcia, su concubina predilecta, y quien finalmente ideó la muerte de su amante imperial, era entrañablemente afecta a la Iglesia atribulada, y, como le resultaba imposible conciliar la práctica de sus vicios y el cumplimiento del Evangelio, ella deseaba compensar las flaquezas de su sexo y su profesión declarándose madrina de los cristianos.[1637] Bajo su graciosa protección estuvieron a salvo los trece años de tan violenta tiranía; luego, cuando la casa de Severo estuvo instalada en el trono, se estrecharon íntima y honoríficamente con la nueva corte. El emperador se persuadió de que en una dolencia peligrosa había

logrado algún alivio, ya físico, ya espiritual, gracias al santo óleo con que lo había ungido uno de sus esclavos, y así trató siempre con especial aprecio a varias personas de ambos sexos que profesaban la nueva religión: la nodriza y el ayo de Caracalla eran cristianos, y si tal vez asomó en aquel príncipe algún rasgo de humanidad, fue todo debido a un incidente, aunque de poca entidad, relacionado con la causa del cristianismo.[1638] El ímpetu popular se contuvo bajo el reinado de Severo, medió tregua en las leyes antiguas y rigurosas, y los gobernadores en las provincias se daban por pagados con un agasajo anual de las iglesias de su jurisdicción, como precio o tributo de su moderación.[1639] La contienda sobre el plazo preciso para celebrar la Pascua contrapuso entre sí a los obispos de Asia y de Italia, y se consideró como el asunto predominante de aquella temporada de ocio y sosiego[1640] No se alteró la paz de la Iglesia, hasta que el incremento de los convertidos llamó la atención e indispuso el ánimo de Severo. Para detener el raudal, publicó un edicto, que, si bien comprendía tan sólo a los recién convertidos, su ejecución estricta implicaba el peligro de castigo para los maestros y misioneros más celosos. En esta persecución suave se puede advertir el sistema bondadoso de Roma y del politeísmo, en el que se admitían llanamente las disculpas de cuantos practicaban las ceremonias de la religión paterna.[1641]

Caducaron las leyes de Severo al tiempo que su autoridad, y se calmó la tormenta pasajera para los cristianos por espacio de treinta y ocho años (desde 211 hasta 249).[1642] Hasta esa época siempre solían celebrar sus juntas en casas privadas y sitios ocultos. A partir de entonces se les permitió construir y consagrar edificios específicamente para el culto religioso,[1643] incluso en la misma Roma, para el provecho de la hermandad, y desempeñar las elecciones de sus ministros eclesiásticos pública y

ejemplarmente para merecer el respeto de los gentiles.[1644] Suma dignidad acompañó a tan dilatado sosiego de la Iglesia.

Para los cristianos, los reinados de príncipes de alcurnia asiática siempre fueron extremadamente favorables, y los personajes de la secta, en vez de tener que implorar el apoyo de un esclavo o de una manceba, frecuentaban el palacio bajo el honrado concepto de sacerdotes y filósofos, y sus doctrinas misteriosas, divulgadas entre la plebe, fueron atrayendo imperceptiblemente la curiosidad de los soberanos. Al pasar por Antioquía, la emperatriz Mamea se mostró deseosa de conversar con el reconocido Orígenes, cuya fama sonaba en todo el Oriente por su religiosidad y su instrucción. Cumplió Orígenes con tan halagadora invitación, y, aunque no logró convertir a esa mujer tan artera y ambiciosa, ella escuchó placenteramente sus expresivos exhortos y lo despidió decorosamente hacia su retiro de Palestina.[1645] Alejandro siguió los sentimientos de su madre Mamea, y su devoción filosófica adquirió un miramiento especial, pero indiscreto, por la religión cristiana. Colocó en su oratorio doméstico las estatuas de Abraham, de Orfeo, de Apolonio y de Cristo, en honor de los respetables varones que habían ido enseñando a los hombres los diferentes modos de rendir vasallaje a la Divinidad suprema y universal.[1646] En su interior se profesaba y practicaba otra fe y otro culto más puros. Tal vez por primera vez, obispos fueron escuchados en su corte; y luego de la muerte de Alejandro, cuando el inhumano Maximino descargaba sus ímpetus contra los favoritos y sirvientes de su desventurado benefactor, fenecieron en la matanza un sinnúmero de cristianos de todas las clases y de ambos sexos, por cuya razón se la llamó, aunque impropiamente, persecución.[1647]

A pesar de la cruel índole de Maximino, las consecuencias

de su encono contra los cristianos quedaron sin trascendencia para lejanos países, y el fervoroso Orígenes, proscrito como víctima sagrada, se reservó como portador de las verdades evangélicas al oído de los monarcas.[1648] Escribió varias cartas edificantes al emperador Filipo (año 244), a su esposa y a su madre, y luego de que aquel príncipe, nacido en los confines de la Palestina, usurpó el cetro imperial, los cristianos se ganaron un amigo y un protector. La predilección pública y parcial de Filipo por la nueva secta y su respeto invariable a los ministros de la Iglesia dieron forma a la sospecha, harto general por entonces, de que el mismo emperador era uno de los convertidos,[1649] y sirvió de cimiento a la fábula, que se inventó luego, de que se limpió, por medio de la confesión y la penitencia, de su culpa por matar a su inocente antecesor[1650] (año 249). La caída de Filipo y el cambio de amos introdujeron un nuevo sistema de gobierno, tan opresivo para los cristianos que su antiguo estado, desde el tiempo de Domiciano, parecía de absoluta libertad y seguridad en comparación con las tropelías que padecieron en el breve reinado de Decio.[1651] Las virtudes de este príncipe impiden suponer que actuaba con resentimiento contra los predilectos de su antecesor; resulta más creíble que, en tanto deseaba rehacer las costumbres romanas, ansiaba despejar el Imperio de la que él suponía maleza, la nueva y criminal superstición. Fueron castigados con destierro o muerte los obispos de las ciudades principales; la vigilancia de los magistrados, durante dieciséis meses, evitó las elecciones del clero de Roma; y los cristianos opinaban que seguramente el emperador toleraría más un competidor para la púrpura que un obispo en la capital.[1652] Si cupiese suponer que la perspicacia de Decio develara suma soberbia bajo el disfraz de humildad, o que podía prever que imperceptiblemente iría despuntando sobre las

muestras de la autoridad espiritual el señorío civil, extrañaríamos menos que considerase a los sucesores de san Pedro como los más formidables competidores de los de Augusto.

El régimen de Valeriano se distinguió con liviandades e inconsecuencias, demasiado impropias para la gravedad de un *censor romano*. Al principio de su reinado aventajó en clemencia a cuantos príncipes se mostraron más afectos a la fe cristiana; pero en los últimos tres años y medio, llevado por los chismes de un ministro adicto a las supersticiones egipcias, se atuvo a las máximas e imitó la severidad de su antecesor Decio.[1653] El ascenso de Galieno, que acrecentó las calamidades del Imperio, restableció la paz de la Iglesia, y los cristianos lograron la libertad para ejercer su religión por un edicto expedido a los obispos en términos que al parecer reconocían su ministerio como cargo público.[1654] Aunque sin revocación formal, las leyes antiguas cayeron en el olvido, y, fuera de algunos intentos opuestos que se achacaron al emperador Aureliano,[1655] los discípulos de Cristo disfrutaron más de cuarenta años de prosperidad, mucho más dañinos para sus virtudes que los trances más amargos de la persecución.

La historia de Pablo de Samosata, que fue obispo de la metrópolis de Antioquía (año 260), mientras Oriente estaba en manos de Odenato y Zenobia, ilustrará la situación y los pormenores de aquel tiempo. La opulencia de aquel prelado estaba pregonando su culpa, pues ni procedía de herencia ni de industria honesta, pero el ministerio de la iglesia le era en extremo productivo.[1656] Su jurisdicción eclesiástica era venal y rapaz; solía desangrar a sus feligreses pudientes y se apropiaba de gran parte de las rentas públicas. Los gentiles veían con malos ojos a la religión cristiana por su boato y engreimiento. Su

estancia de consejo, su trono, la esplendidez con que se presentaba ante el público, el tropel de suplicantes que aspiraban a su atención, el sinnúmero de cartas y memoriales a los que dictaba sus respuestas y los incesantes negocios en que estaba envuelto eran más propios de la ostentación de un magistrado civil[1657] que de la humildad de un obispo primitivo. Paulo arengaba a su pueblo desde el púlpito con un lenguaje figurado y con los ademanes teatrales de un sofista asiático, mientras retumbaba la catedral con estruendosas y extravagantes aclamaciones en alabanza de su elocuencia sobrehumana. Se inflamaba inexorablemente el arrogante prelado de Antioquía contra quien osaba oponerse a su poderío o desairar su vanagloria, pero relajaba la disciplina y prodigaba los tesoros de la iglesia en su clero, imitador de su jefe en los regalos y arreglos de la sensualidad. Paulo se liberaba holgadamente en los banquetes y albergaba en su palacio episcopal a dos beldades, compañeras inseparables de sus ratos de ocio.[1658]

En medio de vicios tan escandalosos, si Paulo de Samosata se atuviera a la fe pura, su reino en la capital de Siria hubiera durado tanto como su vida (año 270), y si hubiese sobrevenido oportunamente alguna persecución, con cierto esfuerzo quizás hubiera obtenido un lugar entre los santos y los mártires. Algunos delicados y sutiles errores, que adoptó indiscretamente y defendió con terquedad, acerca de la Trinidad sacrosanta alborotaron e indispusieron a las iglesias orientales.[1659] Los obispos, desde Egipto hasta el mar Negro, se armaron y movilizaron. Se celebraron concilios, se publicaron impugnaciones, se pronunciaron excomuniones, se aceptaron y desecharon alternativamente explicaciones, se ajustaron y rompieron tratados, y, finalmente, Paulo de Samosata fue destituido de su carácter episcopal por sentencia de setenta u

ochenta obispos, reunidos para tal propósito en Antioquía, quienes, sin atender a los fueros del clero o del pueblo, nombraron sucesor por su propia autoridad. El desafuero patente de este procedimiento acrecentó al bando descontento, y como Paulo no era extraño en ardides palaciegos y se había ganado la predilección de Zenobia, siguió conservando por cuatro años largos la posesión del palacio y el empleo episcopal. Sin embargo, la victoria de Aureliano cambió la situación en Oriente, y ambos partidos contrapuestos, que se lanzaban mutuamente acusaciones de cisma y herejía, tuvieron que ventilar su causa ante el tribunal del vencedor. Pleito tan público y extraño demuestra que la existencia, los bienes, los privilegios y la policía interna de los cristianos estaban reconocidos, si no por las leyes, al menos por los magistrados del Imperio. Pagano y soldado, mal podía Aureliano terciar en la contienda sobre si el dictamen de Paulo o el de sus contrarios era la norma de la verdadera fe; sin embargo, su fallo estuvo fundado en los principios de la equidad y de la razón (año 274). Consideraba a los obispos de Italia como los jueces más imparciales y respetables de la cristiandad, y, al enterarse de que habían aprobado unánimemente la sentencia del concilio, se conformó con su dictamen y enseguida expidió órdenes terminantes para precisar a Paulo a dejar las posesiones temporales de que legalmente lo desposeían sus hermanos. Mas al celebrar la justicia de Aureliano, no hay que desatender su política, que se esmeraba en reintegrar la dependencia de las provincias a la capital por cuantos medios dispusiera para afianzarla, de acuerdo con los intereses o prejuicios de parte de sus súbditos.[1660]

En medio de las repetidas revoluciones del Imperio, los cristianos florecían en paz y prosperidad, y a pesar de la época

tan celebrada de mártires al entronizarse Diocleciano,[1661] el nuevo sistema político, planteado y sostenido por la sabiduría de aquel príncipe, continuó por espacio de más de dieciocho años (desde 284 hasta 303), con una moderada tolerancia en materia religiosa. Los objetivos de Diocleciano eran más bien bélicos y administrativos que teóricos y especulativos. Su prudencia lo disuadía de innovaciones, y, aunque su carácter daba poca cabida a los arrebatos del entusiasmo, conservó siempre su habitual respeto a los númenes del Imperio. Pero el ocio de ambas emperatrices, su esposa Prisca y su hija Valeria, les permitía atender a las verdades del cristianismo, que en todas las épocas debe agradecer a las importantes obligaciones de la devoción femenina.[1662] Los principales eunucos, Luciano[1663] y Doroteo, Gorgonio y Andrés, que servían al emperador y gobernaban su casa, protegían poderosamente la fe que habían abrazado. Siguieron su ejemplo los principales empleados de palacio, que en sus respectivos ramos tenían a su cargo galas, alhajas, adornos, muebles, y hasta el tesoro particular del emperador; y, aunque a veces les era indispensable acompañarlo cuando sacrificaba en el templo,[1664] disfrutaban sin embargo, junto a sus consortes, hijos y esclavos, el ejercicio libre de la religión cristiana. Diocleciano y sus colegas solían agraciar con destinos importantes a sujetos que aborrecían el culto de los dioses, con tal que los acompañase el debido desempeño para el servicio del Estado. Los obispos disfrutaban un decoroso señorío en sus provincias, y tanto el pueblo como los magistrados los trataban con miramiento y distinción. Las iglesias comenzaron a resultar pequeñas en casi todas las ciudades para contener el redoblado aumento de convertidos, y se fueron levantando edificios más grandiosos y de mayor capacidad para el culto público de los feligreses. La corrupción de las costumbres, tan

expresivamente llorada por Eusebio,[1665] puede conceptuarse, no sólo como consecuencia, sino como prueba de la libertad de que los cristianos gozaban y abusaban en el reinado de Diocleciano. La prosperidad había relajado la tirantez de la disciplina, por lo que descollaban el engaño, la envidia y la maldad en todas sus congregaciones. Los presbíteros aspiraban al cargo episcopal, que cada día resultaba una meta muy apetecible para su ambición. Los obispos, lidiando mutuamente por su preeminencia eclesiástica, se afanaban tras el poderío seglar y tiránico en la Iglesia; y la viva fe que aún distinguía a los cristianos de los gentiles se exponía más bien en sus escritos y controversias que en la práctica de sus vidas.

En medio de este aparente sosiego, todo observador atento puede ver algunos síntomas de persecución más violenta contra la Iglesia que cuantas había padecido hasta entonces. El afán y los progresos de los cristianos despertaron a los politeístas de aquella indiferencia en la causa de unas deidades que la costumbre y la educación les habían enseñado a reverenciar. Se hostilizaban mutua y religiosamente hacía más de doscientos años, y la contienda era cada vez más enconada. La temeridad de la nueva y oscura secta irritaba a los paganos, pues tildaba de descarriados a sus compatriotas y condenaba a la desdicha eterna a sus antepasados. El hábito de justificar la mitología popular contra los ataques de un enemigo implacable engendró en sus pechos algunos sentimientos de veneración y fe por un sistema que se habían habituado livianamente a desatender. Las potestades sobrenaturales con que se ufanaba la Iglesia infundían al propio tiempo terror y competencia. Los seguidores de la religión establecida se escudaban tras el mismo antemural de portentos, idearon métodos nuevos de sacrificio, descargo e iniciación;[1666] se esmeraron en robustecer sus moribundos

oráculos;[1667] y escuchaban ansiosamente a todo impostor que lisonjease sus preocupaciones con algún relato de maravillas.[1668] Ambos partidos, al parecer, daban por supuesta la verdad de cuantos prodigios alegaban los contrarios, y, contentándose con achacarlos a brujerías endiabladas, se mancomunaban para restablecer y arraigar el reinado de la superstición.[1669] La filosofía, su enemiga más peligrosa, se había trocado ahora en su aliada. Desiertos se hallaban los bosquecillos de la Academia, los jardines de Epicuro, el pórtico de los estoicos y las demás escuelas de escepticismo e impiedad;[1670] y hasta opinaron muchos romanos que los escritos de Cicerón debían condenarse y eliminarse por disposición del Senado.[1671] La secta predominante de los neoplatónicos tuvo la prudencia de asociarse con el sacerdocio, al cual menospreciaba, contra los cristianos, a quienes temía con fundamentos. Estos filósofos presumidos llevaron adelante su intento de extraer sabiduría alegórica de las ficciones poéticas de los griegos; instituyeron ritos misteriosos y devotos para el uso de sus alumnos selectos, recomendaron el culto de los antiguos dioses, como emblemas o ministros de la Deidad Suprema, y compusieron esmeradamente varios tratados contra la fe del Evangelio,[1672] arrojados luego a las llamas por la prudencia de los emperadores ortodoxos.[1673]

Aunque la política de Diocleciano y la humanidad de Constancio los inclinaban a conservar inviolable el sistema de la tolerancia, se vio luego que sus dos socios, Maximiano y Galerio, abrigaban la inquina más extremada al nombre y la religión de los cristianos. La ciencia jamás iluminó el ánimo de aquellos príncipes, ni la educación ablandó su temperamento. Los encumbró la espada, y en la cima de su fortuna seguían sosteniendo sus prejuicios supersticiosos de soldados y labriegos. En cuanto al régimen general de las provincias, obedecían las

leyes promulgadas por su benefactor; mas solían aprovechar las coyunturas para ejercitar persecuciones secretas en sus palacios[1674] y campamentos, puesto que el celo indiscreto de los cristianos les suministraba a veces aparentes pretextos. Fue condenado a muerte el joven africano Maximiliano, quien había sido presentado por su padre ante el gobernador como hábil recluta, pero que se empeñó en declarar que su conciencia no le permitía abrazar la profesión de soldado.[1675] Un gobierno no puede tolerar sin reparo la acción del centurión Marcelo: en medio de una gran festividad arrojó el cinto, las armas y las insignias de su jerarquía, y gritó a viva voz que a nadie obedecería sino a Jesucristo, el Rey eterno, y que se despedía para siempre del uso de las armas carnales y del servicio de un juez idólatra. Vueltos en sí los soldados del primer asombro, apresaron a Marcelo. Lo examinó en la ciudad de Tingis el presidente de aquella parte de Mauritania, y, condenado por su propia confesión, fue sentenciado y degollado por el delito de deserción.[1676] Tales ejemplos corresponden más bien a la ley civil o militar que a persecución religiosa, pero destemplaban en extremo el ánimo de los emperadores y sinceraban los rigores de Galerio, que expulsó a un gran número de oficiales cristianos de sus empleos; y robustecían el concepto de que unos entusiastas, que estaban pregonando máximas tan opuestas al bien público, resultaban súbditos inservibles y peligrosos para el Imperio.

Luego de que la guerra pérsica incrementara su reputación, Galerio pasó el invierno con Diocleciano en el palacio de Nicomedia, y estuvieron discutiendo reservadamente la suerte de los cristianos.[1677] El emperador maduro propendía siempre a la clemencia, y, aunque aceptó excluir siempre a los cristianos de todo empleo palaciego y militar, insistió en el peligro y la crueldad de andar derramando la sangre de aquellos fanáticos.

Finalmente, Galerio logró el permiso para convocar un consejo compuesto de pocos sujetos preeminentes en la milicia y en la administración del Estado. El punto trascendental se discutió en su presencia, y aquellos cortesanos ambiciosos comprendieron que debían secundar el ahínco del César con su elocuencia. Es de suponer que se explayaron en los puntos que más interesaban —la soberanía, la religiosidad y los miedos del emperador— para conseguir el exterminio del cristianismo. Quizá le plantearon que no sería posible la recuperación insigne del Imperio mientras se consintiera que un pueblo independiente subsistiera y se multiplicara en el corazón de las provincias. Los cristianos (podía alegarse especialmente), al abandonar a los dioses e instituciones de Roma, estaban constituyendo una república diferente, que podía ser aplastada antes que alcanzase algún poderío militar; pero que ya se estaba gobernando con sus leyes y magistrados propios, atesoraba públicamente caudales, y se unía estrechamente por todas partes gracias a las asambleas frecuentes de sus obispos, cuyas congregaciones, crecidas y opulentas, rendían ciega obediencia a sus decretos. Parece que tales argumentos doblegaron los reparos de Diocleciano para entablar un sistema nuevo de persecución; sin embargo, aunque cabe sospechar, no alcanzamos a explicar las intrigas de palacio, las miras y enconos peculiares, los celos de las mujeres y los eunucos, y todos aquellos móviles pequeños y poderosísimos que suelen arrollar la suerte de los imperios y los consejos de los monarcas más atinados.[1678]

Finalmente, se notificó a los cristianos la decisión del emperador, tras un invierno angustioso de expectativa por el resultado de tantas consultas secretas. El 23 de febrero de 303, día de la festividad de los Terminales,[1679] fue elegido para detener los progresos del cristianismo. Al rayar el día, el prefecto

pretoriano,[1680] acompañado de varios generales, tribunos y tesoreros, se presentó en la iglesia principal de Nicomedia, situada sobre una loma en la parte más bella y populosa de la ciudad. Destrozaron las puertas, se abalanzaron sobre el santuario, y, como no encontraron ningún objeto visible de culto, tuvieron que contentarse con dar a las llamas los libros de la Sagrada Escritura. Tras los ministros de Diocleciano iba un cuerpo de guardias y zapadores, que marchaban en formación y pertrechados con cuanta herramienta se requiere para asolar las ciudades amuralladas. Tal fue su ahínco, que el sagrado edificio, más elevado que el palacio imperial y que estaba provocando celos a los gentiles, quedó arrasado en pocas horas.[1681]

Al día siguiente se publicó el edicto de persecución,[1682] y aunque Diocleciano, opuesto siempre al derramamiento de sangre, había refrenado los ímpetus de Galerio, quien propuso que se quemasen vivos sobre la marcha cuantos se negasen a ofrecer sacrificio, las crueldades ejecutadas contra la tenacidad de los cristianos fueron hechas efectivas violentamente. Se decretó que sus iglesias, en todas las provincias del Imperio, fueran arrasadas hasta los cimientos, y se impuso pena de muerte a cuantos osasen celebrar reuniones reservadas relativas a culto religioso. Los filósofos que tomaron a su cargo el indecoroso ministerio de dirigir el ansia ciega de la persecución habían estudiado esmeradamente el temple y la índole de la religión cristiana, y, como sabían que los fundamentos de la fe se suponían cifrados en los escritos de los profetas, de los evangelistas y de los apóstoles, probablemente dispusieron la orden de que los obispos y los presbíteros entregasen ante los magistrados sus libros sacrosantos para inmediatamente, bajo severísimas penas, quemarlos pública y solemnemente. Por el mismo edicto fueron confiscados también los bienes de la

Iglesia, y sus diferentes partes se subastaron al mejor postor, se incorporaron al patrimonio imperial o se otorgaron a ciudades y gremios, e incluso a codiciosos cortesanos. Luego de ejecutar disposiciones tan terminantes para abolir el culto y derribar el régimen de los cristianos, se consideró preciso sujetar a trabajos forzados a los individuos reacios que siguiesen rechazando la religión natural romana. Sujetos de alta alcurnia fueron expulsados de sus empleos y perdieron sus honores, los esclavos fueron privados para siempre de su libertad, y el pueblo todo, declarado ilegal. Se autorizó a los jueces a oír y fallar toda demanda contra cristianos, quienes además no tenían derecho de denunciar los ultrajes que sufrían, de modo que los desventurados estaban expuestos a los rigores y excluidos del amparo de la justicia pública. Esta especie de martirio tan fatigoso y dilatado, tan oscuro e ignominioso, era quizás el más adecuado para vencer la constancia de los fieles: no cabe duda de que los intereses y anhelos de la gente impulsaban el ánimo de los emperadores. Mas la entereza del gobierno no pudo menos que amparar a veces a los cristianos acosados; no era posible que los príncipes romanos obviasen todo miedo a castigo y apoyasen delitos y tropelías, sin exponer su propio señorío y a los demás súbditos a todo tipo de obstáculos.[1683]

Este edicto estaba exhibido en el lugar más visible de Nicomedia; un cristiano lo desgarró y tiró inmediatamente, prorrumpiendo en violentos denuestos de menosprecio y abominación contra gobernantes tan impíos y tiránicos. El atentado, aun según las leyes más benignas, equivalía a traición y era digno de muerte, y si es cierto que el delincuente era sujeto de jerarquía y educación, eran circunstancias muy agravantes aun. Lo quemaron, o más bien lo asaron a fuego lento, y los ejecutores, con el afán de desagraviar al emperador de tamaño

desacato, apelaron a todos los refinamientos de la tortura, sin doblegar un punto su tolerancia ni vencer la sonrisa insultante y despejada que, en medio de su agonía mortal, rayó siempre en sus labios. Aunque los cristianos confesaban que aquella conducta no concordaba con las leyes de la prudencia, celebraban el fervor sobrehumano de su fe, y las alabanzas descomedidas que tributaron a la memoria de su héroe y mártir encarnaron aún más el pavor y el odio en el ánimo de Diocleciano.[1684]

Sus miedos se agravaron ante los peligros de los que por poco escapó, pues en sólo quince días se incendió dos veces el palacio de Nicomedia, incluido el dormitorio mismo de Diocleciano; y, aunque en ambos casos se apagó sin que provocara demasiados daños, la repetición extraña del fuego se consideró prueba suficiente de que no habían ocurrido por casualidad o descuido. Obviamente, la sospecha recayó sobre los cristianos, y se sugirió, con algún grado de verosimilitud, que aquellos ilusos desesperados, incitados por sus padecimientos actuales y temerosos de inminentes desdichas, se habían mancomunado con sus hermanos de fe, los eunucos del palacio, contra la vida de ambos emperadores, a quienes detestaban como enemigos irreconciliables de la Iglesia de Dios.

Se enfurecieron todos los pechos, y más el de Diocleciano. Se encarcelaron sujetos distinguidos, ya por sus empleos, ya por la confianza que habían merecido; se practicaron tormentos diversos; y la ciudad y la corte se mancillaron con raudales de sangre.[1685] Mas, como nada se investigó del intento misterioso, parece que sólo nos cabe condolernos de la inocencia y admirar la resistencia de los sufrientes. Pocos días después, Galerio se marchó atropelladamente de Nicomedia y declaró que, si se hubiera quedado más en ese palacio desventurado, seguramente

habría sido sacrificado por la saña de los cristianos. Los escritores eclesiásticos, de quienes únicamente sacamos la noticia parcial e incompleta de esta persecución, no aciertan a explicar los miedos y peligros de los emperadores. Dos de estos historiadores, un príncipe y un retórico, presenciaron el fuego de Nicomedia: uno lo achaca a un rayo y a la cólera divina, y el otro afirma que lo encendió la maldad del mismo Galerio.[1686]

Como el edicto contra los cristianos debía tener fuerza de ley para todo el Imperio, y Diocleciano y Galerio, aunque no podían esperar la anuencia, estaban seguros de la cooperación de los príncipes occidentales, parecería más corriente para nuestras ideas políticas que los gobernadores de todas las provincias tuvieran ya instrucciones reservadas para pregonar en el mismo día esta declaración de guerra en sus distritos respectivos. Se presume que la proporción de carreteras y postas facilitaba a los emperadores la comunicación de sus órdenes y pragmáticas desde su palacio de Nicomedia hasta los extremos del orbe romano, y que no pasarían cincuenta días antes de llegar a Siria, y cuatro meses hasta que se participase a las ciudades de África.[1687] Quizá deba atribuirse tanta demora al carácter cauteloso de Diocleciano, quien, al no estar demasiado de acuerdo con las disposiciones de aquella persecución, prefería ensayar y presenciar el resultado antes de aventurarse a los trastornos y pesares que irremediablemente habían de acarrear a las provincias remotas. Al principio se restringió a los magistrados que derramaran sangre, mas se les permitía con recomendación el uso de otros rigores contra los cristianos, aunque, resignados a la carencia de sus ostentosos templos, no podían resolverse a interrumpir sus juntas religiosas o a entregar sus libros sagrados a las llamas. La santa obstinación de Félix, obispo africano, parece que obstaculizó a los ministros subalternos del gobierno.

El prohombre de la ciudad lo envió encadenado al procónsul, quien lo pasó al prefecto pretorio en Italia, y Félix, que ni siquiera quiso contestar desentendidamente, fue finalmente degollado en Venusia [actual Venosa Abulia], en Lucania, pueblo conocido por el nacimiento de Horacio.[1688] Este precedente, y quizás alguna concesión imperial ocasionada por él, parece que autorizó a los gobernadores de las provincias a condenar a muerte a los cristianos ocultadores de sus libros sagrados. Indudablemente, se valieron de esta coyuntura varios devotos para lograr la corona del martirio; mas hubo también muchos que compraron una vida ignominiosa con la manifestación y entrega en manos sacrílegas de la Sagrada Escritura. Gran número de obispos y presbíteros se acarrearon con esta condescendencia criminal el sobrenombre o apodo de *traidores*, y su culpa vino a redundar prontamente en gravísimo escándalo y en amarga discordia futura para la iglesia africana.[1689]

Los ejemplares y traducciones de la Escritura habían cundido tanto por el Imperio, que ni la investigación más diligente podía producir consecuencias infaustas, pues aun el sacrificio de los volúmenes que se guardaban en todas las hermandades para el uso público exigía el consentimiento de algún cristiano indigno y alevoso. Sin embargo, la destrucción de las iglesias se realizó sin problemas gracias a las disposiciones del gobierno y el afán de los paganos, aunque en algunas provincias los magistrados se contentaron con cerrar todos los santuarios. En otras cumplieron puntualmente con los términos del edicto: arrancaron puertas, bancos y púlpitos, después los quemaron en una hoguera fúnebre y demolieron por entero todos los edificios.[1690] Quizá corresponde a esta triste época una historia notable, pero referida con pormenores tan variados e inverosímiles, que sólo sirve para avivar, sin satisfacer, la

curiosidad. En un pueblecillo de Frigia, cuyo nombre y situación ignoramos, parece que los magistrados y los vecinos estaban juntos profesando la fe cristiana, y como se sospechaba alguna resistencia para el cumplimiento del edicto, el gobernador de la provincia iba escoltado por un fuerte destacamento de legionarios. No bien llegaron los soldados, la gente se agolpó en la iglesia con ánimo de defenderla hasta el último trance. Rechazaron soberbiamente la intimación o permiso que se les daba de retirarse, hasta que la tropa, embravecida con su tenaz empeño, incendió por todas partes el edificio, y acabaron mediante este modo tan extraño de martirio a gran parte de frigios, con sus mujeres e hijos.[1691]

Sobrevinieron leves disturbios, contenidos inmediatamente, así en Siria como en la frontera de Armenia, y los enemigos de la Iglesia echaron mano de tan obvia coyuntura para insinuar que los obispos, con sus intrigas secretas, eran los fomentadores de aquellas turbulencias, olvidando ya aquellas protestas vistosas de obediencia rendida e ilimitada.[1692] Finalmente, Diocleciano, impulsado por sus enconos y miedos, traspasó los límites de la moderación que había conservado hasta entonces y pregonó en repetidos edictos su decisión de acabar con el nombre cristiano. El primero ordenaba a los gobernadores arrestar a todos los eclesiásticos, y las prisiones destinadas a los delincuentes más atroces rebosaron de obispos, presbíteros, diáconos, lectores y exorcistas. En el segundo se ordenó usar los métodos más severos para hacerles abandonar la odiosa superstición y obligarlos a volver al culto establecido de los dioses. Luego se extendió esta orden terminante a todos los cristianos, sometiéndolos a una general y violenta persecución.[1693] En vez de aquellas restricciones saludables que requerían el testimonio directo y solemne de un acusador, se hizo obligación para los

empleados imperiales escudriñar, perseguir y atormentar a los fieles más indefensos. Se castigaba severamente a quienes osaban encubrir a los descarriados y proscritos contra la justa ira de los dioses y los emperadores; pero, en medio del rigor de esta ley, el denuedo virtuoso de varios paganos en ocultar a sus amigos o deudos suministra una prueba honorífica de que la saña supersticiosa no había arrancado de sus pechos los afectos de la naturaleza y de la humanidad.[1694]

Ya publicados los edictos contra los cristianos, como si quisiese traspasar a otros la abominación de la persecución, Diocleciano declinó la púrpura imperial. La índole y situación de sus compañeros y sucesores los obligaba a veces a extremar y a veces a suspender aquellas leyes violentas; no podemos formarnos un concepto cabal de aquella importante época de la historia eclesiástica sin hacernos cargo por separado del estado del cristianismo, en diferentes regiones del Imperio, en el plazo de los diez años que mediaron entre los primeros edictos de Diocleciano y la paz final de la Iglesia.

El carácter manso y humano de Constancio se oponía a todo atropellamiento de los súbditos. Los cristianos desempeñaban los cargos principales de su palacio; él amaba sus personas y apreciaba su fidelidad, y no le desagradaban sus principios religiosos. Pero mientras Constancio permaneció como César, en la segunda jerarquía, no podía desairar abiertamente los edictos de Diocleciano ni desobedecer a Maximiano. Sin embargo, su autoridad contribuyó a aliviar los padecimientos de que se condolía y abominaba. Consintió con repugnancia al derribo de las iglesias, pero se aventuró a apadrinar a los cristianos contra el desenfreno del populacho y la violencia de las leyes. Las provincias de Galia (entre las cuales probablemente podemos contar las de Britania) debieron el

especial sosiego del que disfrutaron al amparo gentil de su soberano.[1695] Pero Daciano, el presidente o gobernador de Hispania, por política o por inclinación, se atuvo a la ejecución de los edictos públicos del emperador, y no a la propensión reservada de Constancio, y no cabe duda de que mancilló su régimen particular con la sangre de algunos mártires.[1696] La elevación de Constancio a la jerarquía suprema e independiente de Augusto les dio libre espacio a sus virtudes, y durante su corto reinado logró plantear un sistema de tolerancia cuyo mandato y norma dejó a su hijo Constantino. Este venturoso hijo, que desde el comienzo de su advenimiento se proclamó patrono de la Iglesia, mereció finalmente el nombramiento de primer emperador que profesó públicamente y estableció la religión cristiana. Los motivos de su conversión traían visos muy diversos de humanidad, de política, de convencimiento o de pesar; y los progresos de la revolución que bajo su poderoso influjo y el de sus hijos constituyeron al cristianismo como religión dominante del Imperio han de ser un capítulo interesante y fundamental en esta misma obra; mas por ahora apuntaremos solamente que cada victoria de Constantino acarreaba un blasón y provecho nuevo a la Iglesia.

Las provincias de Italia y África padecieron una persecución breve, pero intensa. Maximiano cumplió rigurosamente los edictos de su socio, quien odiaba considerablemente a los cristianos y se deleitaba en actos sangrientos. Se reunieron en Roma los dos emperadores para celebrar su triunfo el primer año de la persecución. Sus juntas reservadas dieron origen a varias leyes opresoras y la actividad de los magistrados fue incitada por la presencia de los mismos emperadores. Luego de que Diocleciano abandonara la púrpura, Italia y África quedaron bajo la administración de Severo, y desamparadas ante

el encono implacable de su jefe Galerio. Entre los mártires de Roma, Adaucto no debe ser olvidado por la posteridad. De familia noble italiana, había ido ascendiendo por la escala de los empleos palaciegos hasta el de tesorero del patrimonio privado. Adaucto es recordado por haber sido el único sujeto importante que padeció la muerte en el curso de esta persecución general. [1697]

La rebelión de Majencio devolvió inmediatamente la paz a Italia y África, y el tirano, que atropelló a todas las demás clases de súbditos, se mostró equitativo, humano e incluso afecto a los cristianos. Contaba con su agradecimiento y cariño, y consideraba atinadamente que tanto agravio padecido y el peligro que siempre estaban recelando de su enemigo inveterado afianzarían la lealtad de un bando ya considerable por su número y sus riquezas.[1698] También la conducta de Majencio para con los obispos de Roma y Cartago comprueba su tolerancia, puesto que los príncipes más temerosos se han de atener al mismo sistema respecto al clero ya establecido. Marcelo, el primero de dichos prelados, había conmovido a la capital con motivo de las penas severas que iba imponiendo a muchísimos cristianos que durante la persecución precedente habían renegado o prescindido de su religión. El furor de bandos enfrentados acababa en sediciones repetidas y violentas. La sangre de los fieles era derramada por manos propias o contrarias, y el destierro de Marcelo, cuyo furor sobresalía más que su prudencia, pareció ser el único arbitrio para restablecer la paz a la desdichada Iglesia de Roma.[1699] Pareció todavía más reprensible la conducta del obispo de Cartago, Mensurio. Un diácono había publicado un libelo contra el emperador y se guareció en el palacio episcopal; aunque era muy anticipada la pretensión de entablar inmunidades eclesiásticas, el obispo se negó a entregarlo a los representantes de la justicia. Se lo citó a

la corte, y en vez de imponerle sentencia de muerte o destierro, tras un breve interrogatorio, se le permitió regresar a su diócesis.[1700] Era tan afortunada la situación de los cristianos súbditos de Majencio, que para cubrir sus apetencias de reliquias de mártires, tenían que buscarlas en las diversas provincias de Oriente. Se cuenta la historia de Aglaé, dama romana, de alcurnia consular, y dueña de tan grande patrimonio que necesitaba para su manejo hasta setenta y tres sirvientes. Entre ellos, la confianza era toda de Bonifacio, y como Aglaé lograba hermanar la devoción con el cariño, se cuenta que vivían como esposos. Sus riquezas le permitían gratificar a los devotos, comprándoles preciosas reliquias de Oriente. Confió a Bonifacio una porción cuantiosa de oro y de aromas, y el amante, escoltado con doce jinetes y tres carros cubiertos, emprendió su remota romería hasta la ciudad de Tarso en Cilicia.[1701]

La índole sanguinaria de Galerio, autor primero y principal de la persecución, era muy aciaga para los cristianos que por desdicha vivían en sus dominios, y se supone que muchos de la clase media, que podían prescindir de riquezas y de apuros, desertaban con frecuencia de su patria para guarecerse en las regiones más apacibles de Occidente. Mientras estuvo reducido al mando de los ejércitos y provincias de Iliria, le era trabajoso hallar o hacer un gran número de mártires en un país belicoso que había albergado con más tibieza y despego a los misioneros del Evangelio que ninguna otra parte del Imperio.[1702] Pero cuando Galerio alcanzó la soberanía y el poder de Oriente, dio rienda suelta a su fervor y crueldad, no sólo en las provincias de Tracia y Asia, de su inmediata jurisdicción, sino también en las de Siria, Palestina y Egipto, donde Maximino estaba cebando su propia inclinación, obedeciendo rendida y esmeradamente los fieros mandatos de su benefactor.[1703] Las repetidas frustraciones

de sus miras ambiciosas, la experiencia de seis años de persecución y los desengaños de la reflexión durante una dolencia dilatada y penosa embargaron el ánimo de Galerio, y por fin se convenció de que el ahínco más tenaz del despotismo era insuficiente para exterminar a todo un pueblo o sujetar sus preocupaciones religiosas. Ansioso de remediar el deterioro causado, pregonó en su nombre, en el de Licinio y en el de Constantino, un edicto general que, tras el esplendor de los dictados imperiales, hablaba en estos términos:

«Entre los ansiosos desvelos que han embargado nuestro ánimo para la conservación y prosperidad del Imperio, era nuestra voluntad reformar y restablecer todos los ramos según las leyes antiguas y la disciplina pública de los romanos. Ansiábamos especialmente desengañar y conducir por la senda de la razón y de la naturaleza a los ilusos cristianos, desertores de la religión y de las ceremonias instituidas por sus padres, y que menospreciando orgullosamente la práctica de la antigüedad, han inventado leyes y opiniones extravagantes según los sueños de su fantasía, y han formado una sociedad a través de varias provincias de nuestro Imperio. Los edictos que hemos publicado para fomentar el culto de los dioses expusieron a muchos cristianos al desamparo y al exterminio, muchos padecieron la muerte y muchos otros, que persistieron en su impío devaneo, fueron destituidos de todo ejercicio público de religión. Nos hallamos con ánimo de extender hasta esos desventurados los signos de nuestra clemencia. Por tanto, les permitimos profesar libremente sus opiniones privadas y reunirse en sus juntas sin miedo ni molestia, con tal que conserven su debido respeto a las leyes y al gobierno establecido. En otra proclama participaremos nuestros deseos a los jueces y magistrados, esperando desde luego que esta benignidad nuestra mueva a los cristianos a

tributar sus plegarias a la divinidad que están adorando por nuestro bien y prosperidad, por el suyo y por el de la república.»[1704]

No es usual acudir a edictos y manifiestos para estudiar por su lenguaje la verdadera índole y el ánimo reservado de los príncipes; mas como estas palabras eran de un emperador moribundo, acaso su situación sirva de garantía para su sinceridad.

Al firmar Galerio su edicto de tolerancia, ya estaba asegurado que Licinio seguiría el ánimo de su amigo y benefactor, y que toda disposición favorable a los cristianos merecería la aprobación de Constantino. Sin embargo, el emperador no se animó a encabezar la proclama con el nombre de Maximino, quien, pocos días después, asumió el poder de las provincias de Asia y cuyo consentimiento era de gran importancia. Sin embargo, Maximino, en los primeros seis meses de su nuevo reinado, aparentó atenerse a los sensatos consejos de su antecesor; y aunque nunca se avino a resguardar el sosiego de la Iglesia con decretos, su prefecto pretorio, Sabino, expidió una circular a todos los gobernadores y magistrados de las provincias, donde se explayaba en la clemencia imperial, reconocía la terquedad indómita de los cristianos y encargaba a los oficiales de justicia que cesasen ya en sus persecuciones infructuosas y se despreocupasen de las asambleas secretas de aquellos ilusos; como consecuencia de estas disposiciones, liberaron de las prisiones y trajeron de las minas a crecido número de cristianos. Los confesores regresaron a sus países entonando himnos triunfales, y cuantos se habían postrado ante los ímpetus de la tormenta acudían llorosos y arrepentidos a clamar por su readmisión en el seno de la Iglesia.[1705]

Pero la tramposa bonanza se disipó pronto: los cristianos de

Oriente no podían confiar de modo alguno en la índole de su soberano, pues crueldad y superstición eran dos pasiones dominantes de Maximino. La primera ofrecía los medios y la segunda, los objetos para sus violencias. El emperador era muy devoto de sus dioses, de la magia y de los oráculos. Honraba continuamente a los profetas y filósofos, a quienes reverenciaba como a favoritos del cielo, con el gobierno de las provincias, y los admitía en sus consejos. Ellos lo convencieron fácilmente de que los cristianos debían su triunfo a su afinada disciplina y que el politeísmo flaqueaba por falta de enlace y dependencia entre los ministros de la religión. Por ello se instituyó un sistema de gobierno según la norma del de la Iglesia. Se repararon y adornaron por orden de Maximino los templos en todas las ciudades populosas del Imperio, y los sacerdotes de las diversas deidades quedaron subordinados bajo la autoridad de un sumo pontífice, opuesto a los obispos, a fin de promover la causa del paganismo. Estos pontífices reconocían luego la jurisdicción suprema de los metropolitanos o sacerdotes máximos, que obraban como lugartenientes del mismo emperador. La vestimenta blanca era enseña de su dignidad. Estos prelados eran escogidos de las familias más nobles y opulentas. Con el influjo de los magistrados y del orden sacerdotal, se arreglaron un sinnúmero de rendidas representaciones, especialmente en las ciudades de Nicomedia, Antioquía y Tiro, que expresaban habilidosamente los notorios intentos de la corte como la opinión general del pueblo, solicitaban al emperador que acudiera más bien a las leyes justas que a los dictámenes de la clemencia, demostraban su aborrecimiento de los cristianos, y suplicaban rendidamente que se expulsara a la impía secta del ámbito de sus respectivos territorios. La contestación de Maximino a la demanda de los ciudadanos de Tiro aún

sobrevive. Admira su fervorosa devoción en cuanto a una complacencia sincera, se explaya contra la impiedad empedernida de los cristianos y, por el afán con que se acuerda su destierro, se considera agradecido a lo que le piden. Autorizaba a sacerdotes y magistrados a que se esmerasen todos en la ejecución de sus edictos grabados en láminas de bronce, y, si bien se les encargaba que evitasen el derramamiento de sangre, se imponían a los cristianos renitentes los castigos más horrendos y vergonzosos.[1706]

Los cristianos asiáticos debían temerlo todo de la adustez de un monarca fanático, que estaba disponiendo sus medidas violentas con tan deliberado estudio. Sin embargo, algunos meses después, los edictos publicados por los emperadores de Occidente detuvieron la carrera de Maximino, pues la guerra civil temerariamente emprendida contra Licinio ocupó toda su atención. Finalmente, la derrota y la muerte de Maximino liberaron pronto a la Iglesia de su último y más implacable perseguidor.[1707]

En esta reseña general de la persecución que primero proclamaron los edictos de Diocleciano, he querido dejar en silencio los padecimientos particulares y muertes de los mártires cristianos. Era una tarea fácil entresacar de la historia de Eusebio, de las declamaciones de Lactancio y de las actas más antiguas una extensa relación de trances horrendos y angustiosos, y llenar largas páginas con potros y azotes, garfios acerados, lechos de hierro ardiente, y toda la variedad de tormentos con que el fuego y el acero, fieras y sayones infernales pueden mancillar el cuerpo humano. Estas angustiosas agonías podían realzarse con un sinnúmero de visiones y milagros para retrasar la muerte, solemnizar el triunfo o desenterrar las reliquias de aquellos santos canonizados que padecieron la

muerte por el nombre de Cristo. Mas no me avengo a puntualizar lo que debo ir copiando hasta que despeje puntualmente lo que me corresponde creer. El historiador eclesiástico más grave, el mismo Eusebio, confiesa indirectamente que ha referido cuanto podía redundar en gloria de la religión y que ha suprimido cuanto podía deshonrarla.[1708] Semejante confesión engendra la sospecha de que un escritor que tan a las claras quebranta una de las leyes fundamentales de la historia no habrá guardado mucho respeto con la otra, y el recelo se agrava con la índole de Eusebio, que era menos crédulo y mucho más avezado en tretas palaciegas que casi todos sus contemporáneos. En ocasiones particulares, embravecidos los magistrados por motivos de interés o de encono, cuando el fervor de los mártires les hacía abandonar toda prudencia, y aun quizás el decoro, volcar los altares, prorrumpir en imprecaciones contra los emperadores y aporrear a los jueces en el propio tribunal, debe inferirse que se idearon muchos géneros de tormento, echando el resto para vencer el tesón de las víctimas indefensas.[1709] Sin embargo, menciona incautamente dos circunstancias que insinúan que el trato que los oficiales de justicia solían dar a los cristianos presos era más bien tolerable y no tan insoportable: I) se permitía a los fieles sentenciados a las minas, por la humanidad o descuido de los guardas, labrar capillas y profesar libremente su religión, detenidos en aquellas moradas horrendas;[1710] II) los obispos tenían que refrenar el celo fervoroso de los cristianos que se entregaban voluntariamente en manos de los magistrados. Eran algunos de ellos pobres de solemnidad o agobiados de deudas, que arrostraban a veces una muerte gloriosa para poner fin a su desventurada vida; otros esperaban que un encierro breve purgaría las culpas de su vida entera; y luego otros eran llevados

por motivos menos decorosos, como el de una subsistencia colmada, y quizá una ganancia cuantiosa, con las limosnas que la caridad de los fieles suministraba a los presos.[1711] Finalmente, cuando la Iglesia triunfó sobre todos sus enemigos, el interés y la vanagloria de los arrestados los incitaba a agrandar sus respectivos merecimientos. Con la distancia proporcionada por el tiempo y el lugar, la inventiva se ampliaba, y los repetidos ejemplos que pueden citarse de santos mártires cuyas llagas sanaron instantáneamente, cuyas fuerzas se recobraron y cuyos miembros perdidos acudieron milagrosamente al desempeño de sus funciones en los debidos sitios fueron muy útiles para vencer todo tropiezo y acallar toda objeción. Las leyendas más extrañas, por cuanto redundaban en realce de la Iglesia, merecían aceptación entre la crédula muchedumbre, eran promovidas por el poderoso y confirmadas por el testimonio poco auténtico de la historia eclesiástica.

Las vagas descripciones de prisión, destierro, dolor y tormentos se exageran o se debilitan tan fácilmente con las artes de un orador hábil, que, naturalmente deseamos averiguar algún hecho más despejado y consistente, como el número de individuos que fenecieron en virtud de los edictos de Diocleciano, de sus socios y sucesores. Los recopiladores modernos refieren huestes y ciudades que de un golpe desaparecieron bajo la cuchilla exterminadora de la persecución. Los escritores más antiguos suelen contentarse con derramar a raudales inconexos y trágicos alegatos, sin detenerse a puntualizar la suma de cuantos lograron sellar con su sangre la creencia en el Evangelio. Sin embargo, en la historia de Eusebio se puede leer que sólo nueve obispos fueron castigados con la muerte, y, con su pormenorizada enumeración de los mártires de Palestina, podemos estar seguros de que tan sólo noventa y

dos cristianos se hicieron acreedores a dictado tan honorífico.[1712] Como no puede constarnos el grado de fervor y denuedo episcopal de aquel tiempo, tampoco podemos inferir datos de aquellos hechos; pero el último nos permitirá alcanzar una conclusión verosímil e importante. Según la distribución de las provincias romanas, Palestina representa la dieciseisava parte del Imperio oriental;[1713] y, como hubo gobernadores que por clemencia efectiva o aparente no se mancillaron con la sangre de los fieles,[1714] racionalmente puede creerse que el país nativo del cristianismo produjo por lo menos la decimosexta porción de mártires que fenecieron en los dominios de Galerio y Maximino. Así, el total vendrá a sumar unos mil quinientos, número que repartido por los diez años de la persecución, dará una cantidad anual de ciento cincuenta mártires. Aplicando la misma proporción a las provincias de Italia, África y, tal vez Hispania, donde al final del tercer año se calmó o cesó el rigor de las leyes penales, la muchedumbre de cristianos en el Imperio Romano ejecutados capitalmente sería de poco menos de dos mil individuos. Como no cabe duda de que los cristianos eran más numerosos y los enemigos más enconados en tiempo de Diocleciano que durante ninguna de las persecuciones anteriores, este tanteo probable nos encaminará a computar el número de los primitivos santos y mártires que sacrificaron sus vidas por el intento grandioso de introducir el cristianismo en el mundo.

Vamos a terminar este capítulo con una verdad angustiosa que se abalanza sobre el espíritu a pesar suyo. Aun dando por sentado cuanto refirió la historia o fingió la devoción en materia de martirios, se debe confesar que los cristianos, en el curso de sus discordias intestinas, se han estado causando mayores mermas entre sí que cuantas padecieron por las tropelías de los

infieles. En los siglos de ignorancia que siguieron a la ruina del Imperio Romano de Occidente, los obispos de la ciudad imperial extendían su señorío sobre clérigos y seglares de la iglesia latina. La máquina de superstición que fraguaron y que podía enfrentar por largo tiempo a la razón y sus embates fue finalmente asaltada por un tropel de fanáticos denodados, que entre los siglos XII y XVI se dedicaron a desempeñar el papel de reformadores. La Iglesia de Roma defendió con la violencia el Imperio que había adquirido con engaño; las proscripciones, guerras, matanzas y la Inquisición mancillaron el sistema de la paz y la benevolencia. Y como el amor a la libertad civil animaba igual que la libertad religiosa a los reformadores, los príncipes católicos enlazaron sus intereses con los del clero y reforzaron con el fuego y el hierro el pavor de las censuras espirituales. Se dice que sólo en los Países Bajos más de cien mil súbditos de Carlos V fenecieron a manos del verdugo, y certifica este número Grocio,[1715] hombre de talento y de instrucción, que conservó su comedimiento en medio del furor de los partidos encontrados, y compuso los anales de su siglo y su país en tiempo en que ya el invento de la imprenta facilitaba los medios de averiguación y aumentaba el peligro del descubrimiento. Si tenemos que someter nuestra creencia a la autoridad de Grocio, se habrá de conceder que el número de protestantes ejecutado en un solo reinado y en una provincia única sobrepujó con mucho al de los mártires primitivos en la extensión de tres siglos y del Imperio Romano. Mas si lo improbable del mismo hecho prevaleciese sobre el peso de la evidencia, y si Grocio fuese culpable de exagerar los méritos y padecimientos de los reformadores,[1716] sería natural que nos preguntáramos qué confianza podrá fundarse sobre los monumentos imperfectos y dudosos de la credulidad antigua; qué crédito le cabe a un

obispo cortesano, a un declamador acalorado, que, bajo la protección de Constantino, estuvo disfrutando el privilegio exclusivo de historiar las persecuciones impuestas a los cristianos por los competidores ya vencidos o los antecesores desautorizados de su gracioso soberano.

XVII

FUNDACIÓN DE CONSTANTINOPLA - SISTEMA POLÍTICO DE CONSTANTINO Y SUS SUCESORES - DISCIPLINA MILITAR - EL PALACIO - LA HACIENDA

El desventurado Licinio fue el último rival que se opuso a la grandeza de Constantino y el último cautivo que engalanó su triunfo. Tras un reinado próspero y sereno, el vencedor legó a su familia la herencia del Imperio Romano: una nueva capital, una nueva política y una nueva religión, y las generaciones siguientes incorporaron y consagraron sus innovaciones. La época del gran Constantino y sus hijos rebosa de acontecimientos grandiosos, pero su número y variedad pueden ofuscar al historiador si no separa con cuidado las escenas que sólo se vinculan temporalmente. Antes de relatar las guerras y las revoluciones que aceleraron la decadencia del Imperio, deberá describir las instituciones políticas que lo robustecieron y afianzaron. Además, deberá adoptar la división, desconocida por los antiguos, entre negocios civiles y eclesiásticos: la victoria de los cristianos y sus discordias internas suministrarán claros y copiosos materiales, tanto de edificación como de escándalo.

Tras la derrota y la abdicación de Licinio, su victorioso rival colocó los cimientos de una ciudad destinada a reinar en lo venidero como señora de Oriente y a sobrevivir al Imperio y a la religión de Constantino (año 324). Los motivos —ya sea el orgullo o la política— que indujeron a Diocleciano a desviarse del antiguo solar del gobierno habían adquirido relevancia por el

ejemplo de sus sucesores y la práctica de cuarenta años. Imperceptiblemente, Roma se fue confundiendo con los reinos dependientes que habían reconocido su primacía, y la patria de los Césares se hallaba abandonada por un príncipe guerrero nacido en las cercanías del Danubio, educado en las cortes y huestes de Asia, y revestido con la púrpura por las legiones de Britania. Los italianos, que habían recibido a Constantino como su libertador, obedecieron sumisamente los edictos que a veces enviaba al Senado y al Pueblo de Roma, pero rara vez contaron con la honorífica presencia del soberano. En la lozanía de su edad, Constantino viajaba con lento señorío o con activa diligencia, según las varias exigencias de la guerra o la paz, por los confines de sus extensos dominios, y siempre estuvo listo para salir a campaña contra el enemigo interno o externo. Sin embargo, cuando hubo alcanzado la cumbre de su prosperidad y la decadencia de la vida, decidió fijar el poderío y la majestad del solio de modo más permanente. Por las ventajas de la ubicación, prefirió los límites de Europa y Asia para doblegar con brazo aterrador a los bárbaros aposentados entre el Danubio y el Tanais, y para tener la vista clavada sobre el monarca persa, que se mostraba muy incómodo con el yugo impuesto por medio de un tratado afrentoso. Con esta mira, Diocleciano había escogido y embellecido su residencia de Nicomedia, pero su memoria fue aborrecida por el protector de la Iglesia, y Constantino no se desentendía de la ambición de fundar una ciudad que pudiera perpetuar la gloria de su propio nombre. Durante las operaciones de la guerra contra Licinio, pudo observar, como militar y como estadista, la situación de Bizancio, y reparó en que, mientras la naturaleza la protegía poderosamente de un ataque enemigo, la ciudad era accesible por dondequiera a las ventajas del comercio. Mucho antes de Constantino, uno de los

historiadores más reflexivos de la Antigüedad[1717] había descrito la ventajosa ubicación desde donde una pequeña colonia griega se alzó con el mando del mar y se encumbró como república libre y floreciente.[1718]

Si consideramos a Bizancio bajo la extensión que ganó con el nombre augusto de Constantinopla, su forma puede representarse como un triángulo desigual: su punta obtusa, que avanza hacia el Este y las costas de Asia, encuentra y repele las olas del Bósforo de Tracia; el lado septentrional de la ciudad es delimitado por el puerto; el meridional, por el Propóntide o mar de Mármara, y la base del triángulo, que mira al Oeste, remata el continente de Europa. Sin embargo, la asombrosa forma y las alternativas del mar o de la tierra que la circunscriben no se comprenden claramente sin una explicación más amplia.

El canal sinuoso por donde corren las aguas del Euxino con rápido raudal hacia el Mediterráneo se llama Bósforo, nombre célebre en la historia como en las fábulas de la Antigüedad.[1719] Un sinnúmero de templos y altares votivos, dispersos y escondidos por los recodos de su bravía costa, atestigua el atraso, el pavor y la devoción de los navegantes griegos, quienes, imitando a los argonautas, exploraron los escollos del tormentoso Euxino. Por mucho tiempo, la tradición conservó el recuerdo del palacio de Fineo, infestado por las hediondas arpías,[1720] y del reinado silvestre de Amico, que retó al hijo de Leda a la lucha del cesto.[1721] Las Rocas Cianeas terminan el estrecho del Bósforo. Según la descripción de los poetas, estas piedras estaban flotando por las aguas hasta que los dioses las destinaron a resguardar la entrada del Euxino contra la curiosidad profana.[1722] El sinuoso Bósforo mide más de dieciséis millas [25,7 km] desde las Rocas Cianeas hasta el extremo de la bahía de Bizancio,[1723] y su ancho general puede

calcularse en una milla y media [2,4 km]. Los *nuevos* castillos del Bósforo, tanto del lado de Europa como del de Asia, están construidos sobre los cimientos de dos célebres templos: el de Serapis y el de Júpiter. Los *antiguos* castillos, obra de los emperadores griegos, señorean la parte más estrecha del canal, en el lugar donde la distancia que separa las orillas contrapuestas es de quinientos pasos [381 m]. Mohamed II restableció y robusteció estas fortalezas cuando estaba ideando el sitio de Constantinopla;[1724] pero probablemente el vencedor turco ignoraba que, cerca de dos mil años antes de su reinado, Darío había escogido el mismo lugar para enlazar los dos continentes por medio de un puente de barcas.[1725] A corta distancia de los castillos antiguos, se descubre el pequeño pueblo de Crisópolis o Escútari, que casi fue considerado como el suburbio asiático de Constantinopla. El Bósforo, al ensancharse en el Propóntide, desemboca entre Bizancio y Calcedonia. Esta última ciudad fue edificada por los griegos pocos años antes que la primera, y la ceguedad de los fundadores, que desatendieron las superiores ventajas de la costa opuesta, quedó tildada con una expresión proverbial de menosprecio.[1726]

En tiempos remotos, el puerto de Constantinopla, que se puede considerar como un brazo del Bósforo, mereció la denominación de *Cuerno Dorado* o *Cuerno de Oro*, pues su recodo es como el asta de un ciervo o, más bien, de un toro.[1727] El epíteto de *dorado* expresaba la abundancia de riquezas que, desde las playas más lejanas, desembocaba en el ancho y seguro puerto de Constantinopla. El río Licus [actual Lech], formado por la confluencia de dos riachuelos, vierte en la bahía un raudal perpetuo de agua fresca, que limpia el fondo e invita periódicamente a los peces a buscar su retirada en esa cómoda guarida. Como en aquellas aguas apenas se perciben los cambios

de marea, la profundidad constante del puerto permite, a toda hora, el embarque y el desembarque de las mercancías sin ayuda de botes, e incluso, se ha observado que, en varios parajes, los buques más grandes tocaban las casas con sus proas, mientras las popas se mecían en la oleada.[1728] Desde la desembocadura del Licus hasta el extremo de la bahía hay más de siete millas [11,2 km] de largo. La entrada tiene cerca de quinientas yardas [457,2 m] de ancho, de modo que en ocasiones se podía cerrar con una cadena para resguardar el puerto y la ciudad del ataque enemigo.[1729]

Entre el Bósforo y el Helesponto, las playas de Europa y Asia retroceden por ambos lados y abarcan el mar de Mármara, conocido por los antiguos con el nombre de Propóntide. Desde la desembocadura del Bósforo hasta la entrada del Helesponto, la navegación es como de ciento veinte millas [32,1 km]. Quienes se dirigen hacia el Oeste por el centro del Propóntide pueden divisar inmediatamente las serranías de Tracia y Bitinia sin perder de vista las empinadas cumbres del monte Olimpo, cubierto de nieves eternas;[1730] además, del lado izquierdo, van dejando atrás un grandioso golfo, en cuyo seno descollaba Nicomedia —residencia imperial de Diocleciano— y, antes de fondear en Gallipoli, donde el mar que separa Asia de Europa se acanala de nuevo, pasan por las pequeñas islas de Cyzicus y Proconeso.

Los geógrafos que con más exactitud han ido registrando la forma y extensión del Helesponto le calculan unas sesenta millas [96,5 km] de largo, contando todos sus recodos, y cerca de tres millas [4,8 km] de ancho.[1731] La parte más estrecha se encuentra al norte de los antiguos castillos turcos, entre las ciudades de Sesto y Abidos. Allí fue donde el enamorado Leandro afrontó el mar embravecido en busca de su amante.[1732] También allí, en un paraje donde la distancia entre las costas no

excede los quinientos pasos [381 m], Jerjes levantó un asombroso puente de barcas para trasladar un ejército de un millón y medio de bárbaros a Europa.[1733] Encajonado el mar en tan estrechos límites, no puede merecer el extraño epíteto de *anchuroso*, que tanto Homero como Orfeo han concedido al Helesponto. No obstante, nuestras ideas de la grandeza son de naturaleza relativa: el viajante y, ante todo, el poeta que surcaban el Helesponto, rodeando tantos giros y contemplando la teatral perspectiva que, por dondequiera, realzaba el horizonte, perdían el recuerdo del mar, y su fantasía les retrataba aquellas decantadas angosturas con todos los atributos de un río caudaloso que, fluyendo con rápida corriente, desembocaba en el Egeo o Archipiélago.[1734] La antigua Troya,[1735] colocada en un cerro al pie del monte Ida, observaba la entrada del Helesponto, que apenas recibía las aguas de los inmortales riachuelos Simois y Escamandro. El campamento griego se tendía doce millas [19,3 km] por la costa, desde el promontorio Sigeo al Reteo, y los caudillos más descollantes que peleaban bajo las órdenes de Agamenón resguardaban sus flancos. Aquiles, con sus invencibles mirmidones, ocupó el primero de aquellos promontorios, y el denodado Ayax plantó sus tiendas en el otro. Después de la muerte de Ayax, como expiación de su desairado orgullo y de la ingratitud de los griegos, su sepulcro se levantó en el paraje donde se había escudado la armada contra la saña de Júpiter y de Héctor; y los ciudadanos del creciente pueblo de Reteo lo conmemoraron con honores divinos.[1736] Antes de que Constantino eligiera la ubicación de Bizancio, intentó colocar el solio del Imperio en aquel decantado sitio, de donde los romanos tomaban su origen fabuloso. La extensa llanura que se extendía de los pies de la antigua Troya al promontorio Reteo y el sepulcro de Ayax fue escogida

inicialmente para instalar la nueva capital y, aunque luego se abandonó la empresa, los grandiosos escombros de muros y torreones incompletos llamaban la atención de los que surcaban el estrecho del Helesponto.[1737]

Ahora nos cabe puntualizar las ventajas locales de Constantinopla, que parece haber nacido para encabezar y señorear una grandiosa monarquía. Situada a 41° de latitud Norte, la gran ciudad, desde sus siete colinas,[1738] imperaba sobre las playas opuestas de Europa y Asia; su clima era templado y saludable; la tierra, fértil; el puerto, capaz y seguro; y su acceso, angosto y de fácil defensa. El Bósforo y el Helesponto pueden ser considerados como las puertas de Constantinopla, y el poseedor de ambos pasos podía abrirlos a las flotas del comercio o cerrarlos a los enemigos navales. La conservación de las provincias orientales puede atribuirse, hasta cierto grado, a la política de Constantino, puesto que los bárbaros del Euxino, que en el siglo anterior se habían internado con sus armadas en el corazón del Mediterráneo, desistieron del ejercicio de la piratería al no poder arrollar aquella insuperable valla. Cuando las puertas del Helesponto y del Bósforo se cerraban, la capital podía seguir disfrutando en su espacioso recinto de cuanto se requería para el abastecimiento y el boato de su crecido vecindario. Las costas de Tracia y de Bitinia, que languidecen bajo el peso de la opresión turca, aún exhiben sus viñedos, sus jardines y sus sementeras, y el Propóntide siempre fue elogiado por su variedad de exquisitos peces, capturados por temporadas casi sin trabajo ni maña.[1739] Pero, cuando estas puertas estaban abiertas al comercio, la capital disponía de las riquezas naturales como de las artificiales, de las del Norte como las del Sur, de las del Euxino como de las del Mediterráneo. Los toscos bienes que se recogían de las selvas de Germania y Escitia, de las fuentes del

Tanais y del Borístenes; lo que Europa y Asia labraban; el trigo de Egipto; las perlas y especias de la recóndita India; todo acudía por las alas del viento al puerto de Constantinopla, que por largos siglos atrajo el comercio del mundo antiguo.[1740]

La hermosura, el resguardo y la riqueza eran motivos suficientes para justificar la elección de Constantino de aquel solar venturoso. Sin embargo, como en los tiempos remotos cierta dosis decorosa de fábulas y portentos se consideraba como ráfaga vistosa en el origen de magníficas ciudades,[1741] el emperador ansiaba que su disposición se atribuyese no tanto a los consejos inciertos de la política humana, sino a los decretos infalibles de la sabiduría divina. En una de sus leyes se esmeró en informar a la posteridad que, cumpliendo con los mandatos de Dios, sentaba los cimientos sempiternos de Constantinopla;[1742] y aunque no relató el modo como se le comunicó la inspiración celestial, esto queda sobradamente resarcido por los escritores que, luego, han referido los detalles de su visión nocturna, la que tuvo cuando dormía dentro de las paredes de Bizancio: el numen tutelar del pueblo, una matrona postrada por el peso de los años y las enfermedades, se le apareció trocado en una beldad lozana, a quien el mismo Constantino realzó con sus manos colocándole todos los símbolos de la grandeza imperial.[1743] Cuando el monarca despertó, interpretó el propicio agüero y obedeció sin demora la voluntad del cielo. Los romanos celebraban el día de la fundación de una ciudad o colonia con las ceremonias que una generosa superstición les había ordenado;[1744] y, aunque Constantino pudiera omitir ciertos ritos que en gran medida propendían al paganismo, ansiaba esperanzar y sobrecoger hondamente el ánimo de los concurrentes. A pie y empuñando su lanza, el emperador en persona encabezó la solemne procesión y señaló la línea que se

trazó como frontera de la ideada capital. La amplia circunferencia asombró a los asistentes, quienes finalmente se animaron a manifestarle que ya había propasado las dimensiones de una ciudad grandiosa. «Adelante —replicó Constantino—, hasta que la guía invisible que me antecede tenga a bien pararse».[1745]Sin tratar de investigar la naturaleza o los motivos de este extraordinario conductor, tendremos que limitarnos a la tarea más humilde de describir la extensión y los límites de Constantinopla.[1746]

En el estado actual de la ciudad, el palacio y sus jardines ocupan el promontorio oriental, la primera de las siete colinas, y abarcan unos ciento cincuenta acres [60,7 ha]. El solar de celos y despotismo turcos se erige sobre los cimientos de una república griega; pero es de suponer que los bizantinos, tentados por el puerto, se inclinaron a extenderse por ese lado más allá de los límites modernos del serrallo. Los nuevos muros de Constantino se extendieron desde el puerto hasta el Propóntide, atravesando la espaciosa anchura del triángulo, a quince estadios [3 km] de la fortificación antigua, y abarcaron, con el pueblo de Bizancio, cinco de las siete colinas que, a quien se acerca a Constantinopla, se le presentan gradualmente como la hermosa escalinata de un anfiteatro.[1747] Como un siglo después de la muerte del fundador, los nuevos edificios, alargándose por una parte hacia la bahía y por la otra sobre el Propóntide, cubrían la estrecha cima de la sexta colina y la ancha cumbre de la séptima. La necesidad de proteger esos suburbios de los incesantes ataques de los bárbaros movió al joven Teodosio a amurar completamente su capital.[1748] Desde el promontorio oriental hasta la puerta dorada, la máxima longitud de Constantinopla sería de tres millas romanas [4,4 km];[1749] la circunferencia midió entre diez [14,7 km] y once millas romanas [16,2 km]; y

la superficie sería de unos dos mil acres ingleses [809,3 ha]. Es imposible justificar las vanas y crédulas exageraciones de los viajeros modernos, que a veces han dilatado los límites de Constantinopla hasta las aldeas cercanas de Europa e, incluso, de la costa asiática.[1750] Pero los suburbios de Pera [actual Beyoğğlu] y Gálata, aunque situados más allá del puerto, merecen ser considerados parte de la ciudad,[1751] y este aumento quizá cuadre con la medida de un historiador bizantino, que le concede dieciséis millas griegas (cerca de catorce millas romanas) [20,6 km] a la circunferencia de su ciudad natal.[1752] Tanta extensión puede parecer digna de una residencia imperial, pero Constantinopla debe rendirse ante Babilonia, Tebas,[1753] la antigua Roma, Londres e, incluso, París.[1754]

El dueño del mundo romano, empeñado en erigir un monumento sempiterno a la gloria de su reinado, podía emplear en su empresa el resto de las riquezas, los afanes y todo el ingenio obediente de tantos millones. El gasto imperial en la fundación de Constantinopla se puede estimar en más de dos millones quinientas mil libras, destinadas a la construcción de murallas, pórticos y acueductos.[1755] Los lóbregos bosques de las playas del Euxino y las ponderadas canteras de la pequeña isla de Proconeso suministraron una inagotable cantidad de maderas y mármoles, traídos rápida y cómodamente por el agua a la bahía de Bizancio.[1756] Miles de campesinos y artesanos se esforzaban incesantemente por adelantar la obra; pero Constantino, a causa de su impaciencia, palpó muy pronto que, en la decadencia de las artes, la destreza y el número de arquitectos tenían una desigual proporción respecto de la grandeza de sus diseños. Encargó a los magistrados, incluso a los de las provincias más remotas, que instituyeran escuelas y nombrasen catedráticos, para que, con el estímulo de galardones y prerrogativas, un

número suficiente de jóvenes sagaces que habían recibido una firme educación pudieran comenzar el estudio y la práctica de la arquitectura.[1757] Los arquitectos que la época proporcionó fueron los que edificaron la ciudad, pero la condecoraron las manos maestras del siglo de Pericles y de Alejandro. Ciertamente, no alcanzaba el poderío de un emperador romano para resucitar el numen de un Fidias o de un Lisipo, pero las obras inmortales que ellos habían legado a la posteridad quedaron indefensas contra la vanagloria rapaz de un déspota: por sus órdenes, las ciudades de Grecia y Asia fueron despojadas de sus más primorosos realces.[1758] Los trofeos de memorables guerras, los objetos de veneración religiosa, las estatuas más peregrinas de dioses y de héroes, de sabios y poetas de la antigüedad, todo contribuyó al triunfo esplendoroso de Constantinopla y dio motivo al reparo del filósofo Cedreno,[1759] quien advierte con entusiasmo que al parecer no faltaba nada, salvo las esclarecidas almas representadas en esos asombrosos monumentos. Sin embargo, en la decadencia de un imperio, cuando el entendimiento humano yace abatido por la esclavitud civil y religiosa, no debemos buscar las almas de Homero y Demóstenes.

Durante el sitio de Bizancio, el vencedor había fijado su tienda sobre la cumbre descollante de la segunda colina y, para perpetuar la memoria de su ventura, escogió aquella situación aventajada para colocar el Foro principal,[1760] que parece haber tenido forma circular o, más bien, elíptica. Las dos entradas opuestas ostentaban arcos triunfales; los pórticos rebosaban de estatuas, y en el centro descollaba una columna encumbrada, de la cual un fragmento mutilado ahora padece el deshonroso nombre de pilar quemado. El pedestal era de mármol blanco y tenía veinte pies de altura [6 m]; más arriba, la columna se

componía de diez piezas de pórfido, cada una de diez pies de alto [3 m] y treinta y tres pies de circunferencia [10 m].[1761] En la cima y a ciento veinte pies del suelo [36,5 m], se encumbraba la colosal estatua de Apolo: era de bronce, fue traída de Atenas o de una ciudad de Frigia y se suponía que era obra de Fidias. El artista representó al dios del Sol —o, como se interpretó luego, al mismo emperador Constantino— con un cetro en la mano derecha, el globo del mundo en la izquierda y una corona de luz en sus sienes centelleantes.[1762] El Hipódromo o Circo era un edificio grandioso de cuatrocientos pasos de largo y cien de ancho,[1763] y en el espacio entre dos *metae* o postes cuajaban estatuas y obeliscos, advirtiéndose aún un fragmento singular, donde tres serpientes se enroscan y ostentan un pilar de cobre. Sus triples cabezas sostuvieron alguna vez el trípode de oro que, tras la derrota de Jerjes, fue consagrado en el templo de Delfos por los victoriosos griegos.[1764] La belleza del Hipódromo ha sido mutilada por las manos toscas de los vencedores turcos, pero aún funciona, bajo el nombre equivalente de Atmeidan, como picadero. Una escalera de caracol[1765] bajaba desde el solio, donde el emperador solía ver los juegos circenses, hasta el mismo palacio, un edificio suntuoso que apenas iba en zaga a su morada en Roma y que, junto con sus dependencias de patios, jardines y pórticos, cubría un extenso solar a las orillas del Propóntide, entre el Hipódromo y la iglesia de Santa Sofía.[1766] Ponderaríamos también los baños, que conservaban todavía el nombre de Zeuxipo, luego de ser realzados por la munificencia de Constantino con empinadas columnas, ricos mármoles y más de sesenta estatuas de bronce.[1767] Sin embargo, al desmenuzar los diversos edificios y barrios de la ciudad, nos estamos desviando de nuestra historia. Por lo tanto, basta con expresar que todo lo que podía engalanar a la gran capital o contribuir a

la ventaja y el regalo de su crecido vecindario se hallaba dentro de los muros de Constantinopla. Una descripción particular, compuesta como un siglo después de su fundación, reseña un capitolio o la escuela de enseñanza, un circo, dos teatros, ocho baños públicos y ciento cincuenta y tres particulares, ciento dos pórticos, cinco graneros, ocho acueductos o estanques, cuatro espaciosos salones para las reuniones del Senado y los tribunales, catorce iglesias, otros tantos palacios y cuatro mil trescientas ochenta y ocho casas que descollaban por su capacidad y hermosura sobre la generalidad de las viviendas plebeyas.[1768]

Poblar aquella ciudad predilecta fue el gran desvelo de su fundador. En la lobreguez que sobrevino al traslado del Imperio, la vanagloria griega y la credulidad latina alteraron, a la par y en gran medida, las circunstancias próximas y remotas de aquel acontecimiento memorable.[1769] Se afirmó y se creyó que todas las familias nobles de Roma, el Senado y el orden ecuestre, con el sinnúmero de sus dependientes, seguirían al emperador hasta las orillas del Propóntide, que una ralea bastarda de extranjeros y plebeyos traspasó la soledad de la antigua capital y que se despoblaron y yermaron las huertas y laderas de Italia.[1770] Tales exageraciones se reducen a su cabal término en el curso de este relato y, como el crecimiento de Constantinopla no puede atribuirse al aumento general de la especie humana y de su industria, resulta que esta colonia artificial se fue levantando a costa de las ciudades antiguas del Imperio. Constantino invitó a varios senadores opulentos de Roma y de las provincias orientales a establecerse en el venturoso solar que había escogido para su residencia. Entre una invitación y un mandato de un emperador no hay demasiadas diferencias, y Constantino logró con sus larguezas una pronta y placentera obediencia. Fue repartiendo a sus privados los palacios que había construido por

diferentes barrios de la ciudad, les concedió fincas y pensiones correspondientes a su decoro,[1771] y se vendieron las propiedades de Ponto y Asia para transformarlas en bienes hereditarios con el leve gravamen de ocupar y mantener una casa en la capital.[1772] Pero estos estímulos y obligaciones fueron abolidos gradualmente. Dondequiera que se establezca el solio del gobierno, una porción cuantiosa de la renta pública será gastada por el mismo príncipe, por sus ministros, por sus palaciegos y empleados; los adinerados de las provincias se agolparán siguiendo los poderosos impulsos del interés, el destino, la diversión y la curiosidad; y una tercera y abundante clase de habitantes —compuesta por sirvientes, menestrales y mercaderes — se irá avecindando y subsistirá gracias a su propio trabajo y a las necesidades o el lujo de las jerarquías superiores. En menos de un siglo Constantinopla competía con la misma Roma en riqueza y vecindario. Las nuevas fachadas se agolpaban desatendiendo la sanidad y el desahogo; las calles eran sumamente estrechas tanto para el gentío como para las caballerías y los carruajes; el espacio era insuficiente para contener a tan crecida población; y los cimientos añadidos por ambas partes, que se internaban en el mar, podían por sí solos conformar una ciudad considerable.[1773]

El reparto de vino y aceite, de trigo y pan, de dinero y abastos, realizado de modo ordenado y regular, casi había eximido a los humildes ciudadanos de Roma de todo trabajo. El fundador de Constantinopla imitó la magnificencia de los primeros Césares,[1774] pero la posteridad ha censurado su liberalidad, tan vitoreada por el pueblo. Una nación de legisladores y conquistadores quizá pueda llegar a demandar las mieses africanas, compradas con su sangre, por lo que Augusto ideó mañosamente cuanto conducía para que los romanos, en su

abundancia, se aviniesen a su servidumbre. Sin embargo, la profusión de Constantino no podía ser exonerada por ninguna consideración al interés público o privado. La contribución anual de trigo impuesta a Egipto en beneficio de su nueva capital se destinaba, en definitiva, al regalo de una plebe haragana y desmandada, a costa de los labradores de una provincia voluntariosa.[1775] Otras disposiciones del mismo emperador son menos censurables, aunque carezcan de notoriedad. Dividió a Constantinopla en catorce regiones o barrios,[1776] realzó el consejo público con el nombre de Senado,[1777] participó a los ciudadanos de los privilegios de Italia[1778] y otorgó a la ciudad recién nacida el título de colonia, la primera y más favorecida hija de la antigua Roma. Esta veneranda madre conservó siempre su legal y reconocida supremacía, como correspondía a su ancianidad, a su señorío y al recuerdo de su primitiva grandeza.[1779]

Como Constantino instó el progreso de su empresa con la impaciencia de un amante, los muros, los pórticos y los edificios principales terminaron de construirse en pocos años o, según otra fuente, en pocos meses;[1780] pero esta rapidez no debe causar admiración, ya que muchas de las obras quedaron tan atropelladamente imperfectas que a duras penas se pudieron rescatar de su ruinoso estado en el reinado siguiente.[1781] No obstante, al ostentar la fuerza y la lozanía de la mocedad, el fundador se preparó para solemnizar la dedicación de su ciudad.[1782] Los juegos y los agasajos que coronaron el esplendor de aquellos memorables festejos se pueden suponer fácilmente; pero existe una circunstancia más singular y duradera que merece ser recordada. A partir de ese momento, en los siguientes cumpleaños de la ciudad, la estatua de Constantino, labrada por su orden en madera dorada, debía encumbrarse en una carroza

triunfal, llevando en la diestra una imagen del numen de aquel suelo. Los guardias, engalanados y llevando antorchas blancas, debían acompañar solemnemente la procesión al pasar por el Hipódromo. Al llegar frente al solio del emperador reinante en ese momento, éste tenía que levantarse y, con respeto, debía adorar la memoria de su antecesor.[1783] En la festividad de la dedicación (año 330 o 334), un edicto entallado en una columna de mármol concedió el título de Segunda o Nueva Roma a la ciudad de Constantino,[1784] aunque haya prevalecido el nombre de Constantinopla,[1785] y, luego de catorce siglos, aún perdura la nombradía de su autor.[1786]

La fundación de una nueva capital naturalmente se vinculó al establecimiento de un nuevo régimen civil y militar. Reflexionar con detalle sobre el intrincado sistema político establecido por Diocleciano, extendido por Constantino y completado por sus inmediatos sucesores no sólo puede embelesar la fantasía con el singular relato de un grandioso Imperio, sino también despejar las causas íntimas y encubiertas de su atropellada decadencia. Al estudiar alguna institución notable, podemos dirigirnos a tiempos remotos o recientes de la historia romana, pero nuestra reseña se ceñirá a un período de unos ciento treinta años que comprende desde el advenimiento de Constantino hasta la publicación del Código Teodosiano,[1787] del cual, como también de *Notitia Dignitatum* de Oriente y Occidente,[1788] sacaremos la explicación más cabal y auténtica del estado del Imperio. En algunos momentos se podrá llegar a perder el hilo de la narración por la variedad de objetos, pero esto sólo será censurado por quienes ignoran la importancia de las leyes y las costumbres, y examinan con ahínco las intrigas palaciegas o el acontecimiento accidental de una batalla.

El orgullo varonil de los romanos, presumido con el

verdadero poderío, cedió el lujo y las ceremonias de la ostentosa grandeza a la vanagloria de Oriente.[1789] Pero, al perder los visos de esas virtudes —que derivaban de su antigua libertad—, la sencillez romana se corrompió debido a la imitación de la majestuosidad de las cortes asiáticas. El despotismo de los emperadores abolió la distinción del mérito y la influencia personales —tan visibles en las repúblicas y tan apocadas o sombrías en las monarquías— y la sustituyó por una subordinación en rango y oficio, desde los esclavos con tributos, ubicados en las gradas del trono, hasta los ínfimos instrumentos de la arbitrariedad y el poder. Esta multitud de viles dependientes se interesaba en el mantenimiento del orden gobernante por temor a una revolución, que podía destruir sus esperanzas y, al mismo tiempo, anular las recompensas de sus servicios. En esa jerarquía divina —pues así solían llamarla— cada clase estaba determinada con suma escrupulosidad y ostentaba su pertenencia en numerosas y frívolas ceremonias, que eran necesariamente aprendidas y desempeñadas con esmero so pena de sacrilegio.[1790] La pureza del idioma latino se desvalorizó, y el orgullo y la lisonja adoptaron una profusión de epítetos que apenas podría entender Cicerón y que Augusto habría desechado con enfado. Los principales empleados del Imperio eran tratados, incluso por el mismo soberano, con los engañosos títulos de «Vuestra Sinceridad», «Vuestra Gravedad», «Vuestra Excelencia», «Vuestra Eminencia», «Vuestra Sublime y Asombrosa Grandeza» o «Vuestra Ilustre y Magnífica Alteza».[1791] Las comunicaciones o circulares de sus oficios estaban primorosamente realzadas con emblemas apropiados al jaez y temple de su cargo: la imagen o retrato del emperador reinante, una carroza triunfal, el libro de decretos puesto sobre una mesa, cubierto con un tapete exquisito y alumbrado con cuatro

antorchas, las figuras alegóricas de las provincias que gobernaban o los nombres y las banderas de las tropas que mandaban. Algunos de estos distintivos realmente se exhibieron en los salones de audiencia; otros encabezaban su marcha ostentosa al salir en público, y cada circunstancia de su traza, su traje, sus galas y acompañamiento llevaba la mira estudiada de infundir sumo acatamiento para con los representantes de la majestad suprema. Un observador afilosofado confundiría el gobierno romano con una farsa esplendorosa, cuajada de comediantes de todos temples y clases, que reproducían el habla y copiaban las pasiones de su modelo original.[1792]

Todos los magistrados de importancia, que tenían cabida en el gobierno general del Imperio, estaban esmeradamente repartidos en tres clases: I) Los *ilustres*; II) los *spectabiles* o *respetables*, y III) los *clarissimi* o *esclarecidos*. En tiempos de sencillez romana, este último epíteto se usaba como expresión general de miramiento, hasta que llegó a ser el título propio y peculiar de todos los miembros del Senado[1793] y, por consiguiente, de cuantos fuesen elegidos, entre aquel cuerpo respetable, para gobernar las provincias. Luego, con la nueva denominación de *respetables*, se consintió a la vanagloria de cuantos, por su jerarquía y empleo, podían aspirar a cierta distinción sobre el orden general de los senadores. No obstante, el gran título de *ilustres* se reservó a ciertos personajes eminentes, que fueron obedecidos o reverenciados por las dos clases subordinadas: I) los cónsules y patricios; II) los prefectos del pretorio y los de Roma y Constantinopla; III) los maestros generales de la caballería y la infantería; y IV) los siete ministros del palacio, que ejercían sus funciones «sagradas» junto con el emperador.[1794] El orden de antigüedad afianzó la unión de todos estos magistrados ilustres, quienes se consideraban

mutuamente enlazados.[1795] Por medio de codicilos o títulos honorarios, los emperadores, ansiosos de prodigar sus favores, podían halagar la vanagloria, aunque no tanto la ambición, de ávidos cortesanos.[1796]

I) Mientras los cónsules romanos fueron los primeros magistrados de aquel Estado libre, debían todo su poderío a la voluntad del pueblo, y mientras los emperadores se dignaron a disfrazar la servidumbre que impusieron, los cónsules seguían nombrándose por el real o aparente albedrío del Senado. Durante el reinado de Diocleciano, se abolieron estos vestigios de libertad, y los agraciados candidatos que se revestían anualmente con los honores del consulado aparentaban lamentarse de la condición humillante de sus antecesores. Los Escipiones y los Catones tenían que andar mendigando los votos de los plebeyos, debían cumplir con las pesadas y costosas formalidades de una elección popular y exponer su dignidad al bochorno de un desaire público, aunque les depararía un destino más venturoso en el que los galardones de la virtud estaban en manos de la atinada sabiduría de un generoso soberano.[1797] En los nombramientos que el emperador expedía a los nuevos cónsules se expresaba que éstos lo eran tan sólo por su autoridad.[1798] Sus nombres y retratos, estampados en tablillas doradas de marfil, se repartían por el Imperio como presentes a las provincias, a las ciudades, a los magistrados, al Senado y al pueblo.[1799] La solemne ceremonia de toma de posesión del cargo se realizaba en la residencia imperial, y por ciento veinte años Roma fue privada de la presencia de sus antiguos magistrados.[1800] En la madrugada del 1° de enero, los cónsules ostentaban las insignias de su dignidad: un ropaje púrpura bordado en seda y oro, y realzado con lujosas perlas.[1801] En esa solemne ocasión, eran asistidos por los personajes

más eminentes del Estado y la milicia, investidos de senadores, y las ya inservibles fasces —confeccionadas con hachas— tan formidables en otro tiempo, iban delante y eran llevadas por los lictores.[1802] La procesión partía del palacio[1803] y llegaba al Foro o a la plaza principal de la ciudad, donde los cónsules subían a su tribunal y se sentaban en sus sillas curules, construidas al estilo antiguo. Inmediatamente ejercían un acto de jurisdicción, liberando a un esclavo que era traído para tal propósito; este ceremonial simbolizaba la elogiada acción de Bruto, autor de la libertad y del Consulado, quien admitió como conciudadano al leal Vindice cuando éste le reveló la conspiración de los Tarquinos.[1804] Las fiestas públicas duraban algunos días en las ciudades principales; en Roma, por costumbre; en Constantinopla, por imitación; en Cartago, Antioquía y Alejandría, por afán de recreos y demasiada opulencia.[1805] En ambas capitales del Imperio, los espectáculos anuales del teatro, el circo y el anfiteatro[1806] costaban alrededor de ciento sesenta mil libras esterlinas, y si ese gasto llegaba a exceder las facultades o el deseo de los magistrados, el tesoro imperial suministraba la suma.[1807] Luego de cumplir con estos deberes, los cónsules podían retirarse a la sombra de su vida privada y gozar durante el resto del año de su grandeza. Ya no eran los que debían presidir los concilios nacionales ni los que desempeñaban cargos de guerra o de paz. Sus alcances eran intrascendentes, a menos que se emplearan en otros oficios más efectivos, y sus nombres sólo servían como fechas legales de los años en que habían ocupado las sillas de Mario o de Cicerón. Sin embargo, se consideraba, aun durante la servidumbre romana, que este vacuo nombre debía compararse e incluso preferirse a la posesión del poderío efectivo. El título de cónsul seguía siendo el objeto más esplendoroso de la ambición, el premio más

esclarecido de la virtud y la lealtad. Los mismos emperadores, que desdeñaron aquella soñada fantasía de la república, fueron conscientes de aquel auge de brillantez y majestad cuando lograron apropiarse de los honores anuales de la dignidad consular.[1808]

La distancia más altanera y terminante entre nobleza y pueblo que se puede encontrar en todos las épocas y naciones es, quizá, la de patricios y plebeyos tal como se planteó al principio de la república romana. La riqueza y los honores, las tareas del Estado y el ceremonial de la religión, todo ello estaba vinculado exclusivamente a los primeros, quienes, preservando siempre la pureza de su sangre con la escrupulosidad más insultante, avasallaban ostentosamente a sus clientes. Pero estas distinciones, tan incompatibles con el espíritu de un pueblo libre, desaparecieron tras una larga lucha gracias al esfuerzo de los tribunos.[1809] Los plebeyos pudieron acumular riquezas, aspirar a honores, obtener triunfos, contraer enlaces, y tras algunas generaciones asumieron el orgullo de la antigua nobleza.[1810] Por otra parte, es posible que las familias patricias, cuyo número no se estableció sino hasta el fin de la república, fenecieran de modo natural o por las tantas guerras externas e internas, o que, al disminuir sus méritos y riquezas, imperceptiblemente fueran confundiéndose con la mole del pueblo.[1811] Cuando César y Augusto, Claudio y Vespasiano escogieron del cuerpo del Senado un número proporcionado de nuevas familias patricias, con la esperanza de perpetuar una clase que siempre se consideraba honorífica y sagrada, muy pocas eran las que se entroncaban con las familias fundadoras de la ciudad e, incluso, de la república.[1812] Estos suplentes artificiales, entre los cuales siempre se incluyó a la clase reinante, rápidamente fueron abatidos por el desenfreno de los tiranos,

por las repetidas revoluciones, por el cambio de costumbres y por la mezcla de naciones.[1813] Al ascender Constantino al trono, sólo quedaba una vaga tradición que establecía que, en tiempos lejanos, los patricios fueron los romanos más eminentes. Organizar un cuerpo de nobles cuyo influjo pudiera enfrenar y afianzar la autoridad del monarca no cabía en el carácter ni en la política de Constantino; pero, en el caso de que hubiese cobijado con tesón aquel intento, reponer con un edicto arbitrario una institución que, para su arraigo, requería la sanción del tiempo y las opiniones tal vez hubiese implicado un uso excesivo de su poder. En realidad, Constantino resucitó el título de patricio, pero sólo como distintivo personal y no hereditario. De este modo, los patricios debían ceder ante la superioridad transitoria de los cónsules anuales, aunque disfrutaban la preeminencia sobre todos los empleados del Imperio, con la posibilidad de un trato casi familiar con el príncipe. Esta relevante jerarquía era vitalicia y, como solían ser privados y ministros envejecidos del palacio, la verdadera etimología de aquella palabra fue corrompida por la ignorancia y la lisonja, y los patricios de Constantino fueron reverenciados como los «Padres del emperador y de la república».[1814]

II) La suerte de los prefectos pretorios era diversa de la de los cónsules y patricios; para estos últimos la antigua grandeza se fue trocando en vagos títulos, mientras que los primeros, subiendo gradualmente de la condición más humilde, estaban revestidos con el régimen civil y militar del mundo romano. Desde el reinado de Severo al de Diocleciano, los guardias y el palacio, las leyes y las finanzas, los ejércitos y las provincias, todo ello estaba confiado a sus supremos cuidados y, como los visires actuales, con una mano estampaban el sello y con la otra agitaban el estandarte del Imperio. La ambición de los prefectos

—siempre formidable y, a veces, infausta para el soberano— estribaba en la fuerza de los soldados pretorianos; pero luego de que Diocleciano debilitara a aquellas altaneras tropas y que Constantino finalmente las suprimiera, los prefectos que sobrevivieron a la caída fueron reducidos sin dificultad a la condición de útiles y obedientes sirvientes. Quitada toda responsabilidad sobre la seguridad de la persona del emperador, renunciaron a la jurisdicción que ejercían en todos los ramos relativos al palacio. Constantino los privó del mando militar cuando ellos dejaron de acaudillar en campaña a la flor de las tropas romanas; y por fin, por una singular revolución, los capitanes de guardias se convirtieron en magistrados civiles de las provincias. Según el plan de gobierno dispuesto por Diocleciano, los cuatro príncipes tenían sus respectivos prefectos pretorios; pero cuando la monarquía fue ejercida por Constantino se decidió crear cuatro prefecturas, igual número que el de los príncipes, a las que se les encargó el cuidado de las provincias que ya estaban rigiendo: I) la prefectura de Oriente abarcaba en su amplia jurisdicción las tres partes del globo dominadas por los romanos, desde las cataratas del Nilo hasta las orillas del Fasis y desde las montañas de Tracia hasta el límite de Persia; II) las importantes provincias de Panonia, Dacia, Macedonia y Grecia reconocían la autoridad del prefecto de Iliria; III) el poderío de la prefectura de Italia no se ceñía al país que lleva su nombre, sino que se extendía al territorio añadido de Retia hasta los márgenes del Danubio, con las islas independientes del Mediterráneo y aquella parte de África que comprende desde el límite de Cirene hasta el de Tingitania; IV) la prefectura de las Galias comprendía, bajo este título en plural, las provincias hermanas de Hispania y Britania, y se respetaba su autoridad desde el muro de Antonino hasta las faldas del monte

Atlas.[1815]

Ajenos ya a todo mando militar, las funciones civiles que los prefectos ejercían sobre tantas naciones subordinadas se correspondían con la ambición y el desempeño de los ministros más consumados. Se confió a su sabiduría la administración suprema de la justicia y de la hacienda, dos ramas del gobierno que, en tiempo de paz, abarcaban casi todas las relaciones respectivas del soberano y del pueblo: el primero debía escudar a los ciudadanos obedientes a la ley y el último debía contribuir con la indispensable porción de rentas para los gastos del Estado. Moneda, postas, carreteras, graneros, fábricas y cuanto conduce a la prosperidad pública corrían a cargo de los prefectos pretorios. Como representantes inmediatos de la majestad imperial, con sus proclamas podían explicar, corroborar y, a veces, modificar a su discreción los edictos generales. Eran celadores de la conducta de todo gobernador en las provincias: corregían al flojo y castigaban al culpable. Ante su tribunal se podían realizar apelaciones sobre todo asunto de entidad civil o criminal de las jurisdicciones inferiores; pero su sentencia era definitiva y terminante, y hasta los mismos emperadores se negaron a admitir cualquier queja contra el juicio o la integridad de un magistrado a quien honraban con su ilimitada confianza.[1816] Sus nombramientos eran competentes con su dignidad;[1817] y si la codicia los dominaba, disponían de una conveniente coyuntura para recoger la abundante cosecha de multas, regalos y gratificaciones. Aunque los emperadores no temieron a la ambición de sus prefectos, procuraban contrapesar el poder de tan eminente cargo con la brevedad e incertidumbre de su duración.[1818]

Por su importancia y señorío preeminente, sólo Roma y Constantinopla fueron exceptuadas de la jurisdicción del

prefecto pretorio. El tamaño inmenso de la ciudad y la experiencia de la acción endeble e ineficaz de las leyes constituyeron el pretexto fundamental de la política de Augusto para introducir al nuevo magistrado que, con el brazo ejecutivo del poder arbitrario, debía enfrenar a una plebe servil y desmandada.[1819] Valerio Mesala fue designado primer prefecto de Roma; se esperaba que su nombramiento encubriese esa obligación tan infame, pero aquel ciudadano cabal[1820] renunció al cargo en pocos días, manifestando, con el coraje digno del amigo de Bruto, que se reconocía incapaz de desempeñar una potestad incompatible con la libertad pública.[1821] Como el afán de libertad iba amainando, las palpables ventajas del orden fueron entendidas claramente; y el prefecto, que al parecer sólo debía imponerse ante los esclavos y vagos, tuvo facultad para ir ensanchando su jurisdicción civil y criminal sobre las familias ecuestres y nobles de Roma. Los pretores, que se nombraban anualmente como jueces de la ley y de la equidad, no podían competir en el Foro con un magistrado tan consolidado e inquebrantable que solía gozar de la confianza del príncipe. Finalmente, sus tribunales quedaron desiertos; su número, que fluctuaba entre doce y dieciocho,[1822] se fue reduciendo a dos o tres, y sus funciones importantes se limitaron a la costosa obligación[1823] de exhibir espectáculos para la diversión de la plebe. Al trocarse el gran cargo de cónsul romano en mero lujo, que raramente asomaba en la capital, los pretores ocuparon su sitio vacante en el Senado y luego fueron reconocidos como presidentes ordinarios de esa respetable junta. Admitían apelaciones y se daba por sentado, como principio de jurisprudencia, que toda autoridad municipal provenía únicamente de ellos.[1824] Para el desempeño de tan afanoso cargo, el gobernador de Roma era ayudado por quince

empleados, algunos de los cuales habían sido iguales e, incluso, superiores suyos. Sus principales dependencias se dedicaban a la protección contra incendios, robos y disturbios nocturnos; al depósito y custodia de la concesión pública de trigo y demás provisiones; al cuidado del puerto, los acueductos, las alcantarillas y el cauce y navegación del Tíber; a la inspección de mercados, teatros y obras públicas y privadas. Su vigilancia aseguró los tres objetos principales de una policía regular: seguridad, alimentación y aseo; y, como una prueba del esmero del gobierno en conservar el esplendor y la gala de la capital, se nombró a un inspector particular para las estatuas de aquel vecindario inanimado, cuyo número de integrantes, según el cómputo extravagante de un antiguo escritor, era apenas inferior al de los habitantes vivos de Roma. Aproximadamente a los treinta años de la fundación de Constantinopla, se creó un magistrado semejante en la naciente metrópoli para el mismo empleo y con las mismas facultades. Una cabal igualdad se estableció entre la dignidad de los *dos* prefectos municipales y la de los *cuatro* pretorios.[1825]

Los *respetables* en la jerarquía imperial formaban una clase intermedia entre los *ilustres* prefectos y los *honrados* magistrados de las provincias. Dentro de esta clase, los procónsules de Asia, Acaya y África aspiraban a una preeminencia que se vinculaba a la memoria de su antigua dignidad. La única muestra de dependencia consistía en que las sentencias de sus tribunales podían ser apeladas en los tribunales de los prefectos.[1826] Sin embargo, el gobierno civil de la provincia se repartía en trece grandes diócesis, cada una de las cuales igualaba la medida de un reino poderoso. La primera estaba subordinada al conde de Oriente; podemos idearnos algún concepto de la importancia y variedad de sus funciones si reparamos en que seiscientos

ministeriales —que en la actualidad se llamarían secretarios, escribientes, porteros o mensajeros— estaban empleados en su despacho inmediato.[1827] El cargo de *prefecto augustal* en la diócesis de Egipto ya no era desempeñado por un caballero romano; pero el nombre se conservó, y los poderes extraordinarios que la situación de la región y sus moradores requerían aún continuaban a cargo del gobernador. Las otras once diócesis —Macedonia, Dacia y Panonia (o Iliria occidental); Galia, Hispania y Britania; Italia y África; Asia, Ponto y Tracia— se gobernaban por doce *vicarios* o *viceprefectos*,[1828] cuyos nombres ya demuestran la calidad subalterna de su empleo. Se debe añadir que los tenientes generales de los ejércitos romanos, los condes y los duques militares que se mencionarán en adelante gozaban de la jerarquía y el dictado de *respetables*.

Cuando el afán de ostentosas competencias prevalecía en torno de los emperadores, ellos se esmeraban en dividir la sustancia y multiplicar los títulos de las potestades. Los vastos países que los vencedores romanos habían hermanado bajo la misma y sencilla forma de gobierno se fueron fragmentando imperceptiblemente, hasta que finalmente el Imperio quedó repartido en ciento dieciséis provincias, cada una de las cuales sostenía esplendorosos y costosos establecimientos. Tres de estas provincias eran gobernadas por *procónsules*; treinta y siete, por *consulares*; cinco, por *correctores*; y setenta y una, por *presidentes*.[1829] Con respecto a estos magistrados, sus títulos eran diferentes; se ordenaban en grados; variaron esmeradamente las insignias de sus jerarquías; y su situación podía ser más o menos halagüeña y aventajada debido a circunstancias accidentales. No obstante, todos —excepto los procónsules— estaban incluidos en la jerarquía de los *honrados* y, según la voluntad del príncipe

y bajo la autoridad de los prefectos o de sus diputados, debían encargarse de la administración de la justicia y de las rentas en sus respectivos distritos. Los grandes volúmenes de códigos y pandectas[1830] suministran un abundante material para estudiar el sistema del gobierno provincial, ya que éste se fue perfeccionando con la sabiduría de los estadistas y letrados romanos durante seis siglos; sin embargo, al historiador le bastará escoger dos extrañas y saludables leyes que intentaban refrenar los abusos de autoridad. I) Para la conservación de la paz y el orden, los gobernadores de las provincias podían estar armados con la espada de la justicia. Descargaban castigos corporales y ejercían el poder de mantener la vida o dar la muerte en delitos capitales. Sin embargo, no estaban autorizados a consentir al criminal sobre el modo de su ejecución ni podían pronunciar la leve u honorífica sentencia de destierro. Estas prerrogativas se reservaban a los prefectos, quienes además eran los únicos que podían imponer la grave multa de cincuenta libras de oro, pues sus lugartenientes estaban limitados a la escasa cantidad de algunas onzas.[1831] Esta distinción, que al parecer concede la mayor autoridad cuando enfrena la menor, se fundaba en motivos sumamente racionales. El grado menor estaba propenso a los abusos, pues las pasiones de un magistrado provincial podían incitarlo a cometer actos de opresión que recaían sobre la libertad y la fortuna del súbdito e, incluso, por principios de cordura o acaso de humanidad, podía llegar a atemorizarlo la idea de derramar sangre inocente. Se puede considerar que penas como el destierro o las multas cuantiosas y la elección de una muerte suave se destinan al acaudalado y al noble; entonces, las personas más expuestas a la codicia o el encono de un magistrado provincial evitaban su infame persecución al arrimo del imparcial y augusto tribunal del

prefecto pretorio. II) Como se consideró, con razón, que la imparcialidad del juez podría ser influida si se llegaran a satisfacer sus intereses o inclinaciones, quedó rigurosamente dispuesto, excepto en el caso de que hubiera una exención especial del emperador, que se excluyese a todo individuo del gobierno de la provincia de donde era natural;[1832] además, a los gobernadores y a sus hijos se les negó contraer enlace con las mujeres que habían nacido en la región o habitaban en ella,[1833] como también comprar esclavos y fincas en el ámbito de su jurisdicción.[1834] A pesar de tanta cautela, el emperador Constantino, tras un reinado de veinticinco años, se lamentaba de la venal y opresiva administración de la justicia, y con indignación denunció que la audiencia del juez, su despacho del negocio, sus prórrogas convenientes e, incluso, la sentencia final eran vendidos públicamente por él mismo o por sus dependientes. La perpetuación y, quizá, la impunidad de tales crímenes se atestigua con la repetición de desvalidas leyes e infructuosas amenazas.[1835]

Los magistrados civiles se seleccionaban de los legistas. Los célebres institutos de Justiniano recibían a la juventud de sus dominios dedicada al estudio de la jurisprudencia, y el soberano la estimulaba asegurándole que, con su desempeño, lograrían al debido tiempo el correspondiente galardón en el gobierno de la república.[1836] Los rudimentos de aquella ciencia se enseñaron en todas las ciudades crecidas de Oriente y Occidente, pero la escuela más famosa era la de Berito [actual Beirut],[1837] en la costa de Fenicia, que floreció por más de tres siglos desde el tiempo de Alejandro Severo, quizás el creador del instituto tan ventajoso para su patria. Luego de una carrera regular, que duraba cinco años, los estudiantes se diseminaban en las provincias en busca de honores y fortuna; no faltaban negocios

en un amplio Imperio ya estragado con un sinnúmero de leyes, artes y vicios. Sólo el juzgado del prefecto de Oriente empleaba a ciento cincuenta abogados, entre los cuales sesenta y cuatro sobresalían por sus privilegios especiales, y dos, que tenían un salario de sesenta libras de oro, eran nombrados anualmente para abogar por el erario. La primera constatación de sus talentos judiciales se hacía designándolos para que actuasen ocasionalmente como asesores de los magistrados; luego solían ascender a presidentes de los tribunales donde habían litigado. Lograban el gobierno de alguna provincia y, gracias a sus méritos, a su reputación o a algún favor, iban ascendiendo por grados al cargo de *ilustre* del Estado.[1838] En su práctica forense, ellos consideraron que la razón era una herramienta para las contiendas, interpretaron las leyes según los impulsos del interés privado y mantuvieron los mismos hábitos perniciosos de la administración pública del Estado. El honor de una profesión liberal ha sido verdaderamente justificado por letrados antiguos y modernos que se han desempeñado en sus cargos con suma integridad, sabiduría y honradez; pero, en la decadencia de la jurisprudencia romana, la común promoción de abogados solía estar contaminada con injuria y deshonra. El noble arte, antes vinculado como herencia sagrada a los patricios, terminó en manos de plebeyos y libertos,[1839] quienes, con astucia más que con habilidad, desempeñaban un torpe y sórdido comercio. Algunos de ellos consiguieron internarse en las familias, fomentar desavenencias, suscitar pleitos y proporcionarse una cuantiosa cosecha de ganancias para sí y para sus compañeros. Otros, retraídos en su estancia, mantuvieron la gravedad de profesores legales y suministraron, a sus clientes adinerados, sutilezas para enmarañar la verdad más obvia y argumentos para encubrir los intentos más injustificables. La porción más

popular y relumbrante constaba de letrados que llenaban el Foro con el estruendo de su retórica hinchada y grandilocuente. Ajenos a toda justicia y decoro, la mayoría de ellos es descrita como guías ignorantes y rapaces que llevaban al cliente por un laberinto de gastos, demoras y malogros, hasta que eran despedidos cuando, luego de una serie de tediosos años, ya casi nada quedaba de paciencia y fortuna.[1840]

III) Según el sistema político fundado por Augusto, los gobernadores —por lo menos los de las provincias imperiales— estaban revestidos de los mismos poderes plenos del soberano. Árbitros en paz y en guerra de recompensas y castigos, los gobernadores, en el tribunal, investían los ropajes de la magistratura civil y, en la milicia, armados de pies a cabeza, acaudillaban a las legiones.[1841] La administración de caudales, la autoridad del juzgado y el mando de la fuerza militar se aunaban para constituirlos en absolutamente supremos. Cuando intentaban sobreponerse a la soberanía, la leal provincia involucrada en tal rebeldía apenas permitía algún cambio en su estado político. Desde el tiempo de Cómodo hasta el de Constantino, pueden contarse hasta unos cien gobernadores que, con variado éxito, erigieron el estandarte de la rebelión, y, aunque los inocentes solían ser sacrificados, a veces los culpables eran prevenidos con la crueldad asombrosa del soberano.[1842] Para asegurar el trono y el sosiego público contra sirvientes tan formidables, Constantino pensó separar la milicia de la autoridad civil y establecerlas como diferentes carreras para siempre. La jurisdicción suprema que ejercían los prefectos pretorios sobre las tropas del Imperio se transfirió, entonces, a dos maestres generales que fueron instituidos: uno para la caballería y otro para la infantería. Aunque cada uno de estos ilustres oficiales era básicamente responsable de la disciplina

militar de su ramo, en campaña ambos solían mandar indistintamente a los diversos cuerpos —los de a pie y los de a caballo— que se incorporaban en un mismo ejército.[1843] Luego, con la división del Imperio en oriental y occidental, su número se duplicó, y como hubo diferentes generales con el mismo título y jerarquía para las cuatro fronteras importantes (el Rin, el Alto Danubio, el Bajo Danubio y el Éufrates), el resguardo del Imperio Romano finalmente fue responsabilidad de ocho maestres generales de caballería e infantería. En las provincias se colocaron treinta y cinco comandancias militares a sus órdenes: tres en Britania, seis en las Galias, una en Hispania, otra en Italia, cinco en el Alto Danubio, cuatro en el Bajo Danubio, ocho en Asia, tres en Egipto y cuatro en África. Los títulos de *conde* y *duque*,[1844] con los que apropiadamente se diferenciaban, han variado tanto su sentido que su uso antiguo debe, hasta cierto punto, causar extrañamiento. No obstante, debemos reflexionar en que el segundo título es sólo una derivación de la voz latina que indistintamente se aplicaba a todo jefe militar. Por tanto, todos aquellos generales de provincia eran duques, pero sólo diez tenían el realce de titularse *condes*, o *compañeros*, título honorífico o amistoso inventado en la corte de Constantino. Un cinturón de oro era el distintivo de condes y duques, y, además del sueldo, disfrutaban de una generosa concesión, suficiente para mantener a ciento noventa sirvientes y ciento cincuenta y ocho caballos. Les fue estrictamente prohibido entrometerse en materias relativas a la administración de justicia o de las rentas; pero su mando militar era independiente de la autoridad de los magistrados. En la misma época en que Constantino sancionó legalmente el establecimiento eclesiástico, instituyó en el Imperio Romano el esmerado equilibrio entre la potestad civil y la militar. La

emulación y, a veces, la discordia que solían reinar entre profesiones de intereses tan opuestos y de modalidades tan incompatibles acarreaban resultados ya ventajosos ya perjudiciales. No era de esperar que el general y el gobernador civil de una provincia se mancomunasen ni para el trastorno ni para la prosperidad de la región. Mientras uno demoraba el auxilio que el otro desdeñó pedir, la tropa solía quedar sin mando y sin suministros; el servicio público se desatendía, y los indefensos súbditos estaban expuestos a las correrías de los bárbaros. De este modo, la división creada por Constantino debilitó la pujanza del Estado y afianzó el sosiego del monarca.

Además, otra innovación de Constantino fue censurada fundadamente por adulterar la disciplina militar y contribuir a la ruina del Imperio. Los diecinueve años que precedieron a su victoria decisiva sobre Licinio estuvieron plagados de guerras intestinas y desenfreno. Los competidores por el mundo romano habían sacado gran parte de sus fuerzas de la guardia fronteriza, y las principales ciudades que ceñían sus respectivos dominios estaban llenas de soldados que consideraban a sus propios compatriotas como enemigos implacables. Una vez finalizada la guerra civil, esas guarniciones dejaron de ser útiles, y el vencedor careció de la sabiduría o la entereza competente para renovar la severa disciplina de Diocleciano y suprimir una fatal condescendencia que, con el hábito, había penetrado en los ánimos de la milicia. Desde el reinado de Constantino, prevaleció una distinción popular y aun legal entre *palatinos* [1845] y *fronterizos*, es decir, las tropas de la corte —como impropiamente se llamaban— y las de las fronteras. Los primeros, engreídos con la superioridad de su paga y de sus privilegios, gozaban una vida sosegada en el corazón de las provincias, excepto en la extraordinaria emergencia de una

guerra; el peso intolerable de su estadía oprimió a los pueblos más florecientes. Los soldados olvidaron insensiblemente las virtudes de su profesión y sólo adoptaron los vicios de la vida civil. Se degradaron con el trabajo de los menestrales o se debilitaron con la liviandad de baños y teatros. Pronto descuidaron sus ejercicios militares, valoraron sobremanera sus trajes y golosinas, y, así como aterraban a los súbditos del Imperio, se estremecían al asomo de los bárbaros.[1846] El cordón de fortificaciones que Diocleciano y sus compañeros habían extendido por las orillas de los caudalosos ríos no se conservaba con tanto esmero ni se resguardaba con la misma vigilancia. Con respecto a las tropas fronterizas, su número podía ser suficiente para la defensa ordinaria, pero su arrojo fue degradado con la bochornosa consideración de que ellos, expuestos a las penalidades y peligros de una guerra incesante, sólo podían ser recompensados con los dos tercios de la paga y gratificaciones que recibía la tropa de la corte. Incluso, las legiones que casi lograban nivelarse a la jerarquía de los indignos favoritos quedaron, hasta cierto punto, deshonradas por el título honorífico que les otorgaron. Era en balde que Constantino amenazara repetidamente con la espada y el fuego a los fronterizos que se animaran a desertar de sus banderas, se desentendieran de las correrías de los bárbaros o participaran de sus despojos:[1847] los daños que proceden de las desatinadas disposiciones rara vez se remedian con crudos escarmientos. Aunque los posteriores príncipes se esforzaron en restablecer la fuerza y el número de las guarniciones fronterizas, hasta el momento de su disolución el Imperio siguió agonizando al rigor de la herida mortal que tan temeraria y cobardemente causó la mano de Constantino.

La misma política limitada de separar lo unido y apear lo

encumbrado, de temer a la lozanía pujante y contar con lo más endeble para afianzar la obediencia, parece que descuella en las instituciones de varios príncipes y especialmente en las de Constantino. El orgullo marcial de las legiones, cuyos victoriosos campamentos habían frustrado tantas rebeliones, se fomentaba con la memoria de proezas pasadas y el conocimiento de su fuerza permanente. Mientras conservaron su antigua planta de seis mil hombres, cada una de ellas, bajo el reinado de Diocleciano, pudo subsistir como objeto visible e importante de la historia militar del Imperio Romano. Pocos años después, estos gigantescos cuerpos se redujeron hasta una pequeñez enana, y cuando siete legiones con algunos auxiliares defendieron la ciudad de Amida [actual Diyarbakir] contra los persas, la guarnición entera, con los moradores de ambos sexos y los campesinos refugiados de las cercanías, estaba compuesta sólo por veinte mil personas.[1848] De éstos y otros hechos semejantes se puede inferir que la planta de las tropas legionarias, a la cual debían en parte su tesón y disciplina, quedó disuelta por Constantino y que los tercios de infantería romana, que seguían ostentando los mismos nombres y blasones, se reducían a mil o mil quinientos hombres.[1849] Una conspiración de destacamentos tan divididos y atemorizados por su propia flaqueza podía ser reprimida con facilidad, y los sucesores de Constantino lograban dar alivio a su suntuosidad expidiendo órdenes a las ciento treinta y dos legiones alistadas en sus crecidas huestes. El resto de las tropas se distribuyó en algunos centenares de cohortes de infantería y escuadrones de caballería. Sus armas, títulos o insignias infundían terror y ostentaban la variedad de naciones que marchaban bajo el estandarte imperial, sin que quedara rastro de aquella esmerada sencillez que marcaba la diferencia entre la línea de batalla de un ejército

romano y la de una alborotada hueste asiática.[1850] Una particular reseña, obtenida de *Notitia*, quizá pueda ejercitar las tareas de un entendido, pero el historiador tiene que contentarse con advertir que el número de los acantonamientos o guarniciones fronterizas del Imperio ascendía a quinientos ochenta y tres y que, bajo el reinado de los sucesores de Constantino, la fuerza total de la milicia se calculaba en seiscientos cuarenta y cinco mil soldados.[1851] Un esfuerzo tan admirable superó las necesidades de la época más antigua y las facultades de la moderna.

En cada Estado, los motivos para alistarse al ejército son varios: los bárbaros son incitados por su amor a la guerra; los ciudadanos de una república libre pueden estar motivados por un principio de deber; los súbditos, o por lo menos los nobles, de las monarquías son animados por el pundonor; pero el temeroso y fatuo morador de un imperio en decadencia sólo es atraído con el aliciente del interés u obligado con el temor del castigo. El erario romano fue agotado con el aumento de la paga, con el redoble de los donativos, con el invento de nuevas gratificaciones y concesiones, que, para la juventud de las provincias, compensaba las penalidades y los peligros de la carrera militar. Aunque se acortó la estatura[1852] y, por connivencia tácita, se admitió a esclavos en las filas, la suma escasez de reemplazos obligó a los emperadores a valerse de medios más certeros y ejecutivos para conseguir reclutas. Las tierras concedidas a los veteranos como galardón de su valentía sólo se otorgaban con la condición —en la que ya asoman los principios del sistema feudal— de que los hijos y herederos se debían insertar en la carrera militar cuando alcanzasen la edad varonil y, si cobardemente se llegaran a negar, serían castigados con la pérdida del honor, la fortuna e, incluso, la vida.[1853] Sin

embargo, como el crecimiento anual de la prole de los veteranos era muy desproporcionado respecto de las demandas del servicio, frecuentemente se recurría a las provincias para obtener a los hombres faltantes: cada hacendado estaba obligado a tomar las armas, conseguir un reemplazo o desembolsar una cuantiosa multa. La suma resultó ser de cuarenta y dos piezas de oro, lo que demuestra el costo exorbitante de los voluntarios y el desagrado con que el gobierno adoptó esta alternativa.[1854] Tal era el desprestigio de la profesión de soldado y el horror que infundía en los romanos, que muchos jóvenes de Italia y las provincias escogieron cortarse los dedos de la mano derecha para libertarse del alistamiento; esta desesperada artimaña, al generalizarse, acarreó un escarmiento legal[1855] y un nombre apropiado en la lengua latina.[1856]

La incorporación de bárbaros en las huestes romanas cada vez fue más común, más necesaria y más fatal. No sólo entre los auxiliares de sus propias naciones, sino también en las mismas filas legionarias y hasta en la privilegiada tropa de palatinos se alistaban valientes y batalladores, ya sean escitas, godos y germanos, que consideraban como más ventajosa la defensa que la tala de las provincias. Al mezclarse, iban aprendiendo a imitar los resabios de los súbditos del Imperio y a menospreciar sus costumbres. Traicionaron el rendido acatamiento que la altanería romana había impuesto a su ignorancia mientras iban ganando conocimientos y ventajas, lo cual les permitió sostener su decaída grandeza. Sin ningún tipo de excepción, los soldados bárbaros que demostraron algún talento militar podían ascender y encumbrarse, y, con los títulos de tribuno, conde, duque e incluso general, exponían su origen extranjero, que ya no trataban de encubrir. Muchas veces se les confiaba la empresa de una guerra contra sus mismos compatriotas y, a veces, aunque la

mayoría anteponía los vínculos de la lealtad a los de la sangre, incurrieron en la vileza o, al menos, en la sospecha de mantener una alevosa correspondencia con el enemigo, de invitarlo al ataque o proporcionarle la retirada. La facción de los francos —sumamente hermanada entre sí y con su país, que consideraba toda ofensa personal como un ultraje nacional— predominaba en el campamento y en el mismo palacio del hijo de Constantino.[1857] Cuando se sospechó que el tirano Calígula quería engalanar con las insignias consulares a un extraño candidato, tal sacrílega profanación hubiera causado mayor asombro si el agraciado, en vez de un potro, fuera algún caudillo esclarecido de Germania o de Britania. Sin embargo, el giro de tres siglos había producido un notable cambio en las preocupaciones del pueblo, y Constantino, con la aprobación pública, mostró a sus sucesores el ejemplo de concederles el consulado a los bárbaros que incluso, por sus desempeños, habrían merecido la suprema jerarquía romana.[1858] Pero, como estos fuertes veteranos —criados en la ignorancia y el menosprecio de las leyes— eran inhábiles para el desempeño de todo cargo civil, el entendimiento humano disminuyó con la separación terminante de carreras y profesiones. Los varones consumados en las repúblicas griegas y en la romana, descollando tanto en el Foro como en el Senado, en el campamento y en las escuelas, habían aprendido a hablar, escribir y obrar con igual maestría y con idéntico desempeño.

IV) Además de los magistrados y generales, que lejos de la corte difundían su delegada autoridad por el ámbito de las provincias, el emperador confería el título de ilustre a siete de sus sirvientes más inmediatos, en cuya lealtad cifraba su salvación, sus consejos y sus tesoros. 1) Las habitaciones privadas del palacio estaban a cargo de un eunuco favorito que,

en el lenguaje de aquel siglo, era llamado *prepósito* o prefecto de la recámara sagrada. Sus tareas consistían en acompañar al emperador en sus horas de boato o en las de recreo y en desempeñar todos aquellos servicios humildes que sólo pueden tener algún realce por el influjo del solio. Con un príncipe digno de reinar, el gran camarero —pues así cabe llamarlo— es un sirviente rendido y provechoso, pero también un criado astuto que, al acecho de pequeños momentos de incauta confianza, adquiere la sabiduría adusta y la entereza que rara vez pueden llegar a obtenerse. Los nietos bastardos de Teodosio —cuya presencia era inadvertida por los súbditos y despreciada por sus enemigos— ascendieron a los prefectos de sus dormitorios a la cabeza de los ministros del palacio,[1859] e incluso su teniente, que encabezaba la caterva relumbrante de esclavos que servían de comparsa, fue considerado de una jerarquía mayor que la de los cónsules *respetables* de Grecia y Asia. Los *condes* o superintendentes, que manejaron los dos ramos importantes de la magnificencia de las vestimentas y el lujo de la mesa imperial, reconocieron la jurisdicción del camarero.[1860] 2) La administración principal de los asuntos públicos estaba a cargo de la eficacia y el desempeño del *maestre de oficios*.[1861] Era el magistrado supremo del palacio, inspeccionaba la disciplina de las escuelas civiles y militares, admitía apelaciones de todos los ámbitos del Imperio en las causas pertenecientes al inmenso ejército de privilegiados, quienes, como palaciegos, habían alcanzado el derecho de eximirse de la autoridad de los jueces ordinarios. Cuatro *scrinia*, que eran oficinas de aquella administración, manejaban la correspondencia entre el príncipe y los súbditos. La primera pertenecía a los registros; la segunda, a las cartas; la tercera, a los memoriales; y la cuarta, a papeles y disposiciones de ramos mixtos. Cada una de ellas estaba dirigida

por un *maestre* inferior de jerarquía *respetable*, y ciento cuarenta y ocho secretarios se encargaban de la totalidad de las tareas; estos últimos eran escogidos fundamentalmente entre los legistas por la variedad de extractos, apuntes y notas que solía haber en el desempeño de sus funciones. Por una condescendencia que en otros tiempos hubiera parecido ajena de la majestad romana, había un secretario particular para la lengua griega y, también, intérpretes nombrados para recibir a los embajadores de los bárbaros; pero la dependencia de los negocios extranjeros, que abarca gran parte de la política moderna, rara vez merecía la atención del maestre de oficios. Sus desvelos se relacionaban con otra formalidad: la dirección general de postas y arsenales del Imperio. En las treinta y cuatro ciudades —quince en Oriente y diecinueve en Occidente—, se empleaban compañías de operarios para la fabricación incesante de armas defensivas y ofensivas, las que, depositadas en los parques, se repartían oportunamente a la tropa. 3) En el curso de nueve siglos, el cargo de *cuestor* experimentó singulares cambios. Al principio, el pueblo romano nombraba anualmente a dos magistrados inferiores para aliviar a los cónsules del aborrecible manejo del tesoro público;[1862] los procónsules y pretores que ejercían algún mando militar o provincial contaron con un ayudante similar. Al extenderse las conquistas, los dos cuestores fueron creciendo gradualmente hasta el número de cuatro, de ocho, de veinte y, por cortos plazos, tal vez hasta de cuarenta;[1863] los principales ciudadanos solicitaron ansiosamente un cargo que les proporcionara asiento en el Senado y la esperanza fundada de alcanzar los mayores honores de la República. Aunque Augusto aparentara mantener la libertad en las elecciones, aceptó el privilegio anual de recomendar —verdaderamente, de nombrar — cierta porción de candidatos; además solía escoger alguno de

aquellos jóvenes más relevantes para leer sus arengas o epístolas en las juntas del Senado.[1864] Los sucesores de Augusto siguieron esta práctica; la comisión eventual se transformó en permanente; el agraciado cuestor ascendió a una nueva y más esclarecida jerarquía y logró perdurar luego de la supresión de sus antiguos e inservibles compañeros.[1865] Como los discursos que componía en nombre del emperador[1866] adquirieron la fuerza y, después, la forma de edictos absolutos, se lo consideró como representante de la potestad legislativa, oráculo del consejo y fuente original de la jurisprudencia civil. A veces, se le ofrecía asiento en el juzgado supremo del consejo imperial, con los prefectos pretorios y el maestre de oficios, e incluso se solía requerir su presencia para resolver las dudas de los jueces inferiores. Sin embargo, como no lo acosaban demasiadas tareas, empleaba su ocio y talento en cultivar el estilo digno de la elocuencia que, en medio de un saber y lenguaje ya estragados, la majestad de las leyes romanas aún conservaba.[1867] Desde cierta perspectiva, el cargo de cuestor imperial puede compararse con el de un canciller moderno; pero el uso de un gran sello, que parece haber sido adoptado por los bárbaros analfabetos, jamás tuvo cabida para testimoniar los actos públicos del emperador. 4) El título extraordinario de *conde de las sagradas larguezas* correspondió al tesorero general de las rentas, tal vez con la intención de inculcar que cada pago provenía de la voluntad del monarca. Concebir el detalle, casi infinito, del gasto militar y civil, diario y anual, en todo el ámbito del gran Imperio, excedería el poder de la imaginación más vigorosa. La verdadera cuenta empleaba a varios centenares de individuos, repartidos en once secretarías diferentes, ideadas sabiamente para examinar y fiscalizar sus respectivas obligaciones. Esta muchedumbre propendía a crecer más y más, y hasta se llegó a

considerar el hecho de despedir a estos supernumerarios inservibles que, habiendo olvidado su honrado trabajo, se agolpaban con demasiada ansia en la lucrativa profesión de las finanzas.[1868] Del tesorero —cuya jurisdicción abarcaba las minas de donde se extraían los metales preciosos para las fábricas en que se acuñaba la moneda corriente, y los tesoros públicos de las ciudades más numerosas, en las que se depositaba la moneda para las urgencias del Estado— dependían veintinueve recaudadores generales de las provincias, de los cuales dieciocho se titulaban condes. Este ministro se encargaba del comercio exterior, como también de las fábricas de lino y de lana, en las cuales se ejecutaban las sucesivas operaciones del hilado, el tejido y el tinte por mujeres de baja condición para surtir al palacio y al ejército. En Occidente, donde las industrias se habían introducido recientemente, se encontraban veintiséis de estos establecimientos, y en las laboriosas provincias de Oriente había aun un número mayor.[1869] 5) Además de las rentas públicas que un monarca absoluto podía recaudar e invertir a su albedrío, los emperadores, como ciudadanos acaudalados, poseyeron grandes propiedades que eran administradas por el *conde* o *tesorero de las fincas privadas*. Quizás alguna parte de las tierras haya sido patrimonio de antiguos reyes y repúblicas; otra, tal vez, derive de las familias que se fueron revistiendo de la púrpura; pero la porción más cuantiosa provenía del turbio manantial de las confiscaciones y supresiones. Las propiedades imperiales se diseminaron por las provincias, desde Mauritania hasta Britania, pero el suelo rico y fértil de Capadocia tentó al monarca a adquirir allí sus más queridas posesiones.[1870] Constantino y sus sucesores aprovecharon la coyuntura para encubrir su codicia con visos de religiosidad: suprimieron el lujoso templo de Comana, donde el sumo pontífice de la diosa

de la guerra sostuvo la dignidad de un príncipe, y se apropiaron de las tierras consagradas, donde moraban hasta seis mil súbditos o esclavos de la divinidad y sus ministros.[1871] Sin embargo, esto no era lo más valioso: las llanuras que se tendían desde la falda del monte Argaeus [actual Erciyas Daği] hasta las orillas del río Sarus [actual Seyhan] criaban alazanes selectos, reconocidos en todo el mundo antiguo por su aspecto altivo y su velocidad sin igual. Estos cuadrúpedos sagrados, destinados al servicio del palacio y los juegos imperiales, fueron protegidos de un dueño vulgar por las leyes de la profanación.[1872] El patrimonio de Capadocia era suficientemente importante como para necesitar la celaduría de un conde;[1873] en otros varios puntos del Imperio se colocaron dependientes de menor jerarquía, y los lugartenientes del tesorero, sea público o privado, ejercían siempre con independencia sus funciones, contrarrestando la autoridad de los magistrados provinciales.[1874]

6 y 7) Los cuerpos selectos de infantería y caballería, que custodiaban la persona del emperador, estaban a las órdenes inmediatas de los *dos condes de los domésticos*. Componían un total de tres mil quinientos hombres, divididos en siete escuelas o tropas de quinientas plazas; este servicio honorífico en Oriente estaba casi vinculado a los armenios. Las formaciones de ceremonia, en los patios y pórticos del palacio, ostentaban una suntuosidad marcial, adecuada a la majestad romana, por su gran tamaño, su silenciosa disciplina y sus esplendorosas armas de oro y plata.[1875] De las siete escuelas se escogían los *protectores*, que componían dos compañías de a caballo y cuatro de a pie, cuya ocupación eminente era la esperanza y el galardón de los soldados más beneméritos. Montaban la guardia en las estancias interiores y, en ocasiones, se los enviaba a las provincias para ejecutar las órdenes de su dueño pronta y

valerosamente.[1876] Los condes de los domésticos eran sucesores de los prefectos pretorios, y aspiraban igualmente al mando de los ejércitos.

La comunicación incesante entre la corte y las provincias se mejoró con las carreteras y postas. Estos beneficiosos establecimientos accidentalmente se relacionaron con un abuso pernicioso e intolerable. Bajo las órdenes del maestre de oficios se empleaban entre doscientos y trescientos agentes o mensajeros, que se encargaban de anunciar los nombres de los cónsules anuales y los edictos o victorias del emperador. Ellos se tomaron la licencia de rumorear sobre cuanto observaban en la conducta de los magistrados o particulares, y rápidamente se los consideró como los ojos del monarca[1877] y el azote del pueblo. Fomentados por la flaqueza de los soberanos, se multiplicaron hasta el número increíble de diez mil: desdeñaron las amonestaciones suaves, aunque frecuentes, de las leyes y, en el desempeño de su cargo, ejercitaron un poder rapaz y desvergonzado. Estos espías oficiales, en correspondencia con el palacio, fueron alentados, con el premio y la confianza, a estar acechando constantemente todo intento alevoso, desde el escaso y encubierto asomo de enemistad hasta los concretos preparativos de la más descarada rebeldía. Su infracción descuidada o criminal de la verdad o la justicia quedaba encubierta con el disfraz de la lealtad; y, según sus deseos, podían herir emponzoñadamente tanto al criminal como al inocente que había acarreado su odio o no había comprado su silencio. Un súbdito leal, quizá de Siria o de Britania, estaba expuesto al peligro, o al menos a la zozobra, de tener que acudir encadenado a la corte de Milán o de Constantinopla para resguardar su vida y hacienda contra el cruel informe de aquellos delatores privilegiados. Todo el sistema se basaba en medios que

sólo la extrema necesidad puede paliar y, al escasear los testimonios, se acudía al recurso del tormento.[1878]

El nefasto y engañoso método de la violencia en el *interrogatorio* criminal, como enfáticamente se lo denominaba, era usual sin estar expresamente aprobado en la jurisprudencia romana. Este modo sangriento de confesión se aplicaba sólo a las clases serviles, cuyos padecimientos no solían pesarse en la balanza de la justicia y de la humanidad de aquellos altaneros republicanos, quienes no se animarían a atropellar la sagrada persona de un ciudadano hasta no poseer evidencia clara de su delito.[1879] Los anales de la tiranía relatan, desde el tiempo de Tiberio hasta el de Domiciano, las ejecuciones de un sinnúmero de víctimas inocentes; pero en tanto el recuerdo de la libertad y el honor nacional se mantuvieron vivos, los últimos momentos de un romano estaban fuera de los peligros del ignominioso tormento.[1880] Sin embargo, el desempeño de un magistrado en provincia no se ajustaba a la práctica de la capital ni a las máximas de los ciudadanos. Ellos encontraron el uso del tormento ya establecido no sólo entre los esclavos del despotismo oriental, sino también entre los macedonios, que vivían en una monarquía limitada, entre los rodios, tan florecientes con su libertad de su comercio, y hasta entre los cultos atenienses, que proclamaron y realzaron el señorío del género humano.[1881] El consentimiento de los provincianos alentó a sus gobernadores para obtener, o tal vez usurpar, la potestad de emplear el tormento a su albedrío para arrancar de los vagos o reos plebeyos la confesión de su delito, hasta que imperceptiblemente se fueron confundiendo las distinciones de clases y los privilegios de los ciudadanos de Roma se desatendieron. Tanto el temor de los súbditos como el interés del soberano mediaron para otorgar un sinnúmero de

exenciones particulares, aunque, tácitamente, consentían e, incluso, autorizaban el uso general del tormento. Se protegía a los *ilustres* y *recomendables*, a los obispos y sus presbíteros, a los profesores de artes liberales, a los soldados y sus familias, a los concejales y su prole hasta la tercera generación, y a todos los niños hasta su pubertad.[1882] No obstante, una máxima fatal se introdujo en la nueva jurisprudencia del Imperio: en materia de alevosía —que implicaba todo desliz que la sutileza de los letrados pudiera señalar como *intento hostil* contra el príncipe o la República—,[1883] los privilegios cesaban y todos quedaban igual y afrentosamente nivelados. Como se anteponía la salvación del emperador a todo miramiento de justicia y humanidad, el venerable anciano y el tierno mancebo quedaban igualmente expuestos a un martirio infernal; y el pavor de una denuncia malvada, que pudiera escoger cómplices e, incluso, testigos de un crimen imaginario, estaba permanentemente presente en el pensamiento de los principales ciudadanos del mundo romano.[1884]

Estos quebrantos, por más horrorosos que parezcan, estaban vinculados a un pequeño número de súbditos romanos, cuya situación peligrosa quedaba de cierta forma recompensada con el goce de esas ventajas que los expuso, por naturaleza o fortuna, a los celos del monarca. Para la muchedumbre de un gran imperio es menos temible la crueldad que la codicia de su monarca; su humilde dicha es afectada fundamentalmente por los exorbitantes impuestos que, presionando suavemente a los acaudalados, descienden con todo su peso sobre la clase más pobre y necesitada de la sociedad. Un agudo filósofo[1885] ha calculado el arancel general de las imposiciones públicas por los grados de libertad o servidumbre: según la ley constante de la naturaleza, aumentan con la primera y disminuyen con la

segunda. Sin embargo, esta reflexión que aliviaría las tropelías del despotismo se desmiente, por lo menos, con la historia del Imperio Romano, en la que se tilda a los mismos príncipes de despojar al Senado de su autoridad y a las provincias, de sus caudales. Sin abolir todos los diversos derechos y recargos sobre las mercancías, que imperceptiblemente se van pagando según la inclinación manifiesta de los consumidores, la política de Constantino y sus sucesores se atuvo al sistema de una contribución sencilla y directa, pero acorde con la cualidad de un gobierno arbitrario.[1886]

El nombre y el uso de las *indicciones*,[1887] que sirven para explicar la cronología de la Edad Media, se derivan de la práctica corriente de los tributos romanos.[1888] El emperador firmaba con su propio puño y letra el solemne edicto, o indicción, que se distribuía en la capital de cada diócesis en los dos meses anteriores al 1° de septiembre. Por una relación muy obvia de conceptos, se trasladó la voz *indicción* a la cuota prescrita y al plazo anual del pago. Esta estimación general de los suministros fue proporcionada a las necesidades, verdaderas o supuestas, del Estado; pero cuando el gasto excedió al ingreso o cuando la renta no cubrió el presupuesto, se impuso una nueva contribución bajo el nombre de *superindicción*, y este atributo preeminente de autoridad se traspasó a los prefectos pretorios, quienes a veces podían disponer de él para acudir a necesidades imprevistas y extraordinarias del servicio público. La ejecución de estas leyes —que sería molesto ir desmenuzando en detalle— básicamente consistió en dos operaciones concretas: el reparto de la carga general en sus porciones constitutivas, que se iban subdividiendo en provincias, pueblos e individuos del mundo romano, y la recaudación de las cuotas repartidas a individuos, pueblos y provincias hasta que todas las sumas

pasasen a formar parte del tesoro imperial. Sin embargo, como la cuenta entre el monarca y el súbdito siempre estaba pendiente y como el nuevo pedido se anticipaba al pago cabal de la obligación anterior, la pesada mole de las finanzas seguía girando por las mismas manos en el círculo de su renovación anual. Todo aquello que pareciera honorífico e importante en la administración de las rentas estaba a cargo de la sabiduría de los prefectos o de sus representantes en las provincias; en torno de ellos se arremolinaban a raudales los cobradores sedientos, algunos de los cuales dependían del tesorero y otros, del gobernador de la provincia; así, los roces eran comunes en tan enmarañada jurisdicción y solían provocarse contiendas por obtener los despojos del desvalido pueblo. Las tareas más arduas, ya que podían provocar odios, rencores, gastos y peligros, estaban a cargo de los *decuriones*, que componían los gremios de las ciudades y a quienes la severidad de las leyes imperiales había sentenciado a sobrellevar los gravámenes civiles.[1889] La propiedad territorial de todo el Imperio, sin exceptuar el patrimonio del monarca, era objeto de impuestos ordinarios, y los nuevos compradores debían cargar con las obligaciones del hacendado anterior. Un esmerado censo[1890] o padrón era el único arbitrio equitativo para ir puntualizando las cuotas de cada ciudadano, y, por el notorio plazo de las indicciones, sobran motivos para considerar que esta operación ardua y costosa se repetía cada quince años. Los agrimensores enviados a las provincias medían los terrenos; se especificaba claramente la calidad de la tierra, si era cultivable o no, si servía para viñedos o bosques, y se estimaba su valor general teniendo en cuenta la posible producción durante un quinquenio. El número de esclavos y ganado constituía parte esencial de los rendimientos. Los hacendados debían realizar una declaración jurada de sus

verdaderos haberes, y se estaba al acecho de cualquier intento de perjurar o eludir el pago, castigándolo como crimen sacrílego y alevoso.[1891] Gran parte del tributo se pagaba en metálico y, de toda la moneda corriente en el Imperio, sólo se admitía legalmente la de oro.[1892] Los demás impuestos, según las proporciones determinadas en la indicción anual, se obtenían de modo más directo y opresivo. Según la diferente calidad de los terrenos, su producto efectivo en varios artículos —vino, aceite, trigo, cebada, madera o hierro— se debía presentar, a costa y trabajo de los labradores, en los almacenes imperiales, de donde luego se repartían proporcionadamente para el uso de la corte, del ejército y de ambas capitales, Roma y Constantinopla. Los comisionados de las rentas solían tener que comprar con tanta frecuencia sus provisiones que se les prohibió admitir compensaciones y recibir en dinero el valor de los suministros que se requerían en especias. En la sencillez primitiva de las comunidades pequeñas, este sistema se usaba para ir recolectando las ofertas casi voluntarias del pueblo; pero, cuando adquiere el amplio espacio y el rigor supremo de una monarquía despótica y absoluta, se mantiene una contienda perpetua entre la potestad opresora y el arte del engaño.[1893] La labranza de las provincias se fue arruinando imperceptiblemente y, como el despotismo siempre propende al malogro de sus propios intentos, los emperadores se vieron obligados a obtener algún mérito con la cancelación de deudas y el descargo de rezagos que los súbditos estaban imposibilitados de satisfacer. En virtud de la nueva división de Italia, la fértil y venturosa provincia de Campania, teatro de las victorias primitivas y del retiro deleitoso de los ciudadanos de Roma, se extendía entre el mar y los Apeninos, del Tíber al Silaro. A sesenta años de la muerte de Constantino, y con el testimonio de quien lo

presenció, se concedió una exención a favor de trescientos treinta mil acres ingleses [1335 km^2] de yermo, que ascendía a la octava parte del total de la provincia. Mientras no asomaban las huellas de los bárbaros por Italia, la causa de tan portentosa asolación, mencionada en las leyes, tan sólo puede adjudicarse al desgobierno de los emperadores romanos.[1894]

Por voluntad o por accidente, el modo de partición parecía incluir indistintamente a personas y haciendas.[1895] Las ganancias enviadas de cada provincia o distrito contenían el número de los contribuyentes y el importe de los impuestos públicos. Esta última suma se dividía por la primera; la estimación —tal provincia contenía tantas *cabezas* tributarias y cada cabeza se valoró en tal precio— fue aceptada universalmente no sólo en el cómputo popular, sino también en el legal. El valor *per cápita* debe de haber variado según las circunstancias accidentales y pasajeras; pero algún dato se puede obtener de un hecho curioso y de gran trascendencia, en tanto se relaciona con una de las provincias más fértiles del Imperio Romano que ahora mismo florece como el reino más esplendoroso de Europa. Los rapaces ministros de Constantino habían agotado todo el caudal de Galia, requiriendo veinticinco piezas de oro per cápita como tributo anual. La humana política de su sucesor redujo la cifra a siete piezas.[1896] Una proporción moderada entre los extremos de la opresión extraordinaria y la indulgencia transitoria puede ser fijada en dieciséis piezas de oro per cápita, aproximadamente nueve libras esterlinas, el estándar, quizá, del impuesto sobre la Galia.[1897] Pero este cómputo o, más bien, los hechos que de él se deducen no pueden menos que sugerir dos dificultades a todo genio reflexivo. Su explicación derramará quizás alguna luz sobre el interesante asunto de la hacienda en el Imperio Romano.

I) Se hace palpable que, mientras una parte inmutable de la naturaleza humana produce y mantiene una división tan desigual de la propiedad, la mayor porción de los conciudadanos no puede subsistir dado el igual reparto de un gravamen que ha de redundar en producto del soberano. Tal vez se deba a la teoría de la capitación romana, pero, en la práctica, esta injusta igualdad no era muy sentida, en tanto el tributo se recaudaba bajo el concepto de un impuesto efectivo, aunque no personal: varios ciudadanos humildes se podían unir y conformar una sola cabeza o cápita tributaria, mientras que el acaudalado, en relación con sus haberes, representaba varias de estas entidades imaginarias. En un memorial poético, dedicado a uno de los últimos príncipes romanos, y de los más cabales que reinaron en Galia, Sidonio Apolinar personaliza su tributo bajo la figura de un monstruo triple, el Gerión de las fábulas griegas, y ruega al nuevo Hércules que se digne a agraciarlo y salve su vida, cortándole las tres cabezas.[1898] La riqueza de Sidonio excedía en gran manera el acostumbrado caudal de un poeta; pero, si hubiese expandido aún más la alegoría, podría haber retratado a muchos de los nobles galos con el centenar de cabezas de la mortal Hidra extendiéndose por todo el país y devorando el caudal de cien familias. II) La dificultad de aprontar la suma anual de nueve libras esterlinas per cápita en Galia se evidencia plenamente comparando el estado actual del mismo país, gobernado ahora por el monarca absoluto de un pueblo trabajador, rico y afectuoso. Los impuestos de Francia no pueden, ni por temor ni por lisonja, sobrepasar la cantidad anual de dieciocho millones de libras esterlinas, tal vez repartidas entre veinticuatro millones de habitantes.[1899] Sólo unos siete millones de ellos, en su condición de padres, hermanos o maridos, podrán cumplir con la carga de la

muchedumbre restante de mujeres y niños; incluso, la proporción por individuo tributario apenas podría exceder a cincuenta chelines de nuestra moneda, en vez de la cantidad cuatro veces mayor que se impuso a sus antepasados. La causa de esta diferencia no estriba tanto en la relativa escasez o abundancia de oro o plata como en las diferencias entre la sociedad de la antigua Galia y la de la Francia moderna. En un país donde la libertad personal es privilegio de todas las personas, la mole entera de los impuestos, sean sobre fincas o sobre consumos, puede repartirse equitativamente entre el cuerpo entero de la nación. En cambio, la mayor parte del terreno de la antigua Galia, como de otras provincias del mundo romano, se cultivaba por esclavos y campesinos, cuyo estado, aunque dependiente, era de un tipo de servidumbre más templada.[1900] En tales circunstancias, el dueño mantenía a los necesitados, disfrutando el producto de aquel trabajo y, como los padrones o catastros sólo contenían los nombres de los pudientes, la pequeñez del número, en comparación, explica y justifica la elevada cuota del impuesto. Esta verdad fundamental puede corroborarse con el siguiente ejemplo: los eduos, una de las tribus o *poblaciones* más poderosas y civilizadas de Galia, ocupaban un territorio, las dos diócesis eclesiásticas de Autun y de Nevers,[1901] que actualmente contiene más de quinientos mil habitantes y, con el aumento probable de Châlons y Mâcon,[1902] su población podría ascender a las ochocientas mil almas. En tiempo de Constantino, todo el ámbito de los eduos proporcionó sólo veinticinco mil *cabezas* de empadronamiento, de las cuales siete mil quedaron excluidas del gravamen del tributo por aquel príncipe.[1903] En virtud de la analogía, sale airosa la opinión de un historiador ingenioso[1904] de que los ciudadanos libres y tributarios componían medio millón; y si,

según el régimen de aquel gobierno, su tributo anual puede calcularse en aproximadamente cuatro millones y medio de nuestro dinero, resulta que, aunque cada cuota fuera cuatro veces mayor, la suma de lo que se recaudaba en la provincia imperial de Galia se reducía a la cuarta parte del impuesto moderno de Francia. Las imposiciones de Constancio pueden computarse en unos siete millones de libras esterlinas, que la humanidad y sabiduría de Juliano redujeron a unos dos millones.

Sin embargo, esta carga o impuesto no abarcaba más que a los hacendados, olvidándose de una clase crecida y acaudalada de ciudadanos libres. A fin de participar de aquella clase de riqueza que el arte y el afán pueden acarrear, y que se cifra en el dinero y en las mercancías, los emperadores impusieron un impuesto separado y personal a los comerciantes.[1905] Alguna excepción, muy limitada en tiempo y lugar, cabía a los hacendados que comerciaban sus propios frutos. Los oficios liberales lograron algún alivio, pero la ley comprendía inexorablemente a todos los demás ramos del comercio. El honrado comerciante de Alejandría que traía perlas y especias para el consumo de Occidente, el usurero que exprimía el interés de la moneda con una ganancia callada e ignominiosa, el ingenioso fabricante, el trabajador afanoso y el menospreciado regatón de una aldea remota tenían que compartir con los dependientes de rentas sus utilidades; incluso, el soberano del Imperio Romano, disimulando la profesión, consintió en compartir el infame salario de las prostitutas. Como el impuesto general sobre la industria se recaudaba al cuarto año, tomó el nombre de *contribución lustral*, y el historiador Zósimo[1906] lamentaba que siempre el asomo del funesto plazo se manifestara con las lágrimas y el pavor de los ciudadanos,

obligados, por el enarbolado azote, a acudir a los arbitrios más torpes y horrorosos para conseguir la suma de sus cuotas. En el testimonio de Zósimo no cabe la nota de parcialidad y preocupación, aunque de la naturaleza de este tributo es muy común inferir que era arbitrario en el reparto y violento en la recaudación. La encubierta riqueza del comercio y las precarias ganancias del arte o del trabajo sólo admiten una prudente valoración, que suele propender siempre en ventaja del erario; y como la persona del comerciante necesita un resguardo visible y permanente, el pago del impuesto, que para los hacendados podía implicar la hipoteca de las mismas fincas, podía ser arrancado, en este caso, con padecimientos corporales. El cruel tratamiento que recibían los deudores insolventes del Estado se atestigua y, tal vez, se mitiga con un edicto de Constantino, que, vedando el tormento y los azotes, señala una cárcel espaciosa y ventilada para el encierro.[1907]

Estos impuestos generales se aplicaron y fueron recaudados por la autoridad absoluta del monarca; pero las ofrendas eventuales del oro coronario mantenían siempre el nombre y la apariencia del consentimiento popular. Una costumbre antigua consistía en que los aliados de la República, que atribuyeron su seguridad o liberación al éxito de las armas romanas, e incluso las ciudades de Italia, que admiraron las virtudes de su general victorioso, realzaran su esplendor triunfal con los dones voluntarios de coronas de oro, que se consagraban, después de la función, en el templo de Júpiter para que aquel testimonio de su gloria permaneciese manifiesto por los siglos venideros. El agasajo lisonjero creció en el tamaño y la cantidad de las ofrendas populares, el triunfo de César se adornó con dos mil ochocientas veintidós coronas macizas, cuyo peso ascendía a veinte mil cuatrocientas catorce libras de oro. El prudente

dictador inmediatamente fundió aquel tesoro, dando por supuesto que sería de más provecho para sus soldados que para los dioses; sus sucesores siguieron el ejemplo, y se arraigó la práctica de transformar aquellos esplendorosos ornamentos en la moneda corriente del Imperio.[1908] Finalmente, la ofrenda voluntaria terminó siendo una deuda de obligación y, sin ceñirse al plausible motivo de algún triunfo, se suponía que debía ser brindada por varias ciudades y provincias de la monarquía toda vez que el emperador se dignara a anunciar su advenimiento, su consulado, el nacimiento de un hijo, el nombramiento de un César, una victoria contra los bárbaros o cualquier otro acontecimiento real o imaginario que embellecía los anales de su reinado. La particular ofrenda del Senado de Roma se fijó por costumbre en mil seiscientas libras de oro, cerca de sesenta y cuatro mil libras esterlinas. Los acosados súbditos ponderaban la fortuna de que el soberano se dignase a consentir plácidamente ese pequeño, aunque voluntario, testimonio de su lealtad y agradecimiento.[1909]

Un pueblo engreído con su orgullo o enconado con sus padecimientos rara vez podrá juzgar atinadamente su situación. Los súbditos de Constantino eran incapaces de discernir la carencia de ingenio y la virtud varonil que los iban degradando respecto de la dignidad eminente de sus antepasados; pero podían advertir y deplorar el desenfreno de la tiranía, la relajación de la disciplina y el recargo de los impuestos. El historiador imparcial que presencia la justicia de sus lamentos no puede dejar de destacar ciertas particularidades que tendieron a aliviar la miseria de sus quebrantos. La amenazante tempestad de los bárbaros, que luego destruyó los cimientos de la grandeza romana, permanecía rechazada o suspendida en la frontera. Las artes del lujo y la literatura lograron cultivarse, y una gran parte

de los habitantes del globo disfrutaban los elegantes placeres de la sociedad. La formalidad, el esplendor y el gasto de la administración civil contribuían a refrenar las irregulares licencias de los soldados. Y aunque la prepotencia atropellaba las leyes o la sutileza las estragaba, los atinados principios de la jurisprudencia romana afianzaban cierto orden, desconocido en los gobiernos despóticos de Oriente. Los derechos de la humanidad gozaban de algún resguardo con la religión y la filosofía; y el nombre de la libertad, que ya no podía asustar, quizás amoneste a los sucesores de Augusto, que no reinaron en una nación de esclavos ni de bárbaros.[1910]

XVIII

ÍNDOLE DE CONSTANTINO - GUERRA GÓTICA - MUERTE DE CONSTANTINO - DIVISIÓN DEL IMPERIO ENTRE SUS TRES HIJOS - GUERRA PÉRSICA - MUERTES TRÁGICAS DE CONSTANTINO EL MENOR Y DE CONSTANTE - USURPACIÓN DE MAGNENCIO - GUERRA CIVIL - VICTORIA DE CONSTANCIO

La índole de un príncipe que trasladó el trono del gobierno y planteó tan trascendentales cambios en la constitución civil y religiosa de su país ha atraído la atención y dividido las opiniones de la humanidad. El entusiasta agradecimiento de los cristianos ha condecorado al libertador de la Iglesia con todos los atributos de un héroe, e incluso de un santo, mientras que el descontento del grupo vencido ha comparado a Constantino con los más aborrecidos tiranos cuyos vicios y crímenes deshonraron la púrpura imperial. Estas mismas pasiones, en algún grado, se perpetuaron en las generaciones siguientes; y aún hoy Constantino aparece como blanco de sátiras o de panegíricos. Uniendo imparcialmente los defectos confesados por sus más acalorados admiradores con las virtudes reconocidas por sus enemigos más implacables, esperamos delinear, de aquel hombre extraordinario, un justo retrato que la verdad y la franqueza de la historia puedan aceptar sin rubor.[1911] Pero pronto parecerá que el intento de mezclar matices tan opuestos y de reconciliar cualidades tan contradictorias produciría la figura de un monstruo más que la de un humano, a menos que se mire bajo diversas y apropiadas luces, con una cuidadosa

separación, los diferentes períodos del reinado de Constantino.

La naturaleza enriqueció la persona y el entendimiento de Constantino con los más selectos atributos. Alta estatura, rostro majestuoso, conducta elegante, desplegaba su fuerza y actividad en todo ejercicio varonil, y desde su primera juventud hasta una etapa muy avanzada de su vida preservó el vigor de su constitución observando estrictamente las virtudes domésticas de la castidad y la abstinencia. Le gustaban la conversación llana y el trato placentero, y, aunque a veces bromeaba con menos reserva de la que requería la severa dignidad de su posición, la cortesía y liberalidad de su comportamiento le ganaban el corazón de quienes se le aproximaban. Desconfiaba de sus amistades, pero en algunas ocasiones mostró que no era incapaz de un cariño entrañable y duradero. La desventaja de una educación iletrada no le impidió estimar con justicia el valor del conocimiento, y las artes y las ciencias recibieron algún estímulo de la generosa protección de Constantino. Su diligencia era infatigable en el despacho de los asuntos, y su potencial intelectual estaba casi continuamente ejercitándose en la lectura, la escritura o la meditación, o bien dando audiencias a los embajadores o examinando las quejas de sus súbditos. Aun los que censuraban lo apropiado de sus disposiciones estaban obligados a reconocer que poseía magnanimidad para concebir, y paciencia para ejecutar, los planes más arduos sin que lo detuvieran los prejuicios de la educación ni los clamores de la muchedumbre. En campaña infundía su espíritu audaz a las tropas, que conducía con el talento de un general consumado, y a sus habilidades, más que a su suerte, debemos atribuir las señaladas victorias que obtuvo sobre los enemigos extranjeros y domésticos de la República. Amaba la gloria como el galardón, y quizá como el móvil, de sus afanes. La ambición ilimitada, que

desde el momento en que aceptó la púrpura en York aparece como la pasión dominante de su alma, puede justificarse por el peligro de su propia situación, por el carácter de sus rivales, por la conciencia de la superioridad de sus méritos y por la perspectiva de que su éxito le permitiera restaurar la paz y el orden en el trastornado Imperio. En sus guerras civiles contra Majencio y Licinio atrajo las inclinaciones del pueblo, que comparaba los vicios desenfrenados de tales tiranos con el sistema de sabiduría y justicia que parecía dirigir el tenor general de la administración de Constantino.[1912]

Si Constantino hubiera caído en las orillas del Tíber o incluso en las llanuras de Adrianópolis, tal es el carácter que, con unas pocas excepciones, hubiera transmitido a la posteridad. Pero el remate de su reinado (según la moderada y aun afectuosa sentencia de un escritor contemporáneo) lo apeó de la jerarquía que se había granjeado entre los más beneméritos príncipes romanos.[1913] En la vida de Augusto observamos al tirano de la República convertido, casi por mínimos grados, en padre de su patria y del género humano. En la de Constantino podemos contemplar a un héroe que inspiró el amor de sus súbditos y el terror de sus enemigos, degenerando en cruel y disoluto monarca, corrompido por su fortuna, o elevado con la conquista sobre la necesidad del disimulo. La paz general que conservó en los últimos catorce años de su reinado fue un período de aparente esplendor más que de prosperidad real; y la vejez de Constantino quedó deshonrada por los vicios encontrados, pero reconciliables, de la rapacidad y la prodigalidad. Los caudales atesorados en los palacios de Majencio y de Licinio se consumieron generosamente, las variadas innovaciones del conquistador se atendieron con el aumento de los gastos; el costo de sus edificios, su corte y sus festivales requerían un

suministro inmediato y cuantioso, y la opresión del pueblo era el único fondo que podía solventar la magnificencia del soberano.[1914] Sus indignos privados, enriquecidos con la liberalidad ilimitada de su soberano, usurpaban impunemente el privilegio de las rapiñas y la corrupción.[1915] Una decadencia secreta pero general se notaba en todos los ramos de la administración pública, y el mismo emperador, aunque conservaba la obediencia, perdió gradualmente el aprecio de sus súbditos. El traje y modales que eligió afectar hacia el final de su vida sólo sirvieron para degradarlo ante los ojos de los hombres. La pompa asiática, adoptada por la soberbia de Diocleciano, tomaba visos de blandura y afeminamiento en la persona de Constantino. Se lo representa con un peluquín de varios matices y esmeradamente acicalado por los artífices más diestros de aquella época, con una diadema de una moda nueva y costosísima, profusión de joyas y perlas, de collares y brazaletes, y un abigarrado y suelto ropaje de seda, prolijamente bordado con flores de oro. Con semejante indumentaria, apenas disculpable en la juventud y devaneo de Heliogábalo, no cabe descubrir la cordura de un monarca ya anciano y la sencillez de un veterano de Roma.[1916] Un ánimo tan relajado por la prosperidad y el lujo no podía elevarse a la magnanimidad que desdeña el recelo y se atreve a indultar. Las máximas de la política, tal como se enseñan en las escuelas de la tiranía, tal vez puedan justificar las muertes de Maximiano y Licinio; pero una reseña imparcial de las ejecuciones, o más bien matanzas, que mancharon la ancianidad de Constantino dará a nuestros más sinceros pensamientos la idea de un príncipe que sacrificaba sin reparo las leyes de la justicia y los sentimientos naturales a los dictados de sus pasiones o de su interés.

La misma suerte que tan invariablemente acompañó los

pendones de Constantino parecía asegurar las esperanzas y consuelos de su vida doméstica. Los reinados más prósperos y duraderos, como el de Augusto, el de Trajano y el de Diocleciano, quedaron sin posteridad; y las revoluciones incesantes imposibilitaron a las familias imperiales crecer a la sombra de la púrpura. Pero la estirpe regia de los Flavios, entronizada primero por Claudio Gótico, descendió a través de varias generaciones, y el mismo Constantino había recibido de su padre los honores hereditarios que traspasó a sus hijos. El emperador se casó dos veces. Minervina, amada desconocida pero legítima de su juventud,[1917] le había dejado un solo hijo llamado Crispo. Con Fausta, hija de Maximiano, tuvo tres hijas y tres varones conocidos por los nombres familiares de Constantino, Constancio y Constante. Los sencillos hermanos del gran Constantino, Julio Constancio, Dalmacio y Hanibaliano,[1918] pudieron disfrutar de la jerarquía más honorable y de la fortuna más cuantiosa que podía caberle a su condición de privados. El menor de los tres vivió desconocido y murió sin dejar posteridad. Los dos hermanos mayores se casaron con hijas de senadores opulentos y propagaron ramas nuevas de la alcurnia imperial. Después, Galo y Juliano fueron los hijos más ilustres de Julio Constancio, el *Patricio*. Los dos hijos de Dalmacio, condecorados con el vano título de *Censor*, se llamaban Dalmacio y Hanibaliano. Las dos hermanas del gran Constantino, Anastasia y Eutropia, se casaron con Optato y Nepociano, dos senadores de noble nacimiento y dignidad consular. Su tercera hermana, Constancia, se distinguió por su grandeza y por su desdicha. Quedó viuda del vencido Licinio y fue por sus ruegos que un niño, el vástago de su matrimonio, conservó por un tiempo su vida, el título de César y una precaria esperanza de sucesión. Además de las mujeres y los

aliados de la casa Flavia, diez o doce varones, a quienes el lenguaje de las cortes modernas daría el título de príncipes de la sangre, parecían destinados, según el orden de su nacimiento, a heredar o sostener el trono de Constantino. Pero en menos de treinta años, esta numerosa y creciente familia quedó reducida a las personas de Constancio y Juliano, los únicos que sobrevivieron a una serie de crímenes y calamidades como los que lamentan los poetas trágicos en los desgraciados linajes de Pélope y de Cadmo.

Historiadores imparciales presentan a Crispo, primogénito de Constantino y presunto heredero del Imperio, como un joven amable y cabal. Su educación, al menos la parte de sus estudios, corrió a cargo de Lactancio, el más elocuente de los cristianos, un admirable preceptor calificado para formar el gusto y labrar las virtudes de su esclarecido alumno.[1919] A los diecisiete años Crispo fue investido con el título de César y con el gobierno de las Galias, donde las correrías de los germanos le suministraron una temprana ocasión para sobresalir con proezas militares. En la guerra civil que estalló poco después, el padre y el hijo compartieron sus fuerzas; y esta misma historia ya celebró el valor y la conducta del último cuando forzó el estrecho del Helesponto, tan tenazmente defendido por toda la armada superior de Licinio. Esta victoria naval contribuyó para decidir el trance de la guerra, y los nombres de Constantino y de Crispo se unieron en las gozosas aclamaciones de los súbditos orientales, quienes proclamaron sonoramente que el mundo había sido avasallado, y estaba ahora gobernado, por un emperador dotado de todas las virtudes y por su ilustre hijo, príncipe predilecto del Cielo y la viva imagen de las perfecciones del padre. El cariño público, que raramente acompaña a la ancianidad, dio brillo a la juventud de Crispo. Merecía el

aprecio y cautivaba el afecto de la corte, del ejército y del pueblo. Los súbditos suelen reconocer con renuencia los méritos del monarca reinante que ya experimentaron, y aun los niegan frecuentemente con murmullos parciales y descontentos; mientras que con los méritos florecientes del sucesor conciben ingenuamente esperanzas ilimitadas de felicidad pública y privada.[1920]

Esta peligrosa popularidad excitó la atención de Constantino, quien, como padre y rey, se impacientaba con un igual. En vez de esmerarse en afianzar la lealtad del hijo con los vínculos de la intimidad y el agradecimiento (año 324, octubre 10), intentó prevenir las temibles consecuencias de una ambición desairada. Pronto Crispo tuvo motivos para quejarse: mientras enviaban a su párvulo hermano a reinar con el título de César en las Galias,[1921] *él*, príncipe ya de edad madura, que acababa de hacer servicios tan señalados, en vez de ser elevado a la jerarquía suprema de Augusto, estaba confinado casi como un prisionero a la corte de su padre, y expuesto sin resguardo a cuantas calumnias pudiera inventar la maldad enemiga. Bajo tan penosas circunstancias, el joven regio no siempre era capaz de mantener la compostura y encubrir su descontento, y podemos estar seguros de que lo rodearían una serie de espías indiscretos y pérfidos, que asiduamente planeaban inflamar, y que tal vez tenían órdenes de traicionar, el incauto calor de su resentimiento. Un edicto de Constantino pregonado por ese tiempo (año 325, octubre 1°) muestra sus sospechas, reales o supuestas, de que se había fraguado una conspiración sigilosa contra su persona y gobierno. Ofrece el aliciente de ascensos y recompensas a los delatores de toda clase para acusar, sin excepción, a sus magistrados o ministros, a sus amigos o a los más íntimos privados, afirmando solemnemente que él mismo

ha de oír las acusaciones y ha de vengar su injuria; y concluye con una plegaria, que muestra algún temor por el peligro, para que la providencia del Ser Supremo siga protegiendo la seguridad del emperador y del Imperio.[1922]

Los delatores que aceptaron esta invitación tan generosa eran suficientemente versados en las artes de la corte como para señalar a los amigos y allegados de Crispo como las personas culpables; tampoco hay razones para desconfiar de la sinceridad del emperador, que había prometido una demostración ejemplar de venganza y castigo. La política de Constantino siguió sin embargo aparentando miramientos y confianza con un hijo a quien empezaba a mirar (año 326, julio) como a su enemigo mortal. Se acuñaron medallas con los votos acostumbrados por el reinado largo y venturoso del joven César;[1923] y como el pueblo, ajeno a los secretos palaciegos, todavía amaba sus virtudes y respetaba su dignidad, un poeta, que implora el rescate de su destierro, adora con igual devoción la majestad del padre y la del hijo.[1924] Había llegado el momento de celebrar la augusta ceremonia del vigésimo año del reinado de Constantino, y, con este propósito, el emperador trasladó su corte de Nicomedia a Roma, donde se hacían los más espléndidos preparativos para su recibimiento. Todos los ojos y todas las lenguas parecían expresar un sentimiento de dicha general, y el velo de la ceremonia y el disimulo cubrió por un tiempo los más oscuros planes de venganza y asesinato.[1925] En medio de la ceremonia apresaron al desventurado Crispo por orden del emperador, quien dejó de lado el cariño de padre sin asumir la equidad de juez. El interrogatorio fue breve y reservado,[1926] y, como pareció decoroso ocultar a los ojos del pueblo romano la suerte del joven príncipe, lo enviaron con una fuerte guardia a Pola, en Istria, donde poco después le dieron

muerte, ya fuese por mano del verdugo o por el medio más suave del veneno.[1927] La ruina de Crispo envolvió al César Licinio, un joven de amenos modales,[1928] y el adusto enojo de Constantino fue insensible a los ruegos y lágrimas de su hermana predilecta, que intercedió por la vida de un hijo cuya única culpa era su jerarquía, y a cuya pérdida no pudo sobrevivir largo tiempo. La historia de estos desdichados príncipes, la naturaleza y evidencia de su culpa, el modo de procesarlos y las circunstancias de su muerte fueron sepultados en una misteriosa oscuridad; y el obispo cortesano, que en un elaborado trabajo celebró la virtud y la piedad de su héroe, observa un prudente silencio acerca de tan trágicos acontecimientos.[1929] Un menosprecio tan arrogante de la opinión pública, mientras que estampa una mancha indeleble en la memoria de Constantino, no puede menos que recordarnos la conducta muy diferente de uno de los mayores monarcas de nuestro siglo. El zar Pedro, en plena posesión de su poder despótico, rindió ante el juzgado de Rusia, de Europa y de la posteridad las razones que lo obligaron a firmar la condena de un hijo criminal o al menos degenerado.[1930]

La inocencia de Crispo fue reconocida tan universalmente que los griegos modernos, que adoran la memoria de su fundador, se ven obligados a paliar la culpa del parricidio con la opinión común de que va en contra de la naturaleza humana. Afirman que cuando el afligido padre descubrió la falsedad de la acusación que tan fatalmente había engañado su credulidad, pregonó al mundo su desazón y arrepentimiento, que estuvo llorando cuarenta días, durante los cuales prescindió de bañarse y de las comodidades ordinarias, y que, para la instrucción de la posteridad, levantó una estatua de oro a Crispo, con este rótulo memorable: *A mi hijo, condenado injustamente por mí*.[1931] Un cuento tan moral e interesante merece ser apoyado por una

autoridad más fundada; pero si consultamos a los escritores más antiguos y fidedignos, nos informarán que el arrepentimiento de Constantino sólo se manifestó con actos vengativos y sangrientos, y que se descargó de la muerte de un hijo inocente con la ejecución de una esposa quizá criminal. Atribuyen la catástrofe de Crispo a las arterías de su madrastra, Fausta, cuyo odio implacable o su amor decepcionado renovó en el palacio de Constantino la tragedia antigua de Hipólito y Fedra.[1932] La hija de Maximiano, como la de Minos, acusó a su hijastro de un intento incestuoso contra la castidad de su madrastra, y fácilmente obtuvo del celoso emperador la sentencia de muerte contra el joven príncipe, a quien consideraba, con razón, como el competidor más formidable de sus propios hijos. Pero Helena, la anciana madre de Constantino, lamentó y vengó el prematuro destino de su nieto; no mucho tiempo después se descubrió, real o pretendidamente, que la misma Fausta tenía trato deshonesto con un esclavo de las caballerizas imperiales.[1933] Sentenciarla y ajusticiarla fue consecuencia inmediata de la acusación, y la adúltera fue ahogada con el vapor de un baño que, con tal propósito, se había calentado en un grado extraordinario.[1934] Algunos opinarán que el recuerdo de un enlace conyugal de veinte años y el honor de su común descendencia, heredera del trono, debía enternecer el terco corazón de Constantino y persuadirlo de que su consorte, por más culpable que apareciese, purgase su delito en una prisión solitaria. Pero parece superfluo pesar la propiedad de un acto cuya verdad no puede constarnos y que viene acompañado de circunstancias confusas y dudosas. Quienes atacan y quienes defienden a Constantino han desatendido igualmente dos pasajes muy notables de dos oraciones pronunciadas en el reinado siguiente. El primero celebra las virtudes, la hermosura

y la dicha de la emperatriz Fausta, hija, esposa, hermana y madre de tantos príncipes.[1935] El otro afirma terminantemente que la madre del joven Constantino, a quien mataron tres años después de la muerte del padre, sobrevivió para llorar el destino de su hijo.[1936] A pesar del testimonio positivo de varios escritores, tanto de la religión pagana como de la cristiana, hay siempre motivos para creer, o al menos para sospechar, que Fausta se liberó de la crueldad ciega y desconfiada de su marido. Las muertes del hijo y del sobrino, con la ejecución de un crecido número de amigos respetables y acaso inocentes[1937] que fueron envueltos en su caída, serán más que suficientes para justificar el descontento del pueblo romano, y explicar los versos satíricos clavados en la puerta del palacio, comparando los reinados esplendorosos y sangrientos de Constantino y de Nerón.[1938]

Con la muerte de Crispo, la herencia del Imperio recaía en los hijos de Fausta, mencionados ya bajo los nombres de Constantino, Constancio y Constante. Estos jóvenes príncipes fueron sucesivamente investidos con el título de César, y sus nombramientos pueden datarse a los diez, veinte y treinta años del reinado de su padre.[1939] Este procedimiento, aunque intentaba multiplicar los dueños futuros del mundo romano, podría excusarse por la parcialidad del cariño paterno; pero no es tan fácil entender los motivos del emperador cuando puso en peligro la seguridad de su familia y de su pueblo con el ascenso innecesario de sus dos sobrinos, Dalmacio y Hanibaliano. El primero, con el título de César, quedó nivelado con sus primos. En favor del segundo, Constantino inventó el título nuevo y singular de *Nobilissimus*;[1940] al que anexó la lisonjera distinción de un manto de púrpura y oro. Pero de toda la serie de príncipes romanos en cualquier época del Imperio, sólo Hanibaliano fue

distinguido con el título de *Rey*, nombre que los súbditos de Tiberio detestaran como profanación y cruel insulto de tiranía caprichosa. El uso de aquel título, tal como aparece bajo el reinado de Constantino, es un hecho extraño e inconexo, que apenas puede admitirse, a pesar de la autoridad de las medallas imperiales y de los escritores contemporáneos.[1941]

Todo el Imperio estaba profundamente interesado en la educación de aquellos cinco jóvenes, sucesores ya reconocidos de Constantino. Los ejercicios corporales los preparaban para las fatigas de la guerra y para los deberes de una vida atareada. Quienes mencionan ocasionalmente la enseñanza y habilidades de Constancio concuerdan en que sobresalía en las artes gimnásticas del salto y la carrera, que era diestro arquero, un hábil jinete y un maestro en las diversas armas usadas en la caballería y la infantería.[1942] Se dedicaba el mismo ahínco, aunque quizá con menos éxito, a mejorar el entendimiento de los hijos y sobrinos de Constantino.[1943] Los catedráticos más afamados de la fe cristiana, de la filosofía griega y de la jurisprudencia romana acudieron a los agasajos del emperador, que tomó a su propio cargo la importante tarea de instruir a los jóvenes regios en la ciencia del gobierno y el conocimiento de la humanidad. Pero la experiencia y la adversidad habían formado el temple del mismo Constantino. En el libre trato privado, y entre los peligros de la corte de Galerio, aprendió a dominar sus propios impulsos, a contrarrestar los de sus iguales y a afianzar su seguridad actual y su grandeza futura en la prudencia y firmeza de su conducta personal. Sus sucesores forzosos tuvieron la desgracia de nacer y educarse bajo la púrpura imperial. Cercados a toda hora por una serie de aduladores, consumían su juventud en recreos lujosos y a la expectativa del trono; la dignidad de tan alta jerarquía tampoco les permitía descender de

ese elevado rango, desde donde todos los caracteres humanos parecen llanos y uniformes. La condescendencia de Constantino les permitió alternar, desde muy tierna edad, en la administración del Imperio, y aprendieron el arte de reinar a costa del pueblo puesto a su cargo. El joven Constantino fue nombrado para sentar su corte en la Galia, y su hermano Constancio cambió ese ministerio, antiguo patrimonio de su padre, por los países más opulentos, pero menos aguerridos, del Oriente. Italia, Iliria occidental y África estaban ya habituadas a reverenciar a Constante, el tercer hijo y representante del gran Constantino. Colocó a Dalmacio en la raya gótica, a la cual incorporó el gobierno de Tracia, Macedonia y Grecia. Para la residencia de Hanibaliano se escogió la ciudad de Cesárea, y para formar el ámbito de su nuevo reino se designaron las provincias del Ponto, Capadocia y la Armenia Menor. A cada uno de estos príncipes se lo proveyó del personal adecuado y se le asignó una justa proporción de guardias, legiones y auxiliares para su respectiva dignidad y defensa. Constantino los rodeó de aquellos ministros y generales a quienes pudiera confiarles la asistencia, e incluso el control, de estos jóvenes soberanos en la delegación de su poder. En tanto crecían en años y experiencia, los límites de su autoridad se extendían gradualmente, pero el emperador siempre se reservó para sí el título de Augusto, y mientras mostraba los Césares a las provincias y ejércitos, mantenía cada parte del Imperio bajo igual obediencia hacia su cabeza suprema.[1944] El sosiego de los últimos catorce años de su reinado apenas fue levemente alterado por la rebelión de un arriero de camellos en la isla de Chipre[1945] y por la participación activa que la política de Constantino lo comprometió a asumir en las guerras de godos y sármatas.

Entre las diversas ramas del linaje humano, los sármatas

tienen un matiz extraño, ya que parecen unir las costumbres de los bárbaros asiáticos con la figura y el aspecto de los antiguos habitantes de Europa. Según las alternativas de la paz o la guerra, de alianzas o conquistas, los sármatas se vieron a veces confinados a las orillas del Tanais, y otras veces se diseminaron por las inmensas llanuras que median entre el Vístula y el Volga.[1946] Pastorear su rebaño o manada, cazar, guerrear, o más bien saltear, eran las actividades que dirigían los movimientos errantes de los sármatas. Sus campamentos o pueblos móviles, el paradero habitual de sus mujeres e hijos, consistían sólo en grandes carros tirados por bueyes y cubiertos en forma de tiendas. Su fuerza militar se componía de caballería, y la costumbre de sus jinetes de conducir por su mano uno o dos caballos sobrantes les facilitaba avanzar o retirarse ágilmente, para sorprender o evitar a un enemigo distante.[1947] Su escasez de hierro los movió a inventar, con su ruda industria, un tipo de coraza capaz de resistir a la espada o la jabalina, aunque compuesta únicamente de cascos de caballo, cortados en porciones delgadas y pulidas, cuidadosamente dispuestas como escamas o plumas y zurcidas fuertemente sobre un forro de cañamazo.[1948] Las armas ofensivas de los sármatas eran dagas cortas, lanzones y un arco pesado, con su aljaba para las flechas. Para las puntas de sus armas tenían que valerse de espinas de pescado, pero el hábito de empaparlas en ponzoña para envenenar las heridas que causaban es suficiente para probar sus costumbres más salvajes, pues todo pueblo imbuido en sentimientos de humanidad hubiera aborrecido una práctica tan cruel, y cualquier nación capacitada en las artes de la guerra hubiera despreciado un recurso tan impotente.[1949] Cada vez que aquellos bárbaros salían de sus desiertos en busca de víctimas, sus desgreñadas barbas, sus mechones enmarañados, las pieles

con que se tapaban de pies a cabeza y su fiero semblante que parecía manifestar la crueldad innata de sus ánimos provocaban consternación y horror entre las provincias civilizadas de Roma.

El tierno Ovidio, tras consumir su juventud disfrutando de la fama y el lujo, fue condenado a un desesperado exilio en las heladas márgenes del Danubio, donde estaba expuesto, casi sin defensa, a la furia de aquellos monstruos del desierto, con cuyo severo ánimo tenía que alternar su alma bondadosa. En sus patéticos y a veces mujeriles lamentos,[1950] retrata en vivos colores los trajes, costumbres, armas y correrías de getas y sármatas, asociados en sus intentos de destrucción; y, según noticias históricas, hay razones para creer que estos sármatas eran los jacijes, una de las tribus más crecidas y guerreras de la nación. El aliciente de la abundancia los impulsó a buscar un establecimiento permanente en las fronteras del Imperio. Poco después del reinado de Augusto, obligaron a los dacios, que vivían de la pesca en el río Teis o Tibisco, a internarse por una serranía y ceder a los sármatas victoriosos las fértiles llanuras de la alta Hungría, limitadas por el cauce del Danubio y el cerco semicircular de los montes Cárpatos.[1951] Situados tan favorablemente, acechaban o suspendían el momento del ataque según fueran agraviados con injurias o aplacados con presentes; gradualmente adquirieron habilidad en el uso de armas mucho más peligrosas, y, aunque nunca sonó el nombre de los sármatas por ninguna hazaña memorable, solían ayudar a sus vecinos de levante o de poniente, godos y germanos, con un cuerpo formidable de caballería. Vivían bajo la irregular aristocracia de sus caudillos;[1952] pero después de recibir en su seno a los vándalos fugitivos que se habían rendido ante el poder arrollador de los godos, parecen haber elegido un rey para esta nación, y de la alcurnia preeminente de los Astinjis, que

habitaron por las playas del océano septentrional.[1953]

Esta hostilidad extremó los motivos de discordia que constantemente surgen en las fronteras de naciones guerreras e independientes (año 331). El temor y la venganza estimulaban a los príncipes vándalos, los reyes godos aspiraban a dilatar su dominio desde el Euxino hasta la frontera de Germania, y las aguas del Maros, riachuelo que desagua en el Teis, se tiñeron con la sangre de los bárbaros en guerra. Una vez que los sármatas comprobaron la superioridad en fuerza y en número de sus adversarios, imploraron el amparo del monarca romano, que contemplaba con placer la desavenencia entre estas naciones, pero que estaba alarmado, con razón, por los progresos de las armas godas. Tan pronto como Constantino se declaró favorable al grupo más débil, el arrogante Ararico, rey de los godos, en vez de aguardar el avance de las legiones, atravesó con audacia el Danubio y esparció el terror y la destrucción por la provincia de Mesia. El anciano emperador salió en persona a la batalla para contrarrestar las incursiones de esta multitud devastadora, pero en esta ocasión, su comportamiento o su suerte desmereció la gloria que había adquirido en tantas guerras contra enemigos extranjeros o domésticos. Tuvo la vergüenza de ver huir a sus tropas ante un cuerpo insignificante de bárbaros, quienes las acosaron hasta su campamento fortificado, obligándolo a buscar seguridad mediante una precipitada e ignominiosa retirada. Una segunda y más exitosa acción restituyó el honor del nombre romano, y después de una obstinada lucha prevaleció el poder del arte y la disciplina sobre los esfuerzos de un valor desordenado. La hueste vencida de los godos abandonó el campo de batalla, la provincia asolada y el tránsito del Danubio; y aunque al primogénito de Constantino se le permitió ocupar el lugar de su padre, todo el mérito de la

victoria, que causó un júbilo universal, se atribuyó a las auspiciosas disposiciones del mismo emperador (año 332, abril 20).

Contribuyó, al menos, a utilizar esta ventaja para la negociación con el pueblo libre y aguerrido de Quersoneso,[1954] cuya capital, situada en la costa occidental de la Táurida o península de Crimea, conservaba todavía rastros de una colonia griega, y era gobernada por un magistrado perpetuo, asistido por un consejo de senadores llamados enfáticamente los Padres de la Ciudad. Los quersonitas fueron alentados contra los godos con el recuerdo de las guerras que en el siglo anterior habían sostenido, con fuerzas muy desiguales, contra los invasores de su país. Estaban conectados con los romanos por los beneficios mutuos del comercio, abasteciéndose del trigo y los artefactos de las provincias de Asia a cambio de sus únicos productos: sal, cera y pieles. Obedeciendo a la requisitoria de Constantino prepararon, bajo las órdenes de su magistrado Diógenes, una hueste considerable, cuya principal fuerza consistía en ballestas y carros militares. La marcha veloz y el intrépido ataque de los quersonitas para distraer la atención de los godos ayudó a las operaciones de los generales del Imperio. Los godos, vencidos por todos los flancos, fueron empujados a las montañas, donde se calcula que más de cien mil personas perecieron por el frío y el hambre en el decurso de una dura campaña. Sus humildes súplicas alcanzaron por fin la paz; el primogénito de Ararico fue aceptado como el rehén más valioso; y Constantino se esmeró por convencer a sus caudillos, mediante una generosa distribución de honores y premios, de cuán preferible era la amistad de los romanos a su rivalidad. Pero el emperador fue todavía más grandioso en la demostración de su agradecimiento hacia los fieles quersonitas. Satisfizo el orgullo de la nación

otorgando condecoraciones espléndidas y casi reales para el magistrado y sus sucesores, y se estipuló una exención perpetua de toda deuda a cuantos bajeles suyos comerciaban por los puertos del mar Negro. Además, se les prometió un subsidio regular de hierro, trigo, aceite y cuanto abastecimiento pudiera ser provechoso en la paz o la guerra. Pero se creyó que los sármatas quedaban suficientemente premiados con liberarlos de su irremediable exterminio; y el emperador, tal vez con una economía muy estricta, dedujo una parte de los desembolsos de la guerra de la gratificación que se acostumbraba conceder a una nación tan turbulenta.

Exasperados por esta aparente negligencia, los sármatas pronto olvidaron, con la liviandad de los bárbaros, los servicios que acababan de recibir y el peligro que aún amenazaba su seguridad. Sus incursiones por el territorio del Imperio indignaron a Constantino (año 334), quien los dejó a su suerte y ya no se opuso a la ambición de Jeberico, un guerrero afamado y recién ascendido al trono de los godos. El rey vándalo Visumar, solo y sin ayuda, fue vencido y muerto al defender sus dominios con firme coraje en una batalla decisiva que guadañó la flor de la juventud sármata. Lo que quedaba de la nación acudió al desesperado recurso de armar a los esclavos, una resistente raza de cazadores y pastores, por cuyo tumultuoso auxilio vengaron su derrota y arrojaron al agresor de sus confines. Pero pronto descubrieron que habían cambiado al enemigo extranjero por el doméstico, más peligroso e implacable. Enfurecidos con su anterior servidumbre y ufanos con su gloria presente, los esclavos, bajo el nombre de limigantes, reclamaron y usurparon la posesión del país que habían salvado. Aquellos amos, incapaces de resistir a la furia desmandada del populacho, prefirieron las penalidades del

destierro a la tiranía de sus esclavos. Algunos de los sármatas fugitivos solicitaron una dependencia menos ignominiosa bajo las banderas enemigas de los godos. Un bando más numeroso traspuso los montes Cárpatos y, entre los cuados, sus aliados germanos, fueron fácilmente admitidos para compartir los desechos de una tierra baldía. Pero la gran mayoría de la consternada nación volvía sus ojos hacia las fructíferas provincias de Roma. Imploraron el amparo y el perdón del emperador y prometieron solemnemente, como súbditos en la paz y soldados en la guerra, la lealtad más inviolable al Imperio, si los recibía amablemente en su seno. Adoptando las máximas de Probo y sus sucesores, se aceptaron con entusiasmo las ofertas de aquella colonia bárbara, e inmediatamente se le asignaron territorios en Panonia, Tracia, Macedonia e Italia, aptos para la vivienda y subsistencia de trescientos mil sármatas.[1955]

Constantino afianzó la majestad del Imperio Romano castigando el orgullo de los godos y aceptando el homenaje de una nación suplicante; y los embajadores de Etiopía, Persia y los países más remotos de la India celebraron la paz y prosperidad de su gobierno.[1956] Si contaba la muerte de su primogénito, de su sobrino y quizá de su esposa entre los favores de su suerte, disfrutó de una felicidad ininterrumpida, tanto pública como privada, hasta el trigésimo año de su reinado; un período que, desde Augusto, no había podido celebrar ninguno de sus antecesores. Constantino sobrevivió cerca de diez meses a tales festejos, pues a la edad ya madura de sesenta y cuatro años, tras una breve dolencia, terminó su memorable vida en el palacio de Aquirión, en los suburbios de Nicomedia (año 337, mayo 22), adonde se había retirado en busca de un aire más benéfico, esperanzado en recobrar sus exhaustas fuerzas con el uso de baños calientes. Las exageradas muestras de dolor, o por lo

menos de luto, sobrepasaron cuanto se había practicado en ocasiones anteriores. A pesar de los reclamos del Senado y del pueblo de la antigua Roma, el cadáver del difunto emperador, según su último deseo, fue trasladado a la ciudad destinada a conservar el nombre y la memoria de su fundador. El cuerpo de Constantino, engalanado con los vanos emblemas de grandeza, la púrpura y la diadema, quedó depositado sobre un lecho de oro en uno de los salones del palacio, que había sido espléndidamente amueblado e iluminado para tal propósito. Las formas de la corte se mantuvieron estrictamente. Todas las madrugadas, los jefes del Estado, del ejército y de la servidumbre se aproximaban a la persona de su soberano arrodillándose con sereno ademán, y le ofrecían su respetuoso homenaje tan seriamente como si aún estuviera vivo. Por motivos políticos, esta representación teatral se consintió por un tiempo, y la adulación no desaprovechó la oportunidad de remarcar que sólo Constantino, por propio consentimiento del Cielo, había reinado después de su muerte.[1957]

Pero este reinado sólo podía subsistir en la pompa vacía, y pronto se descubrió que la voluntad del monarca más absoluto rara vez logra obediencia cuando sus súbditos ya no tienen nada que esperar de sus favores, o que temer de su resentimiento. Los mismos ministros y generales que se doblegaban con reverente acatamiento ante el exánime soberano se ocupaban en secretas consultas de excluir a los dos sobrinos, Dalmacio y Hanibaliano, de la parte que les habían asignado en la sucesión del Imperio. No estamos tan cabalmente informados sobre la corte de Constantino como para juzgar los motivos que impulsaban a los caudillos de la conspiración, a menos que supongamos que fueron movidos por un ánimo de envidia y venganza contra el prefecto Ablavio, un orgulloso valido que por largo tiempo

había dirigido los consejos y abusado de la confianza del difunto emperador. Los argumentos con que solicitaban el apoyo de los soldados y del pueblo son más obvios: podían insistir, con tanto decoro como verdad, en la jerarquía superior de los hijos de Constantino, el peligro de multiplicar el número de los soberanos y los riesgos inminentes que amenazaban a la República por la desavenencia de tantos príncipes competidores que no estaban unidos por la tierna solidaridad del afecto fraterno. La intriga se condujo con celo y discreción, hasta que se consiguió de la tropa la fuerte y unánime declaración de que sólo toleraría a los hijos de su llorado monarca para reinar sobre el Imperio Romano.[1958] Se admite que Dalmacio, el menor, que estaba unido a sus parientes por los lazos de la amistad y del interés, había heredado gran parte de las habilidades del gran Constantino; pero en esta ocasión no parece haber coordinado ninguna medida para sostener por las armas el justo reclamo de lo que él mismo y su regio hermano recibieron de la generosidad de su tío. Atónitos y abrumados por la corriente de la furia popular, parecen haber permanecido, sin poder huir o resistirse, en las manos implacables de sus enemigos. Su exterminio se suspendió hasta la llegada de Constancio,[1959] el hijo segundo, y quizás el predilecto, de Constantino.

La voz del emperador moribundo había recomendado el cuidado de su funeral a la religiosidad de Constancio; y ese príncipe, por la cercanía de su colocación oriental, pudo fácilmente anticiparse a sus hermanos, residentes en sus gobiernos lejanos de Italia y Galia. Tan pronto como tomó posesión del palacio de Constantinopla, su primera preocupación fue disipar los temores de sus parientes con un solemne juramento por su seguridad. Su siguiente ocupación fue encontrar algún engañoso pretexto que pudiera liberar su

conciencia de la obligación de tan imprudente compromiso. Las artes del fraude se supeditaron a los planes de la crueldad, y un personaje sagrado atestiguó una falsedad manifiesta. Constancio recibió un rollo infausto de manos del obispo de Nicomedia, que afirmaba que era el testamento genuino de su padre, en el cual el emperador expresaba sus sospechas de que había sido envenenado por sus hermanos, y conjuraba a sus hijos para que vengasen su muerte y cifrasen su propia seguridad en el castigo del culpable.[1960] Cualquier razón que pudiera haber sido alegada por los desventurados príncipes para defender su vida y honor contra tan increíble acusación fue silenciada por el furioso clamor de los soldados, que se declararon a un tiempo sus enemigos, jueces y ejecutores. Se violaron repetidamente el espíritu e incluso las formalidades del procedimiento legal en una promiscua masacre que envolvió a los dos tíos de Constancio, a siete de sus primos, entre los cuales Dalmacio y Hanibaliano fueron los más ilustres, al patricio Optato, casado con una hermana del difunto emperador, y al prefecto Ablavio, cuyo poder y riquezas le habían inspirado alguna esperanza de obtener la púrpura. Si fuera necesario agravar los horrores de esta escena sangrienta, podríamos agregar que el mismo Constancio se había desposado con la hija de su tío Julio, y que había casado a su hermana con su primo Hanibaliano. Estos enlaces que la política de Constantino, desentendiéndose de la predisposición pública,[1961] había formado entre las diversas ramas de la familia imperial, sólo sirvieron para convencer a los hombres de que estos príncipes eran tan fríos a las ternuras del afecto conyugal como insensibles a los vínculos de parentesco y a los ruegos conmovedores de la juventud y la inocencia. Galo y Juliano, los dos niños menores de Julio Constancio, fueron los únicos de tan crecida familia que lograron evitar las manos de

los asesinos, hasta que su cólera, saciada con la matanza, disminuyó en alguna medida. El emperador Constancio, que, ausentes los hermanos, era el más odioso a la culpa y el reproche, manifestó en ocasiones posteriores algún leve y transitorio remordimiento por las crueldades que los pérfidos consejos de sus ministros y la violencia irresistible de la tropa le habían arrebatado en su inexperta juventud.[1962]

La masacre de la alcurnia Flavia fue sucedida por una nueva división de provincias, ratificada en una entrevista personal entre los tres hermanos (año 337, septiembre 11). Constantino, el mayor de los Césares, obtuvo, con cierta preeminencia en la jerarquía, la posesión de la nueva capital, que llevaba su propio nombre y el de su padre. Tracia y los países del Oriente se asignaron al patrimonio de Constancio; y Constante fue reconocido como soberano legítimo de Italia, África e Iliria occidental. Los ejércitos se sometieron al derecho hereditario, y ellos por fin condescendieron, tras alguna demora, a usar el título de *Augustos* que les confirió el Senado romano. Cuando asumieron el gobierno de sus reinos, el mayor de estos príncipes tenía veintiún años; el segundo, veinte; y el tercero, sólo diecisiete.[1963]

Mientras las naciones guerreras de Europa seguían las banderas de sus hermanos, Constancio, acaudillando las huestes afeminadas del Asia, tuvo que soportar el peso de la guerra pérsica. Al fallecimiento de Constantino ocupaba el trono de Oriente Sapor, hijo de Hormuz u Hormidas, y nieto de Narses, quien, después de la victoria de Galerio (año 310), había confesado humildemente la primacía del poder romano. Aunque Sapor estaba en el trigésimo año de su reinado, todavía estaba en el vigor de su juventud, porque la fecha de su ascenso, por extraña casualidad, antecedía a la de su nacimiento. La

esposa de Hormuz estaba todavía embarazada a la muerte de su marido, y la incertidumbre del sexo y del alumbramiento esperanzó y conmovió a los príncipes de la casa de Sasan. Los temores de una guerra civil cesaron con el anuncio terminante de los magos de que la viuda de Hormuz había concebido y daría a luz felizmente a un varón. Obedientes a la voz de la superstición, los persas dispusieron sin demora la ceremonia de su coronación. En medio del palacio se exhibió un lecho imperial, donde la reina yacía pomposamente; la diadema se ubicó en el punto que puede suponerse que ocultaba al futuro heredero de Artajerjes, y los sátrapas postrados adoraron la majestad de su invisible e inconsciente soberano.[1964] Si se puede dar crédito a este maravilloso cuento, que, sin embargo, parecen aprobar las costumbres del pueblo y la duración extraordinaria de su reinado, tenemos que asombrarnos tanto de la dicha como del talento de Sapor. En medio de la aislada y suave educación de un harén persa, el joven regio pudo descubrir la importancia de ejercitar el vigor de su mente y de su cuerpo, y por sus méritos personales ya merecía el trono en el que se había sentado cuando era aún inconsciente de los deberes y tentaciones del poder absoluto. En su minoría de edad estuvo expuesto a las calamidades casi inevitables de la discordia doméstica; su capital fue sorprendida y saqueada por Thair, rey poderoso de Yemen o Arabia, y la majestad de la familia real se vio degradada con el cautiverio de una princesa, hermana del monarca difunto. Pero tan pronto como Sapor llegó a la madurez, el presuntuoso Thair, su nación y su país cayeron ante el primer intento del joven guerrero, quien usó la victoria con una combinación tan sensata de rigor y clemencia que mereció, del temor y agradecimiento de los árabes, el título de *Dhoulacnaf*, o protector de la nación.[1965]

La ambición del persa, a quien sus enemigos atribuyen las virtudes de un soldado y de un estadista, ansiaba vengar la desgracia de sus padres y arrebatar de las manos de los romanos las cinco provincias allende el Tigris. La fama militar de Constantino y la fuerza efectiva o aparente de su gobierno frenaron el ataque; y mientras la conducta hostil de Sapor provocaba el resentimiento de la corte imperial, sus astutas negociaciones entretenían su paciencia. La muerte de Constantino fue la señal de guerra,[1966] y el desamparo de las fronteras siria y armenia parecieron alentar a los persas con la posibilidad de un rico botín y una fácil conquista. El ejemplo de las masacres en el palacio difundieron un espíritu permisivo y sedicioso entre las tropas del Oriente, que ya no estaban restringidas por sus hábitos de obediencia a un caudillo veterano. La prudencia de Constancio, que después de la entrevista con sus hermanos en Panonia se apresuró a llegar a las orillas del Éufrates, fue restableciendo gradualmente el sentido del deber y la disciplina en las legiones; pero la temporada de anarquía había permitido que Sapor sitiara Nisibis y ocupara varias de las fortalezas más importantes de la Mesopotamia.[1967] El afamado Tirídates había estado disfrutando en Armenia de la paz y la gloria que mereció por su valor y lealtad a la causa de Roma. Su firme alianza con Constantino acarreó ventajas tanto espirituales como temporales; por su conversión el carácter de santo se aplicó al de héroe, la fe cristiana se predicó y estableció desde el Éufrates hasta las playas del Caspio, y Armenia se añadió al Imperio por el doble lazo de la religión y la política. Pero, como muchos nobles armenios todavía rehusaban abandonar la pluralidad de sus dioses y esposas, se alteró el sosiego público por una facción descontenta que insultaba la edad quebrantada de su soberano y esperaba impaciente la hora

de su muerte. Falleció por fin tras un reinado de 56 años, y las dichas de la monarquía armenia expiraron con Tirídates. Su heredero legítimo fue desterrado, los sacerdotes cristianos fueron muertos o arrojados de sus iglesias, las tribus bárbaras de Albania descendieron de sus montañas, y dos de los gobernadores más poderosos, usurpando la soberanía regia, imploraron la asistencia de Sapor y abrieron las puertas de sus ciudades a las guarniciones persas. El partido cristiano, encabezado por el arzobispo de Artaxata, sucesor inmediato de san Gregorio el Iluminador, acudió a la religiosidad de Constancio. Después de unos tres años de problemas, Antíoco, uno de los jefes de palacio, ejecutó con éxito el encargo imperial de restablecer a Cosroes, hijo de Tirídates, en el trono de sus padres, repartir premios y honores entre los sirvientes leales de la casa de Arsaces y proclamar una amnistía general que fue aceptada por la mayor parte de los sátrapas rebeldes. Pero los romanos alcanzaron más honores que ventajas con esta revolución. Cosroes era un príncipe de poca estatura y de espíritu pusilánime. Inhábil para los afanes de la guerra y enemigo del trato humano, se retiró de la capital a un palacio solitario que edificó a las orillas del río Eleutero, y en el centro de una arboleda sombría consumía sus horas ociosas en los deportes rurales de la caza y la halconería. Para asegurarse esta indecorosa comodidad, aceptó cuantas condiciones de paz quiso imponerle Sapor: el pago de un tributo anual y el reintegro de la fértil provincia de Atropatene, que la valentía de Tirídates y las armas victoriosas de Galerio habían incorporado a la monarquía armenia.[1968]

Durante el largo período del reinado de Constancio (desde 337 hasta 360), las provincias orientales estuvieron acosadas por la plaga de la guerra pérsica. Las incursiones irregulares de las

tropas ligeras derramaban alternativamente el terror y la devastación más allá del Tigris y del Éufrates, desde las puertas de Ctesifonte hasta las de Antioquía; y este servicio activo lo realizaban los árabes del desierto, que estaban divididos en sus intereses e inclinaciones, puesto que algunos caudillos independientes se alistaban en el partido de Sapor, mientras que otros daban su dudosa fidelidad el emperador.[1969] Las operaciones más serias e importantes de la guerra se conducían con igual vigor; y las huestes de Roma y Persia se encontraron en nueve batallas sangrientas, dos de las cuales fueron comandadas por Constancio en persona.[1970] Los eventos del día eran comúnmente adversos a los romanos, pero en la batalla de Síngara, su imprudente valor casi logra una victoria señalada y decisiva (año 348). Las tropas acuarteladas en Síngara se retiraron al aproximarse Sapor, quien atravesó el Tigris por tres puentes, y colocó junto a la aldea de Hilé un campamento aventajado, atrincherándolo en un solo día con hondas zanjas y elevadas murallas, por el trabajo de sus numerosos zapadores. Su formidable hueste, cuando se desplegaba en orden de batalla, cubría las orillas del río, las lomas adyacentes y toda la extensión de la planicie de más de doce millas [19 km], que mediaba entre ambas líneas. Ambos estaban igualmente impacientes por entablar combate, pero los bárbaros, tras una leve resistencia, huyeron en desorden, incapaces de contrarrestar, o deseosos de fatigar, las fuerzas de las pesadas legiones, que, aunque acosadas por el calor y la sed, los persiguieron por la llanura, y aun destrozaron una línea de caballería vestida con armaduras completas que había sido apostada ante las puertas del campamento para proteger la retirada. Constancio, que había sido apurado en la persecución, intentó sin efecto contener el ardor de sus tropas, manifestándoles el peligro de la noche

inminente, y la certeza de completar su victoria al amanecer. Pero como confiaban mucho más en su propio valor que en la experiencia y habilidades de su caudillo, silenciaron con su clamor la medrosa reconvención y, apresurando con furia la carga, llenaron el foso, derribaron la muralla y se dispersaron por las tiendas para recomponer sus exhaustas fuerzas y disfrutar de la cosecha de su trabajo. Pero el prudente Sapor había vigilado el momento de la victoria. Su ejército, cuya mayor parte estaba colocada a resguardo en la altura mirando la acción, avanzó en silencio bajo las sombras de la noche, y los flecheros persas, guiados por las luminarias del campamento, vertieron una lluvia de flechas sobre la desarmada y licenciosa muchedumbre. La historia veraz[1971] relata que los romanos fueron vencidos con una horrorosa matanza, y que el resto fugitivo de las legiones se expuso a las más intolerables penalidades. Aun el panegírico apasionado, confesando que la gloria del emperador quedó mancillada por la desobediencia de sus soldados, elige echar un velo sobre el pormenor de esta triste retirada. Pero uno de esos oradores venales y tan celosos de la fama de Constancio refiere, con asombrosa frescura, un acto de tan increíble crueldad, que en el juicio de la posteridad imprimirá una marca mucho más profunda en el honor del nombre imperial. El hijo de Sapor, heredero de su corona, había sido cautivado en el campamento persa. El desdichado joven, que hubiera despertado la compasión del enemigo más salvaje, fue azotado, torturado y ejecutado públicamente por los despiadados romanos.[1972]

Por más ventajas que acompañasen a Sapor en sus campañas, y aunque nueve victorias repetidas difundieron entre las naciones la fama de su valor e inteligencia, no podía esperar éxito en la ejecución de sus planes mientras los pueblos

fortificados de la Mesopotamia, y sobre todo la antigua y fuerte ciudad de Nisibis, permaneciesen en poder de los romanos. Por espacio de doce años, Nisibis, que desde el tiempo de Lúculo se había considerado merecidamente el baluarte de Oriente, sufrió tres sitios memorables (años 338, 346, 350) contra el poderío de Sapor; y el defraudado monarca, después de redoblar sus ataques por más de sesenta, ochenta y cien días, fue rechazado tres veces con bajas e ignominia.[1973] Esta importante y populosa ciudad estaba situada a dos jornadas del Tigris, en medio de una llanura fértil y agradable, al pie del monte Masio. Un foso profundo defendía su triple cerco de ladrillos,[1974] y la intrépida resistencia del conde Luciliano y su guarnición fue secundada por el valor desesperado del pueblo. Las exhortaciones del obispo[1975] animaban a los ciudadanos de Nisibis, habituados a las armas por la presencia de peligros y convencidos de que la intención de Sapor era plantar una colonia persa en ese lugar y llevarlos a un bárbaro y remoto cautiverio. El éxito de los dos sitios anteriores alentaba su confianza y exasperaba el espíritu arrogante del Gran Rey, que avanzaba por tercera vez sobre Nisibis, acaudillando las fuerzas reunidas de Persia y la India. Las máquinas comunes inventadas para derribar o socavar los muros eran ineficaces ante la destreza superior de los romanos; y ya habían transcurrido vanamente muchos días cuando Sapor tomó una resolución digna de un monarca oriental, que consideraba a los mismos elementos como súbditos de su poder. En la estación fija del derretimiento de las nieves en Armenia, el río Migdonio, que divide la llanura y la ciudad de Nisibis, forma, como el Nilo,[1976] una inundación sobre todo el país adyacente. El trabajo de los persas detuvo el curso del río más abajo de la población, encajonándolo por ambos lados con montículos de tierra. En este lago artificial, una escuadra de

bajeles armados, llenos de tropa y de máquinas que arrojaban piedras de quinientas libras [230 kg], avanzó en orden de batalla y trabó combate casi al nivel de los defensores de las murallas. La irresistible fuerza de las aguas fue alternativamente fatal para cada una de las partes contendientes, hasta que por fin una porción de muralla, incapaz de soportar la presión acumulada, cedió de golpe y abrió una amplia brecha de ciento cincuenta pies [46 m]. Los persas fueron instantáneamente al ataque, y la suerte de Nisibis dependió de ese trance. La caballería pesada, que encabezaba la columna de vanguardia, quedó atascada en el lodo, y muchos se ahogaron en los hoyos invisibles que había llenado la corriente. Los elefantes, enfurecidos por sus heridas, aumentaron el desorden y pisotearon a miles de arqueros persas. El Gran Rey, que desde su empinado trono contemplaba el fracaso de sus armas, dispuso con reacia indignación el toque de retirada y suspendió por algunas horas la continuación del avance. Pero los desvelados ciudadanos aprovecharon la oportunidad de la noche, y el amanecer descubrió un nuevo muro de seis pies de altura [1,80 m], subiendo por momentos para cerrar la abertura. No obstante su decepción y la pérdida de más de veinte mil hombres, Sapor seguía presionando el sitio de Nisibis con una obstinada firmeza que sólo cedió ante la necesidad de defender las provincias orientales de Persia contra una invasión formidable de los masajetas.[1977] Alarmado por este aviso, renunció rápidamente al sitio y marchó con diligencia de las orillas del Tigris a las del Oxo. El peligro y las dificultades de la guerra escita lo obligaron poco después a firmar, o al menos a observar, una tregua con el emperador romano, hecho que agradecieron igualmente ambos príncipes, por cuanto Constancio mismo, después de la muerte de sus dos hermanos, se vio envuelto, por las revoluciones de Occidente, en una

contienda civil que requería, y parecía exceder, el más vigoroso ejercicio de todas sus fuerzas.

Habían transcurrido casi tres años desde la partición del Imperio, cuando los hijos de Constantino parecieron impacientes por convencer a la humanidad de que eran incapaces de contentarse con sus respectivos dominios, aunque tampoco podían gobernarlos. El primogénito pronto se quejó de haber sido defraudado en la justa proporción de los despojos de sus parientes asesinados, y, aunque podía reconocer la culpa y mérito mayores de Constancio, exigía de Constante la cesión de sus provincias africanas, como un equivalente por los ricos países de Macedonia y Grecia que su hermano había adquirido con la muerte de Dalmacio. La falta de sinceridad que experimentó Constantino en esta negociación pesada e infructuosa exasperó la ferocidad de su temperamento, de modo que escuchó con entusiasmo a los privados que le sugerían que tanto su honor como su interés estaban comprometidos en esa disputa. A la cabeza de una banda tumultuosa, más idónea para la rapiña que para la conquista, irrumpió en los dominios de Constante por los Alpes Julianos, y los alrededores de Aquileia fueron los primeros en sentir los efectos de su resentimiento (año 340, marzo). Constante, que en ese momento residía en Dacia, tomó sus medidas con mayor prudencia y habilidad. Informado de la invasión del hermano, destacó un cuerpo selecto y disciplinado de su tropa iliria, dispuesto a seguirlo personalmente con el resto de sus fuerzas. Pero el desempeño de sus lugartenientes pronto terminó con aquella contienda antinatural. Aparentando mañosamente una huida, acorralaron a Constantino en una emboscada oculta en un bosque, donde el imprudente joven, con algunos acompañantes, fue sorprendido, rodeado y asesinado. Su cadáver, después de haber sido hallado

en el arrinconado riachuelo de Alsa, mereció los honores de un sepulcro imperial; pero sus provincias traspasaron su lealtad al conquistador, quien rehusó compartir con Constancio, su hermano mayor, estas nuevas adquisiciones y conservó más de dos tercios del Imperio Romano.[1978]

El destino del propio Constante se dilató casi por diez años, y la venganza de la muerte del hermano quedó reservada para la mano menos decorosa de un traidor doméstico (año 350, febrero). La perniciosa tendencia del sistema introducido por Constantino se desplegó en la endeble administración de sus hijos, quienes, por sus vicios y debilidades, pronto perdieron la estima y el aprecio de su pueblo. El orgullo de Constante por el éxito inmerecido de sus armas se volvió más detestable por su falta de habilidad y aplicación. Su cariñosa debilidad por unos cautivos germanos, distinguidos sólo por el encanto de su juventud, fue objeto de escándalo para el pueblo;[1979] y Magnencio, un soldado ambicioso de ralea bárbara, fue alentado por el descontento público para afirmar el honor del nombre romano.[1980] Las cuadrillas selectas de jovianos y hercúleos, que reconocían a Magnencio como su líder, tenían el puesto más respetable e importante en el campamento imperial. La amistad de Marcelino, conde de las dádivas sagradas, abastecía con generosa mano los recursos de la sedición. Convencieron a los soldados, con argumentos engañosos, de que la República los llamaba a romper los vínculos de la servidumbre hereditaria, y que mediante la elección de un príncipe denodado y solícito debían premiar las mismas virtudes que habían elevado a los antepasados del degenerado Constante de la esfera privada al trono del mundo.

Tan pronto como la conspiración estuvo madura, Marcelino, pretendiendo festejar el cumpleaños de su hijo, dio

un espléndido banquete a las *ilustres* y *condecoradas* personas de la corte de la Galia que residían en Autun. La fiesta se prolongó arteramente hasta altas horas de la noche, y los huéspedes inadvertidos fueron tentados a permitirse una peligrosa y culpable libertad en la conversación. Las puertas se abrieron repentinamente, y Magnencio, que se había retirado por un rato, retornó a la estancia investido con la diadema y la púrpura. Los conspiradores lo saludaron inmediatamente con los títulos de Augusto y de emperador. La sorpresa, el terror, la intoxicación, las ambiciosas esperanzas y el mutuo desconocimiento del resto de la asamblea los incitaron a unir sus voces en una aclamación general. Los guardias se apresuraron a prestar juramento de fidelidad, las puertas de la ciudad estaban cerradas, y antes del amanecer Magnencio se hizo dueño de las tropas, el tesoro, el palacio y la ciudad de Autun. Con su reserva y diligencia tenía alguna esperanza de sorprender a la persona de Constante, que, según su pasatiempo predilecto, estaba cazando en un bosque cercano, o quizá recreándose con algún placer de naturaleza más reservada y criminal. Sin embargo, la rápida difusión de la novedad le dio un momento para huir, si bien la deserción de soldados y súbditos le imposibilitó la resistencia. Antes de que pudiera alcanzar un puerto de España donde intentaba embarcarse, una partida de caballería ligera lo alcanzó cerca de Helena,[1981] al pie de los Pirineos, y su comandante, sin tener en cuenta la santidad de un templo, ejecutó su encargo matando al hijo de Constantino.[1982]

Una vez que la muerte de Constante decidió la fácil pero trascendental revolución, las provincias occidentales siguieron el ejemplo de la corte de Autun (año 350, 1.º de marzo). La autoridad de Magnencio fue reconocida en todo el ámbito de las dos grandes prefecturas de Italia y la Galia, y el usurpador

dispuso todas las maneras de opresión para recolectar el caudal con que pagar la obligación de un inmenso donativo y cubrir los desembolsos de la guerra civil. Los países guerreros de Iliria, desde el Danubio hasta el extremo de Grecia, habían obedecido largo tiempo al gobierno de Vetranio, un general anciano y querido por la sencillez de sus costumbres, que había adquirido alguna reputación por su experiencia y servicios en la guerra.[1983] Unido por el hábito, por el deber y por la gratitud a la casa de Constantino, inmediatamente le dio al único hijo sobreviviente de su fallecido amo la mayor garantía de que dispondría, con inamovible fidelidad, de su persona y sus tropas para infligir una justa venganza sobre los traidores de la Galia. Pero las legiones de Vetranio fueron seducidas, más que provocadas, por el ejemplo de la rebelión; su caudillo pronto reveló carencia de firmeza o de sinceridad, y su ambición consiguió un engañoso pretexto con la aprobación de la princesa Constantina. Esa cruel y ambiciosa mujer, que había merecido de su padre, el gran Constantino, el tratamiento de *Augusta*, ciñó con sus propias manos la diadema en las sienes del general ilirio, y pretendió esperar de su victoria el logro de aquellas ilimitadas esperanzas que habían sido defraudadas con la muerte de su marido, Hanibaliano. Quizá fue sin el consentimiento de Constantina que el nuevo emperador formó una necesaria aunque indecorosa alianza con el usurpador de Occidente, cuya púrpura había sido manchada tan recientemente con la sangre de su hermano.[1984]

La noticia de estos importantes sucesos, que afectaban tan profundamente el honor y la seguridad de la casa imperial, hizo que Constancio retirara sus armas de la vergonzosa guerra pérsica. Dejó el Oriente a cargo de sus generales (año 350) y luego, de su primo Galo, a quien elevó de la cárcel al trono, y marchó a través de Europa con el ánimo agitado por el

conflicto, con esperanza y temor, con dolor e indignación. Cuando llegó a Heraclea, en Tracia, dio audiencia a los enviados de Magnencio y Vetranio. El primer autor de la conspiración, Marcelino, que en cierta medida había conferido la púrpura a su nuevo señor, aceptó audazmente esta peligrosa comisión; y sus tres compañeros fueron seleccionados entre los personajes más ilustres del Estado y el ejército. Estos delegados tenían instrucciones de aplacar el resentimiento y fomentar los temores de Constancio. Estaban autorizados para ofrecer la amistad y la alianza de los príncipes de Occidente, para consolidar su unión con el doble enlace de Constancio con la hija de Magnencio, y del mismo Magnencio con la ambiciosa Constantina, y para reconocer en el mismo tratado la preeminencia de jerarquía que debía corresponder con justicia al emperador de Oriente. Si por altanería o por religiosidad equivocada rehusase estas equitativas condiciones, los embajadores tenían orden de explayarse sobre la inevitable ruina que le acarrearía su temeridad; si se aventuraba a provocar a los soberanos occidentales, debían ejercer su superioridad de poder y emplear contra él aquel valor, aquellas habilidades y aquellas legiones a las cuales la casa de Constantino debía tantos triunfos. Tales propuestas y razones parecían requerir la más seria atención; la respuesta de Constancio se aplazó para el día siguiente, y en cuanto hubo reflexionado sobre la importancia de justificar una guerra civil ante la opinión pública, se dirigió así a su consejo, que lo escuchó con credulidad efectiva o aparente: «La noche pasada», dijo, «cuando me retiré a descansar, la sombra del gran Constantino, abrazando el cadáver de mi hermano asesinado, se levantó ante mis ojos; su bien conocida voz me despertó para vengarlo, me prohibió desesperar de la República, y me aseguró el éxito y la gloria inmortal que coronaría la justicia de mis

armas». La autoridad de tal visión, o más bien la del príncipe que la alegó, silenció todas las dudas y excluyó todas las negociaciones. Se menospreciaron los términos afrentosos de la paz. Uno de los embajadores del tirano fue despedido con la arrogante respuesta de Constancio; sus colegas, como indignos del privilegio de la ley de naciones, fueron encadenados, y los poderes contendientes se prepararon para una guerra implacable.[1985]

Ésa fue la conducta, y ésa era tal vez la obligación, del hermano de Constante hacia el pérfido usurpador de la Galia (año 350, diciembre 25). La índole y situación de Vetranio admitían medidas más benignas; y la política del emperador del Oriente se dirigió a desunir a sus antagonistas y a separar las fuerzas de Iliria de la causa rebelde. Era una tarea fácil engañar la franqueza y sencillez de Vetranio, quien, vacilando a veces entre el honor y el interés, exhibió al mundo la falsedad de su temperamento y fue cayendo insensiblemente en la trampa de una artera negociación. Constancio lo reconoció como un compañero legítimo e igual en el Imperio, bajo condición de que renunciara a su afrentosa alianza con Magnencio y de que señalara un lugar para entrevistarse en la frontera de sus respectivas provincias, donde pudieran juramentar su amistad con mutuos votos de fidelidad y definir de común acuerdo las operaciones futuras de la guerra civil. Como consecuencia de este convenio, Vetranio se adelantó hasta la ciudad de Sárdica[1986] capitaneando veinte mil caballos y un cuerpo mayor de infantería, un poder tan superior a las fuerzas de Constancio, que el emperador ilirio parecía comandar la vida y la suerte de su rival, quien, confiando en el éxito de sus negociaciones privadas, había seducido a las tropas y socavado el trono de Vetranio. Los caudillos, que secretamente se habían adherido al

partido de Constancio, prepararon en su favor un espectáculo público, calculado para descubrir y enardecer las pasiones de la multitud.[1987] Se les ordenó a ambos ejércitos que se reunieran en una amplia planicie cercana a la ciudad. En el centro, según las reglas de la disciplina antigua, se colocó un tribunal militar, o más bien un tablado, desde donde los emperadores solían, en ocasiones solemnes o importantes, arengar a la tropa. Los romanos y los bárbaros, ordenados según sus jerarquías, con las espadas desenvainadas o enarbolando las lanzas, los escuadrones de caballería y las cohortes de infantería, que se destacaban por la variedad de sus armas e insignias, formaron un inmenso círculo alrededor del tribunal; y el atento silencio que mantenían se interrumpía a veces con fuertes estallidos de clamor o de aplausos. En presencia de tan formidable asamblea, los dos emperadores acudieron a explicar el estado de los negocios públicos: la prioridad de rango se cedió al nacimiento regio de Constancio, y, aunque era mediocre en las artes de la retórica, bajo tan difíciles circunstancias desempeñó su papel con firmeza, habilidad y elocuencia. La primera parte de su discurso pareció apuntada sólo contra el tirano de la Galia; pero cuando lamentó trágicamente el cruel asesinato de Constante, sugirió que nadie, excepto el hermano, podía reclamar el derecho de sucesión de su hermano. Ostentó complacidamente las glorias de su alcurnia imperial, y recordó a las tropas el valor, los triunfos y la generosidad del gran Constantino, a cuyos hijos les debían lealtad por un juramento que la ingratitud de sus sirvientes más favorecidos los había tentado a violar. La oficialidad, que cercaba el tribunal y había sido instruida para actuar su parte en esta extraordinaria escena, confesó el poder irresistible de tanta razón y elocuencia, y saludó al emperador Constancio como su legítimo soberano. La lealtad y el

arrepentimiento se contagiaron de rango en rango, hasta que la llanura sárdica resonó con una aclamación universal: «¡Fuera esos usurpadores arribistas! ¡Larga vida y victoria al hijo de Constantino! ¡Sólo bajo sus banderas queremos pelear y vencer!». El grito de miles, sus gestos amenazadores, el sonido feroz de sus armas, sorprendieron y avasallaron el coraje de Vetranio, que quedó parado, en medio de la deserción de sus seguidores, en una ansiosa y callada incertidumbre. En vez de acudir al último refugio de una desesperación generosa, cedió dócilmente a su suerte, y tomando la diadema de su cabeza, a la vista de ambos ejércitos, se postró a las plantas del vencedor. Constancio usó su victoria con prudencia y moderación, y alzando del suelo al anciano suplicante, a quien llamó afectada y cariñosamente padre, le alargó la mano para descender del trono. Se señaló la ciudad de Prusa para el destierro o retiro del monarca destronado, que vivió seis años disfrutando de su comodidad y abundancia. Manifestó repetidamente su agradecimiento a la bondad de Constancio, y con afable sencillez recomendaba a su benefactor que depusiera el cetro del mundo y buscara el bienestar donde sólo puede encontrarse, en el pacífico retiro de la esfera privada.[1988]

El comportamiento de Constancio en esta memorable ocasión se celebró con alguna apariencia de justicia, y los palaciegos compararon el estudiado discurso con que un Pericles o un Demóstenes se dirigía al populacho de Atenas, con la elocuencia victoriosa que había persuadido a una multitud armada de desertar y deponer el objeto de su elección.[1989] La inminente contienda con Magnencio era de un género más serio y sangriento. El tirano avanzaba a marcha ligera al encuentro de Constancio, acaudillando un crecido ejército de galos y españoles, de francos y sajones, de aquellos provincianos que

abastecían la fuerza de las legiones y de aquellos bárbaros temidos como los enemigos más formidables de la República. Las fértiles llanuras[1990] de la baja Panonia, entre el Drava, el Sava y el Danubio, presentaban un espacioso teatro; y las operaciones de la guerra civil se prolongaron durante los meses de verano con la habilidad o la timidez de los combatientes.[1991] Constancio había manifestado su intención de decidir la disputa en los campos de Cíbalis, un nombre que animaría a sus tropas con el recuerdo de la victoria alcanzada en ese auspicioso suelo por las armas de su padre Constantino. Pero, por las inexpugnables fortificaciones con las que el emperador cercó su campamento, parecía declinar más que invitar al combate general. El objetivo de Magnencio era tentar u obligar a su adversario para que renunciara a esa ventajosa posición; y a este fin empleó todas las marchas, evoluciones y estratagemas que podía suministrar la ciencia militar a un oficial experimentado. Tomó por asalto el importante pueblo de Siscia, avanzó sobre la ciudad de Sirmio, que caía a la espalda del campamento imperial, intentó forzar un paso a través del Sava hacia las provincias orientales de Iliria y destrozó un destacamento numeroso que había atraído hacia el paso estrecho de Adarno. Durante la mayor parte del verano el tirano de la Galia se mostró dueño del campo. Las tropas de Constancio fueron hostigadas y desanimadas; su reputación declinó a los ojos del mundo y su orgullo condescendió a ofrecer un tratado de paz que hubiera cedido al asesino de Constante la soberanía de las provincias más allá de los Alpes. La elocuencia de Filipo, embajador imperial, presentó estas ofertas, y tanto el consejo como el ejército de Magnencio estaban dispuestos a aceptarlas. Pero el arrogante usurpador, menospreciando las protestas de sus amigos, dio orden de que Filipo fuera detenido como un

cautivo, o al menos como rehén, y envió a un oficial a reprochar a Constancio la flaqueza de su reinado, y a insultarlo con la promesa de indulto si abdicaba inmediatamente la púrpura. La única respuesta que el honor le permitió dar al emperador fue que confiaba «en la justicia de la causa y en el amparo de una deidad vengadora». Pero estaba tan sensible a las dificultades de su situación que ya no se atrevió a tomar represalia por la humillación infligida a su representante. La negociación de Filipo, sin embargo, no fue infructuosa, por cuanto determinó que el franco Silvano, un general de mérito y reputación, desertase con un cuerpo considerable de caballería, pocos días antes de la batalla de Mursa.

La ciudad de Mursa o Esek, famosa en la actualidad por su puente de barcas de cinco millas [8 km] de largo sobre el río Drava y sus pantanos contiguos,[1992] ha sido siempre considerada como un lugar de importancia para las guerras en Hungría. Magnencio dirigió su marcha a Mursa, incendió las puertas y, en un repentino asalto, casi escaló las murallas del pueblo. La guarnición apagó las llamas: la aproximación de Constancio no les dejaba tiempo para continuar con las operaciones del sitio; y pronto el emperador derribó el único obstáculo que podía ahogar sus movimientos, forzando un cuerpo de tropas apostado en un anfiteatro lindero (año 351, septiembre 28). El campo de batalla junto a Mursa era una planicie desnuda y elevada: en este terreno se formó el ejército de Constancio, con el Drava a su derecha; mientras que su izquierda, por su disposición o por la superioridad de su caballería, se extendía mucho más allá del flanco derecho de Magnencio.[1993] Las tropas de ambos lados permanecieron armadas y en una ansiosa expectativa durante la mayor parte de la mañana; y el hijo de Constantino, tras alentar a la tropa con

un elocuente discurso, se retiró a una iglesia algo distante del campo de batalla, y asignó a sus generales las tareas de ese día decisivo.[1994] Correspondieron a su confianza por el valor y la habilidad militar que demostraron. Sabiamente comenzaron la acción sobre su izquierda, y adelantando en línea oblicua el ala entera de su caballería, la arrojaron repentinamente sobre el flanco derecho del enemigo, que estaba desprevenido para contrarrestar su impetuosa carga. Pero los romanos occidentales pronto se recuperaron gracias a sus hábitos de disciplina, y los bárbaros de Germania sostuvieron el renombre de su bravura nacional. Pronto se generalizó la pelea, que se sostuvo con variados y extraños cambios de suerte, y apenas cesó con la oscuridad de la noche. La victoria señalada que alcanzó Constancio se atribuye a las armas de su caballería. Se describe a sus coraceros como moles de acero, centelleando con su armadura escamosa, y quebrando con sus pesadas lanzas la formación maciza de las legiones galas. Tan pronto como éstas cedieron, los escuadrones más ligeros y ejecutivos de la segunda línea se abalanzaron, espadas en mano, por los claros y completaron el desorden. Mientras tanto, los enormes cuerpos de los germanos, casi desnudos, quedaron expuestos a la destreza de los arqueros orientales; y toda la tropa de esos bárbaros, impulsados por la angustia y la desesperación, debió precipitarse en la ancha y rápida corriente del Drava.[1995] El número de muertos se calculó en cincuenta y cuatro mil, y la matanza de los vencedores fue mayor que la de los vencidos,[1996] una circunstancia que prueba la obstinación de la contienda y justifica la observación de un antiguo escritor acerca de que las fuerzas del Imperio se consumieron en la fatal batalla de Mursa, por la pérdida de un ejército veterano suficiente para defender las fronteras o para añadir nuevos triunfos a la gloria de Roma.

[1997] No obstante las invectivas de un orador servil, no hay ninguna razón para creer que el tirano haya desamparado su propio estandarte en el comienzo de la batalla. Parece haber mostrado las virtudes de general y de soldado hasta que vio irremediablemente perdido el trance y su campamento en manos del enemigo. Entonces Magnencio trató de ponerse a salvo, se despojó de las insignias imperiales y evitó con dificultad el alcance de la caballería ligera, que siguió incesantemente su rápida huida desde las márgenes del Drava hasta la falda de los Alpes Julianos.[1998]

La proximidad del invierno proporcionó a la indolencia de Constancio el pretexto para diferir la continuación de la guerra hasta la primavera siguiente. Magnencio había fijado su residencia en la ciudad de Aquileia, y parecía resuelto a disputar los pasajes de las montañas y pantanos que resguardaban los confines de la provincia veneciana. Ni aun la sorpresa de un castillo en los Alpes junto al paso secreto de los imperialistas lo hubiera determinado a renunciar a la posesión de Italia, si las inclinaciones del pueblo hubieran apoyado la causa de su tirano.[1999] Pero el recuerdo de las crueldades ejecutadas por sus ministros, tras la rebelión frustrada de Nepociano, había dejado una profunda impresión de horror y resentimiento en el ánimo de los romanos. Aquel joven temerario, hijo de la princesa Eutropia y sobrino de Constantino, había visto con indignación el cetro del Imperio occidental usurpado por un bárbaro alevoso. Con una desesperada tropa de esclavos y gladiadores, arrolló a la débil guardia doméstica de la tranquila Roma, recibió el homenaje del Senado, asumió el título de *Augusto* y reinó precariamente durante veintiocho días tumultuosos. La marcha de algunas fuerzas regulares puso fin a sus ambiciosas esperanzas: la rebelión se ahogó en la sangre de Nepociano, de

su madre Eutropia y de sus allegados, y la proscripción se extendió a todos los que habían contraído una fatal alianza con el nombre y la familia de Constantino.[2000] Pero tan pronto como Constancio, después de la batalla de Mursa, se hizo dueño de las costas de Dalmacia, una banda de nobles exiliados, que se había aventurado a preparar una flota en algún puerto del Adriático, buscó protección y venganza en su campamento victorioso. Por medio de los contactos secretos con sus paisanos, lograron que Roma y las ciudades de Italia exhibieran la bandera de Constantino en sus muros. Los agradecidos veteranos, enriquecidos por la liberalidad del padre, se distinguieron por su reconocimiento y lealtad hacia el hijo. La caballería, las legiones y los auxiliares de Italia renovaron su juramento de fidelidad a Constancio; y el usurpador, alarmado por aquella deserción general, fue obligado a retirarse, con su remanente de tropas fieles, más allá de los Alpes, hacia las provincias de la Galia. Sin embargo, los destacamentos encargados de presionar o interceptar la huida de Magnencio se manejaron con la imprudencia habitual en el éxito (año 352), y en la llanura de Pavia le dieron una oportunidad para volver sobre sus perseguidores y complacer su desesperación con la carnicería de una victoria infructuosa.[2001]

El orgullo de Magnencio fue reducido, por repetidas desgracias, a suplicar, y a suplicar en vano, la paz. Primero envió a un senador en cuyas habilidades confiaba, y luego a varios obispos, cuyo carácter sagrado podría lograr una audiencia más favorable, con la oferta de resignar la púrpura y la promesa de consagrar el resto de su vida al servicio del emperador (año 353, agosto 10). Pero Constancio, aunque garantizó términos equitativos de perdón y reconciliación a todos los que abandonaron las banderas rebeldes,[2002] declaró su firme

resolución de infligir un justo castigo a los crímenes de un asesino, a quien se disponía a abrumar por todos lados con sus armas victoriosas. Una flota imperial se posesionó fácilmente de España y de África, confirmó la vacilante fidelidad de las naciones moriscas y desembarcó una fuerza considerable, que pasó los Pirineos y avanzó hacia Lyon, el último y fatal paradero de Magnencio.[2003] El temperamento del tirano, que nunca se inclinó a la clemencia, fue obligado por las penurias a ejercer todo acto de opresión que pudiera arrancar un abastecimiento inmediato de las ciudades de la Galia.[2004] A la larga agotaron su paciencia, y Tréveris, el asiento del gobierno pretoriano, dio la señal de revuelta cerrando sus puertas contra Decencio, a quien su hermano había ascendido a la jerarquía de César o de Augusto.[2005] Decencio fue obligado a retirarse de Tréveris a Sens, donde pronto fue rodeado por un ejército de germanos, a quienes las perniciosas artes de Constancio habían introducido en las desavenencias civiles de Roma.[2006] Mientras tanto, las tropas imperiales forzaron el paso de los Alpes Cotianos, y en el combate sangriento del Monte Seleuco fijaron irrevocablemente el mote de rebelde al partido de Magnencio.[2007] Fue incapaz de poner otro ejército en campaña; la fidelidad de su guardia se corrompió y, cuando apareció en público para alentarla con sus palabras, fue saludado con el unánime grito de: «¡Larga vida al emperador Constancio!». El tirano percibió que se preparaban para conseguir indulto y galardones con el sacrificio del criminal más detestable, y evitó sus planes atravesándose con su espada; [2008] una muerte más fácil y más honorable que la que podía esperar obtener de manos de un enemigo cuya venganza sería exagerada con el pretexto de la justicia y el cariño fraternal. Decencio siguió el ejemplo de aquel suicidio y se ahorcó al saber de la muerte de su hermano. El autor de la conspiración,

Marcelino, había desaparecido hacía mucho tiempo, en la batalla de Mursa,[2009] y la tranquilidad pública se confirmó con la ejecución de los líderes sobrevivientes de una facción culpable y vencida. Se realizó una severa investigación sobre todos aquellos que, por elección o por compulsión, habían estado envueltos en la causa rebelde. Paulo, apodado Catena por su habilidad en el ejercicio judicial de la tiranía, fue enviado a explorar los restos latentes de la conspiración en la provincia lejana de Bretaña. La honesta indignación manifestada por Martín, viceprefecto de la isla, se interpretó como testimonio de su propia culpa, y el gobernador se vio en la necesidad de volver contra su propio pecho la espada que había herido al ministro imperial por su provocación. Los súbditos más inocentes de Occidente fueron expuestos al destierro y la confiscación, a la muerte y a la tortura; y, como el tímido siempre es cruel, el ánimo de Constancio fue inaccesible a la clemencia.[2010]

XIX

CONSTANCIO EMPERADOR ÚNICO - GLORIFICACIÓN Y MUERTE DE GALO - PELIGROS Y ASCENSO DE JULIANO - GUERRAS SÁRMATAS Y PÉRSICAS - VICTORIAS DE JULIANO EN GALIA

La victoria de Constancio unió a las provincias divididas del Imperio; pero como aquel débil príncipe carecía de méritos militares y políticos y era receloso de los generales y desconfiado de los ministros, el triunfo de sus armas redundó tan sólo en establecer el reinado de los eunucos en el orbe romano. Aquellos entes desventurados, antiquísimo aborto de los celos y el despotismo de Oriente,[2011] se fueron introduciendo en Grecia y Roma con el contagio del lujo asiático.[2012] Los eunucos, que habían sido aborrecidos en tiempo de Augusto como comitiva monstruosa de una reina egipcia,[2013] progresaron con rapidez y fueron acogidos por matronas, senadores e, incluso, por los mismos emperadores.[2014] Restringidos con los severos edictos de Domiciano y de Nerva,[2015] agasajados por el orgullo de Diocleciano, reducidos a una humilde condición por la prudencia de Constantino,[2016] se fueron multiplicando en los palacios de sus degenerados hijos e, imperceptiblemente, se fueron internando, primero en el conocimiento, y después en las decisiones de las disposiciones reservadas de Constancio. El rencor y menosprecio que siempre manifestaron los hombres contra esta especie imperfecta parece que ha redundado en mayor bastardía suya, imposibilitándoles abrigar algún afecto

honorable.[2017] Pero los eunucos estaban entrenados en lisonjas y maquinaciones, y dominaban alternativamente el ánimo de Constancio con sus miedos, su indolencia y su vanidad.[2018] Mientras veía en un engañoso espejo la vistosa perspectiva de la prosperidad pública, les permitía interceptar las quejas de las provincias perjudicadas, acumular inmensos tesoros con la venta perpetua de justicia y honores, deshonrar los destinos más importantes al darles a los compradores el poder para tiranizar,[2019] y satisfacer su encono contra los pocos espíritus independientes que gallardamente se desentendían del padrinazgo de los esclavos. Descollaba entre ellos el mayordomo Eusebio, dominador tan absoluto del monarca y de su palacio que, según el sarcasmo de un historiador desapasionado, Constancio merecía algún favoritismo de su valido.[2020] Con su mañosa persuasión, logró que el emperador firmase la condena del desventurado Galo, y añadiese una nueva brutalidad a la dilatada lista de matanzas sacrílegas que deshonran el nombre de la casa de Constantino.

Cuando los dos sobrinos de Constantino, Galo y Juliano, lograron salvarse de la furia de los soldados, el mayor tenía doce años y unos seis el menor; y, como se consideraba al primero de complexión endeble, obtuvieron con menos dificultad una vida precaria y dependiente de la compasión afectada de Constancio, quien se encargó de que la ejecución de tan desvalidos huérfanos fuera conceptuada por todos como un acto de deliberada crueldad.[2021] Les señalaron varias ciudades de Jonia y Bitinia para su destierro y su educación; pero tan pronto como llegaron a la juventud provocaron los celos del emperador, quien juzgó más prudente internarlos en el fuerte castillo de Macellum, junto a Cesárea. El trato que les cupo en los seis años de su encierro fue en parte decoroso y esmerado, y en parte como

dispuesto por un tirano receloso.[2022] Su cárcel era un antiguo palacio de los reyes de Capadocia: su situación era amena; el edificio, majestuoso, y el recinto, espacioso. Continuaron estudiando y practicando sus ejercicios al cuidado de maestros consumados, y la crecida servidumbre, o más bien guardia, que estaba cuidando a los sobrinos de Constantino correspondía a su nacimiento. Mas no se les podía ocultar a ellos mismos que carecían de haberes, de libertad y de resguardo; estaban alejados de sus íntimos y reducidos a la sociedad con esclavos que respondían a las órdenes de un tirano que los había perjudicado demasiado para que cupiese una reconciliación. Finalmente, los conflictos del Estado obligaron al emperador, o más bien a los eunucos, a investir a Galo con el título de César y a afirmar este enlace político con su casamiento, a los veinticinco años de edad, con la princesa Constantina (5 de marzo de 354). Después de una entrevista formal, en la cual los dos príncipes se comprometieron a no emprender nunca acciones en perjuicio del otro, volvieron sin demora a sus respectivas residencias. Constancio continuó su marcha hacia Occidente, y Galo fijó su mansión en Antioquía, desde donde, por medio de subalternos, regía las cinco grandes diócesis de la prefectura oriental.[2023] En este cambio afortunado, el nuevo César no olvidó a su hermano Juliano, quien obtuvo los honores de su jerarquía, la apariencia de libertad y la devolución de su amplio patrimonio.[2024]

Todos los escritores que favorecen la memoria de Galo, y aun el mismo Juliano, aunque ansioso por encubrir las nulidades de su querido hermano, se ven obligados a confesar su incapacidad para gobernar. Trasladado de la cárcel al trono, carecía de la suficiente competencia y docilidad que supliese su falta de conocimiento y experiencia. Su temperamento violento, en vez de tranquilizarse, se enconó más con la soledad y el

desconsuelo; el recuerdo de sus padecimientos lo estimulaba al rencor más que al cariño, y los ímpetus de su ira solían resultar fatales para quienes lo rodeaban o lo obedecían.[2025] Su consorte Constantina es retratada, más que como mujer, como furia infernal, insaciablemente sedienta de sangre humana.[2026] En lugar de tranquilizarlo prudentemente con su influjo, continuamente enardecía los ímpetus bravíos de su esposo; era tan vanidosa y arisca que bastaba un collar de perlas para sobornarla y conseguir el asesinato de cualquier personaje inocente o virtuoso.[2027] La crueldad de Galo sobresalía en ejecuciones violentas y desembozadas, civiles y militares, pero también se valía del disfraz de la ley y de las formalidades judiciales. Las casas privadas y los espacios públicos de Antioquía abundaban de espías y delatores, incluso el mismo César, disfrazado con traje plebeyo, solía desempeñar tan indecoroso papel. Las estancias del palacio estaban adornadas con aparatos de tortura y muerte, y el terror se difundía por la capital de Siria. El príncipe de Oriente, consciente de cuanto debía temer y de cuán ajeno estaba de merecer el mando, elegía como objetos de su encono a sujetos acusados de traiciones imaginarias, y a sus mismos cortesanos, sospechosos con más fundamento de encolerizar con correspondencias reservadas al medroso y aprensivo Constancio. Sin embargo, olvidaba que se estaba privando del verdadero apoyo, que era el afecto del pueblo; al tiempo que daba pábulo a la hostilidad de sus enemigos para que, con informes verídicos, exhortasen al emperador a privarlo de la púrpura, y aun de la vida.[2028]

Mientras la guerra civil mantenía en vilo el destino del orbe romano, Constancio disimuló su conocimiento del régimen tan torpe y cruel que su elección había impuesto al Oriente (año 354), y el descubrimiento de algunos asesinos enviados

secretamente a Antioquía por el tirano de Galia fue aprovechado para convencer al público de que un mismo interés hermanaba al emperador y al César, y que los enemigos de ambos eran los mismos.[2029] Pero cuando la guerra estaba decidida a favor de Constancio, su subalterno resultó ser menos útil y menos importante. Cualquier circunstancia de su conducta era severamente examinada, y se acordó reservadamente despojar a Galo de su púrpura, o bien removerlo de la lujuriosa indolencia de Asia y enviarlo a los peligros y privaciones de una guerra en Germania. La muerte de Teófilo, cónsul de la provincia de Siria, que en una escaramuza había fenecido a manos de los antioquenos, con la anuencia y casi la instigación de Galo, se consideró fundadamente como una extremada y antojadiza crueldad, un insulto ominoso para la majestad suprema de Constancio. Dos ministros de la jerarquía ilustre, Domiciano, prefecto oriental, y Moncio, cuestor del palacio, fueron los enviados especiales para fiscalizar y reformar el Estado del Oriente. Se les encargó comedimiento y atención para con Galo, y que con gentileza lo persuadieran de que complaciera a su hermano y compañero. Malogró tan prudentes medidas el temerario prefecto, quien aceleró su propia ruina, como también la de su enemigo. Al llegar a Antioquía, Domiciano pasó desdeñosamente por delante de las puertas de palacio, alegó pretextos de indisposición leve, permaneció algunos días en su adusta posición, y dispuso un informe desaforado que envió a la corte imperial. Finalmente cedió a las instancias vehementes de Galo y tomó asiento en el consejo, pero su primer paso fue notificar un mandato lacónico y altanero, ordenando que el César se presentara rápidamente en Italia, y amenazando con que él mismo castigaría toda indecisión o demora, suspendiendo el suministro al palacio entero. El sobrino y la hija de

Constancio, azorados ante el descaro de un súbdito, manifestaron su enojo poniendo a Domiciano a cargo de una guardia. Posiblemente se hubiera solucionado el trance, pero lo impidió la imprudencia de Moncio, un estadista cuyos alcances y experiencia solían ser traicionados por la ligereza de su ánimo.[2030] Altivamente, el cuestor reconvino a Galo: un príncipe apenas con facultades para deponer a un magistrado municipal no podría animarse a encarcelar a un prefecto del pretorio. Convocó una reunión de empleados civiles y militares y les requirió, en nombre de su soberano, que defendiesen a las personas y la jerarquía de sus representantes. Esta temeraria declaración de guerra precipitó a Galo hasta la desesperación. Puso su guardia sobre alerta, convocó al pueblo de Antioquía, y encargó a su celo el salvamento y la venganza que necesitaba. Con harta desdicha suya fue obedecido, pues se abalanzaron desaforadamente sobre el prefecto y el cuestor, los amarraron por las piernas, los arrastraron por las calles de la ciudad, descargaron miles de insultos y golpes sobre las desventuradas víctimas, y finalmente arrojaron sus cuerpos destrozados y exánimes a la corriente del Orontes.[2031]

Tras un hecho tan grave, cualesquiera que fuesen los intentos de Galo, sólo en un campo de batalla podría afianzar esperanzadamente su inocencia. Pero su ánimo era alternativamente cautivado por la flaqueza y la violencia; y en lugar de enarbolar el título de Augusto y de emplear en su defensa las tropas y los tesoros del Oriente, se dejó engañar con el sosiego estudiado de Constancio, quien, dejándolo en el boato insustancial de una corte, fue sacando disimuladamente las legiones veteranas de las provincias de Asia. Pero como seguía siendo arriesgado el arresto de Galo en su capital, resultaron exitosas las artes lentas pero seguras de la

disimulación. La frecuente y vehemente correspondencia de Constancio estaba llena de solemnes demostraciones de intimidad, exhortándolo a desempeñar sus encumbradas obligaciones, a aligerar al compañero de parte de sus tareas públicas y a favorecer a Occidente con su presencia, consejos y armas. Luego de tantos agravios mutuos, Galo debía vivir temeroso y desconfiado; pero había perdido las oportunidades de huida o resistencia; se dejó seducir por las seguridades lisonjeras del tribuno Escudilo, que sabía encubrir con su imagen de duro soldado las insinuaciones más artificiosas. Dependiente tan sólo de la protección de su mujer Constantina, el fallecimiento intempestivo de ella completó la ruina en que lo habían envuelto los ímpetus de su consorte.[2032]

Tras largas demoras y muy a pesar suyo, el César se encaminó a la corte imperial. Atravesó, desde Antioquía hasta Adrianópolis [actual Edirne], el dilatado ámbito de sus dominios con una ostentosa comitiva, y empeñado en ocultar sus miedos a todos y quizás a sí mismo, halagó al pueblo de Constantinopla con una función de juegos en el circo. Sin embargo, las novedades de su tránsito pudieron haberlo desengañado. En todas las ciudades se encontró con ministros de confianza comisionados para hacerse cargo de los destinos del gobierno, observar sus acciones y prevenir los ímpetus repentinos de su desesperación. Las personas enviadas para asegurar las provincias que dejaba atrás lo pasaban de largo con fríos saludos o afectado desdén, y la tropa acantonada en la carretera se fue desviando a su llegada, por disposición de quien temía que fuera tentada a ofrecer sus espadas al servicio de una guerra civil.[2033] Tras el descanso de algunos días que Galo se permitió en Adrianópolis, recibió una orden altanera y terminante para que su lujosa comitiva hiciese alto allí, y para

que el mismo César, con sólo diez carruajes de posta, acudiese prontamente a la residencia imperial de Milán. En este viaje atropellado, el rendido respeto que correspondía al hermano y compañero de Constantino terminó transformándose en áspera familiaridad; y Galo, que fue descubriendo en los rostros de sus acompañantes que se consideraban ya sus guardas, y podían ser luego sus verdugos, empezó a zaherir su propia temeridad y a recapacitar despavorida y dolorosamente sobre la conducta fatal que le había acarreado aquella suerte. Depusieron ya todo disimulo en Petovio, Panonia. Lo llevaron a un palacio en los suburbios, donde el general Barbatio, con un destacamento selecto, que era incapaz de condolerse y de comprarse, estaba esperando la llegada de su víctima ilustre. Lo arrestaron en la noche, lo despojaron vergonzosamente de las insignias de César y lo encerraron atropelladamente en Pola de Istria, en la misma mazmorra recién manchada con sangre real. Lo horrorizó ante todo la sospecha de su enemigo implacable, el eunuco Eusebio, que asociado con un notario y un tribuno (diciembre de 354), procedió a interrogarlo acerca de su desempeño en el Oriente. El César se desmayó de pesar y vergüenza, confesó todos los delitos y engaños que le atribuían; e, imputándolos al dictamen de su mujer, exasperó la ira de Constancio, que fue registrando con apasionado empeño los extractos del proceso. El emperador se convenció fácilmente de que su existencia era incompatible con la vida del primo: firmó la sentencia de muerte, que fue enviada y ejecutada; y el sobrino de Constantino, maniatado a la espalda, fue degollado en la cárcel como el más vil forajido.[2034] Quienes pretenden solapar las crueldades de Constancio afirman que luego se apiadó y se empeñó en revocar el sangriento decreto; pero que el mensajero, segundo portador de la contraorden, fue detenido por los eunucos, temerosos de la

índole vengativa de Galo, y ansiosos de incorporar a su Imperio las ricas provincias de Oriente.[2035]

Fuera del mismo emperador, sólo Juliano sobrevivía de la numerosa prole de Constancio Cloro, y la mala ventura de su regia cuna lo arrolló en la catástrofe de Galo. Fue conducido a Milán a buen recaudo desde la bella región de Jonia. Durante siete meses estuvo languideciendo en la corte, con el miedo incesante de enfrentar la muerte deshonrosa que diariamente presenciaba de los amigos y allegados de su acosada familia. Sus miradas, sus ademanes, su silencio eran vigilados con maligna curiosidad, y a toda hora era asaltado por enemigos a quienes jamás había agraviado, y con artimañas que le eran absolutamente desconocidas.[2036] Pero en la escuela de la adversidad, Juliano adquirió insensiblemente las virtudes de la entereza y la discreción. Resguardó su pundonor y su vida de las complicadas asechanzas de los eunucos, que se empeñaban en desentrañar sus íntimos sentimientos; y mientras ocultaba sus quebrantos y resentimientos, se desentendía con nobleza de toda lisonja al tirano, sin darle ninguna muestra de aprobación por el asesinato de su hermano. Juliano atribuye devotamente a la protección de los dioses el milagro que eximió su inocencia del fallo exterminador contra la casa impía de Constantino.[2037] Instrumento eficaz de su destino fue la emperatriz Eusebia,[2038] dama de tesón heroico, de amistad generosa, de hermosura y de méritos, cuyo predominio en el ánimo de su esposo contrapesó hasta cierto punto la conspiración poderosa de los eunucos. Gracias a la intercesión de su protectora, se admite a Juliano ante la presencia imperial: aboga con decoro por su propia causa; se lo oye con agrado; pese a los esfuerzos de sus enemigos, que resaltan el peligro de contemplar a un vengador de la sangre de Galo, prevalece el dictamen graciable de Eusebia en el

consejo. Pero los eunucos temen los resultados de la segunda entrevista y a Juliano se le aconseja que se marche por un tiempo a las cercanías de Milán, hasta que el emperador decide asignarle la ciudad de Atenas como destino de su honorable destierro. Desde su temprana juventud se destacó por su propensión o más bien pasión por la lengua, las costumbres, la literatura y la religión griegas, y así obedeció con gusto una orden tan halagüeña para sus anhelos. Lejos del alboroto de las armas y de las asechanzas palaciegas, se explayó seis meses por las arboledas de la Academia, en trato llano y desahogado con los filósofos de aquel siglo, quienes se esmeraban en cultivar el numen, realzar la vanagloria y enardecer la devoción de su regio alumno. No se malogró su labor, y Juliano abrigó siempre aquel aprecio que se engendra en todo ánimo generoso para con el país donde nacieron y se ejercitaron sus mayores atributos. La cariñosa afabilidad de sus modales, propia de su índole y de su situación, cautivaba imperceptiblemente el afecto de cuantos extranjeros y ciudadanos trataba. Tal vez algún condiscípulo observaba su conducta con algún prejuicio, pero en general Juliano arraigó en las escuelas de Atenas un concepto favorable a sus virtudes y alcances, que luego se fue dispersando por todo el Imperio.[2039]

Mientras pasaba sus horas en el retiro y el estudio, la emperatriz, decidida a coronar el grandioso intento que había emprendido, no perdía de vista el cuidado de su fortuna. La muerte del último César había dejado a Constancio revestido con el mando único y abrumado con el redoblado peso de un Imperio poderoso. Antes de que cicatrizaran las heridas de tanta desavenencia civil, diluviaron bárbaros y arrasaron las provincias de Galia. Los sármatas atravesaron la frontera del Danubio y la impunidad de sus rapiñas agravió más y más a los salvajes

isaurios, salteadores que se bajaban de sus montañas para asolar las campiñas de la falda; incluso habían intentado, aunque sin éxito, sitiar la populosa ciudad de Seleucia, defendida por una guarnición de tres legiones romanas. Ante todo, el monarca persa, envalentonado con la victoria, nuevamente amenazaba la paz del Asia, y la presencia del emperador resultaba imprescindible, tanto en Oriente como en Occidente. Por primera vez Constancio reconoció sinceramente que su fuerza sola no era suficiente para abarcar tal inmensidad de cuidados y de señorío.[2040] Sordo a las voces aduladoras, que le aseguraban que su virtud todopoderosa y su sobrehumana suerte seguirían superando todos los obstáculos, escuchó gustoso el consejo de Eusebia, que halagaba su indolencia sin ofender su altanería asombradiza. Consciente de que el emperador no olvidaba la memoria de Galo, acertó a fijar su atención en el temple opuesto de ambos hermanos, que desde su infancia se habían comparado con los de Tito y Domiciano.[2041] Fue acostumbrando a su marido a considerar a Juliano como un joven de temple apacible y poco ambicioso, cuya lealtad y agradecimiento podría afianzarse con el agasajo de la púrpura, capaz de desempeñar un cargo subalterno, sin lidiar por el mundo ni empañar las glorias de su soberano y benefactor. Luego de una porfiada, aunque secreta competencia, la oposición de los eunucos fue cediendo al ascendiente de la emperatriz, y se acordó que Juliano, luego de casarse con Helena, hermana de Constancio, sería designado, con el título de César, para reinar sobre los países más allá de los Alpes.[2042]

Si bien la orden para volver a la corte probablemente iba acompañada con alguna indicación de lo acordado, apela al pueblo de Atenas para que atestigüe sus lágrimas y su desconsuelo, al verse arrancado tan a su pesar de aquel retiro

querido.[2043] Temía por su vida, por su fama y aun por su virtud; su única confianza provenía de la convicción de que Minerva inspiraba todas sus acciones y de que estaba protegido por una guardia invisible de ángeles, que para ella la diosa habría tomado en préstamo del Sol y la Luna. El candoroso joven se horrorizó al ver el palacio de Milán y no pudo encubrir su ira al ser recibido con falso y servil respeto por los asesinos de su familia. Eusebia, regocijada con el éxito de sus benévolos planes, lo abrazó con cariño de hermana y procuró con su insistencia y sus halagos desvanecer sus miedos y reconciliarlo con su prosperidad, pero el ceremonial de rasurarlo y su torpe desaliño al trocar el manto de filósofo griego por el traje militar de un príncipe romano, divirtió durante algunos días la liviandad de la corte imperial.[2044]

Los emperadores de la época de Constantino ya no se dignaban a acudir al Senado para la elección de un compañero; mas esperaban que su nombramiento mereciese la ratificación del ejército. En tan solemne ocasión, la guardia y demás tropas acantonadas en las cercanías de Milán se presentaron con las armas, y subió Constancio al encumbrado tribunal, llevando de la mano a su primo Juliano, que cumplía entonces veinticinco años.[2045] El emperador, en un estudiado discurso, concebido y expresado con toda pompa, manifestó los diversos peligros que amenazaban la prosperidad de la república, la necesidad de nombrar un César para la administración de Occidente, y su intención, si fuese del agrado de todos, de realzar con el honor de la púrpura las virtudes del sobrino de Constantino. Los soldados prorrumpieron en muestras de aprobación con un murmullo reverente: clavaron sus miradas en el garbo varonil de Juliano, y repararon complacidamente en que el fuego de sus ojos penetrantes se templaba con el sonrosado de su modestia, al

verse así por la vez primera expuesto a la publicidad del orbe todo. Terminada la ceremonia de la investidura, habló Constancio a tenor de su preeminencia en edad y jerarquía, exhortando al nuevo César a honrar con gestos heroicos la excelsitud propia de aquel nombramiento; luego se comprometió a profesarle una larga amistad, a pesar de las mayores distancias en sus respectivas residencias. Concluido el discurso, los vitoreó la tropa golpeando sus broqueles contra las rodillas,[2046] mientras la oficialidad que rodeaba la tribuna manifestaba con decoroso miramiento el aprecio que le merecían las virtudes del representante de Constancio (6 de noviembre de 355).

Regresaron ambos príncipes a su palacio en un mismo carruaje, y durante la lenta procesión Juliano fue repitiendo para sí un verso de su predilecto Homero, que tanto podía aplicarse a su fortuna como a sus miedos.[2047] En los veinticuatro días que pasó Juliano en Milán tras su investidura, y en los primeros meses de su reinado en Galia, vivió sentenciado a cautiverio estrecho, aunque esplendoroso, y aquel honor no podía equivaler a la independencia.[2048] Acechaban sus pasos, interceptaban su correspondencia, y tenía que privarse, por seguridad, de las visitas de sus íntimos. Sólo cuatro sirvientes le quedaron de los anteriores: dos pajes, su médico y su bibliotecario, muy atareado en el arreglo y cuidado de una colección preciosa, regalo de la emperatriz, tan apasionada por las inclinaciones como por los intereses de su amigo. En lugar de sus criados leales, se le asignó una servidumbre, cual correspondía en verdad a un César, que se componía de una caterva de esclavos, ajenos y tal vez incapaces de todo apego a su nuevo amo, para quien eran generalmente desconocidos o sospechosos. Su inexperiencia tal vez necesitara la asistencia de

un consejo atinado; mas los pormenores de su mesa y el reparto de sus horas eran más propios de un alumno bajo la tutela de sus ayos que de un príncipe encargado de manejar una guerra de suma trascendencia. Ansioso de cautivar a los súbditos, lo atemorizaba la posibilidad de quedar mal con su soberano, y aun los frutos de su lecho nupcial se malograban con los artificios celosos de la misma Eusebia,[2049] quien, sobre este punto, parece que se desentendió del cariño del sexo y de la generosidad de su índole. La memoria de su padre y de sus hermanos y la suerte reciente e indigna de Silvano le recordaban a Juliano su propio peligro. En el verano anterior a la asunción de su noble cargo (septiembre de 355), se nombró a aquel general para que liberara Galia de las manos de los bárbaros; pero luego Silvano se dio cuenta de que sus enemigos mortales estaban en la corte imperial. Un astuto delator, cercano a otros ministros principales, se procuró de él algunas cartas de recomendación, les borró todo el contenido, excepto la firma, y llenó el pergamino de párrafos graves y alevosos. Mediaron amigos eficaces, se descubrió la maldad, y fue reconocida la inocencia de Silvano en un gran concilio de jefes civiles y militares, celebrado en presencia del mismo emperador. Pero el descubrimiento fue muy tardío, pues la noticia de tamaña calumnia y el atropellado embargo de sus fincas precipitaron, desde luego, al caudillo a la rebelión de la que tan injustamente lo culpaban. Asumió la púrpura en sus cuarteles de Colonia y su actividad bien conocida estaba ya amenazando a Italia con una invasión y a Milán con un sitio. En este conflicto, Ursicino, general de la misma graduación, recobró, con una traición, el privilegio que había perdido por sus ilustres servicios en Oriente. Exasperado como le cabía aparentar con iguales agravios, acudió rápidamente con algunos secuaces al pabellón

de su crédulo amigo para abusar de su confianza. Allí fue asesinado Silvano, tras un reinado de veintiocho días: la soldadesca, que sin culpable intención había seguido ciegamente a su caudillo, volvió inmediatamente; y los aduladores de Constancio alabaron la sabiduría y felicidad de un monarca que había resuelto una guerra civil sin el trance de una batalla.[2050]

El resguardo de la frontera de Retia y la persecución de la Iglesia católica detuvieron a Constancio en Italia dieciocho meses después de la partida de Juliano, pero antes de regresar a Oriente quiso halagar su vanidad y su curiosidad visitando la antigua capital.[2051] Marchó de Milán a Roma por las carreteras Emilia y Flaminia, y, al acercarse a cuarenta millas [64,36 km] de la ciudad, la llegada de un príncipe que jamás venció a un enemigo extranjero asumió la apariencia de una triunfal procesión. La esplendorosa comitiva estaba compuesta de todo lo que realzara el lujo excesivo, pero en una época de paz iba acompañada de las armas centelleantes de crecidos escuadrones de guardias y coraceros. Sus tremolantes banderas de seda recamada de oro y con figuras de dragones flameaban en torno del emperador. Iba solo Constancio sentado en un trono en un altísimo carruaje enchapado de oro con incrustaciones de perlas, y, excepto cuando tenía que agacharse al pasar por las puertas de los humildes pueblos del camino, se mantenía erguido con gravedad inflexible. Los eunucos habían introducido en el palacio imperial la severa disciplina de los jóvenes persas; y era tal la paciencia que le habían inculcado, que en su pausada y calurosa marcha nunca movió su diestra hacia el rostro, y ni siquiera inclinó la vista a diestra o siniestra. Lo recibieron los magistrados y el Senado de Roma, y el emperador fue registrando con atención los honores civiles de la República y las imágenes consulares de las familias esclarecidas. Una gran

muchedumbre cubría las calles, vitoreando y demostrando su júbilo al contemplar, después de treinta y dos años de ausencia, la sagrada persona de su soberano, y el mismo Constancio, con afectada extrañeza y cierta cortesía, estuvo mirando al mundo entero encogido en tan reducido recinto. El hijo de Constantino se hospedó en el palacio antiguo de Augusto: presidió el Senado, arengó al pueblo desde la tribuna donde Cicerón tantas veces había subido, asistió con indecible agrado a las funciones del circo, y aceptó las coronas de oro, como también los panegíricos preparados para la ceremonia por los diputados de las principales ciudades. Dedicó su corta visita de treinta días a registrar los monumentos del arte y del poder, desparramados por las siete colinas y los valles intermedios. Se admiró de la enorme majestad del Capitolio, de la vasta extensión de los baños de Caracalla y Diocleciano, de la sencillez severa del Panteón, de la grandiosidad maciza del anfiteatro de Tito, de la elegante arquitectura del teatro de Pompeyo y del templo de la Paz, y ante todo de la suntuosa estructura del Foro y de la columna de Trajano, reconociendo que la fama, tan propensa a inventar y encarecer, había escaseado sus admiraciones con la metrópoli del mundo. El viajero que contempla las ruinas de la antigua Roma podrá figurarse, aunque no cabalmente, los grandiosos impulsos que debían infundir, cuando erguían su frente con toda la gloria de su belleza primitiva.

La complacencia que cupo a Constancio en su viaje lo estimuló a conceder, con generosa emulación, a los romanos una memoria de su agradecimiento y munificencia. Su primer pensamiento fue imitar la estatua ecuestre y colosal que había visto en el Foro de Trajano; mas luego de recapacitar detenidamente sobre lo arduo de la empresa,[2052] acordó embellecer la capital con el regalo de un obelisco egipcio. En

tiempos remotos, pero cultos, y anteriores al parecer al invento del sistema alfabético, los antiguos soberanos de Egipto habían erigido una gran cantidad de aquellos obeliscos en las ciudades de Tebas y Heliópolis, fundadamente esperanzados de que la sencillez de su hechura, con una sustancia tan dura, contrarrestaría los embates del tiempo y de la violencia.[2053] Augusto y sus sucesores habían hecho llevar a Roma varias de aquellas columnas descomunales, como los monumentos más duraderos de sus victorias y poderío;[2054] mas quedaba un obelisco que, por su corpulencia y santidad, se había salvado de la vanidad arrebatadora de los vencedores. Constantino lo había destinado a realzar su nueva ciudad,[2055] y luego de haber sido removido del pedestal donde se erguía ante el templo del Sol en Heliópolis, se lo trasladó Nilo abajo hasta Alejandría. Con la muerte de Constantino se suspendió la ejecución de su proyecto, y éste fue el obelisco que su hijo destinó a la antigua capital del Imperio. Se habilitó un bajel de gran capacidad para cargar con tan enorme peso de granito, de no menos de ciento quince pies [35 m] de largo, desde las márgenes del Nilo hasta las del Tíber. El obelisco de Constancio se desembarcó a tres millas [4,83 km] de la ciudad, y se levantó con arte y trabajo en el gran Circo de Roma.[2056]

La salida de Constancio de Roma fue apresurada por la alarmante noticia de la situación angustiosa y el peligro que se vivía en las provincias ilirias. Las calamidades de la guerra civil y el descalabro irreparable de las legiones en la batalla de Mursa dejaron indefensos a aquellos países y los expusieron a las correrías de la caballería bárbara, especialmente a las incursiones de los cuados, nación bravía y poderosa, que al parecer trocó las costumbres de los germanos por las armas y artes de sus aliados los sármatas.[2057] Las guarniciones fronterizas no eran demasiado

fuertes para detenerlos, y el indolente monarca finalmente tuvo que juntar de los extremos de sus dominios la flor de las tropas palatinas, salir en persona al campo, y emplear toda una campaña, desde el otoño anterior y la primavera siguiente, para formalizar la continuación de la guerra. El emperador atravesó el Danubio por un puente de barcas, arrolló cuanto iba encontrando, se internó hasta el corazón del país de los cuados y los escarmentó con tremendas represalias de los estragos que habían causado por las provincias romanas. Exánimes, los bárbaros tuvieron luego que implorar la paz, ofreciendo la restitución de sus cautivos, una indemnización por lo pasado y los sujetos más nobles como rehenes. La generosa cortesía que se guardó con los principales caudillos que imploraron la clemencia de Constancio estimuló a los más medrosos o pertinaces a seguir su ejemplo, y se agolparon en el campamento príncipes y embajadores de las tribus más lejanas, que moraban por las llanuras de Polonia Menor [ahora Pequeña Polonia] y que podían considerarse escudadas tras los montes Cárpatos. Al imponer Constancio la ley a los bárbaros de más allá del Danubio, se condolió especialmente de los desterrados sármatas, arrojados de su patria por la rebeldía de sus esclavos, y que componían un refuerzo de entidad para el poderío de los cuados. Con un sistema generoso y estudiado, Constancio liberó a los abatidos sármatas de su dependencia humillante, y los restableció por un tratado aparte a la jerarquía de nación unida bajo el gobierno de un rey, amigo y aliado de la república. Manifestó su ánimo de afianzarles la justicia de su causa y la paz de las provincias, con el exterminio o al menos con el destierro de los limigantes, cuyas costumbres adolecían siempre de la vileza de su origen, intento cuya ejecución acarreó más trabajo que gloria. El Danubio defendía el territorio de los limigantes

contra los romanos, y el Teis, contra los bárbaros enemigos. El terreno pantanoso que mediaba entre aquellos ríos, y que solía anegarse, era una maleza enmarañada, penetrable sólo para los naturales que conocían sus recónditos senderos y fortalezas inaccesibles. Ante la cercanía de Constancio, los limigantes apelaron al recurso de las plegarias, del engaño y de las armas; pero él desechó seriamente sus ruegos, desbarató sus asechanzas y rechazó con tino y entereza sus desaforados ataques. Una de sus tribus más belicosas, establecida en la isla que forman la confluencia del Teis y el Danubio, ideó pasar el río con ánimo de sorprender al emperador durante la seguridad de una conferencia amistosa; mas fueron víctimas de su premeditada perfidia. Rodeados por todas partes, atropellados por la caballería, degollados por las espadas de las legiones, desdeñaron pedir conmiseración, y con tesón incontrastable aún empuñaban sus armas en las agonías de la muerte. Tras esta victoria, desembarcó un cuerpo considerable de romanos en la orilla opuesta del Danubio; los taifales, tribu goda alistada en el servicio del Imperio, embistió a los limigantes por la parte del Teis, y los antiguos dueños, los sármatas, enardecidos con la esperanza del desagravio, se internaron por la serranía en el corazón de sus antiguas posesiones. Las chozas de los bárbaros fueron incendiadas, emboscadas por la maleza, y ya el soldado peleaba confiadamente sobre el terreno que antes le había resultado peligroso pisar.

En este trance, los más valientes de los limigantes acordaron morir peleando antes que rendirse; mas prevaleció el dictamen más benigno, corroborado por la autoridad de los mayores, y la horda suplicante, seguida por mujeres y niños, acudió al campamento imperial para oír de boca del vencedor su postrera suerte. Después de jactarse de su propia clemencia, propensa a

indultar a nación tan criminal, les señaló Constancio por destierro un país remoto, donde pudieran gozar seguro y honrado descanso. Obedecieron a su pesar los limigantes, pero antes de acercarse, o al menos de asentarse en su destino, se volvieron a las orillas del Danubio, exagerando su conflicto y pidiendo con fervor de fidelidad que el emperador los agraciase con un establecimiento sosegado en el ámbito de las provincias romanas. Constancio, en vez de atenerse a su propia experiencia acerca de aquella incurable ingratitud, quiso oír a sus aduladores, quienes se esmeraron en manifestarle el honor y el provecho de admitir una colonia de soldados, cuando a la vez era mucho más fácil obtener las contribuciones pecuniarias que el servicio militar de los sujetos del Imperio. Se franqueó a los limigantes el paso del Danubio, y el emperador dio audiencia a la muchedumbre en un llano anchuroso junto a la moderna ciudad de Buda. Rodearon el solio, y escucharon al parecer con acatamiento aquella exhortación halagüeña y decorosa, cuando uno de los bárbaros prorrumpió a viva voz: «¡Marha! ¡Marha!», expresión retadora, y tirando el calzado al aire todos correspondieron a la señal de alboroto. Velozmente se arrojaron todos sobre la persona del emperador; agarraron con sus manos toscas el trono y el almohadón imperial; pero la defensa leal de su guardia, que feneció a sus plantas, le proporcionó ágilmente un caballo veloz y logró salvarlo de la revuelta. La desgracia padecida por una sorpresiva traición pudo ser repelida por el número y la disciplina de los romanos, y el final de la refriega fue el exterminio total del nombre y la nación de los limigantes. Se repuso a los sármatas en la posesión de su antiguo solar, y aunque desconfiaba Constancio de su ligereza, tenía la esperanza de que el agradecimiento redundaría en mejora de su conducta. Había reparado en la gallarda estatura y el afán obsequioso de

Zizais, uno de sus caudillos más sobresalientes. Lo tituló rey, y Zizais demostró que no era inhábil para reinar, con su apego duradero al benefactor, quien, tras éxito tan esplendoroso, mereció el título de *sarmático* entre las aclamaciones de su ejército victorioso.[2058]

Mientras el emperador romano y el monarca persa, distantes tres mil millas [4827 km], estaban defendiendo los extremos de sus linderos contra los bárbaros del Danubio y del Oxo (año 358), la frontera intermedia estaba padeciendo las vicisitudes de una guerra sorda y de una tregua precaria. Dos de los ministros orientales de Constancio, el prefecto pretorio Musoniano, que desairaba su desempeño con sus hipocresías y falsedades, y Casiano, duque de Mesopotamia, soldado veterano y duro, entablaron reservadamente una negociación con el sátrapa Tamsapor.[2059] Esta propuesta de paz, traducida al idioma rendido y servil de Asia, llegó al campamento del Gran Rey, quien determinó manifestar por medio de un embajador los términos en que se avendría a un acuerdo con los demandantes romanos. Narses, revestido de aquel dictado, fue honoríficamente recibido en su paso por Antioquía y Constantinopla; llegó por fin a Sirmio, tras su dilatado viaje, y en su primera audiencia fue respetuosamente desenvolviendo el velo y la seda que recubría la carta arrogante de su soberano. Sapor, rey de reyes, y hermano del Sol y de la Luna (tales eran los encumbradísimos títulos que entonaba la vanidad oriental), se manifestaba complacido de que su hermano Constancio César hubiese ganado cordura con la adversidad. Como sucesor legítimo de Darío Histaspes, afirmaba Sapor que el río Estrimon, en Macedonia, era el verdadero y antiguo límite de su imperio; sin embargo, en testimonio de su moderación, manifestó que se contentaba con las provincias de Armenia y

Mesopotamia que engañosamente habían quitado a sus antepasados. Declaraba que sin el reintegro de aquellas provincias litigadas, era imposible plantear tratado alguno sobre base sólida y permanente, y con gesto arrogante protestaba que si su embajador volvía desairado, ya estaba dispuesto para salir en campaña en primavera y sostener la justicia de su empeño con la fuerza de sus armas. Dotado Narses de finos modales, se esmeró, cuanto pudo, en suavizar la aspereza del mensaje.[2060] Su sustancia y estilo se tuvieron en cuenta en el concilio imperial, y se contestó: «Constancio tiene derecho de desentenderse de la oficiosidad de sus ministros, que habían procedido sin encargo especial del trono; pero es tan indecoroso como desatinado proponer al emperador único y victorioso del orbe romano las idénticas condiciones de paz que había ya airadamente desechado cuando su poder estaba reducido a la estrechez de Oriente: el trance de las armas era incierto, y Sapor debía recapacitar que si alguna vez fueron vencidos los romanos en las batallas, casi siempre les había sido favorable el final de la guerra». A pocos días de la partida de Narses, se enviaron tres embajadores a la corte de Sapor, que ya había vuelto de su expedición contra los escitas a su residencia acostumbrada de Ctesifonte. Un conde, un notario y un sofista fueron los escogidos para este encargo trascendental; Constancio, deseoso en su interior de la conclusión de la paz, tenía esperanzas de que la jerarquía del primero de sus enviados, la astucia del segundo y la elocuencia del tercero[2061] lograrían del monarca persa alguna mitigación en sus demandas. Pero los pasos de la negociación fueron contrarrestados por las artes hostiles de Antonino,[2062] súbdito romano de Siria que había huido por exceso de opresión y que alternaba en los consejos de Sapor y aun en la mesa real, donde, según costumbre de los persas, se solían ventilar los

principales negocios.[2063] El astuto fugitivo acertaba a encaminar su propio interés por el mismo rumbo que su venganza. Aguijoneaba más y más la ambición de su nuevo monarca para que aprovechara la coyuntura en que las más selectas tropas palatinas estaban empleadas en una guerra distante en el Danubio. Presionaba a Sapor para que invadiese las provincias exhaustas e indefensas de Oriente, con los numerosos ejércitos de Persia, reforzada con la alianza y la incorporación de los bárbaros más feroces. Los embajadores de Roma se retiraron sin éxito, y otra embajada de todavía mayor jerarquía quedó detenida en estricto confinamiento, amenazada de muerte o destierro.

El historiador militar,[2064] encargado de observar el ejército persa que iba a construir un puente de barcas sobre el Tigris (año 359), estuvo observando la llanura de Asiria, cubierta de hombres, caballos y armas hasta el horizonte. Asomaba al frente Sapor, esplendoroso con la brillantez de la púrpura. A su izquierda, que entre orientales es la más honorífica, Grumbates, rey de los chionitas, ostentaba la adustez de un antiguo y afamado guerrero. Colocó el monarca al rey de los albanos a su derecha, que acaudillaba a sus tribus independientes desde las playas del mar Caspio. Los sátrapas y los generales iban repartidos según sus diversas jerarquías, y todo el ejército, fuera del crecido boato del lujo oriental, se componía de más de cien mil hombres efectivos, inmunes a la fatiga y seleccionados de las naciones más valientes de Asia. El desertor romano, que era el alma de los consejos de Sapor, había opinado prudentemente que, en vez de consumir el estío en arduos y dilatados sitios, se debía marchar directamente al Éufrates, y adelantarse más y más sin demora para alzarse con la endeble y riquísima metrópoli de Siria. Mas apenas se internaron los persas por las llanuras de

Mesopotamia, descubrieron la suma cautela con que se habían dispuesto mil tropiezos para entorpecer sus avances y frustrar sus intenciones. Los moradores y sus ganados estaban a buen recaudo, se habían quemado de extremo a extremo los forrajes, y los vados se habían obstaculizado con agudas estacas; había máquinas militares en la orilla opuesta, y una crecida oportuna del Éufrates retrajo a los bárbaros de intentar el tránsito ordinario por el puente de Tapsaco. El consumado guía, variando su plan de movimientos, fue conduciendo el ejército por un camino más dilatado, pero por un mejor terreno, hacia el nacimiento del Éufrates, donde el gran río es un mero riachuelo. Sapor pasó de largo la fortificada Nisibis con prudente desdén, pero al llegar a los muros de Amida quiso experimentar si la majestad de su presencia asombraría y rendiría a la guarnición. El desacato sacrílego de rozarle la tiara con un flechazo descarriado le sirvió de desengaño, y el airado monarca escuchó desabridamente el consejo de sus ministros, que lo instaban a que no malograse el éxito de la campaña por un impulso de ira. Al día siguiente se adelantó Grumbates con un cuerpo selecto hacia el pueblo y lo intimó a rendirse, como el único desagravio admisible por tal extremo de temeridad e insolencia. Una descarga general fue la contestación; y su hijo único, joven hermoso y valiente, fue atravesado en el corazón por una jabalina disparada por una ballesta. Se celebraron las exequias según el ritual de su país, y el pesar del padre se mitigó un poco con la solemne promesa de Sapor de que el pueblo criminal de Amida serviría de pira funeraria para purgar la muerte y eternizar la memoria de su hijo.

La antigua ciudad de Amid o Amida,[2065] que lleva a veces el nombre de su provincia, Diarbekir,[2066] está situada ventajosamente en una llanura exuberante, regada por las

acequias y los brazos del Tigris, cuya corriente va en parte cercando en semicírculo la porción oriental de la ciudad. Acababa el emperador Constancio de nombrar honoríficamente a Amida con su propio nombre, fortificándola con recias murallas y encumbrados torreones. Estaba surtida de máquinas militares y se le había reforzado la guarnición ordinaria con siete legiones, cuando la cercaron las armas de Sapor.[2067] Sus esperanzas primeras y más optimistas dependían del éxito de un asalto general. Se repartieron las distintas postas a las diversas naciones que seguían su estandarte; el Sur a los vertas, el Norte a los albanos, el Este a los chionitas, enfurecidos de pesar y de ira; el Oeste a los segestanos, los más valientes de sus guerreros, que defendían su frente con una línea formidable de elefantes indios.[2068] Por todas partes iban los persas reforzando sus conatos y enardeciendo su denuedo, y aun el monarca mismo, desatendiendo su jerarquía y el peligro, descolló durante todo el sitio con los ímpetus de la juventud. Los bárbaros, tras reñidísima refriega, fueron rechazados; volvían siempre a la carga y siempre eran vencidos con horrorosos estragos. Dos legiones rebeldes de Galia, desterradas a Oriente, sobresalieron desordenadamente con su heroísmo, durante una escaramuza nocturna hasta el centro del campamento enemigo. En uno de los repetidos y más encarnizados asaltos, la ciudad fue vendida por la traición de un desertor, que mostró a los bárbaros una escalerilla oculta y sin resguardo, labrada en un peñasco que se descuelga sobre la corriente del Tigris. Setenta arqueros selectos de la guardia real treparon al tercer piso de un torreón encumbrado que se asomaba sobre el acantilado; hicieron flamear la bandera persa, señal de arrojo para los sitiadores y de abatimiento para los sitiados, y si aquella sacrificada cuadrilla hubiera podido conservar un tiempo más su posición, sus vidas

habrían costeado la rendición de la plaza. Tras la frustración de tanta pujanza y ardid, Sapor recurrió a las operaciones más seguras, aunque lentas, de un sitio regular, cuyas disposiciones corrían a cargo de los desertores romanos. Se abrió la trinchera a una distancia conveniente, y la tropa destinada al ataque se adelantaba al resguardo de reforzados zarzos, para terraplenar los fosos y socavar los muros. Se construyeron torres de madera móviles sobre ruedas, hasta que los soldados, provistos con todo tipo de armas arrojadizas, pudieran pelear en pie de igualdad con los defensores de las almenas. Cuanto pudo inventar el arte y cuanto cupo ejecutar con denuedo se empleó en la resistencia de Amida, y repetidas veces ardieron las obras de Sapor a manos de los contrarios. Pero los recursos de toda plaza sitiada se acaban; los persas repararon sus daños y adelantaron más y más sus avances; el ariete abrió finalmente una gran brecha, y la pujanza de la guarnición tuvo que rendirse, menguada por el acero y la dolencia, al ímpetu del asalto. Soldados, vecinos, mujeres y niños, todos los que no acertaron a escapar por la puerta opuesta fueron masacrados.

Mas el exterminio de Amida fue la salvación de las provincias romanas, pues no bien decayó el júbilo de la victoria, Sapor se dio cuenta de que, con el escarmiento de una ciudad insolente, había malogrado la flor de su tropa y la posición adecuada para la conquista.[2069] Treinta mil veteranos murieron ante las murallas de Amida, en los setenta y tres días de su sitio, y el desairado monarca se volvió a su capital con ínfulas de triunfador y con entrañable congoja. Es también de suponer que los inconstantes aliados bárbaros hallaron motivos para desentenderse de la guerra en que iban tropezando con tantas dificultades, y que el anciano rey de los chionitas, satisfecho ya de venganza, se desvió luego horrorizado ante una acción que

había defraudado las esperanzas de su familia y de su nación. Ni las fuerzas ni el denuedo del ejército con que Sapor salió a campaña la primavera siguiente estaban a la altura de su ambición desenfrenada. En vez de aspirar a la conquista del Oriente, tuvo que contentarse con la rendición de dos ciudades fortificadas de Mesopotamia, Síngara y Bezabde,[2070] una situada en medio de un yermo arenoso y la otra en una península, cercada casi por todas partes por la corriente rápida y profunda del Tigris. Cinco legiones romanas, del tamaño al que habían sido reducidas en la época de Constantino, fueron hechas prisioneras y enviadas a los extremos remotos y opuestos de Persia. Arrasó el vencedor las murallas de Síngara y abandonó aquel paraje solitario y encerrado; pero restableció esmeradamente las fortificaciones de Bezabde, y situó en aquel punto importante una guarnición o colonia de veteranos, bien equipados de pertrechos, pero ante todo leales y honorables. Pero, al cerrarse la campaña, las armas de Sapor fueron vencidas en su avance contra Virta o Tecrit, fortaleza aventajada y, según se conceptuaba generalmente hasta el tiempo de Tamerlán, inexpugnable de los árabes independientes.[2071]

La defensa de Oriente contra las armas de Sapor requería el desempeño del general más consumado, y parecía una dicha para el Estado que fuese a la sazón la provincia del bravo Ursicino, que reunía en sí la confianza de la tropa y del pueblo. Ante el peligro, Ursicino[2072] fue removido por las tramas de los eunucos, y mediante las mismas técnicas se encargó el mando militar del Oriente a Sabiniano, un guerrero rico y astuto, que adolecía de los achaques, sin haberse granjeado la experiencia de la edad. Una segunda orden, proveniente de los mismos consejos, siempre celosos e inconstantes, mandaba a Ursicino a las fronteras de Mesopotamia, sentenciado a desempeñar los

oficios de la guerra, cuyas glorias se trasladaban a su indecoroso competidor. Sabiniano edificó su apoltronada mansión dentro de las murallas de Edesa, y mientras se estaba entreteniendo con la farsa del ejercicio militar, moviéndose al compás aflautado de la danza pírrica, la defensa pública se dejó en manos de su denodado y eficaz antecesor. Pero cuando Ursicino recomendó un plan rápido de operaciones, cuando propuso ir con una división ligera y desvelada tras la falda de una serranía para apresar los convoyes del enemigo, u hostilizar la larga frontera persa para revertir el desastre de Amida, el tímido y envidioso caudillo alegaba que tenía órdenes terminantes de no exponer la seguridad de la tropa. Finalmente se tomó Amida; los esforzados defensores que se salvaron de la espada enemiga vinieron al campamento romano para fenecer a manos del verdugo; y el mismo Ursicino, después de superar la afrenta de ser procesado injustamente, padeció, por los desaciertos de Sabiniano, hasta la degradación militar. Pero luego Constancio experimentó el cumplimiento de la predicción que el agraviado había pronunciado con justa indignación: que mientras prevaleciesen tales máximas en el gobierno, el mismo emperador iría viendo cuán difícil sería resguardar sus dominios orientales de las invasiones extranjeras. Sojuzgados o contenidos una vez los bárbaros, Constancio se dirigió pausadamente hacia Oriente, y tras haber llorado sobre los escombros todavía humeantes de Amida, emprendió el sitio de Bezabde con un ejército poderoso. Se estremecieron las murallas ante los repetidos embates de arietes descomunales, y el pueblo se vio reducido a extremados apuros, pero la guarnición lo defendió con pujanza sufrida y denodada, hasta que al comenzar la estación lluviosa el emperador tuvo que levantar el sitio y retirarse desairadamente a pasar el invierno en Antioquía.[2073] El orgullo de Constancio y

la ingeniosidad de sus cortesanos carecían de materias para entonar panegíricos a los acontecimientos de la guerra Pérsica; mientras la gloria de su primo Juliano, encargado del mando militar de las provincias de Galia, fue proclamada al mundo en la narrativa sencilla y concisa de sus hazañas.

Constancio, en la furia ciega de la guerra civil, había abandonado los ámbitos de Galia, rendida a la autoridad de su rival, a los bárbaros de Germania. Con regalos y promesas, invitó a un enjambre de francos y alamanes para que cruzaran el Rin y se posesionasen, con el cebo de los despojos, y para siempre, de cuanto terreno alcanzasen a sojuzgar.[2074] Mas el emperador, que tan torpemente había incitado la rapacidad innata de los bárbaros por un servicio temporal, se enteró y lamentó de lo arduo que le resultaba deshacerse de tan formidables huéspedes, cebados ya con el halago del suelo romano. Sin pararse a deslindar la lealtad o la rebeldía, aquellos salteadores indisciplinados trataban como a sus enemigos naturales a todos los súbditos del Imperio poseedores de algún objeto que ellos desearan. Cuarenta y cinco ciudades florecientes —Tongres, Colonia, Tréveris, Worms, Espira, Estrasburgo, etc. —, y un mayor número de pueblos y aldeas, fueron saqueadas y en gran parte reducidas a cenizas. Los bárbaros de Germania, siempre fieles a las máximas de sus antepasados, se horrorizaban con el encierro de murallas, a las cuales solían odiosamente llamar cárceles o sepulcros; y al establecer sus poblados en las orillas del Rin, del Mosela y del Mosa, se resguardaban contra todo peligro de sorpresa con un parapeto tosco, hecho rápidamente, de árboles gruesos atravesados en las rutas. Los alamanes se establecieron en las actuales provincias de Alsacia y Lorena, los francos ocuparon la isla de los Bátavos y una porción importante de Brabante, llamada entonces Toxandria,[2075] que

puede conceptuarse como el asiento primitivo de la monarquía gala.[2076] Desde las fuentes hasta la desembocadura del Rin, las conquistas de los germanos se extendían hasta más de cuarenta millas [64,36 km] al oeste de aquel río, sobre un territorio poblado de colonias de su mismo nombre y nación, y el campo de sus estragos se extendía tres veces más que sus conquistas. A mucha mayor distancia, las poblaciones indefensas de Galia iban quedando desiertas, y los habitantes de las ciudades fortificadas, que confiaban en su fortaleza y vigilancia, tenían que contentarse con los escasos abastos de trigo que podían criar en los espacios vacantes de su recinto. Las legiones, ya reducidas y sin víveres ni paga, sin armas ni disciplina, temblaban al acercarse los bárbaros, y aun ante su nombre.

En tan infaustas circunstancias, un joven inexperto fue el encargado de salvar y regir las provincias de Galia, o más bien, como se expresa él mismo, de representar la farsa de la pompa imperial. La educación escolar y retirada de Juliano, en la que estuvo más dedicado a los libros que a las armas, a los difuntos que a los vivos, lo dejó en la más completa ignorancia acerca de la práctica de la guerra y del gobierno, y cuando se estaba imponiendo en algún ejercicio militar que por su atraso tenía que aprender, exclamaba suspirando: «¡Ay Platón, Platón, qué tarea para un filósofo!». No obstante, aquella misma filosofía, que los hombres de negocios aparentan menospreciar, le había dado a Juliano los preceptos más nobles y los más esclarecidos ejemplos, y lo animó a amar la virtud, a desear la fama y a sobreponerse a la muerte. La continua templanza, tan ponderada en las escuelas, es aún más esencial en todo campamento y en la disciplina militar. Las meras urgencias naturales regulaban el alimento y el sueño. Desechando con enfado los manjares que acercaban a su mesa, satisfacía el apetito

con la ración vulgar y tosca del ínfimo soldado. En la crudeza de un invierno de Galia, jamás admitió fuego en su dormitorio, y tras descansar a ratos breves sobre una alfombra tendida en el suelo, se levantaba a mitad de la noche para despachar algún negocio preciso, acudir a sus rondas o, si le cabía disponer de algunos momentos, a sus estudios predilectos.[2077] Los preceptos de elocuencia que hasta entonces había estado practicando sobre puntos ideales de ejercicio tenían aplicación más provechosa, enardeciendo o refrenando los ímpetus de una muchedumbre armada; y aunque Juliano, por la temprana costumbre de sus conversaciones y su literatura, estaba más versado en los primores de la lengua griega, se había ido ejercitando en el idioma latino.[2078] Puesto que Juliano primitivamente no se inclinaba a la carrera de la legislación y la judicatura, es de suponer que la jurisprudencia romana no le había merecido particular atención; mas sus estudios filosóficos le infundieron una pasión sincera por la justicia, templada por su inclinación a la clemencia y el conocimiento de los principios fundamentales de la equidad y de la evidencia, con la detención esmerada para ir desenmarañando los puntos más intrincados que tenía que ventilar. Las disposiciones políticas y las operaciones militares tenían que sujetarse a las variaciones de personas y de circunstancias, y el escolar inexperto se quedaría muchas veces perplejo frente a la aplicación de las teorías más perfectas. Sin embargo, Juliano aprehendió esta importante ciencia gracias al activo vigor de su propio genio, como también a la sabiduría y experiencia de Salustio, oficial de graduación que se prendó entrañablemente de un príncipe tan digno de su intimidad y cuya integridad sabía expresar las verdades más amargas sin lastimar la delicadeza de un oído regio.[2079]

Revestido con la púrpura en Milán, salió Juliano hacia Galia

con la escasa comitiva de trescientos sesenta soldados. En Viena, donde pasó un invierno atareado y doloroso (año 356) en manos de los ministros a quienes había encargado Constancio la dirección de su conducta, supo el César del sitio y rescate de Autun. Aquella ciudad grandiosa y antigua, protegida únicamente por una muralla desmantelada y una guarnición desvalida, se salvó por el denuedo generoso de algunos veteranos que volvieron a las armas por la defensa del país. En su marcha desde Autun por el interior de Galia, Juliano aprovechó con ardor la primera coyuntura de sobresalir con su arrojo; a la cabeza de un reducido cuerpo de flecheros y de caballería pesada, prefirió entre dos caminos el más breve, aunque más peligroso; luego de evitar y, en algunas ocasiones, de enfrentar los ataques de los bárbaros que estaban dominando la campiña, llegó a salvo y gallardamente al campamento cercano a Reims, donde las tropas romanas tenían orden de reunirse. La presencia de este joven príncipe revivió el ánimo cansado de la tropa, y marchó de Reims en busca del enemigo con una confianza que estuvo a punto de serle fatal. Los alamanes, familiarizados con el terreno, fueron reuniendo secretamente sus tropas desparramadas y, aprovechando un día lóbrego y lluvioso, se abalanzaron repentinamente sobre la retaguardia de los romanos. Antes de rehacerse, dos legiones fueron destruidas, y Juliano aprendió por experiencia que la cautela y el desvelo son las lecciones más importantes en el arte de la guerra. En una segunda acción, más venturosa, recobró y afianzó su concepto militar; pero como la agilidad de los bárbaros imposibilitó su avance, la victoria no fue sangrienta ni decisiva. Sin embargo, avanzó hasta las orillas del Rin, estuvo mirando las ruinas de Colonia, se convenció de lo arduo de la guerra y se retiró a inicios del invierno, descontento con la corte, con el ejército y

con su propio resultado.[2080] El poder de los enemigos estaba casi intacto, y apenas había separado las tropas y establecido sus cuarteles en Sens, en el centro de Galia, cuando se vio cercado por una crecida hueste de germanos. Reducido en tan decisivo trance a los recursos de su propio entendimiento, demostró una prudente intrepidez que acertó a compensar las nulidades de la plaza y de la guarnición; tanto que los bárbaros tuvieron que retirarse luego de un mes, despechados con su fracaso.

El orgullo de Juliano, que debía únicamente a su espada tan señalado desempeño (año 357), se afligía al recapacitar sobre su situación: desamparado, vendido y quizás empujado al precipicio por los mismos que estaban obligados a auxiliarlo por los vínculos del honor y de la lealtad. Marcelo, general en jefe de la caballería en Galia, se atuvo estrechamente a las órdenes celosas de la corte, desatendió los apuros de Juliano y disuadió a la tropa a su mando de acudir al socorro de Sens. Si el César no prestaba atención a tan peligroso desacato, exponía su persona y autoridad al menosprecio del mundo, y si quedaba impune un proceder tan criminal, el emperador habría confirmado las sospechas, que recibían un viso capcioso por su conducta anterior para con los príncipes de la familia Flavia. Finalmente, Marcelo fue convocado y cortésmente removido de su cargo.[2081] En su lugar fue nombrado Severo, general de la caballería, soldado aguerrido, valeroso y leal, capaz de aconsejar comedidamente y de ejecutar con eficacia, y que se avino sin reparo al mando supremo que acababa de obtener Juliano, por influjo de su siempre protectora Eusebia, sobre los ejércitos de Galia.[2082] Se ideó un plan atinado para las operaciones de la próxima campaña. El mismo Juliano, capitaneando los restos de la tropa veterana y de algunos reclutas que se le permitió llevar, se internó denodadamente en el medio de los acantonamientos

germanos, y repuso esmeradamente las fortificaciones de Saverna, en sitio aventajado, para contener las correrías o cortar la retirada al enemigo. Al mismo tiempo, Barbatio, general de la infantería, avanzaba desde Milán con un ejército de treinta mil hombres, y luego de atravesar las montañas dispuso un puente para atravesar el Rin en las cercanías de Basilea. Era de esperar que los alamanes, acosados por todos los flancos por las armas romanas, tendrían que evacuar sin más las provincias de Galia para acudir a la defensa de su patria; pero fracasaron los planes de la campaña por la incapacidad, la envidia o las instrucciones reservadas de Barbatio, quien obró como enemigo del César y aliado de los bárbaros. El abandono con que toleró que unas pandillas de saqueadores pasasen a sus anchas y volviesen cargadas por delante de las puertas de su campamento podía achacarse a incapacidad, mas la alevosa acción de quemar una parte de los barcos y unos abastos sobrantes, que hubieran sido muy útiles para el ejército de Galia, estaba demostrando sus intenciones hostiles y criminales. Los germanos despreciaron a unos contrarios incapaces o sin voluntad de incomodarlos, y la retirada indecorosa de Barbatio privó a Juliano del esperado auxilio, y lo dejó desamparado en una situación arriesgada, donde no podía permanecer a salvo ni retirarse airosamente.[2083]

Libres ya de todo miedo de invasión, trataron los alamanes de escarmentar al joven romano que intentaba disputarles la posesión de aquel país que clamaban como suyo por derecho de conquista y por los tratados. Emplearon tres días con sus noches en transportar sobre el Rin todo su poderío militar (agosto de 357). El fiero Chnodomarius, blandiendo el pesado lanzón que había enristrado victoriosamente contra el hermano de Magnencio, acaudillaba la vanguardia de los bárbaros y contenía el ardor que infundía su mismo ejemplo.[2084] Lo seguían otros

seis reyes y diez príncipes, también reales, con gran comitiva de esforzados nobles y treinta y cinco mil valientes de las tribus de Germania. La confianza que provocaba ver tanta fuerza suya aumentó gracias al aviso de un desertor de que Juliano se hallaba, con el pequeño ejército de trece mil hombres, a veintiuna millas [33,79 km] en su campamento de Estrasburgo. Con esa fuerza tan desventajosa, Juliano decidió marchar en busca del ejército bárbaro, y prefirió enfrentar una acción general que la operación fatigosa e incierta de ir hostilizando separadamente las fracciones dispersas de los alamanes. Los romanos iban formados en dos columnas, la caballería a la derecha y la infantería a la izquierda, y quedaba ya tan escaso día al avistarse, que Juliano estaba con ánimo de diferir la batalla hasta la madrugada, y de dejar a la tropa el tiempo necesario para rehacerse con alimento y sueño. Sin embargo, con cierto fastidio, cedió al clamor de los soldados, y aun al dictamen de su consejo, y los estimuló a justificar con su desempeño la impaciencia, que, en caso de padecer derrota, se tildaría de temeraria presunción. Sonó el clarín, atronó el grito militar por la campiña, y se abalanzaron con igual ímpetu ambos ejércitos. El César condujo en persona su ala derecha, fiado en la destreza de sus arqueros y la defensa de sus enormes coraceros. Mas la formación fue rápidamente rota por un avance revuelto de caballería e infantería ligera, y padeció el perjuicio de ver la huida de seiscientos de sus coraceros más afamados.[2085] Los fugitivos se detuvieron y rehicieron ante la presencia y autoridad de Juliano, quien, despreciando el peligro, se puso al frente de ellos, los amenazó con la afrenta y los volvió a todos contra el enemigo ya victorioso. La pelea entre ambas líneas de infantería era porfiada y sangrienta. Los germanos aventajaban en estatura y brío; los romanos, en disciplina y serenidad. Pero como los

bárbaros que seguían las banderas del Imperio reunían ambas ventajas, su denodado empuje, dirigido por un inteligente caudillo, vino por fin a decidir la batalla. Los romanos perdieron cuatro tribunos y doscientos cuarenta y tres soldados en esta memorable batalla de Estrasburgo, tan gloriosa para el César[2086] como saludable para las provincias acosadas de Galia. ¡Murieron seis mil alamanes en el campo, además de los ahogados y malheridos a flechazos al cruzar el río a nado![2087] El mismo Chnodomarius fue cercado y hecho prisionero con tres de sus esforzados compañeros, que se comprometieron a seguir en vida y en muerte los trances de su caudillo. Lo recibió Juliano con honores militares en el consejo de sus oficiales y, condoliéndose generosamente de su humillación, ocultó su menosprecio interior por la rendición rastrera de su prisionero. En lugar de exhibir al rey vencido de los alamanes como un grandioso espectáculo a las ciudades de Galia, tributó atentamente aquel espléndido trofeo de su victoria a las plantas del emperador. Chnodomarius logró un trato honorífico, pero el bárbaro impaciente no pudo sobrevivir largo tiempo a su derrota, a su prisión y a su destierro.[2088]

Luego de que los alamanes fueran expulsados de las provincias del Alto Rin, volvió Juliano sus armas contra los francos, establecidos cerca del océano, en los confines de Galia y Germania, los que por su número y su denuedo se consideraban los más formidables de todos los bárbaros.[2089] Aunque muy apasionados por la rapiña, tenían aún más afición por la misma guerra, que colocaban en la cumbre de la dicha humana, y estaban tan habituados de cuerpo y alma a su vida activa que, según la agudeza de un orador, tan halagüeñas eran para ellos las nieves del invierno como las flores de la primavera. En el mes de diciembre siguiente a la batalla de Estrasburgo (año 358),

Juliano atacó a un cuerpo de seiscientos francos que se habían encerrado en dos castillos inmediatos al Mosa.[2090] Sostuvieron, en lo más crudo de la estación, un sitio de cincuenta y cuatro días, hasta que al fin, famélicos y atentos a que la vigilancia de sus enemigos en ir quebrando el hielo del río les quitaba toda esperanza de huir, los francos desistieron, por primera vez, de la ley que les mandaba morir o vencer. El César envió inmediatamente sus prisioneros a la corte de Constancio, quien los recibió como regalo apreciable,[2091] y celebró la posibilidad de incorporar otros tantos campeones en la tropa selecta de su guardia palaciega. La resistencia tenaz de aquella cuadrilla de francos manifestó a Juliano lo arduo de la expedición que estaba planeando para la primavera próxima contra todo el cuerpo de la nación. Su marcha veloz dejó atónitos a los bárbaros. Mandó a sus soldados abastecerse de galleta para veinte días; repentinamente asentó su cuartel junto a Tongres, mientras el enemigo lo suponía aún en su cuartel de invierno de París, esperando el pausado arribo de los convoyes de Aquitania. Sin dar tregua a los francos para juntarse ni para deliberar, repartió sabiamente sus legiones desde Colonia hasta el Océano, y, tanto por el terror como por sus aciertos, redujo luego a las tribus a implorar la clemencia y obedecer las órdenes de su vencedor. Los camavios se retiraron rendidos a sus antiguas moradas allende el Rin; mas se les permitió a los salios un nuevo establecimiento en Toxandria, en clase de súbditos y auxiliares del Imperio Romano.[2092] Se ratificó el tratado por medio de solemnes juramentos y se nombraron celadores perpetuos para residir entre los francos y fiscalizar con autoridad la observancia de los pactos. Se cuenta un incidente, de por sí interesante y nada ajeno de la índole de Juliano, que planteó la trama y el desenlace de la tragedia. Cuando los camavios imploraron la

paz, Juliano exigió el hijo del rey como único rehén de su confianza. Un silencio angustiado, alternado de sollozos y gemidos, retrataba vivamente el desconsuelo de los bárbaros, y el anciano caudillo se lamentó con un lenguaje patético de que su pérdida personal atormentaba a todos como una calamidad general. Los camavios yacían postrados a los pies del trono, cuando el cautivo real, que creían muerto, se apareció inesperadamente a la vista de todos; en cuanto la bulla jubilosa se apaciguó y trocó en atención, el César habló en los términos siguientes: «Mirad al hijo, al príncipe que estáis llorando. Lo habéis perdido por vuestra culpa; pero Dios y los romanos os lo han devuelto. Conservaré y educaré al joven, más como testimonio de mi honor que como prenda de vuestra lealtad. En cuanto sea rota la fe jurada, acudirán las armas de la República al desagravio de tamaña ingratitud, no contra el inocente, sino contra los criminales». Se retiraron los bárbaros, hondamente impresionados de gratitud y admiración.[2093]

A Juliano no le bastaba haber dejado a las provincias de Galia liberadas de los bárbaros de Germania, pues aspiró a la gloria de competir con el primero y más esclarecido de los emperadores, y compuso también, a su imitación, comentarios propios sobre la *Guerra de las Galias*.[2094] Julio César escribió con vanidad de qué modo había atravesado el Rin dos veces; por su parte, Juliano podía jactarse de que, antes de asumir el título de Augusto, había llevado las águilas romanas allende el Rin en tres expediciones acertadas.[2095] Para la primera (año 357) lo alentó el terror de los germanos tras la batalla de Estrasburgo: y la resistencia de la tropa cedió luego a la persuasiva elocuencia de un caudillo que alternaba en los afanes y peligros con el soldado raso. Las aldeas de ambas orillas del Meno, ricas de trigo y ganadería, padecieron los estragos de una hueste invasora. Las

casas principales, construidas con cierta imitación de la elegancia romana, fueron consumidas por las llamas, y el César se internó más de diez millas [16,09 km], hasta que lo detuvo una selva lóbrega e impenetrable, minada de caminos subterráneos, que amenazaban con emboscadas y trampas secretas todos los pasos de los salteadores. Estaba el suelo nevado y Juliano, luego de instalarse en un antiguo castillo construido por Trajano, concedió una tregua de diez meses a los bárbaros sumisos. Cumplido el plazo, emprendió una segunda expedición allende el Rin para doblegar el orgullo de Surmar y Hortario, dos reyes de los alamanes que habían estado en la batalla de Estrasburgo. Prometieron devolver cuantos cautivos romanos vivían, y como el César había dispuesto que todos los pueblos y aldeas de Galia formalizasen un estado de cuantos vecinos faltaban, descubrió sus engaños con tanto esmero y perspicacia que se granjeó el concepto de tener entendimiento sobrehumano.

La tercera expedición fue aún más certera e importante que las anteriores. Los germanos reunieron su poderío militar, se movieron por la orilla opuesta del río, intentaron destruir el puente y prevenir el tránsito de los romanos; pero tan atinado intento quedó desbaratado con una llamada oportuna. Trescientos soldados briosos con armas ligeras se embarcaron calladamente en cuarenta barcazas río abajo y desembarcaron a cierta distancia de los apostaderos enemigos; ejecutaron sus órdenes con tal denuedo y presteza, que estuvieron a punto de sorprender a los caudillos bárbaros al volver confiadamente y casi ebrios de una de sus fiestas nocturnas. Sin repetir la relación uniforme y desabrida de matanzas y devastación, bastará apuntar que Juliano dictó condiciones de paz a seis de los más altaneros reyes alamanes, e incluso les permitió a tres de ellos presenciar la estrecha disciplina y la pompa marcial del

campamento romano. El César cruzó el Rin en compañía de veinte mil cautivos rescatados de los grilletes de los bárbaros, terminando así una guerra cuyo éxito ha merecido parangonarse con las antiguas glorias de las victorias púnicas y címbricas.

Afianzada ya una temporada de paz con su denuedo y desempeño, Juliano se dedicó a otro intento más genial para su índole humana y filosófica. Las ciudades de Galia que habían sufrido las incursiones bárbaras se repararon diligentemente; se mencionan particularmente siete puntos importantes entre Metz y el desagüe del Rin como restablecidos y fortificados por las órdenes de Juliano.[2096] Los germanos vencidos fueron sometidos a la condición equitativa, pero humillante, de disponer y aprontar los materiales necesarios; la eficacia de Juliano enardecía la continuación de la obra; y fue tal el afán que supo comunicar a la tropa que los mismos auxiliares, desentendiéndose de sus exenciones en cierta clase de fatigas, porfiaban en los trabajos ínfimos con el empeño de los soldados romanos. El abastecimiento y la defensa de los habitantes y las guarniciones corrían a cargo del César, pues el abandono de los hogares de los primeros y el amotinamiento de los segundos debieron haber sido las fatales consecuencias del hambre. Las tierras de labranza de las provincias de Galia estaban desoladas por las calamidades de la guerra; pero la escasez de cosecha en el continente era suplida con la colmada abundancia de la isla cercana. Seiscientas barcas enormes, fabricadas en el bosque de Ardenas, hicieron varios viajes a la costa de Britania y, cargadas de trigo a la vuelta, navegaban río arriba para repartir sus cargamentos a los pueblos y fortalezas por las orillas del río.[2097] Las armas de Juliano restablecieron la navegación expedita y segura, que Constancio intentó comprar indecorosamente por medio de un tributo voluntario de dos mil libras de plata [907

kg]. Negaba mezquinamente el emperador a sus soldados las sumas que su mano trémula y pródiga brindaba a los bárbaros, y la entereza de Juliano se vio en amargo trance al tener que entrar en campaña con un ejército descontento que llevaba ya dos años sin paga ni donativos extraordinarios.[2098]

El afán por la paz y la dicha de los súbditos era al parecer el móvil dominante del régimen de Juliano.[2099] Dedicó el ocio de sus cuarteles de invierno a todos los ramos del gobierno civil, y aparentaba complacerse más en su desempeño como magistrado que como general. Antes de salir de campaña, devolvió a los gobernadores de provincia la mayoría de las causas públicas y privadas que se habían remitido a su tribunal; pero a su regreso se esmeró en fiscalizar sus procedimientos, mitigó los rigores de la ley y falló segunda sentencia sobre los mismos jueces. Sobreponiéndose a la última tentación de un pecho virtuoso, el indiscreto afán tras la justicia, refrenó con sosiego y dignidad el acaloramiento de un abogado que acosaba por extorsión al presidente de la provincia Narbonesa. «¿Quién será el culpable —exclamó el impetuoso Delfidio— si basta con negar?» «¿Y quién podrá ser inocente —replicó Juliano—, si es suficiente con afirmar?» En la administración general de la guerra o de la paz, el interés del soberano viene a ser el del pueblo; pero hubiera sido un enorme agravio para Constancio que la virtud de Juliano lo defraudara de alguna parte del tributo que exprimía al país oprimido y desangrado. El príncipe revestido con las insignias reales podía cada tanto animarse a refrenar la insolencia de los agentes inferiores, a manifestar sus cohechos y a plantear otro sistema un tanto más llano y equitativo de recaudación. Mas el manejo de las finanzas fue encargado, para más seguridad, a Florencio, prefecto pretorio de Galia, tirano afeminado ajeno a todo remordimiento; pero el altivo ministro

clamaba contra la más blanda y decorosa oposición, mientras el mismo Juliano propendía a denunciar su propia templanza. El César rechazó un mandato que creaba un impuesto extraordinario, un nuevo derecho que el prefecto presentó para su firma, y el retrato fiel de la miseria pública con el que justificó su rechazo ofendió a la corte de Constancio. Podemos leer gustosos los sentimientos de Juliano y el desahogo de su enfado, en una carta a uno de sus amigos más íntimos. Después de relatarle su conducta, continúa en los términos siguientes: «¿Cabía que el discípulo de Platón y Aristóteles obrase de otro modo? ¿Podía yo desamparar a los desventurados súbditos confiados a mis desvelos? ¿No me competía resguardarlos contra estos empedernidos ladrones? El tribuno que abandona su puesto merece muerte y privación de sepultura. ¿Con qué asomo de justicia podría yo fallar su sentencia si en el trance crítico me desentendiera de una obligación mucho más sagrada e importante? Dios me colocó en este lugar encumbrado; su providencia me escudará con eficaz auxilio. Si estoy sentenciado a padecer, tengo para mi consuelo el testimonio de mi conciencia pura y justificada. ¡Pluguiera al cielo que atesorase todavía un consejero como Salustio! Si tienen por conveniente enviarme un sucesor, desde luego lo acepto, y más gustoso me emplearía en la breve oportunidad de hacer bien que en disfrutar una impunidad larga y duradera de mis maldades».[2100] La situación subordinada y precaria de Juliano sacó a la luz sus virtudes y encubrió sus defectos. No podía el joven héroe, sostenedor del trono de Constancio en Galia, reformar el gobierno, pero tenía la posibilidad de aliviar y compadecer las ruinas del pueblo. Mientras no alcanzase a resucitar la marcialidad romana, o a introducir las artes de la industria y el refinamiento entre sus salvajes enemigos, no podía

racionalmente esperar el afianzamiento del sosiego público con la paz o la conquista de Germania. Sin embargo, las victorias de Juliano suspendieron por algún tiempo las incursiones de los bárbaros y retrasaron la ruina del Imperio occidental.

Su influjo saludable restableció las ciudades de Galia, acosada tanto tiempo por las discordias civiles, la guerra contra los bárbaros y la tiranía propia; y revivió el afán industrioso con la esperanza de disfrutarlo. Agricultura, manufacturas y comercio fueron floreciendo al resguardo de las leyes, y los gremios o curias volvieron a estar formados por individuos provechosos y respetables; la juventud dejó de ser aprehensiva al matrimonio y los casados volvieron a procrear; las funciones públicas y privadas se celebraban con la pompa acostumbrada, y la comunicación frecuente y segura entre las provincias ofrecía el cuadro de la prosperidad nacional.[2101]

Un pecho como el de Juliano latiría complacidamente al presenciar la felicidad general, cuyo autor era él mismo; pero gustaba particularmente de la ciudad de París, el sitio de su residencia invernal y objeto de un afecto especial.[2102] Aquella ciudad esplendorosa, cuyos ámbitos anchurosos se extienden en ambas orillas del Sena, estaba primitivamente reducida a la islita de en medio del río, de donde tomaba el pueblo un agua cristalina y saludable. La corriente bañaba el pie de los muros, y se llegaba al ejido por dos puentes de madera. Una selva cubría la orilla del Norte; mas por el Sur el terreno, ahora llamado de la Universidad, se fue poblando imperceptiblemente y se realzó con un palacio, un anfiteatro, baños, un acueducto y un Campo de Marte para el ejercicio de la tropa romana. La crudeza del clima era atemperada con la cercanía del océano, y, gracias a las precauciones que la experiencia había ido enseñando, podían cultivarse viñedos e higos. Pero en inviernos rigurosos, el Sena se

helaba profundamente, y los grandes trozos de hielo que flotaban por la corriente eran similares a las grandiosas piezas de mármol blanco que se extraían de las canteras de Frigia. La corrupción y el desenfreno de Antioquía recordaban a Juliano las costumbres austeras y sencillas de su amada Lutecia,[2103] que desconocían y menospreciaban los espectáculos teatrales. Se indignaba al contraponer a los siríacos afeminados con la sencillez honrada y valerosa de los galos, y casi les perdonaba la destemplanza, único defecto del carácter celta.[2104] Si se asomase ahora Juliano a la capital de Francia, y pudiera conversar con genios eminentes, capaces de entender y aun de instruir a un alumno de los griegos, disculparía acaso los devaneos traviesos y agraciados de una nación cuya gallardía marcial no decayó jamás con los excesos del lujo, y seguramente aplaudiría la perfección de aquel arte imponderable que suaviza, realza y embellece el trato humano.

XX

MOTIVOS, PROGRESOS Y EFECTOS DE LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO - ESTABLECIMIENTO LEGAL Y CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA

El establecimiento del cristianismo puede considerarse como una de las revoluciones internas más trascendentes que aún hoy provoca interés y proporciona una valiosa enseñanza. Si bien las victorias y la política de Constantino ya no influyen en el estado actual de Europa, una gran parte del mundo sigue impresionada por la conversión de aquel monarca al cristianismo, y las instituciones eclesiásticas de su reinado todavía se encuentran indisolublemente conectadas con las opiniones, las emociones y los intereses de la generación actual.

Al internarnos en un asunto que nos cabe examinar con imparcialidad, pero sin indiferencia, una dificultad inesperada surge inmediatamente: puntualizar la verdadera fecha de la conversión de Constantino. El elocuente Lactancio, palaciego suyo, se muestra impaciente[2105] por pregonar al mundo el glorioso ejemplo del soberano de Galia, quien, desde el principio de su reinado, reconoció y adoró la majestad del único y verdadero Dios.[2106] El erudito Eusebio atribuye la fe de Constantinopla a la señal milagrosa que se desplegó por el cielo (año 312), mientras estaba planeando y disponiendo su expedición a Italia.[2107] El historiador Zósimo afirma solapadamente que el emperador se había manchado las manos con la sangre de su primogénito antes de renegar públicamente

(año 326) de los dioses de Roma y de sus antepasados.[2108] La perplejidad producida por la diversidad de fuentes deriva de la conducta del mismo Constantino. De acuerdo con el rigor del discurso eclesiástico, el primero de los emperadores cristianos no mereció este epíteto hasta el trance de su muerte, puesto que fue durante su última enfermedad cuando recibió, como catecúmeno, la imposición de manos[2109] (año 337) y luego, con los ritos bautismales, fue admitido entre los fieles.[2110] El cristianismo de Constantino se corresponde con otro concepto más vago y deslindado, y se requiere una esmerada exactitud para ir escudriñando los lentos y casi imperceptibles pasos por los cuales el monarca se declaró protector y, luego, prosélito de la Iglesia. Una ardua tarea fue la de erradicar los hábitos y los prejuicios de su educación para poder así reconocer la potestad divina de Cristo y entender que la verdad de su revelación era incompatible con el culto de los dioses. Los obstáculos que probablemente había experimentado en su propia mente lo ayudaron a proceder cautamente en ese importante cambio de la religión nacional; y así, pausadamente, fue revelando sus nuevas opiniones, hasta que pudo realizarlas y sostenerlas con seguridad. Durante todo su reinado, la oleada del cristianismo fue creciendo con suave, aunque acelerado, movimiento; sin embargo, su dirección general a veces fue frenada y, otras veces, desviada por las circunstancias accidentales de los tiempos y por la prudencia o, quizá, por el capricho del monarca. Los ministros podían manifestar las intenciones de su soberano en un lenguaje más adecuado a sus propios principios,[2111] y él mismo equilibró ingeniosamente los temores y las esperanzas de sus súbditos, publicando en el mismo año (321) dos edictos: el primero imponía la observancia solemne del domingo[2112] y el segundo regulaba las consultas rituales de los arúspices.[2113]

Mientras esta revolución tan trascendente permanecía pendiente, cristianos y paganos acechaban la conducta de su soberano con igual ansiedad, pero con sentimientos opuestos. Los primeros, que estaban incitados por su fervor y su vanidad, ponderaban aún más sus favores y exageraban las evidencias de su fe; los otros, hasta que sus fundados recelos terminaron en rencor y desesperación, se esmeraban en ocultar al mundo y a sí mismos que los dioses de Roma ya no podían contar al emperador en el número de sus veneradores. El mismo empeño e idénticos prejuicios han movilizado a los apasionados escritores de la época a conectar la profesión pública del cristianismo con el glorioso o ignominioso reinado de Constantino.

Por más muestras de piedad cristiana que asomasen en sus palabras o acciones, hasta cerca de los cuarenta años Constantino perseveró en la práctica de la religión establecida; [2114] y la misma conducta, que podía adjudicarse al miedo en la corte de Nicomedia, sólo es atribuible a la propensión o a la política del soberano de Galia. Por su generosidad, restableció y enriqueció los templos de los dioses; las medallas acuñadas en la ceca imperial tenían estampadas las figuras, con sus atributos, de Apolo, Marte, Hércules y Júpiter, y su cariño filial reforzó la corte del Olimpo con el solemne endiosamiento de su padre, Constancio.[2115] Sin embargo, la devoción de Constantino se vinculaba peculiarmente al numen del Sol, el Apolo de la mitología griega y romana, y éste fue complacido al ser representado con los símbolos de la luz y de la poesía. Los flechazos certeros de aquel dios, la brillantez de sus ojos, su guirnalda de laureles, su belleza inmortal y sus primorosos realces parecen señalarlo como el patrono del joven héroe. Las ofrendas votivas de Constantino coronaron los altares de Apolo,

y se convenció a la muchedumbre crédula de que el emperador estaba contemplando con ojos mortales la majestad visible de su divinidad tutelar y que, despierto o en una visión, él fue bendecido con los prósperos presagios de un reinado largo y victorioso. El Sol fue celebrado universalmente como guía invencible y protector perpetuo de Constantino, y quizá los paganos, fundadamente, esperaban que este dios injuriado acosaría con venganza implacable a su impío y desagradecido favorito.[2116]

Mientras la soberanía de Constantino permanecía ceñida a las provincias de Galia (años 306-312), los súbditos gozaron del amparo de la autoridad y, quizá, de las leyes de un príncipe que dejaba sensatamente a los dioses la responsabilidad de su propio desagravio. Si hemos de dar crédito al mismo Constantino, él fue un indignado espectador de las bárbaras crueldades que los soldados romanos infligieron a unos ciudadanos cuyo único crimen era profesar su religión.[2117] Tanto en Oriente como en Occidente, había estado palpando los diversos resultados de la severidad y de la indulgencia; y como la primera se le hacía aún más odiosa por el ejemplo de Galerio, su enemigo implacable, el consejo y la autoridad de un padre moribundo recomendaron la benignidad. El hijo de Constancio suspendió y revocó inmediatamente los edictos de persecución y concedió la libertad de culto a cuantos ya se habían profesado miembros de la Iglesia. Luego se los alentó a contar con el favor y la justicia de su soberano, quien estaba impresionado por la sincera veneración por el nombre de Cristo y por el Dios de los cristianos.[2118]

Aproximadamente cinco meses después de la conquista de Italia, el emperador hizo una solemne y auténtica declaración de sus opiniones en el célebre Edicto de Milán (año 313), que

restauró la paz para la Iglesia Católica. En la entrevista personal de los dos príncipes occidentales, Constantino, distinguiéndose en trascendencia y poderío, obtuvo pronta conformidad de Licinio; ya hermanados, detuvieron el ímpetu de Maximino, y, muerto el tirano de Oriente, el Edicto de Milán fue ley vigente y fundamental del mundo romano.[2119] La sabiduría de los emperadores permitió la restitución de todos los derechos civiles y religiosos de los que los cristianos habían sido injustamente privados. Se dispuso que todos los solares del culto y terrenos comunales confiscados se devolviesen a la Iglesia sin contienda, sin demora y sin desembolso; y este mandato terminante fue acompañado con la graciable promesa a los compradores del reintegro por parte del tesoro imperial. El saludable convenio que afianzaba el sosiego venidero a los fieles se fundaba en los principios de una imparcial tolerancia; tal igualdad ha sido interpretada por una secta moderna como una distinción ventajosa y honorífica. Ambos emperadores pregonaron a la faz del mundo que ellos habían otorgado, a los cristianos y a todos los demás, la libre y absoluta potestad de profesar la religión que cada cual elija por parecerle más eminente y provechosa. Explicando esmeradamente las voces dudosas, solucionaron toda excepción y requirieron de los gobernadores de las provincias un puntual cumplimiento del sentido sencillo y verdadero de un edicto encaminado a plantear y afianzar, sin el menor límite, los ensanches de la libertad religiosa. Ambos se dignaron a especificar dos poderosas razones que motivaron la concesión de aquella tolerancia universal: la afectuosa intención de abogar por el sosiego y la felicidad del pueblo, y la esperanza piadosa de que, con tal procedimiento, se enternecía y propiciaba a la *Deidad* cuyo solio está en el Cielo. Reconocieron agradecidamente las abundantes pruebas que habían recibido

como señales del favor divino, y confiaban en que la misma Providencia siempre seguiría amparando la prosperidad de los príncipes y del pueblo. De estas expresiones vagas y generales de religiosidad pueden inferirse tres supuestos de distinto tipo, pero no incompatibles. El ánimo de Constantino estaba fluctuando entre la religión pagana y la cristiana. Según la amplitud y avenencia de ideas del politeísmo, el emperador pudo reconocer al Dios de los cristianos como *una* de las *muchas* divinidades que componían el congreso celestial o, tal vez, se atuvo a la filosófica y agradable consideración de que, en medio de tal variedad de nombres, ritos y opiniones, todas las sectas y todas las naciones humanas se aunarían para adorar al Padre común y Creador del universo.[2120]

Sin embargo, las disposiciones de los príncipes suelen estar más influenciadas por ventajas temporales que por verdades recónditas y especulativas. Todo el favoritismo que obtuvieron los cristianos de Constantino estaba fundado en el aprecio que se ganaban por su moralidad y en el concepto de que la propagación del Evangelio inculcaría las virtudes públicas y privadas. Por más amplitud que un monarca intente disfrutar en su peculiar desempeño, por más que se empeñe en soltar la rienda a sus impulsos, innegablemente su interés consiste en que todos los súbditos respeten las obligaciones naturales y civiles de la sociedad. Las leyes más atinadas surten escaso y trivial efecto; suelen infundir poquísimas virtudes y enfrenar aún menos vicios; no alcanzan a vedar lo que desaprueban ni a castigar los deslices que prohíben. Los legisladores antiguos acudieron, entonces, a la ayuda de la educación y del sentir general, pero los principios en los que alguna vez estribaba la fuerza nacional de Esparta y de Roma estaban desarticulados en un Imperio decaído y despótico. La filosofía todavía ejercitaba

halagüeñamente la mente humana, pero la virtud contaba con el frágil apoyo de la superstición pagana. En medio de circunstancias tan desalentadoras, el prudente magistrado quizá se haya complacido con el auge de una religión que difundía entre el pueblo un sistema de moral pura, entrañable y generalizada, adaptado a todo deber y a toda situación de la vida, recomendado como el hacer y el razonar de la Deidad suprema, e impuesto con el móvil de recompensas y castigos sempiternos. La experiencia de la historia griega y romana no podía informar al mundo que el sistema de valores y costumbres nacionales quizá sea reformado o mejorado por los preceptos de una revelación divina, y Constantino escuchó con algún fundamento las aseveraciones halagüeñas y racionales de Lactancio. Al parecer, el elocuente panegirista esperaba —y casi se apresuró a prometer— que el establecimiento del cristianismo restituiría la inocencia y la bienaventuranza primitivas; que el culto del verdadero Dios expelería la guerra y las desavenencias entre cuantos se considerasen como parte de una prole con un mismo Padre; que todo ímpetu rebelde y todo anhelo impuro quedarían refrenados con el conocimiento del Evangelio, y que, desde luego, podía envainar la espada de la justicia en un pueblo imbuido en afectos de pureza y de religiosidad, de justicia y de moderación, de armonía cariñosa y universal.[2121]

Para un monarca absoluto, la obediencia pasiva y mansa que se doblega al yugo de la autoridad e, incluso, de la servidumbre descollaba como la más esclarecida y provechosa de todas las virtudes evangélicas.[2122] Para los antiguos cristianos, la institución del gobierno civil no derivaba del consentimiento del pueblo, sino que provenía del Cielo. El emperador reinante, aunque había usurpado el cetro por medio de la traición y el asesinato, asumió inmediatamente el carácter sagrado de

representante de Dios. Sólo a la divinidad le correspondía juzgarlo por el abuso de su poder, y los súbditos quedaron indisolublemente sometidos por el juramento de fidelidad a un tirano que había violado todas las leyes naturales y civiles. El humilde cristiano fue mandado en todo el mundo como oveja entre lobos y, como no se les permitía usar la fuerza ni en defensa de su religión, si derramaban la sangre de algunos conciudadanos por vanos privilegios o por las torpes posesiones de esta vida pasajera, se constituían en criminales al extremo. Fieles a la doctrina del apóstol que, durante el reinado de Nerón, predicaba la sumisión incondicional, los cristianos de los tres primeros siglos conservaron su conciencia pura e inocente respecto del delito de secreta conspiración o de manifiesta rebelión. Mientras fueron acosados con la persecución, jamás se rebelaron hasta el punto de oponerse hostilmente a sus tiranos ni de alejarse despechadamente hasta los parajes más remotos del orbe.[2123] Los protestantes de Francia, Alemania y Britania, que tan denodada y tenazmente sostuvieron su independencia civil y religiosa, han sido humillados al compararse su conducta con la de aquellos antiguos cristianos.[2124] Quizás, el atinado sistema de nuestros antepasados merezca alabanzas, en vez de censura; ellos estaban convencidos de que no le correspondía a la religión abolir los fueros inalienables de la naturaleza humana.[2125] Tal vez, la resignación de la antigua Iglesia pueda ser atribuida a su debilidad y a su virtud. Una secta de plebeyos inexpertos, sin armas, líderes ni fortalezas, seguramente hubiese sido destruida al oponerse temeraria e infructuosamente al dueño de las legiones romanas; pero los cristianos, para amansar la ira de Diocleciano y merecer el favor de Constantino, podían alegar, con verdad y confianza, que durante tres siglos, siguiendo su principio asentado en la obediencia pasiva, su

conducta fue pacífica y absolutamente invariable. Tal vez, ellos hayan añadido que el trono de los emperadores se establecería sobre una base firme y permanente si los súbditos, abrazando la doctrina cristiana, se atuviesen al sistema de sufrimiento y obediencia.

La Providencia acordó que príncipes y tiranos se considerasen como ministros del Cielo, destinados a gobernar o castigar a las naciones de la Tierra; pero la historia sagrada muestra varios y esclarecidos ejemplos de intervención más inmediata de la Divinidad en el gobierno de su pueblo escogido. Moisés, Josué, Gedeón, David y los macabeos empuñaron cetro y espada; sus heroicas virtudes fueron causa o efecto del favor divino y, con el éxito de sus armamentos, lograron la liberación o el triunfo de la Iglesia. Si los jueces de Israel fueron magistrados eventuales, los reyes de Judea, ungidos ritualmente como sus excelsos antepasados, disfrutaban de un derecho hereditario e irrevocable que no podía ser perdido por sus propios vicios ni por la voluntad de los súbditos. La misma extraordinaria Providencia, que ya no se ceñía al pueblo judío, pudo encumbrar a Constantino y a su familia al protectorado del mundo cristiano, y el devoto Lactancio pregonó proféticamente las glorias venideras de un reinado tan largo como universal.[2126] Galerio, Maximino, Majencio y Licinio fueron los rivales que compitieron con el predilecto del Cielo en la posesión del Imperio. El trágico destino de Galerio y Maximino satisfizo el resentimiento y colmó las esperanzas de los cristianos. El éxito de Constantino contra Majencio y Licinio removió a los dos formidables antagonistas que todavía se oponían al triunfo del segundo David, cuya causa, al parecer, requería la peculiar intervención de la Providencia. El carácter del tirano Licinio ofendía la púrpura y la naturaleza humana y,

por más que los cristianos disfrutasen de su ligero favoritismo, vivían siempre expuestos, como los demás súbditos, a los efectos de su desatinada crueldad. La conducta de Licinio pronto reveló que éste había aceptado con fastidio las sensatas y humanas disposiciones del Edicto de Milán. Vedó la convocatoria de concilios provinciales en sus dominios; afrentosamente despidió a sus oficiales cristianos y, aunque evitó el yerro o el peligro de una persecución general, sus parciales opresiones fueron más horrorosas porque implicaron la infracción de un compromiso voluntario y solemne.[2127] Mientras Oriente, según la expresión aguda de Eusebio, yacía en la lobreguez de las tinieblas infernales, las ráfagas halagüeñas de la lumbre celestial bañaban y esclarecían las provincias de Occidente. La religiosidad de Constantino era una prueba irreprochable de la justicia de sus armas, y el uso de su victoria corroboró el concepto de los cristianos de que su héroe marchaba inspirado y conducido por el Señor de los Ejércitos. La conquista de Italia acarreó un edicto general de tolerancia (año 324) y, con la derrota de Licinio, Constantino obtuvo el dominio del mundo romano. Inmediatamente, por medio de cartas circulares, exhortó a todos los súbditos para que siguiesen sin demora su ejemplo y abrazasen las verdades divinas del cristianismo.[2128]

Creyendo que el ensalzamiento de Constantino se relacionaba con los intentos de la Providencia, los cristianos abrazaron dos opiniones que, por diversos rumbos, condujeron al cumplimiento de la profecía. La lealtad condujo las acciones de los hombres, quienes esperaban seguramente que tan pujante esfuerzo fuese recompensado con alguna ayuda divina y milagrosa. Los enemigos de Constantino pensaban que la alianza con la Iglesia católica respondía a motivos interesados, ya que contribuyó aparentemente al logro de la ambición del

emperador. A principios del siglo IV, la cantidad de cristianos era desproporcionada respecto del total de habitantes del Imperio; de modo irresponsable, el pueblo miraba el cambio de dueños con el despego de esclavos; el brío y la hermandad de una religión quizá puedan ayudar al líder popular, en cuyo servicio, a impulsos de su conciencia, cifraba su vida y sus haberes.[2129] El ejemplo de su padre le enseñó a Constantino a apreciar y premiar a los cristianos, y, en el reparto de los destinos públicos, robusteció ventajosamente su gobierno con ministros y generales en cuya lealtad firme podía fundar su confianza. Por la influencia de estos misioneros condecorados, los allegados a la nueva secta se multiplicaron en la corte y en el ejército; los bárbaros de Germania que llenaban las filas de las legiones seguían, indiferentes y sin reparos, la religión del caudillo, y se supone que un gran número de los soldados, al pasar los Alpes, ya había consagrado sus espadas al servicio de Cristo y de Constantino.[2130] Los hábitos y los intereses religiosos de las personas fueron reduciendo sucesivamente el horror de la guerra y el derramamiento de sangre, que prevaleció por largo tiempo entre los cristianos; y en los concilios reunidos bajo la graciable protección de Constantino, se acudía oportunamente a la autoridad de los obispos para que ratificasen el juramento militar y aplicasen la pena de excomunión al soldado que tomara sus armas cuando estaba la Iglesia en paz.[2131] Mientras Constantino fomentaba en sus dominios el aumento y la ambición de sus allegados leales, contaba con el apoyo de una facción poderosa en esas provincias que aún poseían o usurpaban sus rivales. Cierta enemistad secreta se propagó entre los cristianos súbditos de Licinio y de Majencio; y el resentimiento que el primero no trató de ocultar sirvió al interés de su rival. La correspondencia incesante que hermanaba

a los obispos de las provincias más distantes les daba espacio para comunicar sus anhelos y sus intentos, para notificar avisos trascendentes e, incluso, para incrementar contribuciones religiosas al servicio de Constantino, quien declaró públicamente que había tomado las armas para la liberación de la Iglesia.[2132]

El entusiasmo que inspiró a las tropas y, quizás, al mismo emperador afilaba los aceros mientras halagaba las conciencias. Marcharon al combate con la confianza de que el mismo Dios, que franqueó el tránsito del Jordán a los israelitas y que volcó las murallas de Jericó al eco de los clarines de Josué, descollaría con su majestad y señorío en la victoria de Constantino. El testimonio de la historia eclesiástica afirma que sus esperanzas fueron justificadas por el milagro visible de la conversión del primer emperador al cristianismo. La causa, efectiva o soñada, de tan grandioso acontecimiento merece y demanda la atención de la posteridad; por mi parte, me esmeraré en justipreciar la ponderada visión de Constantino, considerando separadamente el *estandarte*, el *sueño* y el *signo celeste*, y deslindando la parte histórica, la natural y la maravillosa de esta historia tan extraordinaria que, al conformar un argumento falaz, se ha armado ingeniosamente como un conjunto vidrioso y relumbrante.

I) A todo ciudadano de Roma le horrorizaba aquel instrumento dedicado al tormento de esclavos y extranjeros: la cruz era un objeto que inseparablemente traía consigo la aprensión de castigo, delito y afrenta.[2133] A causa de su religiosidad, más que de su humanidad, Constantino abolió en sus dominios la pena que el Salvador del mundo se dignó a padecer;[2134] el emperador estaba acostumbrado a desechar los prejuicios de su educación y los de su pueblo: podía ensalzar en

medio de Roma su propia estatua con una cruz en la diestra y con un rótulo en el que la victoria de sus armas y el rescate de Roma se vinculaban a la virtud de aquel signo que se constituía como símbolo innegable de la fuerza y el coraje.[2135]

El mismo emblema santificaba las armas de los soldados de Constantino; centelleaba la cruz esculpida en los morriones, estampada en los escudos y entretejida en las banderas; los ornamentos del emperador también estaban simbolizados y se destacaban sólo por la riqueza de los materiales y el primor de la hechura.[2136] El estandarte principal que enarbolaba el triunfo de la cruz se llamó *labarum*, término oscuro en cuanto a su origen,[2137] aunque célebre, que infundadamente ha tenido derivación en casi todos los idiomas del mundo. El lábaro fue descrito[2138] como una larga asta con un travesaño del cual pendía un velo de seda esmeradamente adornado con las estampas del monarca reinante y de su prole. En la cima del asta, se sostenía una corona de oro con un misterioso monograma que mostraba la forma de la cruz y, al mismo tiempo, las iniciales del nombre de Cristo.[2139] La seguridad del lábaro estuvo a cargo de cincuenta guardias de experimentado valor y lealtad, que disfrutaban de condecoraciones y sobresueldos; y, por algún venturoso evento, se expandió la opinión de que, mientras la guardia del lábaro estuviese desempeñando sus funciones, éste permanecería seguro e invulnerable en medio de los flechazos enemigos. En la segunda guerra civil, Licinio temió y experimentó el efecto de esta bandera sagrada, que, al ser vista por los soldados de Constantino durante la batalla, los alentaba con un entusiasmo incontrastable, mientras acobardaba y aterraba a las filas contrarias.[2140] Los emperadores cristianos, que respetaban el ejemplo de Constantino, flameaban el estandarte de la cruz en

todas sus expediciones militares; pero cuando los corrompidos sucesores de Teodosio dejaron de capitanear personalmente sus huestes, el lábaro fue depositado, como reliquia inútil, aunque sacrosanta, en el palacio de Constantinopla.[2141] Sus honores aún se conservan en las medallas de los Flavios, cuya agradecida devoción facilitó la colocación del monograma de Cristo en las insignias de Roma. Los solemnes títulos de «salvación de la República», «gloria del ejército» y «restablecimiento de la felicidad pública» se aplicaban tanto a los trofeos religiosos como a los militares; y aún se conserva una medalla del emperador Constancio en la que aparece el estandarte del lábaro junto a estas memorables palabras: «Vencerás por este signo».[2142]

II) En todo conflicto, la práctica de los antiguos cristianos fue fortalecer el cuerpo y el ánimo con la señal de la cruz, que también hacían en todos los ritos eclesiásticos y en las continuas ocurrencias de la vida como protección infalible contra todo daño temporal o espiritual.[2143] La autoridad de la Iglesia bastaba para justificar la devoción de Constantino, quien, racional y gradualmente, fue reconociendo la verdad y adoptando el símbolo del cristianismo. Sin embargo, el testimonio de un escritor contemporáneo, que en un tratado ha desagraviado la causa de la religión, ensalza la religiosidad del emperador con más augustos atributos. Afirma, con la más cabal confianza, que en la noche anterior a la última batalla con Majencio, Constantino recibió en sueños el aviso de rotular los escudos de sus soldados con el *signo celestial de Dios*, el sagrado monograma del nombre de Cristo; según el escritor, Constantino cumplió el mandato del Cielo, y su valentía y obediencia fueron premiadas con la victoria decisiva del puente Milvio. Algunas consideraciones quizá sean sospechosas para una mente escéptica, que desconfiaría del tino o de la veracidad

de un retórico cuya pluma, por fervor o por interés, estaba vinculada a la causa del bando ya dominante.[2144] Parece que, luego de tres años de la victoria romana en Nicomedia, este escritor publicó *Sobre la muerte de los perseguidores*; pero la distancia en tiempo y espacio tal vez haya abierto el campo a la inventiva de los declamadores, a la credulidad de su bando y a la aprobación tácita del mismo emperador, quien pudo muy bien oír sin desconcierto un relato maravilloso que encumbraba su nombradía y celebraba sus intentos. El mismo autor relató una visión similar, pero esta vez a favor de Licinio, que aún estaba disimulando su antipatía hacia los cristianos: un ángel le comunicó el mensaje bajo la forma de plegaria y lo extendió por todo el ejército antes de trabar batalla con las legiones del tirano Maximino. La repetida mención de milagros sirve para despejar la racionalidad de la gente, cuando no la avasalla;[2145] pero, examinando detalladamente, el sueño de Constantino puede ser explicado por la política o por el entusiasmo del emperador. Con la zozobra del próximo día, en el que se iba a decidir la suerte del Imperio, un breve embeleso le sobrevino; se le apareció la forma de Cristo y el símbolo de su religión, encendiendo la fogosa fantasía de un príncipe que reverenciaba el nombre del dios de los cristianos y que, tal vez, haya implorado por su poder secretamente. Como un estadista consumado que apela a una de sus estratagemas militares, así realiza el engaño religioso, del que también se valieron, con éxito y maña, Filipo y Sertorio.[2146] Las naciones de la Antigüedad admitieron el origen sobrenatural de los sueños, y una porción considerable del ejército galo estuvo dispuesta a colocar su confianza en el signo benéfico de la religión cristiana. La secreta visión de Constantino sólo podía ser refutada por el acontecer, y el héroe valeroso que tramontó los Alpes y los

Apeninos tal vez haya considerado, con ofuscada desesperación, las consecuencias de una derrota bajo las murallas de Roma. El Senado y el pueblo, regocijándose con el rescate de una odiosa tiranía, consideraron la victoria de Constantino como superior a los alcances humanos, sin propasarse a insinuar que había sido obra de los *dioses*. El arco triunfal, alzado tres años después del hecho, pregona, en términos ambiguos, que, por la grandiosidad de su numen y por *instinto* o impulso divino, Constantino había salvado y desagraviado a la República romana.[2147] El orador pagano que más tempranamente se esforzó en enaltecer las señales del vencedor dio por supuesto que sólo él estaba íntima y secretamente relacionado con el Ser Supremo que delegaba el cuidado de los mortales a las deidades subalternas; esto lo lleva a dar una razón plausible de por qué los súbditos de Constantino no debían profesar la nueva religión de su soberano.[2148]

III) El filósofo que se detiene a examinar con sosegada desconfianza sueños, agüeros, milagros y portentos en la historia profana e, incluso, en la eclesiástica, quizá, se cerciora de que, si los circunstantes fueron engañados con el fraude, la farsa suele mofarse mucho más de los lectores. Todo acontecimiento, apariencia o peripecia que se descamina del rumbo corriente de la naturaleza se ha atribuido temerariamente a la intervención ejecutiva de la divinidad, y la fantasía de la atónita muchedumbre dio cuerpo, color, habla y movimiento a los fugaces y extraños meteoros de la atmósfera.[2149] Nazario y Eusebio son los oradores más célebres que se han ocupado, en sus esmerados panegíricos, de ensalzar la gloria de Constantino. A los nueve años de la victoria romana (año 321), Nazario describe una hueste de guerreros sobrehumanos[2150] que, al parecer, descendía del firmamento; puntualiza su hermosura, su brío, su hechura agigantada, las ráfagas de resplandor que

emitían sus armaduras celestes, su cortesía al dejarse ver y oír por los mortales, y el mensaje de que eran enviados y que volaban en auxilio del gran Constantino. Para garantizar el portento, el orador apela a toda la nación gala, en cuya presencia estaba hablando, y se muestra esperanzado de que las apariciones antiguas[2151] han de ser creídas con aquel reciente y público acontecimiento. La fábula cristiana de Eusebio —que pudo surgir, luego de veintiséis años, del sueño mencionado (año 338)— es más fina y primorosa. Cuenta que, en una de sus marchas, Constantino contempló, sobre el sol del meridiano, el trofeo esclarecido de la cruz rotulado con las palabras: «Por esto vencerás». Tal objeto en el cielo asombró al ejército y al mismo emperador, quien aún estaba indeciso sobre su religión; pero la sorpresa redundó en fe con el sueño de la noche siguiente. Se le apareció Jesucristo enarbolando el mismo signo de la cruz; le encargó a Constantino disponer un estandarte igual y marchar engreídamente a la victoria contra Majencio y todos sus enemigos.[2152] El docto obispo de Cesárea se encargó de que esta maravilla recién descubierta causara alguna extrañeza y desconfianza, incluso entre sus lectores más piadosos. Sin embargo, en vez de deslindar terminantemente las circunstancias de tiempo y lugar —que son siempre las que revelan la falsedad o las que establecen la certidumbre—,[2153] en vez de recoger esmeradamente el testimonio de aquellos que, aun estando vivos, presenciaron el asombroso milagro,[2154] Eusebio se contenta con alegar una singular declaración: la del mismo Constantino ya difunto, quien, muchos años después del acontecimiento, en la libertad de una conversación, había hecho referencia a tan extraordinario suceso, afianzando su veracidad por medio de un solemne juramento. La prudencia y el agradecimiento del sabio prelado le impidieron sospechar del

testimonio de su victorioso soberano, pero manifiesta sin disimulo que, sobre un hecho de aquella clase, se hubiese negado a ratificar a una autoridad inferior. Este motivo de creencia no podría sobrevivir al poder de los Flavios; y el signo celeste, que los infieles luego deshonraron,[2155] fue desentendido por los cristianos de la época siguiente a la conversión de Constantino.[2156] No obstante, la Iglesia católica, tanto en Oriente como en Occidente, estuvo dispuesta a acoger un portento que favorecía, o al menos parecía hacerlo, el culto popular de la cruz. La visión de Constantino descolló en las leyendas de la superstición, hasta que la valiente y perspicaz crítica osó desestimar el triunfo y señalar la falta de veracidad del primer emperador cristiano.[2157]

Los críticos y reflexivos lectores de nuestro tiempo se inclinarán a creer que, al referir su propia conversión, Constantino juró solemnemente para comprobar una falsedad premeditada; considerarán sin reparo que, en la elección de una religión, su albedrío obró a impulsos del interés y que —según la expresión de un poeta profano—[2158] se valió de la Iglesia como si fuera una gradería adecuada para entronizarse sobre el Imperio. Sin embargo, esta terminante y violenta conclusión no concuerda con la naturaleza humana de Constantino ni con la de la cristiandad. En época de fervor religioso, se observa que hasta los estadistas más atinados están abrigando el mismo entusiasmo que infunden a los demás, y hasta los más ortodoxos santos asumen el peligroso privilegio de abogar por la verdad con las armas de la falsedad y del engaño. El interés personal suele ser la norma de nuestra creencia y de nuestros pasos, y los motivos de ventaja temporal que pudieron encarrilar la conducta pública de Constantino dispondrían imperceptiblemente su ánimo a abrazar una religión tan

favorable a sus logros y su nombradía. Su vanidad fue satisfecha con la lisonjera certeza de que él era el escogido por el Cielo para reinar sobre la Tierra: éxito que justificaba sus títulos divinos para el solio, fundados especialmente en la verdad de la revelación cristiana. A veces, aplausos desmerecidos suelen descubrir virtudes verdaderas, y la simulada religiosidad de Constantino, si al principio era meramente fingida, al impulso de alabanza, hábito y ejemplo, terminó en fe veraz y devoción ferviente. Los obispos y los doctores de la nueva secta, cuyas ropas y modales desmerecían toda residencia palaciega, solían sentarse a la mesa imperial y acompañar al monarca en sus expediciones; y uno de ellos, egipcio o español,[2159] consiguió tal influencia sobre sus pensamientos que los paganos la atribuían a los efectos de la magia.[2160] Lactancio, que engalanó los mandatos del Evangelio con elocuencia ciceroniana,[2161] y Eusebio, que dedicó la erudición y la filosofía de los griegos al servicio de la religión,[2162] llegaron a merecer la confianza e, incluso, un trato familiar de su soberano. Aquellos maestros de la argumentación aguardaban los ratos propicios para la persuasión y otorgaban al príncipe los argumentos más apropiados a su carácter y comprensión. Por más ventajas que la adquisición de un catecúmeno imperial pudiera implicar, éstas se obtenían más de la brillantez de la púrpura que de la superioridad de virtud o sabiduría sobre los millares de súbditos que habían abrazado la doctrina cristiana. No parece increíble que el entendimiento de un soldado ignorante se rindiese ante la evidencia que luego avasalló la razón de un Grocio, un Pascal o un Locke. En medio de las incesantes tareas de tan sublime cargo, aquel soldado solía dedicar las horas de la noche, o lo aparentaba, a leer atentamente las Escrituras y a componer discursos teológicos que, luego, pronunciaba en presencia de un

auditorio abundante y adulador. En uno de estos extensos discursos, que aún conservamos, el predicador imperial se explaya sobre las diversas pruebas de la religión, pero insiste complacidamente en los versos sibilinos[2163] y en la cuarta égloga de Virgilio.[2164] Cuarenta años antes del nacimiento de Cristo, el poeta mantuano, inspirado por la musa celestial de Isaías y con todo el esplendor de las metáforas orientales, entonó el regreso de la Virgen, la caída de la serpiente, el futuro alumbramiento de un niño sobrehumano, descendiente del gran Júpiter, que purgaría los delitos del linaje terrestre y gobernaría el pacífico universo con las virtudes del padre; también hizo referencia al ascenso y la aparición de una familia celestial, a la primitiva nación del mundo entero y al restablecimiento progresivo de la inocencia y bienaventuranza durante la edad de oro. El poeta tal vez desconocía el sentido recóndito y el objeto de aquellas sublimes predicciones que tan indecorosamente se aplicaron al hijo de un cónsul o de un triunviro;[2165] y, si otra interpretación más grandiosa y más fiel a la cuarta égloga contribuyó a la conversión del primer emperador cristiano, Virgilio merece que se lo encumbre con los misioneros más sobresalientes del Evangelio.[2166]

Los terribles misterios de la fe y del culto cristianos se escondían de la vista de extraños e, incluso, de catecúmenos con tan atenta discreción que se estimuló el embeleso y la curiosidad general;[2167] pero aquellas reglas de tirante disciplina, planteadas por los obispos con suma sabiduría, tenían que aplacarse ante un discípulo imperial, a quien era importante atraer al regazo de la Iglesia por medio de leves concesiones; así, Constantino pudo disfrutar de muchas regalías, sin contraer ninguna de las obligaciones de los cristianos. En vez de retirarse de la congregación cuando la voz del diácono despedía a la

muchedumbre profana, él oraba con los fieles, disputaba con los obispos, predicaba sobre los asuntos más importantes y complejos de la teología, solemnizaba con ritos sagrados la vigilia de Pascua y se declaraba públicamente no sólo partícipe, sino también sacerdote y hierofante de los misterios cristianos.[2168] El orgullo de Constantino quizás asuma —y por sus servicios la ha merecido— alguna distinción extraordinaria; una severidad intempestiva podría haber descartado los frutos mal sazonados de su conversión y, si las puertas de la Iglesia se hubiesen cerrado a un príncipe que desertaba de las aras de sus dioses, el dueño del Imperio habría quedado excluido de toda forma de culto religioso. En su última visita a Roma, renegó de la superstición de sus antepasados y la insultó al no querer dirigir la procesión militar de la orden ecuestre ni realizar las ofrendas al Júpiter del Capitolio.[2169] Muchos años antes de su bautismo y muerte, Constantino había pregonado al mundo que ni su persona ni su imagen se verían jamás en el recinto de un templo idólatra, y repartió por las provincias una gran variedad de medallas y cuadros, en los que el emperador se aparecía en el ademán humilde y suplicante de la devoción cristiana.[2170]

La indiferencia de Constantino hacia las prerrogativas de un catecúmeno no puede ser explicada ni disculpada fácilmente; pero la demora de su bautismo puede justificarse por las máximas y la práctica de la antigüedad cristiana. El mismo obispo, con asistencia de su clero, administraba constantemente el sacramento del bautismo[2171] en la catedral de su diócesis durante los cincuenta días que median entre la Pascua y el Pentecostés; y este sagrado plazo implicaba una crecida grey de niños y adultos en el regazo de la iglesia. Los obispos antiguos sabiamente solían aplazar el bautismo de los niños hasta que

éstos pudieran alcanzar las obligaciones que con él contraían; eran tan rigurosos que requerían de los recién convertidos un noviciado de dos o tres años, y estos últimos, por motivos temporales o espirituales, se mostraron lo suficientemente juiciosos como para manifestar impaciencia por asumir el carácter de cristianos iniciados y perfectos. Se suponía que el sacramento del bautismo expurgaba todo pecado y, así, el alma era restaurada a su pureza original y se hacía merecedora de la promesa de la salvación perpetua. Entre los discípulos del cristianismo, muchos consideraban imprudente precipitar un rito saludable que no admitía repetición, y malograr un privilegio inestimable que no podía ser recuperado. Con la demora del bautismo, las pasiones de este mundo se podían satisfacer libremente, mientras se retenía en las manos los medios de una absolución segura y fácil.[2172] La teoría sublime del Evangelio había impresionado débilmente el pecho de Constantino; pero no sucedía lo mismo con su entendimiento. Continuó con su ambición por los senderos lóbregos y sangrientos de la política y de la guerra, y después de la victoria se arrojó descomedidamente a los abusos de su prepotencia. Durante su madurez, en vez de mostrarse superior al imperfecto heroísmo y a la profana filosofía de Trajano y de los Antoninos, Constantino perdió la reputación que había ganado en la mocedad. Mientras iba progresando en el conocimiento de la verdad, menguaba más y más en la práctica de la virtud; y el año en el que convocó al Concilio de Nicea quedó mancillado con la ejecución o, más bien, el asesinato de su primogénito. Basta la fecha para refutar los torpes y maliciosos apuntes de Zósimo,[2173] quien afirma que, muerto Crispo, el padre, por remordimiento, aceptó de los ministros cristianos el perdón que no podía alcanzar de los sacerdotes paganos. En la época de la

muerte de Crispo, el emperador ya no podía vacilar sobre la elección de una religión; no ignoraba que la Iglesia poseía un remedio infalible, pero fue dilatando su aplicación hasta que los asomos de la muerte alejaron la tentación y el peligro de la reincidencia. Los obispos que entonces convocó al palacio de Nicomedia quedaron conmovidos por el fervor con que demandó y recibió el sacramento del bautismo, por la promesa solemne de que, durante el resto de su vida, sería digno de un discípulo de Cristo y por su propósito de renunciar a la púrpura imperial luego de llevar las ropas blancas del inocente. El ejemplo y la nombradía de Constantino autorizaron, al parecer, la demora del bautismo.[2174] Los posteriores tiranos creyeron confiadamente que toda la sangre inocente que pudieran derramar en un largo reinado quedaba lavada con el agua de la regeneración; y el abuso de la religión fue socavando, de modo peligroso, el cimiento de la moralidad.

La gratitud de la Iglesia ha ido exaltando las virtudes y dispensando los deslices de Constantino, generoso protector que colocó el cristianismo en el solio del mundo romano; y los griegos, que celebraban la festividad del santo imperial, rara vez lo nombran sin añadir el título de «igual a los apóstoles»;[2175] parangón que, refiriéndose al carácter de aquellos misioneros divinos, debe adjudicarse a la extravagancia de una impía lisonja. No obstante, si el cotejo se limita a la extensión y la cantidad de sus victorias evangélicas, quizás el éxito de Constantino se iguale al de los mismos apóstoles. Con sus edictos de tolerancia abrió el campo de la maleza que entorpecía los progresos del cristianismo, y sus crecidos y eficaces ministros recibieron el permiso, como grata responsabilidad, para predicar las verdades saludables de la revelación con los argumentos que sirvan para impresionar el ánimo y la religiosidad de la gente.

Momentáneamente se mantuvo el esmerado equilibrio de ambas religiones; luego, la vista perspicaz de la ambición y de la codicia fue descubriendo que la profesión del cristianismo podía contribuir a fomentar los intereses tanto de la vida actual como de la venidera.[2176] La esperanza de honores y riquezas, el ejemplo de un emperador, sus exhortos y su sonrisa irresistible convencían a la venal y rendida grey palaciega. Las ciudades que intentaban sobresalir derribaron voluntariamente sus templos, lo que las hacía merecedoras de distinciones municipales y del galardón de donativos populares; y la nueva capital de Oriente, al no haberse profanado nunca con el culto de los ídolos, se jactaba de su singular ventaja.[2177] Como casi siempre las clases más bajas suelen ser imitadoras, la muchedumbre de súbditos se convirtió al cristianismo siguiendo a los que poseyeron eminencia por su nacimiento, su poder o sus riquezas.[2178] La salvación de la plebe se compró sin dificultad y a bajo costo si es cierto que en un solo año se bautizaron hasta doce mil en Roma, sin contar mujeres ni niños, y que se prometieron veinte piezas de oro junto al vestido blanco de todo converso.[2179] La influencia poderosa de Constantino no se limitó al corto plazo de su vida ni al ámbito de sus dominios. La educación que concedió a sus hijos y sobrinos le aseguraba el Imperio a una casta de príncipes cuya fe era más ardiente y entrañable, ya que durante su niñez se impregnaron del espíritu o, al menos, de la doctrina del cristianismo. La guerra y el comercio habían esparcido el conocimiento del Evangelio más allá de los límites de las provincias romanas; y los bárbaros, que habían desdeñado a una secta humilde y proscrita, pronto aprendieron a estimar una religión que recientemente había sido abrazada por el monarca más glorioso y por la nación más civilizada del globo.[2180] Los godos y los germanos que se alistaron bajo los

estandartes de Roma reverenciaban la cruz centellante enarbolada al frente de las legiones, y sus paisanos bravíos recibieron, al mismo tiempo, lecciones de fe y de humanidad. Los reyes de Iberia y de Armenia adoraron al Dios de su protector. Luego, sus súbditos, que invariablemente habían seguido mereciendo el nombre de cristianos, entablaron una alianza sagrada y perpetua con sus hermanos de Roma. Se sospechó que, en tiempos de guerra, los cristianos de Persia anteponían su religión a su patria; pero, cuando reinó la paz entre ambos imperios, el afán perseguidor de los magos fue refrenado eficazmente por la mediación de Constantino.[2181] Las ráfagas del Evangelio iluminaron las costas de India; y, aunque las colonias de judíos internadas en Arabia y Etiopía[2182] se oponían a los adelantos del cristianismo, los conocimientos previos sobre la revelación mosaica facilitaron la tarea de los misioneros; y Abisinia aún hoy venera la memoria de Frumencio, quien en tiempo de Constantino consagró su vida a la conversión de aquellas recónditas regiones. Bajo el reinado de su hijo Constancio, Teófilo,[2183] de origen indio, fue revestido con el carácter de embajador y, al mismo tiempo, de obispo. Embarcándose en el mar Rojo con doscientos caballos castizos de Capadocia —enviados por el emperador al príncipe de los sabeos u homeritas— y llevando varios obsequios primorosos para asombrar y halagar a los bárbaros, empleó algunos años en visitar pastoralmente las iglesias de la tórrida zona.[2184]

El poder irresistible de los emperadores romanos se demostró en el importante y peligroso cambio de la religión nacional. Los paganos enmudecieron ante el terror de la prepotencia militar, y cabía esperar que la sumisión placentera del clero y del pueblo cristianos fuera el fruto de la conciencia y del agradecimiento. Desde hacía tiempo, se había establecido

como máxima fundamental de la constitución romana que todas las clases de ciudadanos estaban igualmente subordinadas a las leyes y que el cuidado de la religión era derecho y deber del magistrado civil. Constantino y sus sucesores no podían considerar que su conversión implicase la pérdida de algunas de sus prerrogativas imperiales ni que fueran incapaces de reglamentar una religión que profesaban y apadrinaban. Por lo tanto, los emperadores siguieron ejerciendo su jurisdicción suprema (años 312-438) sobre la orden eclesiástica; el libro XVI del Código Teodosiano manifiesta en varios de sus títulos la autoridad que asumieron en el gobierno de la Iglesia católica.

No obstante, la distinción entre la potestad temporal y la espiritual,[2185] que nunca fue posible en el espíritu libre de Grecia y Roma, se introdujo y fue confirmada con el establecimiento legal del cristianismo. El cargo de sumo pontífice, que desde Numa hasta Augusto siempre había sido desempeñado por alguno de los senadores más eminentes, quedó por fin fusionado a la dignidad imperial. Siempre que la superstición o la política lo requerían, el primer magistrado del Estado desempeñaba él mismo las funciones sacerdotales;[2186] ni en Roma ni en las provincias se encontraba algún sacerdote que se animara a presumir del carácter más sagrado entre los hombres o la comunicación más íntima con los dioses. Sin embargo, en la Iglesia cristiana —que fía el servicio del altar a una sucesión inagotable de ministros consagrados—, el monarca, cuya jerarquía espiritual es menos honorable que la del ínfimo diácono, se sentaba detrás de las verjas del santuario, confundiéndose con la muchedumbre de los fieles.[2187] Tal vez, el emperador fuera saludado como padre de su pueblo; pero tenía que doblegarse con acatamiento filial ante los sacerdotes de la Iglesia, y los mismos miramientos que dedicó Constantino a

santos y confesores fueron exigidos luego por la orgullosa orden episcopal.[2188] Un conflicto secreto entre la jurisdicción civil y la eclesiástica entorpecía los pasos del gobierno romano, y un piadoso emperador se hubiese sobresaltado por la culpa y el peligro de tocar el arca del testamento. La separación de individuos en dos clases, religiosos y laicos, fue común en varias naciones antiguas, y los sacerdotes de India, Persia, Asiria, Judea, Etiopía y Egipto vinculaban a su origen celestial el poderío temporal y cuantos bienes habían acaudalado. Estas veneradas instituciones lentamente se habían ido asemejando a las costumbres y el gobierno de sus respectivos países;[2189] pero la contraposición e, incluso, el menosprecio a la potestad civil permitieron consolidar la disciplina de la antigua Iglesia. Los cristianos estaban obligados a nombrar a sus propios magistrados para recoger y distribuir sus propias rentas y para regular la política interior de su gobierno con un código de leyes ratificadas por el consentimiento del pueblo y la práctica de trescientos años. Cuando Constantino abrazó la fe de los cristianos, al parecer contrajo una alianza perpetua con una sociedad ajena e independiente; y los privilegios concedidos o revalidados por aquel emperador y sus sucesores no se recibían como favores pasajeros de una corte, sino como derechos justos e inalienables de la orden eclesiástica.

La Iglesia católica se regía por la jurisdicción espiritual y legal de mil ochocientos obispos;[2190] de los cuales mil residían en las provincias griegas del Imperio, y ochocientos, en las latinas. La extensión de cada diócesis se había ido precisando de modo variado y accidental, según el esmero y el éxito de los primeros misioneros, los deseos del pueblo y la propagación del Evangelio. Las sillas episcopales abundaban por las orillas del Nilo, la costa de África, Asia proconsular y las provincias

meridionales de Italia. Los obispos de Galia, Hispania, Francia y Ponto dominaban ámbitos espaciosos y subdelegaban en dependientes rurales las obligaciones subalternas del cargo pastoral.[2191] Una diócesis cristiana podía abarcar una provincia o ceñirse a una aldea; pero todos los obispos gozaban del mismo e indisoluble carácter, pues relacionaban su potestad y sus privilegios con los de los apóstoles, el pueblo y las leyes. Mientras que la profesión civil y la militar fueron separadas por Constantino, en la Iglesia y en el Estado se estableció un nuevo y perpetuo orden de ministros eclesiásticos, siempre respetables y a veces arriesgados. Una importante reseña de sus funciones y atributos puede vincularse a los siguientes encabezamientos:

I) elección de obispos,

II) ordenamiento del clero,

III) propiedad,

IV) jurisdicción civil,

V) censura espiritual,

VI) ejercicio de la oratoria pública,

VII) privilegio de las asambleas legislativas.

I) La libre elección de obispos se mantuvo largo tiempo después del establecimiento del cristianismo;[2192] y, en la Iglesia, los súbditos de Roma continuaron disfrutando del privilegio —que habían perdido en la república— de nombrar los magistrados a quienes tenían que obedecer. Al fallecimiento de un obispo, el arzobispo expedía a uno de sus dependientes el encargo de gobernar la sede vacante y de disponer, en determinado plazo, la elección venidera. El derecho a votar fue concedido al clero inferior, que era considerado como el más calificado para juzgar el mérito de los candidatos; a los senadores, los nobles, los pudientes y los sujetos eminentes de la

ciudad, y luego al pueblo en general, que acudía, el día señalado, en oleadas que provenían de todos los ámbitos de la diócesis[2193] y, a veces, atropellaba con su alborotada vocinglería la razón y las leyes de la disciplina. Estas aclamaciones podían recaer en el más digno —algún antiguo presbítero o santo monje— como en algún laico que se haya distinguido por su afán y religiosidad; pero la silla episcopal, más como dignidad temporal que espiritual, se solicitó fundamentalmente en las grandes y opulentas ciudades del Imperio. Las miras interesadas, las pasiones egoístas y rencorosas, las artimañas encubiertas y alevosas, la corrupción secreta y la violencia manifiesta e, incluso, sangrienta, que mancillaron la libertad de elección en las repúblicas de Grecia y de Roma influyeron con demasiada frecuencia en los nombramientos de los sucesores de los apóstoles. Mientras un candidato se jactaba de los honores de su alcurnia, otro intentaba influir a sus jueces con las delicias de una mesa abundante, y un tercero, más criminal que los demás, ofrecía compartir el botín de la Iglesia con los cómplices de sus sacrílegas esperanzas.[2194] Las leyes civiles y eclesiásticas trataron de excluir al pueblo de actos tan solemnes. Los cánones de la antigua disciplina, especificando varios requisitos episcopales de edad, jerarquía, etcétera, pudieron enfrenar, hasta cierto punto, el caprichoso desvío de los electores. La autoridad de los obispos provinciales, reunidos en la iglesia vacante para consagrar al electo por el pueblo, se interpuso para moderar sus pasiones y corregir sus desaciertos; pues los obispos podían negarle la consagración a un prelado indigno, y el enfurecimiento de los partidos enfrentados a veces prefería su mediación imparcial. La sumisión o la resistencia del clero y del pueblo acarreó, en varios casos, ciertos precedentes que luego se transformaron en leyes positivas y costumbres provinciales;[2195] pero en todas partes se

admitió, como máxima fundamental de política religiosa que ningún obispo podía entrometerse en una iglesia católica sin el beneplácito del pueblo. Los emperadores, como celadores del sosiego público y como los primeros ciudadanos de Roma y de Constantinopla, podían manifestar explícitamente su voluntad para la elección de un prelado; pero aquellos monarcas absolutos respetaron la libertad de los nombramientos eclesiásticos y, mientras ellos repartían o retiraban los honores del Estado y de la milicia, consentían en que mil ochocientos magistrados perpetuos recibiesen sus importantísimos cargos del voto libre del pueblo.[2196] En correspondencia con la escrupulosidad de la justicia, tales magistrados no debían desamparar una jerarquía tan honorífica e inapeable; pero la sabiduría de los concilios se esmeró, con mayor o menor éxito, en precisar la residencia y en evitar los traslados de los obispos. En realidad, la disciplina era más severa en Occidente que en Oriente; pero las mismas pasiones que hacían estas disposiciones indispensables frustraban sus resultados, y las reconvenciones que los prelados se lanzaban mutua y airadamente manifiestan su relajación común y su indiscreción recíproca.

II) Los obispos sólo poseyeron la facultad de la generación espiritual, pero este extraordinario privilegio bien podía compensar, hasta cierto punto, el riguroso celibato[2197] que se les imponía como una virtud, un deber y, finalmente, una obligación positiva. Las religiones de la Antigüedad, que plantearon una clase separada de sacerdotes, conformaban familias, tribus o linajes sagrados al servicio perpetuo de los dioses.[2198] Estas instituciones estaban fundadas más para ser poseídas que para ser alcanzadas. La prole de los sacerdotes disfrutaba, engreída e indolentemente, su sagrada herencia, y el fogoso entusiasmo disminuía con los desvelos, los deleites y las

lisonjas de la vida corriente. Sin embargo, el santuario cristiano se abría de par en par a todo aspirante a las promesas celestiales o a las posesiones terrestres. La carrera sacerdotal, como la militar o la forense, se ejercía denodadamente por aquellos cuyo carácter y desempeño los habían incitado a abrazar la profesión eclesiástica, o bien por los elegidos de un obispo atinado para engrandecer la gloria y los intereses de la Iglesia.[2199] Los obispos —hasta que la prudencia de las leyes venció el abuso— podían forzar al reacio y amparar al desvalido, y la imposición de manos concedía algunas de las prerrogativas más apreciables de la sociedad civil. Todo el cuerpo del clero católico, quizá más numeroso que el de las legiones, quedó exento, por decisión de los emperadores, de todo servicio público o privado, de cargas municipales, de todo tipo de impuesto o contribución personal, que recayeron como un peso insufrible sobre los demás conciudadanos; y las obligaciones de su profesión sagrada se aceptaron como un desempeño cabal de sus relaciones con la República.[2200] Cada obispo adquirió un derecho absoluto e irrevocable a la obediencia perpetua de su ordenado; el clero de cada iglesia episcopal componía una sociedad formal y permanente, y las catedrales de Constantinopla[2201] y de Cartago establecieron[2202] una peculiar institución de quinientos ministros eclesiásticos. Sus grados[2203] y su número fueron creciendo progresivamente junto con la superstición de los tiempos, que introdujeron en la Iglesia las esplendorosas ceremonias de los templos judíos o paganos. Un cúmulo grandioso de sacerdotes, diáconos, subdiáconos, sacristanes, exorcistas, lectores, cantores y porteros contribuían, desde sus respectivas funciones, a exaltar la pompa y la armonía del culto religioso. La celebridad y los privilegios del clero se extendieron a muchas hermandades piadosas, que devotamente sostenían el

solio eclesiástico.[2204] En Alejandría, seiscientos parabolanos visitaban a los enfermos; en Constantinopla, mil cien *copiate* o sepultureros enterraban a los difuntos, y la muchedumbre de monjes que remontaron el Nilo se extendieron y poblaron todos los ámbitos del mundo cristiano.

III) El Edicto de Milán aseguró la renta y la paz de la Iglesia.[2205] Los cristianos (año 313) no sólo recobraron las fincas confiscadas por las perseguidoras leyes de Diocleciano, sino que obtuvieron un título cabal de las posesiones que habían disfrutado por el consentimiento de los magistrados. Tal vez, al ser el cristianismo la religión del emperador y del Imperio, el clero nacional haya reclamado un mantenimiento honorífico y decoroso. El pago de un impuesto anual podría haber aliviado al pueblo del tributo más opresivo que la superstición impone a sus secuaces; sin embargo, como las necesidades y los gastos de la Iglesia iban creciendo tanto como su prosperidad, las ofrendas de los fieles sostuvieron y enriquecieron el orden eclesiástico. Ocho años después del Edicto de Milán (año 324), Constantino concedió a todos sus súbditos el libre y universal permiso de legar sus fortunas a la santa Iglesia católica;[2206] su devota generosidad, que durante su vida había tocado el límite entre el lujo y la codicia, se derramaba a raudales al asomo de la muerte. Los cristianos acaudalados siguieron el impulso de su soberano. Un monarca absoluto y rico, aunque sin patrimonio, puede ser caritativo sin que esto implique mérito alguno: es obvio que Constantino creyó que tenía asegurados los beneficios del Cielo si mantenía a los haraganes a expensas de los laboriosos; por ello, repartió entre los santos las riquezas de la República. El mismo mensajero que llevó la cabeza de Majencio a África podía llevar una carta a Ceciliano, obispo de Cartago. En ellas, el emperador informaba que los tesoreros de la provincia han de poner en sus

manos la suma de tres mil *folles* —unas dieciocho mil libras esterlinas— y que han de atenerse a sus posteriores demandas para socorrer a las iglesias de África, Numidia y Mauritania.[2207] La generosidad de Constantino crecía a la par de su fe y de sus vicios. En todas las ciudades, asignó una concesión regular de trigo a los fondos de la caridad eclesiástica, y las personas de ambos sexos que profesaban la vida monástica merecieron el favoritismo exclusivo de su soberano. Los templos cristianos de Antioquía, Jerusalén, Alejandría, Constantinopla, etcétera, ostentaban la lujosa piedad de un príncipe ansioso por igualar en aquel decadente siglo las perfectas obras de la Antigüedad.[2208] La estructura de estos edificios religiosos era sencilla y rectangular, aunque, a veces, se expandía formando un cimborrio y, otras, siguiendo la figura de una cruz. Se construían con maderas de cedro del Líbano; el techo era de mosaicos y, a veces, de bronce dorado; las paredes, las columnas y el pavimento estaban revestidos de mármol jaspeado. Los hermosos adornos de oro, plata, seda y gemas sobresalían profusamente en el servicio del altar, y esta vistosa magnificencia descansaba sobre el sólido y perpetuo cimiento de la propiedad territorial. En el término de dos siglos, desde el reinado de Constantino hasta el de Justiniano, con las dádivas frecuentes e inalienables del soberano y del pueblo, se enriquecieron las mil ochocientos iglesias del Imperio. La renta anual de los obispos era de seiscientas libras esterlinas, lo que los colocaba en el límite entre la riqueza y la escasez;[2209] no obstante, esta cuota fue creciendo imperceptiblemente con el señorío y la opulencia de las ciudades que regían. Un plano auténtico, pero imperfecto,[2210] de rentas especifica algunas casas, tiendas, huertos y fincas pertenecientes a las tres basílicas del Imperio —San Pedro, San Pablo y San Juan Laterano— en las provincias de Italia, África y

Oriente. Además de la ganancia reservada en aceite, lino, pimienta, etcétera, producían una renta líquida anual de veintidós mil piezas de oro (doce mil libras esterlinas). En tiempos de Constantino y de Justiniano, los obispos ya no lograban ni, quizá, merecían la confianza entrañable de su clero y del pueblo. Las rentas eclesiásticas de cada diócesis se dividían en cuatro porciones: una para el mismo obispo, otra para el clero inferior, otra para los necesitados y la última para el culto; y el abuso de esta confianza sagrada fue amplia y repetidamente verificado.[2211] El patrimonio de la Iglesia estaba todavía sujeto a las cargas públicas del Estado.[2212] El clero de Roma, Alejandría y Tesalónica quizás haya solicitado con ahínco la exención parcial, pero la anticipada tentativa del gran Concilio de Rímini, que aspiró a la franquicia universal, fue resistida por el hijo de Constantino.[2213]

IV) El clero latino, que erigió su tribunal sobre las ruinas de la ley general y civil, aceptó comedidamente, como dádiva de Constantino,[2214] la inmunidad, fruto del tiempo, de la eventualidad y de su propia habilidad; pero la generosidad de los emperadores cristianos, en realidad, le había concedido ciertas prerrogativas legales que afianzaban y engrandecían el carácter sacerdotal.[2215] 1) Bajo un gobierno despótico, únicamente los obispos podían gozar del imponderable privilegio de ser juzgados sólo por sus iguales. Incluso en las causas capitales, un sínodo de sus hermanos conformaba el juzgado que debía fallar su culpa o su inocencia. Semejante tribunal, si no era enardecido por el resentimiento personal o la discordia religiosa, seguramente se inclinaba, con parcialidad, hacia el orden sacerdotal; pero Constantino daba por sentado que la oculta impunidad debía de ser menos perniciosa que el escándalo público,[2216] y el Concilio de Nicea fue constituido con su

declaración pública de que, si se llegara a sorprender a un obispo en el acto de adulterio, su manto imperial se tendería sobre el pecador episcopal. 2) La jurisdicción privativa de los obispos implicaba un privilegio y, a la vez, una restricción de la orden eclesiástica, cuyas causas civiles fueron excluidas decorosamente del conocimiento de los jueces seglares. Así, las venialidades no se hacían públicas ni padecían una pena vergonzosa; la suave reprimenda, como la que puede tolerar un joven de su padre o tutor, era el castigo que imponía la entereza templada de los obispos. Sin embargo, si el clero cometía un delito que merecía un castigo mayor que la deposición de un estado honorífico y provechoso, entonces el magistrado romano esgrimía la espada de la justicia sin ninguna consideración a la inmunidad eclesiástica. 3) Una ley positiva ratificó el arbitraje de los obispos: los jueces debían ejecutar sin apelación ni demora los decretos episcopales, cuya validez había dependido hasta entonces del consentimiento de las partes. La conversión de los mismos magistrados y de todo el Imperio quizás haya removido los temores y los escrúpulos de los cristianos. Sin embargo, ellos siempre acudieron al tribunal de los obispos, cuya importancia e integridad fueron apreciadas; y el venerable Agustín, con gozo, lamentaba interrumpir continuamente el desempeño de sus funciones para cumplir con la tarea temporal de fallar sobre la pertenencia de oro, plata, fincas o ganado. 4) El antiguo privilegio de santuario se trasladó a los templos cristianos, y se extendió al espacio del terreno sagrado gracias a la generosa piedad de Teodosio el Menor.[2217] El fugitivo, incluso culpable, podía implorar como suplicante la justicia o la misericordia de Dios o de sus ministros. La mediación sosegada de la Iglesia puso fin a los arrebatos violentos del despotismo, y las vidas y las haciendas de los súbditos más eminentes quizás hayan

prosperado al resguardo eficaz de los obispos.

V) El obispo era el eterno censor de las costumbres de su pueblo. La disciplina penitencial se reglamentó en un sistema de jurisprudencia canónica,[2218] en el que esmeradamente se definían las obligaciones de las confesiones públicas y las privadas, las reglas de la mayor o menor evidencia, los grados de la criminalidad y la medida del castigo. Al sacerdote cristiano que castigaba los pecados de la muchedumbre y respetaba los evidentes vicios y los demoledores delitos de los magistrados le resultaba difícil desempeñar esta censura espiritual; pero fiscalizar la conducta de los magistrados implicaba tropezar con el régimen civil del gobierno. Algunas consideraciones sobre la religión, la lealtad o la zozobra protegieron a los emperadores del fervor y el encono de los obispos; éstos censuraron y excomulgaron denodadamente a los tiranos subalternos que carecían del resguardo de la púrpura. San Atanasio excomulgó a uno de los ministros de Egipto, y la interdicción de agua y fuego que pregonó se trasladó solemnemente a las iglesias de Capadocia.[2219] Bajo el reinado de Teodosio el Menor, el sabio y elocuente Sinesio, uno de los descendientes de Hércules,[2220] ocupaba la silla episcopal de Tolemaida, cerca de las ruinas de la antigua Cirene;[2221] el inteligente obispo sobrellevaba decorosamente la tarea que con hastío había asumido.[2222] Venció al monstruo de Libia, el gobernador Andrónico, que abusó de la autoridad de un empleo venal inventando nuevas técnicas de rapiña y de tormento y agravando el delito de opresión con el de sacrilegio.[2223] Tras su intento infructuoso de reducir al altanero magistrado con amonestaciones blandas y religiosas, Sinesio le impuso la última sentencia de la justicia eclesiástica,[2224] por la que entregó a Andrónico, con sus allegados y su familia, al odio del Cielo y de la Tierra. Los

pecadores impenitentes, más crueles que Fálaris o Senequerib, más asoladores que la guerra o una nube de langostas, fueron privados de poseer el nombre de cristianos y sus privilegios, de la participación de los sacramentos y de la esperanza del Paraíso. El obispo exhortaba al clero, a los magistrados y al pueblo a desvincularse de los enemigos de Cristo, a excluirlos de sus casas y mesas, y a desentenderse de ellos en todos los aspectos de la vida cotidiana e, incluso, de los ritos decorosos del entierro. La iglesia de Tolemaida, por más marginada y despreciable que parezca, encaminaba esta declaración a todas las iglesias hermanas del universo, y el profano que osara infringir sus decretos quedaba vinculado a la maldad y al escarmiento de Andrónico y de sus impíos secuaces. Estas disposiciones espirituales se robustecieron con un hábil exhorto a la corte bizantina; el trémulo gobernador imploró la piedad de la Iglesia, y el descendiente de Hércules tuvo la satisfacción de levantar del suelo a un tirano postrado.[2225] Estos principios y ejemplos preparaban el triunfo de los pontífices romanos, que luego pisotearon las cabezas de los reyes.

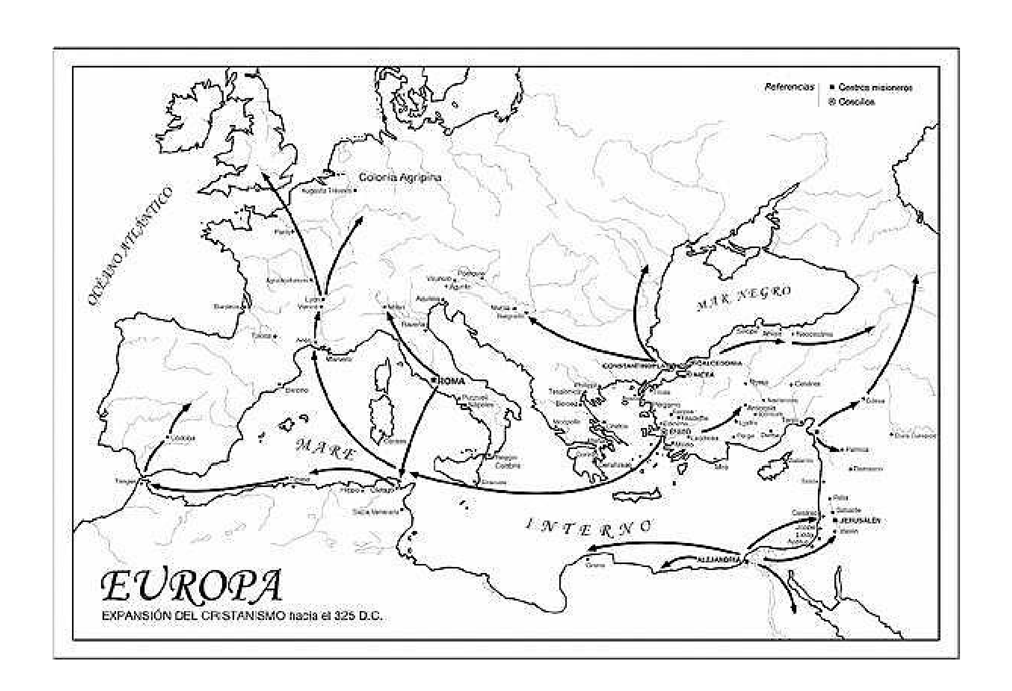
VI) Todo gobierno popular ha experimentado los efectos de la tosca y artificiosa oratoria; la naturaleza más indiferente suele animarse; la razón más empedernida se ablanda al impulso de la vertiginosa comunicación, y cada oyente se arrebata con sus propias pasiones y las del resto del auditorio. Los demagogos de Atenas y Roma enmudecieron ante la ruina de la libertad civil, y la costumbre de predicar —arte muy notable, al parecer, de la devoción cristiana— no tuvo cabida en los antiguos templos. Los oídos de los monarcas no escucharon el torpe eco de la elocuencia popular hasta que los sagrados oradores, que poseyeron ventajas desconocidas por sus profanos antecesores, ocuparon los púlpitos del Imperio.[2226] Argumentos y retórica

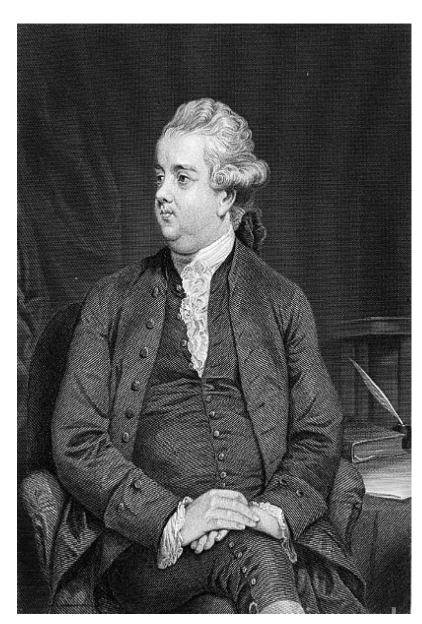
eran confrontados por hábiles y resueltos contrincantes, y la verdad y la razón podían engalanarse y robustecerse en el conflicto de pasiones hostiles. El obispo o algún presbítero, que era cuidadosamente elegido para delegarle los poderes de predicar, arengaba a la muchedumbre conmovida y avasallada con el augusto ceremonial de la religión, sin peligro de interrupción o refutación. La estricta subordinación de la Iglesia católica era tal que, en centenares de púlpitos de Italia o de Egipto, podían sonar a un tiempo los mismos acordes[2227] *entonados* por la voz de un primado romano o alejandrino. La estructura de esta institución era loable, pero no siempre sus resultados fueron saludables. Los predicadores recomendaban la práctica de las obligaciones sociales; pero ponderaban la perfección de la virtud monástica, que es demasiado trabajosa para el individuo e inútil para la humanidad. Sus exhortaciones caritativas evidenciaron el recóndito afán de que el clero fuese el administrador de las riquezas de los fieles en beneficio de los necesitados. Las sublimes representaciones de las leyes y los atributos de Dios solían mancillarse con sofisterías, ritos pueriles y soñados milagros, y se exaltaban, con ferviente afán, por el mérito religioso de odiar a los contrarios y obedecer a los ministros de la Iglesia. Cuando las herejías o los cismas desgarraban el sosiego público, los oradores sagrados fomentaban la discordia y, a veces, las sediciones. Al juntarse, sus razones quedaban enmarañadas con los misterios, sus pasiones se enardecían con las ofensas, y en los templos de Antioquía o de Alejandría se preparaban para padecer o causar el martirio. Los estragos del gusto y del idioma se observan en las declamaciones vehementes de los obispos latinos; pero las composiciones de Gregorio y de Crisóstomo han merecido compararse con los modelos más esplendorosos de la elocuencia

ática o, al menos, de la asiática.[2228]

VII) Los representantes del gobierno cristiano solían juntarse todas las primaveras y otoños, y estos concilios difundían el sistema de la disciplina y la legislación eclesiástica por las ciento veinte provincias del mundo romano.[2229] Las leyes autorizaban al arzobispo o metropolitano a convocar a los obispos dependientes de su provincia, fiscalizar su conducta, justificar sus derechos, pregonar su fe y examinar el mérito de los candidatos nombrados por el clero y el pueblo para entrar en las vacantes del colegio episcopal. Los primados de Roma, Alejandría, Cartago, Antioquía y, luego, Constantinopla, que ejercían una jurisdicción más amplia, unificaron la numerosa asamblea de sus obispos dependientes; pero la convocatoria de grandiosos y extraordinarios concilios era una prerrogativa vinculada sólo al emperador. Cuando las emergencias de la Iglesia requirieron esta medida decisiva, el emperador enviaba una perentoria citación a los obispos o diputados de las provincias, una orden para el uso de los caballos de postas y un libramiento para costear el viaje. En los tiempos en que Constantino era el favorito más que el discípulo del cristianismo (año 314), remitió la controversia africana al Concilio de Arles, donde los obispos de York, Tréveris, Milán y Cartago se hallaron como amigos y hermanos para debatir en su lengua nativa los intereses generales de la Iglesia occidental.[2230] Después de once años (año 325), en Nicea, Bitinia, se realizó una reunión más numerosa y ponderada para extinguir, con su sentencia final, las sutiles contiendas originadas en Egipto sobre el tema de la Trinidad. Asistieron trescientos dieciocho obispos, obedeciendo la intimación del graciable soberano; los eclesiásticos de toda jerarquía, secta o denominación se calcularon en dos mil cuarenta y ocho;[2231] también se contó

con la presencia de griegos, y los legados del pontífice romano expresaron el consentimiento de los latinos. El emperador solía honrar las sesiones, que duraron aproximadamente dos meses, con su presencia. Dejando su guardia a la puerta, Constantino se sentaba —con el permiso del concilio— sobre un taburete bajo en medio del salón, desde donde escuchaba pacientemente o hablaba con modestia. Mientras influía en las contiendas, él humildemente profesó que no era juez, sino ministro de los sucesores de los apóstoles, establecidos como sacerdotes y como dioses sobre la Tierra.[2232] Este rendido acatamiento de un monarca absoluto a una endeble y desarmada asamblea compuesta por sus propios súbditos sólo puede ser comparado con el tratamiento que el Senado había recibido de los príncipes romanos, quienes se atuvieron a la política de Augusto. En el lapso de medio siglo, un espectador atento a las vicisitudes humanas podría estar contemplando a Tácito en el Senado de Roma y a Constantino en el Concilio de Nicea. Tanto los Padres del Capitolio como los de la Iglesia corrompieron las virtudes de sus fundadores; pero, como la imagen de los obispos estaba profundamente arraigada en la opinión pública, pudieron sostener su dignidad con decoroso orgullo y, a veces, contrarrestar con espíritu varonil los caprichos del soberano. Medió el tiempo, se propagó la superstición y se fueron borrando de la memoria la flaqueza, el destemple e, incluso, la ignorancia que deshonraban a estos sínodos eclesiásticos. El mundo católico se sometió unánimemente a los *infalibles* decretos[2233] de sus concilios generales.[2234]


Referencias
Centros misioneros
Concilios
Colonia Agripina
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR NEGRO
MARE
INTERNO
ROMA
CONSTANTINOPLA
CALCEDONIA
NICEA
ALEJANDRÍA
JERUSALÉN
EUROPA
EXPANSIÓN DEL CRISTANISMO hacia el 325 D.C.



EDWARD GIBBON. (Putney, Gran Bretaña, 1737-Londres, 1794) Historiador británico. Hijo de una familia de holgada posición económica, cursó estudios en la Westminster School y en el Magdalen College, tras los cuales fue enviado a Lausana, en parte debido a su inclinación hacia el catolicismo, religión de la que posteriormente renegó.

En 1763 emprendió un viaje que lo llevó a París, donde estudió a Diderot y a D'Alembert, y a Roma, donde pudo conocer in situ las ruinas del Imperio Romano, que posteriormente estudiaría. En 1770 regresó a Londres, ciudad en la que publicó varios escritos que le dieron cierta fama. Esa popularidad se incrementó notablemente tras la publicación, en 1776, de los primeros volúmenes de *Historia del ocaso y caída del Imperio Romano*, su obra magna, en la que estuvo ocupado hasta 1788 y en la cual trazó un pormenorizado estudio del Imperio Romano desde el siglo II a. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta obra, así como los demás libros que escribió, lo convirtieron en el más importante historiador británico de la

época.

Notas

[1] Dion Casio (l. LIV, p. 736) con las anotaciones de Reimar, que ha recopilado cuanto la vanagloria romana dejó sobre este tema. El mármol de Ancira, sobre el cual esculpió Augusto sus propias hazañas, atestigua que *obligó* a los partos a que le devolvieran las insignias de Craso. <<

[2] Estrabón (l. XVI, p. 780 [XVI, 4, 24]), Plinio el Viejo (*Naturalis Historia*, l. VI, c. 28-29 [VI, 32 y 35]) y Dion Casio (l. LIII [c. 29], p. 723, y l. LIV [c. 5], p. 734) han dejado detalles curiosos acerca de estas guerras. Los romanos se enseñorearon de Mariaba o Merab, ciudad de la Arabia Feliz, muy conocida entre los orientales (véanse Abulfeda y *Geographia Nubiensis*, p. 52). Llegaron a una distancia de tres jornadas del País de las Especias, el rico objetivo de su invasión. <<

[3] Con la matanza de Varo y de sus tres legiones. Véase Tácito *Annales* I. Suetonio, *August.*, c. 23, y Veleyo Patérculo, l. II, c. 117 y ss. Augusto no recibió la triste noticia con el temperamento y la firmeza que se hubiera esperado de su carácter. <<

[4] Tácito, *Annal.* II; Dion Casio, l. LVI, p. 833, y la arenga del mismo Augusto en Juliano, *Cœsares*. Queda muy esclarecida con las notas eruditas de Spanheim, su traductor francés. <<

[5] Germánico, Suetonio Paulino y Agrícola, obstaculizados y luego depuestos en la carrera de sus victorias, y Córbulo, que fue

ajusticiado, acreditan lo que Tácito expresó admirablemente: todo mérito militar era, en el sentido estricto del término, *imperatoria virtus*. <<

[6] El mismo César encubre ese móvil tan bajo, pero Suetonio (c. 47) lo menciona. Sin embargo, las perlas bretonas tenían poquísimo valor, por su matiz empañado y cárdeno. Tácito (*Agricola*, c. 12) repara fundadamente en que era un defecto inherente: «Ego facilius crediderim, naturam margaritis deesse quam nobis avaritiam». <<

[7] Claudio, Nerón y Domiciano. Pomponio Mela (l. III, c. 6), que escribía en tiempo de Claudio, expresa la esperanza de que, con el éxito de las armas romanas, pronto se llegara a conocer mejor la isla y sus salvajes. <<

[8] Véase el compendio asombroso de Tácito en *Agricola*, ilustrado copiosa, aunque tal vez no completamente, por nuestros anticuarios Camden y Horsley. <<

[9] Los escritores irlandeses, celosos de su honor nacional, se irritan sobremanera con Tácito y Agrícola por este motivo. <<

[10] Véase Horsley, *Britannia Romana*, l. I, c. 10. <<

[11] El poeta Buchanan encarece con brío y elegancia (véase *Silvæ* V) la independencia intacta de su patria; pero si el testimonio único de Ricardo de Cirencester bastase para formar una provincia romana de la Vespasiana al norte de la valla, aquella independencia quedaría reducida a estrechísimos ámbitos. <<

[12] Véase Apiano (*Hist. Romana* Proæm.) y las uniformes imágenes de los poemas de Osián, que según todas las hipótesis son obra de un caledonio nativo. [Gibbon creía que «Osián» había sido traducido del gaélico. Hoy muchos piensan que fue creado por Macpherson.] <<

[13] Véase el Panegírico de Plinio el Joven, que parece fundarse

en hechos. <<

[14] Dion Casio, l. LXVII. <<

[15] Herodoto, l. IV, c. 94. Juliano, *Cæsars*, con las observaciones de Spanheim. <<

[16] Plinio el Joven, *Ep*. VIII, 9. <<

[17] Dion Casio, LXVIII, pp. 1123 y 1131. Juliano, *Cæsars*, Eutropio VIII, 2 y 6. [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. <<

[18] Véase una memoria de D'Anville sobre la provincia de Dacia, en *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XXVIII, pp. 444-468. <<

[19] Los sentimientos de Trajano están vívidamente reflejados en *Cæsars* de Juliano. <<

[20] Eutropio y Sexto Rufo se han esforzado en perpetuar esta ilusión. Véase una disertación agudísima de Freret en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXI, p. 55. <<

[21] Dion Casio, l. LXVIII. <<

[22] Ovidio, Fasti II, 667. Véase Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso, bajo el reinado de Tarquino. <<

[23] San Agustín se complace en gran manera con la flaqueza de Término y la vanidad de los agoreros. Véase de *De Civ. Dei* IV, 29. <<

[24] Véase *Historia Augusta*, p. 5; san Jerónimo, *Chronicon*, y todos los epitomistas. Es extraña la omisión de un acontecimiento tan memorable en Dion, o mejor dicho en Xifilino. <<

[25] Dion, l. LXIX, p. 1158; *Hist. August*., pp. 5 y 8. Aun cuando faltase el testimonio de todos los historiadores, bastarían las medallas, inscripciones y otros monumentos para comprobar los viajes de Adriano. <<

[26] Véase la *Hist. August*. <<

[27] Hay que recordar, sin embargo, que en tiempo de Adriano se desató, con saña religiosa, una rebelión de los judíos, pero sólo en una provincia. Pausanias (l. VIII, c. 43) menciona dos guerras, necesarias y exitosas, capitaneadas por los generales de Pío. La primera contra los moros errantes, que fueron arrinconados en las soledades del Atlas, y la segunda contra los bandoleros [*Brigantes*] de Britania, que habían invadido la provincia romana. Ambas (y varias hostilidades más) se mencionan en la *Hist. August*., p. 19. <<

[28] Apiano de Alejandría, en el prólogo a su historia de las guerras romanas [*Hist. Romana*]. <<

[29] Dion Casio, l. LXXI; vida de Marco en *Hist. August*., l. IV, 9-22. Las victorias sobre los partos dieron lugar a un sin número de historiadores despreciables, cuya memoria rescató del olvido Luciano ridiculizándolos crítica y animadamente. <<

[30] Los soldados de menor rango ganaban cerca de cuarenta libras esterlinas (Dionisio de Halicarnaso IV, 17), una paga altísima para un tiempo en que el dinero era tan escaso que una onza [(29 g)] de plata equivalía a setenta libras (32 kg) de cobre. Excluido el populacho por la constitución antigua, fue admitido indiscriminadamente por Mario. Véase Salustio, *De Bello Jugurthino*, c. 91. <<

[31] César formó su legión Alauda con galos y extranjeros, mas sólo fue con el afán de la guerra civil; tras la victoria, les dio como premio la ciudadanía. <<

[32] Véase Vegecio, *De Re Militari* I, 2-7. <<

[33] El juramento de la tropa por el servicio y la fidelidad al emperador se renovaba anualmente, el 1° de enero. <<

[34] Tácito llama a las águilas romanas *Bellorum Deos*. Se

colocaban en una capilla en el campamento, y la tropa las veneraba como a las demás divinidades. <<

[35] Véase Gronovio, *De Pecunia Vetere*, l. III, p. 120 y ss. El emperador Domiciano subió el estipendio anual de la tropa legionaria a doce piezas de oro, que en su tiempo equivalían a diez de nuestras guineas. Esta paga, algo superior a la nuestra, había ido y fue después creciendo según el incremento de la riqueza y el progreso de aquel gobierno militar. A los veinte años de servicio, el veterano recibía tres mil denarios (cerca de cien libras esterlinas), o bien una parcela de tierra proporcional. La paga y los beneficios de la guardia eran, en general, el doble que en las legiones. <<

[36] *Exercitus ab exercitando*. Varrón, *De Lingua Latina*, l. IV. Cicerón, *Tusculanæ* II [16], 37. Hay campo para una obra interesante que exponga las conexiones entre el idioma y las costumbres de las naciones. <<

[37] Vegecio, l. II, y lo restante del primer libro. <<

[38] La danza pírrica está cabalmente ilustrada por Le Beau en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXXV, p. 262 y ss. El sabio académico, en una serie de memorias, ha recogido todos los pasajes de los antiguos referidos a la legión romana. <<

[39] Josefo, *De Bello Judaico*, l. III, c. 5. Debemos a este judío pormenores curiosísimos de la disciplina romana. <<

[40] Plinio el Joven, *Panegyricus*, c. 13; vida de Adriano en la *Hist. August*. 1-14. <<

[41] Véase una digresión asombrosa sobre la disciplina romana en el libro sexto de su historia. <<

[42] Vegecio, *De Re Militari*, l. II, c. 4 y ss. Buena parte de su enmarañado compendio se tomó de las disposiciones de Trajano y Adriano; y la legión, tal como la describe, no puede

corresponder a ninguna otra época del Imperio. <<

[43] Vegecio, *De Re Militari*, l. II, c. 1. En la época de César y Cicerón, la voz *miles* estaba casi limitada a la infantería. Durante el Bajo Imperio, en tiempo de la caballería, se aplicaba casi exclusivamente a la gente de armas que peleaba a caballo. <<

[44] En tiempo de Polibio y de Dionisio de Halicarnaso (l. V, c. 45), la punta de acero del *pilum* parece haber sido más larga; en el de Vegecio, se redujo a un pie (30,5 cm), y aun a nueve pulgadas (22,5 cm). Yo consigno un término medio. <<

[45] En cuanto a las armas legionarias, véase Lipsio, *De Militia Romana*, l. III, c. 2-7. <<

[46] Véase la hermosa comparación de Virgilio, *Georg*. II, 279. <<

[47] Guichard (*Mémoires militaires* t. I, c. 4; y *Nouveaux mémoires*, t. I, pp. 293-311) ha tratado el punto como especialista y como oficial. <<

[48] Véase la *Tactica*, de Arriano. Con su verdadera parcialidad de griego, prefirió describir la falange que había leído a la que había comandado. <<

[49] Polibio, l. XVII. <<

[50] Vegecio, *De Re Militari*, l. II, c. 6. Su concluyente testimonio, que podría respaldarse en pruebas detalladas, debería enmudecer a quienes le niegan a la legión imperial su correspondiente cuerpo de caballería. <<

[51] Véase Tito Livio en general, y particularmente XLII, 61. <<

[52] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XXXIII, 2. El verdadero sentido de aquel pasaje curiosísimo fue descubierto e ilustrado por primera vez por Beaufort, *La République Romaine*, l. II, c. 2. <<

[53] Por ejemplo, Horacio y Agrícola. Esto parece haber sido un defecto en la disciplina romana, y Adriano intentó remediarlo

fijando la edad del tribuno. <<

[54] Véase Arriano, *Tactica* 4. <<

[55] Tal era el caso particular de los bátavos. Tácito, *Germania*, c. 29. <<

[56] Marco Antonino obligó a los marcomanos y cuados a suministrarle un cuerpo crecido de tropas, y lo envió en seguida a Britania. Dion Casio, l. LXXI. <<

[57] Tácito, *Annal.* IV, 5. Quienes fijan una proporción regular de infantería que duplica la caballería confunden los auxiliares de los emperadores con los aliados italianos de la República. <<

[58] Vegecio, l. II, c. 2. Arriano, en su formación de marcha y batalla contra los alanos. <<

[59] Folard trata el tema de la maquinaria antigua con agudeza y conocimiento (*Histoire de Polybe*, t. II, pp. 233-290), anteponiéndola bajo varios conceptos a la artillería moderna. Hay que reparar en que su uso en campaña prevaleció gradualmente, al paso que el valor personal y la habilidad guerrera fueron declinando con el Imperio. Cuando ya no se encontraban hombres, su lugar fue abastecido con máquinas. Véase Vegecio, l. II, c. 25. Arriano. <<

[60] Vegecio termina su libro segundo, y la descripción de la legión, con las siguientes y enfáticas palabras: «Universa quœ in quoque belli genere necessaria esse creduntur, secum legio debet ubique portare, ut in quovis loco fixerit castra, armatam faciat civitatem». <<

[61] En cuanto a la castrametación romana, véase Polibio, l. VI, con Lipsio, *De Militia Romana*; Josefo, *De Bello Jud.*, l. III, c. 5; Vegecio, l. I, c. 21-25 y l. III, c. 9, y Guichard, *Mémoires militaires*, t. I, c. 1. <<

[62] Cicerón, *Tuscul.* II [16], 37. Josefo, *De Bello Jud.*, l. III, c. 5.

Frontino, [*Strategemata*] l. IV, c. 1. <<

[63] Vegecio I, 9. Véanse las *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXXV, p. 187. <<

[64] Esos movimientos están perfectamente explicados por Guichard en *Nouveaux mémoires* t. I, pp. 141-234. <<

[65] Tácito (*Annal.* IV, 5) nos ha dado un estado de las legiones con Tiberio; y Dion Casio (l. IV, p. 794), con Alejandro Severo. Me he esforzado en fijar un promedio entre estos dos períodos. Véase igualmente Lipsio, *De Magnitudine Romana*, l. I, c. 4-5. <<

[66] Los romanos intentaron encubrir, bajo el pretexto de un respeto religioso, su ignorancia y terror. Véase Tácito, *Germ.*, c. 34. <<

[67] Véase la vida de Marco Antonino en Plutarco. Con todo, si nos atenemos a Orosio, aquellos castillos gigantescos asomaban apenas tres metros sobre el agua; l. VI, c. 19. <<

[68] Véase Lipsio, *De Magnitudine Romana*, l. I, c. 5. Los últimos dieciséis capítulos de Vegecio son relativos a la náutica. <<

[69] Voltaire, *Siècle de Louis XIV*, c. 29. Hay que recordar, sin embargo, que Francia todavía siente aquel extraordinario esfuerzo. <<

[70] Véase Estrabón, l. II. Es natural suponer que Aragón se deriva de Tarraconensis, y varios modernos que han escrito en latín usan aquellas voces como sinónimos. Sin embargo, es un dato fehaciente que el Aragón, un riachuelo que se despeña del Pirineo y desagua en el Ebro, dio su nombre primero a una comarca y luego a todo un reino. Véase D'Anville, *Géographie du Moyen Age*, p. 181. <<

[71] Aparecen ciento quince «ciudades» en la *Notice de l'Ancienne Gaule* de D'Anville, y es bien sabido que así se llamaba no sólo a

las capitales, sino también a todo el territorio de un Estado. Pero Plutarco y Apiano suben el número de las tribus a 300 ó 400. <<

[72] D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*. <<

[73] Whitaker, *History of Manchester*, t. I, c. 3. <<

[74] Los vénetos italianos, aunque se suelen confundir con los galos, eran probablemente de origen ilírico. Véase Freret, *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XVIII. <<

[75] Véase Maffei, *Verona Illustrata*, l. I. <<

[76] Los antiguos ya habían reparado en la primera contraposición. Véase Floro, l. II. La segunda tiene que sorprender a todo viajero moderno. <<

[77] Plinio el Viejo (*Nat. Hist*. III [6]) sigue la división de Italia de Augusto. <<

[78] Tournefort, *Voyage au Levant*, carta XVIII. <<

[79] El nombre de *Illyricum* correspondía, en su origen, a la costa del Adriático, y los romanos lo fueron extendiendo desde los Alpes hasta el Ponto Euxino. Véase Severini, *Pannonia*, l. I, c. 3. <<

[80] Un viajero veneciano, el abate Fortis, nos ha informado últimamente acerca de aquel recóndito país. Pero la geografía y antigüedades del Ilírico occidental sólo cabe esperarlas de la generosidad del emperador, su soberano. <<

[81] El Sava nace en los confines de la Istria, y los primeros griegos lo consideraban la mayor corriente del Danubio. <<

[82] Véase Arriano, *Periplus Ponti Euxini*, que visitó las costas del Euxino cuando fue gobernador de Capadocia. <<

[83] El progreso de la religión es bien conocido. El uso de las letras se introdujo entre los salvajes de Europa cerca de mil

quinientos años antes de Cristo, y los europeos lo llevaron a América quince siglos después de la era cristiana. Pero en un período de tres mil años, el alfabeto fenicio sufrió notables alteraciones al pasar por manos de griegos y romanos. <<

[84] Dion Casio, l. LXVIII [c. 14], p. 1131. <<

[85] Ptolomeo y Estrabón, con los geógrafos modernos, ubican la frontera entre Asia y África en el istmo de Suez. Dionisio, Mela, Plinio, Salustio, Hircio y Solino preferían a tal fin el brazo occidental del Nilo, y aun el gran Catabatmos, o bajada; y de este modo incluyen en Asia no sólo Egipto, sino también parte de Libia. <<

[86] La larga pradera, la moderada altura y el declive suave del monte Atlas se asemejan poco a una cumbre solitaria que se levanta hasta las nubes y parece sostener el cielo. Al contrario, el pico de Tenerife se empina legua y media sobre la superficie del mar, y, como era frecuentado por los fenicios, la noticia debió llegar a los poetas griegos. Véase Buffon, *Hist. Naturelle*, t. I, p. 312; *Hist. des voyages*, t. II. <<

[87] Voltaire, t. XIV, p. 297, sin apoyo de hechos ni probabilidades, ha otorgado generosamente las islas Canarias al Imperio romano. <<

[88] Bergier, *Hist. des grands chemins de l'Empire Romain*, l. III, c. 1-4; una colección utilísima. <<

[89] Véase Templeman, *Survey of the Globe*, pero desconfío tanto de la erudición como de los mapas del doctor. <<

[90] Se alzaron a mitad de camino entre Lahore y Delhi. Las conquistas de Alejandro en el Indostán fueron reducidas al Penjab, país bañado por los cinco ríos caudalosos del Indo. <<

[91] Véase Guignes, *Hist. des Huns*, l. XV, XVI y XVII. <<

[92] No hay escritor que retrate tan al vivo el verdadero temple

del politeísmo como Herodoto. Su comentario puede encontrarse en Hume, *Natural History of Religion*, y el mejor contraste en Bossuet, *Discours sur l'Hist. universelle*. Alguna faceta oscura de un espíritu intolerante aparece en los egipcios (véase Juvenal, *Sat*. XV); y tanto los cristianos como los judíos que vivían bajo el Imperio Romano eran una excepción muy importante: tan importante que su discusión requiere un capítulo aparte en la presente obra. <<

[93] Los derechos, potestad y pretensiones del soberano del Olimpo se hallan despejadamente puntualizados en el libro XV de la *Ilíada*, en el original griego, se entiende; pues Pope, sin echarlo de ver, ha ido mejorando la teología de Homero. <<

[94] Véase por ejemplo a César, *De Bello Gall*. VI, 17. Después de uno o dos siglos, los mismos galos aplicaban a sus dioses los nombres de Mercurio, Marte, Apolo, etcétera. <<

[95] La obra asombrosa de Cicerón, *De Natura Deorum*, es la clave más certera para servirnos de norte en este abismo lóbrego y profundo, pues expone con franqueza y refuta con agudeza los dictámenes de los filósofos. <<

[96] No afirmo que en este siglo tan irreligioso, el pavor tan obvio de la superstición, sueños, agüeros, apariciones, etc. haya perdido su eficacia. <<

[97] Sócrates, Epicuro, Cicerón y Plutarco siempre inculcaban un acatamiento decoroso a la religión de su patria y del género humano. La devoción de Epicuro era asidua y ejemplar. Diógenes Laercio X, 10. <<

[98] Polibio, l. 6, c. 53-54 [c. 56]. Juvenal (*Sat*. XIII) se lamenta de que, en su tiempo, este temor hubiera perdido mucho de su eficacia. <<

[99] Véase la suerte de Siracusa, Ambracia, Tarento, Corinto, etc.,

la conducta de Verres en Cicerón ([*In Verrem*] *actio* II, *orat*. 4); y la práctica corriente de los gobernadores en la sátira VIII de Juvenal. <<

[100] Suetonio, *Claud*.; Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XXX, 1. <<

[101] Peloutier, *Hist. des Celtes*, t. VI, pp. 230-252. <<

[102] Séneca, *Ad Helviam*, p. 74., ed. Lipsio. <<

[103] Dionisio de Halicarnaso, *Antiquitates Romanæ*, l. II. <<

[104] En el año de Roma 701 quedó demolido, por disposición del Senado, el templo de Isis y de Serapis (Dion Casio, l. XL, p. 252), y aun por mano del cónsul (Valerio Máximo 1, 3). Muerto César, se restableció a expensas públicas (Dion, l. XLVII, p. 501). Cuando Augusto estuvo en Egipto, reverenciaba la majestad de Serapis (Dion Casio, l. II, p. 647); pero en el ejido de Roma y una milla (1,5 km) a la redonda, vedó el culto de los dioses egipcios (Dion Casio, l. LIII, p. 679; l. LIV, p. 735). Sin embargo, siguieron muy de moda en su reinado (Ovidio, *Ars Amatoria*, l. I) y en el de su sucesor, hasta que provocaron la ira de Tiberio, quien tomó severísimas medidas (Véase Tácito, *Annal*. II, 85; Josefo, *Antiquitates Judaicæ*, l. XVIII, c. 3). <<

[105] Tertuliano, *Apologeticum*, c. 6, p. 74, ed. Havercamp. Me inclino a atribuir su establecimiento a la devoción de la familia Flavia. <<

[106] Véase Tito Livio, l. XI y XXIX. <<

[107] Macrobio (*Saturnalia*, l. III, c. 9) nos da una especie de evocación. <<

[108] Minucio Felix, *Octavius*, p. 54; Arnobio, l. VI, p. 115. <<

[109] Tácito, *Annal*. XI, 24. La obra *Orbis Romanus*, del erudito Spanheim, es una historia cabal de la admisión progresiva del Lacio, Italia y las provincias a la libertad romana. <<

[110] Herodoto V, 97. Parece que siguió, sin embargo, una estimación popular y a grandes rasgos. <<

[111] Ateneo, *Deipnosophistæ*, l. VI, p. 272, ed. Casaubon. Meursio, *De Fortuna Attica*, c. 4. <<

[112] Véase una colección esmerada de los empadronamientos en Beaufort, *La République Romaine*, l. IV, c. 4. <<

[113] Apiano, *Bell. Civ.*, l. I; Veleyo Patérculo, l. II, c. 15-17. <<

[114] Mecenas le aconsejó que declarase por un edicto ciudadanos a todos sus súbditos. Pero se puede sospechar con justicia que el historiador Dion fue el autor de un consejo muy genial para su siglo, pero ajeno al de Augusto. <<

[115] Los senadores tenían que poseer un tercio de sus haciendas en Italia (véase Plinio el Joven, *Ep*. VI, 19); pero Marco redujo la cuota a un cuarto, pues, desde el reinado de Trajano, Italia se había deteriorado casi a nivel de las provincias. <<

[116] La primera parte de *Verona Illustrata*, del marqués Maffei, da la más clara y abarcativa mirada del estado de Italia con los Césares. <<

[117] Véase Pausanias, l. VII. Los romanos condescendieron a llamarlas juntas cuando ya no podían ser peligrosas. <<

[118] César suele mencionarla. El abate Dubos, con poquísimo acierto, se empeña en probar que las juntas de los galos siguieron en tiempo de los emperadores. *Hist. de l'Establissement de la Monarchie Françoise*, l. I, c. 4. <<

[119] Séneca, *Ad Helviam*, c. 6. <<

[120] Memnón *apud* Focio [*Bibliotheca*], c. 33 [p. 231 ed. Bekker]. Valerio Máximo IX, 2. Plutarco [*Sulla*, c. 4] y Dion Casio aumentan la matanza a ciento cincuenta mil ciudadanos; pero creo que el número menor es harto suficiente. <<

[121] Se establecieron hasta veinticinco colonias en España (véase

Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* III, 3-4, IV, 35), y nueve en Britania, de las cuales Londres, Colchester, Lincoln, Chester, Gloucester y Bath siguen siendo pueblos considerables (véase Ricardo de Cirencester, p. 36, y Whitaker, *History of Manchester*, l. I, c. 3). <<

[122] Aulo Gelio, *Noctes Atticæ* XVI, 13. El emperador Adriano manifestó su extrañeza de que las ciudades de Utica, Gades [Cádiz] e Itálica, en el goce ya del derecho de municipios, solicitasen el título de *colonias*. Ese ejemplo, sin embargo, se puso de moda, y rebosaron por el Imperio las colonias honorarias. Véase Spanheim, *De Præstantia et Usu Numismatum Antiquorum, dissert*. XIII. <<

[123] Spanheim, *Orbis Romanus*, c. 8, p. 62. <<

[124] Arístides, *Romæ Encomia*, t. I, p. 218, ed. Yebb. <<

[125] Tácito, *Annal*. XI, 23, 24; *Hist*. IV, 74. <<

[126] Véase Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. III, 5; san Agustín *De Civ. Dei* XIX, 7; Lipsio, *De Pronunciatione Linguæ Latinæ*, c. 3. <<

[127] Apuleyo y san Agustín son los fiadores por África; Estrabón, por España y las Galias; Tácito, en *Agricola*, por Britania, y Veleyo Patérculo, por Panonia. Podemos añadirles el contexto de las inscripciones. <<

[128] El celta se conservaba en las sierras de Gales, Cornualles y Armórica. Podemos ver que Apuleyo le reprocha a un joven que vivía con el populacho el uso del púnico, mientras que tenía casi olvidado el griego y ni podía ni quería hablar latín (*Apologia*, p. 596). La mayoría de las congregaciones de san Agustín desconocían el púnico. <<

[129] Sólo España produjo a Columela, los Sénecas, Lucano, Marcial y Quintiliano. <<

[130] No hay, en mi concepto, desde Dionisio hasta Libanio, un

solo griego que nombre a Virgilio o a Horacio. Parecen desconocer que los romanos tuviesen algún escritor apreciable. <<

[131] El lector curioso podrá ver en Dupin (*Bibliothèque Ecclésiastique*, t XIX, p. 1, c. 8) cómo se conservaban todavía las lenguas siríaca y egipcia. <<

[132] Véase Juvenal, *Sat*. III y XV. Amiano Marcelino XXII, 16. <<

[133] Dion Casio, l. LXXVII [c. 5], p. 1275. La primera vez fue durante el reinado de Septimio Severo. <<

[134] Véase Valerio Máximo, l. II, c. 2, n. 2. El emperador Claudio reesclavizó a un griego sobresaliente por no entender el latín. Probablemente estaría en alguna oficina pública. Suetonio, *Claud*., c. 16. <<

[135] En el campamento de Lúculo, se vendió un buey por un dracma y un esclavo por cuatro, o cerca de tres chelines. Plutarco, *Lucull*. [p. 580]. <<

[136] Diodoro de Sicilia, *Eclog. Hist*., l. XXXIV y XXXVI; Floro III, 19-20. <<

[137] Véase un ejemplo notable de rigor en Cicerón, *In Verrem* V, 3. <<

[138] Véanse en Gruter y demás coleccionistas el crecidísimo número de inscripciones dedicadas por esclavos a sus mujeres, sus niños, compañeros, amos, etc. Probablemente son del tiempo de los emperadores. <<

[139] Véase *Hist. August*. y la disertación de Burigny en el tomo XXXV de *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, sobre los esclavos romanos. <<

[140] Véase otra disertación de Burigny, en el tomo XXXVII, sobre los libertos romanos. <<

[141] Spanheim, *Orbis Romanus* l. I, c. 16, p. 124 y ss. <<

[142] Séneca, *De Clementia*, l. I, c. 24. Está más expresivo el original: «Quantum periculum immineret si servi nostri numerare nos cœpissent». <<

[143] Véase Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, l. XXXIII) y Ateneo (*Deipnosophistæ*, l. VI, p. 272). El segundo afirma osadamente que conoció a muchos (παμπόλλοι) romanos que poseían, no por utilidad sino por ostentación, diez mil, y aun veinte mil esclavos. <<

[144] En París no hay más que cuarenta y tres mil criados de todo tipo, cifra que no llega a la doceava parte del vecindario. Messance, *Recherches sur la Population*, p. 186. <<

[145] Un esclavo instruido se vendía en varios cientos de libras esterlinas. Atico los mantenía, y aun les enseñaba por sí mismo. Cornelio Nepote, *Atticus*, c. 13. <<

[146] Muchos de los médicos romanos eran esclavos. Véase Middleton, *Dissertation and Defence*. <<

[147] Sus grados y oficios están copiosamente puntualizados en Pignorio, *De Servis*. <<

[148] Tácito, *Annal.* XIV, 43. Todos fueron ajusticiados por no haber prevenido el homicidio del amo. <<

[149] Apuleyo, *Apolog.*, p. 548, ed. Delphin. <<

[150] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, l. XXXIII, c. 47. <<

[151] Computando veinte millones en Francia, veintidós millones en Alemania, cuatro millones en Hungría, diez millones en Italia con sus islas, ocho millones en Gran Bretaña e Irlanda, ocho millones en España y Portugal, diez o doce millones en la Rusia europea, seis millones en Polonia, seis millones en Grecia y Turquía, cuatro millones en Suecia, tres millones en Dinamarca y Noruega, y cuatro millones en los Países Bajos,

asciende el total a ciento cinco o ciento siete millones. Véase Voltaire, *Hist. Générale*. <<

[152] Josefo, *De Bello Jud.*, l. II, c. 16. La arenga de Agripa, o más bien del historiador, retrata puntualmente al Imperio Romano. <<

[153] Suetonio, *August.*, c. 28. Augusto edificó en Roma el templo y foro de Marte el Vengador, el templo de Júpiter Tonante en el Capitolio, el de Apolo Palatino, con bibliotecas públicas, el pórtico y la basílica de Cayo y Lucio, los pórticos de Livia y Octavia, y el teatro de Marcelo. Ministros y generales remedaban al soberano, y su amigo Agripa dejó el monumento sempiterno del Panteón. <<

[154] Véase Maffei, *Verona Illustrata*, l. IV, p. 68. <<

[155] Véase el libro décimo de las cartas de Plinio el Joven, quien menciona las siguientes obras ejecutadas a costa de los pueblos: en Nicomedia, un foro nuevo, un acueducto y una acequia empezada por un rey; en Niza, un gimnasio y un teatro, que había costado ya cerca de noventa mil libras; baños en Prusa y en Claudiopolis, y un acueducto de dieciséis millas (25,7 km) para el uso de Sínope. <<

[156] Adriano dispuso otro arreglo más equitativo, dividiendo todo hallazgo entre el derecho del dueño y el del hallador. *Hist. August.*, p. 9. <<

[157] Filostrato, *Vitæ Sophistarum*, l. II, p. 548. <<

[158] Aulo Gelio, *Noctes Atticæ* I, 2; IX, 2; XVIII, 10; XIX, 12. Filostrato, p. 564. <<

[159] Véase Filostrato, l. II, pp. 548 y 560. Pausanias, l. I y VII, 10. La Vida de Herodes, en el t. XXX de *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*. <<

[160] Dicearco (*De Statu Græciæ*, p. 8; en *Geographi Minores*, ed.

Hudson) lo remarca particularmente de Atenas. <<

[161] Donato, *Roma Vetus ac Recens*, l. III, c. 4-6. Nardini, *Roma Vetus*, l. III, c. 4-6, y una descripción manuscrita de la antigua Roma por Bernardus Oricellarius o Rucellai, de la cual obtuve copia de la biblioteca del canónigo Ricardi, en Florencia. Plinio menciona dos celebradas pinturas de Timantes y de Protogenes en el templo de la Paz; y el Laocoonte se halló en los baños de Tito. <<

[162] Montfaucon, *L'Antiquité expliquée*, t. IV, p. 2; l. I, c. 9. Fabretti escribió una disertación muy sabia sobre los acueductos de Roma. <<

[163] Eliano, *Hist. Varia*, l. IX 9, c. 16. Vivió en tiempo de Alejandro Severo. Véase Fabricio, *Bibliotheca Græca*, l. IV, c. 21. <<

[164] Josefo, *De Bello Jud*. II, 16. El número, sin embargo, se menciona, y debería interpretarse con cierta amplitud. <<

[165] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. III, 5. <<

[166] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. III, 3-4; IV, 35. La lista parece auténtica y exacta, pues se van dividiendo las provincias y la diversa condición de las ciudades. <<

[167] Estrabón, *Geograph*., l. XVII, p. 1189. <<

[168] Josefo, *De Bello Jud*. II, 16; Filostrato, *Vitæ Sophist*., l. II, p. 548, ed. Olear. <<

[169] Tácito, *Annal*. IV, 55. Me ha costado trabajo descubrir y comparar los viajeros modernos, con respecto a la suerte de aquellas once ciudades del Asia; siete u ocho están totalmente exterminadas: Hipepe, Trales, Laodicea, Ilión, Halicarnaso, Mileto, Efeso, y podemos añadir Sardes. De las tres restantes, Pérgamo es un aldeón desparramado de dos o tres mil moradores; Magnesia, bajo el nombre de Guzel-hisar, es un

pueblo de alguna importancia, y Esmirna, una ciudad grandiosa con cien mil habitantes. Pero aun en Esmirna, mientras que los franceses están sosteniendo el comercio, los turcos han acabado con las artes. <<

[170] Véase una descripción esmerada y agradable de las ruinas de Laodicea en Chandler, *Travels through Asia Minor*, p. 225 y ss. <<

[171] Estrabón, l. XII, p. 866. Había estudiado en Trales. <<

[172] Véase una disertación de Boze en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XVIII. Arístides pronunció una arenga, que subsiste todavía, para hermanar ambas ciudades. <<

[173] La población de Egipto, excepto Alejandría, era de siete millones quinientos mil (Josefo, *De Bello Jud*. II, 16). Bajo el gobierno militar de los mamelucos, se suponía que Siria tenía sesenta mil aldeas (Cherefeddin Ali, *Hist. de Timur Bec*, l. V, c. 20). <<

[174] El itinerario siguiente puede servir para darse una idea del rumbo de la carretera y de la distancia entre las ciudades principales: I. Desde la valla de Antonino a York, doscientas veintidós millas romanas [327 km]. II. Londres doscientas veintisiete millas [334,5 km]. III. Rhutupiæ o Sandwich sesenta y siete millas [98,7 km]. IV. La navegación a Bolonia cuarenta y cinco millas [66,3 km]. V. Reims ciento setenta y cuatro millas [256,4 km]. VI. Lyon trescientas treinta millas [486,4 km]. VII. Milán trescientas veinticuatro millas [477,5 km]. VIII. Roma cuatrocientas veintiséis millas [628 km]. IX. Brindisi trescientas sesenta millas [530,6 km]. X. La navegación a Durazzo cuarenta millas [59 km]. XI. Bizancio setecientas once millas [1048 km]. XII. Ancira doscientas ochenta y tres millas [417 km]. XIII. Tarso trescientas una millas [443,6 km]. XIV. Antioquía ciento cuarenta y una millas [207,8 km]. XV. Tiro doscientas

cincuenta y dos millas [371,4 km]. XVI. Jerusalén ciento sesenta y ocho millas [247,6 km].

En total cuatro mil ochenta millas romanas, o tres mil setecientas cuarenta inglesas [6013 km]. Véanse los *Itineraria* publicados por Wesseling, con sus notas; Gale y Stukeley para Britania, y D'Anville para Galia e Italia. <<

[175] Montfaucon (*L'Antiquité expliquée* t. IV, p. 2, l. I, c. 5) trae descritos los puentes de Narni, Alcántara, Nimes, etcétera. <<

[176] Bergier, *Hist. des Grands Chemins*, l. II, c. 1-28. <<

[177] Procopio en *Hist. Arcana*, c. 30. Bergier, *Hist. des Grands Chemins*, l. IV. *Codex Theodosianus*, l. VIII, tít. V, t. II, pp. 506-563, con el comentario erudito de Godofredo. <<

[178] En tiempo de Teodosio, Cesáreo, magistrado de encumbrada jerarquía, fue en posta de Antioquía a Constantinopla. Salió de noche, llegó a Capadocia (a ciento sesenta y cinco millas de Antioquía) [265,5 km] la tarde siguiente, y llegó a Constantinopla el sexto día por la siesta. La distancia total era de setecientas veinticinco millas romanas, seiscientas sesenta y cinco inglesas [1070 km]. Véase Libanio, *Orat*. XXII, e *Itineraria*, pp. 572-581. <<

[179] Plinio, privado y ministro, pidió caballos de posta para su mujer, aunque con un motivo urgentísimo. *Ep*. X, 121-122. <<

[180] Bergier, *Hist. des Grands Chemins*, l. IV, c. 49. <<

[181] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XIX, 1. <<

[182] No es improbable que griegos y fenicios introdujeran algunas nuevas artes y producciones en Marsella y Cádiz. <<

[183] Véase Homero, *Odisea* IX, 358. <<

[184] Plinio el Viejo, *Hist. Nat*, l. XIV. <<

[185] Estrabón, l. IV, p. 223. El intenso frío de las Galias era casi

proverbial entre los antiguos. <<

[186] Al principio del siglo IV, el orador Eumenio (*Panegyr. Vet*. VIII, 6, ed. Delphin) habla de los viñedos en el territorio de Autun, muy desmejorados con el tiempo, y cuyo primer plantío se ignoraba completamente. El Pago Arabrigno —el distrito de Beaune según D'Anville— todavía es celebrado por la excelencia de sus majuelos en Borgoña. <<

[187] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*., l. XV. <<

[188] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*., l. XIX. <<

[189] Véase Harte, *Essays on Agriculture*, quien recogió cuanto antiguos y modernos han dicho sobre la alfalfa. <<

[190] Tácito, *Germ*., c. 45. Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XXXVII, 2. El último repara, con algún enojo, en que ni aun la moda había puesto en auge el uso del ámbar. Nerón envió a un caballero romano para comprar una gran partida en el mismo sitio donde se producía, en la costa de la Prusia moderna. <<

[191] Llamada Taprobana por los romanos, y Serendib por los árabes. Se descubrió en el reinado de Claudio y gradualmente llegó a ser el principal mercado de Oriente. <<

[192] Plinio el Viejo, *Hist. Nat*, l. VI; Estrabón, l. XVII. <<

[193] *Hist. August*., p. 224. La ropa de seda se consideraba un ornamento para la mujer, pero un deshonor para el hombre. <<

[194] Las dos mayores pesquerías de perlas eran las mismas de ahora, Ormuz y Cabo Comorín. En cuanto cabe comparar la geografía antigua con la moderna, Roma se surtía de diamantes de la mina de Jumelpur, en Bengala, descrita por Tavernier en *Voyages*, t. II, p. 281. <<

[195] Tácito, *Annal*. III, 52 (en una arenga de Tiberio). <<

[196] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XII, 18. En otro lugar reduce a la mitad esta suma; Quingenties H. S. para la India, con exclusión

de la Arabia. <<

[197] La proporción, que era de 1 a 10 y 12,5, ascendió a 14 2/5 en la cuota legal de Constantino. Véase Arbuthnot, *Tables of Ancient Coins*, c. 5. <<

[198] Entre muchos otros pasajes, véase Plinio el Viejo (*Nat. Hist*. III, 5), Arístides (*Romæ Encomia*) y Tertuliano (*De Anima*, c. 30). <<

[199] Herodes Ático dio al sofista Polemón más de ocho mil libras por tres declamaciones. Véase Filostrato, l. I, p. 558 [*Vita Herodes*, c. 7]. Los Antoninos fundaron en Atenas una escuela donde se costeaban con las expensas públicas catedráticos de gramática, retórica, estadística y las cuatro sectas de filosofía, para la enseñanza de los jóvenes. El salario de cada filósofo era de diez mil dracmas, entre trescientas y cuatrocientas libras al año. Otros establecimientos similares se crearon en la ciudades más populosas del Imperio. Véase Luciano, *Eunuchus*, t. II, p. 353, ed. Reitz. Filostrato, l. II, p. 566. *Hist. August*., p. 21. Dion Casio, l. LXXI, p. 1195. El mismo Juvenal, en una sátira avinagrada y rebosante de envidia, tiene que decir sin embargo:

—O Juvenes, circumspicit et agitat vos,

Materiamque sibi Ducis indulgentia quærit.

Sat. VII, 20. <<

[200] [Pseudo] Longino, *De Sublimitate*, c. 43, p. 229, ed. Toll. Aquí podemos decir también de Longino: «su propio ejemplo robustece sus reglas». En vez de proponer varonilmente sus opiniones, los va apuntando con suma cautela, los pone en boca de un amigo, y luego —por lo que podemos rastrear de un texto corrompido— hace gala de refutarlos. <<

[201] Orosio VI, 18. <<

[202] Julio César introdujo en el Senado soldados extranjeros y

semibárbaros (Suetonio, *Cæsar*, c. 77 y 80); abuso que degeneró en mayor escándalo después de su muerte. <<

[203] Dion Casio, l. III [c. 42], p. 693. Suetonio, *August.*, c. 55. <<

[204] Dion (l. III, p. 698) nos da una arenga prolija y rimbombante con este gran motivo. He ido sacando de Tácito y Suetonio el lenguaje general de Augusto. <<

[205] *Imperator* (de donde se deriva emperador) no significaba en la República más que *caudillo*, y la soldadesca lo concedía ufanamente cuando en el campo de batalla proclamaban a su victorioso líder digno de ese título. Cuando los *emperadores* romanos lo usaban en ese sentido, lo colocaban después de su nombre, e indicaban cuántas veces les había sido otorgado. <<

[206] Dion, l. LIII, p. 703 y ss. <<

[207] Tito Livio, epítome del l. XIV; Valerio Máximo VI, 3. <<

[208] Véase en el libro VIII de Tito Livio el comportamiento de Manlio Torcuato y Papirio Cursor. Violaron las leyes de la humanidad y la naturaleza, pero impusieron las de la disciplina militar, y el pueblo, abominando del hecho, tuvo que respetar el motivo. <<

[209] Pompeyo, con los votos descompasados pero voluntarios del pueblo, obtuvo un mando militar escasamente inferior al de Augusto. Entre las extraordinarias gestiones ejecutadas por aquél, podemos remarcar la fundación de veintinueve ciudades y el reparto de tres o cuatro millones de libras entre las tropas. La ratificación de sus actas encontró alguna oposición y demoras en el Senado. Véanse Plutarco, Apiano, Dion Casio, y Cicerón, *Ad Atticum*, l. I. <<

[210] Con la República tan sólo el general podía pedir el triunfo, tomando autorizadamente los auspicios en nombre del pueblo.

Como una consecuencia puntual de aquel principio de religión y de política, el triunfo estaba reservado al emperador, y sus lugartenientes más aventajados tenían que contentarse con algunos distintivos que, bajo el nombre de honores triunfales, se inventaron a su favor. <<

[211] Cicerón (*De Legibus* III, 3) da al oficio consular el nombre de *regia potestas*; y Polibio (l. VI, c. 3) advierte tres potestades en la constitución romana. Los cónsules representaban y ejercían la monárquica. <<

[212] Como la potestad tribunicia (distinta del empleo anual) se inventó primero para el César (Dion, l. XLIV, p. 384), podemos concebir fácilmente que se le concedió como galardón por haber corroborado con las armas el derecho sagrado de los tribunos y del pueblo. Véanse sus comentarios (*De Bello Civ*., l. I). <<

[213] Augusto desempeñó nueve consulados anuales seguidos. Entonces rehusó arteramente esa magistratura, como también la dictadura, y se ausentó de Roma esperando que los fatales efectos del tumulto y las facciones forzaran al Senado a investirlo con el consulado permanente. Pero tanto Augusto como sus sucesores se esmeraron por encubrir un título tan odioso. <<

[214] Véase el fragmento de un decreto del Senado que concedía al emperador Vespasiano todas las potestades otorgadas a sus antecesores Augusto, Tiberio y Claudio. Ese curioso y trascendental monumento se publicó en las Inscripciones de Gruter (núm. CCXLII). <<

[215] Se nombraban dos cónsules en las calendas de enero, pero en el transcurso del año los iban sustituyendo otros, hasta llegar a no menos de doce el número anual. Los pretores solían ser dieciséis o dieciocho (Lipsio, *Excursus D. ad* Tácito *Annal.* I). No he nombrado los ediles y cuestores, empleados hacendistas y

administrativos, que se adaptaban fácilmente a cualquier forma de gobierno. En tiempo de Nerón, los tribunos gozaban legalmente del derecho de *mediación*, aunque su ejercicio podía ser peligroso (Tácito *Annal.* XVI, 26). En tiempo de Trajano, se hacía dudoso si el de tribunado era un título o un empleo (Plinio el Joven, *Ep.* I, 23). <<

[216] Hasta los mismos tiranos ambicionaban el consulado. Los príncipes virtuosos eran moderados en su solicitud y en su desempeño. Trajano restableció el antiguo juramento, y lo prestó ante el tribunal del cónsul por la observancia de las leyes (Plinio el Joven, *Panegyr.*, c. 64). <<

[217] «Quoties Magistratuum Comitiis interesset. Tribus cum candidatis suis circuibat: supplicabatque more solemni. Ferebat et ipse suffragium in tribubus, ut unus e populo.» Suetonio, *August.*, c. 56. <<

[218] «Tum primum Comitia e campo ad patres translata sunt.» Tácito, *Annal.* I, 15. La voz *primum* parece aludir a ciertos intentos tenues y fracasados para devolverlos al pueblo. <<

[219] Dion Casio (l. LIII, pp. 703-714) ha dado un bosquejo parcial y desaliñado del sistema imperial. Para deslindarlo, y aun retocarlo, he cavilado con Tácito, desentrañado a Suetonio y acudido a los modernos siguientes: el abate de la Bléterie, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XIX, XXI, XXIV, XXV, XXVII; Beaufort, *La République Romaine*, t. I, pp. 255-275; las disertaciones de Noodt y Gronovio, *De Lege Regia*, impresas en Leyden en el año 1731; Gravina, *Imperio Romano*, pp. 479-544 de sus *opuscula*; Maffei, *Verona Illustrata*, t. I, p. 245 y ss. <<

[220] Un príncipe endeble se gobierna siempre por sus sirvientes. El poderío de los esclavos agravó la deshonra de los romanos; y el Senado estaba galanteando a Palas y Narciso. Por casualidad sucede que algún privado moderno sea caballero. <<

[221] Véase el tratado de Vandale, *De Consecratione Principum*. Hubiera sido para mí más fácil trasladar, de lo que me ha sido comprobar, las citas del erudito holandés. <<

[222] Véase una disertación del abate Mongault, en el primer tomo de *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*. <<

[223] «Iurandasque tuum per nomen ponimus *aras*», dice Horacio al mismo emperador, y Horacio estaba bien enterado de la corte de Augusto. <<

[224] Véase Cicerón, *Philippic*. I, 6; Juliano, *Cæsars*, «Inque Deum templis jurabit Roma per umbras» es la expresión airada de Lucano, pero es una ira más patriótica que religiosa. <<

[225] Dion Casio, l. LIII, p. 710, con las curiosas anotaciones de Reimar. <<

[226] «Al adelantarse Octaviano al banquete de los Césares, se le mudó el color como al camaleón; primero pálido, luego encarnado, y después renegrido, por fin se revistió con el afable traje de Venus y las gracias» (*Cæsar*., p. 309). Esta imagen empleada por Juliano en su ficción ingeniosa es adecuada y elegante; pero cuando considera este cambio de carácter como real y lo atribuye al poder de la filosofía, honra de sobra a la filosofía y a Octaviano. <<

[227] Dos siglos después del establecimiento de la monarquía, el emperador Marco Antonino ensalza el carácter de Bruto como un modelo perfecto de la virtud romana. <<

[228] Es lamentable la pérdida de la parte en que Tácito trata este acontecimiento. Estamos obligados a contentarnos con los rumores populares de Josefo y con las escasas alusiones de Dion y Suetonio. <<

[229] Augusto restableció la antigua severidad de la disciplina. Tras las guerras civiles, desechó el nombre halagüeño de

camaradas, llamándolos únicamente soldados (Suetonio, *August*., c. 25). Véase cómo se valió Tiberio del Senado en el levantamiento de las legiones panónicas (Tácito, *Annal*. I [25]). <<

[230] Estas palabras parecen haber sido el lenguaje constitucional. Véase Tácito, *Annal*. XIII, 4. <<

[231] El primero fue Camilo Escriboniano, quien se armó en Dalmacia contra Claudio y quedó desamparado de sus tropas a los cinco días. El segundo, L. Antonino, en Germania, quien se rebeló contra Domiciano; y el tercero, Avidio Casio, en el reinado de M. Antonino. Los dos últimos reinaron tan sólo algunos meses, y sus propios secuaces los quitaron de en medio. Podemos observar que Camilo y Casio cohonestaban su ambición con el intento de restablecer la República; tarea, decía Casio, reservada particularmente a su nombre y alcurnia. <<

[232] Veleyo Patérculo, l. II, c. 121. Suetonio, *Tiber*., c. 20. <<

[233] Suetonio, en *Tit*., c. 6; Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. Præfat. <<

[234] Tácito promueve firmemente esta idea con frecuencia. Véase *Hist* I, 5 y 16; II, 76. <<

[235] El emperador Vespasiano, con su acostumbrado tino, se reía de los genealogistas que lo entroncaban con Flavio, fundador de Reate (su patria), y uno de los compañeros de Hércules. Suetonio, *Vesp*., c. 12. <<

[236] Dion, l. LXIII, p. 1121. Plinio el Joven, *Panegyr*. <<

[237] «Felicior Augusto, *melior Trajano*.» Eutropio VIII, 5. <<

[238] Dion (l. LXIX, p. 1249) afirma que todo había sido farsa. Al amparo de su padre, que era gobernador de la provincia donde falleció Trajano, tuvo buenas oportunidades para urdir esta misteriosa transacción. Sin embargo, Dodwell (*Prælect. Cambden*. XVII) sostiene que, en vida de Trajano, Adriano tuvo

esperanzas ciertas de acceder al Imperio. <<

[239] Dion (l. LXX, p. 1171.). Aurelio Víctor. <<

[240] El endiosamiento de Antínoo, sus medallas, estatuas, templos, oráculos, su ciudad y su constelación son bien conocidos, y todavía deshonran la memoria de Adriano. Pero hay que remarcar que, de los primeros quince emperadores, Claudio fue el único cuyas tendencias amorosas eran enteramente correctas. En cuanto a los honores de Antínoo, véase Spanheim, *Les Césars de Julien*, «Commentaire», p. 80. <<

[241] *Hist. August.*, p. 13; [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. <<

[242] Ignoraríamos un hecho tan honorífico para la memoria de Pío, sin el auxilio de medallas e inscripciones. <<

[243] En los veintitrés años del reinado de Pío, Marco estuvo ausente del palacio tan sólo dos noches, y éstas, en tiempos diferentes. *Hist. August.*, p. 25. <<

[244] Era muy aficionado al teatro y propenso al atractivo del otro sexo. Marco Antonino I, 16. *Hist. August.*, pp. 20, 21. Juliano, *Cœsar*. <<

[245] Los enemigos de Marco lo acusaban de hipocresía y de carecer de aquella sencillez que distinguía a Pío y aun a Vero (*Hist. August.* 6, 34). Esta sospecha, aunque infundada, demuestra que los méritos personales merecen mayor aprecio que las virtudes sociales. Hasta Marco Antonino fue llamado hipócrita; pero ni el más salvaje escepticismo insinuó nunca que César pudiese ser un cobarde o Cicerón un necio. El ingenio y el valor son atributos más patentes que la humanidad y el amor a la justicia. <<

[246] Tácito caracterizó en pocas palabras los principios del pórtico: «Doctores sapientiæ secutus est, qui sola bona quæ honesta, mala tantum quæ turpia; potentiam, nobilitatem,

cæteraque extra animum, neque bonis neque malis adnumerant». Tácito, *Hist*. IV, 5. <<

[247] Antes de salir para la segunda expedición contra los germanos, estuvo por tres días dando lecciones de filosofía al pueblo romano. Ya había hecho otro tanto por las ciudades de Asia y Grecia. *Hist. August*. Cassius, c. 3. <<

[248] Dion, l. LXXI, p. 1190. *Hist. August*. Cassius [c. 8]. <<

[249] *Hist. August*. M. Antoninus Philosophus, c. 18. <<

[250] Vitelio derrochó, sólo en su gula, seis millones de nuestra moneda en siete meses. No es fácil expresar sus vicios con dignidad, ni aun con decoro. Tácito, con justicia, lo llama cerdo, pero sustituyendo una palabra vulgar por una fina imagen: «At Vitellius, umbraculis hortorum abditus, ut *ignava animalia*, quibus si cibum suggeras jacent torpentque, præterita, instantia, futura, pari oblivione dimiserat. Atque illum nemore Arcino desidem et marcentem, etc.». Tácito, *Hist*. III, 36; II, 95. Suetonio, *Vitell*., c. 13. Dion, l. LXV, p. 1062. <<

[251] La ejecución de Helvidio Prisco y de la virtuosa Eponina deshonró el reinado de Vespasiano. <<

[252] *Voyage du Chevalier Chardin en Perse et aux Indes Orientales*, t. III, p. 293. <<

[253] La práctica de elevar esclavos a los grandes cargos de Estado es todavía más común entre los turcos que entre los persas. Los miserables países de Georgia y Circasia proveen gobernantes a la mayor parte del Oriente. <<

[254] Chardin cuenta que los viajeros europeos han difundido entre los persas algunas ideas sobre la libertad y blandura de nuestros gobiernos. Han hecho un muy mal ministerio. <<

[255] Alegaron el ejemplo de Escipión y Catón (Tácito, *Annal*. III, 66). Marcelo Eprio y Crispo Vibio habían adquirido dos

millones quinientas mil libras con Nerón. Su opulencia, que agravaba sus maldades, los protegió con Vespasiano. Véase Tácito, *Hist*. IV, 43, y *Dialogus de Orator*., c. 8. Por una acusación, Régulo, justo objeto de la sátira de Plinio, recibió del Senado los blasones consulares y un regalo de sesenta mil libras. <<

[256] El delito de *majestad* era antiguamente un atentado de traición contra el pueblo romano. Augusto y Tiberio, como tribunos del pueblo, lo aplicaron a sí mismos y lo extendieron infinitamente. <<

[257] Después de ejecutar a la virtuosa e infortunada viuda de Germánico, el Senado agradeció a Tiberio su clemencia. No había sido ahorcada públicamente, ni se la arrastró con el cuerpo pintado a las Gemonias, donde eran expuestos los malhechores comunes. Véase Tácito, *Annal*. VI, 25; Suetonio, *Tiber*., c. 53. <<

[258] Serifo era una pequeña isla rocosa del mar Egeo, cuyos moradores eran despreciados por su ignorancia y arrinconamiento. El lugar del destierro de Ovidio es bien conocido por sus fundados pero pusilánimes lamentos. Parece que tan sólo recibió orden de salir de Roma en cierto plazo para trasladarse a Tomi. Guardias y carceleros eran innecesarios. <<

[259] Bajo Tiberio, un caballero romano intentó huir con los partos. Fue detenido en los estrechos de Sicilia, pero el caso parecía tan poco peligroso, que el tirano más aprensivo se desentendió de castigarlo. Tácit., *Annal*. VI, 14. <<

[260] Cicerón, *Ad Familiares* IV, 7. <<

[261] Véanse las quejas de Avidio Casio, *Hist. August*. p. 45. Son, es cierto, quejas de una facción, pero aun así exagera, más que inventar. <<

[262] *Hist. August*. p. 34. <<

[263] Dion Casio, l. LXXI [c. 31], p. 1195. *Hist. August*. p. 33. Spanheim, *Les Césars de Julien*, «Commentaire», p. 289. El endiosamiento de Faustina es el único defecto que la crítica de Juliano puede descubrir en la excelencia de Marco. <<

[264] Cómodo fue el primer *porphyrogenetus* (nacido durante el reinando de su padre). Las medallas egipcias, como un nuevo modo de adulación, fechan por los años de su vida, como si fuesen idénticos a los de su reinado. Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. II, p. 752. <<

[265] *Hist. August*. p. 46. <<

[266] Dion Casio, l. LXXII, p. 1203. <<

[267] Según Tertuliano (*Apologet*., c. 25), falleció en Sirmio. Pero la situación en Vindebona, o Viena, donde ambos Víctores ubican su muerte, se adapta mejor a las operaciones de guerra contra los marcomanos y cuados. <<

[268] Herodiano, l. I, p. 12. <<

[269] Herodiano, l. I, p. 16. <<

[270] Wotton describe acertadamente, por medallas e historiadores, este regocijo universal. *Hist. of Rome*, pp. 192-193. <<

[271] Manilio, secretario íntimo de Avidio Casio, fue descubierto tras años de estar oculto. El emperador alivió noblemente la ansiedad pública, rehusándose a verlo y quemando sus papeles sin abrirlos. Dion Casio, l. LXXII, p. 1200. <<

[272] Véase Maffei, *Degli Amphitheatri*, p. 126. <<

[273] Dion, l. LXXII, p. 1205. Herodiano, l. I, p. 16. *Hist. August*., p. 46. <<

[274] Casaubon, en una nota sobre la *Hist. August*. (p. 96),

recogió varias particularidades sobre estos famosos hermanos. <<

[275] Dion, l. LXXII, p. 1210. Herodiano, l. I, p. 22. *Hist. August.*, p. 48. Dion da una personalidad menos odiosa de Perenne que los demás historiadores. Su moderación es casi una garantía de su veracidad. <<

[276] Durante la segunda guerra púnica, los romanos trajeron del Asia el culto de la madre de los dioses. Su festividad, *Megalesia*, empezaba el 4 de abril y duraba seis días. Las calles se abarrotaban de procesiones frenéticas, los teatros de espectadores, las mesas públicas de huéspedes arbitrarios. El orden se suspendía y el placer era el único asunto serio de la ciudad. Véase Ovidio, *Fasti* I, 4, 189 y ss. <<

[277] Herodiano l. I, pp. 23 y 28. <<

[278] Cicerón *Pro Flacco*, c. 27. <<

[279] Uno de estos ascensos carísimos motivó un chiste muy válido: que habían *desterrado* a Julio Solón al Senado. <<

[280] Dion (l. LXXII, p. 1213) dice que ningún liberto había atesorado tanto como Cleandro. La fortuna de Palas, sin embargo, ascendía a más de quinientas veinte mil libras: *Ter millies*. <<

[281] Dion, l. LXXII, p. 1213. Herodiano l. I, p. 29. *Hist. August.*, p. 52. Estos baños estaban junto a la *Porta Capena*. Véase Nardini, *Roma Vetus*, p. 79. <<

[282] *Hist. August.*, p. 48. <<

[283] Herodiano l. I, p. 28. Dion, l. LXXII, p. 1215. El último dice que dos mil personas morían en Roma por día durante un considerable período de tiempo. <<

[284] «Tuncque primum tres præfecti prætorio fuere: inter quos libertinus.» Por ciertos rastros de modestia, Cleandro se desentendió del título, mientras asumía los poderes de prefecto

del pretorio. Así como los demás libertos se iban nombrando según sus respectivos ramos, *a rationibus, ab epistolis*; Cleandro se titulaba *a pugione*, como encargado del resguardo de su amo. Salmasio y Casaubon parecen haber hablado a sus anchas sobre este pasaje. <<

[285] Οἱ της πόλεως πέζΟι στρατῶτατ. Herodiano l. I, p. 31. Es dudoso si se refiere a la infantería pretoriana o a las cohortes urbanas, un cuerpo de seis mil hombres, pero cuya jerarquía y disciplina desmerecían mucho su número. Ni Tillemont ni Wotton tienen a bien decidir sobre este punto. <<

[286] Dion Casio, l. LXXII, p. 1215. Herodiano l. I, p. 32. *Hist. August.*, p. 48. <<

[287] «Sororibus suis constupratis. Ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat. Nec irruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus.» *Hist. August.*, p. 47. <<

[288] Una vez hambreados, los leones africanos se arrojaban a las aldeas abiertas y campiñas cultivadas, y lo asolaban todo a su gusto; pues este animal real se reservaba para el recreo del emperador y de la capital, y el campesino desventurado que mataba a alguno, aun en defensa propia, incurría en un delito gravísimo. Honorio reformó esta *ley de montería* y luego la abolió Justiniano. *Codex Theodos.*, t. V, p. 92, y comentario de Godofredo. <<

[289] Spanheim *De Usu Numismat.*, dissert. XII, t. II, p. 493. <<

[290] Dion, l. LXXII, p. 1216. *Hist. August.*, p. 49. <<

[291] El cuello del avestruz tiene tres pies de largo (91,5 cm) y consta de diecisiete vértebras. Véase Buffon, *Hist. Naturelle*. <<

[292] Cómodo mató un *camelopardalis* o jirafa (Dion, l. LXXII, p. 1211), el más alto, manso y útil de los grandes cuadrúpedos.

Este particular animal, natural únicamente del interior de África, no se ha visto en Europa desde el renacimiento de las letras, y sin embargo Buffon (*Hist. Naturelle*, t. XIII) se esforzó por describir —no se atrevió a delinear— la jirafa. <<

[293] Herodiano l. I, p. 37. *Hist August.*, p. 50. <<

[294] Los príncipes virtuosos y sabios prohibieron a los senadores y caballeros tomar parte en esta escandalosa profesión bajo pena de infamia o, lo que era más atemorizante para esa canalla libertina, de destierro. Los tiranos intentaron deshonrarlos con amenazas y recompensas. Nerón obligó a cuarenta senadores y sesenta caballeros a presentarse en la arena. Véase Lipsio, *Saturnalia*, l. II, c. 2. Afortunadamente, ha rectificado un pasaje de Suetonio en *Nero*, c. 12. <<

[295] Lipsio, l. II, c. 7-8. Juvenal, en su sátira octava, da una pintoresca descripción de este combate. <<

[296] *Hist. August.*, p. 50. Dion, l. LXXII, p. 1220. Recibía cada vez, *decies*, cerca de ocho mil libras esterlinas. <<

[297] Víctor nos dice que Cómodo tan sólo consentía a sus contrincantes un arma de plomo, temeroso, probablemente, de algún arranque desesperado. <<

[298] Estaban obligados a repetir seiscientas veintiséis veces: «Paulo, el primero de los secutores», etcétera. <<

[299] Dion (l. LXXII, p. 1221) habla de su propia vileza y peligro. <<

[300] Mezclaba, sin embargo, alguna prudencia con su coraje, y pasaba la mayor parte de su tiempo en su retiro del campo, alegando ancianidad y dolencia de ojos. «Nunca lo vi en el Senado», dice Dion, «excepto en el cortísimo reinado de Pértinax». Sus dolencias lo abandonaron repentinamente, y volvieron tan pronto como fue asesinado aquel excelente

príncipe. Dion, l. LXXII, p. 1227. <<

[301] Cambiaba de prefectos casi por días y aun por horas, y los caprichos de Cómodo eran habitualmente fatales para sus más íntimos camareros. *Hist. August.*, pp. 46-51. <<

[302] Dion, l. LXXII, p. 1222. Herodiano l. I, p. 43. *Hist August.*, p 52. <<

[303] Pértinax era natural de Alba Pompeya, en Piamonte, e hijo de un mercader de maderas. El orden de sus funciones (especificado en Capitolino) merece consignarse, como una expresión del sistema de gobierno y las costumbres del siglo. 1° Fue centurión. 2° Prefecto de una cohorte en Siria, en la guerra contra los partos y en Britania. 3° Obtuvo un *ala*, o escuadrón de caballería, en Mesia. 4° Fue comisario de abastos en la carretera Emilia. 5° Comandó una escuadrilla en el Rin. 6° Fue procurador en Dacia, con un sueldo de unas mil seiscientas libras al año. 7° Comandó a los veteranos de una legión. 8° Ascendió al rango de senador. 9° Al de pretor. 10° Estuvo al mando de la primera legión de Recia y Nórica. 11° Fue cónsul por el año 175. 12° Acompañó a Marco al Oriente. 13° Comandó un ejército en el Danubio. 14° Fue legado consular en Mesia. 15° En Dacia. 16° En Siria. 17° En Britania. 18° Estuvo al cuidado de las provisiones públicas en Roma. 19° Fue procónsul en África. 20° Prefecto de la ciudad.

Herodiano (l. I, p. 48) hace justicia a su desinterés; pero Capitolino, que recolectó todos los rumores populares, lo culpa de tener una gran fortuna adquirida mediante soborno y corrupción. <<

[304] Juliano, en *Cæsars*, lo acusa de ser cómplice en la muerte de Cómodo. <<

[305] Capitolino nos refiere las particularidades de estos votos

alborotados, movidos por un senador, y repetidos, o más bien coreados, por el cuerpo entero. *Hist. August.*, p. 52. <<

[306] El Senado condenó a Nerón a muerte *more majorum*. Suetonio, c. 49. <<

[307] Dion (l. LXXIII, p. 1223) habla de estos agasajos como senador que solía cenar con el emperador; Capitolino (*Hist. August.*, p. 58), como esclavo que había recibido la información de uno de los marmitones. <<

[308] *Decies*. La economía irreprensible de Pío dejó a los sucesores un tesoro de *vicies septies millies*, más de doscientos veinte millones de libras. Dion, l. LXXIII, p. 1231. <<

[309] Además del intento de reducir a moneda aquellos ornamentos inservibles, Dion (l. LXXIII, p. 1229) atribuye a Pértinax dos motivos secretos: quería exponer los vicios de Cómodo, y descubrir en los compradores a aquellos que más se le parecían. <<

[310] Aunque Capitolino ha recogido varias mentiras ociosas acerca de la vida privada de Pértinax, acompaña a Dion y a Herodiano en cuanto a admirar su conducta pública. <<

[311] «Leges, rem surdam, inexorabilem esse». Tito Livio II, 3. <<

[312] Si damos crédito a Capitolino (lo que se hace más bien difícil), Falcon se comportó con la petulancia más indecente hacia Pértinax en el día de su advenimiento. El sensato emperador sólo lo amonestó por su juventud e inexperiencia. *Hist. August.*, p. 55. <<

[313] El actual obispado de Lieja. Probablemente, el soldado pertenecía a la guardia montada bátava, que se reclutaba mayormente en el ducado de Güeldres y sus cercanías, y cuyos hombres se destacaban por su valor y por la maestría en cruzar con sus caballos los ríos más rápidos y caudalosos. Tácito, *Hist.*,

IV, 12. Dion, l. LV, p. 797. Lipsio, *De Magnitudine Romana*, l. I, c. 4. <<

[314] Dion, l. LXXIII, p. 1232. Herodiano, l. II, p. 60. *Hist. August*., p. 58. [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome* y *De Cæsars*, Eutropio VIII, 16. <<

[315] En su origen eran entre nueve mil y diez mil hombres (Tácito y Dion Casio no están de acuerdo sobre el particular), divididos en otras tantas cohortes. Vitelio los aumentó hasta dieciséis mil y, por lo que se puede rastrear en las inscripciones, poco habría de variar después ese número. Véase Lipsio, *De Magnitudine Romana*, l. I, c. 4. <<

[316] Suetonio, *August*., c. 49. <<

[317] Tácito, *Annal*. IV, 2. Suetonio, *Tiber*., c. 37. Dion Casio, l. LVII, p. 867. <<

[318] En la guerra civil entre Vitelio y Vespasiano, atacaron y defendieron el campamento pretoriano con toda la maquinaria empleada en el sitio de las mayores fortalezas. Tácito, *Hist*. III, 84. <<

[319] Junto a los muros de la ciudad, sobre la extensa cima de los cerros Quirinal y Viminal. Véase Nardini, *Roma Vetus*, p. 174. Donato, *Roma Vetus ac Recens*, p. 46. <<

[320] Claudio, que fue encumbrado emperador por los soldados, fue el primer repartidor de donativos: dio *quina dena*, 120 libras (Sueton., *Claud*., c. 10.): cuando Marco y su compañero Lucio Vero tomaron pacíficamente el solio, dieron *vicena*, 160 libras, a cada guardia (*Hist. August*., p. 25. Dion Casio, l. LXXIII, p. 1231). Calculamos aquellos importes por la queja de Adriano, sobre que el ascenso de un César le había costado *ter millies*, 2,5 millones de libras. <<

[321] Cicerón, *De Legibus* III, 3. El primer libro de Tito Livio y el

segundo de Dionisio de Halicarnaso confirman la autoridad del pueblo, aun en la elección de reyes. <<

[322] Eran originariamente reclutados en el Lacio, la Etruria y las colonias antiguas (Tácito, *Annal*. IV, 5). El emperador Otón halagaba su vanagloria con los dictados lisonjeros de *Italiæ Alumni, Romana vere iuventus*. Tácito, *Hist*. I, 84. <<

[323] En el sitio de Roma por los galos. Véase Tito Livio V, 48. Plutarco, *Camill*., p. 143. <<

[324] Dion Casio, l. LXXXIII, p. 1234. Herodiano, l. II, p. 63. *Hist. August*., p. 60. Aunque los tres historiadores están de acuerdo en que fue realmente una subasta, sólo Herodiano afirma que fue pregonada como tal por la soldadesca. <<

[325] Esparciano [en *Hist. August*.] compatibiliza las partes más odiosas del carácter y el encumbramiento de Juliano. <<

[326] Dion Casio, pretor en esa época, había sido enemigo personal de Juliano; l. LXXIII, p. 1235. <<

[327] *Hist. August*., p. 61. Nos enteramos con esto de una curiosa particularidad, y es que todo emperador nuevo, más allá de su nacimiento, inmediatamente era incorporado a las familias patricias. <<

[328] Dion Casio, l. LXXIII, p. 1235. *Hist. August*., p. 61. He ido combinando, en un relato consistente, las contradicciones aparentes de ambos escritores. <<

[329] Dion Casio, l. LXXIII, p. 1235. <<

[330] La familia Postumia y la Cejoniana; la primera fue promovida al consulado a los cinco años de aquella institución. <<

[331] Esparciano, en sus indigestas colecciones, mezcla todos los vicios y virtudes que caben en el pecho humano, y los va aplicando al mismo objeto. Y así suelen aparecer los retratos en

la *Hist. August*. <<

[332] *Hist. August*., pp. 80 y 84. <<

[333] Pértinax, que había gobernado pocos años antes la Britania, había sido dejado por muerto en un levantamiento de la soldadesca. *Hist. August*., p. 54. Sin embargo, lo amaban y se condolían de él; *admirantibus eam virtutem cui irascebantur*. <<

[334] Suetonio, *Galba*, c. 10. <<

[335] *Hist. August*., p. 76. <<

[336] Herodiano, l. II, p. 68. La crónica de Juan Malala, de Antioquía, manifiesta el extremado apego de sus coterráneos a aquellas festividades, que halagaban tanto su innata superstición como su hedonismo. <<

[337] La *Hist. August*. menciona a un rey de Tebas en Egipto como aliado y amigo personal de Níger. Si Esparciano, como sospecho, no se equivoca, ha sacado a la luz una dinastía de príncipes tributarios absolutamente desconocida en la historia. <<

[338] Dion Casio, l. LXXIII, p. 1238. Herodiano, l. II, p. 67. Un verso que en aquella época sonaba de boca en boca parece encerrar el concepto general de los tres competidores: «Optimus est *Niger*, bonus *Afer*, pessimus *Albus*». *Hist. August*., p. 75. <<

[339] Herodiano, l. II, p. 71. <<

[340] Véase la razón de aquella guerra memorable en Veleyo Patérculo (l. II, c. 110 y ss.), que estuvo sirviendo en el ejército de Tiberio. <<

[341] Tal es la reflexión de Herodiano, l. II, p. 74. ¿Confesarán los austríacos modernos aquel influjo? <<

[342] En la carta ya mencionada a Albino, Cómodo acusa a Severo de ser uno de los generales ambiciosos que censuraban su conducta y ansiaban desbancarlo. *Hist. August*., p. 80. <<

[343] La Panonia era demasiado pobre para afrontar semejante suma. Probablemente se prometiera en los reales para satisfacerla en Roma tras la victoria. En cuanto a la cantidad, me atengo a la conjetura de Casaubon. Véase *Hist. August.*, p. 66, y el comentario, p. 115. <<

[344] Herodiano, l. II, p. 78. Declararon emperador a Severo en las orillas del Danubio, en Carnunto, según Esparciano (*Hist. August.*, p. 65), o en Sabaria, según Víctor. Como Hume suponía que el nacimiento y la dignidad de Severo eran demasiado inferiores para la corona imperial, y que marchó para Italia meramente como general, no tomó en cuenta este hecho con su esmero acostumbrado (*Essay on the Original Contract*). <<

[345] Veleyo Patérculo, l. II, c. 3. Hay que contar el principio de la marcha desde la frontera más cercana de Panonia, y extender la perspectiva de la ciudad hasta más de doscientas millas. <<

[346] No se trata de una figura de retórica, sino que se alude a un hecho efectivo, expresado en Dion Casio, l. LXXI, p. 1181. Se repetiría algunas veces. <<

[347] Dion Casio, l. LXXIII, p. 1233. Herodiano, l. II, p. 81. Se comprueba ante todo la maestría militar de los romanos, por haber superado el primer pavor y luego haber desdeñado el uso de los elefantes en la guerra. <<

[348] *Hist. August.*, pp. 62-63. <<

[349] Víctor y Eutropio (VIII, 17) mencionan una refriega junto al puente Milvio (el Ponte Molle), que no asoma por autores más antiguos y certeros. <<

[350] Dion Casio, l. LXXIII, p. 1240. Herodiano, l. II, p. 83. *Hist. August.*, p. 63. <<

[351] Hay que restar dieciséis días de los sesenta y seis, por cuanto

mataron a Pértinax el 28 de marzo, y Severo muy probablemente haya sido elegido el 13 de abril (véase *Hist. August.*, p. 65, y Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 395, n. 7). No pueden concederse menos de diez días para que un gran ejército se ponga en movimiento. Quedan así cuarenta días para la rápida marcha, y, como se calculan alrededor de ochocientas millas desde Roma hasta las cercanías de Viena, el ejército de Severo marchó veinte millas por día, sin mediar alto ni suspensión alguna. <<

[352] Dion Casio, l. LXXIV, p. 1241. Herodiano, l. II, p. 84. <<

[353] Dion Casio (l. LXXIV, p. 1244), quien asistió como senador a la función, ofrece una pomposa descripción de ella. <<

[354] Herodiano, l. III [c. 7], p. 112. <<

[355] Sin que fuese positivamente la intención de Lucano el exaltar la persona de César, la idea que da de aquel héroe, en el libro décimo de *Pharsalia*, al describirlo al mismo tiempo galanteando a Cleopatra, sosteniendo un sitio contra el poderío de Egipto y conversando con los sabios del país, es en realidad un esclarecido panegírico. <<

[356] Contando desde su elección el 13 de abril de 193 hasta la muerte de Albino el 19 de febrero de 197. Cronología de Tillemont. <<

[357] Herodiano, l. II [c. 13], p. 85. <<

[358] Enfermó gravemente Severo, y se divulgó raudamente que se proponía nombrar a Níger y a Albino como sus sucesores. Como no cabía mostrarse sincero con ambos, sí podía no serlo con ninguno. Sin embargo, Severo extremó su hipocresía hasta el punto de expresar que tal era su voluntad en las memorias de su propia vida. <<

[359] *Hist. August.*, p. 65. <<

[360] Esta práctica, inventada por Cómodo, resultó de sumo provecho para Severo, pues halló en Roma la prole de los allegados principales de sus competidores, y se valió de ella para amedrentar o atraer a los padres. <<

[361] Herodiano, l. III, p. 96. *Hist. August.*, pp. 67-68. <<

[362] *Hist. August.*, p. 84. Esparciano incluye completa esta carta tan curiosa. <<

[363] Consúltese el libro tercero de Herodiano, y el sexagésimo cuarto de Dion Casio. <<

[364] Dion Casio, l. LXXV, p. 1260. <<

[365] Dion Casio, l. LXXV [c. 6], p. 1261. Herodiano, l. III, p. 110. *Hist. August.*, p. 68. La batalla se desarrolló en los llanos de Trevoux, a tres o cuatro leguas de Lyon. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 406, n. 18. <<

[366] Montesquieu, *Considérations sur la Grandeur et la Décadence des Romains*, c. XII. <<

[367] La mayoría, se supone, eran barquillos sin cubierta; pero había galeras de una, de dos e, incluso, de tres hileras de remos. <<

[368] Prisco era el nombre del maquinista. Salvó su vida gracias a su maestría, y quedó alistado al servicio del vencedor. En cuanto a las particularidades del sitio, consúltese Dion Casio (l. LXXV [c. 10], p. 1251), y Herodiano (l. III [c. 6], p. 95); en cuanto a su desempeño, acúdase a las cavilaciones del caballero de Folard. Véase su *Histoire de Polybe*, t. 1, p. 76. <<

[369] A pesar de la autoridad de Esparciano y de algunos griegos modernos, consta por Dion Casio y por Herodiano que Bizancio yacía en ruinas varios años después de la muerte de Severo. <<

[370] Dion Casio, l. LXXIV, p. 1250. <<

[371] Dion Casio (l. LXXV, p. 1264.) tan sólo menciona veintinueve senadores; pero la *Hist. August*. (p. 69) habla de cuarenta y uno, entre los cuales hay seis llamados Pescenios. Herodiano (l. III, p. 115) habla en general de las crueldades de Severo. <<

[372] Aurelio Víctor. <<

[373] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1272. *Hist. August*., p. 67[Esparciano, *Severus*, c. 8]. Celebró Severo los juegos seculares con sumo boato, y dejó en los graneros públicos abastos de trigo para siete años, a razón de setenta y cinco mil modios, o cerca de dos mil quinientos cuartos al día. Estoy seguro de que los depósitos de Severo serían para largo tiempo, pero también creo que la política, por una parte, y la admiración, por otra, magnificaron las cantidades de las provisiones. [*Hist. August*., p. 73: Esparciano, *Severus*, c. 23]. <<

[374] Véase el tratado de Spanheim sobre medallas antiguas [*De Usu Numismat*.], las inscripciones y nuestros instruidos viajeros Spon, Wheeler, Shaw, Pocock, etc., que hallaron en África, Grecia y Asia más monumentos de Severo que de ningún otro emperador romano. <<

[375] Llegó con sus armas victoriosas a Seleucia y Ctesifonte, capitales de la monarquía pártica. Ya tendré ocasión de relatar esta guerra en su momento propicio. <<

[376] *Etiam in Britannis*, fue su expresión acertada y enfática. *Hist. August*., p. 72 [Esparciano, *Sever*., c. 23]. <<

[377] Herodiano, l. III, p. 115. *Hist. August*., p. 68. <<

[378] Sobre el desenfreno y las regalías de los soldados, puede verse la sátira XVI, equivocadamente atribuida a Juvenal; su estilo y sus particularidades me inclinan a opinar que se compuso bajo el reinado de Severo, o el de su hijo. <<

[379] *Hist. August.*, p. 75. <<

[380] Herodiano, l. III, p. 131. <<

[381] Dion Casio, l. LXXIV, p. 1243. <<

[382] Una de sus demostraciones más antojadizas de poder fue la de castrar a cien romanos libres, algunos casados y aun padres de familia, únicamente para que la hija, en su desposorio con el nuevo emperador, tuviese un acompañamiento de eunucos digno de una reina oriental. Dion Casio, l. LXXVI, p. 1271. <<

[383] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1274. Herodiano, l. III, pp. 122 y 129. El gramático de Alejandría se ve, como suele suceder, más enterado de aquella negociación encubierta, y más seguro de la culpa de Plauciano, de lo que el senador romano se atreve a manifestar. <<

[384] Apiano Prom. [c. 6]. <<

[385] Parece que Dion Casio se puso a escribir con el intento muy estudiado de ir ajustando estas opiniones a su sistema histórico. En cambio, las Pandectas demuestran cómo los letrados trabajaron en la causa de la prerrogativa regia. <<

[386] *Hist. August.*, p. 71 [Esparciano, *Sever.*, c. 18]: «Omnia fui, et nihil expedit». <<

[387] Dion Casio, l. LXXVI [c. 163], p. 1284. <<

[388] Por el año 186, Tillemont se atasca lastimosamente con un pasaje de Dion Casio, en que la emperatriz Faustina, que había muerto en 175, aparece cooperando en el casamiento de Severo con Julia (l. LXXIV, p. 1243). Olvidó el erudito recopilador que Dion Casio no está refiriendo un hecho efectivo, sino un sueño de Severo, y no hay quien ciña los sueños a tiempo ni espacio. ¿Se figuró acaso Tillemont que en Roma se *consumaban* los casamientos en el templo de Venus? *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 389, n. 6. <<

[389] *Hist. August.*, p. 65. [Esparciano, *Sever.*, c. 3] <<

[390] *Hist. August.* [Esparciano, *Caracalla*, c. 10], p. 85. <<

[391] Dion Casio, l. LXXVII [c. 18], pp. 1304 y 1314. <<

[392] Véase una disertación de Ménage, al fin de su edición de Diógenes Laercio, «Mulierum philosopharum historia». <<

[393] Dion Casio, l. LXXVI [c. 16], p. 1285. Aurelio Víctor [*De Cœsar.* XX, 23]. <<

[394] Su primer nombre fue Basiano, como había sido el de su abuelo materno. Asumió el apellido Antonino durante su reinado, como lo usan los letrados y los historiadores antiguos. Luego de su muerte, la ira pública le fue adjudicando los apodos de Taranto y Caracalla. El primero, sacado de un gladiador famoso, y el segundo, por un ropaje galo que anduvo repartiendo al pueblo de Roma. <<

[395] El esmerado Tillemont determina el encumbramiento de Caracalla para el año 198, y la asociación de Geta para el año 208. <<

[396] Herodiano, l. III, p. 130. Las vidas de Caracalla y Geta en la *Hist. August.* <<

[397] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1280 y ss. Herodiano, l. III, p. 132 y ss. <<

[398] Ossian, *Poems*, t. 1, p. 175. <<

[399] Que el Caricul de Ossian es el Caracalla de la historia romana, es quizá lo único de la antigüedad bretona en que Macpherson y Whitaker están de acuerdo, y este punto adolece de sus dificultades. En la guerra caledónica, se conocía al hijo de Severo tan sólo por el nombre de Antonino, y es harto extraño que el bardo escocés lo retrate bajo un apodo inventado cuatro años después, y sólo usado por los romanos después de la muerte de aquel emperador, y empleado raramente por los

historiadores más antiguos. Véase Dion Casio, l. LXXVII, p. 1317. *Hist. August.*, p. 89. Aurelio Víctor. Eusebio, *Chron*. An. CCXIV. <<

[400] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1282. *Hist. August.*, p. 71. Aurelio Víctor. <<

[401] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1283. *Hist. August.*, p. 89. <<

[402] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1284. Herodiano, l. III, p. 135. <<

[403] Hume se extraña, con razón, de un pasaje de Herodiano (l. IV, p. 139) que con este motivo iguala en extensión el palacio imperial a todo lo restante de Roma. El monte Palatino, donde estaba situado, estaba ocupando, cuando más, una circunferencia de once a doce mil pies («Notitia» y «Victor», en Nardini, *Roma Vetus*); pero se debe tener presente que los senadores opulentos tenían como cercada la ciudad con sus palacios y dilatadísimos jardines por los arrabales, confiscados ya la mayor parte por los emperadores. Geta vivía en los jardines que llevaban su nombre en el Janículo, y Caracalla habitaba los de Mecenas sobre el Esquilino, así que había varias millas entre los hermanos rivales, y aun aquel espacio mismo estaba ocupado por los jardines imperiales de Salustio, Lúculo, Agripa, Domiciano, Cayo, etc., todos rodeando la ciudad, y enlazados entre sí con los puentes sobre el Tíber y las calles. Pero esta explicación de Herodiano requeriría una disertación particular, acompañada de un mapa de la antigua Roma, y no es un tema tan importante. <<

[404] Herodiano, l. IV, p. 139. <<

[405] Herodiano, l. IV, p. 144. <<

[406] Caracalla consagró, en el templo de Serapis, la espada con la que, según se jactaba, había matado a su hermano Geta. Dion Casio, l. LXXVII, p. 1307. <<

[407] Herodiano, l. IV, p. 147. En todo campamento romano había una pequeña capilla junto al cuartel general, donde se guarecían y se adoraban las estatuas de los númenes tutelares; entre ellas descollaban las águilas y otras divisas militares, institución preciosa que robustecía la disciplina sancionada por la religión. Véase Lipsio, *De Militia Romana* IV, 5 y V, 2. <<

[408] Herodiano, l. IV, p. 148. Dion Casio, l. LXXVII, p. 1289. <<

[409] Endiosaron a Geta. «Sit *divus*, dum non sit *vivus*», dijo el hermano. *Hist. August*., p. 91. Algunas marcas de la consagración de Geta pueden aún rastrearse en las medallas. <<

[410] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1301. <<

[411] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1290. Herodiano, l. IV, p. 150. Dion Casio (p. 1298) dice que los poetas cómicos no se atrevieron ya a usar el nombre de Geta en sus dramas, y que se confiscaron las fortunas de quienes lo mencionaban en sus testamentos. <<

[412] Caracalla asumió la autoridad de varias naciones conquistadas. Pértinax observó que el nombre de Gético (que había logrado alguna ventaja contra los godos o getas) le cuadraba adecuadamente, como Pártico, Alemánico, etc. *Hist. August*., p. 89. <<

[413] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1291. Descendía probablemente de Helvidio Prisco y de Trásea Peto, patriotas cuya firmeza, aunque inservible e intempestiva, quedó inmortalizada por Tácito. <<

[414] Se dice que Papiniano mantenía relaciones con la emperatriz Julia. <<

[415] Tácito, *Annal.* XIV, 2. <<

[416] *Hist. August*., p. 88. <<

[417] En cuanto a Papiniano, véase Heinecio, *Hist. Juris Romani*, l. CCCXXX y ss. <<

[418] Ni Tiberio ni Domiciano se alejaron nunca de las cercanías de Roma; Nerón hizo un corto viaje a Grecia. «Et laudatorum Principum usus ex æquo quamvis procul agentibus. Sævi proximis ingruunt.» Tácito, *Hist*. IV, 74. <<

[419] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1294. <<

[420] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1307. Herodiano, l. IV, p. 158. El primero tilda de cruel la matanza; el segundo, de alevosa. Es probable que los alejandrinos hayan irritado al tirano con sus chanzas y, quizá, con sus asonadas. <<

[421] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1296. <<

[422] Dion Casio, l. LXXVI, p. 1284. Wotton (*History of Rome*, p. 330) sospecha que el mismo Caracalla inventó esta máxima, para luego adjudicársela al padre. <<

[423] Dion Casio (l. LXXVII, p. 1343) nos informa que los regalos de Caracalla al ejército ascendían anualmente a setenta millones de dracmas (unos 2,35 millones de libras). Hay otro pasaje de Dion Casio relativo a la paga militar, sumamente curioso, si no fuera tan oscuro, imperfecto y probablemente adulterado. De acuerdo con el sentido más regular, parece ser que la guardia pretoriana recibía mil doscientos cincuenta dracmas (40 libras) al año (Dion Casio, l. LXXVII, p. 1307). En el reinado de Augusto, se les pagaba a razón de dos dracmas o denarios al día, setecientos veinte al año (Tácito, *Annal*. I, 17). Domiciano, tras aumentar una cuarta parte la paga a los soldados, daba a los pretorianos novecientos sesenta dracmas (Gronovio, *De Pecunia Vetere*, l. III, c. 2). El resultado de tantos aumentos sucesivos fue la ruina del Imperio, ya que, junto con la paga, se incrementó el número de soldados. Ya hemos visto aumentar los pretorianos de diez mil a cincuenta mil hombres. <<

[424] Dion Casio, l. LXXVIII, p. 1312. Herodiano, l. IV, p. 168. <<

[425] El afán de Caracalla por el nombre y los distintivos de Alejandro consta en sus medallas. Véase Spanheim, *De Usu Numismat.*, dissert. XII. Herodiano (l. IV, p. 154) había visto pinturas estrambóticas en las que había una figura con media cara de Alejandro y media de Caracalla. <<

[426] Herodiano, l. IV, p. 169. *Hist. August.*, p. 94. <<

[427] Dion Casio, l. LXXXVIII, p. 1350. Heliogábalo le reprochaba a su antecesor el haber osado sentarse en su solio, aunque, como prefecto pretoriano, no era admitido en el Senado luego de que el pregonero despejara la sala; pero el favor personal de Plauciano y de Sejano había arrollado la práctica general. Se alzaron de hecho del orden ecuestre, pero conservaron la prefectura con la senaduría y el consulado. <<

[428] Era natural de Cesárea, en Numidia, y empezó su carrera como empleado en el hogar de Plauciano, de cuya ruina escapó ajustadamente. Afirmaban sus émulos que era esclavo de nacimiento, y luego, tras otras profesiones afrentosas, ejerció la de gladiador. La maña de ir difamando nacimientos y condiciones de los contrarios parece que siguió desde el tiempo de los oradores griegos hasta los gramáticos eruditos del último siglo. <<

[429] Tanto Dion Casio como Herodiano hablan con candor desapasionado de las virtudes y los vicios de Macrino, mas el autor de su vida en la *Hist. August.* parece que fue copiando a ciegas a alguno de los escritores venales, empleados por Heliogábalo para infamar la memoria de su antecesor. <<

[430] Dion Casio, l. LXXXIII, p. 1336. El concepto del autor es tan claro como la intención del monarca; pero Wotton confunde ambos al entender aquella distinción, no de veteranos y reclutas, sino de legiones antiguas y nuevas. *Hist. of Rome*, p. 347. <<

[431] Dion Casio, l. LXXVIII, p. 1330. El compendio de Xifilino, aunque menos particular, es aquí más claro que en el original. <<

[432] Según Lampridio (*Hist. August.*, p. 135), Alejandro Severo vivió veintinueve años, tres meses y siete días. Como había sido asesinado el 19 de marzo de 235, había nacido el 19 de diciembre de 205, entonces en esa época tendría trece años, y su primo mayor tendría diecisiete. Este cómputo cuadra mucho mejor con la historia de aquellos príncipes que el cálculo de Herodiano (l. V, p. 481), que les da tres años menos, al tiempo que, por un error contrapuesto de cronología, alarga el reinado de Heliogábalo dos años más de la realidad. En cuanto a las particularidades de la conspiración, véase Dion Casio, l. LXXVIII, p. 1339, y Herodiano, l. V, p. 184. <<

[433] En virtud de una proclama peligrosa del supuesto Antonino, el soldado que le presentase la cabeza de su oficial tenía derecho a su hacienda y empleo. <<

[434] Dion Casio, l. LXXVIII, p. 1345. Herodiano, l. V, p. 186. La batalla se desarrolló junto a la aldea de Ima, a unas veinte millas de Antioquía. <<

[435] Dion Casio, l. LXXIX [c. 4], p. 1353. <<

[436] Dion Casio, l. LXXIX [c. 14], p. 1363. Herodiano, l. V [c. 5], p. 189. <<

[437] Según los eruditos, este nombre deriva de dos voces sirias: *Ela*, un dios, *y Gabal*, formar, el Dios formador, adjetivo muy propio y atinado para el sol. Wotton, *Hist. of Rome*, p. 578. <<

[438] Herodiano, l. V [c. 5], p. 190. <<

[439] Irrumpió en el santuario de Vesta, de donde se llevó una estatua que suponía que era el Paladio; sin embargo, las vestales se jactaban de que con un engaño piadoso habían presentado al

atropellador profano una efigie falsa. *Hist. August*., p. 103. <<

[440] Dion Casio, l. LXXIX [c. 12], p. 1360. Herodiano, l. V [c. 6], p. 193. Los súbditos del imperio tuvieron que gratificar a la pareja recién casada, y cuanto ofrecieron en vida de Heliogábalo se fue cobrando puntualmente bajo el mando de Mamea. <<

[441] Se premiaba cuantiosamente al inventor de una salsa nueva; pero si no agradaba, el inventor tenía que alimentarse sólo con ella hasta tanto descubriese otra más agradable para el paladar imperial. *Hist. August*., p. 111. [Lampridio, *Heliogabalus*, c. 29] <<

[442] Nunca comía pescado del mar, sino a gran distancia de la costa, y entonces iba repartiendo grandes cantidades de las especies más raras y a un alto costo a los campesinos del interior. *Hist. August*., p. 109. [Lampridio, *Heliog*., c. 23] <<

[443] Dion Casio, l. LXXIX, p. 1358. Herodiano, l. V, p. 192. <<

[444] Hiérocles mereció aquel honor, pero hubiera sido reemplazado por un tal Zoticus, de no haber encontrado el medio de debilitar a su rival mediante una poción. Éste fue afrentosamente arrojado del palacio, al encontrarse que sus fuerzas no respondían a su reputación. Dion Casio, l. LXXIX, pp. 1363-1364. Un bailarín fue hecho prefecto de la ciudad; un cochero, prefecto de vigilancia; un barbero, prefecto de las provisiones. Estos tres ministros se recomendaban *enormitate membrorum*. *Hist. August*. p. 105. <<

[445] Hasta el crédulo recopilador de su vida en la *Hist. August*. (p. 111) tiende a sospechar que se han exagerado sus vicios. <<

[446] Dion Casio, l. LXXIX, p. 1365. Herodiano, l. V, pp. 195-201. *Hist. August*., p. 105. Parece que el último de los tres historiadores fue el que se atuvo a mejores fuentes en el pormenor de la revolución. <<

[447] Pagi, Tillemont, Valsecchi, Vignoli y Torre, obispo de Adria, deslindaron, aguda y eruditamente, la fecha de la muerte de Heliogábalo y la del ascenso de Alejandro. El asunto es seguramente intrincado, pero no me atengo siempre a la autoridad de Dion Casio, cuya solidez en el cómputo es innegable y la pureza de su texto ha sido corroborada por Xifilino, Zonaras y Cedreno. Heliogábalo reinó tres años, nueve meses y cuatro días, desde su victoria contra Macrino, y fue asesinado el 10 de marzo de 222. Mas ¿qué lograremos replicar contra las medallas que cuentan el año quinto de su potestad tribunicia? Contestaremos, con el sabio Valsecchi, que la usurpación de Macrino quedó aniquilada, y que el hijo de Caracalla fechó su reinado desde la muerte del padre. Zanjada esta dificultad, los nudos menores de este embrollo se desatan o cortan fácilmente. <<

[448] *Hist. August.*, p. 114. Con aquel arrebato desusado el Senado intentaba desahuciar a los pretendientes, y prevenir las facciones en la tropa. <<

[449] El censor Metelo Numídico manifestó al pueblo romano, en un discurso público, que si una naturaleza más propicia ideara nuestro modo de existir sin la ayuda de la mujer, estaríamos liberados de una compañera harto gravosa, y sólo le cabía recomendar el matrimonio como un sacrificio del placer particular al deber público. Aulo Gelio I, 6. <<

[450] Tácito, *Annal.* XIII, 5. <<

[451] *Hist. August.*, pp. 102 y 107. [Lampridio, *Heliog.*, c. 4 y 18]. <<

[452] Dion Casio, l. LXXX [c. 2], p. 1369. Herodiano, l. VI [c. 1], p. 206. *Hist. August.*, p. 131 [Lampridio, *Alexander Sever.*, c. 49]. Herodiano considera inocentes a los patricios. La *Hist. August.*, con la autoridad de Dexipo, los acusa de culpables de

conspiración contra la vida de Alejandro. Es imposible decidir entre ellos, pero es Dion Casio testigo irrecusable de los celos y la crueldad de Mamea contra la joven emperatriz, cuyo terrible destino lamentaba Alejandro sin acertar a oponerse. <<

[453] Herodiano, l. VI, p. 203. *Hist. August.*, p. 119. Esta última insinúa que para promulgar una ley se reunía una junta de letrados y senadores experimentados, quienes iban dando sus dictámenes separadamente por escrito. <<

[454] Véase su vida en la *Hist. August*. El desconocido compilador ha ido soterrando estas interesantes anécdotas bajo circunstancias triviales. <<

[455] Véase Juvenal, *Sat* XIII. <<

[456] *Hist. August.*, p. 119. <<

[457] Véanse en la *Hist. August.*, pp. 116-117, todas las conversaciones de Alejandro con el Senado, extractadas de los diarios de aquel cuerpo. Ocurrieron el 6 de marzo, probablemente del año 223, cuando los romanos habían estado disfrutando por unos doce meses las dichas de su reinado. Antes de dignificarlo con el nombre honorífico de Antonino, el Senado esperó para ver si Alejandro no lo asumiría como apellido de familia. <<

[458] Era un dicho predilecto del emperador: «*Se milites magis servare quam se ipsum; quod salus publica in his esset*». *Hist. August.*, p. 130. <<

[459] Aunque el autor de la vida de Alejandro (*Hist. August.*, p. 132) menciona el motín de la soldadesca contra Ulpiano, encubre la catástrofe, por cuanto pudiera desvalorizar el carácter de su héroe por su apocado desempeño. Por esta omisión consciente podemos juzgar la trascendencia y veracidad de aquel autor. <<

[460] Para un relato sobre el destino de Ulpiano y su propio peligro, véase la conclusión mutilada de la historia de Dion Casio, l. LXXX, p. 1371. <<

[461] Reimar *ad* Dion Casio, l. LXXX, p. 1369. <<

[462] Julio César aplacó un alboroto con la misma palabra *Quirites*, que, usada en sentido opuesto al de *Soldados*, sonaba a menosprecio, y redujo a los amotinados a la esfera menos honorífica de meros ciudadanos. Tácito, *Annal.* I, 43. <<

[463] *Hist. August.*, p. 132. <<

[464] De los Metelos (*Hist. August.*, p. 119 [Lampridio, *Alex. Sever.*, c. 44]). La elección fue atinada, pues en el corto plazo de doce años pudieron los Metelos contar siete consulados y cinco triunfos. Véase Veleyo Patérculo, l. II, c. 11, y *Fasti*. <<

[465] La Vida de Alejandro, en la *Hist. August.*, da la idea de un príncipe cabal, una torpe imitación de la Ciropedia. El relato de su reinado según Herodiano es racional y comedido, de acuerdo con la historia general del siglo, y, aun en algunas de las particularidades más peliagudas, es confirmada con los fragmentos decisivos de Dion Casio; pero, por prejuicio, la mayoría de los escritores modernos desconfían de Herodiano y copian la *Hist. August*. Véanse Tillemont y Wotton. Por un prejuicio opuesto, el emperador Juliano (*Cæsaribus*, p. 315) se explaya con patente complacencia en la flaqueza afeminada del sirio y la codicia ridícula de su madre. <<

[466] Según el más esmerado Dionisio, estaba la ciudad a cien estadios, o unas doce millas y media, de Roma, aunque algunos puntos avanzados se adelantarían más hacia la Etruria. Nardini, en un profuso tratado, impugna la opinión vulgar y la autoridad de dos pontífices, quitando a Veya de Cività Castellana y ubicándola en un paraje reducido y llamado Isola, a mitad de

camino entre Roma y el lago Braciano. <<

[467] Véase Tito Livio IV, 59 y V, 7. En el censo romano se relacionaban mutuamente haberes, autoridad e impuestos. <<

[468] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, l. XXXIII, c. 3. Cicerón, *De Officiis* II, 22. Plutarco, *Æmilius Paulus*, p. 275. <<

[469] Véase la garbosa descripción de aquel hacinamiento de riquezas por siglos en Lucano, *Pharsal.* III, 155. <<

[470] Tácito, *Annal.* I, 11. Parece que aún existía en tiempo de Apiano. <<

[471] Plutarco, *Pomp.*, p. 642. <<

[472] Estrabón, l. XVII, p. 798. <<

[473] Veleyo Patérculo, l. II, c. 39. Parece que antepone las rentas de la Galia. <<

[474] Los talentos euboico, fenicio y alejandrino tenían el doble de peso que los áticos. Véase Hooper, p. IV, c. 5, sobre pesos y medidas antiguas. Es sumamente probable que el mismo talento pasase de Tiro a Cartago. <<

[475] Polibio, l. XV, c. 2. <<

[476] Apiano, *Punica*, p. 84. <<

[477] Diodoro de Sicilia, l. V. Los fenicios edificaron Cádiz poco más de mil años antes de Cristo. Véase Veleyo Patérculo I, 92. <<

[478] Estrabón, l. III, p. 148. <<

[479] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, l. XXXIII, c. 5. Menciona igualmente una mina de plata en Dalmacia que rendía diariamente cincuenta libras al Estado. <<

[480] Estrabón, l. X, p. 485. Tácito, *Annal.* III, 69, y IV, 30. Tournefort (*Voyage au Levant*, carta VIII) ofrece un vivo cuadro del actual abandono de Giaro. <<

[481] Lipsio, *De Magnitudine Romana* (l. II, c. 3), calcula las rentas en ciento cincuenta millones de escudos de oro; pero todo su libro, aunque ingenioso, adolece de acaloramientos de fantasía. <<

[482] Tácito, *Annal.* XIII, 31. <<

[483] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, l. VI, c. 23 y l. XII, c. 18. Su advertencia de que las mercancías indias se vendían en Roma cien veces más caras que su precio primitivo puede suministrarnos algún concepto del valor de las ventas, puesto que aquel costo primitivo ascendía a más de ochocientas mil libras. <<

[484] Los antiguos ignoraban el arte de cortar el diamante. <<

[485] Bouchaud, en su *Traité de l'Impôt chez les Romains*, ha sacado este catálogo del *Digestum*, y se empeña en desentrañarlo con un prolijo comentario. <<

[486] Tácito, *Annal.* I, 78. Dos años después, Tiberio, con la reducción del pobre reino de Capadocia, pretextó rebajar la mitad de aquel derecho, pero aquel alivio fue demasiado breve. <<

[487] Dion Casio, l. LV, p. 794 y l. LVI, p. 825. <<

[488] Esta suma es sólo una conjetura. <<

[489] Como las leyes romanas subsistieron siglos, los *cognati*, o sea, los parientes por la rama materna, no tenían cabida en la sucesión. Esta dura costumbre se fue desmoronando a impulsos de la humanidad, y finalmente la abolió Justiniano. <<

[490] Plinio el Joven, *Panegyr.*, c. 37. <<

[491] Heinecio, *Antiquitates Juris Romani*, l. II. <<

[492] Horacio, *Sat.* II, 5. Petronio, c. 116, y ss. Plinio el Joven, *Ep.* II, 20. <<

[493] Cicerón, *Philippic*. II, 16. <<

[494] Véanse sus *Epistulæ*. Cada una le daba la ocasión de ofrecer sus respetos al difunto y hacer justicia a los vivos. Hermanó ambos en su comportamiento con un hijo desheredado por su madre (V, 1). <<

[495] Tácito, *Annal*. XIII, 50. Montesquieu *L'Esprit des Loix*, l. XIII, c. 19. <<

[496] Véanse Plinio el Joven, *Panegyr*., la *Hist. August*., y Burmann, *De Vectigal., passim*. <<

[497] No se arrebataban los tributos propiamente dichos, puesto que los buenos príncipes a menudo descargaban millones de atrasos. <<

[498] Plinio el Joven (*Panegyr*., c. 37-39) describe minuciosamente la situación de los nuevos ciudadanos. Trajano promulgó una ley muy favorable para ellos. <<

[499] Dion Casio, l. LXXVII, p. 1295. <<

[500] Quien pagaba diez *aurei* o doblones, el impuesto usual, devengaba ya tan sólo el tercio de uno, para cuyo pago mandó Alejandro acuñar doblones de aquel valor. *Hist. August*., p. 127, con el comentario de Salmasio. <<

[501] Véanse las vidas de Agrícola, Vespasiano, Trajano, Severo y sus tres competidores; y, finalmente, las de todos los sujetos descollantes de aquella época. <<

[502] No había casos de tres generaciones sucesivas en el solio, y sólo tres de hijos sucesores de sus padres, pues los enlaces de los Césares, a pesar de la franquicia y frecuencia de los divorcios, solían ser estériles. <<

[503] *Hist. August*., p. 138. <<

[504] *Hist. August*., p. 140. Herodiano, l. VI, p. 223. Aurelio Víctor. Al cotejar estos autores surge que Maximino comandaba

en particular la caballería tribeliana, con el encargo especial de ir disciplinando a los reclutas del ejército. Su biógrafo debió ir especificando con esmero sus hazañas y los pasos de sus ascensos militares. <<

[505] Véase la carta original de Alejandro Severo, *Hist. August.*, p. 149. <<

[506] *Hist. August.*, p. 135. He ido arreglando algunas particularidades harto inverosímiles de aquel biógrafo desprolijo, pues, según su mal hilada narrativa, se infiere que, cuando el juglar entró impensadamente en la tienda, sobresaltó al monarca adormecido, y que el miedo al castigo lo llevó a persuadir a los desafectos soldados para que cometiesen aquel homicidio. <<

[507] Herodiano, l. VI, pp. 223-227. <<

[508] Calígula, el primogénito, tenía sólo veinticinco años al sentarse en el solio; Caracalla, veintitrés años; Cómodo, diecinueve, y Nerón, diecisiete. <<

[509] Parece que ignoraba absolutamente el griego, parte esencial de toda educación culta, por su universalidad en el trato y en las correspondencias. <<

[510] *Hist. August.*, p. 141. Herodiano, l. VII, p. 237. Este último ha sido injustamente censurado por moderar los vicios de Maximino. <<

[511] La mujer de Maximino, insinuándole con suavidad femenina sabios consejos, solía encaminarlo por el sendero de la razón y de la humanidad. Véase Amiano Marcelino, l. XIV, c. 1, donde alude al hecho que refiere más extensamente bajo el reinado de los Gordianos. Se rastrea por las medallas que la emperatriz benévola se llamaba Paulina, y por su título de *Diva*, que falleció antes que Maximino (Valesio, *ad loc. cit.* Amiano). Spanheim, *De Usu Numismat.*, t. II, p. 300. <<

[512] Lo parangonaban con Espartaco y Atenio. *Hist. August.*, p. 141. <<

[513] Herodiano, l. VII, p. 238. Zósimo, l. I, p. 15. <<

[514] En el fértil territorio de Bizacene, ciento cincuenta millas al sur de Cartago. Los Gordianos, probablemente, la enaltecieron con el título de colonia, y con un grandioso anfiteatro que se conserva todavía en perfecto estado. Véase Wesseling, *Itineraria*, p. 59, y Shaw, *Travels*, p. 117. <<

[515] Herodiano, l. VII, p. 239. *Hist. August.*, p. 155. <<

[516] *Hist. August.*, p. 152. Marco Antonio usurpó la decantada casa de Pompeyo *in carinis*, y, muerto el triunviro, formó parte del dominio imperial. El emperador Trajano ofreció a los senadores la compra de aquel caserío suntuoso e inservible (Plinio el Joven, *Panegyr.*, c. 50), y es probable que por entonces lo haya adquirido el abuelo de Gordiano. <<

[517] Claudiano, númida, caristio y sinadio. No se ha descrito aún claramente y con esmero el jaspeado de los mármoles romanos; sin embargo, parece que el caristio era verdemar, y el sinadio, blanco con manchas ovaladas púrpuras. Véase Salmasio, *ad Hist. August.*, p. 164. <<

[518] *Hist. August.*, pp. 151-152. Dio a veces hasta quinientas parejas de gladiadores, y nunca menos de ciento cincuenta. Una vez regaló al Circo cien caballos sicilianos y otros tantos capadocios. Las bestias para las corridas solían ser osos, jabalíes, toros, ciervos, alces, asnos silvestres, etc. Parece que los elefantes y leones estaban reservados a la esplendidez imperial. <<

[519] Véase la carta original en la *Hist. August.*, p. 152, que está rebosante de miramientos hacia el Senado todo, y de aprecio por parte de Alejandro para con el procónsul propuesto por el mismo cuerpo. <<

[520] Gordiano el menor tuvo con cada una de sus amantes tres o cuatro niños. Sus partos literarios, aunque no tantos, de ningún modo fueron despreciables. <<

[521] Herodiano, l. VII, p. 243. *Hist. August.*, p. 144. <<

[522] «Quod tamen patres dum periculosum existimant inermes armato resistere, approbaverunt». Aurelio Víctor. <<

[523] Hasta los sirvientes de la casa, amanuenses, etc., quedaron excluidos, desempeñando los mismos senadores aquellos cargos. Le debemos a la *Hist. August.* el haber conservado este ejemplar tan curioso de la antigua disciplina de la República. <<

[524] Considero que este brioso relato, traducido de la *Hist. August.*, fue sacado originalmente de los registros del Senado. <<

[525] Herodiano, l. VII, p. 244. <<

[526] Herodiano, l. VII, p. 247; l. VIII, p. 277. *Hist. August.*, pp. 156-158. <<

[527] Herodiano, l. VII, p. 254. *Hist. August.*, pp. 150-160. Obsérvese que un mes y seis días para el reinado de Gordiano es enmienda de Casaubon y de Panvinio, muy atinada, en vez del cálculo de un año y medio, que es un absurdo. Véase el comentario, p. 193. Refiere Zósimo, (l. I, p. 17) que ambos Gordianos fenecieron en un temporal durante su navegación: ignorancia harto extraña en la historia, o abuso todavía más disparatado de metáforas. <<

[528] Véase la *Hist. August.*, p. 166. Por los registros del Senado, la fecha está harto equivocada, pero la coincidencia de los juegos apolinarios enmienda este error. <<

[529] Descendía de Cornelio Balbo, español esclarecido, e hijo adoptivo de Teófanes, el historiador griego. Balbo logró la ciudadanía de Roma por el favor de Pompeyo, y la conservó gracias a la elocuencia de Cicerón (Véase *Pro Balbo*). La amistad

de César (a quien hizo finezas reservadas y de entidad en la guerra civil) lo encumbró al consulado y al pontificado, blasones hasta entonces denegados a los extranjeros. Su sobrino venció a los garamantos. Véase el *Dictionnaire historique et critique* de Bayle en la voz «Balbo», donde va distinguiendo los diferentes individuos de aquel nombre, y rectifica los yerros de otros escritores sobre el particular, con su acostumbrado esmero. <<

[530] Zonaras, l. XII, p. 622. Sin embargo, merece poca confianza la autoridad de un griego moderno, tan cerradamente atrasado en la historia del siglo III, que imagina emperadores ideales y confunde los verdaderos. <<

[531] Herodiano, l. VII, p. 256, supone que se convocó pronto al Senado en el Capitolio, y prorrumpe en rasgos elocuentes; pero la *Hist. August.*, p. 116, parece más auténtica. <<

[532] En Herodiano, l. VII, p. 249, y en la *Hist. August.*, tenemos tres arengas diversas de Maximino a su ejército sobre la rebeldía de África y de Roma, y Tillemont repara que ni están de acuerdo entre sí ni con la verdad. *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 799. <<

[533] La desprolijidad de los escritores contemporáneos lleva a varias confusiones. 1) Consta que Maximino y Balbino fenecieron durante los juegos capitolinos (Herodiano, l. VIII, p. 285). La autoridad de Censorino (*De Die Natali*, c. 18) nos confirma aquellos juegos para el año 238, pero sin expresar día ni mes. 2) La elección de Gordiano por el Senado se fija, con igual certidumbre, para el 27 de mayo, pero quedamos a oscuras en cuanto a ser en el propio año o en el anterior. Tillemont y Muratori, que sostienen estas opiniones encontradas, ponen en juego autoridades, conjeturas y probabilidades. Parece que uno estrecha y el otro explaya los sucesos entre ambos plazos más de lo que cuadra con el discurso y con la historia; pero, en suma,

resulta forzoso acercarse a uno o al otro. <<

[534] Veleyo Patérculo, l. II, c. 24. Montesquieu, en su *Dialogue de Sylla et d'Eucrate*, retrata vivamente y de manera sublime los sentimientos del dictador. <<

[535] Muratori (*Annali d'Italia*, t. II, p. 294) opina que el derretimiento de las nieves cuadra mejor con los meses de junio y julio que con los de febrero y marzo, y la opinión de quien vivió entre los Alpes y los Apeninos es de suma entidad; pero advierto: 1) el dilatado invierno a que se atiene Muratori está sólo en la versión latina, mas no en el texto en griego de Herodiano; 2) las alternancias de soles y lluvias que experimentaron las tropas de Maximino (Herodiano, l. VIII, p. 277) denotan más bien el invierno que el estío. También podemos añadir que estas diversas corrientes se reunían en el Timavo, tan poéticamente descrito (bajo todos conceptos) por Virgilio. Están como a doce millas al oriente de Aquileia. Véase Cluver, *Italia Antiqua*, t. I, p. 189 y ss. <<

[536] Herodiano, l. VIII, p. 272. Se supone que la deidad céltica sería Apolo, y el Senado le tributó gracias bajo este nombre. También se edificó un templo a Venus la Calva, en honor de las mujeres de Aquileia, que se habían cortado el cabello para hacer las sogas de las máquinas militares. <<

[537] Herodiano, l. VIII, p. 279. *Hist. August.*, p. 146. Nadie ha establecido claramente la duración del reinado de Maximino, sólo Eutropio, que le señala tres años y días (l. IX, 1); debemos contar con el texto íntegro, corroborado con la versión griega de Peanio. <<

[538] Ocho pies romanos y un tercio corresponden a más de ocho pies ingleses, pues la proporción entre ambas medidas es de 967/1000. Véase el discurso de Graves sobre el pie romano.

Dícese que Maximino bebía en un día hasta una cántara o siete u ocho azumbres de vino, que comía de treinta a cuarenta libras de manjares. Ponía en movimiento un carro cargadísimo, quebraba con su puño la pata de un caballo, deshacía pedernales con la mano y arrancaba arbolitos de raíz. Véase su vida en la *Hist. August*. <<

[539] Véase la carta de felicitaciones del cónsul Claudio Juliano a ambos emperadores, en la *Hist. August*. <<

[540] *Hist. August*., p. 171 [Capitolinus, c. 15]. <<

[541] Herodiano, l. VIII [c. 12], p. 258. <<

[542] Herodiano, l. VIII [c. 7], p. 213. <<

[543] La observación había sido hecha bastante imprudentemente entre las aclamaciones del Senado, y, con respecto a los soldados, tenía visos de un insulto insensible. *Hist. August*., p. 170. <<

[544] «*Discordiæ tacitæ, et quæ íntelligerentur potius quam viderentur*». *Hist. August*., p. 170. Esta expresión tan adecuada posiblemente sea un plagio de algún escritor más importante. <<

[545] Herodiano, l. VIII, pp. 287-288. <<

[546] «Quia non alius erat in præsenti» es la expresión de la *Hist. August*. <<

[547] Quinto Curcio (l. X, c. 9) tributa un elegante cumplido al emperador de su tiempo, pues gracias a su venturoso ascenso se aplacaron muchos fuegos, se envainaron muchas espadas y se puso fin a las tribulaciones de un gobierno repartido. Haciéndome cargo absolutamente de todas las palabras de este pasaje, considero que cuadra mejor con el ensalzamiento de Gordiano que con otra parte de la historia romana. En tal caso, esto nos sirve para decidir la época de Quinto Curcio, pues cuantos lo refieren al tiempo de los primeros Césares se basan en

la pureza de su estilo, pero se quedan confundidos ante el silencio de Quintiliano en su esmerada relación de los historiadores romanos. <<

[548] *Hist. August.*, p. 161. Por algunas alusiones en ambas cartas consideré que no se pudo menos que acudir a la fuerza para expulsar a los eunucos del palacio, y que el joven Gordiano se resignó más que accedió a su despido. <<

[549] «*Duxit uxorem filiam Misithei, quem causa eloquentiæ dignum parentela sua putavi; et præfectum statim fecit; post quod, non puerile jam et contemptibile videbatur imperium*». <<

[550] *Hist. August.*, p. 162. Aurelio Víctor. Porfirio, *Vita Plotini, apud* Fabricio, *Bibliotheca Græca*, l. IV, c. 36. El filósofo Plotino acompañaba al ejército, impulsado por su afán científico, y esperanzado en llegar hasta la India. <<

[551] Como a veinte millas de la ciudadela de Circesio, en el límite de ambos imperios. <<

[552] La inscripción (donde había un retruécano muy extraño) se borró por disposición de Licinio, que reclamaba algún grado de parentesco con Filipo (*Hist. August.*, p. 165); pero el *tumulus*, el montón de tierra que conformaba el sepulcro, aún existía en tiempo de Juliano. Véase Amiano Marcelino XXIII, 5. <<

[553] Aurelio Víctor. Eutropio IX, 2. Orosio VII, 20. Amiano Marcelino XXIII, 5. Zósimo, l. I, p. 19. Filipo, natural de Bostra, tendría unos cuarenta años. <<

[554] ¿Cabe la clasificación de *aristocracia*, con alguna propiedad, al gobierno de Argel? Todo gobierno militar va y viene entre los extremos del absolutismo y la salvaje democracia. <<

[555] La república militar de los mamelucos ofrece un parangón más adecuado y selecto a Montesquieu (véase *Grandeur et Décadence des Romains*, c. 16). <<

[556] No concuerda la *Hist. August*. (pp. 163-164) en este pasaje, ni consigo misma ni con la probabilidad. ¿Cómo pudo Filipo condenar a su antecesor y endiosarlo? Pues Filipo, aunque usurpador ambicioso, no era un tirano frenético. Algunas dificultades cronológicas han sido descubiertas además por la agudeza de Tillemont y Muratori sobre la supuesta asociación de Filipo con el Imperio. <<

[557] Los pormenores de la supuesta celebración postrera, aunque en un período aclarado de la historia, resultan tan confusos y dudosos, que parece imprescindible la alternativa. Al inventar Bonifacio VIII los jubileos papales, remedo de los juegos seculares, el astuto pontífice aparentó que resucitaba únicamente una institución antigua. Véase Le Chais, *Lettres sur les Jubilès*. <<

[558] De cien o ciento diez años. Siguieron Varrón y Tito Livio el primer dictamen, pero la Sibila, con su infalible autoridad, consagró el segundo (Censorino, *De Die Natali*, c. 17). No obstante, los emperadores Claudio y Filipo desobedecieron al oráculo. <<

[559] Se comprenden mejor los juegos seculares en el poema de Horacio y la descripción de Zósimo, l. II, p. 167, etcétera. <<

[560] El cómputo ya corriente de Varrón ubica la fundación de Roma en el año 754 antes de la era cristiana; mas merece tan poco crédito la cronología relativa a los primeros años de Roma, que Isaac Newton ha reducido aquellos años hasta el año 627. (Cotéjese Niebuhr, t. 1, p. 271.) <<

[561] Un cronologista antiguo, citado por Veleyo Patérculo (l. I, c. 6), apunta que asirios, medos, persas y macedonios reinaron en Asia mil novecientos noventa y cinco años, desde el ascenso de Nino hasta la derrota de Antíoco por los romanos. Como esto último ocurrió doscientos ochenta y nueve años antes de Cristo, el primer acontecimiento sucedió dos mil ciento ochenta y

cuatro años antes de nuestra era. Sin embargo, las observaciones astronómicas halladas por Alejandro en Babilonia ascendían a medio siglo más. <<

[562] En la época de quinientos treinta y ocho años de Seleuco. Véase Agatias, l. II, p. 63. Este sumo acontecimiento (tal es la desprolijidad de los orientales) corresponde, según Eutiquio, al año décimo de Cómodo, y según Moisés de Korén, al contrario, al reinado de Filipo. Amiano Marcelino se atiene tanto (XXIII, 6) a sus materiales antiguos, en realidad excelentes, que describe a la familia de los arsácidas como aposentada todavía en el trono a mediados del siglo IV. <<

[563] El nombre del curtidor era Babec y el soldado se llamaba Sasán; a Artajerjes le dieron el apellido de Babegán, mientras que los descendientes sasánidas son denominados así por el nombre del segundo. <<

[564] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, «Ardshir». <<

[565] Dion Casio, l. LXXX. Herodiano, l. VI, p. 207. Abulfaraj Dinas., p. 80. <<

[566] Véase Moisés de Korén, l. II, c. 65-71. <<

[567] Hyde y Prideaux, que cuentan las leyendas persas y sus propias conjeturas en un relato muy agradable, suponen a Zoroastro contemporáneo de Darío Histaspes; pero es necesario advertir que los escritores griegos, quienes vivieron en aquella época, concuerdan en ubicar la era de Zoroastro muchos centenares, y aun un millar de años antes de su tiempo. La crítica atinada de Moyle demostró y defendió, contra su tío, el Dr. Prideaux, la antigüedad del profeta persa. Véase Moyle, *Works*, t. II. <<

[568] Aquel idioma antiguo se llamaba *zend*; el de su comentario, el *pehlvi*, aunque mucho más moderno, tampoco se habla hace

siglos. Este solo hecho, suponiéndolo auténtico, afianza la antigüedad de cuantos escritos ha traído D'Anquetil a Europa y que ha traducido al francés. <<

[569] Hyde, *De Religione Veterum Persarum*, c. 21. <<

[570] He sacado esta relación principalmente del *Zend-Avesta* de D'Anquetil, y del *Sadder*, junto con el tratado del Dr. Hyde. Igualmente, es preciso convenir que el complicado lenguaje de un profeta, el estilo figurado del Oriente y lo engañoso de una versión francesa o latina pueden habernos hecho caer en un error y una herejía en este compendio de teología persa. <<

[571] Los parsis modernos (y hasta cierto punto el *Sadder*) encumbran a Ormuz como la causa primera y omnipotente, a la vez que consideran a Ahrimán como espíritu inferior y rebelde. El afán de agradar a los mahometanos puede haber purificado su sistema teológico. <<

[572] Herodoto, l. I, c. 131. Sin embargo, el Dr. Prideaux opina con fundamento que después se permitió el uso de los templos a la religión maga. <<

[573] Hyde, *De Religione Vet. Pers.*, c. 8. A pesar de todas las diferencias y protestas, seguramente sinceras, siempre sus tiranos, los musulmanes, los han tildado de idólatras del fuego. <<

[574] Véase el *Sadder*, cuya porción menor se reduce a preceptos morales. Las ceremonias prescritas son infinitas. Se requerían quince arrodillamientos, plegarias, etc., antes que el devoto persa procediese a cortarse las uñas o a orinar, o cada vez que se ceñía el tahalí sagrado. *Sadder*, art. 14, 50 y 60. <<

[575] *Zend-Avesta*, t. I, p. 224, y *Précis du Système de Zoroastre*, t. III. <<

[576] Hyde, *De Religione Vet. Pers.*, c. 19. <<

[577] Hyde, *De Religione Vet. Pers.*, c. 28. Tanto Hyde como Prideaux aplican estudiadamente a la religión maga las voces consagradas a las prebendas del cristianismo. <<

[578] Amiano Marcelino, XXIII, 6, nos informa (en cuanto cabe creerle) de dos particularidades curiosas: primera, que los magos tomaban algunas de sus doctrinas más antiguas de los brahmanes indios; segunda, que era una tribu o una familia, así como un orden sacerdotal. <<

[579] La institución divina de los diezmos es un extraño ejemplo de hermandad entre la ley de Zoroastro y la de Moisés. Los que no hallen otro camino de explicación para el caso pueden suponer, si gustan, que los magos modernos han interpolado provechosamente esta novedad en los escritos de su profeta. <<

[580] *Sadder*, art. 8. <<

[581] Platón, *Alcibiades*. <<

[582] Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, l. XXX, c. 1) advierte que la magia tenía esclavizado el género humano con la triple cadena de la religión, la física y la astronomía. <<

[583] Agatias, l. IV, p. 134. <<

[584] Hume, en su *Natural History of Religion*, advierte agudamente que toda religión acendrada y filosófica es de por sí intolerante. <<

[585] Cicerón, *De Legibus* II, 10. Por dictamen de los magos, Jerjes arrasó los templos de Grecia. <<

[586] Hyde, *De Religione Vet. Pers.*, c. 23-24. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, «Zerdusht». Vida de Zoroastro, en el tomo II del *Zend-Avesta*. <<

[587] Compárese Moisés de Korén, l. II, c. 74, con Amiano Marcelino, XXIII, 6. Más adelante utilizaré estos pasajes. <<

[588] Rabí Abraham en el *Tarikh Schickard*, pp. 108-109. <<

[589] Basnage, *Hist. des Juifs*, l. VIII, c. 3. Sozomen, l. II, c. 1. Manes, que padeció una muerte horrorosa, puede considerarse mago, así como hereje cristiano. <<

[590] Hyde, *De Religione Vet. Pers.*, c. 21. <<

[591] Estas colonias eran numerosas, pues Seleuco Nicanor fundó hasta 39 ciudades, llamándolas con su nombre o el de algún pariente (Véase Apiano, *Syriaca*, p. 124). La era de Seleuco (usada todavía entre los cristianos orientales) llega hasta el año 508 (196 d. C.) en las medallas de ciudades griegas en el Imperio Parto. Véanse las obras de Moyle, t. I, p. 273 y ss., y M. Freret, *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XIX. <<

[592] Los persas modernos deslindan este período como la dinastía de los reyes de las naciones. Véase Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VI, 25. <<

[593] Eutiquio (t. 1, pp. 367, 371 y 375) refiere el sitio de la isla de Mesene sobre el Tigris, con circunstancias similares a la historia de Niso y Escila. <<

[594] Agatias II, 164. Los príncipes de Seistán siguieron defendiendo su independencia por espacio de muchos años. Como las novelas suelen trasladar a tiempos lejanos los acontecimientos contemporáneos, es posible que las fabulosas hazañas de Rustan, príncipe de Seistán, se hayan insertado en esta historia real. <<

[595] Apenas nos es dado incluir en la monarquía persa la costa de Gedrosia o Mekrán, que se extiende por el océano Índico desde el cabo Jask (el promontorio Capella) al cabo Gwadar. En tiempo de Alejandro, y probablemente muchos siglos después, estaba mal poblada por un pueblo pescador, lego en industrias, ajeno a toda autoridad, y separado del mundo entero por desiertos inhabitables (véase Arriano, *De Rebus Indicis*). En el

siglo XII, el pequeño pueblo de Taiz (que D'Anville cree que es el Teza de Ptolomeo) fue un rico emporio de los traficantes arábigos, sus pobladores (véase la *Geographia Nubiensis*, p. 58, y D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, p. 283). En el siglo último, tres príncipes se repartían el país, uno mahometano y dos idólatras, quienes sostenían su independencia frente a los sucesores de Shah Abbas (Tavernier, *Voyages*, parte I, l. V. p. 635). <<

[596] Chardin, t. III, c. 1, 2 y 3. <<

[597] Dion, l. XXVIII, p. 1335. <<

[598] En cuanto a la situación última de Babilonia, Seleucia, Ctesifonte, Modain y Bagdad, pueblos que continuamente se confunden entre sí, véase un tratado excelente de geografía de D'Anville en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXX. <<

[599] Tácit., *Annal*. XI, 42. Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. VI, 26. <<

[600] Así se desprende de Estrabón, l. XVI, p. 743. <<

[601] El extraño viajero Bernier, quien siguió el campamento de Aurengzeb desde Delhi hasta Cachemira, va describiendo con esmero aquella ciudad inmensa y movible. La guardia de caballería constaba de treinta y cinco mil hombres; la de infantería, de cuarenta mil. Se calcula que había en el campamento hasta ciento cincuenta mil caballos, mulas y elefantes; cincuenta mil camellos, otros tantos bueyes, y de trescientas mil a cuatrocientas mil personas. Casi todo Delhi fue siguiendo a la corte, cuya magnificencia sostenía su industria. <<

[602] Dion, l. LXXI, p. 1178. *Hist. August*., p. 38. Eutropio VIII, 10. Eusebio, *Chron*.. Cuadrato (citado en la *Historia Augusta*) quiso sincerar a los romanos, alegando que los vecinos de Seleucia habían quebrantado antes su fe. <<

[603] Dion, l. LXXV, p. 1263. Herodiano, l. III, p. 120. *Hist.*

August., p. 70. <<

[604] Los vecinos cultos de Antioquía consideraban semibárbara a Edesa; sin embargo, en favor de ella se puede decir que, de los tres dialectos del sirio, el más puro y elegante (el arameo) era el que se hablaba en Edesa. Bayer (*Historia Osrhoena et Edessena*, p. 5) tomó esta anotación de Jorge de Malatia, escritor sirio. <<

[605] Dion, l. LXXV, pp. 1248-1250. Bayer ha desatendido este pasaje de suma importancia. <<

[606] Este reino, desde Osroes, que dio nuevo nombre al país, hasta el último Abgaro, duró 353 años. Véase la obra muy sabia de Bayer *Historia Osrhoena et Edessena*. <<

[607] Jenofonte, en el prólogo de la *Cyropædia*, va dando un concepto grandioso y claro de la extensión del imperio de Ciro. Herodoto (l. III, c. 19 y ss.) se explaya en una descripción individual y curiosa de las veinte grandes *satrapías* en que Darío Histaspes dividió el imperio persa. <<

[608] Herodiano VI, 209 y 212. <<

[609] En la batalla de Arbela hubo 200 carros armados de hoces en el ejército de Darío. En la grandiosa hueste de Tigranes, vencido por Lúculo, tan sólo había diecisiete mil caballos armados por entero. Antíoco llevó cincuenta y cuatro elefantes a la batalla contra los romanos: con sus repetidas guerras y negociaciones con los príncipes de la India, en una ocasión llegó a tener hasta ciento cincuenta de aquellos grandes animales; pero es dudoso que el monarca más poderoso del Indostán llegase jamás a formar una línea de batalla con setecientos elefantes. En vez de los tres mil o cuatro mil elefantes que se suponía que tenía el Gran Mogol, Tavernier (*Voyages*, parte II, l. I, p. 198) sostuvo con mayor ahínco que sólo tenía quinientos para sus bagajes, y ochenta ó noventa para el intento de la guerra. Varían los griegos en cuanto al número que Poro trajo a

la formación, pero Quinto Curcio (VIII, 13), en esta ocasión juicioso y moderado, se contenta con ochenta y cinco elefantes, sobresalientes por su corpulencia y pujanza. En Siam, donde más abundan y se aprecian, dieciocho elefantes se consideran un número suficiente para cada una de las nueve divisiones de que consta el ejército. El número total de ciento sesenta y dos elefantes puede a veces duplicarse. *Hist. des voyages*, t. IX, p. 260. <<

[610] *Hist. August.*, p. 133. <<

[611] Ya advirtió Tillemont que Herodiano suele confundir la geografía. <<

[612] Moisés de Korén (*Hist. Armen.*, l. II, c. 71) ilustra esta invasión de Media con el triunfo de Cosroes, rey de Armenia, sobre Artajerjes, a quien persiguió hasta el confín de la India. Se han magnificado las hazañas de Cosroes, pues actuaba como aliado dependiente de los romanos. <<

[613] Para el relato de esta guerra, véase Herodiano, l. VI [c. 5], pp. 209 y 212. Los escribanos antiguos y los recopiladores modernos han ido siguiendo a ciegas la *Historia Augusta*. <<

[614] Eutiquio, t. II, p. 180, vers. Pocock. El gran Cosroes Nushirwan envió el código de Artajerjes a todos sus sátrapas, como norma invariable para su conducta. <<

[615] Véase en D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, la palabra *Ardshir*. Podemos notar que, tras el antiguo período de las fábulas y la larga temporada de tinieblas, empiezan las historias modernas de Persia a despejarse con visos de verdaderas con la dinastía de los Sasánidas. <<

[616] Herodiano, l. VI, p. 214. Amiano Marcelino, l. XXIII, c. 6. Varias diferencias pueden observarse entre los dos historiadores, efecto natural de los cambios ocurridos en un siglo y medio. <<

[617] Aún hoy los persas son hábiles jinetes, y sus caballos son los más bellos de todo el Oriente. <<

[618] De Herodoto, Jenofonte, Herodiano, Amiano, Chardin, etcétera, he ido extractando estas notas *probables* sobre la nobleza persa, que parecen propias de todos los siglos, y en particular del tiempo de los Sasánidas. <<

[619] Los filósofos modernos de Suecia coinciden en que las aguas del mar Báltico van disminuyendo regularmente como media pulgada [1,27 cm] al año. De esta manera, hace dos mil años el mar cubría las llanuras de Escandinavia y las sierras se distinguían sobre las aguas a manera de islas de varias dimensiones y trazas. Esta imagen de los extensos países del Báltico es la que nos han dado Mela, Plinio y Tácito. Véase en la *Bibliothèque raisonnée*, t. XL y XLV, un extracto extenso de *Historia de Suecia*, de Dalin, compuesta en sueco. <<

[620] En particular, Hume, el abate Dubos y Pelloutier, *Hist. des Celtes*, t. I. <<

[621] Diodoro de Sicilia, l. V, p. 340, ed. Wesseling. Herodiano, l. VI, p. 221. Jornandes, c. 55. En las orillas del Danubio, el vino que se traía a la mesa solía estar helado dentro de carámbanos llamados *frusta vini*. Ovidio, *Ep. ex Ponto*, l. IV, VII, IX y X. Virgilio, *Georg.* III, 355. Un militar y filósofo que ha experimentado el frío intenso de Tracia corrobora el hecho. Jenofonte, *Anabasis*, l. VII, p. 560, ed. Hutchinson. <<

[622] Buffon, *Hist. Naturelle*, t. XII, pp. 79, 116. <<

[623] Julio César, *De Bello Gall.* VI, 23 y ss. Los germanos más curiosos ignoraban sus más lejanas fronteras, incluso cuando algunos de ellos habían viajado más de sesenta jornadas. <<

[624] Cluver (*Germ. Ant.*, l. III, c. 47) va escudriñando las partes ya escasas y dispersas de la selva Hercinia. <<

[625] Charlevoix, *Hist. du Canada*. <<

[626] Olaus Rudbeck afirma que las mujeres suecas suelen criar diez, doce y, a veces, hasta veinte o treinta niños; pero se torna muy sospechosa la autoridad de Rudbeck. <<

[627] «In hos artus, in hæc corpora, quæ miramur, excrescunt.» Tácito, *Germ*., c. 20. Cluver, *Germania Antiqua*, l. I, c. 15. <<

[628] Plutarco, *Marius*. Por diversión, los cimbrios solían bajar por los montes nevados resbalando sobre sus escudos. <<

[629] Los romanos guerrearon en todos los climas y, gracias a su rigurosa disciplina, se mantenían sanos y briosos. Evidentemente, el hombre es el único ser vivo que prospera tanto en el ecuador como en el polo. En esta ventaja, el cerdo parece ser el que más se le acerca. <<

[630] Tácito, *Germ*., c. 3. Los galos emigraron en el sentido de la corriente del Danubio y llegaron a Grecia y Asia. Tácito sólo pudo hallar una escasa tribu con rastros de origen galo. <<

[631] Según el Dr. Keating (*Hist. of Ireland*, pp. 13-14), el gigante Partolón, quien era el hijo de Sera, el hijo de Esru, el hijo de Sru, el hijo de Framante, el hijo de Fataclam, el hijo de Magog, el hijo de Jafet, el hijo de Noé, arribó a la costa de Múnster el 14 de mayo del año del mundo 1978. Aunque su empresa fue un éxito, las liviandades de su mujer malograron en gran medida su vida interior, y lo destemplaron hasta el sumo grado de matar a su galgo predilecto. Éste, según advierte oportunamente el erudito historiador, fue el primer caso de infidelidad femenina conocido en Irlanda. <<

[632] Abulghazi Bahadur Khan, *Genealogical History of the Tartars*. <<

[633] Su obra intitulada *Atlantica* raramente es encontrada, pero Bayle extractó dos curiosos fragmentos. *République des Lettres*,

enero y febrero de 1685. <<

[634] Tácito, *Germ*., c. 19. «Litterarum secreta viri pariter ac feminæ ignorant.» Démonos por satisfechos con autoridad tan decisiva y evitemos contiendas enmarañadas sobre la antigüedad de la escritura rúnica. El erudito Celsio, humanista y filósofo sueco, opinaba que las letras romanas se reducían, con líneas curvas trocadas en rectas, para la facilidad del grabado. Véanse Pelloutier, *Hist. des Celtes*, l. II, c. 11 y *Dictionnaire Raisonné de la diplomatique*, t. 1, p. 223. Añadiremos que se supone que las inscripciones rúnicas más antiguas son del siglo III, y que el primer escritor que menciona los caracteres es Venancio Fortunato (*Carmina* VII, 18), quien vivió a fines del siglo VI: «Barbara fraxineis pingatur runa tabellis». <<

[635] [Cornelius de Pauw] *Recherches Philosophiques sur les Américains*, t. III, p. 228. El autor de esta curiosa obra, si no estoy equivocado, es alemán de nacimiento. <<

[636] El riguroso Cluver suele criticar al geógrafo alejandrino. <<

[637] Véanse Julio César, *De Bello Gall*. y J. Whitaker, *Hist. of Manchester*, t. I. <<

[638] Tácito, *Germ*., c. 15. <<

[639] Cuando los germanos ordenaron a los ubios de Colonia que rompiesen el yugo romano y, con la nueva libertad, volviesen a sus costumbres antiguas, insistieron en la demolición inmediata de los muros de la colonia. «Postulamus a vobis, muros coloniæ munimenta servitii detrahatis; etiam fera animalia, si clausa teneas, virtutis obliviscuntur» (Tácito, *Hist*. IV, 64). <<

[640] Las desparramadas aldeas de Silesia tienen muchas leguas de largo. Véase Cluver, *Germ. Ant*., l. I, c. 13. <<

[641] Fueron asomando algunas construcciones más arregladas junto al Rin y el Danubio 140 años después de Tácito.

Herodiano, l. VII, p. 234. <<

[642] Tácito, *Germ.*, c. 17. <<

[643] Tácito, *Germ.*, c. 5. <<

[644] Julio César, *De Bello Gall.* VI, 21. <<

[645] Tácito, *Germ.*, c. 26. Julio César, *De Bello Gall.* VI, 22. <<

[646] Tácito, *Germ.*, c. 6. <<

[647] Dícese que los mexicanos y los peruanos, sin uso de moneda ni hierro, habían progresado notablemente en las artes. Aquellas artes y los monumentos que produjeron se han magnificado excesivamente. Véase *Recherches Philosophiques sur les Américains*, t. II, p. 153 y ss. <<

[648] Tácito, *Germ.*, c. 15. <<

[649] Tácito, *Germ.*, c. 22-23. <<

[650] Tácito, *Germ.*, c. 24. Los germanos pudieron tomar las artes del juego de los romanos, pero esta pasión está entrañablemente internada en el pecho humano. <<

[651] Tácito, *Germ.*, c. 14. <<

[652] Plutarco, *Camill.*. Tito Livio V, 33. <<

[653] Dubos, *Hist. de l'Establissement de la Monarchie Françoise*, t. I, p. 193. <<

[654] La nación helvética, que dio a luz un país llamado Suiza, contenía quinientas sesenta y ocho mil personas de toda edad y sexo (Julio César, *De Bello Gall.* I, 29). En nuestros días, el número de habitantes del cantón Vaud (pequeño distrito sobre las márgenes del lago Leman mucho más culto que industrial) asciende a ciento doce mil quinientos noventa y uno. Véase un excelente tratado de Muret en *Mémoires de la Société de Berne*. <<

[655] Pablo Diácono, c. 1-3. Maquiavelo, Dávila y demás

seguidores de Pablo presentan estas emigraciones como medidas mucho más concertadas y sistemáticas. <<

[656] William Temple y Montesquieu han explayado sus fantasías sobre este punto con su acostumbrada brillantez. <<

[657] Maquiavelo, *Hist. di Firenze*, l. I. Mariana, *Hist. de Rebus Hispaniæ*, l. V, c. 1. <<

[658] Robertson, *Life of Charles V*. Hume, *Political Essays*. <<

[659] Tácito, *Germ.*, c. 44-45. Frenshemius (quien dedicó su suplemento de Tito Livio a la reina Cristina de Suecia) cree conveniente disgustarse con el romano que cometió tal desacato hacia los reinos del norte. <<

[660] ¿No cabe sospechar que la superstición es generadora del despotismo? Se supone que los descendientes de Odín (cuya alcurnia se extinguió sólo a partir del año 1060) reinaron en Suecia más de mil años. El templo de Upsala era el antiguo solio de la religión y del imperio. Una ley del año 1153 resulta extrañísima: se veda el uso y la profesión de las armas a todos menos a la guardia del rey. ¿No es posible que la hayan disfrazado con el pretexto de revivir alguna institución antigua? Véase la *Historia de Suecia*, de Dalin, en *Bibliothèque raisonnée*, t. XL y XLV. <<

[661] Tácito, *Germ.*, c. 43. <<

[662] Tácito, *Germ.*, c. 11-13 y ss. <<

[663] Grocio transforma la expresión de Tácito *pertractantur* en *prætractantur*. La enmienda es tan justa como ingeniosa. <<

[664] Hasta en nuestro antiguo Parlamento, los barones solían dominar una votación no tanto con el número de los votantes, sino con su comitiva armada. <<

[665] Julio César, *De Bello Gall.* VI, 23. <<

[666] *Minuunt controversias* es una expresión muy acertada de

Julio César. <<

[667] «Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt» (Tácito, *Germ*., c. 7). <<

[668] Cluver, *Germ. Ant*., l. I, c. 38. <<

[669] Julio César, *De Bello Gall*. VI, 22. Tácito, *Germ*., c. 26. <<

[670] Tácito, *Germ*., c. 7. <<

[671] Tácito, *Germ*., c. 13-14. <<

[672] Montesquieu, *L'Esprit des Loix* XXX, 3; pero el abate de Mably aplaca los grandiosos ímpetus de Montesquieu con sus despejados razonamientos en *Observations sur l'histoire de France*, t. 1, p. 356. <<

[673] «Gaudent muneribus, sed nec data imputant, nec acceptis obligantur» (Tácito, *Germ*., c. 21). <<

[674] La adúltera era paseada por la aldea mientras se la azotaba. Ni su riqueza ni su hermosura podían inspirar la compasión o procurarle un segundo marido, Tácito, *Germ*., c. 18-19. <<

[675] Ovidio emplea 200 versos en su reseña de los sitios más adecuados para el galanteo y considera que el teatro es el lugar que mejor ha sabido reunir las beldades de Roma, infundiéndoles dulzura y sensualidad. <<

[676] Tácito, *Hist*. IV, 61 y 65. <<

[677] El regalo de boda era una yunta de bueyes, caballos y armas. Tácito (*Germ*., c. 18) se explaya floridamente sobre el asunto. <<

[678] El cambio de *exigere* en *exugere* es una enmienda muy acertada. <<

[679] Tácito, *Germ*., c. 7. Plutarco, *Marius*. Antes que las teutonas se mataran con sus hijos, habían ofrecido rendirse con la condición de ser esclavas de las vírgenes vestales. <<

[680] Sobre este punto enmarañado, Tácito se ciñe a poquísimos renglones, pero Cluver se explaya en ciento veinticuatro páginas. El primero descubre en Germania a los dioses de Grecia y Roma; el segundo da por sentado que, bajo los emblemas del sol, la luna y el fuego, sus devotos antepasados adoraban a la trinidad en la unidad. <<

[681] La selva sagrada que describe Lucano con sublime horror estaba junto a Marsella, pero había muchas similares en Germania. <<

[682] Tácito, *Germ.*, c. 7. <<

[683] Tácito, *Germ.*, c. 40. <<

[684] Véase Robertson, *Life of Charles V*, t. 1, nota 10. <<

[685] Tácito, *Germ.*, c. 7. Estos estandartes sólo consistían en las cabezas de fieras salvajes. <<

[686] Véase un caso de aquella costumbre en Tácito, *Annal.* XIII, 57. <<

[687] Julio César, Diodoro y Lucano atribuyen esta doctrina a los galos, pero Pelloutier (*Hist. des Celtes*, l. III, c. 18) se afana en acotar sus expresiones a un sentido más ortodoxo. <<

[688] Sobre la tosca pero tentadora doctrina del *Edda*, véase la fábula XX en la curiosa versión de este libro publicada por Mallet en su *Introduction à l'Hist. du Dannemarc*. <<

[689] Véase Tácito, *Germ.*, c. 3. Diodoro de Sicilia, l. V. Estrabón, l. IV, p. 197. El lector clásico recordará el predicamento de Demódoco en la corte feacia y el arrojo infundido por Tirteo a los espartanos ya desmayados. Sin embargo, es poco probable que griegos y germanos conformasen un mismo pueblo. Se evitarían muchas vacuidades eruditas si se tuviese en cuenta que, al experimentar situaciones similares, se producen costumbres similares. <<

[690] «Missilia spargunt» (Tácito, *Germ.*, c. 6). O el historiador usó una expresión vaga o dio a entender que las lanzaban al azar. <<

[691] Éste era el distintivo principal de los sármatas, quienes generalmente peleaban a caballo. <<

[692] El relato de esta empresa se condensa en gran parte de los libros IV y V de Tácito, *Hist.*, y sobresale más por su elocuencia que por su perspicacia. Henry Saville ha notado algunos deslices. <<

[693] Había perdido un ojo como ellos. Tácito, *Hist.* IV, 13. <<

[694] El país estaba encajonado entre los dos brazos del antiguo Rin, y subsistió hasta que la naturaleza y el arte se toparon para variar su aspecto. Véase Cluver, *Germ. Ant.*, l. III, c. 30 y 37. <<

[695] Julio César, *De Bello Gall.* VI, 23. <<

[696] Sin embargo, en los siglos IV y V, Amiano Marcelino, Nazario, Claudiano y otros las mencionaban como tribu de los francos. Véase Cluver, *Germ. Ant.*, l. III, c. 13. <<

[697] *Urgentibus* es el significado corriente, pero, con buen criterio, Lipsio y algunos manuscritos se declaran por *Vergentibus*. <<

[698] Tácito, *Germ.*, c. 33. El devoto abate de la Bléterie se enfada con Tácito; entre otras cosas, dice que, desde el principio, el matador fue un diablo. <<

[699] Asoman rastros de este sistema en Tácito y Dion Casio, y muchos más se deducen de los impulsos de la naturaleza humana. <<

[700] *Hist. August.*, p. 51. Amiano Marcelino, l. XXXI, c. 5. Aurelio Víctor. El emperador Marco tuvo que vender las alhajas del palacio y se vio obligado a alistar esclavos y bandoleros. <<

[701] Los marcomanos, colonia que desde la margen del Rin

abarcaba la Bohemia y Moravia, llegaron a encumbrar una monarquía crecida y formidable con su rey Marobodo. Véase Estrabón, l. VII, p. 290. Veleyo Patérculo II, 108. Tácito, *Annal.* II, 63. <<

[702] Wotton (*Hist. of Rome*, p. 166) aumenta diez veces la distancia. Sus argumentos son brillantes, pero no concluyentes. Dos leguas [9,66 km] aproximadamente eran más que suficientes para una valla fortificada. <<

[703] Dion Casio, l. LXXI-LXXII. <<

[704] Véase una excelente disertación sobre el origen y las emigraciones de las naciones en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XVIII, pp. 48 y 71. Excepcionalmente logran hermanarse el historiador y el filósofo. <<

[705] ¿Cabe presuponer que Atenas tenía sólo veintiún mil ciudadanos y Esparta, menos de cuarenta mil? Véanse Hume y Wallace sobre el número del linaje humano en los tiempos antiguos y modernos. <<

[706] La expresión, usada por Zósimo y Zonaras, puede significar que Marino mandaba una centuria, una cohorte o una legión. <<

[707] Al no ser puramente accidental, su nacimiento en Bubalia, pequeña aldea de Panonia (Eutropio, IX. Aurelio Víctor, *De Cæsar*. y [Pseudo Aurelio Víctor] *Epitome*), parece contradecir su supuesta descendencia de los Decios. Durante 600 años, la nobleza recayó en los Decios; pero al principio de aquel período sólo eran plebeyos esclarecidos, de los primeros que participaron en el consulado con los altaneros patricios. *Plebeiæ Deciorum animæ*, etc. Juvenal, *Sat*. VIII, 254. Véase el razonamiento brioso de Decio en Tito Livio X, 9-10. <<

[708] Zósimo, l. I [c. 22], p. 20. Zonaras, l. XII, p. 624. <<

[709] Véanse los prólogos de Casiodoro y Jornandes: es llamativo que se haya omitido el último en la excelente edición publicada por Grocio de los escritores godos. <<

[710] Bajo la autoridad de Ablavio, Jornandes (*De Reb. Geticis*, c. 4) cita algunas crónicas godas en verso. <<

[711] Jornandes, c. 3. <<

[712] Véanse en Grocio, *Prolegomena ad Hist. Gotthorum…* algunos extractos extensos de Adán de Bremen y Saxo Gramático. El primero escribió en 1077; el segundo, por el año 1200. <<

[713] Voltaire, *Hist. de Charles XII*, l. III. Cuando los austríacos solicitaban el auxilio de Roma contra Gustavo Adolfo, tiznaron siempre a aquel conquistador como sucesor en línea recta de Alarico. Harte, *Hist. of Gustavus*, t. II, p. 123. <<

[714] Véase Adán de Bremen *apud* Grocio, *Prolegomena ad Hist. Gotthorum…*, p. 104. El templo de Upsala quedó asolado por Ingo, rey de Suecia, cuyo reinado se inició en 1075. Luego de 80 años se levantó una catedral cristiana sobre sus escombros. Véase la Historia de Suecia escrita por Dalin, en *Bibliothèque raisonnée*. <<

[715] Mallet, *Introduction à l'Hist. du Dannemarc*. <<

[716] Mallet (c. IV, p. 55) ha ido recogiendo de Estrabón, Plinio, Ptolomeo y Esteban de Bizancio los rastros de aquella ciudad y su población. <<

[717] A esta portentosa expedición de Odín —que, deduciendo la enemistad entre godos y romanos de tan memorable causa, proporcionó el grandioso cimiento para un poema épico— no cabe considerársela como una historia auténtica. Según el sentido más obvio del *Edda* y la interpretación de los críticos más atinados, el significado de Asgard no remite a una ciudad

concreta de la Sarmacia asiática, sino que apela a la morada mística de los dioses, el Olimpo de la Escandinavia, de donde suponen que descendió el profeta para anunciar su nueva religión a las naciones godas, ya asentadas en la parte meridional de Suecia. <<

[718] Tácito, *Germ*., c. 44. <<

[719] Tácito, *Annal.* II, 62. Si cupiese certeza positiva sobre la navegación de Piteas de Marsella, tendríamos que considerar que los godos atravesaron el Báltico, cuando menos, trescientos años antes de Cristo. <<

[720] Ptolomeo, l. II. <<

[721] Se fundaron con las colonias germanas que iban siguiendo las armas de los caballeros teutones. Aquellos aventureros completaron la conquista y conversión de Prusia en el siglo XIII. <<

[722] Plinio el Viejo (*Nat. Hist.* IV, 14) y Procopio (*De Bello Vandal.*, l. I, c. 1) concuerdan en esta opinión. Vivieron en siglos diversos y se valieron de medios muy diferentes en pos de la verdad. <<

[723] Los *ostrogodos* y *visigodos*, es decir, los godos orientales y los occidentales, obtuvieron estas denominaciones de su diverso asentamiento en Escandinavia. En todas sus marchas y establecimientos posteriores, fueron conservando, con sus nombres, la misma situación relativa. En su primera partida de Suecia, la pequeña colonia cupo en tres bajeles. El tercero, pesadísimo, se fue rezagando y su tripulación, que después devino en una nación entera, tomó por aquella particularidad el apodo de gépidos o rezagados. Jornandes, c. 17. <<

[724] Véase un fragmento de Pedro el Patricio en *Excerpta Legationum*, y en cuanto a la fecha probable acúdase a

Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 346. <<

[725] «Omnium harum gentium insigne, rotunda scuta, breves gladii, et erga reges obsequium» (Tácito, *Germ.*, c. 45). Probablemente los godos adquirieron el hierro con el comercio del ámbar. <<

[726] Jornandes, c. 13-14. <<

[727] Los hérulos y los uregundos o borgoñeses se hallan mencionados particularmente. Véase Mascou, *Hist. des Germains*, l. V. Un pasaje de la *Historia Augusta* (p. 28) parece aludir a la gran emigración. La guerra marcomana resultó en parte del empuje de las tribus bárbaras, que iban huyendo de otras tribus bárbaras más septentrionales. <<

[728] D'Anville, *Géographie Ancienne*, y la tercera parte de su incomparable mapa de Europa. <<

[729] Tácito, *Germ.*, c. 46. <<

[730] Cluver, *Germ. Ant.*, l. III, c. 43. <<

[731] Los venedos, los eslavos y los antes eran grandes tribus del mismo pueblo. Jornandes, c. 24. <<

[732] Tácito merece seguramente este título, y hasta su cauteloso miramiento comprueba su esmerado ahínco. <<

[733] *Genealogical Hist. of the Tartars*, p. 593. Bell (t. II, p. 379) atravesó Ucrania en su viaje de Petersburgo a Constantinopla. El aspecto moderno del país es un retrato cabal del antiguo, puesto que en manos de los cosacos aún permanece en su estado de naturaleza. <<

[734] En el capítulo 16 de Jornandes, nos atreveríamos a sustituir *secundo Mæsiam* por *secundam*, la segunda Mesia, cuya capital era efectivamente Marcianópolis (véase Hiérocles, *De Provinciis* y Wesseling, *ad loc.*, p. 636 *Itiner. Hierosolym.*). Es sorprendente que un error tan palpable del escribiente haya podido ocultarse

entre las enmiendas atinadas de Grocio. <<

[735] El sitio se llama todavía Nicópolis. El arroyuelo, en cuya margen se hallaba, desagua en el Danubio. D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. 1, p. 307. <<

[736] Esteban de Bizancio, *De Urbibus*, p. 740. Wesseling, *Itiner. Hierosolym*., p. 136. Zonaras, por una equivocación antigua, atribuye la fundación de Filipópolis al antecesor inmediato de Decio. <<

[737] Amiano Marcelino XXXI, 5. <<

[738] Aurelio Víctor [*De Cæsar*.], c. 29. <<

[739] *Victoriæ Carpicæ*. Esta inscripción sobre algunas medallas de Decio denota aquella ventaja. <<

[740] Claudio, que luego reinó tan gloriosamente, estaba en el desfiladero de las Termópilas con doscientos dárdanos, cien caballos de línea, ciento sesenta ligeros, sesenta flecheros cretenses y mil reclutas bien armados. Véase una carta original del emperador a su oficial en la *Hist. August*., p. 200 [Trebelio Polión, *Claud*., c. 16]. <<

[741] Jornandes, c. 16-18. Zósimo, l. I [c. 22], p. 22. En el relato general de aquella guerra, fácilmente se descubren las posiciones encontradas del escritor godo y del griego, asemejándose tan sólo en su desaliño. <<

[742] Montesquieu (*Grandeur et Decadence des Romains*, c. VIII) ilustra la naturaleza y el ejercicio de la censura con su acostumbrado ingenio y precisión. <<

[743] Vespasiano y Tito fueron los últimos censores (Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. VII, 49. Censorino, *De Die Natali*). La modestia de Trajano lo incitó a rehusar la grandeza a la que era acreedor, y su ejemplo tuvo fuerza de ley para los Antoninos. Véase Plinio el Joven, *Panegyr*., c. 45 y 60. <<

[744] A pesar de esta exención, Pompeyo compareció ante aquel tribunal en su consulado. El evento fue tan extraño como honorífico. Véase la vida de Pompeyo en Plutarco, [c. 22] p. 630. <<

[745] Véase la arenga original en *Hist. August.*, pp. 173 y 174 [Trebelio Polión, c. 2]. <<

[746] El apuro pudo equivocar a Zonaras (l. XII, p. 625), quien supone que Valeriano ya era compañero declarado de Decio. <<

[747] *Hist. August.*, p. 174 [Trebelio Polión, c. 1]. La contestación del emperador es omitida. <<

[748] Por ejemplo, el empeño de Augusto en reformar las costumbres. Tácito, *Annal.* III, 24. <<

[749] Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 598. Zósimo y algunos de sus seguidores confunden el Danubio con el Tanais [actual Don], y colocan el campo de batalla en las llanuras de Escitia. <<

[750] Aurelio Víctor cuenta dos acciones diversas para la muerte de ambos Decios, pero he preferido el relato de Jornandes. <<

[751] Me atrevo a copiar de Tácito (*Annal.* I, 64) la descripción de semejante batalla entre un ejército romano y una tribu germana. <<

[752] Jornandes, c. 18. Zósimo, l. I [c. 23], p. 22. Zonaras, l. XII [c. 20], p. 627. [Pseudo] Aurelio Víctor [*Epitome*, c. 29]. <<

[753] Los Decios fenecieron a fines del año 251, y los nuevos príncipes tomaron posesión del consulado en enero del año siguiente. <<

[754] La *Historia Augusta* (p. 223 [Vopisco, c. 42]) les da un lugar honorífico entre el corto número de emperadores recomendables que reinaron desde Augusto hasta Diocleciano. <<

[755] «Hæc ubi Patres comperere… decernunt» (Aurelio Víctor, *De Cæsar.*, c. 30). <<

[756] Zonaras, l. XII [c. 21], p. 628. <<

[757] Una *sella*, una *toga* y una *patera* de oro del peso de cinco libras [2,27 kg] fueron aceptadas con gozoso agradecimiento por el opulento rey de Egipto (Tito Livio XXVII, 4). «Quina millia æris», el peso de cobre del valor de unos mil reales solía ser el regalo hecho a los embajadores extranjeros (Tito Livio XXXI, 9). <<

[758] Véase la entereza de un general romano hasta el tiempo de Alejandro Severo en *Excerpta Legat.*, p. 25, ed. Louvre. <<

[759] En cuanto a la peste, véase Jornandes, c. 19, y Aurelio Víctor, *De Cæsar.* <<

[760] Zósimo (l. I, pp. 23-24) aporta esos cargos inverosímiles. <<

[761] Jornandes, c. 19. Por lo menos, el escritor godo dio cuenta de la paz que sus paisanos victoriosos habían jurado a Galo. <<

[762] Zósimo, l. I, pp. 25-26. <<

[763] Aurelio Víctor, *De Cæsar.* [c. 30]. <<

[764] Zonaras, l. XII, p. 628. <<

[765] Banduri, *Numismata Imperatorum Romanorum*, p. 94. <<

[766] Eutropio (l. IX, c. 6) utiliza la expresión «tertio mense». Eusebio directamente omite a este emperador. <<

[767] Zósimo, l. I, p. 28. Eutropio y Víctor colocan al ejército de Valeriano en Recia. <<

[768] Tenía alrededor de setenta años en el trance de su advenimiento o, como es más probable, de su muerte. Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 893, n. 1. <<

[769] «Inimicus tyrannorum» (*Hist. August.*, p. 173). En la esclarecida disputa del Senado contra Maximino Valeriano

estuvo muy animoso. *Hist. August.*, p. 156. <<

[770] Según la distinción de Víctor, parece que recibió el título de *Imperator* por el ejército y el de Augusto por el Senado. <<

[771] Tillemont deduce muy detenidamente de Víctor y de las medallas (*Hist. des Empereurs*, t. III, p. 710) que Galieno fue asociado al Imperio en el mes de agosto del año 253. <<

[772] Se idearon varios sistemas para explicar un trabajoso pasaje de Gregorio de Tours, l. I, c. 9. <<

[773] El geógrafo de Ravena (l. II), al mencionar como antiguo asiento de los francos a *Mauringania*, sobre la frontera de Dinamarca, sacó a luz un sistema ingenioso de Leibnitz. <<

[774] Véanse Cluver, *Germ. Ant.*, l. III, c. 20 y Freret, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XVII. <<

[775] Muy probablemente bajo el reinado de Gordiano, por una circunstancia accidental ampliamente explicada por Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. III, pp. 710 y 1181). <<

[776] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* XVI, 1. Los panegiristas suelen aludir a los pantanos de los francos. <<

[777] Tácito, *Germ.*, c. 30, 37. <<

[778] En períodos posteriores, gran parte de estos antiguos nombres fueron eventualmente mencionados. Véase, por ejemplo, Cluver, *Germ. Ant.*, l. III. <<

[779] Simler, *De Republica Helvetiorum (cum notis Fuselin)*. <<

[780] Zósimo, l. I, p. 27. <<

[781] Brequigny (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXX) nos ha dado una curiosa Vida de Póstumo. Se planeó varias veces una serie de la *Historia Augusta* sobre las medallas e inscripciones, y todavía hace falta. <<

[782] Aurelio Víctor, c. 33. En lugar de *pœne direpto*, el sentido y

la expresión están requiriendo *deleto*; aunque en verdad, por razones muy diversas, enmendar el texto de los buenos escritores es tan difícil como hacerlo con el de los mediocres. <<

[783] En tiempo de Ausonio (a fines del siglo IV) Ilerda o Lérida se hallaba en estado muy ruinoso (Ausonio, *Ep*. XXV, 8) como consecuencia, probablemente, de aquella invasión. <<

[784] Por lo tanto, Valesio se equivoca al suponer que los francos habían invadido España por mar. <<

[785] Aurelio Víctor. Eutropio IX, 6. <<

[786] Tácito, *Germ*., c. 38. <<

[787] Cluver, *Germ. Ant*. III, 25. <<

[788] «Sic Suevi a cæteris Germanus, sic Suevorum ingenui, a Servis separantur.» ¡Altanero deslinde! <<

[789] Julio César, *De Bello Gall*. IV, 7. <<

[790] Aurelio Víctor, *De Cæsar*. [c. 21]. Dion Casio, LXVII [c. 13], p. 1350. <<

[791] Esta etimología —muy diferente de las que suelen embelesar la fantasía de los eruditos— se conserva en Asinio Cuadrato, historiador original citado por Agathias, l. I, c. 5. <<

[792] Los suevos embistieron a César por este rumbo, y la maniobra mereció la aprobación del vencedor (*De Bello Gall*. I, 48). <<

[793] *Hist. August*., pp. 215-216 [Vopisco, c. 18, 21]. Déxipo, en *Excerpta Legat*., p. 8. San Jerónimo, *Chron*. Orosio VII, 22. <<

[794] Zósimo, l. I, p. 34. <<

[795] Véase Aurelio Víctor, acerca de Galieno y Probo. De sus quejas están brotando sumos ímpetus de libertad. <<

[796] Zonaras, l. XII, p. 631. <<

[797] Uno de los Víctores lo llama rey de los marcomanos; el otro,

de los germanos. <<

[798] Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 398 y ss. <<

[799] Véanse las vidas de Claudio, Aurelio y Probo en la *Historia Augusta*. <<

[800] Tiene media legua [2,4 km] de ancho. Abulghazi Bahadur Khan, *Genealogical Hist. of the Tartars*, p. 598. <<

[801] Peyssonel (que había sido cónsul francés en Caffa), *Observations sur les Peuples Barbares, qui ont habité les bords du Danube*. <<

[802] Eurípides, *Ifigenia en Táuride*. <<

[803] Estrabón, l. VII, p. 309. Los primeros reyes del Bósforo eran aliados de Atenas. <<

[804] Apiano, *Mithridatica*. <<

[805] Quedó sometido con las armas de Agripa. Orosio VI, 21. Eutropio VII, 9. En una ocasión, los romanos llegaron a internarse hasta tres marchas más allá del Tanais. Tácito, *Annal.* XII, 17. <<

[806] Véase Luciano, *Toxaris*, si cabe admitir la sinceridad y las virtudes del escita, que refiere una guerra grandiosa de su nación contra los reyes del Bósforo. <<

[807] Zósimo, l. I, p. 28. <<

[808] Estrabón, l. VI. Tácito, *Hist.* III, 47. Ambos autores los llamaban *camarœ*. <<

[809] Véase una natural descripción de la navegación del Euxino en la carta XVI de Tournefort. <<

[810] Arriano coloca la guarnición fronteriza en Dioscurias o Sebastópolis a cuarenta y cuatro millas [70,8 km] al este de Pitio. La guarnición del Fasis se reducía, en su tiempo, a cuatrocientos infantes. Véase Arriano, *Periplus Ponti Euxini*. <<

[811] Zósimo, l. I, p. 30. <<

[812] Arriano (p. 130) gradúa la distancia en dos mil seiscientos diez estadios [525 km]. <<

[813] Jenofonte, *Anabasis*, l. IV [c. 8, 22], p. 348. <<

[814] Arriano, p. 129. La observación general es de Tournefort. <<

[815] Véase una carta de Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesárea, citada por Mascou (V, 37). <<

[816] Zósimo, l. I [c. 33], pp. 32-33. <<

[817] *Itiner. Hierosolym.*, p. 572, editado por Wesseling. <<

[818] Zósimo, l. I [c. 35], pp. 32-33. <<

[819] Sitió la plaza con cuatrocientas galeras, ciento cincuenta mil infantes y crecida caballería. Véase la vida de Lúculo en Plutarco [c. 9]. Apiano, *Mithridat*. Cicerón, *Pro Lege Manilia*, c. 8. <<

[820] Estrabón, l. XII, p. 573. <<

[821] Pocock, *Description of the East*, l. II, c. 23-24. <<

[822] Zósimo, l. I [c. 35], p. 33. <<

[823] Sincelo (p. 382, ed. París) refiere una historia ininteligible del príncipe Odenato, que derrotó a los godos, ¿y fue asesinado por el príncipe Odenato? <<

[824] Chardin, *Voyage*, t. I, p. 45. Chardin navegó con los turcos de Constantinopla a Caffa. <<

[825] Sincelo (p. 382) sostiene que esta expedición fue emprendida por los hérulos. <<

[826] Estrabón, l. XI, p. 495. <<

[827] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. III, 7. <<

[828] *Hist. August.*, p. 181. Aurelio Víctor, c. 33. Orosio VII, 42. Zósimo, l. I [c. 39], p. 35. Zonaras, l. XII [c. 26], p. 635.

Sincelo, p. 382 [t. 1, p. 717, ed. Bonn]. Hay que poner sumo ahínco para ir despejando y hermanando los escasos apuntes. Se rastrea la parcialidad de Dexipo en el relato de sus propias hazañas y las de sus paisanos. <<

[829] Sincelo, p. 382. El cuerpo de los hérulos fue por largo tiempo leal y famoso. <<

[830] Claudio, que estaba comandando sobre el Danubio, discurría con tino y ejecutaba con arrojo, pero su compañero envidiaba su nombradía. *Hist. August.*, p. 181. <<

[831] Jornandes, c. 20. <<

[832] Zósimo y los griegos (como el autor de *Philopatris*) denominan escitas a aquellos que Jornandes y los escritores latinos llaman invariablemente godos. <<

[833] *Hist. August.*, p. 178. Jornandes, c. 20. <<

[834] Estrabón, l. XIV, p. 640; Vitruvio, l. I, c. 1 y l. VII, præfat.; Tácito, *Annal*. III, 61; Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XXXVI, 14. <<

[835] El largo del templo de San Pedro es de ochocientos cuarenta palmos romanos; cada palmo serían unas nueve pulgadas inglesas [22,8 cm]. Véase Greaves, *Miscelanies*, t. 1, p. 233, sobre el pie romano. <<

[836] Sin embargo, la política romana indujo a estrechar los ámbitos del santuario o asilo, que con repetidos privilegios se habían ido extendiendo hasta dos estadios [402 m] alrededor del templo. Estrabón, l. XIV, p. 641. Tácito, *Annal*. III, 60 y ss. <<

[837] No tributaban sacrificios a los dioses griegos. Véase Gregorio el Taumaturgo, *Ep*. <<

[838] Zonaras, l. XII, p. 655. Semejante anécdota era muy apropiada al gusto de Montaigne, quien la emplea en su ameno ensayo sobre la pedantería [*Essais*], l. I, c. 24. <<

[839] Moisés de Korén, l. II, c. 71, 73 y 74. Zonaras, l. XII, p. 628.

El auténtico relato del historiador armenio lleva a despejar las turbias noticias del griego. Este último habla de los hijos de Tirídates, quien por entonces era sólo un niño. <<

[840] *Hist. August.*, p. 191. Como Macriano era enemigo de los cristianos, lo acusaron de hechicero. <<

[841] Zósimo, l. I, p. 33. <<

[842] *Hist. August.*, p. 174. <<

[843] Aurelio Víctor, *De Cæsar*. Eutropio IX, 7. <<

[844] Zósimo, l. I, p. 33. Zonaras, l. XII, p. 630. Pedro el Patricio, en *Excerpta Legat.*, p. 29. <<

[845] *Hist. August.*, p. 185. En esta colección, el reinado de Ciríades se presenta antes que la muerte de Valeriano; pero he preferido una sucesión de acontecimientos más racional a la cronología dudosa de un soñoliento escritor. <<

[846] El saqueo de Antioquía, anticipado por algunos historiadores, queda asignado, con el testimonio decisivo de Amiano Marcelino (XXIII, 5), al reinado de Galieno. <<

[847] Zósimo, l. I [c. 36], p. 35. <<

[848] Juan Malala, t. 1, p. 391 [ed. Oxon.; p. 127, ed. Ven.; p. 296, ed. Bonn]; aunque con circunstancias fabulosas daña un suceso probable. <<

[849] Zonaras, l. XII, p. 630. Valles enteros estaban repletos de cadáveres; infinidad de prisioneros eran pastoreados al agua a manera de grey, y muchos fenecieron por falta de alimento. <<

[850] Zósimo (l. I, p. 25) afirma que Sapor, anteponiendo el despojo a la conquista, malogró el mantenerse como dueño de Asia. <<

[851] Pedro el Patricio, en *Excerpta Legat.*, p. 29. <<

[852] «Syrorum agrestium manu» (Sexto Rufo, c. 23). Rufo

Víctor, en la *Hist. August.* (p. 192), y varias inscripciones concuerdan en que Odenato era ciudadano de Palmira. <<

[853] Gozaba de tanta confianza con las tribus errantes que Procopio (*De Bello Persico*, l. II, c. 5) y Juan Malala (t. 1, p. 391) lo llaman príncipe de los sarracenos. <<

[854] Pedro el Patricio, p. 25. <<

[855] El lamento de escritores paganos, el ultraje cristiano, las desgracias de Valeriano; varios testimonios que Tillemont reúne esmeradamente (*Hist. des Empereurs*, t. III, p. 739, etc.). Tanto escasea la historia oriental anterior a Mahoma que los persas modernos ignoran totalmente la victoria de Sapor, acontecimiento tan ilustre para su nación. Véase la *Bibliothèque Orientale*. <<

[856] Una de aquellas cartas es de Artavasdes, rey de Armenia; pero, como que en ese tiempo Armenia era provincia de Persia, el rey, el reino y la carta tienen que ser apócrifos. <<

[857] Véase su vida en la *Hist. August*. <<

[858] Nos queda todavía un hermoso epitalamio compuesto por Galieno para las nupcias de sus sobrinos:

Ite, ait, O Juvenes, pariter surdate medullis

Omnibus, inter vos; non murmura vestra columbæ,

Brachia non hederæ, non vincant oscula conchæ. <<

[859] Estuvo dispuesto a llevar a Plotino a una ciudad arruinada de Campania para esbozar un ensayo de la *República* de Platón. Véase la *Vida de Plotino*, relatada por Porfirio, en Fabricio, *Bibliotheca Græca*, l. IV. <<

[860] Una medalla con la cabeza de Galieno confunde a los entendidos por su leyenda y su verso; la primera, *Gallienæ Augustæ*, y el último, *Ubique Pax*. Spanheim supone que el cuño se estampó por algún enemigo de Galieno, con los visos de una

sátira amarga contra aquel príncipe afeminado. Pero, como la ironía seguramente era indecorosa para la gravedad del cuño romano, Tillemont ha deducido, por un pasaje de Trebelio Polión (en *Hist. August*., p. 198), una solución tan ingeniosa como natural: Galiena era prima hermana del emperador y mereció el título de Augusta por liberar a África del usurpador Celso. En una medalla de la Colección Real de Francia se lee una inscripción parecida en torno de la cabeza de Marco Aurelio referida a Faustina Augusta. En cuanto al *Ubique Pax*, se explica obviamente por la vanidad de Galieno, que tal vez se valió de una calma pasajera para el intento. Véase *Nouvelles de la République des Lettres*, enero, 1700, pp. 21-34. <<

[861] Considero que nos ha llegado muy favorecido aquel carácter. Fue breve y atropellado el reinado de su inmediato sucesor, y los historiadores que escribieron antes del encumbramiento de la familia de Constantino no podían tener el más mínimo interés en tiznar a Galieno. <<

[862] Polión se muestra ansioso en completar aquel número. <<

[863] Es dudoso el sitio de su reinado; pero había cabida en el Ponto para un tirano y nos constan los otros parajes. <<

[864] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. III, p. 1163) los cuenta con alguna diferencia. <<

[865] Véase el discurso de Mario en la *Hist. August*., p. 197 [Trebelio Polión, *XXX Tyranni* Marius]. La casual coincidencia de nombres fue lo único que pudo mover a Polión a imitar a Salustio. <<

[866] «Vos, o Pompilius sanguis» es el arranque de Horacio con los Pisones. Véase *De Arte Poetica* 292, con las notas de Dacier y de Sanadon. <<

[867] Tácito, *Annal*. XV, 48. *Hist*. I, 15. En el primero de estos

dos fragmentos, cabe trocar *paterna* por *materna*. En las generaciones que mediaron desde Augusto hasta Alejandro Severo, siempre fueron asomando uno o más Pisones en el Consulado. Augusto juzgó a un Pisón merecedor del trono (Tácito, *Annal*. I, 13). Otro encabezó una conspiración formidable contra Nerón. Luego, un tercero fue prohijado y proclamado César por Galba. <<

[868] *Hist. August*., p. 195. Parece que el Senado, en el ímpetu de su entusiasmo, dio por sentada la aprobación de Galieno. <<

[869] *Hist. August*., p. 196. <<

[870] La asociación del valeroso palmireño fue el acto más popular de todo el reinado de Galieno. *Hist. August*., p. 180. <<

[871] Galieno había conferido los títulos de César y Augusto a su hijo Salonino, muerto en Colonia por el usurpador Póstumo. Un segundo hijo de Galieno sucedió en el nombre y en la jerarquía al mayor. Valeriano, el hermano de Galieno, quedó también asociado al Imperio; varios otros hermanos, sobrinos y sobrinas del emperador componían una familia real muy crecida. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, y Brequigny, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXXII, p. 262. <<

[872] *Hist. August*., p. 188. <<

[873] Regiliano tenía a algunos roxolanos en su servicio; Póstumo, un cuerpo de francos. Tal vez éstos se introdujeron bajo el concepto de auxiliares en España. <<

[874] En la *Historia Augusta* (p. 177) se usa la expresión «servile bellum». Véase Diodoro Sículo, I 34. <<

[875] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*., V, 10. <<

[876] Diodoro Sículo, I. 17 [c. 52], p. 590, ed. Wesseling. <<

[877] Véase una curiosa carta de Adriano en la *Historia Augusta* [Vopisco, *Saturn*.., c. 8], p. 245. <<

[878] Como la matanza sacrílega de un gato divino. Véase Diodoro de Sicilia, l. I [c. 83]. <<

[879] *Hist. August.*, p. 195. Aquella tremenda y extensa sedición tuvo por principio una trifulca con un soldado y un paisano sobre un par de zapatos. <<

[880] Dionisio, en Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. V, c. 7, p. 21. Amiano Marcelino XXII, 16. <<

[881] Escalígero, *Thesaurus Temporum Complectens Eusebii Chronicon*, p. 258. Además véanse tres disertaciones de Bonamy en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. IX. <<

[882] Estrabón, l. XII, p. 569. <<

[883] *Hist. August.*, p. 197 [XXIV, 25]. <<

[884] Véase Celario, *Geographia Antiqua*, t. II, p. 137, sobre el límite de Isauria. <<

[885] *Hist. August.*, p. 177 [XXIII, 5]. <<

[886] *Hist. August.*, p. 177. Zósimo, l. I, p. 24. Zonaras, l. XII, p. 623. Eusebio, *Chron.*, [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. Aurelio Víctor, *De Cæsar.*, c. 33. Eutropio IX, 5. Orosio VII, 21. <<

[887] Eusebio, *Hist. Eccl.* VII, 21. El hecho se ha sacado de las cartas de Dionisio, quien en esa circunstancia era obispo de Alejandría. <<

[888] En numerosas parroquias se hallaron once mil personas entre catorce y ochenta años, y 5365 entre cuarenta y setenta. Véase Buffon, *Hist. Naturelle*, t. II, p. 590. <<

[889] *Pons Aureoli*, a trece millas [20,9 km] de Bérgamo y a treinta y dos millas [51,5 km] de Milán. Véase Cluver, *Italia Antiqua*, t. I, p. 245. Allí cerca, en Casano, se desarrolló la reñida batalla entre franceses y austríacos en el año 1703. El excelente relato del caballero de Folard da una idea cabal del terreno. Véase

Folard, *Histoire de Polybe*, t. III, pp. 223-248. <<

[890] Sobre la muerte de Galieno, véase Trebelio Polión, en *Hist. August.*, p. 181. Zósimo, l. I [c. 40], p. 37. Zonaras, l. XII [c. 25], p. 634 [ed. París; p. 602, ed. Bonn]. Eutropio IX, 8. [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. Aurelio Víctor, *De Cæsar*. He interpretado y cotejado a todos estos autores, pero he seguido principalmente a Aurelio Víctor, que al parecer poseyó mejores documentos. <<

[891] Hubo quien desvariadamente lo suponía bastardo del menor de los Gordianos. Otros buscaban su origen en la provincia de Dardania para vincularlo a Dárdano y los antiguos reyes de Troya. <<

[892] *Notoria*, unos pliegos periódicos y de oficio que recibía el emperador de los *frumentarii* o proveedores, que eran agentes distribuidos por las provincias. Más adelante se hablará de ellos. <<

[893] *Hist. August.*, p. 208 [Trebelio Polión, *Claud.*, c. 17]. Galieno va describiendo las alhajas, ropas, etc., como un aficionado y entendido en tan vistosas menudencias. <<

[894] Juliano (*Orat.*, l. I, p. 6) afirma que Claudio consiguió el Imperio por un rumbo lícito e, incluso, sagrado; pero debemos desconfiar de la parcialidad de un pariente. <<

[895] *Hist. August.*, p. 203 [Polión, *Claud.*, c. 5]. Median ciertas diferencias leves sobre las circunstancias de la última derrota y la muerte de Aureolo. <<

[896] Véase Aurelio Víctor acerca de Galieno [*De Cæsar.*, c. 33]. El pueblo clamaba por la condena de Galieno. El Senado decretó que sus deudos y sirvientes se arrojaran por la escalera de las Gemonias. A un dependiente que fue encontrado culpable le arrancaron los ojos durante su declaración. <<

[897] Zonaras, l. XII [c. 26], p. 635 [ed. París; p. 604, ed. Bonn]. <<

[898] Por este motivo, Zonaras menciona a Póstumo; pero los registros del Senado (*Hist. August.*, p. 203 [Trebelio Polión, *Claud.*, c. 4]) comprueban que Tétrico ya era el emperador en las provincias occidentales. <<

[899] La *Historia Augusta* apunta el número menor; Zonaras, el mayor. La fantasía de Montesquieu lo incitó a preferir el último. <<

[900] Trebelio Polión, en *Hist. August.*, p. 204 [*Claud.*, c. 7]. <<

[901] *Hist. August.*, vidas de Claudio, Aurelio y Probo. Zósimo, l. I [c. 42-46], pp. 38-42. Zonaras, l. XII [c. 26], p. 638 [ed. París; p. 605, ed. Bonn]. [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. Aurelio Víctor, *De Cœsar*. Eutropio IX, 8. Eusebio, *Chron*. [An. CCLXXI]. <<

[902] Según Zonaras (l. XII [c. 26], p. 636 [ed. París; p. 605, ed. Bonn]), Claudio, antes de morir, lo revistió con la púrpura; pero este hecho tan extraño se halla contradicho más que corroborado por los demás escritores. <<

[903] Véanse la vida de Claudio por Trebelio Polión y las *orationes* de Mamertino, Eumenio y Juliano. Véase igualmente *Cœsar*. de Juliano, p. 315. No hay en Juliano adulación, sino superstición y vanagloria. <<

[904] Zósimo, l. I [c. 47], p. 42. Trebelio Polión (*Hist. August.*, p. 206 [*Claud.*, c. 12]) le concede virtudes y dice que los soldados rebeldes lo mataron como a Pértinax. Según Dexipo, murió a causa de una enfermedad. <<

[905] Teoclio (citado en *Hist. August.*, p. 211 [Vopisco, *Aurel.*, c. 6]) afirma que en un solo día y por su propia mano mató a cuarenta y ocho sármatas y, en otras batallas consecutivas, a

novecientos cincuenta hombres. Aquel arrojo heroico tenía embelesados a los soldados, que lo ensalzaban en sus toscos cantares, cuyo estribillo decía: «mille, mille, mille, occidit». <<

[906] Acolio (*apud Hist. August.*, p. 213 [Vopisco, *Aurel.*, c. 13]) describe el ceremonial de la adopción, como se celebró en Bizancio, en presencia del emperador y sus palaciegos. <<

[907] *Hist. August.*, p. 211 [Vopisco, *Aurel.*, c. 7]. Aquella lacónica carta es positivamente producto de un soldado, ya que abundan caracteres y voces militares harto enrevesadas. Salmasio explica bien el «ferramenta samiata», pues el primer vocablo significa toda arma ofensiva, contrapuesta al *arma*, que es la defensiva; y el segundo refiere a agudo y muy afilado. <<

[908] Zósimo, l. I [c. 48, p. 43], p. 45. <<

[909] Dexipo (citado en *Excerpta Legat.*, p. 12 [ed. París; p. 8, ed. Ven.; p. 19, ed. Bonn]) relata este hecho refiriéndose a los vándalos. Aurelio desposó a una dama goda con su general Bonoso, que era hábil para conversar con los godos y desentrañarles sus secretos. Véase *Hist. August.*, p. 247 [Vopisco, *Bonosus*, c. 15]. <<

[910] *Hist. August.*, p. 222 [Vopisco, *Aurel.*, c. 39]. Eutropio IX, 15 [c. 9]. Sexto Rufo, c. 8. Lactancio, *De Mortibus Persecutorum*, c. 9. <<

[911] Los valacos conservan todavía muchos rastros del latín y siempre se han jactado de su ralea romana, pues, aunque encajonados, jamás se mezclaron con los bárbaros. Véase una memoria de D'Anville sobre la antigua Dacia, en la *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXX. <<

[912] Véase el primer capítulo de Jornandes. Sin embargo, los vándalos mantuvieron una breve independencia (c. 22) entre los ríos Marisia y Grissia (Mures y Körös), que desembocan en el

Tisza. <<

[913] Dexipo, pp. 7-12 [ed. París; p. 5 y ss, ed. Ven; p. 11 y ss, ed. Bonn]. Zósimo, l. I [c. 49], p. 43. Vopisco, *Aurel.*, en *Hist. August.* Sin embargo, dichos historiadores varían en cuanto a los nombres (alamanes, jutungos y marcomanos), aunque se evidencia que se refieren al mismo pueblo y a la misma guerra; por ello, hay que poner ahínco en hermanarlos y despejarlos. <<

[914] Cantoclarus, con su esmero acostumbrado, traduce «trescientos mil»; pero esto choca con el sentido y la gramática. <<

[915] Advertiremos, como ejemplo de mal gusto, que Dexipo aplica a la infantería ligera de los alamanes los términos facultativos y propios de la falange griega. <<

[916] En Dexipo leemos el Ródano, pero Valois trueca muy atinadamente la voz en Erídano. <<

[917] El emperador Claudio era positivamente uno de ellos; pero ignoramos hasta qué punto llegaba aquella marca de respeto. Si hubiese abarcado a César o Augusto, hubiera sido un espectáculo en extremo grandioso, ya que se presentaría como una larga reseña de los dueños del orbe. <<

[918] Vopisco, *Hist. August.*, p. 210 [*Aurel.*, c. 6]. <<

[919] Dexipo supone que ellos realizaron una arenga sutil y prolija, al estilo de los sofistas griegos. <<

[920] *Hist. August.*, p. 215 [Vopisco, *Aurel.*, c. 18]. <<

[921] Dexipo, p. 12 [ed. París; p. 8, ed. Ven.; p. 21, ed. Bonn]. <<

[922] [Pseudo] Aurelio Víctor acerca de Aureliano [*Epitome* 35, 2]. <<

[923] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 216 [*Aurel.*, c. 21]. <<

[924] El pequeño río Metauro, cerca de Fano, se inmortalizó gracias a un historiador como Tito Livio y a un poeta como

Horacio. <<

[925] Se recuerda en una inscripción hallada en Pesaro. Véase Gruter, [*Inscript.*] núm. CCLXXVI, 3. <<

[926] Cualquiera se figuraría, dijo, que os habíais juntado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses. <<

[927] Vopisco (*Hist. August.*, pp. 215-216 [*Aurel.*, c. 18 y ss]) relata extensamente aquellas ceremonias basándose en los registros del Senado. <<

[928] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* III, 5. De acuerdo con nuestra idea, debemos advertir que el monte Celio fue por mucho tiempo un gran encinar, y el Viminal, una mimbrera; que el monte Aventino fue en el siglo IV una maleza solitaria y el Esquilino, hasta el tiempo de Augusto, un cementerio insano; que los altos y bajos del monte Quirinal, que suenan tanto en los antiguos, demuestran que no estaba cubierto por edificaciones. De los siete cerros, sólo el Capitolino y el Palatino, con los valles intermedios, fueron las primeras moradas del pueblo romano, asunto que requeriría una disertación. <<

[929] «Exspatiantia tecta multas addidere urbes» es la expresión de Plinio. <<

[930] *Hist. August.*, p. 222 [Vopisco, *Aurel.*, c. 39]. Tanto Lipsio como Isaac Vosio han seguido ansiosamente esta medida. <<

[931] Véase Nardini, *Roma Vetus*, l. I, c. 8. <<

[932] Tácito., *Hist.* IV, 23. <<

[933] Sobre las murallas de Aureliano, véanse Vopisco, en *Hist. August.*, pp. 216 y 222 [*Aurel.*, c. 21 y 39]; Zósimo, l. I [c. 49], p. 43; Eutropio IX, 15 [9]. Aurelio Víctor sobre Aureliano; las crónicas de Eusebio, san Jerónimo e Idacio. <<

[934] Su competidor era Loliano o Eliano, si es que en realidad estos nombres se refieren a la misma persona. Véase Tillemont,

t. III, p. 1177. <<

[935] El retrato de aquel príncipe por Julio Ateriano (*apud Hist. August.*, p. 187 [Trebelio Polión, *XXX Tyranni*, c. 5]) merece transcribirse por ser atinado e imparcial: «Victorino, qui post Junium Posthumum Gallias rexit, neminem existimo præferendum; non in virtute Trajanum; non Antoninum in clementia; non in gravitate Nervam; non in gubernando ærario Vespasianum; non in censura totius vitæ ac severitate militari Pertinacem vel Severum. Sed omnia hæc libido et cupiditas voluptatis mulierariæ sic perdidit, ut nemo audeat virtutes ejus in litteras mittere, quem constat omnium judicio meruisse puniri». <<

[936] Raptó a la mujer de Aticiano, un *actuario* o agente militar. *Hist. August*. p. 186 [Trebelio Polión, *loc. cit*.]. Aurelio Víctor sobre Aureliano. <<

[937] Trebelio Polión le dedica un artículo entre los 30 tiranos. *Hist. August.*, p. 200 [*XXX Tyranni*, c. 30]. <<

[938] Trebelio Polión, *Hist. August.*, p. 196 [*XXX Tyranni*, c. 23]. Vopisco, en *Hist. August.*, p. 220 [*Aurel.*, c. 32]. Ambos Víctores, sobre las vidas de Galieno y de Aureliano. Eutropio IX, 13 [c. 9]. Eusebio, en *Chron*. De todos estos escritores, sólo los dos últimos —aunque probablemente— mencionan el trance de Tétrico antes que el de Zenobia. Boze (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXX) no desea seguirlos y Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. III, p. 1189) no osa hacerlo. He sido más sencillo que uno y más osado que el otro. <<

[939] Víctor el Menor [Pseudo Aurelio Víctor], sobre Aureliano. Eumenio menciona *Batavicæ*; algunos críticos, sin fundamento, seguramente hubiesen preferido trocar la voz en *Bagaudicæ*. <<

[940] Eumenio, en *Panegyr. Vet*. IV, 8. <<

[941] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 246 [en *Procul.*, c. 13]. Autun no fue restaurada hasta el reinado de Diocleciano. Véase Eumenio, *De Restaurandis Scholis*. <<

[942] Casi cuanto se dice de las costumbres de Odenato y Zenobia se ha tomado del relato de sus vidas por Trebelio Polión en la *Historia Augusta*, véase pp. 192 y 198 [*XXX Tyranni*, c. 14 y 29]. <<

[943] Sólo admitió los cariños de su consorte por el afán de posteridad y, si quedaban burladas sus esperanzas, ella repetía el experimento al *mes* siguiente. <<

[944] *Hist. August.*, pp. 192-193 [Trebelio Polión, *XXX Tyranni*, c. 14]. Zósimo, l. I [c. 39], p. 36. Zonaras, l. XII [c. 24], p. 633 [ed. París; p. 600, ed. Bonn]. El último es despejado y creíble; los demás, confusos e inconsistentes. El texto de Sincelo, si no ha sido retocado, es de una total vaciedad. <<

[945] Odenato y Zenobia solían enviarle joyas y juguetes de los despojos enemigos, que él recibía con infinito deleite. <<

[946] Sospechas injustas recayeron sobre Zenobia, como si ella hubiese sido cómplice de la muerte del marido. <<

[947] *Hist. August.*, pp. 180-181 [Trebelio Polión, *Gallieni II*, c. 13]. <<

[948] Véase el testimonio de Aureliano sobre su mérito en *Hist. August.*, p. 198 [Trebelio Polión, *XXX Tyranni*, c. 29]. En cuanto a la conquista de Egipto, véase Zósimo, l. I [c. 44], pp. 39-40. <<

[949] Timolao, Hereniano y Vabalato. Se supone que los dos primeros hijos habían muerto antes de la guerra. Aureliano le confirió al tercero una pequeña provincia de Armenia, con el título de rey, y aún nos quedan varias medallas suyas. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. III, p. 1190. <<

[950] Zósimo, l. I [c. 50], p. 44. <<

[951] Vopisco (*Hist. August.*, p. 217 [*Aurel.*, c. 23 y ss.]) presenta una carta auténtica y una visión dudosa de Aureliano. Apolonio de Tiana nació por la misma época que Jesucristo. Sus discípulos relatan tan fabulosamente su vida que no nos queda claro si era un sabio, un impostor o un fanático. <<

[952] Zósimo, l. I [c. 54], p. 46. <<

[953] En un paraje llamado Immæ. Eutropio, Sexto Rufo y san Jerónimo sólo mencionan la primera batalla. <<

[954] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 217 [*Aurel.*, c. 25], menciona únicamente la segunda batalla. <<

[955] Zósimo, l. I [c. 50 y ss.], pp. 44-48. Este autor cuenta los pormenores de ambas batallas de modo claro y detallado. <<

[956] Estaba a quinientas treinta y siete millas [864, 2 km] de Seleucia y a doscientas tres [326,6 km] de la playa más cercana de Siria, según el cómputo de Plinio el Viejo, quien con pocas palabras realiza una descripción primorosa de Palmira (*Nat. Hist*. V, 21). <<

[957] Algunos viajeros ingleses desde Alepo *descubrieron* las ruinas de Palmira a fines del siglo XVII. Luego, Wood y Dawkins contentaron grandiosamente nuestra curiosidad. Para la historia de Palmira, podemos acudir a una magistral disertación del Dr. Halley en *Philosophical Transaction: Lowthorp's Abridgment*, t. III, p. 518. <<

[958] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 218 [*Aurel.*, c. 26]. <<

[959] He tenido que extraer la fecha más probable de una cronología muy dudosa. <<

[960] *Hist. August.*, p. 218 [Vopisco, *Aurel.*, c. 28]. Zósimo, l. I [c. 55], p. 50. Aunque el camello es un pesado animal de carga, los naturales de Asia y África, en los lances que requieren diligencia,

usan el dromedario, que es de la misma especie. Los árabes afirman que en un día recorre lo que el caballo más ligero hace en ocho o diez. Véanse Buffon, *Hist. Naturelle*, t. XI, p. 222, y Shaw, *Travels*, p. 167. <<

[961] Trebelio Polión, en *Hist. August.*, p. 199 [*XXX Tyranni*, c. 29]. <<

[962] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 219 [*Aurel.*, c. 30]. Zósimo, l. I [c. 56, p. 49], p. 51. <<

[963] *Hist. August.*, p. 219 [Vopisco, *Aurel.*, c. 31]. <<

[964] Véase Vopisco, en *Hist. August.*, pp. 220 y 242 [*Aurel.*, c. 32; *Firmus*, c. 2]. Como un ejemplo de lujo, se puntualiza que tenía ventanas con cristales. Sobresalía en pujanza, apetito y destreza. De la carta de Aureliano colegimos que Firmo fue el último de los rebeldes y, por consiguiente, que ya habían vencido a Tétrico. <<

[965] Véase el triunfo de Aureliano descrito por Vopisco. Su relato se caracteriza por sus acostumbradas nimiedades, que en esta ocasión lo *hacen* interesante. *Hist. August.*, p. 220 [Vopisco, *Aurel.*, c. 33 y ss.]. <<

[966] En las naciones bárbaras, las mujeres solían pelear junto a sus maridos; pero es imposible que haya existido tal sociedad de amazonas en el viejo o nuevo mundo. <<

[967] El uso de las *braccæ* o bragas todavía se considera en Italia como estilo galo o bárbaro, aunque los romanos lo fueron adoptando. Enfajarse las piernas o muslos con *fasciæ* o tiras se miraba, en tiempo de Pompeyo y de Horacio, como muestra de debilidad o afeminación. En tiempo de Trajano, se vinculó aquel estilo a hombres ricos y lujosos, pero luego fue propagándose hasta el ínfimo pueblo. Véase una curiosa nota de Casaubon *ad* Suetonio, *August.*, c. 82. <<

[968] Muy probablemente hayan sido ciervos. Los elefantes, estampados en las medallas de Aureliano, demuestran únicamente (según el erudito cardenal de Noris) una victoria oriental. <<

[969] Las expresiones aplicadas a Roma de Calpurnio (*Eclogæ* I, 50) —«Nullos ducet *captiva* triumphos»— encierran alusión y censura manifiesta. <<

[970] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 199 [*XXX Tyranni*, c. 29]. San Jerónimo, *Chron*. Próspero de Aquitania, *Chron*. Baronio supone que, en tiempo de san Ambrosio, Zenobio, obispo de Florencia, era de su alcurnia. <<

[971] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 222 [*Aurel.*, c. 39]. Eutropio IX, 13. Víctor el Menor. Pero Trebelio Polión (en *Hist. August.*, p. 196 [*XXX Tyranni* Tetricus Sen., c. 23]) dice que nombraron a Tétrico corrector de toda la Italia. <<

[972] *Hist. August.*, p. 197 [Trebelio Polión, *XXX Tyranni* Tetricus Jun., c. 24]. <<

[973] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 222 [*Aurel.*, c. 39]. Zósimo, l. I [c. 61, p. 53], p. 56. Colocó las efigies de Belo y del Sol, traídas de Palmira. El oro se destinó en el cuarto año de su reinado (Eusebio, en *Chron*. [An. CCLXXV]), pero realmente se empezó luego de su advenimiento. <<

[974] Véanse, en la *Hist. August.*, p. 210 [Vopisco, *Aurel.*, c. 5], los agüeros de su fortuna. En sus cartas y en sus medallas se manifiesta su devoción al Sol; Juliano la menciona en *Cæsar.*; véase el comentario de Spanheim en *Les Césars de Julien*, p. 109. <<

[975] Vopisco, en *Hist. August.*, p. 221 [*Aurel.*, c. 37]. <<

[976] *Hist. August.*, p. 222 [Vopisco, *Aurel.*, c. 38]. Aureliano llama a aquellos soldados *hiberi, riparienses, castriani* y *dacisci*.

<<

[977] Zósimo, l. I [c. 61, p. 53], p. 56. Eutropio IX, 14 [9]. Aurelio Víctor [*De Cæsar*. 35]. <<

[978] *Hist. August*., p. 222 [Vopisco, *Aurel*., c. 39]. Aurelio Víctor [*De Cæsar*. 35]. <<

[979] Estaban ensañándose antes del regreso de Aureliano de Egipto. Véase Vopisco, quien cita una carta original, en *Hist. August*., p. 244 [Vopisco, *Firmus*, c. 5]. <<

[980] Vopisco (*Hist. August*., p. 222 [*Aurel*., c. 39]), los dos Víctores, Eutropio (IX, 14 [9]) y Zósimo (l. I, p. 43) mencionan sólo tres senadores y ordenan sus muertes antes de la guerra oriental. <<

[981] «Nulla catenati feralis pompa senatus

Carnificum lassabit opus; nec carcere pleno

Infelix raros numerabit curia Patres»

(Calpurnio., Eclogæ I, 60). <<

[982] Según [Pseudo] Aurelio Víctor [*Epitome*, c. 35], a veces llevó la diadema. *Deus* y *Dominus* asoman en sus medallas. <<

[983] Así lo advirtió Diocleciano. Véase Vopisco, en *Hist. August*., p. 224 [*Aurel*., c. 44]. <<

[984] Vopisco, en *Hist. August*., p. 221 [*Aurel*., c. 35 y ss.]. Zósimo, l. I [c. 62], p. 57. Eutropio IX, 15 [9]. Ambos Víctores. <<

[985] Vopisco, *Hist. August*., p. 222 [*Aurel*., c. 4]. Aurelio Víctor menciona una delegación formal de la tropa al Senado. <<

[986] Vopisco, nuestra autoridad principal, escribía en Roma tan sólo dieciséis años después de la muerte de Aureliano; y, además de la notoriedad reciente de los hechos, siempre saca sus noticias de los diarios o actas del Senado y de los documentos originales

de la biblioteca Ulpiana. Zósimo y Zonaras parecen tan ignorantes en este punto como lo eran generalmente respecto de la constitución romana. <<

[987] Tito Livio I, 17. Dionisio de Halicarnaso, l. II [c. 57], p. 115. Plutarco, *Numa*, p. 60. El primero refiere aquel caso como orador; el segundo, como abogado; y el tercero, como moralista; y quizá ninguno de ellos sin rasgos fabulosos. <<

[988] Vopisco (*Hist. August.*, p. 227 [*Tacitus*, c. 4]) lo llama «primæ sententiæ consularis»; y poco después, «princeps senatus». Puede suponerse que los monarcas de Roma, desentendiéndose de aquel título humilde, lo traspasaban el senador más antiguo. <<

[989] La única objeción contra esta genealogía se reduce a que el historiador se llamaba Cornelio y el emperador, Claudio. Pero ya en el bajo Imperio los sobrenombres variaban y se trasponían sin cesar. <<

[990] Zonaras, l. XII [c. 28], p. 637 [ed. París; p. 608 ed. Bonn]. La Crónica Alejandrina [*Chron. Paschale*], con una equivocación muy obvia, traspone esta edad a Aureliano. <<

[991] En el año 273 era cónsul ordinario; pero debió ser sufecto muchos años antes, probablemente con Valeriano. <<

[992] «Bis millies octingenties». Vopisco, *Hist August.*, p. 229 [*Tac.*, c. 10]. Esta suma, según la norma antigua, equivalía a ochocientas cuarenta mil libras romanas de plata, cada una de un valor aproximado de una onza [29 gramos] de oro; pero, en tiempo de Tácito, el cuño en peso y ley estaba muy adulterado. <<

[993] A su advenimiento mandó que anualmente se transcribieran diez copias y se fuesen colocando en las bibliotecas públicas. Las bibliotecas romanas fenecieron hace largo tiempo, y lo más

apreciable de Tácito se conservó en un solo manuscrito descubierto en un monasterio de Westfalia. Véase Bayle, *Dictionnaire*, artículo «Tacite»; y Lipsio, *ad Annal*. II, 9. <<

[994] Vopisco, *Hist. August.*, p. 227 [*Tac.*, c. 4]. <<

[995] *Hist. August.*, p. 228 [*Tac.*, c. 7]. Tácito trató a los pretorianos con el dictado de *sanctissimi milites*, y al pueblo con el de *sacratissimi Quirites*. <<

[996] En sus manumisiones, nunca se excedió de un centenar, ceñidas así por la ley cania, promulgada por Augusto, y al fin revocada por Justiniano. Véase Casaubon, en Vopisco. <<

[997] Véanse las vidas de Tácito, Floriano y Probo en la *Historia Augusta*; pero podemos contar con que cuanto dio el soldado lo tenía ya concedido el senador. <<

[998] Vopisco, *Hist. August.*, p. 216 [*Aurel.*, c. 20]. El pasaje es completamente claro, pero Casaubon y Salmasio tratan de corregirlo. <<

[999] Vopisco, *Hist. August.*, pp. 230, 232-233 [*Florianus*, c. 5-6]. Los senadores festejaron tan feliz restablecimiento con hecatombes y regocijos públicos. <<

[1000] *Hist. August.*, p. 228 [*Tac.*, c. 8]. <<

[1001] Vopisco, *Hist. August.*, p. 230 [*Tac.*, c. 13]. Zósimo, l. I [c. 63], p. 57. Zonaras, l. XII [c. 28], p. 637 [ed. París; p. 608 ed. Bonn]. Dos pasajes en la biografía de Probo (pp. 236 y 238 [Vopisco, *Probus*, c. 8 y 12]) me convencen de que los escitas invasores del Ponto eran alanos. Si podemos creerle a Zósimo (l. I,[c. 64], p. 58), Floriano los fue persiguiendo hasta el Bósforo Cimerio; mas escasamente tuvo tiempo para una expedición tan larga y trabajosa. <<

[1002] Eutropio [l. IX, c. 10] y Aurelio Víctor [c. 36] dicen tan sólo que murió; Víctor el Menor añade que fue de calenturas.

Zósimo [l. I, c. 63, p. 55] y Zonaras [l. XII, c. 28] afirman que lo mató la soldadesca. Vopisco [*Tac.*, c. 13] menciona ambos relatos, y al parecer titubea. Pero estas opiniones encontradas son fácilmente reconciliables. <<

[1003] Según los dos Víctores, reinó exactamente doscientos días. <<

[1004] *Hist. August.*, p. 231 [Vopisco, *Florian.*, c. 1]. Zósimo, l. I, pp. 58-59. Zonaras, l. XII, p. 637. Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 37] dice que Probo tomó posesión del Imperio en Ilírico; una opinión que (si bien la adopta un gran erudito) llevaría este período de la historia a una confusión inextricable. <<

[1005] *Hist. August.*, p. 229 [Vopisco, *Tac.*, c. 10]. <<

[1006] Estaba para enviar jueces a los partos, persas y sármatas, un presidente a Taprobana y un procónsul a la isla romana (Casaubon y Salmasio suponen que es Britania). «Una historia como la mía», dice Vopisco modesta y decorosamente, «no ha de durar mil años para desairar o sincerar la predicción». <<

[1007] Para la vida privada de Probo, véase Vopisco, *Hist. August.*, pp. 234-237 [Vopisco, *Probus*, c. 3 y ss.]. <<

[1008] Según la Crónica Alejandrina, murió a los cincuenta años. <<

[1009] La carta iba dirigida al prefecto pretoriano, a quien (bajo el concepto de su buen desempeño) prometió conservar en su encumbrado cargo. Véase *Hist. August.*, p. 237 [Vopisco, *Probus*, c. 10]. <<

[1010] Vopisco, *Hist. August.*, p. 237 [*Probus*, c. 11]. Seguramente, la fecha de la carta está equivocada. En lugar de *Non. Februar.*, hay que leer *Non. August.* <<

[1011] *Hist. August.*, p. 238 [Vopisco, *Probus*, c. 12]. Resulta extraño que el Senado tratase a Probo menos favorablemente

que a Marco Antonino, quien recibió, aun antes de la muerte de Pío, el *Jus quintœ relationis*. Véase Capitolino, *Hist. August.*, p. 24 [*Marcus Antoninus Philosophus*, c. 6]. <<

[1012] Véase la respetuosa carta de Probo al Senado tras sus victorias germánicas. *Hist. August.*, p. 239 [Vopisco, *Probus*, c. 15]. <<

[1013] El cardenal De Noris da correctamente la fecha y duración del reinado de Probo en su obra erudita *De Epochis Syro-Macedonum*, pp. 96-105. Un pasaje de Eusebio conecta el año segundo de Probo con las eras de varias ciudades de Siria. <<

[1014] Vopisco, *Hist. August.*, p. 239 [*Probus*, c. 16]. <<

[1015] Zósimo (l. I [c. 69 y ss.], pp. 62-65) nos cuenta una historia tan frívola como larga de Licio, el salteador isaurio. <<

[1016] Zósimo, l. I [c. 7], p. 65. Vopisco, *Hist. August.*, pp. 239-240 [*Probus*, c. 17]. Pero parece increíble que la derrota de los salvajes de Etiopía haya afectado al monarca persa. <<

[1017] Además de estos caudillos tan conocidos, Vopisco nombra a varios más (*Hist. August.*, p. 241 [*Probus*, c. 22]), cuyas acciones no han llegado a nuestro conocimiento. <<

[1018] Véanse Juliano, *Cæsar*. [p. 314] y la *Hist. August.*, pp. 238, 240 y 241 [Vopisco, *Probus*, c. 13, c. 18 y ss.]. <<

[1019] Zósimo, l. I [c. 68], p. 62. *Hist. August.*, p. 238 [Vopisco, *Probus*, c. 13, 14]. El último supone que el castigo fue impuesto con anuencia de sus reyes, en cuyo caso fue parcial, como la ofensa. <<

[1020] Véase Cluver, *Germ. Ant.*, l. III. Ptolomeo ubica en su país la ciudad de Calisia, probablemente Kalisz, en Silesia. <<

[1021] La expresión de Tácito es *feralis umbra*. Sin duda, una muy fuerte. <<

[1022] Tácito, *Germ.* (c. 43). <<

[1023] Vopisco, *Hist. August*., p. 238 [*Probus*, c. 14]. <<

[1024] *Hist. August*, pp. 238-239 [Vopisco, *Probus*, c. 14 y ss.]. Vopisco cita una carta [c. 15] del emperador al Senado, en la que manifiesta su intento de transformar a Germania en provincia. <<

[1025] Estrabón, l. VII [p. 290]. Según Veleyo Patérculo (II, 108-109), Marobodeo condujo a sus marcomanos a Bohemia. Cluver (*Germ. Ant*. III, 8) prueba que fue desde Suabia. <<

[1026] Sus empadronadores para el pago de los diezmos se llamaban *Decumates*. Tácito, *Germ*. c. 29. <<

[1027] Véanse las notas del abate de la Bléterie sobre la *Germania* de Tácito (p. 183). Su comentario de la muralla está sacado, como él mismo lo dice, de Schœpflin, *Alsatia Illustrata*. <<

[1028] Véase *Recherches sur les Chinois et les Égyptiens*, t. II, pp. 81-102. El autor anónimo está muy enterado del globo en general y de Germania en particular. En cuanto a la última, cita una obra de Hanselman; mas equivoca al parecer la valla de Probo contra los alemanes con las fortificaciones de los matíacos, construidas en las cercanías de Frankfurt contra los catos. <<

[1029] Fue repartiendo de cincuenta a sesenta bárbaros en cada *Numerus*, como se llamaba un cuerpo cuya fuerza legítima no consta. <<

[1030] Véase Cadmen, *Britannia*, Introd., p. 136; pero se funda en conjeturas muy dudosas. <<

[1031] Zósimo, l. I [c. 68], p. 62. Según Vopisco, hubo otro cuerpo de vándalos que no fue tan leal. <<

[1032] *Hist. August*., p. 240 [Vopisco, *Probus*, c. 18]. Probablemente fueron arrojados por los godos. Zósimo, l. I [c. 71], p. 66. <<

[1033] *Hist. August*., p. 240 [Vopisco, *loc. cit*.]. <<

[1034] *Panegyr. Vet.* V, 18. Zósimo, l. I [c. 71], p. 66. <<

[1035] Vopisco, *Hist. August.*, pp. 245-246 [*Saturnin.*, c. 10]. El desventurado orador había estudiado retórica en Cartago, y por tanto sería probablemente moro (Zósimo, l. I [c. 66], p. 60) y no galo, como lo llama Vopisco. <<

[1036] Zonaras, l. XII [c. 29], p. 638 [ed. París; p. 609, ed. Bonn]. <<

[1037] Se cuenta un ejemplo muy extraño de las proezas de Próculo. Había cogido hasta cien vírgenes sármatas; el resto de la historia hay que relatarla en su propio idioma: «Ex his una nocte decem inivi; omnes tamen, quod in me erat, mulieres intra dies quindecim reddidi». Vopisco, *Hist. August.*, p. 246 [*Procul.*, c. 12]. <<

[1038] Próculo, que era natural de Albenga, en la costa de Génova, armó hasta dos mil esclavos suyos. Su riqueza era grande, pero había sido adquirida mediante el robo, y fue después un dicho en su familia, «sibi non placere esse vel principes vel latrones». Vopisco, *Hist. August.*, p. 247 [*Procul.*, c. 13]. <<

[1039] *Hist. August.*, p. 240 [Vopisco, *Probus*, c. 9]. <<

[1040] Zósimo, l. I [c. 71], p. 66. <<

[1041] *Hist. August.*, p. 236 [Vopisco, *Probus*, c. 9]. <<

[1042] Vida de Probo en Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 37]. Pero tal política en Aníbal, callada por todos los demás escritores, no concuerda con la historia de su vida. A los nueve años dejó el África y regresó a los cuarenta y cinco, y en seguida perdió su vida en la batalla decisiva de Zama. Livio, XXX, 35. <<

[1043] *Hist. August.*, p. 240 [Vopisco, *Probus*, c. 18]. Eutropio IX, 17 [7]. Aurelio Víctor, sobre la vida de Probo. Víctor el Menor. Revocó la veda de Domiciano y otorgó el permiso general para plantar viñedos en la Galia, Britania y Panonia. <<

[1044] Juliano [*Cæsar.*, p. 314] censura excesivamente los rigores de Probo, quien, según piensa, casi mereció su fracaso. <<

[1045] Vopisco, *Hist. August.*, p. 241 [*Probus*, c. 20]. Prodiga elocuencia sobre esta esperanza desvariada. <<

[1046] *Turris ferrata*. Aparentemente era una torre movediza, chapeteada de hierro. <<

[1047] «Probus, et vere probus situs est; victor omnium gentium Barbararum: victor etiam tyrannorum» [Vopisco, *Probus*, c. 21]. <<

[1048] Pero todo esto se puede conciliar. Nació en Narbona de Ilírico, ciudad que Eutropio confunde con la más conocida, de igual nombre, en la Galia. Su padre pudo ser africano y su madre, una matrona romana. Caro mismo fue educado en la capital. Véase Escalígero, *Thesaurus Temporum*, p. 241. <<

[1049] Probo había solicitado al Senado un palacio de mármol con una estatua ecuestre, a costa de las expensas públicas, como galardón debido al mérito de Caro. Vopisco, *Hist. August.*, p. 249 [Caro, c. 6]. <<

[1050] Vopisco, *Hist. August.*, pp. 242 y 249 [*Probus*, c. 24; *Carus*, c. 3]. Juliano excluye al emperador Caro y a sus dos hijos del banquete de los Césares. <<

[1051] Juan Malala, t. I, p. 401 [ed. Oxon.; p. 129, ed. Ven.; p. 303, ed. Bonn]. Pero la autoridad de aquel griego ignorante es muy leve. Deriva ridículamente de Caro la ciudad de Carras y la provincia de Caria, que ya aparece en Homero. <<

[1052] *Hist. August.*, p. 249 [Vopisco, *Carus*, c. 5]. Caro felicitó al Senado porque el nuevo emperador salía de su propio cuerpo. <<

[1053] *Hist. August.*, p. 242 [Vopisco, *Probus*, c. 24]. <<

[1054] Véase la primera égloga de Calpurnio. Fontanelle antepone

su diseño al del Polión de Virgilio. Véase t. III, p. 148. <<

[1055] *Hist. August.*, p. 250 [*Carus*, c. 7]. Eutropio IX, 18 [12]. Pagi, *Annal.* <<

[1056] Agatias, l. IV, p. 135 [ed. París; p. 94, ed. Ven.; c. 24, p. 261, ed. Bonn]. Hallamos uno de sus dichos en la *Bibliothèque Orientale* de D'Herbelot: «La definición de la humanidad abarca todas las demás virtudes». <<

[1057] Sinesio relaciona esta historia con Carino, y es mucho más natural atribuirla a Caro que (como Petavio y Tillemont prefieren hacerlo) a Probo. <<

[1058] Vopisco, *Hist. August.*, p. 250 [*Carus*, c. 8]. Eutropio IX, 18 [12]. Los dos Víctores. <<

[1059] Para la victoria pérsica de Caro remito al diálogo de *Philopatris*, que ha sido un largo punto de contienda entre los eruditos. Pero para explicar y justificar mi opinión requeriría una disertación. <<

[1060] *Hist. August.*, p. 250 [Vopisco, *Carus*, c. 8]. Pero Eutropio, Festo, Rufo, ambos Víctores, san Jerónimo, Sidonio Apolinar, Sincelo y Zonaras atribuyen la muerte de Caro a un rayo. <<

[1061] Véase Nemesiano, *Cynegeticon* V, 71 y ss. <<

[1062] Véase Festo y sus comentaristas sobre la palabra *Scribonianum*. Los *sitios* incendiados por un rayo eran amurallados y se enterraban *cosas* con una misteriosa ceremonia. <<

[1063] Vopisco, *Hist. August.*, p. 250 [*Carus*, c. 9]. Aurelio Víctor parece creer en la predicción, y aprueba la retirada. <<

[1064] Nemesiano, *Cynegeticon*, V, 69. Era contemporáneo, pero poeta. <<

[1065] *Cancellarius*. Esta palabra, tan humilde en su origen, ha logrado la suerte de ascender a un título de empleo sumo del

Estado en las monarquías de Europa. Véanse Casaubon y Salmasio, *Hist. August.*, p. 253 [Vopisco, *Carinus*, c. 15]. <<

[1066] Vopisco, *Hist. August.*, pp. 253 y 254 [*Carinus*, c. 15-16]. Eutropio IX, 19 [13]. Víctor el Menor. El reinado de Diocleciano fue, en realidad, tan próspero y dilatado, que debe haber sido contrario a la reputación de Carino. <<

[1067] Vopisco, *Hist. August.*, p. 255 [*Carinus*, c. 19]. Lo llama Caro, pero el sentido es obvio, y solían equivocar los nombres. <<

[1068] Véase Calpurnio, *Eclog.* VII, 43. Podemos advertir que los espectáculos de Probo eran todavía recientes, y que el poeta es secundado por el historiador. <<

[1069] El filósofo Montaigne (*Essais* III, 6) da una perspectiva cabal y expresiva de la magnificencia de aquellos espectáculos. <<

[1070] Vopisco, *Hist. August.*, p. 240 [*Probus*, c. 19]. <<

[1071] Se llaman *onagri*, pero su número es muy reducido para ser meros asnos salvajes. Cuper (*De Elephantis Exercitat.* II, 7) ha demostrado, por Opiano, Dion y un griego anónimo, que se habían visto cebras en Roma. Fueron llevadas de alguna isla del océano, acaso Madagascar. <<

[1072] Carino presentó un hipopótamo (véase Calpurnio, *Eclog.* VII, 66). En los últimos espectáculos no recuerdo cocodrilos, de los cuales Augusto exhibió treinta y seis de una vez. Dion Casio, l. IV [c. 10], p. 781. <<

[1073] Capitolino, *Hist. August.*, pp. 164-165 [*Gordiani Tres*, c. 33]. No estamos al tanto de los animales que llama *arcoleontes*; algunos leen *argoleontes*; otros, *agrioleontes*; pero ambas correcciones son insignificantes. <<

[1074] Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VIII, 6, de los anales de Pisón. <<

[1075] Véase Maffei, *Verona Illustrata*, p. IV, l. I, c. 2. <<

[1076] Maffei, l. II, c. 2. Los antiguos exageraban mucho la altura. Según Calpurnio (*Eclog*. VII, 23), se elevaba casi hasta el cielo, y según Amiano Marcelino (XVI, 10) sobrepasaba el alcance de la vista humana; pero ¡qué insignificante comparada con la gran pirámide de Egipto, que se levanta hasta más de quinientos pies [ciento cincuenta y dos metros] perpendiculares! <<

[1077] Según los diversos manuscritos de Víctor, leemos setenta y siete mil u ochenta y siete mil espectadores; pero Maffei (l. II, c. 12) no halla sitio en el tendido más que para treinta y cuatro mil. Los demás se colocaban en las galerías o aposentos altos y cubiertos. <<

[1078] Véase Maffei, l. II, c. 5-12. Trata este dificultoso tema con toda la claridad posible, ya como arquitecto, ya como anticuario. <<

[1079] Calpurnio, *Eclog*. VII, 64 y 73. Estas líneas son curiosísimas, y toda la égloga ha servido infinitamente a Maffei. Calpurnio era poeta, como también Marcial (véase el primer libro), mas al describir el anfiteatro se atenían a lo que estaban presenciando a la par de los romanos. <<

[1080] Véase Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. XXXIII, 16; XXXVII, 11. <<

[1081]

«Balteus en gemmis, en inlita porticus auro

Certatim radiant», etcétera

Calpurnio VII [V, 47] <<

[1082] «Et Martis vultus et Apollinis esse putavi», dice Calpurnio [*Eclog*. VII, 83]; pero Juan Malala, quien quizás había visto retratos de Carino, lo describe como bajo, grueso y blanco (t. I, p. 403). <<

[1083] En cuanto a la temporada en que se celebraron aquellos juegos romanos, Escalígero, Salmasio y Cuper se han esforzado en extremo para enmarañar un asunto que es de por sí muy claro. <<

[1084] Nemesiano (*Cynegeticon* [v. 80 y ss.]) parece anticipar en su fantasía aquel día venturoso. <<

[1085] Le arrebató todas las coronas a Nemesiano, con quien competía en la poesía didáctica. El Senado erigió una estatua al hijo de Caro, con una inscripción muy ambigua: «Al orador más poderoso». Véase Vopisco, *Hist. August*., p. 251 [*Numer*., c. 11]. <<

[1086] Una causa por lo menos más natural que la que le atribuye Vopisco (*Hist. August*., p. 251 [Numeriano, c. 12]), llorando sin cesar la muerte del padre. <<

[1087] En la guerra de Persia, Aper estuvo sospechado de un plan para traicionar a Caro. *Hist August*., p. 250 [Vopisco, *Carus*, c. 8]. <<

[1088] Debemos a la Crónica Alejandrina [*Chron. Pasch*., p. 247] el conocimiento del tiempo y sitio donde Diocleciano fue elegido emperador. <<

[1089] *Hist. August*., p. 251 [Vopisco, *Numer*., c. 12]. Eutropio IX, 88 [c. 12]. San Jerónimo, *Chron*. Según estos *atinados* escritores, la muerte de Numeriano se descubrió por el hedor de su cadáver. ¿No pudieron encontrarse esencias aromáticas en la casa imperial? <<

[1090] Aurelio Víctor [*De Cœsar*., c. 39]. Eutropio IX, 20 [c. 13]. San Jerónimo, *Chron*. <<

[1091] Vopisco, *Hist. August*., p. 252 [*Numer*., c. 13]. La razón para que Diocleciano matara a *Aper* (un jabalí) se fundaba en una profecía y un juego de palabras tan tonto como bien

conocido. <<

[1092] Eutropio [IX, 13] lo ubica puntualmente entre el monte Auro y Viminiaco. D'Anville (*Géographie Ancienne*, t. I, p. 304) coloca a Margo en Kastolatz, Servia, poco más abajo de Belgrado y Semendria. <<

[1093] *Hist. August.*, p. 254 [Vopisco, *Carinus*, c. 17]. Eutropio IX, 20 [13]. [Pseudo] Aurelio Víctor, *Epitome*. <<

[1094] Eutropio IX, 19. [Pseudo Aurelio] Víctor, *Epitome*. Parece que el pueblo se llamaba propiamente Doclia, por una tribu de ilirios que había sido reducida (Véase Celario, *Geographia Ant.*, t. 1, p. 393), y el nombre legítimo del esclavo venturoso era, probablemente, Docles; primero lo alargó con el eco armónicamente griego de Díocles, y luego hasta la majestad romana de Diocleciano. Tomó también el apellido patricio de Valerio, como se lo suele dar Aurelio Víctor. <<

[1095] Véase Dacier sobre la sexta sátira del libro segundo de Horacio. Cornelio Nepote, *Eumenes*, c. 1. <<

[1096] Lactancio (o quien quiera que sea el autor del tratadillo *De Mortibus Persecutorum*) tacha de *pusilánime* a Diocleciano en dos pasajes, c. 7 y 8. En el capítulo 9 dice de él: «Erat in omni tumultu meticulosus et animi disjectus». <<

[1097] Aurelio Víctor, en esta alabanza, parece censurar de manera justa, aunque indirecta, la crueldad de Constantino. En los *Fasti* se dice que Aristóbulo siguió de prefecto de la ciudad y que terminó con Diocleciano el consulado que había empezado con Carino. <<

[1098] Aurelio Víctor llamaba a Diocleciano «Parentem potius quam Dominum» [*De Cæsar.*, 39]. Véase *Hist. August.*, p. 30 [Capitolino, *M. Anton. Phil.*, c. 19]. <<

[1099] Los críticos modernos no han llegado a un acuerdo y

discuten erudita y obstinadamente sobre la fecha en que Maximiano recibió los títulos de César y de Augusto. Sigo a Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 500-505), que había pesado las razones con su esmerada escrupulosidad. <<

[1100] En una arenga declamada en su presencia (*Panegyr. Vet*. II, 8), Mamertino manifiesta su duda sobre que su héroe, al remedar la conducta de Aníbal y de Escipión, hubiese oído nunca sus nombres. De esto podemos colegir sencillamente que Maximiano apreciaba más que lo consideraran como soldado que como literato, y en este sentido cabe traducir el lenguaje de la lisonja en el de la verdad. <<

[1101] Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 8. Aurelio Víctor [*De Cæsar*., c. 39]. Como entre los panegíricos hay oraciones en alabanza de Maximiano y otras que adulan a sus contrarios a costa suya, podemos adquirir algún conocimiento a partir del contraste. <<

[1102] Véanse el segundo y el tercer panegírico, particularmente III [II], 3, 10 y 14; pero sería molesto copiar las expresiones difusas y afectadas de su falsa elocuencia. En cuanto a los títulos, véase Aurelio Víctor. Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 52. Spanheim, *De Usu Numismat*., dissert. XII, 8. <<

[1103] Aurelio Víctor. [Pseudo Aurelio] Víctor, *Epitome*. Eutropio IX, 22. Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 8. San Jerónimo, *Chron*. <<

[1104] Tan sólo entre los griegos modernos pudo Tillemont descubrir el nombre de Cloro. Una palidez reparable desafina con el rubor mencionado en el *Panegyr*. V, 19. <<

[1105] Juliano, nieto de Constancio, se jactaba de que su alcurnia descendía de los belicosos mesios. *Misopogon*, p. 348. Los dárdanos habitaban el extremo de Mesia. <<

[1106] Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano. Constancio se casó con Teodora, quien, hablando con rigor, era sólo hija de la esposa de Maximiano. Spanheim, dissert. XI, 2. <<

[1107] Esta división concuerda con la de las cuatro prefecturas, pero hay motivos para dudar de que España no fuese provincia de Maximiano. Véase Tillemont, t. IV, p. 517. <<

[1108] Juliano, *Cæsar*., p. 315. Spanheim, notas a la traducción francesa, p. 122. <<

[1109] El nombre general de *Bagaudæ*, que significa «rebeldes», siguió en la Galia hasta el siglo V. Algunos críticos lo derivan de la voz céltica *bagad*, asonada. Escalígero, *Thesaurus Temporum*; Du Cange *Glossar*. <<

[1110] Froissart, *Chronique*, t. I, c. 182, II, 73 y 79. La simplicidad de su relato se pierde en nuestros escritores modernos más sobresalientes. <<

[1111] Julio César, *De Bello Gall*. VI, 13. Orgetorix, el helvecio, pudo armar hasta diez mil esclavos para su defensa. <<

[1112] Eumenio reconoce su opresión y desamparo (*Panegyr*. VI, 8). «Gallias efferatas injuriis». <<

[1113] *Panegyr. Vet*. II, 4. Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 39]. <<

[1114] Eliano y Amando. Tenemos medallas acuñadas por ellos. Goltz, *Thesaurus Romæ Ant*., pp. 117 y 121. <<

[1115] «Levibus præliis domuit.» Eutropio IX, 20 [13]. <<

[1116] El hecho estriba realmente en una autoridad muy endeble, una Vida de san Babolino, que probablemente sea del siglo VII. Véase Duchesne, *Scriptores Rer. Francicar*., t. I, p. 662. <<

[1117] Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 39] los llama germanos. Eutropio (IX, 21 [13]) les da el nombre de sajones. Pero

Eutropio vivió en el siglo siguiente, y al parecer usa el habla de su propio tiempo. <<

[1118] Las tres expresiones de Eutropio [IX, 13], Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 39] y Eumenio, «vilissime natus», y «Bataviæ alumnus» y «Menapiæ civis», nos dan unas señas muy equívocas del nacimiento de Carausio. No obstante, el doctor Stukely (*Medallic Hist. of Carausius*, p. 62) prefiere hacerlo natural de San David, y príncipe de la sangre real de Britania. La idea principal está tomada de Ricardo de Cirencester, p. 44. <<

[1119] *Panegyr*. V, 12. Britania estaba por entonces segura y con muy poco resguardo. <<

[1120] *Panegyr. Vet*. V, 11 y VII, 9. El orador Eumenio ansiaba ensalzar la gloria de su héroe (Constantino) con la importancia de aquella conquista; pero, a pesar de nuestra laudable parcialidad para con nuestra patria, resulta muy difícil concebir que a principios del siglo IV Inglaterra mereciese tanto realce, pues un siglo y medio antes apenas rendía para sus propios gastos. Véase Apiano, Proæm. <<

[1121] Como se conservan todavía muchísimas medallas de Carausio, se han transformado en objetos predilectos de curiosidad anticuaria, y todas las circunstancias y acciones de su vida se han investigado con ahínco. En particular, el Dr. Stukely ha dedicado un enorme libro al emperador britano. Me he valido de sus materiales, aunque he desechado sus más fantasiosas conjeturas. <<

[1122] Cuando Mamertino pronunció su primer panegírico, Maximiano ya había acabado sus preparativos navales, y el autor presagiaba una victoria segura. Su silencio en el segundo panegírico nos da a entender el fracaso de la expedición. <<

[1123] Aurelio Víctor, Eutropio y las medallas (*Pax Aug.*) nos

informan de la reconciliación temporal, pero no me adelanto (como el Dr. Stukely, *Medallic Hist. of Carausius*, p. 86 y ss.) a incluir los mismos artículos del tratado. <<

[1124] En cuanto a la reconquista de Britania, podemos rastrear algunos apuntes por Aurelio Víctor y Eutropio. <<

[1125] Juan Malala, *Chron. Antiochen.*, t. I, pp. 408-409 [ed. Oxon.; ed. Ven., p. 132; ed. Bonn p. 308]. <<

[1126] Zósimo, l. I, p. 3 [l. II, c. 34]. Este historiador parcial va celebrando los desvelos de Diocleciano, con el intento de zaherir el abandono de Constantino; sin embargo, es interesante oír a un orador: «Nam quid ego alarum et cohortium castra percenseam, toto Rheni et Istri et Euphratis limite restituta». *Panegyr. Vet.* IV, 18. <<

[1127] «Ruunt omnes in sanguinem suum populi, quibus non contigit esse Romanis, obstinatæque feritatis pœnas nunc sponte persolvunt.» *Panegyr. Vet.* III, 16. Mamertino despeja el hecho con el ejemplo de casi todas las naciones del mundo. <<

[1128] Se quejaba, mas no con verdad cabal: «Jam fluxisse annos quindecim in quibus, in Illyrico, ad ripam Danubii relegatus cum gentibus barbaris luctaret». Lactancio., *De Mort. Persecut.*, c. 18. <<

[1129] En el texto griego de Eusebio leemos seis mil, número que prefiero al de sesenta mil de san Jerónimo, Orosio, Eutropio y su traductor griego Peanio. <<

[1130] *Panegyr. Vet.* VII, 21. <<

[1131] Había un establecimiento de sármatas en las cercanías de Tréveris, desamparado al parecer por aquellos bárbaros haraganes. Habla Ausonio de ellos en su *Mosella* [v. 5 y ss.]:

Unde iter ingrediens nemorosa per avia solum,

Et nulla humani spectans vestigia cultus;

. . . .

Arvaque Sauromatum nuper metata colonis.

Había una población de carpos en la Baja Mesia. <<

[1132] Véase el alborozo retórico de Eumenio, *Panegyr*. VII, 9. <<

[1133] Escalígero (*Thesaurus Temporum*, p. 243) decide, como acostumbra, que los *Quinquegentiani*, o cinco naciones africanas, eran las cinco ciudades populosas, la Pentápolis de la inocente provincia de Cirene. <<

[1134] Juliano, tras su derrota, se clavó una daga, y se arrojó enseguida a las llamas. [Pseudo Aurelio] Víctor, *Epitome* [c. 39]. <<

[1135] Tu ferocissimos Mauritaniæ populos inaccessis montium jugis et naturali munitione fidentes, expugnasti, recepisti, transtulisti. *Panegyr. Vet*. VI, 8. <<

[1136] Véase la descripción de Alejandría en Hircio, *Bell. Alexand*., c. 5. <<

[1137] Eutropio IX, 24 [15]. Orosio VII, 25. Juan Malala, *Chron Antioch*., pp. 409-410 [ed. Oxon.; p. 132, ed. Ven; p. 309, ed. Bonn]. Pero Eumenio nos asegura que Egipto quedó pacificado por la clemencia de Diocleciano. <<

[1138] Eusebio (*Chron*. [An. CCXCIII]) anticipa en algunos años el exterminio, cuando el mismo Egipto se hallaba en estado de rebelión contra los romanos. <<

[1139] Estrabón, l. XVII, p. 819. Pomponio Mela, l. I, c. 4. Son curiosas sus palabras: «Intra, si credere libet, vix homines magisque semiferi; Ægipanes, et *Blemmyes*, et 'Satyri'». <<

[1140] Ausus sese inserere fortunæ et provocare arma Romana. <<

[1141] Véase Procopio, *De Bello Persico*, l. I, c. 19. <<

[1142] Fijó el abasto de trigo, para el vecindario de Alejandría, en

dos millones de *medimni*, o cuatrocientos mil cuartos [454,6 m]. *Chron. Paschal.*, p. 276. Procopio, *Hist. Arcana*, c. 26. <<

[1143] Juan de Antioquía, en *Excerpta Valesiana*, p. 834. *Suidas* sobre Diocleciano. <<

[1144] Véase una breve historia y refutación de la alquimia en las obras de aquel recopilador filosófico, La Mothe le Vayer, tomo I, pp. 327-353. <<

[1145] Véase la educación y la fuerza de Tirídates en la *Hist. Armenia* de Moisés de Korén, l. II, c. 76. Él podía agarrar a dos toros bravíos por sus astas y arrancárselas con sus manos. <<

[1146] Si damos crédito al Víctor el Menor [*Epitome*, 41], quien supone que en el año 323 Licinio tenía tan sólo sesenta años, apenas cabe que fuese el mismo individuo que el ayo de Tirídates; sin embargo, sabemos por una mucho mejor autoridad (Eusebio, *Hist. Ecclesiastica*, l. X, c. 8) que Licinio se hallaba a en esa época en el último período de la ancianidad, pues dieciséis años antes se lo retrata ya como cano y contemporáneo de Galerio. Véase Lactancio., c. 32. Probablemente Licinio haya nacido alrededor del año 250. <<

[1147] Véanse los libros LXII y LXIII de Dion Casio [l. LXIII, c. 5]. <<

[1148] Moisés de Korén, *Hist. Armen.*, l. II, c. 74. Las estatuas las erigió Valarsaces, quien reinó en Armenia unos ciento treinta años antes de Cristo y fue el primero de la familia de Arsaces (véase Moisés de Korén, *Hist. Armen.*, l. II, 2-3); Justino (XLI, 5), y Amiano Marcelino (XXIII, 6) mencionan la deificación de los arsácidas. <<

[1149] La nobleza armenia era numerosa y poderosa. Moisés menciona varias familias distinguidas en el reinado de Valarsaces (l. II, 7), y que subsistían aún en su tiempo, a mediados del siglo

V. Véase el prólogo de sus editores. <<

[1150] Se llamaba Chosroiduchta y no tenía el *os patulum* como otras mujeres. (*Hist. Armen.*, l. II, c. 79) No entiendo la expresión. <<

[1151] En la *Hist. Armen.* (l. II, c. 78), como también en la *Geographia* (p. 367), China es denominada Zenia o Zenastán. Se caracteriza por la producción de seda, la opulencia de los nativos y su amor a la paz sobre todas las demás naciones de la tierra. <<

[1152] Vou-ti, el primer emperador de la séptima dinastía, que estaba reinando en esa época en China, estaba relacionado con Fergana, provincia de Sogdiana, y se dice que había recibido una embajada romana (*Hist. des Huns*, t. I, p. 38). Por entonces los chinos tenían una guarnición en Kashgar, y uno de sus generales, por el tiempo de Trajano, se adelantó hasta el mar Caspio. Sobre la comunicación de China con los países occidentales, se puede acudir a una memoria curiosa de Guignes, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXII, p. 355. <<

[1153] Véase *Hist. Armen.*, l. II, c. 81. <<

[1154] «Ipsos Persas ipsumque Regem ascitis Sacis, et Rufiis, et Gellis, petit frater Ormies». *Panegyr. Vet.*, III [II], 17. Los sacas eran un pueblo de escitas nómadas que acampaban cerca de los manantiales del Oxus y del Jaxartes [actual Syr Darya]. Los gelos eran los moradores de Ghilan, cerca de las playas del Caspio, y los mismos que estuvieron por tanto tiempo infestando, con el nombre de dilemitas, la monarquía persa. Véase D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*. <<

[1155] Moisés de Korén no trae la menor noticia de esta segunda revolución, la cual he tenido que rastrear de un pasaje de Amiano Marcelino (l. XXIII, c. 5). Lactancio habla de la

ambición de Narsés: «Concitatus domesticis exemplis avi sui Saporis ad occupandum orientem magnis copiis inhiabat». *De Mort. Persecut.*, c. 9. <<

[1156] Desde luego, creeremos que Lactancio achaca a cobardía la conducta de Diocleciano. En su oración, Juliano dice que se quedó con todas las fuerzas del imperio, expresión sumamente hiperbólica. <<

[1157] Nuestros cinco abreviadores —Eutropio, Festo, los dos Víctores y Orosio—, todos refieren la última y reñida batalla; pero tan sólo Orosio habla de las dos primeras. <<

[1158] Plutarco describe delicadamente la naturaleza del país en la vida de Craso, al igual que Jenofonte en el libro primero de la *Anabasis*. <<

[1159] Véase la disertación de Foster en el segundo tomo de la traducción de Spelman de la *Anabasis*, la cual no puedo menos que recomendar como una de las mejores versiones que se conocen. <<

[1160] *Hist. Armen.*, l. II, c. 76. He trasladado la hazaña de Tirídates de una derrota imaginaria a otra real de Galerio. <<

[1161] Amiano. Marcelino, l. XIV. La única *milla* ha ido creciendo hasta muchas millas en manos de Eutropio (IX, 24 [15]), de Festo (c. 25) y de Orosio (VII, 25). <<

[1162] Aurelio Víctor; Jornandes *De Reb. Geticis*, c. 21. <<

[1163] Dice Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 39]: «Per Armeniam in hostes contendit, quæ ferme sola, seu facilior vincendi via est.» Seguía el sistema de Trajano y la máxima de Julio César. <<

[1164] Jenofonte, *Anabasis*, l. III [c. 4, 35]. Por esta razón acampaba la caballería persa a sesenta estadios [12 km] del enemigo. <<

[1165] La historia es referida por Amiano, l. XXII. En vez de

saccum, leen algunos *scutum*. <<

[1166] Los persas confesaban la superioridad romana en armas como en moral. Eutropio IX, 24. Pero este aprecio y agradecimiento escasea en sus relaciones. <<

[1167] Los pormenores de la negociación se han sacado de los fragmentos de Pedro el Patricio, en *Excerpta Legationum*, publicado en la «Byzantine Collection». Pedro vivió bajo el gobierno de Justiniano; pero se evidencia, por la naturaleza de sus materiales, que los extractó de escritores auténticos y muy respetables. <<

[1168] «Adeo Victor —dice Aurelio [*De Cæsar*, c. 39]— ut ni Valerius, cujus nutu omnia gerebantur, abnuisset, Romani fasces in provinciam novam ferrentur. Verum pars terrarum tamen nobis utilior quæsita». <<

[1169] Había sido gobernador de Sumium (Pedro el Patricio en *Excerpta Legat*., p. 30 [ed. París; p. 21 ed. Ven; p. 135, ed. Bonn]). Al parecer, Moisés de Korén (*Geographia*, p. 360) menciona esta provincia, al este del monte Ararat. <<

[1170] Por yerro del geógrafo Ptolomeo, el solar de Singara pasa del Aboras al Tigris, y habrá ocasionado la equivocación de Pedro el Patricio en colocar el límite sobre el segundo río en vez del primero. La frontera romana atravesaba el Tigris, no iba siguiendo su cauce. <<

[1171] Procopio, *De Ædificiis*, l. II, c. 6. <<

[1172] En cuanto a las tres provincias Zabdicena, Arzanena y Corduena, están todos conformes; pero en vez de las otras dos, Pedro (en *Excerpt Legat*., p. 30) añade Rehimena y Sofena. He antepuesto a Amiano (l. XXV, 7), por cuanto cabe probar que nunca Sofena estuvo en manos de los persas, ni antes del reinado de Diocleciano ni después del de Joviano. Por falta de

mapas esmerados como los de D'Anville, casi todos los modernos, con Tillemont y Valesio a la cabeza, se han figurado que las cinco provincias estaban situadas más allá del Tigris con respecto a Persia y no a Roma. <<

[1173] Jenofonte, *Anabasis*, l. IV [c. 3 init.]. Sus arcos tenían tres codos de largo; sus flechas, dos; y derrumbaban peñascos tales que sólo un carro podría mover. Los griegos hallaron un sinnúmero de aldeas en aquel país tan agreste. <<

[1174] Según Eutropio (VI, 9, como consta el texto por los mejores manuscritos), la ciudad de Tigranocerta estaba en Arzanena. Apenas cabe rastrear los nombres y la situación de las otras tres. <<

[1175] Compárese Herodoto, l. I, c. 98, con Moisés de Korén., *Hist. Armen.*, l. II, c. 84, y el mapa de Armenia publicado por sus editores. <<

[1176] «Hiberi, locorum potentes, Caspia via Sarmatam in Armenios raptim effundunt», Tácito, *Annal.*, VI, 33. Véase Estrabón, *Geographia*, l. XI, p. 500. <<

[1177] Pedro el Patricio (en *Excerpta Legat.*, p. 30 [ed. París; p. 21, ed. Ven.; p. 35, ed. Bonn]) es el único escritor que menciona el artículo íbero de aquel tratado. <<

[1178] Eusebio en *Chron.*: «Pagi ad annum». Hasta el descubrimiento del tratado *De Mortibus Persecutorum*, no constaba que el triunfo y los Vicennalia se celebrasen al propio tiempo. <<

[1179] Durante los Vicennalia, parece que Galerio se mantuvo en su escondite del Danubio. Véase Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 38. <<

[1180] Eutropio (IX, 27 [16]) los menciona como parte del triunfo. Como las *personas* se habían devuelto a Narsés, tan sólo

podían ostentar sus *efigies*. <<

[1181] Tito Livio nos ofrece una arenga de Camilo sobre este asunto (V, 51-54), rebosante de afectuosa elocuencia, contraponiéndose al intento de remover el asiento del gobierno de Roma a la vecina ciudad de Veyes. <<

[1182] Reprocharon a Julio César el intento de trasladar el Imperio a Ilium o Alejandría. Véase Suetonio, *Cæsar*., c. 79. Según la ingeniosa conjetura de Le Fevre y Dacier, la tercera oda del tercer libro de Horacio se encaminaba a retraer a Augusto de la ejecución de un designio similar. <<

[1183] Véase Aurelio Víctor, quien menciona también los edificios levantados por Maximino en Cartago, probablemente durante la guerra de Mauritania. Vamos a insertar algunos versos de Ausonio, *De Clar. Urb*., V [*Ordo Urbium Nobilium* VII, 35]

Et Mediolani mira omnia: copia rerum;

Innumeræ cultæque domus; facunda virorum

Ingenia, et mores læti: tum duplice muro

Amplificata loci species; populique voluptas

Circus; et inclusi moles cuneata Theatri;

Templa, Palatinœque arces, opulensque Moneta,

Et regio «Herculei» celebris sub honore lavacri.

Cunctaque marmoreis ornata Peristyla signis;

Mœniaque in valli formam circumdata labro,

Omnia quœ magnis operum velut œmula formis

Excellunt: nec juncta premit vicinia Romæ. <<

[1184] Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 17. Libanio, *Orat*. VI, p. 203 [ed. Morell., París, 1627]. <<

[1185] Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 17. En una coyuntura semejante, Amiano menciona la *dicacitas plebis* como poco

halagüeña a los oídos imperiales (véase l. XVI, c. 10). [Amiano dice lo opuesto: «dicacitate plebis oblectabatur» (sobre Constantino).] <<

[1186] Lactancio acusa a Maximiano de ir acabando con «fictis criminationibus lumina senatus» (*De Mort. Persecut.*, c. 8). Aurelio Víctor deja en duda la lealtad de Diocleciano para con sus amigos. <<

[1187] «Truncatæ vires urbis, imminuto prætoriarum cohortium atque in armis vulgi numero.» Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 39]. Lactancio achaca a Galerio la continuación del mismo plan (c. 26). <<

[1188] Eran cuerpos antiguos apostados en Iliria y, según el antiguo establecimiento, constaba cada uno de seis mil hombres. Se habían hecho de una reputación con el uso de las plomadas o dardos cargados con plomo. Cada soldado llevaba hasta cinco, y los disparaba desde larga distancia con suma pujanza y maestría. Véase Vegecio I, 17. <<

[1189] Véase el *Codex Theodosianus*, l. VI, tít. II, con el comentario de Godofredo. <<

[1190] Véase la disertación 12 en la excelente obra de Spanheim, *De Usu Numismat*. Con medallas, inscripciones e historiadores, va escudriñando cada título en particular, y lo va acompañando desde su primera aparición con Augusto hasta su postrera desaparición. <<

[1191] Plinio el Joven (en *Panegyr.*, c. 3, 55 y ss.) habla del *Dominus* con execración, como sinónimo de tirano, y contrapuesto a príncipe. El mismo Plinio (en el décimo libro de las epístolas) suele dar este título a su amigo más bien que amo, el virtuoso Trajano. Esta contradicción, harto extraña, detiene a los comentadores que recapacitan, y a los traductores capaces de

escribir. <<

[1192] Sinesio, *De Regno*, ed. Petav., p. 15. Debo esta cita al abate de la Bléterie. <<

[1193] Véase Van Dale, *De Consecratione Principum*, p. 354 y ss. Era costumbre entre los emperadores, al encabezar las leyes, mencionar su *numen, sagrada majestad, oráculo divino*, etc. Según Tillemont, Gregorio Nacianceno se queja amargamente de tamaña profanación, sobre todo cuando era practicada por algún emperador arriano. <<

[1194] Véase Spanheim, *De Usu Numismat.*, dissert. XII. <<

[1195] Aurelio Víctor. Eutropio, IX, 26 [16]. En los panegiristas se puede ver cuán pronto se avinieron los romanos al nombre y al ceremonial de la adoración. <<

[1196] Se coligen principalmente la innovaciones introducidas por Diocleciano, primero, de pasajes muy expresivos de Lactancio; segundo, por los diversos y nuevos empleos que asoman en el Código Teodosiano, como ya en ejercicio desde el principio del reinado de Constantino. <<

[1197] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 7. <<

[1198] «Indicta lex nova quæ sane illorum temporum modestia tolerabilis, in perniciem processit.» Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 39] ha descifrado atinadamente la índole de Diocleciano, aunque en mal latín. <<

[1199] «Solus omnium, post conditum Romanum Imperium, qui ex tanto fastigio sponte ad privatæ vitæ statum civilitatamque remearet», Eutropio IX, 28 [16]. <<

[1200] Se han tomado de Lactancio las particularidades del viaje y la enfermedad (c. 17); quizá puede admitirse *a veces* como testimonio de hechos públicos, pero rara vez de anécdotas privadas. <<

[1201] Aurelio Víctor [*De Cæsar*, c. 39] atribuye la abdicación, que ha sido interpretada de diferentes maneras, a dos causas: primero, el menosprecio de Diocleciano a toda ambición; segundo, su temor a turbulencias inminentes. Uno de los panegiristas (VI [V], 9) menciona la edad y los achaques de Diocleciano como una razón natural para su retiro. <<

[1202] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 525, n. 19) despeja cabalmente las dificultades y equivocaciones que hay sobre las fechas de año y día de la abdicación de Diocleciano; véase también Pagi, *ad annum*. <<

[1203] Véase *Panegyr. Vet.*, VI [V], 9. La oración se pronunció después de que Maximiano reasumiera la púrpura. <<

[1204] Eumenio le tributa un fino agasajo: «At enim divinum illum virum, qui primus imperium et participavit et posuit, consilii et facti sui non pœnitet; nec amisisse se putat quod sponte transcripsit. Felix beatusque vere quem vestra, tantorum principium, colunt obsequia privatum». *Panegyr. Vet.*, VII [VI], 15. <<

[1205] Debemos a Víctor el Menor [Pseudo Aurelio Víctor,

Epitome, c. 39] el ponderado chiste. Eutropio [l. IX, c. 16] lo menciona de manera general. <<

[1206] *Hist. August.*, pp. 223-224 [Vopisco, *Aurel.*, c. 43]. Vopisco conocía por su padre esta conversación. <<

[1207] Víctor el Menor [*Epitome*, c. 39] menciona levemente el rumor; pero como Diocleciano había ofendido a un partido poderoso y predominante, han llovido crímenes y maldades sobre su memoria. Se afirmó que había muerto loco rabioso, y que el Senado había llegado a condenarlo como criminal, entre otras cosas. <<

[1208] Véase *Itiner.*, pp. 269 y 272, ed. Wesseling. <<

[1209] El abate Fortis, en su *Viaggio in Dalmazia*, p. 43 (impreso en Venecia en 1774, en dos pequeños volúmenes en cuarto), cita una relación manuscrita de las antigüedades de Salona, compuesta por Giambattista Giustiniani, como a mediados del siglo XVI. <<

[1210] Adam, *Antiquities of Diocletian's Palace at Spalatro*, p. 6. Podemos añadir una o dos circunstancias del abate Fortis: en el arroyuelo Hyader, mencionado por Lucano, se crían exquisitas truchas, y un escritor agudo, quizás fraile, supone que fue uno de los principales motivos que determinaron la elección de Diocleciano para su retiro. Fortis, p. 45. El mismo autor (p. 38) advierte que revive cierta afición a la agricultura en Spalatro y que una sociedad de caballeros establece una granja experimental junto a la ciudad. <<

[1211] Constantino, *Oratio ad Cœtum Sanctorum*, c. 25. En este sermón, el emperador, o el obispo que la compuso por él, se empeña en relatar el miserable final de todos los perseguidores de la iglesia. <<

[1212] Constantino Porfirogénito, *De Administrando Imperio*, p.

86 [ed. París; t. III, p. 125, ed. Bonn]. <<

[1213] D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. I, p. 162. <<

[1214] Los señores Adam y Clerisseau, acompañados de dos dibujantes, visitaron Spalatro en el mes de julio de 1757. La magnífica obra, resultado de su viaje, se publicó siete años después en Londres. <<

[1215] Voy a copiar las palabras del abate Fortis: «E' bastevolmente nota agli amatori dell'Architettura, e dell'Antichitá; l'opera del Signor Adams, che a donato molto a que' superbi vestigi coll' abituale eleganza del suo toccalapis e del bulino. In generale la rozzezza del scapello, e'l cattivo gusto del secolo VI gareggiano colla magnificenza del fabricato». Véase *Viaggio in Dalmazia*, p. 40. <<

[1216] El orador Eumenio era secretario de los emperadores Maximiano y Constancio, y profesor de retórica en el colegio de Autun. Su salario era de seiscientos mil sextercios, que, según el más bajo cómputo de aquel tiempo, equivaldría a más de tres mil libras al año. Solicitó generosamente el permiso de emplearlos en reedificar el colegio. Véase su *oratio De Restaurandis Scholis* [c. 11], que con sus resabios vanidosos tal vez lo desagravia de sus panegíricos. <<

[1217] Porfirio murió en la época de la abdicación de Diocleciano. La Vida que compuso de su maestro Plotino no da concepto cabal de la índole de su secta y de las costumbres de sus profesores. Esta pieza curiosísima se halla en Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. IV, pp. 88-148. <<

[1218] Fundándose en Orosio y Eusebio, Montesquieu (*Grandeur et Décadence des Romains*, c. 17) supone que, en esta ocasión, el Imperio fue dividido *realmente* por primera vez en dos partes. No obstante, es difícil descubrir en qué aspecto el plan de

Galerio difería del de Diocleciano. <<

[1219] «Hic non modo amabilis, sed etiam venerabilis Gallis fuit; præcipue quod Diocletiani suspectam prudentiam, et Maximiani sanguinariam violentiam imperio ejus evaserant» (Eutropio X, 1). <<

[1220] «Divitiis Provincialium (mel. *provinciarum*) ac privatorum studens, fisci commoda non admodum affectans; ducensque melius publicas opes a privatis haberi, quam intra unum claustrum reservari» (Eutropio X, 1). Extremó esta máxima a tal punto que, cuando daba un banquete, tenía que pedir prestada la vajilla. <<

[1221] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 18. Si los detalles de esta conversación fueran más coherentes con la verdad y la decencia, quizá podríamos preguntar cómo un retórico desconocido llegó a enterarse de ellos. Pero son muchos los historiadores que nos traen a la memoria la ingeniosa expresión del gran conde al cardenal de Retz: «Ces coquins nous font parler et agir comme ils auroient fait eux-mêmes à notre place». <<

[1222] «Sublatus nuper a pecoribus et silvis statim Scutarius, continuo Protector, mox Tribunus, postridie Cœsar, accepit Orientem» (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 19). Aurelio Víctor es demasiado generoso al darle toda la porción de Diocleciano. <<

[1223] Su fidelidad y diligencia son reconocidas hasta por el mismo Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 18). <<

[1224] No obstante, estos planes se fundan únicamente en la dudosa autoridad de Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 20). <<

[1225] Esta tradición, ignorada por los contemporáneos de Constantino, fue inventada en la lobreguez de los monasterios, embellecida por Jeffrey de Monmouth y los escritores del siglo

XII, defendida por nuestros historiadores del último siglo, y se halla gravemente referida en la historia de Inglaterra compilada por Carte (t. 1, p. 147). No obstante, ella traslada el reino de Coil, padre imaginario de Helena, de Essex a la muralla de Antonino. <<

[1226] Eutropio (X, 2) expresa en breves palabras la verdad real y la ocasión del error: «*Ex obscuriori matrimonio* ejus filius». Zósimo (l. II [c. 8], p. 78) toma el relato menos favorable, el que es seguido también por Orosio (VII, 25), cuya autoridad es extrañamente desatendida por el infatigable, aunque parcial, Tillemont. Al insistir en el divorcio de Helena, Diocleciano reconoció su casamiento. <<

[1227] Las opiniones con respecto al lugar donde nació Constantino son tres. I) Los historiadores ingleses se atienen con embeleso a las palabras de su panegirista: «Britannias illic oriendo nobiles fecisti». Pero este célebre pasaje puede referirse tanto al casamiento como al nacimiento de Constantino. II) Algunos griegos modernos suponen que Constantino nació en Drepano, ciudad del golfo de Nicomedia (Celario, *Geographia Ant.*, t. II, p. 174), a la que Constantino honró con el nombre de Helenópolis y Justiniano realzó con numerosos edificios soberbios (Procopio, *DeÆdificiis* V, 2). En efecto, es probable que el padre de Helena tuviera una posada en Drepano, y quizá Constantino se haya alojado allí cuando volvía de una embajada a Persia durante el reinado de Aureliano, pero en la vida errante de un soldado el lugar de su casamiento y los sitios donde nacen sus hijos tienen poca conexión entre sí. III) La idea de que Naissus es el lugar de nacimiento es defendida por un escritor anónimo, citado por Amiano, p. 710 [t. II, p. 295, ed. Bip.], quien, por lo general, copió muy buenos materiales. Además, esta idea es confirmada por Julio Fírmico (*De Astrologia*, l. I, c.

4) durante el reinado del mismo Constantino. Es cierto que se han hecho algunas objeciones en cuanto a la integridad del texto y la aplicación del pasaje de Fírmico, pero aquélla es establecida por los mejores manuscritos y ésta es hábilmente defendida por Lipsio (*De Magnitudine Romana*, l. IV, c. 11 y suplemento). <<

[1228] «Litteris minus instructus» (*Excerpta Vales*., p. 710). <<

[1229] Galerio, quizá por su propio valor, se expuso a un combate singular con un sármata (*Excerpta Vales*., p. 710) y con un león monstruoso. Véase Praxágoras *apud* Focio, p. 63. Praxágoras, filósofo ateniense contemporáneo de Constantino, había escrito una biografía de este emperador en dos libros que se han perdido. <<

[1230] Zósimo, l. II [c. 8], pp. 78-79. Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 24. El primero cuenta el desatinado relato de que Constantino mandó desjarretar todos los caballos de posta que había utilizado; pero esta sangrienta práctica, sin prevenir una persecución, hubiera infundido sospechas y, tal vez, detenido su viaje. <<

[1231] Anónimo, p. 710. *Panegyr. Vet*. VII, 4. Sin embargo, Zósimo (l. II, p. 79), Eusebio (*De Vita Constantini*, l. I, c. 21) y Lactancio (*De Mort. Persecut*., c. 24) suponen con menos exactitud que halló a su padre moribundo. <<

[1232] «Cunctis qui aderant, annitentibus, sed præcipue Croco (*alii Eroco*) [¿Érico?] Alamannorum Rege, auxilii gratia Constantium comitato, imperium capit» (Víctor el Menor, c. 41). Éste es quizás el primer caso de un rey bárbaro que auxilió las armas romanas con un cuerpo independiente de sus propios súbditos. Esta práctica se repitió más tarde hasta que finalmente resultó adversa. <<

[1233] El fervoroso Eumenio (VII, 8) se anima a afirmar, en

presencia de Constantino, que espoleó su caballo y trató, aunque en vano, de huir de sus soldados. <<

[1234] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 25. Eumenio (VII, 8) da un sesgo retórico a este asunto. <<

[1235] La elección de Constantino por su moribundo padre, apoyada por la razón e insinuada por Eumenio, parece ser confirmada por autoridades incuestionables como Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 24), Libanio (*Orat.* I), Eusebio (*De Vita Constant*,. l. I, c. 18, 21) y Juliano (*Orat.* I [p. 7]). <<

[1236] De las tres hermanas de Constantino, Constancia se casó con el emperador Licinio; Anastasia, con el César Casiano; y Eutropia, con el cónsul Nepociano. Los tres hermanos fueron Dalmacio, Julio Constancio y Anibaliano, de quienes hablaremos más adelante. <<

[1237] Véase Gruter, *Inscript.*, p. 178. Se menciona a los seis príncipes, y a Diocleciano y Maximiano como los Augustos señores y padres de los emperadores. Ellos dedicaron, de manera conjunta, este magnífico edificio para el uso de *sus propios* romanos. Luego, los arquitectos han construido sobre las ruinas de estas *termas*, y los estudiosos de la antigüedad, como Donato y Nardini, han hallado el solar que ocuparon. El aposento mayor es ahora la iglesia de Cartuja e, incluso, una de las viviendas que había sido pensada para el portero fue lo suficientemente amplia como para albergar a otra iglesia, la de los fuldenses. <<

[1238] Véase Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 26, 31. <<

[1239] El sexto panegírico representa la conducta de Maximiano de modo más favorable; y la expresión ambigua de Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 40], «retractante diu», puede significar o que inventó la conspiración o que la contrarrestó. Véanse

Zósimo, l. II [c. 9] p. 79 y Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 26. <<

[1240] Las circunstancias de esta guerra y la muerte de Severo son referidas de modo dudoso y diverso en los fragmentos antiguos (Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, parte I, p. 555). Hemos intentado extractar de ellos un relato consecuente y probable. <<

[1241] El sexto panegírico se pronunció para celebrar el ascenso de Constantino; pero el prudente orador evitó hacer mención de Galerio y Majencio. Sólo hizo una leve alusión a los trastornos de la época y a la majestad de Roma. <<

[1242] Con respecto a esta negociación, véanse los fragmentos de un historiador anónimo, publicados por Valerio al final de su edición de Amiano Marcelino, p. 711. Estos fragmentos nos han dado varias anécdotas curiosas y, al parecer, auténticas. <<

[1243] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 28 La primera causa ha sido tomada probablemente del *pastor* de Virgilio: «Illam… ego huic nostræ similem, Melibœe, putavi», etc. Lactancio se complace con estas alusiones poéticas. <<

[1244]

Castra super Tusci si ponere Tybridis undas, (jubeas)

Hesperios audax veniam metator in agros.

Tu quoscunque voles in planum effundere muros,

His aries actus disperget saxa lacertis;

Illa licet penitus tolli quam jusseris urbem Roma sit.

(Lucano, Pharsal. I, 381.) <<

[1245] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 27. Zósimo l. II [c. 10], p. 82. El último insinúa que, en su entrevista con Maximiano, Constantino había prometido declarar la guerra a Galerio. <<

[1246] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, parte I, p. 559) ha

demostrado que Licinio, sin pasar por la jerarquía intermedia de César, fue declarado Augusto el 11 de noviembre de 307, después del regreso de Galerio de Italia. <<

[1247] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 32. Cuando Galerio le dio el título de Augusto a Licinio, trató de satisfacer a sus asociados más jóvenes: le dio a Constantino y a Maximino —no a Majencio (véase Baluze, p. 81)— el nuevo título de Hijos de los Augustos. Pero cuando Maximino le informó que ya había sido nombrado Augusto por el ejército, Galerio tuvo que considerar tanto a Maximino como a Constantino como iguales asociados a la dignidad imperial. <<

[1248] Véase *Panegyr. Vet*. VI [V], 9. «Audi doloris nostri liberam vocem», etc. Todo el pasaje está ideado con artificiosa adulación y expresado con fluidez. <<

[1249] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 28. Zósimo l. II [c. 11], p. 82. Se esparció el rumor de que Majencio era hijo de algún sirio de baja extracción y que había sido sustituido por la mujer de Maximiano y considerado como hijo propio. Véase [Pseudo] Aurelio Víctor [*Epitome*, c. 40]. *Excerpta Vales*. [12] y *Panegyr. Vet*. IX, 3-4. <<

[1250] «Ab urbe pulsum, ab Italia fugatum, ab Illyrico repudiatum, tuis provinciis, tuis copiis, tuo palatio recepti» (Eumenio, en *Panegyr. Vet*. VII, 14). <<

[1251] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 29. Sin embargo, después de la renuncia al trono, Constantino trató a Maximiano con la pompa y los honores propios de una dignidad imperial; y en todos los actos públicos le dio la derecha a su suegro. *Panegyr. Vet*. VII, 15. <<

[1252] Zósimo, l. II [c. 11], p. 82. Eumenio, en *Panegyr. Vet*. VII, 16-21. El segundo de estos autores ha representado, sin duda,

todo el asunto desde una perspectiva más favorable a su soberano. Sin embargo, incluso de esta parcial narración, podemos concluir que la repetida clemencia de Constantino y las reiteradas traiciones de Maximiano, como las describe Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 29, 30) y las copian los modernos, no se encuentran fundamentadas históricamente. <<

[1253] Aurelio Víctor, c. 40. Ese lago estaba situado en la Panonia Superior, limitando con la Nórica y la provincia de Valeria (nombre que la mujer de Galerio dio al territorio desmontado); indudablemente estaba entre los ríos Drava y Danubio (Sexto Rufo, c. 9). En consecuencia, es posible sospechar que Víctor haya confundido el lago Pelso con los pantanos voloceanos o, como ahora se denominan, el lago Balaton. Está situado en el centro de Valeria y su actual extensión no es menos de doce millas húngaras de largo (cerca de setenta millas inglesas [112 km]) y dos de ancho. Véase Severini, *Pannonia*, l. I, c. 9. <<

[1254] Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 33) y Eusebio (l. VIII, c. 16) describen los síntomas y el progreso de su enfermedad con singular exactitud y aparente placer. <<

[1255] Si les place, como al difunto Dr. Jortin (*Remarks on Ecclesiastical History*, t. II. pp. 307-356), recordar las portentosas muertes de los perseguidores, les recomendaría la lectura de un admirable pasaje de Grocio (*Hist.*, l. VII, p. 332) concerniente a la última enfermedad de Felipe II de España. <<

[1256] Véase Eusebio, l. IX, c. 10. Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 36. Zósimo es menos exacto y evidentemente confunde a Maximiano con Maximino. <<

[1257] Véase el octavo panegírico, en el que Eumenio despliega, en presencia de Constantino, la miseria y gratitud de la ciudad de Autun. <<

[1258] Eutropio X, 3. *Panegyr. Vet*. VII, l0-12. Gran número de la juventud franca estaba igualmente expuesta a la misma muerte cruel e ignominiosa. <<

[1259] Juliano excluye a Majencio del banquete de los Césares con aborrecimiento y desprecio, y Zósimo (l. II [c. 14], p. 85) lo acusa de todo tipo de crueldades y estragos. <<

[1260] Zósimo, l. II [c. 14], pp. 83-85. Aurelio Víctor [*De Cœsar*., c. 40]. <<

[1261] El pasaje de Aurelio Víctor [*loc. cit*.] debería leerse del modo siguiente: «Primus instituto pessimo, *munerum* specie, patres *oratoresque* pecuniam conferre prodigenti sibi cogeret». <<

[1262] *Panegyr. Vet*., IX 3. Eusebio, *Hist. Eccl*. VIII, 14, y *De Vita Constant*. I, 33-34. Rufino, c. 17. La virtuosa matrona que se suicidó con un puñal para librarse de la violencia de Majencio era cristiana y esposa del prefecto de la ciudad. Su nombre era Sofronia. Aún es dudoso entre los casuistas si, en semejante caso, el suicidio es justificado. <<

[1263] «Prætorianis cædem vulgi quondam annueret» es la vaga expresión de Aurelio Víctor [*De Cœsar*., c. 40]. Véase más particularmente, aunque algo diferente, el relato del tumulto y la matanza que sucedió en Roma en Eusebio (l. VIII, c. 14) y en Zósimo (l. II [c. 13], p. 84). <<

[1264] Véase *Panegyr. Vet*. IX, 14. Allí se relata una exacta descripción de la indolencia y vano orgullo de Majencio. En otro lugar [*ibid*. c. 3], el orador observa que las riquezas que Roma había acumulado en un período de mil sesenta años habían sido distribuidas por el tirano entre sus tropas mercenarias: «Redemptis ad civile latrocinium manibus ingesserat». <<

[1265] Después de la victoria de Constantino, fue universalmente

admitido que el fin de librar a la República de un tirano detestado hubiera justificado su expedición a Italia. Eusebio, *De Vita Constant.*, l. I, c. 26. *Panegyr. Vet.* IX, 2. <<

[1266] Zósimo, l. II [c. 14], 84-85. Nazario, en *Panegyr. Vet.* X, 7-13. <<

[1267] Véase *Panegyr. Vet.* IX, 2. «Omnibus fere tuis Comitibus el Ducibus non solum tacite mussantibus, set etiam aperte timentibus; contra consilia hominum, contra Haruspicum monita, ipse per temet liberandæ urbis tempus venisse sentires.» La embajada de los romanos sólo es mencionada por Zonaras (l. XIII [c. 1]) y por Cedreno (*Historiarum Compendium*, p. 270 [ed. París; t. I, p. 474, ed. Bonn]), pero estos modernos griegos tenían la oportunidad de consultar muchos escritos que desde entonces han desaparecido, entre los cuales podremos citar la Vida de Constantino por Praxágoras. Focio (p. 63) ha hecho un corto extracto de esa obra histórica. <<

[1268] Zósimo (l. II [c. 15], p. 86) nos ha dado este curioso detalle de las fuerzas de ambas partes. No hace mención de armamentos navales, aunque nos asegura (*Panegyr. Vet.* IX, 25) que la guerra se sostuvo tanto por tierra como por mar, y que la flota de Constantino tomó posesión de Cerdeña, Córcega y los puertos de Italia. <<

[1269] *Panegyr. Vet.* IX, 3. No es extraño que el orador haya disminuido el número con que su soberano logró la conquista de Italia; pero parece algo singular que haya estimado el ejército del tirano en no más de cien mil hombres. <<

[1270] Los tres principales pasos de los Alpes, entre Galia e Italia, son los del monte San Bernardo, el monte Cenis y el monte Ginebra. La tradición y semejanza de nombres (*Alpes Penninæ*) habían relacionado la marcha de Aníbal con el primero de éstos

(Véase Simler, *De Alpibus*). El caballero de Folard (*Histoire de Polybe*, t. IV) y D'Anville la han vinculado al monte Ginebra. Pero, no obstante la autoridad de un oficial experimentado y de un hábil geógrafo, las pretensiones del monte Cenis se sostienen de un modo especioso, por no decir convincente, por Grosley, *Observations sur l'Italie*, t. I, p. 40 y ss. <<

[1271] La Brunette, cerca de Susa, Demont, Exiles Fenestrelles, Coni, etcétera. <<

[1272] Véase Amiano Marcelino XV, 10. Su descripción de los caminos sobre los Alpes es clara y exacta. <<

[1273] Zósimo y Eusebio pasan rápidamente del relato de los Alpes a la acción decisiva cerca de Roma. Para las otras acciones de Constantino, hay que remitirse a los dos panegíricos. <<

[1274] El marqués Maffei ha examinado el sitio y batalla de Verona con la atención y la exactitud debidas a una acción memorable que tuvo lugar en su país nativo. Las fortificaciones de aquella ciudad, construidas por Galieno, eran menos extensas que las murallas modernas, y el anfiteatro no estaba incluido en su circunferencia. Véase *Verona Illustrata*, parte I, p. 142, 150. <<

[1275] No poseían la cantidad de cadenas para tal multitud de prisioneros, y el consejo no sabía qué resolver; pero el sagaz conquistador imaginó el pertinente recurso de convertir las espadas de los vencidos en grilletes. *Panegyr. Vet*. IX, 9. <<

[1276] *Panegyr. Vet*. IX, 10. <<

[1277] «Literas calamitatum suarum indices supprimebat» (*Panegyr. Vet*. IX, 15). <<

[1278] «Remedia malorum potius quam mala differebat» es la refinada censura de Tácito contra la indolencia de Vitelio. <<

[1279] Según el marqués de Maffei, es muy probable que el 1° de

setiembre de 312 Constantino aún estuviese en Verona, y que el período memorable de las declaraciones se inicie en la época de su conquista de Galia Cisalpina. <<

[1280] Véase *Panegyr. Vet*. XI, 16 [IX, 14?]. Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 44. <<

[1281] «Illo die hostem Romanorum esse periturum» [Lactancio, *loc. cit*.]. El príncipe vencido se hizo, como era de esperar, enemigo de Roma. <<

[1282] Véase *Panegyr. Vet*. IX, 16 y X, 27. El primero de estos oradores exagera las provisiones de granos que Majencio había reunido de África y las islas. Además, si hay alguna verdad sobre la escasez que menciona Eusebio (*De Vita Constant*., l I, c. 36), los graneros imperiales sólo fueron abiertos a los soldados. <<

[1283] «Maxentius… tandem urbe in *Saxa Rubra*, millia ferme novem ægerrime progressus» (Aurelio Víctor [*De Cæsar*., c. 40]). Véase Celario, *Geographia. Ant*., t. I, p. 463. Saxa Rubra estaba en las cercanías del Cremera, un riachuelo indiferente, reconocido por la valerosa y gloriosa muerte de los trescientos Fabios. <<

[1284] El lugar que Majencio había tomado, con el Tíber a su retaguardia, está muy claramente descrito en *Panegyr. Vet*. IX, 16 y X, 28. <<

[1285] «Exceptis latrocinii illius primis auctoribus, qui desperata venia, locum quem pugnæ sumpserant texere corporibus» (*Panegyr. Vet*. IX, 17). <<

[1286] Se expandió el vago rumor de que Majencio, sin haber tomado ninguna precaución para su retirada, había ideado una artificiosa estratagema para destruir al ejército de los perseguidores; pero que el puente de madera, que debía de ser aflojado al acercarse Constantino, desventuradamente se rompió

bajo el peso de los italianos. M. de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, parte I, p. 576) examina si, en contradicción con el sentido común, el testimonio de Eusebio y Zósimo debería prevalecer sobre el silencio de Lactancio, el de Nazario y el del orador anónimo, pero contemporáneo, que compuso el noveno panegírico. <<

[1287] Zósimo, l. II [c. 15 y ss.], pp. 86-88, y los dos panegíricos —el primero de ellos fue pronunciado algunos meses después— proporcionan una exacta descripción de esta gran batalla. Lactancio, Eusebio y aun los epítomes hacen varias insinuaciones provechosas sobre este punto. <<

[1288] Zósimo (l. II [c. 17], p. 88), enemigo de Constantino, admite que sólo se les quitó la vida a un pequeño número de amigos de Majencio; pero podemos reparar en el expresivo pasaje de Nazario (*Panegyr. Vet.*, X 6): «Omnibus qui labefactari statum ejus poterant cum stirpe deletis». El otro orador (*Panegyr. Vet.* IX, 20-21) se contenta con observar que Constantino, cuando entró en Roma, no imitó las crueles carnicerías de Cinna, las de Mario o las de Sila. <<

[1289] Véanse los dos panegíricos, y las leyes de éstos y las del *Codex Theodosianus* del año siguiente. <<

[1290] *Panegyr. Vet.*, IX 20. Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 44. Maximino, que era manifiestamente el mayor de los Césares, reclamó con alguna muestra de razón el primer grado entre los Augustos. <<

[1291] «Adhuc cuneta opera quæ magnifice construxerat, urbis fanum, atque basilicam, Flavii meritis patres sacravere» (Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 40]). En cuanto al robo de los trofeos de Trajano, consúltese a Flaminio Vacca, *apud* Montfaucon, *Diarium Italicum*, p. 250, y *L'Antiquité Expliquée*, t. IV, p. 171. <<

[1292] «Pretoriæ legiones ac subsidia factionibus aptiora quam urbi Roma, sublata penitus; simul arma atque usus indumenti militaris» (Aurelio Víctor [*loc. cit.*]). Zósimo (l. II [c. 17], p. 89) cita este hecho como historiador y lo celebra muy pomposamente en el noveno panegírico. <<

[1293] «Ex omnibus provinciis optimates viros Curiæ tuæ pigneraveris; ut Senatus dignitas… ex totius Orbis flore consisteret» (Nazario, en *Panegyr. Vet.* X [IX], 35). La palabra *pigneraveris* casi podría parecer escogida maliciosamente. En cuanto al cargo senatorial, véanse Zósimo, l. II [c. 38], p. 115, el segundo título del libro sexto del Código Teodosiano, con el comentario de Godofredo, y *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXVII, p. 726. <<

[1294] Del *Codex Theodosianus* podemos trazar los movimientos de los emperadores; pero las fechas y los lugares han sido alterados en muchos casos por el descuido de los copistas. <<

[1295] Zósimo (l. II [c. 17], p. 89) observa que, antes de la guerra, la hermana de Constantino había sido desposada con Licinio. Según Víctor el Menor, Diocleciano fue invitado a las bodas y, habiéndose excusado por su edad y dolencias, recibió una segunda carta llena de reproches por su supuesta parcialidad a la causa de Majencio y Maximino. <<

[1296] Zósimo menciona la derrota y muerte de Maximino como un acontecimiento ordinario; pero Lactancio se extiende en ambos eventos (*De Mort. Persecut.*, c. 45-50), atribuyéndolos a la milagrosa intercesión del cielo. Licinio en aquel momento era uno de los protectores de la Iglesia. <<

[1297] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 50. Aurelio Víctor trata ligeramente la diferente conducta de Licinio y de Constantino en el uso de la victoria. <<

[1298] Los apetitos sensuales de Maximino se satisfacían a costa de sus súbditos. Sus eunucos, que recluían violentamente a casadas y vírgenes, examinaban sus desnudos cuerpos con ansiosa curiosidad, para desechar los que no fuesen dignos de los abrazos reales. La esquivez y el desdén se consideraban como traición, y la obstinada beldad era condenada a morir ahogada. Se introdujo la costumbre de que nadie podía contraer matrimonio sin previo permiso del emperador, «ut ipse in omnibus nuptiis prægustator esset» (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 58). <<

[1299] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 39. <<

[1300] Diocleciano, por último, envió «cognatum suum, quendam militarem ac potentem virum», para interceder a favor de su hija (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 41). No conocemos suficientemente la historia de aquellos tiempos para indicar la persona que fue empleada. <<

[1301] «Valeria quoque per varias provincias quindecim mensibus plebeio cultu pervagata» (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 51). Dudamos sobre cómo se deben computar los quince meses: si desde el momento de su destierro o desde el de su fuga. La expresión *pervagata* parece remitir a esta última opción; pero, en tal caso, hemos de suponer que el tratado de Lactancio fue escrito después de la primera guerra civil entre Licinio y Constantino. Véase Cuper, p. 254. <<

[1302] «Ita illis pudicitia et conditio exitio fuit» (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 51). El autor hace un relato de las desgracias de las inocentes mujer e hija de Diocleciano, mezclando naturalmente lástima y exaltación. <<

[1303] El curioso lector que consulte *Excerpta Vales.*, p. 713, probablemente me acusará de dar aquí una paráfrasis atrevida y licenciosa; pero, si lo considera con atención, reconocerá que mi

interpretación es probable y fundada. <<

[1304] La situación de Emona —o, como ahora se denomina, Liubliana—, en Carniola (D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. I, p. 187), puede sugerir una conjetura: como está al nordeste de los Alpes Julianos, este importante territorio fue naturalmente objeto de disputa entre los soberanos de Italia y de Ilírica. <<

[1305] Cibalis o Cibalæ —cuyo nombre aún se conserva en las oscuras ruinas de Swilei— estaba situada a unas cincuenta millas [80,5 km] de Sirmio, capital de Ilírica, y a unas cien millas [161 km] de Taurunum o Belgrado y la confluencia del Danubio y el Sava. Las guarniciones romanas y las ciudades sobre estos ríos están esmeradamente ilustradas por D'Anville, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXVIII. <<

[1306] Zósimo (l. II [c. 18], pp. 90-91) ofrece un particular relato de esta batalla; pero sus descripciones son más retóricas que militares. <<

[1307] Zósimo, l. II [c. 19], pp. 92, 93. *Excerpta Vales.*, p. 713. Los epítomes proporcionan algunos detalles, pero suelen confundir las dos guerras entre Licinio y Constantino. <<

[1308] Pedro el Patricio, en *Excerpta Legat.*, p. 27. Si se creyese que γάμβρος significa más apropiadamente «yerno», podríamos conjeturar que Constantino, tomando el nombre como igualmente los deberes de padre, había adoptado a sus hermanos y hermanas menores, hijos de Teodora; pero en los mejores autores, γάπβρος a veces significa «marido», a veces «suegro» y a veces «consanguíneo» en general. Véanse Spanheim, Observaciones *ad* Juliano, *Orat.*, l. I, p. 72. <<

[1309] Zósimo, l. II [c. 20], p. 93. *Excerpta Vales.*, p. 713. Eutropio X, 4. Aurelio Víctor. Eusebio, *Chron.* [An. CCCXVIII.] Sozomen, l. I, c. 2. Cuatro de estos escritores

afirman que la promoción de los Césares era un artículo del tratado. Sin embargo, es cierto que el joven Constantino y el joven Licinio aún no habían nacido; y es muy probable que la promoción haya sido realizada el 1° de marzo de 317. En el tratado probablemente se estipuló que dos Césares podían ser nombrados por el emperador de Occidente y sólo uno por el emperador de Oriente; pero cada uno de ellos se reservaba para sí la elección de las personas. <<

[1310] *Codex Theodos.*, l. XI, tít. 27, t. IV, p. 188, con observaciones de Godofredo. Véase también l. V, tít. 7-8. <<

[1311] «Omnia foris placida domi prospera, annonæ ubertate, fructuum copia» (*Panegyr. Vet.* X, 38). Este discurso de Nazario fue pronunciado en el día de la *Quinquennalia* de los Césares, el 1° de marzo de 321. <<

[1312] Véase el edicto de Constantino dirigido al pueblo romano en el *Codex Theodos.*, l. IX, tít. 24, t. III, p. 189. <<

[1313] Su hijo, con gran ingenuidad, declara la verdadera causa de la revocación. «Ne sub specie atrocioris judicii aliqua in ulciscendo crimine dilatio nasceretur» (*Codex Theodos.*, t. III, p. 193). <<

[1314] Eusebio (*De Vita Constant.*, l. III, c. 1) afirma que, en el reinado de este héroe, la espada de la justicia permaneció en manos de los magistrados. El mismo Eusebio (l. IV, c. 29, 54) y el *Codex Theodosianus* nos dicen que esta excesiva lenidad no se debía a la falta ni de crímenes atroces ni de leyes penales. <<

[1315] Nazario, en *Panegyr. Vet.* X. La victoria de Crispo sobre los alamanes está expresada en algunas medallas. <<

[1316] Véase Zósimo, l. II [c. 21], pp. 93-94; aunque el relato de ese historiador no es claro ni fundado. El panegírico de Optaciano (c. 23) hace mención de la alianza de los sármatas

con los carpos y getas, e indica los variados campos de batalla. Se supone que los juegos sarmáticos, celebrados en el mes de noviembre, tienen su origen en los festejos por el éxito de esta guerra. <<

[1317] Véase Juliano, *Cæsar*. (p. 529; Spanheim, «Comment.», p. 252). Constantino se jacta de haber recobrado la provincia (Dacia) que Trajano había subyugado; pero Sileno insinúa que las conquistas de Constantino eran como los jardines de Adonis: se marchitan y se secan apenas aparecen. <<

[1318] Jornandes, *De Rebus Geticis*, c. 21. No sé si podemos fundarnos en su autoridad. Tal alianza tiene un viso muy reciente y difícilmente se acomoda a las máximas de principios del siglo IV. <<

[1319] Eusebio, *De Vita Constant*., l. I, c. 8. Este pasaje, sin embargo, está tomado de una declamación general sobre la grandeza de Constantino y no de algún relato particular de la guerra contra los godos. <<

[1320] «Constantinus tamen, vir ingens et omnia efficere nitens quæ animo præparasset, simul principatum totius orbis affectans, Licinio bellum intulit.» Eutropio X, 5 [4]. Zósimo, l. II [c. 18], p. 89. Los motivos que se han señalado para la primera guerra civil pueden, con más propiedad, aplicarse a la segunda. <<

[1321] Zósimo, l. II [c. 22], pp. 94-95. <<

[1322] Constantino estaba atento a los privilegios y las comodidades de sus compañeros-veteranos (*conveterani*), como empezó a denominarlos. Véase el *Codex Theodos*., l. VII, tít. 10, t. II, pp. 419, 429. <<

[1323] Mientras que los atenienses mantuvieron el imperio del mar, su flota consistía en trescientas y, después, cuatrocientas

galeras de tres órdenes de remos; todas completamente equipadas y listas para el servicio. El arsenal en el puerto de Pireo le había costado a la República mil talentos, que equivalen a unas doscientas dieciséis mil libras. Véase Tucídides, *De Bello Pelopon.*, l. II, c. 13; y Meursio, *De Fortuna Attica*, c. 19. <<

[1324] Zósimo, l. II [c. 22], pp. 95-96. Esta gran batalla está descrita en *Excerpta Vales*. (p. 714) [*ad fin*. Amiano Marcelino, t. II, p. 300, ed. Bip.] de manera clara aunque concisa: «Licinius vero circum Hadrianopolin maximo exercitu latera ardui montis impleverat: illuc toto agmine Constantinus inflexit. Cum bellum terra marique traheretur, quamvis per arduum suis nitentibus, attamen disciplina militari et felicitate, Constantinus Licinii confusum et sine ordine agentem vicit exercitum: leviter femore sauciatus». <<

[1325] Zósimo, l. II [c. 24], pp. 97-98. La corriente siempre sale del Helesponto y, cuando se halla impelida por el viento del Norte, ningún buque puede tentar el paso. El viento del Sur hace que la fuerza de la corriente sea casi imperceptible. Véase Tournefort, *Voyage au Levant*, carta XI. <<

[1326] Aurelio Víctor [*De Cæsar*., c. 41]. Zósimo, l. II [c. 25], p. 98. Según este último autor, que usa la apelación latina en griego, Martiniano era *magister officiorum*. Algunas medallas demuestran que, durante su corto reinado, recibió el título de Augusto. <<

[1327] Eusebio (*De Vita Constant*., l. II, c. 16-17) atribuye esta victoria a las piadosas plegarias del emperador. En *Excerpta Vales*. (p. 714) [Amiano Marcelino, t. II, p. 301, ed. Bip.] se menciona un cuerpo de auxiliares godos a las órdenes de su jefe Aliquaca, que adhirió al partido de Licinio. <<

[1328] Zósimo, l. II [c. 28], p. 102, Víctor el Menor, en *Epitome*

[c. 41]. *Excerpta Vales.*, p. 714. <<

[1329] «Contra religionem sacramenti Thessalonicæ privatus occisus est» (Eutropio X, 6 [4], cuyo testimonio está confirmado por san Jerónimo, en *Chron.*, y por Zósimo, l. II [c. 28], p. 102). El escritor de *Excerpta Valesiana* es el único que hace mención de los soldados; Zonaras sólo invoca la asistencia del Senado, y Eusebio pasa por alto esta delicada gestión. Sin embargo, un siglo después, Sozomen se aventura a confirmar la deslealtad de Licinio. <<

[1330] Véase el *Codex Theodos.*, l. XV, tít. 15, t. V, pp. 404-405. Estos edictos de Constantino revelan un inapropiado grado de pasión y de precipitación para el carácter de un legislador. <<

[1331] «Dum Assyrios penes, Medosque, et Persas Oriens fuit, despectissima pars servientium.» Tácito, *Hist.* V, 8. Herodoto, que visitó el Asia cuando obedecía al último de esos imperios, hace mención de los sirios de Palestina, los cuales, según su propia confesión, habían recibido de Egipto el rito de la circuncisión. Véase l. II, c. 104. <<

[1332] Diodoro de Sicilia, l. XL [*Eclog.* I, t. II, p. 542, ed Wesseling]. Dion Casio, l. XXXVII [c. 16], p. 121. Tácito, *Hist.* V, 1-9. Justino XXXVI, 2-3. <<

[1333] «Tradidit arcano quæcunque volumine Moses:

Non monstrare vias eadem nisi sacra colenti,

Quæsitum ad fontem solos deducere verpos.»

[Juvenal, *Sat.* XIV, 102]

La última ley no se halla en el presente volumen de Moisés; pero el sabio, el humano Maimónides, enseña abiertamente que si un idólatra cae al agua, un hebreo no debe salvarlo de la muerte. Véase Basnage, *Hist. des Juifs*, l. VI, c. 28 [l. V, c. 24]. <<

[1334] Una secta judía, que se complacía en una suerte de

oportuna conformidad, derivaba de Herodes, por cuyo ejemplo y autoridad había sido seducida, el nombre de herodianos. Pero su número era tan escaso y su duración tan breve, que Josefo no la ha creído digna de su observación. Véase Prideaux, [*The Old and New Testament Connected in the History of the Jews and Neighbouring Nations*, comúnmente llamado *Prideaux's Connection*, t. II, p. 285]. <<

[1335] Cicerón, *Pro Flacco*, c. 28. <<

[1336] Filón, *Legatio*. Augusto dejó una fundación para un sacrificio perpetuo; sin embargo, aprobó el descuido de su nieto Cayo hacia el templo de Jerusalén. Véase Suetonio, *August*., c. 93, y las notas de Casaubon sobre ese párrafo. <<

[1337] Véase, en particular, Josefo, *Antiquitat*. XVII, 6; XVIII, 3; y *De Bello Jud*. I, 33 y II, 9, ed. Havercamp. <<

[1338] «Jussi a Caio Cœsare, effigiem ejus in templo locare, arma potius sumpsere.» Tácito, *Hist*. V, 9. Filón y Josefo dan un relato muy detallado, pero muy retórico, de esta gestión que tuvo al gobernador de Siria excesivamente perplejo. Al hacer mención, por primera vez, de esta propuesta idólatra, el rey Agripa se desmayó, y no recobró el sentido hasta el tercer día. <<

[1339] En cuanto a la enumeración de las deidades sirias y árabes, puede observarse que Milton ha comprendido en ciento treinta hermosos versos las dos grandiosas y doctas reglas que Seiden compuso sobre este difícil tema. <<

[1340] «¿Por cuánto tiempo esta gente me ha de estar provocando, y cuánto tiempo ha de pasar antes de que en mí crean, por todos los *portentos* que he manifestado entre ellos?» (*Núm*. XIV, 11). Sería fácil, pero impropio, justificar la queja de la Deidad por el tenor de la historia mosaica. <<

[1341] Todo lo que alude a los prosélitos judíos ha sido muy hábilmente tratado por Basnage, *Hist. des Juifs* l. V, c. 6-7. <<

[1342] Véase *Éx*. XXXIV, 23; *Deut*. XVI, 16; los comentadores, y una nota muy convincente en la *Universal History*, t. I, p. 603, edición en folio. <<

[1343] Cuando Pompeyo, usando o abusando del derecho de conquista, entró en el *Sancta Sanctorum*, observó con asombro, «nulla intus Deum effigie, vacuam sede et inania arcana». Tácito, *Hist*. V, 9. Era un dicho popular respecto de los judíos: «Nil præter nubes et cœli numen adorant». <<

[1344] Una segunda clase de circuncisión se impuso a un prosélito samaritano o egipcio. La huraña indiferencia de los talmudistas respecto a la conversión de los extranjeros puede verse en Basnage, *Hist. des Juifs*, l. V, c. 6. <<

[1345] El judío Orobio esgrimió estos argumentos con sumo ingenio, y fueron refutados con igual sutileza y candor por el cristiano Limborch. Véase la *Amica Collatio* (bien merece este nombre), o relación de la disputa entre ellos. <<

[1346] «Jesus (…) circumcisus erat; cibis utebatur Judaicis; vestitu simili; purgatos scabie mittebat ad sacerdotes; Paschata et alios dies festos religiose observabat: si quos sanavit sabbatho, ostendit non tantum ex lege, sed et ex receptis sententis, talia opera sabbatho non interdicta.» Grocio, *De Veritate Religionis Christianæ*, l. V, c. 7. Poco después (c. 12) se extiende sobre la condescendencia de los apóstoles. <<

[1347] «Pæne omnes Christum Deum sub legis observatione credebant». Sulpicio Severo II, 31. Véase Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. IV, c. 5. <<

[1348] Mosheim, *De Rebus Christianis ante Constantinum Magnum*, p. 153. En esta obra maestra, que a menudo tendré

ocasión de citar, ahonda más en el estado de la Iglesia primitiva de lo que tiene oportunidad de hacerlo en su *Historia general*. <<

[1349] Eusebio, l. III, c. 5. Le Clerc, *Hist. Ecclesiastica*, p. 605. Durante esta ocasional ausencia, el obispo y la iglesia de Pela mantuvieron el título de Jerusalén. Del mismo modo, los pontífices romanos residieron setenta años en Aviñón; y los patriarcas de Alejandría han trasferido hace mucho tiempo su silla episcopal a El Cairo. <<

[1350] Dion Casio, l. LXIX [c. 12]. El destierro de la nación judía de Jerusalén se halla atestiguado por Aristo de Pella (*apud* Eusebio, l. IV, c. 6), y varios escritores eclesiásticos lo mencionan; aunque algunos de ellos extienden con harta rapidez esta interdicción a todo el país de la Palestina. <<

[1351] Eusebio, l. IV, c. 6. Sulpicio Severo II, 31. Comparando sus relatos, nada satisfactorios, Mosheim (p. 327 y ss.) ha deducido una representación muy distinta de las circunstancias y motivos de esta revolución. <<

[1352] Le Clerc (*Hist. Eccl.*, pp. 477 y 535) parece haber recogido de Eusebio, san Jerónimo, Epifanio y otros escritores todas las principales circunstancias que tienen relación con los nazarenos o ebionitas. La naturaleza de sus opiniones pronto los dividió en una secta más estricta y otra más indulgente; y hay algunos motivos para conjeturar que la familia de Jesucristo permaneció como miembro, al menos, del segundo y más moderado partido. <<

[1353] Algunos escritores se han complacido en crear un Ebión, el imaginario autor de su secta y nombre. Pero podemos confiar con más seguridad en el docto Eusebio que en el vehemente Tertuliano o en el crédulo Epifanio. Según Le Clerc, la palabra hebrea *ebjonim* puede traducirse al latín como *pauperes*. Véase *Hist. Eccl.*, p. 477. <<

[1354] Véase el muy curioso diálogo de san Justino mártir con el judío Trifón. La conferencia entre ellos tuvo lugar en Éfeso, durante el reinado de Antonino Pío, y unos veinte años después del regreso de la iglesia de Pela a Jerusalén. Para esta fecha consúltese la exacta nota de Tillemont, *Mémoires Ecclésiastiques*, t. II, p. 511. <<

[1355] De todos los sistemas del cristianismo, el de la Abisinia es el único que todavía se adhiere a los ritos mosaicos (Geddes, *Church History of Ethiopia*, y *Dissertations de Le Grand sur la relation du P. Lobo*). El eunuco de la reina Candace podría sugerir algunas sospechas; pero, como se nos asegura (Sócrates I, 19; Sozomen II, 24; Ludolfo, p. 281) que los etíopes no fueron convertidos hasta el cuarto siglo, es más razonable creer que guardaban el sábado, y que hacían distinción de las carnes prohibidas, a imitación de los judíos, que en un período muy anterior se hallaban a ambos lados del mar Rojo. La circuncisión había sido practicada por los más antiguos etíopes, por motivos de salud y limpieza, que parecen bastante explicados en [De Pauw], *Recherches Philosophiques sur les Américains*, t. II, p. 117. <<

[1356] Beausobre (*Hist. Critique du Manichéisme*, l. I, c. 3) ha manifestado sus oposiciones, particularmente las de Fausto, el adversario de san Agustín, con docta imparcialidad. <<

[1357] «Apud ipsos fides obstinata, misericordia in promptu: adversus omnes alios hostile odium». Tácito, *Hist*. V, 5. Ciertamente que Tácito consideraba a los judíos bajo un aspecto demasiado favorable. La lectura de Josefo debe haber destruido la antítesis. <<

[1358] El Dr. Burnet (*Archœologia*, l. II, c. 7) ha discutido los primeros capítulos del *Génesis* con demasiada agudeza y libertad. <<

[1359] Los gnósticos más indulgentes consideraban a Jehovah, el Creador, como un ser de una naturaleza mixta entre Dios y el Demonio. Otros lo confundían con el principio de maldad. Consúltese el segundo siglo de la *Historia general* de Mosheim, que da una relación muy distinta, aunque concisa, de sus extrañas opiniones sobre el particular. <<

[1360] Véase Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, l. I, c. 4. Orígenes y san Agustín se hallaban entre los alegoristas. <<

[1361] Hegesipo, *apud* Eusebio III, 32; IV, 22. Clemente de Alejandría, *Stromata* VII, 17. <<

[1362] En la relación de los gnósticos del segundo y el tercer siglos, Mosheim es ingenioso y cándido; Le Clerc, obtuso, pero exacto; Beausobre, casi siempre apologista; y mucho se ha de temer que los primitivos padres hayan sido con frecuencia calumniadores. <<

[1363] Véanse los catálogos de san Ireneo y san Epifanio. Se ha de admitir, sin duda, que estos escritores estaban inclinados a multiplicar el número de sectas que se oponían a la unidad de la Iglesia. <<

[1364] Eusebio, l. IV, c. 15. Sozomen, l. II, c. 32. Véase en Bayle, en el artículo de «Marción», un curioso pormenor de una disputa sobre este particular. Parecería que algunos de los gnósticos (los basilianos) evitaron, y aun rehusaron, el honor del martirio. Sus razones eran singulares y abstrusas. Véase Mosheim, p. 539. <<

[1365] Véase un párrafo muy remarcable de Orígenes (*Proœm. ad Lucam*). Este infatigable escritor, que consumió su vida en el estudio de las Sagradas Escrituras, funda su autenticidad sobre la inspirada autoridad de la Iglesia. Es imposible que los gnósticos recibiesen los Evangelios que tenemos actualmente, en los cuales

muchas partes (particularmente la que trata de la resurrección de Cristo) están en una directa —y hasta puede parecer planificada— oposición con sus dogmas predilectos. Es, por consiguiente, algo singular que Ignacio (*Ep. ad Smyrnæos Patres Apostolicos* II, p. 34) haya preferido emplear una vaga y dudosa tradición, en lugar de citar el fidedigno testimonio de los evangelistas. <<

[1366] «Faciunt favos et vespæ; faciunt ecclesias et Marcionitæ», es la enérgica expresión de Tertuliano, que estoy obligado a citar de memoria [*Adv. Marcionem* IV, 5]. En tiempo de Epifanio (*Adv. Hæreses*, p. 302 [ed. París, 1622]), los marcionitas eran muy numerosos en Italia, Siria, Egipto, Arabia y Persia. <<

[1367] San Agustín es un memorable ejemplo de este progreso gradual de la razón a la fe. Estuvo, durante algunos años, unido a la secta maniquea. <<

[1368] El sentimiento unánime de la Iglesia primitiva está muy claramente explicado por san Justino mártir, *Apologia Major* [c. 25, p. 59, ed. Bened.]; por Atenágoras, *Legatio*, c. 22 y ss; y por Lactancio, *Divinæ Institutiones* II, 14-19. <<

[1369] Tertuliano (*Apologet.*, c. 23) alega la confesión de los propios demonios, siempre que eran torturados por los exorcistas cristianos. <<

[1370] Tertuliano ha escrito un tratado muy severo contra la idolatría, para precaver a sus hermanos del peligro constante de incurrir en esa culpa. «Recogita silvam, et quantæ latitant spinæ.» *De Corona Militis*, c. 10. <<

[1371] El Senado romano se celebró siempre en un templo o lugar consagrado (Aulo Gelio XIV, 7). Antes de tratar cualquier asunto, todo senador esparcía vino e incienso sobre el altar. Suetonio, *August.*, c. 35. <<

[1372] Véase Tertuliano, *De Spectaculis*. Este severo reformista no

manifiesta más indulgencia con una tragedia de Eurípides que con un combate de gladiadores. La vestidura de los actores lo ofende particularmente. Con el uso del alto borceguí consiguen añadir impíamente un cúbito a su estatura (c. 23). <<

[1373] El uso antiguo de concluir la diversión con libaciones puede hallarse en todos los clásicos. Sócrates y Séneca, en sus últimos momentos, hicieron una noble aplicación de esta costumbre. «Postremo stagnum calidæ aquæ introiit, respergens proximos servorum, addita voce, libare se liquorem illum Jovi Liberatori». Tácito, *Annal.* XV, 64. <<

[1374] Véase el elegante, pero idólatra, himno de Catulo sobre las bodas de Manlio y Julia. «O Hymen, Hymenæ Io! Quis huic Deo compararier ausit?». <<

[1375] Los antiguos funerales (los de Miseno y Palas) son no menos exactamente descriptos por Virgilio que ilustrados por su comentador Servio. La misma pila era un altar, las llamas se alimentaban con la sangre de las víctimas, y todos los asistentes eran rociados con agua lustral. <<

[1376] Tertuliano, *De Idololatria*, c. 11. <<

[1377] Véase cada parte de la obra de Montfaucon sobre la antigüedad. Aun el reverso de las monedas griegas y romanas era frecuentemente de naturaleza idólatra. Aquí, en verdad, los escrúpulos de los cristianos fueron atajados por una pasión más poderosa. <<

[1378] Tertuliano, *De Idololatria*, c. 20-22. Si un amigo pagano (en caso de estornudar) usaba la expresión familiar de «Júpiter os bendiga», el cristiano tenía que protestar contra la divinidad de Júpiter. <<

[1379] Consúltese la obra más trabajada de Ovidio, sus imperfectos *Fasti*. No terminó más que los seis primeros meses

del año. La compilación de Macrobio se titula *Saturnalia*, pero sólo una pequeña parte del primer libro tiene alguna relación con el título. <<

[1380] Tertuliano ha compuesto una defensa, o más bien un panegírico, del arrojado proceder de un soldado cristiano que, al tirar su corona de laurel, se había expuesto a sí mismo y a sus hermanos al peligro más inminente. Con la mención de los *emperadores* (Severo y Caracalla) es evidente, no obstante los deseos de Tillemont, que Tertuliano compuso su tratado *De Corona*, mucho antes de abrazar los errores de los montanistas. Véase *Mém. Ecclés.*, t. III, p. 384. <<

[1381] En particular, el primer libro de las *Tusculanæ Disputationes*, y los tratados *De Senectute* y *Somnium Scipionis*, contienen, en el lenguaje más elegante, todo cuanto la filosofía griega o el buen sentido romano podían sugerir sobre este oscuro, pero importante asunto. <<

[1382] La preexistencia de las almas, al menos hasta donde esta doctrina es compatible con la religión, fue adoptada por muchos de los padres griegos y latinos. Véase Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, l. VI, c. 4. <<

[1383] Véase Cicerón, *Pro Cluentio*, c. 61; Cœsar, *apud* Salustio, *De Bello Catilin.*, c. 51; Juvenal, *Sat.* II, 149.

Esse aliquid manes, et subterranea regna,

… … … … … … … … … … … …

Nec pueri credunt, nisi qui nondum aere lavantur. <<

[1384] El undécimo libro de la *Odisea* hace una relación espantosa e incoherente de las sombras infernales. Píndaro y Virgilio han embellecido el cuadro; pero incluso estos poetas, aunque más correctos que su gran modelo, son culpables de muy extrañas contradicciones. Véase Bayle, *Responses aux questions d'un*

provincial, parte III, c. 22. <<

[1385] Véanse la decimosexta epístola del primer libro de Horacio, la decimotercera sátira de Juvenal y la segunda sátira de Persio: estos discursos populares expresan el sentimiento y lenguaje de la muchedumbre. <<

[1386] Si nos limitamos a los galos, podemos observar que confiaban no sólo sus vidas, sino también su dinero, a la seguridad de otro mundo. «Vetus ille mos Gallorum occurrit», dice Valerio Máximo (l. II, c. 6, p. 10), «quos, memoria proditum est, pecunias mutuas, quæ his apud inferos redderentur, dare solitos». La misma costumbre se halla más oscuramente insinuada por Mela (l. III, c. 2). Es casi inútil añadir que los provechos del tráfico tienen una justa proporción con el crédito del negociante, y que los druidas debieron a su sagrada profesión un carácter y responsabilidad que escasamente se veía en ninguna otra clase de hombres. <<

[1387] El reverendo autor de *The Divine legation of Moses* [Warburton] asigna una razón muy curiosa a la omisión, y muy ingeniosamente la devuelve a los incrédulos. <<

[1388] Véase Le Clerc (*Prolegomena ad Hist. Eccl.*, secc. I, c. 8). Su autoridad parece ser la de más peso, pues ha escrito un docto y juicioso comentario sobre los libros del *Antiguo Testamento*. <<

[1389] Josefo, *Antiquitat.* l. XIII, 13, c. 10 [5 y ss]; *De Bello Jud.* II, 8 [2]. Según la interpretación más natural de sus palabras, los saduceos admitían solamente el Pentateuco, pero algunos críticos modernos suman a los profetas a su creencia, y suponen que se contentaban con rechazar las tradiciones de los fariseos. El Dr. Jortin ha argüido este punto en su *Remarks on Ecclesiastical History*, t. II, p. 103. <<

[1390] Esta esperanza fue sostenida por el capítulo vigesimocuarto

de san Mateo, y por la primera epístola de san Pablo a los Tesalonicenses. Erasmo remueve la dificultad con la asistencia de la alegoría y la metáfora; y el docto Grocio se adelanta a insinuar que, por sabios propósitos, se permitió el piadoso engaño. <<

[1391] Véase Burnet, *Sacred Theory*, parte III, c. 5. Esta tradición puede seguirse hasta la época de la Epístola de Bernabé, que escribió en el siglo I, y que parece haber sido medio judío. <<

[1392] La Iglesia primitiva de Antioquía computaba cerca de seis mil años desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Cristo. Africano, Lactancio y la Iglesia griega redujeron este número a cinco mil quinientos, y Eusebio se ha contentado con cinco mil doscientos años. Estos cálculos se formaron sobre la versión antigua del *Viejo Testamento*, que fue universalmente recibida durante los seis primeros siglos. La autoridad de la *Vulgata* y del texto hebreo ha determinado a los modernos, tanto protestantes como católicos, a preferir un período cercano a los cuatro mil años; aunque en el estudio de la antigüedad profana se hallan a menudo reducidos a aquellos estrechos límites. <<

[1393] La mayoría de estos cuadros fueron sacados de una falsa representación de Isaías, Daniel y el *Apocalipsis*. Una de las imágenes más groseras puede hallarse en san Ireneo (*Adversus Hœreses* V [c. 23], p. 455 [ed. Oxon. 1702]), discípulo de Papias, que había visto al apóstol san Juan. <<

[1394] Véase el segundo diálogo de san Justino mártir con Trifón, y el séptimo libro de Lactancio. Es innecesario citar a todos los padres que ha habido en este intermedio, pues no se duda del hecho. Sin embargo, el curioso lector puede consultar a Daillé, *De Usu Patrum*, l. II, c. 4. <<

[1395] El testimonio de san Justino mártir sobre su propia fe y la

de sus hermanos ortodoxos en la doctrina de un Milenio es claro y solemne (*Dialogus cum Tryphone Jud.*, pp. 177-178, ed. Benedict.). Si al principio de este importante pasaje hay algo que parezca inconsistente, podemos imputarlo propiamente al autor o a sus copistas. <<

[1396] Dupin, *Bibliothèque Ecclés.*, t. I, p. 223; t. II, p. 366; y Mosheim, 720; aunque el segundo de estos doctos teólogos no es muy candoroso en esta ocasión. <<

[1397] En el concilio de Laodicea (cerca del año 360), el *Apocalipsis* fue tácitamente excluido del sagrado canon por las mismas iglesias del Asia a las cuales está dirigido: y sabemos, por las quejas de Sulpicio Severo, que su sentencia había sido ratificada por la mayor parte de los cristianos de su tiempo. ¿Qué causas habrán motivado que el *Apocalipsis* esté ahora tan generalmente recibido por las Iglesias griega, romana y protestante? Pueden darse las siguientes: 1) los griegos fueron subyugados por la autoridad de un impostor, que en el sexto siglo se arrogó el carácter de Dionisio el Areopagita; 2) un justo temor de que los gramáticos se hiciesen más importantes que los teólogos determinó al concilio de Trento a fijar el sello de su infalibilidad sobre todos los libros de la Sagrada Escritura contenidos en la *Vulgata Latina*, en cuyo número el *Apocalipsis* fue afortunadamente incluido (Fra Paolo, *Istoria del Concilio Tridentino*, l. II); 3) la ventaja de dirigir aquellas misteriosas profecías contra la diócesis romana inspiró a los protestantes tan útil alianza. Véanse los ingeniosos y elegantes discursos del actual obispo de Lichfield sobre este poco prometedor asunto. <<

[1398] Lactancio (*Divinæ Institut.* VII, 15 y ss.) relata la triste historia del porvenir con brío y elocuencia. <<

[1399] Sobre este particular, todo lector de gusto podrá

entretenerse con la tercera parte de la *Sacred Theory*, de Burnet. Mezcla la filosofía, las Escrituras y la tradición en un solo y magnífico sistema, en cuya descripción manifiesta una fuerza de imaginación en nada inferior a la del mismo Milton. <<

[1400] Y sin embargo, sea cual fuere el lenguaje de los individuos, es todavía la doctrina pública de todas las Iglesias cristianas; ni aun la nuestra puede negarse a admitir las conclusiones que se han de sacar de sus artículos octavo y decimoctavo. Los jansenistas, que tan diligentemente estudiaron las obras de los padres, sostienen este dictamen con celo; y el docto Tillemont no desecha nunca a un virtuoso emperador sin pronunciar su condena. Zuinglio puede que sea el único guía de un partido que ha adoptado el dictamen más indulgente, y no ofendió menos a los luteranos que a los católicos. Véase Bossuet, *Histoire des Variations des Églises Protestantes*, l. II, c. 19-22. <<

[1401] Justiniano y Clemente de Alejandría admiten que algunos de los filósofos fueron instruidos por el *logos*, confundiendo su doble significado, de la razón humana y del Verbo Divino. <<

[1402] Tertuliano, *De Spectaculis*, c. 30. Para averiguar el grado de autoridad que el celoso Africano ha adquirido, puede ser suficiente alegar el testimonio de Cipriano, doctor y guía de todas las Iglesias occidentales (véase Prudencio *Hymn*. XIII, 100). Siempre que se dedicaba al estudio diario de los escritos de Tertuliano, solía decir: «Da mihi magistrum», dame mi maestro (san Jerónimo, *De Viris Illustribus*, t. I, p. 284 [c. 53, t. II, p. 878, ed. Vallars.]). <<

[1403] No obstante la evasión de Middleton, no podemos menos que reparar en las visiones y la inspiración que pueden hallarse en los padres apostólicos. <<

[1404] San Ireneo, *Adv. Hæreses* Procem., p. 3. Middleton (*Free Inquiry*, p. 96 y ss.) observa que como esta pretensión era, entre

todas las demás, la más difícil de sostener por medio del arte, fue la que más pronto se abandonó. La observación se adapta a su hipótesis. <<

[1405] Atenágoras en *Legatio*. [Pseudo] Justino mártir, *Cohortatio ad Gentiles*. Tertuliano, *Adv. Marcionem*, l. IV. Estas descripciones no dejan de ser algo semejantes al furor profético hacia el cual Cicerón (*De Divinatione* II, 54) manifiesta tan poca reverencia. <<

[1406] Tertuliano (*Apologet*., c. 23) lanza un valiente desafío a los magistrados paganos. De los primitivos milagros, el poder del exorcismo es el único admitido por los protestantes. <<

[1407] San Ireneo, *Adv. Hæreses*, l. II, c. 56-57; l. V, c. 6. Dodwell (*Dissertationes in Irenæum* II, 42) concluye que el segundo siglo fue aun más fértil en milagros que el primero. <<

[1408] Teófilo, *Ad Autolycum*, l. I, p. 345, ed. Benedict., París, 1742 [p. 35 ed. Oxon. 1684]. <<

[1409] Middleton escribió su introducción en el año 1747, publicó su *Free Inquiry* en 1749, y antes de su muerte, en 1750, había preparado una vindicación de ella contra sus numerosos adversarios. <<

[1410] La universidad de Oxford confirió títulos a sus opositores. Por la indignación de Mosheim (p. 221), podemos descubrir los sentimientos de los teólogos luteranos. <<

[1411] Debe parecer algo curioso que Bernardo De Claraval, que recuerda tantos milagros de su amigo san Malaquías, no hable de los propios, los que sin embargo se hallan cuidadosamente referidos por sus compañeros y discípulos. ¿Acaso existe, en la larga serie de la historia eclesiástica, un solo ejemplo de un santo que afirme que él mismo poseyó el don de los milagros? <<

[1412] La conversión de Constantino es la era más usualmente

fijada por los protestantes. Los teólogos más racionales difícilmente admiten los milagros del siglo IV; mientras que los más crédulos no quieren rechazar los del siglo V. <<

[1413] Las imputaciones de Celso y Juliano, con las defensas de los padres, se hallan muy ingenuamente representadas por Spanheim, *Les Césars de Julien*, «Comment.», p. 468. <<

[1414] Plinio el Joven, *Ep*. X, 97. <<

[1415] Tertuliano, *Apologet*., c. 44. Añade, sin embargo, con algún grado de duda: «Aut si [et] aliud, jam non Christianus». <<

[1416] El filósofo Peregrino (de cuya vida y muerte Luciano nos ha dejado un relato tan entretenido) abusó por mucho tiempo de la crédula sencillez de los cristianos de Asia. <<

[1417] Véase un tratado muy juicioso de Barbeyrac, *Sur la morale des Pères* <<

[1418] Lactancio, *Divinæ Institut*., l. VI, c. 20-22. <<

[1419] Consúltese una obra de Clemente de Alejandría, titulada *El pedagogo* [*Pædagogus*], que contiene los rudimentos de la ética, como fueron enseñados en las más célebres escuelas cristianas. <<

[1420] Tertuliano, *De Spectaculis*, c. 23. Clemente de Alejandría, *Pædagogus*, l. III, c. 8. <<

[1421] Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, l. VII, c. 3. San Justino mártir, Gregorio de Nisa, san Agustín, etc., se inclinaban fuertemente por esta opinión. <<

[1422] Algunos de los herejes gnósticos fueron más consecuentes, pues rechazaron el uso del matrimonio. <<

[1423] Véase una serie de tradiciones, desde san Justino mártir hasta san Jerónimo, en *Sur la morale des Pères*, c. IV, 6-26. <<

[1424] Véase una disertación muy curiosa sobre las vestales en

Mém. de l'Acad. des Inscriptions, t. IV, pp. 161-227. A pesar de los honores y recompensas que se concedían a aquellas vírgenes, era difícil reunir un número suficiente; ni podía el temor a una muerte horrible reprimir siempre su incontinencia. <<

[1425] «Cupiditatem procreandi aut anam scimus aut nullam.» Minucio Félix, c. 31. San Justino mártir, *Apolog. Major*. Atenágoras, *Legatio*, c. 28. Tertuliano, *De Cultu Feminarum*, l. II. <<

[1426] Eusebio, l. VI, c. 8. Antes que la fama de Orígenes hubiese excitado la envidia y la persecución, esta acción extraordinaria fue más bien admirada que censurada. Como tenía por costumbre alegorizar la Sagrada Escritura, parece una desgracia que sólo en este caso haya adoptado el sentido literal. <<

[1427] Cipriano, *Ep*. 4, y Dodwell, *Dissertationes Cyprianicæ* III. Algo parecido se le imputó mucho más tarde al fundador de la orden de Fontevrault. Bayle y sus lectores se han divertido con este delicado tema. <<

[1428] Dupin (*Bibliothèque Ecclés*., t. I, p. 195) hace una particular relación del diálogo de las diez vírgenes, tal como fue compuesto por Metodio, obispo de Tiro. Los elogios de la virginidad son excesivos. <<

[1429] Los ascéticos (ya desde el siglo II) hicieron una pública profesión de mortificar sus cuerpos y de abstenerse del uso de la carne y del vino. Mosheim, p. 310. <<

[1430] Véase *Sur la morale des Pères*. Iguales principios de sufrimiento han reaparecido, desde la reforma, entre los socinianos, que son los modernos anabaptistas, y los cuáqueros. Barclay, el apologista de los cuáqueros, ha defendido a sus correligionarios por medio de la autoridad de los cristianos primitivos (pp. 542-549). <<

[1431] Tertuliano, *Apologet.*, c. 2l. *De Idolatria*, c. 17-18. Orígenes, *Adv. Celsum*, l. V, p. 253 [c. 33, t. I, p. 602, ed. Benedict.]; l. VII, p. 349 [c. 26, p. 712]; l. VIII, pp. 423-428 [c. 68 y ss., p. 793 y ss.]. <<

[1432] Tertuliano (*De Corona Militis*, c. 11) les sugirió el recurso de desertar; consejo que, si hubiese sido generalmente sabido, no era muy apropiado para concitar el favor de los emperadores hacia la secta cristiana. <<

[1433] Según el mejor juicio que podemos formar conforme a la mutilada representación de Orígenes (l. VIII, p. 423 [c. 73, t. I, p. 796, ed. Bened.]), su adversario, Celso, había solicitado su oposición con gran fuerza y candidez. <<

[1434] Tanto en Francia como en Inglaterra el partido aristocrático ha mantenido fuertemente el origen divino de los obispos. Pero los presbíteros calvinistas sufrían con impaciencia un superior; y el pontífice romano se negó a reconocer un igual. Véase Fra Paolo. <<

[1435] En la historia de la jerarquía cristiana, he seguido en gran parte al docto e ingenuo Mosheim. <<

[1436] En cuanto a los profetas de la Iglesia primitiva, véanse las disertaciones pertinentes en Mosheim, *Hist. Eccl.*, t. II, pp. 132-208. <<

[1437] Véanse las epístolas de san Pablo y de Clemente I a los corintios. <<

[1438] Hooker, *Ecclesiastical Polity*, l. VII. <<

[1439] Véase san Jerónimo, *Ad Titum*, c. I, y *Ep*. 85 (en la edición Benedictina, 101) [146 ed. Vallars., t. I, p. 1074], y la elaborada apología de Blondel, *Pro Sententia Hieronymi*. El antiguo estado, como lo describe san Jerónimo, del obispo y presbíteros de Alejandría, es confirmado por el patriarca Eutiquio (*Annal.*, t. I,

p. 330, vers. Pocock), cuyo testimonio no sé cómo rechazar, a pesar de todas las oposiciones del docto Pearson en su *Vindiciæ Ignatianæ*, parte I, c. 11. <<

[1440] Véase la introducción al *Apocalipsis*. Los obispos, bajo el nombre de ángeles, ya habían sido instituidos en las siete ciudades de Asia; y sin embargo, la epístola de Clemente (que probablemente es de igual antigüedad) no nos conduce a descubrir ninguna huella de episcopado ni en Corinto, ni en Roma. <<

[1441] «Nulla Ecclesia sine Episcopo», ha sido un hecho, así como una máxima, desde el tiempo de Tertuliano e Ireneo. <<

[1442] Superadas las dificultades del primer siglo, hallamos el gobierno episcopal universalmente establecido, hasta que fue interrumpido por el genio republicano de los reformistas suizos y alemanes. <<

[1443] Véase Mosheim en los siglos I y II. Ignacio (*Ad Smyrnæos*, c. 8 y ss.) es muy amigo de ensalzar la dignidad episcopal. Le Clerc (*Hist. Eccl.*, p. 569) censura toscamente su conducta. Mosheim, con una crítica más juiciosa (p. 161), sospecha de la pureza incluso de las epístolas más pequeñas. <<

[1444] «¿Nonne et Laici sacerdotes sumus?», Tertuliano, *Exhortatio ad Castitatem*, c. 7. Como el corazón humano es siempre el mismo, varias de las observaciones que Hume ha hecho sobre el Entusiasmo (*Essays*, t. I, p. 76, ed. en 4) pueden aplicarse a verdadera inspiración. <<

[1445] *Acta Concil. Carthag.*, *apud* Cipriano, p. 158, ed. Fell. Este concilio estaba formado por ochenta y siete obispos de las provincias de Mauritania, Numidia y África; algunos presbíteros y diáconos asistieron a él, *præsente plebis maxima parte*. <<

[1446] «Aguntur præterea per Græcias illas, certis in locis concilia»,

etc. Tertuliano, *De Jejuniis*, c. 3. El africano la menciona como una institución reciente y extranjera. La coalición de las Iglesias cristianas se halla muy hábilmente explicada por Mosheim, pp. 164-170. <<

[1447] Cipriano, en su admirable tratado *De Eccelesiæ Unitate*, pp. 75-86 [p. 108, ed. Oxon.]. <<

[1448] Podemos apelar a todo el tenor de la conducta de Cipriano, de su doctrina y de sus *Epístolas*. Le Clerc, en una sucinta *Vida de Cipriano* (*Bibliothèque Universelle*, t. XII, pp. 207-378), lo desemboza con mucha franqueza y exactitud. <<

[1449] Si Novato, Felicísimo, etc., a quienes el obispo de Cartago expulsó de su iglesia y del África, no fueron los monstruos más detestables de la maldad, el celo de Cipriano debe haber prevalecido sobre su veracidad. Para un exacto relato sobre estos altercados, véase Mosheim, p. 497-512. <<

[1450] Mosheim, pp. 269 y 574. Dupin, *Antiquæ Eccl. Disciplin*., 19-20. <<

[1451] Tertuliano, en un tratado distinto, ha negado a los herejes el derecho de prescripción, concedido por las Iglesias apostólicas. <<

[1452] El viaje de san Pedro a Roma se menciona en los más antiguos (véase Eusebio II, 25), lo sostienen todos los católicos y lo admiten algunos protestantes (véase Pearson y Dodwell, *De Success. Episcop. Roman*.), pero ha sido vigorosamente atacado por Spanheim (*Miscellanea Sacra* III, 3). Según el padre Hardouin, los monjes del siglo XIII, que compusieron la *Eneida*, representan a san Pedro bajo el carácter alegórico del héroe troyano. <<

[1453] Solamente en francés está exacta la famosa alusión al nombre de san Pedro: «Tu es Pierre, et sur cette pierre…». La

misma alusión es imperfecta en griego, latín, italiano, español, etc., y totalmente ininteligible en nuestras lenguas teutónicas. <<

[1454] San Ireneo, *Adv. Hæreses* III, 3; Tertuliano, *De Præscriptione*, c. 36; y Cipriano, *Ep*. 27, 55, 71, 75. Le Clerc (*Hist. Eccl.*, p. 764) y Mosheim (pp. 258 y 578) se afanan en la interpretación de estos párrafos. Pero el estilo libre y retórico de los padres parece a menudo favorable a las pretensiones de Roma. <<

[1455] Véase la aguda epístola de Firmiliano, obispo de Cesárea, a Esteban, obispo de Roma, *apud* Cipriano, *Ep*. 75. <<

[1456] En relación con la disputa del rebautismo de los herejes, véanse las epístolas de Cipriano y el séptimo libro de Eusebio. <<

[1457] Para el origen de estas palabras véase Mosheim, p. 141; Spanheim, *Hist. Eccl.*, p. 633. La distinción entre *clerus* y *laicus* fue establecida antes del tiempo de Tertuliano. <<

[1458] La comunidad instituida por Platón es más perfecta que la que Tomás Moro imaginó para su *Utopía*. La comunidad de mujeres y la de bienes temporales pueden considerarse como partes inseparables del mismo sistema. <<

[1459] Josefo, *Antiquitat*. XVIII, 2 [c. 1, 5, ed. Oxon. 1720]. Filón, *De Vita Contemplativa*. <<

[1460] Véanse los *Hechos de los apóstoles*, c. 2, 4 y 5, con el comentario de Grocio. Mosheim, en una disertación particular, ataca la opinión común con argumentos que no hacen fuerza alguna. <<

[1461] San Justino mártir, *Apolog. Major.*, c. 89. Tertuliano, *Apologet.*, c. 39. <<

[1462] San Ireneo, *Adv. Hæres.*, l. IV, c. 26 y 34; Orígenes, *In*

Numeros Homiliæ XI; Cipriano, *De Ecclesiæ Unitate*; *Constitutiones Apostolicaæ*, l. II, c. 34-35, con las notas de Cotelerio. Las *Constituciones* introducen este divino precepto cuando declaran que los sacerdotes son tan superiores a los reyes como el alma al cuerpo. Entre los artículos de diezmo se hallan enumerados el grano, el vino, el aceite y la lana. Sobre este interesante particular, consúltese Prideaux, *The Original and Right of Tithes*, y Fra Paolo, *Delle Materie Beneficiarie*, dos literatos de diferente carácter. <<

[1463] La misma opinión, que prevaleció hacia el año 1000, produjo iguales efectos. La mayoría de las donaciones expresan su motivo, *appropinquante mundi fine*. Véase Mosheim, *Hist. Eccl.*, t. I, p. 457. <<

[1464]

Tum. summa cura est fratribus

(Ut sermo testatur loquax)

Offerre fundis venditis

Sestertiorum millia.

Addicta avorum prædia

Fœdis sub auctionibus,

Successor exheres gemit,

Sanctis egens parentibus.

Hæc oculuntur abditis

Ecclesiarum in angulis.

Et summa pietas creditur

Nudare dulces liberos.

Prudencio, Peristephanon 2 [v. 73 y ss.].

La conducta subsiguiente del diácono Lorenzo sólo prueba el buen uso que se hizo de los bienes de la Iglesia de Roma; eran

sin duda muy considerables, pero Fra Paolo (c. 3) parece exagerar cuando supone que los sucesores de Cómodo fueron instigados a perseguir a los cristianos por su propia avaricia o la de sus prefectos pretorianos. <<

[1465] Cipriano, *Ep*. 62. <<

[1466] Tertuliano, *De Præscriptione*, c. 30. <<

[1467] Diocleciano dio un rescripto, que es solamente una declaración de la antigua ley: «Collegium, si nullo speciali privilegio subnixum sit, hæreditatem capere non posse, dubium non est». Fra Paolo (c. 4) cree que estos reglamentos habían sido muy descuidados desde el reinado de Valeriano. <<

[1468] *Hist. August*. p. 131 [Lampridio, *Alex. Sever*. c. 49]. El terreno había sido público; y ahora se disputaba entre la sociedad de cristianos y la de carniceros. <<

[1469] *Constitut. Apostol*., l. II, c. 35. <<

[1470] Cipriano, *De Lapsis*, p. 89 [p. 126, ed. Oxon.]. *Ep*. 65. El cargo se halla confirmado por los cánones 19 y 20 del concilio de Ilíberis. <<

[1471] Véanse las apologías de san Justino mártir, Tertuliano, etc. <<

[1472] Dionisio de Corinto (*apud* Eusebio, l. IV, c. 25) celebra la riqueza y liberalidad de los romanos para con sus hermanos más lejanos. <<

[1473] Véase Luciano, *De Morte Peregrini* [c. 13.]. Juliano (*Ep*. 49) parece mortificado de que la caridad cristiana mantenga no sólo a los suyos, sino también a los profanos pobres. <<

[1474] Tal ha sido al menos la loable conducta de misioneros más modernos bajo iguales circunstancias. Mas de tres mil recién nacidos se hallan anualmente expuestos en las calles de Pekín. Véase Le Comte, *Mémoires sur la Chine*, y *Recherches sur les*

Chinois et les Égyptiens, t. I, p. 61. <<

[1475] Los montanistas y los novacianos, que adherían a esta opinión con gran rigor y tenacidad, se hallaron al fin entre los herejes excomulgados. Véase el docto y copioso Mosheim, siglos II y III. <<

[1476] Dionisio, *apud* Eusebio IV, 23. Cipriano, *De Lapsis*. <<

[1477] Cave, *Primitive Christianity*, parte III, c. 5. Los admiradores de la Antigüedad sienten la pérdida de esta penitencia pública. <<

[1478] Véase en Dupin (*Bibliothèque Ecclés*., t. II, pp. 304-313) una corta, pero racional, exposición de los cánones de aquellos concilios, que se reunieron en los primeros momentos de tranquilidad, después de la persecución de Diocleciano. Esta persecución fue sentida con mucha menos severidad en España que en Galacia; diferencia que puede, en cierto modo, explicar el contraste de sus reglamentos. <<

[1479] Cipriano, *Ep*. 69 [59]. <<

[1480] Las mañas, costumbres y vicios de los sacerdotes de la diosa Siria se hallan jocosamente descritos por Apuleyo, en el octavo libro de su *Metamorphoses*. <<

[1481] El cargo de asiarca era de esta naturaleza, y se hace frecuentemente mención de él en Arístides, las inscripciones, etc. Era anual y electivo. Sólo los ciudadanos más vanos podían desear tal honor; y únicamente los más ricos podían sostener el gasto. Véase en *Patres Apostol*., t. II, p. 200 [*Ep. Eccl. Smyrn. de Martyrio Polycarpi*, c. 12], con cuánta indiferencia Felipe el Asiarca se condujo en el martirio de Policarpio. Había también bitiniarcas, liciarcas, etcétera. <<

[1482] Los críticos modernos no están dispuestos a creer lo que los padres afirman casi unánimemente: que san Mateo compuso un

evangelio hebreo, del que solamente existe la traducción griega. Sin embargo, parece peligroso rechazar su testimonio. <<

[1483] Bajo los reinados de Nerón y Domiciano, y en las ciudades de Alejandría, Antioquía, Roma y Éfeso. Véase Mill, *Prolegomena ad Nov. Testament.*, y la explícita y extensa colección de Lardner, t. XV. <<

[1484] Los alogianos (Epifanio, *Adv. Hæreses* 51 [p. 455. ed. París, 1622]) cuestionaron la autenticidad del *Apocalipsis*, porque la iglesia de Tiátira aún no estaba fundada. Epifanio, que admite el hecho, supone ingeniosamente, para librarse de la dificultad, que san Juan escribió en el espíritu de profecía. Véase Abauzit, *Discours sur l'Apocalypse*. <<

[1485] Las epístolas de Ignacio y Dionisio (*ap*. Eusebio IV, 23) puntualizan muchas iglesias en Asia y Grecia. La de Atenas parece haber sido una de las menos florecientes. <<

[1486] Luciano, en *Alexander*, c. 25. El cristianismo, sin embargo, se debe haber difundido muy desigualmente por el Ponto, desde que, a mediados del siglo III, no había más que diecisiete creyentes en la extensa diócesis de Neocesárea. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. IV, p. 675, de Basilio y Gregorio de Nisa, que eran naturales de Capadocia. <<

[1487] Según los antiguos, Jesucristo padeció bajo el consulado de los dos Gemini, en el año 29 de nuestra era. Plinio fue enviado a Bitinia (según Pagi) en el año 110. <<

[1488] Plinio el Joven, *Ep*. X, 97. <<

[1489] Crisóstomo, *Opera*, t. VII, pp. 658 y 810 [ed. Savil. II, 422 y 529]. <<

[1490] Juan Malala (t. II, p. 144 [ed. Oxon.; p. 420, ed. Bonn]) saca la misma conclusión con respecto a la crecida población de Antioquía. <<

[1491] Crisóstomo, t. I, p. 592. Debo el conocimiento de estos párrafos, aunque no mi conclusión, al erudito Lardner, *Credibility of the Gospel History*, t. XII, p. 370. <<

[1492] Basnage (*Hist. des Juifs* l. II, c. 20-23) ha examinado con crítica minuciosidad el curioso tratado de Filón que describe a los terapeutos. Probando que fue escrito en tiempo de Augusto, Basnage ha demostrado, a pesar de Eusebio (l. II, c. 17) y de muchos católicos modernos, que los terapeutos no eran ni cristianos ni monjes. Aún se cree que probablemente cambiaron su nombre, preservaron sus costumbres, adoptaron algunos nuevos artículos de fe y gradualmente se transformaron en los padres de los ascéticos egipcios. <<

[1493] Véase una carta de Adriano en la *Hist. August.*, p. 245 [Vopisco, *Saturn.*, c. 1]. <<

[1494] Para la sucesión de los obispos alejandrinos, consúltese Renaudot, *Histoire*, p. 24 y ss. El patriarca Eutiquio (*Annal.*, t. I, p. 332, vers. Pocock) conservó este curioso hecho, y su evidencia sería una respuesta suficiente para todas las objeciones del obispo Pearson en su *Vindiciæ Ignatianæ*. <<

[1495] Amiano Marcelino XXII, 16. <<

[1496] Orígenes, *Adv. Celsum*, l. II, p. 40 [c. 52; t. I, p. 368, ed. Benedict.]. <<

[1497] «Ingens multitudo» es la expresión de Tácito (XV, 44). <<

[1498] Tito Livio XXXIX, 13, 15, 16 y 17. Nada excedió el horror y la consternación del Senado al descubrir a los bacanales, cuya depravación Livio describe y tal vez exagera. <<

[1499] Eusebio, l. VI, c. 43. La traducción latina (Valois) juzgó apropiado reducir el número de los presbíteros a cuarenta y cuatro. <<

[1500] Esta proporción de presbíteros y pobres con el resto del

pueblo fue originalmente fijada por Burnet (*Travels into Italy*, p. 168), y está aprobada por Moyle (t. II, p. 151). Ambos desconocían el pasaje de Crisóstomo, que convierte sus conjeturas casi en un hecho. <<

[1501] «Serius trans Alpes, religione Dei suscepta.» Sulpicio Severo, l. II [p. 383, ed. Lugd. Bat. 1647]. En relación con África, véase Tertuliano, *Ad Scapulam*, c. 3. Se imagina que los mártires silitanos fueron los primeros (*Acta Sincera Martyrum*, p. 34, editado por Ruinart). Uno de los adversarios de Apuleyo parece haber sido cristiano (*Apolog.*, pp. 496-497, ed. Delphin). <<

[1502] «Tum primum intra Gallias martyria visa.» Sulpicio Severo, l. II. Éstos fueron los célebres mártires de Lyon. Véase Eusebio V, 1. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. II, p. 316. Según los donatistas, cuya aserción está confirmada por el tácito reconocimiento de san Agustín, África fue la última provincia que recibió el Evangelio. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. I, p. 754. <<

[1503] «Raræ in aliquibus civitatibus ecclesiæ, paucorum Christianorum devotione, resurgerent.» *Acta Sincera*, p. 130. Gregorio de Tours, l. I, c. 28. Mosheim, pp. 207 y 449. Hay motivos para creer que a principios del siglo IV, la extensa diócesis de Lieja, Tréveris y Colonia compuso un solo obispado, que había sido fundado muy recientemente. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VI, parte I, pp. 43, 411. <<

[1504] En una disertación, Mosheim fija la fecha de la Apología de Tertuliano en el año 198. <<

[1505] En el siglo XV había pocos que tuviesen la inclinación o el valor de averiguar si José de Arimatea fundó el monasterio de Glastonbury, y si Dionisio el Areopagita prefirió la residencia de París a la de Atenas. <<

[1506] La estupenda metamorfosis fue hecha en el siglo IX. Véase Mariana (*Hist. de Rebus Hispaniæ*, l. VII, c. 13; t. I, p. 285, ed. Hag. Com., 1733), quien, en todo sentido, imita a Livio; y el descubrimiento de la leyenda de Santiago por Geddes, *Miscellanies*, t. II, p. 221. <<

[1507] San Justino mártir, *Dialog. cum Tryphone*, p. 341 [c. 117, p. 211, ed. Benedict.]. San Ireneo, *Adv. Hæreses*, l. I, c. 10. Tertuliano, *Adv. Judæos*, c. 7. Véase Mosheim, p. 203. <<

[1508] Véase el cuarto siglo de la *Historia de la Iglesia* de Mosheim. Muchas, aunque muy confusas circunstancias, que tienen relación con la conversión de Iberia y Armenia, pueden hallarse en Moisés de Korén, l. II, c. 78-89. <<

[1509] Según Tertuliano, la fe cristiana había penetrado en algunas partes de Britania inaccesibles a las armas de los romanos. Cerca de un siglo después, *se dice* que Ossian, hijo de Pingal, disputó, en su edad avanzada, con uno de los misioneros extranjeros, y la disputa existe todavía en verso y en lengua erse. Véase Macpherson, *Dissertation on the Antiquity of Ossian's Poems*, p. 10. <<

[1510] Los godos que saquearon el Asia en el reinado de Galieno se llevaron gran número de cautivos, algunos de los cuales eran cristianos y luego se hicieron misioneros. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. IV, p. 44. <<

[1511] La leyenda de Abgar, aunque fabulosa, proporciona una prueba decisiva de que muchos años antes que Eusebio escribiese su historia, la mayor parte de los habitantes de Edesa habían abrazado el Cristianismo. Sus rivales, los habitantes de Carra, se adhirieron, por el contrario, a la causa del paganismo hasta el siglo sexto. <<

[1512] Según Bardesanes (*apud* Eusebio, *Præparatio Evangelica*),

había algunos cristianos en Persia antes del fin del siglo II. En tiempo de Constantino (véanse sus epístolas a Sapor en [Eusebio], *De Vita Constantini*, l. IV, c. 13) formaban una iglesia floreciente. Consúltese a Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, t. I, p. 180, y la *Bibliotheca Orientalis* de Asemani. <<

[1513] Orígenes, *Adv. Celsum*, l. VIII, p. 424 [c. 69; t. I, p. 794, ed. Benedict.]. <<

[1514] Minucio Felix, p. 8 [ed. Lugd. Bat. 1652], con las notas de Wowero. Celso *apud* Orígenes, l. III, pp. 138 y 142 [c. 49, t. I, p. 479, ed. Benedict.]. Juliano *apud* Cirilo de Alejandría, l. VI, p. 206, ed. Spanheim. <<

[1515] Eusebio, *Hist. Eccl.* IV, 3. San Jerónimo, *Ep*. 83 [*Ep*. 70, t. I, p. 424, ed. Vallars.]. <<

[1516] La historia está bellamente contada en los diálogos de Justino. Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. II, p. 384), que lo refiere según él, está seguro de que el anciano era un ángel disfrazado. <<

[1517] Eusebio V, 28. Es de esperar que nadie, excepto los herejes, diera motivos a la queja de Celso (*apud* Orígenes, l. II, p. 77 [c. 27, t. I, p. 411, ed. Bened.]), acerca de que los cristianos estaban corrigiendo y alterando incesantemente sus Evangelios. <<

[1518] Plinio el Joven, *Ep*. X, 97. «Fuerunt alii similis amentiæ, cives Romani… Multi enim omnis ætatis, *omnis ordinis*, utriusque sexus, etiam jam vocantur in periculum et vocabuntur». <<

[1519] Tertuliano, *Ad Scapulam*. Sin embargo, con toda su retórica, no reclama más que una *décima* parte de Cartago. <<

[1520] Cipriano, *Ep*. 79 [80]. <<

[1521] El doctor Lardner, en sus libros primero y segundo de los testimonios judíos y cristianos, reúne e ilustra los de Plinio el

Joven, los de Galeno, los de Marco Antonino, y quizá también los de Epicteto (pues se duda si este filósofo intenta hablar de los cristianos). La nueva secta se halla totalmente desatendida por Séneca, Plinio el Viejo y Plutarco. <<

[1522] Si la famosa profecía de las setenta semanas se hubiese atribuido a un filósofo romano, ¿no hubiera él contestado con las mismas palabras de Cicerón, «quæ tandem ista auguratio est, annorum potius quam aut mensium aut dierum»? *De Divinatione* II, 30. Obsérvese con qué irreverencia Luciano (*Alexander*, c. 13) y su amigo Celso, *apud* Orígenes, l. VII [c. 14], p. 327), se expresan con respecto a los profetas hebreos. <<

[1523] Los filósofos, que escarnecieron las predicciones más antiguas de las Sibilas, fácilmente hubieran descubierto las falsificaciones judías y cristianas, tan triunfantemente citadas por los padres, desde san Justino mártir hasta Lactancio. Una vez que los versos sibilinos cumplieron su tarea, fueron puestos de lado, como el sistema del milenio. Desgraciadamente, la Sibila cristiana había fijado la ruina de Roma para el año 195, *Ab Urbe Condita* 948. <<

[1524] Los padres, tal como Dom Calmet los representa (*Dissertations sur l'Écriture*, t. III, pp. 295-308), formados en orden de batalla, parecen cubrir toda la tierra de oscuridad, y en esto los siguen la mayoría de los modernos. <<

[1525] Orígenes (*Commentaria in Ev. Matth.*, c. 27) y algunos críticos modernos —Beza, Le Clerc, Lardner, etc.— desean limitarla al país de Judea. <<

[1526] El celebrado pasaje de Flegón se halla ahora juiciosamente abandonado. Cuando Tertuliano asegura a los paganos que el prodigio se halla citado en *Arcanis* (no *Archivis*) *Vestris* (véase *Apologet.*, c. 21), apela probablemente a los versos sibilinos, que lo relatan exactamente en los mismos términos que el Evangelio.

<<

[1527] Séneca, *Naturales Quæstiones* I, 15; VI, 1; VII, 17. Plinio el Viejo, *Nat. Hist*., l. II. <<

[1528] Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. II, 30. <<

[1529] Virgilio, *Georg*. I, 466. Tibulo I, 5, 75. Ovidio, *Metamorph*. XV, 782. Lucano, *Pharsal*. I, 535. El último de estos poetas fija este prodigio antes de la guerra civil. <<

[1530] Véase una epístola de Antonio en Josefo, *Antiquitat*. XIV, 12 [c. 3]. Plutarco, *Cæsar* [c. 69] p. 471. Apiano, *De Bell. Civ*., l. IV. Dion Casio, l. XLV[c. 17], p. 431. Julius Obsequens, c. 128. Su pequeño tratado es un extracto de los prodigios de Livio. <<

[1531] En Cirene asesinaron a doscientos veinte mil griegos; en Chipre, a doscientos cuarenta mil; en Egipto, a una gran multitud. Muchas de estas infelices víctimas fueron cortadas de parte a parte, conforme a un precedente que David había sancionado con su ejemplo. Los judíos victoriosos devoraron la carne, se saciaron en sangre y se ciñeron el cuerpo con las entrañas a manera de cinto. Véase Dion Casio, l. LXVIII [c. 32], p. 1145. <<

[1532] Sin repetir la bien conocida narración de Josefo, podemos saber por Dion (l. LXIX [c. 14], p. 1162) que, en la guerra de Adriano, fueron degollados quinientos ochenta mil judíos, además de un número infinito que pereció de hambre, de enfermedades y en las llamas. <<

[1533] Sobre la secta de los zelotes, véase a Basnage, *Hist. des Juifs*, l. I, c. 17; sobre los caracteres del Mesías, según los rabinos, véase l. V, c. 11, 12, 13; sobre las acciones de Barcoquebas, véase l. VIII, c. 12. <<

[1534] A Modestino, abogado romano (l. VI), le debemos el

conocimiento del edicto de Antonino. Véase Casaubon, *ad Hist. August.*, p. 27. <<

[1535] Véase Basnage, *Hist. des Juifs*, l. III, c. 2, 3. El cargo de patriarca fue suprimido por Teodosio el Menor. <<

[1536] Sólo citaremos el *Purim* o rescate de los judíos de la ira de Haman, que hasta el reinado de Teodosio fue celebrado con insolente triunfo y desenfreno. Basnage, *Hist. des Juifs*, l. VI, c. 17, 1; VIII, c. 6. <<

[1537] Según el falso Josefo, Tsefo, nieto de Esaú, condujo a Italia el ejército de Eneas, rey de Cartago. Otra colonia de idumeos, huyendo de la espada de David, se refugió en los dominios de Rómulo. Por estas u otras razones de igual peso, los judíos llamaron Edom al Imperio Romano. <<

[1538] Por los argumentos de Celso, como se hallan representados y refutados por Orígenes (l. V [c. 59], pp. 247-259), podemos ver claramente la distinción que se hizo entre el pueblo judío y la secta cristiana. Véase, en el Diálogo de Minucio Félix (pp. 5-6), una ecuánime y clara descripción de los dictámenes populares respecto de la deserción del culto establecido. <<

[1539] «Cur nullas aras habent? templa nulla? nulla nota simulacra?… Unde autem, vel quis ille, aut ubi, Deus unicus, solitarius, destitutus?» Minucio Félix, p. 10. El interlocutor pagano sigue haciendo una distinción a favor de los judíos, diciendo que hubo un tiempo en que tuvieron templo, altares, víctimas, etcétera. <<

[1540] Es difícil (dice Platón) llegar al conocimiento del verdadero Dios y hacerlo público. Véase la *Théologie des Philosophes*, en la traducción al francés del abate d'Olivet de Cicerón, *De Natura Deorum*, t. I, p. 275. <<

[1541] El autor de *Philopatris* [Pseudo Luciano] trata siempre a los

cristianos como una sociedad de entusiastas visionarios, δαιμόνιοι, αιθέριοι α'ιθεροβατοῦντες, ἀεροβατοῦντες, etcétera, y en un pasaje alude manifiestamente a la visión en la que san Pablo fue transportado al tercer cielo. En otro lugar, Triefón, que personifica a un cristiano, después de escarnecer a los dioses del paganismo, propone un juramento misterioso:

γΨιμέδΟντα θεὸν, μέγαν, μέγαν, ἄμβρΟιΟν, Οὐρανίωα,

γίὸν πατρὸς, πνεῦμα ἐκ πατρὸς ἐκπΟρευόμενΟν,

Ἕν ἐκ τριῶν, καὶ ἐξ ἑνὸς τρία.

λρτθμέετν με δτδάσκεις (*responde profanamente Critias*), *καὶ ὅρκος ή ἀρτθμητική οὐκ οἶδ γάρ τι*

λέγεις ἕν τρία, ἕν! <<

[1542] Según san Justino mártir (*Apolog. Major*, c. 70-85), el demonio, que había conseguido algún conocimiento imperfecto de las profecías, ideó esta semejanza que podía disuadir, aunque por diferentes medios, al pueblo y a los filósofos de abrazar la fe de Cristo. <<

[1543] En los libros primero y segundo de Orígenes, Celso trata el nacimiento y carácter de nuestro Salvador con el desprecio más impío. El orador Libanio elogia a Porfiro y a Juliano por confrontar la debilidad de una secta que intitula Dios e hijo de Dios a un hombre muerto en Palestina. Sócrates III, 23. <<

[1544] El emperador Trajano se negó a incorporar una compañía de ciento cincuenta bomberos para la ciudad de Nicomedia. Era opuesto a toda clase de asociaciones. Véase Plinio el Joven, *Ep.* X, 42-43. <<

[1545] El procónsul Plinio había publicado un edicto general contra toda reunión ilegítima. Prudentemente, los cristianos

suspendieron sus ágapes, pero les fue imposible omitir el ejercicio público del culto. <<

[1546] Dado que las profecías del Anticristo, de una conflagración cercana, etc., provocaban a los paganos que no habían sido convertidos por ellas, eran mencionadas con cautela y reserva. Los montanistas fueron censurados por haber descubierto con demasiada ligereza el peligroso secreto. Véase Mosheim, p. 413. <<

[1547] «Neque enim dubitabam, qualecunque esset quod faterentur —tales son las palabras de Plinio el Joven— pervicaciam certe et inflexibilem obstinationem debere puniri.» [*Ep*. X, 97.] <<

[1548] Véase Mosheim, *Hist. Eccl*., t. I, p. 101, y Spanheim, *Les Césars de Julien*, «Comment.», p. 468 y ss. <<

[1549] Véase san Justino mártir, *Apolog*. I, 35 [c. 27?, ed. Benedict.]; II, 14 [c. 12, p. 97, ed Benedict.]. Atenágoras, *Legatio*, c. 27. Tertuliano, *Apologet*. c. 7-9. Minucio Félix, pp. 9-10, 30-31. El último de estos escritores relata la acusación del modo más elegante y circunstanciado. La contestación de Tertuliano es denodada y vigorosa. <<

[1550] En la persecución de Lyon, algunos esclavos gentiles fueron compelidos, por el temor del tormento, a acusar a su amo cristiano. La Iglesia de Lyon, cuando les escribe a sus compatriotas del Asia, trata el horrible cargo con la debida indignación y desprecio. Eusebio, *Hist. Eccl*. V, 1. <<

[1551] Véase san Justino mártir, *Apolog*. I, 35 [c. 27?, ed. Benedict.]. San Ireneo, *Adv. HæresesI*, 24. Clemente de Alejandría, *Stromata*, l. III, p. 438 [c. 2, p. 514, ed. Oxon. 1715]. Eusebio IV, 8. Sería cansador y fastidioso relatar todo lo que los escritores siguientes han imaginado, todo lo que

Epifanio ha recibido, y todo lo que Tillemont ha copiado. Beausobre (*Hist. du Manichéisme*, l. *IX*, c. 8-9) ha expuesto con mucha energía los manejos de san Agustín y del papa León I. <<

[1552] Cuando Tertuliano se convirtió en montanista, difamó la moral de la Iglesia que había defendido con tanta resolución. «Sed majoris est Agape, quia per hanc adolescentes tui cum sororibus dormiunt. Appendices scilicet gulæ lascivia et luxuria.» *De Jejuniis*, c. 17. El 35° canon del Concilio de Ilíberis habla de los escándalos que harto a menudo contaminaban las vigilias de la Iglesia, y deshonraban el nombre cristiano a la vista de los incrédulos. <<

[1553] Tertuliano (*Apologet.*, c. 2) se explaya sobre el claro y noble testimonio de Plinio, con mucha razón y algún énfasis. <<

[1554] En la compilación de la *Historia Augusta* (parte de la cual fue compuesta bajo el reinado de Constantino) no hay seis líneas que tengan relación con los cristianos, ni la diligencia de Xifilino ha descubierto su nombre en la extensa historia de Dion Casio. <<

[1555] Un oscuro pasaje de Suetonio (*Claud.*, c. 25) parecería ofrecer una prueba del modo extraño con que los judíos y cristianos de Roma estaban confundidos unos con otros. <<

[1556] Véase, en los capítulos XVIII y XXV de los *Hechos de los apóstoles*, el comportamiento de Galio, procónsul de Acaya, y de Festo, procurador de la Judea. <<

[1557] En tiempos de Tertuliano y de Clemente de Alejandría, la gloria del martirio estaba limitada a san Pedro, san Pablo y Santiago. Luego fue gradualmente conferida al resto de los apóstoles por los griegos más recientes, que eligieron prudentemente para el teatro de sus predicaciones y padecimientos algún país remoto, más allá de los límites del

Imperio Romano. Véase Mosheim, p. 81; y Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. 1, parte III. <<

[1558] Tácito, *Annal.* XV, 38-44. Suetonio, *Nero*, c. 38. Dion Casio, l. LXII [c. 16], p. 1014. Orosio VII, 7. <<

[1559] El precio del trigo (probablemente del *modio) fue* reducido a menos de *terni Nummi*, que sería equivalente a unos quince chelines por cuarto inglés [12,7 kg]. <<

[1560] Podremos observar que se hace mención del rumor por Tácito, con una desconfianza y una duda razonable, mientras que se halla cuidadosamente citado por Suetonio y solemnemente confirmado por Dion. <<

[1561] Este solo testimonio basta para manifestar el anacronismo de los judíos, que fijan el nacimiento de Cristo cerca de un siglo antes (Basnage, *Hist. des Juifs*, l. V, c. 14-15). Podemos saber por Josefo (*Antiquitat.* XVIII, 3 [c. 2, par. 2, ed. Oxon. 1720]) que la procuración de Pilato correspondió a los diez últimos años de Tiberio (años 27-37). En cuanto al tiempo preciso de la muerte de Cristo, una antigua tradición la fija el 25° día del mes de marzo del año 29, bajo el consulado de los dos gemelos (Tertuliano, *Adv. Judæos*, c. 8). Esta fecha, que se halla adoptada por Pagi, por el cardenal Norris y por Le Clerc, parece al menos tan probable como la era vulgar, que se halla colocada (no sé por qué conjeturas) cuatro años después. <<

[1562] «Odio humani generis convicti.» Estas palabras pueden tomarse en dos sentidos: el aborrecimiento del género humano hacia los cristianos, o el aborrecimiento de los cristianos hacia el género humano. He preferido el segundo sentido, como más conforme al estilo de Tácito y al error popular, del que un precepto del Evangelio (véase *Lucas* 14, 26) ha sido probablemente causa inocente. Mi interpretación está justificada por la autoridad de Lipsio, por los traductores italianos,

franceses e ingleses de Tácito, por Mosheim (p. 102), por Le Clerc (*Hist. Eccl.*, p. 427), por el doctor Lardner (*Jewish and Heathen Testimonies*, t. I, p. 345), y por [Warburton,] el obispo de Gloucester (*Divine legation of Moses*, t. III, p. 38). Pero como la palabra *convicti* no se relaciona muy bien con el resto del período, James Gronovio ha preferido leer *conjuncti*, que está autorizado por el precioso manuscrito de Florencia. <<

[1563] Tácito, *Annal.* XV, 44. <<

[1564] Nardini, *Roma Vetus*, p. 487. Donato, *Roma Vetus ac Recens*, l. III, p. 449. <<

[1565] Suetonio, *Neron*, c. 16. El epíteto de *maléfica*, que algunos sagaces comentadores han traducido por *mágica, es* considerado por el juicioso Mosheim como sinónimo del *exitiabilis* de Tácito. <<

[1566] El pasaje concerniente a Jesucristo, que fue insertado en el texto de Josefo, entre el tiempo de Orígenes y el de Eusebio, nos puede proporcionar un ejemplo de falsificación nada común. El cumplimiento de las profecías, las virtudes, los milagros y la resurrección de Jesús, se hallan pormenorizadamente relatadas. Josefo reconoce que fue el Mesías y duda de si debe nombrarlo como hombre. Si aún puede quedar alguna duda respecto a este célebre pasaje, el lector puede examinar las indicadas objeciones de Le Fevre (Havercamp, Joseph, t. II, pp. 267-273), las laboriosas respuestas de Daubuz (pp. 187-232) y la sobresaliente contestación (*Bibliothèque Ancienne et Moderne*, t. VII, pp. 237-288) de un crítico anónimo, que creo que fue el docto abate de Longuerue. <<

[1567] Véanse las Vidas de Tácito por Lipsio y el abate de la Bléterie, el *Dictionnaire* de Bayle, artículo «Tacite»; y Fabricio, *Bibliotheca Latina*, t. II, p. 386, ed. Ernesto. <<

[1568] «Principatum Divi Nervæ, et imperium Trajani, uberiorem securioremque materiam, senectuti seposui.» Tácito, *Hist*. I. <<

[1569] Véase Tácito, *Annal*. II, 61; IV, 4. <<

[1570] El nombre del comediante era Alituro. Por el mismo medio, Josefo (*De Vita Sua*, c. 3), cerca de dos años antes, había obtenido el perdón y la libertad de algunos sacerdotes judíos presos en Roma. <<

[1571] El sabio doctor Lardner (*Jewish and Heathen Testimonies*, t. II, pp. 102-103) ha demostrado que el nombre de galileos era una denominación muy antigua y quizá primitiva de los cristianos. <<

[1572] Josefo, *Antiquitat*., XVIII, 1, 2. Tillemont, *Ruine des Juifs*, p. 742). Los hijos de Judas fueron crucificados en tiempo de Claudio. Su nieto Eleazar, después de la toma de Jerusalén, defendió una fortaleza con novecientos sesenta de sus partidarios determinados. Cuando el ariete hubo abierto brecha, volvieron las espadas contra sus mujeres, sus hijos y, finalmente, contra sus mismos pechos. No quedó un hombre. <<

[1573] Véase Dodwell, *Paucitat. Mart*., l. XIII. La inscripción española en Gruter, p. 238, nº 9, es una manifiesta y reconocida falsificación, ideada por el conocido impostor Ciriaco de Ancona, para adular el orgullo y las preocupaciones de los españoles. Véase Ferreras, *Hist. de España hasta 1589*, t. I, p. 192. <<

[1574] El Capitolio fue quemado durante la guerra civil entre Vitelio y Vespasiano, el 19 de diciembre de 69. El 10 de agosto de 70, el templo de Jerusalén fue destruido por manos judías más que por los romanos. <<

[1575] El nuevo Capitolio fue dedicado por Domiciano. Suetonio, *Domitianus*, c. 5. Plutarco en *Publicola*, t. I [c. 15], p. 230, ed.

Bryant. Sólo el dorado costó doce mil talentos (más de dos millones y medio de libras). Marcial (l. IX, epigrama 4) opinaba que si el emperador hubiese pagado sus deudas, el mismo Júpiter, aunque hubiese hecho una subasta general del Olimpo, se hubiera hallado imposibilitado de pagar dos chelines por una libra. <<

[1576] Respecto al tributo véase Dion Casio, l. LXVI [c. 7], p. 1082, con las notas de Reimar. Spanheim, *De Usu Numismat.*, t. II, p. 571; y Basnage, *Hist. des Juifs*, l. VII, c. 2. <<

[1577] Suetonio (*Domitian.*, c. 12) había visto un anciano de noventa años examinado públicamente ante el tribunal del procurador. Esto es lo que Marcial llama «Mentula tributis damnata». <<

[1578] Esta apelación se entendió al principio en el sentido más obvio, y se creyó que los hermanos de Jesús eran la legítima descendencia de José y de María. Un devoto respeto hacia la virginidad de la Madre de Dios sugirió a los gnósticos, y después a los ortodoxos griegos, el expediente de dar una segunda esposa a José. Los latinos (desde el tiempo de san Jerónimo) pujaron todavía sobre esta suposición, pues sostuvieron el perpetuo celibato de José, y justificaron con muchos ejemplos análogos la nueva interpretación de que Judas, así como Simón y Santiago, que se llaman hermanos de Jesucristo, eran solamente sus primos hermanos. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. I, part. III; y Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, l. II, c. 2. <<

[1579] Treinta y nueve πλέθρα cuadrados de cien pies cada uno, que, si se computan rigurosamente, apenas formarían el total de nueve acres. Pero la probabilidad de las circunstancias, la práctica de otros escritores griegos y la autoridad de Valois me inclinan a creer que el πλέθον se usa para expresar el *jugerum* romano. <<

[1580] Eusebio, III, 20. La relación está sacada de Hegesipo. <<

[1581] Véase la muerte y el carácter de Sabino, en Tácito (*Hist*., III, 74, 75). Sabino era el hermano mayor, y hasta la accesión de Vespasiano había sido considerado como el principal sostén de la familia Flavia. <<

[1582] «Flavium Clementem patruelem suum *contemptissimæ inertiæ*… ex tenuissima suspicione interemit.» Suetonio, *Domitian*., c. 15. <<

[1583] La isla de Pandataria, según Dion. Bruttius Præsens (*apud* Eusebio III, 18) la destierra a la de Poncia, que no estaba muy lejos de la otra. Esta diferencia y una equivocación, o de Eusebio o de sus copistas, han dado ocasión a suponer dos Domitilas, la mujer y la sobrina de Clemente. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. II, p. 224. <<

[1584] Dion, l. LXVII [c. 14], p. 1112. Si Bruttius Præsens, de quien es probable que sacase esta relación, era el corresponsal de Plinio el Joven (*Ep*. VII, 3), lo podemos considerar como escritor contemporáneo. <<

[1585] Suetonio, *Domitian*., c. 17. Filostrato, *Vita Apollonii*, l. VIII. <<

[1586] Dion Casio, l. LXVIII [c. 1], p. 1118. Plinio el Joven, *Ep*. IV, 22. <<

[1587] Plinio el Joven, *Ep*. X, 97. El docto Mosheim admira (pp. 147, 232) la moderación y temple suave de Plinio. No obstante las sospechas del doctor Lardner (véase *Jewish and Heathen Testimonies*, t. II, p. 46), no alcanzó a descubrir preocupación alguna en su lenguaje ni en su proceder. <<

[1588] Plinio el Joven, *Ep*. V, 8. Abogó su primera causa en 81, al año siguiente de las famosas erupciones del Vesubio, en las que pereció su tío. <<

[1589] Plinio el Joven, Ep. X, 98. Tertuliano (*Apologet.*, c. 5) considera este decreto como una relajación de las antiguas leyes penales, «quas Trajanus ex parte frustratus est». Sin embargo, Tertuliano, en otra parte de su apología, expone la inconsistencia de prohibir el hacer pesquisas y disponer castigos. <<

[1590] Eusebio *(Hist. Eccl.*, l. IV, c. 9) ha conservado el edicto de Adriano. Además, nos ha dado (c. 13) uno, aun más favorable, bajo el nombre de Antonino, cuya autenticidad no está tan universalmente admitida. La segunda apología de Justino contiene algunos pormenores curiosos, relativos a las acusaciones de los cristianos. <<

[1591] Véase Tertuliano *(Apologet.*, c. 40). Los actos del martirio de Policarpio manifiestan un vivo cuadro de estos tumultos, que usualmente eran fomentados por el rencor de los judíos. <<

[1592] Estos reglamentos se hallan en los ya citados edictos de Adriano y Pío. Véase la apología de Melitón (*apud* Eusebio, l. IV, c. 26). <<

[1593] Véanse el decreto de Trajano y la conducta de Plinio. Los actos más auténticos de los mártires rebosan de estas exhortaciones. <<

[1594] Véase particularmente a Tertuliano (*Apologet.*, c. 2 y 3) y a Lactancio (*Divinœ Institut.*, V, 9). Sus razonamientos son casi los mismos, pero podemos descubrir que uno de estos apologistas había sido abogado y el otro, retórico. <<

[1595] Véanse dos ejemplos de este tipo de tortura en el *Acta Sincera Martyrum*, publicada por Ruinart, pp. 160, 399. San Jerónimo, en su leyenda de Pablo el ermitaño, hace una extraña relación de un joven que fue encadenado desnudo sobre una cama de flores, y asaltado por una manceba hermosa y lasciva.

El mozo evitó la tentación cortándose la lengua con los dientes. <<

[1596] La conversión de su mujer llevó a Claudio Herminiano, gobernador de Capadocia, a tratar a los cristianos con extraordinaria severidad. Tertuliano, *Ad Scapulam*, c. 3. <<

[1597] Tertuliano, en su epístola al gobernador de África, hace mención de varios ejemplos remarcables de ligereza y blandura de que él había tenido noticia. <<

[1598] «Neque enim in universum aliquid quod quasi certam formam habeat, constitui potest.» Expresión de Trajano, que dio gran espacio a los gobernadores de las provincias. <<

[1599] «In metalla damnamur, in insulas relegamur.» Tertuliano, *Apologet.*, c. 12. Las minas de Numidia contenían nueve obispos, con un número proporcionado de su clero y pueblo, a los que Cipriano dirigió una epístola de elogio y consuelo. Véase Cipriano, *Ep*. 76-77. <<

[1600] Aunque no podemos recibir con toda confianza ni las epístolas ni los actos de Ignacio (se encuentran en el segundo tomo de *Patres Apostolici*), sin embargo podemos citar al obispo de Antioquía como uno de estos mártires *dignos de ser imitados*. Fue enviado a Roma encadenado para servir de espectáculo y, cuando hubo llegado a Troas, recibió la agradable noticia de que la persecución de Antioquía había cesado. <<

[1601] Entre los mártires de Lyon (Eusebio, l. V, c. 1), la esclava Blandina padeció los tormentos más refinados. De los cinco mártires tan celebrados en los actos de Felicitas y Perpetua, dos eran de condición servil y otros dos, de muy baja condición. <<

[1602] Orígenes, *Adv. Celsum*, l. III, p. 116 [c. 8, t. I, p. 452 ed. Benedict.]. Sus palabras merecen transcribirse: «Ολιγοί κατά καιροὺς, καί σφόδρα εὐαρίθμητοι ὑπὲρ τῆς

Χριστινῶν θεοσεβείας τεθνήκασι». <<

[1603] Si recordamos que todos los plebeyos de Roma no eran cristianos y que todos los cristianos no eran santos y mártires, ¡cuánto más acertadamente juzgaríamos si atribuyésemos los honores religiosos a huesos o urnas, indistintamente sacados de los cementerios públicos! Después de diez siglos de un tráfico libre y franco, se han suscitado algunas sospechas entre los cristianos más doctos. Ahora requieren, en prueba de santidad y martirio, las letras B. M., y una redoma llena de un líquido encarnado, que se supone ser sangre, o la figura de una palmera. Pero las dos primeras señales son de poca importancia, y en cuanto a la última, observan los críticos: 1) que la figura, como es llamada, de una palma, quizá sea un ciprés, o solamente un punto, el floreo de una coma, usado en las inscripciones sepulcrales; 2) que la palma era el símbolo de la victoria entre los paganos; 3) que entre los cristianos era el emblema, no sólo del martirio, sino también de una resurrección general y llena de regocijo. Véase la epístola del P. Mabillon sobre el culto dado a santos desconocidos, y Muratori, *Sopra le Antichità italiane*, dissert. LVIII. <<

[1604] Como ejemplo de estas leyendas, podemos quedar satisfechos con citar la que dice que diez mil soldados cristianos fueron sacrificados en un día, por orden de Trajano o de Adriano, sobre el monte Ararat. Véanse Baronio, *ad Martyrologium Romanum*; Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. II, parte II, p. 438; y Geddes, *Miscellanies*, t. II, p. 203. La abreviatura «mil.», que puede significar *soldados* o *miles*, se dice que ha causado equivocaciones extraordinarias. <<

[1605] Dionisio *ap.* Eusebio, l. VI, c. 41. Uno de los diecisiete igualmente fue acusado de robo. <<

[1606] Las cartas de Cipriano hacen un retrato muy curioso y

original, tanto del *hombre* como de los *tiempos*. Véanse también las dos Vidas de Cipriano, compuestas con igual exactitud, aunque con diferentes miras; una por Le Clerc (*Bibliothèque Universelle*, t. XII, pp. 203-378), la otra por Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. IV, parte I, pp. 76-459. <<

[1607] Véase la cortés pero severa epístola del clero de Roma al obispo de Cartago (Cipriano, *Ep*. 8, 9). Poncio se afana por justificar a su maestro contra la censura general. <<

[1608] En particular los de Dionisio de Alejandría y Gregorio el Taumaturgo, de Neocesárea. Véanse Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VI, c. 40; y Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. IV, parte II, p. 685. <<

[1609] Véase Cipriano, *Ep*. 16, y su *Vida* por Poncio. <<

[1610] Tenemos un original de la *Vida de Cipriano*, escrita por el diácono Poncio, compañero de su destierro y espectador de su muerte; y también poseemos las antiguas actas proconsulares de su martirio. Estos dos relatos son consistentes entre sí y con probabilidad; lo que sí hay que tener en cuenta es que ambas se hallan viciadas por alguna circunstancia milagrosa. <<

[1611] Parecería que éstas eran órdenes circulares, enviadas a un mismo tiempo a todos los gobernadores. Dionisio (*ap*. Eusebio, l. VII, c. 11) relata su propio destierro de Alejandría casi del mismo modo; pero, como se fugó y sobrevivió a la persecución, debemos suponerlo más o menos afortunado que Cipriano. <<

[1612] Véase Plinio el Viejo, *Nat. Hist*. V, 3. Celario, *Geographia Ant.*, parte III, p. 96. Shaw, *Travels*, p. 90; y en cuanto al país adyacente (que termina con el cabo Bona o el promontorio de Mercurio), véase Mármol, *L'Afrique*, t. II, p. 494. Allí existen los restos de un acueducto cerca de Curubis, o Curbis, actualmente alterado en Gurbes; y el doctor Shaw leyó una inscripción que denomina a la ciudad *Colonia Fulvia*. El diácono Poncio (*Vita*

Cypriani, c. 12) la nombra «Apricum et competentem locum, hospitium pro voluntate secretum, et quicquid apponi eis ante promissum est, qui regnum et justitiam Dei quærunt». <<

[1613] Véase Cipriano, *Ep*. 77, ed. Fell. <<

[1614] Cuando se convirtió, vendió aquellos jardines a beneficio de los pobres. La indulgencia de Dios (más probablemente la liberalidad de algún amigo cristiano) los restituyó a Cipriano. Véase Poncio, c. 15. <<

[1615] Cuando Cipriano, doce meses antes, fue desterrado, soñó que le sería quitada la vida al día siguiente. El acontecimiento hizo necesario que a esta palabra se le diera el significado de un año. Poncio, c. 12. <<

[1616] Poncio (c. 15) admite que Cipriano, con quien él cenó, pasó la noche *custodia delicata*. El obispo ejerció un postrer acto de jurisdicción, al disponer que las mujeres jóvenes que velaban en la calle fuesen puestas al abrigo de los peligros y las tentaciones de una muchedumbre nocturna. *Acta Proconsularia Sancti Cypriani*, c. 2. <<

[1617] Véase la sentencia original en *Acta Proconsularia Sancti Cypriani*, c. 4; y en Poncio, c. 17. El segundo la expresa de una manera más retórica. <<

[1618] Poncio, c. 19. Tillemont (*Mém. Ecclés*., t. IV, parte I, p. 450, n. 50) no aprueba una exclusión tan taxativa de otros mártires anteriores de la jerarquía episcopal. <<

[1619] Sea cual fuere la opinión que tengamos del carácter o de los principios de Tomás Becket, hemos de reconocer que sufrió la muerte con una constancia nada indigna de los primitivos mártires. Véase Lord Lyttelton, *History of Henry II*, t. II, p. 592 y ss. <<

[1620] Véanse en particular los tratados de Cipriano, *De Lapsis*,

pp. 87-98, ed. Fell [p. 121]. La literatura de Dodwell (*Dissertat. Cyprianicæ* XII, XIII) y la ingenuidad de Middleton (*Free Inquiry*, p. 162 y ss.) apenas han dejado algo que añadir respecto al mérito, los honores y los motivos de los mártires. <<

[1621] Cipriano, *Ep*. 5-7, 22, 24; y *De Ecclesiæ Unitate*. El número de supuestos mártires ha sido multiplicado sobremanera por la costumbre que se introdujo de conferir tan honorífico nombre a los confesores. <<

[1622] «Certatim gloriosa in certamina ruebatur; multoque avidius tum martyria gloriosis mortibus quærabantur, quam nunc Episcopatus pravis ambitionibus appetuntur.» Sulpicio Severo, l. II [p. 385, ed. Lugd. Bat. 1647]. Hubiera podido omitir la palabra *nunc*. <<

[1623] Véase *Ep*. ad Romanos, c. 4-5, *apud Patres Apostol.*, t. II, p. 27. El justificar la opinión de Ignacio con una profusión de ejemplos y autoridades se adaptaba al propósito del obispo Pearson (véase *Vindiciæ Ignatianæ*, parte II, c. 9). <<

[1624] La relación de Polieucto, sobre la cual Corneille ha fundado una tragedia muy interesante, es uno de los ejemplos más celebrados, aunque no quizá de los más auténticos, de este celo excesivo. Deberíamos observar que el sexagésimo canon del Concilio de Ilíberis niega el título de mártires a los que se expusieron a la muerte para destruir públicamente los ídolos. <<

[1625] Véase Epicteto, l. IV, c. 7 (aunque se duda de si hace alusión a los cristianos), Marco Aurelio, *Ad Se Ipsum*, l. XI, c. 3. Luciano, *De Morte Peregrini*. <<

[1626] Tertuliano, *Ad Scapulam*, c. 5. Los literatos están divididos entre tres personas del mismo nombre, que fueron procónsules del Asia. Yo me inclino a atribuir esta relación a Antonino Pío, que después fue emperador, y que pudo haber gobernado Asia

bajo el reinado de Trajano. <<

[1627] Mosheim, *De Rebus Christ. ante Constantin.*, p. 235. <<

[1628] Véase la epístola de la iglesia de Esmirna, *apud* Eusebio, *Hist. Ecc.*, l. IV, c. 15. <<

[1629] En la segunda apología de Justino hay un ejemplo particular y curioso de esta dilación legal. Igual indulgencia fue concedida a cristianos acusados en la persecución de Decio; y Cipriano (*De Lapsis*) expresamente menciona el «Dies negantibus præstitutus». <<

[1630] Tertuliano considera el fugarse de la persecución como una apostasía criminal, como un atentado impío, para eludir la voluntad de Dios, etcétera. Además ha escrito un tratado sobre este particular (véase pp. 536-544, ed. Rigalt.), que está lleno del más desenfrenado fanatismo y de las declamaciones más incoherentes. Con todo, es algo digno de notar que el mismo Tertuliano no haya padecido el martirio. <<

[1631] Los *libellatici*, que son principalmente conocidos por los escritos de Cipriano, se hallan descritos con la mayor precisión en el copioso comentario de Mosheim, pp. 483-489. <<

[1632] Plinio el Joven, *Ep*. X, 97. Dionisio de Alejandría, *apud* Eusebio, l. VI, c. 41. «Ad prima statim verba minantis inimici maximus fratrum numerus fidem suam prodidit: nec prostratus est persecutionis impetu, sed voluntario lapsu seipsum prostravit.» Cipriano, *Opera*, p. 89. Entre estos desertores había muchos sacerdotes y obispos. <<

[1633] En esta ocasión Cipriano escribió su tratado *De Lapsis* y muchas de sus epístolas. La controversia respecto al trato de apóstatas penitentes no ocurre entre los cristianos del siglo precedente. ¿Atribuiremos esto a la superioridad de su fe y valor o al conocimiento menos íntimo que tenemos de su historia? <<

[1634] Véase Mosheim, p. 97. Sulpicio Severo fue el primer autor de este cómputo; aunque pareció deseoso de reservar la décima y mayor persecución para la venida del Anticristo. <<

[1635] Justino es el primero que hace mención del testimonio dado por Poncio Pilato. Las sucesivas perfecciones que el relato ha ido adquiriendo (al pasar por manos de Tertuliano, Eusebio, Epifanio, Crisóstomo, Orosio, Gregorio de Tours y los autores de las varias ediciones de los actos de Pilato) están claramente representadas por Dom Calmet, *Dissert. sur l'Écriture*, t. III, p. 651 y ss. <<

[1636] Sobre este milagro, comúnmente llamado de la Legión Tronante, véase la admirable crítica de Moyle, en *Works*, t. II, pp. 81-390. <<

[1637] Dion Casio o, más bien, su abreviador Xifilino, l. LXXII [c. 4], p. 1206. Moyle (p. 266) ha explicado la condición de la iglesia bajo el reinado de Cómodo. <<

[1638] Compárese la vida de Caracalla, en la *Historia Augusta*, con la epístola de Tertuliano a Escápula. El doctor Jortin (*Remarks on Ecclesiastical Hist.*, t. II, p. 5 y ss.) considera la cura de Severo por medio del óleo santo con gran deseo de convertirla en milagro. <<

[1639] Tertuliano, *De Fuga*, c. 13. El regalo fue hecho durante la fiesta de las saturnales, y hiere mucho a Tertuliano el que los fieles fueran confundidos con las profesiones más infames que compraban la connivencia del gobierno. <<

[1640] Eusebio, l. V, c. 23, 24. Mosheim, pp. 435-447. <<

[1641] «Judæos fieri sub gravi poena vetuit. Idem etiam de Christianis sanxit.» *Hist. August.*, p. 70 [Esparciano, *Sever.*, c. 17]. <<

[1642] Sulpicio Severo, l. II, p. 384 [ed. Lugd. Bat. 1647]. Este

cómputo (concediendo una sola excepción) se halla confirmado por la historia de Eusebio y por los escritos de Cipriano. <<

[1643] La antigüedad de las iglesias cristianas se halla discutida por Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. III, parte II, pp. 68-72) y por Moyle (t. I, pp. 378-398). El primero refiere la primera construcción a la paz de Alejandro Severo; el segundo, a la paz de Galieno. <<

[1644] Véase *Hist. August.*, p. 130 [Lampridio, *Alex. Sever.*, c 45]. El emperador Alejandro adoptó el método de proponer públicamente los nombres de los candidatos para la ordenación. Es verdad que esta práctica se atribuye también a los judíos. <<

[1645] Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VI, c. 21. San Jerónimo, en *Catalog. Script. Eccles.*, c. 54 [t. II, p. 879, ed. Vallars]. Mamea gozaba del concepto de piadosa y santa, tanto para los cristianos como para los paganos. Por consiguiente, es imposible que mereciese de los primeros aquel honorífico epíteto. <<

[1646] Véase la *Historia Augusta*, p. 123 [Lampridio, *Alex. Sever.*, c. 29]. Mosheim (p. 465) trata de acrisolar demasiado la religión doméstica de Alejandro. Su intento de erigir un templo público a Cristo (*Hist. August.*, p. 129 [Lampridio, *Alex. Sever.*, c. 43]), y la oposición que se le atribuye a él o, en iguales circunstancias, a Adriano, parece no tener otro fundamento que un rumor improbable, inventado por los cristianos, y crédulamente adoptado por un historiador del tiempo de Constantino. <<

[1647] Eusebio, l. VI, 28. Puede presumirse que el éxito de los cristianos había exasperado la preocupación de los paganos, que iba en aumento. Dion Casio, que compuso su historia bajo el reinado anterior, probablemente destinaba para el uso de su amo aquellos consejos de persecución que él atribuye a un siglo mejor y al favorito de Augusto. Respecto a este discurso de Mecenas, o quizá de Dion, puedo referirme a mi propia opinión

despreocupada (t. I, c. 1, n. 25) y al abate de la Bléterie (*Mém. de l’Acad. des Inscriptions*, t, XXIV, p. 303, t. XXV, p. 432). <<

[1648] Orosio, l. VII, c. 19, hace mención de Orígenes como objeto del resentimiento de Maximino; y Firmiliano, obispo de Capadocia en aquel tiempo, da una justa idea de esta persecución (*apud* Cipriano, *Ep*. 75). <<

[1649] Lo que se dice de aquellos príncipes, que públicamente se creyeron cristianos, como nos lo demuestra una epístola de Dionisio de Alejandría (*ap*. Euseb., l. VII, c. 10), alude evidentemente a Filipo y su familia, y da una prueba contemporánea de que semejante rumor había prevalecido; pero el obispo egipcio, que vivió a una humilde distancia de la corte de Roma, se expresa con una desconfianza comedida en cuanto a la verdad del hecho. Las epístolas de Orígenes (que existían en tiempo de Eusebio, véase l. VI, c. 36) zanjaban probablemente esta cuestión más curiosa que importante. <<

[1650] Eusebio, l. VI, c. 34. La relación, como de costumbre, ha sido realzada por escritores recientes y confutada con superflua erudición por Frederick Spanheim (*Opera Varia*, t. II, p. 400 y ss.). <<

[1651] Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 3, 4. Después de celebrar la felicidad y los progresos de la Iglesia bajo una larga sucesión de buenos príncipes, añade: «Extitit post annos plurimos, execrabile animal, Decius, qui vexaret Ecclesiam». <<

[1652] Eusebio, l. VI, c. 39. Cipriano, *Ep*. 55. La silla pontificia permaneció vacante desde el martirio de Fabiano, 20 de enero de 250, hasta la elección de Cornelio, 4 de junio de 251. Probablemente Decio ya había salido de Roma, pues fue muerto antes del fin de aquel año. <<

[1653] Eusebio, l. VII, c. 10. Mosheim (p. 548) ha demostrado

claramente que el prefecto Macrino y el egipcio «Magus» son una misma persona. <<

[1654] Eusebio (l. VII, c. 13) nos da una versión de este edicto latino, que parece haber sido muy conciso. En otro edicto mandó que las *Cæmeteria* fuesen restituidas a los cristianos. <<

[1655] Eusebio, l. VII, c. 30. Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 6. San Jerónimo, *Chron.*, p. 177 [Anno ab. Abr. 2290, t. VIII, p. 757, ed. Vallars]. Orosio, l. VII, c. 23. Su lenguaje es en general tan ambiguo e incorrecto, que no acertamos a determinar hasta qué punto Aureliano había llevado sus intenciones antes de ser asesinado. La mayoría de los modernos (excepto Dodwell, *Dissertat. Cyprianicæ* XI, 64) han aprovechado la ocasión de aumentar el número de mártires. <<

[1656] Era más grato a Pablo el título de *Ducenarius* que el de obispo. El *Ducenarius* era un procurador imperial, así llamado a causa de su salario de doscientos sestercios, o sea, mil seiscientas libras al año (Véase Salmasio, *ad Hist. August.*, p. 124). Algunos críticos suponen que el obispo de Antioquía había obtenido este empleo de Zenobia, mientras que otros lo consideran solamente como una expresión figurativa de su pompa e insolencia. <<

[1657] La simonía no fue desconocida en aquellos tiempos, y el clero compraba a veces lo que intentaba vender. Parece que el obispado de Cartago fue comprado por una rica matrona llamada Lucila para su sirviente Mayorino. El precio fue de cuatrocientos *folles* (*Monumenta Antiqua, ad calcem* Optato de Milevis, p. 263). Cada *follis* equivalía a ciento veinticinco piezas de plata, y el total de la suma puede computarse en unas dos mil cuatrocientas libras. <<

[1658] Si deseamos atenuar los vicios de Pablo, es necesario suponer que los obispos reunidos de Oriente publicaron las calumnias más maliciosas en epístolas circulares, dirigidas a

todas las iglesias del Imperio (*apud* Eusebio, l. VII, c. 30). <<

[1659] Su herejía (como las de Noeto y Sabelio en el mismo siglo) se dirigió a confundir la misteriosa distinción de las personas de la Trinidad. Véase Mosheim, p. 702 y ss. <<

[1660] Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VII, c. 30. Únicamente a él debemos el conocimiento de la curiosa historia de Pablo de Samosata. <<

[1661] La era de los mártires, que aún está en uso entre los coptos y abisinios, debe contarse desde el 29 de agosto de 284, pues el año egipcio empieza diecinueve días antes de la aprobación real de Diocleciano. Véase *L'art de vérifier les dates*, «Dissertation préliminaire». <<

[1662] La expresión de Lactancio (*De Mort. Persecut.*, c. 15), «sacrificio pollui coegit», implica su anterior conversión a la fe; pero no me parece justificar el aserto de Mosheim (p. 912), sobre que habían sido bautizados privadamente. <<

[1663] Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. V, parte I, pp. 11-12) ha citado, del *Spicilegium*, de Dom Luc d'Archeri, una instrucción muy curiosa, que el obispo Teonas compuso para Luciano. <<

[1664] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 10. <<

[1665] Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VIII, c. 1. El lector que consulte el original no me acusará de realzar el cuadro. Eusebio tenía cerca de dieciséis años cuando Diocleciano ascendió al trono. <<

[1666] Podríamos citar, entre un gran número de ejemplos, el misterioso culto de Mitras y la Taurobolia; el segundo estuvo en boga en tiempo de los Antoninos (véase una disertación de Boze, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. II, p. 443). La novela de Apuleyo está tan llena de devoción como de sátira. <<

[1667] El impostor Alejandro recomendó muy particularmente el oráculo de Trofonio en Mallos [Lebadea, Beocia] y los de Apolo en Claros y Mileto (Luciano, t. II, p. 236, ed. Reitz [Alexander,

c 29]). El último, cuya singular historia ofrecería un curioso episodio, fue consultado por Diocleciano antes de publicar sus edictos de persecución (Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 11). <<

[1668] Además de las antiguas historias de Pitágoras y Aristeas, las curaciones hechas en el sagrario de Esculapio y las fábulas que se han contado de Apolonio de Tiana se contrapusieron a los milagros de Cristo. Sin embargo, estoy de acuerdo con el doctor Lardner (véase *Jewish and Heathen Testimonies*, t. III, pp. 253, 352) en que, cuando Filostrato compuso la vida de Apolonio, no tenía semejante intención. <<

[1669] Es de lamentar que los padres cristianos, con reconocer la parte sobrenatural —o, como ellos la juzgan, infernal— del paganismo, destruyan con sus propias manos la gran ventaja que de otro modo podríamos sacar de las concesiones liberales de nuestros adversarios. <<

[1670] Juliano ([t. I] p. 301, ed. Spanheim) se regocija de que la providencia de los dioses hubiese extinguido las sectas impías y en gran parte aniquilado los libros de los pirronianos y epicúreos, que habían sido muy numerosos, pues sólo Epicuro compuso nada menos que trescientos volúmenes. Véase Diógenes Laercio, l. X, c. 26. <<

[1671] «Cumque alios audiam mussitare indignanter, et dicere opportere statui per Senatum, abolleantur ut hæc scripta quibus Christiana Religio comprobetur, et vetustatis opprimatur auctoritas.» Arnobio, *Adv. Gentes*, l. III, pp. 103-104 [pp. 98-99, ed. Ant. 1604]. Añade muy propiamente: «Erroris convincite Ciceronem […] nam intercipere scripta, et publicatam velle submergere lectionem, non est Deum [Deos] defendere sed veritates testificationem timere». <<

[1672] Lactancio (*Divinæ Institut.*, l. V, c. 2-3) nos da una relación animadísima de dos de estos filósofos, adversarios de la fe. El

extenso tratado de Porfirio contra los cristianos consistía en treinta libros y fue compuesto en Sicilia alrededor del año 270. <<

[1673] Véase Sócrates, *Hist. Eccl.*, l. I, c. 9, y *Codex Justin.*, l. I, tít. I, leg. 3. <<

[1674] Eusebio, l. VIII, c. 4 y 17, limita el número de mártires militares con una expresión remarcable: σπανίως τούτων εἷς που καὶ δεύτερος, cuya energía no ha sido propiamente traducida, ni por su traductor latino ni por el francés. A pesar de la autoridad de Eusebio y el silencio de Lactancio, Ambrosio, Sulpicio, Orosio, etc., se ha creído por largo tiempo que la legión tebana, que consistía en seis mil cristianos, padeció martirio por orden de Maximino, en el valle de los Alpes Apeninos. Esta relación fue por primera vez publicada, a mediados del siglo V, por Euquerio, obispo de Lyon, que la recibió de ciertas personas, las cuales la recibieron de Isaac, obispo de Génova, recibiéndola éste, según se dice, de Teodoro, obispo de Octodoro [posiblemente, actual Martigny, Suiza]. La abadía de San Mauricio, que todavía existe, es un rico monumento de la credulidad de Segismundo, rey de Borgoña. Véase una excelente disertación en el volumen XXXVI de la *Bibliothèque Raisonnée*, pp. 427-454. <<

[1675] Véase *Acta Sincera Martyrum*, p. 299. La relación que se hace de su martirio tiene toda la apariencia de verdadera y auténtica. <<

[1676] *Acta Sincera Martyrum*, p. 302. <<

[1677] *De Mort. Persecut.*, c. 11. Lactancio (o quien haya sido el autor de este pequeño tratado) vivía entonces en Nicomedia; pero es difícil concebir de qué modo podía adquirir un conocimiento tan exacto de lo que pasaba en el gabinete

imperial. <<

[1678] La sola circunstancia que podemos descubrir es la devoción y celo de la madre de Galerio. Lactancio la describe como «Deorum montium cultrix; mulier admodum superstitiosa». Tenía gran influencia sobre su hijo, y se ofendió de la desatención de algunos de sus sirvientes cristianos. <<

[1679] El culto y la festividad del dios Término se hallan elegantemente ilustrados por Boze, *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. I, p. 50. <<

[1680] En nuestro único manuscrito de Lactancio leemos *profectus*, pero la razón y la autoridad de todos los críticos nos permiten suponer que esa palabra, que destruye el sentido del pasaje, debe ser sustituida por *præfectus*. <<

[1681] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 12, hace un vivo cuadro de la destrucción de la iglesia. <<

[1682] Mosheim (pp. 922-926), de muchos pasajes diversos de Lactancio y de Eusebio, ha reunido una noción muy justa y exacta de este edicto; aunque a veces se desvía en conjeturas y refinamientos. <<

[1683] Muchos siglos después, Eduardo I practicó con éxito el mismo modo de persecución contra el clero de Inglaterra. Véase Hume, *Hist. of England*, t. II, p. 300, última ed. en cuarto. <<

[1684] Lactancio sólo lo llama «quidam, etsi non recte, magno tamen animo», *De Mort. Persecut.*, c. 13. Eusebio (l. VIII, c. 5) lo realza con honores seculares. Ni uno ni otro han tenido a bien mencionar su nombre; pero los griegos celebran su memoria bajo el nombre de Juan. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. V, parte II, p. 320. <<

[1685] Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 13 y 14 [14 y 15]. «Potentissimi quondam Eunuchi necati, per quos Palatium et

ipse constabat.» Eusebio (l. VIII, c. 6) hace mención de las crueles ejecuciones de los eunucos Gorgonio y Doroteo, y de Antimo, obispo de Nicomedia; y estos dos escritores describen, de un modo vago, aunque trágico, las horribles escenas que ocurrieron aun ante la presencia imperial. <<

[1686] Véase Lactancio, Eusebio y Constantino, *Oratio ad Cœtum Sanctorum*, c. XXV. Eusebio confiesa que ignora la causa de este incendio. <<

[1687] Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. V, parte I, p. 43. <<

[1688] Véase *Acta Sincera*, de Ruinart, p. 353; las de Félix de Thibara, o Tibiur, parecen menos adulteradas que las demás ediciones, las cuales nos dan una muestra de leyenda licenciosa. <<

[1689] Véase el libro primero de Optato de Milevis contra los donatistas [*De Schismate Donatistarum*]. París, 1700, ed. Dupin. Vivió bajo el reinado de Valente. <<

[1690] Los monumentos antiguos, publicados al final de Optato, p. 261 y ss., describen muy circunstanciadamente el proceder de los gobernadores en la destrucción de las iglesias. Hicieron un inventario minucioso de la vajilla y demás objetos que hallaron en ellas. El de la iglesia de Cirta, en Numidia, existe todavía. Consistía en dos cálices de oro y seis de plata, seis urnas, una caldera, siete lámparas, todo igualmente de plata; además de una gran cantidad de utensilios de bronce. <<

[1691] Lactancio (*Divinæ Institut.* V, 11) limita la calamidad al *conventiculum*, con su congregación. Eusebio (l. VIII, c. 11) la extiende a una ciudad entera y alude a un sitio formal. Su antiguo traductor latino, Rufino, añade la importante circunstancia del permiso dado a los habitantes de retirarse de allí. Como Frigia llegaba a los confines de Isauria, es posible que

el desasosiego de aquellos bárbaros independientes contribuyese a tan importante desgracia. <<

[1692] Eusebio, l. VIII, c. 6. Valois (con alguna probabilidad) cree haber descubierto la rebelión siria en una oración de Libanio; dice que fue una tentativa arriesgada del tribuno Eugenio, quien, con sólo quinientos hombres, se apoderó de Antioquia, probablemente halagando a los cristianos con la promesa de una tolerancia religiosa. De Eusebio (l. IX, c. 8), así como Moisés de Korén (*Hist Armen.*, l. II, 77, etc.), se puede inferir que el cristianismo estaba ya introducido en Armenia. <<

[1693] Véase Mosheim, p. 938; el texto de Eusebio demuestra muy a las claras que los gobernadores, cuyos poderes fueron ampliados y no limitados por las nuevas leyes, podían castigar con la muerte a los cristianos más tercos para que sirviesen de ejemplo a sus cofrades. <<

[1694] Atanasio, p. 833, *apud* Tillemont, *Mém. Ecclésiast.*, t. V, parte I, 90. <<

[1695] Eusebio, l. VIII, c. 13. Lactancio, *De Mort. Persecut.*, c. 15. Dodwell (*Dissertat. Cyprianicæ* XI, 75) los representa como contradictorios entre sí. Pero el primero claramente habla de Constantino cuando era César, y el segundo habla del mismo príncipe cuando era Augusto. <<

[1696] Gruter, en sus *Inscripciones*, menciona a Daciano como el que determinó los límites entre los territorios de Pax Julia [actual Beja] y de Évora [actual Talavera de la Reina], ambas ciudades en la parte meridional de Lusitania. Si recordamos la proximidad de aquellos lugares con el cabo de San Vicente, podremos sospechar que el célebre diácono y mártir de tal nombre ha sido ubicado inexactamente por Prudencio y otros en Zaragoza o Valencia. Véase la pomposa historia de sus

padecimientos en las *Mém. Ecclés*. de Tillemont, t. V, parte II, pp. 58-85. Algunos críticos opinan que el departamento de Constancio, siendo César, no incluía a España, que seguía bajo la inmediata jurisdicción de Maximiano. <<

[1697] Eusebio, l. VIII, c. 11. Gruter, *Inscript*., p. 1171, nº 18. Rufino ha confundido el empleo de Adaucto, así como el lugar de su martirio. <<

[1698] Eusebio, l. VIII, c. 14. Pero como Majencio fue vencido por Constantino, a Lactancio le convenía colocar su muerte entre las de los perseguidores. <<

[1699] El epitafio de Marcelo se puede ver en Gruter, *Inscript*., p. 1172, nº III, y contiene todo cuanto sabemos de su historia. Muchos críticos suponen que Marcelino y Marcelo, cuyos nombres siguen en la lista de los papas, son diferentes personas; pero el docto abate de Longuerue estaba convencido de que eran una misma persona.

Veridicus rector lapsis quia crimina flere

Prædixit miseris, fuit omnibus hostis amarus.

Hinc furor, hinc odium; sequitur discordia, lites,

Seditio, cædes; solvuntur fœdera pacis.

Crimen ob alterius, Christum qui in pace negavit,

Finibus expulsus patriæ est feritate Tyranni,

Hac breviter Damasus voluit comperta referre:

Marcelli populus meritum cognoscere posset.

Podremos advertir que Dámaso fue hecho obispo de Roma en el año 366. <<

[1700] Optato, *De Schism. Donatist*., l. I, c. 17, 18. <<

[1701] Los hechos de la pasión de san Bonifacio, que abundan en milagros y declamaciones, fueron publicados por Ruinart (pp.

283-291), en griego y en latín, bajo la autoridad de manuscritos muy antiguos. <<

[1702] Durante los cuatro primeros siglos existen pocas señales de obispos y obispados en Iliria occidental. Es probable que el primado de Milán extendiera su jurisdicción sobre Sirmio, capital de aquella gran provincia. Véase Charles de St. Paul, *Geographia Sacra*, pp. 68-76, con las observaciones de Lucas Holstenio. <<

[1703] El libro octavo de Eusebio, como el suplemento que trata de los mártires de la Palestina, tienen relación principalmente con la persecución de Galerio y Maximino. Los generales lamentos con que Lactancio empieza el quinto libro de *Divinæ Institutiones* aluden a su crueldad. <<

[1704] Eusebio (l. VIII, c. 17) nos ha dado una versión griega, y Lactancio (*De Mort. Persecut*., c. 34), el original latino de este edicto memorable. Ninguno de estos escritores parece recordar cuán directamente contradicen lo que acaban de afirmar del remordimiento y arrepentimiento de Galerio. <<

[1705] Eusebio, l. IX, c. 1, inserta la epístola del prefecto. <<

[1706] Véase Eusebio, l. VIII, c. 14; l. IX, c. 2-8. Lactancio, *De Mort. Persecut*., c. 36. Estos escritores concuerdan en manifestar las mañas de Maximino, pero el primero cuenta la ejecución de varios mártires, mientras que el segundo afirma expresamente: «Occidi servos Dei vetuit». <<

[1707] Pocos días antes de su muerte publicó un edicto muy amplio de tolerancia, en el que achaca todas las crueldades que padecieron los cristianos a los jueces y gobernadores, los cuales habían confundido sus intenciones. Véase el edicto en Eusebio, l. IX, c. 10. <<

[1708] Tal es la *clara* deducción de dos pasajes memorables en

Eusebio, l. VIII, c. 2, y *De Martyribus Palæstinæ*, c. 12. La prudencia del historiador ha expuesto su propio carácter a la censura y a la sospecha. Era bien sabido que él mismo había sido encarcelado, y se sugirió que había conseguido su libertad por medio de algún arreglo deshonroso. La reconvención tomó pie durante su vida, y aun en su presencia en el Concilio de Tiro. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VIII, parte I, p. 67. <<

[1709] La antigua, y quizás auténtica relación de los padecimientos de Taraco y sus compañeros (*Acta Sincera Martyrum*, pp. 419-448 en la versión de Ruinart) está llena de fuertes expresiones de resentimiento y desprecio, que no podían menos que irritar al magistrado. El comportamiento de Edesio con Hiérocles, prefecto de Egipto, fue aun más extraordinario: λόγοις τε καὶ ἔργοις τὸν δικαστὴν… περιβαλὼν. Eusebio, *De Martyr. Palæst.*, c. 5. <<

[1710] Eusebio, *De Martyr. Palæst.*, c. 13. <<

[1711] San Agustín, *Collat. Carthagin. Dei* III, c. 13, *apud* Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. V, parte I, p. 46. La controversia con los donatistas ha reflejado alguna luz, aunque quizá parcial, sobre la historia de la iglesia africana. <<

[1712] Eusebio, *De Martyr. Palæst.*, c. 15. Concluye su narración asegurando que éstos fueron los martirios practicados en Palestina durante todo el curso de la persecución. El capítulo noveno de su libro octavo, que hace referencia a la provincia de Tebaida en Egipto, contradice al parecer nuestro cómputo moderado, pero sólo nos conducirá a admirar el artificioso manejo del historiador. Escoge para la escena de la crueldad más refinada el país más remoto y apartado del Imperio Romano: dice que en Tebaida, frecuentemente padecían de diez a cien personas en un mismo día el martirio; pero cuando sigue haciendo mención de su viaje a Egipto, su lenguaje se vuelve

más comedido. En lugar de un número considerable y definitivo, habla de muchos cristianos (πλείους), y muy artificiosamente escoge dos palabras ambiguas (ἱστορήσαμεν y ὑπομείναντας) que pueden significar lo que él había visto u oído; la espera o la ejecución del castigo. Armado de este modo, deja el equívoco pasaje a sus lectores y traductores, contando que su piedad los inducirá a preferir el sentido más favorable. Asoma quizás alguna malicia en la observación de Teodoro Metoquites, cuando dice que todos los que, como Eusebio, habían conocido bien a los egipcios se complacían en un estilo oscuro e intrincado. (Véase Valesio *ad loc*.) <<

[1713] Cuando Palestina fue dividida en tres, la prefectura del Oriente contenía cuarenta y ocho provincias. Como las antiguas distinciones de las naciones se habían abolido desde mucho antes, los romanos distribuían las provincias según la general proporción de su extensión y opulencia. <<

[1714] «Ut gloriari possint nullum se innocentium peremisse, nam et ipse audivi aliquos gloriantes, quia administratio sua, in hac parte, fuerit incruenta.» Lactancio, *Divinæ Institut*., t. II. <<

[1715] Grocio, *Annal. de Rebus Belgicis*, l. I, p. 12, edición en folio. <<

[1716] Fra Paolo (*Ist. del Concilio Tridentino*, l. III) reduce el número de los mártires belgas a cincuenta mil. En erudición y comedimiento, Fra Paolo no era inferior a Grocio. La prioridad del tiempo da alguna ventaja a la evidencia del primero, aunque, por otra parte, se menoscaba con la distancia de Venecia a los Países Bajos. <<

[1717] Polibio (1. IV [c. 45], p. 423, ed. Casaubon) advierte que la paz de los bizantinos solía ser alterada y que la extensión de su territorio a menudo era cercenada por las correrías de los bravíos tracios. <<

[1718] Acompañado por Argos y Megara, el navegante Byzas, conocido como el hijo de Neptuno, descubrió esta ciudad seiscientos cincuenta y seis años antes de la era cristiana. Luego, Bizancio fue reedificada y fortificada por el general espartano Pausanias. Véase Escalígero, *Thesaurus Temporum*, p. 81. Du Cange, *Constantinopolis Christiana*, l. I, parte I, c. 15-16. Con respecto a las guerras de los bizantinos contra Filipo, los galos y los reyes de Bitinia, debemos atenernos a los escritores antiguos, que vivían antes de que el encumbramiento de la ciudad imperial excitase la lisonja y la ficción. <<

[1719] El Bósforo fue descrito minuciosamente por Dionisio de Bizancio, que vivió en tiempo de Domiciano (Hudson [ed.], *Geographi Minores*, t. III) y por Gilles o Gyllius, un viajero francés del siglo XVI. Tournefort (carta XV) parece haber visto con sus propios ojos varias de las descripciones de Gyllius. <<

[1720] Pocas conjeturas son tan acertadas como la de Le Clerc (*Bibliothèque Universelle*, t. I, p. 148), quien supone que las arpías sólo eran langostas. El nombre siríaco o fenicio de estos insectos, su vuelo ruidoso, el daño que causan y el viento norte que los arroja al mar, todo contribuye a la descripción del cuadro. <<

[1721] La residencia de Amico estaba en Asia, entre castillos antiguos y modernos, en un paraje llamado Laurus Insana. La de Fineo, en Europa, cerca de la aldea de Mauromole y del mar Negro. Véase Gyllius, *De Bosphoro Thracio*, l. II, c. 23. Tournefort, carta XV. <<

[1722] El engaño era ocasionado por varias puntas de rocas que las olas, alternadamente, cubrían o dejaban visibles. En la actualidad, hay dos pequeñas islas, una en cada orilla; la de Europa es conocida como la columna de Pompeyo. <<

[1723] El cómputo de los antiguos era de ciento veinte estadios o quince millas romanas [24,14 km]. Ellos calcularon la distancia desde los castillos modernos, pero contaron el estrecho y la ciudad de Calcedonia. <<

[1724] Ducas, *Hist.*, c. 34 [p. 136, ed. París; p. 108, ed. Ven.; p. 242. ed. Bonn]. Leunclavio, *Hist. Turcica Mussulmanica*, l. XV, p. 577. Durante el imperio griego, estos castillos sirvieron de cárceles del Estado bajo el horrible nombre de Leta o torres del olvido. <<

[1725] Darío grabó en dos columnas de mármol, con caracteres griegos y siríacos, los nombres de las naciones sujetas a su poderío y el número de sus poderosas fuerzas de mar y de tierra. Luego los bizantinos transportaron estas columnas a la capital y las colocaron en el altar de sus dioses tutelares. Herodoto, l. IV, c. 87. <<

[1726] «Namque artissimo inter Europam Asiamque divortio Byzantium in extrema Europa posuere Græci, quibus, Pythium Apollinem consulentibus ubi conderent urbem, redditum oraculum est, quærerent sedem *cæcorum* terris adversam. Ea ambage Chalcedonii monstrabantur, quod priores illuc advecti, prævisa locorum utilitate pejora legissent» (Tácito, *Annal.* XII, 62). <<

[1727] Estrabón, l. VII, p. 492 [320, ed. Casaubon]. La mayor parte de las astas están rotas o, para hablar menos figuradamente, los fondeaderos del puerto son inútiles. Véase Gyllius, *De Bosphoro Thracio*, l. I, c. 5. <<

[1728] Procopio, *De Ædificiis*, l. I, c. 5. Los viajeros modernos confirman su descripción. Véase Thevenot, part. I l. I, c. 15. Tournefort, carta XII. Niebuhr, *Voyage en Arabie*, p. 22. <<

[1729] Véase Du Cange, *Constantinopol.*, l. I, parte I, c. 16, y sus

Observations sur Villehardouin, p. 289. La cadena iba desde la Acrópolis, cerca de la moderna Kiosk, hasta la torre de Gálata, y estaba sostenida a trechos por grandes pilastras de madera. <<

[1730] Thevenot (*Voyages au Levant*, parte I, l. I, c. 14) reduce la medida a ciento veinticinco millas griegas [161,54 km]; Belon (*Observations*, l. II, c. 1) da una exacta descripción de la Propóntide, pero se contenta con la vaga expresión de un día y una noche de navegación; mientras que Sandys (*Travels*, p. 21) habla de ciento cincuenta estadios [30,17 km] de largo, así como de ancho. Suponemos que esto último sólo es un error de imprenta en el texto de aquel juicioso viajero. <<

[1731] Véase una admirable disertación de D'Anville sobre el Helesponto o Dardanelos, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXVIII, pp. 318-346. Este ingenioso geógrafo incluso supone nuevas y, quizás, imaginarias *medidas* con la intención de presentar a los antiguos escritores tan exactos como él mismo. Los estadios empleados por Herodoto en la descripción del Euxino, del Bósforo, etc. (l. IV, c. 85), indudablemente, deben ser todos de la misma clase, aunque parezca imposible conciliarlos con la verdad y entre sí. <<

[1732] La distancia oblicua entre Sesto y Abidos era de treinta estadios [6 km]. Mahudel impugnó el increíble relato de Hero y Leandro, pero M. de la Nauze lo defendió apoyándose en la autoridad de poetas y medallas. Véase *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. VII, Hist., p. 74, Mem., p. 240. <<

[1733] Véase el libro VII de Herodoto, quien ha erigido un elegante trofeo a su propia fama y a la de su patria. La revisión parece haber sido hecha con exactitud, pero la vanidad de persas y griegos fomentó la exageración del armamento y la victoria. Debemos dudar de que los *invasores* nunca hayan disminuido el número de *hombres* del país que atacaban. <<

[1734] Véase *Observations* de Wood sobre Homero, p. 320. Con satisfacción he escogido esta información de un autor que, en general, parece haber burlado las esperanzas del público como crítico y, aún más, como viajero. Visitó los márgenes del Helesponto, leyó a Estrabón y debió consultar los itinerarios romanos: ¿cómo es posible que haya confundido a Ilión con Alejandría de Troas (*Observations*, pp. 340-341), dos ciudades que estaban a dieciséis millas [25,74 km] una de otra? <<

[1735] Demetrio de Scepsis escribió sesenta tomos sobre las treinta líneas del catálogo de Homero. Para satisfacer nuestra curiosidad, basta ver el libro XIII de Estrabón. <<

[1736] Estrabón, l. XIII, p. 595. La disposición de los buques, que fueron llevados a tierra, y de los puestos de Áyax y Aquiles está claramente descrita por Homero. Véase *Ilíada* IX, 220. <<

[1737] Zósimo, l. II [c. 30], p. 105. Sozomen, l. II, c. 3. Teófanes, p. 18 [p. 14, ed. Ven.; t. I, ed. Bonn]. Nicéforo Calisto, l. VII, p. 48. Zonaras, t. II, l. XIII [c. 3], p. 6. Zósimo ubica la nueva ciudad entre Ilión y Alejandría, pero esta aparente diferencia puede deberse a la gran extensión. Antes de la fundación de Constantinopla, Cedreno menciona como posible capital a Tesalónica (p. 283) [t. I, p. 496, ed. Bonn], y Zonaras, a Sádica. Ambos suponen, con poca probabilidad, que el emperador habría repetido el engaño de los *ciegos* calcedonios si no hubiese sido prevenido por un milagro. <<

[1738] Pocock, *Description of the East*, t. II, parte II, p. 127. Su explicación de las siete colinas es clara y exacta. Rara vez los viajeros son tan minuciosos. <<

[1739] Véase Belon, *Observations*, c. 72-76. Entre una gran variedad de diferentes especies, los pelámides (especie de atún) eran los más célebres. Polibio, Estrabón y Tácito mencionan

que las principales rentas de Bizancio provenían de la venta de los productos del mar. <<

[1740] Véase la elocuente descripción de Busbequio, *Ep*. I, p. 64. «Est in Europa; habet in conspectur Asiam, Egyptum, Africamque a dextra: quæ tametsi contiguæ non sunt, maris tamen navigandique commoditate veluti junguntur. A sinistra vero Pontus est Euxinus», etcétera. <<

[1741] «Datur hæc venia antiquitati, ut miscendo humana divinis, primordia urbium augustiora faciat» (Tito Livio Procem.). <<

[1742] Dice, en una de sus leyes, «pro commoditate Urbis quam æterno nomine, jubente Deo, donavimus» (Codex Theodos., l. XIII, tít. V, leg. 7). <<

[1743] Los griegos Teófanes, Cedreno y el autor de la *Crónica alejandrina* se limitan a expresiones vagas. Para obtener un relato más minucioso de la visión, debemos recurrir a escritores latinos, como Guillermo de Malmesbury. Véase Du Cange, *Constantinopol.*, l. I, pp. 24-25. <<

[1744] Véase Plutarco, *Romulus* [t. 1, p. 49, ed. Bryan]. Una de las ceremonias para adoptar el nuevo país consistía en excavar una gran zanja que era llenada con los puñados de tierra que cada uno de los nuevos colonos traía del sitio de su nacimiento. <<

[1745] Filostorgio, l. II, c. 9. Este incidente, aunque tomado de un dudoso escritor, es característico y probable. <<

[1746] Véase, en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXXV, pp. 747-758, una disertación de D'Anville sobre la extensión de Constantinopla. Toma por modelo el plan mencionado por Banduri en *Imperium Orientale*, ya que lo considera el más exacto; pero, por una serie de curiosas observaciones, reduce la extravagante proporción de la escala y, en vez de nueve mil quinientas [18,48 km], fija la circunferencia de la ciudad como

sobre siete mil ochocientas *toesas* francesas [15,17 km]. <<

[1747] Codino (*Antiquitates Const*., p. 12 [p. 25, ed. Bonn] establece que la iglesia de San Antonio es el límite del lado del puerto. Du Cange (l. IV, c. 6) lo menciona. He intentado descubrir infructuosamente el sitio exacto donde estaba situada. <<

[1748] La nueva muralla de Teodosio se construyó en el año 413. En 447, un terremoto la derribó, y el prefecto Ciro tardó sólo tres meses en reedificarla. Durante el reinado de Heraclio el suburbio de Blachernæ pasó a formar parte de la ciudad. Du Cange, *Constantinopol*., l. I, c. 10-11. <<

[1749] En *Notitia* la medición está expresada en catorce mil setenta y cinco pies. Es de suponer que éstos eran pies griegos, cuya proporción ha sido bien determinada por D'Anville. Este autor compara los ciento ochenta pies con los setenta y ocho codos hashemitas, que han sido usados por diferentes escritores para dar cuenta de las medidas de la iglesia de Santa Sofía. Cada codo equivale a veintisiete pulgadas francesas [72,9 cm]. <<

[1750] El minucioso Thevenot (l. I, c. 15) tardó una hora y tres cuartos de caminata en recorrer los dos costados del triángulo, desde el Kiosk del serrallo hasta las siete torres. D'Anville examinó detenidamente este testimonio hasta darle entero crédito, con lo cual la circunferencia sería de unas diez [16 km] o doce millas [19,31 km]. El cómputo extravagante de Tournefort (carta XI), sin incluir a Escútari, es de unas treinta [48,28 km] o treinta y cuatro millas [54,71 km]: una extraña salida propia de su carácter. <<

[1751] Las *sycæ*, o higueras, formaban la decimotercera región, que fue embellecida por Justiniano. Desde entonces lleva los nombres de Pera y Galata. El origen etimológico del primero de ellos es obvio, pero el del segundo es desconocido. Véanse Du Cange, *Constantinopol.*, l. I, c. 22, y Gyllius, *De Byzant.*, l. IV, c. 10. <<

[1752] Lo que equivale a ciento once estadios, que pueden traducirse en millas griegas modernas (cada una equivale a siete estadios), o a seiscientas sesenta —a veces sólo seiscientas— toesas francesas. Véase D'Anville, *Mesures Itinéraires*, p. 53. <<

[1753] Una vez asentada la extensión de Babilonia y Tebas por los antiguos textos que las describen, ya reducidas las exageraciones y rectificadas las medidas, hallamos que estas célebres ciudades ocupaban la amplia, aunque no increíble, circunferencia de unas treinta [48,28 km] o treinta y cinco millas [56,32 km]. Compárese las *Mém. de l'Acad. des Inscriptions* (t. XXVIII, p. 235) de D'Anville con su *Description de l'Egypte* (pp. 201-202). <<

[1754] Si dividiéramos a Constantinopla y a París en cuadros iguales de cincuenta toesas francesas [97,3 m], la primera contendría ochocientas cincuenta y la última, mil ciento sesenta de estas divisiones. <<

[1755] La suma de sesenta mil libras de oro es tomada de [Pseudo] Codino, *Antiquitates Constantinopolitanæ*, p. 11 [p. 23, ed. Bonn]; pero este dudoso autor probablemente no estaba acostumbrado a calcular, a no ser que haya extraído el dato de fuentes seguras. <<

[1756] En cuanto a las selvas del Mar Negro, consúltese a Tournefort, carta XVI. Por las canteras de mármol de Proconeso, véase Estrabón, l. XIII, p. 588. Estas canteras habían proporcionado materiales para los hermosos edificios de Cízico.

<<

[1757] Véase el Código Teodosiano, l. XIII, tít. IV, leg. 1. Esta ley está fechada en el año 334 y se dirigía al prefecto de Italia, cuya jurisdicción se extendía sobre África. El comentario de Godofredo merece consultarse. <<

[1758] «Constantinopolis dedicatur pœne omnium urbium nuditate» (san Jerónimo, *Chron.*, p. 181). Véase Codino, pp. 8-9 [p. 16 y ss., ed. Bonn]. El autor de las *Antiquitat. Const.* (l. III; *apud* Banduri, *Imperium Orientale*, t. I, p. 41) enumera a Roma, Sicilia, Antioquía, Atenas y una larga lista de otras ciudades. Puede suponerse que de las provincias de Grecia y Asia Menor han recogido el más rico botín. <<

[1759] *Hist. Compend.*, p. 369 [t. I, p. 648, ed. Bonn]. Cedreno describe la estatua o, más bien, el busto de Homero con gusto esmerado, lo cual indica que copió el estilo de una época más afortunada. <<

[1760] Zósimo, l. II [c. 30], p. 106. *Chron. Pasch.*, p. 248. Du Cange, *Constantinopol.*, l. I, c. 24. Incluso, el último de estos escritores parece confundir el Foro de Constantino con el de Augusto o patio del palacio. No estoy seguro de haber distinguido bien lo que corresponde a uno o a otro. <<

[1761] La descripción más tolerable de esta columna es la de Pocock (*Description of the East*, t. II, parte II, p. 131); pero aun en muchos puntos titubea y no es bastante clara. <<

[1762] Du Cange, *Constantinopol.*, l. I, c. 24, p. 76, y sus notas *ad* [Ana Comnena,] *Alexias*, p. 382. La estatua de Constantino o Apolo fue derribada en el reinado de Alejo Comneno. <<

[1763] Tournefort (carta XII) es quien lo mide en cuatrocientos pasos. Si cuenta pasos geométricos de cinco pies cada uno, tenía trescientas toesas [583,8 m] de largo, cuarenta más que el gran

circo de Roma. Véase D'Anville, *Mesures Itinéraires*, p. 73. <<

[1764] Los guardianes de las sagradas reliquias se alegrarían de poder presentar pruebas tan evidentes como las que se pueden alegar en esta ocasión. Véanse Banduri, *ad Antiquitat. Const.*, p. 668, y Gyllius, *De Byzant.*, l. II, c. 13. I) Con Herodoto y Pausanias puede probarse la original consagración del trípode y el pilar en el templo de Delfos. II) El pagano Zósimo concuerda con tres escritores eclesiásticos —Eusebio, Sócrates y Sozomen — en que los sagrados ornatos del templo de Delfos fueron trasladados a Constantinopla por orden de Constantino; entre ellos se menciona particularmente el pilar serpentino del Hipódromo. III) Todos los viajeros europeos que han visitado Constantinopla, desde Buondelmonte hasta Pocock, lo describen en el mismo sitio y de modo similar; las diferencias se deben al maltrato que el objeto recibió por parte de los turcos: Mahomet II rompió la mandíbula inferior de una de las serpientes de un hachazo. Thevenot, l. I, c. 17. <<

[1765] Los griegos adoptaron el nombre latino *cochlea*, lo que sucede con frecuencia en la historia bizantina. Du Cange, *Constantinopol.*, l. II, c. 1, p. 104. <<

[1766] Los puntos topográficos que indican la ubicación del palacio son tres: I) la escalera que comunicaba con el Hipódromo o Atmeidan; II) un pequeño puerto artificial en la Propóntide, desde donde unas gradas de mármol conducían a los jardines del palacio; III) el Augusteum, un espacioso patio, del cual una parte era ocupada por la fachada del palacio y la otra, por la iglesia de Santa Sofía. <<

[1767] Zeuxipo era uno de los sobrenombres de Júpiter. Los baños formaban parte de la antigua Bizancio. Du Cange no ha tropezado con la dificultad de designar su verdadera ubicación. La historia los coloca cerca de la iglesia Santa Sofía y el palacio,

pero el plano original, inserto en Banduri, los sitúa al otro lado de la ciudad, cerca del puerto. En cuanto a sus bellezas, véanse *Chron. Pasch*., p. 285, y Gyllius, *De Byzant*., l. II, c. 7. Cristodoro (véase *Antiquitat. Const*., l. VII) compuso inscripciones en verso para cada estatua. Era un poeta tebano, tanto por su ingenio como por su nacimiento: «Bœotum in crasso jurares aere natum». <<

[1768] Véase *Notitia*. Roma contaba sólo con mil setecientas ochenta casas grandes o *domus*; pero esta voz debía tener una significación más elevada. No se menciona en Constantinopla ninguna *ínsula*. La antigua capital se componía de cuatrocientas veinticuatro calles; la moderna, de trescientas veintidós. <<

[1769] Luitprando, *Legatio ad Imp. Nicephorum*, p. 153. Los griegos modernos han desfigurado completamente las antigüedades de Constantinopla. Los yerros de los escritores turcos y árabes son perdonables; pero es extraño que los griegos, que poseían auténticas fuentes en su propio idioma, prefiriesen la ficción a la verdad y se apartasen de la verdadera historia. En una sola página de Codino podemos encontrar doce equivocaciones imperdonables: la reconciliación de Severo con Níger, el casamiento de sus hijos, el sitio de Bizancio por los macedonios, la invasión de los galos, que requirió la presencia de Severo en Roma, los sesenta años que trascurrieron desde su muerte hasta la fundación de Constantinopla, etcétera. <<

[1770] Montesquieu, *Grandeur et Décadence des Romains*, c. 17. <<

[1771] Temistio, *Orat*. III, p. 48, ed. Hardouin. Sozomen, l. II, c. 3. Zósimo, l. II, p. 107. *Excerpta Vales*., p. 715. Si pudiésemos dar crédito a Codino (p. 10) [p. 20 y ss., ed. Bonn], Constantino mandó construir casas para los senadores siguiendo los planos de los palacios romanos, y los honró con el placer de una grata sorpresa; sin embargo, en toda esta historia abundan

ficciones e inverosimilitudes. <<

[1772] La ley con la que el joven Teodosio, en el año 438, abolió esta dependencia puede hallarse entre las *novellæ* de este emperador al final del Código Teodosiano, t. VI, *nov.* 12. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 371) evidentemente ha confundido la naturaleza de estos estados. Esta condición se aceptaba como una gracia en la donación de un patrimonio imperial; si se hubiera impuesto sobre una propiedad particular, sería considerada como una carga. <<

[1773] Los fragmentos de Zósimo, Eunapio, Sozomen y Agatias que se refieren al aumento de los edificios y los habitantes de Constantinopla están corroborados por Gyllius (*De Byzant.*, l. I, c. 3). Sidonio Apolinar (en *Panegyr. Anthem.* 56, p. 279, ed. Sirmond) describe las moles arrojadas al mar, que estaban formadas por la famosa piedra puzolana, que se endurece con el agua. <<

[1774] Sozomen, l. II, c. 3. Filostorgio, l. II, c. 9. [Pseudo] Codino, *Antiquitat. Const.*, p. 8 [p. 16, ed. Bonn]. Según Sócrates (l. II, c. 13), la ración diaria de la ciudad consistía en ocho miríadas de σίτου, que podemos traducir, con Valesio, por modios de grano o considerar que hace referencia a la cantidad de panes. <<

[1775] Véanse el Código Teodosiano, l. XIII y XIV, y el *Codex Justin.*, ed. XII, t. II, p. 648, ed. Ginebra. Véase la elegante queja de Roma en el poema de Claudiano, *De Bello Gildonico*, V. 46-64.

Cum subiit par Roma mihi, divisaque sumsit

Æquales Aurora togas; Ægyptia rura

In partem cessere novam. <<

[1776] El Código Justiniano menciona las regiones de

Constantinopla y la *Notitia* del joven Teodosio las designa particularmente; pero, como las cuatro últimas no están dentro de las murallas de Constantino, cabe dudar de que esta división de la ciudad sea la que realizó el fundador. <<

[1777] «Senatum constituit secundi ordinis; *Claros* vocavit» (*Excerpta Vales*., p. 715). Los senadores de la antigua Roma tenían el título de *clarissimi*. Véase una curiosa nota de Valesio *ad* Amiano Marcelino XXII, 9. Según la carta XI de Juliano, parece que el cargo de senador era considerado más como una carga que como un honor; pero el abate de la Bléterie (*Vie de Jovien*, t. II, p. 371) ha probado que esta carta no se refería a Constantinopla. ¿No podemos leer, en vez del célebre nombre de Βισανθήνοις, el desconocido, pero más probable, de Βιζαντίοις? Bisanto o Redestos, hoy día Rodosto [actual Tekirdağ], pequeña ciudad marítima de Tracia. Véanse Esteban de Bizancio, *De Urbibus*, p. 225 [ed. Lugd. Bat. 1694], y Celario, *Geographia Ant*., t. I, p. 849. <<

[1778] *Codex Theodos*., l. XIV, 13. El comentario de Godofredo (t. V, p. 220) es extenso, pero dudoso; verdaderamente no es fácil asegurar en qué consistía el *jus italicum* luego de que la libertad de la ciudad fue comunicada a todo el Imperio. <<

[1779] Juliano (*Orat*. I, p. 8) celebra a Constantinopla como superior a todas las demás ciudades, tanto como era inferior a Roma. Su erudito comentador (Spanheim, pp. 75-76) justifica este lenguaje con varias comparaciones y hechos contemporáneos. Zósimo, así como Sócrates y Sozomen, floreció luego de que el Imperio se dividiera entre los dos hijos de Teodosio, que establecieron una perfecta *igualdad* entre la antigua capital y la moderna. <<

[1780] [Pseudo] Codino (*Antiquitat. Const*., p. 8 [p. 17, ed. Bonn]) afirma que la fundación de Constantinopla se realizó el

26 de septiembre del año del mundo 5837 (año 329) y que la ciudad fue dedicada el 11 de mayo de 5838 (año 330). Además, conecta estas fechas con varios momentos característicos, que se contradicen entre sí. La autoridad de Codino es de poco peso, y el término de un año parece insuficiente. Para Juliano (*Orat*. I, p. 8), el plazo fue de diez años. Spanheim, que deslinda la verdad (pp. 69-75) con ayuda de dos pasajes —el de Temistio (*Orat*. IV, p. 58) y el de Filostorgio (l. II, c. 9)—, establece un período que va desde el año 324 hasta el 334. Los críticos modernos no están de acuerdo sobre este punto de la cronología; sus diferentes opiniones se hallan esmeradamente descritas en Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 619-625. <<

[1781] Temistio, *Orat*. III, p. 47. Zósimo, l. II, p. 108. El mismo Constantino en una de sus leyes (*Codex Theodos*., l. XV, tít. I [¿leg. 23?]) da a conocer su impaciencia. <<

[1782] Cedreno y Zonaras, fieles a la superstición que prevalecía en su época, nos aseguran que Constantinopla estaba consagrada a la Virgen Madre de Dios. <<

[1783] El relato más exacto de esta extraordinaria ceremonia se encuentra en la Crónica Alejandrina, p. 285. Tillemont y los demás amigos de Constantino se han ofendido con el aire de paganismo, que no cuadra a un príncipe cristiano; tenían derecho a dudar de ello, pero no a omitirlo. <<

[1784] Sozomen, l. II, c. 2. Du Cange, Constantinopol., l. I, c. 6. «Velut ipsius Romæ filiam» es la expresión de san Agustín, *De Civ. Dei*, l. V, c. 25. <<

[1785] Eutropio, l. X, c. 8. Juliano, *Orat*. I, p. 8. Du Cange, Constantinopol., l. I, c. 5. El nombre de Constantinopla está estampado en las medallas de Constantino. <<

[1786] El sagaz Fontenelle (*Dialogues des Morts* XII) aparenta burlarse de la vanidad de la ambición humana, y parece triunfar con el desacierto de Constantino, cuyo nombre inmortal se ha perdido por la común denominación de Estambul, corrupción turca de ἐις τὴνπόλιν. Con todo, el verdadero nombre se conserva aún: I) por las naciones de Europa; II) por los griegos modernos; III) por los árabes, cuyos escritos son muy vagos sobre la vasta extensión de sus conquistas en Asia y África (véase D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 275); IV) por los turcos más instruidos; V) por el mismo emperador en sus decretos. Cantemir, *History of the Othoman Empire*, p. 51. <<

[1787] El Código Teodosiano fue promulgado en el año 438. Véase Godofredo, *Prolegomena ad Cod. Theodos.*, c. I, p. 185. <<

[1788] En su comentario, Pancirolo le asigna a la *Notitia* la misma fecha que al Código Teodosiano; pero sus pruebas o, más bien, conjeturas son muy débiles. Me inclino a ubicar a esta útil obra entre la división total del Imperio (año 395) y la victoriosa invasión de Galia por los bárbaros (año 407). Véase [Buat,] *Hist. ancienne des Peuples de l'Europe*, t. VII, p. 40. <<

[1789] «Scilicet externæ superbiæ sueto, non inerat notitia nostri [quizá *nostræ*]; apud quos vis Imperii valet, inania transmittuntur» (Tácito, *Annal.* XV, 31). La variación del estilo de libertad y sencillez al de formalidad y esclavitud está bien descrita en las cartas de Cicerón, Plinio y Símaco. <<

[1790] El emperador Graciano, después de confirmar una ley de precedencia publicada por Valentiniano, el padre de su *divinidad*, continuó así: «Siquis igitur indebitum sibi locum usurpaverit, nulla se ignoratione defendat; sitque plane *sacrilegii* reus, qui *divina* præcepta neglexerit» (*Codex Theodos.*, l. VI, tít. V, leg. 2). <<

[1791] Consúltese la *Notitia Dignitatum* al final del Código

Teodosiano, t. VI, p. 316. <<

[1792] Pancirolo, *ad Notitiam utriusque Imperii*, p. 39. Pero su relato es oscuro y no distingue adecuadamente los emblemas pintados de los rótulos de oficios. <<

[1793] En las Pandectas que pueden llegar a referirse a los reinados de los Antoninos, *clarissimus* era el título que se solía dar a los senadores. <<

[1794] Pancirolo, pp. 12-17. No he hecho mención de los dos tratamientos inferiores, *perfectissimus* y *egregius*, que se daban a muchas personas que no habían ascendido a la dignidad senatorial. <<

[1795] *Codex Theodos*., l. VI, tít. VI. Las reglas de precedencia han sido fijadas con minuciosa escrupulosidad por los emperadores, e ilustradas con idéntica prolijidad por su erudito intérprete. <<

[1796] *Codex Theodos*., l. VI, tít. XXII. <<

[1797] Ausonio (en *Gratiarum Actio*) se refiere sin ahínco a este indigno asunto, mientras que Mamertino (*Panegyr. Vet*. XI [X], 16, 19) lo hace con mayor libertad e ingenio. <<

[1798] «Cum de Consulibus in annum creandis, solus mecum voluntarem […] te Consulem et designavi, et declaravi, et priorem nuncupavi» son algunas de las expresiones que el emperador Graciano dirigió a su preceptor, el poeta Ausonio. <<

[1799]

Immanesque… dentes

Qui secti ferro in tabulas auroque micantes,

Inscripti rutilum cælato Consule nomen

Per proceres et vulgus eant.

(Claudiano, De Consulatu Stilichonis III, 346.)

Montfaucon ha representado algunas de estas tablas o dípticos;

véase el suplemento de *L'Antiquité expliquée*, t. III, p. 220. <<

[1800]

Consule lætatur post plurima secula viso
Pallanteus apex: agnoscunt rostra curules
Auditas quondam proavis: desuetaque cingit
Regius auratis fora fascibus Ulpia lictor.
(Claudiano, In VI Consulatu Honorii 643.)

Desde el reinado de Caro hasta el sexto consulado de Honorio, hubo un intervalo de ciento veinte años durante el cual los emperadores estuvieron siempre ausentes de Roma el primer día del año. Véase la cronología de Tillemont, t. III, IV y V. <<

[1801] Véase Claudiano, *In Cons. Probini et Olybrii* 178, etc., y *In* IV *Cons. Honorii* 585, etc.; aunque en el último no es fácil distinguir las insignias de emperador de las de cónsul. Ausonio recibió de la liberalidad de Graciano una *vestis palmata*, un traje de Estado, en el que estaba bordada la imagen de Constantino. <<

[1802]

Cernis et armorum proceres legumque potentes
Patricios sumunt habitus; et more Gabino
Discolor incedit legio, positisque parumper
Bellorum signis, sequitur vexilla Quirini?
Lictori cedunt aquilæ, ridetque togatus
Miles, et in mediis effulget curia castris?
(Claudiano, In IV Cons. Honorii 5.)

Strictasque procul radiare secures.
In Cons. Prob. et Olybr., 231.) <<

[1803] Véase Valesio, *ad* Amiano Marcelino, l. XXII, c. 7. <<

[1804]

Auspice mox lætum sonuit clamore tribunal
Te fastos ineunte quater; solemnia ludit
Omina Libertas: deductum Vindice morem
Lex servat, famulusque jugo laxatus herili
Ducitur, et grato remeat securior ictu.
(Claudiano, In IV Cons. Honorii 611.) <<

[1805] «Celebrant quidem solemnes istos dies omnes ubique urbes quæ sub legibus agunt; et Roma de more, et Constantinopolis de imitatione, et Antiochia pro luxu, et discincta Carthago, et domus fluminis Alexandria, sed Treviri Principis beneficio» (Ausonio, *Gratiarum Actio* [p. 715, ed. Amsterdam 1671]). <<

[1806] Claudiano (*In Cons. Mallii Theodori* 279-331) describe, de modo sagaz y lleno de imaginación, los diversos espectáculos del circo, el teatro y el anfiteatro exhibidos al público por el nuevo cónsul. Ya estaban prohibidos los sanguinarios combates de gladiadores. <<

[1807] Procopio, *Hist. Arcana*, c. 26. <<

[1808] «In Consulatu honos sine labore suscipitur» (Mamertino, *Panegyr. Vet*. XI [X]). Esta idea exagerada del consulado es tomada de un discurso (*Orat*. III, p. 107) pronunciado por Juliano en la servil corte de Constancio. Véase abate de la Bléterie (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXIV, p. 289), quien se complace en seguir los vestigios de la antigua constitución, los que suele encontrar en su acalorada imaginación. <<

[1809] Los casamientos entre patricios y plebeyos estaban prohibidos por las Leyes de las XII tablas; y los hechos atestiguan que la costumbre se mantuvo más allá de la ley. Véase, en Livio (IV, 1-6), el orgullo de familia provocado por el cónsul y los derechos del género humano protegidos por el tribuno Canuleyo. <<

[1810] Véase la vívida descripción de Salustio, en *De Bello Jugurth.*, sobre el orgullo de los nobles e, incluso, del virtuoso Metelo, que no podía tolerar la idea de que el honor del Consulado recayese en el desconocido mérito de su teniente Mario (c. 64). Doscientos años antes, la familia de Metelo formaba parte de los plebeyos de Roma, y por la etimología de su nombre, *Cæcilius*, hay fundamento para creer que estos altaneros nobles provenían de un vivandero. <<

[1811] En el año 800 de Roma, quedaban pocas familias patricias, no sólo de las antiguas sino también de las creadas por César y Augusto (Tácito, *Annal.* XI, 25). La de Escaro (una rama del patricio Emilio) quedó en un estado tan degradado que su padre, que ejercía el comercio del carbón, sólo pudo legarle diez esclavos y unos escasos treinta mil reales (Valerio Máximo, l. IV, c. 4, n. 11. Aurelio Víctor, sobre Escaro [Anónimo, *De Viris Illustribus*, c. 72]). La familia se salvó del olvido gracias al mérito del hijo. <<

[1812] Tácito, *Annal.* XI, 25. Dion Casio, l. III [c. 42] p. 693. Las virtudes de Agrícola, que fue nombrado patricio por el emperador Vespasiano, honraron a aquella antigua clase; sin embargo, sus antecesores sólo tenían derecho a la nobleza ecuestre. <<

[1813] Si efectivamente Vespasiano hubiese nombrado de una vez mil familias patricias —como Casaubon cree entrever en las afirmaciones de Aurelio Víctor (*ad* Suetonio, *Cæsar*, c. 42; además véanse *Hist. August.*, p. 203 [Trebelio Polión, *Claud.*, c. 3], y Casaubon, «Comment.», p. 220)—, esta decadencia no se hubiera producido. Un número tan extravagante es incluso excesivo para todo el orden senatorial, a no ser que incluyamos todos los caballeros romanos distinguidos con el uso de la laticlavia. <<

[1814] Zósimo, l. II [c. 40], p. 118; y Godofredo, *ad Codex Theodos.*, l. VI, tít. VI. <<

[1815] Zósimo, l. II, pp. 109-110. Si no poseyéramos el satisfactorio relato de la división del poder y las provincias de los prefectos pretorios, habríamos titubeado reiteradamente entre los copiosos apuntes del código y la minuciosidad de la *Notitia*. <<

[1816] Véase una ley del mismo Constantino. «A præfectis autem prætorio provocare, non sinimus» (*Codex Justin.*, l. VII, tít. LXII, leg. 19). Carisio, escribano contemporáneo de Constantino (Heinecio, *Hist. Juris Romani*, p. 349), que considera esta ley como un principio fundamental de la jurisprudencia, compara a los prefectos pretorios con los maestres de caballería de los antiguos dictadores. *Pandect.*, l. I, tít. XI. <<

[1817] En la exhausta situación del Imperio, Justiniano instituyó un prefecto pretorio para África y le concedió un honorario de cien libras de oro. *Codex Justin.*, l. I, tít. XXVII, leg. I. <<

[1818] Respecto de ésta y otras dignidades del Imperio, basta referirse a los amplios comentarios de Pancirolo y Godofredo, quienes esmeradamente han recogido y ordenado todos los materiales auténticos e históricos. Howell (*Hist. of the World*, t. II, pp. 24-77) se ha basado en estos autores para compendiar el estado del Imperio Romano. <<

[1819] Tácito, *Annal.* VI, 11. Eusebio, *Chron.*, p. 135. Dion Casio, en el discurso de Mecenas (l. LVII [c. 21], p. 675), describe las prerrogativas del prefecto de la ciudad según estaban establecidas en su época. <<

[1820] La notoriedad de Mesala ha sido inferior a su mérito. En su juventud, Cicerón le recomendó su amistad a Bruto. Mesala siguió el estandarte de la República hasta que fue derribado en

los campos de Filipo; luego, aceptó y mereció la gracia del más moderado de los conquistadores, y mantuvo constantemente su libertad y dignidad en la corte de Augusto. La conquista de Aquitania justificó su triunfo. Como orador, le disputaba el galardón de la elocuencia al mismo Cicerón. Mesala cultivó las musas y era el protector de todo hombre de talento. En las noches mantenía conversaciones filosóficas con Horacio; se sentaba a la mesa entre Delia y Tibulo, y en sus horas libres se entretenía estimulando el talento poético del joven Ovidio. <<

[1821] «Incivilem esse potestatem contestans», dice el traductor de Eusebio. Tácito expresa la misma idea con diferentes palabras: «Quasi nescius exercendi». <<

[1822] Véase Lipsio, *Excursus D. ad* Tácito, *Annal.*. I. <<

[1823] Heinecio, *Element. Juris Civilis secund. ordinem Pandect.*, t. I, p. 70. Véase también Spanheim, *De Usu Numismat.*, t. II, dissert. X, p. 119. En el año 450, Marciano promulgó una ley que establecía que anualmente tres ciudadanos, con su propio consentimiento, debían ser nombrados pretores de Constantinopla por elección del Senado. *Codex Justin.*, l. I, tít. XXXIX, leg. 2. <<

[1824] «Quidquid igitur intra urbem admittitur, ad P. U. videtur pertinere; sed et siquid intra centessimum milliarum» (Ulpiano, en *Pandect.*, l. I, tít. XIII, n. 1). Este autor enumera las obligaciones del prefecto, quien ha de preceder y mandar en toda ciudad a los magistrados «sine injuria ac detrimento honoris alieni» (*Codex Justin.*, l. I, tít. XXXIX, leg. 3). <<

[1825] Además de nuestros usuales guías, podemos notar que Félix Cantelorius ha escrito un tratado específico, *De Præfecto Urbis*, y que muchos curiosos apuntes sobre la administración de Roma y Constantinopla se hallan en el libro XIV del Código

Teodosiano. <<

[1826] Eunapio afirma que el procónsul de Asia era independiente respecto del prefecto; pero esto debe entenderse con alguna restricción: seguramente renunció a la jurisdicción de viceprefecto. Pancirolo, p. 161. <<

[1827] El procónsul de África tenía cuatrocientos *apparitores*. Todos recibían elevados salarios que provenían o del tesoro o de la provincia. Véanse Pancirolo, p. 26, y *Codex Justin*., l. XII, tít. LVI y LVII. <<

[1828] También residía en Italia el *vicario de Roma*. Se ha disputado acaloradamente si su jurisdicción se extendía a cien millas [160,93 km] de la ciudad o si se reducía a las diez provincias del sur de Italia. <<

[1829] La tabla tomada de Marquardt (Becker, *Handbuch der Römischen Alterthümer*, t. III, parte I, p. 240) muestra la división del Imperio bajo estos cuatro perfectos pretorios. <<

[1830] Entre las obras del célebre Ulpiano, había una en diez tomos que se refería a las obligaciones del procónsul, que son similares, en los puntos principales, a las del gobernador provincial. <<

[1831] Los presidentes o consulares sólo podían imponer dos onzas; el viceprefecto, tres; los procónsules, el conde de Oriente y el prefecto de Egipto, seis. Véase Heinecio, *Jur. Civ*., t. I, p. 75. *Pandect*., l. XLVIII, tít. XIX, n. 8. *Codex Justin*., l. I, tít. LIV, leg. 4 y 6. <<

[1832] «Ut nulli patriæ suæ administratio sine speciali principis permissu permittatur» (*Codex Justin*., l. I, tít. XLI). Esta ley fue decretada por el emperador Marco tras la rebelión de Casio (Dion Casio, l. LXXI [C. 31, p. 1195]). En China se observa la misma disposición, con igual exactitud e idénticos resultados.

<<

[1833] *Pandect.*, l. XXIII, tít. II, n. 38, 57 y 63. <<

[1834] «In jure continetur, ne quis in administratione constitutus aliquid compararet» (*Codex Theodos.*, l. VIII, tít. XV, leg. 1). Desde Constantino hasta Justino, esta máxima de la ley común fue revalidada por varios decretos (véase lo restante del título). De esta prohibición, que se extendía a los más ínfimos oficiales del gobernador, sólo se exceptuaban ropas y provisiones. Después de cinco años, las compras podían recobrarse; tras lo cual, con un informe, volvían a entrar en el tesoro. <<

[1835] «Cessent rapaces jam nunc officialium manus; cessent, inquam; nam si moniti non cessaverint, gladiis præcidentur», etc. (*Codex Theodos.*, l. I, tít. VII, leg. 1). Zeno decretó que, luego de la entrega del poder, todo gobernador debía permanecer en la provincia durante cincuenta días para responder a las posibles acusaciones. *Codex Justin.*, l. II, tít. XLIX, leg. 1. <<

[1836] «Sumina igitur ope, et alacri studio has leges nostras accipite; et vosmetipsos sic eruditos ostendite, ut spes vos pulcherrima foveat; toto legitimo opere perfecto, posse etiam nostram rempublicam in partibus ejus vobis credendis gubernari» (Justiniano, *Institutiones* Procem.). <<

[1837] La magnífica escuela de Berito, que conservó en el Oriente el idioma latín y la jurisprudencia romana, subsistió, según los cálculos, desde el siglo III hasta mediados del VI. Heinecio, *Hist. Jur. Rom.*, pp. 341-356. <<

[1838] Así como en un período anterior he delineado la promoción civil y militar de Pértinax, lo haré aquí de los honores civiles de Malio Teodoro. I) Cuando pleiteaba como abogado en la corte del prefecto pretorio, se destacó por su elocuencia. II) Gobernó una de las provincias de África, como

presidente o consular, y por su buena administración logró la distinción de una estatua de bronce. III) Fue elegido vicario o viceprefecto de Macedonia. IV) Fue cuestor. V) Fue designado conde de las liberalidades sagradas. VI) Aún siendo joven, fue prefecto pretorio de las Galias. VII) En el año 397, luego de un retiro de muchos años, quizá por algún sinsabor, en el que Malio —confundido por algunos críticos con el poeta Manilio (véase Fabricio, *Bibliotheca Latina*, ed. Ernest., t. I, c. 18, p. 501)— se dedicó al estudio de la filosofía griega, fue nombrado prefecto pretorio de Italia. VIII) Cuando aún estaba desempeñando este importante cargo, fue nombrado, en el año 399, cónsul de Occidente; y su nombre, a causa de la infamia de su colega, el eunuco Eutropio, frecuentemente se encuentra solo en los *Fastos*. IX) En el año 408, Malio fue designado por segunda vez como prefecto pretorio de Italia. Incluso en el panegírico venal de Claudiano, se menciona el mérito de Malio Teodoro, quien, por una extraña casualidad, fue el amigo íntimo de Símaco y san Agustín. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 1110-1114. <<

[1839] Mamertino, en *Panegyr. Vet*. XI [X], 20. Asterio, *apud* Focio, p. 1500. <<

[1840] El curioso pasaje de Amiano (l. XXX, c. 4), en el que pinta las costumbres de los abogados contemporáneos, está compuesto por una extraña mixtura de buen juicio, falsa retórica y sátira extravagante. Godofredo (*Prolegomena*, c. I, p. 185) apoya al autor con idénticas quejas y hechos auténticos. En el siglo IV con los libros de leyes podían cargarse muchos camellos. Eunapio, *Vita Ædesii*, p. 72. <<

[1841] Véase un digno ejemplo en *Agricola*, particularmente c. 20 y 21. El teniente de Britania tenía los mismos poderes que Cicerón, procónsul de Cilicia, había desempeñado en nombre

del pueblo y del Senado. <<

[1842] El abate Dubos, que ha examinado con esmero (véase *Hist. de la Monarchie Françoise*, t. 1, pp. 41-100, ed. 1742) las instituciones de Augusto y Constantino, observa que, si Otón hubiese sido ejecutado el día anterior al estallido de su conspiración, la historia lo hubiera representado tan inocente como Córbulo. <<

[1843] Zósimo, l. II [c. 33], p. 110. Antes de terminar el reinado de Constancio, los *magistri militum* ya habían alcanzado a ser cuatro. Véase Valesio, ad Amiano, l. XVI, c. 7. <<

[1844] Aunque con frecuencia en la historia y en los códigos se mencionan los condes y duques militares, para un conocimiento exacto de su número y sus puestos debemos recurrir a la *Notitia*. Respecto de la institución, el grado y los privilegios, etc., de los condes en general, véase el Código Teodosiano, l. VI, tít. XII-XX, con el comentario de Godofredo. <<

[1845] Zósimo, l. II, p. 111. La diferencia entre las dos clases de tropas romanas no está bien deslindada por los historiadores, las leyes y la *Notitia*. No obstante, consúltese el *paratitlón* o extracto que Godofredo ha extraído del libro VII, *De Re Militari*, del Código Teodosiano, l. VII, tít. I, leg. 18; l. VIII, tít. I, leg. 10. <<

[1846] «Ferox erat in suos miles et rapax, ignavus vero in hostes et fractus» (Amiano, l. XXII, c. 4). El autor observa que apreciaban las mullidas camas y casas de mármol; y que sus copas eran más pesadas que sus espadas. <<

[1847] *Codex Theodos.*, l. VII, tít. I, leg. 1; tít. XII, leg. 1. Véase Howell, *Hist. of the World*, t. II, p. 19. Este erudito historiador, que no ha sido suficientemente conocido, trata de justificar el carácter y la administración de Constantino. <<

[1848] Amiano, l. XIX, c. 2. El autor observa (c. 5) que los esfuerzos desesperados de las dos legiones galas eran tan eficaces como una pequeña cantidad de agua arrojada en un gran incendio. <<

[1849] Pancirolo, *ad Notitiam*, p. 96. *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXV, p. 491. <<

[1850] «Romana acies unius prope formæ erat et hominum et armorum genere. —Regia acies varia magis multis gentibus dissimilitudine armorum auxiliorumque erat» (Tito Livio XXXVII, 39-40). Aun antes de este acontecimiento, Flaminio había comparado el ejército de Antíoco con una cena en la que la carne de un vil animal se adereza por medio del fuego. Véase la vida de Flaminio [*Flamininus*] en Plutarco. <<

[1851] Agatias, l. V, p. 157, ed. Louvre [c. 13, p. 305, ed. Bonn]. <<

[1852] Valentiniano (Código Teodosiano, l. VII, tít. XIII, leg. 3) fija el estándar en cinco pies y siete pulgadas, como cinco pies y cuatro y media pulgadas inglesas (1,63 m). Anteriormente era de cinco pies y diez pulgadas (1,75 m) y, en los cuerpos más selectos, de seis pies romanos (1,80 m). «Sed tunc erat amplior multitudo, et plures militiam sequebantur armatam» (Vegecio, *De Re Militari*, l. I, c. 5). <<

[1853] Véanse los dos títulos, *De Veteranis* y *De Filiis Veteranorum* [tít. XX y XXII], en el libro VII del Código Teodosiano. Este servicio se exigía entre los dieciséis y los veinticinco años de edad. Si los hijos de los veteranos se presentaban con un caballo, tenían derecho a servir en la caballería; si lo hacían con dos, obtenían considerables privilegios. <<

[1854] *Codex Theodos.*, l. VII, tít. XIII, leg. 7. Según el historiador Sócrates (véase Godofredo *ad loc.*), el mismo emperador Valente

a veces llegaba a exigir ochenta piezas de oro por un recluta. En la siguiente ley apenas se expresa que los esclavos no serían admitidos «inter optimas lectissimorum militum turmas». <<

[1855] Si un caballero romano mutilaba a sus dos hijos, él mismo y sus propiedades eran vendidos en subasta pública por orden de Augusto (Suetonio, *August*, c. 27). La moderación de este sagaz usurpador prueba que este ejemplo de severidad estaba apoyado por la opinión pública. Amiano realiza una distinción entre los afeminados italianos y los endurecidos galos (l. XV, c. 12). Pero sólo luego de quince años, en una ley dirigida al prefecto de Galia, Valentiniano decreta que estos cobardes desertores sean quemados vivos (Código Teodosiano, l. VII, tít. XIII, leg. 5). Tan alto era su número en Iliria que la provincia llegó a quejarse de la escasez de reclutas (*Codex Theodos*., l. VII, tít. XIII, leg. 10). <<

[1856] Estos jóvenes eran llamados *murci*. En Plauto y Festo se halla *murcidus*, término que hace referencia a un holgazán o cobarde que, según Arnobio y san Agustín, estaba bajo la protección inmediata de la diosa *Murcia*. De este ejemplo particular de cobardía, los escritores de la latinidad media usan *murcare* como sinónimo de *mutilare*. Véase Lindenbrogio y Valesio, *ad* Amiano Marcelino, l. XV, c. 12. <<

[1857] «Malarichus adhibitis Francis quorum ea tempestate in palatio multitudo florebat, erectius jam loquebatur tumultuabaturque» (Amiano, l. XV, c. 5). <<

[1858] «Barbaros omnium primus, ad usque fasces auxerat et trabeas consulares» (Amiano, l. XX, c. 10). Eusebio (*De Vita Constant*., l. IV, c. 71) y Aurelio Víctor parecen confirmar la verdad de esta aserción; sin embrago, en los treinta y dos fastos consulares del reinado de Constantino, no he podido encontrar un solo nombre bárbaro. Debo deducir, entonces, que la liberalidad del príncipe se redujo al traje más que al destino en

el consulado. <<

[1859] *Codex Theodos*., l. VI, tít. 8. <<

[1860] Por una singular metáfora, tomada del carácter militar de los primeros emperadores, el mayordomo de su casa solía ser llamado «conde de campaña» (*comes castrensis*). Casiodoro estaba convencido de que su fama y la del Imperio dependían de la *opinión* que los embajadores extranjeros podían formarse de la abundancia y magnificencia de la mesa real (*Variæ*, l. VI, ep. 9). <<

[1861] Guterio (*De Officiis Domus Augustæ*, l. II, c. 20, l. III) explica minuciosamente las funciones del maestre de oficios y las características de sus oficinas subordinadas o *scrinia*. Pero, apoyándose en una autoridad muy dudosa, intenta deducir del tiempo de los Antoninos o, incluso, del de Nerón el origen de un magistrado que, en realidad, sólo puede hallarse a partir del reinado de Constantino. <<

[1862] Tácito (*Annal*. XI, 22) asegura que los primeros cuestores fueron elegidos por el pueblo setenta y cuatro años antes de la fundación de la república, pero es sabido que mucho antes de aquel período habían sido designados anualmente por los cónsules e, incluso, por los reyes. Este pasaje poco claro de la antigüedad es impugnado por otros escritores. <<

[1863] Tácito (*Annal*. XI, 22) considera que el número mayor de cuestores fue veinte; Dion (l. XLIII [C. 47], p. 374) insinúa que, si el dictador César creó de una vez cuarenta cargos, sólo fue por corresponder a una gran deuda de gratitud. Con todo, este aumento de cuestores que él estableció se mantuvo en los reinados siguientes. <<

[1864] Suetonio, *August*., c. 65, y Torrent, *ad loc*. Dion Casio, p. 755. <<

[1865] La juventud e inexperiencia de los cuestores, que comenzaban a desempeñar tan importantes funciones a los veinticinco años (Lipsio, *Excursus D. ad* Tácito, *Annal.* III), obligaron a Augusto a quitarles el manejo del tesoro; y aunque ellos fueron repuestos por Claudio, parece que Nerón los suprimió definitivamente (Tácito, *Annal.* XIII, 29. Suetonio, *August.*, c. 36, *Claud.*, c. 24. Dion, p. 696 [l. LIII, c. 2], 961 [l LX, c 24], y ss. Plinio el Joven, *Ep.* X, 20, *et alibi*.). En las provincias de la división imperial, el cargo de los cuestores fue fácilmente suplido por el de los *procuratores* (Dion Casio, p. 707 [l. LIII, c. 15]; Tácito, *Agricola*, c. 15); o, como se los llamó después, *rationales* (*Hist. August.*, p. 130 [Lampridio, *Alex. Sever.*, c. 45-46]). Pero en las provincias del Senado, aún hasta el reinado de Marco Antonino había un gran número de cuestores (véanse Gruter, *Inscript.*; Plinio el Joven, *Ep.* y un hecho decisivo de la *Historia August.*, p. 64 [Esparciano, *Sever.*, c. 2]). En Ulpiano (*Pandect.*, l. I, tít. 13) se puede ver que, bajo el reinado de la casa de Severo se abolió la administración provincial de los cuestores, y en las turbulencias siguientes sus elecciones anuales o trienales ya no debieron realizarse. <<

[1866] «Cum patris nomine et epistolas ipse dictaret, et edicta conscriberet, orationesque in senatu recitaret, etiam quæstoris vice» (Suetonio, *Tit.*, c. 6). Esta tarea debió adquirir una nueva dignidad, que generalmente desempeñaba el presunto heredero del Imperio. Véase Dodwell, *Prælection. Cambden.* X, XI, pp. 362-394. <<

[1867]

Terris edicta daturus,

Supplicibus responsa. Oracula regis

Eloquio crevere tuo; nec dignius unquam

Majestas meminit sese Romana locutam.

(Claudiano, In Cons. Mall., 33.)

Véanse también Símaco (*Ep*. I, 17) y Casiodoro (*Variæ*., VI, 5). <<

[1868] *Codex Theodos*., l. VI, tít. 30. *Codex Justin*., l. XII, tít. 24. <<

[1869] En las jurisdicciones de los dos condes del tesoro, la parte occidental de la *Notitia* está muy defectuosa. Es de notar que en Londres teníamos un arca del tesoro y un gineceo o factoría en Winchester. Sin embargo, no se consideraba que Britania fuese merecedora ni de una casa de moneda ni de un arsenal. Galia, en cambio, poseía tres establecimientos de moneda, aunque ningún arsenal. <<

[1870] *Codex Theodos*., l. VI, tít. XXX, leg. 2, y Godofredo, *ad loc*. <<

[1871] Estrabón, l. XII. p. 809 [p. 535, ed. Casaubon]. El otro templo de Comana, en el Ponto, era una colonia del de Capadocia (l. XII, p. 833 [p. 557, ed. Casaubon]). El presidente Des Brosses (véase su edición de Salustio, t. II, p. 21) supone que la deidad adorada en ambos templos era Beltis, la Venus del Oriente, la diosa de la generación, un ser contrapuesto a la diosa de la guerra. <<

[1872] *Codex Theodos*., l. X, tít. VI (*De Grege Dominico*). Godofredo compiló todos los apuntes posibles sobre la antigüedad de los caballos capadocios. Una de las razas más puras, la palmacia, provenía del embargo a un rebelde, cuyas tierras estaban a dieciséis millas [25,79 km] de Tiana, cerca del camino real entre Constantinopla y Antioquía. <<

[1873] Justiniano (*Novellæ* XXX) sujetó la provincia del conde de Capadocia a la autoridad inmediata del eunuco favorito, quien presidía la recámara sagrada. <<

[1874] *Codex Theodos*., l. VI, tít. XXX, leg. 4, y ss. <<

[1875] Pancirolo, pp. 102, 136. El aspecto de estos militares está descrito en el poema latino de Coripo, *In Laudem Justini*, l. III, 157-179, pp. 419-420 del apéndice de la *Hist. Byzantin. Rom.*, 1777. <<

[1876] Amiano Marcelino, que sirvió tantos años, sólo obtuvo el grado de protector. Los diez primeros de estos distinguidos soldados eran *clarissimi*. <<

[1877] Jenofonte, *Cyropædia*, l. VIII [c. 2, par. 10-11]. Brisson, *De Regno Persico*, l. I, núm. 190, p. 264. Los emperadores adoptaron con placer esta metáfora persa. <<

[1878] En cuanto a los agentes *in Rebus*, véase Amiano, l. XV, c. 3; l. XVI, c. 5; l. XXII, c. 7, con las curiosas anotaciones de Valesio. *Codex Theodos.*, l. VI, tít. XXVII, XXVIII y XXIX. Entre los fragmentos recopilados en el comentario de Godofredo, el más notable es uno de Libanio en su discurso sobre la muerte de Juliano. <<

[1879] Las Pandectas (l. XLVIII, tít. XVIII) contienen las opiniones de los jurisconsultos más célebres sobre el tormento. Éste era reservado sólo para los esclavos; y hasta el mismo Ulpiano confiesa: «Res est fragilis, et periculosa, et quæ veritatem fallat» [23]. <<

[1880] En la conspiración de Pisón contra Nerón, sólo a Epicaris (*libertina mulier*) se le aplicó el tormento; los demás fueron *intacti tormentis*. Citar un ejemplo más débil sería superfluo y el hallar otro más fuerte, difícil. Tácito, *Annal.*, XV, 57. <<

[1881] «Dicendum… de institutis Atheniensium, Rhodiorum, doctissimorum hominum, apud quos etiam (id quod acerbissimum est) liberi, civesque torquentur» (Cicerón, *Partitiones Oratoriæ*, c. 34). Por la prueba de Filotas podemos conocer la práctica de los macedonios (Diodoro de Sicilia, l. XVII

[c. 80], p. 604. Quinto Curcio, l. VI, c. 11). <<

[1882] Heinecio (*Jur. Civ.*, parte VII, p. 81) ha reunido estas exenciones bajo un solo golpe de vista. <<

[1883] Esta definición del sabio Ulpiano (*Pandect.*, l. XLVIII, tít. IV) parece haber sido adaptada a la corte de Caracalla más que a la de Alejandro Severo. Véanse Código Teodosiano y Código Justiniano, *ad leg. Juliam majestatis*. <<

[1884] Arcadio Carisio es el primer abogado citado en las Pandectas que justificó la práctica universal del tormento en todos los casos de traición; pero esta máxima tiránica, que admite Amiano (l. XIX, c. 12) con un terror respetuoso, fue rectificada por varias leyes de los sucesores de Constantino. Véase Código Teodosiano, l. IX, tít. XXXV. «In majestatis crimine omnibus æqua est conditio» [leg. 1]. <<

[1885] Montesquieu, *L'Esprit des Loix*, l. XII. c. 3. <<

[1886] Hume (*Essays*, t. I, p. 389) ha palpado esta importante verdad con alguna perplejidad. <<

[1887] El ciclo de indicciones, que se remonta al reinado de Constancio o quizás al de su padre, se utiliza aún hoy en la corte papal; pero razonablemente el comienzo del año se ha fijado en el primero de enero. Véanse *L'art de vérifier les dates*, p. XI y *Dictionnaire Raisonné de la Diplomatique*, t. II, p. 25; dos esmerados tratados producidos por los benedictinos. <<

[1888] Los veintiocho primeros títulos del libro XI del Código Teodosiano contienen las detalladas regulaciones sobre el importante asunto de los tributos; pero suponen una inteligencia más despejada y unos principios más fundamentales que los que ahora podríamos tener. <<

[1889] El título concerniente a los decuriones (l. XII, tít. I) es el más extenso de todo el Código Teodosiano, pues contiene

ciento noventa y dos leyes diferentes para confirmar los deberes y privilegios de aquella útil clase de ciudadanos. <<

[1890] «Habemus enim et hominum numerum qui delati sunt, et agrorum modum» (Eumenio, en *Panegyr. Vet*. VIII [VII]). Véase *Codex Theodos*., l. XIII, tít. X, XI, con el comentario de Godofredo. <<

[1891] «Siquis sacrilega vitem falce succiderit; aut feracium ramorum fœtus hebetaverit, quo declinet fidem Censuum, et mentiatur callide paupertatis ingenium, mox detectus capitale subibit exitium, et bona ejus in Fisci jura migrabunt» (*Codex Theodos*., l. XIII, tít. XI, leg. 1). Aunque esta ley fue redactada intencionalmente de modo oscuro, es lo bastante clara como para probar la minuciosidad de la información y la desproporción de la pena. <<

[1892] El asombro de Plinio hubiese dejado de existir. «Equidem miror P. R. victis gentibus [in tributo] semper argentum imperitasse, non aurum» (*Nat. Hist*., XXXIII, 15). <<

[1893] Se tomaron algunas precauciones (véase *Codex Theodos*., l. XI, tít. II, y *Codex Justin*., l. X, tít. XXVII, ley. 1, 2 y 3) para impedir que los magistrados abusasen de su autoridad tanto en la exacción como en el suministro de granos; pero sólo quienes hayan tenido bastante instrucción como para leer los discursos de Cicerón contra Verres (III, *De Frumento*) pueden, quizás, enterarse de los variados medios de opresión respecto del peso, precio, calidad y trasporte. La avaricia de un indocto gobernador ocasiona la ignorancia del precepto o precedente. <<

[1894] *Codex Theodos*., l. XI, tít. XXVIII, leg. 2, publicada el 24 de marzo de 395 por el emperador Honorio, dos meses después de la muerte de su padre Teodosio. Él habla de quinientas veintiocho mil cuarenta y dos yugadas romanas. Cada yugada equivalía a veintiocho mil ochocientos pies romanos cuadrados

[2517 m]. <<

[1895] Godofredo arguye (*Codex Theodos*., t. VI, p. 116) con energía y sensatez sobre la capitación; pero mientras explica el *caput* como la tasa de la propiedad, excluye absolutamente la idea de una cotización personal. <<

[1896] «Quid profuerit (*Julianus*) anhelantibus extrema penuria Gallis, hinc maxime claret, quod primitus partes eas ingresus, pro *capitibus* singulis tributi nomine vicenos quinos aureos reperit flagitari; discedens vero septenos tantum, numera universa complentes» (Amiano, l. XVI, c. 5). <<

[1897] En el cálculo de cualquier suma de dinero, durante el reinado de Constantino y sus sucesores, basta con referirnos al excelente discurso de Greaves sobre el denario para probar los siguientes puntos: I) la antigua y moderna libra romana contenía cinco mil doscientos cincuenta y seis granos, es decir que era un doceavo más ligera que la libra inglesa, que se compone de cinco mil setecientos sesenta granos; II) la libra de oro, que había sido dividida en cuarenta y ocho *aurei, se* acuñó entonces en sesenta y dos pequeñas monedas del mismo nombre; III) cinco de estos *aurei* eran la moneda de curso legal para una libra de plata; por consiguiente, la libra de oro se cambiaba por catorce libras y ocho onzas de plata, según el peso romano (trece libras, peso inglés); IV) la libra de plata inglesa está acuñada en sesenta y dos chelines. Según estos datos, podemos computar la libra de oro romana, para calcular grandes sumas, en cuarenta libras esterlinas; y fijar la moneda *aureus* en algo más de once chelines. <<

[1898]

Geryones nos esse puta, monstrumque tributum,

Hic capita ut vivam, tu mihi tolle tria.

(Sidonio Apolinar, Carm. XIII [V, 19]).

Por la reputación del padre Sirmond, esperaba mayor satisfacción de la que he tenido al leer su nota sobre este notable pasaje (p. 144). Las palabras «suo vel *suorum* nomine» revelan la perplejidad del comentador. <<

[1899] Esta aserción, por exagerada que parezca, está fundada en los registros originales de nacimientos, defunciones y casamientos, mandados a hacer por el gobierno y ahora depositados en el *Contrôle Général* en París. Durante cinco años (desde 1770 hasta 1774, inclusive), el cómputo anual de los nacimientos en todo el reino es de cuatrocientos setenta y nueve mil seiscientos cuarenta y nueve niños y cuatrocientas cuarenta y nueve mil doscientas sesenta y nueve niñas, con un total de novecientos veintiocho mil novecientos dieciocho infantes. La provincia francesa de Hainault cuenta nueve mil novecientos seis nacimientos; y por un censo poblacional reciente, repetido anualmente desde 1773 a 1776, sabemos que, según los cálculos, Hainault contiene doscientos cincuenta y siete mil noventa y siete habitantes. Según las reglas de la analogía, podemos inferir que la proporción común de los nacimientos anuales respecto de la población es de uno a veintiséis, y que el reino de Francia contiene veinticuatro millones ciento cincuenta y un mil ochocientas sesenta y ocho personas de ambos sexos y de todas edades. Si nos atenemos a la moderada proporción de uno a veinticinco, la población ascenderá a veintitrés millones doscientas veintidós mil novecientas cincuenta. En vista de las activas pesquisas del gobierno francés (que deberíamos imitar), esperamos tener aún más seguridad sobre este importante asunto. <<

[1900] *Codex Theodos*., l. V, tít. IX, X, XI. *Codex Justin*., l. XI, tít. LXIII. «Coloni appellantur qui conditionem debent genitali solo; propter agriculturam sub dominio possessorum» (san Agustín,

De Civ. Dei, l. x, c. 1). <<

[1901] La antigua jurisdicción de Autun (*Augustodunum*) en Borgoña, la capital de los eduos, comprendía el territorio adyacente de Nevers (*Noviodunum*). Véase D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 491. Ahora, la diócesis de Autun está compuesta por ciento diez parroquias y la de Nevers, por ciento sesenta. Los registros de nacimientos, confeccionados durante once años en cuatrocientas setenta y seis parroquias de la provincia de Borgoña y multiplicados por la moderada proporción de veinticinco (véase Messance, *Recherches sur la Population*, p. 142), nos autorizan para fijar el cálculo en seiscientas cincuenta y seis personas por parroquia, lo que, multiplicado por las setecientas setenta parroquias de la diócesis de Nevers y Autun, da como resultado quinientas cinco mil ciento veinte personas en toda la extensión del territorio que antes había estado en poder de los eduos. <<

[1902] Podemos añadir trescientos un mil setecientos cincuenta habitantes de las diócesis de Châlons (*Cabillonum*) y Maçon (*Matisco*), pues una contenía doscientas parroquias y la otra, doscientas sesenta. Esta adición de territorio puede probarse por medio de fundadas razones: I) Châlons y Maçon indudablemente estaban incluidas en la jurisdicción de los eduos (véase D'Anville, *Notice*, pp. 187 y 443); II) en la *Notitia* de Galia están mencionadas, no como *civitates*, sino como *castra*; III) parecen no haber sido residencia episcopal antes del siglo v y vi. Con todo, hay un pasaje de Eumenio (*Panegyr. Vet*. VIII, 7) que nos impide extender el territorio de los eduos a lo largo de las hermosas riberas del navegable Saona durante el reinado de Constantino. <<

[1903] Eumenio, en *Panegyr. Vet* VIII [VII], II. <<

[1904] El abate Dubos, *Hist. de la Monarchie Françoise*, t. i, p. 121.

<<

[1905] Véase *Codex Theodos.*, l. XIII, tít. I y IV. <<

[1906] Zósimo, l. II [c. 38], p. 115. Parece haber tanta prevención en los ataques de Zósimo como en la estudiada defensa de la memoria de Constantino por el suspicaz Dr. Howell (*Hist. of the World*, t. II, p. 20). <<

[1907] *Codex Theodos.*, l. XI, tít. VII, leg. 3. <<

[1908] Véase Lipsio, *De Magnitudine Romana*, l. II, c. 9. La España Tarraconense agasajó al emperador Claudio con una corona de oro de setecientas libras de peso, y Galia, con otra de novecientas. He seguido la enmienda de Lipsio. <<

[1909] *Codex Theodos.*, l. XII, tít. XIII. Los senadores parecían estar exentos del *aurum coronarium*; pero los *auri oblatio*, que se exigía de ellos, eran precisamente de la misma clase. <<

[1910] En el juicioso consejo a su hijo (Claudiano, *In* IV *Cons. Honorii*, 214, etc.), el gran Teodosio distingue el cargo de un príncipe romano del de un monarca parto. Para el primero se necesitaba virtud, para el otro bastaba el nacimiento. <<

[1911] «On ne se trompera point sur Constantin en croyant tout le mal qu'en dit Eusebe, et tout le bien qu'en dit Zosime». Fleury, *Hist. Ecclés.*, t. III, p. 233. Verdaderamente, Eusebio y Zósimo son los dos extremos de la invectiva y la adulación. Aquellos escritores que han moderado, por su carácter o situación, la influencia de su celo religioso, expresan los matices intermedios. <<

[1912] La descripción de las virtudes de Constantino está sacada en su mayor parte de Eutropio y Víctor el Menor, dos verdaderos paganos que escribieron después de la extinción de su familia. Incluso Zósimo y el *emperador* Juliano reconocen su valor personal y logros militares. <<

[1913] Véase Eutropio X, 6 [4]. «In primo Imperii tempore optimis principibus, ultimo mediis comparandus.» La antigua versión griega de Peanio (ed. Havercamp, p. 697) me hace sospechar que Eutropio escribió originalmente «*vix* mediis»; y que el ofensivo monosílabo fue omitido por la deliberada inadvertencia de los copistas. Aurelio Víctor manifiesta la opinión general con un proverbio vulgar y por cierto oscuro: «*Trachala* decem annis præstantissimus; duodecim sequentibus *latro*; decem novissimis *pupillus* ob immodicas profusiones». <<

[1914] Juliano, *Orat*. I, p. 8, en un discurso adulador pronunciado delante del hijo de Constantino; y *Cæsar*., p. 335. Zósimo [l. II, c. 38], pp. 114-115. Los edificios del Estado en Constantinopla pueden citarse como una prueba eterna e irrecusable de la profusión de su fundador. <<

[1915] El imparcial Amiano merece toda nuestra confianza. «Proximorum fauces aperuit primus omnium Constantinus»; l. 16, c. 8. El mismo Eusebio confiesa el abuso (*De Vita Constant*., l. IV, c. 29 y 54); y algunas leyes imperiales apuntan débilmente el remedio. <<

[1916] Juliano, en *Cæsares*, trata de ridiculizar a su tío. Aunque sospechoso, su testimonio está confirmado por el instruido Spanheim, apoyándose en la autoridad de algunas medallas (véase «Comment.», pp. 156, 299, 397 y 459). Eusebio (*Orat*., c. 5) alega que Constantino se acicalaba para el público, y no para sí mismo. Si esto se admitiera, el presumido nunca necesitaría excusas. <<

[1917] Zósimo [l. II, c. 20] y Zonaras concuerdan en representar a Minervina como la concubina de Constantino; pero Du Cange salva su carácter con galantería reproduciendo un pasaje decisivo de uno de los panegíricos: «Ab ipso fine pueritiæ te matrimonii legibus dedisti». <<

[1918] Du Cange (*Familiæ Byzantinæ*, p. 44) le da, siguiendo a Zonaras, el nombre de Constantino, cosa poco probable, pues ya lo llevaba su hermano mayor. La Crónica Alejandrina menciona el de Hanibaliano, que confirma Tillemont (*Hist. des Empéreurs*, t. IV, p. 527). <<

[1919] San Jerónimo, *Chron*. La pobreza de Lactancio puede achacarse al imponderable desinterés del filósofo o a la vergonzosa insensibilidad de su amo. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. VI, parte I, p. 345. Dupin, *Bibliothèque Ecclés*. tomo I, p. 205. Lardner, *Credibility of the Gospel Hist*., parte II, t. VII, p. 66. <<

[1920] Eusebio, *Hist. Eccl*. I, 10, c. 9. Eutropio (X, 4) lo denomina «egregium virum»; y Juliano (*Orat*. I) alude claramente a las hazañas de Crispo en la guerra civil. Véase Spanheim, «Comment.» p. 92. <<

[1921] Compárese Idacio y la Crónica Alejandrina con Amiano (l. XIV, c. 5). Los dos cronologistas parecen haber fijado con más exactitud el *año* en que Constantino fue nombrado César; pero el historiador que vivía en su corte no debía ignorar el *día* del aniversario. En cuanto al nombramiento del nuevo César para las provincias de la Galia, véase Juliano, *Orat*. I, p. 12; Gofredo, *Chronol. Legum*, p. 26; y Blondel, *De la Primauté de l'Église*, p. 1183. <<

[1922] *Codex Theodos*., l. IX, tít. IV [tít. I, leg. 4]. Gofredo sospechó los secretos motivos de esta ley. *Comment*., t. III, p. 9. <<

[1923] Du Cange, *Fam. Byzant*. p. 28. Tillemont, t. IV, p. 610. <<

[1924] Su nombre era Porfirio Optacio. La fecha de su panegírico, escrito, al gusto de la época, en despreciables acrósticos, está fijada por Escalígero, *Thesaurus Temporum*, p. 250; Tillemont, t. IV, p. 607; y Fabricio, *Bibliotheca Latina*, l. IV, c. 1. <<

[1925] Zósimo, l. II [c. 29], p. 103. Gofredo, *Chronol. Legum*, p. 28. <<

[1926] λκρίτως, *sin juicio*, es la enérgica, pero probablemente justa expresión de Suidas. Aurelio Víctor, que escribió en el reinado siguiente, habla con mucha cautela. «Natu grandior incertum qua causa patris judicio occidisset» [*De Cæsar*. c. 41]. Si consultamos a los siguientes escritores: Eutropio, Víctor el Menor, Orosio, san Jerónimo, Zósimo, Filostorgio y Gregorio de Tours, sus conocimientos parecen aumentar gradualmente a medida que disminuyen sus medios de información, circunstancia muy frecuente en la disquisición histórica. <<

[1927] Amiano (l. XIV, c. 11) usa generalmente la expresión *peremptum*. Codino (p. 34) [p. 63, ed. Bonn] decapita al joven príncipe; pero Sidonio Apolinar (*Ep*. V, 8), quizá por antítesis con el baño *caliente* de Fausta, elige administrarle un trago de *frío* veneno. <<

[1928] «Sorosis filium, commodæ indolis juvenem.» Eutropio X, 6 [4]. ¿No me es lícito conjeturar que Crispo estaba casado con Helena, hija del emperador Licinio, y que, al feliz alumbramiento de la princesa en el año de 322, Constantino concedió un perdón general? Véase Du Cange, *Fam. Byzant*. p. 47, y la ley (l. IX, tít. XXXVII) en el Código Teodosiano, que tanto ha dado que hacer a los intérpretes. Gofredo, t. III, p. 267. <<

[1929] Véase la *Vida de Constantino*, particularmente [Euseb.] l. II, c. 19-20. Doscientos cincuenta años después, Evagrio (l. III, c. 41) deduce del silencio de Eusebio un argumento vano contra la realidad del hecho. <<

[1930] Voltaire, *Histoire de Pierre le Grand*, parte II, c. 10. <<

[1931] Para probar que la estatua había sido erigida por

Constantino y luego ocultada por la mala fe de los arrianos, Codino (p. 34 [p. 63, ed. Bonn]) crea muy fácilmente dos testimonios, Hipólito y el joven Herodoto, a cuyas historias imaginarias apela con una confianza imperturbable. <<

[1932] Zósimo (l. II [c. 29], p. 103) puede considerarse como nuestra guía. La ingenuidad de los modernos, agregada a algunos apuntes de los antiguos, ha ilustrado y mejorado su oscura e imperfecta narración. <<

[1933] Filostorgio, l. II, c. 4. Zósimo (l. II, p. 104 [c. 29] y 116 [c. 39]) le imputa a Constantino la muerte de dos mujeres: la inocente Fausta y una adúltera, que era la madre de sus tres sucesores. Según san Jerónimo, trascurrieron tres o cuatro años entre la muerte de Crispo y la de Fausta. Aurelio Víctor guarda sobre este punto prudente silencio. <<

[1934] Si Fausta fue ejecutada, es razonable creer que el lugar del hecho fueron los aposentos privados de palacio. El orador Crisóstomo satisface su imaginación cuando expone a la emperatriz desnuda en una montaña desierta para que sea devorada por las bestias salvajes. <<

[1935] Juliano, *Orat.* I [p. 9]. Parece considerarla madre de Crispo. Podía tener este título por adopción. Al menos, no era considerada como su enemiga mortal. Juliano compara la suerte de Fausta con la de Parísatis, la reina persa. Un romano se hubiera acordado naturalmente de la segunda Agripina:

Et moi, qui sur le trône ai suivi mes ancêtres:

Moi, fille, femme, sœur, et mère de vos maîtres. <<

[1936] *Monod. in Constantin. Jun.*, c. 4, *ad calcem* Eutropio, ed. Havercamp. El orador la llama la más divina y piadosa de las reinas. <<

[1937] «Interfecit numerosos amicos.» Eutropio X, 6 [4]. <<

[1938] *Saturni aurea sæcula quis requirat?*

Sunt hæc gemmea, sed Neroniana.

Sidonio Apolinar V, 8.

Es algo extraño que estas satíricas líneas se atribuyeran, no a un oscuro libelista o a un patriota ofendido, sino a Ablavio, primer ministro y privado del emperador. Ahora podemos notar que las imprecaciones del pueblo romano eran dictadas por la humanidad tanto como por la superstición. Zósimo, l. II [c. 30], p. 105. <<

[1939] Eusebio, *Orat. in Constant.*, c. 3. Estas fechas son suficientemente correctas como para justificar al orador. <<

[1940] Zósimo, l. II [c. 39], p. 117. En tiempo de los predecesores de Constantino, *Nobilissimus* era un nombre vago, más que un título legal y determinado. <<

[1941] «Adstruunt nummi veteres ac singulares.» Spanheim, *De Usu Numismat.*, dissert. XII, t. II, p. 357. Amiano habla acerca de este rey romano (l. XIV, c. 1, y Valesio, *ad loc.*). El Fragmento Valesiano lo denomina rey de los reyes; y la Crónica Alejandrina (p. 286 [p. 228, ed. Ven.; t. I, p. 532, ed. Bonn]), empleando la voz Ρῆγα, le da el peso de una prueba latina. <<

[1942] Juliano (*Orat.* I, p. 11; *Orat.* II, p. 53) celebra su destreza en los ejercicios militares, y Amiano (l. XXI, c. 16) la consiente. <<

[1943] Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 51. Juliano, *Orat.* I, pp. 11-16, con el elaborado comentario de Spanheim. Libanio, *Orat.* III, p. 109 [ed. París, 1627]. Constantino estudiaba con loable ahínco; pero su imaginación poco despejada le impidió triunfar en el arte de la poesía e incluso en el de la retórica. <<

[1944] Eusebio (l. IV, c. 51-52), con intención de ensalzar la autoridad y gloria de Constantino, afirma que dividió el

Imperio Romano, como un ciudadano podía hacerlo con su patrimonio. En Eutropio, los dos Víctores y el Fragmento Valesiano, puede verse la distribución de las provincias. <<

[1945] Calocero, el desconocido líder de esta rebelión, o más bien tumulto, fue aprehendido y quemado vivo en la plaza del mercado de Tarso, gracias al cuidado de Dalmacio. Véase Aurelio Víctor, la Crónica de san Jerónimo, y las tradiciones dudosas de Teófanes y Cedreno. <<

[1946] Celario recopiló las opiniones de los antiguos sobre la Sarmacia europea y asiática; y D'Anville las aplicó a la geografía moderna con la habilidad y esmero que siempre distinguió a este excelente escritor. <<

[1947] Amiano, l. XVII, c. 12. Los caballos sármatas eran castrados para precaver los maliciosos accidentes que podían suceder por la ruidosa e ingobernable pasión de los machos. <<

[1948] Pausanias, l. I [c. 21, 5], p. 50, ed. Kuhn. El viajero investigador examinó cuidadosamente una coraza sármata que se conservaba en Atenas, en el templo de Esculapio. <<

[1949]

«Aspicis et mitti sub adunco toxica ferro,

Et telum causas mortis habere duas.»

Ovidio, Ep. ex Ponto, l. IV, ep. 7, v. 11.

Véase en *Recherches sur les Américains*, t. II, pp. 236-271, una disertación muy curiosa sobre los dardos envenenados. Comúnmente este veneno se extraía de las plantas; pero el que empleaban los escitas, al parecer, era extraído de las víboras y mezclado con sangre humana. El uso de las armas envenenadas, que se había extendido por ambos mundos, nunca preservó a una tribu salvaje de las armas de un enemigo disciplinado. <<

[1950] Los nueve libros de epístolas poéticas que compuso Ovidio

durante los siete primeros años de su triste destierro, además del mérito de su elegancia, poseen doble valor. Retratan el entendimiento humano bajo circunstancias muy singulares y contienen varias observaciones curiosas que ningún romano, excepto Ovidio, hubiera tenido ocasión de hacer. Todo lo que tienda a ilustrar la historia de los bárbaros ha sido compilado por el esmerado conde Buat. *Hist. ancienne des Peuples de l'Europe*, t. IV, c. XVI, pp. 286-317. <<

[1951] Cuando Plinio publicó su *Historia natural*, en el año 79, los sármatas jaziges habitaban las márgenes del Patiso o Tebisco. Véase l. IV, c. 25. En tiempo de Estrabón y Ovidio, sesenta o setenta años antes, parecen haber habitado más allá de los getas, a lo largo de la costa del Euxino. <<

[1952] «Principes Sarmatarum Jazygum penes quos civitatis regimen (…) plebem quoque et vim equitum, qua sola valent, offerebant.» Tácito, *Hist*. III, 5. Esta oferta se hizo durante la guerra civil entre Vitelio y Vespasiano. <<

[1953] Esta hipótesis de un rey vándalo gobernando a súbditos sármatas concilia precisamente al godo Jornandes con los historiadores griegos y latinos de Constantino. Hay que remarcar que Isidoro, que vivió en España bajo el dominio de los godos, cita como enemigos suyos, no a los vándalos, sino a los sármatas. Véase su Crónica en Grocio [*Hist. Gotthorum*], p. 709. <<

[1954] Quizá necesite de indulgencia por haber usado, sin escrúpulo, de la autoridad de Constantino Porfirogénito en todo lo concerniente a las guerras y negociaciones de los quersonitas. Me consta que fue un griego del siglo X y que sus apuntes históricos son confusos y fabulosos. Pero en esta ocasión, su narración es, en su mayor parte, consistente y probable; y no se hace difícil concebir que un emperador pudiese tener acceso a

algunos archivos secretos que no hubiesen llegado a conocimiento de los historiadores más minuciosos. En cuanto a la situación e historia del Quersoneso, véase Peyssonel, *Des peuples barbares qui ont habité les bords du Danube*, c. XVI, pp. 84-90. <<

[1955] Las guerras godas y sármatas están referidas de un modo tan interrumpido e imperfecto, que me he visto obligado a comparar los siguientes escritores, que se corrigen e ilustran unos a otros. Los que se tomen este trabajo tendrán derecho a criticar mi narración. Amiano, l. XVII, c. 12; *Excerpta Vales.*, p. 715; Eutropio X, 7 [4]; Sexto Rufo, *De Provinciis* c. 26; Juliano, *Orat*. I, p. 9, y Spanheim, «Comment.» p. 94; san Jerónimo, *Chron.*; Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 6; Sócrates, l. I, c. 18; Sozomen, l. I, c. 8; Zósimo, l. II [c. 21], p. 108; Jornandes, *De Reb. Geticis*, c. 22; Isidoro, *Chron.*, p. 709, *apud* Grocio, *Hist. Gotthorum*; Constantino Porfirogénito, *De Administrando Imperio*, c. 53, p. 208, ed. Meursio [p. 144 y ss., ed. París; t. III, p. 244 y ss., ed. Bonn]. <<

[1956] Eusebio (*De Vita Constant.*, l. IV, c. 50) remarca tres circunstancias relativas a los indios: 1) vinieron de las orillas del océano occidental, descripción que podía aplicarse a la costa de China o Coromandel; 2) presentaban vistosos juegos y animales desconocidos; 3) afirmaban que sus reyes habían erigido estatuas para representar la suprema majestad de Constantino. <<

[1957] «Funus relatum in urbem sui nominis, quod sane P. R. ægerrime tulit.» Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 41]. Constantino mandó preparar para sí un magnífico sepulcro en la iglesia de los Santos Apóstoles. Eusebio, l. 4, c. 60. En el libro cuarto de la *Vida de Constantino*, compuesta por Eusebio, se halla la mejor y quizá la única narración de su enfermedad, muerte y funerales. <<

[1958] Eusebio (l. IV, c. 68) termina su narración con esta franca declaración de las tropas, y evita todas las odiosas circunstancias de la siguiente masacre. <<

[1959] Eutropio (X, 9 [5]) retrata el carácter de Dalmacio de manera ventajosa, aunque concisamente: «Dalmatius Cœsar prosperrima indole, neque patruo absimilis, *haud multo* post oppressus est factione militari». Como san Jerónimo y la Crónica Alejandrina mencionan el tercer año del César, que no empezó hasta el 18 o 24 de septiembre de 337, es seguro que estas facciones militares continuaron más de cuatro meses. <<

[1960] He referido esta anécdota singular, apoyado en la autoridad de Filostorgio, l. II, c. 16. Pero si Constancio y sus adherentes usaron semejante pretexto, lo arrojaron con desprecio tan pronto como sirvió a su propósito inmediato. Atanasio (t. I, p. 856) menciona el juramento que exigió Constancio para la seguridad de sus parientes. <<

[1961] «Conjuga sobrinarum diu ignorata, tempore addito percrebuisse.» Tácito, *Annal.* XII, 6, y Lipsio, *ad loc.* La revocación de esta antigua ley y la práctica de quinientos años fueron insuficientes para erradicar el prejuicio de los romanos, que aún consideraban el casamiento de los primos hermanos como una especie de incesto imperfecto (san Agustín, *De Civ. Dei* XV, 16); y Juliano, cuya imaginación estaba llena de superstición y resentimiento, estigmatiza estas alianzas antinaturales entre sus primos con el oprobioso epíteto de γαμῶν τε οὐ γαμῶν (*Orat.* VII, p. 228). Desde entonces, en la jurisprudencia se ha confirmado esta prohibición, sin que haya sido posible introducirla ni en la ley común ni en la civil de Europa. Véase, en cuanto a estos casamientos, Taylor, *Civil Law*, p. 331; Brouwer, *De Jure Connubiorum*, l. II, c. 12; Hericourt, *Des Loix Ecclésiastiques*, parte III, c. 5; Fleury,

Institutions du Droit Canonique, t. I, p. 331, París 1767; y Fra Paolo, *Ist. del Concilio Tridentino*, l. VIII. <<

[1962] Juliano (*Orat. ad S. P. Q. Atheniensem*, p. 270) carga a su primo Constancio con toda la culpa de esta masacre, de la que él mismo se libró con trabajo. Atanasio, quien, por motivos de muy diversa naturaleza, no era menos enemigo de Constancio, confirma esta aserción (t. I, p. 856). Zósimo [II, 40] ratifica esta misma acusación. Pero los tres abreviadores, Eutropio y los Víctores, usan unas expresiones muy terminantes: «sinente potius quam jubente», «incertum quo suasore», «vi militum». <<

[1963] Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 69. Zósimo, l. II [c. 39], p. 117. Idacio, *Chron*. Véanse dos notas de Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 1086-1091. La Crónica Alejandrina es la única que menciona el reinado del hermano mayor en Constantinopla. <<

[1964] Agatias, que vivió en el siglo sexto, es el autor de esta historia (l. IV, p. 135, ed. Louvre [c. 25, p. 262, ed. Bonn]). Sacó esta información de algunos pasajes de las Crónicas Persas, traducidas por el intérprete Sergio durante su embajada en aquella corte. Schickard (*Tarikh*, p. 116) y D'Herbelot (*Bibliothèque Orientale*, p. 763) también mencionan la coronación de la madre de Sapor. <<

[1965] D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 764. <<

[1966] Sexto Rufo (c. 26), quien en esta ocasión es muy pobre autoridad, afirma que los persas solicitaban en vano la paz, y que Constantino se preparaba para marchar contra ellos: con todo, la superioridad del testimonio de Eusebio nos obliga a admitir los preliminares, si no la ratificación, del tratado. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 420. <<

[1967] Juliano, *Orat.* I, p. 20. <<

[1968] Juliano, *Orat.* I, pp. 20-21. Moisés de Korén, l. II, c. 89; l. III, c. 1-9, pp. 226-240. La conformidad entre los apuntes vagos de un orador contemporáneo y la narración detallada de un historiador nacional ilustra al primero y robustece al segundo. Puede también observarse, en favor de Moisés, que el nombre de Antíoco se fundó algunos años antes en un empleo civil de clase inferior. Véase Gofredo, *ad Codex Theod.*, t. VI, p. 350. <<

[1969] Amiano (XIV, 4) da una viva descripción de la vida vagabunda y predadora de los sarracenos, que se extendían desde los confines de Asiria hasta las cataratas del Nilo. En las aventuras de Malco, que san Jerónimo ha narrado de una manera tan entretenida, se ve que el camino real entre Berea y Edesa estaba infestado de estos salteadores. Véase san Jerónimo, t. I, p. 256. <<

[1970] Tomaremos de Eutropio la idea general de la guerra (X, 10 [6]): «A Persis enim multa et gravia perpessus, sæpe captis oppidis, obsessis urbibus, cæsis exercitibus, nullumque ei contra Saporem prosperum prœlium fuit, nisi quod apud Singaram», etc. Confirman esta relación los apuntes de Amiano, Rufo y san Jerónimo. Los dos primeros discursos de Juliano y el tercero de Libanio presentan una pintura más halagüeña; pero la retractación de ambos oradores tras la muerte de Constancio, mientras que nos aclara la verdad, degrada su carácter y el del emperador. El comentario de Spanheim sobre el primer discurso de Juliano es profusamente erudito. Véanse también las juiciosas observaciones de Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 656. <<

[1971] «Acerrima nocturna concertatione pugnatum est, nostrorum copiis ingenti strage confossis.» Amiano XVIII, 5. Véanse también Eutropio X, 10 [6], y Sexto Rufo, c. 27. <<

[1972] Libanio, *Orat.* III, p. 133, con Juliano, *Orat.* I, p. 24, y el

comentario de Spanheim, p. 179. <<

[1973] Véase Juliano, *Orat.* I, p. 27; *Orat.* II, p. 62 y ss., con el comentario de Spanheim (pp. 188-202), que aclara estas circunstancias y fija la época de las tres batallas de Nisibis. También examinó sus fechas Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 668, 671 y 674). Añaden también algo Zósimo, l. III [c. 8], p. 151, y la Crónica Alejandrina, p. 290. <<

[1974] Salustio, Fragmento LXXXIV, ed. Brosses, y Plutarco, *Lucull.* [t. III, p. 184]. Nisibis está reducida ahora a ciento cincuenta casas; las tierras pantanosas producen arroz, y los fértiles campos, hasta Mosul y el Tigris, están cubiertos de ruinas de ciudades y aldeas. Véase Niebuhr, *Voyages*, t. II, pp. 300-309. <<

[1975] Los milagros que Teodoreto (l. II, c. 30) atribuye a san Jaime, obispo de Edesa, fueron hechos, al menos, por una buena causa, la defensa de su país. Se presentó en las murallas bajo la forma del emperador romano, y envió una nube de mosquitos que acometieron las trompas de los elefantes y desconcertaron la hueste del nuevo Senequerib. <<

[1976] Juliano, *Orat.* I, p. 27. Aunque Niebuhr (t. II, p. 307) habla del Migdonio, sobre el cual vio un puente de *doce arcos*, como muy caudaloso, es difícil, sin embargo, entender esta comparación entre un riachuelo y un río poderoso. Hay muchas circunstancias oscuras y casi ininteligibles en la descripción de estas maravillosas obras. <<

[1977] Agradecemos a Zonaras (t. II, l. XIII [c. 7], p. 11 [15]) esta invasión de los masagetas, que es perfectamente acorde a la serie general de acontecimientos que conocíamos a medias por la interrumpida historia de Amiano. <<

[1978] Las causas y sucesos de esta guerra civil están narrados con

mucha vacilación y contradicción. He seguido únicamente a Zonaras y a Víctor el Menor. La oración fúnebre (*ad calcem* Eutropio, ed. Havercamp), pronunciada a la muerte de Constantino, hubiera podido sernos muy útil; pero la prudencia y el mal gusto obligaron al orador a envolverse en una vaga declamación. <<

[1979] «Quarum (*gentium*) obsides pretio quæsitos pueros venustiores, quod cultius habuerat, libidine hujusmodi arsisse *pro certo* habetur» [*De Cæsar*., c. 41]. Si el depravado gusto de Constante no hubiera sido público, Aurelio Víctor, que tenía un empleo considerable en el reinado de su hermano, no lo hubiera afirmado en términos tan positivos. <<

[1980] Juliano, *Orat*. I y II. Zósimo, l. II [c. 42], p. 134. Víctor, *Epitome* [c. 41]. Hay fundados motivos para creer que Magnencio nació en una de las colonias bárbaras que Constantino Cloro estableció en la Galia (véase su *Historia*, t. I, p. 327). Su comportamiento nos recuerda al patriota conde de Leicester, el célebre Simon de Montfort, que pudo persuadir al buen pueblo inglés de que él, francés de nacimiento, había empuñado las armas con intención de librarlos de validos extranjeros. <<

[1981] Esta antigua ciudad floreció una vez bajo el nombre de Ilíberis (Pomponio Mela II, 5). La prodigalidad de Constantino le dio nuevo esplendor y el nombre de su madre. Helena (aún se llama Elna) fue por largo tiempo la residencia de un obispo, que luego se trasladó a Perpiñán, capital del moderno Rosellón. Véanse D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 380; Longuerue, *Description de la France*, p. 223; y la *Marca Hispanica*, l. 1, c. 2. <<

[1982] Zósimo, l. II [c. 42], pp. 119 y 120. Zonaras, t. II, l. XIII [c. 6], p. 13, y los abreviadores. <<

[1983] Eutropio (X, 10 [c. 6]) describe a Vetranio con más temple, y probablemente con más verdad, que ninguno de los Víctores. Vetranio nació de padres desconocidos en las partes más salvajes de la Mesia, y su educación fue tan descuidada que aprendió el alfabeto después de su encumbramiento. <<

[1984] Juliano, en su primer discurso [p. 30 y ss.], describe la conducta dudosa y fluctuante de Vetranio, que Spanheim manifiesta claramente, a la vez que discute la situación y comportamiento de Constantina. <<

[1985] Véase Pedro el Patricio en *Excerpta Legat.*, p. 28 [ed. París.; c. 14, p. 130, ed. Bonn]. <<

[1986] Zonaras, t. II, l. XIII [c. 7], p. 15. La posición de Sárdica, cerca de la ciudad moderna de Sofía, parece más propia para esta entrevista que la de Naiso o Sirmio, donde la colocan san Jerónimo, Sócrates y Sozomen. <<

[1987] Véanse los dos discursos primeros de Juliano, particularmente p. 31; y Zósimo, l. II [c. 44], p. 122. La narración clara del historiador sirve para ilustrar la prolija pero vaga descripción del orador. <<

[1988] Víctor el Menor designa este retiro con la enfática denominación de *voluptarium otium* [*Epitome*, c. 41.]. Sócrates (l. II, c. 28) confirma la correspondencia con el emperador, lo que probaría que Vetranio era verdaderamente *prope ad stultitiam simplicissimus*. <<

[1989] «Eum Constantius (…) fecundiæ vi dejectum Imperio in privatum otium removit. Quæ gloria post natum Imperium soli processit eloquio clementiaque», etc. Aurelio Víctor [*De Cæsar.*, c. 42]. Juliano y Temistio (*Orat.* III y IV) realzan esta victoria con los colores artificiales y llamativos de su retórica. <<

[1990] Busbequio (p. 112) atravesó la baja Hungría y Esclavonia

cuando, por las recíprocas hostilidades de turcos y cristianos, se hallaban casi reducidas a un desierto. Con todo, menciona con admiración la desmesurada fertilidad del terreno; y observa que la altura de la hierba era suficiente para ocultar un carro cargado. Véase *Travels*, de Browne, en la colección de Harris, t. II, p. 762 y ss. <<

[1991] Zósimo nos da una larga relación de la guerra y las negociaciones (l. II [c. 45-54], pp. 123-130). Pero, como no se muestra como soldado ni como político, su narración debe pesarse con mucha atención y cuidado. <<

[1992] Este célebre puente, que está flanqueado de torres y sustentado por grandes pilastras de madera, fue construido, en el año 1566, por el sultán Solimán, para facilitar la marcha de su ejército hacia Hungría. Véanse Browne, *Travels*; y Busching, *System of Geography*, t. II, p. 90. <<

[1993] Esta posición y las evoluciones subsiguientes están clara aunque concisamente descritas por Juliano, *Orat*. I, p. 36. <<

[1994] Sulpicio Severo, l. II, p. 405 [ed. Lugd. Bat. 1647]. El emperador pasó el día orando con Valente, obispo arriano de Mursa, que se había ganado su confianza anunciándole el éxito de la batalla. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 1110) remarca muy apropiadamente el silencio de Juliano con respecto al valor personal de Constancio en la batalla de Mursa. A veces, el silencio de la adulación es igual a la más positiva y auténtica evidencia. <<

[1995] Juliano, *Orat*. I, pp. 36-37; y *Orat*. II, pp. 59-60. Zonaras, t. II, l. XLIII [c. 8], p. 17. Zósimo, l. II [c. 49-52], pp. 130-133. Este último celebra la destreza de un arquero llamado Menelao, que disparaba tres arcos a un tiempo; ventaja que, de acuerdo con su recelo hacia los asuntos militares, contribuyó

materialmente a la victoria de Constancio. <<

[1996] Según Zonaras, Constancio perdió treinta mil hombres de ochenta mil que tenía, y Magnencio veinticuatro mil, de los treinta y seis mil que componían su ejército. Los demás puntos de esta relación parecen probables y auténticos; pero el número del ejército del tirano debe estar equivocado por el autor o por los copistas. Magnencio había reunido a todas las fuerzas de Occidente, romanos y bárbaros, en un cuerpo formidable que no puede computarse en menos de cien mil hombres. Juliano, *Orat*. I, pp. 34-35. <<

[1997] «Ingentes R. I. vires ea dimicatione consumptæ sunt, ad quælibet bella externa idoneæ quæ multum triumphorum possent securitatisque conferre.» Eutropio, X, 13 [6]. Víctor el Menor se expresa del mismo modo. <<

[1998] En esta ocasión debemos preferir el testimonio nada sospechoso de Zósimo y Zonaras a las aduladoras afirmaciones de Juliano. Víctor el Menor describe el carácter de Magnencio con extraña ligereza: «Sermonis acer, animi turmidi, et immodice timidus; artifex tamen ad occultandam audaciæ specie formidenem» [*Epitome*, c. 43]. ¿Su conducta en la batalla de Mursa fue probablemente más natural o más artificiosa? Me inclinaría por lo último. <<

[1999] Juliano, *Orat*. I, pp. 38-39. En este sitio, así como también en *Orat*. II, p. 97, insinúa que el Senado, el pueblo y los soldados de Italia estaban de parte del emperador. <<

[2000] Aurelio Víctor describe de un modo patético la miserable condición de Roma: «Cujus stolidum ingenium adeo P. R. patribusque exitio fuit, uti passim domus, fora, viæ, templaque, cruore, cadaveribusque opplerentur bustorum modo» [*De Cœsar*. c. 42]. Atanasio (t. I, p. 677) deplora la suerte de varias ilustres víctimas, y Juliano (*Orat*. II, p. 58) maldice la crueldad

de Marcelino, el implacable enemigo de la casa de Constantino. <<

[2001] Zósimo, l. II [c. 53], p. 133; [Pseudo Aurelio] Víctor, *Epitome* [c. 42]. Los panegiristas de Constancio, con su candor acostumbrado, se olvidaron de mencionar esta derrota accidental. <<

[2002] Zonaras, t. II, l. XIII [c. 8], p. 17. Juliano, en varios puntos de las dos oraciones, habla de la clemencia de Constancio hacia los rebeldes. <<

[2003] Zósimo, l. II [c. 53], p. 133; Juliano, *Orat*. I, p. 40; *Orat*. II, p. 74. <<

[2004] Amiano XV, 6. Zósimo, l. II [c. 53], p. 133. Juliano (*Orat*. I, p. 40), que se enfurece contra los efectos crueles de la desesperación del tirano, menciona (*Orat*. I, p. 34) los opresivos decretos que fueron dictados por sus necesidades o su avaricia. Sus súbditos fueron obligados a comprar patrimonio real, un tipo de propiedad incierto y peligroso, pues en caso de revolución podía imputárseles como usurpación. <<

[2005] Las medallas de Magnencio celebran las victorias de los *dos* Augustos y del César. El César era otro hermano llamado Desiderio. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 757. <<

[2006] Juliano, *Orat*. I, p. 40; *Orat*. II, p. 74, con Spanheim, p. 263. Sus comentarios ilustran las transacciones de esta guerra civil. Mons Seleuci era un pequeño lugar en los Alpes Cotianos, a pocas millas de Vapincum o Gap, ciudad episcopal del Delfinado. Véase D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 464; y Longuerue, *Description de la France*, p. 327. <<

[2007] Zósimo, l. II [c. 53], p. 134. Libanio, *Orat*. X, pp. 268-269. El último acusa muy vehementemente a Constancio por esta

cruel y ambiciosa política. <<

[2008] Juliano, *Orat*. I, p. 40. Zósimo, l. II [c. 53], p. 134. Sócrates, l. II, c. 32. Sozomen, l. IV, c. 7. Víctor el Menor describe su muerte con horribles circunstancias: «Transfosso latere, ut erat vasti corporis, vulnere naribusque et ore cruorem effundens, exspiravit» [*Epitome*, c. 42]. Si podemos dar crédito a Zonaras, el tirano, antes de morir, tuvo la satisfacción de asesinar por su propia mano a su madre y a su hermano Desiderio. <<

[2009] Juliano (*Orat*. II, pp. 58-59) no sabe determinar si se aplicó a sí mismo el castigo de sus crímenes, si se ahogó en el Drava o si los demonios vengadores lo arrebataron del campo de batalla para conducirlo al lugar de su destino a sufrir eternos tormentos. <<

[2010] Amiano XIV, 5; XXI, 16. <<

[2011] Amiano (l. XIV, c. 6) le imputa a la cruel Semíramis el haber puesto en práctica la castración; se supone que reinó unos mil novecientos años antes de Cristo. Tanto en Asia como en Egipto, el uso de los eunucos es muy antiguo. Los menciona una ley de Moisés, *Deut*. XXIII, 1. Véase Goquet, *Origines des Loix*, parte I, l. I, c. 3. <<

[2012] *Eunuchum dixti velle te;*

Quia solæ utuntur his reginæ.

(Terencio, *Eunuch*, act. I, escena 2.)

Esta comedia está traducida de Menandro, y el original debió aparecer poco después de las conquistas orientales de Alejandro. <<

[2013] *Miles… spadonibus*

Servire rugosis potest.

(Horacio, *Carm*. V, 9 [*Epod*. IX, 13], y Dacier *ad loc*.)

Con la palabra *spado*, los romanos expresan su aborrecimiento por esta clase mutilada. La denominación griega de eunucos, que prevaleció insensiblemente, tenía un sonido más suave y un sentido más ambiguo. <<

[2014] No tenemos más que nombrar a Posides, liberto y eunuco de Claudio, en cuyo favor el emperador prostituyó algunos de los galardones más honrosos concedidos únicamente al valor militar. Véase Suetonio, *Claud*., c. 28. Posides empleó la mayor parte de sus riquezas en edificios.

«Ut *spado* vincebat Capitolia nostra Posides» (Juvenal., *Sat*. XIV [91]). <<

[2015] «Castrari mares vetuit.» Suetonio, *Domitian*., c. 7. Véase Dion Casio, l. LXVII [c. 2], p. 1107; l. LXVIII [c. 2], p. 1119. <<

[2016] En la *Historia Augusta*, p. 137, hay un pasaje, en el que Lampridio, a la vez que elogia a Alejandro Severo y a Constantino porque refrenaron la tiranía de los eunucos, deplora los males que ocasionaron en otros reinados. «Huc accedit quod eunuchos nec in consiliis nec in ministeriis habuit; qui soli principes perdunt, dum eos more gentium aut regum Persarum volunt vivere; qui a populo etiam amicissimum semovent; qui internuntii sunt, aliud quam respondetur [sæpe], referentes; claudentes principem suum, et agentes ante omnia ne quid sciat» [Lampridio, *Alex. Sever*., c. 66]. <<

[2017] Jenofonte (*Cyropæd*., l. VIII, p. 540 [560]) manifiesta las razones que tuvo Ciro para confiar la guardia de su persona a los eunucos. Había observado que la castración en los animales calmaba su intratable fiereza, pero que no disminuía su ánimo; y supuso que aquellos que se hallaban separados del resto del género humano debían mostrarse más adictos a su benefactor. Pero una larga experiencia ha demostrado lo contrario. Existen casos en que los eunucos se han distinguido por su fidelidad,

valor y habilidades; pero si examinamos la historia general de Persia, India y China, hallaremos que el poder de los eunucos acarreó siempre la decadencia y ruina de las dinastías. <<

[2018] Véase Amiano Marcelino, l. XXI, c. 16; l. XXII, c. 4. Todo el contenido de esta historia imparcial justifica las invectivas de Mamertino, de Libanio y del mismo Juliano, quienes infamaron los vicios de la corte de Constancio. <<

[2019] Aurelio Víctor censura la negligencia de su soberano en la elección de los gobernadores de las provincias y los generales de su ejército, terminando su historia con una atrevida observación: que bajo un gobierno débil es más peligroso atacar a los ministros que al mismo monarca. «Uti verum absolvam brevi, ut Imperatore ipso clarius ita apparitorum plerisque magis atrox nihil» [*De Cœsar*., c. 42]. <<

[2020] «Apud quem (si vere dici debeat) multum Constantius potuit» (Amiano, l. XVIII, c. 4). <<

[2021] Gregorio Nacianceno (*Orat*., III, p. 90) reconviene al apóstata por su ingratitud con Marcos, obispo de Aretusa, que contribuyó a salvarle la vida, y sabemos, aunque por una autoridad menos respetable (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 916), que Juliano se ocultó en el santuario de una iglesia. <<

[2022] El relato más exacto de la educación y las peripecias de Juliano se halla en la carta o manifiesto que él mismo dirigió al Senado y Pueblo de Atenas. Libanio (*Orat. Parentalis in Imp. Julian*.), por parte de los paganos, y Sócrates (l. III, c. 1), por la de los cristianos, han conservado varias circunstancias interesantes. <<

[2023] En cuanto a la promoción de Galo, véase a Idacio, Zósimo y los dos Víctor. Según Filostorgio (l. IV, c. 1), Teófilo, obispo

arriano, lo presenció, pues sirvió de garantía de este tratado solemne. Mantuvo su dignidad con firmeza; pero Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 1120) juzga imposible que un hereje sea capaz de tanta virtud. <<

[2024] Al principio, se le permitió a Juliano continuar sus estudios en Constantinopla; pero pronto su reputación excitó los celos de Constancio, y aconsejaron al joven príncipe que se retirase a Bitinia o Jonia. <<

[2025] Véase Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 271. Jerónimo, *Chron*. Aurelio Víctor. Eutropio X, 14 [7]. Copiaré las palabras de Eutropio, que escribió su compendio quince años después de la muerte de Galo, cuando ya no había motivo para adularlo ni tacharlo: «Multis incivilibus gestis Gallus Cœsar […] vir natura ferox et ad tyrannidem pronior, si suo juro imperare licuisset». <<

[2026] «Megæra quædam mortalis, inflammatrix sævientes assidua, humani cruoris avida», etc. Amiano Marcelino, l. XIV, c. 1. La sinceridad de Amiano no le hubiera permitido disfrazar los hechos, pero su afición a los realces ambiciosos lo hacía caer frecuentemente en una vehemencia de expresión nada natural. <<

[2027] Llamábase Clemacio de Alejandría, y su único crimen era haberse negado a satisfacer los deseos amorosos de su suegra, quien, resentida, solicitó su muerte. Amiano, l. XIV, c. 1. <<

[2028] Véase en Amiano (l. XIV, c. 1, 7) el extenso relato de las crueldades de Galo. Su hermano Juliano (p. 272) habla de una conspiración tramada contra él, y Zósimo (l. II, p. 135) nombra las personas comprometidas: un ministro de elevado rango y dos agentes desconocidos que pretendían enriquecerse. <<

[2029] Zonaras, l. XIII, t. II [c. 8], pp. 17-18. Gran número de

legionarios se dejaron seducir por los asesinos, cuyas siniestras intenciones fueron descubiertas por la anciana en cuya choza habitaban. <<

[2030] En el texto actual de Amiano [XIV, 7], leemos «*Asper*, quidem, sed ad *lenitatem* propensior», lo que forma un sentido muy contradictorio. Valesio, con la ayuda de un antiguo manuscrito, rectificó la primera corrupción, que aclara enteramente con la sustitución de la palabra *vafer*. Si cambiamos *lenitatem* por *levitatem*, la alteración de una sola letra hace el pasaje claro y consistente. <<

[2031] En vez de tener que recoger apuntes imperfectos de varios autores, entramos de lleno en la historia de Amiano, y sólo necesitamos referirnos a los capítulos 7 y 9 del libro XIV. Con todo, no debemos despreciar a Filostorgio (l. III, c. 28), aunque sea parcial de Galo. <<

[2032] Se había adelantado a su marido, pero murió de una fiebre en el camino, en un pueblecito de Bitinia, llamado *Cœnum Gallicanum*. <<

[2033] Las legiones tebanas, acuarteladas entonces en Adrianópolis, enviaron una diputación a Galo, ofreciéndole sus servicios (Amiano, l. XIV, c. 11). La *Notitia* (s. 6, 20, 38. ed. Labb.) menciona tres legiones diferentes que se denominaban tebanas. El celo de Voltaire para destruir la despreciable aunque celebrada leyenda lo hizo aventurarse en un terreno resbaladizo, negando la existencia de las legiones tebanas en el ejército romano. Véase *Œuvres de Voltaire*, t. XV, p. 414, edición en cuarto. <<

[2034] Véase la narración completa de la muerte de Galo en Amiano, l. XIV, c. 11. Juliano se queja de que su hermano haya sido ejecutado sin pruebas; trata de justificar, o al menos de

excusar, la cruel venganza que había impuesto a sus enemigos; pero al fin parece confesar que merecía ser despojado de la púrpura. <<

[2035] Filostorgio, l. IV, c. 1. Zonaras, l. XIII, t. II [c. 9], p. 19. El primero era parcial de un monarca arriano, y el último trascribía sin gusto ni criterio todo lo que hallaba en escritos antiguos. <<

[2036] Véase Amiano Marcelino, l. XV, c. 1, 3, 8. El mismo Juliano, en su carta a los atenienses, retrata vivamente su peligro y sentimientos. Con todo, manifiesta una tendencia a exagerar sus padecimientos, insinuando, aunque en términos ambiguos, que duraron un año, período que no puede reconciliarse con la verdad de la cronología. <<

[2037] A partir de los crímenes y desgracias de la familia de Constantino, Juliano escribió una fábula alegórica, que está felizmente concebida y redactada con gusto. Termina la séptima *oratio*, de donde ha sido separada y traducida por el abate de la Bléterie, *Vie de Jovien*, t. II, pp. 385-408. <<

[2038] Era natural de Tesalónica, en Macedonia, de una familia noble, e hija y hermana de cónsules. Su casamiento con el emperador puede fecharse en 352. En una época tan dividida, todos los historiadores le prodigan alabanzas. Véanse los testimonios recopilados por Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 750-754. <<

[2039] Libanio y Gregorio Nacianceno utilizaron toda su elocuencia para presentar a Juliano como el primer héroe o el peor tirano. Gregorio había sido su condiscípulo en Atenas y los síntomas que describe tan trágicamente, de la futura perversidad del apóstata, se reducen a algunas imperfecciones corporales y particularidades en su forma de hablar y en sus costumbres. Sostiene que *entonces* previó y anunció las calamidades de la Iglesia y del Estado (Gregorio Nacianceno, *Orat.* IV, pp. 121-

122). <<

[2040] «Succumbere tot necessitatibus tamque crebris unum se, quod nunquam fecerat, aperte demonstrans» (Amiano, l. XV, c. 8). Luego expresa, con sus propias palabras, las lisonjeras manifestaciones de los cortesanos. <<

[2041] «Tantum a temperatis moribus Juliani differens fratris quantum inter Vespasiani filios fuit, Domitianum et Titum» (Amiano, l. XIV, c. 11). Las circunstancias y la educación de ambos hermanos fueron tan idénticas, que proporcionan el ejemplo de la innata diferencia de caracteres. <<

[2042] Amiano, l. XV, c. 8. Zósimo, l. III [c. 2], pp. 137-138. <<

[2043] Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, pp. 275-276. Libanio, *Orat.* X, p. 268. No cedió Juliano hasta que los dioses manifestaron su voluntad por medio de augurios y repetidas visiones. Entonces su piedad le impidió resistir por más tiempo. <<

[2044] El mismo Juliano (p. 274) refiere con gracia las circunstancias de su metamorfosis, sus miradas fijas en el suelo y su perplejidad al verse trasportado de repente a un mundo nuevo, en que todo le parecía raro y hostil. <<

[2045] Véase Amiano Marcelino, l. XV, c. 8. Zósimo, l. III [c. 2], p. 139. Aurelio Víctor. Víctor el menor, *Epitome* [c. 42]. Eutropio X, 14 [7]. <<

[2046] «Militares omnes horrendo fragore scuta genibus illidentes; quod est prosperitatis indicium plenum; nam contra cum hastis clypei feriuntur, iræ documentum est et doloris […]». Amiano añade con discernimiento: «Eumque ut potiori reverentia servaretur, nec supra modum laudabant nec infra quam decebat» [XV, 8]. <<

[2047] ’Ελλαβε πορύύρεος θάνατος, καὶ

μοῖρακραταιή. La palabra *púrpura*, que Homero usa en sentido vago y como propio para la muerte, la aplicó Juliano para expresar, muy adecuadamente, la naturaleza y el objeto de sus propias concepciones. <<

[2048] Manifiesta del modo más patético (p. 277) su nueva y desgraciada situación. Su mesa era tan abundante y espléndida, que el joven filósofo la desechó con desdén. «Quum legeret libellum assidue, quem Constantius ut privignum ad studia mittens manu sua conscripserat, prælicenter disponens quid in convivio Cœsaris impendi deberet, Phasianum, et vulvam et sumen exigi vetuit et inferri» (Amiano Marcelino, l. XVI, c. 5). <<

[2049] Si recordamos que Constantino, el padre de Helena, murió dieciocho años antes a muy avanzada edad, es probable que la hija, aunque virgen, no pudiera ser muy joven al contraer matrimonio. Poco tiempo después dio a luz un hijo, que murió inmediatamente, «quod obstetrix corrupta mercede, mox natum præsecto plusquam convenerat umbilico necavit». Acompañó al emperador y a la emperatriz en su viaje a Roma, y la última, «quæsitum venenum bibere per fraudem illexit, ut quotiescumque concepisset, immaturum abjiceret partum» (Amiano, l. XVI, c. 10). A nuestros médicos les toca el determinar si existe semejante veneno. Por mi parte, creo que la malignidad pública imputó a Eusebia como crimen los efectos de un accidente natural. <<

[2050] Amiano (XV, 5) se hallaba bien informado de la conducta y suerte de Silvano. Él fue uno de los que acompañaron a Ursicino en su arriesgada empresa. <<

[2051] La visita de Constancio a Roma se halla relatada en Amiano, l. XVI, c. 10. Sólo tenemos que añadir que Temistio fue nombrado diputado por Constantinopla y para esta ceremonia

compuso su cuarta *oratio*. <<

[2052] Hormisdas, príncipe fugitivo de Persia, hizo notar al emperador que si hacía tal caballo, debía pensar en arreglarle un establo apropiado (el Foro de Trajano). Se cita otro dicho de Hormisdas: «Que una sola cosa le había *desagradado*, y era el ver que la gente moría en Roma lo mismo que en cualquiera otra parte». Si leemos el texto de Amiano (*displicuisse* en vez de *placuisse*) puede considerarse como una reprobación de la vanidad romana. El sentido contrario sería el de un misántropo. <<

[2053] Cuando Germánico visitó los antiguos monumentos de Tebas, el sacerdote más anciano le explicó el significado de estos jeroglíficos. Tácito, *Annal.* II, 60. Parece probable que antes de la útil invención del alfabeto, estos signos naturales o arbitrarios fueran los caracteres usuales de la nación egipcia. Véase Warburton, *The Divine legation of Moses*, t. III, pp. 69-243. <<

[2054] Véase Plinio, *Nat. Hist.*, l. XXXVI, c. 14, 15. <<

[2055] Amiano Marcelino, l. XVII, c. 4, nos da una interpretación griega de estos jeroglíficos; su comentador Lindenbrogio añade una inscripción latina, que, en veinte versos del tiempo de Constancio, contiene una breve reseña del obelisco. <<

[2056] Véase Donato, *Roma Vetus ac Recens*, l. III, c. 14; l. IV, c. 12, y la erudita aunque confusa disertación de Bargeo sobre los obeliscos, incluida en el libro IV de Grevio, *Thesaurus Antiquitatum Romanarum*, pp. 1897-1936. Esta disertación está dedicada al papa Sixto V, que erigió el obelisco de Constancio en la plaza delante de la iglesia patriarcal de San Juan de Letrán. <<

[2057] Los sucesos de esta guerra sármata y cuada se hallan en Amiano XVI, 10; XVII, 12-13; XIX, 11. <<

[2058] «Genti Sarmatarum magno decori confidens apud eos regem dedit» (Aurelio Víctor, *De Cæsar.*, c. 42). En un discurso pomposo pronunciado por el mismo Constancio, se explaya sobre sus hechos con mucha vanagloria y alguna verdad. <<

[2059] Amiano XVI, 9. <<

[2060] Amiano (XVII, 5) copia la carta arrogante. Temistio (*Orat.* IV, p. 57, ed. Petavio) da noticia de la cubierta de seda. Idacio y Zonaras mencionan el viaje del embajador; y Pedro el Patricio (en *Excerpta Legat.*, p. 28 [ed. París; c. 15, p. 131, ed. Bonn]) nos informa de su comportamiento conciliador. <<

[2061] Amiano XVII, 5, y Valesio, *ad loc*. El sofista o filósofo (en aquel tiempo estas palabras eran casi sinónimas) era Eustaquio el Capadocio, discípulo de Jámblico, y amigo de san Basilio. Eunapio (*Vita Ædesii*, pp. 44-47) atribuye jocosamente a este embajador filósofo la gloria de embelesar al rey bárbaro con su persuasiva elocuencia. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 828, 1132. <<

[2062] Amiano XVIII, 5,-6 y 8. La respetuosa conducta de Antonino con el general romano lo coloca en una situación muy interesante; y el mismo Amiano habla del traidor con compasión y cariño. <<

[2063] Esta circunstancia, según la cuenta Amiano, prueba la veracidad de Heródoto (l. I, c. 133) y la permanencia de las costumbres persas. Los persas han sido siempre intemperantes, y los vinos de Shiraz han triunfado sobre la ley de Mahoma. Brisson, *De Regno Persico*, l. II, pp. 462-472. Chardin, *Voyage*, t. III, p. 90. <<

[2064] Amiano XVIII, 6-8 y 10. <<

[2065] En cuanto a la descripción de Amida, véase D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 108; Cherefeddin Alí, *Histoire de*

Timur Bec, l. III, c. 41; Ahmed Arabsíades, t. I, p. 331, c. 43; Tavernier, *Voyages*, t. I, p. 301. Otter, *Voyages*, t. II, p. 273; Niebuhr, *Voyages*, t. II, pp. 324-328. El último de estos viajeros, un instruido danés, dibujó un plano de Amida, muy útil para las operaciones del sitio. <<

[2066] Diarbekir, designada por los turcos en sus escritos públicos como Amid o Kara Amid, contiene dieciséis mil casas, y es la residencia de un bajá de tres colas. El adjetivo de *Kara* deriva de la piedra *negra* con que está construido el antiguo muro de Amida. <<

[2067] Amiano (XIX, 1-9) describe minuciosamente el sitio de Amida, en cuya defensa tomó parte, escapando con dificultad cuando los persas la tomaron por asalto. <<

[2068] De estas cuatro naciones, los albaneses son bastante conocidos para requerir una descripción. Los segestanos [*Sacastè, Saint Martin*] ocupaban un país llano y vasto que aún conserva su nombre, al sur de Khorasán y al oeste del Indostán (Véase *Geographia Nubiensis*, p. 133; D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 797). A pesar de la celebrada victoria de Bahram (p. 294), cuarenta años después se presentan los segestanos como nación independiente y aliada de Persia. Ignoramos la situación de los *Vertæ* y de los *Chionites*, pero creo acertado ubicarlos (al menos los últimos) en los confines de la India y Escitia. Véase Amiano XVI, 9. <<

[2069] Amiano marca la cronología de este año con tres hechos, que no están muy acordes entre sí o con la historia. 1) El grano ya estaba maduro cuando Sapor invadió la Mesopotamia, «Cum jam stipula flavente turgerent»; circunstancia, que, en la latitud de Alepo, nos refiere naturalmente a los meses de abril o mayo. Véase Harmer, *Observations on Scripture*, t. I, p. 41. Shaw, *Travels*, p. 335, ed. en cuarto. 2) El avance de Sapor fue

detenido por la crecida del Éufrates, que generalmente acontece en julio y agosto. Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, v. 21. *Viaggi di Pietro della Valle*, t. I, p. 696. 3) Cuando Sapor tomó Amida, tras un sitio de setenta y tres días, el otoño estaba muy adelantado: «Autumno præcipiti hædorumque improbo sidere exorto». Para conciliar estas aparentes contradicciones, hay que conceder algún retraso en el rey persa, descuido en el historiador y desconcierto en las estaciones. <<

[2070] La relación de estos sitios se halla en Amiano XX, 6-7. <<

[2071] Sobre la identidad de *Virtha* y *Tecrit*, véase a D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. II, p. 201. Sobre el sitio del castillo por Timur Bec o Tamerlán, consúltese a Cherefeddin, l. III, c. 33. El biógrafo persa exagera la dificultad y el mérito de esta victoria, que libró a las caravanas de Bagdad de una formidable pandilla de ladrones. <<

[2072] Amiano (XVIII, 5-6; XIX, 3; XX, 2) representa la desgracia y mérito de Ursicino con la lealtad y el aprecio de un soldado para con su general. Puede tachárselo de alguna parcialidad, aunque el relato es probable. <<

[2073] Amiano XX, 11. «Omisso vano incepto, hiematurus Antiochiæ redit in Syriam ærumnosam, perpessus et ulcerum sed et atrocia, diuque deflenda.» De *este* modo restableció Jaime Gronovio un pasaje oscuro; y es del parecer que esta sola corrección merecía que el autor hiciese nueva edición, cuyo sentido es apenas comprensible. Esperaba alguna aclaración de los trabajos recientes del erudito Ernesto. (Lipsiæ, 1773.) <<

[2074] Los estragos de los germanos y la penuria de Galia fueron recopilados por el mismo Juliano. *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 277, Amiano, XV, 11 [8?]; Libanio, *Orat.* X, Zósimo, l. III [c. 3], p. 140; Sozomen, l. III, c. 1 [Mamertino, *Gratiarum Actio*, c.

IV]. <<

[2075] Amiano (XVI, 8). Parece que este nombre se deriva de los *Toxandri* de Plinio, como sucede a menudo en las historias de la Edad Media. Toxandria era un país cubierto de bosques y pantanos, que se extendía desde las cercanías de Tongres hasta las confluencias del Vahal y del Rin. Véase Valesio, *Notitia Galliarum*, p. 558. <<

[2076] La paradoja de P. Daniel, en que dice que los francos nunca estuvieron asentados en las orillas del Rin antes del tiempo de Clodoveo, la refuta Biet con erudición, probando hasta la evidencia su ininterrumpida posesión de Toxandria ciento treinta años antes del ascenso de Clodoveo. La disertación de Biet fue premiada por la Academia de Soissons, en 1736, y preferida al discurso de su célebre competidor, el abate Le Bœuf, un anticuario cuyo nombre graciosamente da a conocer su erudición. <<

[2077] La vida privada de Juliano en Galia y la severa disciplina que adoptó son retratadas vivamente por Amiano (XVI, 5), quien es propenso a ensalzar, y el mismo Juliano, que aparenta ridiculizar una conducta (*Misopogon*, p. 340) que, en un príncipe de la familia de Constantino, podía excitar la extrañeza del género humano. <<

[2078] «Aderat Latine quoque disserendi sufficiens sermo» (Amiano XVI, 5). Educado en las escuelas de Grecia, Juliano miró siempre el idioma de los romanos como un dialecto extranjero y popular de que podía echar mano en caso necesario. <<

[2079] Ignoramos el paradero de este excelente ministro, a quien Juliano después nombró prefecto de Galia. El celoso emperador volvió a llamar a Salustio a su lado; y aun podemos leer un discurso sentimental, aunque pedante (pp. 240-252), en el que

Juliano deplora la pérdida de tan apreciable amigo, y a quien se confiesa deudor de su reputación. Véase abate de la Bléterie, *Vie de Jovien*, Préface, p. 20. <<

[2080] Amiano (XVI, 2-3) parece mucho más satisfecho del éxito de su primera campaña que el mismo Juliano, quien confiesa francamente que nada hizo de provecho y que huyó ante el enemigo. <<

[2081] Amiano XVI, 7. Libanio describe más ventajosamente el talento militar de Marcelo, *Orat*. X, p. 272. Y Juliano insinúa que no se lo hubiera llamado tan fácilmente, a no ser que hubiese dado a la corte otros motivos de queja, p. 278. <<

[2082] «Severus, non discors, non arrogans, sed longa militiæ frugalitate compertus; et cum recta præeuntem secuturus, ut ductorem morigerus miles.» Amiano XVI, 11. Zósimo, l. III [c. 2], p. 140. <<

[2083] En cuanto a la cooperación y abandono entre Juliano y Barbatio, véase Amiano (XVI, 11), y Libanio, *Orat*. X, p. 273. <<

[2084] Amiano (XVI, 12), con su inflamada elocuencia, describe la figura y el carácter de Chnodomarius: «Audax et fidens ingenti robore lacertorum, ubi ardor proelii sperabatur immanis, equo spumante sublimior, erectus in jaculum formidandæ vastitatis, armorumque nitore conspicuus: antea strenuus et miles, et utilis præter cæteros ductor [...] Decentium Cœsarem superavit æquo Marte congressus». <<

[2085] Juliano, tras la batalla, trató de restablecer la antigua disciplina, exponiendo al escarnio del campamento a los fugitivos en traje femenino. En la campaña siguiente estas tropas recobraron completamente su honor. Zósimo, l. III [c. 3], p. 142. <<

[2086] Juliano mismo (*Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 279) describe la batalla de Estrasburgo con la modestia propia del verdadero mérito: ἐμαχεσάμην οὐκ ἀκλεῶς,ἴσως καὶ εἰς ὑμᾶς ἀφίκετο ἡ τοιαύτη μάχη. Zósimo la compara con la victoria alcanzada por Alejandro sobre Darío; no obstante, no podemos descubrir ninguno de aquellos arranques de genio militar en que el éxito de un solo día basta para fijar la atención de las naciones. <<

[2087] Amiano XVI, 12. Libanio añade dos mil al número de muertos (*Orat*. X, p. 274). Pero estas pequeñas diferencias desaparecen ante los sesenta mil bárbaros que sacrifica Zósimo a la gloria de su héroe (l. III [c. 3], p. 141). Podríamos atribuir este número disparatado al descuido de los copistas, si este historiador crédulo o parcial no hubiese aumentado el ejército de treinta y cinco mil alamanes a innumerable multitud de bárbaros: πλῆθος ἄπειρον βαρβάρων. No es culpa nuestra si este descubrimiento nos inspira desconfianza en ocasiones similares. <<

[2088] Amiano XVI, 12. Libanio, *Orat*. X, p. 276. <<

[2089] Libanio (*Orat*. III, p. 137) retrata vivamente las costumbres de los francos. <<

[2090] Amiano XVII, 2. Libanio, *Orat*. X, p. 278. Equivocando el orador griego un pasaje de Juliano, dice que los francos eran mil hombres; y, como su imaginación estaba siempre preocupada con la guerra del Peloponeso, los compara con los lacedemonios que fueron sitiados y hechos prisioneros en la isla de Esfacteria. <<

[2091] Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 280. Libanio, *Orat*. X, p. 278. Según la expresión de Libanio, el emperador δῶρα ὠνόμαζε, que el abate de la Bléterie entiende (*Vie de Julien*, p. 118) como una franca confesión y Valesio (*ad* Amiano XVII, 2),

como un medio de evadir la verdad. Dom Bouquet (*Historiens de France*, t. 1, p. 733), sustituyendo otra palabra ἐνόμισε, quiere salvar el tropiezo variando enteramente el sentido de este pasaje. <<

[2092] Amiano XVII, 8; Zósimo, l. III [c. 4], pp. 146-150 (su narración queda oscurecida por una mezcla fabulosa); Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 280. Su expresión: ὑπεδεξάμην μὲν μοῖραν τοῦ Σαλίων ἔθνους, Χαμάβους δὲ ἐξήλασα. Este tratamiento diferente confirma la opinión de que les fue permitido a los salios francos conservar los establecimientos en Toxandria. <<

[2093] Zósimo compendió esta interesante historia, que Eunapio refiere (en *Excerpta Legationum*, pp. 15-17 [ed. París; p. 11 y ss., ed. Ven.; c. I, p. 41 y ss., ed. Bonn]) con todas las amplificaciones de la retórica griega; pero el silencio de Libanio, de Amiano y del mismo Juliano hace sospechoso este relato. <<

[2094] Libanio, el amigo de Juliano, insinúa claramente (*Orat.* IV, p. 178) que su héroe compuso la historia de sus campañas galas. Pero Zósimo (l. III [c. 2], p. 140) ha basado su historia únicamente en las *orationes* (λόγοι) y cartas de Juliano. El discurso dirigido a los atenienses contiene una esmerada descripción de la guerra contra los germanos. <<

[2095] Véase Amiano XVII, l, 10; XVIII, 2; Zósimo, l. III, p. 144; Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 280. <<

[2096] Amiano, XVIII, 2. Libanio, *Orat.* X, pp. 279-280. Cuatro de estos siete puntos son hoy día de alguna consideración: Bingen, Andernach, Bonn y Nuyss. Los otros tres, Tricesimæ, Quadriburgium y Castra Herculis o Heraclea, ya no existen; pero hay fundados motivos para creer que en el lugar de Quadriburgium construyeron los holandeses el fuerte de Schenk, nombre que ofende a la delicadeza de Boileau. Véase

D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 183; Boileau, *Épitre* IV, y las notas. <<

[2097] Podemos dar crédito a la exacta relación de Juliano sobre esta transacción, *Orat. ad S. P. Q. Athen*., p. 279 y ss. Zósimo (l. III [c. 5], p. 145) añade doscientos buques. Si computamos los seiscientos buques de grano que cita Juliano con capacidad para setenta toneladas cada uno, podían exportar ciento veinte mil cuartos [1 524 072 toneladas] (véase Arbuthnot, *Weights and Measures*, p. 237), y debe estar muy adelantada la agricultura de un país que soporte tan importante exportación. <<

[2098] Las tropas se amotinaron poco antes del segundo paso del Rin. Amiano XVII, 9. <<

[2099] Amiano XVI, 5; XVIII, 1. Mamertino en *Panegyr. Vet*. XI, 4. <<

[2100] Amiano XVII, 3. Juliano, *Ep*. XV, ed. Spanheim. Semejante conducta justifica los encomios de Mamertino: «Ita illi anni spatia divisa sunt, ut aut Barbaros domitet, aut civibus jura restituat; perpetuum professus, aut contra hostem, aut contra vitia, certamen». <<

[2101] Libanio, *Orat. Parentalis in Imp. Julian*., c. 38, en Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, pp. 263-264. <<

[2102] Véase Juliano, *Misopogon*, pp. 340-341. El estado primitivo de París está descrito por Enrique Valesio (*ad* Amiano XX, 4), su hermano Adriano Valesio, o de Valois, y D'Anville (en sus respectivas obras sobre la antigua Galia), el abate de Longuerue (*Description de la France*, t. I, pp. 12-13, y Bonamy (en *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XV, pp. 656-691). <<

[2103] Τὴν Φίλην Λευκετίαν. Juliano, *Misopogon*, p. 340. Leucetia, o Lutecia, era el antiguo nombre de la ciudad, que, según la costumbre del siglo IV, tomaba la denominación

territorial de *Parisii*. <<

[2104] Juliano, *Misopogon*, pp. 359-360. <<

[2105] La fecha de las *Divinæ Institutiones* de Lactancio ha sido cuidadosamente discutida; se han suscitado dificultades y se han propuesto soluciones; y se ha supuesto la existencia de dos ediciones *originales*: la primera, publicada durante la persecución de Diocleciano; la segunda, bajo la de Licinio. Véanse Dufresnoy, «Præfat.», p. V; Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. VI, pp. 465-470; Lardner, *Credibility of the Gospel Hist*., parte II, t. VII, pp. 78-86. Por mi parte, estoy *casi* convencido de que Lactancio dedicó sus *Divinæ Institutiones* al soberano de Galia en tiempos en que Galerio, Maximino e, incluso, Licinio persiguieron a los cristianos, es decir, entre los años 306 y 311. <<

[2106] Lactancio, *Divinæ Institut*. I, 1; VII, 26. El primero y más importante de estos pasajes no existe en veintiocho manuscritos, pero se halla en diecinueve. Si examinamos y comparamos con atención el valor de estos manuscritos, uno que tiene novecientos años de antigüedad —que se encuentra en la biblioteca real de Francia— contiene el pasaje; pero se omite en el correcto manuscrito de Bolonia, que Bernard de Montfaucon atribuye al siglo VI o al VII (*Diarium Italicum*, p. 409). El gusto de la mayoría de los editores (excepto Iseo, véase Lactancio, ed. Dufresnoy, t. I, p. 596) ha reconocido la pureza del estilo de Lactancio. <<

[2107] Eusebio, *De Vita Constant*., l. I, c. 27-32. <<

[2108] Zósimo, l. II [c. 29], p. 104. <<

[2109] Este rito *siempre* se practicó en la conversión de un catecúmeno (véanse Bingham, *Christian Antiquities*, l. X, c. I, p. 419, y Chardon, *Hist. des Sacremens*, t. 1, p. 62), y Constantino lo recibió por *primera* vez (Eusebio, *De Vita Constant*., l. IV, c.

61) inmediatamente antes de su bautismo y muerte. De la conexión de estos dos hechos, Valesio (*ad loc*. Eusebio) ha llegado a una conclusión que es admitida a regañadientes por Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 628) y rechazada con débiles argumentos por Mosheim (p. 968). <<

[2110] Eusebio, *De Vita Constant*., l. IV, c. 61-63. La leyenda del bautismo de Constantino en Roma trece años antes de su muerte fue apropiadamente inventada en el siglo VIII a causa de su *donación*. Tal ha sido el progreso gradual de la inteligencia, que una historia que el cardenal Baronio (*Annal. Eccl*., A. D. 324, núm. 43-49) declaró imposible de defender ahora es sostenida débilmente, incluso en el ámbito del Vaticano. Véase *Antiquitates Christianæ*, t. II, p. 232, obra publicada en Roma con seis aprobaciones, en el año 1751, por el padre Mamachi, un sabio dominico. <<

[2111] El cuestor o secretario que compuso la ley del Código Teodosiano le hace decir a su monarca, con indiferencia, «hominibus supra dictæ religionis» (l. XVI, tít. II, leg. 1). Al ministro de asuntos eclesiásticos se le permitió un estilo más devoto y respetuoso: «τῆς ἐνθέσμου καὶ ἁγιωτάτῆς καθολικῆς θρησκείας» («el legal, santísimo y católico culto»). Véase Eusebio, *Hist. Eccl*., l. X, c. 6. <<

[2112] *Codex Theodos*., l. II, tít. VIII, leg. 1. *Codex Justin*., l. III, tít. XII, leg. 3. Constantino llama al día del Señor *dies solis*, nombre que no podía ofender los oídos de sus súbditos paganos. <<

[2113] *Codex Theodos*., l. XVI, tít. X, leg. 1. Godofredo (t. VI, p. 257), en carácter de comentador, procura disculpar a Constantino; pero el celoso Baronio (*Annal. Eccl*., A. D. 321, n.º 18) censura su profana conducta con verdad y aspereza. <<

[2114] Teodoreto (l. I, c. 18) parece insinuar que Helena dio a su

hijo una educación cristiana; pero la superior autoridad de Eusebio (*De Vita Constant.*, l. III, c. 47) nos asegura que ella debía a Constantino su conocimiento del cristianismo. <<

[2115] Véanse las medallas de Constantino en Ducange y Banduri. Como las ciudades que habían conservado el privilegio de acuñar moneda eran pocas, casi todas las medallas de aquel tiempo salieron de la ceca imperial. <<

[2116] El panegírico de Eumenio (VII [VI], en *Panegyr. Vet.*), pronunciado pocos meses antes de la guerra de Italia, menciona, con evidencia innegable, la superstición pagana de Constantino y su particular veneración a Apolo o al Sol; Juliano (*Orat.* VII, p. 228, ἀπολείπων σέ) hace alusión a ello. Véase Spanheim, *Les Césars de Julien*, «Comment.», p. 317. <<

[2117] Constantino, *Orat. ad Cœtum Sanctorum*, c. 25. Sin embargo, fácilmente se podría demostrar que el traductor griego ha perfeccionado el sentido del original latino: el anciano emperador pudo haber recordado la persecución de Diocleciano con más horror que el que efectivamente había sentido en los días de su juventud y paganismo. <<

[2118] Véanse Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. VIII, 13; l. IX, 9, y *De Vita Constant.*, l. I, c. 16-17; Lactancio, *Divinæ Institut.* I, 1; Cecilio, *De Mort. Persecut.*, c. 25. <<

[2119] Cecilio (*De Mort. Persecut.*, c. 48) ha seguido el original latino y Eusebio (*Hist. Eccl.*, l. X, c. 5) ha dado una traducción griega de este edicto perdurable, que hace referencia a algún reglamento provisional. <<

[2120] Un panegírico de Constantino, pronunciado siete u ocho meses después del Edicto de Milán (véanse Godofredo, *Chronol. Legum*, p. 7, y Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 246), usa la siguiente y reparable expresión: «Summe rerum sator, cujus

tot nomina sunt, quot linguas gentium esse voluisti, quem enim te ipse dici velis scire non possumus» (*Panegyr. Vet*., IX [VIII], 26). Al explicar el avance de Constantino en la fe, Mosheim (p. 971 y ss.) se muestra ingenioso, sutil y prolijo. <<

[2121] Véase la elegante descripción de Lactancio (*Divinæ Institut*. V, 8), quien es mucho más terminante y perspicaz de lo que corresponde a un discreto profeta. <<

[2122] El sistema político de los cristianos se halla explicado por Grocio, *De Jure Belli et Pacis*, l. I, c. 3, 4. Grocio era un republicano exiliado, pero la benignidad de su carácter le permitió respaldar a las autoridades establecidas. <<

[2123] Tertuliano, *Apologet*., c. 32 y 34-36. «Tamen nunquam Albiniani, nec Nigriani vel Cassiani inveniri potuerunt Christiani» (*Ad Scapulam*, c. 2). Si esta aserción es indudable, los cristianos de aquella época estaban excluidos de todo empleo civil y militar que los obligase a tomar una parte activa en el servicio de sus respectivos gobernadores. Véase Moyle, *Works*, t. II, p. 349. <<

[2124] Véanse al artificioso Bossuet, *Hist. des Variations des Églises Protestantes*, t. III, pp. 210-258, y al malicioso Bayle, t. II, p. 620. *Menciono* a Bayle porque sin dudas fue el autor de los *Avis aux Réfugiés* (consúltese el *Dictionnaire Critique de Chauffepié*, t. I, parte II, p. 145). <<

[2125] Buchanan es el primero o, al menos, el más elogiado de los reformistas que han justificado la teoría de la resistencia. Véase su diálogo *De Jure Regni apud Scotos*, t. II, pp. 28 y 30, edición en folio Ruddiman. <<

[2126] Lactancio, *Divinæ Institut*., I 1. Eusebio, en su *Historia*, en su *Vida de Constantino* y en su *Oratio*, refiere repetidas veces el derecho divino de Constantino al Imperio. <<

[2127] El conocimiento imperfecto que tenemos de la persecución de Licinio lo deducimos de Eusebio (*Hist. Eccl.*, l. X, c. 8; *De Vita Constant.*, l. I, c. 49-56; l. II, c. 1, 2). Aurelio Víctor menciona su crueldad en términos generales. <<

[2128] Eusebio, *De Vita Constant.*, l. II, c. 24-42, 48-60. <<

[2129] A comienzos del último siglo, los papistas de Inglaterra sólo conformaban una *trigésima* parte de su población; los protestantes de Francia, una *decimoquinta*; y el espíritu y el poder de ambos fueron objeto de recelos y zozobras constantes. Véanse los relatos que Bentivoglio —que entonces era nuncio en Bruselas y, después, cardenal— transmitió a la corte de Roma (*Relazione*, t. II, pp. 211-241). Bentivoglio era curioso, bien informado, pero un tanto parcial. <<

[2130] La indiferencia de los germanos se presenta, casi de igual modo, en la historia de la conversión de cada una de sus tribus. Las legiones de Constantino fueron alistadas con germanos (Zósimo, l. II [c. 15], p. 86); incluso la corte de su padre se llenó de cristianos. Véase el libro I de la *Vida de Constantino* compuesta por Eusebio. <<

[2131] «De his qui arma projiciunt in *pace*, placuit eos abstinere a communione» (Concilio de Arles, canon III). Los mejores críticos usan estas palabras para referirse a la *paz de la Iglesia*. <<

[2132] Eusebio considera la segunda guerra civil contra Licinio como una cruzada religiosa. Obedeciendo a la invitación del tirano, algunos oficiales cristianos volvieron a ocupar sus zonas o, en otras palabras, retomaron el servicio militar. Esta conducta fue luego censurada por el canon XII del Concilio de Nicea, si puede admitirse esta particular aplicación en vez del sentido vago y general de los intérpretes griegos Balsamon, Zonaras y Alejo Aristeno. Véase Beveridge, *Pandect. Eccl. Græc.*, t. I, p. 72;

t. II, p. 78; anotación. <<

[2133] «Nomen ipsum *crucis* absit non modo a corpore civium Romanorum, sed etiam a cogitatione, oculis, auribus» (Cicerón, *Pro Rabirio*, c. 5). Los escritores cristianos san Justino mártir, Minucio Félix, Tertuliano, san Jerónimo y Máximo de Turín han investigado, con igual éxito, la figura de la cruz o su semejanza en casi todos los objetos de la naturaleza y del arte: en la intersección del meridiano y el Ecuador, en las facciones humanas, en un ave volando, un hombre nadando, un árbol, un bauprés, un arado, un *estandarte*, etcétera. Véase Lipsio, *De Cruce*, l. I, c. 9. <<

[2134] Véase Aurelio Víctor [*De Cœsar.*, c. 41], que considera esta ley como ejemplo de la piedad de Constantino. Un edicto tan honorífico hacia el cristianismo merece un lugar en el Código Teodosiano, en vez de una mención indirecta, como parece resultar de la comparación de los títulos XV y XVIII del libro IX. <<

[2135] Eusebio, *De Vita Constant.*, l. I, c. 40. Esta estatua —por lo menos, la cruz e inscripción— puede atribuirse con mayor certeza a la segunda o tercera visita de Constantino a Roma. Inmediatamente después de la derrota de Majencio, los ánimos del Senado y del pueblo apenas estaban preparados para este monumento público. <<

[2136]

Agnoscas, regina, libens mea signa necesse est;
In quibus effigies crucis aut gemmata refulget
Aut longis solido ex auro prœfertur in hastis.
Hoc signo invictus, transmissis Alpibus ultor
Servitium solvit miserabile Constantinus

....

Christus purpureum gemmanti textus in auro
Signabat Labarum, clipeorum insignia Christus
Scripserat; ardebat summis crux addita cristis.
(Prudencio, Contra Orationem Symmachi, l. I, 464, 486.) <<

[2137] La derivación y el significado de la palabra *labarum o laborum* —usada por Gregorio Nacianceno, Ambrosio, Prudencio, etc.— actualmente se ignoran, a pesar de las investigaciones etimológicas sobre esta voz en las lenguas latina, griega, española, celta, teutónica, ilírica, armenia, etc. Véanse Du Cange, *Glossarium ad Scriptores mediæ et infimæ Latinitatis*, sobre la voz *labarum*, y los Comentarios de Godofredo al Código Teodosiano, t. II, p. 143. <<

[2138] Eusebio, *De Vita Constant*., l. I, c. 30, 31. Baronio (*Annal. Eccl*., A. D. 312, n.º 26) ha descrito una representación del lábaro. <<

[2139] «Transversa X litera, summo, capite circumflexo, Christum in scutis notat» (Cecilio [véase nota 40], *De Mort. Persecut*., c. 44). Cuper (*ad De Mort. Persecut*., en su edición de Lactancio, t. II, p. 500) y Baronio (A. D. 312, núm. 25) han grabado varios pictogramas —de los que damos las dos muestras siguientes—: , copiados de antiguos monumentos y que se usaron muchísimo en el mundo cristiano. <<

[2140] Eusebio, *De Vita Constant*., l. II, c. 7-9. Este autor parece indicar en su narración que el lábaro fue introducido antes de la expedición italiana, aunque no fue expuesto a la cabeza de un ejército hasta que Constantino, luego de diez años, se declaró enemigo de Licinio y libertador de la Iglesia. <<

[2141] Véanse *Codex Theodos*., l. VI, tít. XXV; Sozomen, l. I, c. 2 [c. 4]; Teófanes, *Chronographia*, p. 11. Teófanes vivió a fines del siglo VIII, casi quinientos años después de Constantino. Los

modernos griegos no solían desplegar en el campo el estandarte del Imperio y del cristianismo y, aunque contaban con la esperanza supersticiosa de su *defensa*, la promesa de la *victoria* podría haber parecido una ficción demasiado atrevida. <<

[2142] El abate du Voisin (p. 103 y ss.) menciona varias de estas medallas y hace referencia a una particular disertación sobre este tema de un jesuita, el Padre de Grainville. <<

[2143] Tertuliano, *De Corona*, c. 3. Atanasio, t. I, p. 101 [p. 89, ed. Benedict. 1698; *De Incarnatione Verbi Dei*, c. 48]. El docto jesuita Petavio (*Dogmata Theolog.*, l. XV, c. 9-10) ha reunido muchos pasajes similares sobre las virtudes de la cruz, que, en el último siglo, constituyeron un gran obstáculo para los protestantes. <<

[2144] Cecilio, *De Mort. Persecut.*, c. 44. Es cierto que esta declamación histórica fue compuesta y publicada mientras que Licinio, soberano de Oriente, aún conservaba la amistad de Constantino y de los cristianos. Todo lector de buen gusto percibirá que el estilo es muy diferente e inferior al de Lactancio; éste es ciertamente el juicio de Le Clerc (*Bibliothèque Ancienne et Moderne*, t. III, p. 438) y de Lardner (*Credibility of the Gospel Hist.*, parte II, vol. VII, p. 94). Tres argumentos, referidos al título del libro y a la autoría de Donato o Cecilio, fueron producidos por los defensores de Lactancio (véase Lestocq, t. II, pp. 46-60). Estas pruebas individualmente son débiles y defectuosas, pero en conjunto adquieren gran peso. He vacilado mucho, pero seguiré *dócilmente* el manuscrito de Colbert considerando como autor —sea quien fuere— a Cecilio. <<

[2145] Cecilio, *De Mort. Persecut.*, c. 46. Parece que alguna razón hay en la observación de Voltaire (*Œuvres*, t. XIV, p. 307), que atribuye el éxito de Constantino a la superior notoriedad de su

lábaro sobre el ángel de Licinio. No obstante, este ángel es favorablemente admitido por Pagi, Tillemont, Fleury, etc., quienes se complacen en aumentar su provisión de milagros. <<

[2146] Además de estos conocidos ejemplos, Tolio (prefacio a la traducción de Longino por Boileau) ha descubierto una visión de Antígono, quien aseguró a sus tropas que había visto un pentágono (símbolo de la seguridad) con estas palabras: «Por esto vencerás». Sin embargo, inexcusablemente, Tolio ha omitido el origen de su fuente, y su estilo, tanto literario como moral, no está libre de reproches (véase Chauffepié, *Dictionnaire Critique*, t. IV, p. 460). Sin insistir sobre el silencio de Diodoro, Plutarco, Justino, etc., puede observarse que Polieno, en un capítulo aparte (l. IV, c. 6), ha reunido diecinueve estratagemas militares de Antígono e ignora esta singular visión. <<

[2147] «Instinctu Divinitatis, mentis magnitudine.» La inscripción sobre el arco triunfal de Constantino, que ha sido copiada por Baronio, Gruter, etc., puede aún ser leída por el viajero curioso. <<

[2148] «Habes profecto aliquid cum illa mente Divina secretum; quæ delegata nostra Diis Minoribus cura uni se tibi dignatur ostendere» (*Panegyr. Vet*. IX [VIII], 2). <<

[2149] Freret (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. IV, pp. 411-437) explica muchos de los prodigios de la Antigüedad a partir de causas físicas; y Fabricio, engañado por ambos bandos, procura en vano introducir la cruz celestial de Constantino entre los halos solares (*Bibliotheca Græca*, t. VI, pp. 8-29). <<

[2150] Nazario, *inter Panegyr. Vet*. X [IX], 14-15. No es necesario nombrar a los modernos, cuyo voraz apetito ha tragado hasta el cebo pagano de Nazario. <<

[2151] Las apariciones de Castor y Pólux, particularmente para

anunciar la victoria de Macedonia, se hallan atestiguadas por historiadores y monumentos públicos. Véanse Cicerón, *De Natura Deorum* II, 2; III, 5-6; Floro II, 12; Valerio Máximo, l. I, c. 8, n.° 1. Sin embargo, el más reciente de estos milagros se halla omitido e indirectamente negado por Livio (XLV, 1). <<

[2152] Eusebio, [*De Vita Constant.*], l. I, c. 28-30. Los que abogan por el milagro, aunque no estén absolutamente convencidos, sienten en extremo el silencio del mismo Eusebio en su *Historia eclesiástica*. <<

[2153] La narración de Constantino parece indicar que vio la cruz en el cielo antes de atravesar los Alpes contra Majencio. La escena se ha fijado, por efecto de una vanidad provinciana, en Tréveris, Besanzón, etc. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 573. <<

[2154] El piadoso Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. VII, p. 1317) rechaza con un suspiro el útil testimonio de Artemio, veterano y mártir, quien corrobora como testigo ocular la visión de Constantino. <<

[2155] Gelasio de Cízico, en *Acta Concil. Nicen.*, l. I, c. 4. <<

[2156] Los que abogan por la visión no pueden dar cuenta de un solo testimonio de los Padres de los siglos IV y V, que en sus voluminosos escritos celebran repetidamente el triunfo de la Iglesia y de Constantino. Como a estos hombres venerables no les disgustaba un milagro, es posible sospechar —y la sospecha es confirmada por la ignorancia de Jerónimo— que ellos desconocían la *Vida de Constantino* compuesta por Eusebio. Este tratado fue recobrado por la diligencia de aquellos que tradujeron o continuaron su *Historia eclesiástica* y que han representado de varios modos la visión de la cruz. <<

[2157] Godofredo fue el primero que, en el año 1643 (*Not. ad*

Philostorgium, l. I, c. 6, p. 16), expresó ciertas dudas sobre un milagro que había sido defendido con igual celo por el cardenal Baronio y los centuriones de Magdeburgo. Desde aquel año, muchos de los críticos protestantes se han inclinado hacia la duda y el escepticismo. Chauffepié presenta estas objeciones con gran fuerza (*Dictionnaire Critique*, t. IV, pp. 6-11); y en el año 1774 un doctor de la Sorbona, el abate du Voisin, publicó una apología que merece los epítetos de erudita y moderada. <<

[2158]

Lors Constantin dit ces propes paroles:

J'ai renversé le culte des idoles:

Sur les débris de leurs temples fumants

Au Dieu du Ciel j'ai prodigué l'encens.

Mais tous mes soins pour sa grandeur suprême

N'eurent jamais d'autre objet que moi-même;

Les saints autels n'étoient à mes regards

Qu'un marchepié du trône des Césars.

L'ambition, la fureur, les délices

Etoient mes dieux, avoient mes sacrifices.

L'or des Chrétiens, leurs intrigues, leur sang

Ont cimenté ma fortune et mon rang.

El poema en el que aparecen estos versos puede, tal vez, leerse con placer, pero no mencionarse con decencia. <<

[2159] Este favorito probablemente era el gran Osio, obispo de Córdoba, que prefirió el cuidado pastoral de toda la Iglesia al gobierno de una diócesis en particular. Su carácter fue descrito magníficamente, aunque de modo conciso, por Atanasio (t. I, p. 703 [t. II, p. 535, ed. Benedict. 1777]). Véase Tillemont, *Mém. Cclés.*, t. VII, pp. 524-561. Osio fue acusado, quizás

injustamente, de haberse retirado de la corte con una extensa fortuna. <<

[2160] Véanse Eusebio, *De Vita Constant*. (passim), y Zósimo, l. II [c. 19], p. 104. <<

[2161] El cristianismo de Lactancio era de carácter moral antes que misterioso. El ortodoxo Bull dice: «Erat pæne rudis disciplinæ Christianæ, et in rethorica melius quam in theologia versatus» (*Defensio Fidei Nicenæ*, secc. II, c. 14). <<

[2162] Fabricio, con su habitual vigor, ha compilado una lista de trescientos o cuatrocientos autores, que son citados en la *Præparatio Evangelica* de Eusebio. Véase *Bibliotheca Græca*, l. V, c. 4, t. VI, pp. 37-56. <<

[2163] Véase Constantino, *Orat. ad Cœtum Sanct.*, c. 19-20. Fundamentalmente, se basa en un misterioso acróstico, compuesto en la era sexta después del diluvio por la sibila de Eritrea y traducido por Cicerón al latín. Las letras iniciales de los treinta y cuatro versos griegos forman esta profética oración: «Jesucristo, hijo de Dios, salvador del mundo». <<

[2164] Al parafrasear a Virgilio, el emperador ha favorecido y mejorado el sentido literal del texto latino. Véase Blondel, *Des Sibylles*, l. I, c. 14-16. <<

[2165] Las diversas afirmaciones de Polión, Julia, Druso y Marcelo sobre un hijo mayor y otro menor resultan incompatibles con la cronología, la historia y el buen juicio de Virgilio. <<

[2166] Véase Lowth, *De Sacra Poesi Hebrærum Prælect.*, XXI, pp. 289-293. En el examen de la cuarta égloga, el respetable obispo de Londres ha demostrado erudición, gusto, ingenio y un entusiasmo templado que exalta su imaginación sin degradar su buen juicio. <<

[2167] La diferencia entre la parte pública y la secreta del servicio

divino —la *missa catechumenorum* y la *missa fidelium*— y el velo de misterio con que la devoción o la política han cubierto a esta última quedan sensatamente explicados por Thiers, *Exposition du Saint Sacrement*, l. I, c. 8-12, pp. 59-91; pero, como en esta cuestión vale sospechar de los papistas, el lector protestante podrá confiar, con mayor fundamento, en el sabio Bingham (*Christian Antiquities*, l. X, c. 5). <<

[2168] Véanse Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 15-32, y el tono general del sermón de Constantino. La fe y la devoción del emperador han proporcionado a Baronio un engañoso argumento a favor de su temprano bautismo. <<

[2169] Zósimo, l. II [c. 29], p. 105. <<

[2170] Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 15-16. <<

[2171] Con respecto al sacramento del bautismo, la teoría y la práctica antigua han sido prolijamente explicadas por Chardon (*Hist. des Sacremens*, t. I, pp. 3-405), por Dom Martenne (de *Ritibus Ecclesiæ Antiquis*, t. 1) y por Bingham (*Christian Antiquities*, l. X y XI). Cabe observar un aspecto en el que las Iglesias modernas se han apartado materialmente de la antigua costumbre: el sacramento del bautismo, incluso cuando se administraba a niños pequeños, era inmediatamente seguido por la comunión y la confirmación. <<

[2172] Los Padres de la Iglesia, que censuraron esta criminal demora, no podían negar la eficacia indudable y victoriosa del bautismo, incluso, en el lecho de muerte. La ingeniosa retórica de Crisóstomo pudo hallar sólo tres argumentos en contra de estos prudentes cristianos: I) que se debe amar y practicar la virtud por sí misma y no simplemente por la recompensa; II) que puede sorprendernos la muerte sin tener la oportunidad de recibir el bautismo; III) que, aunque tengamos un sitio en el

Cielo, sólo brillaremos como estrellas pequeñas si podemos igualar a los soles de rectitud que han seguido el rumbo marcado con laboriosidad, fortuna y gloria. Crisóstomo, en *Ep. ad Hebræos*, homil. XIII, *apud* Chardon, *Hist. des Sacremens*, t. I, p. 49. En mi opinión, dicha demora bautismal, a pesar de que iba acompañada de las más perniciosas circunstancias, no fue nunca condenada por un concilio general o provincial ni por algún acto público o declaración de la Iglesia. El celo de los obispos se encendía más fácilmente en acontecimientos de menor trascendencia. <<

[2173] Zósimo, l. II [c. 29], p. 104. Por esta solapada falsedad ha merecido y sufrido un severo trato por parte de todos los escritores eclesiásticos, a excepción del cardenal Baronio (A. D. 324, n.° 15-28), quien creyó oportuno utilizar al infiel en un servicio especial contra el arriano Eusebio [de Nicomedia]. <<

[2174] Eusebio [*De Vita Constant.*], l. IV, c. 61, 62, 63. El obispo de Cesárea presume con la más absoluta confianza la salvación de Constantino. <<

[2175] Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 429. Los griegos, los rusos y, en la Edad Media, los mismos latinos se mostraron deseosos de incluir a Constantino en el catálogo de los santos. <<

[2176] Véanse los libros III y IV de su *Vida*. Tenía por costumbre decir que, ya se predicara a Cristo con fingimiento, ya con sinceridad, él no dejaría de regocijarse (l. III, c. 58). <<

[2177] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 374 y 616) ha defendido con fuerza y ánimo la pureza virginal de Constantinopla frente a ciertas malevolentes insinuaciones del pagano Zósimo. <<

[2178] El autor de la *Histoire Politique et Philosophique des deux*

Indes (t. I, p. 9) condena la ley de Constantino, según la cual se concedía la libertad a todos los esclavos que abrazaran el cristianismo. El emperador promulgó, en efecto, una ley que prohibía a los judíos circuncidar —quizá, tener— esclavos cristianos (véanse Eusebio, *De Vita Constant.*, l. IV, c. 27, y *Codex Theodos.*, l. XVI, tít. IX, con el comentario de Godofredo, t. VI, p. 247). Sin embargo, esta parcial excepción sólo era aplicable a los judíos; el gran cuerpo de cristianos, que tenía amos cristianos o paganos, no podía mejorar su condición temporal cambiando de religión. Ignoro qué fue lo que indujo la confusión del abate Reynal, pues la falta total de citas constituye una crítica imperdonable a su amena historia. <<

[2179] Véanse *Acta Sancti. Silvestri* e *Hist. Eccles. Nicephori Callisti*, l. VII, c. 34, *apud* Baronio, *Annal. Eccl.*, A. D. 324, n.º 67-74. Semejante evidencia es bastante desdeñable, pero estas circunstancias son en sí mismas tan probables que el docto Howell (*Hist. of the World*, t. III, p. 14) las ha referido sin escrúpulos. <<

[2180] La conversión de los bárbaros durante el reinado de Constantino es celebrada por los historiadores eclesiásticos (véase Sozomen, l. II, c. 6, y Teodoreto, l. I, c. 23-24). Pero Rufino, traductor latino de Eusebio, merece ser considerado como una autoridad especial. Su información fue curiosamente obtenida de uno de los acompañantes del apóstol de Etiopía y de Bacurio, un príncipe íbero que era *comes domesticorum*. Mamachi ha ofrecido una amplia compilación sobre el avance del cristianismo en los volúmenes I y II de su admirable, aunque imperfecta, obra. <<

[2181] Véase en Eusebio (*De Vita Constant.*, l. IV, c. 9 y ss.) la apremiante y patética epístola de Constantino a favor de sus hermanos cristianos de Persia. <<

[2182] Véase Basnage, *Hist. des Juifs*, t. VII, p. 182; t. VIII, p. 333; t. IX, p. 810. El curioso vigor de este escritor le permite seguir a los exiliados judíos hasta los confines de la Tierra. <<

[2183] Durante su infancia, Teófilo había sido entregado como rehén por sus compatriotas de la islas Maldivas, y fue educado por los romanos en el saber y la piedad. Las Maldivas, cuya capital es Male —o Diva— son un grupo de mil novecientas a dos mil islas diminutas en el océano Índico. Los antiguos tenían un conocimiento imperfecto de estas islas, pero ellas están descritas en las obras de dos viajeros mahometanos del siglo IX, publicadas por Renaudot (*Geographia Nubiensis*, pp. 30-31). Véase D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 704; *Hist. Générale des Voyages*, t. VIII. <<

[2184] Filostorgio, l. III, c. 4-6, con las eruditas observaciones de Godofredo. La narrativa histórica se pierde pronto en una indagación sobre la sede del Paraíso, extraños monstruos, etcétera. <<

[2185] Véase la epístola de Osio, *apud* Atanasio, t. I, p. 840. El regaño público que Osio se vio forzado a dirigir al hijo contenía los mismos principios de gobierno eclesiástico y civil que había inculcado secretamente en el espíritu del padre. <<

[2186] De la Bastie (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XV, pp. 38-61) evidentemente ha demostrado que Augusto y sus sucesores ejercieron en persona las funciones sagradas de *pontifex maximus* o sumo sacerdote del Imperio Romano. <<

[2187] Una suerte de práctica contraria se había instituido gradualmente en la iglesia de Constantinopla; pero el rígido Ambrosio ordenó a Teodosio que se retirara tras la barandilla y le enseñó a discernir la diferencia entre un rey y un sacerdote. Véase Teodoreto, l. V, c. 18. <<

[2188] En la mesa del emperador Máximo, Martín, obispo de Tours, recibió una copa de un asistente y se la dio a su acompañante, el presbítero, antes de permitirle beber al emperador; la emperatriz sirvió la mesa de Martín. Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, c. 23, y *Dialog*. II, 7. No obstante, cabe dudar de si tan extraordinarias lisonjas estaban dirigidas al obispo o al santo. Los honores generalmente concedidos al primero pueden verse en Bingham (*Christian Antiquities*, l. II, c. 9) y en Valesio (*ad* Teodoreto, l. IV, c. 6). Véase el altivo ceremonial que Leoncio, obispo de Trípoli, impuso a la emperatriz. Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 754 (*Patres Apostol*. t. II, p. 179). <<

[2189] Plutarco, en su tratado sobre Isis y Osiris, plantea que los reyes de Egipto que aún no eran sacerdotes, después de su elección, fueron iniciados en el sacerdocio. <<

[2190] Las cifras no están confirmadas en ninguno de los antiguos escritores o de los catálogos originales, porque las listas parciales de las iglesias orientales son relativamente modernas. Las pacientes diligencias de Charles de St. Paul, de Lucas Holstenius y de Bingham han examinado pormenorizadamente todas las sedes episcopales de la Iglesia Católica, que era casi tan extensa como el Imperio Romano. El libro IX de *Antiquitates Christianæ* constituye un mapa muy preciso de geografía eclesiástica. <<

[2191] Sobre el tema de los obispos rurales, o *chorepiscopi*, que votaban en todos los sínodos y conferían las órdenes menores, véanse Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, p. 447, etc.; y Chardon, *Hist. des Sacremens*, t. V, p. 395, etc. Estos obispos no surgen sino hasta el siglo IV; y su equívoco cargo, que había provocado el recelo de los prelados, fue abolido antes de finalizar el siglo X, tanto en Oriente como en Occidente. <<

[2192] Thomassin (*Discipline de l'Église*, t. II, l. II, c. 1-8, pp. 673-721) ha tratado profusamente la elección de los obispos durante los cinco primeros siglos, tanto en Oriente como en Occidente, pero muestra una parcial inclinación a favor de la aristocracia episcopal. Bingham (l. V, c. 2) es moderado y Chardon (*Hist. des Sacremens*, t. V, pp. 106-128), muy claro y conciso. <<

[2193] «Incredibilis multitudo, non solum ex eo oppido (*Tours*), sed etiam ex vicinis urbibus ad suffragia ferenda convenerat» (Sulpicio Severo, in *Vita Sti. Martini*, c. 7). El Concilio de Laodicea (canon XIII) prohibió las multitudes y los tumultos, y Justiniano limitó el derecho de elección a la nobleza. *Novell.* CXXIII, 1. <<

[2194] Las epístolas de Sidonio Apolinar (IV, 25; VII, 5, 9) describen algunos de los escándalos de la Iglesia gala; y Galia era menos ilustrada y menos corrupta que Oriente. <<

[2195] En ocasiones se llegaba a un compromiso por ley o consentimiento: o los obispos o el pueblo elegían a uno de los tres candidatos nombrados por la otra parte. <<

[2196] Todos los ejemplos citados por Thomassin (*Discipline de l'Église*, t. II, l. II, c. VI, pp. 704-714) parecen ser extraordinarios actos de fuerza e, incluso, de opresión. Filostorgio presenta la confirmación del obispo de Alejandría como un hecho más regular (*Hist. Eccl.*, l. II, 1 1). <<

[2197] El celibato del clero durante los primeros cinco o seis siglos es una cuestión de disciplina —y, desde luego, de polémica— que ha sido esforzadamente estudiada. Véanse, en particular, Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. I, l. II, c. LX, LXI, pp. 886-902, y Bingham, *Christian Antiquities*, l. IV, c. 5. Cada uno de estos críticos eruditos, aunque parciales, ofrece la mitad de la verdad y oculta la otra parte. <<

[2198] Diodoro de Sicilia afirma y aprueba la sucesión hereditaria del sacerdocio entre los egipcios, los caldeos y los hindúes (l. I [c. 73], p. 84, l. II [c. 29 y 40], pp. 142 y 153, ed. Wesseling). Amiano describe a los sacerdotes zoroástricos como una familia muy numerosa: «Per sæcula multa ad præsens una eademque prosapia multitudo creata, Deorum cultibus dedicatur» (XXIII, 6). Ausonio celebra la *stirps druidarum* (*Commemoratio Professorum Burdigalensium* IV [7]); pero se puede inferir de la observación de Julio César (*De Bello Gall.* VI, 13) que en la jerarquía celta había cierto margen para la elección y la competencia. <<

[2199] La cuestión sobre la vocación, ordenación, obediencia, etc., del clero es prolijamente tratada por Thomassin (*Discipline de l'Église*, t. II, pp. 1-83) y Bingham (*Christian Antiquities*, l. IV, c. 4 y 6-7). Cuando fue ordenado el hermano de san Jerónimo en Chipre, los diáconos le taparon la boca por la fuerza, ya que temían que expresara una solemne protesta que pudiera invalidar el santo ritual. <<

[2200] La carta de inmunidades, que el clero obtuvo de los emperadores cristianos, se encuentra en el libro XIV del Código Teodosiano y está ilustrada con suficiente imparcialidad por el sabio Godofredo, cuyo pensamiento estaba equilibrado por los antagónicos prejuicios de ser seglar y protestante. <<

[2201] Justiniano, *Novell.* CIII. En total, tenían quinientos veinticinco miembros: sesenta presbíteros o sacerdotes, cien diáconos, cuarenta diaconisas, noventa subdiáconos, ciento diez lectores, veinticinco chantres y cien ostiarios. Esta moderada cantidad fue fijada por el emperador para aliviar la escasez de la Iglesia, que había incurrido en la deuda y en la usura por los gastos propios de una institución mucho más pudiente. <<

[2202] «Universus clerus ecclesiæ Carthaginiensis […] fere

quingenti vel amplius; inter quos quamplurimi erant lectores infantuli» (Víctor de Vita, *De Persecutione Vandal.* V, 9, p. 78, ed. Ruinart). Este remanente de una situación más próspera todavía subsistió bajo la opresión de los vándalos. <<

[2203] La Iglesia latina ha fijado el número de *siete* órdenes exclusivamente para el rango episcopal. Pero los cuatro grados inferiores, las órdenes menores, actualmente han quedado reducidos a vacuos e inútiles títulos. <<

[2204] Véase *Codex Theodos.*, l. XVI, tít. II, leg. 42, 43. Las obras de Godofredo —su comentario al Código Teodosiano y su *Historia eclesiástica* de Alejandría— muestran el peligro de estas instituciones religiosas que, con frecuencia, perturbaban la paz de aquella turbulenta capital. <<

[2205] El edicto de Milán (*De Mort. Persecut.*, c. 48), al mencionarla, reconoce la existencia de un tipo de propiedad de la tierra: «Ad jus corporis eorum, id est, ecclesiarum non hominum singulorum pertenetia». Esta solemne declaración del supremo magisterio debió recibirse en todos los tribunales como una máxima del derecho civil. <<

[2206] «Habeat unusquisque licentiam sanctissimo Catholicæ [*ecclesiæ*] venerabilique concilio, decedens bonorum quod optavit relinquere» (*Codex Theodos.*, l. XVI, tít. II, leg. 4). Esta ley fue promulgada en Roma, en el año 321, en el momento en que Constantino pudo haber previsto una posible ruptura con el emperador de Oriente. <<

[2207] Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. X, 6; *De Vita Constant.*, l. IV, c. 28. Este autor se extiende repetidas veces sobre la generosidad del héroe cristiano, que el obispo mismo tuvo oportunidad de conocer e, incluso, de experimentar. <<

[2208] Eusebio, *Hist. Eccl.*, l. X, c. 2-4. El obispo de Cesárea, que

averiguaba y gratificaba las preferencias de su soberano, pronunció en público una elaborada descripción del templo de Jerusalén (*De Vita Constant*., l. IV, c. 46). Éste ya no existe, pero en la *Vida de Constantino* (l. III, c. 36) hay una breve descripción de su arquitectura y decoración. También menciona el templo de los Santos Apóstoles en Constantinopla (l. IV, c. 58). <<

[2209] Véase Justiniano, *Novell*. CXXIII, 3. Las rentas de los patriarcas y de los obispos más pudientes no figuran; la estimación más elevada de un obispo se ha fijado en *treinta* libras de oro y la más baja, en *dos*; puede considerarse *dieciséis* como término medio, pero todos estos cálculos son muy inferiores al valor real. <<

[2210] Véase Baronio (*Annal. Eccl*., A. D. 324, n.° 58, 65, 70, 71). Todo documento procedente del Vaticano es motivadamente sospechoso; sin embargo, estos registros de rentas tienen un tinte de antigüedad y de autenticidad; al menos, es evidente que, si son falsos, se falsificaron en una época en la que eran las *granjas* y no los *reinos* el objeto de la avaricia papal. <<

[2211] Véase Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. III, l. II, c. 13-15, pp. 689-706. La división legal de las rentas eclesiásticas no parece haber estado en vigor en los tiempos de Ambrosio y de Crisóstomo. Simplicio y Gelasio, que fueron obispos de Roma a fines del siglo V, hablan de ella en sus cartas pastorales como si, en Italia, fuera una ley general, ya confirmada por la costumbre. <<

[2212] Ambrosio, el más incansable defensor de los privilegios eclesiásticos, se somete sin protestas al pago del tributo sobre la tierra: «Si tributum petit Imperator, non negamus; agri ecclesiæ solvunt tributum; solvimus quæ sunt Cœsaris Cœsari, et quæ sunt Dei Deo; tributum Cœsaris est; non negatur». Baronio se esfuerza por interpretar este tributo como un acto de caridad

más que de deber (*Annal Eccl.*, A. D. 387); pero las palabras, o las intenciones, de Ambrosio son imparcialmente explicadas por Thomassin, *Discipline de l'Église*, t. III, l. I, c. 94, p. 268. <<

[2213] «In Ariminensi synodo super ecclesiarum et clericorum privilegiis tractatu habito, usque eo dispositio progressa est, ut juga quæ viderentur ad ecclesiam pertinere, a publica functione cessarent inquietudine desistente; quod nostra videtur dudum sanctio repulsisse» (*Codex Theodos.*, l. XVI, tít. II, leg. 15). Si el Concilio de Rímini hubiera aprobado este punto, el valor práctico podría haber compensado ciertas herejías especulativas. <<

[2214] Eusebio (*De Vita Constant.*, l. IV, c. 27) y Sozomen (l. I, c. 9) nos aseguran que la jurisdicción episcopal fue ampliada y confirmada por Constantino; pero la falsificación de un famoso edicto, que nunca fue completamente incorporado al Código Teodosiano (véase al final, t. VI, p. 303), queda muy satisfactoriamente demostrada por Godofredo. Es extraño que Montesquieu, que era un hombre de leyes así como un filósofo, mencione este edicto de Constantino (*L'Esprit des Loix* XXII, 21) sin insinuar sospecha alguna. <<

[2215] El tema de la jurisdicción eclesiástica ha estado envuelto por un velo de pasiones, prejuicios e intereses. Dos de los libros más imparciales de los que han caído en mis manos son *Institutions du Droit Canonique*, del abate de Fleury, e *Istoria Civile di Napoli*, de Giannone. La moderación de estos textos es producto tanto de las circunstancias como del temperamento de sus autores. Fleury era un eclesiástico francés que respetaba la autoridad de los parlamentos; Giannone era un abogado italiano que temía el poder de la Iglesia. Permítaseme observar aquí que, como las ideas generales que propongo son resultado de muchos hechos particulares e imperfectos, debo remitir al lector a

aquellos autores modernos que han tratado la cuestión expresamente para no ampliar estas notas hasta dimensiones desagradables y desproporcionadas. <<

[2216] Tillemont ha recogido de Rufino, Teodoreto, etc., los sentimientos y el lenguaje de Constantino. *Mém. Ecclés*., t. III, pp. 749-750. <<

[2217] Véase *Codex Theodos*., l. IX, tít. XLV, leg. 4. En las obras de Fra Paolo (t. IV, p. 192 y ss.) hay un excelente tratado sobre el origen, los derechos, los abusos y los límites de los santuarios. Observa, con razón, que en la antigua Grecia probablemente había entre quince y veinte *asyla* o santuarios; cifra que en la actualidad puede encontrarse dentro del recinto amurallado de una sola ciudad italiana. <<

[2218] La jurisprudencia penitencial se perfeccionaba continuamente con los cánones de los concilios. No obstante, como aún quedaban muchos casos a discreción de los obispos, ellos publicaban de vez en cuando, siguiendo el ejemplo del pretor romano, las reglas de disciplina que se proponían observar. Entre las epístolas canónicas del siglo IV, las de Basilio el Grande fueron las más celebradas; se encuentran en las Pandectas de Beveridge (t. II, pp. 47-151) y están traducidas por Chardon (*Hist. des Sacremens*, t. IV, pp. 219-277). <<

[2219] Basilio (*Ep*. XLVII, en Baronio, *Annal. Eccl*., A. D. 370, n.° 91) declara haberlo relatado intencionadamente para convencer a los gobernadores de que no estaban libres de una sentencia de excomunión. A su juicio, ni siquiera las cabezas coronadas quedaban a salvo del poder del Vaticano; y el cardenal demuestra ser mucho más consistente que los abogados y los teólogos de la Iglesia gala. <<

[2220] La larga lista de sus antepasados, que se remonta hasta

Murístenes —el primer rey dórico de Esparta y el quinto en descendencia lineal desde Hércules—, estaba inscrita en los archivos públicos de Cirene, una colonia lacedemonia (Sinesio, *Ep*. LVII, p. 197, ed. Petavio). Un linaje de setecientos años tan puro e ilustre, sin contar los antepasados reales de Hércules, no tiene paralelo en la historia de la humanidad. <<

[2221] Sinesio (*De Regno*, p. 2 [ed. París 1612]) lamenta melancólicamente la caída y la ruina de Cirene: πόλις Ἑλληνὶς παλαιὸν ὄνομα καὶ σεμνὸν, καὶ ἐν ᾠδῇ μνρίᾳ τῶν πάλαι σοφῶν, νῦν πένης, καὶ κατηφὴς, καὶ μέγα ἐρείπιον. Tolemaida, una ciudad nueva a ochenta y dos millas [131,96 km] de distancia al oeste de Cirene, asumió los honores metropolitanos de la Pentápolis, o Alta Libia, que fueron más tarde otorgados a Sozusa. Véanse Wesseling, *Itiner*., pp. 67, 68, 732; Celario, *Geographia Ant*., t. II, parte II, pp. 72, 74; Charles de St. Paul, *Geographia Sacra*, p. 273; D'Anville, *Géographie Ancienne*, t. III, pp. 43-44, y *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXXVII, pp. 363-391. <<

[2222] Sinesio había expuesto previamente su propia descalificación (*Ep*. CV, pp. 246-250). Era muy aficionado a estudios y entretenimientos paganos, e incapaz de mantener una vida de celibato; tenía dudas sobre la resurrección y se negaba a predicar *fábulas* a la gente, a menos que se le permitiera *filosofar* en su casa. Teófilo, primado de Egipto que conocía su mérito, aceptó este extraordinario compromiso. Véase la vida de Sinesio en Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XII, pp. 499-554. <<

[2223] Véase la invectiva de Sinesio, *Ep*. LVII, pp. 191-201. El ascenso de Andrónico era ilegal, pues era nativo de Berenice, ciudad de esta provincia. Se especifican curiosamente los instrumentos de tortura: πιεστήριον, o prensa, δακτυλήθσα, ποδοστράβη, ῥινολάβις, ὠτάγρα y

χειλοστόφιον, que oprimía y estiraba de varios modos los dedos, pies, nariz, orejas y labios de la víctima. <<

[2224] La pena de excomunión se expresa en un estilo retórico (Sinesio, *Ep*. LVIII, pp. 201-203). El método de incluir a familias enteras, aunque algo injusto, mejoró al convertirse en prohibición nacional. <<

[2225] Véase Sinesio, *Ep*. XLVII, pp. 186-187; *Ep*. LXXII, pp. 218-219; *Ep*. LXXXIX, pp. 230-231. <<

[2226] Véase Thomassin (*Discipline de l'Église*, t. II, l. III, c. 83, pp. 1761-1770) y Bingham (*Christian Antiquities*, vol. I, l. XIV, c. 4, pp. 688-717). Se consideraba que la predicación era la obligación más importante del obispo; pero esta función se confiaba en ocasiones a presbíteros como Crisóstomo y san Agustín. <<

[2227] La reina Isabel I de Inglaterra utilizaba esta expresión y practicaba este arte cuando deseaba predisponer el ánimo de su gente a favor de alguna medida de gobierno extraordinaria. Los efectos hostiles de esta *música* fueron percibidos por su sucesor y experimentados con rigor por su hijo. «Cuando los púlpitos redoblan eclesiásticos», etc. Véase, Heylin, *Life of Archbishop Laud*, p. 153. <<

[2228] Aquellos modestos oradores reconocían que, al carecer del don de hacer milagros, se esforzaban por adquirir las artes de la elocuencia. <<

[2229] El Concilio de Nicea, en los cánones IV, V, VI y VII, ha formulado ciertas regulaciones fundamentales referidas a los sínodos metropolitanos y primados. Estos cánones han sido variadamente maltratados, violados, interpolados o falsificados, según los intereses del clero. Las iglesias *suburbicarias*, concedidas por Rufino al obispo de Roma, se han convertido en

el centro de una vehemente polémica (véase Sirmond, *Opera*, t. IV, pp. 1-283). <<

[2230] Sólo poseemos entre treinta y tres y cuarenta y siete suscripciones episcopales; pero Ado, sin duda un escritor de escasa importancia, cuenta seiscientos obispos en el Concilio de Arles. Tillemot, *Mém. Ecclés.*, t. VI, p. 422. <<

[2231] Véase Tillemont, t. VI, p. 915, y Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, t. I, p. 529. El título de *obispo* que da Eutiquio a los dos mil cuarenta y ocho eclesiásticos (*Annal.*, t. I, p. 440, vers. Pocock) ha de extenderse más allá de los límites de una orden ortodoxa o, incluso, episcopal. <<

[2232] Véase Eusebio, *De Vita Constant.*, l. III, c. 6-12. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VI, pp. 669-759. <<

[2233] «Sancimus igitur vicem legum obtinere, quæ a quatuor Sanctis Conciliis […] expositæ sunt aut firmatæ. Prædictarum enim quatuor synodorum dogmata sicut sanctas Scripturas et regulas sicut leges observamus» (Justiniano, *Novell.* CXXXI). Beveridge (*Prolegomena ad Pandect.*, p. 2) comenta que los emperadores no confeccionaron leyes nuevas en cuestiones eclesiásticas; y Giannone (*Istoria Civile di Napoli*, t. I, p. 136) observa, con ánimo muy diferente, que daban sanción legal a los cánones de los concilios. <<

[2234] Véase el artículo «Concile», en la *Encyclopédie*, t. III, pp. 668-679, ed. Lucques. El autor del artículo, Bouchaud, ha tratado, según los principios de la Iglesia gala, las cuestiones principales sobre la forma y la constitución de los concilios generales, nacionales y provinciales. Los editores (véase «Préface», p. XVI) tienen motivo para enorgullecerse de *este* artículo. Quienes consulten su inmensa compilación raramente quedarán tan satisfechos. <<

Índice